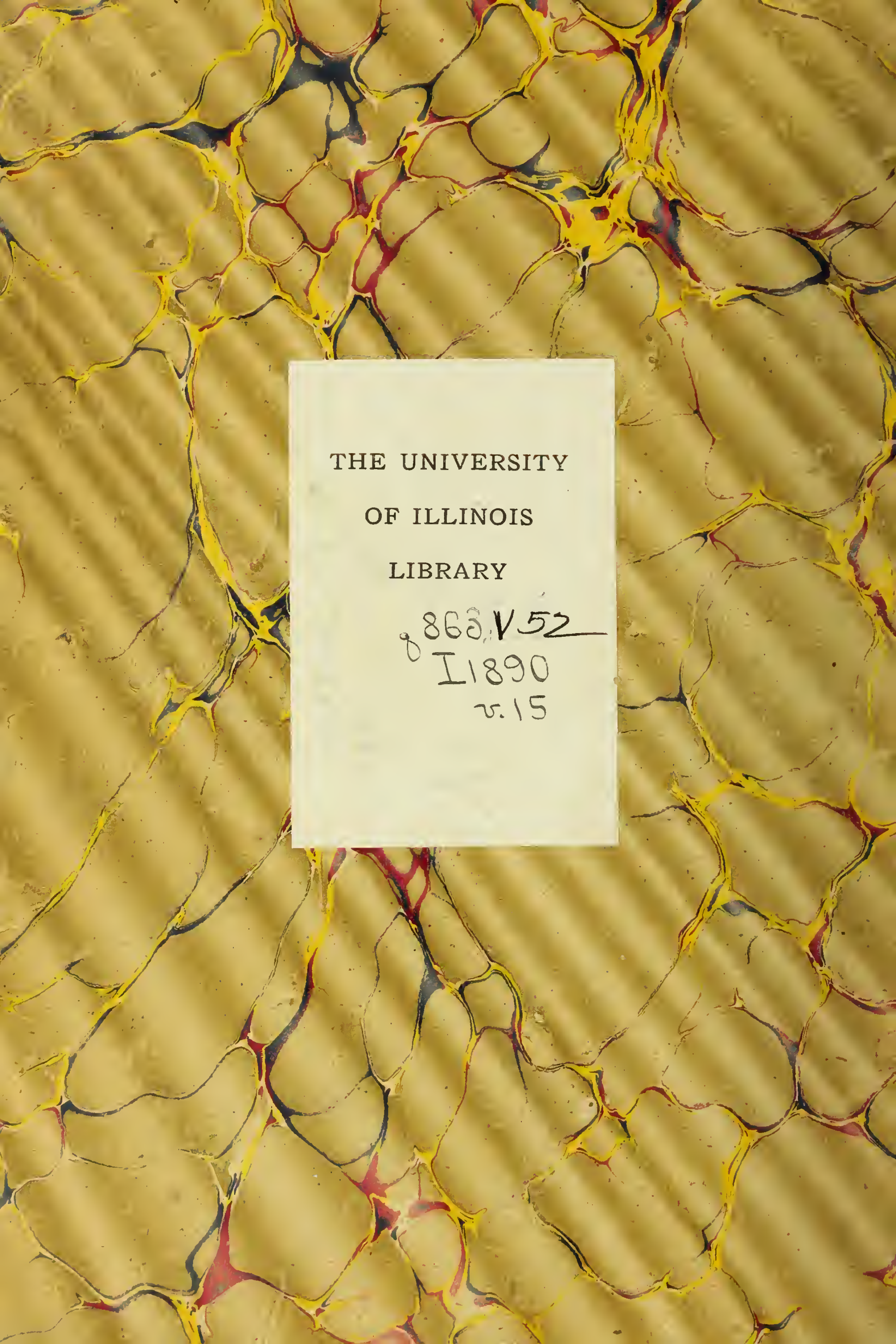
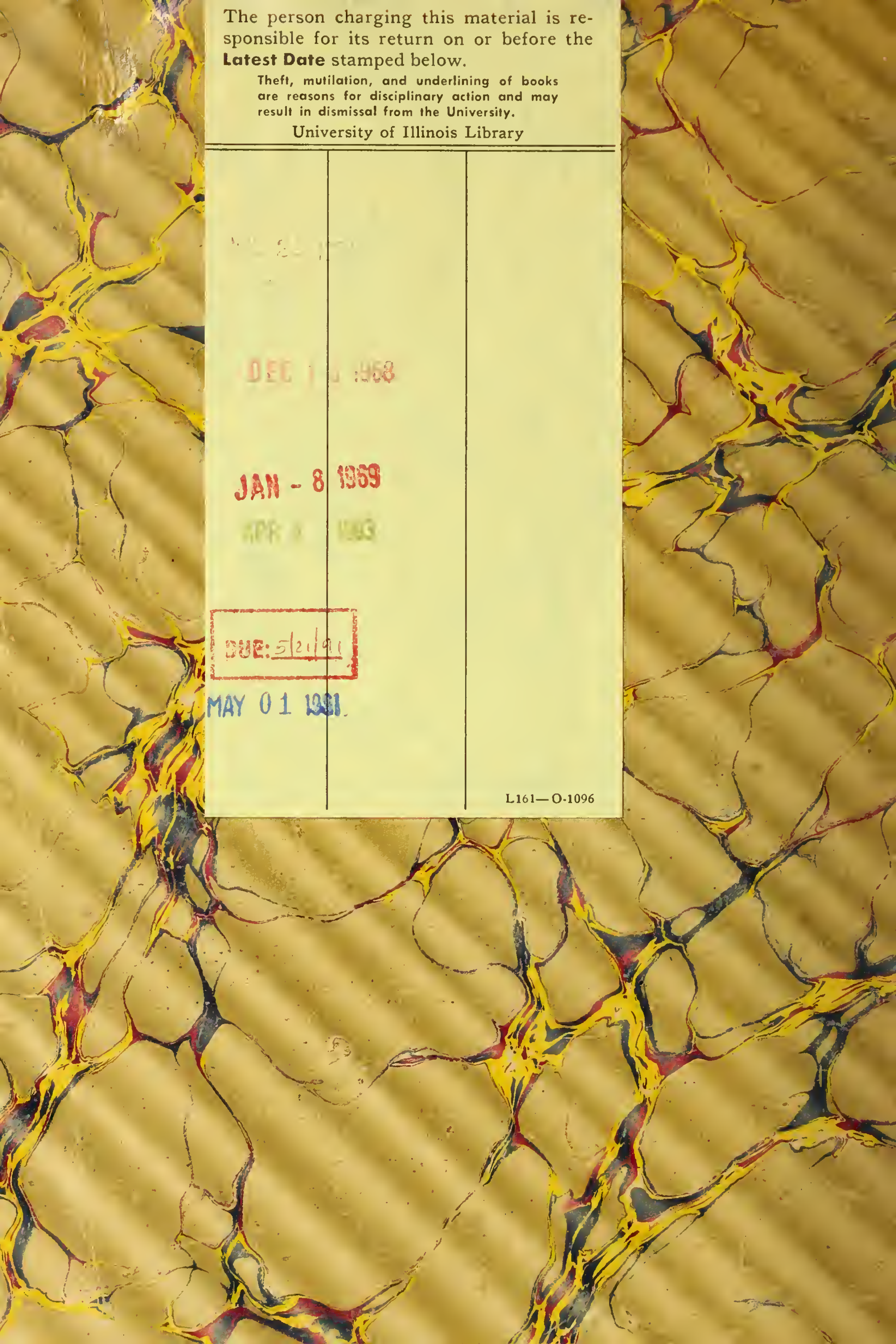



THE UNIVERSITY
OF ILLINOIS
LIBRARY
q863.V52
I1890
v.15



The person charging this material is responsible for its return on or before the **Latest Date** stamped below.
Theft, mutilation, and underlining of books are reasons for disciplinary action and may result in dismissal from the University.
University of Illinois Library
JAN - 8 1969
DUE: 5/21/91
MAY 01 1991
L161—O-1096

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

XV

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

PUBLICADAS

POR

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Tomo XV

COMEDIAS NOVELESCAS

TERCERA SECCION



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
PASEO DE SAN VICENTE, NÚMERO 20

1913



EL EJEMPLO DE CASADAS

Y

PRUEBA DE LA PACIENCIA

COMEDIA FAMOSA

DE

EL EJEMPLO DE CASADAS

Y

PRUEBA DE LA PACIENCIA

COMPUESTA POR EL EXCELENTE POETA

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

Enrico, *Conde de Barcelona.*
Elarino. / Roselio. } *Caballeros.*
El marqués Floriano.
El Príncipe de Vierna (1).
Rosardo (2).
Anselmo.
Celio.
Fabia. / Flora. } *Damas.*
Arnesto. / Evandro. } *Galanes.*
Relator.
Dos cazadores.
Tibaldo, *camarero del Conde.*
Lauro, *labrador viejo.*
Laurencia, *su hija.*
Fenisa, *villana.*
Belardo. / Danteo. / Lucindo. } *Villanos.*
Gente de acompañamiento.
Músicos.

LOA

Mi tío el cura me escribió
Esta semana pasada,
De mi aldea mil quillotros,
Y tras de darme las Pascuas,
(Es muy propio en los billetes
Tener la primera entrada
Ésta) y dijo le escribiese
Lo que por acá pasaba.
Y yo, tomando en las manos
Una pluma mal cortada,
Pinté, con razones toscas,
Lo siguiente en una carta:
Orillas de Manzanares,
Entre fértiles cabañas,
Donde el mayoral Helipe
Su blanco ganado guarda,
Hay, tío, mil novedades:
Trabajo, poca ganancia,

---

(1) En el texto dice *Biarne.*
(2) De tres maneras distintas está en el texto: *Rosardo, Rosaldo y Rosauro.*

Bien servir y mal premiar,
Que es aquí regla ordinaria;
Hay poetas de cartilla (1)
Que, sin llegar á estudiarla,
Dicen que es Virgilio un asno,
Y ellos lo son en mi ánima;
Hay zagales que es contento,
Y entre ellos muchas zagalas.
La hija del mayoral
Dicen que agora se casa;
Que otro mayoral muy rico
Que vive en tierras extrañas,
Le ha enviado un mensajero,
Y ella, compuesta y galana
Con sartales y patenas,
Cuentas y arillos de plata,
Le recibió esotro día
Entre otras muchas serranas;
Y al mensajero polido
Mil zagales acompañan,
Y por ampararle, todos
Su ganado desamparan.
Vino Antón el de Medina,
Y Juan de la sierra de Alba,
El de Montalto ó Almonte;
Vino Pascual de Moncada,
Y Gonzalo el de Maqueda
Con Miguel el de Pastrana,
Y Martín el de Segorbe
Con Juan el de Peñaranda;
Vino Domingo de Zea,
Luego el de Guadalajara,
Jusepe del Infantado,
Que á Gil de Feria acompaña;
Roque Sánchez de Alburquerque
Vino en su yegua castaña,
Jerónimo de Escalona,
Juan de Uceda, nueva planta
De aquel ganadero rico
Digno de eterna alabanza;
Eugenio de Villahermosa,
Luego á su lado llevaba
Á Sancho de Terranova,
Y de las quintas del Papa
Andrés de Monteleón
Y otros mil zagales bajan.
De Peñafiel, de Cañete,
Del Carpio, de Villafranca,
Del Valle, de Mirabel,
De San Germán, de Velada,
De Barcarrota y Cerralbo,
De Espínola y Loriana,
De Farses (2) y de Alcañizas,
Frómista, Laguna, Tábara,
Este, Navas, Nieve, Osorno,
Santa Gadea y Saldaña,
Villamor, Pliego, Olivares,
Alba de Lista y Barajas,
Ampudia, Chinchón, Coruña,
Salazar y Santillana,
De Morata y de Alcaudete
Y de otras mil partes varias,
Vinieron tantos zagales,
Que mi memoria no alcanza,
Porque á referirlos todos
Eran menester mil cartas;
Pero lo que falta dejo
Á las lenguas de la fama.
Iban vestidos de prieto,
Que es siempre la mayor gala,
Con sus plumas de avestruces,
Unas prietas y otras brancas;
Muchos iban remendados,
Y algunos dellos llevaban
Los corderillos colgando
Encima de las casacas.
Á la cabaña llegaron
Sin tamboriles ni flautas
Por no alborotar la novia,
Que es, en efeto, muchacha.
Dijo el zagal su mensaje,
Pero la novia, turbada
De vergüenza, el alabastro
Cubrió de roja escarlata.
Entonces pienso que el sol
Apresuró su jornada,
Que entendió que amanecía
Como vió salir el alba.
Quiso hablar, pero no pudo
Porque el ángel que la guarda
Dió por ella el dulce *fiat:*
Vivan mil edades largas.
Brotaron aquella noche
Las peñas desta montaña
Fuego, que como es de fuego
Incendió sus luminarias.
Dícese que este verano
Habrá comedias y danzas;
Esto hay nuevo en Manzanares:
Perdonad, tío, las faltas.
Fecha á veintidós de Abril,
Primero día de la Pascua
Que resucitó el Cordero
Glorioso en cuerpo y en alma.
¿Quién á tan alto sujeto
Le podrá hallar comparanza?
¡Pardiobre, yo no le hallo!
Mas si la verdad se ampara,
Yo vengo á decir verdades,
Y esto será en dos palabras;
Que un rústico labrador
Poca retórica gasta.
El mayoral desta historia
Viene á ver vuestras cabañas;
Acompáñanle deseos
Y voluntad le acompaña;
Hoy llega á vuestra presencia,
Amparalde en vuestra gracia;

(1) *Castilla* en la *Flor de Comedias.*
(2) Probablemente debe leerse *Falces.*

Que él, humilde, me envió
Á que os leyese esta carta.
Otorgalde el dulce *fiat*
Desas lenguas cortesanas;
Que él os promete por mí
El serviros con el alma.

Este ha sido mi mensaje
Libre; perdonad mis faltas,
Y hablad muy enhorabuena,
Que bien habla quien bien calla.

FIN.

EL BAILE DEL ¡AY, AY, AY!

Y EL SOTILLO

Salen dos fregonas cantando, con sus líos.

FREGONA 1.ª

Ancha la espadita,
Los tiros cortos,
Sale el bien de mi vida
Á matar moros.

Cansada vengo, que el río
Lejos de mi casa está;
El lío lo pagará,
Ya que me ha cansado el lío.

FREGONA 2.ª

Dije yo Manzanares,
Dijo él Pisuerga,
Levantamos las voces
Y hubo pendencia.

FREGONA 1.ª

¿Es María?

FREGONA 2.ª

¿Es Isabel?
¡Oh amiga, dame esos brazos!
Días ha que no te veo.

FREGONA 1.ª

Siéntate.

FREGONA 2.ª

No voy despacio;
Que gruñirán en mi casa.

FREGONA 1.ª

¿Son mal acondicionados?
Cuéntame, por vida tuya,
Si mudaste de ama y barrio.

FREGONA 2.ª

Pues ¿había de pasarse
Sin darme bureo un año,
Padeciendo impertinencias?

FREGONA 1.ª

¿De quién?

FREGONA 2.ª

De aquel espantajo.

FREGONA 1.ª

Qué, ¿te trataba tan mal?

FREGONA 2.ª

Después de limpiar el patio,
Barrer la casa y zaguán,
Y barrer muy ordinario;
Después de andar en visitas,
Traer y llevar recados,
Y de andar en la cocina
Con ligereza de un gamo;
Después de fregar sartenes
Y un vasar de sucios platos,
Con más ollas que se comen
Los bobos en el tablado,
Lo que sobraba del día
Me hacían estar rezando,
Y al cabo, con hambre daban
Á mi triste vida cabo:
Por esto me despedí,
Y ya sirvo á un boticario
Con gusto, más con pasión
De aceites, botes y emplastros.

Tocan dentro guitarras y cantan.

FREGONA 1.ª

Cantar oigo en la ribera
Entre sus floridos ramos,
Y si no me engaño, son,
Nuestros respetos lacayos.

Sale un lacayo y un músico cantando.

MÚSICO 1.º

Son estrellas los ojos
De mi morena,
Es verdad que es fregona,
Que ella no es reina.

Sale otro lacayo con otro músico cantando.

MÚSICO 2.º

Dios te libre, fregona,
Que te halle hablando,
Pues conoces la furia
De tu lacayo.

Sale Beltrán, lacayo, cantando.

BELTRÁN.

Todo hombre lacayo
Siempre es valiente,
Que ha de ser esforzado
Quien vino bebe.

FREGONA 1.ª

¡Oh, lacayo de mi vida!

LACAYO 1.º

¡Oh, fregona de mis ojos!

FREGONA 2.ª

Ya cesaron mis enojos.

LACAYO 2.º

¡Prenda del alma querida!

LACAYO 1.º

Mi regalo, mi fregata,
¿Es posible que nos vemos?

FREGONA 1.ª

Por tanto gusto, bailemos.

LACAYO 2.º

Vaya, pues, ¿que se dilata?
Que estos señores darán
Para bailar ocasión,
Cantando.

FREGONA 2.ª

Tienes razón.

MÚSICO 1.º

Bailen, que el son les harán.

Cantan y bailan la letra siguiente:

Aunque el campo se ve florido
Con la blanca y la roja flor,
Más florido se ve quien ama,
Con las flores del amor.
Aunque dulces ruiseñores
Le den al campo placer,
Y en sí contemple correr
Los cristales bullidores;
Aunque las flores mejores
Le den la gloria mayor,
Más florido se ve quien ama,
Con las flores del amor.

Siéntanse, y dice la fregona 1.ª.

FREGONA 1.ª

¡Ah, mi señor solitario!
¿Adónde tiene la ingrata,
Quiero decir, la fregata?
¡Vive Dios, que es temerario!

BELTRÁN.

¿Quién la mete á la fregona
En hablarme, siendo un rayo?

FREGONA 1.ª

Fregona soy, y él lacayo.

BELTRÁN.

Hable bien la picarona.

FREGONA 1.ª

¿Quiere que diga por qué
Se dijo que poco había
De rocín á ruin?

BELTRÁN.

Querría.

FREGONA 1.ª

Pues escúcheme, voacé:
Si es voacé ruin y va junto
Lo más del año á un rocín,
Poco hay de rocín á ruin.

BELTRÁN.

No me ha contentado el punto.
Ya mis sentidos se quejan,
Castigarla han mis rigores,
Mas temo á sus servidores,
Que aun de noche no la dejan.
Mas ya que no sé bailar,
Quiero cantar; no se espante.

FREGONA 1.ª

Cante, pues, si sabe; cante.

BELTRÁN.

Y ¡cómo que he de cantar!

Saca la guitarra Beltrán, y canta.

BELTRÁN.

Sale la estrella de Venus.....

FREGONA 1.ª

¿Quién dice menos?

BELTRÁN.

Al tiempo que el sol se pone.....

FREGONA 2.ª

Porque se entone.

BELTRÁN.

Y la enemiga del día.....

FREGONA 1.ª

¡Qué bobería!

BELTRÁN.

Su negro manto descoge.

FREGONA 1.ª

Porque se moje.

BELTRÁN.

Y con ella un fuerte moro.....

FREGONA 1.ª

¡Qué bravo toro!

BELTRÁN.

Semejante á Rodamonte.....

FREGONA 2.ª

¡Mátete un monte!

BELTRÁN.

Sale de Sidonia airado.....

FREGONA 1.ª

Es un cuitado.

BELTRÁN.

De Jerez la vega corre.

FREGONA 2.ª

¡Oh, que se corre!

BELTRÁN.

No me corro, mas podrían
Callar cuando Beltrán canta,
Hombre que por su garganta
Come; es verdad, no se rían.

FREGONA 2.ª
¿Beltrán se llama?
BELTRÁN.
Sí, á fe.
FREGONA 2.ª
Pues canten los que aquí están,
Esto en honor de Beltrán.
FREGONA 1.ª
Canten, que yo bailaré.

Cantan y bailan.

MÚSICOS.
¡Qué corrido está Beltrán
Por la vaya que le dan;
Qué corrido que le veo
Por la vaya que le dieron!
FREGONA 2.ª
De la cabeza á los pies
Doliente está su persona,
Más corrida que una mona,
Y no es mucho si lo es;
Trae el alma del revés,
Disparates se le van.
¡Qué corrido....
FREGONA 1.ª
Él se precia de cantar,
Oficio que no le toca;
Tiene otra gracia su boca,
Y no pienso que es menor,
Porque es muy buen bebedor:
Todos le conocerán.
¡Qué corrido.....
BELTRÁN.
¡Oh qué mal que lo ha bailado!
FREGONA 1.ª
Miente el lacayo.

Dale un bofetón ella.

BELTRÁN.
¡Ay, ay, ay!
FREGONA 1.ª
Estopilla de cambray,
Diga quién se lo ha enseñado.
BELTRÁN.
¿Es barro una bofetada
Para no aprender un son?
FREGONA 1.ª
Vaya esta nueva invención,
De algún gotoso inventada.
FREGONA 2.ª
No fué sino de un lencero
Para vender su cambray.
FREGONA 1.ª
Vaya, pues, el ¡ay, ay, ay!
Que por bailarle me muero.

Cantan y bailan.

MÚSICOS.
¡Ay, ay, ay!
Estopilla de cambray.
¡Ay, ay, ay! que el ¡ay, ay, ay!
Hasta el alma se me ha entrado.
Quien el ¡ay, ay, ay! no baila,
El gusto tiene estragado.
¡Ay, ay, ay!
FREGONA 1.ª
En un pocito de celos,
¡Ay, ay, ay! estoy metida,
Que si el amor no me saca,
¡Ay, ay, ay! yo soy perdida.
¡Ay, ay, ay!
BELTRÁN.
Todos dicen ¡ay, ay, ay!
¡Ay, ay, ay! con todos diga;
Mal haya quien no dijere,
¡Ay, ay, ay! como yo digo.
¡Ay, ay, ay!

Métese Beltrán en medio, y va bailando, con que se da fin al famoso baile.

EL EJEMPLO DE CASADAS

Y

PRUEBA DE LA PACIENCIA

ACTO PRIMERO

Salen Enrico, Elarino y Roselio.

ENRICO.

Vasallos, yo os agradezco
Vuestra justa pretensión;
Deseo la sucesión,
El casamiento aborrezco.
Fuí de mi padre advertido
Cuando comenzaba á ser,
Que no escogiese mujer
La vista, sino el oído.
Y decía muchas veces,
Que del pleito de casar
Eran de todo el lugar
Ojos y lenguas jüeces.
Que quien con justa elección
Buena mujer escogía,
Hallaba un sol que ceñía
De luz su buena opinión.
Y que no siendo escogida
Tal, llevaba en su rigor
Una noche de su honor
Y una infamia de su vida.
Estas y otras muchas cosas
Me hicieron considerar
Que quiere espacio el tratar
Materias tan peligrosas.
Yo lo veré, yo daré
Ese gusto lo más presto
Que pueda; que estoy dispuesto
Á estimar su celo y fe.

ROSELIO.

Noble Enrico de Moncada,
Señor nuestro y del condado
De Ruysellón, estimado
Por tu ingenio y por tu espada:
Mucho á tus vasallos pesa
Que de casarte rehuyas,
Y que desa suerte arguyas
El fin desta justa empresa.
Todas las cosas se adquieren
Con ciencia y valor romano,
Todas al ingenio humano
De los hombres se prefieren.
Bien puedes tú conquistar
Á Francia y á Ingalaterra,
Ser Alejandro en la tierra
Y ser Jasón en el mar:
Ver del sol resplandeciente
La misma cuna en que nace,
Y el túmulo donde yace
Por el opuesto Ocidente:
Medir con pasos iguales
Más tierra por todo el suelo,
Que en las esferas del cielo
La ciencia y compás de Tales:
Mas no por la tuya hallar,
Ni con paces ni con guerras,
Tal mujer, aunque no yerras
En procurar acertar.
El conformaros los dos,
Del mismo cielo ha de ser,
Porque la buena mujer
Viene de mano de Dios.

ELARINO.

Da este gusto á tus vasallos,

Noble Enrico, ansí te veas
Con el laurel que deseas,
Y ansí tus fuertes caballos
Vean el corriente Cona
Con mil trofeos y lazos,
Y cerque Dafne, á dos brazos,
Tu celada y tu corona.
Que si no hubieran mirado
Que no hay cosa que te mueva,
Ó la que algún libre lleva
Huyendo de ser casado,
(Lo que es imposible en ti),
No se dieran priesa agora.
Para que les des señora
Que dé traslados de ti.
Tú no amas cosa alguna
De tu estado. ¿Qué te impide?
¿Qué temor se descomide
Á tu valor y fortuna?
¿Cómo puede un gran señor
Errar en su casamiento,
Siendo un claro fundamento
Del polo de tu valor?
La mujer que tu consejo
Elija, espejo será
Que con tu luz servirá
Á tus estados de espejo.
Ésta hallarán en Castilla,
Aragón ó Portugal,
Francia ó Saboya, tu igual,
Digna de tu cetro y silla.
Ea, señor, da este gusto
Á quien te adora y desea
Que siempre su dueño sea
Tu casa y tu nombre augusto.

ENRICO.

Digo que lo miraré,
Amigos, con más cuidado.

ROSELIO.

Del romano celebrado,
Empresa famosa fué
El áncora y el delfín,
Para darnos á entender
Que espacio y priesa ha de haber:
Date espacio y priesa al fin.

ENRICO.

Yo os juro determinarme
Lo más presto que yo pueda,
Que no es poco que os conceda
La voluntad de casarme;
Que os juro que antes entrara
De una tigre en una cueva,
Y con fuerza heroica y nueva
De los pechos le quitara
Un hijo, ó con un león
Entrara á hacer desafío
Con más fortaleza ó brío
Que Lisímaco ó Sansón;
Ó me abrazara desnudo
Con las sierpes de Laoconte,
Ó subiera al hombro el monte
Que el fuerte Milón no pudo,
Ó al Líbano de damasco
Pusiera atlántica frente,
Ó llevara eternamente
De Sísifo el gran peñasco,
Ó la torre de Babel
Pretendiera edificar,
Ó pretendiera agotar
El mar sacando agua dél;
Que casarme ni vivir
Una hora sola casado,
Porque un casamiento errado,
No es tanta pena morir.

ROSELIO.

Mil mujeres virtuosas
Coronan á sus maridos
De gloria.

ENRICO.

Y mil, ofendidos,
Se quejan de muchas cosas.
Mas qué, ¿pretendéis contarme
Lo que Porcia y Artemisa,
Para que me dé más prisa
Con este ejemplo á casarme,
Como si Fabia y Albina,
Rosimunda y otras mil
No acompañaran la vil
Y deshonesta Agripina?
Ahora bien: nada me agrada
Como decirme los dos
Que de la mano de Dios
Viene la mujer honrada.
Esto espero y eso creo,
Eso le pido, y os juro
Que sola virtud procuro,
Que es el dote que deseo.
No hayáis miedo que me lleguen
Cantidad ni calidad;
Virtud, fama, honestidad
Me den, lo demás me nieguen.
Yo escogeré tal mujer,
Y la probaré de modo,
Que la halle buena en todo,
Porque en todo lo ha de ser.
Hoy pienso, amigos, que es día
De ir á la cárcel.

ELARINO.

Ansí
Lo esperan todos de ti,
Que es ley deste estado.

ENRICO.

Y mía,
Que es mucha razón (1).

Vase el Conde.

ROSELIO.

El cielo tu vida aumente.

ELARINO.

Enrico es hombre prudente.

(1) Verso incompleto.

ROSELIO.

¿Prudencia es la remisión?
¿Qué teme este hombre?

ELARINO.

No sé.

ROSELIO.

¿Por qué cela el casar mal?

ELARINO.

Si un hombre tan principal
Lo teme, él sabe por qué.

ROSELIO.

Aunque por Astrología
Le hubieran adivinado
Que había de ser mal casado.....

ELARINO.

La opinión del pueblo y mía
Es que debe de ser casto
Á más no poder.

ROSELIO.

Si es eso,
Ya temo algún mal suceso.

ELARINO.

Cualquiera temor contrasto
Con su virtud.
Viene un reino á sujeción,
Y á veces dueño á disgusto (1).

Sale Tibaldo, camarero, y dos cazadores.

TIBALDO.

Esté todo apercebido.

CAZADOR 1.°

Perros y halcones lo están.

TIBALDO.

Traiga Ardenio el gavilán
Que de la garza está herido,
Aunque pienso que desea
Matar algún jabalí.

ELARINO.

¿No ves lo que pasa aquí?
En esto su vida emplea.

ROSELIO.

Y acierta, porque la caza
Dignidad de Príncipe es.

ELARINO.

Todo cuanto en ella ves
Es de una guerra la traza:
Hace muy fuertes los hombres,
Cría gallardos soldados.

TIBALDO.

Haz que tengan ensillados
Para cuatro gentilhombres,
Fabio, otros tantos caballos.

CAZADOR 2.°

Voy; estarán avisados (2).

Vase.

TIBALDO.

Va esta tarde Su Excelencia
Á caza, como otras veces.

ROSELIO.

Justa privanza mereces
Por tu ingenio y diligencia.
¿Adónde va?

TIBALDO.

Á Miraflor.

ROSELIO.

¿Volverá presto?

TIBALDO.

No sé;
Que como en ocio se ve,
Trátale el campo mejor.

ELARINO.

Mucho huye de la Corte.

TIBALDO.

Es todo filosofía.

ELARINO.

¿Trata el casarse?

TIBALDO.

Querría,
Mas no hay quien mujer le corte
Á medida de su idea;
Que la bien imaginada
Lucrecia, en el ser honrada;
En amor, Isicratea;
Nicostrata, en el saber;
Judit, en la fortaleza,
Y Edvanes en la firmeza.

ELARINO.

Y ¿dónde habrá tal mujer?

TIBALDO.

Muchas hay, y muchas tiene
Y ha tenido el mundo, tales.

ELARINO.

Á príncipes sus iguales,
Menos, Tibaldo, conviene
Tan alta filosofía,
Porque de ese proceder
Se suele el gran monstruo hacer,
Como el que Tebas tenía.
Yo aseguro que no vuelve
Á la ciudad en un mes.

TIBALDO.

También puede ser que en tres,
Si á no venir se resuelve.
¿Dónde está agora?

ELARINO.

En audiencia;
Porque (1) es ley que al año asista
Tres veces.

TIBALDO.

Será su vista
De perdón y de clemencia.
Esto voy á prevenir.

Vase Tibaldo.

ROSELIO.

Dios le dé al Conde mujer

(1) Restos de una redondilla. Lo demás se ha perdido.
(2) Faltan dos versos.

(1) *Que.*

Tan justa, que pueda ser
Que se la pueda vestir.

ELARINO.

Viendo tantos desengaños,
Que acierta entender podrías
Lo que es para muchos años.

Vanse.

Sale el Conde con mucho acompañamiento de alabarderos delante y el Relator; siéntase en el estrado alto y silla; el Relator detrás, en un bufete; da los papeles; salga con chirimías.

ENRICO.

Llamad, alcalde, á visita,
Si prevenidos están.

RELATOR.

Ya tu piedad solicita
Su culpa, y saliendo van.
Tú, heroico señor, imita
La grandeza gloriosa
De tus pasados. Aquí
Está una mujer hermosa.

ENRICO.

¿Mujer viene?

RELATOR.

Señor, sí.

Sale Fabia.

ENRICO.

¿Mujer la primera cosa?
Leed su causa.

RELATOR.

Está presa
Fabia, que Fabia se llama,
Por sospecha.

ENRICO.

Un poco cesa:
¿Qué es sospecha?

RELATOR.

Voz y fama;
No hay testigos ni confiesa.

ENRICO.

¿De qué es la fama?

RELATOR.

De haber
Muerto á Eraclio, su marido.

ENRICO.

Bien digo yo que ha de ser
Muy pesado y muy temido
Esto de buscar mujer.
¿Qué es el indicio?

RELATOR.

Murió
Con bascas, y amaneció
Casada con un criado
Suyo, Trebacio es llamado,
Que dicen que se ausentó.

ENRICO.

Ya de la fuga el indicio
Es de las leyes muy fuerte.
Rea deste maleficio,
¿Por qué le diste la muerte?
¡Ved qué principio de oficio!

FABIA.

Señor, envidias han sido
Y celos de otra mujer
Por mi segundo marido.

ENRICO.

¿Quieres tu adulterio ver,
Si no probado entendido?

FABIA.

¿Cómo?

ENRICO.

Si no le trataras
Invidia del que murió,
Nunca con él te casaras
Tan presto, ni aun pienso yo
Que á un hombre vil te igualaras.

FABIA.

Antes porque conocía
Su virtud, quise estimar
La mucha que en éste vía,
Y, por más honra, no estar
Sin amparo de hombre un día.

ENRICO.

¿En una noche pensaste
Un casamiento?

FABIA.

Pues ¿no?

ENRICO.

¿Dormiste?

FABIA.

Dormí.

ENRICO.

¿Trazaste
En el tiempo que quedó,
La boda que ejecutaste?

FABIA.

Sí, señor.

ENRICO.

Debió de ser
Una hora el tiempo.

FABIA.

Habrá sido (1)

ENRICO.

¿En una hora una mujer
Decreta y busca marido?

FABIA.

Pues ¿qué ciencia es menester?

ENRICO.

Pues ¿cómo yo no me atrevo,
Y en tantos años no pruebo
Que tú no puedes errar?
Porque si le has de matar,
Siempre hallarás otro nuevo.

FABIA.

¿Yo matarle?

ENRICO.

No buscaras
Tan apriesa otro marido,

(1) *Esa habrá sido.*

Si al pasado no mataras;
Que ya tenías sabido
Remedio si en éste erraras.
Ahora bien, este es el día
De perdonar lo dudoso;
Vete libre, que á fe mía
Que te castigue tu esposo
Mucho más que yo podía;
Que viendo tu liviandad,
Ó sospechando, ó sabiendo
Que has muerto con tal crueldad
Al otro marido, haciendo
Á un siervo infame amistad,
Él te pondrá de tal suerte,
Que él te dé la muerte allá,
Con que des fin á su suerte,
Ó te traigan presto acá
Porque le has dado la muerte.

Vase Fabia.

Salen Flora y Arnesto.

RELATOR.
Aquí ante ti se presentan
Este hombre y esta mujer.

ENRICO.
¿Qué piden?

RELATOR.
Piedad intentan.

ENRICO.
¿Qué han hecho?

RELATOR.
Aquí puedes ver
Lo que los testigos cuentan:
Flora pide fuerza á Arnesto
Con palabras que la dió.

ENRICO.
Es engaño manifiesto
El decir que la forzó,
Si es que la palabra ha puesto;
Que si la palabra dió,
No la forzó, pues por ella
En la fuerza se rindió,
Que no es forzalla vencella;
Si el (1) interés la venció.
¿Qué dices, Flora?

FLORA.
Que he sido
Ó forzada ú obligada
Con fe de ser mi marido.

ENRICO.
¿Dístesela?

ARNESTO.
Está engañada.

FLORA.
Hay testigos.

ENRICO.
Esos pido.

(1) *Es.*

ARNESTO.
¿Qué testigos? Que es probanza
Hecha entre deudos y amigos.

ENRICO.
De ti tengo confianza.

ARNESTO.
Todos son falsos testigos.

ENRICO.
¿Qué mayor que tu mudanza?
Di, Flora, ¿tan fácil cosa
Es el casar, que aun á gusto
Se tiene por rigurosa,
Que de un hombre, á su disgusto,
Mueres por llamarte esposa?
Loco está el mundo. ¿Qué es esto?
Lo que temo voluntario,
Te piden por fuerza, Arnesto.
¡Oh pincel, que por ser vario
Tal belleza te ha compuesto!
Pero tú, ¿cómo has negado
La palabra que le has dado,
Teniéndola obligación?

ARNESTO.
¿Cuáles tan precisas son
Que obliguen á ser casado?
Y cuando se la tuviera,
¿No era bien se la negara
Y que casarme temiera?
Si Flora en fuerza repara,
Mayor Flora me la hiciera;
Que yo el cuerpo le forcé,
Si es verdad que le ofendí,
Pero más claro se ve
Que el alma me fuerza á mí;
Que desque casado esté
Pido fuerza, que es mayor
Que la del cuerpo, del alma.

ENRICO.
¡Qué bien habla en mi temor!
La vela, esperanza, calma,
Que navegas mar de honor.
Ahora bien, á Flora doy
Mil ducados; vaya Arnesto
Libre.

FLORA.
Á tus pies, Conde, estoy.

ENRICO.
Cásate, Flora, con esto.

FLORA.
Tu esclava y tu hechura soy.

Vase.

ENRICO.
Tú, Arnesto, mira no des
Por gustos de voluntad
Tan soberano interés,
Que igual (1) á la voluntad
Ninguna ociosa lo es.
No puede un frágil contento

(1) *Iguala.*

Obligarte á casamiento,
Y cuando eso haya de ser,
Cuéstete el hallar mujer
Mil años de pensamiento.

ARNESTO.

Tu consejo, gran señor,
Será de mi vida espejo.

Vase.

ENRICO.

¿Qué pleitos hay, Relator?

RELATOR.

Cosas inútiles dejo
Por no ocupar tu valor.
Evandro, que viene aquí,
Siete veces se ha casado.

Sale Evandro.

ENRICO.

¡Válgame el cielo!

RELATOR.

Es ansí;
Y la octava le ha acusado.

ENRICO.

¿Otra más?

EVANDRO.

Gran (1) Señor, sí.

ENRICO.

¿De qué le acusa?

RELATOR.

Han reñido
Porque le dijo, no ha un mes
Del desposorio cumplido,
Que duraba mucho.

ENRICO.

Y ¿pues?

RELATOR.

Celia, señor, le ha tenido,
Y piensa que las ha muerto.
Con esto, cierto ó incierto,
Bien probado ó mal probado,
Dicen que á las siete ha dado
Veneno.

ENRICO.

¿Si estoy despierto?
¿Duermo acaso? Ó ¿si es verdad
Que este hombre presente veo?
¡Qué extraña temeridad!

EVANDRO.

Que te espanta, señor, creo
Mi dicha ó mi libertad.

ENRICO.

En tu dicha no me meto,
Que es disposición del hado (2)
Que por el cielo interpreto,
Ni que á las siete hayas dado
Veneno ó muerte en secreto.
Lo que á la razón repuna

(1) Añado el *gran* para completar el verso.
(2) *Que disposición de lado.*

De mis sentidos jüeces,
Es tu animosa fortuna
En casarte siete veces
Y que yo tiemble de una.
¿Hay cosa igual, hay suceso
Más notable? ¡Nuevo Atlante,
Que tienes el mundo en peso,
Cleomedes, Milón gigante,
Ticio en el Cáucaso (1) preso;
Maximino, á quien la fama,
Si se permite el decillo,
De tal estatura llama,
Que le servía de anillo
La manilla de su dama;
Diapeto, que por extremo
De fuerzas el mundo loa (2),
Oridamo, Polifemo,
Hijo de Neptuno y Joa,
Que mató al tostado Remo! (3),
¡Siete veces te has casado;
Siete mujeres vencido;
Siete vidas enterrado;
Siete humores has sufrido;
Siete templos derribado!
La hidra de Hércules tuvo
Siete cabezas; más fuerte
La que tú vences estuvo.
Sansón, de la misma suerte,
Menos la fama entretuvo:
Dos columnas derribó,
Y en fin entre ellas murió;
Tú siete veces después,
Mira si él ni cuantos ves,
Tu fortaleza igualó.
La admiración que me has dado
Me hace dejar esta audiencia,
Y el ver que por darme enfado,
Cuanto viene á mi presencia
Es casarse. ¿Yo casado?

Bajando.

Mando que luego un pintor
Por monstruo te me retrate,
Y ponga en el corredor
Entre Thonse y Efiarte,
Porfiris y Adamastor.
Voyme á caza; vos mañana
Á estas horas acudid,
Si hubiere vuelto. ¡Oh liviana,
Condición cuanto es en mí
De recatada inhumana!
Á los ladrones pareces
Que toda la vida hurtando (4)
Nunca vieron los jüeces,

(1) *Casto.*
(2) *De fuerzas que el mundo.*
(3) Falta el sentido en este y en otros varios pasajes de la presente comedia, que fué impresa del modo más detestable.
(4) *Vitando.*

Y otros, luego en comenzando.....
¡Jesús, Jesús, siete veces!

EVANDRO.

¿Líbrasme al fin?

ENRICO.

Y quisiera
Hacerte un mármol, á efeto
De que tu nombre viviera.
No eres, Evandro, discreto,
Que bastaba la primera.

Tocan, y vanse todos.

Salen Laurencia y Fenisa, villanas, con dos cántaros.

FENISA.

¡Dichosa tú!

LAURENCIA.

Yo, ¿por qué?

FENISA.

Por eso que me has contado:
Tu descuido y mi cuidado,
Tu libertad y mi fe,
Mi cárcel y tu albedrío,
Mi blandura y tu desdén,
Son como el mal con el bien,
Ó como el calor y el frío.
¡Ay, Laurencia!

LAURENCIA.

Yo sospecho
Destas quejas cierta cosa.
¿Vives acaso celosa?

FENISA.

Todo se me abrasa el pecho.

LAURENCIA.

Lástima te tengo, y más
Cuando imaginé que á mí,
Que nunca amor conocí,
Del tuyo cuenta me das.
Tratar con un estudiante
Ó soldado el que es villano,
Al noble, al enfermo, al sano,
El docto y el ignorante,
En el plebeyo el señor,
Es lo mismo que tratar
El que nunca supo amar
Ni supo tener amor.
Mas con todo, puede ser
Que pueda el entendimiento
Discurrir, Fenisa, á tiento
En materia de querer.
Amor oigo yo decir,
Aunque villana, que tiene
Su teórica, en que viene
El ingenio á discurrir.
Y aunque á práctica de manos
No haya llegado con él,
Sabré por discurso en él
Algunos principios llanos.
Amor será algún deseo
De gozar la cosa amada,
Que vista y tratada, agrada,
Como yo te trato y veo.
Amor, entre mil efetos,
Por hijo tendrá el temor;
El temor, hijo de amor,
Le dará celos por nietos.
Ansí, que tú amando estás,
De quien amas temerosa,
Y deste temor celosa,
Tienes otra cosa más.

FENISA.

¡Ay, Laurencia, que no en vano
Toda esta rústica tierra,
Hasta aquella blanca sierra
Desde aqueste verde llano,
Te tiene, adora y estima
Por única entre pastores!
¿Quién, si no tú, sin amores,
Dijera de amor la enima?
Alaban tu entendimiento
Al igual de tu hermosura;
Déte el cielo la ventura
Igual al merecimiento.
Eso es amor y es temor,
Y son los celos también,
Pero no sabes de quién.

LAURENCIA.

El dueño sé de tu amor,
Pero ignoro el de tus celos.

FENISA.

Llega, Laurencia, á la fuente.

LAURENCIA.

¿Está acaso en su corriente?
¿Cáusate acaso desvelos?
¿Es ninfa que vive aquí?

FENISA.

Mira el agua.

LAURENCIA.

Ya en la risa
Pongo la vista, Fenisa.

FENISA.

¿No ves nada?

LAURENCIA.

Sola á mí.

FENISA.

Pues ésta debe de ser
La que me tiene celosa.

LAURENCIA.

¿Yo?

FENISA.

Tú, pues.

LAURENCIA.

¡Notable cosa!
¿Desde cuándo?

FENISA.

Desde ayer,
Que vi claramente ¡ay Dios!
Que te miró.....

LAURENCIA.

¿Á mí, Fenisa?

FENISA.

Mi Danteo, que en la risa

Os encontrastes los dos.

LAURENCIA.

Bien has dicho que son celos;
Que celos es sospechar
Que lo amado puede amar.
¡Mi vida acaben los cielos
Si en tu agravio soy culpada!

FENISA.

Bien segura estoy de ti;
Pero ¿qué me importa á mí,
Si mereces ser amada?
Quisiera, aunque injusta cosa.....

LAURENCIA.

Di qué haré por ti.

FENISA.

No sé
Cómo lo diga.

LAURENCIA.

Sí haré.

FENISA.

Que dejes de ser hermosa.

LAURENCIA.

Deja esas vanas quimeras;
Que celos son ilusiones;
Amor, imaginaciones
Que mezclan burlas y veras.
Está segura de mí
Que en mi vida quise bien,
Porque un natural desdén
Se lo manda al gusto ansí.
De las fieras y los hombres
No pasa mi distinción
Más de que tienen razón,
Y los trato por los nombres.

FENISA.

Pastores vienen.

Salen Danteo, Lucindo y Belardo.

LAURENCIA.

Detrás
Deste aliso estar podremos.

DANTEO.

Jüez digo que busquemos
Y no se contienda más.

LUCINDO.

Ya pensarás que has vencido.

BELARDO.

Pues ¿yo no tengo razón?

DANTEO.

¿No hay quien juzgue esta razón?
Montes, una ninfa os pido.

BELARDO.

Los montes oyen, ¡por Dios!

LUCINDO.

¡Cómo!

BELARDO.

Una ninfa pedís,
Y apenas se lo decís,
Cuando se os ofrecen dos.

DANTEO.

¡Oh flor de la nuestra villa,
Y deste monte laurel,
Rosa, azucena, clavel,
Jazmín, lirio y clavellina! (1).
¡Oh Laurencia, que es lo más
Que un rústico decir puede!
¡Oh Fenisa!

FENISA.

Allí se quede,
Que no hay más.

LAURENCIA.

¡Qué necia estás!

BELARDO.

Dejad encarecimientos,
Y dejaos desa cuestión:
Aquella que en discreción
Admira los pensamientos,
Que de la esfinge (2) de Tebas
Puede descifrar la enima.

LUCINDO.

Gloria, honor, blasón, estima,
Flechas de amor, armas nuevas:
Laurencia, hermoso retrato
Del cielo, nuestra cuestión
Juzgue aquí tu discreción,
Y estános atenta un rato.

LAURENCIA.

¿Qué habéis apostado?

DANTEO.

Yo
Un vaso de enebro, en quien
Venus y un fauno se vén
Que cien doblones le dió,
Y en el asa el niño Amor
Llorando que hombre tan feo
Goce su madre, aunque creo
Que es la hermosura y amor.

LUCINDO.

Yo he puesto doce cucharas,
Que en las palas, si las vieses,
Nunca mejor de los meses
Pintadas viste las caras;
En los cabos, en mil huecos,
Parte que en efeto es
Lo sutil, de cada mes
Las frutas verdes y secas.

BELARDO.

Yo apuesto un cayado liso,
En cuyo extremo retrato
La cara á los cielos; trato
En cuanto á mí.

LAURENCIA.

¡Buen Narciso!
Dime, Belardo, ¡por Dios!
Cómo la has retratado,
Que ya me has puesto en cuidado.

BELARDO.

Estadme atentos los dos:
Pinté una cara muy flaca,

(1) Falta la rima.
(2) *Finge.*

Llena de capote y ceño;
Que como el laurel es leño,
Fuego de la vista saca;
  En unas cejas cubiertas,
Cien ojos ciegos.....

LAURENCIA.

¡Qué sabio! (1).

BELARDO.

La boca mordiendo el labio,
Y las orejas cubiertas;
  Y á fe que lo he de decir:
En la frente, en vez de ramos,
Dos puntas como los gamos
Cuando empiezan á salir.

LAURENCIA.

¿Hay tan notable pintura?

FENISA.

Mucho me retrata á mí.

LAURENCIA.

¿Qué es la cuestión?

DANTEO.

Oye.

LAURENCIA.

Di.

DANTEO.

Toda es celos.

LAURENCIA.

¡Qué locura!

DANTEO.

  Yo digo que es mayor mal
La sospecha que el suceso.

Suene dentro ruido de caza.

ENRICO.

Allá atraviesa á lo espeso
Y desciende al arenal:
  Pase el arroyo la gente.

DANTEO.

Éstos cazadores son;
Mas qué, ¿cesa la cuestión?

Entra el Conde.

ENRICO.

Dios guarde la buena gente.
  ¿Es muy profundo ese río?

LAURENCIA.

Muy bien se puede pasar.
Aunque lo veis murmurar,
No tiene más de aquel brío.

ENRICO.

  ¡Por mi vida, que es el vuestro
Más peligroso y profundo!
Ved las usanzas del mundo.

LAURENCIA.

¡Bien haya el rústico nuestro!
  ¿Ya querrá vuesa merced
Entretener el calor?

ENRICO.

Mostráis natural valor,
Y haréisme en eso merced;
  Que vengo ¡por Dios! cansado.

LAURENCIA.

Asentaos en esa peña,
Que todo lo bueno enseña
De aquel monte y dese prado;
  Pero como allá estaréis
Enseñado, en vez de suelo,
Á sillas de terciopelo,
(Que hombre noble parecéis),
  No os sabréis acomodar.

ENRICO.

Contadme ya por sentado,
Que aunque noble me he criado,
No hay aquí mejor lugar;
  Y allá como allá, y aquí
Como aquí.

FENISA.

¡Qué hombre tan llano!

LAURENCIA.

Bien parecéis cortesano:
¿Allá son todos ansí?
  Decidnos, por vida mía,
Qué pasa en esa ciudad,
Ó cómo va la verdad,
Qué siente la cortesía,
  Qué dicen los agraviados,
Cómo viven los quejosos,
En qué entienden los ociosos,
Qué hay de los pobres honrados.
  ¿Es el Conde buen señor?
¿No se casa? ¿En qué se emplea?

ENRICO.

Este es ingenio de aldea:
Este es justo labrador.
  ¡Por Dios, hermosa aldeana!
Tantas cosas preguntáis,
Que apostaré que os quedáis
Sin respuesta hasta mañana;
  Y mañana hasta otro día.
Sólo del Conde os diré,
Porque le sirvo.

LAURENCIA.

Á la fe,
Que lo tengo á cortesía.

ENRICO.

  El Conde gobierna y mira
El provecho de su estado:
Premia á la virtud.

LAURENCIA.

¡Qué honrado!
¿Y castiga á la mentira?

ENRICO.

  Caza cuando se divierte
De los negocios de corte:
Veis aquí nuevas sin porte.

LAURENCIA.

¿Estará aquí desa suerte?

ENRICO.

  Aquí encima le dejé

(1) *¿Qué sabe?*

Destos cerros.

LAURENCIA.

¿Es galán?

ENRICO.

¿Qué os va en eso?

LAURENCIA.

Aquí le dan
Mil alabanzas.

ENRICO.

¿Por qué?

LAURENCIA.

Por el gobierno y virtud
Que muestra. Pero es culpado.

ENRICO.

¿En qué?

LAURENCIA.

En no haberse casado,
Teniendo edad y salud.

ENRICO.

Teme.

LAURENCIA.

¿El Conde teme?

ENRICO.

Errar;
No hallar conforme mujer.

LAURENCIA.

Muy bien hace de temer,
Que es fuerte cosa el casar;
Pero si estuviera aquí,
Quizá le diera un consejo.

ENRICO.

Bien cerca de aquí le dejo;
Mas dádmele vos á mí,
Y daréselo yo á él.

LAURENCIA.

Oid: cuanto á lo primero,
Es cristiano y caballero;
Todos lo sabemos dél.
Encomiende el caso á Dios,
Que es de quien todo procede.
¿Quién sin él acertar puede?

ENRICO.

Nadie.

LAURENCIA.

Oid.

ENRICO.

Proseguid vos.

LAURENCIA.

Luego pregunte á la fama
De la virtud y valor,
Recato, honesto temor,
Y sangre de alguna dama,
Aunque, si digo verdad,
De la sangre no pregunte,
Porque basta que la junte
Á su ilustre calidad.
Procure tras esto vella,
Y no se case sin ver,
Pues verá, en ver su mujer,
Si puede vivir con ella.
Si aquestas partes no tiene,
Y si déstas se previene,
Verá que nada le falta
. . . . (1).
Con esto podrá casarse
Y dejar vanos recelos.

ENRICO.

No han hecho mujer los cielos
Que á ésta pueda igualarse.
¿Hay cosa igual? ¿Hay valor
Como éste? ¿Hay ingenio, hay talle?
¡Que esto nace en vuestro valle,
Montañas de Miraflor!
¡Extraña cosa! No he visto
Quién ansí me haya mudado;
Creo que el cielo me ha dado
Lo que imposible conquisto.
Si aquí milagrosamente
Me trujo, ¿qué estoy dudando?

LAURENCIA.

¿Qué piensas?

ENRICO.

Estoy pensando
Vuestro consejo prudente.
Al Conde pienso decir
Que en su pleito de casado
He hallado un gran letrado,
Y que os venga á ver y oir.
¿Cómo os llamáis?

LAURENCIA.

Yo, Laurencia.

ENRICO.

¿Tenéis padre? (2).

LAURENCIA.

Allí enfrente podéis ver
Su antigua presencia (3);
Está caduco el buen hombre.

ENRICO.

¿Qué nombre?

LAURENCIA.

Lauro es su nombre (4).
¿No veis aquella cabaña
Pajiza, aquella casilla
Que parece que se humilla
Al centro de esta montaña?
Pues en aquélla vivimos.

ENRICO.

¿Y allí se aprende el consejo
Que me dais?

LAURENCIA.

Es aquel viejo
La escuela; en él aprendimos.

---

(1) Falta el primer verso en esta redondilla. En la primera edición se repite malamente:

Si aquestas parte no tiene.

(2) Verso incompleto.
(3) No es verso. Lo sería leyendo *venerable* en vez de *antigua*.
(4) Faltan á esta redondilla el primero y el cuarto verso.

ENRICO.
Allá voy á descansar
Y á verme un rato con él.
LAURENCIA.
Holgaréis de ver en él
Un nuevo modo de hablar
ENRICO.
Por la que en vos engendró,
Echo yo de ver cuál sea.
LAURENCIA.
Pero, en fin, todo es aldea.
ENRICO.
Allá voy.
LAURENCIA.
Luego iré yo,
Por si os quedáis á comer,
Serviros y regalaros.
ENRICO.
¡Declaradme, cielos claros,
Si ésta ha de ser mi mujer,
Que si es mi constelación,
Que la venga hallar aquí!
Quedóse igual para mí (1).
¡Qué hermosura y discreción!

Vase el Conde.

FENISA.
¡Qué palaciega has andado!
DANTEO.
Admirado le has tenido.
LUCINDO.
El hombre va sin sentido.
BELARDO.
Y de escucharte, elevado.
DANTEO.
Dalos á Dios, que es cansada
Gente.
LAURENCIA.
Éste ha sido cortés.
Volved á decir los tres
La contienda comenzada.
DANTEO.
Digo que yo temo más
Los celos que no al suceso.
LAURENCIA.
No entiendo la razón deso.
DANTEO.
Agora lo entenderás:
Los celos me traen sin mí,
Sin dormir y sin comer,
Mientras no puedo saber
La ofensa. ¿No es esto ansí?
LAURENCIA.
Es verdad.
DANTEO.
Este (2) suceso
Me hiela la voluntad;
Que en sabiendo la verdad,
Pierdo el gusto y cobro el seso.
LUCINDO.
Yo digo que de los celos,
Más siento, y es más dolor,
La envidia al competidor
Que han dado este bien los cielos,
Cualquiera gracia que tiene,
Cualquiera cosa que hace.
LAURENCIA.
Eso, de los celos nace
Y de sus sospechas viene;
Que lo que celos ha dado,
Parece galán hermoso,
Que es inferior el celoso
Al amado imaginado.
Tú, Belardo.
BELARDO.
Yo, Laurencia,
Digo que es mayor dolor
Un desengaño de amor
Cuando viene con violencia;
Que si yo gusto tenía,
Más quiero estar engañado,
Que perder el bien forzado
Del desengaño de un día.
LAURENCIA.
Luego ¿tú engañado amaras?
BELARDO.
Sí, por no perder el bien.
LAURENCIA.
Necio estás.
BELARDO.
Soylo.
LAURENCIA.
Si en quien
Hace ofensa no reparas,
¿Qué es amor?
BELARDO.
Querer mi gusto.
LAURENCIA.
¿Cómo?
BELARDO.
Si no se va, ofensa
Paso con gusto; mas piensa
Del desengaño el disgusto,
Que ésta la vencía el saber
Que una mujer me ha ofendido;
Que pierdo el alma, el sentido,
La vida, el gusto y el ser,
Y ansí huelgo de mi daño.
LAURENCIA.
Ahora bien, el que me diga
Esta enigma, habrá vencido
La apuesta.
DANTEO.
Di.
LAURENCIA.
Dadme oído:
Tú en tanto, Fenisa amiga,

(1) Acaso escribiría el poeta:

¡Que no sea igual á mí!

(2) *El suceso.*

Mira si quieres volver,
Porque yo me quiero ir.

FENISA.

Luego en oyendo decir
La enigma.

BELARDO.

¡Extraña mujer!

LAURENCIA.

¿Quién son los tres que aun no son,
Y tan extraños los tres,
Que los dos andan sin pies,
Y el otro con la razón?
Uno es ciego y otro tuerto,
Y otro es un lince en la vista,
En cuya luz y conquista
Dejan un pájaro muerto.

BELARDO.

¿Qué dices?

LAURENCIA.

Lo que has oído.
Vamos, y vedme mañana.

Vanse las dos.

LUCINDO.

Yo lo entiendo.

DANTEO.

Cosa es llana.

BELARDO.

¿Llana? Yo pierdo el sentido.

DANTEO.

Vanse los tres á estudiar.

Vanse todos.

Salen Lauro, padre de Laurencia, viejo, y el Conde.

BELARDO.

Mas ¿si fuésemos los tres?

DANTEO.

Pues el pájaro, ¿quién es? (1).

LAURO.

Miradlo con más seso, caballero,
Que á los mozos engaña la hermosura.

ENRICO.

Padre, á Laurencia por esposa quiero:
Mirad que ella merece igual ventura.

LAURO.

¿Quién sois, señor?

ENRICO.

El conde soy Enrico,
Que bajando del monte á la verdura
De aquel valle, subí junto á una fuente,
Dando flores sus pies á su corriente.
Hablé con ella y confirmó el efeto
De su hermosura aquel ingenio raro.
Hace de su valor alto conceto,
Que aun estos pensamientos os declaro,
Porque pensar gozarla con secreto,
Ni ella es tan vil, ni vos sois tan avaro.
Vila imposible, y dije al pensamiento:

(1) Falta un verso.

El fin es de este amor el casamiento.

LAURO.

No lo dudéis: por cuanto cubre el cielo
Del un límite al otro de la tierra,
No vendiera mi honor.

ENRICO.

Conozco el celo
Que la nobleza de tu pecho encierra.

LAURO.

¿Igualaré el sayal al terciopelo?
¿La paz del campo en la continua guerra
De la ciudad? ¿Qué es esto en que me veo?

ENRICO.

Padre, vuestra ventura y mi deseo.
Yo hallé mujer aquí, siendo yo un hombre
Que lo he temido (1) en cortes y ciudades:
Si el cielo á ésta me aspira no os asombre.

LAURO.

Señor, quieroos decir claras verdades:
Yo tengo esta casilla, si ese nombre
Merece; unas pobres heredades,
Una viñuela que esos guindos cercan,
Tal, que algunos vecinos me la mercan;
Tengo menos ó más de veinte cabras,
Dos bueyes; flacos son, mas sirven juntos.

ENRICO.

Padre, no quiero que los labios abras,
Ni interés con amor se ponga en puntos.
Hacienda dejo; estimo las palabras.

LAURO.

Estos años, que están casi difuntos,
Presto os darán, señor, la pobre herencia (2).
Riqueza os doy; riqueza es mi Laurencia,
No porque es hija mía; mas os juro
Que no de su virtud en cuanto baña
El sol del Norte claro al Sur obscuro,
Aunque nacida en rústica montaña.

ENRICO.

Padre y señor, el dote que procuro,
Sólo es virtud; gran dote le acompaña.
Yo tengo para mí y entrambos juntos:
He de llevar..... (3).

LAURO.

Aquí la muerte espero (4),
Y desde agora quiero que no sea
El concierto ninguno.

ENRICO.

Padre amado,
Si no queréis salir de vuestra aldea,
Aquí seréis de mí, cierto, estimado.

LAURO.

Como en el campo amanecer no vea,
Y el círculo del alba plateado
Dividir estas nubes y estos montes,
Volviendo el sol extraños horizontes;
Como no vea el Carro y la Bocina,

(1) *Tenido.*
(2) *Hacienda.*
(3) *Llevaré conmigo.*
(4) Falta la rima.

Y oiga estas aves y estas claras fuentes,
Unas en guija y otras en encina,
En canto igual con voces diferentes;
Como entre mis corrales la gallina
No me despierte, y con alzadas frentes
Balar corderos y cantar los gallos,
Como el señor el relinchar caballos,
Contadme por difunto.

ENRICO.

Padre mío,
Digo que aquí os quedéis.

LAURO.

Laurencia viene.

Salen Laurencia y Fenisa.

LAURENCIA.

¡Galán huésped tenemos!

PADRE.

Hija mía,
Oye aquí dos palabras.

LAURENCIA.

Ya os entiendo:
Queréis que mate algún pichón casero,
Algún pollo ó gallina, por ventura;
Ya sé la condición de vuestro pecho.

PADRE.

Escucha, hija.

ENRICO.

Padre mío,
Excusad de las pláticas de padre,
Aunque sois tan discreto, cuerdo y noble;
Y vos, señora, no entendáis que vengo
Con hambre de comer; que la que traigo
Es de hallar là virtud y entendimiento
Que en vos ha puesto el cielo, que me manda
Que os pida por mujer.

PADRE.

¿Qué te suspendes?
Ansí vienen las cosas ordenadas
Del hado y la fortuna, así se meten
Por los umbrales de las mismas casas.
Yo he dado la palabra á un caballero
Que dice que te quiere por esposa;
Su persona conforma lo que dice.
Laurencia, no te turbes.

LAURENCIA.

Padre mío,
¿Cómo os habéis cegado desa suerte,
Pues á un hombre, y en traje cortesano,
Que no visteis jamás, dais vuestra hija,
Criada tan sin madre, que sospecho
Que podrían decir que es vuestro parto?
¿Qué es esto, Lauro?

LAURO.

Á mi casilla vino,
Adonde estaba yo como Dïógenes,
Y él me quitaba el sol como Alejandro,
Y con tales palabras me ha cegado,
Que en fin, puede cegar la cortesía,
Que le he dado palabra; mas no importa,
Que sin tu voluntad no habrá palabra,
Ni en los caducos hay obligaciones,
Que son (1) como los niños.

Entran Belardo, Danteo y Tibaldo, cazadores.

BELARDO.

Aquí dijo
Que venía ese noble caballero.

LUCINDO.

¿Ése es el que buscáis?

TIBALDO.

Éste es, el mismo.
Conde y señor, ¿qué es esto?

PADRE.

Éste es el Conde.

TIBALDO.

¿Dónde, señor, estabas, que perdidos
Íbamos recorriendo (2) humildes valles,
Y trepando también soberbios montes?

PADRE.

Señor, dadme esos pies y perdonadme.

ENRICO.

Alzad del suelo, noble suegro mío.

LAURENCIA.

Señor, á mi ignorancia poned culpa.

ENRICO.

Querida mujer mía, alzaos del suelo.

DANTEO.

¡Mujer dijo!

TIBALDO.

¡Mujer, mujer! ¿Qué es esto?

ENRICO.

Mujer, Tibaldo; así lo quiere el cielo.
Besalde los pies todos (3).

TIBALDO.

Señor, ¿quien puede replicar? Tú eres
Nuestro dueño legítimo; tu gusto
Debe estimar cualquier vasallo tuyo,
Demás que la virtud y hermosura
De esta señora muestra bien los méritos,
Y el haberla escogido tus oídos
Basta en satisfacción de nuestros ojos.
Dadnos los pies á todos.

BELARDO.

¿Hay tal cosa?

ENRICO.

Todos la llamen, desde hoy más, Condesa.

FENISA.

Dénos los pies Vuestra Excelencia á todos.

LAURENCIA.

Fenisa, yo no sé qué responderte,
Sino es que aquí se burla la fortuna:
Yo seré ejemplo de una dicha extraña.

ENRICO.

Dadme esa mano y comeremos juntos,
Y tú parte, Tibaldo, y traigan luego
Una carroza en que mi esposa vaya.
Padre, dadme también la mano, y vamos.

---

(1) *Es.*
(2) *Haciendo.*
(3) Verso incompleto.

PADRE.

Yo soy hechura vuestra.

Éntranse el Conde y Laurencia, su padre y Fenisa, Tibaldo y cazadores.

BELARDO.

¿Qué os parece?
Ya queda bautizada de Condesa.

DANTEO.

¡Perdiendo quedo el seso!

LUCINDO.

Si creyera
Que en el reloj del cielo soberano
Había desconcierto, éste lo fuera.

BELARDO.

Fenisa va también.

LUCINDO.

Lleva la falda.

BELARDO.

Dama será también de la Condesa.
Casi entiendo la enigma.

DANTEO.

¿De qué suerte?

BELARDO.

Los tres son estos tres; el que está ciego
Es el Conde, que amor tanto ha cegado;
El tuerto es ese viejo casi ciego,
Y el que mira es Laurencia, que así mira
Tantos estados desde aquesta choza;
Los dos andan sin pies, pues no tenían
Pies para su ventura, si la misma
No viniera á buscarlos á su casa;
El que anda con razón es don Enrique,
Qué ha visto la virtud desta doncella,
Que es la razón más justa de adoralla.

LUCINDO.

¿Y el pájaro?

BELARDO.

Danteo, que ha quedado
Muerto del cazador.

DANTEO.

Sin duda es eso.

LUCINDO.

Yo voy á verlo.

BELARDO.

Y yo.

DANTEO.

¡Yo pierdo el seso!

ACTO SEGUNDO

Salen Tibaldo y Danteo (1).

TIBALDO.

Esté todo prevenido,
Ni haya descuido ni olvido.
¿No traen el vestido ya?

BELARDO.

Aquí el camarero está.

DANTEO.

Pidiendo viene el vestido.
Ausentéme por no ver
Las bodas de mi Laurencia,
Y vengo, Belardo, á ver
La prueba de la paciencia
Mayor que pudo tener.

BELARDO.

¿Para qué me traes acá,
Tras dos años que han pasado
Divertido y cuerdo ya?
Muerto imaginé el cuidado,
Que vivo en el alma está.

TIBALDO.

Esté todo á punto, pues.

Salen dos criados con unas ropas de seda en unas fuentes.

CRIADO 1.°

Aquí traigo los vestidos.

TIBALDO.

¡Qué pesado sois de pies!

DANTEO.

¡Cómo quieren ser servidos!

BELARDO.

Son señores, ya lo ves.

TIBALDO.

Entrad, que ya el Conde aguarda.

CRIADO 2.°

No he podido más, ¡por Dios!

Vanse Tibaldo y criados.

(1) Falta Belardo.

DANTEO.

¿Qué es esto?

BELARDO.

Alguna gallarda
Gala que acuerdan los dos,
Y éste á quien la pide tarda.

DANTEO.

Mal en palacio me hallara.
¡Jesús, mis campos adoro!

BELARDO.

En la fortuna repara,
Que mide las telas de oro
Y el sayal con una vara.
¿Quién á Laurencia dijera
Que en tal riqueza se viera?

DANTEO.

Harto caro me ha costado:
Dos años ausente he estado
De mi cabaña y ribera;
Fuíme luego que la vi
Ir á la corte, Belardo,
Mas pues ya he llegado aquí,
Á que me refiera aguardo.

BELARDO.

Oye.

DANTEO.

Di (1).

BELARDO.

Acabando de comer
En una pobre cabaña
Laurencia y el conde Enrico,
Sangre ilustre de Moncada,
Y Lauro, su padre, viejo,
Sobre unas mal juntas tablas
En que se veía más dellas
Que de las limpias toallas,
Vino una verde carroza
Cubierta de seda y plata,
Que tiraban seis caballos
Más blancos que los del alba.
Llegó á aquel prado, que entonces
Parece que se espantaba

(1) Verso incompleto.

De ver carroza de seda
Donde vió carros de plata,
Y saliendo el conde Enrico
Con la señora ó serrana
De Ruysellón y estos montes
Asida la mano blanca,
Vió que el viejo detrás dél,
Arrimándose á una caña,
Venía diciendo: «Espera,
Conde mi señor, aguarda;
Desa joya que me llevas,
Aunque en sayal engastada,
Mira el alma, por quien sube
Adonde tú la levantas;
No mires su rustiqueza,
Que aunque es de barro la casa,
El alma es toda de perlas;
Engasta en perlas el alma».
«Yo os prometo, respondía
El Conde, de regalalla
Como á prenda que los cielos
Me han dado, por ser tan alta;
Y ¡ojalá que yo pudiera
Hacerla Reina de España
Como en Ruysellón Condesa!»
Y entonces volvió á abrazarla.
Estaba abierto el estribo,
Y de rodillas estaban
Caballeros, gentilhombres
Y alabarderos de guarda.
Entra Laurencia en el coche,
Sobre un sayuelo de grana
Esparcida la madeja
Por los hombros y la espalda;
Que no pudiendo los hombros
Sustentar belleza tanta,
Pidieron favor y ayuda
Y repartieron su Arabia.
Partió la carroza á vista
Del viejo y de las zagalas,
De los pastores, del río,
Puentes, olmos y cabañas.
Lloraban todos, y todas
Decían: «Laurencia falta;
Ya no veremos Abril,
Favonio, Céfiro y Alba;
Ya no esperen fértil año
Los campos y vegas llanas,
Sino en vez de verdes trigos,
Amapolas y gamarzas.»
Hasta aquella misma noche
Se vieron en partes varias
Aullar lobos, ladrar perros,
Gemir novillos y vacas.
Llegó á la corte, y salieron
Muchas damas cortesanas,
Mirando vuelta en Condesa
La que guardó veinte cabras.
Quitáronla luego el traje;
Trujeron sayas bordadas
En vez del tosco sayuelo
Y de las groseras mangas;
Pusiéronla mil cadenas
En vez de patena y sartas,
Y celébranse las bodas
Con fiestas de tres semanas,
Y éstas pasadas, Danteo,
Laurencia se halla preñada
De una niña, que á su tiempo
Salió como flor de zarza.
Ha sido tan buena á todos,
Ha sido á todos tan grata,
Que la adoran, y bendicen
Al Conde que blasfemaban,
Y más agora, que ha dado
Un niño que no le igualan
Adonis ni el mismo Amor
(Perdone Apolo y Diana)
Cuyo bautismo, que es hoy,
La ciudad tiene alterada;
Mas ya la música suena
Y vuelven de dar el agua.

Suenan chirimías; sale acompañamiento de bautismo; Fenisa, de dama, lleva el niño; Floriano, Marqués, padrino: vayan pasando por su orden.

FENISA.

Llegad más cerca; que está
Mi señora la Condesa
Á la ventana.

Laurencia á la ventana.

FLORIANO.

¡Oh! Pues ¿ya
Se ha levantado?

FENISA.

Harto pesa
Al Conde.

DANTEO.

Envidia me da.

BELARDO.

No estés, Danteo, envidioso:
Si la amaste, ama su bien.

DANTEO.

De mi suerte estoy quejoso.

BELARDO.

Allí unos vidrios se ven,
Y en ellos un sol hermoso;
Mas si fuese la parida.....

DANTEO.

¡Ay, Belardo! Si ella es,
Muerte ha de ser mi venida.

BELARDO.

Besarle quiero los pies.

DANTEO.

Yo ofrecerle estotra vida.

BELARDO.

Mas no sé cómo me atreva,
Aunque alaban su humildad,
Porque el ver que no la mueva
Á hinchazón la majestad,

Se tiene por cosa nueva.
Señora que un tiempo fuiste
De nuestras pobres cabañas,
Cuando tanto enriqueciste
De gloria aquellas montañas,
Como el sol de luz las viste,
Pues dicen que tu trofeo
Es la humildad, en que veo
Tu entendimiento gallardo,
Vuelve la vista á Belardo
Y la memoria á Danteo;
Baja tus ojos al suelo,
Del cielo de tu valor,
Donde á esa vida el cielo,
Lleno de piadoso amor,
Dé la virtud de tu celo;
Que no quedará manchado
Tu sol por tocarle el lodo
Á este sayal.

DANTEO.

Si ha quedado
En quien ha quedado todo
Lo que es humilde traslado,
Mire en ella los que allí
Vió con tanto amor y fe,
Y entre muchos mire en mí (1)
Y esto que decir no sé.
Si tiene, de verse ausente,
Montes, árboles y fuentes
Quejosos, ¿qué haré yo, triste,
Con alma, y alma que asiste
Á tantas penas presente?
No porque del bien me pesa
Que le han dado tan apriesa,
Mas porque la suba el hado,
Para ser yo desdichado,
Desde pastora á Condesa.
¿Hay tal juego de fortuna?
¿Hay tal perder y ganar?

LAURENCIA.

Aquí, como allá, soy una:
Pastores de aquel lugar
Que fué mi primera cuna,
Dios sabe cuánta alegría
Recibo en veros, pues vi
Con veros la imagen mía.
Eso mismo soy aquí
Que en la montaña solía:
No muda el alma el lugar,
Si el traje puede mudar;
Que antes la humildad creció,
Que allá fué porque nació,
Y aquí porque ha de cesar.
Pero no lo quiera Dios:
Entrad á verme en palacio,
Entrad, y habladme los dos.

DANTEO.

¿Cuándo habrá, señora, espacio
De poder hablar con vos?

(1) Falta un verso.

LAURENCIA.

En cesando aquesta fiesta;
Y porque el Conde me aguarda,
Adiós.

Éntrase.

BELARDO.

¡Qué humilde y qué honesta!

DANTEO.

¡Qué señora y qué gallarda!

BELARDO.

¡Qué alegre y cortés respuesta!

DANTEO.

Contento de verla voy;
Vengado voy de su ausencia;
Yo vuelvo á los montes hoy,
Y de que vi su presencia
Pido albricias, nuevas doy.

BELARDO.

Vamos, que mueren de ausentes,
Y pienso que las dará
Cualquiera á quien se lo cuentes:
Los árboles su maná,
Y sus cristales las fuentes.

Vanse.

Salen el Conde y Tibaldo.

TIBALDO.

Extrañas cosas me cuentas.

ENRICO.

No te parezcan extrañas,
Tibaldo, pues me acompañas
Y pues que servirme intentas.
He visto tanta humildad
En Laurencia, que he querido
Certificar si es fingido
Á mi propia voluntad.
Yo me he puesto en entender
(Perdónenme si es error)
Á qué llegará el valor
De la más cuerda mujer.
Porque si ésta, que es discreta,
Llega á lo que yo he pensado,
Verá este siglo engañado
Que hay una mujer perfeta.

TIBALDO.

Luego también la querrás
En cuanto es honesta (1).

ENRICO.

No merecieras respuesta;
Oye y no lo digas más:
Nunca un hombre ha de probar
La espada ni la mujer,
Porque ésta puedes torcer
Y aquélla puedes quebrar.
Es quien proballas celebra,
Como quien vidrio ha probado
Para ver si está cascado,
Que cuando lo prueban quiebra.

(1) Verso incompleto.

En lo que yo te avisé
La quiero probar no más.

TIBALDO.

No lo intentaré jamás,
Y te confieso que haré.....

ENRICO.

Pues háblala, y lo que digo
Pondrás en ejecución.

Vase el Conde.

TIBALDO.

Extrañas quimeras son;
. . . . (1).
No le puedo replicar,
Aunque ¡por Dios, que me pesa!
Aquí viene la Condesa:
¿Si podré acertarla á hablar?

Sale la condesa Laurencia.

LAURENCIA.

Soberbios edificios, torres bellas,
Dorados paramentos y techumbres,
Cuyas piramidales pesadumbres
Quieren servir de basa á las estrellas.
Vosotros que (2) las sierras, porque en ellas
Nací tenéis en poco, y de las cumbres
Que ven primero las celestes lumbres,
Altivos murmuráis tan lejos dellas:
Palacios ricos, ¿dónde está el contento?
¿Está en vuestros tesoros y riquezas,
Ó en la seguridad del pensamiento?
¡Oh, cuán seguro estado es la pobreza,
Pues no puede temer que humille el viento
Su miserable estado á más bajeza!

TIBALDO.

Bien creo que en mi color
Y en el hablarte turbado
Conocerás mi cuidado,
Indicios de mi dolor.
Quisiera no haber nacido
Por no darte aquesta nueva,
Del valor última prueba
Que has con el Conde tenido,
Del cual estás satisfecha,
Que ha merecido llegar
Á enternecerme y quitar
De tu opinión la sospecha.
Yo vengo, en fin, de su parte.

LAURENCIA.

Si de su parte venías,
Tibaldo, ¿por qué temías?

TIBALDO.

Por no ofenderte.

LAURENCIA.

Es culparte
Que no me puede venir
De parte del Conde cosa
Que no la escuche gozosa:

(1) Falta un verso.
(2) *En las sierras.*

Bien me la puedes decir.
¿Qué dudas? ¿De qué enmudeces,
Que vas á hablar y te paras?
Si es del Conde, ¿en qué reparas?

TIBALDO.

Diamante en valor pareces:
No sé yo cómo decir
Lo que el Conde me ha mandado,
Y ya tú el modo has hallado
Con que lo puedes sufrir.

LAURENCIA.

Sí, Tibaldo, que quien ama
Halla presto la obediencia.

TIBALDO.

Luego hallarás la paciencia.

LAURENCIA.

Que me dé en el mundo fama.

TIBALDO.

Pues has de saber que el Conde,
De sus vasallos cansado,
Sin tomar contigo estado,
Á quien es no corresponde.
Y ellos lo toman tan mal,
Dice que quiere agraviallos (1),
Que junto á otro rey vasallos,
Y más si el poder es tal,
Hanse de tratar muy bien,
Y pues ya tiene heredero,
Que no salga con lucero,
Pues parece al sol también.
Tu hija dice que pida
Y que la lleve..... No sé
Cómo lo diga.

LAURENCIA.

¿Por qué?

TIBALDO.

Donde le quite la vida.

LAURENCIA.

Tibaldo, el Conde es el dueño
De ella, y de mi gusto es
Que se la dé y tú le des
Gusto, pues que yo te enseño.
Y tienen mucha razón
Sus vasallos en quejarse
De que ha querido infamarse
Con tan baja sujeción.
Ya mi padre le avisaba;
Ya se lo dije, y quería
Más mi campo en que vivía
Que el palacio en que él estaba.
¿Por qué entonces no miró
La murmuración presente,
Pues era el Conde prudente?
Mas, ¿cómo le culpo yo?
¿Puede el Conde errar en nada,
Aunque sea contra mí?
No; mal hablé, que nací
Á su servicio obligada.
Por vasalla es justa ley

(1) *Agradallos.*

Y por mujer mucho más:
¿Cómo por ella no vas,
Que es ley un gusto de un rey?
¡Ea, pues! ¿En qué reparas?

TIBALDO.

Llorando oyéndote estoy.

LAURENCIA.

De la fortuna desde hoy
Sabrás que tiene dos caras.
Mostróme la alegre ayer,
Hoy me ha mostrado la triste;
Mira tú en lo que consiste
En volver ó no volver.
No hay cosa segura alguna,
Porque está en volver la cara
Esa fortuna, y repara
En que es mujer la fortuna.
Vé, Tibaldo, y ¡por mi vida
(Si la has estimado en algo,
Que á un caballero, á un hidalgo,
Bien es que una mujer pida,
Y más tan pobre mujer
Y de su dueño dejada,
Con quien estaba casada
No ha mucho, pienso que ayer),
Que no pongas en tal parte
Á este ángel, que de las fieras
Sea sustento!

TIBALDO.

Tú pudieras
Serlo, á transformarte el arte;
Porque ¿qué cosa más fiera
Que verte tan obediente
Viendo el ángel inocente
Y condenado á que muera?

LAURENCIA.

Voy por él, pues tú no vas,
Y te ha faltado el valor.

Vase Laurencia.

TIBALDO.

¿Oyes aquesto, señor?
¡Ce, Conde, ce! ¿Dónde estás?

ENRICO.

Aquí detrás escondido
Viendo esta heroica matrona,
Digna de mayor corona
Que todas las que han nacido.
En esta presente edad,
¡Qué santa correspondencia,
. . . . (1).
Qué de virtud y humildad!
Mil veces me vi tentado
De salir y entre sus pies
Poner mi boca.

TIBALDO.

Ya es
Desa manera excusado.

(1) Falta un verso.

ENRICO.

La prueba ha de ir delante.

TIBALDO.

Señor.....

ENRICO.

Quedo, y no te espante.

TIBALDO.

Fenisa sale (1).

Sale Fenisa con la niña.

ENRICO.

Aquí me escondo yo.

FENISA.

¡Dios te bendiga!
Dale, Tibaldo, una higa.
¿No es hermosa?

TIBALDO.

Un ángel es.

FENISA.

Mi señora me ha mandado,
Muy alegre, te la dé;
No me dijo para qué.

TIBALDO.

Será, Fenisa, excusado;
Quiérela el Conde enseñar
Á un cierto señor francés.
Quédate, adiós.

FENISA.

Adiós, pues:
Aquí te quiero aguardar.

TIBALDO.

No importa; yo haré de suerte
Que allá la vuelva una dueña.
Ángel, vuestra madre es peña,
Pues no siente vuestra muerte.

Vase Tibaldo con la niña.

FENISA.

Montes de Miraflor, altas montañas,
Donde vi la primera luz del cielo,
Donde una casa vi!, un arroyuelo
Entoldado de juncos y espadañas.
¿Qué quimeras son éstas, qué marañas?
¿Qué es de mi campo y mi florido suelo,
Los verdes olmos que bordaba el cielo,
Los copos que igualaban las cabañas?
Ni el plomo entre el diamante ni el topacio
Asienta bien, ni el pez está contento
Fuera del agua, aunque pequeño espacio;
Ni se halla sin el oro el avariento,
Ni el rústico pastor en el palacio,
Que es centro en cada cual su nacimiento.

Salen Belardo, Dorida, Lucindo y Danteo.

BELARDO.

Buen trasudor me ha costado
Haberos acá metido.

(1) Faltan versos.

DORIDA.

Á otros.

Á fe que eres atrevido:
¡Qué lucido está y dorado!

LUCINDO.

Pisá, quedo, ¡pesia tal!
No pongáis recio los pies.

DORIDA.

¿Pensáis que es suelo?

BELARDO.

Pues ¿qué es?

LUCINDO.

Es oro todo y cristal.

BELARDO.

Ya parezco yo, en efeto,
Sacristán deste lugar,
Que he de limpiar el altar;
Le voy perdiendo el respeto.

DANTEO.

Ensartad bien necedades.

FENISA.

¡Dorida, Belardo amigo,
Danteo, Lucindo!

DANTEO.

Todos (1).

Nos alegramos contigo.

DORIDA.

¡Pesia tal, qué buena estás!
¡Ah, Fenisa, buen sayuelo
Es éste!

LUCINDO.

Trocado has pelo;
Ya medio conde serás:
No te osamos abrazar
Por no ensuciarte el vestido.

FENISA.

Y ¿á qué habéis todos venido?

DANTEO.

Á verte, Fenisa, y dar
El parabién del mancebo
Que la Condesa parió;
Á ti ó á ella, que yo
Casi á hablarla no me atrevo.

BELARDO.

De su abuelo le traemos
Al mocito un gran recado.

DANTEO.

Mas habemos concertado,
Sino es que allá nos turbemos,
Y es que éstos han de cantar
Una canción que Belardo
Compuso al niño gallardo.

FENISA.

¿Tú?

BELARDO.

Yo; dígalo el lugar.

FENISA.

¿Cómo fué?

(1) Falta la rima.

BELARDO.

Allá me subí
Á un cerro que estaba solo;
Llamé Apolo, y dijo Apolo
Que se entraba todo en mí;
Y ¡par Dios, que salió fuera,
Redonda como una bola!

FENISA.

La Condesa viene sola.
¡Ay, Dios, si el Conde viniera,
Porque oyera la canción!
Cantalda.

BELARDO.

Sí cantarán,
Y aquestos dos bailarán
Cada vez que acabe el son.

Canción.

Los de Miraflor
Parabién traemos
Al Conde y Condesa,
Del nuestro heredero,
Que me bullen y saltan los pies
De puro contento.
Los toscos pastores
Que fueron un tiempo
En los verdes campos
Y en los prados frescos;
Los que acompañaron
Vuestros pensamientos,
Llevando el ganado
Por montes y cerros,
Agora que os hizo
Su señora el cielo,
Parabién os traten
Del nuevo heredero.
Toca y repica el pandero,
Que me bullen y saltan los pies
De puro contento.

LAURENCIA.

¿Quién dirá que me ha movido
Á más tristeza que el daño
Que del Conde he recibido?
Ya envidio el grosero paño
Y alabo el tosco vestido.

BELARDO.

Parecéis que estáis suspensa,
Condesa y señora mía.

FENISA.

Por dicha, en sus montes piensa.

LAURENCIA.

¡Ay, cuánto perdí aquel día
Que vi esta grandeza inmensa!
¡Ay, amada soledad,
Donde con tosca llaneza
Trataba simple verdad,
Adornando mi cabeza
Verde laurel de humildad!
¿Qué sirve verla ceñida
De hojas de oro y Real corona?
Todo este bien es fingido.

DANTEO.

¡Qué bien cuadra en su persona,
Belardo, el noble vestido!
Parece que se crió
Para reina deste estado.

LAURENCIA.

Bien adivinaba yo
Que era el estado prestado;
Mas que era fingido, no.
Amigos, ¿cómo estáis todos?

BELARDO.

Buenos, señora, de verte
Subir por tan varios modos
Á ser igual al más fuerte
Que descendió de los godos.
Lauro, tu padre, descansa
En su vejez con gran gusto
De ver que una oveja mansa
Rinde á un león tan robusto,
Y que sus fuerzas (1) amansa;
Que está de mirar contento
Que este nieto, prenda amada,
Junte en este casamiento
Con la sangre de Moncada
Vuestro humilde pensamiento.
Mil parabienes te envía;
Hasta los olmos y fuentes
Se alegraron aquel día.

LUCINDO.

Concertando sus corrientes
Oímos dulce armonía.
Por muchos años, señora,
Goces el dichoso fruto.

LAURENCIA.

¡Ay, riqueza aduladora!
¿Qué sirve cubrir el luto?
Ríe el rostro, el alma llora.
En fin, ¿que mi honrado viejo
Vive alegre en su casilla?

BELARDO.

Bueno y contento le dejo,
Siendo al mundo maravilla
Y á tus costumbres espejo;
Ni el hábito se ha mudado,
Ni adornado las paredes
De lo que le has enviado:
Tan desnudas verlas puedes
Como en el tiempo pasado;
Doblados están los paños,
Que dice él que son engaños
Del mundo.

LAURENCIA.

Tiene razón.

BELARDO.

Los que de su condición
Le respetan, llama extraños:
Come en su plato de pobre (2),
Sin querer otro regalo.

(1) *Su fuerza.*
(2) *De barro* dice la primera edición.

LAURENCIA.

No hay oro como ese cobre;
Á mil diamantes le igualo.
¡Ay, quién no hubiera perdido
Tanto bien!

DANTEO.

Triste has venido:
¿No estás buena?

LAURENCIA.

Buena estoy.

BELARDO.

Si no alegra el bien, yo soy
Dichoso en ser lo que he sido.

DANTEO.

¿De qué es su melancolía,
Fenisa?

FENISA.

Estará indispuesta;
Cantad y dalda alegría.

DANTEO.

Quizá la enfada y molesta
Nuestra humilde compañía.

DORIDA.

Di, Fenisa, ¿es gravedad
Esto que Laurencia tiene?

FENISA.

Mal conocéis su humildad;
Más con veros se entretiene
Que en la confusa ciudad.

DORIDA.

Anda, que bien se ve en ti
La gravedad que tenéis.

FENISA.

Ni se ve en ella ni en mí.

DORIDA.

Estas telas en que vais,
Ensoberbecen ansí.
Ya tendrás mil pretensores,
Caballeros y señores.
¡Qué oirás de ilustres palabras,
No como entre humildes cabras
Las viles de los pastores!
Pues Dios nos hizo tan buena..... (1).

FENISA.

Dorida, yo tengo bien
Qué imitar en mi señora.

BELARDO.

Dejaldo, y cántese agora:
Proseguidle el parabién.

Canción.

Sea el nuevo infante
En la guerra un Héctor,
En la paz Salmón,
El que hizo el templo;
Sea en los amores
Como un Gerineldos;
Denle bendiciones,
Díganle requiebros,

(1) Verso suelto.

Conquiste el sepulcro
Donde estuvo el cuerpo
De Nuestro Señor,
Como sus abuelos.
Toca y repica el pandero,
Que me bullen y saltan los pies
De puro contento.

Entran el Conde y Tibaldo.

ENRICO.

¡Oh, qué hermosa junta de villanos!
¡Qué bárbara y grosera compañía!
¡Qué mal se olvida de parientes llanos
La baja sangre que un villano cría!
Salen, en fin, mis pensamientos vanos;
Que mal podrá sentar la cortesía
Sobre el sayal de un vil, humilde traje
Que vuelve el alma al rústico lenguaje.
¿Éstas, Laurencia, son conversaciones
De una Condesa entre altos caballeros?
Si con estas lecciones te entretienes,
Aprenderás de ingenios tan groseros;
Vuelves á tus primeras intenciones,
Vuelves á ser fiera ahora entre fieras;
No te cuadra el palacio, al campo tornas;
¿Destos tapices mi aposento adornas?
Las fábulas nos cuentan que una gata
De tal manera amaba un hombre rico,
Que pidió á Juno, y dió un blandón de plata,
Si la hiciese mujer; y á mí la aplico.
La diosa, por no ser al don ingrata,
Mudóle en rostro humano el negro hocico,
La piel pelosa en cuerpo deseado,
Y fué su casamiento celebrado.
Mas como en el estrado viese un día
Pasar unos ratones, como antes
Arrojóse tras ellos la que había
Tratado en liviandades semejantes.
Así agradeces tú la intención mía,
Viendo pasar tus rústicos amantes.
¡Salid de aquí, ratones viles, bajos!

Huyen todos.

LAURENCIA.

Ya empieza la fortuna mis trabajos.

ENRICO.

No me venga, pastor, más á esta casa;
Tibaldo cuelgue luego al que viniere,
De aquella almena: así quien mal se casa
Castiga el cielo. Tu descanso adquiere.

LAURENCIA.

Lo que, señor, con inocencia pasa,
No es justo que te enoje ni te altere;
Como otras veces no los has reñido,
Agora, como suelen, han venido.
Que yo dejo las cosas que son justas
Por esas groserías, no lo creas;
Dió causa mi humildad y el ver que gustas
Tal vez de aquellas rústicas aldeas;
Pero sabiendo yo que te disgustas,
No hayas miedo que más sus sombras veas,
Que de aquello que fuí, por no ofenderte
Me olvidaré (1).

ENRICO.

Su gran paciencia advierte. (Ap.)

LAURENCIA.

Yo conozco que tú me has transformado
Del animal en la mujer, que ahora
Con tal grandeza mereció tu lado
Y es de Cerdaña y Ruysellón señora;
No he vuelto al ser humilde que has pensado,
Ni al ánimo de tosca labradora;
Tus vasallos lo digan y sean jueces,
Pues han loado tu elección mil veces;
Mas pues pruebas con fábulas tu intento,
Un labrador escriben que tenía
Un tronco de moral por tosco asiento,
Que le pidieron en su pueblo un día;
Labró dél un artífice contento
Una imagen de Júpiter, que hacía
Después milagros, y aunque el pueblo entraba
Á verle, el labrador jamás llegaba.
Preguntóle un vecino que le advierta
La causa, y respondió: «Cuando me acuerdo
Que éste era moral junto á mi puerta,
La devoción á sus milagros pierdo.»
Así Vuestra Excelencia se concierta
Con mi padre, señor; mas no fué cuerdo:
Dióle el moral, y aunque milagros haga,
¿Qué habrá que tronco verme no deshaga?

ENRICO.

Laurencia, si ellos dicen que te adoran,
Ellos te engañan con lisonjas claras:
Antes mi humilde casamiento ignoran.

LAURENCIA.

Créolo: tiene el mundo muchas caras.

ENRICO.

Los Grandes me murmuran, y desdoran
Mi honor, Laurencia, y pésales que paras;
Dicen que les doy Príncipe heredero
Nieto de Lauro, labrador grosero.
Y no les falta causa, razón tienen:
Yo hice mal; estoy arrepentido.
Aquí los nobles por el niño vienen;
Que con paciencia me le des te pido;
Matarle ó esconderle allá previenen
Donde jamás parezca; helo sentido;
Mas ¿qué he (2) de hacer, que vienen alterados
Con armas á quitarme los estados?
Tenlo por bien: no puedo más; Laurencia,
Muestra el valor que dices.

LAURENCIA.

Cosa es clara,
Que á ejemplo, gran señor, de mi paciencia,
Con ella te daré tu prenda cara;
Si conviene tu vida, tu Excelencia
Crea que con la misma alegre cara

(1) En la edición original están trocados este hemistiquio, y el segundo del verso anterior.
(2) *Tengo.*

Esperaré la muerte suya y mía.

ENRICO.

¡Qué notable paciencia y alegría!

LAURENCIA.

Vé por Gastón, Fenisa, y tráele luego.

FENISA.

Pienso que duerme agora.

LAURENCIA.

Irá dormido,
Y así no sentirá la muerte.

ENRICO.

Hoy llego
Á ver un monstruo de valor vestido.

FENISA.

Yo voy.

TIBALDO.

¿Cómo que esté del llanto ciego,
Y que ella tal valor haya tenido?

ENRICO.

Disimula, Tibaldo; yo quisiera
Que otro medio esta gente previniera:
Es áspera la gente de Cerdaña.
Préciase de nobleza, y quieren dueño
De la sangre de Francia ó de Alemania,
No, como dices, rama de aquel leño.
Sale la tigre de la fiera Hircania
Á defender el hijo; yo le enseño
Al mesmo cazador, porque se impida
Que el estado (1) me quiten y la vida.

Sale Fenisa con el niño.

FENISA.

Aquí viene Gastón.

LAURENCIA.

Muestra, Fenisa;
Que el Conde mi señor dará licencia
Para que viese esta inocente risa
Por el último bien de su presencia.
Hijo, ¿por qué naciste tan aprisa,
Para poner mi vida en contingencia?
Parece que de un parto y de una suerte
Nacieron vuestra vida y vuestra muerte.
Hijo, ¿queréis saber vuestro delito?
Sabed que os matan porque fuistes nieto
De la humildad de un viejo á quien imito,
Que ya tienen de vos tan mal conceto;
Mas si materia ó forma os han escrito,
La materia soy yo de poco efeto,
La forma fué (2) del Conde: hase engañado
Quien os quiere formar de mal culpado.

ENRICO.

Suéltale ya.

Quítansele.

LAURENCIA

Dadme, señor, licencia;
Que me voy por un rato á mi aposento.

Vase.

(1) *Estrado.*
(2) *Sube.*

TIBALDO.

¡Que no ha llorado! ¡Celestial paciencia!
¡Que no ha hecho materno sentimiento!

ENRICO.

¿Hay humildad como ésta? ¿Hay obediencia?
¿Hay varonil valor? ¿Hay sentimiento?

TIBALDO.

Señor, vuélvele el niño, que esto basta
Para saber que es obediente y casta.

ENRICO.

Dale á Tibaldo, y á Celio di que luego
Á Bolonia le lleve, á Eradïano,
Con las cartas que he escrito.

TIBALDO.

Harélo
Como es tu gusto; pero el cielo sabe
El sentimiento y lágrimas que llevo.

ENRICO.

Tibaldo, esto conviene.

TIBALDO.

¿Qué procuras
Hacer de una mujer? ¿Es bronce ó piedra?
¿Qué edificio levantas en su pecho?
¿Qué quimeras fabricas en tu ánimo?
¿Para qué quieres tantas perfeciones?

ENRICO.

Temí el estado en que me vi, Tibaldo:
Escogí la mujer que tengo humilde,
Y ver que no la muda el alto estado
Que ha puesto, procurar saber del todo
De aquella condición heroica el centro,
Para labrarla estatuas de oro y mármol
Y consagrar al tiempo su memoria.

TIBALDO.

Tanto puedes probarla, que la mates.

ENRICO.

Ven conmigo, Tibaldo, y no repliques:
¡Qué notables son todos los Enriques!

Éntrense.

Salen Laurencia y Fenisa.

FENISA.

De tu paciencia me espanto,
Condesa y señora mía,
Pues muestras el alegría
Cuando me deshago en llanto.
Tus hijos muertos, ¿y estás
En aquesa compostura?

LAURENCIA.

Tras la primera locura,
¿Qué tengo que sentir más?
Locura fué dar la mano
Á un Príncipe, de mujer,
Mujer á quien daba el ser,
Que tiene un tosco villano.
Y pues que entonces no vi
El daño que agora tengo,
Véngome de mí, que vengo
Á menos de lo que fuí.
Pague el alma el sentimiento,

Que para que no descanse,
No lloro porque no amanse
La fuerza el llanto al tormento.
Fuera de eso, no he de hacer
Lo que las flacas mujeres;
Que es razón que consideres
Que soy del Conde mujer.
Á nobleza corresponde
Ser obediente al marido,
Ni es bien que haberlo sentido
Lo diese á entender al Conde,
Porque en mostrar sentimiento
Le daba á entender Laurencia,
Que mostraba resistencia
Á su justo mandamiento.

FENISA.

No sé qué piense de ti;
De piedra tus ojos son,
De bronce tu corazón.

LAURENCIA.

Calla: el Conde viene aquí.

Entran el Conde y Tibaldo.

ENRICO.

Condesa Laurencia, á quien
Quiso el cielo que escogiese
Con los ojos de mi gusto,
Consejos que yerran siempre:
Llevando á entregar el niño,
Aquel ángel inocente,
A la inclemencia de Herodes,
Que ya en sus manos le tiene,
Hallé su vulgo alterado,
Que alterado y junto es fuerte,
Para matarte, Laurencia,
Que algún demonio le mueve.
Quise enojarme.....

LAURENCIA.

Señor,
No te enojes; que bien puedes
Entregarme á su codicia.
Nací; oblígome á la muerte;
Dénmela, tú no te enojes;
Que un enojo tuyo breve
Importa más que mi vida.

TIBALDO.

¡Que esto un hombre humano intente!

ENRICO.

No, que ya se contentaron
Con que me aparte y te deje
Volver adonde naciste.

LAURENCIA.

Muy bien dicen, razón tienen:
El agua á su centro corre,
Al mar los ríos y fuentes,
La piedra á la tierra baja,
El humo al fuego celeste.
Todo, en fin, tarde ó temprano,
Á su nacimiento vuelve;
Que porque somos de tierra,
Es el fin que nos entierren.
Bien es justo que á mi padre
Vuelva voluntariamente,
Para que te deje libre
Y goces lo que mereces.
Más piedad es que matarme,
Si no te sirve mi muerte,
Por mi padre, no por mí,
Que la furia me enternece.
Sólo, Conde mi señor,
Te pido.....

ENRICO.

Di brevemente.

LAURENCIA.

Pues siempre se les otorga
Á quien se va ó á quien muere,
Que se hará lo que desean,
Me mandes dar.....

ENRICO.

Di; ¿qué temes?

LAURENCIA.

El dote que aquí te truje.

ENRICO.

¿Dote, mujer? ¿De qué suerte?

LAURENCIA.

Un sayuelo, un delantal,
Una cofia, seis ó siete
Patenas, y unos corales,
Y tres ó cuatro agnusdéis;
De azabaches de Galicia
Una gargantilla.....

ENRICO.

Denle
Su vestido, si es que vive.

LAURENCIA.

Yo le guardé y tú le tienes;
Vé, Fenisa, adonde está.

FENISA.

¿Estos son hombres? ¿Quién cree
Vuestras palabras y gustos?
Con otro como éste encuentre.....

Vase.

FLORA.

¿Á quién no le rompe el alma
La mujer más obediente
Que ha visto el sol donde nace,
Y la luna donde muere?
No sé cómo puede el Conde,
No sé cómo el Conde puede,
Tibaldo, sufrir el llanto.

TIBALDO.

Es fiera, es mármol, es nieve.

CELIO.

Experiencias tan sangrientas,
Será poco que le cuesten
La vida.

TIBALDO.

Celio, éste es hombre
Que ninguna cosa teme.

CELIO.
Su honor, y no la razón,
Es justo que le gobierne.

TIBALDO.
¿Persecución en un vidrio?
¡Plega á Dios que no se quiebre!

Vuelve á salir Fenisa con el vestido doblado.

FENISA.
Éste es, señora, el vestido.

ENRICO.
Tómale, Laurencia, y vete.
¿Quieres otra cosa?

LAURENCIA.
Sí.

ENRICO.
Y es.....

LAURENCIA.
Que abrazarte me dejes.

ENRICO.
No es tiempo deso; camina.

LAURENCIA.
El cielo contigo quede,
Luz de mis ojos, mi bien,
Mi señor.

ENRICO.
Acaba.

LAURENCIA.
Iréme.

ENRICO.
Celio y Florïano vayan
Con ella, y los dos la lleven
Á su padre, y de mi parte
Le digan que se consuele,
Que esto conviene á mi estado.

CELIO.
Diremos lo que conviene.

Vase.

TIBALDO.
¿Es posible que esto haces?

ENRICO.
¿Fuése ya, Tibaldo?

TIBALDO.
Fuése.

ENRICO.
Á llorar me voy, Tibaldo.

TIBALDO.
Mas que llores y revientes.

ENRICO.
¿Qué dices?

TIBALDO.
Que pruebas mucho
Este ejemplo de mujeres.

ENRICO.
Pues otra cosa le falta:
Ven conmigo.

TIBALDO.
¿Qué pretendes?

ENRICO.
Oye.

TIBALDO.
¿Más golpes le das al vidrio?
¡Plega á Dios que no se quiebre!

ACTO TERCERO

Salen Lauro, Floriano, Celio y Laurencia.

LAURO.

Bien adivinaba yo
De mis desdichas el fin.

FLORIANO.

Padre, el Conde nos mandó
Traer á Laurencia.

LAURO.

En fin,
De Laurencia se cansó.
Dice mal, que no pudiera
Cansarse de su virtud;
De mi vejez lo dijera
Mejor.

CELIO.

Es la juventud
Desenfrenada carrera;
Erró en este casamiento,
Y á ruego de sus vasallos
Hizo aqueste apartamiento.

LAURO.

Si son mozos los caballos,
Culpado en su error me siento.
Decir hame de guardar
El día que se empinase
Con mi bajeza al lugar
Que á ella y á mí honorase,
Que es muchas veces bajar (1).
De extraña suerte la envía,
Pues cuando á cambio la diera,
Trujera más mejoría,
Que era hacienda que pudiera
Con honra aumentar la mía.
Acuérdome que llevó
Aquellos mismos vestidos,
Que aun vestidos no me dió,
Que es indicio de perdidos,
Y más quien su honor perdió.
Mas ansí viene mejor,
Pues la envía á la grandeza
De Enrique, nuestro señor,
Vestida de mi bajeza

(1) Quintilla ininteligible.

Y desnuda de su honor.
¿Á quién de esclava sirviera
Dos años, que no la diera
Por dos años de servicio
El más bajo beneficio,
Otro vestido siquiera?
Pero mejor acertó
Tomándola en buen sentido,
Si vestido no la dió,
Que mal cubriera (1) el vestido
Lo que el honor desnudó.
No debo de hablar muy bien,
Mas es licencia de viejos;
No es mucho que me la den,
Fuera de que no estoy lejos
Del fin que aguardando estén;
Y como aquel que ya expira
No es bien que diga mentira,
Todos sabéis que es verdad.

FLORIANO.

Antes, Lauro, tu bondad
Nos enternece y admira;
Encuentros son de fortuna:
Muestra aquí tu entendimiento
Que no es firme en cosa alguna.

LAURO.

De su libre movimiento
No tengo queja ninguna;
De mí, señores, me quejo,
Que siendo un pobre vïejo,
Un espejo que tenía
Colgué tan alto aquel día,
Que se me quebró el espejo.
Debiera considerar
Que esta bajeza desdice
Aquel supremo lugar;
Presto lo que vistes hice,
Despacio habré de llorar.
Ninguna cosa violenta
Puede durar en un ser
Ni estar de mudanza exenta,
Y más gusto de mujer,
Que siempre para en afrenta.

(1) *Cubrió á.*

CELIO.
Ahora bien, ¿qué le diremos?
LAURO.
Nada desto que me oís,
Que los padres, cuando vemos
Lo que conmigo sentís,
Hacemos tales extremos.
Pero podéisle decir
Que me pesa que Laurencia
No le acertase á servir,
Y que aquella insuficiencia
Me la pueda atribuir.
Labra con oro el platero
Un vaso, y con tosca mano,
De vil barro el alfarero (1);
Ansí el señor y el villano,
El pastor y el caballero.
Labré con barro: ¿quién duda
Que la tierra á tierra acuda?
Mil príncipes hallará
Que labren de oro, y verá
Que el oro en barro se muda.
Á éstos podrá pedir
Hijas que le acertarán
Á contentar y servir,
Ó por lo menos tendrán
Padres.....
FLORIANO.
¿Qué queréis decir?
LAURO.
Que tendrán á quien el Conde
Respete; pero decilde
Que á su valor corresponde
Volverme á mi prenda humilde
Cuando ya mi sol se esconde.
Sólo este bien me faltaba
Para morir, que ya estaba
En el estado que veis;
Pero si queréis, diréis
Que también conmigo acaba.
Que es el dolor del castigo
De ver esta afrenta en ella,
Y yo, del honor que os digo,
Presto moriré con ella,
Y ella morirá conmigo.
FLORIANO.
El cielo, Lauro, te dé
Paciencia.
LAURO.
Tendré paciencia.
FLORIANO.
Laurencia..... Perdóname
Que así te llame, Laurencia,
Á quien Condesa llamé;
Que el Conde nos ha mandado
Que no te lo llamen más.
¿Qué mandas?
LAURO.
Qué, ¿te ha quitado
El título?
CELIO.
¿En eso das?
¡Si le ha quitado el vestido! (1).
LAURO.
Dices bien, que más honrada
Estará sola Laurencia;
Que la virtud heredada
Fué de paternal herencia,
Y no adquirida y comprada.
Y mirad si es más valor
Si le dió el Conde el honor
Que le ha podido perder,
Y el nombre no puede ser;
Luego es el nombre mejor.
CELIO.
Lástima, padre, me has dado.
Dios te guarde.
FLORIANO.
No ha querido
Hablarnos.
CELIO.
Triste ha quedado;
Es grande el bien que ha perdido.

Vanse, y quedan Lauro y Laurencia.

LAURO.
Hija, ¿por qué no has hablado?
LAURENCIA.
De vergüenza, padre mío:
Ya el siglo está sin mí,
Los suspiros van al viento (2);
No pido yo la venganza,
Pues que no tengo de qué,
Ni por qué alguna esperanza
En mis males me la dé;
Ni remedio, ni mudanza.
Fuera desto, el sentimiento
De mis hijos es razón
Que me cause algún tormento.
LAURO.
Luces destos ojos son,
Y espejos de mi contento.
¡Ay, nietos del alma mía,
Que aquel padre os matase!
¿Qué tigre la Hircania envía
Que tanto rigor mostrase?
LAURENCIA.
Todo fué, padre, en un día:
De un soplo mató la muerte
Dos luces, por darme enojos,
Dos ángeles de una suerte
Y dos niñas destos ojos
Que el llanto en fuentes convierte.
Allá los dió á sus vasallos,
Como cuentan de Diomedes,
Que á sus feroces caballos
Daba á comer sus huespedes.

(1) *El ruedo lleno.*

(1) Falta la rima.
(2) Tres versos sin rima ni sentido.

LAURO.

¿Puedes sufrillo?

LAURENCIA.

Pude engendrallos.
Y desde que madre fuí,
Supe que eran mortales,
Y á su dueño se los dí.

LAURO.

Quédate, Laurencia, aquí.
. . . . (1),

LAURENCIA.

¿No podré yo ir contigo?

Vanse.

Sale Fenisa.

FENISA.

¿De dónde tanto castigo,
Autor supremo del cielo,
Pues á un ángel en el suelo
Das un tirano enemigo?
Juntará los discordes elementos;
El cordero y león en un aprisco,
El cóncavo del cielo y aquel risco,
Las obras y los mismos elementos.
En una copa el mar, en red los vientos,
La paloma y el fiero basilisco,
. . . . (2)
La basa triangular de los cimientos.
La palma abrazará con el olivo,
De la Libia los secos arenales,
Á los hielos del Norte, el muerto, el vivo,
Amores, interés, bienes y males.
¿Quién juntará lo grave con lo altivo,
Y en un pecho dos almas desiguales?

Salen Danteo y Belardo.

DANTEO.

Par Dios, Fenisa amiga,
Que aunque nos pese á todos, como es justo,
Sin que el amor lo diga,
De esta desgracia y general disgusto,
Que en parte el alma mía
Revienta por los ojos alegría.
¿Adónde está Laurencia,
Que adornaba extranjeros horizontes
Con su hermosa presencia?
Que humildes valles y soberbios montes
Quedan regocijados,
Y dan (3) albricias de su planta honrados.
Parece que moviéndose,
La llaman ya los árboles alegrándose,
Y se alegran oyéndola
El ruiseñor, calandria y oropéndola.
¿Adónde está la epítima
De las almas que amor les daba crédito,
Nuestra reina legítima?

(1) Falta un verso.
(2) Falta un verso.
(3) *Le darán.*

Que el monte, el valle y soto, atónitos
La nombran, y entre auríferas
Aguas la ofrecen flores odoríferas.

BELARDO.

Dinos, Fenisa bella,
Dónde hallaremos la preciosa joya
Igual con la alta estrella
En que el planeta de la mar apoya
Su luz cuando amanece
Y cuando el sol la salva al Indio ofrece.
¿Adónde la veremos,
Aunque llena de lágrimas y pena?
Porque la consolemos
De las desdichas que la suerte ordena.

FENISA.

¡Ay, Belardo y Danteo,
Qué fin tiene en los hombres el deseo!
Vení y veréis los ojos
Que alegraban los prados y las fuentes,
En tal tropel de enojos
Vencer con tierno llanto sus corrientes;
Venid, veréis desnuda
La que la antigua casa puso en duda.

BELARDO.

Vamos, que no es posible
Que la fortuna adversa mude el pecho;
Que al bien más imposible
Estuvo humilde.

DANTEO.

Vencerá á despecho
Del tiempo y de la muerte
La virtud de aquella alma heroica y fuerte.

Vanse todos.
Sale el Conde, Tibaldo, soldados con caja y bandera, y el Conde detrás con bastón.

FLORA.

Sin sucesión nos dejas y te partes,
Y te partes á empresa tan remota.

CELIO.

Conde ilustre (1),
¿No era mejor casarte? ¿Cómo es esto?
Mira, señor, en qué aflicción nos dejas.

ENRICO.

No es de cuidado, valerosa gente,
La sucesión que no sabéis agora
Y la veréis algún dichoso día;
Que el cielo tiene á cargo mis aceros.

FLORA.

Señor, si no te casas porque temes
Que no está el matrimonio dirimido
Con justicia de aquella labradora
Que dejaste por causa no bastante,
Y te parece cargo de conciencia,
Escribe al Santo Padre que dispense (2)
Por causa tan legítima.

ENRICO.

No puedo

(1) Verso incompleto.
(2) *Disponga.*

Pedir esa dispensa al Padre Santo,
Ni dejar de partirme donde os digo.
Yo hice voto al cielo, en un peligro,
De ir á Jerusalén con mis soldados;
No lo he cumplido, y vivo con disgusto.
Supe estos días que el inglés Ricardo
Iba á la gran conquista del sepulcro,
Y que el Rey castellano le acompaña,
Que es el otavo Alfonso, yerno suyo,
Porque á Leonor, su hija, le promete.
Quiero pasar con ellos, que se embarcan
En Sicilia muy presto, según dicen.
Ya de la honrosa cruz honro mi pecho,
Y la puse al arnés y limpio escudo,
Que la pienso manchar de sangre bárbara.
Rogad á Dios que vuelva vitorioso;
Que en lo que toca á daros heredero,
Heredero tenéis de algunos años,
Que algunos ha que me casé.

FLORA.

¿Qué dices?
¿Viven los hijos de Laurencia acaso?

ENRICO.

Floriano, tú quedas en mi estado
Por señor y gobierno; ya te he dicho
Antes de agora mis intentos; mete
Mis vasallos en paz; y tú, Tibaldo,
Pues quies en esta empresa acompañarme,
Ven dó (1) te adorne de la cruz el pecho
Que llevan cuantos van á esta conquista.

TIBALDO.

Señor, yo soy tu hechura; iré contigo
Al límite postrero de la tierra,
Adonde no hay humana ó fiera estampa.

ENRICO.

Catalanes famosos de Cerdania,
Y Ruysellón (2), vosotros tenéis Príncipe;
Pues sois leales, aguardad á Enrique.

TIBALDO.

¡Viva Enrique y la sangre de Moncada!

ENRICO.

¡Viva el que en el sepulcro estuvo muerto!
Pues murió y vive para darnos vida.

TODOS.

¡Viva, viva!

ENRICO.

Mi voto y mi intención Dios lo reciba.

Vanse.

Sale el Príncipe de Biarne, Rosardo, Antelmo y acompañamiento.

PRÍNCIPE.

Amigos y caballeros
Cuidadosos de mi gusto,
Digo que el casarme es justo;
Consejos son verdaderos
Los que me da vuestro amor,
Pues muerta la bella Alfreda,
Á Biarne no le queda
Legítimo sucesor.
Murió en sus floridos años,
De cuya pena he vivido
En el luto y el olvido
Que me dejaron sus años (1).
Ya que pudo la razón
Más que el amoroso efeto,
Casarme y daros prometo
Legítima sucesión,
Poned los ojos en quien
Os parezca prenda igual,
Tal que á mí no me esté mal
Y á todos os esté bien;
Que desde agora he dejado
Aquel justo sentimiento,
Y os daré á todos contento,
Y sucesión á mi estado.

ROSARDO.

Muchas ilustres señoras
Del Alemán y Español
Se ofrecen, que al mismo sol
Salen diversas auroras.
Tú elige la que te agrade,
Pues que has de vivir con ella.

PRÍNCIPE.

Ni el ser rica, ni el ser bella,
Ni ilustre, me persüade;
La virtud, la discreción,
Por mejor dote quisiera,
Porque de igual prenda os diera
Cuerda y santa sucesión.
No me anima la grandeza,
Ni el oro me da inquietud,
Porque sola es la virtud,
La verdadera nobleza.
Que sin ser rica ni bella,
Con virtud y discreción
Es corona en el varón,
Y él es glorioso por ella.

ANSELMO.

Ilustrísimo Gosfredo,
Gran Príncipe de Biarne,
Oye atentamente á Antelmo,
Ansí Dios tus años guarde:
Si la virtud, como dices,
Es dote más importante
Que la hermosura y riqueza,
La calidad y la sangre,
Una ocasión se te ofrece
Que en el mundo puede darte
Más fama de cuerdo y justo
Que del soldado Alejandre.
Don Enrique de Moncada,
Un señor (2) de alto linaje,
Que á Ruysellón y Cerdania

(1) *Donde.*
(2) En vez de *Ruysellón,* repite el texto antiguo *Cerdania.*

(1) ¿Acaso *daños?*
(2) *Señor.*

Rige, aborreció el casarse;
Y buscando por la fama
Mujeres por varias partes,
De sangre y virtud, ninguna
Dicen que pudo igualarle.
Pero yendo á caza un día
Por las montañas que yacen
Á las espaldas famosas
Del insigne Montarate (1),
Vió una labradora humilde,
En honesto y pobre traje,
Tan hermosa y tan discreta,
Que era retrato de un ángel.
Pidióla á su padre, viejo,
Y con sus nobles y Grandes
Celebró su casamiento,
Aficionado á sus partes.
Fué después tan gran señora,
Que humildes y principales
La adoraban y llamaban
Porcia, Artemisa, Elatnes (2).
Pero el demonio, que suele
Envidiar glorias iguales,
Que (3) la paz de los casados
Le causa pena notable;
Puso tal furor (4) en él,
Que sin dar causa bastante,
No obstante, mas ninguna (5),
Sus hijos mandó matalle;
Y no contento con esto,
De aquellas ropas Reales
La desnudó, y la vistió
Las que trujo humildes, antes.
Con esto mandó volverla
Á su viejo y pobre padre,
Con lágrimas de sus ojos
Debidas y generales.
Partióse á Jerusalén
Con algunos catalanes,
Porque Ricardo y Alfonso
Á la conquista se parten.
Años ha que esta señora,
Que para que el nombre cuadre
Á su valor y virtud,
Quiso Laurencia llamarse,
Vive sola en estos montes,
Laurel sagrado que hace
Resistencia al rayo fiero
Deste Júpiter infame.
Dicen sus estados della,
Con lágrimas generales,
Que no ha nacido en el mundo
Quien sus virtudes iguale;
Que la paciencia en sufrir
Tan firme, honesta y constante,

(1) Acaso *Monserrate*.
(2) Probablemente, *Evadnes*.
(3) *De*.
(4) *Fuerza*.
(5) No es verso.

Los desatinos de Enrique,
Lauros le ofrece inmortales.
Mucho más hablan agora
En la humildad con que trae
Cuatro ovejas por el monte
Quien rigió estados tan graves.
Mucho más alaban verla
Entre pastores iguales,
Sólo alabando al tirano
Que tales locuras hace.
Llámanla en todas sus tierras,
En extranjeras ciudades,
De las casadas ejemplo
Único, santo, admirable.
Si tú, señor, esta piedra
En tu corona engastares,
Si la hicieres tu mujer
Para que tu nombre ensalce,
Para que al oro divino
De tu sangre diese esmalte
Con la virtud de sus hebras,
¿Qué fama habrá que no alcances?
Hácense retratos della,
Por sus soberanas partes,
En toda Francia y Castilla,
Con extremo (1) y honra tales,
De los cuales éste es uno,
Que le puse en este naipe,
Que es reina, aunque en este juego
La fortuna la descarte.

PRÍNCIPE.

Notable cosa me cuentas,
Y el rostro, Antelmo, lo es.

ANSELMO.

Haz cuenta, señor, que ves
La paciencia en las afrentas,
La virtud en el rigor,
La humildad en la porfía,
La paz en la tiranía,
La hermosura en el dolor,
El silencio en tantas dichas,
Y toda un ser de tal ser,
Que no parece mujer,
Sino sólo en las desdichas.

PRÍNCIPE.

Extremamente me agrada;
No he visto tanta hermosura.
¡Que una hermosura tan pura
Se ha visto tan lastimada!
Di, Rosardo, ¿acertaré
En amar virtud tan alta?
Si en lo que es la sangre falta,
Cumple en lo que acá se ve.

ROSARDO.

Señor, cuanto á su hermosura
Y partes, mucho acertaras.

PRÍNCIPE.

Prosigue: en lo que reparas,
¿Es el honor, por ventura?

(1) *Excelencia*.

ROSARDO.

No, señor. ¿No echais (1) de ver
Que no está bien dirimido
Matrimonio que el marido
Deja á su propia mujer?

ANSELMO.

Eso una bula lo hará
Del Padre Santo, en sabiendo
Que éste la excluyó, diciendo
En los trabajos que está.
Siendo ansí, tú harás, señor,
Una hazaña valerosa.

PRÍNCIPE.

Mujer santa, honesta, hermosa
Y de divino valor.....
Váyanme luego por ella.

ANSELMO.

Ejemplos tienes bastantes
En aquellos dos Infantes
Que á Sol y á Elvira á la vista
Dejaron sin ocasión
Allá en Tormes (2), maltratadas,
Condes, reyes de Aragón.

PRÍNCIPE.

Pues vamos; iréis los dos
Por mi Laurencia, que creo
Que su virtud mi deseo
Mueve, inspirado de Dios.

Vanse.

Salen Danteo y Laurencia.

DANTEO.

Tras tantos años, Laurencia,
Que habitas estas montañas,
Tus esperanzas engañas
Entre silencio y paciencia.
Tras tantos años que ves
Tu esposo ausente, suspiras;
Eres pavón que no miras
Tanta desdicha á tus pies.
Tras tantos años que moras
Estos valles encumbrados,
Por los contentos pasados
Mueres, suspiras y lloras.
Ya quieres más desengaños
Que estos robles tienen hojas;
Muda, Laurencia, congojas,
Pues mudan robles los años.
Cuando viniste á esta tierra,
Estos almendros estaban
En varas que apenas daban
Hojas de amor de la tierra.
Ya, de corteza cubiertos,
Extienden brazos con fruto,
Y tú no dejas el luto
De un olvidado y dos muertos.
Estos becerros son nietos
De los que entonces guardaba;
Todo se aumenta y se acaba,
Deja esos tristes efetos.

LAURENCIA.

Ya cinco veces, Danteo,
El sol del Aries al Pez
Vió el cielo, y ningún jüez
Vió mudanza en mi deseo.
No son mis duelos de aquellos
Que el tiempo, que ya bastaba,
Con su imperio los acaba,
Porque él le tiene sobre ellos.
Crezcan los ramos pequeños,
Vuélvanse troncos hojosos,
Y los novillos famosos
Doblen la casta á sus dueños.
Todo se doble y aumente;
Que mi mal, aunque mujer,
Siempre ha de estar en un ser,
En el alma que le tiene.

DANTEO.

Cuando quien tiene un pesar
Porfía á pasar con él,
Él viene á acabarle á él,
Que él no le puede acabar.
Y ansí, tú vendrás á ser
Á quien acabe el dolor,
Mayormente que es de amor,
Y tú agraviada mujer.
No te quiero persuadir,
Porque en un pecho obstinado
Es el consejo excusado.

Entran Belardo y Dorida.

BELARDO.

Por aquí suelen venir.
Mas piensa, Dorida, bien,
Que, á preciarte de ser mía,
Huyeras la compañía,
Como cuantos quieren bien.
Vanse las aves á un nido,
Las fieras á un valle obscuro,
Los peces al centro puro
Del agua, el sol al olvido.
Y tú, siempre andas buscando
Donde no te pueda hablar.

DORIDA.

Extraña cosa es amar;
Todo es andarte quejando.
Bien pintaron niño á amor,
Que es de niños el quejarse.

BELARDO.

También pudiera pintarse
Muy gigante el desamor,
Porque una tierna mujer
Con él se esfuerza de suerte,
Que vence el hombre más fuerte.

Salen Lucindo y Fenisa.

LUCINDO.

Aquí podrá ser que estén;

(1) *Se echa.*
(2) Debe ser *Corpes* (el Robledal de Corpes, donde fueron abandonadas las hijas del Cid). Falta un verso.

Mas mira cuántas mudanzas
Hacen los tiempos en todo.

FENISA.

Sólo Laurencia de un modo
Conserva sus esperanzas;
Que yo, cansada de ver
En su opinión á Danteo,
Quiero mudar de deseo,
Si es la mudanza mujer.

LUCINDO.

Pondrás mil yerros á un alma
Que con extremo te adora;
Parecerás desde agora
Como la oliva y la palma.
Todas las cosas amadas,
Y en concordia de su intento,
Crecen y tienen aumento.

FENISA.

¿Basta decir que me agradas?

LUCINDO.

Basta para premio justo
Deste bien nacido amor;
Que agradar es la mejor
Parte del alma y del gusto.
Si te agrado, tú amarás,
Que es principio del querer,
Si sabes lo que es mujer.

FENISA.

No quieras, Lucindo, más.
Aquí está Laurencia.

DANTEO.

Aquí
Dorida y Belardo están.

FENISA.

Por el valle abajo van.
Laurencia.....

LAURENCIA.

¿Es Fenisa?

FENISA.

Sí.

LAURENCIA.

Todos nos hemos juntado.

BELARDO.

Yo conozco este lugar.

DANTEO.

Púdole el tiempo trocar,
Que esto era monte, y ya es prado,
Y no ha mudado á Laurencia.

FENISA.

Ni á ti de esa tema loca.

LUCINDO.

Ya por los celos te toca;
Pierdo en eso la paciencia.

DANTEO.

Yo sigo mi voluntad.

BELARDO.

¿Qué puedo pensar de mí?

DORIDA.

Que cuando te dije sí,
Fué para eterna amistad.

DANTEO.

Aquí, en materia de celos,
Con Laurencia, un triste día
Que á la corte en que vivía
Nos la llevaron los cielos,
Pastores, si os acordáis,
Los tres hicimos apuesta;
Mejor ocasión es ésta,
Que en mayor cuidado estáis.
Di, Laurencia, aquella enima.

LAURENCIA.

No sé si á dicha la sé,
Ni qué premio agora os dé.

DANTEO.

Oirte es de grande estima.

LAURENCIA.

¿Quién son los tres que uno son,
Y tan extraños los tres,
Que los dos andan sin pies,
Y el otro con la razón?
Uno es ciego, otro es tuerto,
Otro es un lince en la vista,
En cuya luz y conquista
Dejan un pájaro muerto.

LUCINDO.

Á mí me parece que es
La primavera gentil.
Hebrero, Marzo y Abril,
Sin pies, que á caballo van,
Aguas ni nieves no dan
Lugar, ni el camino atinan;
. . . . (1).
Y ciego Hebrero, que tiene
Ciego el campo; Marzo es tuerto,
Que vea el suelo abierto
La hierba que á salir viene (2);
Abril es lince, pues ve
Las entrañas á la tierra,
Que es todo el amor que encierra
Para que flores le dé;
El pájaro es el invierno,
Pues queda muerto á sus pies.
Son los tres.

LAURENCIA.

No son los tres.

LUCINDO.

Tengo ingenio á lo moderno.
Diga Danteo.

DANTEO.

Esos son
La noche, el alba y el día,
Todos á un tiempo.

BELARDO.

Á fe mía,
Que es alta adivinación.

DANTEO.

Noche y alba andan sin pies,
Que duermen y se están quedas;

(1) Faltan dos versos.
(2) Redondilla ininteligible.

El día no, que en las ruedas
Del sol anda, y razón es,
Pues no hay más cuenta y razón
Que decillo en armonía;
La noche es ciega, aunque guía
Al amante y al ladrón;
Que es tuerta el alba, es muy cierto,
Pues apenas puede abrir
Los ojos; lince es decir
Que ve el día, el cielo abierto;
El muerto, de todos tres,
Es el sueño ó el temor.

LAURENCIA.

¿No aciertas?

DANTEO.

Otro mejor.

LAURENCIA.

Diga Belardo.

BELARDO.

Oye, pues:
Efetos digo que han sido
De amor, y todo es amor,
Celos, olvido y temor,
Y desengaño de olvido.

LAURENCIA.

¿Cómo?

BELARDO.

La envidia en los celos,
Bien la ves andar sin pies,
No al desengaño, que ves
Con la razón de los cielos.
Si ciegos los celos son,
Díganlo cuantos los tienen,
Pues á desatinos vienen,
Indignos de la razón.
La envidia es tuerta de suerte,
Que á nadie ha mirado bien,
Con mil nubes de desdén
Y catarata de muerte.
Por ser lince el desengaño,
Dígalo el mismo, pues ve
El pensamiento que fué
Tratado y hecho su daño.
Celos y envidia es muy cierto,
Y el desengaño mejor,
Que son la muerte de amor,
Y amor el pájaro muerto;
Pues, aunque es muchacho, hiere
Y se ve entre muchas malas,
Pues que le pintan con alas
Y vuela por donde quiere.

LAURENCIA.

Belardo acertó.

BELARDO.

¿No ves
Que soy medio sacristán?

Entra por una parte Floriano, y Tibaldo por otra, y por otra Anselmo y Rosardo, y más gente de acompañamiento.

TIBALDO.

Por aquí dicen que van.

ANSELMO.

¿El valle no es éste?

ROSARDO.

Él es.

DANTEO.

¿Qué gente es ésta?

ANSELMO.

Éstos son.

TIBALDO.

Sin duda está aquí Laurencia.

LAURENCIA.

¿Hay más pruebas de paciencia?
¿Hay nueva persecución?

FLORIANO.

Otra gente viene aquí.

BELARDO.

Caballeros, ¿dónde van?
Porque (1) el camino errarán
Si no vuelven por allí.

TIBALDO.

Nosotros vamos buscando
Á Laurencia.

DORIDA.

Á ti, Laurencia.

ROSARDO.

Nosotros por su presencia
Vamos también preguntando.

LAURENCIA.

Yo soy Laurencia (2).

ANSELMO.

Esos pies nos da.

LAURENCIA.

Tenéos,
Caballero.

ANSELMO.

Tus deseos
Cumplidos, señora, ves:
El gran príncipe Gofredo
De Biarne te ha elegido
Por mujer, porque ha sabido
Tu valor; deja ese miedo,
Y luego á su tierra ven,
Que aquí para tu partida
Hay litera prevenida,
Damas y coche también.

TIBALDO.

Con diferente lenguaje
Oirás la embajada nuestra.

LAURENCIA.

En la tristeza se os muestra.

---

(1) *Que.*
(2) La redondilla debe ser así:

LAURENCIA.
Yo soy Laurencia.
ANSELMO.
Esos pies
Nos da Laurencia.
LAURENCIA.
Teneos,
Caballero.
ANSELMO.
Tus deseos
Cumplidos, señora, ves.

TIBALDO.
Como á ti en el alma el traje.
El Conde de Ruysellón,
Que fué tu esposo, ha venido;
Pasó por Francia, y ha sido
Tanta su buena opinión,
Que le ha dado por mujer
El Rey su hija, y la espera
Por puntos, y al fin quisiera,
Si es que lo puedes hacer,
Que vinieras á limpiar
Su casa, pues lo sabías,
Porque dentro de dos días
Rosimunda ha de llegar.
Quiere el Conde que también
Entiendas en la comida.

ROSARDO.
¡Buena embajada!

ANSELMO.
Escogida
Para lo que aquéstos vienen (1).

ROSARDO.
¡Estáis oyendo, señor,
Que un príncipe nos envía,
Porque es el ejemplo y guía
De mujeres de valor,
Que la hace princesa
De Biarne, y con tal furia
La llamáis! ¿A quién la injuria
Quiere que la cama y mesa
Le haga, para que esté
Con la mujer que le agravia?
¿Ésta es embajada sabia,
Ésta es bien que se le dé?
¿No halla quien pueda hacer
Esa comida á sus bodas?
¿Tantas pruebas?

FLORIANO.
Sí, que todas
Son pocas á tal mujer.

ROSARDO.
¿No basta lo que ha sufrido?

TIBALDO.
Esta embajada te ha dado
En lo que fuere culpado
Si el embajador he sido.
Tú, Laurencia, escoge aquí
El servir al Conde ó ser
De este Príncipe mujer,
Que envía gente por ti.

ANSELMO.
¿Qué hay que escoger? ¿No está claro
Que irá á Biarne?

FENISA.
Señora,
Mira cuál te venga (2) agora;
El cielo, y busca tu amparo.
Vamos á Biarne á ver.

DORIDA.
Ea, señora, ¿qué aguardas?
Mira cuánta gente y guardas
Te esperan y quieren ver;
Mira á un príncipe tan alto
Que por mujer te desea.

LUCINDO.
En quien te estima te emplea.

LAURENCIA.
Mucho á lo que debo falto,
Todo es bien corto y pequeño.

FLORIANO.
Habla, Laurencia, y responde.

LAURENCIA.
Que voy á servir al Conde.

ANSELMO.
¿Por qué?

LAURENCIA.
Porque fué mi dueño.

Vanse Laurencia y Tibaldo.

ROSARDO.
¡Alta y notable lealtad!

ANSELMO.
Fuése con los caballeros
Más bárbaros y más fieros
Del mundo.

ROSARDO.
¡Oh santa humildad!

ANSELMO.
Vamos á contarle el caso
Al Príncipe.

ROSARDO.
¡Extraño ha sido!

Vanse los dos y acompañamiento, y quédanse los pastores.

LUCINDO.
¡Que desprecie tal marido!

FENISA.
Vamos, salgámosle al paso,
No la dejemos salir
Del monte de Miraflor.

BELARDO.
Déjala que tiene amor,
Que es quien enseña á sufrir.
Sacar mi cuchillo quiero,
Y en aqueste olmo liso.....

DANTEO.
Pondrás, Belardo, que quiso
Siempre á su dueño primero.

BELARDO.
Pondré que, aunque por Elena
Se perdió mil veces Troya,
No tienen los hombres joya
Como una mujer que es buena.

Vanse.

(1) Falta la rima.
(2) *Ven.*

Salen el Conde y Celio.

ENRICO.

Esté todo, cual (1) digo, apercibido
Lo necesario y conveniente, (2)
Y bordado de piedras el vestido,
Que envidien las que engendra el Oriente (3).
Le aguarda á punto el coche apercibido
Que al lucífero carro el sol afrente,
Las salas solamente despojadas,
Las camas, como dije, desarmadas,
En el jardín donde la novia queda,
Siempre haya fiestas, luces y alegrías,
Porque mi gusto y mi grandeza pueda
Reconocer aquestos breves días.
Espero que hoy el cielo me conceda,
Por todas las demás conquistas mías
Hechas en honra del sepulcro santo,
El bien que adoro y que celebro (4) tanto.

CELIO.

Ya quedan las salas descolgadas
Y echados por el suelo los tapices,
Las camas en las cuadras desarmadas
De aquella suerte, gran señor, que dices.
Con la novia las damas ocupadas,
Que es tan justa razón que solenices,
Y cubierto el jardín de fiesta y luces,
Donde también á tanto bien reduces.

Entran Tibaldo y Floriano.

TIBALDO.

No sé cómo te diga, ilustre Conde,
El gran valor desta mujer divina.

ENRICO.

¿Cómo responde? (5).

TIBALDO.

Ya por tu casa con placer camina;
Las salas cuelga, y limpia hasta donde
Se ponen los manteles de cocina,
Tan contenta y alegre, que con vella
Lloran los que le ayudan sólo en vella.
Mas esto es poco para una alta prueba
Que hizo cuando dimos tu embajada:
Gofredo de Biarne, con la nueva
De que es por santa y bella celebrada,
La quiso por mujer, y al fin la lleva
Anselmo con quien fuese acompañada:
Damas, coches, vestidos, guarda, creo
Que vino hasta aquel monte su deseo.
Responde que servir á su marido
Era mejor, que al fin era su dueño.
Con esto parte, y con su ruin vestido
Sirve en tu casa.

ENRICO.

¿Esto es verdad, ó sueño?
¿Tan gran virtud se ha visto ni (6) se ha oído?
El alma alegre por la vista enseño.
Id, caballeros, por la novia, y venga
Con el padrino que en su amparo tenga (1).
¡Ah, señora, tan alta, que hoy es día
En que se han de esparcir generalmente
De tanto bien la gloria y alegría!

FLORIANO.

Todos iremos, porque el bien se aumente
Con regocijo igual.

Vanse.

ENRICO.

¡Ay, prenda mía,
Presto verás, mi bien, cómo restauro
Tu gloria al alma y á tu frente el lauro!

Entra Laurencia con una escoba.

LAURENCIA.

Haz, Fenisa, que esa sala
Se limpie y ponga muy bien.

ENRICO.

Roma y Grecia te la den,
Pues que ninguna te iguala.
¿Hay semejante humildad?
¿Hay más notable obediencia?
La gloria de tu presencia
Despierta mi voluntad;
No porque estaba dormida,
Mas por aumentar mayor,
Que es el de Laurencia amor,
Tal vez templanza ó caída.
Quiero fingir lo que suelo,
Aunque me mate el placer.
Dime: ¿quién eres, mujer?

LAURENCIA.

Señor, que te guarde el cielo.

De rodillas.

Mil veces enhorabuena
Vengas á tu antiguo estado,
Vitorioso y laureado
Y el alma de triunfo llena.
Yo soy mujer, mujer soy
Que solía ser mujer:
Mudé el ser por otro ser,
Y en el ser pasado estoy.
Soy aquella que solía,
Que otra diferente fué;
Sólo no, que no mudé,
Fué la fe que te tenía.
Ésta, señor, ha crecido (2)
Con muchas fuerzas de amor,
Porque te estimo señor,
Como te adoré marido.
Tu casa vengo á limpiar
Para que entre en ella; quiero
Merezca mucho más vero
Este supremo lugar.

(1) *Como.*
(2) Verso incompleto.
(3) *Horizonte.*
(4) *He celebrado.*
(5) Verso incompleto.
(6) *Y.*

(1) *Tengo.*
(2) *He creido.*

De tu parte me han mandado,
De tu parte vengo aquí,
Contenta de ver que ansí
Te sirvo.

ENRICO.

Estoy obligado.
Prosigue, y hazlo tan bien,
Que en la comida y la cama
No haya falta.

Vase.

LAURENCIA.

Desta dama
Goces mil años, amén.
Fuése, entróse alegre, y yo,
Que le he merecido ver.
En fin, me llamó mujer;
Mujer, pero suya no.
Mas ¿qué importa? Él me ha mandado
Servirle; eso he de hacer,
Y servir á la mujer
Por quien á mí me ha dejado.
Yo prometí esta obediencia
Al estado que tomé;
Sólo pido á Dios me dé
En tantos males paciencia,
Que cuando la novia venga,
No sé qué ha de ser de mí.
Gran música suena aquí.
¡Ay, quiera Dios que ella venga!

Suenan chirimías, y entren todos de acompañamiento, y Floricio, Celio, Tibaldo, Rosimunda, novia, niña, D. Ramón, padrino, y el Conde detrás.

ENRICO.

Aquí, bella Rosimunda,
Tu casa antigua te aguarda;
Aquí tienes á tu esposo,
Aquí quien te ha dado el alma;
Aquí los estados tienes
De Ruysellón y Cerdania;
Éste es mi Real palacio;
Aquellas mis nobles armas.
Y tú, famoso padrino,
Gran don Ramón de Moncada,
Aquí tienes quien te estima
Y se alegra en ver tu cara.

RAMÓN.

Dadme, señora, esas manos.

ROSIMUNDA.

Señor, yo soy vuestra esclava.
Mi mano es ésta.

ENRICO.

Detente,
Y escúchenme dos palabras.
Laurencia..... Escucha, Laurencia.

LAURENCIA.

¿Llamas, señor? ¿Qué me mandas?

ENRICO.

¿Impides aquestas bodas?

LAURENCIA.

No, señor, pues tú te casas;
Que mal puedo yo en tu gusto
Poner, aunque tenga causa,
Impedimento, aunque sea
Tan á costa de mi alma.

ENRICO.

Pues, caballeros famosos,
Oid atentos, que os habla
Enrique, vuestro señor,
El que fué á la casa santa:
Por la cruz que traigo al pecho,
(De Jerusalén se llama),
Que me la dió el rey Ricardo
Y puso Alfonso de España,
Que es Rosimunda mi hija
Y de Laurencia, que estaba
Á criar con gran secreto
En los confines de Francia.
Don Ramón, que era el padrino
De estas bodas deseadas,
Es el Príncipe heredero
De Ruysellón y Cerdania.
Esos son aquellos niños,
Que de los brazos del ama
Hice quitar aquel día
Y criar en confianza.
¿Qué decís? ¿Es esto ansí?

FLORICIO.

Sí, señor, que hay en la sala
Muchos que lo saben todo.

ENRICO.

Pues siendo ansí, esposa cara,
Da los brazos á tus hijos,
Y mí, que te doy el alma,
Por la mujer más famosa,
Más perfeta y más honrada,
Más humilde y obediente
Que en las historias se halla,
Fuera de aquellas que tiene
La Iglesia en nombre de santas.

LAURENCIA.

¡Hijos de mi alma y vida!

ROSIMUNDA.

¡Madre de mi vida y alma!

ENRICO.

Vasallos, hagamos fiestas,
Y puede hacellas España,
De que hubo en ella mujer
De las nueve de la fama.

TIBALDO.

No dudes de que en su gloria
Resulte alabanza tanta
Entre las muchas matronas
Que por su virtud se alaban.

ENRICO.

Aquí, Belardo da fin,
Á la verdadera estampa,
Á la historia verdadera
De *El ejemplo de casadas*.

AQUÍ DA FIN LA FAMOSA COMEDIA
«EL EJEMPLO DE CASADAS».


EL RUISEÑOR DE SEVILLA

EL RUISEÑOR DE SEVILLA

COMEDIA FAMOSA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA

Al licenciado D. Francisco de Herrera Maldonado

CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA REAL DE ARBAS, DE LEÓN

Entre las razones que tuvo la ceguedad antigua para fingir sus dioses, fué, como dice en sus sintaxis Pedro Gregorio, Ex admiratione virtutis, *causa con mayor disculpa de su error, que las demás que halló la superstición ó el miedo, con tantas diferencias de su naturaleza como se ven en Tulio, y de cuyas imágenes habló tan doctamente en sus discursos Vicencio Cartaro. Doce principales, como escribe Herodoto, tuvo el Egipto, imitados después de los Pithagóricos: no hacen á mi propósito sus insignias, árboles y lugares sacros; no los varios animales de sus sacrificios, ni lo que de sus historias mitológicas escriben San Fulgencio, San Agustín y el Palephato,* De non credendis fabulis; *sus aves, de quien Ravisio y otros hicieron memoria, vinieron á la mía dirigiendo esta comedia á vuesa merced, á quien con más razón la antigüedad diera sagrado nombre.* Ex admiratione virtutis, *incluyendo en esta palabra con sus costumbres, sus letras, y como el gallo á Marte, las palomas á Venus, dedico á vuesa merced un Ruiseñor, que cantando con voz humana y amoroso artificio, le dió á mi fábula; que quien tan divinamente nos dió cantando en castellano al Ruiseñor de Italia Accio Sincero, justamente merece que se le consagre: alabo en vuesa merced el haberle dirigido donde no esperaba premio de intereses utilísimos.* Sapiens omnino erat antiquorum illud Poetarum genus, *dice Natal Comite, y no como los de agora, que todo su artificio ponen en la medida y metro, y prosigue:* Nec adulantes principibus hominibus, ut aliquod munusculum aucuparentur, *etc. En mí, por lo menos, empleó vuesa merced un censo de alabanza perpetua, y aunque tan desigual mi Ruiseñor, sirva por la paga de este año, para que todos los de mi vida continúe su voz y pluma este reconocimiento, que á los que con las suyas envidiosas dilatan fríamente sus calumnias consagraré una harpía, por quien* Vis et natura ventorum significata est ab antiquis, *aunque mejor, por llamarlas perros de Júpiter Apolonio,*

Inde canes Jovis Harpias magni.

Escribe Estrabón que los Sátiros, Silenos, Bacos y Titiros eran demonios, pero es gracia cómo refiere Rufo Avieno, traduciendo al griego Arato, en el libro de los Signos, que puso Júpiter al asno de Sileno entre las estrellas, porque le ayudó en la guerra de los Gigantes: la pintura de Sileno es notable en Luciano: Calvum, et simum, corpore obeso, ac ventricoso, auribus magnis, *etc. Pero el asno entre las estrellas sea este maldiciente, porque imaginado entre los ingenios que resplandecen, descubre su fealdad disforme, con grande infamia, y ellas tienen más luz, dando en su piel hirsuta y bárbara, descubriéndole, como dijo Tomás Radino,*

Nares hians, labia pendulus, aures horripilus.

Sed de hoc satis. *Y guarde Dios á vuesa merced los años que le deseo para honra de su patria, Oropesa,* velit nolit invidia.

Capellán y servidor de vuesa merced,

LOPE DE VEGA CARPIO.

EL RUISEÑOR DE SEVILLA

FIGURAS DE LA COMEDIA

Pedro, *disfrazado.*
Un marinero.
Don Félix.
Don Juan.
Riselo.
Fabia.
Justino.
Lucinda.
Dorotea.
Adrián.
Criados.
Músicos.
Leonicio.
Aurelio.
Gerardo.

REPRESENTÓLA EL FAMOSO RÍOS

ACTO PRIMERO.

Salen Pedro, vestido de marinero, y un marinero.

MARINERO.

Ya estás en tierra.

PEDRO.

Ya estoy
En la tierra que deseo,
Que por la tierra que veo
Cuanto al nacimiento soy.
Á la inmensa maravilla
Del cielo, debo la parte
Del alma, que dejo aparte,
Y la del cuerpo á Sevilla.
Vuélvete á traer el barco;
Que de Sanlúcar aquí
Hago cuenta para mí
Que de la Habana me embarco.
Mayor trabajo he traído;
Quiero un rato descansar.

MARINERO.

Si posada has de tomar,
Aquí soy muy conocido;
Darételа de mi mano.

PEDRO.

Yo la tengo.

MARINERO.

Pues adiós;
Y veámonos los dos
En este arenoso llano;
Que os he cobrado afición.

PEDRO.

La voluntad agradezco.

MARINERO.

Capa, espada y barco ofrezco,
Si se ofreciere ocasión.

Vase.

PEDRO.

Ciudad que á Tebas en grandeza igualas,
Á Roma en letras y armas preferida,
Del árbol generoso guarnecida,
En competencia de Neptuno y Palas;
Por quien te ofrecen naves llenas de alas,
El oro y plata en Potosí nacida,
Envidia del licor que en extendida
Verde corona por tu campo exhalas.
Betis que bañas sus cimientos duros
En la eterna cadena que contemplo
Con eslabones de cristales puros,
Sevilla hermosa, de grandeza ejemplo,
La blanca arena beso de tus muros,
En reverencia de tu insigne templo.

Salen D. Juan y D. Félix, riñendo.

FÉLIX.

Agora es tiempo de hacer,
Señor don Juan, no de hablar.

JUAN.
El hablar suelo excusar
Si el hacer es menester.
La espada se me ha caído.

FÉLIX.
Pues dejalda, y retirad
Vuestra persona.

JUAN.
Pensad
Que soy hombre bien nacido,
Y que antes me dejaré
Matar que volver sin ella.

FÉLIX.
No es rendilla, que es perdella,
Y sólo desgracia fué;
Volved, don Juan, á Sevilla.

JUAN.
Este campo de Tablada
Verá su hierba manchada,
Y la arena de su orilla
El río, que ya murmura
En sus corrientes de mí,
Con la sangre que ofrecí
A quien mi muerte procura,
Antes que dejar la espada.

PEDRO.
¡Qué honrados competidores!
Sin duda es cuestión de amores.
Mucho el vencedor me agrada;
Que tiene término y talle.

FÉLIX.
En fin, ¿que no dejaréis
La espada?

JUAN.
Que me matéis
Os ruego.

PEDRO.
Estoy por hablalle.

FÉLIX.
Señor don Juan.....

JUAN.
No hay quien sea
De más valor que mi honor,
Don Félix.

FÉLIX.
Pues ¿no es mejor
Que vivo Lucrecia os vea?

JUAN.
Si ella fuera tan honrada
Como mi amor merecía,
No hubiera visto este día
Entre vuestros pies mi espada.

FÉLIX.
En fin, ¿la queréis tomar?

JUAN.
Si me dais licencia, sí.

FÉLIX.
Aunque la doy contra mí,
¿Cómo la puedo negar?
Que no quiero que penséis
Que de miedo no os la doy.

JUAN.
En obligación estoy
Por la merced que me hacéis,

PEDRO.
Hidalgo término ha sido
Darle al contrario la espada;
Todo el don Félix me agrada.

FÉLIX.
Afirmaos.

JUAN.
Licencia pido
Para volver contra vos
Esta espada que me dais.

FÉLIX.
Muy como quien sois habláis.

JUAN.
De vos deprendo, ¡por Dios!

PEDRO.
¿Hase visto cortesía
Tan honrada, en tal pendencia?

JUAN.
Caí, don Félix; paciencia.

FÉLIX.
Don Juan, no estáis este día
Para tener buen suceso:
Suplícoos que lo dejéis,
Que no por eso perdéis.

JUAN.
¡Qué desdicha!

FÉLIX.
En grande exceso.

JUAN.
Matadme ya.

FÉLIX.
Reportáos;
Que viene gente.

JUAN.
Otro día
Tendréis más dicha; hoy querría
Que me matéis.

FÉLIX.
Levantaos.

JUAN.
Voyme, porque viene gente.

FÉLIX.
No os venga daño en matarme,
Don Juan; procurad honrarme.

JUAN.
Siempre fuí quien soy, ausente;
Que pues en estas arenas
Las espaldas no os volví,
Bien podéis fiar de mí,
Que ausente las tendréis buenas.

PEDRO.
Por los ojos me ha llevado
El alma este caballero;
Su nobleza considero
Y su pensamiento honrado.
¡Qué gallarda valentía
Y cortesano vencer!

Sale Riselo.

RISELO.
¿Esto te atreves á hacer
Sin mi lado y compañía?
¡Vive Dios!......

FÉLIX.
Oye, Riselo.

RISELO.
¿Qué he de oir si al campo sales,
Y con enemigos tales,
Que era forzoso el recelo?
¿Tan poco puedo contigo?
¿Tan poco fías de mí?
¿Sólo para gustos fuí
Tu servidor y tu amigo?
¿No vale Riselo más
Que para donaire ó risa?

FÉLIX.
Quien sale á reñir, y avisa,
No fué valiente jamás.

RISELO.
Muchos tontos han salido
Sin saber adónde van,
Y cuando en el campo están,
Sale el amigo escondido.
Y con «Paz, paz, caballeros»,
Danle al pobre un espetón
Que le pasa el corazón
Con los traidores aceros.
Luego en la ciudad se suena:
«Don Fulano le mató,
Y á fe que lo he visto yo,
Cuerpo á cuerpo en el arena.»
¡Pesia tal! ¿No es más cordura
Que esté el amigo á la mira,
Que entre traición y mentira
Volver á la sepultura?

FÉLIX.
Don Juan, Riselo, es honrado;
Salió solo, riñó diestro;
Igual salió el honor nuestro,
Y ninguno aventajado.
El ver gente le apartó.

RISELO.
Qué, ¿riñe tan bien?

FÉLIX.
Tan bien.

PEDRO.
Quien obra bien, habla bien:
¡Qué bien honra al que venció!
No sólo este caballero
Tiene el ya visto valor,
Con que me mata de amor,
Lengua y espada es de acero;
Todo tiene un temple mismo.
Mas si riñe por quien muere,
¿Qué pensamiento me quiere
Meter en tan ciego abismo?

RISELO.
¿Vióle alguno?

FÉLIX.
Aquel rapaz.

RISELO.
Llegaos acá, gentilhombre.

PEDRO.
¿Qué mandáis?

RISELO.
¿Qué patria y nombre?

PEDRO.
Idos, señores, en paz
Si teméis que cuente el caso;
Que soy más hombre de bien.

RISELO.
Más hombre, no sé.

PEDRO.
¡Qué bien!
Pues ¿soy negro?

RISELO.
Por lo raso.

PEDRO.
Y sepa que aquí nací,
Entre las Siete Revueltas.

RISELO.
No hay Troya con tantas vueltas.

FÉLIX.
¿De aquí sois?

PEDRO.
Mi señor, sí.

FÉLIX.
¿Venís de Indias?

PEDRO.
Sí, señor.
Con los galeones fuí
Que llevó don Luis de aquí,
Aquel de cuyo valor
Tiembla el mar, y al (1) apellido
De los Córdobas se humilla
Desde la bética orilla
Hasta el Sur, de perlas nido.

FÉLIX.
Merece ese nombre y loa
Desde su patria Ayamonte,
Hasta el antártico monte
De la indiana Finicoa.
¿Vuestro nombre?

PEDRO.
Tengo nombre
Como papagayo chico.

FÉLIX.
¿Será á la cuenta.....

PEDRO.
Perico,
Y Pedro si soy más hombre.

FÉLIX.
¿Pedro y de Sevilla?

PEDRO.
Sí.

(1) *El* por *al* en la 17.ª Parte.

FÉLIX.
¿Qué fuisteis?
PEDRO.
Paje de nao.
FÉLIX.
Puédeslo ser de un sarao.
PEDRO.
De alguno ¡por Dios! lo fuí.
RISELO.
Aunque el despejo os abona,
Parecéis, señor Perico,
Papagayo por el pico,
Y urraca por la persona.
¿Vos queréis servir, en fin?
PEDRO.
No soy carne para cuervos.
RISELO.
Ni yo me sirvo de siervos
Que trepan como arlequín.
PEDRO.
¿Yo?
RISELO.
Sí, vos. ¿No sois grumete
Que por las gavias andáis?
FÉLIX.
Si no es que á la mar volváis,
Como el hábito promete,
Y queréis servirme en tierra,
Pedro, mi casa tendréis.
PEDRO.
Merced notable me hacéis;
Que ya me cansa la guerra
De sus vientos y sus olas.
FÉLIX.
Pues vamos á la ciudad;
Que os quiero hacer amistad.
RISELO.
Oye dos palabras solas:
¿Cómo piensas salir bien
Del negocio de don Juan?
FÉLIX.
Sus amigos lo dirán
Y nuestros deudos también.
No hay sangre, no hay cosa fea,
No hay palabra desabrida.
RISELO.
Que pendencia mal nacida
Entre bien nacidos sea,
Parecerá á todos mal.
FÉLIX.
¿Mal nacida?
RISELO.
Sí, pues nace
De mujer que á todos hace.
PEDRO.
¿Qué escucho?
RISELO.
Una cara igual:
Lucrecia no era mujer
Para matar un rocín
Con su silla y su cojín,
Cuanto y más.....
FÉLIX.
¿Qué puedo hacer
Á un caballero tan noble,
Un Saavedra de lo bueno
Desta ciudad?
PEDRO.
¿Qué veneno
Hace que mis males doble?
¡Ah, celos, crisol en quien
Apura amor su fineza!
FÉLIX.
Tiene singular belleza;
Tiene un discreto desdén;
Tiene un sabroso fingir;
Tiene un lisonjero hablar.
RISELO.
Tiene un generoso dar;
Tiene un bellaco pedir;
Tiene un engaño solene;
Tiene muchas falsedades,
Y tiene muchas maldades,
Que cosa buena no tiene.
FÉLIX.
No hables, Riselo, ansí.
Di que tiene el rostro bello
De un ángel; di que el cabello
De un Absalón.
PEDRO.
¡Ay de mí!
¡Rostro de ángel! ¿Qué confío?
¡Y de Absalón el cabello!
Mas yo seré á quien por ello
Amor suspenda del mío.
RISELO.
¿Hay tan cruel melecina
Como ver á una ventana
Una esclava, ó dueña anciana,
Entre bruja ó Celestina?
«Está mi señora fuera,
Mi señora está ocupada,
Vino anoche muy cansada,
Ya don Cancamurria espera.
Ha de salir á visita,
Doña Cánea murió agora,
No está en casa mi señora,
Mañana el luto se quita.
Una ave se le antojó
Déstas de pies colorados,
Hoy compramos los estrados,
El sereno la mató.
Mandóme que le pidiese
De encarnado raso de oro
Quince varas.» Di, ¿qué moro
Es posible que sufriese
Más rebencazos torcidos
De un cómitre calabrés?
Huye de amor de interés,
Busca amores bien nacidos;
Busca una doncella honrada,
Que no ve cuando va á misa

Más tierra de la que pisa,
Y ama en viendo que es amada;
Ó alguna viudaza déstas,
Con más tocas que el Gran Turco,
Que es tierra que sufre el surco,
Y vuelve el pan que le prestas;
Que lo demás es ¡por Dios!
Fina moscatelería.

FÉLIX.

¡Ay, Riselo, yo lo haría!
Intentémoslo los dos.
Llévame por esas calles,
Despídeme de mujer
Que me mate con hacer
Rostro á tantos buenos talles;
Sé maestro, y yo seré
Discípulo.

RISELO.

Ven conmigo,
Que á enseñarte á amar me obligo.

FÉLIX.

No amar, que yo me lo sé;
Olvidar no más querría.

RISELO.

Amar, digo, lo que vieres;
Pero en esto de mujeres,
Es la primer lección mía
El precepto «No darás».

FÉLIX.

¿Nunca has dado nada?

RISELO.

No.

PEDRO.

Si él olvida, y entro yo,
Amor, no te pido más.

FÉLIX.

¿Nada has dado?

RISELO.

Eran taimadas.

FÉLIX.

Di verdad.

RISELO.

Sí dí, ¡por Dios!

FÉLIX.

¿Qué, por vida de los dos!

RISELO.

Lisonjas y bofetadas.

Vanse.

Salen Lucinda y Dorotea.

DOROTEA.

Extraña tristeza tienes.

LUCINDA.

Antes es muy propia en mí,
Que para triste nací.

DOROTEA.

¿Por qué causa á estarlo vienes?

LUCINDA.

No tengo causa.

DOROTEA.

Es mentira;
Que no hay tristeza sin causa,
Porque, en efecto, se causa
De amor, de pena y de ira.

LUCINDA.

No tengo ira, ni pena.

DOROTEA.

¿Tendrás amor?

LUCINDA.

¡Amor yo!
¿Á quién he visto ó me vió,
De tantas defensas llena?
¿Hay castillo de Milán
Con más fosos, con más tiros?

DOROTEA.

¡Ay, Lucinda! Unos suspiros,
¿Por dónde entrar no podrán?

LUCINDA.

El recato de mi padre,
Argos que mis ojos duerme,
En celarme y defenderme,
Después que faltó mi madre,
Y mi hermano se partió
Á Indias, prima, es de suerte,
Que sólo el hablarte y verte
Para consuelo me dió.
Y aunque este remedio sea
El que ves, aun no es igual
Á la calidad del mal
En que acabarme se emplea.

DOROTEA.

Tú, que no llevas, Lucinda,
Naves á la Nueva España,
Ni temes que se te aneguen
Entre sus montañas altas;
Tú, que en Burgos no pleiteas,
En la corte, ni en Granada,
Ni por la sentencia esperas
De tu provisión mudanza;
Tú, que pretendiendo oficios
No paseas por las salas
Del señor, ni del jüez,
Ni en la calle le acompañas,
Si no es amor, ¿qué causa
Pone en tus ojos el dolor del alma?
Tú no sirves con envidia
De quien priva, á quien le ensalza,
Ni la tienes de hermosura,
Pues el cielo te dió tanta;
Tú no pretendes nobleza
Que enemigos te contrastan,
Ni por falta de las tuyas
Murmuras ajenas galas;
Tú no has recebido agravio
De hombre, ni de palabra,
Que te obligue á desafío,
Ni á buscar amigos ni armas:
Si no es amor, ¿qué causa
Pone en tus ojos el dolor del alma?
Tú tienes hacienda y honra,
Tú la nobleza que basta,
Padre rico y bien nacido,

Sin deudas, con deudas tantas.
Eres la luz de sus ojos,
El tesoro de sus canas,
Es Veinticuatro en Sevilla,
Linda ciudad, bella patria.
La mejor huerta es la suya,
Vive en noble calle y casa,
Por la barra de Sanlúcar
Le vienen barras de plata:
Si no es amor, ¿qué causa
Pone en tus ojos el dolor del alma?

LUCINDA.

¡Ay, prima, que no consiste
En la nobleza heredada,
En la edad ó la hermosura,
En la riqueza ó las galas,
El contento ni el sosiego!
Pobre estoy, algo me falta:
Naves llevo por la mar,
Llenas de vana esperanza,
Pretensiones tengo en corte,
Con pleitos ando en Granada,
Pero no espero sentencia
Ni de mis servicios paga;
Que quien ama sin causa,
¡El viento coge en red, siembra en el agua!
Desta nuestra casa enfrente
Puso el cielo, y mi desgracia,
Un caballero, por quien
Se puede perder mi casa:
Don Félix de Saavedra
Es, prima, el pleito, la causa,
La pretensión y la envidia;
Él me entristece, él me mata.
Por entre estas celosías
Que cubren estas ventanas,
Le veo vestir mil veces
Y desnudar otras tantas,
Y amor, que nunca para,
¡Entra por ellos á abrasarme el alma!
No sabe que yo le quiero,
Ni que desde allí me abrasa,
Prima, porque no me ha visto;
Y así mi tristeza es tanta.
Porque he propuesto en mi pecho,
Que si con él no me casa
Mi padre, en toda su vida
Me verá alegre la cara.
Estoy celosa de verle
Salir de noche con galas,
De día con mil favores
Que deben de dalle damas:
¡Mira si aquesto basta
Más que pleitos, envidias, naves y armas!

DOROTEA.

Pésame, no de que quieras,
Mas de que quieras á un hombre,
Aunque noble y gentilhombre,
Lleno de tantas quimeras.
Es un mozo distraído,
Que por cuantas ve se pierde,
Porque él tiene el seso verde
Y el pensamiento florido.
Cada noche le apedrean
Mujeres esas ventanas;
Tardes, noches y mañanas
Le rondan y le pasean:
Mala elección has tenido.

LUCINDA.

No ha sido, prima, elección,
Sino accidente y pasión
Que de mi estrella ha nacido;
La suya tiene, sin duda,
Tanto imperio sobre mí,
Que puede matarme ansí.

DOROTEA.

Lucinda, de intento muda
Antes que crezca el deseo,
Cultivado de la vista.

LUCINDA.

No hayas miedo que resista
Al principio en que me veo,
Porque es ya resolución
Que de consejo carece.

DOROTEA.

Quien el consejo aborrece,
Poco estima la razón.

Sale Fabio y el padre.

FABIO.

Pues ¿qué os escribe vuestro hijo?

PADRE.

Escribe
Que no puede venir en esta flota
Por despachar el pleito de don Tello;
Vendrá en los galeones donde viene
La plata, de que os viene buena parte.

FABIO.

Para mí no hay tesoro de más precio
Que es su persona y su venida á España;
Pues ya, como tenemos concertado,
Será mi hijo como vuestro agora,
Casándole con Celia, mi sobrina,
Por despicarme de mi hija ausente,
Ó muerta en Indias como me han escrito.

PADRE.

No lo creáis, pues no es la carta dina
De crédito; pues ella vive en Méjico,
Y el que escribe la carta vive en Lima.

FABIO.

Aquí está vuestra hija con su prima.

PADRE.

¡Oh, Lucinda!

LUCINDA.

¡Señor!

PADRE.

¿Cómo te ha ido
Después de tu visita?

LUCINDA.

Aunque me hace
Tanta merced mi prima Dorotea,
La falta de salud y de alegría

No me permite que me huelgue tanto.

PADRE.

Deja, Lucinda, esa tristeza; deja
Ese enojoso humor; alegra el rostro,
En que se mira esta salud, y advierte
Que eres el dueño della y de mis años.
¿Qué te falta en mi casa? ¿Qué deseas?
Yo haré para alegrarte, aunque soy viejo,
Oficio de galán y de marido;
Pídeme galas, pídeme regalos,
Que por las galas y regalos llaman
Galán al que regala á las mujeres.
¿Quieres ir hoy á alguna fiesta? ¿Quieres
Ir en un barco discurriendo el río,
Para que cuando vengas por sus aguas
Me venga en ti más oro, plata y perlas
Que de todas las Indias viene á España?
¿Quieres ir hoy á una comedia?

LUCINDA.

En todo
Muestras, señor, que tienes en los ojos
Á mi difunta madre, por quien pienso
Que esos favores y mercedes haces
Á quien sólo por ellos te da enojos.
Yo no me siento con salud agora;
Antes con tu licencia, padre mío,
Me voy á recoger á mi aposento
Con alguna señal de calentura.

PADRE.

¿Calentura? ¡Por Dios, muestra ese pulso!
Calor tienes alguna; mas no es cosa
Que le destemple; no te cause pena.
Tomalde, Fabio, vos, yo os doy licencia.

FABIO.

Á los viejos, como eso se permite;
Los pulsos son al fin como instrumentos
Que afina el que los templa, más ó menos.
Débil está, pero templado acude,
Y antes con intervalos que con golpes:
Tristeza es ésta.

PADRE.

Alégrala, sobrina.

DOROTEA.

Harto lo intento, pero no aprovecha.

LUCINDA.

Voyme con tu licencia y con la tuya.

Vanse Lucinda y Dorotea.

PADRE.

Afligido me dejas.

FABIO.

¡Ay, Justino,
Cómo se ve dónde la piedra lleva!

PADRE.

Aunque os parezca humilde la metáfora,
¿Qué puede ser que os cause á vos malicia?

FABIO.

El ordinario mal de las doncellas:
El inmortal deseo de casarse.
Si ve que os descuidáis de su remedio,
Que ansí le llaman ellas, y es muy justo,
Y que sólo gastáis tiempo en guardallas,
¿De qué queréis que esté Lucinda alegre?

PADRE.

Pues ¿desto es la tristeza?

FABIO.

¿Qué pensábades?
Casalda, y vos veréis si es mejor medio
Que aplicarle las huertas y los campos,
El río, y la comedia, y cosas frívolas.
Quiere marido esotra. Concertadme
Este remedio y este mal.

PADRE.

Pues, Fabio,
Remediaré su mal, si toca en esto.
¿Quién os parece, destos caballeros
Que agora están en cierne de maridos,
Que sea tal como merece un ángel?

FABIO.

Los que están por casar más á propósito,
Son Bernardo de Páez, don Diego Arcilla,
Don Juan de Salvatierra y don Fadrique
Marinas, don Esteban de la Vega,
Don Sancho de Valdés, Beltrán de Silva,
Alberto Franquis y don Félix Este.....

PADRE.

¡Jesús! Tené en don Félix, Fabio amigo;
No la diera á don Félix, si me diera
Cuanto rentan las Indias en seis años.
¿No es ese caballero mi vecino?

FABIO.

El propio, y Saavedra de lo fino.

PADRE.

No le nombréis, que trae revuelto el mundo:
¡El galán de Lucrecia, el que acuchilla
Al sol, porque entra adonde Dios le manda!
No ha de ser desa data el yerno mío.

FABIO.

¿Bernardo, qué os parece?

PADRE.

Que es muy pobre.

FABIO.

¿Ramiro?

PADRE.

No es el talle á mi contento;
Y oí contar á cierto amigo mío,
Que tenía una negra muy hermosa
Que criaron sus padres, y tratando
De casarla en Sevilla, donde hay tantos,
Mandó buscar el negro más hermoso
Que se hallase en el mundo; pues más cierto
Será buscar para mi hija un hombre
Con quien no tenga que envidiar las otras.

FABIO.

¿Don Juan?

PADRE.

Aun ese es hombre más discreto,
Más cuerdo, más afable y entendido.

FABIO.

¿Paréceos bien?

PADRE.

Tratadlo, por mi vida,

Como que vos lo hacéis; y si gustare,
Á casa me venid á dar las nuevas.

FABIO.

El lobo está en la fábula.

PADRE.

Yo espero.

Salen D. Juan y Fineo.

JUAN.

Esto que os digo, pasó.

FINEO.

Y vos, ¿qué pensáis hacer?

JUAN.

Estimar y agradecer
La vida que allí me dió.

FINEO.

¡Que se os cayese la espada!

JUAN.

Tiene gran pulso, y sería
Que dió en lo flaco á la mía
Una gentil cuchillada,
Por rebatilla de tajo,
Y una estocada de puño,
De que me alcanzó un rasguño
Por reñir uñas abajo.
Tropecé, caí, y llevóme
La fuerza el cuerpo hasta el suelo;
Íbame á alzar con recelo
Que fuese el que es, y dejóme.

FINEO.

¡Paso, que está Fabio aquí!

FABIO.

¡Oh, caballeros!

JUAN.

¡Oh, Fabio!

FABIO.

Pienso que os hiciera agravio.....

JUAN.

¿Cómo?

FABIO.

Si pasara así,
Y no os dijera que acabo
De ver la cosa más bella
Que crió el cielo, pues della
El mismo amor es esclavo.

FINEO.

Y, Fabio, ¿de quién es hija?

FABIO.

De Justino.

FINEO.

Y con razón
Merece esa perfección
Que muchos estados rija.
¡Áh, don Juan! Amores locos,
¿Para qué pueden ser buenos?
Que la hacienda viene á menos,
Y la salud libran pocos.
¡Pluguiera á Dios que yo os viera
En esos pasos!

JUAN.

¡Por Dios,
Que me vieran más de dos
Si yo á propósito fuera!

FABIO.

Apartémonos de aquí;
Que tengo que hablar con vos.

JUAN.

Primo, adiós.

FINEO.

Don Juan, adiós.

JUAN.

¿Voy con vos?

FABIO.

Venid tras mí.

Vanse.

Salen Riselo, Pedro y D. Félix.

FÉLIX.

Ninguna me agrada.

PEDRO.

¿Á quién
Sin hambre agradó el manjar?

RISELO.

¿Qué mujer puede agradar
Á quien jamás quiso bien?
Diga Pedro si son bellas
Cuantas ha visto.

PEDRO.

Serán
Bellas si á solas están,
Mas no Lucrecia con ellas.

FÉLIX.

¡Qué bien dicho! ¡Vive Dios,
Que te he de dar un vestido!

RISELO.

El paje te ha conocido.
Para en uno son los dos:
Pues, Pedro, la de la esquina,
¿No es bella?

PEDRO.

Estaba hecha maya,
Y es muy boquirrubia y baya.

RISELO.

¿La blancura te amohina?

PEDRO.

Lo blanco, hermosura es
Cuando es, Riselo, encendido;
Pero á blanco desleído
Nunca ese nombre le des.
Mujer y peces cocidos
No los comas sin pimienta;
Que aquello que pica, alienta
La fuerza de los sentidos.
Mira, Riselo: el que tiene
Mala gana de comer,
Regalos ha menester,
Mas no quien con hambre viene.
Don Félix quiere á Lucrecia;
No tiene gana de más;
Si regalos no le das,
Será tu receta necia.

RISELO.

Pedro, que sin duda creo
Que sois Pedro de Urdimalas,
Después que os dieron las alas
Con que sopláis su deseo,
¿Cómo ha de ser la mujer
Para este enfermo de amor?

PEDRO.

Yo os lo diré, mi señor.
Desta manera ha de ser:
Que sea blanca ó sea morena,
No lo quiero disputar;
Lo primero, ha de mirar
Con vista clara y serena.
Los ojos, dulces, risueños,
Claros, blandos, atractivos,
Con una punta de esquivos,
Dos dracmas de zahareños;
Libre lengua, alegre boca,
Burlona, discreta y grave,
Con no sé qué de suave;
Buena risa, hermosa y poca;
Lindo cuerpo, lindo brío,
El pisar como un caballo,
Que pueda, sólo en mirallo,
Encender un hielo frío;
Limpia como un vidrio, y clara
Por natural condición,
Y más en los pies, que son
Antípodas de la cara;
Gallarda, que en los chapines
Parezca que va en dos lunas,
Porque parece que algunas
Van sobre dos celemines;
Los melindres cortesanos,
Disfrazado el interés,
Y cuidado con los pies,
Porque son segundas manos;
Que cierto galán decía,
De no mala condición,
Que era pájaro de halcón,
Que siempre á los pies dormía;
Y, finalmente, ha de ser
La que para ti gobiernes,
Como comida de viernes,
Que abre la gana al comer,
Pues cuando della salieras
Harto, y los deseos llenos,
Dentro de un hora, y aun menos,
Volver á comer quisieras.

RISELO.

Pedro del diablo, ¿en qué escuela
Aprendiste picardía?

PEDRO.

Ésta yo me la sabía.

RISELO.

¿Qué te pareció Clavela?

PEDRO.

Muy floja, panda y aun sucia.

RISELO.

Pues ¿qué dirás de Leonor?

PEDRO.

Deslumbróme el resplandor,
Que estaba entonces muy lucia.

RISELO.

Y Fenisa, ¿no es hermosa?

PEDRO.

La mujer que á mí me agrada
Ha de ser como la espada:
Aguda, tiesa y lustrosa.

RISELO.

¿También dirás mal de Octavia?

PEDRO.

Es un ripio.

RISELO.

¿Cómo ripio?

PEDRO.

Pues sobre débil principio
Fundar, no es opinión sabia.

RISELO.

¿Felisarda?

PEDRO.

Es melindrosa;
Con el manto haciendo va
Caireles acá y allá.

RISELO.

¿Y Pánfila?

PEDRO.

Mala cosa.

RISELO.

¿Qué tiene?

PEDRO.

Enrubiarse basta;
Todo es názulas y miel.

RISELO.

¿Y la morena Isabel?

PEDRO.

Esa no es de mala casta,
Pero salió una esclavilla
Alumbrar con un candil;
Y una pobreza tan vil,
¿Quién se animará á servilla?
La mujer, á mi jüicio,
No esté tan en cordobán,
Que la reciba el galán
Como moza de servicio.
Algo ha de tener.

FÉLIX.

Bien dice:
Deja, Riselo, esas damas,
Si no quieres que mis llamas
Tu vano remedio atice.
Por Lucrecia estoy muriendo.

RISELO.

¡Oh, lleve el diablo á Lucrecia!
Todas, desde aquella necia,
Al mundo están revolviendo.
¿Quieres vella?

FÉLIX.

¿Adónde?

RISELO.

Agora

En su ventana estará.

FÉLIX.

Pues vamos todos allá.

RISELO.

Tú veras del sol la aurora.

PEDRO.

Riselo.....

RISELO.

¿Qué?

PEDRO.

Hablarte quiero;
Que tengo unos tejos de oro
En cierta parte.

RISELO.

Eso ignoro.

PEDRO.

Verlos esta noche espero
Si llevo tu compañía.

RISELO.

¿Trajístelos de Indias?

PEDRO.

Sí:
Porque el registro temí,
Los escondí el propio día
Que desembarqué.

RISELO.

Y ¿adónde?

PEDRO.

En su orilla.

RISELO.

¿Están seguros?

PEDRO.

No está lejos de sus muros
La orilla que los esconde.
Tú quiero que entres por ellos.

RISELO.

Por oro entrara en volcán.
¿Tú sabes adónde están?

PEDRO.

Una piedra enfrente dellos.

RISELO.

La noche, siempre embozada,
Dará silencio y lugar.

PEDRO.

Á fe que habéis de nadar,
Y que todo ha de ser nada.

Vanse.

Salen Fabio, el padre y D. Juan.

PADRE.

No es menester que aquesto se dilate,
Sino ponerlo por la obra presto.

JUAN.

Haced que mi esperanza no me mate;
Que á recibir tal gloria estoy dispuesto.

PADRE.

¿Vino el notario?

FABIO.

Lo demás se trate,
Que yo pondré, señor, cuidado en esto;
Vayan por los testigos mientras viene.

PADRE.

Hartos criados esta casa tiene.

FABIO.

Pero yo iré por ellos; no hace al caso.

PADRE.

Lucinda sale.

JUAN.

Ya en su luz me abraso.
¿De qué se muestra triste y se detiene?

PADRE.

No sabe lo que intento, y ya comienza
Á hacer su rojo efecto la vergüenza.
¿Sabes á lo que vienes, por ventura?

LUCINDA.

No, mi señor, mas vengo á tu obediencia.

Salen Fabio, D. Félix, Pedro y Riselo.

FABIO.

Yo te he casado.

LUCINDA.

Deso estoy segura.

FABIO.

Ya tienes á tu esposo en tu presencia.
Vuestro yerno está aquí con el notario.

PADRE.

Enseñarle la casa es necesario.

RISELO.

Al yerno, una vez sobra.

FÉLIX.

Hablad más paso.

FABIO.

Agora quiere hacerse la escritura.

FÉLIX.

Según eso, tardó tu diligencia.

RISELO.

¡Que se casa! Y ¿con quién?

FABIO.

Ya está presente.

PEDRO.

Dicha he tenido; amor mil ansias siente.

RISELO.

¿Con don Juan? ¡Vive Dios.....

FÉLIX.

¡Que siempre, cielos,
Don Juan me quita el gusto de las manos!

FABIO.

Fuí por testigos, y á la puerta hallélos.

PADRE.

¡Qué honrados son!

LUCINDA.

¡Ay, cielos soberanos!

JUAN.

Este es don Félix, dueño de mis celos.

RISELO.

Basta, que fueron mis intentos vanos.

FÉLIX.

Casada está Lucinda.

RISELO.

¿No es hermosa?

PADRE.
No hay en Sevilla tan hermosa dama;
Paréceme gigante de su fama.

LUCINDA.
¡Triste de mí, Dorotea:
No bastaba sin mi gusto
Este casamiento injusto,
Este mal, que nunca sea,
Sino venir por testigo
Don Félix! ¿Qué hará?

DOROTEA.
No sé.

FÉLIX.
Notable desdicha fué
La nuestra, Riselo amigo.

RISELO.
¿Cómo?

FÉLIX.
La mujer es bella.

RISELO.
¿Agrádate?

FÉLIX.
Estoy perdido.
¡Y que don Juan haya sido
El que se case con ella!

RISELO.
Dondequiera te ha de dar
Este caballero enojos.

FÉLIX.
Tarde mirasteis, mis ojos,
Más os valiera cegar.

RISELO.
No desmayes si te agrada;
Tuya ha de ser, ¡vive Dios!

LUCINDA.
¿De quién hablarán los dos?

DOROTEA.
De que estás mal empleada;
Porque don Félix te mira
Con notable devoción.

LUCINDA.
Luego ¿paga mi afición?

DOROTEA.
Pienso que por ti suspira.

LUCINDA.
Pues si don Félix me quiere,
¿Qué estrella ó fuerza podrán
Darme por dueño á don Juan?

DOROTEA.
La que hoy á don Juan te diere.

LUCINDA.
Como oráculo respondes.

DOROTEA.
Pues ya acabas de tratar
El casamiento.

FÉLIX.
En pesar,
Fortuna, el placer escondes.
Contento estaba, Riselo,
De servir tan bella dama;
Venció la vista á la fama,
Y dióle otro dueño el cielo.

RISELO.
Calla, que aun no es puesto el sol
Y aun están en el concierto.

FÉLIX.
Que ya se me pone, es cierto,
Mira el opuesto arrebol.

LUCINDA.
Prima, un remedio he pensado
Para no hacer la escritura.

DOROTEA.
Mientras el concierto dura,
Será el remedio acertado.

LUCINDA.
Quiero un desmayo fingir,
Y pasará la ocasión.

DOROTEA.
Siempre nuestras armas son
Y nuestros pies para huir.

LUCINDA.
Finge que en tus brazos fué.
¿De qué me ha dado este mal?

DOROTEA.
¡Ay, prima! ¿Hay desdicha igual?
¡No puede tenerse en pie!

PADRE.
¿Qué es aquesto, Dorotea?

DOROTEA.
Mortal desmayo, señor.

FABIO.
¿Hay tal desdicha?

FÉLIX.
¡Ay, amor,
Muy enhorabuena sea!

JUAN.
¡Desmayo! ¿No estaba acaso
Mi Lucinda con salud?

PADRE.
¡Ay, sortija de virtud!
Traigan agua.

RISELO.
Quedo, paso:
Vuesas mercedes me den
Lugar que le dé un remedio.

PADRE.
¿Son palabras?

RISELO.
Es un medio
Salmo y oración también;
Déjenme solo con ella.

PADRE.
¿Nadie lo ha de oir?

RISELO.
Ninguno.
Si tenéis sentido alguno,
Oidme, Lucinda bella.

LUCINDA.
Á ti, por ser de quien eres,
Te escucho.

RISELO.
Quedo, ya estoy

Al cabo; sabed que soy
Gran médico de mujeres.
Por el pulso he conocido
Que este don Juan no os agrada.

LUCINDA.
Antes que con él casada,
Me verán muerta.

RISELO.
Eso pido.
¿Vos queréis un caballero
Que de mi mano os daré?

LUCINDA.
¿Quién?

RISELO.
Don Félix.

LUCINDA.
Sí querré,
Porque ha mucho que le quiero.

RISELO.
Pues yo os casaré con él;
Volved en vos.

LUCINDA.
¡Ay de mí!

PADRE.
¿Ha vuelto en sí?

RISELO.
Señor, sí.

PADRE.
¡Gran salmo!

RISELO.
Hay misterio en él.

PADRE.
¡Hija!

LUCINDA.
¡Señor!

PADRE.
¿Cómo estás?

LUCINDA.
Más aliviada me siento.

RISELO.
Da el salmo mucho contento.

FÉLIX.
¿Qué has dicho?

RISELO.
Tú lo verás.

FABIO.
Llévenla donde descanse,
Y haráse en estando buena.

JUAN.
Podréla hablar en mi pena
Cuando el sentimiento amanse.

FABIO.
Vámonos, señor notario,
Y al señor don Juan llevemos.

NOTARIO.
¿Cuándo, señor, volveremos?

FABIO.
Cuando fuere necesario.

JUAN.
¡Qué mala suerte he tenido!

FABIO.
No se os podrá despintar.

Vanse, y quedan solos D. Félix, Riselo y Pedro.

RISELO.
Mucho tenemos que hablar.

FÉLIX.
¿No me dirás lo que ha sido?

RISELO.
Por ti se fingió el desmayo,
Y por ti resucitó.

FÉLIX.
¿Que he sido la causa yo?

RISELO.
Desta torre fuiste el rayo,
Tú diste con ella en tierra.

FÉLIX.
Pedro, ¿no es bella?

PEDRO.
Extremada.
¡Muerto soy!

RISELO.
La desmayada,
En que te adora se cierra.
Yo te la pondré en las manos.

PEDRO.
Riselo.....

RISELO.
¿Qué hay?

PEDRO.
¿Cuándo iremos
Por las barras?

RISELO.
Hoy podremos.

PEDRO.
Partiremos como hermanos.
¿Tú sabes nadar?

RISELO.
¡Oh! Soy
Como un búcaro en el agua.

FÉLIX.
¿Qué es lo que á solas se fragua?

RISELO.
Ciertas lecciones le doy.

FÉLIX.
¿Volverá don Juan al plazo?

RISELO.
Ella quererte promete.

PEDRO.
¡Por esta cara, alcahuete,
Que habéis de llevar gatazo!

ACTO SEGUNDO.

Sale Pedro huyendo, y D. Félix en medio, y Riselo tras él, con la espada desnuda.

FÉLIX.
¡Ten, Riselo!
RISELO.
¡No me tengas!
FÉLIX.
¡Ea, pues!
RISELO.
¡Hoy es tu muerte!
PEDRO.
¡Favor, señor!
FÉLIX.
Mira, advierte
Que en un muchacho te vengas.
RISELO.
¿Cómo muchacho?
FÉLIX.
Pues ¿no?
RISELO.
Es un gigante en enredos.
FÉLIX.
Vengado estás en sus miedos;
Mas dime, ¿en qué te ofendió?
PEDRO.
Señor, yo lo contaré.
RISELO.
Querrá volver á mentir;
Yo no lo sabré decir.
FÉLIX.
Sepamos, pues, lo que fué.
RISELO.
Pedro, don Félix, ayer;
Pedro, que si se perdiera
La picardía, pudiera
Hallarse en él, dió en hacer
Burla de mi poco seso.
PEDRO.
¿Yo? ¡Plegue á Dios.....
RISELO.
No me cortes
El hilo.
FÉLIX.
Que te reportes
Te ruego.
RISELO.
El rapaz travieso
Me dijo que, cuando vino
De las Indias, trajo á España
Ciertas barras.....
FÉLIX.
¡Cosa extraña!
RISELO.
De oro codicioso y fino;
Que fuese con él al río,
Que por no lo registrar,
Lo dió en su orilla á guardar,
En su mismo centro frío.
Yo, creílo.
PEDRO.
En eso estuvo
Ser tan fácil de creer.
FÉLIX.
¡Qué fino debes de ser!
RISELO.
Persuadido, en fin, me tuvo
Á que entrase por el oro;
Fuí con él, díjome: «Aquí,
Riselo amigo, escondí
Este precioso tesoro.»
PEDRO.
¿Con qué me podrá pagar
Este amor con que le hablé?
RISELO.
En fin, yo me desnudé,
Determinado de entrar.
Y dando al aire un retrato
De San Nuflo y San Panucio,
Menos velloso que sucio,
Las ninfas de amores mato.
No hubo sirena, ni anguilla,
Que por verme no sacase
La cabeza, y codiciase
Verme desnudo en su orilla.
Caléme al fondo del río,
Como dice Garcilaso,
Buscando de paso en paso
El oro en su centro frío.
La codicia, y no le hallar,
Me detuvieron de modo,
Que perdí el sentido todo,
Y agua comencé á tragar.
Pero en muchas oraciones
Rogaba á Dios con fatiga
No quedase mi barriga
Por baúl de camarones.
Y como pude, saliendo
Á la orilla, viento en popa,
Ni hallé á Pedro, ni á mi ropa,
Y, al fin, me enjugué corriendo.
Volví á casa, como un loco,
En el puro cordobán,
Que á ser el tiempo de Adán,
Las luces tuviera en poco.
Pero las muchas que había
De las tiendas, me alumbraban
De manera, que obligaban
La gente que me seguía.
Ya comenzaba la fiesta,
El gritarme y el reir,
Mas yo comencé á decir:
«Fuera, que va sobre apuesta.»
Y creyendo ser así,

Llegué sin peligro á casa,
De mucha gente que pasa
Á tal hora por allí.
Llamé, y saliendo al balcón
Pedro con un cabo de hacha,
Pedro, que no tiene tacha,
Que todas tachuelas son,
Me dijo: «¡Válgame Dios,
Riselo! ¿No te ahogaste?»
«Quita la luz, dije, y baste
La burla, no intentes dos.»
Mas él, diciendo que yo
Era de un cuerpo ahogado
Espíritu trasnochado,
La vecindad obligó
Á sacar luces, de modo
Que, cuando me vino á abrir,
Estaba para morir
De vergüenza, de agua y lodo.

FÉLIX.

Si creyó que te ahogaste,
No erró en traer el vestido.

RISELO.

Creo que cómplice has sido,
Y con él lo concertaste.

FÉLIX.

¿Yo?

RISELO.

Tú, pues.

FÉLIX.

Pues ¿cómo en día,
Que te estoy tan obligado,
De ingratitud me has culpado?

RISELO.

Luego ¿inocencia sería
De Pedro el irse, y dejarme
Sin los vestidos allí?

PEDRO.

Si otra cosa crees de mí,
No te merezca agraviarme.
¡Plegue al cielo que á traición....

RISELO.

No quiero plegarias tuyas,
Que son para ti aleluyas
Las que para mí pasión.

FÉLIX.

Su amigo has de ser.

Sale un criado.

CRIADO.

¿Está,
Señores, Riselo aquí?

RISELO.

¿Quién le busca?

CRIADO.

¿Sois vos?

RISELO.

Sí,
Ó su espíritu soy ya.

CRIADO.

El Veinticuatro os suplica,
Porque á Lucinda le ha dado
Un desmayo, y su cuidado
Varios remedios aplica,
Que os lleguéis allá conmigo
Y aquel salmo le digáis.

RISELO.

¡Bueno es esto!

PEDRO.

¿Qué aguardáis,
Loco amor, dulce enemigo?

FÉLIX.

¡Que otra vez se ha desmayado!
Ve ¡por Dios! presto, Riselo.

CRIADO.

Está convertida en hielo
Lucinda, sobre su estrado,
Tal como si algún pintor
Retratara el alba en nieve;
Apenas un aire leve
Respira.

RISELO.

¡Extraño dolor!
Vamos.

CRIADO.

Seguidme.

RISELO.

Lucinda,
Don Félix, muere por ti.

FÉLIX.

¿Venturoso yo?

PEDRO.

¡Ay de mí!

FÉLIX.

¿Qué habrá que el amor no rinda?

PEDRO.

Que rinda amor libertades
No es milagro, es natural;
Mas amar amor igual,
Parecen desigualdades.
¿Tú no la amabas?

FÉLIX.

Sí.

PEDRO.

Pues
¿Cómo dese mismo amor,
Otro amor fué vencedor?

FÉLIX.

Porque fué la guerra en mí.
¿Nunca dos contrarios reyes
La tienen?

PEDRO.

Sí.

FÉLIX.

Y ¿vence el uno?

PEDRO.

También.

FÉLIX.

De efeto ninguno
Me fueron jamás sus leyes.

PEDRO.
¿Lucrecia?.....
FÉLIX.
Era amor infame.
PEDRO.
¿Qué es infame?
FÉLIX.
Sí, en verdad;
Que quien no guarda lealtad,
Es justo que así la llame.
La mujer que admite á un hombre,
No hay honor que se le quite,
Pero la que á dos admite
No merece honrado nombre.
Con deseo de olvidar
Vi á Lucinda, Pedro mío,
Que vence el calor al frío
Para podelle templar.
Vila tan bella y tan linda,
Que esto, y ser della estimado,
Á pretender me ha obligado
La hermosura de Lucinda.
Hay de su parte estimarme,
Ser solo, ser limpio amor;
Hay de Lucrecia el rigor
De pedirme y despreciarme.
Pedirme, y tratar mentira,
Parécenme, Pedro, tratos
Para ricos mentecatos,
No para quien oye y mira.
Ven, que desde esta ventana
Quiero oir sola su voz.
PEDRO.
¡Bravo amor, entras feroz!
No más esperanza vana;
Que pues hoy me quita el cielo
Que tenga mi amor lugar,
Sólo habemos de tratar
De hacer burlas á Riselo.

Vanse.

Salen D. Juan y el padre de Lucinda.

JUAN.
Mientras llega su remedio,
De mi esperanza se trate.
PADRE.
No hayas miedo que dilate
Tu bien.
JUAN.
Hay un mundo en medio.
PADRE.
Á Riselo espero hoy;
Que en él tengo confianza.

Salen Riselo y el criado.

RISELO.
Yo tengo en Dios esperanza,
Si este remedio le doy.
CRIADO.
El del salmo viene aquí.
PADRE.
¡Oh, caballero!
RISELO.
¡Oh, señor!
PADRE.
Hacéisme tan gran favor.....
CRIADO.
¿Iré por Lucinda?
PADRE.
Sí.
Que, porque está desmayada,
Las palabras que sabéis
Le digáis.
RISELO.
De mí seréis
Servido.
JUAN.
¡Ay, mi prenda amada!
¿Es posible que nací
Para verte desta suerte?

Salen Dorotea, Lucinda y el criado.

CRIADO.
¡Qué imagen!
DOROTEA.
¡Qué hermosa muerte!
PADRE.
¿Es Lucinda?
DOROTEA.
Señor, sí.
PADRE.
Llegad, señor, por mi vida;
Decilde el salmo.
RISELO.
Sí haré,
Como lugar se me dé.
PADRE.
Apartaos, nadie lo impida.
DOROTEA.
En esta silla está bien.
JUAN.
Aquí hablaremos nosotros.
PADRE.
Desviaos allá vosotros.
RISELO.
¿Vives?
LUCINDA.
Sí.
RISELO.
¿Escuchas?
LUCINDA.
También.
RISELO.
¿Puédote hablar?
LUCINDA.
Bien podrás.
RISELO.
Luego ¿esto es fingido?
LUCINDA.
Sí.

RISELO.
Don Félix muere por ti.
LUCINDA.
Ya vuelvo en mí; di más (1).
RISELO.
Desea hablarte y saber
Cómo será tu marido.
LUCINDA.
Este desmayo he fingido
Porque me vengas á ver.
Haz que me quieres tomar
El pulso, y toma un papel
Que le escribo.
RISELO.
¡Ah, mal cruel
Y remedio singular!
Ver quiero el pulso que tiene.
¡Qué intercadencias tan bravas!
Si hoy este negocio acabas,
¿Para qué este necio viene?
Don Félix será tu esposo;
Remedia á un hombre, señora,
Que tu pensamiento adora.
LUCINDA.
Hablarle será forzoso.
Vete, y dale este papel,
No demos que sospechar.
RISELO.
Ya pueden todos llegar.
PADRE.
¡Gran salmo!
RISELO.
Hay misterio en él.
Suplícoos me deis licencia;
Que queda otro enfermo allá,
Y si me tardo, tendrá
Poca esperanza y paciencia.
PADRE.
Id en buen hora, Riselo,
Y desta casa os servid,
Y en ella entrad y salid,
Sin recato, sin recelo,
Á cuantas horas queráis,
Como quien tiene virtud
De dar la vida y salud
Que á nuestra enferma le dais.
RISELO.
Bésoos por esa merced
Las manos.
JUAN.
Y á mí, señor,
Muy por vuestro servidor
Desde agora me tened,
Pues sois, en fin, el que dais
Á mi esposa tanto bien.
RISELO.
Aun vos no sabéis tan bien
La obligación en que estáis;
Pero estad muy confiado,
Que estando yo de por medio,
Tendrá Lucinda remedio,
Y vos saldréis de cuidado.

Vase.

PADRE.
Hija, ya que estás en ti,
Habla á tu esposo.
LUCINDA.
Señor,
No me ha dejado el dolor,
Puesto que me ves ansí;
Bien que estoy con esperanza
De que se hará todo bien
Cuando mis cosas estén
Desta tormenta en bonanza.
Riselo me ha prometido
Que veré lo que deseo,
Y mientras que no lo veo,
Licencia, señor, te pido;
Que he menester soledad
En que pasar la tristeza.
JUAN.
¡Que eclipse tanta belleza
Tan ligera enfermedad!
PADRE.
Vé con ella, Dorotea,
Procura dalla alegría.
DOROTEA.
Pienso que mi compañía
No es, señor, la que desea;
Pronto la verás contenta.
JUAN.
Sin duda que habla por mí.
PADRE.
Vamos, hijo.
JUAN.
De honra ansí,
Mi esperanza se alimenta.

Vanse.

Salen D. Félix y Pedro.

FÉLIX.
Tarda mi bien, amor, y el mal me mata.
PEDRO.
Mátame el mal del mismo bien que espero.
FÉLIX.
Dilata amor el bien del mal que muero.
PEDRO.
Yo muero, y mi esperanza se dilata.
FÉLIX.
Ya la esperanza mi remedio trata.
PEDRO.
Ya de cuanto esperaba desespero.
FÉLIX.
¡Qué brevemente un imposible quiero!
PEDRO.
¡Qué presto he sido á un largo amor ingrato!

(1) Falta una sílaba.

FÉLIX.
Dejé á Lucrecia, y á Lucinda adoro.
PEDRO.
Dejé en las Indias al que fué bien mío.
FÉLIX.
El tiempo que he perdido, siento y lloro.
PEDRO.
Lo que es ajeno merecer confío.
FÉLIX.
Tú sola eres mi bien.
PEDRO.
Tú mi tesoro.
FÉLIX.
Ardo.
PEDRO.
Aguardo.
FÉLIX.
Porfío.
PEDRO.
Desconfío.
FÉLIX.
Pedro.....
PEDRO.
Señor.....
FÉLIX.
¿Con quién hablas?
PEDRO.
Contigo.
FÉLIX.
¿Qué me decías?
PEDRO.
Que justamente porfías
En el nuevo amor que entablas.
FÉLIX.
Tarda Riselo; ¿qué haré?
PEDRO.
Esperar; que el esperar,
El gusto suele aumentar.
FÉLIX.
Y aun desesperar.
PEDRO.
¿Por qué?
FÉLIX.
Porque no hay mayor tormento
Que la esperanza dudosa.
PEDRO.
De amor la más dulce cosa
Es dilatar el contento.
Bien que no llega esperado,
Señor, no le llames bien,
Ni aun el mal es mal también
Prevenido y dilatado.
No tarda en vano Riselo.
FÉLIX.
Ya Riselo viene aquí.

Sale Riselo.

RISELO.
Para desdichas nací;
Todo ha dado por el suelo.
FÉLIX.
¿Qué hay, amigo?
RISELO.
Sin embargo
Del desmayo y la pasión,
Como las mujeres son
Poco dulce y mucho amargo;
Como son un viento leve,
Ya son cobardes, ya un Cid,
Ya como el cielo en Madrid,
Que está haciendo sol y llueve;
Como el hacernos llorar
Es lo que desean ver;
Como su mayor placer
Es darnos mucho pesar,
Lucinda mudó de intento
Y con don Juan se casó.
FÉLIX.
¿Qué dices?
RISELO.
Lo que vi yo.
PEDRO.
Alégrate, pensamiento;
Dad albricias, mis oídos,
Desta nueva.
FÉLIX.
¡Qué cruel
Fortuna!
RISELO.
Dióme un papel,
Suma de bienes perdidos,
Con que desto se disculpa.
FÉLIX.
Muestra esa sentencia fiera
Por que en leyéndola muera.
PEDRO.
¡Ay, dulce amor, quién te culpa!
¡Ay, mi querido Riselo!
¡Que á este hombre burlase yo!
¡Que por mí en el río entró
Y estuvo desnudo al hielo!
¡Que le hiciese ver ansí
De toda la vecindad!
FÉLIX.
¡Ay, Riselo, esa crueldad,
Sin duda que estaba en ti,
No en Lucinda, no en mi bien!
¿No has visto el papel?
RISELO.
Yo no.
FÉLIX.
Sí has visto, que bien oí yo
Tus burlas y amor también;
Ni se ha hecho el casamiento,
Ni me deja de querer.
RISELO.
Comes con lima el placer.
PEDRO.
¡Entristeceos, pensamiento,
No le deis á los oídos
Albricias! ¡Oh, mal Riselo!

FÉLIX.
Escucha.
RISELO.
Di.
PEDRO.
¡Plega al cielo
Que perdiera los sentidos!
FÉLIX.
«Don Félix mío.» ¡Qué mío
Tan lindo!
RISELO.
Pasa adelante.
PEDRO.
¡Qué mío tan semejante
Á mi muerte y desvarío!
FÉLIX.
«Dad orden para que os hable.»
¿Orden, mi bien? ¡Quién pudiera
Dar orden que luego fuera!
RISELO.
Yo la daré razonable.
FÉLIX.
¿Qué orden?
RISELO.
De la Merced.
FÉLIX.
¡No me hacía en esto poca!
Calla, Riselo, la boca.
RISELO.
Prosigue.
FÉLIX.
Escucha: «Creed
Que me tiene amor de suerte,
Que antes que don Juan me vea,
Y sea suya, y me posea,
Me daré la muerte.» Advierte,
Riselo, que es menester
Poner remedio y aprisa;
Que se matará me avisa.
RISELO.
¿No te avisa que es mujer?
FÉLIX.
Luego ¿no se matará?
RISELO.
¡Qué gracioso mentecato!
Más almas tiene que un gato.
FÉLIX.
Dejemos las burlas ya;
Tratemos cosas de veras.
RISELO.
Luego ésta burla será.
Yo te juro que tendrá
Fabricadas mil quimeras,
Que cuando se determina
Una mujer ya resuelta,
Corre siempre á rienda suelta
Y vuela como una mina;
De suerte, que si tú esperas,
Vendrás tu remedio á ver.
PEDRO.
Dificultoso ha de ser
Si el peligro consideras.
RISELO.
¿Qué peligro? ¡Vive Dios,
Que la he de dar la respuesta
Si veinte vidas me cuesta,
Y os habéis de hablar los dos!
FÉLIX.
¿Por dónde?
RISELO.
Por el jardín
Del Veinticuatro.
FÉLIX.
No sé
Si entrar, que es alto, podré.
PEDRO.
Él quiere intentar tu fin;
El Veinticuatro es el hombre
De más recato en Sevilla.
RISELO.
Hacer esta maravilla
Será de mi industria nombre.
FÉLIX.
Vamos, Riselo, que en ti
Estriba todo mi bien.
PEDRO.
Y mi mal en ti también,
Que todo es mal para mí;
Y pues hoy os quita el cielo
El bien que Lucinda alcanza,
Volvámonos, esperanza,
Á las burlas de Riselo.

Vanse.

Salen D. Juan, Lucinda y Dorotea.

DOROTEA.
No es desprecio el no querellas.
JUAN.
Pues unas joyas que os doy,
Ya que vuestro esclavo soy,
¿Teméis que hay veneno en ellas?
LUCINDA.
Mientras no está confirmado
Este sí que os he de dar,
¿Cómo me puedo obligar?
JUAN.
Teniéndome á mí obligado.
Pero decís que no estoy
Confirmado en vuestra gracia,
Y ansí es bien temer desgracia,
Aunque tan humilde soy;
Que el haberme ansí atrevido
Ya es lisonja, aunque recelo
Que me derribáis del cielo
Donde el amor me ha subido;
Que puesto que es mi humildad
Tanta, en pretender favor
Ya fué soberbio mi amor
Contra vuestra caridad.
LUCINDA.
Señor don Juan, mi salud

No da lugar, como es justo,
Á acudir á vuestro gusto;
Vivo con mucha inquietud.
No sé el fin de un pensamiento;
Estoy triste hasta saber
Qué suceso ha de tener
El tratado casamiento.
No os parezca que me esquivo
De admitir mercedes tales,
Mientras que en prendas iguales
Llena de esperanzas vivo.

JUAN.

Cesen ya tales tristezas,
Sumo bien de mi esperanza.

DOROTEA.

Los tiempos harán mudanza,
Cesarán las asperezas.
El mar quedará tranquilo,
Llegará la nave al puerto;
Parece oráculo incierto
Este no entendido estilo;
Que en un equívoco igual
Hallo, al parecer también,
Que de donde nace el bien
Puede resultar el mal.
Tanta tristeza sin causa,
¿De qué puede proceder?

LUCINDA.

Dorotea, de no ver
La causa de quien se causa.

DOROTEA.

No te declares ansí.

Sale Riselo.

RISELO.

Después que me dieron grado,
Soy en casa licenciado,
Y entro á visitarte á ti.

LUCINDA.

Quien es médico, bien puede.

RISELO.

Soylo de suerte, señora,
Que he hecho una cura agora
Que al arte mágica excede.

LUCINDA.

¿En quién?

RISELO.

En un caballero
Que estaba enfermo de triste.

LUCINDA.

¿Qué medicinas le diste?

RISELO.

Las mismas que darte espero.
Díle, señora, un papel.

LUCINDA.

Y ¿vivió con él?

RISELO.

Vivió;
Que le aseguraba yo
Muchas verdades en él.

LUCINDA.

¿Está más alegre?

RISELO.

Sí.

LUCINDA.

¿Creyólo todo?

RISELO.

Esa fe
Le dió salud.

LUCINDA.

Bien, á fe;
Lo mismo me pasa á mí.

RISELO.

Esta *domina* ó bolsilla
Tiene unas letras notables,
Que os han de ser saludables.

JUAN.

Mostrad á ver. ¿Podré abrilla?

RISELO.

Saldrásele la virtud
Si la abrís, señor don Juan.

LUCINDA.

Dejad, que no me la dan
Á mí por vuestra salud,
Sino de quien tiene el mal.

JUAN.

Celos comienzo á tener;
Que este hablar y responder
Me ha dado mala señal.
Pues no se han de hablar los dos;
Llevarme quiero á Riselo.

RISELO.

Que nos entienden recelo.
Adiós, mi señora, adiós,
Y él quiera que os aproveche
Lo que en esas letras va.

JUAN.

Justa sospecha me da
Sin haber de quién sospeche.
Riselo, hablarte querría
De aquí á la puerta no más.

RISELO.

Y dondequiera podrás.

Vanse los dos.

Adiós.

LUCINDA.

Adiós, salud mía.
¿Qué vendrá aquí, Dorotea?

DOROTEA.

¿Qué dudas? Algún papel.

LUCINDA.

Sácale. ¡Ay, si viene en él
Lo que tanto amor desea!

DOROTEA.

Notable fué la invención.

LUCINDA.

¿Es Riselo hombre discreto?

DOROTEA.

De suerte, que te prometo

Que le he cobrado afición.

LUCINDA.

¡Ay, prima! Quiérele bien;
Que si le tienes amor,
Hará mis cosas mejor,
Y él lo merece también.
No es de los lindos de agora,
Gente enfadosa y cansada;
Es de lo noble que agrada
Y del brío que enamora.
En los instrumentos son
Las falsas de grande efeto;
Mira el dulce del discreto,
Y el agrio del socarrón;
Mira el donaire.....

DOROTEA.

No más.
Digo que tu papel leas,
Que yo haré lo que deseas.

LUCINDA.

Escucha.

DOROTEA.

Perdida estás.

LUCINDA.

Lee la carta.

«Hermosa Lucinda, si tienes deseo de hablarme, de mi parte no hay dificultad en el peligro de mi vida, que sola tú lo eres mía.»

Déjame parar aquí.
¿Yo tu vida, Félix mío?
Ardo, muero, desvarío;
Prima, estoy fuera de mí.
¿Yo tu vida?

DOROTEA.

Di adelante,
Que estás loca.

LUCINDA.

Con razón,
Oyendo en esta ocasión
Una razón semejante.

Lee.

«No siento otro lugar como el jardín, por donde se pueda salir de noche; trazaremos cómo se deshaga el casamiento de D. Juan y se haga el mío y tuyo, á pesar de cuantos le impidieren.»

DOROTEA.

Cierra el papel.

LUCINDA.

¿Cómo ansí?

DOROTEA.

Tu padre.

LUCINDA.

¡Ay, triste! ¿Qué haré?
¿Si le habrá visto?

DOROTEA.

No sé.
Mas muestra, dámele á mí.

Sale el padre y un criado.

PADRE.

¿Que es este hombre tan famoso músico?

CRIADO.

Canta apaciblemente á lo moderno.
Con tonos de Juan Blas, letras de Lope.

PADRE.

¿Son honestas las letras?

CRIADO.

Son conformes
Al estado y virtud de una señora.

PADRE.

¿Tratan de amor?

CRIADO.

De amor pienso que tratan.

PADRE.

No le traigas acá.

LUCINDA.

Señor, ¿qué es esto?

PADRE.

Hija, querría que viniese un músico
Á alegrar tu tristeza.

LUCINDA.

Antes sospecho
Que me la aumentará; mas si tú quieres,
Yo tengo mejor músico.

PADRE.

Y ¿adónde?

LUCINDA.

En el jardín de casa, en ese huerto;
Mas no puedo gozarle cuando quiero,
Y ansí, mi señor padre, te suplico,
Pues ese cuarto está desocupado
Que tiene en el jardín los dos balcones,
Permitas que en él tenga mi aposento,
Porque viene ese músico de noche,
Quiero decir, cuando se rompe el alba,
Y oirle me dará salud y vida.

PADRE.

¿Qué músico, qué dices?

LUCINDA.

Padre mío,
Un ruiseñor que viene cada noche,
Y puesto en los naranjos, alentado
Del blanco azahar, con dulce melodía
Me cuenta los amores de su dama.

PADRE.

Hija, estarás muy lejos de mi cama
Y no es razón para el estado tuyo.
Si quieres ruiseñores, veinte jaulas
Te haré traer, que tu aposento cerquen.

LUCINDA.

Señor, la fruta que á la mesa viene
No agrada tanto como entre sus ramas,
Y así, mi ruiseñor sobre estos árboles
Me agrada más cantando, cuando quiere,
Que no forzado en cárceles de jaulas.
Si este bien no me haces.....

PADRE.

Cese el llanto,

Espejo destos ojos, no te enojes;
Pero duerma contigo Dorotea,
Porque no diga acaso el desposado
Que ha sido libertad que duermas sola.

LUCINDA.

Quiero echarme á tus pies.

PADRE.

Ten alegría,
Y ven á ver dos joyas y una tela
Que te he comprado.

Vase.

LUCINDA.

Vamos, señor mío.

DOROTEA.

¿Qué has de hacer?

LUCINDA.

Escribirle que me vea.

DOROTEA.

Notable industria el aposento ha sido,
Y el ruiseñor.

LUCINDA.

¡Ay, ruiseñor querido!

Vanse.

Salen D. Félix, Riselo y Pedro.

RISELO.

Cuéntase ya por casado.

PEDRO.

¡Buen desamartelo ha sido!

FÉLIX.

Mi peligro conocido,
Antes ha sido acertado.

PEDRO.

Sin perder la libertad,
¿Desamarás á Lucrecia?

RISELO.

¡Oh, lo que Pedro se precia
De su ingenio y voluntad!

PEDRO.

Todas las que libremente
Un hombre pueden amar,
¿Le han de obligar á pensar
Lo que de Lucrecia siente?

RISELO.

Yo, Pedro, sé que el querer
Está muy asido al dar;
Si amor se ha de conservar,
Con el dar habrá de ser.
Las conservas, ¿á qué efeto
Se hicieron?

PEDRO.

Para que dure
Una fruta y se asegure
De perder.

RISELO.

Oye el conceto:
Amor en verde se daña,
Y con el dar se conserva,
Sirviendo de contrahierba,
Como el membrillo á la araña;
Aunque puedo asegurarte
Que en mi vida dí un real
Á mujer por bien ni mal,
Y lo demás es cansarte.

PEDRO.

Pues yo espero ver tus bríos
Debajo de algunos pies,
Y por muy lindo interés.

RISELO.

No serán entonces míos.

Sale un criado.

CRIADO.

¿Está aquí Riselo?

RISELO.

Sí.

CRIADO.

Mi señora, agradecida
Á la salud recibida,
Después del cielo, de ti,
En esta caja te envía
Una joya.

RISELO.

Es gran señora.

CRIADO.

Esto me dijo, y que agora
Toda su salud confía
De la industria de tus manos;
Que la avises y la escribas
Aquel salmo, ansí recibas
De los cielos soberanos
El debido galardón.

RISELO.

Yo lo haré, Leoncio, luego,
Y que recibas te ruego
Tan corta satisfacción.

CRIADO.

No lo tengo de tomar.

RISELO.

Haslo de tomar ¡por Dios!
Ó reñiremos los dos.

CRIADO.

Esto me puede obligar.
Adiós.

RISELO.

El cielo te guarde.

FÉLIX.

¿Qué le diste?

RISELO.

Dos doblones,
Porque en tales ocasiones
No soy, don Félix, cobarde.

PEDRO.

Pues ¿no dices que no das?

RISELO.

Pedro, por amigos, sí.

PEDRO.

Mira lo que viene ahí.

RISELO.

La caja siento y no más.

PEDRO.

¿No hay peso?

RISELO.

No.

PEDRO.

Pues desata

Esa cinta con que viene.

RISELO.

Dentro un papel solo tiene.

PEDRO.

Tus intenciones retrata.

¡Lindo gatazo te ha dado!

RISELO.

Esta joya es para ti;
Si el porte fué para mí,
Mi amor le tiene cobrado.

FÉLIX.

Eso no.

RISELO.

¿Cómo?

FÉLIX.

Por él

Te darán hoy cien escudos.

RISELO.

Hablen en tu loor los mudos.

FÉLIX.

Quiero ver qué dice en él.

Lee:

«Á mi celoso padre he engañado diciendo que anda un ruiseñor en el jardín. Hame dado el cuarto que sale á la pared del jardín; si por ella puedes entrar, podremos hablar toda la noche seguros. Cierta amiga te pide traigas contigo á Riselo, por quien está perdida.»

FÉLIX.

Esto es hecho (1).

RISELO.

¿Dama me pide á mí que á verla vaya?

FÉLIX.

Dama te pide á ti que á verla vayas.

RISELO.

Y ¿no dice en qué forma?

FÉLIX.

Aquesto escribe.

RISELO.

Si como ruiseñor te manda que entres,
¿Qué pájaro seré?

FÉLIX.

Paloma ó cisne.

RISELO.

Bien dices; por lo blanco viene al propio.

PEDRO.

De mi consejo, escoge cuervo ó grajo.

(1) Verso incompleto.

RISELO.

No os pido yo consejo á vos.

FÉLIX.

Advierte

Que se acerca la noche.

RISELO.

Pues ¿qué haremos?

FÉLIX.

Vaya Perico á casa de don Álvaro,
Y pídale su jaco.

RISELO.

¿Armarte quieres?

FÉLIX.

Es hombre de valor el Veinticuatro,
Y puede ser, si el ruiseñor le enoja,
Que le quiera coger dentro del nido.
Armémonos muy bien.

PEDRO.

¿Diré otra cosa?

FÉLIX.

Sólo le pido el jaco.

PEDRO.

Yo voy.

FÉLIX.

Parte.

Desprende, venturosa noche mía,
De los azules hombros de los cielos
El negro manto, de diamantes lleno,
Para que el ruiseñor más venturoso
Que desde su tragedia tuvo amores,
Entrando en su jardín, cante á Lucinda,
Y entre los dos un nido fabriquemos
Que conserve este amor por largos años.

RISELO.

Desprende, noche, el manto de tres suelas
De los hombros del miedo y del silencio,
Con que sueles cubrir tantos engaños;
Agüe su vino el tabernero entonces;
Pique un rocín el pastelero en sótano;
Hable la doncelluela mientras duerme
El descuidado padre, y la casada
Sin temor del vecino maldiciente;
Hurte el ladrón; el delincuente ronde,
Para que yo, en figura de galápago,
Goce de una mujer de tan mal gusto,
Que le tuvo de verme y de quererme.
Despierta, noche, en tanto que el sol duerme.

Sale Pedro en hábito de mujer.

PEDRO.

¡Ce, caballero!

RISELO.

¿Quién llama?

PEDRO.

Una mujer.

RISELO.

¿Mujer?

PEDRO.

Sí.

RISELO.

Dice que me llama á mí.

FÉLIX.
¡Gentil talle!
RISELO.
¿Hermosa dama?
Pues voy á vella. ¿En qué puedo
Serviros?
PEDRO.
El ir conmigo
Es gran merced.
RISELO.
Soy amigo
De asegurarme del miedo.
¿Vuesa merced es casada?
PEDRO.
No, mi bien.
RISELO.
¿Mi bien?
PEDRO.
Sí, á fe.
RISELO.
¿Y libre?
PEDRO.
Libre seré
Mientras soy de vos comprada;
Que después seré cautiva
De ese despejo y donaire.
RISELO.
¡Lindo pico, mejor aire!
PEDRO.
Mil años el vuestro viva,
Para que le hagáis merced
Á esta vuestra servidora.
RISELO.
Vuesa merced, ¿dónde mora?
PEDRO.
Vida mía, á la Merced.
RISELO.
¿Harámela si allá voy?
PEDRO.
¡Bueno es eso! Estoy perdida.
RISELO.
¿Por su vida?
PEDRO.
Por mi vida.
RISELO.
¡Ea!
PEDRO.
¡Ay, Dios!
RISELO.
Tentado estoy.....
¿Hay gigante en vuestra puerta?
¿Guarda perro vuestro umbral?
PEDRO.
No tengo quien me haga mal,
Sólo un reloj me concierta.
RISELO.
Y ¿cuál es?
PEDRO.
El de mi gusto.
RISELO.
¿Vais derecha á casa?
PEDRO.
No,
Que hoy cierto joyero dió
Á mis criadas disgusto,
Y voy á darle cien reales.
¿Tenéislos, acaso, ahí?
RISELO.
¿Cien reales?
PEDRO.
Mi señor, sí.
RISELO.
Y diga, ¿han de ser cabales?
¡Lleve el diablo la mujer
Y quien acá la envió!
¿Cómo le diré de no?
Pero ya no puede ser;
Que por los ojuelos muero.
Don Félix.....
FÉLIX.
¿Qué hay? ¿Qué tenemos?
RISELO.
Todos aquellos extremos
De quererte y no te quiero,
Pararon.....
FÉLIX.
¿En qué?
RISELO.
En cien reales.
¿Tiéneslos?
FÉLIX.
Este rubí.
RISELO.
Muestra.
FÉLIX.
Toma.
PEDRO.
No entendí
Que aqueste matazorzales
Cayera con poca liga;
Dél me tengo de vengar.
RISELO.
Una prenda os quiero dar,
Tanto ese buen talle obliga.
PEDRO.
Pues seguidme.
RISELO.
Aquí esperad,
Porque luego vuelvo.
FÉLIX.
Advierte
Que es esta ocasión muy fuerte.
RISELO.
¿Voyme yo de la ciudad?.
FÉLIX.
Mira que te aguardo en casa.

Vase.

RISELO.
¿Dónde es la vuestra?
PEDRO.
Aquí vivo:

Y pues tal merced recibo,
Entraré á ver lo que pasa,
Y si no hay gente que os vea,
En mi aposento entraréis.

Vase Pedro.

RISELO.
Digo que merced me hacéis.
Si no es más que necia sea,
Un ángel será á la cuenta.
¡Notable lance! ¡Gran cosa!
Ella es principal y hermosa,
Aunque perdiz con pimienta.
Cogióme por cortesía;
Aunque una mujer gozada,
Siempre es ella la burlada:
Á su luz se acerca el día.
Don Félix, con ansias tales.
Me dará culpa de todo.

Sale Pedro, de hombre.

PEDRO.
Yo lo diré dese modo.
RISELO.
¿Es Pedro?
PEDRO.
Sí.
RISELO.
¿De aquí sales?
PEDRO.
Vine por el jaco.
RISELO.
¿Aquí?
PEDRO.
Aquí.
RISELO.
Pues ¿esta es la casa
De don Álvaro?
PEDRO.
Así pasa.
RISELO.
¿Del recién casado?
PEDRO.
Sí.
RISELO.
¿Tiene vecindad?
PEDRO.
Ninguna.
RISELO.
¿Entró aquí una mujer?
PEDRO.
No.
RISELO.
¡Gentil gatazo me dió!
PEDRO.
Mas qué, ¿te ha engañado alguna?
RISELO.
¿Hay puerta falsa?
PEDRO.
No sé.
RISELO.
Tras ella voy.

Vase.

PEDRO.
No podrás
Hallarla por donde vas,
Porque está aquí la que fué.
Mas no es esta la ocasión
En que he de desengañarle;
Quiero este jaco llevarle
Al dueño de mi afición;
Que pues ya no puede ser
Que ya por suya me nombre,
Seré amigo mientras hombre,
Pues mujer, no fuí mujer.

Vase.

Salen Lucinda y Dorotea.

DOROTEA.
No hay tormento como amor.
LUCINDA.
Para quien le tiene ausente.
DOROTEA.
Murmura con esta fuente.
LUCINDA.
Mucho tarda el ruiseñor.
DOROTEA.
No tarda si ha de venir
Cuando todos se recojan.
LUCINDA.
Celos del viento me enojan.
DOROTEA.
Del sol se pueden pedir.
LUCINDA.
¡Ay, Dios, si en aquestas ramas
Con las alas del amor
Se sentara el ruiseñor!
DOROTEA.
Si con suspiros le llamas,
No dudes de que es reclamo
Que le traerá presto aquí.
LUCINDA.
¿Suena alguna gente?
DOROTEA.
Sí.
LUCINDA.
Si fuese el ave que amo
Venturosa cazadora,
Que no á silbos, á suspiros,
Que amor no prende con tiros,
Trajese á mi ausente agora.
Muévense aquellos jazmines.
DOROTEA.
¿Saltaron?
LUCINDA.
Rüido siento.
DOROTEA.
Mas ¿si nos engaña el viento?

Que el eco engaña en los fines.

LUCINDA.

¡Ay, Dorotea, hombres son!

Salen D. Félix y Riselo.

FÉLIX.

No tengas miedo, mi bien;
Que no son hombres.

LUCINDA.

Pues ¿quién?

FÉLIX.

Pájaros.

LUCINDA.

¿Seréis falcón?
¿Vendréis por él á cazar
Esta perdiz encogida?

FÉLIX.

Yo fuí el rendido, mi vida,
Y vos quien me ha de matar;
Soy pequeño ruiseñor
Que al reclamo desos ojos
Os vengo á dar los despojos
De un cautivo servidor.
Vos, imagen soberana,
No me matéis, porque vengo
Con la dulce voz que tengo
Á cantar por la mañana.

DOROTEA.

Y vos, ¿sois pájaro?

RISELO.

Sí;
Y de pluma tan pesada,
Que he dado una pajarada
De las más lindas que vi;
Que bajando esos jazmines
Puse tan en vago el pie,
Que ya menester habré
Ó colchones ó cojines.

DOROTEA.

Pájaro sois y pesado.

RISELO.

Soy pajarote embutido,
Que á ser el tronco he venido
De un ruiseñor trasnochado.

DOROTEA.

¿Qué nombre tenéis?

RISELO.

Soy buho,
Aunque por lo negro, urraco.

DOROTEA.

¿Qué canto tenéis?

RISELO.

Bellaco,
Pues á tales horas rúo.

DOROTEA.

Si yo os quisiese tener,
¿Dejaréisos enjaular?

RISELO.

Como vos me sepáis dar
De comer y de beber.

FÉLIX.

Lucinda del alma mía,
Si soy vuestro ruiseñor
Y he de cantaros mi amor
Antes que amanezca el día,
Advertid que he de comer
Picado ese corazón,
De la amorosa pasión
Con que me habéis de querer.

LUCINDA.

Don Félix de aquestos ojos,
Si en mi corazón estáis,
Vos veréis si le sacáis
Para ser vuestros despojos;
Que os aseguro, mi bien,
Del corazón que os adora,
Que si no os sustenta agora,
Os daré el alma también.

RISELO.

Y vos, ¿qué me habéis de dar
Para tenerme presente?

DOROTEA.

Si sois buho, solamente
Noche en que podáis mirar.

FÉLIX.

¿Cuál es el cuarto en que estáis,
Lucinda bella?

LUCINDA.

El de enfrente.

FÉLIX.

Velle quiero solamente
Si vos licencia me dais.

DOROTEA.

Mejor hablaréis allí;
Don Félix dice muy bien.

RISELO.

¿Iremos los dos también
Porque haya testigo?

DOROTEA.

Sí.

FÉLIX.

¿Sois de don Juan?

LUCINDA.

No.

FÉLIX.

Pues ¿cuya?

LUCINDA.

Vuestra.

FÉLIX.

Dadme aquesa mano:
Decir y vuestra es en vano.

LUCINDA.

Pues ¿cómo he de decir?

FÉLIX.

Tuya.

LUCINDA.

Tuya soy.

FÉLIX.

¡Oh, gran Señor!

Vanse Félix y Lucinda.

RISELO.
Y ella, ¿cuya es?
DOROTEA.
Soy vuestra.
RISELO.
Dadme esa mano por muestra.
DOROTEA.
Doyla por muestra de amor,
RISELO.
No digáis vuestra.
DOROTEA.
Pues ¿cómo?
RISELO.
Tuya.
DOROTEA.
Tuya soy, mi bien.
RISELO.
¡Oh gran favor, oh gran bien!
Pues yo, señora, la tomo
Con mis manos atezadas
Para que más resplandezca,
Y porque entre ellas parezca
Mantequilla entre tostadas.

ACTO TERCERO.

Salen Fabio y el padre.

FABIO.
¿Que tan único remedio
Ha sido aquel del jardín?
PADRE.
Estando la muerte en medio,
Fabio, de uno y otro fin,
Halló mi ventura el medio.
FABIO.
Huélgome que hayáis tenido
Tan buena dicha, señor,
Puesto que el no haber sabido
De mi hija, mi dolor
Aumenta.
PADRE.
Desdicha ha sido.
Pero presunciones tengo
De más bien.
FABIO.
¡Ah, tiempo vario!

Salen Lucinda y Dorotea.

DOROTEA.
¿Vendrás triste?
LUCINDA.
Alegre vengo;
Mas fingir es necesario
Mientras la boda entretengo.
DOROTEA.
Don Félix, prima, ¿en efeto
Te agrada?
LUCINDA.
Es hombre discreto;
Si lejos me enamoró,
Cerca, prima, me abrasó.
DOROTEA.
¿Qué pasastes en secreto?
LUCINDA.
Anduvo tan cortesano,
Tan tierno, tan amoroso,
Que aun para tocar mi mano
Se mostraba temeroso,
Con estilo humilde y llano.
No se puede encarecer
Tan discreta cortesía,
Tal dulzura en responder,
Tan alta estimación mía,
Ni tan alto proceder.
DOROTEA.
Eso mismo era Riselo.
LUCINDA.
¿Por tu vida?
DOROTEA.
No ha criado
Un hombre tan libre el cielo:
Dióme notable cuidado,
Vime en terrible recelo;
No he visto tal libertad,
Tales burlas, tal despejo.
LUCINDA.
¡Con qué amorosa humildad
Me llamó su luz, su espejo,
Su vida, gusto y verdad!
DOROTEA.
¡Con qué extraña picardía
«Mi picaña», me decía,
Mil bernardinas me echaba,
Sol de su sombra llamaba,
De su obscura noche el día!
Yo te juro que me vi
En gran peligro.
LUCINDA.
Aquí está
Mi padre.
PADRE.
¿Hablaréla?
FABIO.
Sí.
PADRE.
¿Cómo, Lucinda, te va?
LUCINDA.
Mejor, señor.
PADRE.
¿Cómo ansí?
LUCINDA.
Estoy con tanta alegría,
Que aumentas la vida mía

En hacerme este favor.

PADRE.

¿Vino á casa el ruiseñor?

LUCINDA.

Vino, y fuése en viendo el día.

PADRE.

¿Cantó?

LUCINDA.

Cantó de manera,
Que el alma me suspendió.
Nunca en su tragedia fiera,
La que Teseo contó,
Tan dulce lengua tuviera.
Parece que me decía:
«Lucinda, ten alegría,
Que habrá en tus cosas mudanza;
Espera, que el fin alcanza
Quien esperando porfía.
Aquí estoy yo para darte
Todas las noches placer,
Y mis deseos contarte.»

FABIO.

Luego ¿te das á entender
Que el ruiseñor puede hablarte?

LUCINDA.

Fabio, si le entiendo yo,
¿No es lo mismo que si hablase?

FABIO.

Ved la locura en que dió.

PADRE.

En que un pájaro cantase,
Todo su remedio halló.

FABIO.

Mirad, la melancolía
Es principio de locura.

PADRE.

Tenga Lucinda alegría,
Que es, Fabio, lo que procura
La sola esperanza mía,
Y diga que un buey habló,

FABIO.

Y tú, Dorotea, ¿tienes
Algún pájaro?

DOROTEA.

Pues ¡no!

FABIO.

Qué, ¿también alegre vienes
De que esta noche cantó?

DOROTEA.

Un buho, Fabio, ó corneja
Me contaba una conseja
De una mujer que engañaba
Á dos viejos, cuando hablaba
Á su amor por una reja;
Mas con proceder afable,
Que de temor me escondí.

FABIO.

Es pájaro lamentable,
Y anda de noche.

DOROTEA.

Es ansí;
De noche quiere que hable.

PADRE.

En fin, Lucinda, ¿tú hallaste
Tu remedio en el jardín?

LUCINDA.

Haz cuenta, señor, que hallaste
Por la pared del jazmín
De mis tristezas contraste.
Pero advierte que me espantan
Criados el ruiseñor,
Que á madrugar se adelantan,
Y hasta saber si hay rumor
De ninguna suerte cantan.
Manda, señor, que temprano
Se recojan, que en sintiendo
Gente, es esperalle en vano.

PADRE.

Llama, Dorotea, esa gente.

DOROTEA.

Aquí vienen Feliciano,
Leonicio, Aurelio y Gerardo.

PADRE.

¡Hola!

LEONICIO.

Señor.....

PADRE.

Ya sabéis
Como solamente aguardo
Vida de Lucinda, y veis
Al desposado gallardo.
Todos esperan el día
De su salud y alegría;
Mil remedios he buscado,
Y sólo el cielo le ha dado,
Que sólo el cielo podía.
Éste envía un ruiseñor,
Amigos, á mi jardín,
Que sobre la blanca flor
De la pared del jazmín
Canta á Lucinda su amor.
Éste quita la tristeza
De su corazón de modo,
Que hoy tiene aquella belleza,
De suerte que estriba todo
En conservar su cabeza.
Nadie tire, nadie cante,
Nadie en casa se levante
Hasta que las nueve den,
Hable recio, ni con quien
Este ruiseñor espante.
Apenas por los dorados
Cercos del ocaso el sol
Vaya á los indios cansados,
Por nuestro mar español,
Cuando ya estéis acostados.
No haya hombre que se mueva,
Ni ver el jardín se atreva,
Ni pise recio, ni escupa
Mientras sus plantas ocupa,
Ni entre sus flores se ceba.

¿Haréislo ansí?

GERARDO.

Sí, señor.

PADRE.

Pues vamos, Lucinda mía,
Muéstrame el árbol ó flor
Donde te causa alegía
Este galán ruiseñor.

LUCINDA.

Ven y verás mi aposento,
Y venga Fabio también.

PADRE.

Fabio ya tiene contento;
El cielo bendiga, amén,
Deste bien el instrumento.
Echad todos bendiciones
Al pajarillo galán,
Á su pico y sus canciones.

FFLICIANO.

Todos, señor, se las dan.

PADRE.

Y tú, pues letrillas pones,
Haz una del ruiseñor,
Que dé á Lucinda alegría.

MÚSICO.

Yo la pediré, señor,
Á un hombre cuya poesía
Le ha enseñado el mismo amor,
Y la pondré en la guitarra.

PADRE.

Hija, ponte muy bizarra;
Que estimo más tu alegría
Que si me entrara este día
De oro un millón por la barra.

LUCINDA.

Hácesme en todo favor.

Vanse.

LEONICIO.

¡Hola!

GERARDO.

¿Qué hay?

LEONICIO.

Hablad quedito,
Sin género de rumor,
Pisad con tiento, pasito,
No espantéis el ruiseñor.

Vanse.

Salen Adrián y un criado.

ADRIÁN.

No llames hasta saber
Si está en casa el Veinticuatro.
¡Oh Sevilla! ¡Oh gran teatro
Adonde se suelen ver
Espectáculos del mundo
Dentro en tu mismo hemisferio,
Cual los vió Roma en su imperio,
Ya en tierra, ya en mar profundo!

CRIADO.

Si en otra casa llamaras
Que de tu padre no fuera,
No me espantara si viera
El temor en que reparas;
Pero de quien ser te ha dado,
¿Qué tienes tú que temer?

ADRIÁN.

Que alguno me acierte á ver
Que me diere algún cuidado (1).
Ya sabes que vengo huyendo
Por la ausencia de Lisarda,
Y así, el temor me acobarda,
Y recatarme pretendo.

CRIADO.

¿Qué miras?

ADRIÁN.

Que vive aquí,
En esta casa adornada
De aqueste escudo y celada,
Un don Félix, de quien fuí
En tiernos años amado;
Quiérole hablar.

CRIADO.

Llega, pues.
¿Es éste?

ADRIÁN.

El mismo que ves.

CRIADO.

¿Qué temes?

ADRIÁN.

Aquel criado.

CRIADO.

Pues retírate hasta ver
Si se aparta.

ADRIÁN.

Que me place;
Tu gusto me satisface
Hasta ver qué puede ser;
Que éste es mi amigo querido,
Y he de hablalle.

Salen Pedro, D. Félix y Riselo.

PEDRO.

¡Qué gran cuenta
Ha menester cuando mienta
Quien huye de haber mentido!
¿No decías que no dabas,
Y era tu mayor blasón?

RISELO.

De prendas que bajas son
Hablaba yo.

PEDRO.

¿Deso hablabas?

RISELO.

Deso hablaba.

PEDRO.

Y ¿no darás,
Aunque amor tan alto sea,
Un regalo á Dorotea?

(1) *Que me dé alguno cuidado*, en la Parte 17.ª

RISELO.
No dí regalos jamás.
PEDRO.
¿Ni dineros?
RISELO.
Ni dineros.
PEDRO.
¿Ni joyas?
RISELO.
Ni joyas.
PEDRO.
Mira
Que he de cogerte en mentira.
RISELO.
Hazme, por tu vida, fieros.
PEDRO.
¿No te dije yo que había
De engañarte el parecer
De aquella falsa mujer?
RISELO.
Y ¿engañóme?
PEDRO.
El mismo día.
FÉLIX.
Oye, Pedro, ¿luego ha sido
Lo de aquella dama engaño?
PEDRO.
Y el enredo más extraño
Que habrás en tu vida oído.
FÉLIX.
Pues ¿cómo?
PEDRO.
Habrás de saber
Que soy en este lugar,
Sin ser fanfarrón del dar,
Galán de cierta mujer.
Que la dé ó que no la dé,
Yo sé que sólo repara
En no sé qué de la cara
Y brío de pierna y pie.
Fuera de que, Dios loado,
Me enseñó en Indias Carranza,
Por cual ángulo se alcanza
Más ó menos pecho ó lado.
Y con esto, antes de ayer
Dí la temeraria á un bravo,
Con que dicen que está al cabo,
Y adórame la mujer.
Roguéla que se pusiese
Anoche un manto y llegase
Á Riselo, y le obligase
Á que dineros la diese.
Y súpolo hacer de modo,
Que aqueste rubí la dió,
Que á ti entonces te pidió;
Buen testigo eres de todo.
Llevóle más moscatel
Que está un recién heredado,
Dándole manto de un lado,
Y por el otro un cairel.
Á la casa al fin llegó
De don Álvaro tu amigo,
Y en el umbral del postigo
Al mentecato dejó;
Donde, dando de ti cuenta
Á un amigo su criado,
Se escapó, y dejó picado,
Sin perdiz y con pimienta.
¿Ves cómo el que sabe más
En materia de mujer
Es una bestia?
RISELO.
Sin ver,
No daré un cuarto jamás.
¡Oh falsa mercaduría,
Siempre engañosa en la muestra!
Y, Pedro, ¿en la escuela vuestra
Quiere aprender picardía?
Dadme ¡por Dios! el rubí,
Volveréselo á su dueño;
Que mi palabra os empeño
De decir que bestia fuí.
Y aunque es distinto vocablo,
Diré, pues que tú lo quieres,
Que muchachos y mujeres
Pueden engañar al diablo.
PEDRO.
Tome, y ríndase.
RISELO.
Sí haré.
FÉLIX.
¡Ah, Riselo, tú rendido!
RISELO.
No es posible que hombre ha sido
Quien de mujer no lo fué.
ADRIÁN.
¿Llegaré?
CRIADO.
No se ha de ir.
Llega, pues.
ADRIÁN.
Gran valor muestro
Si puede un amigo vuestro,
Señor don Félix, pedir
Si merezco vuestros brazos.
FÉLIX.
¿Sois Adrián?
ADRIÁN.
Soy á quien
Un tiempo quisisteis bien;
Dadme, señor, mil abrazos.
PEDRO.
¡Válgame el cielo! ¿Qué veo?
Quiero retirarme aquí;
Adrián es. ¡Ay de mí!
FÉLIX.
Cumplido se ha mi deseo.
¿En Indias habéis estado?
ADRIÁN.
Y me desembarco agora.
FÉLIX.
Y aquí vuestro padre mora.

Á buen tiempo habéis llegado,
Que vuestra hermana se casa.

ADRIÁN.

¿Con quién? por si acierta ó yerra.

FÉLIX.

Con don Juan de Salvatierra.

ADRIÁN.

Y ¿está ya dentro de casa?

FÉLIX.

No, que sólo está tratado.

ADRIÁN.

¿Vamos allá?

FÉLIX.

Que me place.
Ir con vos me satisface;
Que el parabién no le he dado
Al Veinticuatro, y querría
Parecer cortés vecino.

ADRIÁN.

Aunque el fin de mi camino,
Después de la patria mía,
Es ver mi madre y mi padre,
No los puedo ver ni hablar.

FÉLIX.

¿Por qué?

ADRIÁN.

Hay mucho que contar;
No hay camino que me cuadre,
Y habéisme de hacer merced
De ver á mi padre luego.

FÉLIX.

Al punto voy.

ADRIÁN.

Yo os lo ruego;
Pues con brevedad volved.

FÉLIX.

Pues en mi casa podéis
Aguardarme.

ADRIÁN.

Que me place:
Mucha merced se me hace.

FÉLIX.

Mejor, amistad diréis.
Vaya Riselo con vos
Porque os entretenga un rato.

ADRIÁN.

No seré en mi vida ingrato
Á este bien.

FÉLIX.

Adiós.

ADRIÁN.

Adiós.

PEDRO.

¡Riselo, Riselo!

RISELO.

Voy
Á acomodar un cuñado.

Vanse Adrián y Riselo.

FÉLIX.

Pedro.....

PEDRO.

Señor.....

FÉLIX.

¿Qué has pensado
Del laberinto en que estoy?
Á dar voy el parabién
Á Lucinda, de don Juan,
Y presto me le darán
De Lucinda á mí tambien.
¡Oh, qué noche y qué ventura!
¡Oh Pedro, qué discreción!

PEDRO.

Tus propios méritos son
Causa de mi desventura.
Mas ¡ay de mí! que no puedo
Alegrarme de tu bien,
Aunque tus bienes me den
Más esperanza que miedo.

FÉLIX.

Pues Pedro, ¿por qué razón?

PEDRO.

Ya es razón decir por qué;
Oye un rato, y te diré
Mi desdicha y la ocasión:
En esta ciudad insigne,
Puerta de las Indias ricas,
Por donde se pone el sol
Para dar paso á las Indias;
En esta máquina bella,
Que á su rey Felipe envía
Más rayos á su corona
Que mil ciudades y villas,
Nací de Fabio y Lisandra;
Fabio, que tener solía
Gruesa hacienda, mas por eso
Al mar un peso le pintan,
Pero no tiene fiel,
Porque con igual justicia,
Con bonanza á unos levanta,
Con tormenta á otros derriba.
Pasaba Antonio, su hermano,
Á Méjico, en que vivía
Triste y sin hijos, don Félix,
Triste y descontenta vida.
Ofrecióme de casarme
Con un hidalgo que en Lima
Tenía un millón de hacienda,
Con más codicia que Midas.
Agradóles el tesoro,
Y en mi verde edad florida
Me dieron por un millón
Para un millón de desdichas;
Que, en efeto, soy mujer,
Y no el Pedro que imaginas;
Lisarda es mi nombre propio.

FÉLIX.

¿Trazas alguna mentira?
¿Quiéresme, Pedro, engañar?
¿Quieres que de mí se ría

Riselo?

PEDRO.

¡Pluguiera á Dios!
Oye, escucha, no me impidas.....

FÉLIX.

Pedro, quien suele mentir,
Á una desgracia se obliga,
Que cuando diga verdad
Se la tengan por mentira.
¿Eres mujer?

PEDRO.

Mujer soy.

FÉLIX.

Y qué, ¿de Fabio eres hija?

PEDRO.

Hija, señor, soy de Fabio.

FÉLIX.

Ya lo creo, pues lo afirmas.

PEDRO.

Seis años estuve en Méjico
Tan regalada y servida,
Que á porfía, para mí,
Nació la plata en sus minas.
En varias conchas de nácar,
Sus perlas blancas y lisas
Criaba el Sur para adorno
De mis ropas y basquiñas.
Del cabo de Paraguay
Á la sierra de Capira,
No vino tela de España
Que no me fuese ofrecida.
Creció mi dicha y mi edad,
Mas acabóse mi dicha;
¡Así la edad se acabara!
Pero siempre el bien declina.
Vino el rico mercader
De los famosos de Lima,
Á dar agrio al dulce pecho
En que yo entonces vivía.
Y al mismo también de España
Vino Adrián de Sevilla,
Ese que en tu casa queda,
Ese hermano de Lucinda.
Que aunque yo no supe allí
Los padres que aquí tenía,
Por lo que he visto, lo entiendo.
Ya no sé cómo prosiga.

FÉLIX.

¡Di, por Dios! ¿Qué estás suspensa?

PEDRO.

Vino, y vióme un día en misa,
Donde aquel hidalgo estaba,
Como más de asiento, en silla.
Bien supo su pretensión,
Bien supo á lo que venía,
Pero fióse en su talle,
Que en tierna edad mucho inclina.
Servíame Filiberto
Dentro de mi casa misma;
Adrián sólo en la calle,
Los dos al igual porfían,
Aunque el que en mi casa estaba
Lejos del alma vivía,
Y el de la calle tan cerca,
Que se me entró por la vista.
No me osaba declarar;
Mas la fortuna enemiga,
Quiso que entrando en la iglesia
La mañana del Bautista,
Con galas de desposada,
Con esposas de cautiva,
Aunque con ojos de ajena,
Que adonde los llaman miran,
Llegué á la puerta, caí,
Y los dos, que juntos iban,
Fueron á darme la mano.
Negué la mano al de Lima,
Y aconsejada de amor,
La dí alegre al de Sevilla,
Por levantarme con él,
Ganando el estar perdida.
Fuí á la pila desde allí,
Y al tomar agua bendita,
Un guante se me cayó,
Don Félix, junto á la pila.
Fuéronle los dos á alzar,
Y por asirle de prisa,
Uno al otro, descompuestos,
Se traban y se desvían.
«Sois un necio, Filiberto,
Dijo Adrián, pues es mía
Esta prenda, y soy su dueño.»
Pero él respondió: «Es mentira.»
Pero Filiberto entonces,
Sobre la color perdida,
Porque la tuviese el rostro,
Le tiró el guante con ira.
Sacó la espada Adrián;
Que cuando el guante se tira,
Diz que es bofetón con vaina,
Y mentís con presa y pinta.
Sin respeto del lugar,
Al fin los dos se acuchillan,
Pero el diestro sevillano
Le dió tres ó cuatro heridas.
Luego me culparon todos,
Luego trató la justicia
De prenderme como á reo,
Mientras el caso averigua.
Oí decir que Adrián
En los galeones iba;
Tomé el vestido que viste,
Y vuelvo á la patria antigua.
Pero no le hallé en Sanlúcar,
Y ansí, por la blanca orilla
Del Betis, llegué una tarde
Donde no hay más que te diga,
Pues tú sabes lo demás,
Y que el ser mujer te obliga
Á procurar mi remedio,
Ansí goces de Lucinda.

FÉLIX.
Por los dos arcos, Lisarda,
De las cejas, con que tira
Flechas de sus bellos ojos,
Cuya luz el sol envidia;
Por la garganta de nieve,
De azules venas partida,
Que imitando un blanco mapa,
Pone los cielos en cifra;
Por la mano que me dió,
Te doy, Lisarda, la mía
De procurar tu remedio,
Aunque aventure la vida.
Vamos los dos á su casa;
Que á pesar de su desdicha,
Tuyo ha de ser Adrián,
Y mía ha de ser Lucinda.

PEDRO.
Echarme quiero.....

FÉLIX.
Detente.

PEDRO.
Los altos cielos permitan
El fin de nuestros deseos
Y que largos años vivas.

Vanse.

Salen Fabio, el padre y D. Juan.

FABIO.
Si con esta ocasión de tanta pena
No pierdo los sentidos y la vida,
No es posible que tengo entendimiento.
Vuestro hijo esperaba, como es justo,
Para casar con Celia; mi sobrina
Anticipóse á destruir mi honra.
¡Oh, nunca yo tratara una hora en Indias!

PADRE.
Fabio, no me culpéis, pues está cierto
Que no he tenido culpa en vuestro daño;
Que cuando Filiberto se tardase,
Adrián suplirá este casamiento.

FABIO.
Como eso fuese para dicha mía,
No tengo qué sentir, pues por mi gusto
Nunca la mereciera Filiberto.
Deshaciéndose está Lisarda en lágrimas;
Yo parto á consolarla.

PADRE.
El cielo os guarde,
Y os traiga nuevas de mejor suceso.

FABIO.
Perdiendo voy, de pesadumbre, el seso.

PADRE.
Medrado voy de ventura
En los dos hijos que tengo.

JUAN.
¡Que siempre á mal tiempo vengo!

PADRE.
Vuestra prenda está segura.
Así Lisarda estuviera
Y supiera de Adrián.

JUAN.
Los dos juntos estarán.
¿Qué receláis? ¿Qué os altera?
Remedio aquese mal tiene.

PADRE.
Dalde un medio á ese dolor,
Téngole muy grande amor.
Quedo, que Lucinda viene.

Salen Lucinda y Dorotea.

LUCINDA.
¿Vienen los músicos?

DOROTEA.
Sí (1).
Sentáos, y toma alegría
Para que mañana estés
Tan hermosa, que nos des,
Lucinda, un alegre día;
Que de ninguna manera,
Pues en Sevilla es notorio,
Se dilata el desposorio.

Sale un criado.

CRIADO.
Don Félix está aquí fuera.

PADRE.
¿Qué don Félix?

CRIADO.
El vecino,
Que á ti, y á don Juan también,
Viene á dar el parabién.

JUAN.
Este será buen camino
De hacer nuestras amistades.
Di que entre, si das licencia.

CRIADO.
Ya llega á vuestra presencia.

PADRE.
Hija, en mil dificultades
Nos pone tu dilación;
Toda Sevilla lo sabe.

LUCINDA.
Digo, señor, que se acabe
Cuando os parezca razón.

PADRE.
Pues no pase de mañana.

LUCINDA.
Digo que mañana sea.

JUAN.
¡Ah, mañana, yo te vea! (Aparte.)

LUCINDA.
Será tu esperanza vana.

Salen Félix y Pedro.

FÉLIX.
Mirando la amistad y obligaciones
Que mis padres, señor, con vos tuvieron,

(1) Verso suelto.

Y que como á vecino me tocaba
No ser de los postreros que os visiten,
Y os den el parabién del parentesco,
Á todos tres agora vengo á dalle:
Vos gocéis muchos años vuestro esposo,
Y vos, señor don Juan, de vuestra esposa,
Y el señor Veinticuatro á entrambos goce
Largos, alegres y felices años.

PADRE.

Yo de mi parte, agradecido, digo
Que estimo la merced, favor y honra
Que hacéis en esta casa, á quien nos honra
Vuestros padres, don Félix, que Dios tiene.

JUAN.

Yo, señor, de mi parte os agradezco
El parabién que á todos nos alcanza
Con tal merced, y en tan alegre día,
Y nuestras paces confirmadas queden.

PADRE.

Hija, responde á aqueste caballero,
Mira que es de lo noble de Sevilla;
Convídale, pues es vecino nuestro,
Di que tu desposorio honre mañana.

LUCINDA.

Señor, mi padre me ha mandado os diga
Vengáis cuando sabéis, y ansí os aguardo,
Sin que haya falta, porque importa mucho;
Que sin duda es mañana el desposorio.

FÉLIX.

Vendré á serviros como está tratado,
Y á la hora que fuere conveniente;
Que deseo en extremo vuestro gusto,
Y yo sé que vendré primero que otro,
Que estoy más cerca, como soy vecino;
Mas ruégoos que por mí no cese agora
El entretenimiento comenzado.

PADRE.

Sentaos y cantarán.

FÉLIX.

Ya estoy sentado.

Cantan.

Si os partiéredes al alba,
Quedito, pasito, amor,
No espantéis al ruiseñor.
Si os levantáis de mañana
De los brazos que os desean,
Porque en los brazos no os vean
De alguna envidia liviana,
Pisad con planta de lana,
Quedito, pasito, amor,
No espantéis al ruiseñor.

FÉLIX.

¡Buena letra! ¿Quién la ha hecho?

MÚSICO.

Yo, señor.

FÉLIX.

Pues idme á ver;
Que os quiero hacer un placer.

PADRE.

¿La letra os ha satisfecho?

FÉLIX.

Tiene un no sé qué de nuevo,
Que me pareció muy bien.

PEDRO.

Si tú pretendes por quién.....

DOROTEA.

No te rías.

LUCINDA.

No me atrevo.

FÉLIX.

¿Por quién se ha hecho, señor?

PADRE.

Por Lucinda se ha compuesto.

FÉLIX.

¿Como?

PADRE.

De un mal tan molesto
La cura este ruiseñor,
Que hemos dado en celebralle.

FÉLIX.

¿Un ruiseñor la curó?

PADRE.

Don Juan lo dirá.

JUAN.

Si yo
Supiera en su lengua hablalle,
Notables gracias le diera.

PADRE.

Dióle una tristeza tal,
Que pensé que de su mal
La muerte remedio fuera;
Mas quiso enviarme el cielo
Por la pared del jardín,
Al blanco azahar, al jazmín,
Y al cristal que baña el suelo,
Un amante ruiseñor,
Que con su pico dorado
Las tristezas le ha quitado,
Cantando quejas de amor.
Y porque suele espantarse
De la gente, he yo mandado
Que esté todo hombre acostado
Cuando el sol vaya á acostarse,
Y que por no hacer rumor
Se levanten á las nueve.
La letra lo dice en breve.
Repetilda.

FÉLIX.

Es gran favor.

Cantan.

Si os partiéredes al alba,
Quedito, pasito, amor,
No espantéis al ruiseñor.

FÉLIX.

¡Dichosa el ave que os da,
Señora, tanto contento!

LUCINDA.

Todo el que de oirle siento,
Es pena cuando se va.

FÉLIX.
¿Qué os dicen aquellas quejas?
LUCINDA.
Que hemos de anidar los dos.
FÉLIX.
¡Plegue á Dios!
LUCINDA.
¡Quiéralo Dios!
DOROTEA.
Advierte que al novio dejas.
LUCINDA.
Mi ruiseñor está aquí.
En viéndole, has de creer
Que cualquier ave ha de ser
Murciégalo para mí.
FÉLIX.
¿Que viene, en efecto, á veros
Cada noche? ¡Extraño caso!
LUCINDA.
Y ésta le espero.
DOROTEA.
Hablad paso,
No venga el novio á entenderos.
FÉLIX.
Quiero quitar la ocasión.
Señor, yo tengo que hablaros.
PADRE.
Yo he de serviros.
FÉLIX.
Yo daros
Unas nuevas.
PADRE.
¿De quién son?
FÉLIX.
De vuestro hijo.
PADRE.
Y ¿son buenas?
FÉLIX.
Venid conmigo.
PADRE.
¡Oh, si el cielo
Me diese justo consuelo
De tantas injustas penas!
¿Vendrá conmigo don Juan?
FÉLIX.
También lo puede saber,
Pues vuestro yerno ha de ser.
PADRE.
Merced me hacéis.
DOROTEA.
Ya se van.
LUCINDA.
Paje.....
PEDRO.
Señora.....
LUCINDA.
¿Sois vos,
Pedro, el que don Félix ama?
PEDRO.
Con ese nombre me llama.
LUCINDA.
Dime, así te guarde Dios,
¿En qué se entretiene agora?
PEDRO.
¿En qué se ha de entretener?
En querer cierta mujer
Que por todo extremo adora.
LUCINDA.
¿Que quiere bien?
PEDRO.
Y es querido.
LUCINDA.
¿Goza?
PEDRO.
Pues ¿no lo merece?
LUCINDA.
¿Es bella?
PEDRO.
Á él se lo parece.
LUCINDA.
¿Qué dices?
PEDRO.
Lo que has oído.
LUCINDA.
¿Dónde?
PEDRO.
En su casa.
LUCINDA.
¡Ay de mí!
PEDRO.
No os aflijáis dese modo.
LUCINDA.
¡Traidor don Félix!
PEDRO.
Que todo
Por picaros lo fingí.
Paje soy de sus secretos.
DOROTEA.
Y Riselo, ¿tiene dama?
PEDRO.
Riselo pienso que os ama.
DOROTEA.
¿No es bellaco?
PEDRO.
Á lo discreto.
LUCINDA.
Dile, Pedro, á tu señor
Que esta noche venga á verme,
Mientras esta gente duerme.
PEDRO.
Ya sé que es tu ruiseñor.
Yo le avisaré, aunque sabe
Cuánto será menester.
La noche quiere tender
Su manto pesado y grave;
Voyme, que ya le han hablado
Á tu padre, y vendrá aquí.
DOROTEA.
Dile á Riselo de mí,
Que me tiene con cuidado
Desde anoche que se fué.

PEDRO.
Es hombre de tal humor,
Que haberle obligado amor,
Milagro del cielo fué.
Y no menos ha de ser,
Si es la fortuna conforme,
Cuando Pedro se transforme
En Lisarda y en mujer.

Vanse.

Salen Leonicio, Aurelio y Gerardo.

AURELIO.
Señores, no haya rumor;
Todo hombre se acueste quedo.
LEONICIO.
Tan temprano yo no puedo.
AURELIO.
Mándalo así mi señor.
GERARDO.
¿En qué convento se vive
Con tal silencio?
AURELIO.
No des
Esas voces.
LEONICIO.
Ten los pies.
AURELIO.
¿Sobre qué quieres que estribe?
LEONICIO.
De puntillas has de andar;
Que vendrá ya el ruiseñor
Á dormir sobre la flor
Del jazmín ó del azahar.
GERARDO.
¡Plega á Dios que por bien sea!
Que no sé qué he sospechado
De ver con tanto cuidado
Á Lucinda y Dorotea;
Y espántame mi señor,
Que á tales cosas se rinda.
LEONICIO.
Todo es amor de Lucinda,
Y siempre es ciego el amor.
AURELIO.
Si va á decir la verdad,
Notable melindre ha sido.
GERARDO.
Á fe que haberlo creído,
¿No fué mayor necedad?
AURELIO.
Quedito, no habléis ansí,
No lo escuche el ruiseñor.
GERARDO.
Él no viene sobre flor,
Pues ello es flor para mí.
AURELIO.
¡Ea, váyanse á acostar!
LEONICIO.
Fabio y don Juan no se han ido.
GERARDO.
Si el ruiseñor ha venido,
Por los tres ha de cantar.
LEONICIO.
¡Mentecato desposado
Que creyó melindre igual!
Mas la bestia más leal
Es el hombre enamorado.

Vanse.

Salen Pedro, Riselo y Félix.

FÉLIX.
Pedro, pues entraste acá,
Mira si parece gente.
PEDRO.
Sólo se escucha esta fuente,
Que murmurando estará.
RISELO.
Éste es un gran testimonio
Que levantaron poetas
Á las fuentes.
PEDRO.
No te metas
En cosas de matrimonio,
Sino deja concertado
Que vayan mañana á misa.
FÉLIX.
Ya el mismo deseo le avisa
Que el ruiseñor ha llegado.
RISELO.
Y el cuervo de San Antonio,
Que viene á traerle el pan;
Pero no le faltarán
Tentaciones del demonio.
PEDRO.
¿Dónde dejaste aquel hombre?
FÉLIX.
Á dar una vuelta fué
Por la ciudad.
PEDRO.
¿Si diré
Quién soy, mi suceso y nombre?
FÉLIX.
Cuando llegue la ocasión.

Salen Lucinda y Dorotea.

LUCINDA.
¡Mi bien, ruiseñor del alma!
FÉLIX.
¿Qué mayor vitoria y palma
De un rendido corazón?
DOROTEA.
¡Cuervo mío, el más querido!
RISELO.
¡Arca mía de Noé!
DOROTEA.
¿Sois el cuervo que se fué?
RISELO.
No soy sino el que ha venido,

Pues ya soy vuestros despojos.
¿No me daréis de cenar?

DOROTEA.

No os querría yo criar,
Que me sacaréis los ojos.

LUCINDA.

¿Perico ha venido acá?

PEDRO.

Acá estoy.

FÉLIX.

Mi amor le abona.

PEDRO.

¿No soy yo también persona?
Pues mañana se verá.

RISELO.

Un estudiante decía
Que echaba, por su deleite,
De noche á la gente aceite,
Que mañana se vería;
Ansí pienso que ha de ser,
Y yo el cuero del mañana.

FÉLIX.

Mañana mi muerte es llana;
Lucinda, ¿qué hemos de hacer?

LUCINDA.

Entra, mi bien, á tratar
Cómo me puedes pedir.

RISELO.

Y yo, ¿qué os he de decir?

DOROTEA.

Allá podremos hablar;
Entra y no te dé cuidado.

RISELO.

Si ellos se desposan hoy,
Yo podré decir que soy
La felpa del desposado.

Vanse.

Salen Fabio, el padre, D. Juan y Leonicio.

FABIO.

Estáis á mi contento concertados,
Y tú obligas, don Juan, con tus razones.
Aquí vienen Justino y tus hermanos.

PADRE.

En contingencia de reñir me pones,
Leonicio, cuando tengo tanto gusto.

LEONICIO.

Oye, y sabrás que á lo que vengo es justo.

PADRE.

¿No te tengo mandado que á estas horas
No esté por acostar hombre en mi casa?

LEONICIO.

Puesto que de Lucinda el gusto adoras,
No se excusa decirte lo que pasa.

PADRE.

¿Es mala nueva?

LEONICIO.

Antes el bien mejoras;
Pues cuando mi señora, en fin, se casa,
Adrián, mi señor, viene á la boda.

FABIO.

Antes la volverá en tragedia toda.

PADRE.

¿Por qué? ¿No puede ser que acompañado
De quien sabéis..... ¡Abrid la puerta luego!

LEONICIO.

Yo la abrí luego, y, como ves, ha entrado.

Sale Adrián.

ADRIÁN.

De noche, cual mandaste, á verte llego.
Antes de agora, en fin, ¿le habéis hablado?

PADRE.

Esta tarde le hallé, que no os lo niego:
Hijo, Fabio está aquí.

ADRIÁN.

Señor, yo he sido
Leal á vuestro honor.

FABIO.

¡Pierdo el sentido!
Pues ¿dónde está mi hija?

ADRIÁN.

Señor, queda,
Como sabéis, en casa de su tío.

PADRE.

Pues siendo ansí, no lo será que pueda
Culpar, Fabio, á Adrián tu desvarío.
Mi hijo, en fin, el mayorazgo hereda;
Fuera del dote de Lucinda, es mío
Cuanto es de bienes libres, y se guarda,
Fabio, para dotar vuestra Lisarda.

FABIO.

Según eso, mis brazos quiero daros.

JUAN.

Y daldos á don Juan, cuñado vuestro.

ADRIÁN.

Por Lucinda, señor, quiero abrazaros.

PADRE.

Llamalda luego.

CRIADO.

Voy.

PADRE.

¡Qué gusto muestro!

FABIO.

¡Quién pudiera, Justino, consolaros,
Ya que del parentesco tanto os muestro
Con mi Lisarda ausente!

PADRE.

Si eso fuera,
¿Qué tesoro mayor le enriqueciera?
Mas, pues ha de volver forzosamente
El aviso, podréisle dar aviso
Para que vuelva á tiempo conveniente.

FABIO.

Contadme, hijo, cómo os vió y os quiso.

Sale el criado.

CRIADO.

No sé, señores, cómo diga y cuente

Un caso tan extraño y de improviso:
Turbado y muerto vengo.

PADRE.

¿De qué suerte?

JUAN.

¿Desmayóse Lucinda?

CRIADO.

Escucha, advierte:
Entré en la cuadra, señor,
Donde Lucinda dormía,
Y vi que cogido había
Su querido ruiseñor.

JUAN.

¿Cogido?

CRIADO.

Y está en sus brazos
Durmiendo.

PADRE.

¿Durmiendo, quién?

CRIADO.

El ruiseñor.

JUAN.

¿Él también?

CRIADO.

Y aun hay doblados abrazos.

JUAN.

¿De qué suerte?

CRIADO.

Dorotea
Otro pájaro te asió,
Y á la fe que se durmió,
Con el vino y la jalea,
Porque no hay volver en sí;
Aunque un pajecillo luego
Despertó y me vió.

ADRIÁN.

¡Yo llego
Á buena acasión aquí!
¿Hombre, señor, con mi hermana?

PADRE.

Calla, que es un ruiseñor.

ADRIÁN.

¿Qué más ruin, pues tanto honor
Todo por el suelo allana?

JUAN.

¿Hombres son?

CRIADO.

No, sino el alba.

JUAN.

¡Mueran!

PADRE.

Hijo, ten un poco;
Que no es un hecho tan loco
El que nuestra opinión salva.
¡Ah, mala hija, traidora!
Mas mío ha sido el error,
Pues quise que un ruiseñor
Te hiciese rüin señora.
Fabio, ¿qué me aconsejáis?

FABIO.

Que entréis.

ADRIÁN.

Yo entraré y mi espada.

PADRE.

¡Tente, que no importa nada!

JUAN.

Señores, ¿adónde váis?

Salen D. Félix, Riselo, Lucinda y Dorotea, con las espadas desnudas.

FÉLIX.

¡Quedo, señores! ¿Qué es esto?

PADRE.

¿Cómo qué es esto, traidor?

FÉLIX.

¡Don Félix soy! ¡Don Juan, tente!

JUAN.

¡Don Félix!

FÉLIX.

El mismo soy.

RISELO.

Quedito, pasito, amor,
No espantéis al ruiseñor.

PADRE.

Pues, don Félix, ¿tú en mi casa
Contra mi honor y opinión?

ADRIÁN.

Don Félix, ¿tú con mi hermana?

FÉLIX.

Los dos somos de las dos,
Desde esta noche, maridos.

PADRE.

Hija, ¿qué es esto?

LUCINDA.

Señor,
El ruiseñor me ha engañado,
Y pido á tus pies perdón;
Que bien merezco disculpa.

PADRE.

Dirás que amor.

LUCINDA.

Antes no,
Pues Eva dijo culebra,
Y yo digo ruiseñor.

JUAN.

Adrián, ponte á mi lado,
Y pues somos dos á dos,
Mueran Riselo y don Félix.

RISELO.

Quedito, pasito, amor,
No espantéis al ruiseñor.

PADRE.

¡Hijos!

FABIO.

¡Señores!

ADRIÁN.

No puedo
Hacer menos, aquí estoy;
Ni dejara de vengarme
Desta maldad y traición
Por padre ni por el mundo,
Sino es que Lisarda hoy

Llegara á tenerme el brazo.

Sale Pedro.

PEDRO.

¡Detente!

ADRIÁN.

¿Quién?

PEDRO.

Aquí estoy.

ADRIÁN.

¡Lisarda del alma mía!

FABIO.

Hija, ¿qué es esto?

PEDRO.

Yo soy,
Aunque paje de don Félix.

JUAN.

Yo quedo esta vez al sol.

ADRIÁN.

Más á la luna de Paita.

FABIO.

No os vais ansí.

PADRE.

No es razón.

FABIO.

Con cuarenta mil ducados
Mi sobrina Celia os doy,
Que está con su tía en Gelves.

JUAN.

Ella es buena, y bueno soy.

PADRE.

Pues dense todos los brazos,
Y con amistad y amor
Cenemos en el jardín.

RISELO.

No se espante el ruiseñor.

DOROTEA.

¿No me dais la mano, cuervo?

RISELO.

El pico y el corazón.

LUCINDA.

Dadme, ruiseñor, la mano,
Pues de mi vida lo sois.

RISELO.

Aquí *El Ruiseñor* se acaba:
Si cual debe no cantó,
El señor será el senado,
Y el autor el ruiseñor,
Pues el señor, al que es ruin
Bien puede dalle perdón.

FIN.

NO SON TODOS RUISEÑORES.....

NO SON TODOS RUISENORES.....

COMEDIA FAMOSA

PERSONAS

Don Juan.
Don Fernando.
Lisardo.
Don Pedro.
Don García.
Leonarda.
Marcela.
Músicos.
Valerio.
Máscaras.
Cosme, *jardinero*, *y* Elvira, *su mujer*.

ACTO PRIMERO.

Salen D. Juan y Lisardo.

JUAN.
¡Bella ciudad!
LISARDO.
Puerto y puerta
De Italia á España.
JUAN.
No mira,
En cuantos círculos gira
Desde que el alba despierta,
Más ilustre asiento el sol.
Parece que es Barcelona
La frente de la corona
De todo el orbe español.
LISARDO.
Estos días, por lo menos,
Son de regocijo grande.
JUAN.
No hay quien por las calles ande.
LISARDO.
Están de contento llenos
Los gallardos ciudadanos
Con la Reina, que Dios guarde.
JUAN.
Han querido hacer alarde,
Lisardo, á los castellanos
De su riqueza y valor;
Y como en tiempo han venido
De máscaras, ha lucido
La competencia mejor.
LISARDO.
Cuanto aquí se solemniza
Entre noble y vulgar gente,
Cubre silencio prudente
El Miércoles de Ceniza.
¿Nunca habéis visto escuadrón
De pájaros acostado,
Chillando en olmo acopado,
Y llegar de golpe halcón,
Cesando todo el rüido?
Pues lo mismo habéis de ver,
Porque en llegando, ha de ser
De toda la fiesta olvido.

Pero de tanta grandeza,
¿Qué os pareció lo mejor?

JUAN.

La gracia, el aire, el valor,
La discreción, la belleza
De la dama que en la playa
Vimos del mar antiyer.

LISARDO.

Don Juan, lo que no ha de ser
Posible, luego desmaya.
Para quien se ha de embarcar
Á Italia, como los dos,
¿Qué nos puede á mí ni á vos
Tanta grandeza importar?
En el coche y los criados
Lo principal conocí.

JUAN.

Mientras estuviere aquí
La ofreceré mis cuidados.
Si pasos de un forastero
Merecieren que al balcón
Salga....., que en esta ocasión
El tiempo es galán tercero
Para que con libertad
Se pueda hablar y servir.

LISARDO.

No hay tiempo en que presumir
Se deba seguridad
Con gente tan belicosa.

Suena música dentro, y entren Leonarda y Marcela, damas, con sombreros de pluma y gabanes ricos, y dos mascarillas de tafetán.

MARCELA.

Es notable atrevimiento.

LEONARDA.

Responde mi pensamiento
Que fué la ocasión forzosa.
Mas ¿no es ésta la posada?

MARCELA.

Por las señas, ella es,
Que la pregunté después,
Aunque ninguno me agrada.
Y lo que has hecho es fineza
Que, á saberse en la ciudad,
Quedara tu libertad
En opinión de bajeza.

LEONARDA.

El tiempo, la confusión
De propios y forasteros,
El vulgo, los caballeros,
Tanta gala é invención,
No dejarán reparar
En el disfraz que traemos.

MARCELA.

Á la puerta están.

LEONARDA.

Lleguemos.

JUAN.

Máscaras, ¿queréis entrar?

LEONARDA.

No, sino hablaros aquí;
Que nos dicen que los dos
Sois muy discretos, y vos
Me lo parecéis á mí.

JUAN.

¿Habéisme hablado?

LEONARDA.

Una tarde.

JUAN.

¿Dónde?

LEONARDA.

En la playa del mar,
Aunque me hicistes quedar,
Con vuestro ingenio, cobarde.

JUAN.

Esa voz, y lo que muestra
Ese tafetán sutil
Descubierto de marfil
De la luna hermosa vuestra,
Me dicen quién sois.

LEONARDA.

No habéis
Dado en el blanco.

JUAN.

Antes sí;
Que lo blanco dice aquí
Lo que encubrir pretendéis;
Y los rayos lo dirán
De vuestro sol dividido,
Que parece que ha rompido
Las nubes de tafetán
Para salir á abrasarme.

LEONARDA.

Pues ¿á un hombre se habla así?

JUAN.

Muy hombre sois para mí,
Mas solamente en matarme;
Que los que muy hombres son
Llama valientes la espada,
Y aunque en vos viene envainada,
Conozco la guarnición.

LEONARDA.

En todo estáis engañado;
Como hombre me habéis de hablar.

JUAN.

Será fuerza imaginar,
Por lo hermoso y lo vendado,
Que sois, señora, el Amor;
Queja que un hombre tenía
Porque pintado le había
Como hombre el primer pintor.
Que sin otros pareceres,
Dijo que debió de ser
No pintar á Amor mujer,
Por no haberlo en las mujeres.

LEONARDA.

No entendió bien la razón
De pintar al amor hombre,
Fuera de ser este nombre
Común á toda afición.

Que haberle esa forma dado,
Fué porque había de ser
Verdadero en la mujer,
Y en el hombre amor pintado.

JUAN.

Ríndome, aunque es tarde ya.

LEONARDA.

Pues ¿quién duda que diréis
Que lo estáis?

JUAN.

Vos lo sabéis.

LEONARDA.

¿Yo lo sé?

JUAN.

Pues claro está.

LEONARDA.

¿Cómo?

JUAN.

¿No habéis hoy tomado
El espejo para veros?
Pues ¿quién pudo responderos
Mejor lo que habéis dudado?
Si no es que al salir tapada
Os mirastes, para ver
Qué efectos pudiera hacer
El sol con luz elipsada.

LISARDO.

En fin, ¿gustará Leonarda,
Vuestra prima, que don Juan,
Con principios de galán,
Aunque la ausencia acobarda,
Vaya á verla disfrazado?

MARCELA.

Bien se lo podéis decir.

LEONARDA.

Señor, yo me quiero ir;
Que estoy con grande cuidado.
Bien sé que os parecerá
Libertad haber venido;
Pero el tiempo ha permitido
(Que esta licencia nos da)
Lo más deste atrevimiento.
Quedad con Dios, castellano.

JUAN.

No, ¡por vida de esa mano!
Esperad sólo un momento.

LEONARDA.

Ya os entiendo: no hay tratar
De cumplimientos aquí;
Yo os vi, yo os hablé, yo fuí
Quien hoy os vino á buscar;
Pero desde aquí no soy
Quien vió, quien habló, quien vino;
Que á pensar mi desatino,
Y á no veros más, me voy.

JUAN.

¿Hay tal rigor? ¿Vos, señora.....
Escuchadme.

MARCELA.

Vuestro amigo
Os dirá lo que no os digo,
Porque no es posible ahora;
Dél os podéis informar.

Vanse.

JUAN.

Á vos me remite.

LISARDO.

Ha sido
Un deseo que ha tenido
Tiempo, ocasión y lugar.
Parecístela muy bien,
Y las fiestas destos días
Ejecutan fantasías
Y desatinos también.
Dice que si á verla vais
Como máscara, podréis,
Y no hay de qué os informéis,
Pues que tan de paso estáis;
Que es muy principal señora,
Con hermano de lo noble
De Barcelona.

JUAN.

Eso al doble
Pica, abrasa y enamora.
Que si me diese lugar
Para que aquí me quedase,
Aunque nunca á Italia pase,
Me habéis de ver embarcar
En el mar de amor, aunque haya
Más golfo que el de León.

LISARDO.

Ya os dije que la afición
El imposible desmaya:
Ella, mujer principal;
Vos, forastero y de paso;
¿Qué habéis de hacer?

JUAN.

Si me abraso,
Echar, Lisardo, el caudal
Por la ventana á la calle,
Como casa que se quema.

LISARDO.

Quitar al loco la tema
Sólo sirve de incitalle.
Tomemos disfraz, y vamos
Donde permita la suerte
Que, aunque la entrada se acierte,
Al salir no nos perdamos.

JUAN.

Oigo decir que en saliendo
Un castellano de España
No tiene imposible hazaña,
Y yo lo posible emprendo:
¿Qué me ha de hacer ese hermano?

LISARDO.

No sabéis lo que es, don Juan,
Ser noble y ser catalán.

JUAN.

Ni vos qué es ser castellano.
Y estad cierto (aunque el honor

Por primer lugar porfía)
Que no hubiera valentía
Á no haber nacido amor.

Vanse.

Salen D. Fernando y Valerio.

FERNANDO.
No sé, Valerio, si ha de ser ingrata,
Pero ya declaré mi pensamiento.
VALERIO.
Si sobre parentesco se dilata,
Hecho tiene el amor el fundamento.
FERNANDO.
Marcela como á primo al fin me trata;
No sé, después de conocer mi intento,
Si me querrá querer como solía.
VALERIO.
En vano tu esperanza desconfía;
Si amor es edificio que se labra
Entre dos voluntades diferentes,
¿Qué puede haber que los cimientos abra
Con más facilidad que ser parientes?
Basta sobre la sangre una palabra
Para que tenga efecto cuanto intentes,
Demás de la ocasión, pues viene agora
Á vivir con Leonarda, mi señora.
FERNANDO.
Mi hermana sabe ya mi pensamiento,
Y no le pesará, tanto la estima,
Que solicite amor mi casamiento,
Con la igualdad y partes de mi prima:
La dilación de la licencia siento;
Que no sufre la causa que reprima
La fuerza del deseo.
VALERIO.
Así lo creo;
Mas la seguridad templa el deseo.
FERNANDO.
Hale dado ocasión haber venido
La Reina á Barcelona, que en mi casa
Se haya quedado, y juntas han querido
Ver todo cuanto en mar y tierra pasa.
Yo, con la misma alegre y atrevido
(Tanto el amor cuanto se acerca abrasa),
La causa de la pena que se siente
La dije entre donaires mi accidente.
VALERIO.
Y ¿qué te respondió?
FERNANDO.
Ninguna cosa;
Antes para crecer mi desconsuelo
Bañó el marfil del bello rostro en rosa,
Y puso las estrellas en el suelo.
Nunca me ha parecido tan hermosa.
VALERIO.
Tu mujer ha de ser.
FERNANDO.
¡Quiéralo el cielo!
VALERIO.
De fuera vienen.
FERNANDO.
Todos estos días
Las fiestas crecerán las ansias mías.

Salen Marcela y Leonarda, bizarras.

MARCELA.
Tu hermano ha venido ya.
LEONARDA.
¡Fernando!
FERNANDO.
¡Hermana Leonarda!
MARCELA.
¡Primo!
FERNANDO.
¡Marcela gallarda!
VALERIO.
Menos enojada está.
FERNANDO.
Necia ignorancia será
Preguntaros qué habéis hecho;
Que estáis cansada sospecho
De fiestas de tierra y mar:
¡Hay quien lo está de esperar!
LEONARDA.
¿Suspiros?
FERNANDO.
Descansa el pecho.
Sin salir de Barcelona,
Tengo celos de Castilla:
¿Cuál estaría la orilla,
Que el mar de naves corona?
LEONARDA.
No hay en la ciudad persona
Que no se alegre y disfrace.
MARCELA.
En el mar apenas nace
El sol, cuando otra ciudad,
Con fingida claridad,
La noche en las aguas hace.
Volvimos con brevedad,
Causando la confusión,
Más que alegría, ocasión
De procurar soledad.
FERNANDO.
¿Qué os dijo mi voluntad,
Prima, por allá de mí?
MARCELA.
No sé, porque no la vi.
FERNANDO.
La voluntad no se ve
Si no la miráis por fe.
MARCELA.
Con la gente la perdí.
FERNANDO.
Si ella fuera en el lugar
Que pudiera merecer,
No la dejara perder
Quien la supiera estimar.

MARCELA.

Nunca yo dejé de dar
El lugar que merecéis
Al amor que me tenéis,
Y así la queja es injusta;
Que á quien de quereros gusta,
Más que os debe le debéis.

FERNANDO.

Amor es la misma esfera
Del parentesco; es amor
De obligación, sin favor,
Que llama y se queda fuera.
Pues si quien ama no espera,
No es amor, sino amistad,
Lo que llamáis voluntad,
Cosa que no la agradezco;
Que el alma que yo os ofrezco
Pide la misma igualdad.

MARCELA.

No puede en breves instantes
Pasar sin inconvenientes
El amor de los parientes
Al amor de los amantes.
Si para ser semejantes
Tengo de mudar de amor,
Dadme tiempo, que es rigor
Querer que tan presto sea.

FERNANDO.

Perdonad á quien desea
Conquistar vuestro favor.
Una pasión amorosa,
Una esperanza engañada,
Una dicha desdichada
Y una desdicha dichosa,
Han hecho, Marcela hermosa,
Cobarde el atrevimiento
Y atrevido el sentimiento;
Porque la misma ocasión
Que esfuerza mi pretensión,
Desmaya mi pensamiento.
Si veros y no quereros
Pudiera ser, yo tuviera
Menos gloria cuando os viera,
Y os viera sin ofenderos.
Mas si no es posible veros,
Señora, sin desearos,
¿Por qué me culpáis de amaros,
Si no amaros me culpara?
Que si os viera y no os amara,
Era forzoso agraviaros.
Y si fuera atrevimiento
Que sepáis que esa hermosura
Fué causa de mi locura,
Volvedme mi entendimiento;
Que no tendré sufrimiento
Para veros sin quereros,
Antes de dejar de veros;
Y si os canso en lo que digo,
No me queráis más castigo
Que no poder mereceros.

Vase.

LEONARDA.

Fuése, y no sin culpa tuya,
Más triste que fué razón.

MARCELA.

Yo no le he dado ocasión;
Si lo está, la culpa es suya.

LEONARDA.

Como ya sé qué es querer,
Lástima tengo á quien ama.

MARCELA.

No sé yo quién le desama;
Pero ¿qué le puedo hacer?

LEONARDA.

Pagar, Marcela, á tu primo
Tanto amor.

MARCELA.

¡Buena tercera!
¿Enséñasme á amar?

LEONARDA.

Pudiera.

MARCELA.

Yo le respeto y le estimo.

LEONARDA.

Amor no quiere respeto.

MARCELA.

Pues ¿qué es lo que quiere amor?

LEONARDA.

Quiere favor.

MARCELA.

¿Qué es favor?

LEONARDA.

Que no lo sé, te prometo;
Que ha poco que quiero bien
Á este hidalgo castellano,
Aunque pienso que es en vano,
Y él lo pensará también.

MARCELA.

Es verdad; mas si estuviera
Ese caballero aquí,
Y te hablara como á mí
Fernando, tu amor, ¿qué hiciera?

LEONARDA.

Pagarle con otro amor
El amor que me mostrara.

MARCELA.

Yo haré lo mismo, si para
En ese amor el favor.

LEONARDA.

¡Notable música suena!

MARCELA.

Máscaras van por la calle.

LEONARDA.

En casa han entrado algunas.

MARCELA.

Agora pueden entrarse
Adonde les diere gusto.

Don García y D. Pedro, de máscara, con ellas en las manos.

GARCÍA.

Di que la música pare,

Como quien deja la vara
Por respeto de la parte.
La máscara me he quitado.

PEDRO.

No es poca dicha que os hallen,
Marcela, mis pensamientos,
Donde sin testigo os hable.

MARCELA.

Sin máscara, no es razón.

PEDRO.

Menos lo ha sido culparme;
Que no tiene amor dos caras,
Ni el que es verdadero amante
Descubre lo que no siente.

GARCÍA.

¡Oh, si fueran inmortales,
Leonarda hermosa, estos días,
Para que el alma descanse
De tan injustas ausencias,
Pues apenas el sol sale
De vuestros ojos á ver
Los indios, que abrasa y arde,
Todo es noche para mí;
Hoy, por lo menos, iguales
Son los días y las noches,
Y al paso que mueren, nacen.
¡Bien haya la hermosa Reina
De Hungría, que el cielo guarde,
Próspero viento la lleve,
El mar sus montes allane!
Abiertas las alas de oro,
Las dos águilas australes
La reciban, para ser
Del imperial timbre el ángel.
En fin, los veo, y os vi
Dar por la playa señales,
Como al Occidente el sol,
De serenidad constante.
¡Qué dichosos forasteros
Vistes, hablastes y honrastes
Con reverencia á las suyas,
Y con cuidado á sus talles!
¡Qué envidia! Pero no envidia,
Pues que tan presto se parten;
Celos sí, porque los celos
Son hijos de amor y el aire.
Perdonad, que la licencia
De quien la máscara trae,
Si no en el rostro, en la mano,
Permite razones tales.

LEONARDA.

Creo, señor don García
(Sin que paséis adelante),
De la merced que me hacéis
Tan evidentes señales.
La respuesta del amor
Quiere el honor que la guarden,
Para cuando ellos lo sepan,
Los hermanos ó los padres.
Ya don Fernando lo es todo,
Y así podéis perdonarme;
Que hasta del mismo albedrío
Tiene mi hermano las llaves;
Con que estaréis respondido.

GARCÍA.

Pues si queréis que le hable,
No quiero mayor favor.

LEONARDA.

¿Por qué os vais ahora? Hablalde.

GARCÍA.

Dadme alguna prenda vuestra.

PEDRO.

Y vos, mi señora, dadme
Algún favor.

MARCELA.

Ha muy poco
Que pregunté para darle.
¿Qué era favor?

PEDRO.

Esa cinta.

MARCELA.

Tiene un corazón.....

PEDRO.

Dejalde;
Que atado le quiero yo,
Aunque agora se desate.

MARCELA.

¿Qué haré, prima?

LEONARDA.

Como sea
Condición que al mismo instante
Se vayan, tomen.

GARCÍA.

¡Con cinta
Negra, esperanzas mortales!

Vanse.

Entran, disfrazados, D. Juan y Lisardo.

JUAN.

¡Mal suceso!

LISARDO.

¿Cómo?

JUAN.

Dar
Al primer paso con celos.....

LISARDO.

¿Máscaras los dan?

LEONARDA.

¡Ay, cielos!
Ya me comienzo á turbar.

MARCELA.

¿Es don Juan?

LISARDO.

Pues ¿no le ves?

JUAN.

El ejemplo nos ha dado
Licencia de haber entrado.

LISARDO.

Y yo la pierdo después.

LEONARDA.

No hay de qué tener recelos.

JUAN.
Recelos no, claro está;
Pero yo pienso que habrá,
En vez de recelos, celos.
LEONARDA.
Los que se fueron de aquí,
No más que máscaras fueron.
JUAN.
Tal nombre á los celos dieron.
LEONARDA.
¿Celos se llaman así?
JUAN.
Son máscaras del amor,
Que con ellos se disfraza.
LEONARDA.
Sí, pero no es buena traza
En ofensa del honor.
JUAN.
Por lo menos, lo que vi,
Bien puede causarme celos.
LEONARDA.
Antojos causan desvelos;
Celos no, cuidados sí.
JUAN.
Adonde prendas se dan,
Voluntades aseguran.
LEONARDA.
Las que librarse procuran,
No prenden los que se van.
JUAN.
Por allá, por maravilla,
Amor agravios perdona.
LEONARDA.
También son en Barcelona
Las almas como en Castilla.
JUAN.
No quiero, con mis recelos,
Que de escucharme os canséis.
LEONARDA.
Sentaos, y descansaréis;
Que pesan mucho los celos.
JUAN.
Siéntome aquí, pues me dais
Licencia.
LISARDO.
Y yo, ¿qué he de hacer?
MARCELA.
Sentaros, hasta saber
Que, como venís, os vais.
LISARDO.
¡Miren qué traza de amor!
MARCELA.
El que me tenéis á mí.
LISARDO.
Éste de vos le aprendí.
MARCELA.
Pues sentaros, ¿no es favor?
LISARDO.
El mayor que puede hacer
Una dama á su galán.
LEONARDA.
Máscaras vienen y van.
JUAN.
Yo no tengo más que ver
En esta ciudad, que á vos.
LISARDO.
En efecto; estar de asiento
Dicen que es el fundamento
De todo el quererse dos.
¿No me queréis vos á mí?
MARCELA.
No á fe.
LISARDO.
Ni yo á vos tampoco;
Mas si me volviese loco,
¿Me dejárades así?
MARCELA.
El eco mismo os responde;
Pero decidme, ¿á qué efeto?
Si es descubrir el secreto
Que una mujer noble esconde.
LISARDO.
Finezas, ¿no obligan?
MARCELA.
No;
Dos cosas han de obligar.
LISARDO.
¿Cuáles son?
MARCELA.
Amar y dar.
LISARDO.
Ninguna pienso hacer yo.
MARCELA.
Pues medraréis con las damas.
LISARDO.
Conservaré mi salud,
Mi dinero y mi quietud.
MARCELA.
Eso es andar por las ramas;
Y los de más bravos bríos
Suelen dar en lo peor.
LISARDO.
Pues yo no os tengo amor;
Seguros están los míos.
LEONARDA.
Mucho holgaré de saber
Vuestro intento y la jornada;
Que no estoy determinada
De querer ó no querer.
¿Cómo salistes, decid,
Pues para Hungría no fué?
JUAN.
Desde el principio os diré
La causa.
LEONARDA.
Decid.
JUAN.
Oid.
El Príncipe que traía
Á la Real desposada
Las joyas de su marido,

Llegó á la corte de España.
Pintarte, Leonarda, el día,
Y por el Prado la entrada,
Fuera contar en Abril
Las flores que mira el alba.
El gran Condestable, en fin,
De Castilla le acompaña,
Y toda la Corte á él.
Piensa cadenas terciadas,
Que es en lo que se han resuelto
Aquellas galas pasadas;
Que tampoco en las antiguas
Se usaron gorras y capas,
Sino capuz y bonete,
Del modo que los retratan
Los mármoles de sepulcros
Que apenas el tiempo acaba.
De manera que los trajes,
Unos vienen y otros pasan;
Todo consiste en el uso
Que califica las galas.
Con esto, el gran Condestable
De Castilla le acompaña
Donde el Príncipe tenía
Prevenida la posada.
Medinaceli después;
Cerda, que entonces trocara
Por sus hebras de oro el sol
Con tanta grandeza y galas,
Le lleva á Palacio, adonde
Con las estrellas de España
Y la luna de Isabel,
El sol Felipe le aguarda.
Llegó, alegróse la Corte,
Y con discreta embajada
Dió parabién á la novia,
Á quien las joyas iguala,
Con que he dicho las que fueron.
Pero trujo el cielo á España
En este tiempo, la joya
De más valor é importancia,
Que le ocupaba el deseo,
Y le perdió la esperanza.
Halló un diamante en su mina,
Nació una perla en su nácar,
Y fué enigma que de un lirio
Ó la flor de lis de Francia,
Saliese un León al mundo
Para vencer los del Asia.
Las fiestas de su bautismo
Presumo que impresas andan,
Y que han cantado las musas
Toros y juegos de cañas;
Donde sólo te diré,
Y sin lisonja, Leonarda,
Pues aquí no me oye el Rey,
Ni pienso que amor me engaña,
(Aunque pudiera engañarme,
Á no ser verdad tan clara,
Porque la adoro en extremo
Desde el rincón de mi casa),
Que no se vió caballero
De mayor destreza y gracia,
En cuanto mundo se corre
Lanza jineta en la plaza.
Yo no sé cómo juntó
La majestad y la gala,
Que Rey, pareció galán,
Y galán, Rey y Monarca.
Él gobernaba y regía,
Si bien me dijo una dama:
«¿Qué mucho, si rige el mundo,
Que pueda un juego de cañas?»
Era afrentar dar con ellas,
Y allí, Leonarda, al que daba,
Hacer con ellas pudiera
Plumas de timbre á sus armas.
Noté una cosa al correr,
Cuando la adarga ocultaba
La majestad de Felipe,
Que, como el sol, las mañanas
Que sale nublado el día,
Se cubre de nubes pardas
Y los campos se entristecen,
Y luego la hermosa cara
Con nuevos rayos enseña,
Así alegraba las almas
Que su ausencia entristecía
En las nubes del adarga.
Si le vieras escondido,
Pensaras que por la plaza
Sólo el caballo corría,
Sola la adarga llevaba.
Nunca en los campos de Orán,
Puesto que en la silla nazcan,
Se vió tan diestro africano
Cuando el español le alcanza.
En fin, de cuantos le vieron
Fué un arca de oro y de nácar
Para guardar corazones,
Siendo la adarga la tapa.
Finalmente, llegó el día,
Que fué segundo en la Pascua,
Que trajo la paz al mundo,
Y vió salir la mañana.
Tres soles á dejar vino,
Que amaneciese á Alemania,
Y que con nacer en ella
Hiciese Occidente á España.
Salió la Reina de Hungría,
Y tan parecida al alba,
Que lloraba sobre rosas,
Que el llanto es risa del agua.
No creyendo la partida,
La gente halló descuidada,
Y fué dicha, porque fuera
Recibir más pena y darla.
Que como á nuestra corona
Este diamante le sacan,
Y siendo por sus virtudes
Tan digna de ser amada,
Fuera general la pena,

Fuera el llanto en abundancia,
Si á la menor perla suya
Mares de lágrimas bastan.
Fuése á despedir la Reina
De la del cielo, que estaba
Prevenida á bendecirla
Sobre las Atochas santas.
Con esto dieron principio
Á su dichosa jornada,
Donde la ciudad de César
El mayor del mundo aguarda.
Ciudad y Diputación,
Al gran Felipe y su hermana
Las manos Reales besan,
Y para servirle alargan
Las suyas, lo que permiten
Los tiempos; pero las almas,
Las voluntades ofrecen
Con que le reciben y aman.
Eso fué martes; y un jueves,
Las cuatro estrellas del Austria,
Rey, Reina, Carlos, Fernando,
Visitaron la sagrada
Columna Atlante del cielo,
En cuyo extremo descansa.
El domingo fué la fiesta,
Para quien armas y galas
La nobleza de Aragón
Quiso igualar á su fama.
Fué grande la bizarría
Del de Sástago y Aranda,
Fuentes, Gelves y Jurados,
De que hay relaciones largas.
Lunes fué eclipse del Sol;
Digo que quedó eclipsada
La Luna, porque en la tierra
También la ausencia le causa.
Partióse Su Majestad
Con Sus Altezas; no hagas
Reflexión en su memoria
De quién partía y quedaba,
Porque la imaginación
Te dará lástima tanta,
Que añadirás al sentirla
Ser mujer y ser vasalla.
Desta tristeza á la Reina
Cupo más parte, si llamas
Soledad al quedar sola;
Que si los cuatro se apartan,
Los tres van juntos y vuelven,
Por lo menos, á la patria.
Désta y de Madrid salí
Con gusto de ver á Italia,
Dándome ocasión, señora,
Ver que la Reina se embarca.
¡Oh, mares de Barcelona,
Vestid de coral la playa;
Abrid camino á María
En los cristales del agua!
Llegue á los brazos dichosos
De Fernando, que la aguarda,
Para que el imperio aumenten
Las dos águilas doradas,
Y no me esperéis á mí;
Que á la salida de España
Fué rémora en mi galera
La hermosura de Leonarda.
Aquí me quedo á servirla;
Los que quisieren se vayan;
Que donde se tiene amor,
Allí es la patria del alma.

LEONARDA.

Responder y agradecer
Quisiera la cortesía
Y la relación, si el día
No fuera como ha de ser.
Perdonad, que se han entrado
Máscaras.

MARCELA.

Música suena.

JUAN.

Bien lo ha menester mi pena,
Entre esperanza y cuidado.

Entren unos foliones portugueses con atambor, sonajas é instrumentos.

Cantan.

Sale á estela de alba,
Amaña se vein:
Recordai, miñalma,
Naon dormais, mio bein.
¡Ay, ay, ay!
Ya vosos veziños
Todos se levantan,
E os pasariños
Por as ramas cantan;
Cuidados me espantan,
Receos tambein:
Recordai, miñalma,
Naon dormais, mio bein,
¡Ay, ay, ay!

PORTUGUÉS.

Tomay á letra.

LEONARDA.

Mostrad,
Que no será de mal gusto.

PORTUGUÉS.

Se naon vos viniere al justo,
Naon zumbeis mais, perdonad.

LEONARDA.

Lea.

«Vosos ollos me saon gratos,
Como os gatos á os ratos.»

MARCELA.

¡Bravo concepto!

LISARDO.

¡Famoso!

PORTUGUÉS.

¡Ea, andad paradiante!

JUAN.
Disfrazóse vuestro amante
Para dejarme celoso.

Cantan.

PORTUGUÉS.
Sale á estela de alba, etc.

Vanse cantando.

LEONARDA.
Yo no sé quién son.
JUAN.
Yo sí;
Que aunque muda de vestido,
Ya le tengo conocido
Desde una vez que le vi.
LEONARDA.
Celoso me parecéis.
JUAN.
¿Quién amó que no lo fuese?
LEONARDA.
Quien satisfacción tuviese
De lo que vos merecéis.
JUAN.
Antes de la parte amada.
LEONARDA.
Aunque ofendan la opinión,
Si celos cuidados son,
Veros con ellos me agrada.
Ya es tarde, y vendrá mi hermano.

Levántanse.

JUAN.
¿Podré veros más?
LEONARDA.
No creo
Que, acabadas estas fiestas,
Tendré yo lugar de veros,
Porque ha de ser imposible.
JUAN.
Ningún imposible temo
Si vos gustáis de que os sirva.
LEONARDA.
Mi hermano, como mancebo,
Solía, fuera de casa,
Buscar entretenimientos.
Hale agradado mi prima,
Con que siempre le tenemos
Á la vista, en que veréis
Que será imposible el vernos.
JUAN.
Pues ¿no habrá alguna invención
Con que yo pueda entrar dentro?
¿No hay criadas? ¿No hay criados?
LEONARDA.
Un labrador jardinero
Y casado, está en la puerta,
Mas no será de provecho;
Que aunque es simple, es malicioso.
LISARDO.
¿Qué simple has visto sin serlo?

JUAN.
De las naciones del mundo,
Ninguna con más efecto
Quiere bien á las mujeres,
Ni con más liberal pecho,
Hacienda y vida aventura,
Que la española, y es cierto
Que della la castellana,
De que hay notables ejemplos.
Y basta el galán Mendoza,
Que fué en hábito primero
De religioso á Saboya,
Librando valiente y cuerdo
La Duquesa del peligro
De vida y honor, haciendo
Áquella notable hazaña.
Quedad con Dios, que yo llevo
La misma imaginación
Con diferente suceso.
LEONARDA.
¿De qué suerte?
JUAN.
Perdonadme.
Vamos, Lisardo, que el tiempo
Os dirá, señora mía,
Que es amor valiente y ciego.
LEONARDA.
¿Castellano sois?
JUAN.
Y noble.
LEONARDA.
En fin, ¿os veré?
JUAN.
Muy presto.
LEONARDA.
¿Disfrazaros queréis?
JUAN.
Sí.
LEONARDA.
¿Eso intentáis?
JUAN.
Eso intento.
LEONARDA.
¿Sabéis dónde estáis?
JUAN.
Muy bien.
LEONARDA.
¡Gran peligro!
JUAN.
No le temo.
LEONARDA.
Miralde bien.
JUAN.
Tengo amor.
LEONARDA.
¡Dios os libre!
JUAN.
En él lo espero.

SEGUNDA JORNADA.

Sale D. Juan, de labrador, soldado, con capote de dos haldas, espada y daga, y Cosme, villano, jardinero.

JUAN.

No me espanto que tengáis
Tan perdida la memoria.

COSME.

Es tan notable la historia
De las guerras que contáis,
Que no tiene tantas flores
Este jardín, como hazañas
Me referís, tan extrañas,
Que pienso que son menores
Las de Roldán y Oliveros;
Con que habéis venido á hacer
Que no os pueda conocer
Entre tantos caballeros.
¿Que vos sois mi primo?

JUAN.

Soy
Vuestro primo, que salí
Rapaz muchacho de aquí,
Aunque ya tan grande estoy.
El tiempo todo lo muda,
Y así estoy como veréis;
No sé yo por qué ponéis
Cosa que es tan cierta, en duda.

COSME.

¿Cuánto va que no sabéis
Que me llamo Cosme?

JUAN.

¿No?
Cosme os llamáis.

COSME.

Acertó.
Buena memoria tenéis.
¿Y mi mujer?

JUAN.

Si salí
Niño y no érades casado.

COSME.

Ansí no estáis obligado,
Si antes os fuistes de aquí.

JUAN.

Preguntadme vos las cosas
Que en nuestra niñez pasamos,
Cómo en esa mar nadamos,
Y en sus ondas espumosas
Buscábamos el marisco
Que arrojaba á las arenas,
Y á veces por las almenas
De ese edificado risco
Mirábamos las galeras
Cómo venían rompiendo
Las aguas, y entreteniendo
Velas el aire y banderas,
Y veréis si yerro en nada.

COSME.

Las señas bien claras son.

JUAN.

Fuera más justa razón
Que mi memoria, olvidada
Con los trabajos pasados,
Apenas os conociera;
Y está firme, y persevera
Después de tantos cuidados.
¿Qué no he pasado después
Que salí de Barcelona?
Donde en la nave *Cardona*
Corrimos tormenta un mes
Y dimos en Berbería;
Cautivo en Túnez me vi
Tres años, y desde allí
El corsario Escandería
Nos llevó á robar la costa
De Italia; mas fué tan cara
Al bárbaro, que tomara
Poder volver por la posta;
Que las Cruces de San Juan
Le rompieron, y me dieron
Libertad; allí me hicieron
Sargento de un capitán
Que iba á Troya con los griegos,
Donde estuve algunos años;
Luego, por mares extraños,
Después de mirar sus fuegos,
Fuí con Ulises, y vi
Las tentaciones que vió,
Hasta que en Galicia entró;
Y con Magallanes fuí
Por el vellocino de oro
Que tenía el Preste Juan,
Donde hallamos á Roldán
Con Angélica y Medoro.
Y así tuvimos por bien
De dejarle en el Catay,
Y habiendo estado en Cambray,
Volvimos á Santarén,
Donde yo me despedí
Y me vine á Barcelona,
Á ver si alguna persona
Ya se acordaba de mí.
Pero es ociosa porfía,
Y son las dudas forzosas.

COSME.

¿Y después de tantas cosas
Sos mi primo todavía?

JUAN.

¿Eso puédese perder?

COSME.

Pues ya que seáis mi primo,
Cosa que yo tanto estimo,
¿Qué es lo que tengo de hacer?

JUAN.

No más de tenerme aquí

Mientras la Reina se va.

COSME.

No sé yo cómo será;
Que apenas hay para mí
En esta pobre soldada
Que don Fernando me da.
Y la Reina, ¿aguardará
Muchos días tanta armada,
Como es razón, de galeras
Que van cubriendo la mar?
Que, en fin, espera llevar
Destas dichosas riberas
Una hermana cuando menos
Del rey Felipe de España,
Y á las que el Danubio baña.

JUAN.

Ya los marítimos senos
Parece que apenas pueden
Sufrir el peso en los hombros,
Dando al mar opuesto asombros
De ver que en número exceden
La armada de Carlos quinto,
Bisabuelo de María;
Pero mientras llega el día,
Que no puede estar distinto,
De lo que el rumor pregona,
Yo tengo, gracias á Dios,
Con qué vivamos los dos
Con descanso en Barcelona;
Y para principio quiero
Que esta bolsa me guardéis,
Adonde en oro hallaréis,
Cosme, bastante dinero;
Que también quiero vestiros
Á vos y á vuestra mujer.

COSME.

Aunque no era menester,
No es malo para serviros.
Sois mi primo, y es sin duda
Que os voy ya reconociendo.

JUAN.

Miradme bien.

COSME.

Estoy viendo,
Primo, lo que un hombre muda
La barba: ¡válame Dios!
No estábades tan barbado
Cuando muchacho.

JUAN.

He pasado
Trabajos.

COSME.

Cuando los dos
Nadábamos en el mar,
Pienso que un lunar os vi.
¿No tenéis alguno?

JUAN.

Sí,
Aunque esto del mar pasar,
Hasta los lunares quita.

COSME.

Un poquito érades romo
Cuando niño.

JUAN.

¡Ay, Cosme, y cómo!

COSME.

¡Oh, cuanto el tiempo marchita!
No hay raíz que esté segura.

Sale Elvira, villana.

ELVIRA.

¿Habemos hoy de comer?
Cosme, ¿qué pensáis hacer?
¿Ha venido, por ventura,
Cuaresma en Carnestolendas?
¿No vais á la plaza hoy?

COSME.

¿Ya venís? Al diabro os doy
Con vuesas necias contiendas.
Débome de estar holgando.
Abrazad á vueso primo.

JUAN.

¡Oh, prima que tanto estimo,
Cuánto os vengo deseando!
Dad esos brazos á Pedro,
Que niño se fué de aquí.

ELVIRA.

¿Tengo de abrazarle?

COSME.

Sí;
Que es pariente con quien medro;

Enséñale la bolsa.

Que los que no dan provecho
No lo son.

ELVIRA.

Seáis bien venido;
Que el no haberos conocido
Detuvo dudoso el pecho.
¿Venís bueno?

JUAN.

Ya lo estoy,
Pues mis primos muy amados
Estoy viendo.

ELVIRA.

De soldados
Amiga en extremo soy;
Que son todos bizarría,
Y yo nací belicosa.

JUAN.

Una prima tan hermosa,
Ser prima del Rey podía.
Esta sortija quité
Á Fátima, la Sultana
Del Turco, en una tartana,
Adonde la cautivé.
Guardalda, por haber sido
De Fátima.

COSME.

Aunque no fuera

De Xaquima, no pudiera
Poner tal prenda en olvido.
Ea, que os quiero llevar
Á que veáis el jardín
Y la güerta, porque, en fin,
El tiempo que habéis de estar
En Barcelona, podéis
Entreteneros por gusto,
Pues es razón, pues es justo,
Que á vuestro primo ayudéis,
Estos cuadros cultivando;
Que yo acudo á la hortaliza.

Vase.

JUAN.

Amor, en poca ceniza
Se va tu fuego aumentando.
Á tu jardín he venido;
Ayúdame, pues me diste
La traza, ó porque anduviste
En los de Chipre perdido.
Tuyo fué mi pensamiento;
No me niegues tu favor,
Pues bien sabes que es mi amor
Mayor que mi atrevimiento.

Vase.

ELVIRA.

Hoy amaneció más claro
En este jardín el sol,
Que no fué de su arrebol
Anoche el ocaso avaro.
Hoy han salido más flores
Á las perlas del aurora;
Volvió esta fuente sonora,
Sus arenas ruiseñores.
Y suena el aire más ledo
En las hojas destas plantas;
Hoy, entre venturas tantas,
No menos dichosa quedo.
¡Qué buen primo, qué buen talle,
Qué buena sortija! Quiero
Esconderla.

Salen Leonarda y Marcela.

LEONARDA.

Ya no espero
Que mi esperanza le halle.
Y así, el remedio, Marcela,
Que dices, que es olvidar,
El tiempo le ha de buscar,
Que tantos males consuela.
¡Cuántos meses, cuántos años,
Cuántas horas, cuántos días
Pasan por él!

MARCELA.

Si sabías
De los hombres los engaños,
Mayormente forasteros,
¿Para qué pusiste amor
En su fingido valor?

LEONARDA.

Los nobles, los caballeros,
Donde están, son naturales;
No debió de poder más.

MARCELA.

¿Discúlpasle? ¡Buena estás!

LEONARDA.

Obligaciones iguales
Le debieron de embarcar.

MARCELA.

Sí; pero no despedirse,
Siendo forzoso partirse,
No se puede disculpar.
Pero he visto á muchos sabios
En las amorosas culpas
Andar buscando disculpas
Para sus mismos agravios.

LEONARDA.

Habla bajo, que está aquí
Nuestra jardinera, Elvira.

ELVIRA.

No en vano el aura suspira
Entre clavel y alelí,
Viendo venir á esta fuente
Dos perlas, dos azucenas,
Dos ángeles, dos sirenas,
Para encantar su corriente;
Que el invierno os ha tenido
Como en escura prisión.

LEONARDA.

Lisonjas, Elvira, son,
Pues tu la primera has sido,
Como destos cuadros Flora.

ELVIRA.

¡Mal haya yo, que no fuí
Hombre, para serlo aquí
Con tal luna y tal aurora!
Dos Príncipes os esperan
Á las dos; sin ser gitana
Lo digo; que esta mañana,
Como si en la güerta os vieran,
Dos pájaros lo decían
En amorosas canciones.

Entra Cosme.

COSME.

Estáos agora en razones,
Que ya á la plaza me envían
Á que traiga de comer;
Id á hacer el aposento
Á nueso primo.

ELVIRA.

Con tiento;
No tengáis tanto placer;
Mirad que está aquí señora.

COSME.

Id donde os mando.

ELVIRA.

Ya voy.

Vase.

LEONARDA.
¿Qué primo es éste?

COSME.
No estoy
Para respuestas agora;
Que tengo un güesped soldado,
Aunque labrador.

LEONARDA.
¿Pariente
Vuestro?

COSME.
El mozo más valiente
Que pasó desde el arado
Á la espada y á la guerra.
¿No han vido á mi primo?

LEONARDA.
No.

COSME.
Pero ha mucho que salió
De Barcelona, su tierra,
Á las Italias, y ha estado
Cautivo, y fué desde allí
Á Croya, y no vuelve aquí
Como otros, manco de un lado,
Ni trae la pierna en correa;
Que es muy gentil mocetón,
Y mucho del bel doblón,
Sin una rica presea
Que hoy le ha dado á mi mujer,
Que quitó en una tartana
Á Xaquima, la Sultana
Del Turco; y no viene á ser
Pretendiente ni arrogante.
Cavando aquel cuadro está;
Que quiere ayudarme ya,
Con humildad semejante,
Siendo hombre que en el Catay
Vió á Marica y á Momoro,
Y por el pellejo de oro
Fué á Santarén y á Cambray,
Y pasando con Roldán
Estrechos de Mazapanes,
Vió con otros capitanes,
En Galicia, al Preste Juan.

LEONARDA.
Llamalde, por vida mía;
Que un hombre que ha visto tanto,
Bien con su lengua, entretanto
Que sigue la noche al día,
Entretenernos podrá.

COSME.
¡Ah, Pedro! ¡Ah, primo!

Dentro.

JUAN.
¿Quién llama?

COSME.
Dejad el cuadro; mi ama
Os quiere ver.

Sale D. Juan.

JUAN.
¿Dónde está?

COSME.
¿No la veis, y con su prima?

JUAN.
Señoras, guárdeos el cielo:
Aquí tenéis otro suelo
Adonde mejor imprima
Sus estampas vuestro pie.
Quedaré todo florido
Si puedo haber merecido
Que tanto favor me dé.
Pero envidiarán las flores
Las que dejaréis en mí,
Y viniendo á hacer aquí
Sus esperanzas mayores,
Tendránme por enemigo.

COSME.
¡Toma, si es buen cortesano!

LEONARDA.
¿Éste no es el castellano?

MARCELA.
¿Eso dudas?

LEONARDA.
Ahora digo
Que es gente de gran valor.

COSME.
Oidle hablar, y sabréis
Cosas, que asortas quedéis.

LEONARDA.
Verdadero fué su amor.
En efecto, ¿habéis venido
De la guerra?

JUAN.
Á pretender
La esperanza que ha de ser
Memoria de tanto olvido.

LEONARDA.
Y ¿os aplicáis á servir
Y ser pobre labrador?

JUAN.
Todo es posible al amor,
Que aun no repara en morir.

LEONARDA.
Pues ¿tan presto habéis pasado
De la espada al azadón?

JUAN.
Tanto puede la afición
En un pensamiento honrado.

LEONARDA.
Á gran peligro os ponéis
Si hay quien os conozca y vea.

JUAN.
No hay trabajo que lo sea,
Como vos favor me deis.

LEONARDA.
La noche dará ocasión
Para hablaros sin recelo.

JUAN.
Baje la luna del cielo;
Que yo seré Endimïón.

LEONARDA.
Quién bien sirve, ¿qué no alcanza,
Aunque sirva en tierra ajena?

JUAN.
¿Qué más premio que mi pena?
¿Qué más bien que mi esperanza?

LEONARDA.
Vos veréis que correspondo
Á vuestra justa afición.

COSME.
¡Pardiez, que Salamelón
Nunca fué tan sabihondo!
Y á fe que lo habéis errado,
Porque pudiérades ser
Licenciado ó bachiller
Si hubiérades hestoriado.

JUAN.
Cosme, sabed que la guerra
Es libro que en sí contiene
Todas las ciencias; y tiene
De la mar y de la tierra,
Del palacio y de la corte,
Cuanto se puede aprender.

COSME.
Bien sé que para saber
No hay cosa que más importe
Que andar por el mundo viendo
Tratos, costumbres, naciones;
Y pues de vuestras razones
Tan polidas, Pedro, entiendo
Que sabréis entretener
Este rato á mi señora,
Yo voy á la güerta agora,
Que en ella tengo que hacer,
Pues la habemos repartido,
Y á vos os toca el jardín.

Vase.

JUAN.
Atar quiero este jazmín,
Que está, como veis, caído;
Que yo no sé entretener
Damas, sino trabajar.
¿Podemos, señora, hablar?

LEONARDA.
¿Qué puedo yo responder
Á quien ha sabido hacer
Esta amorosa fineza?

JUAN.
No fué por tanta belleza
Exceso, sino razón.

LEONARDA.
Heroicas hazañas son
De vuestra rara nobleza.
Mostraréme agradecida
Mientras que vida tuviere,
Y pues el alma no muere,
Tendrá amor inmortal vida;
Y si me viste rendida
Y ya, don Juan, obligada
Con fineza tan honrada,
Seguro podéis estar
Que me olvide de olvidar
Aunque me viese olvidada.
Seréis mi dueño, don Juan,
Ó tendrá mi vida fin.

JUAN.
Flores de aqueste jardín,
Y vos, florido arrayán,
Claveles, favor me dan:
Imprimid tales favores
En las hojas de colores,
Para que entre estos claveles,
Favores que dan laureles
Impriman hojas de flores.
Sed testigos que obligada
Os dijo en este lugar
Que no os piensa olvidar
Aunque se viese olvidada.
Vos también, aunque excusada
Por prima, señora, estéis,
También testigo seréis;
Que indigno de tal favor,
Tenerlos quiere el temor
Para que no lo neguéis.

MARCELA.
Señor don Juan, yo seré
Testigo, aunque sé muy cierto
Que nunca en este concierto
Falte á Leonarda la fe;
Y así espero que veré
Dichoso fin deste amor.

LEONARDA.
Mi hermano.

JUAN.
No hagáis temor;
Que en aqueste paraíso,
Si el ángel meterme quiso,
No me ha de echar el rigor.

Sale D. Fernando.

FERNANDO.
Díjome Celia que juntas
Bajastes, porque bajaba
El sol al dorado ocaso
Entre arreboles de grana,
Á ver correr estas fuentes;
Que como el invierno pasa,
Lo que entonces era llanto,
Agora es risa en las aguas.
Y porque tengo que hablarte
En negocios de importancia,
Quise gozar la ocasión.
¿Es Cosme aquel hombre que anda
Atando aquellos jazmines?

LEONARDA.
No tiene tan buena gracia;

Primo suyo dice que es,
Que para podar las parras
Y aderezar el jardín
Le trujo esta tarde á casa;
Y parece hombre de bien.

FERNANDO.

¡Ah, buen hombre!

JUAN.

¡Qué mal se atan
Los rosales, es madera
Con dientes! ¡Guarda la cara!

FERNANDO.

¿No me oís?

JUAN.

Si estos parrales
Un poco no se levantan,
No tendrán seguro el fruto.

FERNANDO.

¡Ah, labrador!

JUAN.

¿Quién me llama?

FERNANDO.

El dueño deste jardín.

JUAN.

¡Pardiez, muesamo, que estaba
Embebecido, mirando
Cómo divide y aparta
Una mala hierba aquellas
Que se juntan y se enlazan!
Para labores de un cuadro,
Cosme descuidado anda;
Pero yo pondré el jardín,
Si estoy seis días en casa,
Que los del Rey en Castilla
Le reconozcan ventaja.

FERNANDO.

Hombre de bien parecéis.
¿Sabéis desto?

JUAN.

Lo que basta,
Ya que á vuestra casa vengo,
Para cumplir la palabra;
Así la cumplan las flores
Cuando se junten las ramas,
Para que den posesión
Como dieron la esperanza;
Que en esta tierra, señor,
Viene más anticipada
La primavera que en otras.

FERNANDO.

Mi afición fué siempre tanta
Á las plantas y á las flores,
Que, fuera de las dos damas
Que veis, buen hombre, presentes,
Que una es prima y otra hermana,
Ninguna cosa en el mundo
Con los sentidos el alma
Me lleva, como estas flores;
Aquí tardes y mañanas
Me veréis ejercitando
El escardillo y la azada.
Muchos árboles he puesto,
Que hoy dan fruto, y que regalan
Al Virrey y á los amigos.
La huerta está mal tratada
Por el descuido de Cosme,
Advirtiendo á la ganancia
De la hortaliza no más,
Que es parte de su soldada.
Si vos queréis estos días
Cuidar della y cultivarla,
Creed que no iréis quejoso
De mi casa y de la paga.

JUAN.

Es defecto en un jardín
Tener calles empedradas,
Porque estorban si se quieren
Pasar jazmines ó parras.
Serán las cálles de arena,
Y tendrán de media vara
Las paredes los cimientos,
Porque no las dañe el agua.
Árboles tenga de vista;
Amor con la flor morada,
Cinamomos, paraísos,
Y de fruta en partes varias;
Granados, porque se visten
Vistosa color de nácar;
Naranjos, cándido azahar,
Y membrillos, flores blancas;
Los demás son para huertas;
No haya en las paredes parras
Ni rosales, porque son
Más que de jardín, de granjas.
Cuatro años puede durar
La tierra sin renovarla;
Aderezarla en Otubre
En tierras cálidas basta;
Pero por Marzo en las frías.
En ésta, aunque ya se pasa
De la mejor ocasión,
Vos veréis la mejor traza
De aderezar un jardín,
Si bien todas esas plantas
Fuera bien que por Setiembre
Se pulieran y limpiaran.
No veo llaves aquí,
Y si el jardín no se guarda,
Todo lo doy por perdido,
Porque es tanta la ignorancia
De muchos, que no imaginan
Lo que ha costado sembrarlas;
Que lo que un año esperó
Dueño que las flores planta,
En un instante saquean,
Dejando las pobres ramas
Viudas de flores y frutos.

FERNANDO.

Vuestro discurso me agrada.
Yo reformaré el jardín;
Solas mi prima y mi hermana
Entrarán en él desde hoy.

JUAN.
Las señoras, cosa es clara
Que tratarán bien las flores
Por no perder la esperanza.
FERNANDO.
¿Cómo os llamáis?
JUAN.
¿Yo, señor?
Pedro, que así se llamaba
Mi padre, hermano del padre
De Cosme.
FERNANDO.
Tengo, Leonarda,
Á buena dicha que Pedro
Haya venido á mi casa.
JUAN.
En verdad, señor, que yo
Lo tengo á ventura tanta,
Que aunque en casa del Virrey
Un gran partido me daban,
Con menos quiero serviros,
Que á los buenos es ganancia.
FERNANDO.
Estaréis aquí unos días,
Pedro; que yo os doy palabra
De pagároslo muy bien.
Tú ven conmigo, Leonarda;
Que tengo que hablarte á solas.
LEONARDA.
¿Y si Marcela se agravia?
FERNANDO.
Pues venga también Marcela.
MARCELA.
Antes por estas retamas
Quiero entretenerme un poco.
LEONARDA.
Pues en esa fuente aguarda.

Queda D. Juan.

JUAN.
Ya, generoso pensamiento mío,
Salís al ancho mar; ya la ribera
Dejáis; ya atrás el golfo el barco espera,
Y seré cisne de mi humilde río.
No desmayéis; corred, entrad con brío,
Aunque llevéis al sol alas de cera;
Aquí palabra os dió la primavera,
Que no verá vuestra esperanza estío.
Creced las flores blancas y encarnadas,
Almendros, como crecen mis favores,
Juntemos esperanzas bien fundadas;
Que como en una cáscara dos flores
Engendran dos almendras abrazadas
Abrazarán dos almas dos amores.

Vase.

Salen D. García y D. Pedro.

GARCÍA.
Parecióme, don Pedro, que sería
El más breve camino el casamiento.
PEDRO.
Acertáis en casaros, don García.
GARCÍA.
No puede presumir el pensamiento
Otro fin que se ajuste á la esperanza;
Que fuera lo demás atrevimiento.
PEDRO.
Quien no puede al amor poner templanza,
Por los pasos más fáciles camina,
Con que la posesión del bien se alcanza.
GARCÍA.
Saliendo don Fernando á la marina,
Adonde la ciudad concurre agora
Á ver por la campaña cristalina
Tanta galera, que al salir la aurora
Alegra con trompetas los oídos,
Con banderas los ojos enamora,
De que los filaretes guarnecidos,
Como de las mesanas los penoles,
De estandartes y flámulas vestidos,
Con que los alemanes y españoles
Han de llevar á la imperial María,
Y juntar con dos águilas dos soles,
Habló con don Fernando, que venía
Solo, mi padre, y le pidió su hermana.
PEDRO.
¿Qué respondió?
GARCÍA.
Que della lo sabría,
Porque su parte alegremente allana,
Con otros cumplimientos y favores,
Y cuya voluntad sabré mañana;
Que si á la honestidad de mis amores
Ha mostrado Leonarda tal recato,
Que pudieran matarme sus rigores,
Llegado el tiempo en que se ponga en trato
El casamiento, y en concierto justo,
¿Cómo podrá mostrar el pecho ingrato?
PEDRO.
La dama que al galán muestra disgusto,
Funda en la honestidad el descontento;
Pero al marido libremente el gusto.
El parabién os doy del casamiento.
GARCÍA.
Si no lo estorba esta partida á Hungría,
Presto se logrará mi pensamiento.
Agora, apenas amanece el día,
Cuando la noche le cautiva y cierra
En servicios y fiestas de María.
PEDRO.
Con justa causa nuestra alegre tierra
Estima la ventura que ha tenido.
GARCÍA.
¡Oh mar de España, la contienda y guerra
Que el viento, de tus olas revestido,
Forma por este tiempo, en paz dilata:
Deja que llegue el águila á su nido!
Una ciudad pacífica retrata,
Formando como escuadras en hileras,
Por calles de cristal campos de plata.

Las prevenidas naves y galeras
Que la fortuna próspera acompaña
Á las opuestas playas y riberas,
Humille su marítima campaña,
Porque de tanta gloria participe
El golfo de León al león de España,
Con la divina hermana de Felipe.

Vanse.

Sale Elvira.

ELVIRA.

Amor, que nunca dejaste,
Desde que al mundo naciste,
De engañar cuanto pudiste,
De matar cuanto miraste:
Amor, víbora pisada;
Amor, rapaz lisonjero;
Amor, hijo de un herrero
Y de una mujer errada:
Amor, de cuyos anzuelos
No hay segura voluntad,
Hijo de la ociosidad
Y padre vil de los celos:
¿Qué te hacía en esta güerta,
Sola y descuidada Elvira,
Que, puesta al arco la vira,
Tiras y me dejas muerta?
Cosme, ¿no era ya mi dueño
Y mi conjunta persona?
¿Qué vitoria, qué corona
Ganas en quitarme el sueño?
Amor, tú serás mi fin;
Misericordia te pido.
¡Oh, nunca hubiera venido
Aqueste Pedro al jardín!
Si quiero tomar la rueca,
Apenas doy vuelta al huso;
Que el pensamiento, confuso,
Todo lo revuelve y trueca.
Si quiero poner la olla,
Ni la cato, ni la espumo;
Algún dimuño presumo
Se me ha metido en la cholla.
Todo es andarme tras él
Por dondequiera que va;
Siempre he de estar donde está,
No me puedo hallar sin él.
Yo moriré de este mal.

Sale D. Juan.

JUAN.

Bien vais, esperanza mía;
Que justamente porfía
Quien espera premio igual.
Los días paso mirando
Si baja tal vez mi bien,
Donde si acaso nos ven
De las ventanas hablando,
Nadie advierte nuestro amor,
Tales son las dichas mías;
Y aunque paso bien los días,
Las noches paso mejor.
Si bien andar desvelado
Don Fernando por su prima,
Cuanto Leonarda me anima,
Me desmaya su cuidado.
¡Elvira me estaba oyendo!
(Cualquiera cosa me asombra.)
¿Qué me quiere aquesta sombra
Que siempre me va siguiendo?

ELVIRA.

Pedro, por quien tal pedrada
Me dió con su honda Amor;
Pedro, por cuyo rigor
Pienso que estoy empedrada;
Pedro, piedra para mí,
¿Cuándo ha de ser aquel día
Que mi esperanza y porfía
Hallen acogida en ti?
¿Cuándo te piensas doler
De mis cuidados?

JUAN.

Elvira,
Considera, advierte, mira
Que eres de un hombre mujer
Que es mi primo, por lo menos,
Y que ofenderle no es justo.

ELVIRA.

Pedro, cuando os falta gusto,
Todos los hombres sois buenos.

JUAN.

Á mí no me falta amor;
Que en el respeto reparo.

ELVIRA.

¿Respeto?

JUAN.

Pues ¿no está claro?
Á la sangre y al honor.

ELVIRA.

¿Cuándo respetos ajenos,
Si queréis, consideráis?
Sí, gente sois que miráis
En un primo más ó menos.
¡Plega á Dios no sea verdad
Cierta cosa que sospecho!

JUAN.

Por los cristales del pecho
Me ha visto la voluntad.
¡Que apenas llegue el amor,
Cuando le sigan los celos!
Quiero engañar sus recelos:
Elvira, si del temor
De Cosme librarme puedo,
No habrá cosa que no intente
Por tu gusto.

ELVIRA.

Amor no siente
De los peligros el miedo.
De noche, entre estos jazmines,
Podremos los dos hablar.

Sale Cosme.

COSME.
¿Téngoos de andar á buscar
Por güertas y por jardines?
¡Oh, si Pedro estaba aquí,
Buena disculpa tendréis!

ELVIRA.
¿Qué es lo que agora queréis,
Que siempre os andáis tras mí?

COSME.
No me habléis de chirimía;
Porque ¡por el sol de Dios,
Que.....

ELVIRA.
¡Mal año para vos!

COSME.
¿Tras Pedro andar todo el día?
¡Por los órganos benditos,
Que os tengo.....

JUAN.
Primos, ¿qué es esto?

COSME.
¿Qué ha de ser?

JUAN.
¿Vos descompuesto?

ELVIRA.
Pues á fe.....

COSME.
No me deis gritos;
Entrad allá noramala.

ELVIRA.
Entraránse.

COSME.
¿Qué razón?

ELVIRA.
¿Han vido el bobalaysón?
Si el Rey llevara alcabala
De tontos, más le valiera
Que las Indias.

Vase.

COSME.
Y si al Rey
Pagara por justa ley
Toda mujer bachillera
Una blanca al mes no más,
No tuviera en qué poner
Lo que había de valer.

JUAN.
No lo creyera jamás.
¿Vos con Elvira enojado?

COSME.
Vuélvenme sus cosas loco;
Pero estadme atento un poco.

JUAN.
Todo me causa cuidado.

COSME.
Hay cierto signo en el cielo
Que le llaman Capricornio,
Que reina sobre hortelanos
Á veinte y cuatro de Agosto.
Éste es de tal calidad,
Que no se poniendo en cobro,
Dando el sol en la cabeza,
Con el ardiente bochorno
Salen unos picotitos,
Que no los sintiendo el propio
Que tiene la enfermedad,
Desde lejos los ven todos.
Soy hortelano, ya veis,
Y deste mal temeroso,
No quiero que, por desgracia,
Que Elvira es mujer, vos mozo,
Me naciese un turumbón
Tal, que con ningún socrocio
Se me baje de la frente;
Y así habrá de ser forzoso
Que os volváis á las Italias
Con el arcabuz al hombro,
Y dejéis el azadón;
Que aun temo (si no es antojo)
Que aun os habéis de llevar
Á mi mujer de retorno.

JUAN.
Cosme, yo soy vuestro primo,
Mas si vos estáis celoso,
No os quiero hacer mal casado;
Que es celoso, sobre tonto,
Incurable enfermedad:
Vuélvome á Italia, quejoso
De ver término tan bajo;
Luego en camino me pongo
Que me volváis mi dinero.

COSME.
¿Tan presto os vais?

JUAN.
Es forzoso.

COSME.
¡Qué colérico que sois!
Ea, no haya más enojo;
Que no lo dije por tanto.

JUAN.
¡Oh, á cuántos ha puesto el oro
El sufrimiento en la frente
Y las capas en los ojos!
¿Quédome en casa?

COSME.
Pues ¡no!
Pero con recato en todo,
Huyendo de darme causa
Á pensar algún quillotro;
Que este día la amistad
Hizo fin.

JUAN.
Yo haré de modo
Que vos quedéis satisfecho
Y Elvira también.

COSME.
¿Qué? ¿Cómo?

JUAN.
Que viváis en paz los dos,
Sin reñir uno con otro.

COSME.
Pues con aquesa palabra
Voy á sacar los repollos;
Que no seremos amigos
En habiendo monipodio.

Vase.

JUAN.
Turbado estuve escuchando
Del villano cauteloso
Los celos. ¡Oh amor valiente,
En qué peligro me pongo!
Hablo de noche á Leonarda,
Porque de mi ropa tomo,
Con ayuda de Lisardo,
Que por las señas conozco,
Vestido galán y rico;
Mas luego á mis plantas oigo
Que me busca entre estos cuadros
Esta villana ó demonio.
También don Fernando viene
Tal vez, tierno y amoroso,
Á requebrar á Marcela,
Y estuvo una noche en poco
De llegar á conocerme,
Si con un salto no pongo,
Por lo bajo de las tapias,
Tierra en medio, presuroso.
¡Oh amor! ¿En qué ha de parar
Este atrevimiento loco?
Don Fernando viene. ¡Ay, cielo,
De cualquier temor me asombro!

Sale D. Fernando.

FERNANDO.
Hallarte solo, Pedro, tengo á dicha,
Para hablarte en negocios que me importan.

JUAN.
Yo serviros, señor, tengo por dicha.
(Hoy en su flor mis esperanzas cortan
Las manos de mi bárbara desdicha.)

FERNANDO.
Dejando muchas causas que me exhortan
Á hacer, Pedro, de ti la confianza
Que ha dado á mis cuidados esperanza,
Sabrás que yo he tratado el casamiento
Con don García, un caballero noble,
Á mi hermana Leonarda, cuyo intento
No puedo hacer que á la razón se doble:
No así combate en alta mar el viento,
Ni con menor rigor peñasco inmoble,
Que yo la persüado, y ella, esquiva,
Inobediente, de su bien se priva.
Y no sabiendo qué ocasión podía
Obligarla á porfía tan villana,
Hallé, Pedro, la causa, aunque venía
Más á vèr á mi prima que á mi hermana.
Á esta ciudad, para pasar á Hungría,
Parte de la nobleza castellana
Ha venido gallarda, y habrá sido
La causa alguno que la habrá servido.
Porque anoche le vi, que por la reja
Con ella hablaba, y sé que no quedara
Del castellano el catalán con queja
Si por las tapias bajas no saltara.
Mañana se han de alzar; cuanto haces deja,
Y con dos ó tres hombres las repara;
Advirtiendo también que has de ir conmigo
Á aguardar esta noche mi enemigo,
Que éste no vendrá solo; y pues soldado
Fuiste en Italia, y hombre me pareces
Para toda ocasión, puesto á mi lado,
Bastantes prendas de valor me ofreces.
¿Tienes espada?

JUAN.
Y un broquel guardado,
Que hecho rajas se ha visto algunas veces.

FERNANDO.
Pues ven, porque te dé capa y sombrero.

JUAN.
Voy por la hoja.

FERNANDO.
Pues allá te espero.

Vase.

JUAN.
Salí de la confusión
Y del peligro en que estaba,
Aunque no del casamiento
Que le han propuesto á Leonarda;
Pero, en fin, ella no quiere:
Claro está que soy la causa,
Aunque contra mí me lleva
Quien con la verdad se engaña.
Uno soy de los que trujo
La nobleza castellana,
No para pasar á Hungría,
Mas sólo por ver á Italia.
Mi Leonarda está en la reja;
No puede ventura tanta
Suceder á mejor tiempo.

Leonarda á la reja baja.

LEONARDA.
¿Es Pedro?

JUAN.
Mi bien, aguarda,
Que he de volver con tu hermano
Con ferreruelo y espada;
Que dice que un castellano
Por esta huerta te habla,
Y dice bien, pues soy yo.
Mi propio nombre me llama
Cuando yo te llegue á hablar,

Porque he pensado una traza
Para hablarte en su presencia.

LEONARDA.

No te entiendo bien, aguarda.

JUAN.

Con las mujeres discretas
Sola una palabra basta.

Vase.

LEONARDA.

¡Extraña confusión, extraño intento,
Extraño pensamiento,
Tener celos mi hermano,
Y con razón, de un hombre castellano!
¡Oh amor, profundo mar, eterno abismo!
¡Tener celos del mismo
Á quien lleva á su lado!
Pues donde más acierta, más ha errado.
Casarme pretendió con don García;
Mas ya, ¿cómo podía
Obedecer su gusto?
Porque amor y casarse es caso injusto.

Salen D. Fernando y D. Juan, con armas.

JUAN.

Este consejo te doy,
Si quieres saber quién habla
Con Leonarda, mi señora,
Porque yo llegaré á hablarla
Fingiendo que soy el hombre
Que por las paredes salta,
Pues es fuerza que ella entonces
Le ha de nombrar engañada.

FERNANDO.

¡Discreto consejo! Llega,
Y escucha por la ventana
Si ella ó Marcela, su prima,
Hacen labor en la sala.

JUAN.

Ya llego.

LEONARDA.

¿Quién es?

JUAN.

Señor,
En la reja está Leonarda.

FERNANDO.

Finge que eres castellano,
Pues la lengua castellana
Hablas con tanta destreza.

JUAN.

En los presidios de Italia
La aprendí famosamente.
Yo soy, hermosa Leonarda.
Ve escuchando lo que dice.

LEONARDA.

¡Oh, mi don Juan de Peralta!

JUAN.

Don Juan de Peralta dijo.

FERNANDO.

Ya lo entiendo. ¡Hermosa traza!
Ya por lo menos sabemos
El nombre; habla más, ¿qué tardas?

LEONARDA.

¿Cómo venís, mi señor?

JUAN.

Lleno de mortales ansias,
De celos de don García.

FERNANDO.

¡Qué lindamente la engaña
Tratando del casamiento!

LEONARDA.

Aunque mi hermano se cansa
En persuadirme, no crea
Que haré de mi amor mudanza;
Ya estoy casada en Castilla.

FERNANDO.

¡Dice que ya está casada!

LEONARDA.

Ya soy vuestra, don Juan mío,
Y no hay más firme lazada
De diamantes, para el pecho,
Que la que casa dos almas.
Mejor sois vos que García;
Que ya estoy bien informada
De vuestra hacienda y nobleza.

FERNANDO.

Menos mal del que esperaba,
Si es este don Juan tan noble.
Buscarle quiero mañana:
No permita mi desdicha
Que con la Reina se vaya,
Si es posible que en mi honor
Haya más que la esperanza.
Que es el amor tan sutil,
Ejemplo tantas desgracias,
Que fía todo el valor
Sobre cualquiera palabra.

Elvira con sombrero, capa y espada; detrás Cosme con capilla y espada.

ELVIRA.

¿Puede haber mayor locura
Que, celosa de mi ama,
Venir á acechar las rejas?

COSME.

Siguiendo voy sus pisadas.
¡Voto al sol, que desta vez
Toda la hestoria se acrara!

FERNANDO.

Pedro, los contrarios vienen.

JUAN.

Pues saca, señor, la espada.

FERNANDO.

¡Mueran!

ELVIRA.

¿Quién ha de morir?

FERNANDO.

¿Castellanos en mi casa?

ELVIRA.

Elvira soy.

COSME.

Y yo Cosme.

FERNANDO.

Pues ¿adónde vais con armas?

ELVIRA.

Á Cosme vine á acechar,
Que por esas tapias bajas
Mete mozas en la güerta.

FERNANDO.

¿Hay tal maldad?

ELVIRA.

Esto pasa.

FERNANDO.

¿No tenéis vergüenza?

COSME.

¿Yo?

ELVIRA.

Vos, pues.

COSME.

Si no me levanta
Testimuños, ¡prega á Dios.....

FERNANDO.

Ahora bien: los dos se vayan;
Que mañana yo sabré
Cómo mi casa se guarda.

COSME.

¡Voto al sol, que he de poneros
Como un salmón las lunadas!

ELVIRA.

Saberlo tiene señora:
¿Pensáis que no os vi sacarlas
Almendras verdes y priscos?
Cinco ó seis tenéis preñadas.

COSME.

¿Hay mayor bellaquería?

Vanse.

FERNANDO.

¡Buena noche los aguarda!

JUAN.

¡Extraños celos!

FERNANDO.

Notables.

JUAN.

¡Qué gracia!

FERNANDO.

¿Fuése mi hermana?

JUAN.

Ya se fué.

FERNANDO.

Pues ven conmigo;
Que quiero que demos traza
Para buscar en Palacio
Este don Juan de Peralta.

TERCERA JORNADA.

Salen Leonarda, Marcela y D. Juan, muy galán, con capa y sombrero de plumas.

LEONARDA.

Vete, mi bien, que el aurora
Ver estas flores desea;
No se levante y nos vea
Mi hermano.

JUAN.

Después, señora,
Que el sol que adora las dora,
¿Decís que el alba saldrá?

LEONARDA.

¿No ves que lo muestran ya
Calandrias y ruiseñores?

JUAN.

Pues digan las mismas flores
Si en ellas el alma está.

LEONARDA.

Vete, que vernos recelo
Si sale el sol.

JUAN.

Yo me iré;
Quien con ese sol no ve,
No verá con el del cielo.

LEONARDA.

Vete, que es mucho desvelo
Para no haber descansado
De las galas y el cuidado
Que te ha costado la fiesta.

JUAN.

Si mi Aurora no se acuesta,
Siempre estaré desvelado.

LEONARDA.

Noches quedan; ya es de día,
Vete, mis ojos, con Dios.

JUAN.

Pues el sol se mira en vos,
Resplandeced, fuente fría;
Flores, creced á porfía
Hurtándoles las colores;
Salid, claveles, salid
Y aquestos cuadros vestid
De mis alegres favores.

Vase.

MARCELA.

Amor, Leonarda, no siente
Ni el cansancio ni el temor.

LEONARDA.

Cuando no tuviera amor,
Hoy probara su accidente.
Permíteme que te cuente

De aquesta noche la fiesta,
Y verás si tengo puesta
El alma en dichosa parte.

MARCELA.

Leonarda, sólo escucharte
Será la mejor respuesta.

LEONARDA.

Fuí con mi hermano á la famosa playa
Que de la roja púrpura corona
De nativos corales la atalaya,
Registro de la mar de Barcelona.
Y aunque otras mil atarazanas haya,
Donde el arte galeras perfecciona,
Rindan ventaja á la que lleva el día
Que salga en ella la imperial María.
Pinta un caballo un célebre poeta,
Diciendo que es el mismo pensamiento,
Tal vez que, de los aires estafeta,
Desprecia en la carrera su elemento.
Ya dice que paró veloz cometa,
Esparciendo relámpagos al viento,
Copiando, porque á Rubens se anticipe,
El retrato de Júpiter Filipe.
Pues ¿cuánto con mejor pincel, Marcela,
Este caballo de la mar pintara,
Si su cristal, sirviéndole de tela,
En la ribera contrapuesta para?
Los rojos remos de una y otra espuela
Parecen alas de la Fénix rara,
Que volarán, aunque mojadas plumas,
Rompiendo el agua y levantando espumas.
Ha puesto la ciudad tanto cuidado,
Marcela, en fabricar esta galera,
Como si en jaspe ó mármol coronado
De mil columnas un palacio hiciera.
De ébano, de oro y de marfil labrado,
El más rico escritorio no pudiera
Igualar á la popa; que es mentira
Cuanto en cuadras de príncipes se mira.
Estrado pueden ser los filaretes
De la más alta y principal señora;
Los árboles, mesanas y trinquetes
Más le doran al sol que el sol les dora.
Flámulas, estandartes, gallardetes,
Que al sol de Hungría llevarán su Aurora,
Con tales ondas de damasco mueven,
Que las del agua con las puntas beben.
En esta caja han de llevar el uno
De los cuatro diamantes españoles,
Perla que no la tuvo mar ninguno
De cuantos vieron popas y faroles.
El frío en Alemania es importuno,
Por eso el uno de sus cuatro soles,
Filipe, dos Infantes y María,
Quedándose con tres, España envía.
Después que vi, Marcela, el Argos nuevo
Que ha de llevar el rubio vellocino,
Mejor Jasón á más dorada Febo,
La negra sombra de la noche vino.
En Palacio, no sé cómo me atrevo
Á decirte que vi su sol divino,
Donde el amor con general deseo
Le previno las galas de un torneo.
Pero esto corta maravilla encierra
Para las muchas que sus ojos vieron,
Pues más de cuatro mil hombres de guerra,
Entrando la ciudad, la recibieron.
Aquí mostró la belicosa tierra
De qué valor sus armas procedieron,
Entoldando los aires tafetanes
De tantos generosos Capitanes.
Puede armar Barcelona, que es trofeo
Digno de su grandeza, en un instante
Diez mil soldados; pero ya el torneo
Me pide señas de mi dulce amante.
En cuatro carros, como el mundo, veo
Dividido el teatro militante,
Que le formaron con bastante espacio,
Juntándose á la puerta de Palacio,
Cuatro cuadrillas que, de veinte en veinte,
Con las armas la noche hicieron día;
El carro celestial resplandeciente
Con los mantenedores parecía.
Tanta color y pluma diferente,
De las celadas fúlgidas salía,
Como se ven distintas las colores
En macetas de plata varias flores.
En medio, pues, Marcela, de la fiesta,
Al gran teatro un caballero sube,
Que aventurero, espada y lanza apresta,
En quien la vista con razón detuve.
No conociera, la celada puesta,
Mi amado sol, pues le sirvió de nube,
Á no ser por Lisardo, su padrino,
Que á darme el premio á la carroza vino.
Pasó la voz en el vulgar estruendo,
De que era caballero castellano,
Cuando don Juan, con su padrino huyendo,
De las curiosas fué seguido en vano;
Y sin las armas, al jardín volviendo,
Agora se transforma en hortelano,
Renovando la antigua gallardía
Que estas hazañas emprender solía.
Donde Lisardo, aquel su amigo, vive,
Las armas deja, y como viste viene
Donde mi alma, aurora, al sol recibe,
Que entre estas flores mi esperanza tiene.
Temo que el tiempo deste bien me prive;
Así, celoso de su honor, previene
Casarme don Fernando; y don García,
Mientras más le aborrezco más porfía.
En tanto yo, fingiendo ruiseñores,
En esta dulce primavera, ¡ay cielos!
Desciendo á este jardín, y escucho amores,
Y sin salir, sosiego sus desvelos.
Mientras sus diligencias son mayores
Buscando mi don Juan, llenos de celos,
Le tengo aquí, sin que malicia tanta
Sepa que es él el ruiseñor que canta.

MARCELA.

Extraña y nunca vista gallardía
Atreverse, Leonarda, un caballero

Castellano, á salir adonde había
Tanto señor bizarro aventurero.

LEONARDA.

¡Ay, Marcela! Mi hermano y don García:
Entre estas murtas esconderme quiero.

MARCELA.

¿No le quieres hablar?

LEONARDA.

No, que no es justo,
Si anda cerca don Juan, darle disgusto.

Escóndense.

Salen D. Fernando y D. García.

FERNANDO.

Esta ha sido la causa, don García.

GARCÍA.

Y ¿sábelo Leonarda?

FERNANDO.

No lo sabe.

GARCÍA.

¿Que por la huerta ese don Juan venía?

FERNANDO.

Cierto portillo le sirvió de llave:
Busquéle por Palacio todo el día,
Y no debe de ser persona grave,
Pues nadie sabe que tal hombre venga,
Ni en casa de la Reina oficio tenga.

GARCÍA.

Si don Juan de Peralta se apellida,
Y es hombre principal, ¿cómo es posible?

FERNANDO.

Querrá, por ser persona conocida,
Andar en estas fiestas invisible.
Leonarda, en los jardines divertida,
Cosa para mis celos insufrible,
Dice que entre estos árboles y flores,
Sólo viene á escuchar los ruiseñores.

GARCÍA.

¿Tantos cantan aquí?

FERNANDO.

No sé si cantan:
Que apenas el aurora las despierta,
Cuando Marcela y ella se levantan,
Y bajan á las fuentes de la huerta.

GARCÍA.

Sin duda con su canto las encantan,
Y más si tiene á todas horas puerta
El ruiseñor don Juan.

FERNANDO.

Persona es alta.

GARCÍA.

Así lo dice el eco de Peralta;
Pero dejadme á mi buscar al hombre.

FERNANDO.

¿Cómo le habéis de hallar, si yo no puedo?

GARCÍA.

Yo sé que lo sabré, diciendo el nombre
Á gente de Madrid y de Toledo.
¡Que ponga un forastero gentilhombre
Á caballeros catalanes miedo!
¡Vive Dios, si la vida no me falta,
Que he de hallar y matar este Peralta!

Vase.

MARCELA.

¿Qué te parece, Leonarda,
Del valiente don García?

LEONARDA.

Que dentro del alma mía
Don Juan, de los dos, se guarda.

MARCELA.

En el jardín se quedó
Tu hermano.

LEONARDA.

Á verle saldré,
Como que ahora llegué.

MARCELA.

¿Y yo contigo?

LEONARDA.

Pues ¿no?
¿Tan de mañana, Fernando?

FERNANDO.

Por la mano me ganaste,
Pues lo mismo preguntaste
De que me estaba admirando.
Dirás que vienes á oir,
Como sueles, en las flores,
Á tus dulces ruiseñores.

LEONARDA.

Más tarde suelen venir.

FERNANDO.

Y vos, señora Marcela,
¿Tenéis la misma afición?

MARCELA.

Más gusto de una canción
Que Elvira con Isabela,
Á quien ayudan también
Los amigos jardineros.
Al salir los dos luceros
Cantan al alba muy bien.

FERNANDO.

¿No la podremos oir?

MARCELA.

¿Por qué no? Cosme.....

Sale Cosme.

COSME.

Señora.....

MARCELA.

Si los amigos ahora
Pueden á cantar venir
Eso de los ruiseñores,
Fernando y yo lo pedimos.

COSME.

Pues al instante venimos.

FERNANDO.

Música, fuentes y flores,
Bien podrían despertar,
Prima, en vos el sentimiento

Que no puede mi tormento.

MARCELA.

No pueden dormir y amar
Asistir en un sujeto.

FERNANDO.

Luego ¿amáis?

MARCELA.

Pienso que sí.

FERNANDO.

Yo lo entendiera por mí
Si cupiera en ser discreto.

MARCELA.

¡Qué triste Leonarda está!

LEONARDA.

Divertida en esta fuente,
Mirando estoy su corriente
Cómo viene y cómo va.

FERNANDO.

Pensarás que es ruiseñor
El bullicio del cristal.

LEONARDA.

No canta el arena mal.

Cosme, Elvira y músicos.

ELVIRA.

¿Quién lo manda?

COSME.

Mi señor.

Cantan.

MÚSICOS.

No son todos ruiseñores
Los que cantan entre las flores,
Sino campanitas de plata
Que tañen al alba,
Sino trompeticas de oro
Que hacen la salva á la gloria que adoro.

FERNANDO.

¿Cuya es la letra?

COSME.

Señor,
Yo la compuse.

ELVIRA.

Es mentira.

FERNANDO.

¿Sois poeta?

COSME.

Calla, Elvira.

ELVIRA.

Si Góngora fué su autor,
¿Para qué dice qué es él?

COSME.

¿No veis que se usa así?
Pero oid mis versos.

FERNANDO.

Di.

COSME.

Riberas de Zapardiel,
Estaba un pastor echado,
Sin zurrón y sin ganado,
Muerto de hambre y de frío:
¡Qué desvarío!
Dióle amor en la mollera,
¡Qué borrachera!
Con un box de zapatero:
¡Ay, que me muero!
Por Inés de Villalobos
Da corcovos,
Y ella se fué con un sastre:
¡Qué desastre!
Nadie se fíe de Ineses
Por cuatro meses,
Que sin los nueve cumplir
Suelen parir;
Y traer esos chichones
Son traiciones.
Aquí la historia hace fin.
¡Dilín, dilín!
¡Dilón, dilón!
¡Ay, que tañen en San Martín!
¡Ay, que tocan en San Antón!

MÚSICOS.

¡Qué buena letra!

COSME.

Es verdad
Que las capillas la cantan
Desta suerte, y que levantan
El pueblo por novedad.
Mas ya que todos se fueron
Por no escochar mi poesía,
Porque bastaba ser mía,
Adonde nunca se oyeron
Perigallos en la lengua,
Sino los concetos craros,
Que en Pedro tengo de habraros.

FERNANDO.

¿En Pedro?

COSME.

¿Qué mayor mengua
Que inquietarme mi mujer?
Que me la tiene perdida;
Que ni me guisa comida,
Ni aun ya la acierta á comer.
Ayer me trujo un mortero,
Pidiéndole un azadón;
Hoy le pedía el jubón.....

FERNANDO.

Pues bien, ¿qué os trujo?

COSME.

El braguero.

FERNANDO.

¿Sois enfermo?

COSME.

No, señor;
Que es de Pedro, mi pariente.

FERNANDO.

Pues para que no os afrente
(Que echarle es mucho rigor),
En mi cuarto.....

COSME.

¡Ah, mujer vana!

FERNANDO.

Hay vacío un aposento,
Y en él podrá estar.

COSME.

No siento
El ver á Elvira liviana,
Tanto como verle á él
Tan cuidadoso y peinado.

FERNANDO.

Ello está así remediado:
No os atraveséis con él.

COSME.

El cielo, señor, os guarde.

Vase.

Sale D. Juan.

JUAN.

¿Tan de mañana á las flores?

FERNANDO.

Merecen los ruiseñores
Verlos por mañana y tarde;
Y vos, Pedro, merecéis
Mejor un justo castigo:
Pues ¿cómo á un deudo amigo,
La mujer le pretendéis?
Si no lo fuérades mío,
No sé, ¡por Dios! lo que hiciera.

JUAN.

¿Yo, señor?

FERNANDO.

¿Qué deudo hubiera
Que hiciera tal desvarío?
Yo os quiero bien, y así os quiero,
Pedro, con Julia casar,
Y con ella os quiero dar
Casa, ajuar y dinero,
Porque, como á su criada,
Leonarda la vestirá;
Y no busquéis mujer ya
Dentro en mi casa y casada.

Vase.

JUAN.

¡Señor!

LEONARDA.

¿Querrás disculparte?

JUAN.

Leonarda, verdad ha sido
Que Elvira me ha perseguido;
Mas querer asegurarte
De una villana tan vil,
Fuera, en quien yo soy, error
Y afrenta de tu valor.

LEONARDA.

¡Gentil disculpa sutil!
Pero el galán más gentil
Y que más lealtad nos guarda,
Quiere más, si le acobarda
Sólo el esperar un hora,
La brevedad labradora
Que la señora que tarda.
¡Qué presto se comunican
Á cualquier cosa posible
Los hombres, y á lo imposible,
Qué mal la esperanza aplican!
En viendo que les replican
Á cualquiera petición,
Acuden á la traición;
Que como su libertad
Nació sin honestidad,
De cuantas los quieren son.
¿Estos eran los deseos,
Las lágrimas y suspiros?
Para hacer tan bajos tiros,
¿Qué sirven altos empleos?
¡Qué pensamientos tan feos!
Pero no me espanto ahora
Que coma á la labradora
Quien ayuna á la endiosada,
Porque supla la criada
Lo que falta á la señora.
Ahora bien, esto hizo fin;
No haya más, señor don Juan,
Que aunque mi aposento os dan,
Más queréis el del jardín;
¡De la violeta al jazmín
Quisiera verle abrasado!
¡Buen galardón me habéis dado!
Pero gran consuelo ha sido
El haberos conocido
Antes de veros casado.
¿De esos sois? No me quedara
Criada, por vil que fuera,
Que de vos estar pudiera
Segura, aunque más guardada.
Pues antes de ser casada
Estos disgustos me dan,
Castilla me da un refrán
Que dice: «Allá darás, rayo:»
Tenga yo sola el ensayo,
Y otra la fiesta, don Juan.

Vase.

JUAN.

¡Señora, señora mía!
¡Leonarda! ¡Tenla, Marcela!

MARCELA.

¿Qué he de tenerla, si vuela
Con alas de tu osadía?
¿Quién en el mundo podía,
Si no un castellano, hacer
Tal maldad? ¿Esto es querer?
¿Quiérese allá desta suerte?

Vase.

JUAN.

¿Eso dices? Oye, advierte.....
Fuése, engañóse; es mujer.

¿Qué fiera, qué tigre airada,
Qué sierpe se pudo ir,
Qué mar, sin querer oir,
Ó qué víbora pisada?
¿Qué león, qué ardiente espada
En venganza de traición?
Que no hacen comparación,
Ni la pueden igualar,
Fiera, tigre, sierpe, mar,
Víbora, espada y león.

Entra Elvira.

ELVIRA.
Á dicha, Pedro, he tenido
En esta ocasión hallarte.

JUAN.
¡Qué consuelo, y en qué parte,
Para tanto bien perdido!

ELVIRA.
¿Cuándo ha de ser aquel día
Que tengas duelo de mí?

JUAN.
¿Cuándo de no verte á ti
Será tal la dicha mía?

ELVIRA.
Una palabra siquiera,
¿No escucharé de tu boca?

JUAN.
Acuchillas una roca
Con una espada de cera.

ELVIRA.
¿Qué tienes, que tan mortal
Me responde tu desdén?

JUAN.
Por ti he perdido mi bien;
Mira tú qué mayor mal.

ELVIRA.
¿Por mí, traidor? ¿Eso pasa?
¿Qué mal tienes tú por mí?

JUAN.
¿No es mal echarme por ti
Don Fernando de su casa?

ELVIRA.
Pues ¿qué causa pudo haber?
. . . . (1)

JUAN.
Decir Cosme, tu marido,
Que le quito su mujer.

ELVIRA.
Que te echará no lo creas,
Que tienes buenos padrinos.

JUAN.
Huiré de tus desatinos
Adonde nunca me veas.

Vase.

Sale Cosme.

COSME.
Juráralo yo. ¡Así, así!
¿Siempre juntos?

ELVIRA.
Preguntaba
Á Pedro que dónde estaba
La sartén que ayer le dí.

COSME.
Pues dime, ¡maldita seas!,
¿Cómo pidiendo sartén,
Responderte viene bien
«Adonde nunca me veas?»
¡Por los bodigos benditos
Del día de Todos Santos,
Que coja de aquí dos cantos!.....

ELVIRA.
¡Ay, ay, ay!

COSME.
¿Sin daros, gritos?
¿Es la treta llamatoria
Para que vengan vecinos?

ELVIRA.
Desatinos.

COSME.
¿Desatinos?
Ya entiendo toda la hestoria.
Juntos las noches y días,
Y tú, muy fuera de ti,
Tras él de aquí para allí,
Como el perro de Tobías.
Pues yo os daré tal jabón,
Aunque hagáis más diligencias,
Que os queden las dos ausencias
Como ruedas de salmón.

Sale D. Fernando.

FERNANDO.
¿Siempre habéis de estar riñendo?
¿Siempre celos? ¿Sólo un día
No habéis de vivir en paz?

COSME.
Señor, si no quiere Elvira
Hacer lo que yo le mando,
No tendré paz en mi vida.

ELVIRA.
Señor, si Cosme es celoso,
Y sobre necio porfía,
¿Quién de los dos tiene culpa?
Pedro sus cuadros cultiva,
Y yo estoy en mis haciendas;
Tantas cosas imagina,
Que anoche entró de repente,
Pensando que yo sería,
Y halló á Pedro, que le daba
De comer á la borrica.
¿Esto se puede sufrir?

FERNANDO.
Elvira tiene justicia,
¡Noramala! Mirad bien
Lo que hacéis.

COSME.
Si la pollina
Tiene las orejas blancas,

(1) Falta un verso.

¿Fué mucho engañar la vista
Pensando que eran las tocas?
Demás que, como crujían
Los granos de la cebada,
Presumí que le decía
Algún requiebro entre dientes.

FERNANDO.

Ahora bien, Cosme, esto sirva
De que no haya más enojos;
Habladla, ¡por vida mía!,
Que yo quiero hacer las paces.

COSME.

Señor, como quiera Elvira.
Aquí estoy.

FERNANDO.

Ella querrá.
¡Ea, Elvira!

ELVIRA.

¿Yo le había
De abrazar?

COSME.

Agradeced
Que señor me lo suplica.

ELVIRA.

Pues ¿haráme para Pascua
Manteo, ropa y basquiña?

COSME.

¡Que no haya paces sin sastre!
Luego ha de entrar. ¡Qué desdicha!
¡Ea, que yo lo haré todo!

ELVIRA.

Pues yo os abrazo, mi vida.
¡Qué maridito, qué ojos,
Qué copete, qué barbita!
Santantón parece el hombre
En ermita de Galicia.

COSME.

Añadedura de pierna,
No soltéis la taravilla.

ELVIRA.

¡Quién os viera en el reloj,
Carnerito de Medina!

Vase.

COSME.

Ya, mi señor don Fernando,
Que esta de mujeres pizca
Se fué, y que mis celos trata
Como si fueran mentira,
Sepa su merced que quiero
Comprar un macho, y querría
Saber el valor que tiene
Esta moneda esquesita,
Para que nadie me engañe.

FERNANDO.

¿Qué es della?

COSME.

En esta bolsita
La tengo.

FERNANDO.

Estos son doblones:
Oro, y armas de Castilla.
¿Vos tenéis este dinero?

COSME.

Pues ¿cuándo ha sido desdicha
Tener dineros, señor?

FERNANDO.

La inocencia y la malicia
Se han juntado en esta bolsa.
¿Quien os la dió?

COSME.

No me riñas.

FERNANDO.

¡Bellaco, traidor!

COSME.

Tener
Dinero, ¿es bellaquería?

FERNANDO.

¿Quién te lo dió? ¡Presto!

COSME.

Pedro,
Señor, el primero día
Que vino de las Italias.

FERNANDO.

Allí viene; vete aprisa,
Y déjame aquí con él.

COSME.

Nunca pensé que sería
Desdichado con dineros.

Vase.

Sale D. Juan.

JUAN.

Lágrimas ablandan iras.
Ya queda llana Leonarda,
Desengañada y mi amiga;
Mucho me costaron celos,
Pero amistades confirman.
¡Oh, qué bien dijo un poeta
Que sus defectos sabía,
Que el amor es celos de oro,
Y celos amor de alquimia!
Mas ¡ay! aquí está Fernando.

FERNANDO.

Pedro, aquesta casa es mía,
Y como ella es todo honor,
Le ha de tener quien la sirva.
Fiéle de vos muy necio.....

JUAN.

¡Aquí se acaba mi vida!
¡Qué de fortunas me siguen!

FERNANDO.

Y cuando yo presumía
Que érades hombre de bien,
Hallé que todo es mentira,
Pues dais á Cosme doblones,
Siendo verdad conocida
Que es á costa de mi honor.
Pues, Pedro, por cortesía,
Sin que haya paso de daga,
Por ser prevención traída,

Que me digáis quién os dió
La bolsa, y no de reliquias,
Aunque es ya del mundo el oro
La mayor idolatría.

JUAN.

Señor, diciendo verdad,
Como Elvira me quería,
Me dió esta bolsa, y me dijo
Después de grandes porfías,
Que aquel don Juan de Peralta,
Caballero de Castilla,
Se la dió porque le abriese
La puerta; yo, que tenía
Amor, dila á su marido,
Sabiendo que la codicia
Ablanda al más fiero toro
Que vió del Tajo la orilla;
No tuve culpa, que fué
Necedad entonces mía
No deciros la verdad.

FERNANDO.

¿Dos veces, infame Elvira,
Así mi casa y tu honor
De esa manera ofendías?
Vete, que viene mi hermana
Y me importa hablarla.

JUAN.

¡Expira
Sin remedio mi esperanza!

Vase.

FERNANDO.

Puesto que el honor me incita
Á la venganza, es prudencia
Que con alguna mentira
Quite á mi hermana el amor,
En cuyo remedio estriba
Que se case, y que ella propia
Su casamiento me pida.

Sale Leonarda.

LEONARDA.

Menos solías estar,
Fernando, en este jardín.

FERNANDO.

Cuidados son, y á este fin
Hallo en sus flores lugar.
Estos son los ruiseñores,
Leonarda, que vengo á oir;
Mas ya es tiempo de decir
Y tratar cosas mayores.
Yo, hermana, he disimulado
Vuestro necio pensamiento,
Pensando, á mi honor atento,
Que lo hubiera remediado.
Mas con engañados medios
Seguí tan injusto error,
Porque nunca un grande amor
Tuvo fáciles remedios.
Sabiendo el que habéis tenido
Á ese don Juan castellano,
Más como padre que hermano
Os daba el mismo marido
De que hicisteis elección;
Pero no quise que fuese
Sin que primero se hiciese
De quién era información.
Halléle gran caballero
Que de los Falces venía
De Navarra, y que tenía.....

LEONARDA.

Lo que espero desespero;
No sé en lo que ha de parar.

FERNANDO.

El tal don Juan de Peralta,
Una muy notable falta
Sin poderse remediar.
Todos dicen que es casado
Y con dos hijos no más,
Con que, Leonarda, sabrás
Qué necio fué tu cuidado;
Y que el haberle tenido
En García, era mejor,
Pagándole el gran amor
Que sabes que le has debido.
Reformar quiero mi casa;
Los pícaros jardineros
Han de salir los primeros.

LEONARDA.

Ya sabes lo que me pasa;
Sólo te pido perdón,
Y que erré como mujer
Confieso, mas no el tener
Al castellano afición,
Para tu deshonra fuera;
Que ya informarte quería,
Si el amor que á don García
Tienes, licencia me diera.
Echa esta gente de aquí;
Que dalles la culpa quiero,
Y salga Pedro el primero,
Que por él, más que por mí,
Entró don Juan en tu casa.

FERNANDO.

Saldrá luego, y por mi honor
No le mato.

LEONARDA.

Eso es mejor,
Y con tu gusto me casa;
Que sólo, como decías,
Eres mi padre y mi hermano.

FERNANDO.

¡Oh, industria, no fuiste en vano!

Vase Fernando.

LEONARDA.

¡Adiós, esperanzas mías!
No más engaños de amor.

Sale D. Juan.

JUAN.

Amor, en haciendo paces,
Con más glorias satisfaces
Que diste pena y dolor.
Dijéronme que á la huerta
Bajó la hermosa Leonarda.
¡Con qué contento me aguarda,
Ya de mis verdades cierta!
¡Qué descanso que me espera
En sus brazos! Mas ¿qué veo?
Gloria y fin de mi deseo,
Dulce aurora y primavera
Destas flores venturosas,
Que con más alegre risa,
Adonde tu planta pisa
Vuelve las espinas rosas;
Aquí está el esclavo tuyo.
¿Qué es esto? ¿Si la tristeza
Se atreve á tanta belleza?
¡Ay de mí! Mi muerte arguyo;
Á tu ceño restituyo
Aquella falsa alegría
Que de tu amistad tenía.
¡Oh, cómo pareces rosa
Que naciendo al alba hermosa,
Te cierras al fin del día!
¿No hablas, mi amada prenda?
¿Hay alguna novedad?
¿Qué importa que á la verdad
Tan necia mentira ofenda?
Habla, mi bien, haz que entienda
En qué te pude ofender;
Porque callar y querer
Con tan severa templanza,
Es género de venganza
Que no se ha visto en mujer.
Habla y mátame; siquiera
Dí: Por esto te maté.
¿Hay amor, lealtad ni fe,
Tan firme, cabal, ni entera?
Esta alma, ¿no es verdadera?
Estos ojos, ¿no han llorado
Verdades que han aumentado
Estas flores? ¿No era yo
Su ruiseñor? ¿Quién te dió
El veneno que me has dado?

LEONARDA.

Irme sin hablar quería,
Y aunque ya tus sinrazones
Me han quitado las prisiones,
Estoy como suele el día
Que el preso que las tenía
No acierta después á andar;
Esto me ha hecho esperar,
Que aunque libre mi sentido
De la prisión que ha tenido,
No acierto á andar ni á callar.
¿Á qué efecto, castellano,
Con dos hijos por lo menos,
Que ellos bien pueden ser buenos
Siendo su padre villano,
Venías á ser tirano
De una mujer principal?
Que cuando de culpa igual,
Como siempre, á amor la den,
Eso fué quererte bien,
Pero á mí quererme mal.
¿De Madrid vienes casado
Á casarte en Barcelona?
¿Tú de la imperial persona
De la Reina eres criado?
¿Habías imaginado
Irte con mi honor á Hungría?
¡Vive Dios, que el mismo día
Te siguiera y te matara
Dondequiera que te hallara!

Hace que se va.

JUAN.

Espera, Leonarda mía,
Espera.

LEONARDA.

¿Qué he de esperar?
¿Á mí tretas castellanas?
Las mujeres catalanas,
¿Se dejan, don Juan, burlar?

JUAN.

Si te ha querido engañar
Tu hermano para casarte,
Y puedes desengañarte
Con tanta facilidad,
¿No será grande crueldad
Dejar, mi bien, de informarte?
¿Yo casado?

LEONARDA.

Luego ¿no?

JUAN.

¿Yo con dos hijos? ¿No miras
Que con tan claras mentiras
Don Fernando te engañó?

LEONARDA.

¿Cómo puedo saber yo
Que mi hermano me ha engañado,
Y que tú no eres casado?

JUAN.

Con esta carta no más,
Donde un retrato hallarás
Con quien estaba tratado.

LEONARDA.

¡Hermosa es la castellana!

Lea.

«Después que con tantas quejas
Dejastes vuestros amigos,
Padres, hermanas y deudas
Me rogaron que os escriba
Que deis á Madrid la vuelta,
Donde tratan de casaros

Con el dueño de esa prenda,
Que, fuera de su hermosura,
Tiene cinco mil de renta
Y esperanza de otros cuatro.»
Dejo de leer por verla.
¡Brava moza! ¿Esto dejáis?
¡Oh, qué mal pensada ausencia!
Volved, volved á Madrid;
Que tal dote y tal belleza
Ningún cuerdo la dejara;
Volved, y casaos con ella;
Mirad que os está llamando,
Y que pone tanta fuerza
Por hablar, que rompe el naipe.
¿Qué aguardáis? ¿Queréis que venga
Á Barcelona por vos?

JUAN.

¡Qué desdicha, qué tibieza!
¡Ni desengaños ni engaños,
Con vos, señora, aprovechan!
Mudastes en don García
Aquella falsa firmeza.
¡Ay de mí, cuántos trabajos
Mi engañado amor me cuesta!
¡Decildo vos; hablad, flores,
Á quien mis lágrimas riegan!
Fuentes, ¿qué silencio es éste,
Si tienen las aguas lengua?
Pues que lo fueron mis ojos,
Por fuente siquiera os duelan.
Yo me iré, pues que lo soy,
Al mar, y no con la Reina,
Sino adonde muerto acabe
La vida, aunque no la pena.
Acordaos del labrador,
Fuentes, flores, plantas, hierbas,
No Pedro, sino don Juan;
Y vos, catalana fiera,
Que después que me habéis muerto,
Me habéis dicho la sentencia.

LEONARDA.

¿Hay gusto como escuchar
Estas amorosas quejas?

JUAN.

Dadme el retrato, y adiós.

LEONARDA.

¿El retrato? ¡Antes os diera
Mil muertes, vil castellano!

JUAN.

Pues ¿dónde, mi bien, le llevas?

LEONARDA.

Á quemarle con el fuego
Que en las entrañas me dejas.

Vase.

Salen D. Fernando, Cosme y Elvira.

FERNANDO.

¡Ea, sin tardar un punto,
Salgan los dos de la huerta!

COSME.

Pareces en el jardín
El ángel de Adán y Esgueva.

FERNANDO.

¡Ah, villanos alcahuetes!
¿Desta manera se premia.....

COSME.

¿Yo alcahuete?

FERNANDO.

Vos, picaño,
Que por dinero mi puerta
Habéis abierto á don Juan.

COSME.

¡Ojalá decir pudiera
Que la mujer me engañó!

ELVIRA.

¿Desta manera nos echas,
Después de haberte servido?

COSME.

Déjeme sacar siquiera
Mis bragas de cordellate
Y el capote de las fiestas.

Vanse los dos.

JUAN.

Señor, si puedo contigo,
Por la afición que me muestras,
Alguna cosa, te ruego
Que término les concedas.

FERNANDO.

¡No es mala la intercesión!
Vos, que con él y con ella
Fuistes cómplice en mi agravio,
¿Volvéis, con poca vergüenza,
Por ellos? ¡Salid de aquí!

JUAN.

¿Yo, señor?

FERNANDO.

¡Si no tuviera
Respeto á mi propio honor.....

JUAN.

Señor, ¿en qué está la ofensa?
¿De qué os quejáis?

FERNANDO.

En haber
Vuestra desleal bajeza
Metido un hombre en mi casa.
¡Salid brevemente della!

JUAN.

Si la ofensa fué ponelle,
¿Será, por dicha, defensa,
El ponelle en vuestras manos
Y que vuestros ojos vean
Hoy á don Juan de Peralta?

FERNANDO.

¿Dónde le he de ver?

JUAN.

En ella.

FERNANDO.

Si sabéis, Pedro, quién soy,
¿Para qué pedís respuesta?

JUAN.
Pues aguardad por aquí;
Que yo haré que don Juan venga,
Y os le pondré en esta cuadra.
FERNANDO.
Ninguna cosa desea
Tanto mi alma.
JUAN.
Esperad
Hasta que os llame Marcela.
FERNANDO.
Cumplid, Pedro, la palabra,
Que os mando, como yo vea
Este don Juan de Peralta
Dentro de mis propias puertas,
La mejor que hay en mi casa.
JUAN.
Esa palabra me lleva
Seguro á hacer una cosa
Tan peligrosa y mal hecha.

Vase.

FERNANDO.
¿Qué tengo que desear,
Como en mi casa le tenga?
¡Hoy he de cobrar mi honor!

Salen D. García y D. Pedro.

PEDRO.
¿La misma Leonarda ruega
Á don Fernando que os case
Tan brevemente con ella?
GARCÍA.
Si los cielos son mudables,
¿Qué os espantáis de que sean
Las condiciones humanas
Á su mudanza sujetas?
Quien ayer me aborrecía,
Hoy me quiere y me desea;
La firmeza en las mujeres
Es nunca tener firmeza.
PEDRO.
Pues os casáis, don García,
Hablad bien, pues habláis dellas;
Que es muy de necios casados
Hablar mal de las ajenas,
Por buenas que sean las suyas.
GARCÍA.
Don Fernando está en la huerta.
PEDRO.
Solo y pensativo está.
GARCÍA.
Saliendo la hermosa Reina
De Hungría á honrar, como el sol,
Ilustrando el mar, la tierra,
¿Con ese descuido estáis?
FERNANDO.
No pudiérades, si fuera
Vuestro pensamiento el mío,
Y un alma propia la nuestra,
Venir en tal ocasión.
GARCÍA.
Cuando aventurar se ofrezca
La vida por vos, ninguno
Faltará de lo que deba
Á quien es, y á vos, Fernando.
FERNANDO.
El castellano que intenta
Sin voluntad de Leonarda
(Que, agradeciendo la vuestra,
Hoy me ha dicho que os estima,
Y por marido os desea),
Tengo dentro de mi casa,
. . . .
Porque con engaño en ella
Me le ha puesto, ó le pondrá,
El labrador desta huerta
(De quien sus secretos fía),
Viendo que le echaba della.
GARCÍA.
¿Qué decís?
FERNANDO.
Que esta venganza
Os toca á los dos por fuerza:
Á vos, que ya sois marido
De Leonarda, pues con ella
Os casaréis esta noche;
Y á don Pedro, porque tenga,
Como amigo de los dos,
Parte en la venganza nuestra.

Hablan, y salen Cosme y Elvira con alguna ropa.

COSME.
Vos tenéis la culpa, Elvira;
Por vos de casa nos echan.
ELVIRA.
Eso sí, siempre tenemos
De cualquier cosa siniestra
Culpa todas las mujeres:
Yo, imitando á la primera,
Á la sierpe se la doy.
COSME.
¿Sierpe hay aquí?
ELVIRA.
¿Qué más fiera
Que vuestros celos?
COSME.
Aun bien
Que sacamos nuestra hacienda,
Que no nos echan desnudos:
¿Posistes bien la espetera?
ELVIRA.
Todo lo lleva el pollino;
Mirad vos si se nos queda
Olvidada alguna cosa.
COSME.
Agora echaré la cuenta.
ELVIRA.
Miraldo todo muy bien.

COSME.
Yo, el pollino, vos, la puerca;
Pratos, escodillas, cama,
Almocafre, azadón, rueca,
Arca de muesos vestidos,
Y otra con ella, pequeña,
En que están vuesos embustes,
Moñaduras y jaleas,
Redomillas, limonadas,
Botes de todas conservas;
El cernícalo, la urraca,
Mis polainas de estameña.....
Ea, todo está cabal.

FERNANDO.
Quedo; ya viene Marcela,
Que así Pedro me lo dijo.

Sale Marcela.

MARCELA.
Hallarte á solas quisiera.

FERNANDO.
¿No es mejor acompañado
Para que testigos sean
Del agravio de mi honor?

MARCELA.
No pienso yo que lo quedas.

FERNANDO.
¿Cómo?

MARCELA.
Como quien se casa,
Cuando tiene iguales prendas,
Más honra que agravia, primo.

FERNANDO.
Pues ¿quién se casa, Marcela?

MARCELA.
Don Juan de Peralta, un hombre
Cuyo valor y nobleza
Dice una cruz de Santiago.

FERNANDO.
Y ¿es bien sin que yo lo sepa?
Y ¿adónde está?

MARCELA.
Con Leonarda.

FERNANDO.
¡Haré pedazos la puerta!

Don Juan, de galán, con hábito, y de la mano Leonarda.

JUAN.
Yo soy, señor don Fernando,
Don Juan de Peralta.

FERNANDO.
Espera.

JUAN.
Y Leonarda mi mujer.
No Pedro, si bien por ella
Fuí los días que sabéis
Labrador de aquesta huerta.
Si la muerte ha merecido
Esta amorosa fineza,
Aquí estoy.

COSME.
¡Pardiez, Elvira,
Que mueso primo lo era
De la señora de casa!

GARCÍA.
Yo más presto respondiera.

FERNANDO.
Leonarda, agora he caído
Por qué andabas en la huerta.
¿Son éstos los ruiseñores?

LEONARDA.
Pues ¿agora se te acuerda
Que en las huertas del amor,
Aunque cuidado se tenga,
No son todos ruiseñores
Los que cantan entre las flores?

COSME.
Sino Pedros, que á Leonarda
Cantan el alba;
Sino doblоncitos de oro,
Que entran y salen y se alzan con todo.

FERNANDO.
Aquí, señor don García,
La prudencia da las armas:
Ya tiene Leonarda dueño.

GARCÍA.
Doy parabién á Leonarda.

FERNANDO.
Y á mí, si Marcela quiere.

COSME.
Todos se casan y abrazan.
Pedro, pues que sois el dueño,
Todos quedamos en casa.

JUAN.
Convidad á estos señores;
Que aquí la comedia acaba,
No el deseo del poeta,
Que para serviros canta,
Ruiseñores, cuando cisne;
Que si perdonáis sus faltas,
Veréis, discreto senado,
Para vuestras alabanzas,
Que siempre es negra la tinta,
Aunque estén las plumas blancas.

LA MAYOR VITORIA

LA MAYOR VITORIA

PERSONAS

Elena.	Pompeyo.	Lidoro.
Flora.	Otón.	Leonelo.
Casandra.	Alberto.	Persio.
Fabia.	Libio.	Un criado.
Otavio.	Rodulfo.	Tres criadas.
Fineo.	Fabricio.	

ACTO PRIMERO.

Elena, Flora y Casandra.

ELENA.
Yo nunca supe de amor.
FLORA.
Sus leyes tengo por vanas.
CASANDRA.
De suerte que, en tres hermanas,
Vino á dar en la menor.
ELENA.
Debe de fundarse en ti (1).
CASANDRA.
Yo no he tenido por dicha
Amor, puesto que lo soy;
Antes la culpa le doy
Deste amor á mi desdicha,
Á sólo sentir ausencia,
Retirada en esta quinta,
Aunque tan poco distinta
De la ciudad de Florencia.
ELENA.
Los celos de nuestro padre,
Casandra, dan ocasión
Á su cuidado, en razón
Justa de faltarnos madre.
Entró en Florencia el famoso
Otón, á quien nombre dan
De emperador alemán;
Su ejército victorioso
Se aloja por la Toscana;
Sus gallardos capitanes
En Florencia, más galanes
Que de guerra; y pienso, hermana,
Que el retirarnos acá
Es asegurar su honor.
CASANDRA.
Mal lo pasará mi amor
Si Otón se detiene allá.
FLORA.
Bien puede venir Otavio
Á verte, pues está ausente
Nuestro padre.
CASANDRA.
Si la gente
De Otón no hace á nadie agravio;
Si viene como señor,
Aunque con soldados viene;
Si nombre de dueño tiene,
Y no de conquistador,
¿Qué teme Pompeyo?

Fineo y Fabia.

FINEO.
Á Fabia:
¿Puedo

(1) Verso asilado entre dos redondillas.

Llegar?

FABIA.

Seguro podrás.

FINEO.

La licencia que me das,
Fabia, me ha quitado el miedo.

FABIA.

Eres tú muy temeroso.

FINEO.

Señoras, el cielo os guarde.

CASANDRA.

¡Fineo!

FINEO.

¿Podrá un cobarde
Ser, para hablar, animoso?

CASANDRA.

Seguro estás: llega.

FINEO.

Llego.

CASANDRA.

¿Tráesme papel?

FINEO.

Papel vivo.
Á Otavio.

Otavio.

OTAVIO.

Mejor te escribo
Mi amor, mi pena, mi fuego
Con la lengua, aunque turbada,
Que con la pluma.

CASANDRA.

Aquí están
Mis hermanas.

OTAVIO.

No tendrán
Mi voluntad por culpada;
Que, puesto que son estrellas,
Bien puede haberme cegado
El sol, pues no he reparado,
Hermosa señora, en ellas.
Á las dos pido perdón;
Y como Paris troyano,
No fuera jüez villano
De tan igual perfección.
Dividiera el premio en tres:
Á Minerva diérale uno
Por la guerra, el otro á Juno
Por la riqueza, y después
Á Venus diera el tercero
Por diosa de la hermosura.

ELENA.

Á Flora:

¡Por buen estilo procura
Otavio darle el primero!
Mas Casandra lo merece,
Y merece nuestro amor.

FLORA.

Justamente á su valor
El primero premio ofrece.

CASANDRA.

Dejad agora el burlalla,
Para que Otavio nos diga
Qué hay de Florencia.

OTAVIO.

Si obliga
La patria por madre á honralla,
Oid la entrada de Otón
En Florencia, aunque sucinta.

CASANDRA.

No está mi padre en la quinta;
Hablad, pues hay ocasión.

OTAVIO.

Coronado del ínclito Gregorio,
De la Iglesia santísimo monarca
Por el sacro romano Consistorio,
Que del gran Pescador le dió la barca,
El nuevo Constantino, el nuevo Honorio,
Otón, que con sus águilas abarca,
No Ganimedes, que era humilde robo,
Mas todo el peso del terrestre globo,
Quiso, como señor de la Toscana,
Honrarla con su espléndida presencia,
Y dejando la máquina romana,
Calificar los muros de Florencia.
Amaneció serena la mañana
(Que aun hacer sabe el tiempo diferencia),
Y abierta la primera celosía,
Huyó la noche y asomóse el día.
De la ciudad más bella y más hermosa,
Y más ilustre que en Europa mira
Purpúreo Febo, se encendió la honrosa
Fama en la luz que á eternizarle aspira;
Vistióse de la tela más preciosa
Con que la Persia y China desafía (1),
Y las calles, distintas en colores,
Formaron cuadros de fingidas flores.
Pintaros en su entrada las ventanas
Con tantas damas de Florencia bellas,
Donde faltaron tales tres hermanas,
No excusa la razón de encarecellas.
Los ojos, que á hermosuras alemanas
Estaban enseñados, sólo en vellas,
Como retratos del celeste coro,
Olvidaban su nieve, rosas y oro.
Entró delante la mayor nobleza
De Florencia, con galas que mostraron
De la ciudad la próspera riqueza,
En que de Italia el resto aventajaron;
Confundióse de ver naturaleza
El arte con que tanto la industriaron,
Pues pudo confesar en esta parte
Que la ennoblece y perfecciona el arte.
Iban detrás los ricos magistrados
Con las insignias de la paz divina,
Haciendo las colores de los grados

(1) Falta la rima.

Honra al honor y vista peregrina:
Los dos derechos, verdes y encarnados,
Amarillo color la Medicina,
Azul y blanco la sagrada ciencia,
De su celo y candor correspondencia.
Luego, por los metales sonorosos
Las desiguales voces concertadas,
Penetraban los aires espaciosos,
Y las cajas belísonas templadas;
Y puestos en alarde numerosos,
Al hombro las cuchillas aceradas,
Soldados de la guarda la seguían,
Que con plata y azul resplandecían.
Después de las insignias militares,
Banderas conquistadas y blasones,
Por varias tierras, por distintos mares,
Políticas y bárbaras regiones,
Suspendiendo las voces populares,
En que suelen mostrar los corazones,
El César se mostró, cuya persona
Aun era digna de mayor corona.
No queda en olmo en que las aves chillan,
Entrando azor, más suspendido el canto,
Ni el son con que los aires acuchillan
Mansas palomas si cesó el espanto;
Ni el yunque en que los cíclopes martillan,
Cesando el golpe, se suspende tanto,
Pues del caballo bélico se oía
El son con que á compás el suelo hería.
Era un frisón castaño, corpulento,
Tan poblado de crines, que pudieran
Llegar donde el bordado paramento,
Si las cintas y rizos lugar dieran.
Él mismo de sí mismo era instrumento;
Las manos y los pies el compás eran;
Que, como la trompeta se alejaba,
Tascaba el freno y á su son danzaba.
El magnánimo Otón es un mancebo
Proporcionado, varonil, robusto,
Galán, airoso, y á decir me atrevo
Que enseñara grandeza al mismo Augusto.
Coronábale Dafne, ingrata á Febo,
Él con celos de amor, ella con gusto,
Pues presumiendo el sol que á Otón hería,
De las armas y dél más luz salía.
Éstas, que á Marte parecieran graves,
Mirando, en lince convertido, estuve,
Y en sus ojos pronósticos suaves
De que Florencia á sus laureles sube.
Llegó á palacio, recibió las llaves
De un ángel que bajó desde una nube,
Diciendo: «Al grande Otón Florencia ofrece
Lo más que puede y menos que merece.»

ELENA.

Si como la relación
Entró el César, ¡quién le viera!

FLORA.

Pues yo, Elena, no quisiera
Ver más vivamente á Otón.

CASANDRA.

Rüido siento: mi bien,
Vete de la quinta luego.

OTAVIO.

Nunca el bien tiene sosiego.

CASANDRA.

Allá me llevas también.

Vanse Otavio y Fineo.

ELENA.

¿No iríamos disfrazadas
Á Florencia á ver las fiestas?

FLORA.

Las voluntades dispuestas,
Presto se ven concertadas.

ELENA.

En hábito, digo yo,
De labradoras podremos,
Y al césar Otón veremos,
Que tanto Otavio alabó.
Damas, calles, fiestas, son
Una confusión: ¿quién duda
Que donde todo se muda
Gocemos de ver á Otón?

FLORA.

Bien dice Elena. ¿Quién puede
Conocernos?

CASANDRA.

¿Si entretanto
Viene nuestro padre?

ELENA.

Cuanto
De ver mujeres sucede,
Está disculpado ya;
Fuera de que nos dejó
Por irse, y presumo yo
Que hoy ni aun mañana vendrá.

CASANDRA.

Pues, Fabia, entre las villanas
Más ricas de aquesta aldea
Busca vestidos.

FABIA.

Dantea
Y Libia, con sus hermanas,
Las galas mayores tienen.
Mas ¿no tengo de ir allá
Con vosotras?

ELENA.

Claro está.

FLORA.

Cuantos de Florencia vienen,
Cuentan mil cosas.

ELENA.

El ver
Tanto á la mujer recrea,
Que la que ver no desea,
No debe de ser mujer.

Vanse.

Pompeyo y Libio.

POMPEYO.

Proseguid, y no os turbéis.

LIBIO.

No os cause mi turbación,
Pompeyo, la admiración
Que de otras cosas tenéis.
Honesto caso ha de ser,
Si todo lo prueba el fin.
Amo á Casandra, y, en fin,
Os la pido por mujer.

POMPEYO.

Donde el fin es bueno, es clara
Filosofía que todo
Es bueno.

LIBIO.

Pues de ese modo,
En mi justo amor repara.

POMPEYO.

Yo confieso tu riqueza
Y que soy pobre; mas mira:
Nunca la riqueza admira
Adonde falta nobleza.
Pobre soy, pero no tanto
Que no esté, gracias á Dios,
Contento.

LIBIO.

Pues en los dos,
¿Qué es lo que te causa espanto?

POMPEYO.

No me quieres entender.
El faltarte la nobleza;
Que no cubre la riqueza
Lo que ella puede ofender.
Y en consuelo á tus intentos,
Digo á tu buen natural
Que no me parecen mal
Los honrados pensamientos.

Vase.

LIBIO.

¿Á quién ha sucedido
Tan gran deshonra, sin haber ¡ay, cielos!
Ocasión precedido?
El alma me lo dijo con recelos.
Mas ¿quién imaginara
Que de mi honrado amor se deshonrara?
Pedirle que me diese
La menor de sus hijas, ¿es posible
Que afrenta mereciese
Tan bárbara, enojosa é imposible?
Despedirme pudiera
Sin deshonrarme, si él honrado fuera.

Vase.

Otón y Alberto.

OTÓN.

Alberto, yo querría
Que esta insigne ciudad reconociese
Fácil la gracia mía;
Que libremente me tratase y viese.
Dése á todos la puerta;
Hállenla siempre el pobre y rico abierta.

ALBERTO.

Señor, los altos reyes
Más muestran su Real naturaleza
En el templar las leyes
De la severidad, que en la grandeza;
No rinde tantas palmas
Reinar un rey en reinos, como en almas.

OTÓN.

Marqués, éste es mi gusto.
Ni á mí ni á mis valientes capitanes
Quiero tener por justo
Que nos llamen feroces alemanes.
Abrid todas las puertas,
Pues tengo yo las de mi pecho abiertas.

Vase.

Flora, Elena, Casandra y Fabia, de labradoras, con rebozos y sombreros.

FLORA.

Á la fe, que nos entramos
Por el hilo de la gente.

ELENA.

Temerosa voy.

CASANDRA.

Yo no;
Que quien no ofende no teme.

ELENA.

Las guardas me dan temor.

ALBERTO.

Para sí.

Con la licencia que tienen,
No queda pequeña aldea
Que á ver al César no llegue.

CASANDRA.

A Alberto.

Guarde Dios á su merced.

ELENA.

A Casandra.

¡Hola! Dile que nos deje
Ver algo deste palacio,
Pues más atrevencia tienes.

CASANDRA.

Señor, ¿podremos mirar,
Ya ves que el mirar no ofende,
Estas telas y pinturas?

ALBERTO.

Mirad cuanto gusto os diere.
Hoy está franco el palacio.

ELENA.

¿Han visto qué bien parecen
Tantos hermosos brocados,
Sillas, tablas y doseles?
Si así visten por acá
Los suelos y las paredes,

El señor Emperador,
¿De qué se viste? ¿En qué duerme?
CASANDRA.
Calla, necia, que sus madres
Paren vestidos los reyes;
Que no son como los hombres,
Que se andan vistiendo siempre.
¿No has visto un ángel pintado
Con su corona en la frente?
Pues así, desde que nacen,
Coronados resplandecen.
FLORA.
Unos césares vi yo
De mármol, junto á una fuente.
¿Es así también Otón?
¿Está en nichos de verjeles?
ALBERTO.
¡Oh, qué preciosa inocencia!
FLORA.
¿Qué quiere? Soy inocente.
CASANDRA.
Déjala, señor, que es boba.
FLORA.
Soy boba, señor.
CASANDRA.
No pienses
Que son los mármoles vivos;
Son que en ellos se convierten,
Después que están sepultados,
Por no ser polvo, los reyes.
ALBERTO.
¡Oh labradora fingida!
Esa razón no conviene
Con el rústico lenguaje.
CASANDRA.
El cura lo dijo el viernes;
Que te juro que no es necio,
Y que en nueso pueblo suele
Hacer algunos sermones
Que los ánimos suspenden.
ALBERTO.
Ya es tarde para engañarme.
Suelen decir comúnmente:
«No es oro lo que reluce»;
Pero aquí al revés se entiende:
Que no reluce, y es oro.
Entrad, entrad, porque os muestre
Los grandes aparadores,
Donde veréis que se exceden
Oro y arte el uno al otro.
CASANDRA.
¿Más adentro quiere que entre?
¿No ve que también el cura
Dijo que al mar se parece
El palacio en los peligros?
ALBERTO.
Bravamente se defiende (Aparte.)
Con el cura de su aldea.
CASANDRA.
Á la fe, que si le oyese,
Que no le desagradase,
Sino que, en vez de laureles,
Ha dado en cazar ratones
Con la grasa del bonete.

Otón.

OTÓN.
Detrás de aquesta antepuerta,
Labradora, te miré,
Y tu discurso escuché.
CASANDRA.
¡Ay, señores! ¡Yo soy muerta!
¿Es su merced, por ventura,
El señor Emperador?
FLORA.
Huye, Elena.
OTÓN.
No es menor
Tu ingenio que tu hermosura.
Espera. ¿Quién son aquéllas?
CASANDRA.
Señor, mis hermanas son.
Si su merced es Otón,
De mí se conduela y dellas.
OTÓN.
¿De qué sirve que pretendas
Encubrirte?
CASANDRA.
¿Quién se encubre?
OTÓN.
Tu mismo rostro descubre
La calidad de tus prendas.
¿Eres dama florentina?
CASANDRA.
El dimuño me engañó.
OTÓN.
Mira que nunca encubrió
Cuerpo humano alma divina,
Y que tu discurso oí,
De que estoy maravillado.
Quien tan altamente ha hablado,
¿Por qué se encubre de mí?
De una rosa las divinas
Hojas, ¿no se conocieran,
Por mucho que se escondieran
En laberintos de espinas?
Claro está. Pues ¿qué pretendes?
Á los reyes es traición
Mentirles con invención.
CASANDRA.
Señor, bien sé que me entiendes
Y que no es justo engañarte,
Pues cuando en la rustiqueza
Se imita naturaleza,
Es imposible en el arte.
Hija soy de un caballero
Florentín; mis dos hermanas
Son las que mira tu Alteza,
De mi traje disfrazadas.
Pensando, divino Otón,
Ferocidad alemana,

Y que el ejército tuyo
Fuera destrucción de Italia,
Nos ha llevado á una quinta,
Donde estamos retiradas,
Media legua de Florencia;
Mas, como á guardar no basta
Poder, discreción ni fuerza,
Mujeres determinadas,
Y la novedad es cebo,
En cuyo sedal y caña
Nos suelen pescar los hombres
Honras, vidas, cuerpos y almas,
Con este traje venimos
Á mirar grandezas tantas
Como nos cuentan de ti
Las trompetas de la fama.
Por tu valor, por quien eres,
Divino sol de Alemania,
Que nos dejes ir; no sea
Nuestra desdicha que vaya
Antes que vamos nosotras
Nuestro padre á nuestra casa;
Que no admitirá en disculpa,
Pues que ninguna es casada,
De haber venido á Florencia,
Haber hallado tu gracia.

OTÓN.

Por cierto, la tuya puede
Rendir el mayor valor.
Notable rey es amor;
Al nuestro su imperio excede.
Mas no es mucho que al altura
Del laurel pueda llegar,
Si toma para mandar
El cetro de la hermosura.
Publican que le defiende
De los rayos el laurel;
Es mentira, pues con él
El rayo de amor ofende.
Dime el nombre de tu padre.

ELENA.

Pompeyo.

OTÓN.

Vete con Dios;
Que trataremos los dos
Lo que á tu remedio cuadre.
Ea, señoras.....

FLORA.

Vuestra Alteza
Nos perdone.

OTÓN.

No hay razón
Para que á la inclinación
Pida perdón la belleza.
¿Vuestro nombre?

FLORA.

Elena y Flora.

OTÓN.

Esta cadena tomad,
Flora, en señal de amistad.

FLORA.

No en balde Italia os adora.

OTÓN.

Vos este diamante, Elena.
Vos, ¿cómo os llamáis?

CASANDRA.

Señor,
Casandra.

OTÓN.

Á vuestro valor,
Mayor premio el alma ordena.

ELENA.

Pues, señor, ¿no le dais nada?

OTÓN.

No; que si el alma le dí,
No quiero ofender ansí
La prenda más estimada.

Hacen las damas su reverencia, y vanse.

ALBERTO.

¡Qué cortesano y galán
Vuestra Majestad se muestra!

OTÓN.

No es ya la condición nuestra
De rígido capitán.
En la paz se ha de vivir
Como en la paz: pocos años
Bien pueden sufrir engaños.

ALBERTO.

¿Qué es lo que quieres decir?

OTÓN.

Que la púrpura imperial,
El cetro, la monarquía
Del mundo, la valentía
Del alma, el rigor marcial,
El laurel, y todo el ser
Diera, Alberto, en una vista
Por la dichosa conquista
Desta divina mujer.

ALBERTO.

¿Burla tu Alteza?

OTÓN.

No son
Burlas; verdades te digo.
Mas ¿quién duda que contigo
Tratas de liviano á Otón?
Pues, Marqués, has de saber
Que en el cielo están fundadas
Las voluntades amadas
Años antes de nacer.
¿Qué me aconsejas?

ALBERTO.

Señor,
¿Á tu poder habrá cosa
Dificultosa?

OTÓN.

¡Qué hermosa
Mujer! Matóme de amor.

ALBERTO.

Llamar al padre y honralle,
Como á noble de Florencia,

Era fácil diligencia,
Gran señor, para obligalle.
Que deste conocimiento
Resultará que la veas,
Y tengas lo que deseas.

OTÓN.
Es discreto pensamiento,
Y que mi honor asegura.

ALBERTO.
Pues, señor, voyle á buscar.

OTÓN.
Yo, entretanto, á imaginar
La gloria de su hermosura.

Vanse.

Otavio y Fineo.

OTAVIO.
¡Casandra faltar de aquí!

FINEO.
¿No miras que oirte pueden?

OTAVIO.
Cuando los males exceden,
Danse las quejas ansí.
Volvamos á la ciudad.

FINEO.
¿Cómo en tanta confusión
Las hallaremos?

OTAVIO.
Ya son
Mi fe y amor necedad.
¡Irse Casandra sin darme
Parte!

FINEO.
Nunca la mujer
Para lo que quiere hacer
Busca estorbos.

OTAVIO.
Fué matarme;
Muero hasta volverla á ver.
¿Qué gente es ésta?

FINEO.
Aldeanas.

OTAVIO.
¡Con tantas galas!

Flora, Elena, Casandra y Fabia.

ELENA.
Ya, hermanas,
¿Qué nos queda que temer?

FLORA.
¿Qué dice Fabia?

FABIA.
Llegué,
Pregunté por el señor,
Y está en la ciudad.

CASANDRA.
¡Oh amor
Agradecido á la fe!
Mi Otavio es aquél: llegad.

ELENA.
¡Ah, caballero! ¿Queréis
Algo del campo?

OTAVIO.
Traéis
Tanto más de la ciudad,
Que pienso que estáis burlando.

CASANDRA.
¡Ay, mi Otavio, que no puedo
Encubrirme de tus ojos;
Que se quejan los deseos!

OTAVIO
¿Es Casandra?

CASANDRA.
Sí, mi bien.

OTAVIO.
Notable agravio me has hecho.

CASANDRA.
¿En este disfraz? ¿Por qué?

OTAVIO.
Con ese disfraz me has muerto.

FINEO.
Otavio tiene razón.

CASANDRA.
Levanta, Otavio, del suelo
El rostro; que pensaré
Que es tu enojo fingimiento.
¿Qué importa que hayamos visto
La ciudad? No fué mal hecho
Que, si tú viste las damas,
Viese yo los caballeros,
Pues todos procuran ver.

OTAVIO.
Si te viera, ¡plegue al cielo!.....

FINEO.
No plegues, por vida tuya,
Que el cielo.....

OTAVIO.
Déjame, necio.
¡Plegue á Dios.....

FINEO.
¿Más plegues?

OTAVIO.
Basta.
No quiero jurar; mas quiero
Tomar venganza de mí
Con no verte.

Vase.

CASANDRA.
¡Bueno es eso!

FINEO.
No es muy bueno: bien pudieras
Excusarlo.

Vase.

ELENA.
Ya sospecho
Que viene gente á la quinta.

FLORA.
Hermana, á quitarnos presto
Estas galas aldeanas.
CASANDRA.
¿Hay gusto como dar celos?

Vanse.

Otón y Alberto.

OTÓN.
En tal estado el ciego amor me tiene.
ALBERTO.
¿Es posible que llega á tal estado
Aquel valor, que victorioso viene
Con el laurel del mundo conquistado?
OTÓN.
Amor, Marqués, ni avisa ni previene;
En medio del camino sale armado,
Y como salteador, sin resistencia,
Roba del alma la mejor potencia.

Pompeyo.

POMPEYO.
Déme Vuestra Majestad
Sus invictísimos pies.
OTÓN.
¿Eres Pompeyo?
POMPEYO.
El Marqués,
Honrando nuestra ciudad,
Me dijo que me mandabas
Servirte y verte, en razón
Que de mi noble opinión,
Señor, informado estabas.
OTÓN.
Dame tus brazos, Pompeyo;
Que el que viene á conquistar
Voluntades, ha de dar
Más al noble que al plebeyo.
Pues el imperio te debe
Los consejos que le has dado
De Florencia al magistrado,
Y que nuestro amor te mueve,
Quiero honrarte, como es justo,
Antes que á Alemania vuelva.
POMPEYO.
Corone una verde selva
De lauros, César augusto,
Esas vencedoras sienes.
Yo, señor, no te he servido;
Y me espanto que haya sido
Tal la información que tienes,
Porque en la patria es más propia
La envidia, y causa inquietud.
OTÓN.
Con la máxima virtud
Fué siempre la envidia impropia.
Quiero también que me digas
Qué nobles tiene Florencia,
Para premiarlos también,
Porque presumo que dejan
Los reyes, cuando se parten,
Más segura la nobleza
Cuando estiman los vasallos,
Cuando los servicios premian.
Quiero honrar letras y armas;
Que las armas y las letras
Conservan imperios grandes,
Que se perdieran sin ellas.
¿Tienes hijos?
POMPEYO.
No, señor.
Hijas tengo.
OTÓN.
¿Es diferencia?
POMPEYO.
Son más que hijos; que son
Hijas y cuidados.
OTÓN.
Deja
Esos cuidados á mí.
¿Tienes, por ventura, hacienda
Conforme á tu calidad?
POMPEYO.
No, señor; que destas guerras
Ningún bien me ha resultado;
Que nunca resulta dellas.
OTÓN.
¿Cuántas hijas tienes?
POMPEYO.
Tres,
Que, como las tres potencias
Del alma, están en mi honor,
Y le tengo puesto en ellas.
Son virtuosas sin madre;
Que no es poco. La primera
Se llama Elena, señor,
Pero más casta que Elena.
La segunda Flora, y flor
Que pudo dar á Florencia
Nombre: como padre os hablo;
Perdonadme. La tercera
Es Casandra: aquí bien puedo,
Sin ser de padre licencia,
Tomarla para alabarla,
Porque es lo menos en ella
Incomparable hermosura.
La lengua latina y griega
Sabe, y no como mujer,
Sino con toda eminencia.
Estudió filosofía
Casandra, y puede leerla
En escuelas.
OTÓN.
¡Grandes partes!
Y yo me muero por ellas. (Aparte.)
¿Dónde vivís?
POMPEYO.
Con temor
De vuestra gente tudesca,
Y la feroz alemana

Que en Florencia se aposenta,
Las he llevado á una quinta
Que está de aquí media legua.

OTÓN.

Pues traedlas, con seguro
Que ninguno las ofenda;
Que quiero verlas y honrarlas.

POMPEYO.

Ellas son esclavas vuestras.

OTÓN.

Id norabuena, Pompeyo.

POMPEYO.

¿Cómo puede ser más buena
Que llevando vuestra gracia?

OTÓN.

Creedme que estáis con ella.

Vase Pompeyo.

ALBERTO.

Contento estás.

OTÓN.

¿No es razón?

ALBERTO.

Ya tu descanso se acerca.

ACTO SEGUNDO.

Fineo y Fabia.

FINEO.

¿También tú das en matarme?

FABIA.

Cuando á Florencia venías,
Fineo, mejor sabías
Con celos desesperarme.
Pues ya que estamos en ella,
Permite siquiera el ver
Lo que el ser de ser mujer.

FINEO.

Fabia, de Casandra bella
Es esa buena lección.

FABIA.

Como de mujer, es mía.
¿Ha de venir cada día
Un emperador Otón?

FINEO.

Fabia, Casandra es mujer.

Casandra y Otavio.

CASANDRA.

De mi honesto amor pudieras
Estar seguro.

OTAVIO.

¿Que quieras
Que pueda amar sin temer?
Casandra, cuando temía
Á Libio, un rico mancebo
De Florencia, que por cebo
Oro á tu padre ponía,
Pudieras reprehender
Mis celos, pues te sobraba
Virtud, á quien respetaba
De todo el oro el poder:
Demás de haber respondido
Pompeyo á su voluntad
Con alguna libertad,
De que está Libio ofendido,
Y sé yo que se ha quejado
Á muchos de su rigor;
Pero de un emperador,
¿Quién no ha de tener cuidado?

CASANDRA.

¿Hame visto Otón á mí
Más de una vez?

OTAVIO.

¿Á qué efeto
Honra á tu padre?

CASANDRA.

Es discreto,
Y ha querido honrarle ansí,
Conociendo su valor;
Mas no sabe que yo he sido
Su hija, ni ha conocido,
Como tú piensas, mi amor.
Cuando á mí me vió, también
Á mis hermanas habló;
Joyas les dió, y á mí no:
Parecíle menos bien.
Está seguro, y no creas
Que te quiero y te he querido
De suerte, que ofenda olvido
El justo fin que deseas;
Que yo seré tu mujer,
Ó dejaré de vivir.

OTAVIO.

Como lo sabes decir
Lo quisiera yo creer.

FINEO.

Señor, el mayor engaño
De amor, es creer.

OTAVIO.

Fineo,
Con el temor sólo creo
Lo que ha de ser en mi daño.

CASANDRA.

Tú no ignoras que bien creo
Que me puedes enseñar.

FABIA.

Que te viene á visitar
Entra á decir Doricleo,
El marqués Alberto.

CASANDRA.

¿Quién?

FABIA.

Pienso que es aquel privado

Del Emperador.

OTAVIO.

Tú has dado
Causa á estos males, mi bien.
¿Quieres ya más claridad?

CASANDRA.

Tú ¿no ves que éste es favor?

OTAVIO.

¿Favor que nace de amor?

CASANDRA.

Allí los dos os entrad,
Y veréis que esta visita
No tiene qué os cause enojos.

OTAVIO.

Como ha engañado los ojos, (Ap. á Fineo.)
Cegármelos solicita.
El alma llevo en los labios;
No me tiene menos costa.

FINEO.

Señor, señalar la posta,
Si celos fueren agravios.

Vanse Otavio y Fineo.

ALBERTO.

Dentro.

Quedaos afuera todos.

Sale Alberto.

CASANDRA.

Esta casa,
¿Merece que la honréis? Fabia, una silla.

ALBERTO.

Á honrarme en ella vengo, y á besaros
Las manos, como amigo de Pompeyo.

CASANDRA.

Él conoce, señor, que las mercedes
Que de Su Majestad ha recibido,
Las debe á la que vos le hacéis en todo.

ALBERTO.

Servirle he deseado.

CASANDRA.

Llamar quiero
Á mis hermanas, porque todas juntas
Este favor es justo recibamos.

ALBERTO.

No, no; no las llaméis, si sois servida.

CASANDRA.

Quiero que gocen.....

ALBERTO.

No, no, por mi vida.

CASANDRA.

Quejaránse de mí.

ALBERTO.

Tengo que hablaros,
É importá mucho que secreto sea.

CASANDRA.

¡Secreto á mí, señor!

ALBERTO.

Otón desea,
Por excusar de prólogos cansados,
Deciros por mi lengua sus cuidados.

CASANDRA.

¿Qué cuidados, señor? Mucho le engañan
Los que de mis estudios le fabrican
Quimeras, que en llegando á fundamento,
Como nubes se esparcen por el viento.
Si son cosas que tocan al Estado,
¿Qué leyes imagina que he estudiado?
Si de la guerra, ¿en qué servirle puedo?
La mujer más valiente toda es miedo.

ALBERTO.

No pienso yo que se te olvida el día
Que en disfrazado traje á ver viniste
El palacio de Otón, y que le viste.....
No dije bien; que si le vieras, creo
Que, cuando te libraras del deseo,
Por lo menos vivieras con memoria.
Bellísima Casandra, ten por gloria
Rendir á quien se rinde Europa, y mira
Que despreciado amor se vuelve en ira;
Cuya persona, aunque quien es no fuera,
Obligara á que un mármol le quisiera.
Mira su verde edad y gentileza;
No correspondas mal á tu belleza.
Otón se ha de volver, no ha de infamarte
Con largo trato, como siempre vemos.
Sé reina del que reina en toda Europa,
Y quedas, aunque en breve, muy honrada
De que el mayor laurel, mejor espada,
Más alto entendimiento.....

CASANDRA.

No prosigas,
Que mientras más, á más rigor me obligas.

ALBERTO.

¿Qué quieres decir en eso?

CASANDRA.

Que excusado hubiera sido,
Marqués, hablar atrevido
En el honor que profeso.

ALBERTO.

¿Esto te parece exceso?

CASANDRA.

¿Qué mayor lo puede ser?
Pero haste dado á entender,
Con pensamiento plebeyo,
No el ser hija de Pompeyo,
Sino sólo el ser mujer.
El tenerme Otón amor
Le agradezco, que es muy justo;
Que es César invicto, Augusto,
Soberano Emperador.
Pero en llegando á mi honor,
Si el mismo Júpiter fuera,
Y en Roma nacido hubiera
Cuando Roma fué gentil,
Como al esclavo más vil
Le mirara y le admitiera.

ALBERTO.

Siempre fuí de parecer
Que naturaleza agravia

Á la mujer que hace sabia,
Pues deja de ser mujer;
Porque en llegando á saber,
La natural vanidad
La pone en tal dignidad,
Que quiere quitar al hombre,
Con la grandeza del nombre,
La imperiosa majestad.
No, por feroz alemán,
Te hará agravio el César, no;
Humildemente me habló,
Más que Rey, cortés galán.
Tantos deseos le dan
Tus gracias, que no sosiega.
Mira al extremo que llega,
Y que es razón conocer
Que, aunque noble, eres mujer,
Y que es un rey quien te ruega.

Vase.

CASANDRA.

¡Otavio, Otavio!

Otavio y Fineo.

OVAVIO.

Por cierto
Que de manera ha fundado
El señor embajador
La justicia deste caso,
Que no puedes excusar
De servir al César, dando
Dulce fin á sus deseos.
¡Ay, Casandra! ¿No está claro?
De tribunal de mujer,
¿Qué decreto salió sabio?
Pues no, mi bien, mi señora,
Mi amor primero engañado,
Mi muerte, mi perdición;
Que es poderoso el contrario.
Partiréme de Florencia,
Iréme á Roma entretanto;
Que no quiero yo esperar
La sentencia de mis daños.
El cielo te dé mi vida.....
Mal dije, estaba turbado;
Que ha de ser breve, y mereces
Que la goces largos años.

Vase.

CASANDRA.

¡Ah mi bien! ¡Ah mi señor!
¡Ah mi celoso! ¡Ah mi Otavio!
¡Qué sordos que son los celos
Cuando presumen agravios!
Oye, Fineo.

FINEO.

¿Qué quieres?

CASANDRA.

Dile á Otavio que es engaño
Quererse ausentar con celos.

FINEO.

Bien dices, porque entretanto
Pueden salir verdaderos,
Y ser el dueño culpado.

Vanse Fineo y Fabia.

CASANDRA.

Poder y amor combaten mi firmeza.
¿Qué haré, poder?—Rendirte.—Mal consejo.
Amor, ¿qué dices tú?—Que te aconsejo
Que muestres atrevida fortaleza.
—Otón tiene valor y gentileza.....
—Otavio es de tus ojos claro espejo.
—No te pienso dejar.—Pues yo te dejo.
—¿Qué temes?—Mi desdicha y tu flaqueza.
—Amor, que se va Otavio. Á detenerte
Salgo, mi bien.—Yo parto sin consuelo.
—¿No piensas verme más?—No pienso verte.
—Mira que tengo honor.—Temo y recelo.
—¿Qué haré contra el poder? —¿Qué? Defen- [derte;
Que contra el alma sólo puede el cielo.

Pompeyo, Elena y Flora.

POMPEYO.

Esto me mandó Otón: si me ha obligado
Ya lo veis, con oficios tan honrosos.

ELENA.

Obedecelle es justo.

POMPEYO.

Mi cuidado
Puse sobre sus hombros poderosos.

FLORA.

En fin, ¿nos quiere ver?

POMPEYO.

Hanle contado
Las gracias que tenéis.

ELENA.

No son dichosos
Sino los que se acercan á los reyes.

POMPEYO.

Los filósofos hacen otras leyes.
¿Qué es ver por lo moral algunos necios
Sénecas, de sí mismos retirarse,
Diciendo á los palacios mil desprecios,
Y de las soledades agradarse;
Como Diógenes, dar mayores precios
Al sol que no á Alejandro; y con preciarse
De vivir por tan graves aforismos,
Ser locos homicidas de sí mismos?
No hay cosa como el príncipe; más quiero
Ser en su fuego y rayos salamandra,
Que filósofo rígido y austero
En la presencia bélica alejandra.
¿Casandra estaba aquí?

CASANDRA.

Aparte.

¡Cielos, hoy muero!

POMPEYO.

¿Sabes como has de ver á Otón, Casandra?

CASANDRA.

Yo no, señor; irán Elena y Flora,
Que no estoy buena para verle agora.

POMPEYO.

No se puede excusar, que le he contado
De tus letras é ingenio lo que siento.
Bien puedes ir, honrada de mi lado;
Yo soy quien puede darte atrevimiento.
Es, aunque mozo, circunspecto, y dado
Á las letras con tanto fundamento
El César, que bien puede tu hermosura
Entre sus ojos caminar segura.
No es Otón más soldado que en campaña;
Sabio es Otón, depuesto el noble acero,
Con que le tiemblan Francia, Italia, España
Y todo el orbe.

CASANDRA.

Obedecerte quiero.

POMPEYO.

No sólo de soldados se acompaña,
Conquistador y capitán severo:
Letrados tiene, sabios comunica,
Porque á escribir y pelear se aplica.

ELENA.

De Julio César cuentan, y la fama
Lo muestra de su historia celebrada,
Que escribía de noche con la pluma
Lo que de día obraba con la espada.

POMPEYO.

No quiero, Elena, yo que Otón presuma
Que vuestra fama le ha engañado en nada.
Conmigo vais; ya conocéis que he sido
Padre de vuestro honor y Argos marido.
Vestíos ricamente, porque os vea
En traje de mujeres principales;
Que las galas han hecho á alguna fea
Lucir hermosa en ocasiones tales.

ELENA.

¿De qué vas triste? (Aparte á Casandra.)

CASANDRA.

De que Otavio crea
Que no somos, amando, más leales
Que los hombres.

FLORA.

Pues de eso no estés triste;
Que sólo en celos el amor consiste.

Vanse.

Otón y Alberto.

OTÓN.

¿Qué dices, Marqués?

ALBERTO.

Quisiera
Saber decirte, señor,
Lo menos de su rigor,
Pues es lo más que pudiera.
Después que con mil colores
Retóricos persuadí
Tu amor á su honor, y vi
Las de su rostro mayores,
Dijo: «Debes de entender
Con pensamiento plebeyo,
No el ser hija de Pompeyo,
Sino sólo el ser mujer.
Agradezco á Otón, Augusto,
Soberano Emperador,
Marqués, que me tenga amor,
Que agradecerlo es muy justo;
Pero si en Roma naciera
De padre y madre gentil,
Para mi honor, el más vil
Esclavo Júpiter fuera;
Porque, supuesto que son
Menos en los reyes sabios
Para el honor los agravios,
Son más para la opinión;
Y que si fuera su igual,
Tuviera disculpa amor.»
Con esto, invicto señor,
Las cortinas de cristal,
Guarnecidas de pestañas,
Echó á las dos vidrieras
De sus ojos, en que vieras
De amor rotas las hazañas.
Y aunque palabras crueles,
Por lo que á quien eres toca,
Puso al sello de la boca
Una nema de claveles.

OTÓN.

¿Eso te ha dicho?

ALBERTO.

No he visto
Hermosura y crueldad
Estar en tanta amistad.

OTÓN.

¿Qué fiera, Alberto, conquisto?
¿Que airada no quiso oirte?
¡Qué diamante! ¡Qué rigor!
Mas bien sé que á mi dolor
No he de poder persuadirte.
¡Oh pesar de la venida
Á Italia! ¿Qué me ha importado
Ceñirme el laurel sagrado,
Si me ha de costar la vida?
¡Nunca dejara á Alemania,
Nunca á Florencia viniera!
Aunque por tigre tan fiera,
No es Florencia, sino Hircania.
Nunca mi ejército viera,
Marqués, la margen del Tibre,
Pues estar su señor libre
Más alta vitoria fuera.
¿Quién dijera que el poder
De Otón, con tan bajo modo
Se viniera á poner todo
A los pies de una mujer?
¡Pesia al imperio! ¿Yo soy
Su señor? ¿Yo capitán?
¿Yo soy Otón? ¿Yo alemán,

Y en esta bajeza estoy?
Haz que rompan mis banderas,
Quema las cesáreas naves,
Vuelvan humildes, no graves,
Del Danubio á las riberas:
Pues tiembla el cetro en mis manos,
De una mujercilla roto.
Dile al sagrado piloto
Que nombre rey de romanos.

ALBERTO.

Nunca pensé que llegara
Tu sentimiento, señor,
Á tal estado.

OTÓN.

Es amor;
En que soy hombre repara.
Pasiones humanas tienen
Esta igualdad. Yo saldré
De Italia presto, y pondré
Remedio.

ALBERTO.

Negocios vienen.

Rodulfo.

RODULFO.

Aquí traigo la lista que mandaste
De los nobles y oficios de Florencia.

OTÓN.

¿Qué nobles y qué oficios?

RODULFO.

Esta lista
Tienen los nobles, y ésta los oficios.
Faltan de proveer los magistrados
Y algunos cargos de la guerra.

OTÓN.

Guerra
Fué siempre amor: el general del alma
Piensa ganar en la conquista palma;
Salen los capitanes, los deseos,
Y en lugar de ganar, pierden trofeos;
Y como de unos ojos ven los tiros,
Quiérenlos imitar con los suspiros.
Vete, Rodulfo; que no quiero agora
Tratar de los negocios.

RODULFO.

En buen hora.

OTÓN.

Vuelve..... Pero no vuelvas.

RODULFO.

Aparte á Alberto.

¿Qué es aquesto?

ALBERTO.

Está de ciertas dudas indispuesto.

Fabricio, con papeles, y un criado, con recado de escribir.

FABRICIO.

Aquí las cartas están.

OTÓN.

¿Para dónde?

FABRICIO.

Para Roma.

OTÓN.

Muestra á ver.

FABRICIO.

La pluma toma.

OTÓN.

¡Pues mira qué presto van!

Rasga los papeles.

FABRICIO.

¿Por qué rasga Vuestra Alteza
Las cartas?

OTÓN

Está mal puesto
Ese principio.

FABRICIO.

¿Qué es esto? (Ap. á Alberto.)

ALBERTO.

Cierto dolor de cabeza.

RODULFO.

Aquí está un embajador.

OTÓN.

Pues bien, ¿qué se me da á mí?

RODULFO.

Es el de Milán.

OTÓN.

¿Ansí
Quiere hablarme?

RODULFO.

Sí, señor.

OTÓN.

Pues decid que yo no quiero
Hablarle á él.

RODULFO.

Quiérese ir.

OTÓN.

Ábrale, para salir,
Toda la puerta el portero.

FABRICIO.

Agora llega un correo
De Alemania.

OTÓN.

Llegará
Cansado: descanse allá,
Pues no descansa un deseo.
¡Ay, Casandra! ¿Qué trajiste
En esos ojos el día
Que te vi? ¿Con qué osadía
Arcénique (1) al César diste?
Pero, puesto que condeno
Tu error, no soy, en rigor,
El primer emperador
Que mataron con veneno.

ALBERTO.

Señor, si es tanto tu mal,
Valgámonos del poder.

(1) Arsénico.

OTÓN.

Desdice mucho del ser
De la grandeza imperial.

FABRICIO.

Aquí Pompeyo ha venido
Con sus hijas.

OTÓN.

¿Con quién? Di.

FABRICIO.

Con sus hijas.

OTÓN.

Eso sí.
¡Cielos, tened mi sentido!
Alberto, ¿será verdad?

ALBERTO.

Pues ¿eso dudas, señor?

OTÓN.

En todo pone el amor
Dudosa dificultad.
Vestirme quiero en el traje
De mi grandeza y poder,
Porque Casandra ha de ver
Quién es á quien hace ultraje.
Dame el manto y el laurel.

ALBERTO.

¿Á qué efecto?

OTÓN.

Ya te digo:
¡Tanto puede amor conmigo,
Y yo tan poco con él!

Vanse.

Pompeyo, Flora, Elena y Casandra, ricamente aderezadas y acompañadas de criadas.

POMPEYO.

Aquí presumo que está.

ELENA.

No vayas triste.

CASANDRA.

No puedo
Excusar, Elena, el miedo
Que ver al César me da.

Sale Libio.

LIBIO.

Siguiendo á Casandra vengo, (Aparte.)
Aunque Pompeyo me ha visto:
Tan mal los ojos resisto
De sólo el cielo que tengo.
Y aunque su muerte prevengo
Por la conocida afrenta,
Mientras el brazo la intenta,
Quieren mis justos enojos
Que se entretengan los ojos
Con lo que el amor se aumenta.
¡Ah Pompeyo! ¿Qué razón
Te ha movido á despreciarme?
¡Despreciarme y deshonrarme!
¡Premio injusto á mi afición!
¿Es mejor traer á Otón
Tus hijas de aquesta suerte?
Mas de mi amor loco advierte,
Aunque no estimas mi amor,
Que vengo á vengar tu honor
Solicitando tu muerte.

Otavio y Fineo.

OTAVIO.

¡Aquí Pompeyo y sus hijas!

FINEO.

Pues bien, ¿á quién hace agravio?

OTAVIO.

Haré, ¡por vida de Otavio.....

FINEO.

Quedo, señor, no te aflijas,
Ni por los celos te rijas
En materias del honor.

OTAVIO.

Pues ¿por quién será mejor?

FINEO.

Por el sabio desengaño;
Que no puede haber engaño
Si le previene el temor.

OTAVIO.

Que Casandra haya venido
No lo puedo resistir.
¿No pudo algún mal fingir?
Pero tuvo amor fingido.

FINEO.

Alguna culpa ha tenido;
Que las mujeres, señor,
Saben fingir un dolor,
Á un desmayo semejante,
Mejor que un representante
Cuando se queja de amor.
Con sólo que ella dijera
Que la madre le dolía,
Desde la hermana á la tía
El linaje revolviera,
Que por el palacio fuera
Éste por ruda ó por plumas
De perdiz. Mas no presumas
Que aquí la trajo el deseo.

OTAVIO.

Más penas tengo, Fineo,
Que el mar arenas y espumas.
Aquél es Libio también,
Y áspid libio para mí.

Alberto y Rodulfo.

ALBERTO.

Bien queda el César: ansí (Aparte.)
Obliga á quererle bien.

RODULFO.

Alberto, ¿qué tiene Otón,
Que tan fiero se ha mostrado?

ALBERTO.

Un amor desengañado
Y una engañada razón.

RODULFO.

¿Qué culpa habemos tenido.....

ALBERTO.

¿No has visto un toro que escapa
De la plaza, de la capa,
Del silbo y de verse herido,
Y después, en la ribera,
Buscando al que le silbó,
Un olmo inocente halló
Como si él las varas diera,
Y allí se quiere vengar
Hasta desfogar la furia?
Pues tal á quien no le injuria
Pretende Otón castigar.
Llegad, Pompeyo; que aquí
Aguarda el Emperador.

Corren una cortina, y vese debajo de un dosel Otón, con el laurel y el cetro y con un manto romano, en una silla con almohada.

POMPEYO.

Ya el César, nuestro señor,
Hijas, se descubre allí.
Llegad, besadle la mano.

ELENA.

Pone temor su grandeza.

FLORA.

¿Quién será tan atrevida?

OTÓN.

Aparte.

¡Oh amor! ¿Qué habrá que no puedas?
¿Quién no conoce por mí
Tu extraña naturaleza?
¡Que tiemble yo de mirar
Á quien de mirarme tiembla!
¿Quién dirá que estas insignias
Con que la humana soberbia
Ha puesto el mundo á mis pies,
Á tu poder se sujetan?

POMPEYO.

Llega, Casandra.

CASANDRA.

Á mí no
Me toca ser la primera,
Por ser la menor, señor,
En besar la mano al César.

POMPEYO.

Elena, ¿qué aguardas?

ELENA.

Miro
Mi humildad y la grandeza
De Otón; pero ya me atrevo,
Forzada de tu obediencia.
Déme Vuestra Majestad
Su mano.

OTÓN.

Recibo, Elena,
Contento en verte, y te estimo
Como á la primera prenda
De Pompeyo.

ELENA.

Justamente
Tus negras águilas vuelan
Desde el timbre de tus armas
Á las antárticas selvas.
Prospere tus verdes años
El cielo, para que tengas
Un siglo el mundo en los hombros,
Que humilde tus plantas besa.

FLORA.

Esas, invicto señor,
Vuestra Majestad conceda
Á Flora, porque á su mano
Loco atrevimiento fuera.

OTÓN.

Mucho le debe Pompeyo
Al cielo, porque tan bellas
Hijas coronan de honor
Sus canas.

FLORA.

La gloria vuestra,
Gran Príncipe del imperio,
No en las armas, no en las guerras,
Sino en la humana piedad,
Más altamente se muestra.
Prospere vuestras victorias
El cielo, y donde no llega
El pensamiento, se claven
Vuestras invictas banderas.

CASANDRA.

Casandra, heroico señor,
Que á vuestros pies se presenta
Para besar vuestra mano,
Supuesto que indigna sea,
La India quisiera ser,
En cuya inmensa riqueza
Puso los pies Alejandro,
Porque á los vuestros rindiera
Más oro, plata y diamantes.

OTÓN.

Casandra, si tú deseas
Que diamantes, oro y plata
Tus bellas manos me ofrezcan,
Hoy no te has visto, ni sabes
Tu condición, pues en ella
Más firmes diamantes hay,
Y más oro en tu belleza.
Impropios los dos estamos;
Que tú mejor estuvieras
Aquí con este laurel
Por reina de la belleza;
Y yo á tus hermosos pies
Confesando que sujeta
Cetros y armas la hermosura,
Y que es de los reyes reina.
Pero, ya que no es así,
¡Pluguiera al cielo que fueras
Mi igual, y que este laurel
Entre los dos dividiera!
No estoy desta suerte bien;
Levantarme quiero, espera.
Tomad aquestas insignias.
¿Éstas, Casandra, desprecias?

CASANDRA.

Señor, de mi estimación
Injustamente se queja
Su Majestad; que yo adoro
Sus pies, que los polos besan.
En fe de esto, ya en su mano,
De tantas victorias llena,
He puesto mi indigna boca.

OTÓN.

Traidora mejor dijeras,
Pues siendo tu rey, Casandra,
Me has dado veneno en ella.
Pero de tu boca hermosa
También es justo que advierta
Que á rey no se dió veneno
Jamás en copa tan bella.
Cuando temía Marco Antonio
Que Cleopatra se le diera,
Ella trujo una guirnalda
De rosas en la cabeza.
Comía Antonio con salva,
Brindóle á beber con ellas;
Mas la guirnalda traía
Veneno en sola la media.
Tomó Cleopatra las rosas
Sin veneno, y viendo el César
Que bebía sin peligro,
Se atrevió á beber con ellas.
Echó las que se tenía
Cleopatra, y matar pudieran
Á Antonio; que en las mujeres
Hay notables sutilezas.
Así, Casandra, has traído
Veneno en las rosas bellas
De tus labios para mí,
Y á ti no te han hecho ofensa.

CASANDRA.

Señor, dije al Marqués
Que mi honor.....

OTÓN.

¡Disculpa necia!
Deja, Casandra, el honor.

CASANDRA.

Pues ¿de qué, señor, te alteras?

OTÓN.

Las mujeres que aborrecen,
Casandra, á quien las desea,
Luego del honor se adargan,
Que con amor atropellan.
No hay cosa más por el suelo
Que el honor, cuando se ciegan;
Y en no queriendo, le ponen
Encima de las estrellas.
Guarda tu honor, que es muy justo,
Casandra, y que no agradezcas
Mi amor, pues no soy tu igual;
Que yo sabré si en Florencia
Hay causa para que trates
De esta suerte la grandeza
De Otón, pues que no hay en mí
Partes que no te merezcan.
Antes del bozo vencí
Seis batallas; cien banderas
Truje á Colonia, rendidas
Tantas naciones diversas.
Con él he pasado á Italia
En la edad que me contemplas,
Con bendiciones del mundo,
Que á Dios por mi vida ruegan.
Deseos habré causado
Por grandeza ó gentileza;
Palabra te doy que he sido
Un mármol en resistencia
Hasta el punto que te vi.
Tú, sola, tú me desprecias,
Casandra, y mi muerte pides.

CASANDRA.

De haber nacido me pesa.
Mas mira lo que te agrada
De mí; que yo haré que sea
Tus despojos con matarme.

OTÓN.

¿Eres mujer ó eres fiera?
¡Que no te admiró mirarme
En el trono en que me tiemblan
Tan graves embajadores!

POMPEYO.

Enojo ha mostrado el César. (Ap. á Alberto.)

ALBERTO.

Es que argumentan los dos;
Que Otón de cualquiera ciencia
Tiene principios bastantes

OTAVIO.

¡Ay, Fineo, con qué fuerza (Ap. á Fineo.)
Otón la está persuadiendo!

FINEO.

No me admiro de que temas;
Que es mujer, y persuadida,
Podrá ser muestre flaqueza.

OTÓN.

Pompeyo, vos tenéis hijas tan bellas,
Que pienso que os ofendo en alabarlas.
Cierto estaréis que me he alegrado en vellas;
Presto conoceréis que pienso honrarlas.
Si tres las gracias son, de sólo ellas
La antigüedad pudiera retratarlas;
Aunque teniendo tantas, los pinceles
Quedaran cortos del divino Apeles.
Pero cierto que el grave entendimiento
De Casandra no tiene semejante.
Propúsele un difícil argumento;
Mas no hay cosa tan alta que la espante.
Defiéndese con justo atrevimiento.
¡Qué ingenio, qué valor! Es un diamante.
Gozadlas muchos años; que muy presto
Veréis la obligación en que me han puesto.

POMPEYO.

Señor, quisiera que fueran
Tres mundos que presentaros,
Que tres mil reinos os dieran,
Y que á vuestros hechos claros
Iguales correspondieran.

Mas recibid, gran señor,
Mi amor con vuestro valor;
Que, como estoy satisfecho
Que son almas de mi pecho,
Os doy tres mundos de amor.
Voy contento, soberano
César, que tal protección
Las ampare, pues es llano
Que cesa mi obligación
Donde vos ponéis la mano.
¡Plegue al cielo que veáis
El mundo que gobernáis,
Á esos pies un siglo entero!
Que para mí yo no quiero
Ver más bien del que me dais.

OTÓN.

Alzáos, Pompeyo, del suelo.
Id en buen hora, señoras.
Prospere esa vida el cielo.

Vanse Pompeyo, sus hijas, sus criadas y Libio. Fabricio, y un criado.

OTAVIO.

¡Que vi sus manos traidoras, (Ap. á Fineo.)
Para mi amor fuego y hielo,
Asir la de Otón!

FINEO.

Los sabios
Disimulan sus agravios.

OTAVIO.

¿No quieres que el ver me pese
Que en la mano le imprimiese
Los claveles de sus labios?

FINEO.

Mira que Libio la sigue,
Que es enemigo mayor.

OTAVIO.

Ya no hay pena que me obligue;
Que ése sigue con amor,
Y Otón con poder persigue.

ALBERTO.

Parece que más disgusto (Aparte á Otón.)
Has recibido de verlas.

OTÓN.

¿Con qué gusto quedar puedo
Viendo tanta resistencia?

ALBERTO.

Pues ¿no te besó la mano?

OTÓN.

¿No has visto enfermo que llega
Por las márgenes del vaso
Los labios con asco y fuerza
Para tomar la bebida?
Pues lo mismo considera
De la boca de Casandra.

ALBERTO.

¡Cosa extraña!

OTÓN.

Cosa nueva.
Mas ¿no has oído que un pez
Con veneno, á quien le pesca,
Por el sedal y la caña
La mano y brazo le hiela?
Pues tales fueron sus labios,
Que por la mano derecha
Dulce veneno infundieron
Al corazón.

ALBERTO.

Si te dejas
Llevar de imaginaciones,
Puede ser que el seso pierdas.

OTÓN.

Muérame. Alberto, por Dios,
Deja los engaños, deja
Las lisonjas, que en criados
Son las ruedas de su lengua.
Deja aquellas vanidades
Con que, viendo que los premian,
Los defectos llaman gracias,
Las bajezas gentilezas.
Dime la verdad: ¿qué cosa
En mí contemplas tan fea,
Que no merezca á Casandra,
Y que su desdén merezca?
Sirve de espejo, y perdona
Estas locuras.

ALBERTO.

¿Pudiera
Decir el hombre más vil
Estas humildades?

OTÓN.

Piensa
Que como estoy despreciado
De una mujer, mi soberbia
Anda por el suelo humilde.

ALBERTO.

¿No puedes hacerle fuerza,
Como otros muchos de menos
Poder?

OTÓN.

¡Qué mal me aconsejas!
Quien ama y fuerza no ama.
Para mí lo mismo fuera
Tomar su retrato en brazos
Que al dueño, siendo por fuerza.
Los gustos que son forzados
Son deleites que se sueñan;
Que no estando nadie allí,
El que lo sueña lo piensa.

ACTO TERCERO.

Otavio, Casandra, Fineo y Fabia.

OTAVIO.

Dame licencia de darte
Las prendas que tuyas tengo.

CASANDRA.
¿Vienes loco?
OTAVIO.
Loco vengo,
Si es locura no cansarte.
CASANDRA.
¿Díceslo de veras?
OTAVIO.
¡Bueno!
Muestra esos papeles.
FINEO.
Mira
Que son los celos mentira.
OTAVIO.
¿Mentira lo que es veneno?
FINEO.
¡Qué cosas te persüades!
OTAVIO.
Yo sé que mi muerte tratan,
Porque si mentiras matan,
¿Qué tienen más que verdades?
Y que huya no te espantes
Las sombras destos temores;
Que amores emperadores
Hacen los celos gigantes.
Toma, ingrata, tus papeles;
Que no me han de acompañar.
CASANDRA.
Aquí los puedes rasgar
Ó quemarlos, como sueles.
¿Por qué me los das á mí?
OTAVIO.
Para que envuelvas favores,
Casandra, de emperadores;
Pero no cabrán aquí.
¡Qué hallarás de falsedades
Si te pones á leellos!
¡Qué de mentiras en ellos
Que parecieron verdades!
Mentira con trato doble
Que en verdades se amortaja,
Es como la gente baja
Cuando quiere hacerse noble.
¡Qué de veces envidiaba
El marfil con que excedías
Al papel en que escribías!
¡Qué de veces le besaba!
Ya no, puesto que te enfades,
Por no imprimir en traiciones
La boca, en cuyas razones
Hallaste siempre verdades.
Estas cintas tuyas son:
De tu ventana con ellas
(Testigos tantas estrellas
En el celestial balcón)
Recibí más de un papel
Aquellas noches dichosas
Que tus manos amorosas
Me daban almas en él.
Aquí está de tus cabellos
Parte que al peine sobraban,
Reliquias que se arrojaban,
Y yo las buscaba en ellos.
No podrás quejarte ya
Que me llevo obligaciones,
Pues te dejo las prisiones
Como preso que se va.
Mira en qué puedo servirte
En Roma.
CASANDRA.
¿Acabaste?
OTAVIO.
Sí,
Pues he de acabar aquí,
Ó partirme sin oirte.
CASANDRA.
Gallardo Otavio, agradezco
Tus celos; pero no rompa
El caso de nuestro amor
Ausencia tan peligrosa.
Vuelve á tomar tus papeles;
Mira, mi bien, que te enojas
Con tu esclava, que soy yo,
Y quien te estima y te adora.
Llenos están de verdades,
Con una mentira sola
Que escribí enojada un día;
Debía de estar celosa.
«No te quiero, Otavio», dije.
Esta mentira perdona,
Pues adorándote estaba,
Señor mío, como agora.
Las demás estima, Otavio,
Porque son verdades todas;
Que dar crédito á los celos
No es razón, sino deshonra.
¿Qué importa que me conquiste
Un César? Lo mismo importa
Que si lo fuera de mármol
Con su laurel y su toga.
Vuelve á tomar los cabellos;
Mira que el amor se enoja
De que la cárcel quebranten
Los que en la suya aprisiona.
Las cintas, mi bien, que fueron
Aquellas noches dichosas,
Las manos que te bajaban
Esos papeles que arrojas,
No es razón que las desprecies;
Y para que no te pongas
En camino, quiero atarte
Con ellas.
OTAVIO.
¿Que no conozcas
Que estoy, Casandra, enojado,
Y que los celos abonan
Todo pensamiento infame,
Toda ventura amorosa?
Suelta las cintas, no quieras
Que las rompa.
CASANDRA.
¿Enojo tomas

De que te prenda y detenga?
Vete con Dios.

OTAVIO.

Ya es forzosa
Mi jornada. No he de ver
Qué fuerza contra la honra
Tiene el poder. Dios te guarde.

CASANDRA.

Espera, Otavio.

OTAVIO.

¿Estás loca?

Vase.

CASANDRA.

¿Hay mayor desdicha mía?

FINEO.

¿Qué me manda para Roma,
Señora Fabia? que voy
Por todo.

FABIA.

Que busque en toda
Muchas cosas que traerme.

FINEO.

¿Muchas cosas?

FABIA.

Muchas cosas.

FINEO.

En Roma hay muchas estatuas,
Pirámides que se asoman
Á ver lo que hay en las nubes;
¿Quieres desto?

FABIA.

Ni por sombra.

FINEO.

Pues ¿qué quieres?

FABIA.

Seda y tela
Y algún poquito de joyas.

FINEO.

¿Jo..... qué?

FABIA.

Joyas.

FINEO.

Pues partamos
El nombre, y adiós, mi polla;
Que está la posta aguardando.

FABIA.

Adiós.

Vase Fineo.

FABIA.

¿Qué tienes, señora?

CASANDRA.

Desdichas, Fabia, nacidas
De celos, que entre las olas
Del mal de amor me atormentan.
¿Qué haré?

FABIA.

Tú verás que torna
Con más furia que se fué.

CASANDRA.

Una cosa me reporta;
Que á quien la muerte desea,
Toda la vida le sobra.

Vanse.

Pompeyo y Alberto.

POMPEYO.

¿Secreto me quiere hablar?

ALBERTO.

Así me tiene advertido.

POMPEYO.

Novedad me ha parecido.

ALBERTO.

Pues ¿qué podéis sospechar?

POMPEYO.

Como en los príncipes es
La primera información
Tan peligrosa, es razón
Temer el llegar después.
¿Quién no teme vez alguna
Sin causa, Alberto, ofenderlos,
Pues basta para perderlos
Que se enoje la fortuna?
Que puedo perder su gracia
Me da sospecha: esto siento,
Pues no hay más de un pensamiento
De su gusto á su desgracia.
La envidia, de quien se cuenta
Que jamás durmió en palacio,
No debe de andar de espacio:
Algo en mi desdicha intenta.

ALBERTO.

Pompeyo, á vuestra quietud
La envidia tendrá respeto.
No pienso que este secreto
Ofende vuestra virtud;
Antes, es por vuestro bien.

Otón.

OTÓN.

¿Vino Pompeyo?

ALBERTO.

Aquí está.

OTÓN.

Á Alberto.

Salte afuera.

POMPEYO.

¿Qué será? (Aparte.)

ALBERTO.

¿Cerraré, señor?

OTÓN.

También.

Vase Alberto.

OTÓN.

Pompeyo, si la salud
De un príncipe consistiese

En un vasallo, y tuviese
Honra, nobleza y virtud,
¿Sería justo que luego
La aventurase por él?

POMPEYO.

Habiendo nobleza en él,
Salud, vida, honor, sosiego,
Hijos y patria debría
El vasallo aventurar.

OTÓN.

Quien bien sabe aconsejar,
Sabrá volver por la mía.
Pompeyo, ni la grandeza
Del imperio, ni el poder
Del cetro pueden hacer
Que mude naturaleza
Nuestra humana condición,
Porque en cosas naturales
Tienen los cetros Reales
General inclinación.
Verdad es que se resiste,
Considerando su ser;
Mas no siempre; que hay poder
Que en mayor fuerza consiste.
Ira y amor son pasiones
De quien decirte pudiera,
Si cansarte no temiera,
Notables definiciones.
No sé cuál es la mayor;
Mas no me vi tan airado
Jamás, que no haya pensado
Que tiene más fuerza amor.
Dirás tú, confuso ya:
«¿Á qué efeto el César hace
Estos prólogos? ¿Si nace
De algún amor?» Claro está.
Amo, Pompeyo, y de suerte,
Puesto que mi amor infamo,
Que en tener esto que amo
Está mi vida ó mi muerte.
Puédeme un vasallo dar
Vida y muerte: vida, en darme
Lo que amo; y muerte, en negarme
Lo que no puedo olvidar;
Que, ¡por el sacro laurel
Que Gregorio me ciñó,
Que no hiciera más que yo
El bárbaro más cruel!
Porque intentando excusar
Llegar á tan bajo estado,
Muchas veces he llegado
Hasta quererme matar.
Ya no puedo resistir
Tantas penas; y así, quiero,
Viendo, Pompeyo, que muero,
Hablar é intentar vivir.
Tiene un vasallo el tesoro
Que adoro; una hija tiene,
De quien tanto mal me viene:
Tanto su hermosura adoro.
¿Podréle pedir, Pompeyo,
Que á mi amor la persüada
Su padre?

POMPEYO.

¿Es de gente honrada?
¿Es ilustre ó es plebeyo?

OTÓN.

Caballero principal
Es su padre.

POMPEYO.

Pues no es justo
Que intentes, señor, tu gusto,
Si ha de responderte mal.

OTÓN.

¡Mal! ¿Por qué? Luego ¿es razón
Matar su príncipe un hombre
Porque tenga ilustre nombre?
¿No es matar al Rey traición?

POMPEYO.

Sí, señor; pero no ansí,
Pues el hombre no es culpado
Por haber hija engendrado
Que te diese muerte á ti.
El espadero no mata
Porque la espada forjó,
Ni el padre porque engendró
La beldad que mal te trata.
Y con este pensamiento,
Más culpa el cielo tendría,
Porque la hermosura cría,
Que el hombre, que es instrumento.
Pues ponerle culpa al cielo,
Bien ves que no puede ser.

OTÓN.

Conozco en tu proceder
Que es sospechoso tu celo.
El que la espada forjó
No es culpable si otro mata,
Como el padre que retrata
Su ser en el ser que dió.
Mas si estando dos riñendo,
Uno pudiese estorbar
El no llegarse á matar,
Que estará culpado entiendo.
Así el padre, por no dar
Remedio al que ha de morir.

POMPEYO.

Y ¿no es mejor resistir,
Gran señor, que aventurar
De ese vasallo el honor?

OTÓN.

Pues ¿es mejor que el Rey muera?

POMPEYO.

¡Morir! ¿Por qué?

OTÓN.

¿No pudiera?

POMPEYO.

Nadie se muere de amor.

OTÓN.

¿Bastará un ejemplo?

POMPEYO.

Sí.

OTÓN.

Es de las letras sagradas,
Para que te persüadas
Que hay tanto peligro en mí.
  Hijo de David Amón,
Enfermó de amor, y fué
De su hermana, en que se ve
La fuerza desta pasión.
  No comía ni dormía.
Envió el Rey á Tamar,
De que pudo resultar
La vida, que ya perdía.

POMPEYO.

  El Rey su hija envió
Sin saber lo que intentaba
Amón, y no imaginaba
Lo que después sucedió.
  Mas mire Su Majestad
Que ese ejemplo le condena,
Pues puede templar su pena
Ver de Absalón la crueldad.

OTÓN.

  Pompeyo, deja razones,
No andemos en argumentos:
Yo entiendo tus pensamientos,
Y tú entiendes mis razones.
  Lo que pudiera tomar
Como absoluto señor,
Te pido; no seas traidor,
Pues ya me intentas matar.
  Adoro á Casandra bella;
Otón soy, tu señor soy.....
Bien ves que casado estoy:
No he de casarme con ella.
  Que si aquesto dispensara
El Pontífice, ella fuera
Emperatriz, y tuviera
Laurel por única y rara.
  Otros grandes capitanes
Se han rendido como yo.
Mira tú si se casó
Alejandro con Rojanes.
  Vé á tu casa y persüade
Tu hija: rey soy.

POMPEYO.

Señor,
Persüádeme tu amor,
Y mi honor me disüade.
  Entendí tus pensamientos
Desde el principio. Yo iré,
Y á Casandra le diré
Tus amorosos intentos.
  No la forzaré, señor;
Que fuera bajeza en mí,
Ya que no lo sea en ti
Haberme dicho tu amor.
  Bien pudieras, como sabio,
Desta deshonra excusarme;
Que más siento que agraviarme
El darme culpa en mi agravio.
  Que de un padre ó de un marido
No es la culpa el no saber
La ofensa de la mujer,
Sino el haberla sabido.
  No hay más claro testimonio
De infamia, si bien se piensa;
Que quien ayuda á su ofensa
No es hombre, sino demonio.
  Las honras que he recibido
De tu mano perdonara,
Pues me han salido á la cara,
Y aun al alma me han salido.
  Vengo á confesar en esto
Que me has honrado, señor,
Si puede llamarse honor
El que se quita tan presto.
  Mas ¿quién habrá que no crea
Que el tuyo se ha de perder,
Pues le quieres ofender
Con una mancha tan fea?
  El estimar tus vitorias
Mayor lástima me dió,
Por ver que engendrase yo
Quien obscurezca sus glorias.
  Bien pienso que erré, señor,
Cuando con poca cordura
Te alababa su hermosura,
Pues no te alabé su honor.
  Pero estaba confiado
De tu virtud, ni sabía
Que en tanto valor cabía
Pensamiento afeminado.
  Voy á decirle que estás
Tan declarado conmigo;
Que yo, gran señor, contigo
Ya no puedo estarlo más.

OTÓN.

  Padre, señor, no lloréis.
Oid.

POMPEYO.

Oir no quisiera;
Que no oyendo, no sintiera
El agravio que me hacéis.

OTÓN.

  Mirad que sois mi gobierno,
Mi presidente..... Mi ser,
Mi rey sois.

POMPEYO.

¿Qué puedo ser,
Condenado á llanto eterno?
  Un hombre soy sin honor.

OTÓN.

Paso, Pompeyo, no más;
Que ya cansándome vas.
Yo te doy con mi valor
  Más honra y autoridad
Que te han dado tus mayores.

POMPEYO.

El haber sido mejores
Que yo me dió libertad.....

OTÓN.

  Ninguna; que claramente

Será verdad lo que digo,
Pues no tuvo rey amigo,
Y por ventura pariente.

POMPEYO.

No es honra, aunque honrarme intentes,
Ver que ese nombre me llames,
Porque los grados infames
Antes deshacen parientes.
Voy á hacer que ella no crea
El nombre que á entrambos das,
Ó que contigo no más
Este parentesco sea.

Vase.

OTÓN.

La fácil voluntad, que el alma inclina
Á amar ó aborrecer, no da vitoria
Tan grande á Amor, como la grande gloria
De que el entendimiento desatina.
Ésta de Amor hazaña peregrina
Consagre mármol á inmortal memoria,
Pues se atreve á ofender mi loca historia
La majestad humana y la divina.
Es disculpa de casos tan violentos
Que nuestro entendimiento persüades,
Amor, con prometer dulces contentos.
Disculpa en tus mentiras mis verdades;
Que en llegando á vencer entendimientos,
¿Qué se puede esperar de voluntades?

Vase.

Otavio y Fineo, de camino.

FINEO.

¡Buen modo de caminar!
¿Á Roma vamos ansí?

OTAVIO.

No acierto á salir de aquí.

FINEO.

Quien yerra, ¿en qué ha de acertar?

OTAVIO.

¿Piensas tú que puedo más?

FINEO.

Aunque vamos caballeros,
Parecemos cabestreros,
Que caminan hacia atrás.

OTAVIO.

Fineo, todo el furor
Con que á Casandra dejé,
Luego que no la miré
Se volvió piedad y amor.
Apenas dejé de ver
La casa, cuando entre hielos
De temores y recelos
Comencé á temblar y arder.
Parecióme que delante
Casandra se me ponía,
Y llorando me decía:
«¿Adónde vas, loco amante?
¿Cómo me dejas ansí
Tan á peligro, que Otón
Aproveche la ocasión,
Desamparada de ti?
Ingrato, ¿así me has pagado
El amor que me has debido?
¿Amor pagas con olvido,
Y con descuido cuidado?
Pues á morir me resuelvo.»
Y que yo le respondía:
«No me voy, señora mía;
No me voy; que luego vuelvo.»
No sé si ha sido verdad
Ó imaginación en mí,
Pues en efeto la vi
Con más que humana beldad.
¿Viste aparecer la aurora
Coronándole la frente
La cinta resplandeciente
Con que el sol los montes dora?
¿Las cándidas azucenas,
Rematando en granos de oro
Aquel precioso tesoro
De las líneas de sus venas?
¿Un clavel, cuando vestido
De rubí la vista engaña,
Y entre la verde espadaña
Parece que le han fingido?
¿Una fuente cristalina
Que bulle en un campo yermo,
No más clara que un enfermo
Con mortal sed la imagina?
¿Con bonanza humilde un mar?
¿Un prado en Abril ameno?
¿Un cielo en Julio sereno,
Cuando el sol se va á acostar?
¿Un almendro que se atreve
Con la flor á las heladas,
Por vencer las encarnadas,
Las blancas bañando en nieve,
Y envidiando sus colores?
¿Un céfiro blando, en fin,
Que salta por un jardín
Para enamorar las flores?
Pues así la vi, y en calma
Después de verla quedé,
Y á los ojos trasladé
La imaginación del alma.

FINEO.

Si desa suerte lo sientes,
Tú propio te eres traidor.
¿Qué más se quiere el amor,
Sino que tú lo fomentes?
Yo nunca pinto mis damas
Desa suerte, porque es dar
Armas á amor.

OTAVIO.

No es amar,
Si así no pintas quien amas.

FINEO.

. . . . (1).

(1) Aquí ha de faltar algo.

Una mujer entre clara
Y morena en los cabellos,
Negros los ojos, y en ellos
Ningún cristiano repara;
La nariz como una esquila
De borrico de aguador,
Y por cencerro el humor
Que del celebro destila;
Una boca descubierta
Y no limpia, sin poesía
De perlas, que es cosa fría,
Con sus labios de antepuerta;
Los dientes como los potros,
Donde los años le hallo,
Y que puestos á caballo
Se llevan unos á otros;
Las manos como tajadas
De bacallao.....

OTAVIO.

¿Estás loco?

FINEO.

Todo lo que digo es poco.

OTAVIO.

Y ¿desa mujer te agradas?

FINEO.

No me agrado; pero ansí
Pintarla, Otavio, es razón,
Porque la imaginación
Se vaya huyendo de mí.
Pero dime, ¿qué has de hacer,
Ya de Casandra á la puerta?

OTAVIO.

Ver la de mi cielo abierta.

FINEO.

Y si te acertase á ver,
¿Qué dirá de tus enojos?

OTAVIO.

Que iba huyendo, y que volví,
Porque ha enviado tras de mí
El alguacil de sus ojos.

Libio, Lidoro, Leonelo y Persio, con armas.

LIBIO.

Ya os he contado el estilo
Con que me dió la respuesta.

LIDORO.

¿Y te trató de esa suerte?

LIBIO.

Puso falta en mi nobleza,
Como si fuese algún hombre
Que no supiera Florencia
Mis nobles antecesores.

LEONELO.

Entonces, más justo fuera
Que con la espada ó la daga
Castigaras su soberbia.

PERSIO.

Dice Leonelo muy bien,
Pues la privanza del César
Le tiene en lugar tan alto,
Que ha de ser mayor la ofensa.

LIBIO.

Antes el lugar que tiene
Solicita mis afrentas
Para que tome venganza,
Pues es con tanta bajeza.
Sus hijas le lleva á Otón
Pompeyo. ¡Extraña manera
De adquirir la voluntad!

LIDORO.

Él viene.

OTAVIO.

¿Qué gente es ésta? (Ap. á Fineo.)

FINEO.

¡Por Dios, que me dan cuidado!
La puerta á Pompeyo cercan.

OTAVIO.

¿Si es Libio?

FINEO.

Así lo parece.

OTAVIO.

Retírate aquí.

Ocúltanse Otavio y Fineo.

LIBIO.

Ya llega.

Pompeyo.

Libio, Lidoro, Leonelo y Persio, retirados en diversos puntos.

POMPEYO.

Pasos, ¿dónde me lleváis? (Para sí.)
Mas no sabéis que me guía
La misma desdicha mía,
Pues la vida sustentáis.
Mirad que á la muerte vais:
No vais, pasos, tan ligeros,
Que bien puede deteneros
La novedad destos casos.
Vamos poco á poco, pasos,
Que habéis de ser los postreros.
Acaso fué fantasía
Todo su ser y valor;
Yo pienso que fué el amor
Autor de la tiranía.
Tan alta fama tenía,
Que era Alejandro segundo
En tierra y en mar profundo;
Pero mujer le engañó,
Disculpa que nos dejó
El primer hombre del mundo.
Casa en que dije mil veces
Que estaban mis tres potencias,
¡Qué notables diferencias!
¡Qué triste vida me ofreces!
Un infierno me pareces

En llamas, iras y penas,
Á que desde hoy me condenas
Con mis tres hijas por furias;
Que esto pueden las injurias,
Aunque por culpas ajenas.

LIBIO.

Llegad agora, metiendo (Ap. á su gente.)
Mano.

POMPEYO.

¿Qué es esto?

PERSIO.

¡Que mueras!

POMPEYO.

¿Á mí? ¡Traidores!

OTAVIO.

No hará,
Porque habrá quien le defienda.

Acuchíllanse.

FINEO.

¡Huid, ladrones infames!

OTAVIO.

¡Oh buen Fineo!

Huyen Libio y los suyos.

POMPEYO.

No sea,
Mancebo ilustre, el seguirlos
Ocasión para que pierdas
La vitoria que has tenido.

OTAVIO.

¿Sabes, por dicha, quién eran?

POMPEYO.

Uno pienso que conozco,
Y ése presumo que lleva
El castigo de tu mano.

OTAVIO.

¡Ojalá que todos fueran!

POMPEYO.

Envaina el acero noble,
Y que te bese me deja
Los pies.

OTAVIO.

Señor, ¿eso haces?

POMPEYO.

¿No es justo que te agradezca
Haberme dado la vida?

OTAVIO.

Quien podía defenderla
Con tanto brío, no es justo
Que á ningún hombre la deba.

POMPEYO.

Tu calidad preguntara;
Pero vese en tu presencia.
Tu nombre sólo me di.

OTAVIO.

Bien sabes tú mi nobleza.
Sangre soy de los Adornos.

POMPEYO.

Y la mejor desta tierra.

OTAVIO.

Fabio Adorno fué mi padre.

POMPEYO.

La patria se le confiesa
Agradecida.

OTAVIO.

Es mi nombre
Otavio.

POMPEYO.

Otavio, quisiera,
Pues estamos en mi casa,
Que parte de aquesta deuda
Te pudiera agradecer.

Vanse.

Elena, Flora, Casandra y Fabia.

ELENA.

¿Qué dices?

FLORA.

¿De qué te alteras?

ELENA.

De que dice que es mi padre.

FABIA.

No me engañé, pues ya llega.

Salen Pompeyo, Otavio y Fineo.

CASANDRA.

Señor, ¿qué es esto que dicen?
¿Tú espadas? ¡Tú, que en Florencia
Eres el mayor gobierno!

POMPEYO.

Hijas, no he dejado al César
Con gusto, ni yo le truje;
Antes con mortal tristeza,
Pues no aguardé mis criados,
Vine á deciros mi pena.
Pero apenas vi esta calle,
Cuando de mi propia puerta
Salió Libio con tres hombres,
Libio, por vengar la ofensa
De no le dar á Casandra
Por no hacerla á mi nobleza.
¡Gracias á Dios que este ilustre
Mancebo, que de Florencia
Es lo mejor, me ha librado!
Agradecedle la deuda
En que os ha puesto; que yo
No tener vida quisiera,
Pues no merece este nombre
Vida que su dueño afrenta.

ELENA.

Á tan grande obligación,
¿Qué palabras hay que puedan
Satisfacer?

OTAVIO.

Yo, señoras,
Iba, como el traje os muestra,
Á tomar postas; que voy
Á Roma: vi la pendencia,

Saqué la espada..... No hice
Cosa de importacia en ella;
Que el señor Pompeyo es hombre
Ejercitado en la guerra,
Y los hiciera pedazos.

FINEO.

Con todo eso, se llevan
Ciertos tantos de camino
Para que otra vez no vuelvan.

POMPEYO.

Otavio, mi obligación
Y mi amor, en competencia,
Quisieran darte algún premio;
Y aunque de alguna riqueza
Hay joyas en esta casa,
No igualan á las tres prendas
Que estás mirando. Si acaso,
Para que mi hijo seas,
Alguna de ellas te agrada,
Dime cuál es, que con ella
Te daré diez mil ducados;
Que mi hacienda valdrá treinta.

OTAVIO.

Bésoos mil veces las manos
Por tanto honor.

POMPEYO.

Si te quedas
En mi casa, así has de honrarla.
¿Quieres á la hermosa Elena
Ó á Flora? Escoge.

OTAVIO.

Señor,
Ya que Paris me contempla
Mi fortuna, más me agrada
Casandra.

POMPEYO.

No hablemos della;
Que hay un gran inconveniente.

OTAVIO.

Pues señor, como no sea
Casandra, cesa el partido.
Perdonad, señoras bellas;
Que amor ha sido la causa.

ELENA.

Vuestra elección es tan cuerda,
Que nadie puede culparla.

OTAVIO.

¿Qué te obliga á que no puedas
Darme á Casandra?

POMPEYO.

No sé.

FABIA.

Golpes han dado á la puerta,
Y responden que es Otón.

POMPEYO.

Eso te doy por respuesta.
Llevadle por el jardín;
Que no quiero que le vea.

Vase.

CASANDRA.

¡Ay, Otavio! ¿Quieres darme
La muerte?

OTAVIO.

Matar quisiera
Mis celos. Pompeyo es noble.
¡Dentro de su casa el César!
¿Otón, Casandra, en su casa?

FINEO.

Tú harás que Pompeyo entienda
Tus celos.

OTAVIO.

Déme la muerte,
Si darme vida desea,
Pues no tengo agora en mí
Cosa que más aborrezca.

Vanse.

Otón y Pompeyo.

OTÓN.

¿Quién no dirá que somos muy amigos,
Pompeyo, visitándote en tu casa?

POMPEYO.

Yo no quisiera deste amor testigos.

OTÓN.

Con la noche, Pompeyo, todo pasa.

POMPEYO.

¿Qué piensas que dirán mis enemigos,
Á quien de mi favor la envidia abrasa?

OTÓN.

Que sólo la amistad en cosas tales
Junta, enlaza é iguala desiguales.
¿Has hablado á Casandra, padre mío?
¿Hasle dicho el estado en que me ha puesto?

POMPEYO.

No he podido, señor, aunque porfío,
Demás de ser muy presto.

OTÓN.

Un año, ¿es presto?

POMPEYO.

¿Un año?

OTÓN.

Dije mal. ¡Qué desvarío!
Un siglo y más, después que hablamos desto.
Háblala, que yo quiero, retirado,
Oir lo que responde á mi cuidado.

POMPEYO.

Tiemblo, ¡por Dios! Pero si obedecerte
Es fuerza (que justicia no es posible),
Yo la hablaré. Casandra, escucha, advierte.....
Aquí está nuestro Rey, hombre invencible.
Quiérele tú, que dice que tu suerte
Será dichosa; que el furor terrible
De amor, le lleva á no mirar mis daños,
Precipitado de sus verdes años.
Agradece, Casandra, que te adora,
Puesto que te parezca barbarismo
Hablarte un padre, que el dolor que llora
Puede templar el fuego del abismo.

OTÓN.

Pompeyo, aquí no está Casandra agora.
¿Con quién estás hablando?

POMPEYO.

Si es lo mismo.
Para no te querer eternamente,
¿Qué importa que esté ausente ni presente?

OTÓN.

Pompeyo, poco á poco; y está cierto
Que si tu larga edad no respetara,
Y esas lágrimas que hoy pasan el puerto
De la nieve que ya cubre tu cara,
Con una voz á quien te hubiera muerto
Llamara, y de tu agravio me vengara.

POMPEYO.

Cuando esta enemistad te mueva á ira,
Que somos César y Pompeyo mira.

Casandra.

CASANDRA.

Ya se fué Otavio, señor. (Ap. á su padre.)

OTÓN.

Aquí me quiero apartar. (Aparte.)

Retírase.

POMPEYO.

Hija, yo te quiero hablar.

CASANDRA.

¿Si sabe acaso mi amor? (Aparte.)

POMPEYO.

Casandra, el Emperador
Está de suerte por ti,
Que me ruega y manda á mí
Que te diga y mande luego
Que le quieras: mando y ruego
Que tiene tu muerte en sí.
¿Cómo te podré rogar
Ni mandar cosa tan ciega,
Aunque él como amante ruega
Lo que el Rey puede mandar?
Yo digo que esto es forzar,
Y que no es mando ni ruego,
Si es jüez amor y es ciego;
Pero más lo viene á ser,
Pues lo confirma el poder
Con *ejecútese luego.*
Díceme que está su vida
En ti, Casandra, y me advierte
De que tú serás su muerte,
Y yo seré su homicida;
Que ser ó no ser perdida
Consiste en los dos, y ansí,
Vengo á ser tercero aquí,
Y á rogarte que le quieras,
Porque la infamia que esperas
Comience, Casandra, en mí.

CASANDRA.

Padre mío, si el Rey manda
Cosas que son contra ley,
Deja entonces de ser rey,
Y en vez de mandar desmanda.
¿Para qué con ruegos anda
En cosas que son injustas?
Y pues que tú te disgustas,
¿Para qué me persüades,
Pues obedecer maldades
No son obediencias justas?
El Rey es rey, el honor
Es honor; entrambos reyes
Deben tener unas leyes
Y observarlas con rigor.
Amor, en fin, es amor;
El poder, al fin, poder;
Pero es menester saber
Quién déstos tiene la culpa;
Que siempre al hombre disculpa
Que dió la causa mujer.
Con esto se cierra y jura;
Que sólo sabe este nombre,
Y lo que es vicio en el hombre
Es culpa de la hermosura.
¡Oh, cómo fuera ventura
Que, por excusar enojos,
Nacieran (pues los antojos
Han hecho daño infinito)
Los hombres sin apetito
Y las mujeres sin ojos!
No sé qué diga de mí
Más de que culpa he tenido
En irle á ver; que ésta ha sido
La causa que á Otón le dí.
Confieso que á verle fuí,
Pero no á darle ocasión;
Y, pues pagar es razón
La que debo haberle dado,
Déjame, padre, el cuidado
De volver por tu opinión;
Que si bramase en el toro
Del tirano de Agrigento,
Tu honor y mi pensamiento
Tendrán el mismo decoro.
Perlas, piedras, plata y oro
No tienen, padre, poder
Para la más vil mujer,
Y aunque la muerte la asombre,
Para que se rinda al hombre,
Si dice que no ha de ser.

OTÓN.

Á escuchar mejor mi mal (Aparte.)
Quiero acercarme á los dos.

POMPEYO.

¡Ay hija! Bien sabe Dios
Que á mi pensamiento igual
Fué tu respuesta leal;
Pero cuando están rendidos
Poderosos atrevidos
Á sus deleites y antojos,
Hasta contentar los ojos
Ponen guarda á los oídos.
¿No has visto enfermo á un señor

Y fabricar en la calle
Un palenque, por no dalle
Pena con ningun rumor?
Pues así cuando de amor,
De deudas y de cuidados,
Quieren estar retirados,
Fabrican, desconocidos,
Defensas á los oídos
Por no escuchar agraviados.
 Él me dice que es traición
Ser autor de la hermosura
Que le dió muerte segura,
Pues fuí primera ocasión;
Que quito, prosigue Otón,
Rey al imperio, si él muere,
Por no le dar lo que quiere;
Y yo no quiero incurrir
En su muerte, ni vivir
Si tanta deshonra adquiere.
 Tú, hija del alma mía,
Hoy morirás por mi mano,
Antes que el poder tirano
Venza tu honesta porfía,
Para que en mi sangre fría
La que en esta daga lleve
Á darme su fuerza pruebe
Para matarme mejor,
Aunque yo sé que el dolor
Hará entonces lo que debe.

OTÓN.

¡Qué haces!

Deteniendo á Pompeyo.

POMPEYO.

¿Ya no lo ha visto,
Señor, Vuestra Majestad?
La rebelde voluntad
De mi Casandra conquisto.
Con esta daga resisto
El valor de su respuesta,
Porque la miro dispuesta
Para no me obedecer;
Que dice que no ha de ser,
Si vida y alma le cuesta.

CASANDRA.

Lo mismo vuelvo á decir,
No porque no haya qué amar
En tu valor singular,
Qué estimar y preferir;
Sino para no vivir,
César, perdido el honor;
Que puesto que Emperador,
Eso es bueno para ti,
Pero mi honor para mí
Debe de ser lo mejor.
 ¿Piensas tú que no te quiero,
Que no te estimo y te adoro,
Y que tu Real decoro
Á ningún mortal prefiero?
¿Piensas tú que persevero
Por soberbia en tal porfía?
No, señor; pero querría
Estimar tanto mi honor,
Que fuese más mi valor
Que tu inmensa Monarquía.
 Querría, César, dejar
Un ejemplo á las mujeres,
Que á vuestros vanos placeres
No diese tanto lugar.
Que Lucrecia es de alabar,
Pero no de cuerda y fuerte;
Que su castidad se advierte
Después de haber sido necia;
Y yo quiero ser Lucrecia
En sólo darme la muerte.

OTÓN.

¡Fabricio, Rodulfo, Alberto!

Alberto, Rodulfo y Fabricio.

RODULFO.

Señor....

OTÓN.

Entrad, escuchad
La más notable piedad
Con el mayor desconcierto.

ELENA.

Dentro.

Entra, Otavio, que le han muerto.

Otavio, Elena, Flora, Fabia y Fineo.

OTAVIO.

Vivo está. ¿De qué te admiras?

FLORA.

Desprecios se vuelven iras.

OTÓN.

¿Qué gente es ésta que ha entrado?

ALBERTO.

Ya te han visto; que has llamado
Con tus voces cuantos miras.

POMPEYO.

Señor, mi familia es.
Vendrán acaso á llorarme,
Viendo que quieres matarme
Y que han subido los tres.
De que la muerte me des
Estoy contento, señor,
Pues que muero con valor;
Que viendo mi resistencia,
No se dirá por Florencia
Que me has quitado el honor.

OTÓN.

Ahora bien, Pompeyo, di:
Si Casandra se casara,
¿Á quién la afrenta tocara,
Á su marido ó á ti?

POMPEYO.

No puede tocarme á mí

Si está casada, señor.

OTÓN.

Pues busca alguno que amor
Le obligue, si puede ser,
Porque siendo su mujer,
Le toque guardar su honor.

OTAVIO.

¿Dame Vuestra Majestad
Licencia de hablar?

OTÓN.

Sí doy.

OTAVIO.

Pues yo su marido soy.

OTÓN.

¡Extraña temeridad!

OTAVIO.

Noble soy desta ciudad,
Otavio Adorno es mi nombre,
Gran César, y no te asombre
Que me oponga á tu poder
Y á guardar una mujer,
Cosa imposible en el hombre.
Muerto ó vivo, yo he querido
Á su honor aventurarme,
Y aunque sé que has de matarme,
Quiero morir su marido.
Su mano, señor, te pido,
Porque tengo tanto amor
Á su hermosura y valor,
Que pretendo desde aquí
Que corra su honor por mí,
Porque no pierda su honor.

OTÓN.

Pensando estoy de los tres
El valor más bien nacido
Que se ha visto ni se ha oído,
Si no le venzo después.
Pompeyo parece que es
Un castillo de valor
Con barbacana de amor;
Casandra una torre fuerte
Que se resiste á la muerte,
Y Otavio un monte de amor.
Pero no se ha de decir
Que me habéis aventajado,
Que he de salir coronado
De más vitoria ó morir.
Yo me sabré resistir
Para ganar esta gloria
Y dejar de mí memoria
Contra amor, contra su abismo;
Porque vencerse á sí mismo
Llaman *La mayor vitoria.*
Yo quiero vencer mi nombre
Y estimar mi pensamiento
Por el mayor vencimiento
Que pudo caber en hombre.
Desto la Italia se asombre,
No de las armas y gloria
Que me dan eterna historia,
Pues sólo quien se venció
Á sí mismo, ése alcanzó
Solo *La mayor vitoria.*
Á fe de Rey, de cumplir
La palabra que aquí os doy
(Ya sabéis todos quién soy),
Aunque supiese morir.
Bien puede Otavio vivir
Seguro de mi poder;
Yo se la doy por mujer:
Déle la mano seguro,
Porque en este punto os juro
Que me acabo de vencer.
Oid, Pompeyo, dos cosas:
El Ducado de Ferrara
Doy á Otavio con su esposa.

CASANDRA.

Vivas, señor, muchos años.

OTAVIO.

Tu grandeza te responda.

OTÓN.

Á Alberto y Rodulfo quiero
Casar con Elena y Flora.

ALBERTO.

Dicha es mía.

ELENA.

Vuestra soy.

FLORA.

Y yo en ser vuestra dichosa.

FINEO.

Y ¿no me darán á mí
Aquella moza redonda?

OTAVIO.

En diciendo que se acaba
Aquí *La mayor vitoria;*
Que no lo será pequeña
Si nos hacéis tanta honra,
Que recibáis los deseos
Adonde faltan las obras.

¡SI NO VIERAN LAS MUJERES!.....

¡SI NO VIERAN LAS MUJERES!.....

PERSONAS

Isabela, *dama*.
Flora, *criada*.
Federico, *caballero*.
Tristán, *criado*.
El duque Otavio.
El emperador Otón.
Fabio, *caballero*.
Alejandro, *caballero*.
Rodulfo, *caballero*.
Belardo, *villano*.
Gente.
Criadas.

ACTO PRIMERO.

Isabela, con sombrero de plumas y un arcabuz y Flora.

FLORA.

No te alejes de la quinta,
De su plomo en confianza.

ISABELA.

Mejor que de espada y lanza,
Así la guerra se pinta.
La caza se me ha escondido:
Ya no hallo á qué tirar.

FLORA.

Ociosas para matar
Son las armas que has traído.

ISABELA.

¡Requiebros, Flora!

FLORA.

No creo
Que, fundados en razón,
Son requiebros.

ISABELA.

Pues ¿qué son?

FLORA.

Milagros de mi deseo,
Con que ya no soy mujer,
Mudando en hombre mi nombre.

ISABELA.

¿En hombre, Flora?

FLORA.

Y muy hombre;
Que el alma lo puede ser.

ISABELA.

Como me ves tan valiente,
Pienso que hablas de temor.

FLORA.

Nunca le tuvo el amor
Para ningún accidente;
Y holgárame que te viera
Federico en este traje.

ISABELA.

Envíale, Flora, un paje.

FLORA.

Buena diligencia fuera;
Pero si no es que me engaña
Lo airoso y galán del talle,
El baja del monte al valle,
Y mi Tristán le acompaña.

ISABELA.

No te engaña el pensamiento;
Que hay hombres de tal donaire,
Que tienen alma en el aire
De cualquiera movimiento.
Aquí me quiero esconder;
Que le quiero saltear.

FLORA.

Invenciones de matar,
Sólo amor las sabe hacer.

Escóndense.

Federico y Tristán, en cuerpo.

FEDERICO.

Ó el pensamiento adivina,

Ó me dió su resplandor.

TRISTÁN.

Muchas veces piensa amor
Que mira lo que imagina.

FEDERICO.

De dar en el agua el sol
Se forma el arco del cielo,
Y así en mis ojos recelo
Que dió su claro arrebol.
Fundados en agua están
Para poderse mover;
Con que la pudieron ver,
Y ella formarse, Tristán.

TRISTÁN.

Yo pienso que fué en el mundo
Primer filósofo Amor.

FEDERICO.

De darme su resplandor,
Este pensamiento fundo.
No lejos de aquesta encina
La vi, y á Flora también.

Isabela y Flora.

ISABELA.

¡Téngase todo hombre!

FEDERICO.

¿Á quién?

ISABELA.

Á Amor.

FEDERICO.

¡Oh Venus divina!
Si queréis al que camina
Robar y quitar despojos,
¿Para qué tantos enojos?
Dejad ese fuego, os ruego;
No se corra el dulce fuego
De vuestros hermosos ojos.
Bajad las armas, que ya
Para mí no harán efeto;
Cese tan cruel decreto;
No matéis quien muerto está.
Al Amor por armas da
La antigüedad arco y flechas,
Porque para errar sospechas
Y para acertar desdichas,
Son sus flechas y sus dichas
De hierro y de plumas hechas.
Tomad el arco, y dejad
El fuego, que en otra esfera
Más alta vive, siquiera
Por honra de mi verdad;
No muera mi voluntad
De otro fuego que el que vive
En vuestros ojos, ni prive
Al sol en ese arcabuz
De un relámpago de luz
Que el aire de sombra escribe.
Cuando sale el bandolero,
Y se le pone delante,
Pide humilde el caminante
La vida, y deja el dinero:
Lo mismo pediros quiero,
Y el alma y potencias daros,
Y que dejéis, suplicaros,
La vida para serviros,
Un sentido para oiros,
Y el otro para miraros.
Dicen que Palas dormía
En una selva, quitada
La guarnecida celada
De plumas y argentería;
Y Venus, por bizarría
Se la puso; á quien, severo,
Dijo Amor: «Madre, no quiero
Esos laureles y palmas.
Con almas se matan almas,
Que no con armas de acero.»

ISABELA.

¿Cuándo, Federico mío,
Isabela os ha negado
El alma?

FEDERICO.

Doy por robado
Todo mi libre albedrío.
Ya de la acción me desvío
Que tuve, dándoos la mía;
Si vida y piedad pedía,
Ya no lo quiero, pues ya
Vida por vida me da
Quien á matarme venía.
Mas dejando, agradecido,
Esta plática, señora,
No lo estéis de verme agora
Donde por fuerza he venido.
El Emperador ha sido
La causa, que á caza viene
Por este monte, y me tiene
Sospechoso de que os vea;
Que en esta vecina aldea
Pasar la noche previene.
Ya sabéis que son los celos
Sombra de amor; que no hubiera
Cosa que más dulce fuera,
Si le dejaran desvelos;
Mas no quisieron los cielos
Dar á los hombres un bien
Tan alto, sin que también
Pagase amor tal pensión;
Que, con celos, burlas son
Olvido, ausencia y desdén.
Vos os habéis de esconder
De suerte que nadie os vea;
Que teme amor que no sea
Mi muerte, si os viene á ver.
Tiene supremo poder,
Y á damas tan inclinado,
Que ya piensa mi cuidado
Que él es Paris, vos Elena,
Y yo, del mar en la arena,
El griego en llanto bañado.
Esto á los celos les debe,

Dulce Isabela, el amor;
Que es dar aviso al honor
Con las sospechas que mueve.
Suenan truenos cuando llueve,
Y de las nubes los senos
Se rompen, de piedra llenos,
Dando al labrador desmayos,
Pues jamás cayeron rayos
Sin que lo dijesen truenos.
Son los agravios, señora,
Reloj de campana, dando
Con públicos golpes, cuando
Está pasada la hora;
Los celos, al que lo ignora,
Son la saeta que va
Adonde la letra está,
Tan quedo, que no se ve,
Porque sepa antes que dé
El número adonde da.
Mirad si temer es justo,
Viéndoos á vos tan perfeta,
Que señale la saeta
La letra de mi disgusto.
Que os escondáis es mi gusto:
No os vea el Emperador;
Porque la señal mayor
De amor, que á todas excede,
Es no dar celos, si puede,
La mujer que tiene amor.

ISABELA.

Cuando por mí sola fuera,
Os quiero yo obedecer.

FEDERICO.

Y yo, señora, volver
Donde ya el César me espera.
No te entristezcas, ribera,
De que el sol te falte agora,
Que tus campos y aguas dora:
Cristal y flores, paciencia;
Que breve será la ausencia
De mi luz y vuestra aurora.

Vase.

TRISTÁN.

Y tú, Flora, ¿no te escondes?

FLORA.

Y yo, ¿para qué, Tristán?
¿Tú celos? ¿De qué galán?

TRISTÁN.

¿Con letrilla me respondes?
¿No te puede ver alguno
Más galán y más señor?
De celos, teniendo amor,
¿Hase escapado ninguno?
Yo no sé historias que sean
Ejemplo, ni digo más
De que mejor estarás,
Flora, donde no te vean.
Caen rayos, suenan truenos,
Avisan celos de agravios;
Guárdanse los que son sabios,
Dan en los que saben menos.
Campos, perdonad, que Flora
Se va á esconder; no es exceso;
Que no dejaréis por eso
De ver el sol y la aurora.

Vase.

FLORA.

Suspensa estás.

ISABELA.

Hame dado
Lo que nunca imaginé.

FLORA.

¿Es deseo?

ISABELA.

Sí.

FLORA.

¿De qué?

ISABELA.

De lo que has imaginado.

FLORA.

De ver al Emperador
Me parece que será.

ISABELA.

¿Quién, Flora, no le tendrá
De ver al mayor señor
Del mundo, que alaban tanto?

FLORA.

Necio en avisarte anduvo
Federico.

ISABELA.

Culpa tuvo;
Pero de pensar me espanto
Que hiciese mi gusto empleo
Contra su gusto.

FLORA.

No es justo,
Cuando es tan honesto el gusto,
Recatar tanto el deseo.
No es nueva la condición
Que nos viene por herencia:
La primer desobediencia
Nació de la privación.
Malparió cierta romana
Con el deseo de ver
Un monstruo, y de se atrever
Á llegar á la ventana.
¿Qué agravio recibe honor
De galán, y no marido,
Por ver al esclarecido
César, del mundo señor?
Que decir: «Porque es mancebo,
Que te puede codiciar»,
Es achaque de no dar
Gusto.

ISABELA.

La razón apruebo;
Que Federico, no es justo
Que quiera quitarme el ver,

Si en baja ó noble mujer
Es naturaleza y gusto.
El ver, ¿á quién causa enojos?
Todo al hombre se rindió,
Sino es los ojos, y yo
No tengo esclavos los ojos.
¿Cuál mujer, aunque casada,
De no mirar se obligó?
Que aun ciega, hacia dentro vió
Con potencia imaginada.
Yo, Flora, tengo de ver
Al César, si bien será
Disfrazada.

FLORA.

Cerca está.

ISABELA.

Ó ver, ó no ser mujer.
Tiéneme aquí el padre mío,
Porque él está desterrado,
Mirando un monte y un prado,
Y entrando en la mar un río;
Y un día que viene aquí
El águila con el pico
De oro y perlas, ¡Federico
Me manda esconder á mí!
Más quiere una mujer ver,
Que del mundo los despojos;
Que es tapar al sol los ojos
Cerrar los de una mujer;
Que como pasa y traspasa
Su luz por cualquier resquicio,
Ó ha de perder el jüicio,
Ó ha de mirar lo que pasa.

Vanse.

El Emperador, Fabio, Rodulfo y Alejandro, de caza.

EMPERADOR.

Cansado estoy.

FABIO.

Es el día
Caloroso por extremo.

ALEJANDRO.

Cuando es con exceso tanto,
No sin donaire dijeron
Los antiguos que ladraban
Aquellos celestes perros.

RODULFO.

¿Qué mucho, si les da el sol,
Gran señor, de medio á medio,
Y está para darles agua
Hoy el Acuario tan lejos?

EMPERADOR.

Señoras yerbas, haced
Silla al que tiene el imperio
De Alemania, y en Italia
Y Roma el sagrado reino.
¿Qué dosel como estos olmos,
Que con natural ingenio
Visten hiedras, que coronan
De racimos sin cabellos?
¿Qué telas como estos lauros,
Donde parece que huyendo
Dafne, más agua que sol,
La viene siguiendo Febo?
¡Con qué gracia se despeña
Ese músico arroyuelo
De esas pizarras al prado,
Que en verdes juncos y helechos
Le da cama en que se duerma,
Echando su ruido menos
Las aves, á cuyos tiples
Era templado instrumento!
¿Donde quedó Federico?

ALEJANDRO.

Luego que fuiste siguiendo
Aquel Acteón sin alma,
Que de las ramas de un fresno
Cuelga por los pies atado,
Bañando de sangre el suelo,
Se fué entrando por el monte
Con Tristán, el escudero
De quien celebras donaires,
De quien repites despejos;
Pero ya vienen los dos.

Federico y Tristán.

FEDERICO.

Aparte á Tristán.

¿Si me habrán echado menos?

TRISTÁN.

¿Eso dudas?

EMPERADOR.

Federico,
¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho?

FEDERICO.

Codicioso de seguir
Un jabalí, más soberbio
Que aquel feroz que en Arcadia
Abrió de Adonis el pecho
Con dos dagas de marfil,
Eterno llanto de Venus,
Perdí las señas del monte,
Y por laberintos hechos
De pinos, que, de las nubes
Verdes obeliscos, dieron
Temor al sol con la historia
De los gigantes soberbios,
Anduve, señor, buscando
Algún labrador Teseo
Que me sacase al camino,
Hasta que de tus monteros,
De una peña repetidos,
Me trujo el aire los ecos.

EMPERADOR.

No se le puede negar
Á la caza, caballeros,
Ser el más noble ejercicio,

Y de más ilustre aliento
Para empresas militares,
Y de antiguos y modernos
Más celebrado en el mundo.
Envidio el famoso esfuerzo
Del africano que mata,
De Libia en los campos secos,
Con sólo el desnudo brazo
Y las dos puntas de acero,
Al rey de los animales;
Pero cuando yo contemplo
Que es todo trabajo inútil,
Parece que me arrepiento
De la fatiga que traigo
Y el cansancio con que vuelvo.

FEDERICO.

En las acciones humanas,
Á la inclinación debemos
Hacer fáciles las penas:
Así hallaron los secretos
De la gran naturaleza
Los filósofos, y dieron
Fin á tan altas empresas
Los romanos y los griegos.
La inclinación hizo sabios,
Oradores y maestros
De las leyes, y el laurel,
Poetas de ilustres versos.
Corresponden las costumbres
Á la inclinación.

EMPERADOR.

Ya veo
Que fué de nuestras pasiones
El primero fundamento;
Pero ¿cuál es la mayor
Pasión de las que tenemos
Los hombres naturalmente?

FEDERICO.

Dejando afectos diversos,
Son la ira y el amor.

EMPERADOR.

Y ¿cuál es el mayor?

FEDERICO.

Tengo
La ira por más pasión,
De quien los sabios dijeron
Que era una breve locura,
Que ciega el entendimiento.

EMPERADOR.

Engáñaste, porque amor
Aspira en el alma á eterno;
Que, como ella es inmortal,
También amor puede serlo;
Y la ira, y tú lo dices,
Ser breve, pues dura el tiempo
Que dilata la venganza;
Pero del amor sabemos
Que puede durar, después
De ejecutado el deseo,
Toda la vida de un hombre.
Y es fácil aquí el ejemplo;
Que podéis todos vosotros
Tener encendido el pecho
De amor agora, y ninguno
Tener ira: luego es cierto
Que es mayor pasión amor.

FEDERICO.

Que es la más noble confieso,
Pero no que la más fuerte,

EMPERADOR.

Vosotros, que estáis oyendo
Al discreto Federico
Un pensamiento tan necio,
¿Qué decís de su opinión,
Confesándome primero
Si amáis? Porque no es posible
Que donde hay tantos sujetos
De hermosura y discreción,
Estéis libre de este afecto.
Di tú, Fabio, por mi vida.

FABIO.

Yo, señor, con nadie tengo
Ira; amor sí.

EMPERADOR.

¿Quieres bien?

FABIO.

Cierta señora requiebro
Con más amor que esperanza.
Aro el agua, siembro el viento.

EMPERADOR.

¿Tú, Rodulfo?

RODULFO.

Por tu vida,
Diré verdad. Yo no acierto
Á conquistar voluntades;
Tengo mi dama de asiento,
Aseguro mi salud,
Quiero más y gasto menos.

EMPERADOR.

¿Tú, Alejandro?

ALEJANDRO.

Gran señor,
Un imposible pretendo.

EMPERADOR.

No hay imposible, Alejandro,
Rogando, amando y sirviendo.
Tristán, ya que estás aquí,
Di tu razón, porque entiendo
Vencer con todos los votos.

TRISTÁN.

Indigno, César excelso,
Me siento en tanta grandeza;
Mas, como siempre te veo
Inclinado á mi favor,
Tendré á tu vida respeto.
Yo quiero una casadilla,
De cuyos ojuelos negros
Saliera el sol más hermoso,
Si se acostara con ellos.
De las rosas de su cara
Parece que amor ha hecho
Azúcar rosado al alma

De mis enfermos deseos.
Breve boca y dientes blancos,
Tales, que un mico ligero,
Pensando que eran piñones,
Saltó una vez á comerlos.
Las manos eran ¡por Dios!
Lindas, si pidieran menos;
Lo que es el brío, pudiera
Ser el alma de otro cuerpo.
Fuése el marido á una aldea;
Sustituir quise el lienzo
De sus sábanas; volvió;
Era riguroso invierno:
Escondióme en un tejado,
Del marido, y no del cierzo,
Donde estuve sin jüicio,
Hasta que el alba riyendo,
Me tuvo por chimenea;
Y con ser tan grande el hielo,
Confieso que no ha podido
Vencer de mi amor el fuego.

EMPERADOR.

¿Por qué callas, Federico?

FEDERICO.

Yo, señor, porque no puedo,
Siendo ignorante de amor,
Ayudar á tu argumento.
En toda mi vide quise,
Ni dije á mujer requiebro,
Ni sujeté el albedrío,
Ni rendí el entendimiento,
Ni escribí papel de amores,
Ni tuve de nadie celos,
Ni me vió rondar de noche,
Ni oyó mis quejas el viento,
Ni supe qué eran desdenes
Ni favores, porque tengo
De las tragedias de amor
Innumerables ejemplos.

EMPERADOR.

Pues ¿qué has hecho, Federico,
De toda tu vida el tiempo?
¿Tú eres hombre? ¿Tú eres noble?
¿Tú valiente? ¿Tú discreto?
¿En qué Scitia, en qué Etïopia
Naciste? ¿Qué monte fiero
De Tesalia fué tu padre?
¿Qué tigre te dió su pecho?
¡Hombre vivió sin amor
En el mundo, donde vemos
Llorar un ave de ausencia,
Morirse un cisne de celos,
Bramar en el bosque un toro,
Gemir en el monte un ciervo,
Y un delfín entre las ondas
Del mar festejar paseos
Al sujeto que le dió
Naturaleza por dueño!
¿Tú no sabes, Federico,
Que desde el hombre primero
Es amor rey de los hombres?

FEDERICO.

Señor, en amor me empleo
De la virtud y los libros.

EMPERADOR.

Es justo amor, no lo niego;
Pero ¿hay cosa más amable,
Ni de excelente sujeto,
Como una hermosa mujer,
Al humano entendimiento?
¿Qué cosa es buena sin ellas?
¿Qué es la caza, qué es el juego,
Para igualar á sus brazos?
Ó ¿para quién, dime, ha hecho
La plata la luna, el sol
El oro, el mar en su centro
Las perlas, las piedras ricas
Los planetas, influyendo
Para diversas colores
Sus calidades y efetos?
¿Para quién tanto artificio,
Desde el gusano pequeño
Que labra en capullos blancos
El túmulo de su entierro,
De donde la seda sale,
Con que vestimos los cuerpos,
Que nos dieron aquel ser
Que todos reconocemos?
Pues advierte, Federico,
Que desde hoy (estáme atento)
Has de buscar á quien ames,
Humilde ó alto sujeto;
Porque en mi cámara, juro
Por Dios, y esto será cierto,
Que no ha de entrar sin amor
Hombre ninguno; que creo
Que hombre que no sabe amar
No sabrá servir, y aun pienso
Que no puede ser leal,
Ni valiente, ni discreto.
No digo que amor vicioso
Ocupe tus pensamientos,
Sino amor casto, que obligue
Virtuoso á un fin honesto.
¿Qué piensas tú que es el solo?
Pues profesas libros, pienso
Que, si á Aristóteles viste,
Sabrás que dijo por ellos
Que el solo era dios ó bestia;
De cuya máxima entiendo
Que si acompañan amigos
El humano entendimiento,
No la voluntad, que aspira
Á más estrechos deseos;
Y al mismo sabio también
Le desterraron los griegos
Porque adoraba á su dama
Y la hizo altar ó templo.
¿Hasme entendido?

FEDERICO.

Muy bien,
Y que buscaré sujeto

Á quien amar desde hoy.
Y ¡cómo, si ya le tengo (Aparte.)
Más alto que el mismo sol!

Dentro ruido.

UNA VOZ.

Dentro.

Ataja, ataja; del cerro
Pelado desciende al verde
Valle.

OTRA VOZ.

Dentro.

Si á Melampo suelto,
No se le irá por los pies,
Aunque le igualen al viento.

EMPERADOR.

Corred, caballeros, todos;
Que en esta fuente os espero.

FEDERICO.

Y ¿yo también?

EMPERADOR.

Federico,
Tú el primero.

FEDERICO.

Ya obedezco
Tu gusto. Vamos, Tristán.

TRISTÁN.

Un grande preñado llevo (Ap. á su amo.)
De cosas que te decir.

FEDERICO.

Hablaremos en secreto.

Vanse todos, menos el Emperador.

EMPERADOR.

Quien no sabe de amor, vive entre fieras;
Quien no ha querido bien, fieras espante;
Ó si es Narciso, de sí mismo amante,
Retrátese en las aguas lisonjeras.
Quien en las flores de su edad primeras
Se niega á amor, no es hombre, que es diamante;
Que no lo puede ser el que, ignorante,
Ni vió sus burlas ni temió sus veras.
¡Oh natural amor! Que bueno y malo,
En bien y en mal te alabo y te condeno,
Y con la vida y con la muerte igualo:
Eres en un sujeto malo y bueno;
Ó bueno al que te quiere por regalo,
Y malo al que te quiere por veneno.

Isabela y Flora, vestidas de labradoras, y Belardo.

ISABELA.

Á Belardo, sin haber visto al Emperador.

Muy mal nos habéis guiado.

BELARDO.

No ha sido la culpa mía;
Que esta gente no venía
Á merendar en el prado,
Para sentarse despacio;
Ni estamos para mirar
Al César salir ó entrar
En las puertas de palacio.
Todos van en sus rocines
Por el monte discurriendo.

ISABELA.

Lejos se escucha el estruendo.

FLORA.

De aqueste valle en los fines
Repite el eco las voces.

EMPERADOR.

¡Qué graciosa labradora! (Aparte.)
¿Sale más fresca la aurora?

ISABELA.

Tú, pienso que no conoces
Al Emperador.

BELARDO.

Yo no.

ISABELA.

Mas no será menester;
Que bien se echará de ver.

BELARDO.

Pintado le he visto yo,
Y así vendrá por acá.

ISABELA.

¿Cómo?

BELARDO.

Con un gran ropón
De armiños blancos, tusón
De oro, en que el cordero está
Entre piedras y eslabones,
Corona de tres, el mundo
En la mano, el sin segundo
Cetro de tantas naciones,
Y la valerosa espada.

ISABELA.

Y ¿ha de venir á cazar
De esa suerte?

FLORA.

Y ¿aquí andar
Con la púrpura sagrada?

BELARDO.

Andan tan graves y erguidos,
Que, por sus Reales leyes,
He pensado que los reyes,
Flora, se acuestan vestidos.
Nosotros mudamos cara
Con buena ó mala fortuna;
Los reyes no, siempre es una.

EMPERADOR.

Mientras más para y repara (Aparte.)
Mi vista en esta mujer,
Más hermosa me parece.

FLORA.

El César se desparece.
Bien nos podemos volver.

ISABELA.

¡Ay, Flora! ¡Qué gran desaire
Ser al aire mi venida!

EMPERADOR.
No he visto cosa en mi vida (Aparte.)
De tanta gracia y donaire.

ISABELA.
Sin ver á los cortesanos
Siquiera, ¿me he de volver?

EMPERADOR.
Labradora puede ser (Aparte.)
De corazones humanos.

ISABELA.
Allí he visto un caballero.
¡Hola! ¿Qué digo? Señor,
¿Dónde está el Emperador?

EMPERADOR.
Aquí, señora, le espero.
Mas ¿qué es lo que le queréis?
Que yo soy su gran privado.
Mucho tendréis negociado
Con las gracias que tenéis,
Porque siempre la hermosura
Lleva cartas de favor.

ISABELA.
Ya sé que el Emperador
La divina arquitectura
Humilla á cualquier mujer

EMPERADOR.
No á cualquiera; que en efeto
Es quien es; mas yo os prometo
Que si os acertase á ver
Y á oiros hablar así,
Que se perdiese por vos.

ISABELA.
¿Perderse? ¡Válgame Dios!
Pues ¿no tiene el mundo allí?
¿Hay más que buscarse en él?

EMPERADOR.
Quien por un ángel se pierde,
Es justo que se os acuerde
Que es fuerza volar tras él.
Luego en buscarle en el suelo
Vuestro pensamiento yerra;
Que no se hallará en la tierra
Quien se ha perdido en el cielo.

ISABELA.
No entendemos por acá
Tan angélicos requiebros;
Que entre castaños y enebros
Humildemente se va.
Decidnos del talle y cara
Del señor Emperador.

EMPERADOR.
Miradle como á señor,
En que el respeto repara,
Y con eso le habréis visto.
Mas ¿dónde vivís?

ISABELA.
No sé.

EMPERADOR.
Sabrélo yo.

ISABELA.
¿Para qué?

EMPERADOR.
Porque soy el que conquisto
Para el César estas aves.

ISABELA.
¡Muy buen oficio tenéis!
Medraréis y privaréis,
Que son bocados suaves.
Y así á vos os le haga Dios,
Pues junto al César estáis,
Que el bien que podáis le hagáis;
No sea todo para vos.
No digáis de nadie mal,
Que es bajeza, y no es razón
Trocar con mala intención
Un espíritu real;
Que si de aquel alto cielo
Alguna vez deslizáis,
No dudéis, si bien habláis,
Que hallaréis más blando el suelo.
Esto os digo, aunque con miedo
Á ver al César venía;
Mas, pues ya se acaba el día,
Adiós.

EMPERADOR.
Esperad.

ISABELA.
No puedo.

Vanse Isabela y Flora.

EMPERADOR.
¿Oyes, tú, buen labrador?

BELARDO.
¿Qué mandáis?

EMPERADOR.
Saber deseo
Quién es esta labradora.

BELARDO.
No me parecéis discreto
Para cortesano.

EMPERADOR.
¿Cómo?

BELARDO.
Aunque es disfrazado cuerpo,
¿No veis que el alma es de dama,
Las galas y el limpio aseo?
¿Qué olor os dió de tomillo,
Pues, á los ámbares hecho,
No conocisteis el suyo?

EMPERADOR.
No os espantéis, soy un necio.
¿Cómo se llama?

BELARDO.
Isabela.

EMPERADOR.
¿Y vos?

BELARDO.
Al servicio vuestro,
Belardo.

EMPERADOR.
¿Aun viven Belardos?

BELARDO.

¿No habéis visto un árbol viejo,
Cuyo tronco, aunque arrugado,
Coronan verdes renuevos?
Pues eso habéis de pensar,
Y que, pasando los tiempos,
Yo me sucedo á mí mismo.

EMPERADOR.

Vos decís bien, y yo quiero
Daros aquesta sortija.

BELARDO.

¿De oro?

EMPERADOR.

De oro, pues.

BELARDO.

Del pueblo
Soy, señor; mas hay dos cosas
Con peligro manifiesto
De ser envidiadas.

EMPERADOR.

¿Cuáles?

BELARDO.

La riqueza y el ingenio.
¿Dan todos los cortesanos
De esta suerte?

EMPERADOR.

Así lo pienso.

BELARDO.

Porque dicen por acá
Que el dar se pasó á otro reino.

EMPERADOR.

¿Quién es Isabela?

BELARDO.

Es hija
Del duque Otavio.

EMPERADOR.

Ya tengo
Noticia del duque Otavio,
Y también de su destierro.

BELARDO.

No tiene el César razón
De tenerle tanto tiempo
Desterrado de la corte
Por envidia.

EMPERADOR.

Ahora entiendo (Aparte.)
Lo que me dijo Isabela.
Todos los malos sucesos
Atribuyen los culpados
Á los que tienen gobiernos.
¿Es casada esta señora?

BELARDO.

No, señor; que está su viejo
Padre pobre.

EMPERADOR.

Hermosa es.

BELARDO.

No es el dote de estos tiempos.

EMPERADOR.

¿Dónde vive?

BELARDO.

Á mano izquierda,
Entre esas hayas y tejos,
Se esfuerzan dos torres mochas
Para ser más altas que ellos:
Allí pasa su tristeza
Y su vejez..... Mas ya siento
Vuestra gente. Adiós, adiós;
Que van mis amas huyendo
De la noche, y de que el Duque
Sepa que tan lejos fueron.

Vase.

Federico, Fabio, Rodulfo, Alejandro y Tristán.

FEDERICO.

No ha visto en esta selva, ni en alguna
Deste ni otro horizonte,
Tu majestad cesárea tan valiente
Parto de los peñascos de aquel monte.
De juncos se vistió desta laguna,
Llevando del hocico y de la frente
Colgados los lebreles irlandeses,
Ardientes canes de estos rubios meses,
Y á Melampo y Taurín por arracadas,
Las orejas en púrpura bañadas.
Allí, entre el cieno y ovas
De tantas cuevas y húmidas alcobas,
Rindió la fuerte vida,
Buscando el agua, de su humor teñida,
En cuya sed, por más que ardides fragua,
Bebió más de su sangre que del agua.
Ven á verle si quieres.

EMPERADOR.

Ya no puedo,
Que baja entre las sombras de su miedo
La noche que nos cubre,
Y la creciente luna se descubre
En los fines del día.
No está lejos de aquí la casería
Del duque Otavio; albergaréme en ella,
Hasta que salga la amorosa estrella,
Paraninfo del sol.

FEDERICO.

¡Del duque Otavio!
Pues ¿ya te olvidas del pasado agravio?

EMPERADOR.

¿Es mucho que me olvide,
Si con los años el rigor se mide?

FEDERICO.

¿Quién te ha dicho, señor, que aquí vivía
El Duque?

EMPERADOR.

Un labrador que conducía
Sus bueyes de la arada,
Atadas las coyundas á las frentes,
Y en la rústica mano la aguijada.

FEDERICO.

Resultarán dos mil inconvenientes
De ver al Duque agora, desterrado.

EMPERADOR.
No lo estará, si queda perdonado.
FEDERICO.
Está todo el servicio en esa aldea.
EMPERADOR.
Traerle.
FEDERICO.
Será tarde.
EMPERADOR.
Aunque lo sea.
FEDERICO.
Estaba puesto allá todo recado.
EMPERADOR.
Federico, acabad; no seáis pesado.

Vanse todos, menos Federico y su criado.

FEDERICO.
¡Extraña novedad! ¿Por dónde, cielos,
Ha dado mi desdicha en el agravio,
Huyendo del peligro de los celos?
Si no es dichoso, no hay amante sabio.
¡Que supiese, á pesar de mis desvelos,
La casa donde estaba el duque Otavio!
Amor, ¿qué importan prevenciones dichas
Donde tienen imperio las desdichas?
TRISTÁN.
¿De qué te afliges?
FEDERICO.
Todo me desvela.
TRISTÁN.
Pues ¿hay más que decirla que se esconda
De los ojos del César, Isabela,
Y que á tus justos celos corresponda?
FEDERICO.
¿No has visto halcón que á las perdices vuela,
Y que las va cercando á la redonda,
Y que la más segura y escondida
Pierde primero que el temor la vida?
Así será Isabela y sus criadas,
Guardadas de mis celos y temores.
TRISTÁN.
Cuando alojar soldados camaradas
Sienten para su mal los labradores,
Esconden las gallinas, y guardadas,
Apenas siente el gallo los albores
De la primera luz, cuando en voz fuerte
Se vuelve cisne por cantar su muerte.
Aquí será, señor, de otra manera
Si tu Isabela defender procuras,
Porque no cantarás, estando fuera,
Y ellas con esconderse están seguras.
FEDERICO.
¡Quién fuera nube que esconder pudiera
De Isabela, mi sol, las luces puras!
Mas, como no es posible al de los cielos,
Menos podrán su resplandor mis celos.

Vanse.

El duque Otavio y Belardo.

OTAVIO.
La vuelta de Federico,
Que viene el César confirma.
BELARDO.
Digo que he visto, señor,
Acercarse á nuestra quinta
Gente del Real servicio,
Instrumentos de cocina
Y aparatos de la noche:
De que tan graves venían
Las acémilas, que llevan
Los reposteros encima
Con las armas del imperio,
Que dije: «Si éstas caminan
Tan soberbias, porque traen
Cosas de tan baja estima,
¿Qué mucho que lo parezcan
Los que tan cerca se miran
Del señor Emperador?»
OTAVIO.
No sé por dónde mi dicha
Le ha traído á nuestro monte,
Ni cómo ya se le olvida
Lo que tuvo por agravio.
Presumo que determina
Perdonarme, y que ha buscado
Con esta invención fingida
Ocasión á su piedad;
Que, en fin, cuando pretendían
El imperio el de Sajonia
Y él con armas atrevidas,
Dejé la parte de Otón,
Teniendo mayor justicia.
Coronóse al fin venciendo,
Y en viendo en su frente altiva
Las hojas de oro y laurel,
Del sagrado imperio insignias,
Pudiendo verter mi sangre,
Con destierro me castiga.
Ya va llegando la gente:
Entra, y á Isabela avisa
Que tengo al César por huésped,
Para que esté prevenida
Para besarle la mano.
BELARDO.
La gente, señor, me admira
Que sigue á un rey, aunque sea
Para entretenerse un día.
OTAVIO.
Si ves el campo del cielo
Y el sol, ¿por qué no imaginas
Los ejércitos de estrellas
Que de su luz participan?
Lo mismo es un rey.
BELARDO.
Yo parto
Á decir que se aperciba
Mi señora á ver el sol.

Vase.

El Emperador, Federico, Fabio, Rodulfo, Alejandro y Tristán.

FEDERICO.
Aquí está el Duque.
OTAVIO.
Y se humilla,
Gran señor, á vuestros pies,
Adonde lágrimas sirvan
De palabras; que mejor
Con ellas se significan
Los sentimientos del alma.
EMPERADOR.
Quien á vuestra casa misma
Viene, Otavio, claro está
Que el perdón os anticipa.
El blasón de nuestro imperio,
Entre el acero y la oliva,
Dice que perdona humildes,
Y que soberbios castiga.
Yo os abrazo, que es la pluma
Que las amistades firma,
Sin acordarme de agravios.
OTAVIO.
Vuestra Majestad invicta,
Soberano Otón, bien sabe
Que con alma arrepentida
Me sepulté en estos montes
En pena de mi desdicha,
Pudiendo del de Sajonia,
Cuyas banderas seguía,
Admitir grandes mercedes.
EMPERADOR.
No es menester referirlas,
Sino saber que tendréis
Con este perdón las mías.
FEDERICO.
Temblando, Tristán, estoy. (Ap. á su criado.)
TRISTÁN.
Pues ¿de quién?
FEDERICO.
De que le pida
Que quiere ver á Isabela.
TRISTÁN.
Y ¿qué habrá después de vista?
FEDERICO.
Ser su hermosura tan grande,
Que si el César se le inclina,
No habrá poder en el mundo
Que lo que temo resista.
EMPERADOR.
Federico.....
FEDERICO.
Señor.....
EMPERADOR.
Oye.

Háblale aparte.

Ya me parece que hacía
Agravio á tu amor, callando
De mi súbita venida
La causa.
FEDERICO.
Y yo la deseo,
Pues de Otavio, la malicia
Con que tomó contra ti
Las armas, no merecía
Este perdón.
EMPERADOR.
Cuando os fuistes,
Salió de aquellas encinas
¡Quién creyera tal! un ángel,
Un cielo, un sol, una ninfa
Vestida de labradora,
Que deseosa venía
De ver al Emperador:
Y por verla y por oirla,
No le dije que yo era.
Su hermosura y gallardía
Fueron un rayo á mi alma.
No he visto cosa tan linda
Desde que tengo el laurel
De Alemania, ni en mi vida
Me dió más dulce deseo
De su amorosa conquista.
Esto me trujo á su casa,
Sabiendo que era su hija,
Del Duque. Dile al descuido
Que me enseñe su familia;
Iréme en viéndola, y tú
La dirás que amor me obliga
Á tanto exceso, y que á solas
Honestamente permita
Que hablemos los dos.
FEDERICO.
Señor,
¿Sola Isabela venía
Á verte?
EMPERADOR.
Así me lo dijo.
FEDERICO.
Tu gran majestad obliga,
Contra el honesto recato
Que desta dama publica
La fama, á mayor exceso.
EMPERADOR.
¿Agora sabes que incita
Toda novedad los ojos
De las mujeres?
FEDERICO.
Es digna
Tu grandeza de mayores
Milagros.
EMPERADOR.
Todo lo miran,
Todo lo ven las mujeres;
Que quieren ver y ser vistas:
Porque si, cuando desean
Ver y ser vistas, les quitan
Ser vistas y que las vean,
Harán mil cosas indignas:

Romperán torres, saldrán
Por rejas, pondrán mil vidas
Y mil honras en peligro.

FEDERICO.

Bien lo dicen mis desdichas. (Aparte.)
Echó la fortuna el sello,
Firmó cuanto yo temía;
Bien dicen los desdichados,
Que las almas profetizan.
Ya no es menester, señor,
Que al duque Otavio le diga
Lo que mandaste: ella viene.

Isabela, Flora y criadas.

ISABELA.

Á Alejandro.

Vuestra Majestad permita
Los pies á su humilde esclava.

ALEJANDRO.

No soy yo, señora mía.
Allí está el Emperador.

FLORA.

¡Ay, señora! Por tu vida, (Aparte á Isabela.)
Que es el que hablaste en la fuente.

ISABELA.

El alma me lo decía, (Aparte.)
Y no lo quise creer.
Dejad, señor, que se rinda
Esta esclava á vuestros pies.

EMPERADOR.

Que los brazos os reciban
Es más justo. ¡Oh Federico, (Ap. á él.)
Qué hermosura tan divina!

FEDERICO.

Demonio la juzgo yo. (Aparte.)

EMPERADOR.

¿Qué intercesora podía,
Como vos, traer el Duque?

ISABELA.

Laurel de mil mundos ciña
Esa victoriosa frente.

EMPERADOR.

Parece descortesía
El recibiros en pie.
Entrad y tomemos sillas.
Da la mano, Federico,
Á Isabela.

FEDERICO.

¡Ah fementida! (Aparte á Isabela.)

ISABELA.

Pues ¿qué culpa tengo yo?

FEDERICO.

Pregúntalo á las encinas
Donde fuiste á ver al César.
Eres mujer.

Vuelve el rostro el Emperador.

EMPERADOR.

¿Qué decías
Á Isabela?

FEDERICO.

Que merece
De tu imperial monarquía
La mitad.

EMPERADOR.

Y aun toda es poco.

FEDERICO.

¡Qué traición! (Aparte á Isabela.)

ISABELA.

¡Qué necia envidia!

FLORA.

Y tú, ¿no me das la mano? (Ap. á Tristán.)

TRISTÁN.

En cinco dagas buídas
Quisiera volver los dedos.

FLORA.

¡Qué locura!

TRISTÁN.

¡Qué desdicha!

FLORA.

¿Qué quieres? Tenemos ojos,
Y los ojos.....

TRISTÁN.

Dilo.

FLORA.

Miran.

TRISTÁN.

¡Mal cuervo aposente el pico
En la mitad de tus niñas!

FLORA.

Pues ¿á quién ofende el ver?

TRISTÁN.

Ya sé que el diablo os pellizca
En habiendo novedad.

FLORA.

¿Y vosotros?

TRISTÁN.

Pues ¿querías
La libertad que tenemos
Por ejecutoria antigua?

FLORA.

Con eso no ven mujer
Que luego no la codician
Los hombres.

TRISTÁN.

Flora, entre yeguas
Todo caballo relincha.

ACTO SEGUNDO.

Federico y Alejandro.

ALEJANDRO.

Piadosa hazaña del invicto César
Ha sido, Federico, en tanto agravio

El haber perdonado al duque Otavio.
No sé si diga que de amor ha sido,
Pues no sólo á la corte le ha traído,
Pero de oficios de su casa honrado.

FEDERICO.

Como nunca, Alejandro, me ha tocado
La envidia de la corte,
Siempre camino por distinto norte.
Bien sé que la hermosura de Isabela
Puede en la edad de Otón, si le desvela,
Ser causa del honor que al Duque ha hecho;
Pero, de sus virtudes satisfecho,
Y de la buena fama de esta dama
(Que en la mujer es la mayor la fama),
Tendré por imposible su deseo:
Fuera de que no creo
Que Otón la mire como habéis pensado.

ALEJANDRO.

Su condición me ha dado
Tan necio pensamiento,
Y de haberle tenido me arrepiento;
Que el tiempo que estuvimos en la aldea
Me dió ocasión de amarla su hermosura.

FEDERICO.

¡Extraña desventura! (Aparte.)
No hay cosa que no sea
Para tormento mío.

ALEJANDRO.

Vila una tarde que bajaba al río
Con Flora, su parienta ó su criada.
Sentóse en la esmaltada
Orilla entre las flores,
Que de envidia esforzaban sus colores;
Y tomando una caña
Que un labrador traía,
Cada pez que sacaba, parecía
Una estrella de plata por el viento,
Que mudando elemento,
Pendiente del sedal, se resistía.
Llegué con osadía,
Y dije: «Si los peces almas fueran,
Á tan hermosas manos acudieran
Sin resistirse tanto.»

FEDERICO.

¡Buen requiebro!

ALEJANDRO.

Debéisos de burlar.

FEDERICO.

Antes celebro
Que vinieran las almas por despojos
Al cristal del anzuelo de sus manos
Y al cebo de sus ojos.

ALEJANDRO.

Allí nacieron pensamientos vanos,
Allí esperanzas locas
De palabras corteses, aunque pocas,
Que me dijo, bañando en clavel puro,
Cuando mezcla lo claro con lo obscuro,
El nevado jazmín de las mejillas.
Cubriéronse de sombra las orillas,
Porque el sol de Isabela y el del cielo
Á un tiempo las dejaron,
Quedando en la ribera tristes ecos;
Las flores desmayadas, las süaves
Aguas sin risa, y sin cantar las aves.
Con este amor, con este honesto celo,
Que sus dulces palabras alentaron,
Pienso pedirla á Otavio.

FEDERICO.

¡Dichoso vos, que, sabio,
Seguís, queriendo bien, de Otón el gusto!
Yo sin amor, aunque le voy buscando,
Por no darle disgusto,
Finjo que muero amando.

ALEJANDRO.

¡Ay, Dios! No finjo yo, que amando muero.
Si llegare ocasión, de vos espero
Con el César favor para casarme.
Entro á vestirle, y entro confiado
De la merced que siempre me habéis hecho.

FEDERICO.

Y yo quedo á serviros obligado.

ALEJANDRO.

Siempre lo estuve de ese noble pecho.

Vase.

FEDERICO.

Canta pájaro amante en la enramada
Selva á su amor, que por el verde suelo
No ha visto al cazador, que con desvelo
Le está escuchando, la ballesta armada.
Tírale, yerra, vuela, y la turbada
Voz, en el pico transformada en hielo,
Vuelve, y de ramo en ramo acorta el vuelo,
Por no alejarse de la prenda amada.
Desta suerte el amor canta en el nido;
Mas luego que los celos que recela
Le tiran flechas de temor de olvido,
Huye, teme, sospecha, inquiere, cela,
Y hasta que ve que el cazador es ido,
De pensamiento en pensamiento vuela.

Tristán.

TRISTÁN.

Pensarás que me he tardado
Por culpa mía.

FEDERICO.

No sé;
Pero sé que te esperé,
De esperar desesperado.

TRISTÁN.

Á la nueva casa fuí
De la señora Isabela
Con la propuesta cautela,
En cuya portada vi,
Como salvaje, á Belardo,
Que ya en forma de escudero
Quiere olvidar lo grosero
Y presumir lo gallardo.
Por Flora le pregunté;

Él me abrazó y me llevó
Á la sala, adonde yo
El nuevo adorno admiré.
Visten las paredes tela
Que hasta el suelo se dilata,
Y está en baranda de plata
El estrado de Isabela,
Que es el sitial de esta audiencia.
Escritorios sobre estantes,
Que tuvieran para amantes
Notable correspondencia.
Ramilleteros con flores
Fingidas, que burlar pueden
Las abejas, tanto exceden
Las imitadas colores.
Del duque Otón un retrato
Con el militar bastón,
Que fué la ofensa de Otón,
Por quien le llamaba ingrato;
Pero ya se le figura
Que nunca lo pudo ser.
¡Válgame Dios! ¡Qué poder
Tiene siempre la hermosura!

FEDERICO.

Llamáronla tiranía
Breve, con mucha razón.

TRISTÁN.

Eso las mujeres son
En su breve lozanía.

FEDERICO.

¡Gran poder!

TRISTÁN.

Corre parejas
Con el más alto poder.
¡Brava cosa, ser mujer,
Si no llegaran á viejas!
Mas, como al fin les alcanza
Tan notable diferencia,
Allí dan su residencia,
Allí tomamos venganza.
Allí llega el que gastó
Su hacienda, y la cobra en risa;
Allí el despreciado pisa
La hermosura que adoró.
Allí la rosa y jazmín
Que el poeta encareció,
Seca se muestra, y quedó
Sólo al serafín el fin.
Allí la que á la ventana
Por grande favor salía,
Haciendo el papel de tía,
Va por la calle entrecana.
Allí la cara que intenta
Hacer al sol igualdad,
Parece rapado abad,
Y más si engorda á cincuenta.
Pero son tan venturosas,
Que cuando la edad declina,
Ó tienen hija ó sobrina,
Bien prendidas, bien airosas,
Con que aquella tiranía
Se hereda por sucesión.

FEDERICO.

¡Qué cansada relación
Á quien el alma tenía
Colgada de tus razones!

TRISTÁN.

Es retórico rodeo,
Porque con mayor deseo
Me escuches.

FEDERICO.

¡Qué de invenciones!

TRISTÁN.

Digo que Flora salió,
Y que me dió mil abrazos;
Pero apartóle los brazos,
¿Quién dirás?

FEDERICO.

Pues ¿sélo yo?

TRISTÁN.

Hazte simple: tu Isabela,
Que salió, oyendo mi voz,
Á abrazarme, más veloz
Que garza que el halcón vuela.
¿Cómo piensas que venía?
El cabello en una mano,
Y en otra el peine, que en vano
Pensaba ser celosía
Del sol de sus bellos ojos;
Y así como me abrazó,
Todo el hombro me vistió
De aquellos ricos despojos.
Celebré mucho el favor,
Y el verme, aunque era postiza,
Con una muceta riza
De peregrino de amor.
Entraba el sol por la reja,
Como envidioso, al soslayo,
Que bien diera el menor rayo
Por tan hermosa guedeja.
Así me llevó al estrado,
Preso en tan dulce prisión,
Que el César con el tusón
No va tan bien adornado.
Sentóse, é hizo que Flora
Me llegase una almohada.
Repliqué: «No importa nada»,
Y sentéme de señora.
Lo primero en que me habló
Fué en tu crueldad, pues no quieres
Verla.

FEDERICO.

Propio es en mujeres.
No la vi porque ella vió.
Ella fué causa.

TRISTÁN.

Es verdad.

FEDERICO.

Yo la viera si no viera.
Vió lo que excusar pudiera
Esa sí que fué crueldad.
El Emperador la adora

Porque ella le quiso ver:
Competir no puede ser.

TRISTÁN.

Un remedio queda agora.

FEDERICO.

¿Cuál?

TRISTÁN.

El César te ha mandado
Que busques á quién amar:
Di que andándola á buscar,
Con Isabela has topado;
Que, como te quiere bien,
Podrá ser que liberal
Te la deje.

FEDERICO.

Mayor mal
Resultar puede también,
Pues sería hacer de modo,
Si celoso se enojase,
Que de aquí me desterrase,
Y fuera perderlo todo.
Mejor es disimular,
Y dejar á la fortuna
Mi esperanza, si en alguna
Puedo mi remedio hallar.
Pero, en fin, ¿en qué paró
La plática?

TRISTÁN.

En un efeto
De amor, que de lo secreto
Del alma al rostro salió.

FEDERICO.

¿Cómo?

TRISTÁN.

Por ser cosa fría
Esto de las perlas ya
(Que aun el mar del Sur está
Cansado de las que cría),
No digo que las lloró,
Pero que lágrimas vi:
Tú allá sabrás para ti
Si fueron perlas ó no.

FEDERICO.

¡Lágrimas!

TRISTÁN.

Pude cogerlas.

FEDERICO.

Todo me siento abrasar.

TRISTÁN.

Pues échate en aquel mar,
Serás búzano de perlas.

FEDERICO.

¡No me guardaras alguna!

TRISTÁN.

En esta ropilla están.

FEDERICO.

Pues desnúdate, Tristán;
No te ha de quedar ninguna.

TRISTÁN.

Quedo, señor, que en tu pecho
Cayeron, porque él podía
Guardarlas solo.

FEDERICO.

Y ¿no ardía
El mío, en fuego deshecho?
Pero están más propiamente
En su nácar mismo agora,
Si son perlas de la aurora,
Y no de su luz ausente.
¡Ay de mí!

TRISTÁN.

Quedo, señor,
Que el César sale.

FEDERICO.

Él me mata.

Fabio, Alejandro y Rodulfo, uno con un espejo, y otro con la capa y la espada; el Emperador, mirándose.

EMPERADOR.

Pienso que está bien así.
Dadme la capa y la espada.

FEDERICO.

¿Traerán la carroza?

EMPERADOR.

No.
Aunque la pedí, dejadla.

RODULFO.

¿Quieres que llegue el caballo?

EMPERADOR.

Ninguna cosa me agrada.
Mal estoy conmigo mismo;
Si no hay gusto, todo cansa.
¿Hay nuevas?

ALEJANDRO.

Muchas, señor.

EMPERADOR.

En la corte nunca faltan.

ALEJANDRO.

Hizo la naturaleza
Que engendre su semejanza
Todo animal, y en algunos
No puso primera causa,
Porque lo es sola la tierra,
Los cuerpos muertos ó el agua:
Y así, hay nuevas en la corte
Que la verdad y las cartas
Ni las saben ni las vieron;
Y como son engendradas
Del viento, en el viento mueren.

EMPERADOR.

¿Qué hay de Italia?

ALEJANDRO.

Que la Italia
Infesta el Turco.

EMPERADOR.

Yo creo
Que he de darle por Albania
Algún mal rato, si puedo.
¿Qué hay de España?

ALEJANDRO.

No hay de España

Cosa nueva, que no es poco.
Venecia dicen que trata
Cobrar á Chipre.

EMPERADOR.

¿Aquí estás,
Federico? ¿Ya te guardas
De servirme?

FEDERICO.

No me atrevo,
Después que buscar me mandas
Dama.

EMPERADOR.

Pues ¿eso es difícil?

FEDERICO.

Si se busca, no se halla.

EMPERADOR.

Dices bien, porque el amor
Viene cuando no le llaman;
Que es legítimo accidente,
Y la elección es bastarda.
Y ¿has hallado alguna?

FEDERICO.

Pienso
Que he visto una buena cara;
Pero ando recateando
El dar más ó menos alma.

EMPERADOR.

Si la merece el sujeto,
Dásela toda (¿qué aguardas?),
Porque no hay buenos amigos
Si la semejanza falta.
Un entendido con otro
Hacen linda consonancia,
Dos que una ciencia profesan,
Dos que escriben, dos que cantan,
Dos que juegan, dos que sirven,
Dos que venden, dos que tratan.
Yo amo: ¿cómo te puedo
Decir mi amor, si no amas?
Porque harás burla de mí.

FEDERICO.

Ya, señor, pienso que basta
Lo que quiero, para entrar
En tu cámara; que tanta
Fuerza tiene tu opinión.

EMPERADOR.

¿No has visto hacerse probanza
En los actos de nobleza?
Pues yo quiero que se haga
De que ama quien entra aquí;
Porque, como los que aman
Son locos, los que están cuerdos
Harán burlas de sus ansias,
De sus furias, de sus celos,
Temores, desconfianzas,
Alegrías y tristezas;
Que los que por otras causas
El entendimiento pierden,
Son locos porque les falta
El juicio; mas en amor
Es porque les falta el alma.
Ya, en fin, amas; que los libros
No estorban, que si estorbaran,
No amara Estela á Platón,
Ni sus prendas estimara
Con tal fe: conque no tienes
Respuesta.

FEDERICO.

Rindo las armas
Á tu opinión.

EMPERADOR.

Amor solo
Todas las ciencias abraza.
Amor ha hecho poetas
Y pintores de gran fama;
Amor es filosofía;
No hay ciencia que sin amarla
Pueda llegar á saberse.

FEDERICO.

Paréceme que retratas
Las escuelas de Platón,
Y yo te doy la palabra
De amar con tanto furor
Y tantos celos, que salga
Un discípulo famoso.
Pero mira que me mandas
Querer, y que si llegare
Á ser loco por tu causa,
Me has de ayudar á volver
En mí; porque fuera vana
La ciencia, si los maestros
Sólo el amor enseñaran,
Y no el remedio de amor.

EMPERADOR.

Palabra te doy jurada,
Por mi laurel, de ayudarte,
Si llega tu amor á tanta
Fuerza, que haya peligro
De perder, con la esperanza,
Ó la vida ó el jüicio.

FEDERICO.

Pues esa palabra basta
Para que á mi dama sirva.

EMPERADOR.

Un día, con avisarla
De que yo la quiero ver,
Me has de enseñar á tu dama,
Pues yo te he dicho la mía.
Y agora, en más confianza,
Quiero que á ver á Isabela
Con este título vayas,
Que le he dado, de condesa
De Prado; nombre que cuadra
Á quien tiene tantas flores,
Que naturaleza varia
Dió menos á los de Chipre
Cuando con pies de esmeraldas
La primavera los pisa
Y la aurora los esmalta.

FEDERICO.

Yo lo haré, señor, ansí.

EMPERADOR.
¿Qué hay, Tristán?
TRISTÁN.
Señor, nada
Si caigo de tu favor,
Y mucho, estando en tu gracia.
Preguntóle un caminante
Á un labrador qué llevaba
En una carga, y él dijo,
Previniendo la desgracia:
«Yo, nada, si cae el jumento;»
Que era de vidrios la carga.
Tan sutil es el favor
De las majestades altas,
Y la humana condición
Está sujeta á mudanzas.
Soy jumento de mi amo,
É importa que yo no caiga,
Porque no se quiebre y rompa
El vidrio de su privanza.
En fin, los dos vamos juntos.
EMPERADOR.
¡Qué donaire!
TRISTÁN.
Pues me alabas,
No quieres darme otra cosa.
EMPERADOR.
¿No es gran premio la alabanza?
TRISTÁN.
Grande; pero las lisonjas
Desvanecen, y no hartan.
Yo soy quien te ha de alabar,
Y como no me das nada,
Desvanecerme te debo.
EMPERADOR.
Yo te prometo mañana
Una gran cosa.
TRISTÁN.
Tus pies
Beso.
EMPERADOR.
Tú, vete (¿qué aguardas?),
Federico, donde digo.

Vanse todos, menos Federico y su criado.

FEDERICO.
¡Buenas van mis esperanzas!
¡Buenos van mis pensamientos!
El César, Tristán, me manda
Llevar favores á quien
Á puros celos me mata.
Título llevo á Isabela
De condesa.
TRISTÁN.
¿En qué te agravia,
Si después viene á ser tuya?
FEDERICO.
En una copa dorada
No importa que beba un rey,
Ni que se ciña una espada,
Ó que se ponga un vestido
Primero que otro le traiga;
Pero una dama, Tristán,
Es materia de honra y fama;
Y, como dijo un discreto,
La honra tiene dos caras:
Antes que se casen una,
Y otra después que se casan;
Y cualquiera déstas mira
La presente y la pasada.
He tenido por desdicha,
Entre muchas que me aguardan,
Que esté enfrente de palacio
La casa de aquesta ingrata,
Pues apenas salgo dél,
Cuando miro á sus ventanas;
Que, aunque es echar agua en fuego,
Es el fuego de la fragua,
Que cuanto le matan más,
Levanta mayores llamas.
TRISTÁN.
Si llora por ti, ¿qué quieres?
FEDERICO.
¡Oh Tristán! Que no mirara.
TRISTÁN.
Ya lo que sus ojos vieron,
Con tantas lágrimas pagan.
FEDERICO.
En efecto, ¡voy á verla!
TRISTÁN.
Y no vas de mala gana.
FEDERICO.
Subiendo voy como quien
Míseramente acompañan
Por los pasos de su muerte
El cordel y la esperanza.

Vanse.

Otavio, Isabela y Flora.

OTAVIO.
Ya que estás en la corte, no quisiera
Que fueras blanco á pensamientos vanos
De tanta juventud.
ISABELA.
Los cortesanos
Siguen la novedad.
OTAVIO.
La vez primera
Que en público saliste,
Tantas envidias á las damas diste,
Como deseos á galanes locos;
Y donde miran muchos, no hablan pocos.
ISABELA.
Ya presumo, señor, á lo que aspiras;
Que pienso que eres el que más me miras.
OTAVIO.
Quisiera yo casarte.
ISABELA.
La tema de los padres.
OTAVIO.
Más la vuestra,

Como mil veces la experiencia muestra;
Y quisiera emplearte
En uno de los grandes caballeros
Que el César favorece,
Porque cualquiera de ellos te merece.
¿Será bueno Rodulfo?

ISABELA.

No me agrada.

OTAVIO.

¿Fabio?

ISABELA.

Tampoco.

OTAVIO.

¿Y Alejandro?

ISABELA.

Menos.

OTAVIO.

Pues todos son tan buenos
Y mejores que yo.

ISABELA.

No importa nada
Para la inclinación.

OTAVIO.

No te replico.
¿Osaréte nombrar á Federico?

ISABELA.

Pues ¿tengo de espantarme?
¿No es como los demás?

OTAVIO.

Más me responde
La color de tu cara sin hablarme,
Que tu lengua pudiera.

ISABELA.

Mal esconde (Aparte.)
El alma un grande amor.

OTAVIO.

¿Qué dices?

ISABELA.

Digo
Que es á quien quiere más el César.

OTAVIO.

Veo
Entre breves razones tu deseo.
Al César hablaré; tu gusto sigo.

Vase.

FLORA.

No sé cómo has hablado
Al Duque en Federico desta suerte,
Cuando huye de verte.

ISABELA.

Turbóse el corazón, y apresurado
Dijo cuanto sabía,
Sin que supiese yo lo que decía.
Confusa estoy; que el César poderoso
Á Federico tiene tan celoso,
Que pienso que me olvida.
¡Oh, nunca yo le viera!

FLORA.

¿Quién pensara, señora, que pudiera
De una vista quedar tan encendida
La voluntad de Otón?

ISABELA.

Quien sabe, Flora,
Que el más breve placer tarde se llora.

Belardo.

BELARDO.

Tan mal me amaño al vestido,
Que parece que ando armado.
De extremo á extremo he pasado:
Allá holgado, aquí fruncido.
Aquí ando de puntillas,
Y para dar un recado
Cuando están en el estrado,
Hácenme hincar de rodillas.
Quise, como allá en el prado,
Con una cinta atacarme;
Quebróseme por bajarme,
Y no pude, de turbado,
Componerme tan aprisa;
Aunque ellas, con no mirar,
Se pudieron excusar
De verme con tanta risa.
Yo, por echar á correr,
Aumenté más sus placeres:
Demonios son las mujeres,
Que todo lo quieren ver.
Ya se me había olvidado
Un recado que traía.
Ya temo la cortesía,
Con miedo de lo pasado.
Quedito la reverencia.
Señora, á la puerta están.....

ISABELA.

¿Quién?

BELARDO.

Federico y Tristán:
Mira si les das licencia.

ISABELA.

¡Qué dices!

BELARDO.

Que están aquí.

ISABELA.

¿Federico?

BELARDO.

El mismo, pues.

ISABELA.

Es imposible.

BELARDO.

No es.

ISABELA.

¿Vísteisle vos?

BELARDO.

Yo le vi.

Federico y Tristán.

FEDERICO.

¡Qué bien haces de dudar,

Isabela, que soy yo,
Y que quien de aquí salió,
Pudiese volver á entrar:
No por mí te vengo á hablar;
El Emperador me envía;
Que no fué voluntad mía,
Pues sólo el Emperador,
Como absoluto señor,
Mandarme verte podía:
No juzgues á desvaríos
Amorosos verte así:
Con sus ojos vengo aquí,
Que no vengo con los míos.
Él me ha prestado estos bríos,
Él te mira, que yo no:
Mírale en mí, pues te vió,
Para que por mí te vea;
Que no es posible que sea
Yo quien te ve, siendo yo.
Yo no soy quien te quería,
Pues vengo, á mi amor traidor,
Á solicitar tu amor
Por el César, que me envía.
Él te quiere, y yo solía;
Mas que no lo sabe, advierte,
El alma, pues viene á verte;
Que se lo encubren mis ojos,
Porque con estos enojos
No dejase de quererte.
Otro sol, otro sin ver,
Para no sentir que vengo
Á verte, pues que no tengo
El ser que me dió tu ser.
Por ver, como al fin mujer,
En tal peligro me veo;
Que por no verte rodeo
Yo mismo, dentro de mí,
Las leguas que hay desde ti
Á lo que verte deseo.

ISABELA.

¿Por qué con tanto rigor
Me miras y no me ves,
Si arrepentida después,
Sabes que lloré mi error?
¡Oh, qué falso fué tu amor,
Si puedo darle este nombre!
Y ¡cómo es justo que asombre
La diferencia en los dos,
Pues lo que enternece á Dios,
No puede mover á un hombre!
Ver y mirar, ¿no has sabido
Cómo diferentes son?
Porque el mirar es acción,
Y el ver es sólo sentido.
Pues ¿de qué estás ofendido,
Si el ver no puedes culpar?
Que es mal hecho castigar
Los ojos de una mujer,
Cuando sale sólo á ver
Sin ánimo de mirar.
Pero si no quieres verme
Porque yo vi tus enojos,
Paguen llorando mis ojos
Hasta cegarme y perderme.
Verme y no verme es ponerme
En ocasión de matarme;
Tú no quieres perdonarme,
Y yo pienso, con morirme,
Hacer que me llores firme
Cuando no puedas mirarme.

FEDERICO.

Hay una fiera que tiene
Rostro humano, y ésta llora
Como mujer, y traidora,
Los que caminan detiene,
Y al que enternecido viene,
Le suele despedazar;
Vase á una fuente á lavar,
Y como su rostro mira
Como el que mató, suspira,
Y loca se arroja al mar.
Así tú, que me mataste,
Como al espejo te viste,
Y la traición conociste,
Que en tu semejanza hallaste,
Viendo que es el que mataste
El mismo de quien tenías
El alma, que no sabías,
Quieres echarte en la mar
De tus lágrimas, y dar
Triste principio á las mías.
Ya es tarde para no ver
Lo que viste; ya por mí
Sucedió lo que temí,
Ni puede dejar de ser.
Sujetó Dios la mujer
Al hombre; mas causa enojos
Ver que para ver antojos,
Parece, ya que esto ha sido,
Que ella sacó de partido
La libertad de los ojos.
Vive tú para que Otón
Viva (que al imperio importa);
Y en esta merced reporta
Tus lágrimas, si lo son.
Baste por satisfacción
Mi desdicha y tu porfía.
Vive tú, que si este día
Á los dos nos dividió,
No quiero deberte yo
Tu muerte, sino la mía.
Este título contiene
Que eres condesa de Prado;
Villa que el César te ha dado,
Con otras muchas que tiene.
Mira, Isabela, á qué viene
Federico, puesta en calma
La vida que me desalma;
Pero puédote afirmar
Que no te ha dado lugar
Como el que te di en el alma.

ISABELA.

Si más que letras tuviera
Este título ciudades,
Para mis firmes verdades
Menos que un átomo fuera.
Y que vienes considera
(Cosa que amor te defiende,
Aunque el César la pretende),
Si me has de vender así,
Á poner cédula en mí
Como en casa que se vende.

FLORA.

¡El César, señora!

ISABELA.

¿Quién?

FLORA.

El Emperador.

ISABELA.

¿Él mismo?

TRISTÁN.

Con solo Alejandro viene.

FEDERICO.

Retirarme es desvarío.

ISABELA.

Yo me holgaré de que veas
Mi verdad.

FEDERICO.

Yo te suplico
Por los años de mi amor,
De mis deseos los siglos,
La eternidad de mi fe,
Lo inmortal de mis suspiros,
Que sepas disimular;
Que es hombre tan entendido,
Que con cualquiera sospecha
Hará de mi amor jüicio;
Y es tan soldado y tan hombre,
Que está mi vida en peligro.

El Emperador y Alejandro.

EMPERADOR.

Quédate afuera, Alejandro.

Vase Alejandro.

Esta fineza no ha sido,
Condesa, de poco amor.

ISABELA.

Es tan grande, que remito
Al silencio lo que callo,
Y á la verdad lo que digo.
Esta silla había de ser

Llégale la silla.

De mil mundos, y éste un rico
Dosel de estrellas del cielo.

EMPERADOR.

Sentáos, señora, conmigo,
Y será del mismo sol.

ISABELA.

Cuando da el sol en un vidrio,
Resulta dél otro sol:
Y así, siendo vos sol vivo,
Lo soy yo, porque os retrato;
Pero no soy el sol mismo.

EMPERADOR.

Al contrario, está mejor,
Pues yo soy el que recibo
Los rayos de vuestra luz,
Que resulta en Federico,
En Tristán, en Flora..... (Á Belardo:) Y vos,
¿Quién sois?

BELARDO.

¿No me ha conocido?
Belardo, señor, á quien
Dió su merced el anillo
Cuando andaba por el monte;
Sino que me han vestido
Estas bragas, que se acuerdan
Del tiempo del rey Perico,
Y esta gorra, que parece
Suelo de pastel hechizo.

ISABELA.

Beso á Vuestra Majestad
La mano, Príncipe invicto,
Por el título y las villas.

FEDERICO.

Y al traerle no le quiso.
¿Qué te parece, Tristán? (Aparte á él.)

TRISTÁN.

Que hay aquí grande artificio.
Mira, toma, y después llora.

EMPERADOR.

Este, señora, es principio,
Que introduce solamente
La voluntad de serviros.
Estoy tal después que os vi,
Que no pienso ni imagino
Cosa que en amor no sea:
De amor son hasta los libros
Que leo, si bien soy yo
El *Arte de amar* de Ovidio.
He hecho que mi aposento
Esté todo guarnecido
De fábulas, y he mandado
Que no haya criado mío
Sin amor; tanto, que ya
Hice amar á Federico,
Que por mí ha buscado dama;
Y esta mañana me dijo
Señas de su buena cara,
Lo que de su gusto fío,
Aunque el amor ha de ser
Á gusto del dueño mismo;
Y que la quiere en extremo,
Aunque ha poco que la ha visto;
Y que me la ha de enseñar.

ISABELA.

Pues yo siempre le he tenido
Por galán.

EMPERADOR.

Él me ha jurado

Que á nadie en su vida quiso,
Sino es en esta ocasión.
¿No es esto así, Federico?

FEDERICO.

Nunca, señor, quise tanto;
Pero estoy medio reñido
Con mi dama.

EMPERADOR.

Serán celos.

FEDERICO.

Tengo el mayor enemigo
Que pudo hallar mi desdicha,
Discreto, galán, altivo,
Soldado, en fin, con las partes
Que reconozco y envidio.

EMPERADOR.

No lo creas; que los celos
Hacen discretos y lindos
Á muchos que no lo son,
Porque es del temor oficio
Hacer las cosas mayores,
Y así te habrá sucedido.
Tú tienes partes amables,
Gentil talle, buen jüicio,
Discreción, gracia, donaire;
No hay fiesta ni regocijo,
Que no te lleves los ojos
De la corte: y así, digo
Que aun yo, con ser lo que soy,
No compitiera contigo.
Sólo á mí temer pudieras,
Porque en la mano me pinto
Con el mundo; que si no,
Del mundo abajo, te rindo
El talle, el entendimiento.

FEDERICO.

Mil veces los pies te pido.

EMPERADOR.

Es un sujeto, Isabela,
Federico, que yo estimo
Como mi propia persona.
Una falta he conocido
Sola en él, que es no querer:
Con que todo cuanto he dicho
Echa á perder su tibieza.

ISABELA.

En eso se contradijo
Vuestra Majestad, pues dice
Que ya tiene dama.

EMPERADOR.

Ha sido
Este pensamiento en él
Después que del monte vino.

TRISTÁN.

¿Oyes aquello? (Aparte á su amo.)

FEDERICO.

Estoy loco.
Pues lo que de burlas digo
Al César por cumplimiento,
Con tantas veras le ha dicho.

TRISTÁN.

Isabela disimula;
Mas bien se ve que ha sentido
Los celos en la inquietud,
Y en que ya los tiene escritos
En las rosas de la cara.

FEDERICO.

Tú verás que el desatino
Me cuesta más de un pesar.

TRISTÁN.

Cuanto es el amor más limpio,
Más se mancha con los celos.

FEDERICO.

Todo este necio peligro
Nació de querer mirar.

TRISTÁN.

Pues ¿hubiera paraíso
De los ojos, si no viera
Aqueste animal divino?
¿Hubiera criado el cielo,
Del mar español al indio,
Cosa más bella y más linda,
Para las almas hechizo,
Como una mujer hermosa
Desde quince á veinticinco,
Si no deseara ver?

FEDERICO.

Llévame á mí por testigo
De esa verdad, y verás
Si lo que dices confirmo.

EMPERADOR.

Este diamante, en razón
De su fineza, apetece
Vuestra mano, si merece
Tanto favor mi afición;
Pero ha de ser condición,
Que os le tengo de poner.

FEDERICO.

Si ella se deja vencer (Aparte.)
De lo que el César la pide,
Con dura venganza mide
Sus celos; pero es mujer.

ISABELA.

En obedeceros gano
Una merced y un favor:
Darme el diamante, señor,
Y ponerle vuestra mano.
Á un príncipe soberano,
Siendo el anillo prisión,
Reconozco sujeción.

EMPERADOR.

No hay en amor majestad.

FEDERICO.

¡Quítase el guante! (Aparte á Tristán.)

EMPERADOR.

Mostrad
El dedo del corazón.

TRISTÁN.

De eso, señor, no te espantes;
Que hay mujer que se quitara
Un zapato, si se usara

Traer en los pies diamantes.

EMPERADOR.

Ahora sí que estos guantes
Se llamarán de jazmines.

TRISTÁN.

Señor, no te desatines. (Aparte á su amo.)

FEDERICO.

Mal pensaron mis engaños
Que principios tan extraños
Tuviesen mejores fines.

EMPERADOR.

Dos ferias haciendo estoy
Con vos, Isabela, aquí:
Que me deis el guante á mí
Por el diamante que os doy.

ISABELA.

Dichosa en las ferias soy.

FEDERICO.

Y yo soy tan desdichado, (Aparte.)
Que en las ferias me ha tocado
Parte, aunque no del diamante;
Pues lleva el César el guante,
Y yo llevo lo picado.

EMPERADOR.

Con este favor, pues gano,
Me levanto.

Levántase.

FEDERICO.

Y yo me siento (Aparte.)
En el más grave tormento
Que dió á preso juez tirano.

EMPERADOR.

Perdonad que vuestra mano
Quede sin guante; más rico
Os le traerá Federico,
Pero no de más valor.

FEDERICO.

Asentóme el guante amor: (Aparte.)
Era dios, no le replico.
Mano hermosa y desleal,
Rompan tu cristal los cielos.
Vengar pudieras tus celos,
Pero no con tanto mal.

EMPERADOR.

Federico.....

FEDERICO.

Estoy mortal. (Aparte.)

EMPERADOR.

Acuérdame este favor.

FEDERICO.

No le olvidaré, señor.

ISABELA.

¡Qué bien salió mi venganza! (Aparte.)

FEDERICO.

¿Cómo se fué mi esperanza, (Aparte.)
Si se ha quedado mi amor?

El Duque, Fabio, Rodulfo y Alejandro.

ISABELA.

Mi padre viene.

OTAVIO.

No puedo
Pagar, señor, con palabras
Tanta merced, tanto honor.
Honren vuestros pies mis canas:
Será el favor de este día
Mayorazgo de mi casa,
Alto blasón de sus puertas,
Timbre de sus nobles armas.
Hanme dicho que habéis dado,
Después de mercedes tantas,
Título y tierra á Isabela,
Con que ya puedo casarla;
Porque de mi pobre hacienda
No le quedaba esperanza,
Respecto de tantas guerras:
De suerte que solo falta
Que le deis también marido,
Con que á mi vejez cansada
Daréis vida y sucesión.

EMPERADOR.

Duque, no vengo sin causa;
Vuestro descanso deseo.
Los que ahora os acompañan
Son de mi casa, lo noble
Y lo mejor de Alemania.
Haga elección Isabela
De quién de todos le agrada;
Que desde aquí la confirmo.

TRISTÁN.

¡Brava ocasión! Hoy te casas. (Ap. á su amo.)

FEDERICO.

No sé, Tristán; mucho temo
El suceso, porque andan
Encontradas estos días
Mi fortuna y mi esperanza.

EMPERADOR.

¿No tomáis resolución?

OTAVIO.

Señor, Isabela calla
Con razón; de su silencio
Seré intérprete, si mandas.
Fabio, Alejandro y Rodulfo
Son el honor de su patria;
Finalmente, invicto César,
Digo que en cualquiera estaba
Bien empleada Isabela;
Pero el tener de tu gracia
Tantas prendas Federico,
Me obliga á pedir que hagas
Á los tres esta merced.

EMPERADOR.

Por mí no puedo excusarla.
¿Qué respondes, Isabela?

ISABELA.

Que mis méritos no alcanzan
Á los que tiene persona
Que mereció tu privanza;
Y fuera de esto, señor,
Federico tiene dama
Que quiere, como tú sabes,

Y ningún hombre se casa
Enamorado de otra,
De olvidar en confianza,
Que no se vuelva á su gusto.

EMPERADOR.

Otavio, aquí no hay forzarla.
Tratemos esto despacio,
Y venidme á ver mañana.

Vanse el Emperador, el Duque, Fabio, Rodulfo, Alejandro y Belardo.

FEDERICO.

No sé cómo pueda hablarte.

ISABELA.

Ni yo mirarte á la cara.

FEDERICO.

¿Éstas las lágrimas eran?
Mas sí serán, si eran falsas.
¿Ves cómo yo te decía
Que, si liviana mirabas,
Era fuerza que después
Salieses también liviana?

ISABELA.

¿En qué liviandad me has visto?

FEDERICO.

¿Darle la mano no basta
Á un hombre, aunque César sea
Y Emperador de Alemania,
En mis ojos; y sin esto,
Con resolución tan clara,
Cuando ya tomaba puerto
La nave de mi esperanza,
Volverla con tal desprecio
Al golfo, donde no aguarda
Más remedio que la muerte?

ISABELA.

¡Oh, Federico, que hablas
Con celos del César! Vete
Á llevar esas palabras
Á la dama que le enseñas;
Que no es poca confianza
De su gracia y hermosura.

FEDERICO.

Tú te engañas y él se engaña,
Mientes tú y el César miente;
Porque ni yo tengo dama,
Ni ha sido más que engañarle,
El decir que la buscaba.
Pero, ya que le dijiste,
Tomando tan fría causa,
Que no era yo para ti,
Bien se ve que le agradabas,
Y por hacerle lisonja
(Si con esperanzas vanas
Te sueñas emperatriz,
Más que compuesta, bizarra),
Me despreciaste: y así,
Prometo al cielo que cuantas
Veces oyere tu nombre,
Ó pasare por tu casa,
Ó viere criado tuyo,
Ó retrato, prenda ó carta,
Tantas maldiga el amor
Que te tuve; y si me trata
El alma de ti en mi vida,
Tengo de sacarme el alma.

ISABELA.

Paso, Federico, paso,
Y guárdese quien agravia
Á mujer, aunque le adore,
Porque ha de tomar venganza.
No quiero al César, ni quiero
Riquezas, sólo estimaba
Tu amor; fuísteme traidor:
Aquí mi amor se remata;
No porque le compre Otón
Con diamantes; que son bajas
Todas las piedras del mundo
Para que se vendan almas.
Toma, Tristán, ese anillo.

TRISTÁN.

¿Para qué?

ISABELA.

Para que vayas
Á venderle para ti.

TRISTÁN.

Señora.....

ISABELA.

No hables palabra.
Tú, Flora, cierra desde hoy
Celosías y ventanas;
No entre el sol, por lo que tiene
Con el César semejanza,
Por emperador de estrellas.

FLORA.

Señora, ¿por qué le tratas
Á Federico tan mal?

ISABELA.

Calla, necia.

FLORA.

Escucha.

ISABELA.

Calla.

FEDERICO.

¡Oh ingrata! Que no te creo.

ISABELA.

Allá verás lo que pasa.

FEDERICO.

Si me matares, no importa;
Con tu hermosura me matas.

ISABELA.

¡Ojalá fuera veneno!

FEDERICO.

¿Qué más, pues muero de rabia?

ISABELA.

Quisiera ser basilisco.

FEDERICO.

Yo quien primero mirara.

ISABELA.

¿Matarme querías?

FEDERICO.

Sí,

Y sacar con esta daga
Los ojos, porque no vieras.

ISABELA.

Yo sé cuándo los llamabas
Estrellas.

FEDERICO.

Ya son infiernos,
Después que miran y engañan.

ISABELA.

Envíame mis papeles.

FEDERICO.

¡Bueno fuera que guardara
Mentiras!

ISABELA.

Verdades eran.

FEDERICO.

Como tus palabras falsas.

ISABELA.

¡Ah traidor!

FEDERICO.

¡Ah fiera!

ISABELA.

¡Ah loco!

FEDERICO.

¡Ah injusta!

ISABELA.

¡Ah tirano!

FEDERICO.

¡Ah ingrata!

ISABELA.

Yo me vengaré de ti.

FEDERICO.

Con los muertos no hay venganza.

ACTO TERCERO.

El Emperador, Federico, Tristán y Alejandro.

FEDERICO.

Todo está á punto, como tú mandaste.

EMPERADOR.

¿Parécete presente, Federico,
Digno de un César?

FEDERICO.

Tú le imaginaste
Admirable, galán, curioso y rico.

EMPERADOR.

Si yo pudiera hacer al guante engaste,
No de las piedras que al presente aplico,
Sino de las estrellas de los cielos,
Rotos dejara sus azules velos.
¡Oh mano de cristal! ¿Qué nieve pura
En las cumbres del alto Pirineo
Más intacta se vió, pues fuera obscura
Con los marfiles que en tus manos veo?
Un diamante que puse en tu hermosura,
Siendo el vencido yo, será trofeo
De mi victoria; que en amor ha sido
Siempre el más vencedor el más vencido.
Si todo el ámbar, de la mar espuma,
Si todo aquel metal donde retrata
Su rostro el sol ó la luciente suma,
Que da cabellos á la tierra en plata;
Si aquella fénix de purpúrea pluma,
Y todas cuantas lágrimas dilata
Entre dorados nácares la aurora,
Que llora risa cuando flores dora;
Si cuanta grana el tirio y seda el persa,
Y el chino joyas de diamantes y oro;
Si aquella perla unión, lustrosa y tersa,
Que de Cleopatra fué mayor tesoro;
Si toda la riqueza que la adversa
Fortuna sepultó del indio al moro,
En las arenas de la mar tuviera,
Para servirte, precio humilde fuera.

FEDERICO.

Quien esto escucha y esperanza tiene, (Ap.)
Alabe su locura por extraña.

TRISTÁN.

Aparte á su amo.

Señor, dejar la empresa te conviene;
Que seguir lo imposible no es hazaña.

FEDERICO.

Ver á Isabela siento.

TRISTÁN.

Antes previene
Tu remedio, si así te desengaña.

FEDERICO.

No pienso hablarla dos palabras.

TRISTÁN.

Mira
Que es la mayor señal de amor la ira.

Vanse Federico y Tristán.

EMPERADOR.

Movióse entre filósofos de Grecia
Cuestión controvertida, cuál sería
La riqueza mayor que ser podía
De las que el hombre humanamente precia:
Si el oro (aunque hay virtud que le desprecia),
La fama, la salud, la monarquía.....
Y díjoles Platón, porque tenía
La fácil duda por ociosa y necia:
«Dejando los antiguos pareceres,
Escuela ilustre, porque no te asombres;
Si al apetito la razón prefieres,
Para laurel de sus gloriosos nombres,
La hermosura y la fama en las mujeres
Es la mayor riqueza de los hombres.»

ALEJANDRO.

Con poco gusto, señor,
Federico te obedece
En regalar á Isabela.

EMPERADOR.

¿Por qué, Alejandro, no tiene,

Después que yo le advertí,
La condición diferente?
¿En qué, dime, la virtud
Y los estudios ofende
Amor, pues puede una dama
Honestamente quererse?
No siempre la caza agrada,
Y con relámpago breve
Dar al jabalí cerdoso
Rayo de plomo la muerte;
No siempre jugar las armas,
No siempre el bridón valiente
Hacer sudar con la vara
Desde el codón al copete.
El descanso de los hombres,
Ó labradores ó reyes,
Fué siempre la compañía
De las honestas mujeres;
Y yo sé que Federico
Ya lo conoce y ya quiere.

ALEJANDRO.

Bien dices que quiere ya,
Pues Otavio le pretende
Para esposo de Isabela;
Y admira el ver que no adviertes
La tristeza con que vive.

EMPERADOR.

Mucho, Alejandro, te duele
Ver que no te quiso Otavio.

ALEJANDRO.

Antes, señor, que supiese
Que tú amabas á Isabela,
Pudiera Otavio ofenderme.

EMPERADOR.

Federico tiene dama,
Y no es posible que piense,
Queriendo á Isabela yo,
En que Otavio le prefiere
Á los nobles que me sirven.

ALEJANDRO.

¡Dama, señor! Si él tuviere
Dama, fuera de Isabela,
Yo quiero.....

EMPERADOR.

Envidia te mueve,
Pues enseñarme su dama
Esta noche me promete,
Y ya la tiene advertida.

ALEJANDRO.

Señor, engañarme puede
La lealtad, que no la envidia;
Que yo.....

EMPERADOR.

Federico vuelve.

Federico y Tristán.

FEDERICO.

Bañando, señor invicto,
En pura rosa la nieve,
Donde amor tiembla de frío,
Con ser elemento ardiente,
Recibió tus ricas joyas
Isabela, y con dos breves
Razones me respondió:
La primera, que agradece
Tanta merced; la segunda,
Que es tu esclava: en que resuelve
Cuanto puedes desear.

EMPERADOR.

Tan buenas nuevas merecen
Premio; mas quiero guardarle,
Y que esta noche me lleves
Á ver tu dama; que á ella
Se le quiero dar, y hacerte
Esta lisonja.

FEDERICO.

Serán
En una muchas mercedes.

EMPERADOR.

Ven á desnudarme, y vamos
Donde tu buen gusto apruebe;
Que dar parte á los amigos
Hace mayores los bienes.

Vanse el Emperador y Alejandro.

FEDERICO.

¡Qué gran confusión, Tristán!

TRISTÁN.

Adonde yo estoy, ¿qué temes?
Yo te sacaré de todo.

FEDERICO.

Si ver á mi dama quiere,
Mire á Isabela, si ya
Tiene dama quien la pierde.

TRISTÁN.

Yo he prevenido á Fenisa,
Y seguramente puede
Entrar el Emperador.
La sala un jardín parece;
Bravo estrado, suelo turco,
Escritorios y bufetes,
Pastilla de cuatro calles,
Y por dueñas cuatro sierpes.

FEDERICO.

Triste voy; no me verás,
Tristán, en tu vida alegre.

Vanse.

Otavio y Belardo.

OTAVIO.

Aquél, ¿no era Federico?

BELARDO.

Y su escudero Tristán.

OTAVIO.

Verle aguardé más galán.
¿Que, por más que significo
Al César lo que deseo
El remedio de Isabela,
No es posible que se duela

De la edad en que me veo?
Á hablarle vengo.

BELARDO.

Es muy tarde,
Y pienso que va secreto
Á cierta visita.

OTAVIO.

Inquieto,
Suspenso, triste y cobarde
Me tiene la dilación
Del tratado casamiento.
Ya, Belardo, me arrepiento,
Y no con poca razón,
De haber venido á la corte.

BELARDO.

Bien estabas en tu aldea.

OTAVIO.

Quien esta inquietud desea,
Su vida en la corte acorte.
Aires me han dado que Otón
Impide, y no favorece,
Lo que Isabela merece,
Ó ha sido imaginación.
Más quisiera mi destierro
Con quietud, que aquí salud.

BELARDO.

¡Ah, señor, que esta inquietud
Más es que de oro, de hierro!
Bien estábamos allá.

OTAVIO.

Cuando estas grandezas miro,
Por mi soledad suspiro.

BELARDO.

Pues dejarlas.

OTAVIO.

Tarde es ya.
¡Cuánto mejor, arrojado,
Belardo, en el verde suelo,
Miraba el sereno cielo
Libre de tanto cuidado!
Allí, sin ver ceños graves,
Que la autoridad enseña,
Vía bajar de una peña
El agua al son de las aves.
Ya vine; más de importancia
Que la queja es la paciencia.

BELARDO.

¿Qué puede á tanta prudencia
Decir mi ruda ignorancia?

OTAVIO.

El César, Belardo, crea
Que á Isabela ha de casar,
Ó vuélvame á desterrar;
Que yo lo soy en mi aldea.

Vanse.

El Emperador, Federico, Tristán, Fabio y Rodulfo, de noche.

EMPERADOR.

Muriéndome voy de risa.

FEDERICO.

Y yo de pena, señor,
De ver el poco favor
Que has hecho á doña Fenisa.
¿No has entrado y ya te vas?

TRISTÁN.

¡Por Dios, que tiene razón, (Aparte.)
Que fué terrible visión!

EMPERADOR.

¿De esto enamorado estás?
¿Esto me trujiste á ver?

FEDERICO.

Que es mi luz te certifico.

EMPERADOR.

¿Es posible, Federico,
Que quieres bien tal mujer?

RODULFO.

Harto desvié las velas
Para encubrir su figura.

FEDERICO.

¿Piensas, señor, por ventura,
Que son todas Isabelas?

EMPERADOR.

¡Jesús, qué cara! Espantado
Vengo de ver tal visión.

TRISTÁN.

Pues á fe que hay un barón
Á quien le cuesta cuidado.

EMPERADOR.

Menester es que lo sea
Para mujer semejante,
Porque más varón que amante,
Cuando la goce, la vea.
¿Fenisa es su nombre, en fin?
No debe de ser eterno,
Si hay fénix en el infierno.

FEDERICO.

Para mí fué serafín.

EMPERADOR.

¿Quién te enseñó tal mujer?

FEDERICO.

Tristán.

EMPERADOR.

¡Qué cosa tan suya!
Dásela, por vida tuya,
Y no la vuelvas á ver.

FEDERICO.

Retratarla presumía,
Y por ti mudo intención.

EMPERADOR.

Bien puedes con un carbón.

TRISTÁN.

¿Qué dijeras de la mía?

EMPERADOR.

Enséñamela también,
Y diréte la verdad.

TRISTÁN.

Si esto llamaste fealdad,
No ha de parecerte bien;
Mas mostraréte un retratc

Suyo.

EMPERADOR.

Muestra.

TRISTÁN.

En verso es.

EMPERADOR.

Dile, á ver.

TRISTÁN.

Escucha, pues.
Admírome cuando veo
Lo que ha menester cualquiera
Oficio ó arte en su esfera
Para ejercitar su empleo,
Y las musas soberanas
Lo poco que han menester.

EMPERADOR.

Pues bien, Tristán, ¿qué ha de ser?

TRISTÁN.

Papel y tinta y mañanas.

EMPERADOR.

¿No libros? ¿No ciencias?

TRISTÁN.

Sí,
Y algún poco de humildad;
Que es locura y necedad
Alabarse un hombre á sí.
Pero escucha el retrato
Del bien que adoro,
Que á Tristán favorece
Por no hallar otro:
Tres peregrinas calvas
Su gracia aumentan:
Una tiene en el pelo,
Dos en las cejas.
Sus ojuelos azules
Son tan serenos,
Que me da romadizo
De sólo verlos.
Su nariz, que del rostro
Los campos parte,
Afilada, parece
Jabón de sastre.
No son, pues, sus mejillas
Color de Tiro,
Pero fueron de España
Papeles finos.
Sin claveles ni rosas
Tal boca tiene,
Que parece cachorro
De cuatro meses.
Un lunar noguerado
Tiene por orla,
Que cuantos se le miran
Piensan que es mosca.
De apartados los dientes
Piden divorcio;
Que no quieren morderse
Unos á otros.
Sólo tiene una gracia
La boca bella;
Que comiendo ó pidiendo
Jamás se cierra.
Nunca acierto los puntos
De su zapato,
Porque calza catorce,
Pidiendo cuatro.
De ser bella la viene
Ser tan vellosa,
Que, sin ser ermitaña,
La cubre toda.
El que sea entendida
No es testimonio,
Porque, cuando da voces,
La entienden todos.
Nunca sale de casa
Si no hay carroza,
Porque tiene una pierna
Más larga que otra.
Mas con todas las faltas
Que aquí refiero,
Algo tiene que callo,
Pues que la quiero.

EMPERADOR.

¡Lindamente la has pintado!
La de Federico pinta,
Y daréte para tinta.

TRISTÁN.

¿Soy buen pintor?

EMPERADOR.

Extremado.
Mañana te doy.....

TRISTÁN.

¿Te doy?
Siempre esta mañana es vana;
No habrá día con mañana,
Si siempre mañana es hoy.
Tu grandeza soberana
Pierde en hacer esperar;
Que es madrugar á no dar
Prometer para mañana.
Si ama Dios á quien da el bien
Alegremente, señor,
Imita á Dios; que es rigor
Dar tarde, aunque el mundo den.

EMPERADOR.

Quítame aquesta cadena.

TRISTÁN.

Escuchaba un labrador
Un papagayo hablador,
Que estaba con linda vena
De una dama á la ventana,
Diciendo aquesto de *Loro:*
«¿Cómo estás?», y al perro moro
Con su media lengua indiana;
Y dijo á la dama: «Quien
Éste á su tierra llevara,
Bravo dinero ganara.»
La dama, sabiendo bien
La condición del buen loro,
Dijo: «Haréisme gran placer
En llevarle, por no ver
Tanto loro y tanto moro,

Que me quiebra la cabeza.»
Y como alargó la mano
Para tomarle el villano,
Con notable ligereza,
Convertido el pico en rayo,
Tal lancetada le dió,
Que muchos días lloró
El canto del papagayo.

EMPERADOR.

Pues ¿yo había de burlarte?
Toma; y pues la reja es ésta
De Isabela, llega y llama.

TRISTÁN.

Podrá ser, señor, que duerma.

EMPERADOR.

Bien podrá ser, y también
Podrá ser que esté despierta.
Llega, Federico, tú.

FEDERICO.

¡En qué pasos, en qué penas (Aparte.)
Traen mi amor mis desdichas,
Y mis desdichas mis quejas!

Llama.

¡Oh, reja! ¿no me respondes?

Flora, á una reja baja.

FLORA.

¿Es Federico?

FEDERICO.

¡Qué reja
Tan piadosa!

FLORA.

Pues ¿qué quieres?

FEDERICO.

Dirásle, Flora, á Isabela
Que está aquí el César.

FLORA.

Yo voy.

Vase.

FEDERICO.

Pensé que me respondiera (Aparte.)
Que era imposible salir,
Y respondió: «Voy por ella.»
¡Ah, cielos! Quien esto mira
Con tanto amor, si no es piedra,
¿Qué piensa de sus agravios?
Mas no es posible que piensa.
Llegue Vuestra Majestad.

Isabela, á la reja.

EMPERADOR.

Como las aves despiertan
Á los celajes del alba,
Cuando con pies de azucena
De los orientales montes
Baja á las obscuras selvas,
Así yo del triste sueño
De vuestra ausencia, Isabela,
Despierto; y como ellas cantan,
Y el verla salir celebran,
Doy gracias á vuestros ojos,
De cuya divina esfera
Toman luz mis esperanzas,
Y mis cuidados se alientan.

ISABELA.

Bien templado de requiebros
Y comparaciones tiernas
Viene Vuestra Majestad
Á las horas más suspensas
Del silencio de la noche.
Habrále dado materia
Para tan altos conceptos
Alguna dama discreta
De las que en la calle agora
De lo bien dicho se precian.

EMPERADOR.

Antes si con vos, señora,
Decir necedades fuera
Posible, me la había dado
La mujer más necia y fea
Que pienso que hay en el mundo;
Pues tengo por cosa cierta
Que de haberla hecho está
Corrida naturaleza.

ISABELA.

Fea y necia en tanto extremo,
¡Y fuisteis, señor, á verla!

EMPERADOR.

Es dama de Federico,
Que no pensé que tuviera
Tan mal gusto. Vengo muerto
De risa.

ISABELA.

No es cosa nueva
Gozar de los más galanes,
Señor, las mujeres feas,
Y los feos las hermosas.

EMPERADOR.

Dices bien, siempre se truecan.
¡Qué cosa es ver un marido
Feo con mujer tan bella,
Que todos se la codician!
Yo pienso que esta influencia
Dió á entender la antigüedad,
Cuando casó la belleza
De Venus con la fealdad
De Vulcano, en competencia
Del sol, por quien sucedió
El hacerle Marte afrenta,
Con tal risa de los dioses.

ISABELA.

¡Quién á Federico diera
Vaya! Llamadle, que quiero
Correrle.

EMPERADOR.

Tendrá vergüenza.

¡Ah, Federico!

FEDERICO.

Señor.....

EMPERADOR.

Hele contado á Isabela
Que vengo de ver tu dama.

FEDERICO.

Diríasle, cosa es cierta,
Mi mal gusto.

ISABELA.

No me admiro,
Federico, de que quieras
Mujer fea, porque suelen
Ser graciosas y discretas;
Pero ¡necia!..... No es posible
Que tu entendimiento pueda
Sufrir tan grande tormento,
Que por el mayor se cuenta.
¡En esto para tu gusto,
Tu melindre, tu lindeza,
Tu gala, tu aseo, tu gracia,
Tu olor, tu pluma, tu lengua!
Asco tendré de mirarte
De aquí adelante.

FEDERICO.

No entiendas
Que soy en esto culpado;
Que, como es cosa tan nueva
Para mí tratar de amor,
Presumí que todas eran
Mujeres, y merecían
Amor; que naturaleza,
Si las feas para feos
Hiciera, sin que tuvieran
Á las hermosas acción,
En poco tiempo viniera
Á tanta fealdad el mundo,
Que resultara en su mengua.
Y así, está puesto en razón
Que, haciendo discreta mezcla
De los feos y las lindas,
De los lindos y las feas,
Ni todo sea fealdad,
Ni todo hermosura sea.

EMPERADOR.

Bien dice.

ISABELA.

No dice bien;
Que si fuera así, no hiciera
Los negros en Etïopia,
Que tanto se diferencian
De los blancos.

FEDERICO.

Pues por eso
Veinos que la mezcla enmienda
Lo negro, y á pocos lances
Hace que en blanco se vuelva.

ISABELA.

De lástima os quiero dar
Dama, que mostréis al César
Sin vergüenza.

FEDERICO.

No la quiero.
Guardadla para quien tenga
Más dicha; que yo he buscado
Mujer que nadie apetezca;
Que si es fuerza que ellas miren
Y poderosos las vean,
Fea la quiero y segura;
Que no hay fea que no tenga
Algo por qué ser querida,
Ni hermosa sin ser soberbia.
Esta manda, aquélla sirve;
Esta pide, aquélla ruega;
Una regala, otra agravia;
Una quiere, otra desdeña.
Dios me ayude con mi dama;
Que el trato y correspondencia
Hace hermoso lo más feo.

ISABELA.

¡Qué cosa, señor, tan necia!
Mande Vuestra Majestad
Que no sólo de la reja,
Mas de la calle se vaya.

EMPERADOR.

Vete, y por Dios que me pesa
De que vayas enojado;
Vete, pues conmigo quedan
Fabio y Rodulfo.

FEDERICO.

Señores,
Que me vaya manda el César;
Obedezco. Ven, Tristán.

TRISTÁN.

¿Qué tenemos? (Aparte á su amo.)

FEDERICO.

Cosas nuevas,
Muy propias de mi fortuna.

TRISTÁN.

Temo que en esta tormenta
Se ha de anegar tu privanza.

FEDERICO.

Si ya lo está, no lo temas.

Vanse Federico y Tristán.

ISABELA.

¡Qué propia cosa, qué cierta
Es, que no hay hombre tan sabio
Y discreto, que no tenga
Alguna falta notable!

EMPERADOR.

Cuando los discretos yerran,
No iguala á su necedad
La del más necio.

ISABELA.

Ya suena
Gente en casa, y viene el día;
No es justo que se detenga
Aquí Vuestra Majestad.

EMPERADOR.

No hay en el imperio fuerza

Para dilatar la noche.
El cielo os guarde.

ISABELA.

Quisiera
Responder: «Para serviros»,
Y como es precisa deuda,
No viene á ser cortesía.

Vase.

EMPERADOR.

¿Qué hay, caballeros?

RODULFO.

Que vuela
Por los amantes el tiempo
Con notable ligereza.
¿No habrás sentido las horas?

EMPERADOR.

La más graciosa pendencia
Han tenido en la ventana
Federico é Isabela,
Por la fealdad de su dama,
Que vi en mi vida.

RODULFO.

Es discreta.

EMPERADOR.

Túvole perdido. Vamos;
Que no es justo que amanezca
En tales pasos el sol
Á la majestad suprema.

Vanse.

Federico y Tristán.

FEDERICO.

Tristán, yo vengo muerto.

TRISTÁN.

No permitas
Tanta rienda al dolor.

FEDERICO.

No es en mi mano.

TRISTÁN.

Al César soberano
Contra ti solicitas.

FEDERICO.

Cuando yo tengo de perder la vida,
¿Qué importa la privanza ó la caída?
¿No escuchaste, Tristán, las libertades
De Isabela conmigo?

TRISTÁN.

Tú le diste
La causa, pues quisiste
Hacer necias verdades
Las mentiras y engaños de Fenisa,
Y con tanta fealdad moverle á risa.

FEDERICO.

Dos cosas intenté (de entrambas muero)
Con mostrarle, Tristán, mujer tan fea:
Hacer que el César crea
Que en otra parte quiero,
Y que Isabela no se persuadiese
Que la pude querer, si lo supiese.
Pero ¿quién sospechara que dijera
Que de verla venía? ¿Qué disculpa
Daré de tanta culpa?
Ó ¿quién ¡ay Dios! pudiera,
Como quiso, olvidarla? Mas ¡ay, cielos!
Que es accidente amor, y olvido celos.

TRISTÁN.

Descansa de la noche que has pasado.

FEDERICO.

No puedo, que aun es noche todavía;
Que no amanece el día
Á quien es desdichado,
Pues no es posible que su lumbre vean
Los ojos que no ven lo que desean.

Un criado.

CRIADO.

El villano de Isabela,
Que se convirtió á escudero,
Quiere hablarte.

FEDERICO.

Yo no quiero,
Por lo que el alma recela,
Escucharle, ni aun saber
Que se acuerde que nací.

CRIADO.

Pues ya ha entrado.

Vase.

Belardo.

BELARDO.

¡Para mí,
Licencias son menester!
Solía Su Señoría
Hacerme á mí más favor;
Pero en cesando el amor
Se acaba la cortesía.
Casa y criados enfadan
En sucediendo el desdén;
Que cuando se quiere bien,
Hasta los perros agradan.
Yo os vi abrazar un lebrel
Del Duque, ¡y agora á mí
Aun no me habláis! Pues aquí
Os traigo cierto papel
Que fuera de oro algún día.

FEDERICO.

Los que me dió pedirá.
Mostrad.

BELARDO.

Luego ¿no me da
Albricias Su Señoría?

FEDERICO.

Pues yo, ¿qué dichas aguardo?
¡Ay, Tristán! Llégate acá.

BELARDO.

Bien me dijeron allá:
«¿Á la corte vais, Belardo?

Los cortesanos harán
Rica la pobreza vuestra:
Ya son relojes de muestra,
Que señalan y no dan.»

FEDERICO.

Lee.

«Perro.....»

TRISTÁN.

¿*Perro* dice?

FEDERICO.

Sí.

TRISTÁN.

Mira, que *pero* dirá.

FEDERICO.

Si con dos erres está,
¿Qué quieres?

TRISTÁN.

Pues ¡*perro* á ti!

FEDERICO.

Lee.

«Perro, el de la dama fea:
Aunque esto fuera venganza
Para mi loca esperanza,
No quiere amor que lo sea.
Dos cosas dice mi amor
Que aquí pueden remediarme.....»

TRISTÁN.

¿De qué te turbas?

FEDERICO.

Lee.

«Matarme
Ó darme al Emperador:
Y así, después de llorar
El ver que sin honra muero,
Ser suya esta noche quiero,
Porque me quiero vengar.»
¡Jesús!

BELARDO.

¡San Pablo, San Lucas!

Cáese.

FEDERICO.

No era mi sospecha en vano.
¿Esto trujiste, villano,
Traidor?

BELARDO.

Et ne nos inducas.

FEDERICO.

¡Mátale!

TRISTÁN.

Detén, señor,
La furia.

BELARDO.

Tenle, Tristán.
¡San Cosme, San Preste Juan!

TRISTÁN.

Este pobre labrador,
¿Qué culpa tiene, si viene
Á traer lo que le dan?

BELARDO.

Quien me quitó mi gabán,
En malos infiernos pene
Las bragas, pues valen tanto;
Que, según me vengo á ver,
Temo que me han de poner
Por Judas un Jueves Santo.

FEDERICO.

¡Perro, el de la dama fea!
Pues, Isabela, ¿tú eres
Fea? Y ¿que yo quiera quieres
Cosa que tuya no sea?
Tú sola vives en mí,
Tu hermosura, tu valor;
Que aun es hermoso mi amor
Porque se transforma en ti.
Dió tu rostro celestial
Cuidado á naturaleza,
Porque sacó tu belleza
De su belleza ideal.
Pues ¿por qué tanta hermosura
Me trata con tal rigor?

TRISTÁN.

Sosiega, escucha, señor.

FEDERICO.

El alma no está segura;
Que un hombre tan desdichado,
Aun alma no ha menester,
Porque tener alma es ser,
Y no siendo, no hay cuidado.
¡Esta noche! Pues ¡tan presto!
Pues ¡sin más información!

TRISTÁN.

Señor, ten más atención
Al lugar en que te ha puesto
El César.

FEDERICO.

Mujer tan bella,
Una dama, una doncella,
¡Hace á su amor tanto agravio!
La hija del duque Otavio
¡Se entrega al Emperador!
La que tuvo tanto amor
A Federico, y que ayer
Se llamaba mi mujer,
¡Hoy hace tal desatino!
Si es ángel, cielo divino,
De vuestro imperio arrojaldo.

BELARDO.

Déle unos tragos de caldo,
Tristán, así Dios le guarde.

FEDERICO.

Fuiste en matarme cobarde,
Y en infamarte animosa.
Campos, llorad por la rosa,
Que se marchita de celos;

Llorad por la aurora, cielos,
Que llena de sombra está;
Fuentes, no corráis, que ya
Se ha vuelto en llanto la risa;
Ó para correr aprisa,
De mis desdichas tomad
El ejemplo. ¡Qué lealtad!
¡Qué amor! Isabela, ¡ay Dios!
¿Quién dijera que los dos
Nos halláramos así,
Yo sin alma, tú sin mí,
Que lo fuí tuyo también?

BELARDO.

Cierto, señor, que no es bien
Quejarse con tal rigor;
Que el señor Emperador
Se la volverá mañana.

FEDERICO.

¡Tanto amor, dulce tirana,
Isabela, despreciaste!
¿Qué mucho? Viste, miraste;
Que el ser yo tan desdichado,
El ver tú y haber mirado
Al César, lo ha producido.
Pues ¡tan presto tanto olvido,
Y con tan infames nombres!
¡Dichosos fueran los hombres
Si no vieran las mujeres!
Perdona, si tú lo eres.

TRISTÁN.

Viendo venir al Emperador.

Huye, corre, vete, vuela.

BELARDO

Voy á decirlo á Isabela.

Vase.

El Emperador.

EMPERADOR.

¿Qué es esto?

FEDERICO.

¿Quién lo pregunta?

EMPERADOR.

¿Es Federico?

FEDERICO.

No sé;
Mas lo que es y lo que fué,
En mi sujeto se junta.
De una esperanza difunta
Soy un necio pretendiente;
Soy un ser que no se siente,
Pues siendo el alma inmortal
Una forma sustancial,
La tengo por accidente.
Suspenso el entendimiento
Y memoria sensitiva,
Me ha dado la intelectiva
Más alto conocimiento;
Y conociendo que siento
La ofensa, á vengarla voy;
Pero, como viendo estoy
El valor del que me ofende,
Por no ser el que lo entiende,
Dejo de ser lo que soy.
Que no siento es verdadera
Proposición, pues no siento
Que no siento; y sentimiento
De que no siento tuviera;
Que si el no sentir sintiera,
Viera yo que el no sentir
Era dejar de vivir,
Y no viniera á tener
Sentimiento de no ser,
Que debe de ser morir.
El alma con que viví,
Y que este ser animaba,
Se fué á vos cuando pensaba
Que más la tuviera en mí;
Y que se pasaba así
Creyó la gentilidad
De un cuerpo en otro: mirad,
Si se pasa á vos la mía
Esta noche, que podría
Ser su mentira verdad.
De suerte que el alma mía,
Aunque sin morir los dos,
Hará, pasándose á vos,
Tan necia filosofía.
Quién es la que yo tenía,
Esta noche lo sabréis;
Quién soy no me preguntéis,
Porque lo que voy diciendo
Aun yo mismo no lo entiendo:
Mirad vos si lo entendéis.

EMPERADOR.

Responderte, Federico,
En seso y en tanto mal,
Fuera ser al tuyo igual,
El que á tu lástima aplico;
Que perderle un hombre noble
De las partes que hay en ti,
Tan estimado de mí,
Aumenta la pena al doble.
Tristán, ¿qué desdicha es ésta?

TRISTÁN.

Haber, gran señor, perdido
Parte del alma, el sentido,
Que esto vale y esto cuesta;
Que como tú le mandaste
Que quisiese tan aprisa,
He pensado que Fenisa,
De quien ayer te burlaste,
Le ha dado hechizos, señor,
Que es propio efecto de feas;
Pues las hermosas, no creas
Que quieren por fuerza amor,
Si quien tiene entendimiento,
Quiere que nadie le quiera,
Por aquello que no fuera
Su propio merecimiento.

EMPERADOR.

¡Préndanla, mátenla!

TRISTÁN.

Advierte.....

EMPERADOR.

No hay que advertir: morirá
Fenisa; culpada está
De Federico en la muerte;
Que quien quita al hombre el seso,
Más le quita que la vida.

Isabela, Otavio, Belardo y todos.

ISABELA.

Á su padre.

Lastimada y ofendida
De tan extraño suceso,
No hallé remedio mejor
Que darte de todo cuenta.

OTAVIO.

Si no es venganza, es afrenta.

BELARDO.

Aquí está el César, señor.

OTAVIO.

Ya vengo, Príncipe invicto,
Como dice que me mandas
Isabela; y ella y yo
Te damos debidas gracias,
Después de tantas mercedes,
De que gustes de casarla
Con Federico, que tanto
Ilustra y honra mi casa.

ISABELA.

Y yo también por mi parte,
Como más interesada
En este favor.

EMPERADOR.

Detente.
¿Quién os dió nueva tan falsa?
Ni he tenido pensamiento
De casarte, ni se trata
Más que de tan gran desdicha.....

ISABELA.

¿Qué desdicha?

EMPERADOR.

Que una ingrata
Mujer le ha quitado el seso,
Y que he mandado matarla.

ISABELA.

No es ingrata quien ha sido
De este suceso la causa.

EMPERADOR.

¿Sabes tú quién es? que ya
Con muerte infame le aguarda
Mi castigo.

ISABELA.

Pues bien puedes,
Gran señor, ejecutarla.
Yo soy: que con un papel
Que le escribí, por venganza
De los celos que me diste,
Fingí que esta noche estaba
Determinada á ser tuya,
Siendo mentira inventada
De mi amor y mi desdicha.

FEDERICO.

¡Mentira, Isabela! Aguarda.
No prosigas; que el discurso
Que hasta agora me faltaba,
Has vuelto al entendimiento,
Y las potencias al alma.
Oye, invictísimo Otón,
Augusto, heroico Monarca,
Como el Macedón de Grecia,
Alejandro de Alemania;
Oye á dos amantes, oye
Lo que hasta agora ignorabas,
Y te encubrieron por celos
Amor, respeto y privanza.
Dos años ha que á Isabela
Sirvo, otros tantos que paga
Mi amor, y que tantas guerras
El honesto fin dilatan,
Que con casarnos tuviera
Tan bien nacida esperanza.
Por la parte de aquel monte,
De su prado, hacienda y casa,
Fuiste á cazar aquel día,
Principio de mis desgracias.....
Referirte lo que sabes
Fuera cansada ignorancia.
Mandásteme que quisiese,
Porque yo disimulaba
Querer, temiendo enojarte,
Y por no ofender la fama
De la opinión de Isabela;
Y así, dándome la traza,
Ó mi desdicha ó Tristán,
Fingí que á Fenisa amaba,
Concertándonos los dos
En que si por esta causa
Viniese á perder el seso,
Con las demás circunstancias
Que son peligros de amor,
Tú la palabra me dabas
De ayudarme, como espero
Que lo harás, pues empeñada
La tienes, á ser quien eres;
Que nunca á los reyes falta.
Esta es la ocasión, señor,
Que amor y fortuna llaman,
No ya la ocasión perdida,
Sino la ocasión ganada.
Favoréceme con darme
Á Isabela, así te hagan
Los cielos, como de Europa,
Señor del África y Asia,
Y adonde no llega el sol
En habitable distancia,
Ni en los hielos de su sombra

Vieron estampas humanas,
Lleguen las águilas negras
De tus imperiales armas,
Y el sol de envidia las siga,
Que lleguen donde él no alcanza.

EMPERADOR.

Federico, aun no presumo
(Tan difícilmente hallan
El seso los que le pierden)
Que le has cobrado, pues hablas,
No digo en tu amor y el mío,
Sino en decir que obligada
Está mi palabra aquí;
Pues es cierto que te engañas;
Que cuando yo te la dí,
Era cuando te mandaba
Que quisieses y buscases
Sujeto en alguna dama.
Tú dijiste que lo harías
Si te daba la palabra
De ayudarte, y á Fenisa
Me mostraste; si te casas
Con Fenisa, cumpliréla,
Porque yo no pude darla
Para lo que yo quería,
Y tú de secreto amabas.
Con esto se desempeña
Mi palabra, pues fué dada
Para querer; no, queriendo.

FEDERICO.

Con justa causa me llamas
Loco, pues no conocía
Que la palabra me dabas
De ayudarme si quisiese.
Busqué dama fea y baja,
Por excusar á Isabela
Celos, y encubrir que estaba
Enamorado de quien
Tú lo estabas. Ya te sacan
De la obligación, señor,
Mi desdicha y mi ignorancia.
Con esto, dame licencia
Para que á Italia ó á España
Me lleven mis desventuras
Á morir en tu desgracia.

EMPERADOR.

Alza del suelo.

FEDERICO.

Pues ¿darla
Rehusas?

EMPERADOR.

Óyeme atento.
No fuera grandeza tanta
Darte á Isabela, si fuera
Cumplir la palabra dada;
Cuando de ella libre estoy,
Y tú con desconfianza,
Y sin acción de pedirla,
El dártela será hazaña.
Dale la mano á Isabela.

FEDERICO.

¡Vivas, invicto Monarca,
Mil siglos!

ISABELA.

Á tus victorias
Prevenga bronces la fama.

TRISTÁN.

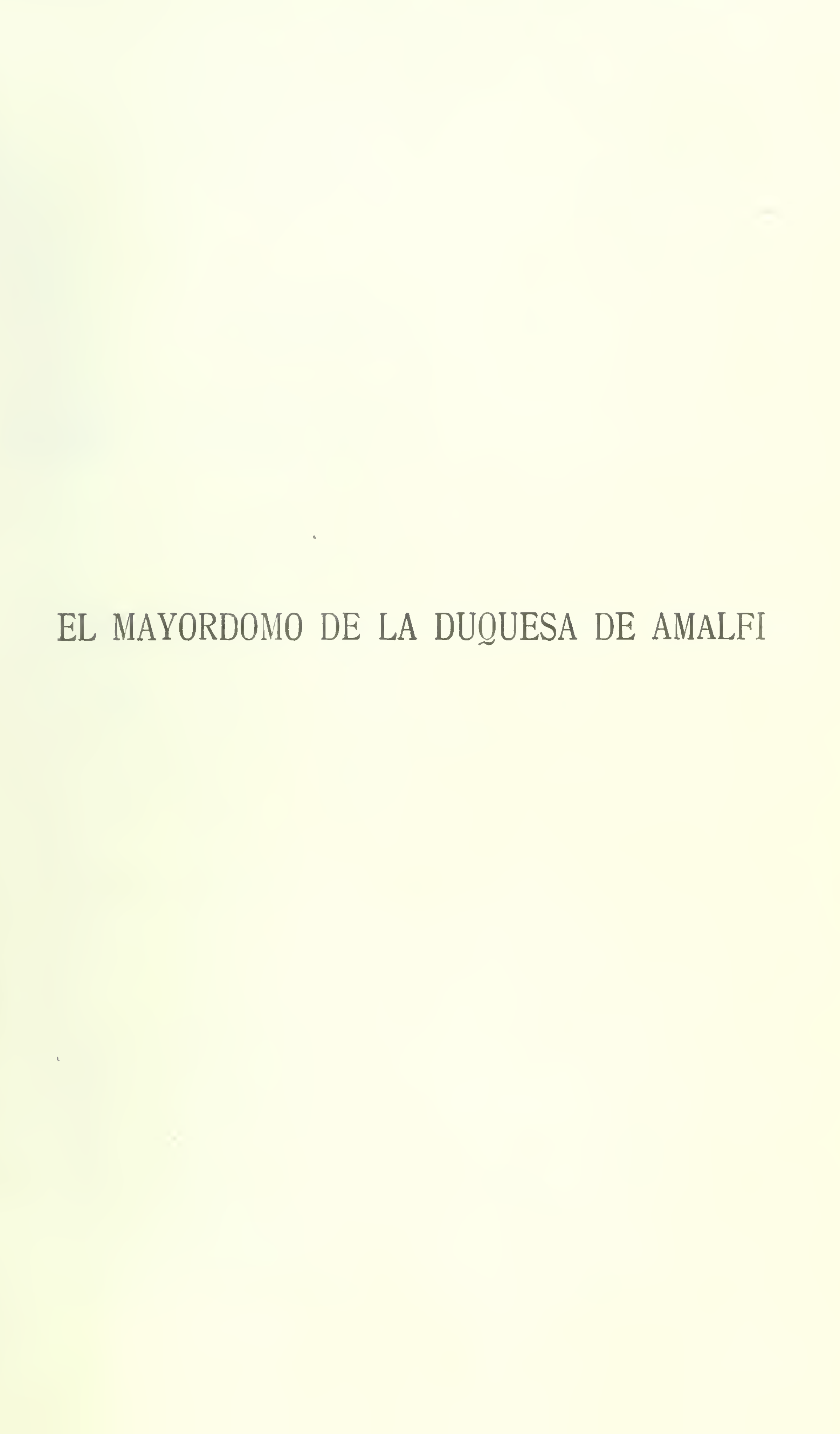
Una palabra, señores:
El Emperador me casa
Con Flora, aunque no lo dice
Ni me ha dado la palabra.
¿No es verdad, Flora?

FLORA.

Así es.

TRISTÁN.

Pues oigan, señoras damas;
Que aunque esta comedia nuestra
Su autor, como han visto, llama
Si no vieran las mujeres,
Quiere que á verla y honrarla
Vengan muchas, y que vean
Cuanto por el mundo pasa:
Muchas fiestas, muchas bodas,
Toros y juegos de cañas,
Muchos novios las solteras,
Muchos hijos las casadas,
Mucha salud, mucha vida,
Muchas joyas, muchas galas,
Y lo demás que quisieren;
Que aquí la comedia acaba.



EL MAYORDOMO DE LA DUQUESA DE AMALFI

COMEDIA FAMOSA

DE

EL MAYORDOMO DE LA DUQUESA DE AMALFI

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

ANTONIO, *mayordomo.*
LA DUQUESA DE AMALFI.
OTAVIO DE MÉDICIS.
FABRICIO, *criado.*
URBINO, *secretario de la Duquesa.*
CELSO, *viejo.*
LIBIA, *camarera.*
MELAMPO, DORISTO, ARSINDO, *Villanos.*
FURIO, DINARCO, FILELFO, RUPERTO, *Criados.*
BERNARDO.
BARTOLA.
FENICIO.
LUCINDO.
JULIO DE ARAGÓN.
EL DUQUE DE AMALFI.
ALEJANDRO, LEONORA, *Niños.*

ACTO PRIMERO.

Sale Antonio.

ANTONIO.

Desiguales prendas mías,
Pues al sol os atrevistes,
Bien es que tengáis el pago,
Y que la tierra se eclipse;
Ojos que mirar osastes
Sus rayos inaccesibles,
Ícaros de mi deseo,
Con alas de plumas viles;
Caed del cielo sereno,
Donde sin fuerza subistes,
Al mar de mi justo llanto,
En que la esperanza expire.
¡Ay, prendas mías humildes,
Fuego merece quien al viento sigue!
Osaron mis ojos libres (1),
De la Duquesa de Amalfi,
Siendo un hombre su criado,
Siendo un hombre que la sirve,
Mirar los divinos rayos.
Dióme licencia, atrevíme;
Que me llamó con mirarme,
Que amor tiene ojos de lince;
Y aunque no me dice nada,
Mucho mirando me dice,
Pues me ha obligado á querer
Aquel divino imposible.
¡Ay, prendas mías humildes,
Fuego merece quien al viento sigue!
Nací en Nápoles hidalgo,
Estudié, profesión hice
De gentilhombre en la corte:
¡Qué principios y qué fines!

---

(1) Este verso debe seguir al que dice: *De la Duquesa de Amalfi*, pues hace mejor sentido y cumple con la asonancia que ahora falta.

Federico de Aragón
Era su rey infelice:
Echáronle de su Estado;
Seguí su destierro, ¡ay triste!
Amparóle Luis de Francia;
Canséme; á Nápoles vine;
En mi humildad descansaba;
Rico el que contento vive.
Como enviudó la Duquesa,
Y el hijo es niño, me pide
Por cartas que á su servicio
Ó á su gobierno me incline.
Nunca yo lo imaginara,
Pues aunque con ella prive,
Quieren mis locos deseos
Que á pretendella me anime.
¡Ay, prendas mías humildes,
Fuego merece quien al viento sigue!

Salen Otavio de Médicis y criados.

OTAVIO.
¿Vino Antonio?
FABRICIO.
Sí, señor.
ANTONIO.
Aquí esperándote estaba (1).
OTAVIO.
Debes, amigo, á mi amor
Ese cuidado; hoy se acaba
De mi esperanza el temor;
Hoy pone á su fundamento
De tan rica posesión
La primer piedra mi intento.
ANTONIO.
Temo que esta pretensión
Debe de ser casamiento.
OTAVIO.
No estéis vosotros aquí.
ANTONIO.
¿Qué es, señor, lo que me quieres?
OTAVIO.
Escúchame atento.
ANTONIO.
Di.
OTAVIO.
Antonio, yo sé quién eres;
¿Sabes quién soy?
ANTONIO.
Señor, sí.
OTAVIO.
Con eso sabrás que soy
Del gran Duque de Florencia
Sobrino.
ANTONIO.
Más gloria os doy
Por vuestra virtud.
OTAVIO.
Mi herencia
No la sé: á figura estoy
Desde que el Duque murió,
El de Amalfi, Antonio, digo;
Aunque heredero dejó,
Traigo pensado conmigo.....
ANTONIO.
No en vano el alma temió.
OTAVIO.
Casarme con la Duquesa.
ANTONIO.
Por deciros la verdad,
De que lo penséis me pesa,
Si es bien que con libertad
Hable el que verdad profesa;
Que aunque la Duquesa mía
Es bella y moza, ese día
Que el casar le dé cuidado,
De su hijo y de su estado
Perderá la tutoría.
Pues pobre y sin heredar,
¿Qué habéis de hacer?
OTAVIO.
Esperar
Al lado de una mujer
Que me puede enriquecer
Con que se deje mirar.
ANTONIO.
Bien entiendo que es amor,
Señor Otavio, el que os mueve;
Pero todo ese rigor
Es como Julio, que llueve
Para acrecentar calor.
Pasará la tempestad;
Al primero mes de mesa
Vendrá la serenidad
Del alma, y veréis que os pesa
Desa loca voluntad.
Porque cuando en una aldea
Os retiréis pobremente,
Adonde ninguno os vea,
Se templará el accidente
Que agora el alma desea,
Y el justo arrepentimiento
Os traerá tanto disgusto,
Que no tengáis sufrimiento,
Porque del amor el gusto
Es una cometa al viento.
OTAVIO.
Antonio, yo no os llamé
Para pediros consejo
Cuando me determiné,
Ni agora sois vos tan viejo,
Ni sabéis más que yo sé.
Por mayordomo y privanza
De la Duquesa, os quería
Dar cuenta de mi esperanza,
Y fué porque no entendía
Que todo el daño os alcanza;
Porque si os han de quitar
El gobierno desta hacienda,
Bien hacéis en replicar.

(1) En la primera edición:
Aquí esperando estaba.

ANTONIO.

Vueseñoría no entienda
Que interés me ha de obligar
Á dejar de ser quien fuí:
No vine á servir aquí
Por interés, fué afición
Que á la casa de Aragón
Tengo desde que nací.
Pobre soy, pero no tanto
Que hacienda de la Duquesa
Me obligue.

OTAVIO.

De vos me espanto,
Señor Antonio, y me pesa
Que mi amor honesto y santo
Os parezca mal á vos,
Si en esto no os va interés.

ANTONIO.

¡Interés! ¡Bueno, por Dios!

OTAVIO.

¿Qué se os da á vos que después
Vivamos pobres los dos?

ANTONIO.

Digo, señor, que os caséis
Una vez y mil.

OTAVIO.

Antonio,
Esto es amor, ya lo veis.

ANTONIO.

Bien lo dice el testimonio
Del disparate que hacéis.

OTAVIO.

¿Vos queréiselo decir?

ANTONIO.

Quiero serviros en eso.

OTAVIO.

Si le habéis de persuadir
Como á mí.....

ANTONIO.

Verdad profeso;
Yo os quiero en esto servir.
Id con Dios, que, á fe de hidalgo,
De hacer todo buen oficio
Si con la Duquesa valgo.

OTAVIO.

Y yo os haré algún servicio
Si con lo que emprendo salgo;
En albricias, por lo menos
Una cadena tendréis
De mil escudos.

Váyase Otavio.

ANTONIO.

Los buenos,
Mandando obligan. ¿Qué hacéis,
Ojos de lágrimas llenos?
¿Por qué no formáis un mar
En que me pueda anegar?
Mas nombre ingrato merezco,
Pues la tabla no agradezco
Donde me puedo salvar;
Que, casada la Duquesa,
Deste amor y vano empleo
Cesará la loca empresa,
Si el efecto del deseo
Cesando la causa cesa;
Ó conoceré su intento,
Tratándole el casamiento.
Animo, esperanza loca,
Que como vos sois tan poca,
Desmaya el atrevimiento.

Váyase.

Salgan la Duquesa de Amalfi, en hábito de viuda, y Libia, camarera suya, y Celso, viejo.

DUQUESA.

¿Qué hace el Duque?

CELSO.

Está en lición.

DUQUESA.

¿Qué lición?

CELSO.

Como ya escribe,
También á oir se apercibe
Gramática.

DUQUESA.

Y es razón.
Sepa á lo menos latín,
Que en un príncipe está bien.

CELSO.

Él lo decora tan bien,
Que le verá presto el fin.
El niño más entendido
Es Su Excelencia, señora,
Que Italia conoce agora.

DUQUESA.

Dice al padre que ha tenido.
Id, y diréis al maestro
Que el de las armas no falte.

CELSO.

Es de las letras esmalte,
Ser un caballero diestro.
Á fe, que si me cogiera
Algunos años atrás,
Que yo le enseñara más
Que Rodamonte pudiera.

DUQUESA.

¿Fuistes diestro?

CELSO.

Pues no había
En toda Italia mi igual;
Ya es más diestro, por mi mal,
Este bordón, pues me guía.

DUQUESA.

Id á lo que os digo.

CELSO.

Voy.

DUQUESA.

¡Ah, Libia, en cuánto cuidado
Me ha puesto amor!

LIBIA.

No me ha dado

Menos, aunque libre estoy;
Que el ver tu desasosiego
En cosa tan desigual,
Si á ti te tiene mortal,
Á mí me deshace en fuego.
Conozco en la libertad
Con que te quieres perder,
Que es gran mal en la mujer
Enviudar en mocedad.

DUQUESA.

Luego ¿piensas, Libia mía,
Que por mortal interés,
Á Dios primero, y después
Á mi honor, ofensa haría?

LIBIA.

Pues ¿por qué quieres hablar
Á Antonio, tu mayordomo?

DUQUESA.

Yo pienso que entiendes cómo.

LIBIA.

La vida te ha de costar
Este indigno casamiento.

DUQUESA.

¿Quiéresle tú?

LIBIA.

¿Yo, señora?
¡Máteme el cielo la hora
Que tenga tal pensamiento!

DUQUESA.

Mucho, Libia, te he fiado:
Mucho del alma me debes.

LIBIA.

Yo me huelgo que me pruebes.

DUQUESA.

Lo más que puedo te he dado;
Lo que guardaba de mí,
Esta noche te conté;
Y si de ti imaginé
Que Antonio reinaba en ti,
Es porque su entendimiento,
Su persona, su valor,
Pienso que engendren amor
En el más helado intento.
¡Qué bien habla! ¡Qué bien mira!
¡Qué bien escribe y entiende
Cualquiera cosa que emprende!
¿Su condición no te admira?
¿No te espanta su buen modo,
Su verdad, su trato honesto,
Su vestir noble y compuesto,
Y su verdad sobre todo?
¡Qué bien que pone los pies
Á un caballo! ¡Qué bien canta!
¡Qué gracia!

LIBIA.

Á mí más me espanta
Que esa alabanza le des.
Mas pues ya tu mala estrella
Á tanto mal te inclinó,
Que tu autoridad bajó
Donde Antonio la atropella,
Por Dios te ruego que adviertas
El secreto de tu honor.

DUQUESA.

Á todo vano temor
Cierra el casarme las puertas;
Que siendo con gran secreto,
Cuando se venga á saber,
Sabrán que soy su mujer.

LIBIA.

Y tú su muerte, en efeto.
No sé: toda estoy temblando;
Ni te aconsejo ni impido;
Mas si deseas marido,
Muchos te están deseando,
Si no de tu calidad,
Poco menos.

DUQUESA.

Ya he pensado
Que casar con mi criado
Desdice mi autoridad.
Mas fíome en el secreto;
Porque el casarnos los dos
Es justo temor de Dios,
Más que de mi honor respeto.
No se sabrá si se fía
De ti y de él.

LIBIA.

Quiéralo el cielo.

Sale Antonio.

ANTONIO.

Amor, con alas de hielo,
Lleva la esperanza mía,
Cual mariposa á la llama,
Al sol de unos ojos bellos;
Que quien se iguala con ellos
Imita á Luzbel la fama.
Voy donde me he de abrasar;
Mas quiere naturaleza
Que me esfuerce su belleza
Para atreverme á llegar.
El sátiro que vió el fuego,
Con las manos le tomó;
Pero como le abrasó,
Arrojóle dellas luego.
¡Ay! ¡Quién, luego que llegase
Al fuego de tanto amor,
Con la pena del dolor,
De las manos le arrojase!
¿La Duquesa estaba aquí?

DUQUESA.

¡Antonio!

ANTONIO.

¡Señora mía!
Hablar á solas querría
Con Vuestra Excelencia.

DUQUESA.

Ansí,
Pues, Libia, aguarda allá fuera;
Despeja la cuadra luego.

ANTONIO.
¡Cielos! Mirándola, ciego.
LIBIA.
Tu calidad considera;
  Vuelve, señora, por ti.

Vase Libia.

DUQUESA.
Vete, y no repliques más.
¿De qué tan suspenso estás?
ANTONIO.
Señora, de verme aquí.
DUQUESA.
  ¿Otras veces no has estado?
ANTONIO.
Nunca, señora, he venido
Á lo que agora, que ha sido
Causa de haberme turbado.
DUQUESA.
  ¿Turbado, Antonio? ¿Por qué?
¿Qué tengo yo de aspereza?
ANTONIO.
Lo que tienes de belleza, (Aparte.)
Causa de turbarme fué.
DUQUESA.
  Aunque por señora puedo
Causar algo que temer,
La blandura de mujer,
¿No basta á quitar el miedo?
  ¿Tengo mala condición?
¿Soy soberbia? ¿Soy muy grave?
ANTONIO.
Ya Vuestra Excelencia sabe
De mi temor la razón.
  Si corriendo una cortina
Un ángel se descubriese,
¿No era justo que temiese
Ver su figura divina?
  No todas las cosas graves
Dan temor llegando á ellas;
También le ponen las bellas;
Por mi experiencia lo sabes.
DUQUESA.
  ¿Soylo aquí más que otras veces
Que me has visto y me has hablado?
ANTONIO.
Habré llegado á tu estrado,
Señora, con más jüeces.
  Porque ver en soledad
Una hermosura divina,
Luego el pensamiento inclina
Á alguna temeridad.
  Porque ¿quién ha de tener
Las alas del pensamiento?
Que el primero movimiento
Á nadie puede ofender.
DUQUESA.
  Ni yo, Antonio, me ofendiera,
Cuando, como hombre, pensaras
Que soy mujer.
ANTONIO.
  Bien reparas
Lo que el temor considera.
  Á tu gran benignidad,
Á tu heroica discreción,
Debe el alma esa razón.
DUQUESA.
Dejemos la autoridad.
  Háblame familiarmente;
Que, aunque tu señora soy,
No siempre en el trono estoy
Del título impertinente;
  Y aunque es verdad que he tenido
Fama de mujer discreta,
Como esto de ser perfeta
Es raras veces oído,
  Nunca he querido, en efeto,
Á mi discreción creer;
Que gobierno de mujer,
¿Cómo pudo ser discreto?
  Por eso te traje aquí;
Y, pues me has gobernado
Hijo, casa, hacienda, estado,
Con el valor que hay en ti,
  Quiero que de aquí adelante
Me hables de otra manera.
Cúbrete.
ANTONIO.
  Señora, espera;
Dame lugar que me espante,
  Dame lugar que á esos pies
Derribe la humildad mía.
DUQUESA.
Háblame con osadía,
Deja agora el ser cortés.
  Cúbrete, Antonio.
ANTONIO.
  Señora,
Si tanta merced me hacéis,
Atrevimiento daréis
Á mi pensamiento agora.
  Á fe que os he de decir
Lo que denantes callé.
DUQUESA.
Él me entendió, bien hablé;
Basta mirar, basta oir.
  Si toda el alma me vió,
Acábeme de entender;
Que basta que una mujer,
Y tan noble como yo,
  Hable con tantas colores;
Atrévase, pues; ¿qué tarda?
Que es necio el hombre que aguarda
Á que le digan amores.
ANTONIO.
  Sabed, señora, que Otavio
De Médicis.....
DUQUESA.
  ¡Esto es bueno!

ANTONIO.

De alegre esperanza lleno
(No sé si en esto os agravio),
Hoy me ha enviado á llamar,
Y me pidió que os hablase.

DUQUESA.

¿Que desto agora tratase?
Él no me debe de amar.
Si, como lo he sospechado,
Éste me quisiera bien,
Entendiérame tan bien
Como yo me he declarado.
Pues sin conocer su amor,
Error será declararme.

ANTONIO.

Ó no quieres escucharme,
Ó te divierte el honor.
Digo, señora, que Otavio
Adora á Vuesa Excelencia;
Es hombre de la presencia
Que ha visto, es gallardo, es sabio.
Quiere casarse, y no quiere
Más que sola su persona.

DUQUESA.

Á Otavio su amor le abona;
Es hombre, su amor refiere;
Todo hombre tiene licencia
De decir á una mujer
Que la desea.

ANTONIO.

Ha de ser
Como él á Vuestra Excelencia,
Que es su igual, y la pretende
Por mujer.

DUQUESA.

Un desigual
Ofende si quiere mal;
Que si quiere bien, no ofende.
¿Es mal hecho querer bien?

ANTONIO.

No es mal hecho; mas ¿si llega
Á deseo, y pide y ruega
Que de amar premio le den?

DUQUESA.

¿Ante qué jüez le pide?
¿Qué testigos falsos llama,
Si la persona á quien ama
Es quien la causa decide?
Espántasme, Antonio.

ANTONIO.

¿Cómo?

DUQUESA.

No mires á mi nobleza;
Habla como mi cabeza
Y no como mayordomo,
Habla como hombre.

ANTONIO.

No puedo.

DUQUESA.

¿Qué tienes?

ANTONIO.

Tiemblo.

DUQUESA.

¿De qué?

ANTONIO.

Del miedo con que llegué
Á quitarte tanto el miedo.

DUQUESA.

¿Mi ánimo te acobarda?

ANTONIO.

No, ¡por Dios! Mas dime agora,
¿Qué diré á Otavio, señora?

DUQUESA.

Oye, y la respuesta aguarda.
Finge que un camino emprendes
Largo, por mar ó por tierra,
Y que al salir de tu tierra (1).
Al tiempo que ir solo entiendes,
Se te ofrecen dos que intentan
Hasta el fin acompañarte,
Y cada cual por su parte
Á tu lado se presentan.
Al uno destos dos tienes
Natural inclinación,
En cuya conversación
Te regalas y entretienes.
Al otro, aborrecimiento
Con tal fuerza de pesar,
Que sólo el oirle hablar
Te causa desabrimiento.
¿Con cuál de aquéstos harías
El camino á que te ofreces,
Con el que amas, ó aborreces?

ANTONIO.

¿De esa respuesta tenías
Alguna duda?

DUQUESA.

Pues di,
¿Con cuál de los dos irás?

ANTONIO.

Con el que me agrada más.

DUQUESA.

Lo mismo entiende de mí.
El casarse es un camino
Largo hasta el fin de la vida;
La compañía ofrecida,
En dos hombres la imagino.
Otavio es el que aborrezco.

ANTONIO.

¿Puedo el que quieres saber?

DUQUESA.

Para tan poco entender,
Muy descubierta me ofrezco.
¿Dónde está tu ingenio, Antonio?

ANTONIO.

Mi humildad le tiene ciego.

DUQUESA.

Con vergüenza á tratar llego
Del segundo matrimonio.

(1) Consonante repetido.

Pero espera aquí un papel,
Sabrás el hombre que quiero;
Que á ser su amor verdadero,
Él me entendiera sin él.

Váyase la Duquesa.

ANTONIO.

Cobarde pensamiento, nunca el cielo
Logre tus esperanzas,
Pues cuando el bien alcanzas,
Te derribas humilde por el suelo.
Mas tal castigo lleve
El que ama y es amado y no se atreve,
Cuando ocasión alguna
Le ofrece su fortuna.
Si allí no cobra lo que amor le debe,
¿Qué esperanza le queda?
Merece que jamás cobrarla pueda
Quien suelta los cabellos.
¡Ay, dulces ojos bellos,
A mi fortuna detened la rueda!
«El bien perdí cobarde,
Que perdido una vez, se alcanza tarde»,
Dirá el papel que espero.
Hoy justamente muero:
Si tuve el bien, ¿qué bien habrá que aguarde?
Que amor no le concede
Cuando le deja el que gozarle puede.

Sale Libia con un papel.

LIBIA.

Este papel me ha mandado
Mi señora la Duquesa
Que te diese.

ANTONIO.

Á mí me pesa,
Libia, de haberla enojado
Tratándole casamiento.

LIBIA.

Ahí dice que hallarás
El hombre que quiere más.

ANTONIO.

Yo sólo su gusto intento:
La casa Médicis era
Muy conforme á su valor.

Sale Urbino, secretario.

URBINO.

Sin duda le tiene amor;
Papel le dió. Libia, espera.

LIBIA.

¿Qué quieres?

URBINO.

No eran en vano
Mis celos. ¿Qué papel diste
Á Antonio?

LIBIA.

¿Yo?

URBINO.

Tú; y le asiste
Con tiernos ojos la mano.

LIBIA.

Lo del papel es verdad,
Lo de los ojos mentira;
Siempre con antojos mira,
Urbino, la voluntad.
Aquel papel es memoria
Del recado de un vestido.
Adiós.

Vase Libia.

ANTONIO.

¡Desdichado he sido
Al principio de mi historia!
¿Si me vió dar el papel?

URBINO.

Pues, ¿Antonio?

ANTONIO.

¡Oh, secretario!

URBINO.

Si ese nombre es necesario
Para un amigo fïel,
Aquí le tenéis en mí.
Huélgome que Libia os ame.

ANTONIO.

¿En qué lo veis?

URBINO.

En que os llame
Su dueño.

ANTONIO.

¿Á mí? ¿Cómo ansí?

URBINO.

Negad que un papel os dió.

ANTONIO.

Decir quiero que es verdad;
Tengo á Libia voluntad.

URBINO.

¿Sabéis que la sirvo yo?

ANTONIO.

Agora lo sé de vos;
Desde hoy más, por vuestra queda.

URBINO.

Cuando acetarla os conceda
Por la amistad de los dos,
Ha de ser como no entienda
Que os cuesta pena el dejalla,
Y que el discurso de amalla
No tiene prenda que prenda.
¿Tenéis más de ese papel?

ANTONIO.

Sólo este papel me ha dado.

URBINO.

Si mi amor os ha obligado,
Dadme, Antonio, parte dél;
Veámosle aquí los dos,
Por vida de la Duquesa.

ANTONIO.

De que me tratéis me pesa
Con tal sospecha, ¡por Dios!
Basta que palabra he dado;
Que no la hablaré creed.

URBINO.

Pues hacedme una merced
De que le rasguéis cerrado.

ANTONIO.

El rasgar de mi memoria
Á Libia, haré yo por vos,
Y basta que de los dos
Cese al principio la historia,
Sin pedir cosas que son
Contra mi buen proceder;
Que no es bien que una mujer
Me tenga en baja opinión.

URBINO.

La grande amistad, Antonio,
Que hemos tenido los dos,
De que sospecho que vos
Tenéis cierto testimonio,
Á pediros me obligó
Todo lo que habéis oído;
Mas, pues me habéis respondido
Á lo del papel que no,
Acabóse la amistad;
Desobligado me habéis.

ANTONIO.

Oid, si os vais.

URBINO.

¿Qué queréis?

ANTONIO.

Si quedo en mi libertad
Y hemos de ser enemigos,
Á Libia vuelvo á querer.

URBINO.

Como eso podéis hacer,
Antonio, en no siendo amigos.
Querelda, que yo también
Algún día os daré enojos
En las niñas de los ojos.

ANTONIO.

Oid, y tratadme bien;
Que si no os he respondido,
Es porque he considerado
Que de un amigo enojado
Triunfa mucho el ofendido;
Y porque veáis que soy
Tan hidalgo y liberal,
Que en vez de responder mal,
Gusto por enojo os doy,
¿Es éste el papel?

URBINO.

Él es.

ANTONIO.

Pues quito el sello.

URBINO.

¿Á qué efeto?

ANTONIO.

Para verle; y os prometo
Que le habéis de ver después.

Sácale con la mano aquel pedazo en que está escrito su nombre.

Mirad qué poco le miro.
Tomad.

URBINO.

¿Qué es lo que quitáis.

ANTONIO.

Siete letras.

URBINO.

¿Qué me dais?

ANTONIO.

El papel.

URBINO.

Mucho me admiro
De que tan seguro estéis
Del secreto: en blanco está.

ANTONIO.

Probad á entendello allá,
Pues tantas cifras sabéis,
Porque me destruya el cielo
Si ninguna tiene en sí.

URBINO.

Pues ¿qué guardastes ahí
Para aumentar mi recelo?

ANTONIO.

Siete letras.

URBINO.

¿No traía
Otra cosa?

ANTONIO.

No, ¡por Dios!

URBINO.

Si vive un alma en los dos
Y partí con vos la mía,
Dadme las letras primeras
De esas siete.

ANTONIO.

Quiero daros,
Para más desengañaros,
Dos letras de las postreras.
Tomad aquésta.

URBINO.

Ésta es *o*.

ANTONIO.

Ésta es *i*.

URBINO.

Quien dos me da,
Las cinco también dará.

ANTONIO.

¿Cómo las cinco? Eso no.
¿Soy yo reloj, por ventura?
Llevad, Urbino, esas dos.

URBINO.

Dadme las demás, ¡por Dios!
Si mi amor os asegura.

ANTONIO.

Si la mayor amistad
Es de las cosas partir
La mitad, basta pedir
Destas letras la mitad.
Las tres os tocan; partamos
La una.

URBINO.

Dádmela entera,

¡Por Dios!

ANTONIO.

Por cosa ligera
No es bien que los dos riñamos;
Dos tenéis, veis aquí dos;
Á la *o* sigue la *i*.

URBINO.

Ésta, ¿no es *n*?

ANTONIO.

Es ansí.

URBINO.

¿Van por orden?

ANTONIO.

¡Sí, por Dios!

URBINO.

Pues ésta es *o*.

ANTONIO.

Ya tenéis
Cuatro letras, las postreras.

URBINO.

¡Ay, si las otras me dieras!

ANTONIO.

De la razón excedéis.
¡Cielos! ¡*Antonio* decía (Aparte.)
En su papel la Duquesa,
Dando á entender que esta empresa
Es de Antonio, y ella es mía!
Las cuatro letras le dí,
Que no sabrá concertar,
Por excusar de criar
Enemigos contra mí.
Sólo traía el papel
Este nombre en que reparo;
Que soy su dueño está claro,
Mi nombre lo dice en él.
Bien sé que me ha de costar
La vida, si á sus hermanos
Llegan mis intentos vanos;
Mas ¿dónde podrá emplear
Un hombre tan bien la vida?
Adiós, Urbino.

URBINO.

Él os guarde.

Váyase Antonio.

Éste sospecha que tarde
Será su letra entendida,
Y mientras secreto habló,
Las cuatro letras junté:
O, *i*, *n*, *o*, bien sé
Que quieren decir *oi no*.
Que hoy no le podrá gozar,
Sin duda quiso decir;
Mas, ¿por qué le ha de escribir
Hoy no, si hoy le pudo hablar?
Las letras dan testimonio,
Que si á él le quedan tres,
Y el *oi no* vuelvo al revés,
Es fin del nombre de Antonio.
Porque las tres que le quedan,
Sin duda son *a*, *n* y *t*;
Luego *Antonio* el nombre fué,
Pues ¿qué es lo que éstos enredan?
Antonio sólo traía
En un papel; ahora bien,
Si las letras no se ven,
Y es alguna tropelía,
Yo le pondré el agua al fuego,
Y con humo le daré;
Que agua, y fuego, y humo haré
De mi loco intento ciego.
Agua mis ojos darán,
Fuego el pecho, y la esperanza
Humo; mas esta mudanza
Los dos me la pagarán.
Yo seguiré de manera
Á Antonio, pues fué traidor
Á nuestra amistad su amor,
Y en este amor persevera;
Yo diré dél tanto mal
Á la Duquesa, aunque sea
Mentira, que presto vea
Que fué á mi amor desleal;
Yo le echaré de su casa,
Yo le pondré mal con ella.

Sale la Duquesa.

DUQUESA.

Ya la primera centella
Á incendio del alma pasa,
Y va creciendo de suerte,
Con haberme declarado,
Que ya me han notificado
Mis desventuras la muerte.
Pero, como yo me case
Y no padezca mi honor,
¿Qué muerte por tanto amor
No será justo que pase?
Urbino está aquí: ¿qué quieres,
Secretario?

URBINO.

¿Ha respondido
Vuestra Excelencia?

DUQUESA.

He tenido,
Urbino, mil pareceres
En razón deste concierto:
Es muy niño el Duque agora.

URBINO.

Tu hermano intenta, señora,
Tu bien.

DUQUESA.

Créolo, por cierto.

URBINO.

¿Y del Duque su sobrino?

DUQUESA.

Yo responderé á mi hermano.

URBINO.

Con Vuestra Excelencia en vano

Se trata, á lo que imagino,
Negocio de casamiento.
¿Tanto aborrece el casarse?

DUQUESA.

De mí no puede tratarse,
Ni tengo tal pensamiento;
De mi hijo no es razón,
Pues no ha llegado á la edad
Que nos muestre voluntad,
Ni á Ferrara inclinación;
Y segunda, no la quiero
En instrumento tan mío.

URBINO.

Que has de ver presto confío
Un casamiento que espero,
Dentro de tu misma casa.

DUQUESA.

¡Válame Dios!

URBINO.

No te alteres.

DUQUESA.

¿Alguna de mis mujeres
Sin mi voluntad se casa?

URBINO.

Juzgando yo sin malicia
Entre personas de honor,
Pienso que para el amor
En casarse.

DUQUESA.

Eso es justicia;
Pero ¿quién le tiene á quién?

URBINO.

Libia á Antonio, y él á ella.

DUQUESA.

¿Sábeslo dél?

URBINO.

Dél y della,
Y de mis ojos también;
Mas mire Vuestra Excelencia
Que me ha de guardar secreto.

DUQUESA.

Secreto, Urbino, prometo, (Aparte.)
Mas no prometo paciencia.
¿Qué has visto?

URBINO.

Darle un papel
Libia á Antonio.

DUQUESA.

¿Cuándo?

URBINO.

Agora.

DUQUESA.

Vete, Urbino.

URBINO.

Pues, señora,
¿No tengo de ser fiel
Al oficio, al pan que como
Tantos años en tu casa?

DUQUESA.

Ya sé lo que en esto pasa,
No es culpado el mayordomo.

URBINO.

¿No es culpado?

DUQUESA.

No.

URBINO.

Esas alas
Que le da Vuestra Excelencia.....

DUQUESA.

Salte allá, poca prudencia.
Cuando de cosas tan malas
Se me ha de dar cuenta á mí,
Ha de haber información
Muy cierta.

URBINO.

Con ocasión
Te he contado lo que vi,
Pensando que era en tu ofensa,
Porque las cosas de amor,
Al principio del rigor
Tienen más fácil defensa;
Que Antonio es mi grande amigo,
Pero si á ti te ofendiera,
De mi padre te dijera
Lo que de Antonio te digo.

Sale Antonio.

ANTONIO.

La carroza, dice Estacio
Que has mandado prevenir.

DUQUESA.

Fuera quisiera salir
Esta tarde de palacio;
No sé si ha de haber lugar.
Secretario, oid.

URBINO.

Señora.....

DUQUESA.

Á mis hermanos agora
No quisiera disgustar.
Escribid que no estoy buena,
Y que por eso no escribo,
Mientras remedio apercibo
Para excusarme esta pena.
Esto será necesario;
Y no digáis mal de quien
Me dice de vos más bien
Que merecéis, secretario.

URBINO.

Voy á escribir lo que mandas.

DUQUESA.

Dilata este matrimonio,
Antonio.

ANTONIO.

Señora.....

DUQUESA.

Antonio,
Muy necio en mis cosas andas.
¿Cómo el secretario vió
Darte el papel?

ANTONIO.

Libia tiene

La culpa.

DUQUESA.

Lo que conviene
Á mi honor, que yo soy yo,
No se mira como es justo.

ANTONIO.

Bien dicen que en la mujer, (Aparte.)
Aborrecer y querer
Es tornasol de su gusto.

Á ella:

De otra manera creí
Que aquel nombre señalabas,
Pues en el papel mostrabas
Más de lo que cupo en mí.
El papel, señora, hiciste
Del corazón; con razón
Fué mi nombre el corazón,
Pues en medio le escribiste.
Con siete letras escribes
Una mano de papel,
Porque la que viene en él,
Para dármela apercibes.
Mas fué vano mi placer,
Y mi crédito más vano;
Que fué de papel la mano,
Y la firma de mujer.
¡Ay, Dios! Si el amor supiera,
Pues andaba entonces franco,
Tu nombre, porque en lo blanco
La obligación escribiera!
Burla fué poner el mío;
Pues por luto de mi muerte,
En blanco muestra mi suerte,
Y en negro mi desvarío.
¿Desto sólo te ofendiste?

DUQUESA.

De suerte, que te aborrezco;
Pues cuando mi honor te ofrezco,
Adonde ves le pusiste.

ANTONIO.

¿Que mi humildad la presunción dilate?
¿Que finja el alma que tu amor ignora
Te ha podido ofender, dulce señora,
Por no rendirte en el primer combate?
¡Plega al cielo, Camila, que me mate
El primer hombre con quien hable agora,
Ó que antes que otro sol traiga el aurora,
Te goce Otavio, comunique y trate!
Que porque veas si me abrasa y arde
El no asir la ocasión por los cabellos,
Yo iré donde mi nombre escuches tarde,
Ó por dicha seré Absalón sin ellos;
Que no seré para morir cobarde
Estando ausente de tus ojos bellos.

DUQUESA.

Detente.

ANTONIO.

¿Por qué razón
Me tiene Vuestra Excelencia?

DUQUESA.

Antonio, con más paciencia.

ANTONIO.

¿Paciencia en esta ocasión?
¡Mataréme!

DUQUESA.

Aun por ahí
Sospecharé que me quieres:
Antonio, á nobles mujeres
Nunca las trates ansí.
¿Qué aguardabas, si me vías
Perdida, que te dijese?
¿No era razón que entendiese
Que algún amor me tenías?
Si á la ocasión pintan calva,
Mucho tu ingenio condeno:
¿Eran mis brazos veneno,
Que á Otavio pides la salva?
¿Querías, contra mi fama,
Que te pusiese, muy loca,
Los favores en la boca,
Y que tú fueses la dama?
Habla, dime que me quieres,
Di que te mueres. ¿Qué lloras?
Porque también las señoras
Sentimos como mujeres.
Atrévete; sepa yo
Que me quieres; dime amores;
El título de señores
El cielo á los hombres dió.
La de mayor calidad
No es señora, ni lo espere,
Pues ni hará lo que quisiere,
Ni ha de tener libertad.
¡Oh, falta de hombres discretos,
Ser turbados y encogidos!

ANTONIO.

Son los necios atrevidos,
Que son de su causa efetos.
Si conocer mi humildad,
Señora, te ha dado enojos;
Si el respeto de mis ojos
Al sol de tu calidad;
Si el no me haber atrevido,
Puesto que ocasión me has dado;
Si no te haber declarado
Que tu amor he conocido,
Vesme aquí que llego á ti,
Aunque altar de mi respeto,
Porque atrevido un discreto
Te muestre que yo lo fuí.
Tu blanca mano asiré,
Osaré abrazarte, y creo
Que haré abeja mi deseo,
Y flor de tu boca haré.

DUQUESA.

Tente.

ANTONIO.

¿No me das licencia?

DUQUESA.

¿Tal cosa osaste decir?

ANTONIO.

Pues vuélvome á descubrir:
Perdone Vuestra Excelencia.

DUQUESA.

Ahora bien, esto es andar
Dando vueltas á la vela;
Para el amor no hay cautela,
Ni fuerzas para callar.
Antonio, yo te adoro; pero advierte
Que ha de ser de otra suerte el adorarte.
No has de tocarme en parte de que sienta
Mi honor alguna afrenta; con secreto
Podrás, si eres discreto, ser mi dueño.
Esta prenda te empeño, que es mi honra:
Por excusar deshonra, y por la ofensa
De Dios, que ha de ser piensa, amado Antonio,
En justo matrimonio mi deseo.
Si lo entendiesen, creo que mi vida
Y la tuya, perdida, fuese á manos
De aquellos dos hermanos generosos,
Cuyos hechos famosos, Francia, España,
Y cuanto cerca y baña el mar, celebran.
Cuantos amores quiebran y se pierden
De la causa se acuerden, que es saberse.
Cuando venga á ofrecerse el ser forzoso,
Dirás que eres mi esposo, y entretanto
Que quiere el cielo tanto favor darme,
Gozarte yo y gozarme con secreto,
Será dichoso efeto de mi gusto.

ANTONIO.

Fuera de que es tan justo, gran señora,
Ya que me pone agora mi fortuna
Sobre la hermosa luna de tu cielo,
El secreto y recelo del bien mío,
En mi dicha confío que no entienda
Ninguno que soy prenda de tu pecho.
Hoy me has formado y hecho. ¡Quién pudiera,
Sino quien cielo fuera, y que hoy me ampara,
Hacer que te igualara! ¿Yo tu esposo?

DUQUESA.

Antonio venturoso, hoy atropella
Mi autoridad tu estrella; yo soy tuya;
Mas porque se concluya nuestro intento,
No hallo al casamiento modo alguno.

ANTONIO.

Si el rumor importuno de la fama
Sospechas que te infama, dulce prenda,
Yo tengo allá, en mi hacienda, labradores
Rudos, toscos pastores de ganados.
Podremos, disfrazados, ir á vellos,
Y mezclados con ellos, por ventura,
Hacer que el mismo cura de su aldea,
Que puesto que nos vea importa poco,
Nos case, y vuelva loco mi sentido
De ver que he merecido tu grandeza.

DUQUESA.

¡Extraña sutileza! Pues salgamos
Esta noche, y vistamos tosco traje:
Yo en hábito de paje iré contigo,
Hasta llegar, amigo, al dulce puesto
Donde, con lazo honesto de casados,
Sin ser jamás culpados, nos gocemos.

ANTONIO.

Y en casa, ¿qué diremos de tu ausencia?

DUQUESA.

Libia, con advertencia, echará fama
Que estoy mala en la cama.

ANTONIO.

¡Gran remedio!
Cuando la noche, en medio de los polos,
Con los luceros solos mire el mundo,
Y con sueño profundo esté quïeto,
Saldremos con secreto en dos caballos.

DUQUESA.

Pues parte á aderezallos.

ANTONIO.

Los vestidos
Estarán prevenidos.

DUQUESA.

Amor quiera
Que llegue á la ribera deste río.
¡Adiós, dulce bien mío!

ANTONIO.

¡Adiós, mi cielo!

DUQUESA.

Ven con grande recelo de mi gente.

ANTONIO.

Sólo estará presente amor, que guía
Mi esperanza, luz mía, al rayo de oro.

DUQUESA.

¡Ay, Antonio, que adoro esos pies tuyos!

ANTONIO.

Detenga en mí los suyos la fortuna.

DUQUESA.

Por ti no hay muerte alguna.

ANTONIO.

Por ti es vida
La muerte.

DUQUESA.

¡Ay, mi querida prenda amada!

ANTONIO.

Esposa regalada, adiós te queda.

DUQUESA.

Sólo le pido que gozarte pueda.

Váyanse Antonio y la Duquesa.

Salgan Melampo y Arsindo, labradores viejos, y Doristo, mozo.

MELAMPO.

¡No os pongáis delante, Arsindo,
Que he de matar al traidor!

ARSINDO.

Llevalde con más amor.

DORISTO.

¿Á mi matarme? ¡Oh, qué lindo!
Tenéos, abuelo.

MELAMPO.

El cielo
Te ha de dar justo castigo.

DORISTO.

Tenéos, abuelo, digo;

Digo que os tengáis, abuelo.

MELAMPO.

¿Ese respeto me tienes?

DORISTO.

¿Qué respeto he de tener?

MELAMPO.

¡Oh, qué presto que has de ver
El engaño con que vienes!

ARSINDO.

¿No sabremos la quistión?

DORISTO.

Porque me quiero casar.

MELAMPO.

Sí; ya quiere gallear
Sin salir del cascarón.
Cuando á su madre casé,
Sus cuarenta años tenía.

DORISTO.

Si ella os oyera, á fe mía
Que os desmintiera.

MELAMPO.

¿Por qué?
¿Fué aquesto en reinos extraños?
¿Á mí desmentirme quieres?

DORISTO.

Porque todas las mujeres
Se casan de catorce años.
Si ha quince que conoció
Marido, y tiene cuarenta,
Veréis que confiesa treinta
Porque de quince pasó.
Si una hija está presente
Y en edad para casar,
Los cinco le ha de quitar
Aunque sólo tenga veinte.
Quince y quince, digo yo
Que serán treinta.

ARSINDO.

Es ansí.

DORISTO.

Pues no he de pasar de allí.
Porque de quince casó
Mi madre, también dijera
Que era yo de quince agora.....

MELAMPO.

Calla, Doristo, en mal hora.

DORISTO.

Y ella de sus treinta fuera.
Y aunque con locos engaños
Negar la edad se porfía,
Cierto discreto decía
Que, á ser pecados los años,
Aunque se ven en la cara
Y es disparate negallos,
Sólo por no confesallos,
Ninguno se confesara.
Ya no es tiempo, abuelo mío,
De andar en antigüedades;
Sabed que en estas edades
Es muy diferente el brío.
Si en la vuestra se casaban
De treinta años, ó cuarenta,
Ya es diferente la cuenta,
Ó es que las cosas se acaban.
Aun no tiene sentimiento
En el pecho de su madre
La niña, y dice á su padre:
«Taita, taita, casamiento.»
Apenas en un quillotro
La comienzan á envolver,
Cuando dice que es mujer
Para casarse con otro.
Yo soy hombre ya barbado,
Y si me quiero casar,
No es sin causa.

MELAMPO.

Ésa has de dar.

DORISTO.

¿Qué más que andar amurado?

MELAMPO.

¿No tienes vergüenza?

DORISTO.

No.

ARSINDO.

¿Es mal hecho querer bien
Para casarse?

DORISTO.

También
Mi padre se enamoró.
¡Par Dios, Arsindo, si el cielo
Lo tiene determinado,
Que hoy me habéis de ver casado,
Aunque le pese á mi abuelo!

ARSINDO.

Melampo, no seáis extraño;
El mozo tien voluntad
De casarse.

MELAMPO.

¿Hay tal maldad?

ARSINDO.

¿Resulta desto algún daño?

MELAMPO.

Fuera de que en el gobierno
De su casa andará falto,
Me da mayor sobresalto
Verlo mochacho tan tierno,
Que ha de caer en afrenta
Con la novia. Habralde vos.

ARSINDO.

Mira, Doristo, ¡por Dios!
Que tu bien tu abuelo intenta;
Él te quisiera casar,
Pero eres rapaz agora,
Y teme, aflígese y llora,
Que en falta nos has de echar.

DORISTO.

¿Cómo en falta?

ARSINDO.

En no ser hombre
Que agrades la desposada.

DORISTO.

¿Eso teme?

ARSINDO.

Esto le enfada.

DORISTO.

Pues para que no se asombre,
Aunque vuestra hija sea,
¡Par Diós, que lo he de decir!

ARSINDO.

Deseo como al vivir,
Que en paz, Melampo, se vea.

DORISTO.

En bien ó mal gobernada
La casa, no me entremeto;
Cuanto á la novia, os prometo.....

ARSINDO.

Dilo.

DORISTO.

Que está ya preñada.

ARSINDO.

¿Preñada?

DORISTO.

Pues ¿qué queréis,
Si no fué más en mi mano?

ARSINDO.

¿Cómo no?

MELAMPO.

Que es cuento vano;
Miente porque le caséis.

DORISTO.

¿Cómo miente? Pues si vos
Estuviérades ansí,
Vinieran de Roma aquí,
Abuelo, á veros, ¡por Dios!

ARSINDO.

Melampo, estas burlas son
Muy pesadas; si Bartola
Es mi hija única y sola,
¿Es buena aquesta traición?

MELAMPO.

Hijo, dime si es verdad.

DORISTO.

Abuelo, yo no lo sé:
Una noche la encontré
Camino de la ciudad;
Rempujéla en un rastrojo,
No adrede, mas por reir,
Y diz que quiere parir,
Si no lo habéis por enojo.

MELAMPO.

¿Parir? ¡Mataréle! ¡Afuera!

DORISTO.

El dimuño os sufrirá.
Si no me casaban ya
Porque en falta no cayera,
Cuando han sabido la sobra,
¿De qué sirve este castigo?

ARSINDO.

Melampo, si sois mi amigo,
Mirad que el honor se cobra
De cualquier suerte que sea.

MELAMPO.

Baste: no es la culpa mía;
Decid que á la casería
Venga el cura de la aldea.

Salen Antonio y la Duquesa en hábito de labradores.

ARSINDO.

Voyle á llamar.

ANTONIO.

Aquí están,

Vase Arsindo.

Señora, dos labradores,
Y en no ser de mis pastores,
Mayor ánimo me dan.

DUQUESA.

¿Vamos bien para la aldea?

MELAMPO.

Ese buen hombre va allá.

DORISTO.

Á llamar al cura va.

ANTONIO.

Si es por bien, para bien sea;
Si es por mal, pésame.

MELAMPO.

Es bien.

ANTONIO.

Pues del bien, parabién doy;
Y si viene, cierto estoy
Que á mí también me le den.
¿Cuando vendrá?

MELAMPO.

De aquí á un hora.

ANTONIO.

Gran sutileza he pensado.

DUQUESA.

¿Cómo?

ANTONIO.

El cura que han llamado
Pasará este monte ahora;
Yo me tenderé en el suelo,
Dirás que muriendo estoy
De una herida, y que no soy
Tu esposo, y tengo recelo
De perder mi salvación:
Que nos case en aquel punto,
Porque si quedo difunto,
Dios me conceda perdón.
Viendo la necesidad,
Y el peligro que tenemos,
Nos casará, y volveremos
Casados á la ciudad.

DUQUESA.

Linda industria entra en el monte.

ANTONIO.

Yo me echaré en el camino.

Váyase.

DORISTO.

¿Quién será, abuelo, el padrino?

MELAMPO.
Tu vestido nuevo ponte;
Que tu tío lo será.

DORISTO.
Pues irle á llamar querría;
Que es lejos la casería
Y no sé si en ella está;
Que su amo, el mayordomo
De la señora Duquesa,
Le llamaba ayer de priesa.

MELAMPO.
Pues parte.

DORISTO.
El camino tomo.

MELAMPO.
¡Plega Dios que en ella esté
Y que venga con tu tía!

DORISTO.
Perdonad, Bartola mía,
Si dije que os empreñé.

Abrace.

ACTO SEGUNDO.

Salen Otavio de Médicis y criados, y Urbino, secretario.

OTAVIO.
¿Dijistes á la Duquesa
Que eran cartas de su hermano?

URBINO.
Todo amor agora cesa;
Reina aqueste humor tirano.

OTAVIO.
De su enfermedad me pesa.
Dos años forzosamente
He estado en Roma, y ausente,
Tanto más mi amor creció,
Que parece que dobló
La fuerza del accidente.
Acabé el pleito del Conde;
Traté con Julio Aragón
Mi casamiento, y responde
Que estima mi pretensión
Si ella á quien soy corresponde;
Pero que sabe su intento,
Que es huir del casamiento;
Mas, sabiendo mi afición,
Me dió cartas en razón
De mover su pensamiento.
Éstas traigo, y no quisiera
Darlas sin verla.

URBINO.
Ha dos meses
Que vive desta manera.

OTAVIO.
Querría que le dijeses
Si este mi amor considera,
Si mi sangre, mi valor;
Mas quien, aunque medie sangre,
Jamás ablanda el rigor,
No se moverá por sangre;
Que no hay sangre como amor.
¿Trátame, Urbino, lealtad?
¿Es por no hablarme, por dicha,
Fingir esta enfermedad?
¿Ha cerrado mi desdicha
Las puertas de su piedad?
¿Dos meses dices que ha estado
En la cama? Mira bien
Si por saber que he llegado
Y que la adoro también,
Ha de improviso enfermado.
Dime todo lo que pasa:
¿Si por haber yo venido
Este accidente la abrasa?
Que un amor aborrecido,
Puede dar peste á una casa.
¿Mandóte que me dijeses
Que estaba enferma?

URBINO.
La fama
Me espanto que no supieses;
Es, sin duda, que en la cama
Ha estado enferma dos meses.
Hoy no la podrás hablar;
Las cartas me puedes dar;
Que si mañana se alivia,
Haré que le diga Libia
Que te dé, Otavio, lugar.

OTAVIO.
¡Que habiendo salud tenido
Dos años que he estado ausente,
Agora la haya perdido!

URBINO.
No, que este mismo accidente
Otra vez ha padecido.
Estuvo el año pasado,
Por aqueste tiempo, ansí.

OTAVIO.
¿Que otra vez enferma ha estado
Después que á Roma partí?

URBINO.
Casi á la muerte ha llegado;
Todas son melancolías.

OTAVIO.
Es moza y está vïuda.
¿Privas con ella?

URBINO.
Estos días,
De dejarla estuve en duda
Sobre ciertas cosas mías.
No sólo soy su privado,
Pero apenas, de olvidado,
Papel en la mano tomo.
Antonio, su mayordomo,
Es el señor de su estado:
Por él se vive, él ordena,
Él quita, él pone, él da leyes.

OTAVIO.

¿Buena persona?

URBINO.

Muy buena.

OTAVIO.

Sirvió en Nápoles los Reyes
De Francia.

URBINO.

Nadie condena
Su privanza; mas yo siento
Que me sirva cierta dama
Y que trate casamiento.

OTAVIO.

¿Es Libia?

URBINO.

Libia se llama;
Mas no alivia mi tormento.

Sale Antonio.

ANTONIO.

Mi señora la Duquesa,
Á quien en extremo pesa
De no poderos hablar;
Que el mal no le da lugar,
Ni sólo un momento cesa.
Dice que os avisará,
Señor Otavio, tan presto,
Si el cielo alivio le da,
Cuanto con hábito honesto
Os pueda hablar.

OTAVIO.

Bien está;
Que, por la desdicha mía,
Presumí que lo fingía;
Mas, sabiendo que es verdad,
Que siento su enfermedad
Diréis á Su Señoría,
Y que licencia me dé
Sólo para regalalla
Mientras en Amalfi esté;
Y que vendré á visitalla
Cuando me reciba en pie;
Que imagino que ha guardado
Tanto decoro á su estado,
Que en la cama no querrá.

ANTONIO.

Sabéis su término ya:
En castidad ha igualado
Á Zenobia y á Etelfrida.

OTAVIO.

Pues, caballeros, adiós.

Váyase Otavio.

ANTONIO.

Él te guarde.

URBINO.

Si á mi vida
Fué el amistad de los dos
Siempre, Antonio, preferida,
Oye, pues Otavio es ido,
Cuán justa queja he tenido
De tu proceder extraño.

ANTONIO.

Amor es un cierto engaño,
Sueño del loco sentido.
¿No has visto en el azul velo
Del aire que cubre el cielo,
Nubes á quien damos nombres
Ya de sierpes, naves, hombres,
Ya de animales del suelo?
Pues tal la imaginación
De un amante pinta en sí
La sospecha, la traición;
Pero deshácense allí,
Que, en efecto, nubes son.
Las de los ojos te quita,
Y mira que no te ofendo.

URBINO.

Siempre al cocodrilo imita
Tu llanto; siempre fingiendo,
Mi muerte y fin solicita.
Atrevíme, aunque me pesa
De mi loco atrevimiento,
Á pedir á la Duquesa
Que me diese en casamiento
Á Libia, mi antigua empresa,
Y respondióme que á ti
La tenía prometida.
Pues si esto, Antonio, es ansí,
¿No ha sido amistad fingida
Negarme tu intento á mí?
¿Es esto lo prometido
Tantas veces?

ANTONIO.

Yo no he dado
Ocasión ni la he pedido.
Su Excelencia habrá pensado
Que por haberla servido,
Con Libia me ha de pagar;
Si no tengo á Libia amor,
¿Por qué me quiere casar?
Si piensa hacerme favor,
¡Por Dios, que me hace pesar!
Está cierto que en mi vida
Le daré á Libia la mano.

URBINO.

Ella está de ti ofendida.

ANTONIO.

Pues también se queja en vano
Si no es de mí pretendida;
Y si de pensar le pesa
Que se ha de casar conmigo,
Quéjese de la Duquesa.

URBINO.

Según eso, Antonio amigo,
¿Bien podré seguir mi empresa?

ANTONIO.

Podrás seguro.

URBINO.

Pues voy
Á que lo entienda de mí.

Váyase.

ANTONIO.

Urbino, tu amigo soy.
¿Qué me detengo? ¡Ay de mí,
Que en tanto peligro estoy!
Dos años ha que, casado
Con la Duquesa en secreto,
Vivo en tan dichoso estado,
Tan seguro, tan quïeto,
Que puedo ser envidiado
De cuantos hoy tiene el mundo.
Dióme un hijo, que se cría
Con secreto tan profundo,
Que sólo á un monte se fía,
En quien mi esperanza fundo.
Y agora este mal fingido,
Es que una hija ha parido
Tan bella, si amor no engaña,
Que podrán Troya y España
Haberse otra vez perdido.
Tal es, sin duda ninguna,
Que los hijos de Latona
No harán ventaja ninguna;
La misma luz los corona:
Uno es sol y el otro es luna.
¡Oh, qué hijos, santo cielo!
¡Oh qué gloria! ¡Oh, qué regalo!
Ven, noche, escurece el suelo;
Mas si á la luna la igualo,
Antes detendrás tu velo.
Pues tu luna habrá de ser,
Que la tengo de sacar;
Mas no tienes que temer
Que no te pueda alumbrar.
Si la tengo de envolver
Con mi capa, he de cubrir
Su resplandor: noche, ven,
Que á un monte habemos de ir.
¡Ay, luna, escóndete bien,
Pues otra quiere salir!
Tú, sol, de salir no trates,
Que otro sol tengo mejor;
Mas perdona y no me mates,
Que soy padre, y con amor
Puedo decir disparates.

Váyase.

Salga de noche Urbino.

URBINO.

Con los celos que me ha dado
La intención de la Duquesa,
Puesto que á Antonio le pesa,
Ó muestra que le ha pesado,
Vengo con la obscuridad
De la noche, sólo á ver
Si lo que me dijo ayer
Nace de su voluntad.
Hoy se disculpó conmigo:
Celos incrédulos son,
Y una amorosa afición
Vende al más seguro amigo.
Por aquí Libia me hablaba
Cuando en su gracia vivía:
Aquí su amor me decía,
Y de mi amor la informaba.
Si Antonio trata en secreto
El casamiento que dice
La Duquesa, y contradice
La lengua al alma en efeto,
Cuán cierto será acudir
Á este puesto á requebralla;
Que esto de negarme amalla,
Es un discreto fingir.
Porque dando por disculpa
Que por fuerza le casó
La Duquesa, tendré yo
Después la pena y la culpa.
Pues impedirlo me importa,
Ó á lo menos saber bien
Si con la espada, tan bien
Como con la lengua corta.
¡Válame Dios! ¿Quién abrió
Aquella secreta puerta?
Porque eternamente abierta
Hombre de casa la vió.
Es de un caracol que sube
Al cuarto de la Duquesa.
¡Ay, desengaño, qué apriesa
Quitas á mi sol la nube!

Sale Libia con un niño en los brazos.

LIBIA.

¡Eh, Antonio!

URBINO.

Antonio llamó,
Y la voz de Libia es:
¿Diráme Antonio después:
«La Duquesa me forzó»?
¿Qué pido más desengaño
Á las dudas ni á los celos?
¡Noche, luna, estrellas, cielos,
Sed testigos de mi engaño!

LIBIA.

¿Oyes, Antonio?

URBINO.

¿Qué aguardo?
Fingiré que Antonio soy;
Tan apasionado estoy,
Que de llegar me acobardo.
Aquí estoy.

LIBIA.

Pues toma presto;
Que no puedo detenerme.

Dale el niño y vase.

Adiós.

URBINO.

Cual hombre que duerme,
Esta quimera he compuesto.
¡Cielo santo!, ¿estoy en mí?
¿Qué es aquesto que me ha dado?
Cosa es viva, y que ha llorado.

¿Lloró? Sospecho que sí.
¿Qué dudo? Criatura es.
¡Desdichada suerte mía
Ó suya, pues este día
En Argel pone los pies!
Si de mis locos engaños
Desengaños pretendí,
Á fe que me han dado aquí
Bien claros los desengaños.
Yo pedía de otro modo
Ver un hombre sólo hablando,
Mas no un niño, que llorando
Me desengañe del todo.
Á otros hombres, de su engaño
Dan palabras; mas á mí,
Las obras me han dado aquí
Por último desengaño.
Ya, ¿qué tengo que saber?
¿Á qué pruebas me apercibo?
Pues un desengaño vivo
Me basta á satisfacer.
Celos, ¿qué buscáis, después
De haber visto claro el daño,
Pues os dan un desengaño
Con ojos, manos y pies?
Las sospechas y el amor
Dicen que engendran los celos:
¡Qué cierta han hecho los cielos
Esta junta en mi dolor!
¡Qué amistades tan estrechas,
Y qué cierto el parto ha sido!
Pues este niño ha nacido
De su amor y mis sospechas.
Muchos desearon ver
Á los celos, por ser cosa
Tan varia y dificultosa
Para poderse entender.
Ya dicen que son antojos
Que hacen las cosas mayores,
Ya que piedras de colores
Que están burlando los ojos;
Ya dicen que envidia son,
Ya que crédito perdido,
Ya que un monstruo mal nacido
Del temor y la opinión.
Y yo, tras tantos desvelos,
Digo que este niño vea
Quien verlos vivos desea,
Porque este niño es los celos.
Un hombre viene, y sin duda
Que es Antonio.

Sale Antonio, de noche.

ANTONIO.
¿Si he tardado?
Que me ha tenido ocupado
Quien mi gozo en llanto muda.
Viene Otavio á pretender
Ótra vez el casamiento
De la Duquesa..... Aquí siento
Gente. ¡Ay Dios! ¿Quién puede ser?
Ya me ha visto, y pues me vió,
Saber será bien quién es.
¿Si es Otavio, que después
De hablarle, aquí me siguió?
¡Válgame Dios! Nunca vi
De noche en este lugar
Gente, ni pasar ni estar;
Hoy es todo contra mí.
No sé qué anoche soñé:
Hoy vino Otavio, hoy me ha dado
El secretario cuidado.
Él se está quedo; ¿qué haré?
Pero ¿qué remedio tiene?
¡Ah, caballero! ¿No piensa
Que es de aquesta casa ofensa
Si aquí se para y detiene?
¿No sabe el recogimiento
Y de su dueño el estado?
Desde el balcón le he mirado,
Y con justo sentimiento
Le vengo á quitar de aquí;
Vaya, el mayordomo soy.

URBINO.
Mejor dijérades hoy,
Mayor traidor para mí.

ANTONIO.
¿Es Urbino?

URBINO.
¿Son aquestas
Las palabras?

ANTONIO.
¿Yo he quebrado
Palabra que os haya dado,
Ni merezco esas respuestas?

URBINO.
Respondiera con la espada
Á un hidalgo tan villano,
Á no tener esta mano
Con vuestra sangre ocupada.
Aunque no era mucho error
Ponérosla por broquel,
Para que vos, dando en él
Me vengárades mejor.
Aquí llegué y me llamó
Libia, que por vos me tuvo,
Porque sólo se detuvo,
Cuanto lo que veis me dió.
Pues ¿cómo, Antonio, tenéis
Hijos de Libia, y decís
Que os fuerzan? ¡Qué bien fingís!
¡Qué buen mayordomo hacéis!
Gozáisla con tanto espacio,
Que tenéis hijos, y os pesa
De que os case la Duquesa.
Fruta llaman de palacio
Los abrazos y los besos,
Pero aqueste plato no;
Que quien á tanto llegó,
Pasó de honestos sucesos.
Tomad allá vuestro hijo:
No digáis que somos dos

Contra vos; que es otro vos,
Y de tenerle me aflijo.
Llevalde al hombro, pues es
Vuestra justa obligación;
Que conforme á la traición
Me satisfaré después.
Por su inocencia me aparto;
Que ser alcahuete siento,
Ya que no del casamiento,
De la vergüenza del parto.
¡Buena cuenta dado habéis
Del honor de la Duquesa!
¡Vive el cielo, que me pesa,
Porque no lo merecéis,
De haberos el niño dado;
Que más justa lealtad fuera
Que allá su Excelencia viera
Testigo tan abonado,
Que aunque es de tan poca edad,
Lo creyera la Duquesa,
Porque en lo poco que pesa
Prueba vuestra liviandad.
Mas basta: yo le diré
Que un mayordomo traidor,
Con ser mi mayor dolor,
Su mayor deshonra fué.

Váyase Urbino.

ANTONIO.

¿Vióse tal confusión como la mía?
¿Á cuál hombre del mundo sucediera
Que de dos años, el error de un día,
El más secreto amor público hiciera?
Mas no quejarme con razón debía
De mi fortuna, humanamente fiera,
Pues ya que tanto mal me ha sucedido,
Ha errado el blanco donde el tiro ha sido.
El amor de su Libia le ha engañado,
Los celos este bien me han hecho. ¡Ay, cielos,
Cuánto quedo á sus celos obligado!
Más fueron para mí cielos que celos.
Del honor de Camila confiado,
Vencido de sus ansias y desvelos,
Á Libia lo atribuye, que, en efeto,
Sufrirá el deshonor por el secreto.
Que de que éste lo diga á la Duquesa
No puede enojo alguno resultarme,
Pues vengarse de mí no es tanta empresa,
Que no sepa del daño repararme.
¡Hija del alma, caminad apriesa;
Que quieren mis desdichas acabarme,
Y si por dicha el sobrescrito os vieran,
Vieran que para mí las cartas eran!
¡Angel, un libro sois de mi secreto;
Guardaros quiero, que ninguno os lea;
Que es la cifra mayor vuestro conceto,
Que amor á tantos encubrir desea!
Un mayordomo soy; vos, en efeto,
El libro de mis cuentas; nadie os vea;
Que soy humilde y es mi dueño altivo,
Y no alcanzan los gastos al recibo.
Venid, y acompañad á vuestro hermano
Con aquellos honrados labradores,
Que con su pecho tan sincero y llano,
Darán sustento y os dirán amores.
Vuestra inocencia, con piadosa mano,
Para cosas más dignas y mayores
Ampare el cielo; que lo que él defiende,
En vano el hombre deshacer pretende.

Váyanse.

Salgan Doristo y Bartola, labradores.

DORISTO.

Á la villa tengo de ir
Si os pesa, cuarenta veces.

BARTOLA.

Bien á quien eres pareces.

DORISTO.

No hay quien os pueda sufrir.
¿Caséme con vos, Bartola,
Para estar siempre con vos?

BARTOLA.

Á lo menos, manda Dios
Que me queráis á mí sola.

DORISTO.

¿Quién os lo dijo?

BARTOLA.

¡Oh, qué bien!
El cura que me casó.

DORISTO.

Y eso, ¿no lo cumplo yo,
Como en el monte lo ven?

BARTOLA.

No lo cumples, pues te vas
Y con mil celos me dejas.

DORISTO.

Con poca razón te quejas.

BARTOLA.

¡Ay, mi bien, no puedo más!

DORISTO.

Eso de celos, Bartola,
Muy de las ciudades es.

BARTOLA.

Si es ansí, no me los des,
Pues son de la ciudad sola.
Pero bien saben los cielos
De aqueste dolor profundo,
Que en cualquier parte del mundo
Que hay amor, ha de haber celos.
Como el reloj del lugar
Sin las ruedas no lo fuera,
Ó sin cobre la espetera,
Ó sin platos el vasar;
Como casa sin techumbre
Y jardín sin hortelano,
Como un almirez sin mano,
Como un alnafe sin lumbre;
Como pila sin hisopo,
Como fea sin afeite,
Como sartén sin aceite,
Y como rueca sin copo;

Como migas sin tocino,
Como enfermo sin regalos,
Como tamboril sin palos,
Como albarda sin pollino,
Ó berros sin anapelos,
Ó labranza sin cortijos,
Como casados sin hijos,
Parece el amor sin celos.

DORISTO.

Bartola, muy sabia estáis;
Yo os voto al sol que me aprieta
Mucho el veros tan discreta.
¿Dónde diabros estudiáis?
¿Habéisos topado acaso
Con algún libro del cura?

BARTOLA.

Amor me enseña, y me apura
En el fuego en que me abraso.

DORISTO.

Mas apostemos que son
Liciones del sacristán.

BARTOLA.

Hartas los celos me dan,
Si es la escuela el corazón.

DORISTO.

¡Toma, si afloja!

BARTOLA.

Pues di,
¿Á quién no ha enseñado amor?

DORISTO.

Que me dejes es mejor,
Bartola, salir de aquí;
Que no es discreta mujer
La que el marido cautiva;
Déjame que libre viva,
Pues no te voy á ofender.
Si siempre quieres que esté
En casa, y siempre te vea,
Cree que parece fea
Cosa que siempre se ve.
Vista siempre en una casa
Una mujer, viene á ser
Una silla, y no mujer,
Una artesa en que se masa.
Más parece la espetera
Que la mujer, y así, es justo
Que venga picado el gusto,
Y que ande el marido fuera.
Tras eso, descubre un hombre
Que siempre ha de estar con ellas,
Mil faltas, Bartola, en ellas,
De que aun no supiera el nombre.
Velas tocar y afeitar,
Al arquilla y al espejo,
Y una mujer en bosquejo
Es terrible de mirar.
Hallar la mujer tocada
Y la mesa puesta, es cosa
Limpia, agradable y curiosa;
Verlo guisar, mucho enfada.
De la mujer el regalo,
Como pastel ha de ser,
Que no se ha de ver hacer,
Porque hay mosca, pelo y palo.
Las libres y las casadas
Con este engaño navegan
En su gusto, que unas ruegan,
Y las otras son rogadas.
Gente parece que siento.

BARTOLA.

Atando un caballo está
Un hombre.

DORISTO.

Él viene hacia acá.

Sale Antonio.

ANTONIO.

Corriendo he vencido al viento,
Pero más supo correr
El día, pues me alcanzó;
Mas donde me amaneció,
Ninguno me pudo ver.
Á las tapias desta huerta
Dos pastores están. ¡Hola!
¿Cuál cortijo es de Bartola?

BARTOLA.

Él se ha perdido y no acierta.

DORISTO.

Antes tu nombre nombró.

BARTOLA.

¿Si es nuesamo?

DORISTO.

El mismo es.

BARTOLA.

Dadnos, mi señor, los pies.

ANTONIO.

¿Es Doristo?

DORISTO.

Luego ¿no?

ANTONIO.

¿Es Bartola?

BARTOLA.

¿No lo ve?

ANTONIO.

¿Mi hijo?

DORISTO.

Está con dos barbas.

BARTOLA.

Bueno; á las primeras parvas,
Pondrá sobre el trillo el pie.

ANTONIO.

¿Pariste, Bartola?

BARTOLA.

¡Ay, Dios,
Seis días ha que lo enterré!

DORISTO.

O fué mi desdicha, ó fué
Prenóstico de los dos;
Que el uno y otro decía
Que el mochacho había de ser
De la Igreja, por tener
Algo de la Igreja un día.

Y tan presto se cumplió,
Que es suyo, aunque sin oficio,
Hasta el día del Jüicio.

ANTONIO.

¡Qué bien que me sucedió!

BARTOLA.

Si sabe de algún criado,
Pues ya ve cómo los crío,
Y que el suyo, aunque ya mío,
De año y medio destetado,
Está como un elefante,
Encamínemele acá.

ANTONIO.

De uno sé, y tan cerca está,
Que ya le tenéis delante.
Ésta es una niña bella,
Desotro muchacho hermana,
Porque el sol de tal mañana
Tenga aurora, tenga estrella.

BARTOLA.

Suelte, señor. ¡Ay, bendiga
El cielo tan linda cara!
¡Quién tal ventura pensara!

DORISTO.

Bartola, dale una higa.

BARTOLA.

Una y mil. ¡Guárdete Dios,
Y qué risa! Hablarme quiere.

ANTONIO.

Mi buena dicha se infiere
De hallaros aquí á los dos.

BARTOLA.

¡Por el siglo de mi abuelo,
Que parece que me pide
El pecho, que luz despide
Destos dos ojos del cielo!
¡Mi vida, mi emperadora,
Mi duquesa!

ANTONIO.

Bueno está.

DORISTO.

Como esas cosas dirá.
¿No veis que está loca agora?
Dice que habla, de dos días,
Y que le pide la teta;
Que á la mujer más discreta
Enloquecen niñerías.
Tose una niña, y dirá
Su madre que taita dijo.

ANTONIO.

Vamos á ver á mi hijo,
Amos, ya que vengo acá,
Y dejaréles dineros.

DORISTO.

¿El caballo?

ANTONIO.

Allí le até.

DORISTO.

Desde la choza se ve,
Y aquí hay siempre ganaderos.
¿Quitástele el freno?

ANTONIO.

Allí
Pace la hierba con él.

BARTOLA.

¡Qué azucena y qué clavel!
Esto, Doristo, parí;
Vivo está, consuelo tengo;
Vete agora donde quieras.

DORISTO.

Qué, ¿ya me dejas de veras?

BARTOLA.

Con este bien me entretengo.

DORISTO.

Luego ¿ya no me querrás?

BARTOLA.

No hay que tratar de quererte,
Porque es la niña de suerte,
Que la quiero mucho más.

DORISTO.

Si ansí remedias tus daños,
También yo voy á buscar
Otra niña que criar,
De hasta catorce á quince años.

Váyanse.

Salen la Duquesa y Urbino.

DUQUESA.

Si es, Urbino, el secreto por Otavio,
No quiero que le tomes en la boca.

URBINO.

No es de Otavio el secreto; que ya creo
Que de Otavio de Médicis te burlas,
Y de cuantos te hablan en casarte.

DUQUESA.

Pues ¿qué puedes querer con tal secreto?

URBINO.

No quisiera, señora, que este día
En que Vuestra Excelencia se levanta
De enfermedad tan larga y melancólica,
Que la tuvo dos meses en la cama,
Para dar alegría á sus estados,
Á su casa y vasallos, yo viniera
Á entristecella en pago deste gusto.

DUQUESA.

¿Cosas, Urbino, son, que pueden darme
Tristeza á mí?

URBINO.

Tu discreción bien puede
Tomarlas de otra suerte; que por eso
Pintó al entendimiento un sabio antiguo
Con un peso en la mano, que tenía
En la una balanza la fortuna,
Con naves rotas, con perdidos bienes,
Con honras por el suelo derribadas,
Con cetros, con imperios adquiridos,
Con laureles, con triunfos y con armas,
Y en la otra una pluma solamente.

DUQUESA.

No estoy para que agora me des pena.

URBINO.
Siempre me escuchas mal.
DUQUESA.
Vete en buen hora.
URBINO.
Así gobiernan siempre las mujeres.
¡Plega al cielo que llegue presto el día
En que de mis desdenes te arrepientas!
DUQUESA.
Vuelve; ¿qué dices?
URBINO.
Que tu bien procuro.
DUQUESA.
Veamos, pues, ¿qué es esto que encareces?
URBINO.
¿No es para encarecer que anoche, estando
Paseando el terrero, me llamase
Libia, que imaginó que yo era Antonio,
Y me diese un testigo de su infamia?
DUQUESA.
¿Cómo testigo?
URBINO.
Una criatura envuelta
En un manteo.
DUQUESA.
¡Válganme los cielos!
Y tú ¿qué piensas deso?
URBINO.
Que era suya,
Y que los dos te han hecho tanto agravio.
DUQUESA.
¿Que criatura te dió?
URBINO.
Fué tan sin duda,
Que quise entrar con ella hasta tu cama.
DUQUESA.
Debiste de soñar.
URBINO.
Sí, sueño era;
Y así, como hombre que soñando estaba,
Arrojé la criatura en una acequia.
DUQUESA.
¡Mal cristiano! ¿Qué dices?
URBINO.
Si era sueño,
¿Qué importa que en la acequia la arrojase?
DUQUESA.
Oye, ¡por Dios! que si es verdad, es cosa
De mayor compasión que no mi agravio.
URBINO.
Pues fué verdad lo que de Libia digo,
Mas no el haberla echado, porque Antonio
Venía ya por ella.
DUQUESA.
Y ¿quién la tiene?
URBINO.
Á Antonio se la dí.
DUQUESA.
Mejor hiciste;
Que á Dios ha de mirarse sobre todo:
Grande es mi agravio; pero, en fin, es alma
Que á Dios costó su sangre. ¡Ay, honor mío!
¡Ay el recogimiento de mi casa!
Antonio, de quien yo mi honor fiaba,
¿Ha hecho tal maldad? Llámame á Libia.
URBINO.
Señora, si en tu casa se entendiese
Este suceso, por ventura luego
Por toda Italia se sabrá, y podrían
Decir algunos, con dañados ánimos,
De quien no es tu virtud tan conocida,
Alguna cosa que tu honor disfame.
DUQUESA.
¿Qué me aconsejas, secretario amigo?
Urbino, ¿qué haré yo? ¡Válgame el cielo!
¿Llamaré mis hermanos?
URBINO.
Lo que puedes
Remediar en secreto, ¿agora pones
En contingencia de que sea tan público?
DUQUESA.
Haré matar á Antonio.
URBINO.
Aun eso es cosa
Más segura.
DUQUESA.
Pues alto: ¡Antonio muera!
Pero ¿qué diré yo, pues no es posible
Que deje de saberse y sospecharse,
Y es Antonio, en efecto, caballero?
Casarlos es mejor.
URBINO.
Si tú los casas,
También sospecharán que lo sabías
Y que en tu casa pasan estas cosas.
DUQUESA.
Pues ¿qué he de hacer?
URBINO.
Echalle de tu casa.
DUQUESA.
Bien dices, pues, sin darle cuenta á Libia
De la razón de aqueste injusto agravio,
Echaré al mayordomo fementido,
Y después me podré vengar de todos.
¡Oh consejo discreto! ¡Oh sabio Urbino,
Que nunca yo estimé tu entendimiento!
Pues agora que el cielo me castiga,
Tú serás el gobierno de mi casa,
Tú mi mano derecha, tú mi hacienda.
Llama algunos criados, y con ellos
Venga Antonio también.
URBINO.
De aqueste modo,
Con discreción procederás en todo.

Váyase Urbino.

DUQUESA.
¿Hay suerte más cruel, Antonio mío?
¿Cómo tardaste para tanto daño?
Mas pues quedó en su fuerza nuestro engaño,
Culpar nuestra desdicha es desvarío.

Cuando nació mi hijo, en quien confío
De toda mi desdicha el desengaño,
Hubo secreto, hubo rigor extraño;
Trajo consigo de varón el brío.
Cuando nace mi hija, los placeres
Del parto mudan en pesar los nombres;
Ya se pone mi honor en pareceres.
Hija, no es mucho que á tu padre asombres,
Porque desde que nacen las mujeres
Comienza la desdicha de los hombres.

Salen Furio, Filelfo, Dinarco, Ruperto, Urbino y Celso.

URBINO.
Aquí están Furio y Ruperto
Con Filelfo y con Dinarco.

FURIO.
¿Qué mandas?

DUQUESA.
Hoy es muy cierto
Que en mi deshonor me embarco
Y tomo en la muerte puerto.
¿No está en casa Antonio?

FILELFO.
Agora
Dicen que viene de fuera.

Sale Antonio.

ANTONIO.
¿La Duquesa mi señora
Me llama?

DUQUESA.
Todo me altera;
Finge el rostro, el alma llora.

ANTONIO.
¿Qué manda Vuestra Excelencia,
Que junta tantos criados?

DUQUESA.
Hago de mi casa Audiencia,
Porque ha de haber reformados
De mi salario y presencia.
Furio, tú, porque has servido
Al Duque (que tiene el cielo)
Y porque leal has sido,
En premio de tu buen celo,
No te riño ni despido;
Sé que mi casa anda mal,
Al fin casa de mujer.

FURIO.
Toda es gente principal;
La información puede ser
No ser á la culpa igual.
Nueva cosa me parece
Lo que dices, lo que haces.

FILELFO.
Alguien que no lo merece,
Y de quien te satisfaces,
Esta máquina te ofrece,
Y serán torres de viento.

DUQUESA.
Filelfo, ya por mi agravio
Son piedra en el fundamento;
Bien sé que eres cuerdo y sabio,
Conozco tu entendimiento;
Quédate en casa también;
Que como Furio has servido.

FILELFO.
Pagas mis servicios bien.

DINARCO.
Ya, señora, estoy corrido
De los ojos que me ven.
¿Soy yo aquel que te ofendió?

DUQUESA.
No, Dinarco.

DINARCO.
Porque yo
Siempre te he sido leal.

CELSO.
Mas ¿qué viene á ser el mal
Donde jamás se pensó?
¿Son, por dicha, aquestas canas
De quien tienes esas quejas?
Porque tardes y mañanas,
Estas puertas, estas rejas,
Corredores y ventanas,
Saben que no me he quitado
Sólo un punto de asistir
Á lo que estoy obligado.

DUQUESA.
Celso, ¿quién puede decir
Que vos me habéis enojado?
Como á mi padre os respeto.

CELSO.
Ya mis lágrimas, señora,
Muestran un piadoso efeto
De mi voluntad.

RUPERTO.
Agora
Descifrarás el secreto.
¿Es Ruperto, por ventura?

DUQUESA.
No eres tú.

URBINO.
Pues yo seré;
Que bien estarás segura
Que no es Antonio, ni fué,
Quien tu disgusto procura.

DUQUESA.
Ni fué Ruperto ni Urbino.

ANTONIO.
Luego ¿yo soy? ¿No respondes?
Ya la ocasión imagino,
Y pues tu rostro me escondes,
Alguien á informarte vino.
Pues ¿á un hombre que has fiado
Tu casa, hacienda, tu estado,
Tu honor, tu hijo, condenas,
Sin oirle, á tantas penas?
¡Oh, qué bien te han informado!
No te quiero replicar,

Sé que te sobra razón;
Pero quien te vino á dar
Tan presto la información,
Tendrá presto que llorar.

DUQUESA.

Villano descomedido,
Deshonra de aquesta casa,
No respondáis atrevido,
Ya sé todo lo que pasa;
Lealtad y justicia ha sido.
Salid luego al punto della.

CELSO.

¿Qué habrá hecho el mayordomo
Furio, que ansí le atropella?

FURIO.

No lo sé.

DUQUESA.

Si aquí no tomo
Venganza de vos y della,
Es, infame, porque sé.....

Júntese á él: quedo.

¡Ay, mi Antonio, esto he fingido
Por quien lo sabe y lo ve!

ANTONIO.

Quedo.

Discreción, señora, ha sido,
Ya que mi desdicha fué.

DUQUESA.

Recio.

Salte de mi casa al punto.

Quedo.

Mi gloria, mi luz, mi esposo,
Todo el bien me lleváis junto;
Que en destierro tan lloroso,
Queda el corazón difunto.

Recio.

No estéis un momento aquí;
Que os haré matar.

ANTONIO.

El cielo
Volverá presto por mí.

Quedo.

¡Con qué extraño desconsuelo
Me aparto, mi bien, de ti!

DUQUESA.

Quedo.

No se te dé, amores, nada:
De secreto me verás.

ANTONIO.

Recio.

Estás, señora, enojada,
No quiero decirte más.....

Quedo.

De que eres de mí adorada.
Tu hija y mía llevé,
Y tal mi ventura fué,
Que la que el niño crió,
Ha seis días que parió,
Y que sin hijo la hallé.

DUQUESA.

Recio.

No hay disculpa; vete luego.

Quedo.

¿Que muerto el hijo tenía?

ANTONIO.

Todo aquel desasosiego
Perdió con la nueva cría.

DUQUESA.

Quedo.

¡Que vivan al cielo ruego;
Que, á pesar de mis hermanos,
Serás mío: no repliques!

ANTONIO.

Recio.

¡Que con testigos villanos
Tanto deshonor publiques!
¿Esto esperé de tus manos?

DUQUESA.

Tómele Filelfo cuenta.
Venid, Urbino, conmigo,
Y no hable en vuestra afrenta;
Que le haré matar.

ANTONIO.

No digo
Cosa, aunque mil cosas sienta.

DUQUESA.

Agradézcalo al sagrado.

Váyase la Duquesa.

URBINO.

Él merece ese respeto,
Y sin él yo soy honrado,
Pues no le debo secreto
Habiendo sido engañado;
Fuera de que el ser leal
Más lo debo á la Duquesa
Que no á un hombre desleal.

Váyase Urbino.

FURIO.
Antonio, mucho me pesa,
Siendo hombre tan principal,
De que hayáis dado ocasión
Tan notable á Su Excelencia.
ANTONIO.
Toda es falsa información.
FILELFO.
Mostrad aquí la prudencia,
Antonio, y la discreción.
Yo no sé que estéis culpado;
Quizá agora son enojos.
DINARCO.
Mucho ¡por Dios! me ha pesado,
Antonio, destos enojos,
Y estoy de Urbino enojado;
Siempre os tuvo envidia.
ANTONIO.
Y tal,
Que me ha puesto en lo que véis.
CELSO.
No querrá el villano igual;
Que lo que vos merecéis,
Siempre lo ha sufrido mal.
Es cólera de mujer;
Dejad pasar estos días.
ANTONIO.
Celso, no hay que pretender
(Soy hombre) que niñerías
Me pueden descomponer.
Todos sabéis que serví
Al Rey de Nápoles yo;
Sabéis que estimado fuí,
Y que no me despidió,
Como me sucede aquí.
¡Ah, señores poderosos
Para hacer y deshacer!
CELSO.
Todos vamos temerosos.
ANTONIO.
Y de mi honor puede ser
Que vais todos sospechosos.

Váyanse.

Salen Otavio y Fabricio, que quieren ir á caza.

OTAVIO.
Haz que luego se aderece
De monte aquel español.
FABRICIO.
De los caballos del sol,
Ser el primero merece.
¿Qué mochila le pondrán?
OTAVIO.
La de plata y encarnado.
FABRICIO.
Cazador enamorado,
Con razón te llamarán;
Lo verde es al campo igual.
OTAVIO.
No hay verde que bien me venga,
Fabricio, mientras no tenga
Nueva esperanza mi mal.
Despréciame la Duquesa
Con servicios de tres años.
FABRICIO.
¿Y con tantos desengaños
Sigues tan cansada empresa?
OTAVIO.
¿Qué tengo de hacer, Fabricio,
Si nací para querer
Esta divina mujer,
Este ángel de mi jüicio,
Esta Circe de mi engaño,
Esta luna de mi humor,
Donde, pidiendo favor,
Siempre me dan desengaño?
Al monte me voy agora
Por desechar pensamientos,
Y porque lleven los vientos
Esta esperanza traidora.
¡Plega á Dios que allá os quedéis
Y conmigo no volváis,
Que en mis suspiros salgáis
Y descansar me dejéis!
FABRICIO.
Sobre dejar la esperanza
El que ama, era conceto
De un discreto, harto discreto,
Esta aguda semejanza:
Hay unos dardos atados
Al brazo con un cordel,
Que vuelven más recio á él,
Señor, después de tirados.
Así de quien tiene amor
Con esperanzas ajenas,
Salen á veces las penas,
Y vuelven con más furor.
OTAVIO.
No lo comparaba mal,
Pues cuanto más los desecho,
Más recios vuelven al pecho,
Ya de sus tiros mortal.

Sale Urbino.

URBINO.
Al campo se parte Otavio.
OTAVIO.
¡Oh, secretario!
URBINO.
¡Oh, señor,
¿Qué es esto?
OTAVIO.
Engaños de amor,
Y desengaños de un sabio,
El ejercicio aconseja;
Voy á caza con Fabricio.
URBINO.
Es muy bueno el ejercicio;
Mucho el pensamiento aleja.
OTAVIO.
¿Qué hay de aquel ángel cruel?

URBINO.
Está en extremo enojada,
Y de enojo, retirada.
OTAVIO.
Y retirada con él.
¡Ay, Dios, quién su enojo fuera!
¿No sabremos la ocasión?
URBINO.
Cosas de su casa son;
Cualquiera sombra le altera.
OTAVIO.
Notables sospechas tomo.
¿Es por mí?
URBINO.
Por vos, ¿por qué?
Con su mayordomo fué.
OTAVIO.
¡Jesús! ¡Con el mayordomo!
Menos imposible siento
Criar España leones,
El fuego camaleones,
Y salamandras el viento;
Haber en Citia azahar,
Y hielos en Etïopia.
URBINO.
Es de suerte, que ella propia
Cuentas le quiere tomar;
Y quedan solos los dos
Donde la da tan estrecha,
Que ni el ingenio aprovecha
Ni la tardanza, ¡por Dios!
Ya le tiene despedido.
OTAVIO.
¿Despedido? ¡Caso grave!
¿Y la causa no se sabe?
URBINO.
Sospecho que se ha sabido
Y no se puede decir.
OTAVIO.
¿Cómo no? ¡Por Dios, que creo
Que me matase el deseo!
URBINO.
Pues bien os podéis morir;
Que por la fe de hijodalgo,
Que es imposible decillo.
OTAVIO.
De quien soy me maravillo,
Y de lo poco que valgo.
Fabricio, apártate un poco.
FABRICIO.
Afuera aguardo.
OTAVIO.
Ya, Urbino,
Estoy solo.
URBINO.
Es caso indino.
OTAVIO.
Haréis que me vuelva loco.
URBINO.
Palabra me habéis de dar,
Como caballero, Otavio,
De callar, porque es agravio
Que á muchos puede tocar;
Y ya que por afición
Y amistad á vos lo digo,
No es razón.....
OTAVIO.
Urbino amigo,
No hay que acabar la razón.
¡Vive Dios, que eternamente
Lo diga á persona alguna!
URBINO.
Anoche, dada la una,
Me llevó cierto accidente
Á pasear el terrero;
Libia á una puerta salió,
Y, «Antonio, Antonio», llamó.
Llego, y cuando hablarla quiero,
Me pone (tiemblo en decillo)
Una criatura en los brazos.
¡Tomara mejor dos lazos,
Ó á la garganta un cuchillo!
En fin, pensó que la daba
Á su Antonio, que llegó
Al mismo punto que yo
En los brazos la tomaba.
Dísela, y desafiéle
Sobre traición de amistad;
Guardé á la casa lealtad,
Como el que es hidalgo suele,
Y contélo á la Duquesa,
Que hoy también se levantó.
OTAVIO.
Pues ¿quién pensáis que parió?
URBINO.
Libia.
OTAVIO.
¡Buena gracia es esa!
¿No sois más necio?
URBINO.
Pues, ¿quién?
OTAVIO.
Esos dos meses que ha estado
Mala, encubriendo el preñado
Pudiera decir más bien.
Y ¡por esta vida, Urbino,
Y del Duque mi señor,
Que tiene secreto amor
La Duquesa!
URBINO.
No imagino
Que hay en Amalfi con quién,
Pues en casa es disparate,
Que hoy he estorbado que mate
A Antonio, y vos sabéis bien
Su grande recogimiento.
OTAVIO.
No fíes de hipocresías.
URBINO.
Mis celosas fantasías
Tienen justo fundamento.
La Duquesa ha despedido

Á Antonio, y le toma cuenta,
Y esto con pública afrenta,
Y ha llorado, y se ha escondido;
Según ésto, no es Antonio.

OTAVIO.

Mal conocéis un monjil:
No suele ser más sutil
El enredo del demonio.
Así parió la Duquesa,
Como yo soy yo.

URBINO.

¿De quién?

OTAVIO.

De algún duende que no ven
Los ojos á quien le pesa.
Ya me espantaba de ver
Tanta mocedad con luto,
Pues no es campo que da fruto
Sin labrador, la mujer.

URBINO.

¡Por Dios, que yo me alegrara,
Aunque infamia en ella fuera!
Pero, señor, considera.....

OTAVIO.

No hay qué, pues la culpa es clara.

URBINO.

Pues ¿cómo de Antonio fía
Su honor, y despide á Antonio?

OTAVIO.

Pues ¿qué mayor testimonio
De aquesta sospecha mía?
¿No ves que por encubrir
Su infamia le finge echar?
Y el encerrarse á contar,
¿Piensas que es para reñir?
Da noticia á sus hermanos,
Haz como hidalgo.

URBINO.

Señor,
Calificar es mejor
Estos pensamientos vanos;
Que, sabidos, yo seré
Quien primero le destruya,
Aunque al infierno se huya.

OTAVIO.

Y yo, celoso, ¿qué haré?
¡Ay de mí, Urbino, que estoy
Sin seso! Camila es mala,
Camila á Faustina iguala.

URBINO.

¿Dónde vas?

OTAVIO.

Á decir voy
Á un monte, á un campo, estos celos.
¡Moriré, voy reventando!
¿No basta morir amando,
Sino con infamia? ¡Cielos,
Maldigo vuestro rigor,
El día que tal pensé,
El que la vi, y el que fué
Causa de tenerla amor!
¡Montes, yo pensé que engaños
Llevaba á vuestras defensas;
Ya llevo ciertas ofensas,
Ya llevo el fin de mis años!
¡Uno de vosotros caiga
Sobre mi cuerpo, ó si no,
Caiga del caballo yo,
Muerto á Camila me traiga!

Váyase Otavio.

URBINO.

Suele sonarse que hace un rey la guerra
Al África, y después volverse á Europa;
De un árbol suele amenazar la copa
Un rayo, y luego todo el árbol yerra.
El toro á veces con el hombre cierra,
Y quédase en los cuernos con la ropa;
Toma la nave el puerto, viento en popa,
Que estuvo cerca de enemiga tierra.
Tal vez el fuego quema el alto asiento,
Y perdona del pobre el corto abrigo,
Y queda el trigo del granizo exento;
Reino, árbol, hombre, nave, casa, trigo,
Libre de guerra, fuego, agua, mar, viento:
Pues salvo y sano mi esperanza sigo.

ACTO TERCERO.

Salen Antonio y Bernardo.

BERNARDO.

Proseguid adelante vuestra historia,
Porque son los sucesos más extraños
Que ha visto el mundo en su inmortal memoria.

ANTONIO.

Temiendo resultar mayores daños,
Me fingió despedir, Bernardo amigo;
En fin, estuve en Nápoles dos años.
De allí, más descuidado el enemigo,
Me vine á Ancona, y con igual secreto,
El cielo sólo de mi bien testigo,
Caminaba de noche, y, en efeto,
Abriendo Libia una pequeña puerta,
Gocé su hermoso y celestial sujeto.
Pero teniendo ya por cosa cierta
Que está tercera vez preñada, ¡ay, cielos!
Declararse con todos se concierta.
Y para asegurar tantos desvelos,
Á Loreto ofrecida se ha fingido,
Huyendo á Otavio y sus crueles celos.
Y dejando á su hijo, que ha crecido
Gallardamente, á gobernar su estado,
Mejor que lo ha trazado, lo ha cumplido.

BERNARDO.
¿Su casa y sus vasallos ha dejado?
ANTONIO.
No ha podido sufrir mi larga ausencia
Y los temores del tercer preñado.
De Loreto, con grande diligencia,
Fingiendo ver esta ciudad de Ancona,
Hoy pienso que ha de estar en mi presencia.
Y como amor cualquiera yerro abona,
Decir quiere que está con su marido,
Que estima en más que una imperial corona.
Que cuando toda Italia haya sabido
Caso tan desigual, ya por lo menos
Sabrán que en justo matrimonio ha sido.
BERNARDO.
Pienso que sus hermanos, de ira llenos,
Os han de perseguir.
ANTONIO.
Nadie lo duda;
Mas yo fío de Príncipes tan buenos,
Que aquella espada contra mí desnuda,
Envainará piedad de dos sobrinos,
Como á la sangre la nobleza acuda.
Hoy vinieron mis ángeles divinos
Con un pastor, vestidos de villanos,
Ocho años de sus padres peregrinos.
BERNARDO.
Antonio, mucho temo estos hermanos
De la Duquesa.
ANTONIO.
Es gente poderosa;
Mas pienso que serán en esto humanos.
BERNARDO.
¡El cielo, con su mano generosa,
Del corazón les quite la venganza!

Sale Lucindo.

LUCINDO.
Dame albricias de nueva tan dichosa.
ANTONIO.
¿Vino ya la Duquesa?
LUCINDO.
Tu esperanza
Cumplen los cielos: ya ha llegado á Ancona.
ANTONIO.
No viva más quien tanto bien alcanza.
¡Dichosa vida que tal muerte abona!
¡Mátenme los señores Aragones,
Que basta á un hombre humilde esta corona!
¡Cielos, para tan altas ocasiones
Quiere la vida un noble!
BERNARDO.
Es alta empresa,
Mas notable el peligro á que te pones.
ANTONIO.
Viva casado yo con la Duquesa
Un hora sola en tantos regocijos,
Y máteme después á quien le pesa.
Vamos á recibilla; traed mis hijos;
Conocerá si son suyos agora,
Si miraren su sol con ojos fijos.
BERNARDO.
¡Oh, qué mal lo miró tan gran señora!

Váyanse.

Salgan todos los criados que puedan, y la Duquesa y Libia, de camino; Urbino, secretario; Celso, Furio, Dinarco y Filelfo.

URBINO.
Pues ¿cómo en casa de Antonio
Quieres, señora, posar?
DUQUESA.
Con eso le quiero dar
De mi perdón testimonio.
URBINO.
Pues ¡al cabo de seis años
Que de tu casa salió,
Donde de tu hacienda dió
En vez de cuentas, engaños,
Á la suya te has venido!
¿No hay aquí dos mil señores?
DUQUESA.
Pienso que son los mejores
Si es el dueño conocido.
URBINO.
Es pobre Antonio, señora.
DUQUESA.
¿Cama y mesa no tendrá?
URBINO.
No hay que replicarte ya.
DUQUESA.
Esto me conviene agora.

Sale Antonio con Doristo, y Alejandro, niño, vestido de villano, y Leonora, niña, de villanita.

ANTONIO.
Señora, ¿Vuestra Excelencia
Honra aquesta pobre casa?
DUQUESA.
¡Oh, Antonio!
DINARCO.
Lo que aquí pasa,
Basta á quitar la paciencia.
FURIO.
Callad, que más justo es
Posar en cas de un criado
Tan caballero y honrado.
ANTONIO.
Dadme mil veces los pies.
DUQUESA.
Tente, Antonio, que han de ser
Las cosas de otra manera.
ANTONIO.
Quiero á tu divina esfera
Dos ángeles ofrecer.
DUQUESA.
¿Quién son aquestos villanos?
DORISTO.
Mis hijos, señora, son.

ANTONIO.
Echaldes la bendición.
Hijos, besalde las manos.

ALEJANDRO.
¡Qué grande amor la he cobrado
Desde el punto que la vi!

LEONORA.
Yo, Alejandro, siento en mí
El corazón alterado.

DUQUESA.
¿Tenéis madre?

ALEJANDRO.
Ya murió
La madre que nos criaba.

DORISTO.
La muerte todo lo acaba;
En agraz me la llevó.

DUQUESA.
Vos, niño, ¿cómo os llamáis?

ALEJANDRO.
Alejandro, mi señora.

DUQUESA.
¿Y vos, mi niña?

LEONORA.
Leonora.

DUQUESA.
Temor y amor, ¿que aguardáis?
¿Á qué vengo, si es que tengo
Tan justa resolución?
Pues ya llegó la ocasión,
Sepan luego á lo que vengo.
Estadme atentos, amigos,
Ya que declararme quiero,
Porque sepáis la ocasión
De venir adonde vengo.
Ya no es tiempo de callar;
Que si callé tanto tiempo,
Era esperando este día.

URBINO.
¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?

DINARCO.
En gran confusión, señora,
Con la prevención que has hecho,
Hoy pones á tus criados:
Di, que ya estamos atentos.

DUQUESA.
Ya sabéis todos, amigos,
Que, el Duque mi señor muerto,
Quedé muy moza, y mi estado
Con hijo, aunque sin gobierno.
Yo traje al señor Antonio
De Nápoles, cuyo ingenio,
Cuya persona y valor
Sabe Italia, y todos vemos;
Mas como las excelencias
De sus generosos méritos
Me diesen justa ocasión,
Puse los ojos en ellos.
Esto no os parezca agora
Caso en el mundo tan nuevo,
Si en los Triunfos del Petrarca
Visteis de amor el ejemplo.
No hice mi honor infame
Por imitar los remedios
Que de Semíramis dicen
Los que escribieron sus hechos;
Que antes que el señor Antonio
Me tocara sólo un dedo,
Estaba con él casada,
Ó desposada, en secreto.
Dél, como de mi marido,
Aquestos dos hijos tengo;
Que no es de Libia ninguno,
Como han dicho algunos celos.
En un monte se han criado,
Cuyo segundo suceso
Me obligó que desterrase
De mi casa al mismo dueño.
Estos destierros, amigos,
Son causa de muchos yerros:
Cansados tienen mis ojos,
Mis años tienen deshechos,
Sospechosos mis hermanos,
Mi honor de opiniones lleno,
Y así, para fin de todo,
Hoy á su casa me vengo.
El señor Antonio, amigos,
Es mi marido; no quiero
Título, estado, ni hacienda,
Rentas, vasallos, ni reinos.
Señor os dejo en mi estado;
Amalfi tiene heredero;
Ya el Duque es hombre, ya puede
Ser de su hacienda gobierno;
Ya el Duque se ciñe espada,
Con que sabrá defenderos,
Y os podrá dar sucesión
Con un igual casamiento.
El que se quisiere ir
Tendrá cartas y dineros;
El que quisiere quedarse
Tendrá esta casa y mi pecho.

URBINO.
Responded.

FURIO.
¡Estoy sin mí!

URBINO.
Hablad vos.

DINARCO.
¡Estoy suspenso!
Hable el más viejo de todos.

CELSO.
Yo hablaré, como más viejo:
Señora, en cosa tan hecha,
Que no hay humano remedio
Que la pueda deshacer,
Ya no hay lugar de consejo.
Dar tiene á Italia y á España
Que decir este suceso,
Que pensar á tus hermanos
Y que sentir á tus deudos.
Dios los pacifique á todos,

Que sólo Dios puede hacerlo;
Y sí hará, pues este amor
Es lícito casamiento.
Estas canas, que en sus brazos,
De un año, y menos, te vieron,
¿Cómo te podrán dejar
Por respeto ni por miedo?
Esta vida corta mía,
Señora, á tu lado ofrezco
Al cuchillo ó al perdón,
Porque sin ti no la quiero.
Serviré al señor Antonio,
De cuyos merecimientos
No tengo qué te decir,
Pues le escogiste por dueño.

DUQUESA.

No lloréis, padre; que yo
Tengo esperanza en el cielo,
Que moverá á mis hermanos
La sangre que dellos tengo,
La inocencia destos niños
Y el valor, partes é ingenio
Del señor Antonio, á quien,
Con ser quien soy, no merezco.
¿De qué te suspendes, Furio?

FURIO.

Con tal razón me suspendo,
Que no me he atrevido á hablar
Por no decir lo que siento.
¡Ah, señora, cuántas veces
Tuve deste mal recelos!
¡Cuántas señales me daban
Tus ojos, lenguas del pecho!
Pero ya no hay qué decirte;
Perdóname si me alejo
De tu servicio este día,
Teniendo justo respeto
Al señor Duque, tu hijo,
Á cuyo servicio vuelvo
Por lo que debo á su padre,
Á quien tal ofensa has hecho.

Váyase Furio.

DINARCO.

Señora, en esta desgracia
Muchas cosas considero
Que me obligan á dejarte,
Y no es la menor, que pienso
El daño que te amenaza.
Dios te ampare y dé consuelo;
Que soy pobre, como sabes,
Y he de buscar mi remedio.

Váyase Dinarco.

FILELFO.

Si las cosas de tu estado
Tuvieran otro Filelfo
Que las supiera entender,
En el que tú las has puesto,
Yo me quedara contigo;
Tú sabes que yo no puedo:
Dame licencia y tus manos.

DUQUESA.

Amigo, yo te agradezco
Que con el Duque te vuelvas.

FILELFO.

Por lo que digo me vuelvo:
El cielo te dé su amparo.

Váyase Filelfo.

URBINO.

Aunque pudiera el ejemplo
Destos bárbaros moverme,
Antes su ejemplo condeno;
Servirle como á ti misma
Al señor Antonio quiero:
Quien mereció ser tu esposo,
¿Por qué no será mi dueño?
De rodillas le suplico,
Si con amor ó con celos
Algún disgusto le hice,
Me perdone.

ANTONIO.

Alzad del suelo,
Alzad, Urbino; que yo
Os tuve siempre, y os tengo,
Por amigo y por hermano.

DUQUESA.

Urbino, obligada quedo
Á vuestro amor; y así, os juro
Por la vida que deseo
Á mi esposo, de mostrarme
Agradecida en extremo.

URBINO.

Señora, Vuestra Excelencia.....

DUQUESA.

Ya las excelencias dejo;
Ya tiene su duque Amalfi;
Lo que es mi Antonio ser quiero;
No quiero estados ni vida;
Suya soy. Libia, muy presto
Te casaré con Urbino;
Que aunque pobre y sola quedo,
Yo tengo para tu dote.

LIBIA.

Tus pies y tus manos beso,
Que sólo servirte es paga;
La misma sangre te ofrezco,
Si llegare la ocasión.

DUQUESA.

Doristo, vos lo habéis hecho
Como muy hombre de bien;
Mudad el traje; que quiero
Que me acompañéis.

DORISTO.

Señora,
De que vos lo estéis me alegro.
Aunque quisieran echarme,
No me fuera de con ellos;

Que estos ángeles, mis hijos,
Con su amor me tienen preso.
Aunque me dieran mil palos,
Me dejara como un perro
Matar en estos umbrales,
Con ansia de no perdellos.

DUQUESA.

Ya es razón, Antonio mío,
Que otros vestidos les demos.

ANTONIO.

Ya es razón, pues ya se sabe,
Mi señora, que son vuestros.

DUQUESA.

Pues vamos, y vuestra hacienda
Con la que traigo juntemos;
Que para dos que se quieren,
Es la riqueza lo menos.
Pondremos nuestra casilla;
Que con vos, mi bien eterno,
Una ropa de sayal,
Una camisa de anjeo,
Serán telas de Milán,
Serán cambrayes flamencos.

ANTONIO.

Con lágrimas os respondo,
Que con palabras no puedo.

Váyanse.

Salgan Julio de Aragón y Otavio de Médicis.

JULIO.

Si lo supiese el Cardenal mi hermano,
¡Por los cielos, Otavio, que sospecho
Que todo el mundo resistiese en vano,
Que no le hiciese atravesar el pecho!

OTAVIO.

El hecho ha sido, Julio, más liviano
Que fué jamás de noble mujer hecho.
¿Con su criado, con Antonio?

JULIO.

¡Ay, loca,
De poca edad y de vergüenza poca!

OTAVIO.

Antonio de Bolonia es hijodalgo,
Mas desigual para tan gran señora.

JULIO.

No lo dudéis, que de sentido salgo.
¡Cuñado nuestro un hombre humilde agora!
Si de locuras del amor me valgo,
Que bien es cierto que al infame adora,
Hiciéranos la ofensa de secreto,
Y su deseo vil tuviera efeto;
Pero casarse tan desatinada,
Que dejase su casa, hijo y estado,
No puede ser locura disculpada,
Ni este yerro de amor jamás dorado.
Hoy la sangre Aragón queda afrentada
Con la bajeza de tan vil cuñado;
Mas yo me vengaré por propia mano,
Sin que lo sepa el Cardenal mi hermano.
¡Viven los cielos, que es infamia nuestra
Que tenga padre el Duque mi sobrino,
Antonio, vil en la bajeza vuestra,
Y que sólo en pensarlo desatino!

OTAVIO.

Pues Julio de Aragón, mi mano diestra,
Para hacer la venganza que imagino,
Como Médicis doy, y como amante
Que ve la infamia y deshonor delante.
Por seguros que vivan en Ancona,
Hay criados, pistolas y soldados,
Ó yo le mataré por mi persona.

JULIO.

Para eso, Otavio, sobrarán criados.
Mientras más lo imagino, me apasiona
Con más rigor, que hermanos desdichados.....

OTAVIO.

Pues los que al Duque han dado son muy buenos.

JULIO.

No merecen vivir de infamia llenos.

OTAVIO.

En un monte los tuvo con secreto,
En hábito de rústicos villanos.

JULIO.

¡Qué graciosos hermanos, en efeto,
Para ser de un señor tan grande hermanos!
Pero vamos, Otavio; que os prometo
Hacer venganza con mis propias manos.
¡Ay, traidora Duquesa!

OTAVIO.

¡Ay, mi Duquesa!
¡Antonio ha de morir: por ti me pesa!

Váyanse.

Salgan el Duque de Amalfi, hijo de la Duquesa, Furio. Dinarco y Filelfo.

AMALFI.

Ya lo sabe el Cardenal,
Todos mis deudos y tíos.

FURIO.

Todos lo tienen por mal
Que hiciese estos desvaríos
Una mujer principal.

AMALFI.

¿Cómo que mi madre hiciese
Un desatino que fuese
De nuestra sangre deshonra,
Que ni mi amor ni su honra
La ejecución resistiese?
¡Válame Dios! Más querría
Éste su Antonio que á mí.
¡Desdichada madre mía!
¡Oh, si cuando yo nací,
Muriera aquel mismo día!

FILELFO.

Vuestra Excelencia, señor,
No se fatigue ni acabe
Con la fuerza del dolor.

AMALFI.

Quien eso dice, no sabe
Que fuerza tiene el honor:

Ocho años ha durado
Esta infamia con secreto.

DINARCO.

De algunos fué murmurado;
Mas por temor, en efeto,
Fué de los mismos callado.
Señales hartas se vieron;
Otavio dijo mil cosas,
Aunque nunca se creyeron;
Que mucho más poderosas,
Señor, las virtudes fueron
Que en mi señora se vían.

AMALFI.

Todas fingidas serían,
¿Yo tengo padrasto? ¿Yo
Soy hijo de Antonio?

FURIO.

No;
Que no lo son los que crían,
Sino aquellos que dan ser.

AMALFI.

Ya que con él se casó,
Que, en efecto, fué mujer,
Y como mujer erró,
Que no hay más que encarecer,
Fuera madre para mí;
No me despreciara ansí,
Ni me dejara sin verme;
Mas soy grande para hacerme
Esos amores á mí.
Allá, á los hijos de Antonio
Tendrá amor, pues fué á su gusto
Ese bajo matrimonio.

FILELFO.

¿Ya te dan celos disgusto?

AMALFI.

¿Yo celos? Es testimonio.
¡Vive Dios, que los pusiera
En el alma á mis hermanos
Si aquí presentes los viera!
Que no serán tan villanos,
Si esto bien se considera.
Antonio, ¿no es caballero?

FURIO.

Sí, señor.

AMALFI.

Pues de mi madre
La parte que darles quiero,
Supliera la de su padre
Si fuera un bajo escudero.
Escribid ¡por vida mía!
Á mis tíos grandes honras
De Antonio.

DINARCO.

¡Bien haya el día
Que nacistel

AMALFI.

Estas deshonras
Cubrid con justa osadía.
Decid grandes bienes dél;
Que yo pienso, de mi parte,
Esmerarme hablando en él.

FURIO.

Mil gracias queremos darte,
Señor, por ella y por él.

AMALFI.

Nadie diga en casa mal
De Antonio, ó sálgase della.

FURIO.

¡Qué nobleza! ¿Hay cosa igual?

AMALFI.

Pues bien será socorrella,
Amigos, en tiempo tal.
¿Qué llevó?

DINARCO.

Sola su plata,
Joyas, camas y vestidos.

AMALFI.

¿No más?

DINARCO.

De aquesto se trata.

AMALFI.

¡Qué amores tan bien seguidos!
Los de otro tiempo retrata.
Veinticinco mil ducados,
Buscad, aunque sean prestados,
Y para poner su casa
Los llevad.

FURIO.

Tu piedad pasa
Á los ejemplos pasados.

AMALFI.

Cinco mil á mis hermanos
Les llevad para vestidos;
Dejen los suyos villanos.

DINARCO.

De escucharte están corridos,
Griegos, persas y romanos.

AMALFI.

Pues vamos, y escribiremos
Á cuantos deudos tenemos
De nuestra casa Aragón,
Que será justa razón
Que al señor Antonio honremos.
Llamalde el señor Antonio,
Pues la goza en matrimonio.
¡Ay, Duquesa! ¿Quién te culpa,
Si ser mujer te disculpa,
Y luego amor, que es demonio?

Váyanse.

Salgan la Duquesa, Antonio y Urbino.

URBINO.

Conviene que á toda furia
Huyáis los dos, porque creo
Que vienen con gran deseo
De satisfacer su injuria.
Y aquí veréis si es verdad
Lo que os avisé en Ancona.

DUQUESA.

¿Mi sangre no te perdona?

¿En mi sangre no hay piedad?
Mis hermanos me persiguen;
Ya, ¿qué me pueden querer?

ANTONIO.

La causa debo de ser.

DUQUESA.

Otras hay que los obliguen,
Antonio, á tener piedad.

ANTONIO.

Como á Venecia lleguemos,
De nuestras vidas tendremos
Seguro en su libertad.
De su República espero,
Señora, grande favor.

URBINO.

Caminad con más furor,
Porque viene el mundo entero.

DUQUESA.

No podré mientras no vienen
Mis hijos.

URBINO.

Ya están aquí.

Salen Libia y los niños.

LIBIA.

Caminad, ¡triste de mí!
Si pies los que temen tienen;
Que un hombre nos ha contado
Que al pasar de aquesta fuente,
Vió en aquel bosque, de gente
Todo un escuadrón formado.
Sin duda no saben bien
El designio que lleváis,
Y si tan despacio os vais,
Haréis que aviso les den.

DUQUESA.

¡Ay, hijos del alma mía,
Sólo aguardaba á los dos!

Sale Celso.

CELSO.

Huid, señores, por Dios,
Que habemos vista un espía
Que esta senda atravesó,
Y como nos vió, se fué.

ANTONIO.

¿Iba á caballo ó á pie?

CELSO.

Á pie, señores, pasó,
Con un arcabuz, volviendo
Por momentos la cabeza.

Sale Doristo, ya de escudero.

DORISTO.

Id, señores, con presteza
La vecina muerte huyendo;
Que en ese cerro subido,
Vi por el llano marchando
Gente que os viene buscando

DUQUESA.

Huye, mi Antonio querido;
Huye, mi bien, porque á mí,
¿Qué mal me ha de hacer mi hermano?
Á ti te busca el tirano;
Vengarse quiere de ti.

DORISTO.

Señor, aunque ayer vivía
En un monte, labrador,
Sabed que sé qué es honor,
Y que sé qué es cobardía;
Ninguna es agora huir,
Si el mundo os viene á buscar.

ANTONIO.

¿No veis que siento el dejar
Mi esposa, más que el morir?

CELSO.

Si creéis á aquestas canas,
Huir os dan por consejo;
Creed esta vez á un viejo,
Y más en cosas tan llanas.
Urbino se queda aquí;
Yo me quedo aquí también.

DUQUESA.

Huid, mi señor, mi bien;
Huid, y doleos de mí;
No me dejéis sin marido,
Ni á vuestros hijos sin padre.

ALEJANDRO.

Señor, bien dice mi madre,
Yo también que huya le pido;
Huya, pues podrá volver,
Y no se deje matar.

LEONORA.

Padre, ¿qué quiere aguardar?

ANTONIO.

Hija, quiéroos defender.

LEONORA.

Con eso, á todos nos mata.

ANTONIO.

Pues, hijos del alma mía,
Si aquesto no es cobardía,
Mi sangre á la vuestra ingrata,
Quedaos con Dios, Él os guarde;
Estos abrazos tomad,
Y estas lágrimas llevad,
Que es bien que llore un cobarde.
Y vos, dulcísimo bien
De mi esperanza y mi vida,
Perdonad aquesta huída,
Pues me lo mandáis también.
Adiós, Libia; adiós, Urbino;
Mi Doristo y Celso, adiós.

DUQUESA.

El alma lleváis con vos.

ANTONIO.

¡Qué desdichado camino!

Váyase Antonio.

DUQUESA.

Hijos, allegaos á mí,

Que lo habré bien menester.

LEONORA.

Luego ¿ya no le ha de ver?

DUQUESA.

No sé; sin dicha nací.

ALEJANDRO.

Callad, señora; que yo
Iré á hablar al Cardenal,
Mi tío.

DUQUESA.

No digas tal,
Pues ya su sangre negó.

ALEJANDRO.

Á fe que, si edad tuviera,
Que á Julio desafiara.

DUQUESA.

Ya el cielo sólo me ampara.

LEONORA.

Señora, en el cielo espera.

DUQUESA.

Mi hijo, el Duque, me deja;
Julio de Aragón me sigue;
El Cardenal me persigue;
Mi Antonio de mí se aleja;
Pues venga la muerte ya,
Que es el remedio postrero.

LEONORA.

Madre mía, en Dios espero
Que su piedad mostrará.

Sale Julio de Aragón, y Otavio con cuatro criados con arcabuces y alabardas.

OTAVIO.

Éstos, sin duda, son.

JULIO.

Teneos, cobardes,
Viles, ribaldos, fementidos, locos;
Teneos á la furia de mi ofensa.

DUQUESA.

Aquí, ¿quién se defiende, hermano mío?

JULIO.

¿Yo soy tu hermano? ¿Yo? ¿Qué dices, bárbara?

DUQUESA.

¿No eres tú Julio de Aragón?

JULIO.

El mismo.

DUQUESA.

Pues ¿no soy yo tu hermana?

JULIO.

No, villana;
La Duquesa de Amalfi, que ya es muerta,
Era mi hermana.

DUQUESA.

Pues ¿no soy la misma?

JULIO.

¡Oh, qué graciosa cosa! Otavio, escucha:
Que la mujer de Antonio de Bolonia
Me dice que es mi hermana, y se ha fingido
La Duquesa de Amalfi.

OTAVIO.

No pudiera
La Duquesa de Amalfi haber pensado,
Cuanto más cometido, tal bajeza.

DUQUESA.

Qué, ¿tú vienes aquí?

OTAVIO.

Pues ¿quién pensabas?

DUQUESA.

¿De qué te toca á ti la sangre nuestra?
¿No eres Médicis tú?

OTAVIO.

Sí, yo soy Médicis;
Sangre en que ha habido reyes y pontífices.

DUQUESA.

¿Por dónde tienes tú los Aragones?

OTAVIO.

Por amistad, que es la más noble sangre
Y el cuartel de las armas de más honra.

DUQUESA.

¿Aquí paró tu amor?

OTAVIO.

Aun no ha parado,
Ni parará mientras la causa vive.

DUQUESA.

Hermano, ¡oh, Julio! ¿qué es lo que me quieres?

JULIO.

¿Quién son aquestos niños?

DUQUESA.

Tus sobrinos.

JULIO.

¿Cómo sobrinos? Uno solo tengo,
Que es el Duque de Amalfi, y éste es hijo
De un hombre que era igual á nuestra sangre.

DUQUESA.

Éstos lo son de un hombre que no tiene
Igual en la virtud ni en el ingenio,
De que es claro testigo toda Italia;
Y estos niños que ves y que desprecias,
Si no son tus sobrinos, son mis hijos;
Y si no tienen padre, basta el cielo;
Que el cielo cubre á quien desprecia el hombre.

JULIO.

También castiga el cielo á quien le ofende.

DUQUESA.

Yo me casé por voluntad del cielo.

JULIO.

Voluntad que le ofende, ¿en qué le sirve?

DUQUESA.

Más yerro fuera no me haber casado.

JULIO.

Más secreta estuviera nuestra infamia.

DUQUESA.

Casada yo, ¿qué infamia te resulta?

OTAVIO.

Déjate de argüir con quien te ofende.

DUQUESA.

Nunca juzgaron bien de amor los celos.

OTAVIO.

No soy celoso yo, sino ofendido.

DUQUESA.

Pues ¿cuándo fuí yo tuya? ¿Qué te ofendo?

OTAVIO.
¿No basta que engañaste mi esperanza?
DUQUESA.
No es esperanza confianza loca.
JULIO.
Ahora bien: ¿dónde queda tu marido,
Ese que llamas el señor Antonio?
DUQUESA.
Ese señor Antonio, y mi marido,
Está en Milán.
JULIO.
Qué, ¿no venía contigo?
DUQUESA.
No, que supo muy bien vuestras crueldades
JULIO.
No importa; dondequiera tendrá amigos
El Cardenal, y yo también los tengo.
Ven presa.
DUQUESA.
¿Presa yo?
JULIO.
Pues ¿eso dudas?
DUQUESA.
Pues ¿tú puedes prenderme? ¿Por qué causa?
JULIO.
¿No es causa la deshonra y desventura
De la casa de Aragón?
DUQUESA.
Pues ¿con qué orden?
¿Del Rey ó del Pontífice?
JULIO.
Camina.
Y éstos, ¿quién son?
URBINO.
Yo soy su secretario.
JULIO.
¿Por qué dejaste al Duque?
URBINO.
No he servido
Al Duque, sino sólo á mi señora.
JULIO.
¿Quién eres tú?
CELSO.
Quien la crió, y la sirve
De bracero más ha de catorce años.
JULIO.
Y tú, ¿quién eres?
DORISTO.
Amo destos niños;
Ayer pastor de un monte y cuatro ovejas,
Y hoy cortesano para tal desdicha.
JULIO.
Vamos, Otavio; que el traidor se ha ido
Con aviso que tuvo.
OTAVIO.
Dime, Urbino:
¿Tú eres también deste delito cómplice?
URBINO.
Yo no tengo el casarse por delito.
OTAVIO.
¿No es delito infamar á tantos Príncipes
Una mujer?
JULIO.
Dejemos eso agora;
Váyase el que quisiere; que aquí sólo
Se prende á esta mujer y sus dos hijos.
DUQUESA.
¿Qué culpa tienen estos inocentes?
ALEJANDRO.
¿Á nosotros nos prende, señor tío?
JULIO.
¿Yo tío? ¿Hay desvergüenza semejante?
Á Amalfi caminad.
DUQUESA.
No importa nada;
Ya sé que me queréis tener cautiva;
Matadme, y el señor Antonio viva.

Váyanse, y entre Antonio.

ANTONIO.
¿Dónde me lleva mi suerte
Con tan vergonzosa huída,
Desamparando la vida
Por el temor de la muerte?
¡Triste de mí! ¿Dónde voy,
Dejando el alma en las manos
De aquellos fieros tiranos,
Á quien cuatro vidas doy?
La de mi amada mujer,
De mi Alejandro y Leonora,
Hijos que mi alma adora,
Y la que está por nacer.
¿Cuál hombre, de un alto estado
Ha venido á tal bajeza?
¿Dónde hallará fortaleza
Corazón tan desdichado?
¿Cómo podré yo tener
Ánimo, viendo perdidas
Cuatro tan amadas vidas
De mis hijos y mujer?
Que si no me engañan señas,
Todo es ya todo perdido:
Tentaciones me han venido
De arrojarme destas peñas.
¡Cielos, tenedme las manos!
¡Quitadme las armas, cielos;
Que entre tantos desconsuelos
No valen medios humanos!
¡Ay de mí! ¿Si los han muerto
Con la furia del enojo?
¿Cómo de aquí no me arrojo?
¿Qué más justo desconcierto?
¿Dónde podré yo vivir,
Dulce Camila, sin vos?
¿Quién nos aparta á los dos?
¿Quién nos puede dividir?
¡Ay hijos, ay dulces prendas,
Para tanto mal halladas!

Sale Doristo.

DORISTO.
Pienso que van apartadas

Del real camino estas sendas;
Mas con errar acerté.
Señor Antonio.....

ANTONIO.

Doristo,
¿Es posible que te he visto?
¿Que tal mi ventura fué?
¿Huiste? ¿Desamparaste
Mis hijos? ¿Quedan ya muertos?

DORISTO.

Antes, de vivir más ciertos
Que en tu vida imaginaste,
Camino de Amalfi van;
Pienso que estarán en ella,
Donde á la Duquesa bella,
Todos parabienes dan.
El Duque, su hijo, vino,
Y la salió á recibir.
Yo los vi holgar y reir
Las más partes del camino.
Sus hermanos abrazó
El Duque con gran contento,
Y allí de tu casamiento,
Entre los dos se trató,
Donde Julio de Aragón,
Hermano de la Duquesa,
Muestra que de ver le pesa
Tu ausencia en esta ocasión.
Que viendo al Duque con gusto,
Todos le tienen de verte,
Y le han jurado no hacerte
Eternamente disgusto.
Aquesta carta es de Urbino.

ANTONIO.

Muestra, y dame mil abrazos;
Que del alma y de los brazos
Eres por mil causas dino.
¿Que ha sucedido tan bien?
¿Que todo está en ese estado?

DORISTO.

Yo digo lo que ha pasado,
Y lo que he visto también.

ANTONIO.

¡Cielos, á piedad movidos,
Más seso habré menester
Para el presente placer,
Que en los males sucedidos!

Lea.

«Las cosas se han hecho de otra suerte que las imaginábamos: el Duque ha sido ángel de paz contra la furia de Julio de Aragón y Otavio de Médicis; no se aleje V. S., sino esté á la mira de lo que sucede, que espero en Dios le pondrá presto en descanso.—*Urbino Castelvetro.*»

Papel de mi alma y vida,
Mil veces quiero besaros,
Mas no sé qué hallazgo daros
De mi esperanza perdida.
Las lágrimas de placer
En albricias recibid;
Esto de un pobre admitid,
En tanto que os puede hacer
Una caja de oro y perlas,
Porque en tales ocasiones,
Merecen estas razones
Dentro del alma ponerlas.
Doristo, qué, ¿tanto bien
Me hace el Duque mi señor?

DORISTO.

Templó del tío el furor,
Y de otros deudos también,
Y con entrañas abiertas
Habla á su madre y hermanos.

Sale Urbino.

URBINO.

¡Con qué pensamientos vanos
Voy por sendas tan inciertas!
Dudo que le pueda hallar,
Y dejo el caballo muerto.

ANTONIO.

¿Gente por este desierto?

URBINO.

Gente siento caminar.
¡Válame Dios! ¿No es aquél
El señor Antonio?

ANTONIO.

¡Ay, cielo!
¿Si es Urbino aquél?

DORISTO.

Recelo
Que viene por vos, si es él.

URBINO.

¡Señor Antonio!

ANTONIO.

¡Mi Urbino!
¿Qué es esto?

URBINO.

Vengo por vos,
Y doy mil gracias á Dios
De haber errado el camino;
Que por errarle os hallé.

ANTONIO.

¿Por mí?

URBINO.

Por vos.

ANTONIO.

¿De qué modo?

URBINO.

El Duque lo allana todo,
Ángel destas paces fué;
Como Príncipe lo ha hecho;
Sosegad el corazón;
Que ya á Julio de Aragón
Tiene sosegado el pecho,
Y aquesta carta os escribe,
Porque también han llegado
Cartas que le han obligado,

Que por momentos recibe,
Y entre ellas del Cardenal,
Que le manda que no os toque,
Ni que á enojo le provoque;
Porque sois muy principal,
Y quiere honrarse de vos.

ANTONIO.

En fin, Príncipe romano.

URBINO.

Leed, y vamos.

ANTONIO.

Qué, ¿está llano?

URBINO.

Todo está llano, ¡por Dios!

Lea.

«El Cardenal, mi hermano, me ha escrito que os deje en paz con vuestra mujer é hijos; venid por ellos, que con tal condición que os vais á vivir á España ó Alemania, soy contento de dároslos.»

ANTONIO.

¿Cómo á España ó á Alemania?
Á Constantinopla iré;
Que por mis hijos seré
Parida tigre de Hircania.
Urbino, dame esos brazos.
¡Dolióse el cielo de mí!

URBINO.

¡Qué bien merezco de ti
Esos amorosos lazos!
Vamos, señor, que te espera
La Duquesa, que me dió
Mil recados.

ANTONIO.

¡Ay, si yo
Volar, Urbino, pudiera!
Pero caballos tomemos.

DORISTO.

Yo os quiero servir de guía.

URBINO.

Camine Vueseñoría,
Aunque mil postas matemos.

Váyanse, y salgan Otavio, Julio y el Duque de Amalfi.

AMALFI.

Toda mi vida estaré,
Señor tío, agradecido
Al favor que he recibido.

JULIO.

Serviros, sobrino, fué
Cosa muy puesta en razón;
Que si vos contento estáis
Deste agravio, sois quien dais
Á todos satisfacción.

OTAVIO.

Ya, pues habemos comido
Juntos, no hay más que tratar
Del agravio, sino dar
Remedio á lo sucedido.
Ayude el Duque á su madre,
Y á España se pueden ir.

AMALFI.

Yo la quisiera servir
Con cuanto heredo á mi padre;
Pero, fuera de la hacienda
Vinculada al mayorazgo,
Como si fuera en hallazgo
De alguna perdida prenda,
Le doy todo lo demás,
Y que se vaya me pesa.

JULIO.

No ha de volver la Duquesa,
Sobrino, á Italia jamás.

AMALFI.

No vuelva, pues no queréis.

JULIO.

Otavio.....

OTAVIO.

¿Qué me mandáis?

JULIO.

¿Para qué tanto os cansáis?
Que ya tiene en la comida
La Duquesa el justo pago
De haber sido fiero estrago
De nuestra sangre ofendida.

OTAVIO.

¿Qué le habéis dado?

JULIO.

No sé;
Mas no vivirá media hora.

OTAVIO.

¡Ay, desdichada señora,
Cuánto tu estrella lo fué!
¡Ay, crueldad! ¡Ay, sinrazón!

JULIO.

Pues ¿eso dices, Otavio,
Viendo tan notable agravio?

OTAVIO.

No me basta el corazón;
Quísela, adoréla. ¡Hoy muero!

JULIO.

Paso, ¡pesia el hombre, amén!
No lo entienda el Duque.

OTAVIO.

¿Es bien
Que deis la muerte á un cordero,
Á un ángel?

JULIO.

¡Paciencia, Otavio,
Que me echaréis á perder!
Que no es ángel la mujer
Que hace á su sangre agravio,
Y por tan humano antojo.

OTAVIO.

Ello ha sido desvarío.

AMALFI.

¿Por qué os riñe Otavio, tío?
¿No es acabado el enojo?

JULIO.

Díceme que bien pudiera

Vivir vuestra madre aquí.

AMALFI.

Y dice bien; porque á mí
De gran consuelo me fuera.
Y si hay lugar, os lo ruego.

JULIO.

Digo que sea por vos.

AMALFI.

¡Mil años os guarde Dios!

Salen Urbino, Antonio y Doristo.

ANTONIO.

Temblando á sus ojos llego.

URBINO.

Aquí está el señor Antonio.

ANTONIO.

Aquí á vuestros pies estoy;
Que con mis lágrimas, doy
De mi humildad testimonio.
Nunca creí mi bajeza,
Loco de tan alto empleo,
Como agora que me veo
Á los pies de Vuestra Alteza.

AMALFI.

Antonio, pues ya mi madre
Como á padre te me dió,
Bien puedo llamarte yo
Una y muchas veces padre.

ANTONIO.

¿Padre, señor? No soy hombre
Que de vos serlo merezco:
Esclavo sí; y ansí, ofrezco
Á esos pies mi humilde nombre.

AMALFI.

Álzate, Antonio; no es bien
Que estés ansí, ya que Dios
Puso en estado á los dos,
Que soy tu menor también.
Fía de mi voluntad,
Que te estimo como á padre;
Que á mí me dió ser mi madre,
Y á ti te dió calidad.
Yo quiero lo que ella quiere;
Yo estimo lo que ella estima.

ANTONIO.

Mucho tu piedad me anima
Para que remedio espere.

AMALFI.

Besa á mi tío las manos,
Que á todos hace merced.

ANTONIO.

Vuestra intercesión poned
Con príncipes tan cristianos.
Id delante, gran señor.

AMALFI.

Tío aquí viene.

JULIO.

Ya sé
Quién viene; yo le hablaré.

AMALFI.

Pues mostralde mucho amor.

ANTONIO.

Señor, si Vuestra Excelencia
Está ofendido de mí,
Mi vida humilde está aquí.

JULIO.

¡Ah, Dios, que tengo paciencia!
El Cardenal me ha mandado,
Antonio, y lo quiero hacer,
Que os deje á vuestra mujer;
Hace lo que está obligado.
Entrad en ese aposento,
Y tratad vuestra partida.

ANTONIO.

¡Señor, esta humilde vida
Á vuestra piedad presento!

JULIO.

Álzate, que tu mujer
Te quiere ver.

ANTONIO.

Voy, señor,
Á recibir el favor
Que ya me queréis hacer.
¡Prospere el cielo la vida
Vuestra y la de Su Excelencia!

AMALFI.

Tú has mostrado tu prudencia.

ANTONIO.

¡Jesús!

URBINO.

¡Qué extraña caída!

JULIO.

¿Qué fué?

OTAVIO.

Cayó Antonio entrando.

JULIO.

Será de mucho placer.

ANTONIO.

Algo me ha de suceder.

Váyase Antonio.

JULIO.

Aquí os están esperando.

AMALFI.

Yo os prometo, señor tío,
Que os estoy muy obligado.

OTAVIO.

¿Que es posible que yo he dado
Ayuda á tal desvarío?
Perdiendo estoy de dolor
El jüicio; mas ya viene
Camila; sereno tiene
El rostro y de buen color;
Sin duda que me ha engañado
Julio, viendo mi afición.

Salen la Duquesa y Libia.

DUQUESA.

¿Que ciertas las nuevas son?

LIBIA.

Todos dicen que ha llegado.

DUQUESA.

Á ver á Antonio venía,
Que me dicen que esta aquí.

AMALFI.

¿No le has visto?

DUQUESA.

No le vi.

LIBIA.

Algún engaño sería.

AMALFI.

Agora, señora, entró:
El camino habéis errado.

Sale Fenicio, criado de Julio.

FENICIO.

Aquello está ejecutado.

JULIO.

Qué, ¿no le has visto?

DUQUESA.

Yo no.

AMALFI.

Tú le saliste á buscar
Cuando él mismo entraba á verte.

DUQUESA.

Pues, señores, desa suerte
Váyale un paje á llamar.

AMALFI.

¡Hola! Llamad á mi padre.

JULIO.

¿Cómo le das ese nombre
Á la bajeza de un hombre
Que ha hecho infame á tu madre?

AMALFI.

¿Agora tenemos eso?
¿No estaba aquesto acabado?

JULIO.

Y tanto, que fin se ha dado
Á la infamia del suceso.
Camila, si quieres ver
Tus hijos y tu marido,
Digo, aquel hombre atrevido
Que te llamó su mujer,
Abrid aquese aposento
Y entregádselos; que es justo
Que al Cardenal demos gusto
Y á mi sobrino contento;
Y apercíbete á morir;
Que tienes el pecho lleno
De un abrasador veneno.
Ea, ¿no acabáis de abrir?

Ábranse dos puertas y véase una mesa con tres platos; en el de en medio la cabeza de Antonio, y á los lados las de los niños.

DUQUESA.

¿Cuya fuera esta crueldad
Sino de un infame monstruo,
Que con palabras fingidas
Ha dado muerte á mi esposo?
¡De Dios te venga el castigo!
¡Hijos, pidámosle todos!
¡Clamad, inocentes niños!
¡Ángeles del alto coro,
Volved por los de la tierra!
¡Justicia, Padre piadoso!
¡Alejandro, Abel, Leonora,
Niña y niña de mis ojos,
Marido y señor del alma,
Antonio, querido Antonio!

JULIO.

¡Obró el veneno: cayó!

OTAVIO.

¿Esto he visto, ó son antojos?
¡Ah, cielo! Pues ojos tienes,
¿Cómo no ves esto? ¿Y cómo,
Si tienes tantos oídos,
Estás á este llanto sordo?
¿Para qué quiero la vida?

JULIO.

¿Qué es esto, Otavio, estás loco?

OTAVIO.

¡Loco estoy!

JULIO.

¿La capa dejas?

OTAVIO.

Muerto mi bien, vaya todo;
Que si se anega la nave,
Á la mar la hacienda arrojo.
¡Camila, Camila mía!

Váyase furioso Otavio.

AMALFI.

¿Qué miras, tigre furioso?
¿Qué miras, león albano?
¿Qué miras, español toro?
¡Saca la espada, cobarde;
Que desde la punta al pomo
Teñiré en tu sangre aquésta!

JULIO.

Sobrino, habláis como mozo;
Yo he vuelto por vuestro honor,
Y esta venganza que tomo,
Á vuestra cuenta se ha hecho.

Váyase Julio.

AMALFI.

¡Viles é infames sois todos!
¡Á todos os desafío,
Y á esta cruz la mano pongo,
De no quitarla del lado,
De no vestir seda ni oro,
De no comer en mesa alta,
Ni el Tusón ponerme al hombro,
Hasta que tome venganza!
Llevad el cuerpo vosotros.

URBINO.

Aquí dió fin la tragedia,
Senado, del *Mayordomo*,
Que como pasó en Italia,
Hoy la han visto vuestros ojos.

FIN DE LA FAMOSA COMEDIA DE «EL MAYORDOMO DE LA DUQUESA DE AMALFI».

EL CASTIGO SIN VENGANZA

EL CASTIGO SIN VENGANZA

TRAGEDIA DE FREY LOPE FÉLIX LE VEGA CARPIO

DEL HÁBITO DE SAN JUAN,

PROCURADOR FISCAL DE LA CÁMARA APOSTÓLICA DEL ARZOBISPADO DE TOLEDO

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON LUIS FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, CARDONA Y ARAGÓN, DUQUE DE SESA, DE BAENA Y DE SOMA; CONDE DE CABRA, PALAMÓS Y OLIVITO; VIZCONDE DE HINAJAR, SEÑOR DE LAS BARONÍAS DE BELPUCHE, LIÑOLA Y CALONGE; GRAN ALMIRANTE DE NÁPOLES, CAPITÁN GENERAL DEL MAR DE AQUEL REINO, Y COMENDADOR DE BEDMAR Y ALBÁNCHEZ; DE LA ORDEN DE CABALLERÍA DE SANTIAGO, ETC.

Al excelentísimo Señor Duque de Sesa, mi señor:

Desigual atrevimiento parece dedicar á Vuestra Excelencia esta tragedia, *cuando fuera más justo* poemas heroicos, *de quien fueran argumentos las gloriosas hazañas de sus progenitores invictísimos, que dieron á la Corona de España tantos reinos, á las plumas tantas historias, á la fama tantos triunfos, y á las armas insignes de su apellido tantas banderas, de que son fieles testigos reyes infieles, y alguno que, preso, ocupa con honra suya un cuartel de ellas entre los* Córdobas, Cardonas *y* Aragones, *ilustrísimos por inmortal memoria en tantos siglos, y por sangre generosa en tantos reinos. Mas, como suele el que cultiva flores enviar al dueño del jardín algunas, como en reconocimiento de que son suyas las que quedan, así yo me atrevo á enviar á Vuestra Excelencia las de este asunto; indicio de que reconocen las demás que de todas es señor, como del que las cultiva. En los amigos, los presentes son amor, en los amantes cuidado, en los pretendientes cohecho, en los obligados agradecimiento, en los señores favor, en los criados servicio. Éste no va á solicitar mercedes, sino á reconocer obligaciones, de tantas como he recibido de sus liberales manos en tantos años que ha que vivo escrito en el número de los criados de su casa. Guarde Nuestro Señor á Vuestra Excelencia, como deseo.*

FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.

PRÓLOGO

Señor lector, esta tragedia *se hizo en la corte sólo un día, por causas que á vuesamerced le importan poco. Dejó entonces tantos deseosos de verla, que les he querido satisfacer con imprimirla. Su historia estuvo escrita en lengua latina, francesa, alemana, toscana y castellana: esto fué prosa, ahora sale en verso; vuesamerced la lea por mía, porque no es impresa en Sevilla, cuyos libreros, atendiendo á la ganancia, barajan los nombres de los poetas, y á unos dan sietes y á otros sotas; que hay hombres que por el dinero no reparan en el honor ajeno, que á vueltas de sus mal impresos libros, venden y compran; advirtiendo que está escrita al estilo español, no por la antigüedad griega y severidad latina; huyendo de las sombras, nuncios y coros, porque el gusto puede mudar los preceptos, como el uso los trajes y el tiempo las costumbres.*

EL CASTIGO SIN VENGANZA

PERSONAS

El Duque de Ferrara (1).
El conde Federico (2).
Albano.
Rutilio.
Floro.
Lucindo.
El marqués Gonzaga (3).
Casandra (4).
Aurora (5).
Lucrecia (6).
Batín (7).
Cintia (8).
Febo.
Ricardo.—Una mujer.
Acompañamiento.

ACTO PRIMERO.

El Duque de Ferrara, de noche; Febo y Ricardo.

RICARDO.

¡Linda burla!

FEBO.

Por extremo.
Pero ¿quién imaginara
Que era el Duque de Ferrara?

DUQUE.

Que no me conozcan temo.

RICARDO.

Debajo de ser disfraz,
Hay licencia para todo;
Que aun el cielo en algún modo
Es de disfraces capaz.
¿Qué piensas tú que es el velo
Con que la noche le tapa?
Una guarnecida capa
Con que se disfraza el cielo.
Y para dar luz alguna,
Las estrellas que dilata
Son pasamanos de plata,
Y una encomienda la luna.

DUQUE.

¿Ya comienzas desatinos?

FEBO.

No lo ha pensado poeta
Destos de la nueva seta,
Que se imaginan divinos

RICARDO.

Si á sus licencias apelo,
No me darás culpa alguna;
Que yo sé quien á la luna
Llamó requesón del cielo.

DUQUE.

Pues no te parezca error;
Que la poesía ha llegado
Á tan miserable estado,
Que es ya como jugador
De aquellos transformadores,
Muchas manos, ciencia poca,

(1) En el autógrafo se indican los nombres de los principales actores que desempeñaron la pieza. Del Duque de Ferrara se dice que le representó el autor (¿Manuel Vallejo?).
(2) Arias.
(3) Salas.
(4) Autora (¿María de Riquelme?).
(5) Bernarda.
(6) Lucrecia.
(7) Salinas.
(8) María de Ceballos.

Que echan cintas por la boca,
De diferentes colores.
Pero, dejando á otro fin
Esta materia cansada,
No es mala aquella casada.

RICARDO.

¡Cómo mala! Un serafín.
Pero tiene un bravo azar,
Que es imposible sufrillo.

DUQUE.

¿Cómo?

RICARDO.

Un cierto maridillo
Que toma y no da lugar.

FEBO.

Guarda la cara.

DUQUE.

Ese ha sido
Siempre el más cruel linaje
De gente deste paraje.

FEBO.

El que la gala, el vestido
Y el oro deja traer,
Tenga, pues él no lo ha dado,
Lástima al que lo ha comprado;
Pues si muere su mujer,
Ha de gozar la mitad,
Como bienes gananciales.

RICARDO.

Cierto que personas tales
Poca tienen *caridad*,
Hablando cultidiablesco,
Por no juntar las dicciones.

DUQUE.

Tienen esos socarrones
Con el diablo parentesco;
Que obligando á consentir,
Después estorba el obrar.

RICARDO.

Aquí pudiera llamar;
Pero hay mucho que decir.

DUQUE.

¿Cómo?

RICARDO.

Una madre beata,
Que reza y riñe á dos niñas
Entre majuelos y viñas,
Una perla y otra plata.

DUQUE.

Nunca de exteriores fío.

RICARDO.

No lejos vive una dama
Como azúcar de retama,
Dulce y morena.

DUQUE.

¿Qué brío?

RICARDO.

El que pide la color;
Mas el que con ella habita
Es de cualquiera visita
Cabizbajo rumiador.

FEBO.

Rumiar siempre fué de bueyes.

RICARDO.

Cerca he visto una mujer,
Que diera buen parecer
Si hubiera estudiado leyes.

DUQUE.

Vamos allá.

RICARDO.

No querrá
Abrir á estas horas.

DUQUE.

¿No?
Y ¿si digo quién soy yo?

RICARDO.

Si lo dices, claro está.

DUQUE.

Llama, pues.

RICARDO.

Algo esperaba;
Que á dos patadas salió.

Sale Cintia en lo alto.

CINTIA.

¿Quién es?

RICARDO.

Yo soy.

CINTIA.

¿Quién es Yo?

RICARDO.

Amigos. Cintia, abre, acaba;
Que viene el Duque conmigo;
Tanto mi alabanza pudo.

CINTIA.

¿El Duque?

RICARDO.

¿Eso dudas?

CINTIA.

Dudo,
No digo el venir contigo,
Mas el visitarme á mí
Tan gran señor y á tal hora.

RICARDO.

Por hacerte gran señora
Viene disfrazado ansí (1).

CINTIA.

Ricardo, si el mes pasado
Lo que agora me dijeras
Del Duque, me persuadieras
Que á mis puertas ha llegado,
Pues toda su mocedad
Ha vivido (2) indignamente,
Fábula siendo á la gente
Su viciosa libertad.
Y como no se ha casado
Por vivir más á su gusto,
Sin mirar que fuera injusto (3)

(1) *Viene su excelencia ansí.* (En el autógrafo).
(2) *Passado* (A.). En la *Parte* 21 «*ha gastado*».
(3) *Tiniendo por caso injusto.* (A).

Ser de un bastardo heredado
(Aunque es mozo de valor
Federico), yo creyera
Que el Duque á verme viniera;
Mas ya que como señor (1)
Se ha venido á recoger,
Y de casar concertado,
Su hijo á Mantua ha enviado
Por Casandra, su mujer,
No es posible que ande haciendo
Locuras de noche ya,
Cuando esperándola está
Y su entrada previniendo;
Que si en Federico fuera
Libertad, ¿qué fuera en él?
Y si tú fueras fïel,
Aunque él ocasión te diera,
No anduvieras atrevido
Deslustrando su valor;
Que ya el Duque, tu señor,
Está acostado y dormido.
Y así, cierro la ventana;
Que ya sé que fué invención
Para hallar conversación.
Adiós, y vuelve mañana.

Quítase de la ventana, y ciérrala.

DUQUE.

¡Á buena casa de gusto
Me has traído!

RICARDO.

Yo, señor,
¿Qué culpa tengo?

DUQUE.

Fué error
Fiarte tanto disgusto.

FEBO.

Para la noche que viene,
Si quieres, yo romperé
La puerta.

DUQUE.

¡Que esto escuché!

FEBO.

Ricardo la culpa tiene.
Pero, señor, quien gobierna,
Si quiere saber su estado
Cómo es temido ó amado,
Deje la lisonja tierna
Del criado adulador,
Y disfrazado de noche
En traje humilde ó en coche
Salga á saber su valor;
Que algunos emperadores
Se valieron deste engaño.

DUQUE.

Quien escucha, oye su daño;
Y fueron, aunque lo dores (2),
Filósofos majaderos,
Porque el vulgo no es censor
De la verdad, y es error
De entendimientos groseros
Fiar la buena opinión
De quien, inconstante y vario,
Todo lo juzga al contrario
De la ley de la razón.
Un quejoso, un descontento,
Echa, por vengar su ira,
En el vulgo una mentira,
Á la novedad atento;
Y como por su bajeza
No la puede averiguar,
Ni en los palacios entrar,
Murmura de la grandeza.
Yo confieso que he vivido
Libremente y sin casarme,
Por no querer sujetarme,
Y que también parte ha sido
Pensar que me heredaría
Federico, aunque bastardo;
Mas ya que á Casandra aguardo,
Que Mantua con él me envía,
Todo lo pondré en olvido.

FEBO.

Será remedio casarte.

RICARDO.

Si quieres desenfadarte,
Pon á esta puerta el oído.

DUQUE.

¿Cantan?

RICARDO.

¿No lo ves?

DUQUE.

Pues ¿quién
Vive aquí?

RICARDO.

Vive un autor
De comedias.

FEBO.

Y el mejor
De Italia.

DUQUE.

Ellos cantan bien.
¿Tiénelas buenas?

RICARDO.

Están
Entre amigos y enemigos:
Buenas las hacen amigos
Con los aplausos que dan,
Y los enemigos malas.

FEBO.

No pueden ser buenas todas.

DUQUE.

Febo, para nuestras bodas
Prevén las mejores salas
Y las comedias mejores;
Que no quiero que repares
En las que fueren vulgares.

FEBO.

Las que ingenios y señores

(1) *Mas ya que persuadido.* (A).
(2) *Aunque los dores.* (A.) y lo mismo en la *Parte* 21.

Aprobaren, llevaremos.

DUQUE.

¿Ensayan?

RICARDO.

Y habla una dama.

DUQUE.

Si es Andrelina, es de fama.
¡Qué acción! ¡Qué afectos! ¡Qué extremos!

UNA MUJER.

Dentro.

Déjame, pensamiento;
No más, no más, memoria,
Que mi pasada gloria
Conviertes en tormento,
Y deste sentimiento
Ya no quiero memoria, sino olvido;
Que son de un bien perdido,
Aunque presumes que mi mal mejoras,
Discursos tristes para alegres horas.

DUQUE.

¡Valiente acción!

FEBO.

Extremada.

DUQUE.

Más oyera (1), pero estoy
Sin gusto. Á acostarme voy.

RICARDO.

¿Á las diez? (2).

DUQUE.

Todo me enfada.

RICARDO.

Mira que es esta mujer
Única.

DUQUE.

Temo que hable
Alguna cosa notable.

RICARDO.

De ti, ¿cómo puede ser?

DUQUE.

¿Ahora sabes, Ricardo,
Que es la comedia un espejo,
En que al necio, el sabio, el viejo,
El mozo, el fuerte, el gallardo,
El rey, el gobernador,
La doncella, la casada,
Siendo al ejemplo escuchada
De la vida y del honor,
Retrata nuestras costumbres,
Ó livianas ó severas,
Mezclando burlas y veras,
Donaires y pesadumbres?
Basta, que oí del papel
De aquella primera dama
El estado de mi fama:
Bien claro me hablaba en él.
¿Que escuche me persüades

(1) *Óyela*. (*Parte* 21).
(2) *¿Tan presto?* (A.)

La segunda? Pues no ignores
Que no quieren los señores
Oir tan claras verdades.

Vanse.

Sale el conde Federico, de camino, muy galán, y Batín.

BATÍN.

Desconozco el estilo de tu gusto.
¿Agora en cuatro sauces te detienes,
Cuando á negocio, Federico, vienes
De tan gran (1) importancia?

FEDERICO.

Mi disgusto
No me permite, como fuera justo,
Más priesa y más cuidado;
Antes la gente dejo, fatigado
De varios pensamientos,
Y al dosel destos árboles, que, atentos,
Á las dormidas ondas dese (2) río,
Mirando están sus copas,
Después que los vistió de verdes ropas,
De mí mismo quisiera retirarme;
Que me cansa el hablarme
Del casamiento de mi padre, cuando
Pensé heredarle; que si voy mostrando
Á nuestra gente gusto como es justo,
El alma llena de mortal disgusto,
Camino á Mantua, de sentido ajeno (3);
Que voy por mi veneno
En ir por mi madrastra, aunque es forzoso.

BATÍN.

Ya de tu padre el proceder vicioso,
De propios y de extraños reprendido,
Quedó á los pies de la virtud vencido.
Ya quiere sosegarse;
Que no hay freno, señor, como casarse.
Presentóle un vasallo
Al Rey francés un bárbaro caballo
De notable hermosura,
Cisne en el nombre y por la nieve pura
De la piel, que cubrían
Las ricas canas, que á los pies caían
De la cumbre del cuello, en levantando
La pequeña cabeza;
Finalmente, le dió naturaleza,
Que alguna dama estaba imaginando,
Hermosura y desdén, porque su furia
Tenía por injuria
Sufrir el picador más fuerte y diestro.
Viendo tal hermosura tan sin diestro,
Mandóle el Rey echar en una cava
Á un soberbio león que en ella estaba.
Y en viéndole feroz, apenas (4) viva

(1) *Grande*. (A. y *Parte* 21.)
(2) *Deste*. (A. y *Parte* 21.) El autógrafo añade:

Puro cristal, sonoro y frío.

(3) *De pesares lleno*. (A.)
(4) *Y apenas*. (A. y *Parte* 21.)

El alma sensitiva,
Hizo que el cuerpo alrededor se entolde
De las crines, que ya crespas sin molde
(Si el miedo no lo era),
Formaron como lanzas blanca esfera.
Y en espín erizado
De orgulloso caballo transformado,
Sudó por cada pelo
Una gota de hielo,
Y quedó tan pacífico y humilde,
Que fué un enano á sus arzones tilde;
Y el que á los picadores no sufría,
Los pícaros sufrió desde aquel día.

FEDERICO.

Batín, ya sé que á mi vicioso padre
No pudo haber remedio que le cuadre
Como es el casamiento;
Pero ¿no ha de sentir mi pensamiento
Haber vivido con tan loco engaño?
Ya sé que al más altivo, al más extraño,
Le doma una mujer, y que delante
Deste león, el bravo, el arrogante,
Se deja sujetar del primer niño,
Que con dulce cariño
Y media lengua, ó muda ó balbuciente,
Teniéndole en los brazos, le consiente
Que le tome la barba.
Ni rudo labrador la roja parva,
Como un casado la familia mira,
Y de todos los vicios se retira.
Mas ¿qué me importa á mí que se sosiegue
Mi padre, y que se niegue
Á los vicios pasados,
Si han de heredar sus hijos sus estados,
Y yo, escudero vil, traer en brazos
Algún león que me ha de hacer pedazos?

BATÍN.

Señor, los hombres cuerdos y discretos,
Cuando se ven sujetos
Á males sin remedio,
Poniendo la paciencia de por medio,
Fingen contento, gusto y confianza,
Por no mostrar envidia y dar venganza.

FEDERICO.

¡Yo sufriré madrastra!

BATÍN.

¿No sufrías
Las muchas que tenías
Con los vicios del Duque? Pues agora
Sufre una sola que es tan gran señora.

FEDERICO.

¿Qué voces son aquellas?

BATÍN.

En el vado del río suena gente.

FEDERICO.

Mujeres son; á verlas voy.

BATÍN.

Detente.

FEDERICO.

Cobarde, ¿no es razón favorecellas?

Vase.

BATÍN.

Excusar el peligro es ser valiente.
¡Lucindo! ¡Albano! ¡Floro!

Salen Lucindo, Albano y Floro.

LUCINDO.

El Conde llama.

ALBANO.

¿Dónde está Federico?

FLORO.

¿Pide acaso
Los caballos?

BATÍN.

Las voces de una dama,
Con poco seso y con valiente paso
Le llevaron de aquí: mientras le sigo,
Llamad la gente.

Vase.

LUCINDO.

¿Dónde vas? Espera.

ALBANO.

Pienso que es burla.

FLORO.

Y yo lo mismo digo.....
Aunque suena rumor en la ribera,
De gente que camina.

LUCINDO.

Mal Federico á obedecer se inclina
El nuevo dueño, aunque por ella viene.

ALBANO.

Sale á los ojos el pesar que tiene.

Sale Federico con Casandra en los brazos.

FEDERICO.

Hasta poneros aquí,
Los brazos me dan licencia.

CASANDRA.

Agradezco, caballero,
Vuestra mucha gentileza.

FEDERICO.

Y yo á mi buena fortuna
Traerme por esta selva,
Casi fuera de camino.

CASANDRA.

¿Qué gente, señor, es ésta?

FEDERICO.

Criados que me acompañan.
No tengáis, señora, pena:
Todos vienen á serviros.

Sale Batín con Lucrecia en los brazos.

BATÍN.

Mujer, dime, ¿cómo pesas,
Si dicen que sois livianas?

LUCRECIA.

Hidalgo, ¿dónde me llevas?

BATÍN.
Á sacarte, por lo menos,
De tanta enfadosa arena,
Como la falda (1) del río
En estas orillas deja.
Pienso que fué treta suya,
Por tener ninfas tan bellas,
Volcarse el coche al salir;
Que si no fuera tan cerca,
Corriérades gran peligro.

FEDERICO.
Señora, porque yo pueda
Hablaros con el respeto
Que vuestra persona muestra,
Decidme quién sois.

CASANDRA.
Señor,
No hay causa por que no deba
Decirlo. Yo soy Casandra,
Ya de Ferrara Duquesa,
Hija del Duque de Mantua.

FEDERICO.
¿Cómo puede ser que sea
Vuestra Alteza y venir sola?

CASANDRA.
No vengo sola, que fuera
Cosa imposible: no lejos
El marqués Gonzaga queda,
Á quien pedí me dejase,
Atravesando una senda,
Pasar sola en este río
Parte de esta ardiente siesta;
Y por llegar á la orilla,
Que me pareció cubierta
De más árboles y sombras,
Había más agua en ella,
Tanto, que pude correr,
Sin ser mar, fortuna adversa;
Mas no pudo ser fortuna,
Pues se pararon las ruedas.
Decidme, señor, quién sois,
Aunque ya vuestra presencia
Lo generoso asegura
Y lo valeroso muestra;
Que es razón que este favor,
No sólo yo le agradezca,
Pero el Marqués y mi padre,
Que tan obligados quedan.

FEDERICO.
Después que me dé la mano,
Sabrá quién soy Vuestra Alteza.

CASANDRA.
¡De rodillas! Es exceso.
No es justo que lo consienta
La mayor obligación.

FEDERICO.
Señora, es justo y es fuerza:
Mirad que soy vuestro hijo.

(1) *Falta.* (A.)

CASANDRA.
Confieso que he sido necia
En no haberos conocido.
¿Quién, sino quien sois, pudiera
Valerme en tanto peligro?
Dadme los brazos (1).

FEDERICO.
Merezca
Vuestra mano.

CASANDRA.
No es razón.
Dejadles pagar la deuda (2),
Señor conde Federico.

FEDERICO.
El alma os dé la respuesta.

Hablan quedo.

BATÍN.

A Lucrecia.

Ya que ha sido nuestra dicha
Que esta gran señora sea
Por quien íbamos á Mantua,
Sólo resta que yo sepa
Si eres tú vuesamerced,
Señoría ó excelencia,
Para que pueda medir
Lo razonado á las prendas.

LUCRECIA.
Desde mis primeros años
Sirvo, amigo, á la Duquesa.
Soy doméstica criada,
Visto y desnudo á Su Alteza.

BATÍN.
¿Eres camarera?

LUCRECIA.
No.

BATÍN.
Serás hacia-camarera,
Como que lo fuiste á ser,
Y te quedaste á la puerta.....
Tal vez tienen los señores,
Como lo que tú me cuentas,
Unas criadas malillas,
Entre doncellas (3) y dueñas,
Que son todo y no son nada.
¿Cómo te llamas?

LUCRECIA.
Lucrecia.

BATÍN.
¿La de Roma?

LUCRECIA.
Más acá.

(1) *Dadme mil veces los brazos,* escribió primeramente Lope.
(2) *Devaldes.* (A.)
(3) *Entre criadas,* escribió de primera intención Lope, corrigiendo luego la repetición.

BATÍN.
¡Gracias á Dios que con ella
Topé! que desde su historia
Traigo llena la cabeza
De castidades forzadas
Y de diligencias necias.
¿Tú viste á Tarquino?

LUCRECIA.
¡Yo!

BATÍN.
¿Y qué hicieras si le vieras?

LUCRECIA.
¿Tienes mujer?

BATÍN.
¿Por qué causa
Lo preguntas? (1).

LUCRECIA.
Porque pueda
Ir á tomar su consejo.

BATÍN.
Herísteme por la treta.
Tú ¿sabes quién soy?

LUCRECIA.
¿De qné?

BATÍN.
¿Es posible que no llega
Aún hasta Mantua la fama
De Batín?

LUCRECIA.
¿Por qué excelencias?
Pero tú debes de ser
Como unos necios, que piensan
Que en todo el mundo su nombre
Por único se celebra,
Y apenas le sabe nadie.

BATÍN.
No quiera Dios que tal sea,
Ni que murmure envidioso
De las virtudes ajenas.
Esto dije por donaire,
Que no porque piense ó tenga
Satisfacción y arrogancia.
Verdad es que yo quisiera
Tener fama entre hombres sabios,
Que ciencia y letras profesan;
Que en la ignorancia común
No es fama, sino cosecha,
Que sembrando disparates
Coge lo mismo que siembra.

CASANDRA.

Á Federico.

Aun no acierto á encarecer
El haberos conocido:
Poco es lo que había oído
Para lo que vengo á ver.
El hablar, el proceder,
Á la persona conforma,
Hijo y mi señor, de forma,
Que muestra en lo que habéis hecho
Cuál es el alma del pecho
Que tan gran sujeto informa.
Dicha ha sido haber errado
El camino que seguí,
Pues más presto os conocí
Por yerro tan acertado.
Cual suele en el mar airado
La tempestad, después della
Ver aquella lumbre bella,
Así fué mi error la noche,
Mar el río, nave el coche,
Yo el piloto, y vos mi estrella.
Madre os seré desde hoy,
Señor conde Federico,
Y deste nombre os suplico
Que me honréis, pues ya lo soy.
De vos tan contenta estoy,
Y tanto el alma repara
En prenda tan dulce y cara,
Que me da más regocijo
Teneros á vos por hijo,
Que ser Duquesa en Ferrara.

FEDERICO.
Basta que me dé temor,
Hermosa señora el veros;
No me impida el responderos
Turbarme tanto favor (1).
Hoy el Duque, mi señor,
En dos divide mi ser,
Que del cuerpo pudo hacer
Que mi ser primero fuese,
Para que el alma debiese
Á mi segundo nacer.
Destos nacimientos dos
Lleváis, señora, la palma,
Que para nacer con alma,
Hoy quiero nacer de vcs;
Que aunque quien la infunde es Dios,
Hasta que os vi no sentía
En qué parte la tenía;
Pues si conocerla os debo,
Vos me habéis hecho de nuevo,
Que yo sin alma vivía.
Y desto se considera,
Pues que de vos nacer quiero,
Que soy el hijo primero
Que el Duque de vos espera.
Y de que tan hombre quiera
Nacer, no son fantasías;
Que para disculpas mías,
Aquel divino crisol
Ha seis mil años que es sol,
Y nace todos los días.

---

(1) *De mi mujer lo preguntas.* (A.)

(1)
Señora, dadme valor,
Dadme vida.....,
Que no acierto á responderos;
Me turbo en tanto favor. (A.)

Salen el marqués Gonzaga y Rutilio.

RUTILIO.
Aquí, señor, los dejé.
MARQUÉS.
Extraña desdicha fuera,
Si el caballero que dices
No llegara á socorrerla.
RUTILIO.
Mandóme alejar, pensando
Dar nieve al agua risueña,
Bañando en ella les pies
Para que corriese perlas;
Y así no pudo llegar
Tan presto mi diligencia,
Y en brazos de aquel hidalgo
Salió, señor, la Duquesa;
Pero como vi que estaban
Seguras en la ribera,
Corrí á llamarte.
MARQUÉS.
Allí está
Entre el agua y el arena
El coche solo.
RUTILIO.
Estos sauces
Nos estorbaron el verla.
Allí está con los criados
Del caballero.
CASANDRA.
Ya llega
Mi gente.
MARQUÉS.
¡Señora mía!.....
CASANDRA.
¡Marqués!.....
MARQUÉS.
Con notable pena
Á todos nos ha tenido
Hasta agora Vuestra Alteza.
¡Gracias á Dios, que os hallamos
Sin peligro!
CASANDRA.
Después dellas,
Las dad á este caballero:
Su piadosa gentileza
Me sacó libre en los brazos.
MARQUÉS.
Señor Conde, ¿quién pudiera,
Sino vos, favorecer
Á quien ya es justo que tenga
El nombre de vuestra madre?
FEDERICO.
Señor Marqués, yo quisiera
Ser un Júpiter entonces,
Que transformándome cerca
En aquel ave imperial,
Aunque las plumas pusiera
Á la luz de tanto sol,
Ya de Faetonte soberbia,
Entre las doradas uñas,
Tusón del pecho la hiciera,
Y por el aire en los brazos,
Por mi cuidado la vieran
Los del Duque, mi señor.
MARQUÉS.
El cielo, señor, ordena
Estos sucesos que veis,
Para que Casandra os deba
Un beneficio tan grande,
Que desde este punto pueda
Confirmar las voluntades,
Y en toda Italia se vea
Amarse tales contrarios,
Y que en un sujeto quepan.

Hablan los dos, y aparte Casandra y Lucrecia.

CASANDRA.
Mientras los dos hablan, dime
Qué te parece, Lucrecia,
De Federico.
LUCRECIA.
Señora,
Si tú me dieses licencia,
Mi parecer te diría.
CASANDRA.
Aunque ya no sin sospecha,
Yo te la doy.
LUCRECIA.
Pues yo digo.....
CASANDRA.
Di.
LUCRECIA.
Que más dichosa fueras
Si se trocara la suerte.
CASANDRA.
Aciertas, Lucrecia, y yerra
Mi fortuna; mas ya es hecho,
Porque cuando yo quisiera,
Fingiendo alguna invención,
Volver á Mantua, estoy cierta
Que me matara mi padre,
Y por toda Italia fuera
Fábula mi desatino;
Fuera de que no pudiera
Casarme con Federico;
Y así, no es justo que vuelva
Á Mantua, sino que vaya
Á Ferrara, en que me espera
El Duque, de cuya libre
Vida y condición me llevan
Las nuevas con gran cuidado.
MARQUÉS.
Ea, nuestra gente venga,
Y alegremente salgamos
Del peligro desta selva.
Parte delante á Ferrara,
Rutilio, y lleva las nuevas
Al Duque del buen suceso,
Si por ventura no llega
Anticipada la fama,

Que se detiene en las buenas
Cuanto corre en siendo malas.
Vamos, señora, y prevengan
Caballo al Conde.

FLORO.

El caballo
Del Conde.

Vase.

CASANDRA.

Vuestra Excelencia
Irá mejor en mi coche.

FEDERICO.

Como mande Vuestra Alteza
Que vaya, la iré sirviendo.

El Marqués lleva de la mano á Casandra, y quédanse Federico y Batín.

BATÍN.

¡Qué bizarra es la Duquesa!

FEDERICO.

¿Parécete bien, Batín?

BATÍN.

Paréceme una azucena
Que está pidiendo al aurora,
En cuatro cándidas lenguas,
Que le trueque en cortesía
Los granos de oro á sus perlas.
No he visto mujer tan linda.
¡Por Dios, señor, que si hubiera
Lugar (porque suben ya,
Y no es bien que la detengas),
Que te dijera.....

FEDERICO.

No digas
Nada; que con tu águdeza
Me has visto el alma en los ojos,
Y el gusto me lisonjeas.

BATÍN.

¿No era mejor para ti
Esta clavellina fresca,
Esta naranja en azâr,
Toda de pimpollos hecha,
Esta alcorza de ámbar y oro,
Esta Venus, esta Helena?
¡Pese á las leyes del mundo!

FEDERICO.

Ven, no les demos sospecha;
Y seré el primer alnado
Á quien hermosa parezca
Su madrastra.

BATÍN.

Pues, señor,
No hay más de tener paciencia;
Que á fe que á dos pesadumbres,
Ella te parezca fea.

Salen el Duque y Aurora.

DUQUE.

Hallarála en el camino
Federico, si partió
Cuando dicen.

AURORA.

Mucho erró,
Pues cuando el aviso vino,
Era forzoso el partir
Á acompañar á Su Alteza.

DUQUE.

Pienso que alguna tristeza
Pudo el partir diferir;
Que en fin, Federico estaba
Seguro en su pensamiento
De heredarme, cuyo intento,
Que con mi amor consultaba,
Fundaba bien su intención,
Porque es Federico, Aurora,
Lo que más mi alma adora,
Y fué casarme traición
Que hago á mi propio gusto;
Que mis vasallos han sido
Quien me han forzado y vencido
Á darle tanto disgusto;
Si bien dicen que esperaban
Tenerle por su señor,
Ó por conocer mi amor,
Ó porque también le amaban;
Mas que los deudos que tienen
Derecho á mi sucesión,
Pondrán pleito con razón;
Ó que si á las armas vienen,
No pudiendo concertallos,
Abrasarán estas tierras,
Porque siempre son las guerras
Á costa de los vasallos.
Con esto determiné
Casarme: no pudo más.

AURORA.

Señor, disculpado estás:
Yerro de fortuna fué.
Pero la grave prudencia
Del Conde hallará templanza,
Para que su confianza
Tenga consuelo y paciencia.
Aunque en esta confusión
Un consejo quiero darte,
Que será remedio en parte
De su engaño y tu afición.
Perdona el atrevimiento;
Que fiado en el amor
Que me muestras, con valor
Te diré mi pensamiento.
Yo soy, invicto Duque, tu sobrina;
Hija soy de tu hermano,
Que en su primera edad, como temprano
Almendro que la flor al cierzo inclina,
Cinco lustros ¡ay suerte
Cruel! rindió á la inexorable muerte.
Criásteme en tu casa, porque luego
Quedé también sin madre:
Tú solo fuiste mi querido padre;
Y en el confuso laberinto ciego

De mis fortunas tristes,
El hilo de oro que de luz me vistes.
Dísteme por hermano á Federico,
Mi primo en la crianza,
Á cuya siempre honesta confianza
Con dulce trato honesto amor aplico,
No menos dél querida,
Viviendo entrambos una mesma vida.
Una ley, un amor, un albedrío,
Una fe nos gobierna,
Que con el matrimonio será eterna,
Siendo yo suya y Federico mío;
Que aun apenas la muerte
Osará dividir lazo tan fuerte.
Desde la muerte de mi padre amado,
Tiene mi hacienda aumento;
No hay en Italia agora casamiento
Más igual á sus prendas y á su estado;
Y yo, entre muchos grandes,
Ni miro á España ni me aplico á Flandes.
Si le casas conmigo, estás seguro
De que no se entristezca
De que Casandra sucesión te ofrezca,
Sirviendo yo de su defensa y muro.
Mira si en este medio
Promete mi consejo tu remedio.

DUQUE.

Dame tus brazos, Aurora,
Que en mi sospecha y recelo,
Eres la misma del cielo,
Que mi noche ilustra y dora.
Hoy mi remedio amaneces,
Y en el sol de tu consejo
Miro, como en claro espejo,
El que á mi sospecha ofreces.
Mi vida y honra aseguras;
Y así, te prometo al Conde,
Si á tu honesto amor responde
La fe con que le procuras;
Que bien creo que estarás
Cierta de su justo amor,
Como yo, que tu valor,
Aurora, merece más.
Y así, pues vuestros intentos
Conformes vienen á ser,
Palabra te doy de hacer
Juntos los dos casamientos.
Venga el Conde, y tú verás
Qué día á Ferrara doy.

AURORA.

Tu hija y tu esclava soy.
No puedo decirte más.

Sale Batín.

BATÍN.

Vuestra Alteza, gran señor,
Reparta entre mí y el viento
Las albricias, porque á entrambos
Se las debe de derecho;
Que no sé cuál de los dos
Vino en el otro corriendo,
Yo en el viento ó él en mí,
Él en mis pies, yo en su vuelo.
La Duquesa, mi señora,
Viene buena, y si primero
Dijo la fama que el río,
Con atrevimiento necio,
Volvió el coche, no fué nada;
Porque el Conde al mismo tiempo
Llegó y la sacó en sus brazos,
Con que las paces se han hecho
De aquella opinión vulgar,
Que nunca bien se quisieron
Los alnados y madrastras;
Porque con tanto contento
Vienen juntos, que parecen
Hijo y madre verdaderos.

DUQUE.

Esa paz, Batín amigo,
Es la nueva que agradezco;
Y que traiga gusto el Conde,
Fuera de ser nueva, es nuevo.
Querrá Dios que Federico
Con su buen entendimiento
Se lleve bien con Casandra.
En fin, ¿ya los dos se vieron,
Y en tiempo que pudo hacerle
Ese servicio?

BATÍN.

Prometo
Á Vuestra Alteza que fué
Dicha de los dos.

AURORA.

Yo quiero
Que me des nuevas también.

BATÍN.

¡Oh, Aurora, que á la del cielo
Das ocasión con el nombre
Para decirte conceptos!
¿Qué me quieres preguntar?

AURORA.

Deseo de saber tengo
Si es muy hermosa Casandra.

BATÍN.

Esa pregunta y deseo
No era de Vuestra Excelencia,
Sino del Duque; mas pienso
Que entrambos sabéis por fama
Lo que repetir no puedo,
Porque ya llegan.

DUQUE.

Batín,
Ponte esta cadena al cuello.

Salen (1) con grande acompañamiento y bizarría Rutilio, Floro, Albano, Lucindo, el Marqués, Federico, Casandra y Lucrecia.

FEDERICO.

En esta huerta, señora,

(1) *Entren.* (A. y *Parte* 21.)

Os tienen hecho aposento
Para que el Duque os reciba,
En tanto que disponiendo
Queda Ferrara la entrada,
Que á vuestros merecimientos
Será corta, aunque será
La mayor que en estos tiempos
En Italia se haya visto.

CASANDRA.

Ya, Federico, el silencio
Me provocaba á tristeza.

FEDERICO.

Fué de aquesta causa efeto.

FLORO.

Ya salen á recibiros
El Duque y Aurora.

DUQUE.

El cielo,
Hermosa Casandra, á quien
Con toda el alma os ofrezco
Estos estados, os guarde
Para su señora y dueño,
Para su aumento y su honor,
Los años de mi deseo.

CASANDRA.

Para ser de Vuestra Alteza
Esclava, gran señor, vengo;
Que deste título solo
Recibe mi casa aumento,
Mi padre honor, y mi patria,
Gloria, en cuya fe poseo
Los méritos de llegar
Á ser digna de los vuestros.

DUQUE.

Dadme vos, señor Marqués,
Los brazos, á quien yo debo
Prenda de tanto valor.

MARQUÉS.

En su nombre los merezco,
Y por la parte que tuve
En este alegre himeneo,
Pues hasta la ejecución
Me sois deudor del concierto.

AURORA.

Conoced, Casandra, á Aurora.

CASANDRA.

Entre los bienes que espero
De tanta ventura mía,
Es ver, Aurora, que os tengo
Por amiga y por señora.

AURORA.

Con serviros, con quereros
Por dueño de cuanto soy,
Sólo responderos puedo.
Dichosa Ferrara ha sido
¡Oh Casandra! en mereceros
Para gloria de su nombre.

CASANDRA.

Con tales favores entro,
Que ya en todas mis acciones
Próspero fin me prometo.

DUQUE.

Sentaos, porque os reconozcan
Con debido amor mis deudos
Y mi casa.

CASANDRA.

No replico;
Cuanto mandáis obedezco.

Siéntanse debajo del dosel el Duque y Casandra, el Marqués y Aurora.

CASANDRA.

¿No se sienta el Conde?

DUQUE.

No,
Porque ha de ser el primero
Que os ha de besar la mano.

CASANDRA.

Perdonad, que no consiento
Esa humildad.

FEDERICO.

Es agravio
De mi amor; fuera de serlo,
Es ir contra mi obediencia.

CASANDRA.

Eso no.

FEDERICO.

Temblando llego. (Aparte.)

CASANDRA.

Teneos.....

FEDERICO.

No lo mandéis.
Tres veces, señora, beso
Vuestra mano: una por vos,
Con que humilde me sujeto
Á ser vuestro mientras viva,
Destos vasallos ejemplo;
La segunda por el Duque,
Mi señor, á quien respeto
Obediente, y la tercera
Por mí, porque no teniendo
Más por vuestra obligación
Ni menos por su precepto,
Sea de mi voluntad,
Señora, reconoceros;
Que la que sale del alma
Sin fuerza de gusto ajeno,
Es verdadera obediencia.

CASANDRA.

De tan obediente cuello
Sean cadena mis brazos.

DUQUE.

Es Federico discreto.

MARQUÉS.

Días ha, gallarda Aurora,
Que los deseos de veros
Nacieron de vuestra fama,
Y á mi fortuna le debo
Que tan cerca me pusiese
De vos, aunque no sin miedo,
Para que sepáis de mí

Que, puesto que se cumplieron,
Son mayores de serviros
Cuando tan hermosa os veo.

AURORA.

Yo, señor Marqués, estimo
Ese favor como vuestro,
Porque ya de vuestro nombre,
Que por las armas eterno
Será en Italia, tenía
Noticia por tantos hechos.
Lo de galán ignoraba,
Y fué ignorancia os confieso,
Porque soldado y galán
Es fuerza, y más en sujeto
De tal sangre y tal valor.

MARQUÉS.

Pues haciendo fundamento
De ese favor, desde hoy
Me nombro vuestro, y prometo
Mantener en estas fiestas
Á todos los caballeros
De Ferrara, que ninguno
Tiene tan hermoso dueño.

DUQUE.

Que descanséis es razón;
Que pienso que entreteneros
Es hacer la necedad
Que otros casados dijeron.
No diga el largo camino
Que he sido dos veces necio,
Y amor, que no estimo el bien,
Pues no le agradezco el tiempo.

Todos se entran con grandes cumplimientos, y quédanse (1) Federico y Batín.

FEDERICO.

¡Qué necia imaginación!

BATÍN.

¿Cómo necia? ¿Qué tenemos?

FEDERICO.

Bien dicen que nuestra vida
Es sueño, y que toda es sueño,
Pues que no sólo dormidos,
Pero aun estando despiertos.
Cosas imagina un hombre
Que al más abrasado enfermo
Con frenesí, no pudieran
Llegar á su entendimiento.

BATÍN.

Dices bien; que alguna vez
Entre muchos caballeros
Suelo estar, y sin querer
Se me viene al pensamiento
Dar un bofetón á uno
Y mordelle del pescuezo.
Si estoy en algun balcón,
Estoy pensando y temiendo
Echarme dél y matarme.
Si voy en algún entierro,
Me da gana de reir (1).
Si estoy en la iglesia oyendo
Algún sermón, imagino
Que le digo que está impreso;
Y si dos están jugando,
Que les tiro un candelero (2).
Si cantan, quiero cantar;
Y si alguna dama veo,
En mi necia fantasía
Asirla del moño intento,
Y me salen mil colores,
Como si lo hubiera hecho.

FEDERICO.

¡Jesús! ¡Dios me valga! ¡Afuera,
Desatinados conceptos
De sueños despiertos! ¡Yo
Tal imagino, tal pienso,
Tal me prometo, tal digo,
Tal fabrico, tal emprendo!
No más. ¡Extraña locura!

BATÍN.

Pues ¡tú para mí secreto!

FEDERICO.

Batín, no es cosa que hice,
Y así, nada te reservo;
Que las imaginaciones
Son espíritu sin cuerpo.
Lo que no es ni ha de ser,
No es esconderte mi pecho.

BATÍN.

Y si te lo digo yo,
¿Negarásmelo?

FEDERICO.

Primero
Que puedas adivinarlo,
Habrá flores en el cielo,
Y en ese jardín estrellas.

BATÍN.

Pues mira cómo lo acierto:
Que te agrada tu madrastra
Estás entre ti diciendo.

FEDERICO.

¡No lo digas! Es verdad.
Pero yo, ¿qué culpa tengo,
Pues el pensamiento es libre?

BATÍN.

Y tanto, que por su vuelo
La inmortalidad del alma
Se mira como en espejo.

FEDERICO.

Dichoso es el Duque.

BATÍN.

Y mucho.

FEDERICO.

Con ser imposible, llego

(1) *Queden.* (A.)

(1)
Dame gana de reir
Si voy en algun entierro.
(A. y *Parte* 21.)

(2) *El candelero.* (A.)

Á estar envidioso dél.

BATÍN.

Bien puedes, con presupuesto
De que era mejor Casandra
Para ti.

FEDERICO.

Con eso puedo
Morir de imposible amor
Y tener posibles celos.

ACTO SEGUNDO.

Salen Casandra y Lucrecia.

LUCRECIA.

Con notable admiración
Me ha dejado Vuestra Alteza.

CASANDRA.

No hay alteza con tristeza,
Y más si bajezas son.
Más quisiera, y con razón,
Ser una ruda villana
Que me hallara la mañana
Al lado de un labrador,
Que desprecio de un señor (1)
En oro, púrpura y grana.
¡Pluguiera á Dios que naciera
Bajamente, pues hallara
Quien lo que soy estimara,
Y á mi amor correspondiera!
En aquella humilde esfera,
Como en las camas reales,
Se gozan contentos tales,
Que no los crece el valor,
Si los efectos de amor
Son en las noches iguales.
No los halla á dos casados
El sol por las vidrïeras
De cristal, á las primeras
Luces del alba, abrazados
Con más gusto, ni en dorados
Techos más descanso halló,
Que tal vez que penetró,
Del aurora á los principios,
Por mal ajustados ripios,
Y un alma en dos cuerpos vió.
¡Dichosa la que no siente
Un desprecio autorizado,
Y se levanta del lado
De su esposo alegremente!
La que en la primera fuente
Mira ó lava (2) ¡oh cosa rara!
Con las dos manos la cara,
Y no en llanto, cuando fué
Mujer de un hombre sin fe,
Con ser Duque de Ferrara.
Sola una noche le vi
En mis brazos en un mes,
Y muchas le vi después
Que no quiso verme á mí.
Pero de que viva ansí,
¿Cómo me puedo quejar,
Pues que me pudo enseñar
La fama que quien vivía
Tan mal, no se emendaría
Aunque mudase lugar?
Que venga un hombre á su casa
Cuando viene al mundo el día,
Que viva á su fantasía,
Por libertad de hombre pasa
(¿Quién puede ponerle tasa?);
Pero quien con tal desprecio
Trate una mujer de precio,
De que es casado olvidado,
Ó quiere ser desdichado,
Ó tiene mucho de necio.
El Duque debe de ser
De aquellos cuya opinión
En tomando posesión,
Quieren en casa tener
Como alhaja la mujer,
Para adorno, lustre y gala,
Silla ó escritorio en sala;
Y es término que condeno,
Porque con marido bueno
¿Cuándo se vió mujer mala?
La mujer de honesto trato
Viene para ser mujer
Á su casa, que no á ser
Silla, escritorio ó retrato.
Basta ser un hombre ingrato,
Sin que sea descortés;
Y es mejor, si causa es
De algún pensamiento extraño,
No dar ocasión al daño,
Que remediarle después.

LUCRECIA.

Tu discurso me ha causado
Lástima y admiración;
Que tan grande sinrazón
Puede ponerte en cuidado.
¿Quién pensara que casado
Fuera el Duque tan vicioso,
Ó que no siendo amoroso,
Cortés, como dices, fuera,
Con que tu pecho estuviera
Para el agravio animoso?
En materia de galán
Puédese picar con celos,
Y dar algunos desvelos,
Cuando dormidos están:
El desdén, el ademán,
La risa con quien pasó,

(1) *Que de un desprecio señor.* (A.)
(2) *Mira y lava.* (A.)

Alabar al que la habló,
Con que despierta el dormido;
Pero celos á marido,
¿Quién en el mundo los dió?
¿Hale escrito Vuestra Alteza
Á su padre estos enojos?

CASANDRA.

No, Lucrecia, que mis ojos
Sólo saben mi tristeza.

LUCRECIA.

Conforme á naturaleza
Y á la razón, mejor fuera
Que el Conde te mereciera (1),
Y que contigo casado,
Asegurando su estado,
Su nieto le sucediera;
Que aquestas melancolías
Que trae el Conde no son
Señora, sin ocasión.

CASANDRA.

No serán sus fantasías,
Lucrecia, de envidias mías,
Ni yo hermanos le daré;
Con que Federico esté
Seguro que no soy yo
La que la causa le dió.
Desdicha de entrambos fué.

Salen el Duque, Federico y Batín.

DUQUE.

Si yo pensara, Conde, que te diera
Tanta tristeza el casamiento mío,
Antes de imaginarlo me muriera.

FEDERICO.

Señor, fuera notable desvarío
Entristecerme á mí tu casamiento.
Ni de tu amor por eso desconfío.
Advierta, pues, tu claro entendimiento
Que si del casamiento me pesara,
Disimular supiera el descontento.
La falta de salud se ve en mi cara,
Pero no la ocasión.

DUQUE.

Mucho presumen
Los médicos de Mantua y de Ferrara,
Y todos, finalmente, se resumen
En que casarte es el mejor remedio
Con que tales tristezas se consumen.

FEDERICO.

Para doncellas era mejor medio,
Señor, que para un hombre de mi estado,
Que no por esos medios me remedio.

CASANDRA.

Aparte á Lucrecia.

Aun apenas el Duque me ha mirado.
¡Desprecio extraño y vil descortesía!

(1) *Que el Conde tu esposo fuera.*

LUCRECIA.

Si no te ha visto, no será culpado.

CASANDRA.

Fingir descuido es brava tiranía.
Vamos, Lucrecia; que, si no me engaño,
Deste desdén le pesará algún día.

Vanse las dos.

DUQUE.

Si bien de la verdad me desengaño,
Yo quiero proponerte un casamiento,
No lejos (1) de tu amor ni en reino extraño.

FEDERICO.

¿Es por ventura Aurora?

DUQUE.

El pensamiento
Me hurtaste al producirle por los labios,
Como quien tuvo el mismo sentimiento.
Yo consulté los más ancianos sabios
Del magistrado nuestro, y todos vienen
En que esto sobredora tus agravios.

FEDERICO.

Poca experiencia de mi pecho tienen.
Neciamente me juzgan agraviado,
Pues sin causa ofendido me previenen.
Ellos saben que nunca reprobado
Tu casamiento de mi voto ha sido;
Antes por tu sosiego deseado.

DUQUE.

Así lo creo y siempre lo he creído;
Y esa obediencia, Federico, pago
Con estar de casarme arrepentido.

FEDERICO.

Señor, porque no entiendas que yo hago
Sentimiento de cosa que es tan justa,
Y el amor que me muestras satisfago,
Sabré primero si mi prima gusta;
Y luego, disponiendo mi obediencia,
Pues lo contrario fuera cosa injusta,
Haré lo que me mandas.

DUQUE.

Su licencia
Tengo firmada de su misma boca.

FEDERICO.

Yo sé que hay novedad, de cierta ciencia,
Y que porque á servirla le provoca,
El Marqués en Ferrara se ha quedado.

DUQUE.

Pues eso, Federico, ¿qué te toca?

FEDERICO.

Al que se ha de casar le da cuidado
El galán que ha servido, y aun enojos;
Que es escribir sobre papel borrado.

DUQUE.

Si andan los hombres á mirar antojos,
Encierren en castillos las mujeres
Desde que nacen, contra tantos ojos;
Que el más puro cristal, si verte quieres,

(1) *Ni lexos.* (A.)

Se mancha del aliento; mas ¿qué importa
Si del mirar escrupuloso eres?
Pues luego que se limpia y se reporta,
Tan claro queda como estaba de antes.

FEDERICO.

Muy bien tu ingenio y tu valor me exhorta.
Señor, cuando centellas rutilantes
Escupe alguna fragua, y el que fragua
Quiere apagar las llamas resonantes,
Moja las brasas de la ardiente fragua;
Pero rebeldes ellas, crecen luego,
Y arde el fuego voraz lamiendo el agua.
Así un marido del amante ciego
Templó (1) el deseo y la primera llama;
Pero puede volver más vivo el fuego,
Y así, debo temerme de quien ama,
Que no quiero ser agua que le aumente,
Dando fuego á mi honor y humo á mi fama.

DUQUE.

Muy necio, Conde, estás é impertinente.
Hablas de Aurora, cual si noche fuera,
Con bárbaro lenguaje é indecente.

FEDERICO.

Espera.

DUQUE.

¿Para qué?

FEDERICO.

Señor, espera.

Vase el Duque.

BATÍN.

¡Oh, qué bien has negociado
La gracia del Duque!

FEDERICO.

Espero
Su desgracia, porque quiero
Ser en todo desdichado;
Que mi desesperación
Ha llegado á ser de suerte,
Que sólo para la muerte
Me permite apelación.
Y si muriera, quisiera
Poder volver á vivir
Mil veces, para morir
Cuantas á vivir volviera.
Tal estoy, que no me atrevo
Ni á vivir ni á morir ya,
Por ver que el vivir será
Volver á morir de nuevo.
Y si no soy mi homicida,
Es por ser mi mal tan fuerte,
Que porque es menos la muerte,
Me dejo estar con la vida.

BATÍN.

Según esto, ni tú quieres
Vivir, Conde, ni morir;
Que entre morir y vivir,
Como hermafrodita eres;
Que como aquél se compone
De hombre y mujer, tú de muerte
Y vida; que de tal suerte
La tristeza te dispone,
Que ni eres muerte ni vida.
Pero, ¡por Dios! que, mirado
Tu desesperado estado,
Me obligas á que te pida
Ó la razón de tu mal
Ó la licencia de irme
Adonde que fuí confirme
Desdichado por leal.
Dame tu mano.

FEDERICO.

Batín,
Si yo decirte pudiera
Mi mal, mal posible fuera,
Y mal que tuviera fin.
Pero la desdicha ha sido
Que es mi mal de condición,
Que no cabe en mi razón,
Sino sólo en mi sentido;
Que cuando por mi consuelo
Voy á hablar, me pone en calma
Ver que de la lengua al alma
Hay más que del suelo al cielo.
Vete, si quieres, también,
Y déjame solo aquí,
Porque no haya cosa en mí
Que aun tenga sombra de bien.

Salen Casandra y Aurora.

CASANDRA.

¿Deso lloras?

AURORA.

¿Le parece
Á Vuestra Alteza, señora,
Sin razón, si el Conde agora
Me desprecia y aborrece?
Dice que quiero al marqués
Gonzaga. ¡Yo á Carlos! ¡Yo!
¿Cuándo? ¿Cómo? Pero no;
Que ya sé lo que esto es.
Él tiene en su pensamiento
Irse á España, despechado
De ver su padre casado;
Que antes de su casamiento
La misma luz de sus ojos
Era yo; pero ya soy
Quien en los ojos le doy,
Y mis ojos sus enojos.
¿Qué auroras nuevas el día
Trujo al mundo, sin hallar
Al Conde, donde á buscar
La de sus ojos venía?
¿En qué jardín, en qué fuente
No me dijo el Conde amores?
¿Qué jazmines ó qué flores
No fueron mi boca y frente?
Cuando de mí se apartó,

---

(1) *Tiempla*. (A.)

¿Qué instante vivió sin mí?
Ó ¿cómo viviera en sí,
Si no le animara yo?
Que tanto el trato acrisola
La fe de amor, que de dos
Almas que nos puso Dios,
Hicimos una alma (1) sola.
Esto desde tiernos años,
Porque con los dos nació
Este amor, que hoy acabó
Á manos de sus engaños.
¡Tanto pudo la ambición
Del estado que ha perdido!

CASANDRA.

Pésame de que haya sido,
Aurora, por mi ocasión;
Pero templa tus desvelos
Mientras voy á hablar con él,
Si bien es cosa cruel
Poner en razón los celos (2).

AURORA.

¡Yo celos!

CASANDRA.

Con el Marqués,
Dice el Duque.

AURORA.

Vuestra Alteza
Crea que aquella tristeza
Ni es amor ni celos es.

Vase.

CASANDRA.

Federico.....

FEDERICO.

Mi señora,
Dé Vuestra Alteza la mano
Á su esclavo.

CASANDRA.

¡Tú en el suelo!
Conde, no te humilles tanto;
Que te llamaré excelencia.

FEDERICO.

Será de mi amor agravio.
Ni me pienso levantar
Sin ella.

CASANDRA.

Aquí están mis brazos.
¿Qué tienes? ¿Qué has visto en mí?
Parece que estás temblando.
¿Sabes ya lo que te quiero?

FEDERICO.

Al haberlo adivinado
El alma, lo dijo al pecho,
El pecho al rostro, causando
El sentimiento que miras.

(1) *Un alma.* (A.)
(2) Estos cuatro versos, al parecer de otra letra, sustituyen en el autógrafo á otros cuatro enteramente borrados.

CASANDRA.

Déjanos solos un rato,
Batín; que tengo que hablar
Al Conde.

BATÍN.

¡El Conde turbado, (Aparte.)
Y hablarle Casandra á solas!
No lo entiendo.

Vase.

FEDERICO.

¡Ay, cielo! En tanto (Aparte.)
Que muero fénix, poned
Á tanta llama descanso,
Pues otra vida me espera (1).

CASANDRA.

Federico, aunque reparo
En lo que me ha dicho Aurora
De tus celosos cuidados
Después que vino conmigo
Á Ferrara el marqués Carlos,
Por quien de casarte dejas,
Apenas me persüado
Que tus méritos desprecies,
Siendo, como dicen, sabios
Desconfianza y envidia;
Que más tiene de soldado,
Aunque es gallardo el Marqués,
Que de galán cortesano.
De suerte que sólo pienso
De tu tristeza y recato
Que es porque el Duque, tu padre,
Se casó conmigo, dando
Por ya perdida la acción
Á la luz del primer parto (2),
Que á sus estados tenías.
Y siendo así que yo causo
Tu desasosiego y pena,
Desde aquí te desengaño,
Que puedes estar seguro
De que no tendrás hermanos,
Porque el Duque, solamente
Por cumplir con sus vasallos,
Este casamiento ha hecho;
Que sus viciosos regalos,
Por no les dar otro nombre,
Apenas el breve espacio
De una noche, que á su cuenta
Fué cifra de muchos años,
Mis brazos le permitieron;
Y á los deleites pasados
Ha vuelto con mayor furia,
Roto el freno de mis brazos,

(1) Estos cuatro versos están en el mismo caso que los cuatro de la nota precedente.
(2)

Nace, Conde, de porque tu padre (*sic*)
Conmigo se aya cassado,
Con que juzgas la acción
Perdida al primero parto.

(Tachado en el autógrafo.)

Como se suelta al estruendo
Un arrogante caballo,
Del atambor (porque quiero
Usar de término casto),
Que del bordado jaez
Va sembrando los pedazos,
Allí las piezas del freno
Vertiendo espumosos rayos;
Allí la barba y la rienda,
Allí las cintas y lazos;
Así el Duque, la obediencia
Rota al matrimonio santo,
Va por mujercillas viles
Pedazos de honor sembrando.
Allí se deja la fama,
Allí los laureles y arcos,
Los títulos y los nombres
De sus descendientes claros;
Allí el valor, la salud
Y el tiempo tan mal gastado,
Haciendo las noches días
En estos indignos pasos:
Con que sabrás cuán seguro
Estás de heredar su estado;
Ó escribiendo yo á mi padre
Que es, más que esposo, tirano,
Para que me saque libre
Del Argel de su palacio,
Si no anticipa la muerte
Breve fin á tantos daños.

FEDERICO.

Comenzando Vuestra Alteza
Riñéndome, acaba en llanto
Su discurso, que pudiera
En el más duro peñasco
Imprimir dolor. ¿Qué es esto?
Sin duda que me ha mirado
Por hijo de quien la ofende;
Pero yo la desengaño
Que no parezca hijo suyo
Para tan injustos casos.
Esto persuadido ansí,
De mi tristeza, me espanto
Que la atribuyas, señora,
Á pensamientos tan bajos.
¿Ha menester Federico,
Para ser quien es, estados?
¿No lo son los de mi prima,
Si yo con ella me caso,
Ó si la espada por dicha
Contra algún príncipe saco
Destos confinantes nuestros,
Los que me quitan restauro?
No procede mi tristeza
De interés; y aunque me alargo
Á más de lo que es razón,
Sabe, señora, que paso
Una vida la más triste
Que se cuenta de hombre humano (1)
Desde que Amor en el mundo
Puso las flechas al arco.
Yo me muero sin remedio,
Mi vida se va acabando,
Como vela, poco á poco;
Y ruego á la muerte en vano
Que no aguarde á que la cera
Llegue al último desmayo,
Sino que con breve soplo
Cubra de noche mis años.

CASANDRA.

Detén, Federico ilustre,
Las lágrimas; que no ha dado
El cielo el llanto á los hombres,
Sino el ánimo gallardo.
Naturaleza, el llorar
Vinculó por mayorazgo
En las mujeres, á quien,
Aunque hay valor, faltan manos;
No en los hombres, que una vez
Sólo pueden, y es en caso
De haber perdido el honor,
Mientras vengan el agravio.
¡Mal haya Aurora y sus celos,
Que un caballero bizarro,
Discreto, dulce y tan digno
De ser querido, á un estado
Han reducido tan triste!

FEDERICO.

No es Aurora; que es engaño.

CASANDRA.

Pues ¿quién es?

FEDERICO.

El mismo sol;
Que de esas auroras hallo
Muchas siempre que amanece.

CASANDRA.

¿Que no es Aurora?

FEDERICO.

Más alto
Vuela el pensamiento mío,

CASANDRA.

¿Mujer te ha visto y hablado,
Y tú le has dicho tu amor,
Que puede con pecho ingrato
Corresponderte? ¿No miras
Que son efectos contrarios,
Y proceder de una causa
Parece imposible?

FEDERICO.

Cuando
Supieras tú el imposible,
Dijeras que soy de mármol,
Pues no me matan mis penas,
Ó que vivo de milagro.
¿Qué Faetonte se atrevió
Del sol al dorado carro,
Ó aquel que juntó con cera,
Débiles plumas infaustos,
Que sembradas por los vientos,
Pájaros que van volando

(1) Que Amor á ninguno ha dado. (A.)

Las creyó el mar, hasta verlas
En sus cristales salados?
¿Qué Belerofonte vió
En el caballo Pegaso
Parecer el mundo un punto
Del círculo de los astros?
¿Qué griego Sinón metió
Aquel caballo preñado
De armados hombres en Troya,
Fatal de su incendio parto?
¿Qué Jasón tentó primero
Pasar el mar temerario,
Poniendo yugo á su cuello
Los pinos y lienzos de Argos,
Que se iguale á mi locura?

CASANDRA.

¿Estás, Conde, enamorado
De alguna imagen de bronce,
Ninfa ó diosa de alabastro?
Las almas de las mujeres
No las viste jaspe helado;
Ligera cortina cubre
Todo pensamiento humano.
Jamás amor llamó al pecho,
Siendo con méritos tantos,
Que no respondiese el alma:
«Aquí estoy; pero entrad paso.»
Dile tu amor, sea quien fuere;
Que no sin causa pintaron
Á Venus tal vez los griegos
Rendida á un sátiro ó fauno.
Más alta se ve la luna,
Y de su cerco argentado
Bajó por Endimïón
Mil veces al monte Latmo.
Toma mi consejo, Conde;
Que el edificio más casto
Tiene la puerta de cera.
Habla, y no mueras callando.

FEDERICO.

El cazador con industria
Pone al pelícano indiano
Fuego alrededor del nido;
Y él, descendiendo de un árbol,
Para librar á sus hijos
Bate las alas turbado,
Con que más enciende el fuego
Que piensa que está matando.
Finalmente, se le queman,
Y sin alas, en el campo
Se deja coger, no viendo
Que era imposible volando (1).
Mis pensamientos, que son
Hijos de mi amor, que guardo
En el nido del silencio,
Se están, señora, abrasando;
Bate las alas amor,
Y enciéndelos por librarlos.
Crece el fuego, y él se quema.
Tú me engañas, yo me abraso;
Tú me incitas, yo me pierdo;
Tú me animas, yo me espanto;
Tú me esfuerzas, yo me turbo;
Tú me libras, yo me enlazo;
Tú me llevas, yo me quedo;
Tú me enseñas, yo me atajo,
Porque es tanto mi peligro,
Que juzgo por menos daño,
Pues todo ha de ser morir,
Morir sufriendo y callando.

Vase.

CASANDRA.

No ha hecho en la tierra el cielo
Cosa de más confusión,
Que fué la imaginación
Para el humano desvelo.
Ella vuelve el fuego en hielo,
Y en el color se transforma
Del deseo, donde forma
Guerra, paz, tormenta y calma,
Y es una manera de alma
Que más engaña que informa (1).
Estos obscuros intentos (2),
Estas claras confusiones,
Más que me han dicho razones,
Me han dejado pensamientos.
¿Qué tempestades los vientos
Mueven de más variedades (3),
Que estas confusas verdades
En una imaginación?
Porque las del alma son
Las mayores tempestades.
Cuando á imaginar me inclino (4)
Que soy la que quiere (5) el Conde,
El mismo engaño responde (6)
Que lo imposible imagino.
Luego mi fatal destino
Me ofrece mi casamiento,
Y en lo que siento, consiento;
Que no hay tan grande imposible
Que no le juzguen visible
Los ojos del pensamiento.
Tantas cosas se me ofrecen
Juntas, como esto ha caído
Sobre un bárbaro marido,
Que pienso que me enloquecen.
Los imposibles parecen
Fáciles, y yo, engañada,

(1) Tanteos de Lope, medio borrados en el autógrafo:

Piensa que..... matando
Bate..... las alas,
Con cuyo soplo engañado
..... enciende se le queman,
Con que cayendo en el campo.....

(1) *Que los sentidos informa.* (A.)
(2) *Estos turbados intentos.* (A.)
(3) *No suelen mover los vientos.* (A.)
(4) *Por una parte imagino.* (A.)
(5) *Lo que quiere.* (A.)
(6) *Por otra el cielo responde.* (A.)

Ya pienso que estoy vengada;
Mas siendo error tan injusto,
Á la sombra de mi gusto
Estoy mirando su espada.
  Las partes del Conde son
Grandes; pero mayor fuera
Mi desatino si diera
Puerta á tan loca pasión.
No más, necia confusión;
Salid, cielo, á la defensa,
Aunque no yerra quien piensa,
Porque en el mundo no hubiera
Hombre con honra si fuera
Ofensa pensar la ofensa (1).
  Hasta agora no han errado
Ni mi honor ni mi sentido,
Porque lo que he consentido
Ha sido un error pintado.
Consentir lo imaginado,
Para con Dios es error,
Mas no para el deshonor;
Que diferencian intentos
El ver Dios los pensamientos
Y no los ver el honor.

Sale Aurora (2).

AURORA.

  Larga plática ha tenido
Vuestra Alteza con el Conde.
¿Qué responde?

CASANDRA.

Que responde
Á tu amor agradecido.
  Sosiega, Aurora, sus celos;
Que esto pretende no más.

Vase.

AURORA.

¡Qué tibio consuelo das
Á mis ardientes desvelos!
  Que pueda tanto en un hombre
Que adoró mis pensamientos,
Ver burlados los intentos
De aquel ambicioso nombre
  Con que heredaba á Ferrara!
Eres poderoso, amor;
Por ti ni en vida ni honor,
Ni aun en alma se repara (3).
  Y Federico se muere,
Que me solía querer,
Con la tristeza de ver
Lo que de Casandra infiere.
  Pero, pues él ha fingido
Celos, por disimular
La ocasión, y despertar
Suelen el amor dormido,
  Quiero dárselos (1) de veras,
Favoreciendo al Marqués.

Salen Rutilio y el Marqués.

RUTILIO.

Con el contrario que ves,
En vano remedio esperas
  De tus locas esperanzas.

MARQUÉS.

Calla, Rutilio; que aquí
Está Aurora.

RUTILIO.

Y tú sin ti,
Firme entre tantas mudanzas.

MARQUÉS.

  Aurora del claro día
En que te dieron mis ojos,
Con toda el alma en despojos,
La libertad que tenía;
Aurora que el sol envía
Cuando en mi pena anochece,
Por quien ya cuanto florece
Viste colores hermosas,
Pues entre perlas y rosas
De tus labios amanece;
  Desde que de Mantua vine,
Hice, con poca ventura,
Elección de tu hermosura (2),
Que no hay alma que no incline.
¡Qué mal mi engaño previne,
Puesto que el alma te adora,
Pues sólo sirve, señora,
De que te canses de mí,
Hallando mi noche en ti,
Cuando te suspiro aurora!
  No el verte desdicha ha sido,

---

(1)
Si se ha de llamar errores
El imaginar la ofensa. (A.)

(2) *Aurora entra.* (A.)

(3) Antes había escrito Lope:

¿Por qué te llaman, Amor,
Poderoso, si ni honor
Ni vida en ti se repara?

(1) Quiero dar celos (en el autógrafo, pero tachado después).

(2) Restos del primitivo texto, ó más bien de los primeros tanteos de Lope tachados y casi ilegibles en el autógrafo:

En que mis ojos te vieron
Y la libertad te dieron

(enmendado luego *perdieron.*)

Que hasta que al punto tenían (?)
Á tu clara luz parece
La noche de mis agravios
Que en las rosas de tus labios
Pues que (?) no saben mirar,
Y si miran nunca ven
Cosa que parezca bien
Ni que los pueden lograr.
Á tu clara luz parece
La noche de mis agravios,
Que en las rosas de tus labios
Entre perlas amanece.
Desde que de Mantua vine
Hice con poca ventura
Elección de tu hermosura.

Que ver luz nunca lo fué,
Sino que mi amor te dé
Causa para tanto olvido.
Mi partida he prevenido,
Que es el remedio mejor:
Fugitivo á tu rigor,
Voy á buscar resistencia
En los milagros de ausencia
Y en las venganzas de amor (1).
Dame licencia y la mano.

AURORA.

No se morirá de triste
El que tan poco resiste,
Ni galán ni cortesano,
Marqués, el primer desdén;
Que no están hechos favores
Para primeros amores
Antes que se quiera bien.
Poco amáis, poco sufrís;
Pero en tal desigualdad,
Con la misma libertad
Que licencia me pedís,
Os mando que no os partáis.

MARQUÉS.

Señora, á tan gran favor,
Aunque parece rigor,
Con que esperar me mandáis,
No los diez años que á Troya
Cercó el griego, ni los siete
Del pastor á quien promete
Labán su divina joya,
Pero siglos inmortales,
Como Tántalo, estaré
Entre la duda y la fe
De vuestros bienes y males.
Albricias quiero pedir
Á mi amor de mi esperanza.
Mientras el bien no se alcanza,
Méritos tiene el sufrir.

Salen el Duque, Federico y Batín.

DUQUE.

Escríbeme el Pontífice por ésta
Que luego á Roma parta.

FEDERICO.

Y ¿no dice la causa en esa carta?

DUQUE.

Y que sea la respuesta,
Conde, partirme al punto.

FEDERICO.

Si lo encubres, señor, no lo pregunto.

DUQUE.

¿Cuándo te encubro yo, Conde, mi pecho?
Sólo puedo decirte que sospecho
Que con las guerras que en Italia tiene,
Si numeroso ejército previene,
Podemos presumir que hacerme intenta
General de la Iglesia; que á mi cuenta
También querrá que con dinero ayude,
Si no es que en la elección de intento mude.

FEDERICO.

No en vano lo que piensas me encubrías,
Si solo te partías;
Que ya será conmigo; que á tu lado
No pienso que tendrás mejor soldado.

DUQUE.

Eso no podrá ser, porque no es justo,
Conde, que sin los dos mi casa quede.
Ninguno como tú regirla puede:
Esto es razón, y basta ser mi gusto.

FEDERICO.

No quiero darte, gran señor, disgusto.
Pero en Italia, ¿qué dirán si quedo?

DUQUE.

Que esto es gobierno, y que sufrir no puedo
Aun de mi propio hijo compañía.

FEDERICO.

Notable prueba en la obediencia mía.

Vase el Duque (1).

BATÍN.

Mientras con el Duque hablaste,
He reparado en que Aurora,
Sin hacer caso de ti,
Con el Marqués habla á solas.

FEDERICO.

¿Con el Marqués?

BATÍN.

Sí, señor.

FEDERICO.

Y ¿qué piensas tú que importa?

AURORA.

Al Marqués.

Esta banda prenda sea
Del primer favor.

MARQUÉS.

Señora,
Será cadena en mi cuello,
Será de mi mano esposa,
Para no darla en mi vida;
Si queréis que me la ponga,
Será doblado el favor.

AURORA.

Aunque es venganza amorosa, (Aparte.)
Parece á mi amor agravio.
Porque de dueño mejora,
Os ruego que os la pongáis.

(1)

Que mala fortuna ha sido
. . . . fué,
Sino que mi amor te dé
Causa para tanto olvido.
Mas si mi pena te cansa,
Será remedio el partirme,
Que contra desdén tan firme
Sólo en ausencia descansa.

Así escribió Lope de primera intención estos versos, corrigiéndolos después.

(1) *Váyase el Duque.*

BATÍN.

Ser las mujeres traidoras
Fué de la naturaleza
Invención maravillosa;
Porque si no fueran falsas
(Algunas, digo, no todas),
Idolatraran en ellas
Los hombres, que las adoran.
¿No ves la banda?

FEDERICO.

¿Qué banda?

BATÍN.

¿Qué banda? ¡Graciosa cosa!
Una que lo fué del sol,
Cuando lo fué de una sola,
En la gracia y la hermosura,
Planetas con que la adorna;
Y agora, como en eclipse,
Del dragón lo extremo toca.
Yo me acuerdo, cuando fuera
La banda de la discordia,
Como la manzana de oro
De Paris y las tres diosas.

FEDERICO.

Eso fué entonces, Batín;
Pero es otro tiempo agora.

AURORA.

Al Marqués.

Venid al jardín conmigo.

Vanse los dos.

BATÍN.

¡Con qué libertad la toma
De la mano y se van juntos!

FEDERICO.

¿Qué quieres, si se conforman
Las almas?

BATÍN.

¿Eso respondes?

FEDERICO.

¿Qué quieres que te responda?

BATÍN.

Si un cisne no sufre al lado
Otro cisne, y se remonta
Con su prenda muchas veces
Á las extranjeras ondas;
Y un gallo, si al de otra casa (1)
Con sus gallinas le topa,
Con el suyo le deshace
Los picos de la corona,
Y encrespando su turbante,
Turco por la barba roja,
Celoso vencerle intenta
Hasta la nocturna solfa,
¿Cómo sufres que el Marqués
Á quitarte se disponga
Prenda que tanto quisiste?

FEDERICO.

Porque la venganza propia
Para castigar las damas,
Que á los hombres ocasionan,
Es dejarlas con su gusto;
Porque aventura la honra
Quien la pone en sus mudanzas.

BATÍN.

Dame, por Dios, una copia
De ese arancel de galanes,
Tomaréle de memoria.
No, Conde; misterio tiene
Tu sufrimiento; perdona,
Que pensamientos de amor
Son arcaduces de noria,
Y deja el agua primera
El que la segunda toma.
Por nuevo cuidado dejas
El de Aurora; que si sobra
El agua, ¿cómo es posible
Que pueda ocuparse de otra?

FEDERICO.

Bachiller estás, Batín,
Pues con fuerza cautelosa
Lo que no entiendo de mí
Á presumir te provocas (1).
Entra, y mira qué hace el Duque,
Y de partida te informa,
Porque vaya á acompañarle.

BATÍN.

Sin causa necio me nombras,
Porque abonar tus tristezas
Fuera más necia lisonja.

Vase.

FEDERICO.

¿Qué buscas, imposible pensamiento?
Bárbaro, ¿qué me quieres? ¿Qué me incitas?
¿Por qué la vida sin razón me quitas,
Donde volando aun no te quiere el viento?
Detén el vagaroso movimiento,
Que la muerte de entrambos solicitas:
Déjame descansar, y no permitas
Tan triste fin á tan glorioso intento.
No hay pensamiento, si rindió despojos,
Que sin determinado fin se aumente,
Pues dándole esperanzas, sufre enojos.
Todo es posible á quien amando intente;
Y sólo tú naciste de mis ojos,
Para ser imposible eternamente.

Sale Casandra.

CASANDRA.

Entre agravios y venganzas (Aparte.)
Anda solícito amor
Después de tantas mudanzas,
Sembrando contra mi honor
Mal nacidas esperanzas.

(1) Si un gallo desea ganar. (A.)

(1) Pues á entender (?) te provocas. (A.)

En cosas inaccesibles
Quiere poner fundamentos,
Como si fuesen visibles;
Que no puede haber contentos
Fundados en imposibles.
En el ánimo que inclino
Al mal, por tantos disgustos
Del Duque, loca imagino
Hallar venganzas y gustos
En el mayor desatino.
Al galán Conde y discreto,
Y su hijo, ya permito
Para mi venganza efeto,
Pues para tanto delito
Conviene tanto secreto.
Vile turbado, llegando
Á decir su pensamiento,
Y desmayarse temblando,
Aunque es más atrevimiento
Hablar un hombre callando,
Pues de aquella turbación
Tanto el alma satisfice,
Dándome el Duque ocasión,
Que hay dentro de mí quien dice
Que si es amor, no es traición;
Y que cuando ser pudiera
Rendirme desesperada
Á tanto valor, no fuera
La postrera enamorada,
Ni la traidora primera (1).
Á sus padres han querido
Sus hijas, y sus hermanos
Algunas; luego no han sido
Mis sucesos inhumanos,
Ni mi propia sangre olvido.
Pero no es disculpa igual
Que haya otros males, de quien
Me valga en peligro tal;
Que para pecar no es bien
Tomar ejemplo del mal.
Éste es el Conde. ¡Ay de mí!
Pero ya determinada,
¿Qué temo?

FEDERICO.

Ya viene aquí, (Aparte.)
Desnuda la dulce espada,
Por quien la vida perdí.
¡Oh hermosura celestial!

CASANDRA.

¿Cómo te va de tristeza,
Federico, en tanto mal?

FEDERICO.

Responderé á Vuestra Alteza
Que es mi tristeza inmortal.

CASANDRA.

Destemplan melancolías
La salud: enfermo estás.

FEDERICO.

Traigo unas necias porfías,
Sin que pueda decir más,
Señora, de que son mías.

CASANDRA.

Si es cosa que yo la puedo
Remediar, fía de mí,
Que en amor tu amor excedo.

FEDERICO.

Mucho fiara de ti,
Pero no me deja el miedo.

CASANDRA.

Dijísteme que era amor
Tu mal.

FEDERICO.

Mi pena y mi gloria
Nacieron de su rigor.

CASANDRA.

Pues oye una antigua historia;
Que el amor quiere valor:
Antíoco, enamorado
De su madrastra, enfermó
De tristeza y de cuidado.....

FEDERICO.

Bien hizo si se murió;
Que yo soy más desdichado

CASANDRA.

El Rey, su padre, afligido,
Cuantos médicos tenía
Juntó, y fué tiempo perdido,
Que la causa no sufría
Que fuese amor conocido.
Mas Eróstrato, más sabio
En su ciencia que Galeno (1),
Conoció luego su agravio,
Pero que estaba el veneno
Entre el corazón y el labio.
Tomóle el pulso, y mandó
Que cuantas damas había
En Palacio, entrasen.....

FEDERICO.

Yo
Presumo, señora mía,
Que algún espíritu habló.

CASANDRA.

Cuando su madrastra entraba,
Conoció en la alteración
Del pulso que ella causaba
Su mal.

FEDERICO.

¡Extraña invención!

---

(1)
Pero el callar es hablar;
Pues ¿qué más atrevimiento
. . . . que callando?
Pues de aquella turbación.
Tanta maldad (?) me ha dado,
Tanta inquietud y afición,
Que traigo (?) determinado
Dar lugar á su traición
. . . . maldad tan fiera
Me consuela, ¡ay, desdichada!
Que no seré cuando él quiera
La postrera enamorada. (A.)

(1) Que Hipócrates y Galeno. (A.)

CASANDRA.
Tal en el mundo se alaba.
FEDERICO.
Y ¿tuvo remedio ansí?
CASANDRA.
No niegues, Conde, que yo
He visto lo mismo en ti.
FEDERICO.
Pues ¿enojaráste?
CASANDRA.
No.
FEDERICO.
Y ¿tendrás lástima?
CASANDRA.
Sí.
FEDERICO.
Pues, señora, yo he llegado,
Perdido á Dios el temor
Y al Duque, á tan triste estado,
Que este mi imposible amor
Me tiene desesperado.
En fin, señora, me veo
Sin mí, sin vos y sin Dios:
Sin Dios, por lo que os deseo;
Sin mí, porque estoy sin vos;
Sin vos, porque no os poseo.
Y, por si no lo entendéis,
Haré sobre estas razones
Un discurso, en que podréis
Conocer de mis pasiones
La culpa que vos tenéis.
Aunque dicen que el no ser
Es, señora, el mayor mal,
Tal por vos me vengo á ver,
Que para no verme tal,
Quisiera dejar de ser.
En tantos males me empleo
Después que mi ser perdí,
Que aunque no verme deseo,
Para ver si soy quien fuí,
En fin, señora, me veo.
Al decir que soy quien soy,
Tal estoy, que no me atrevo,
Y por tales pasos voy,
Que aun no me acuerdo que debo
Á Dios la vida que os doy.
Culpa tenemos los dos
Del no ser que soy agora,
Pues olvidado por vos
De mí mismo, estoy, señora,
Sin mí, sin vos y sin Dios.
Sin mí no es mucho, pues ya
No hay vida sin vos, que pida
Al mismo que me la da;
Pero sin Dios, con ser vida,
¿Quién, sino mi amor, está?
Si en desearos me empleo,
Y él manda no desear
La hermosura que en vos veo,
Claro está que vengo á estar
Sin Dios, por lo que os deseo.
¡Oh, qué loco barbarismo
Es presumir conservar
La vida en tan ciego abismo
Hombre que no puede estar
Ni en vos, ni en Dios, ni en sí mismo!
¿Qué habemos de hacer los dos,
Pues á Dios por vos perdí,
Después que os tengo por Dios,
Sin Dios, porque estáis en mí,
Sin mí, porque estoy sin vos?
Por haceros sólo bien,
Mis males vengo á sufrir;
Yo tengo amor, vos desdén,
Tanto, que puedo decir:
¡Mirad con quién y sin quién!
Sin vos y sin mí peleo
Con tanta desconfianza;
Sin mí, porque en vos ya veo
Imposible mi esperanza;
Sin vos, porque no os poseo.
CASANDRA.
Conde, cuando yo imagino
Á Dios y al Duque, confieso
Que tiemblo, porque adivino
Juntos para tanto exceso
Poder humano y divino;
Pero viendo que el amor
Halló en el mundo disculpa,
Hallo mi culpa menor,
Porque hace menor la culpa
Ser la disculpa mayor.
Muchas ejemplo me dieron,
Que á errar se determinaron;
Porque los que errar quisieron,
Siempre miran los que erraron,
No los que se arrepintieron.
Si remedio puede haber,
Es huir de ver y hablar (1);
Porque con no hablar ni ver,
Ó el vivir se ha de acabar,
Ó el amor se ha de vencer.
Huye de mí, que de ti
Yo no sé si huir podré,
Ó me daré muerte aquí (2).
FEDERICO.
Yo, señora, moriré,
Que es lo más que haré por mí.
No quiero vida: ya soy
Cuerpo sin alma, y de suerte
Á buscar mi muerte voy,
Que aun no pienso hallar mi muerte,
Por el placer que me doy.
Sola una mano suplico
Que me des; dame el veneno
Que me ha muerto.
CASANDRA.
Federico,

---

(1) Tachados estos dos versos en el autógrafo.
(2) Así en el autógrafo y en las dos ediciones antiguas. Hartzenbusch imprimió *á mí*.

Todo principio condeno
Si pólvora al fuego aplico.
Vete con Dios.

FEDERICO.

¡Qué traición! (1).

CASANDRA.

Ya determinada estuve; (Aparte.)
Pero advertir es razón
Que por una mano sube
El veneno al corazón.

FEDERICO.

Sirena, Casandra, fuiste;
Cantaste para meterme
En el mar, donde me diste
La muerte.

Entrándose cada uno por su parte.

CASANDRA.

Yo he de perderme:
Ten, honor; fama, resiste.

FEDERICO.

Apenas á andar acierto.

CASANDRA.

Alma y sentidos perdí.

FEDERICO.

¡Oh, qué extraño desconcierto!

CASANDRA.

Yo voy muriendo por ti.

FEDERICO.

Yo no, porque ya voy muerto (2).

ACTO TERCERO.

Salen Aurora y el Marqués.

AURORA.

Yo te he dicho la verdad.

MARQUÉS.

No es posible persuadirme.
Mira si nos oye alguno,
Y mira bien lo que dices.

AURORA.

Para pedirte consejo,
Quise, Marqués, descubrirte
Esta maldad.

MARQUÉS.

¿De qué suerte
Ver á Casandra pudiste
Con Federico?

AURORA.

Está atento.
Yo te confieso que quise
Al Conde, de quien lo fuí,
Más traidor que el griego Ulises.
Creció nuestro amor el tiempo;
Mi casamiento previne,
Cuando fueron por Casandra,
En fe de palabras firmes,
Si lo son las de los hombres
Cuando sus iguales sirven.
Fué Federico por ella,
De donde vino tan triste,
Que en proponiéndole el Duque
Lo que de los dos le dije,
Se disculpó con tus celos.
Y como el amor permite
Que cuando camina poco
Fingidos celos le piquen,
Díselos contigo, Carlos;
Pero el mismo efecto hice
Que en un diamante; que celos
Donde no hay amor, no imprimen.
Pues viéndome despreciada
Y á Federico tan libre,
Dí en inquirir la ocasión;
Y como celos son linces
Que las paredes penetran,
Á saber la causa vine.
En correspondencia tiene,
Sirviéndoles de tapices
Retratos, vidrios y espejos,
Dos iguales camarines
El tocador de Casandra;
Y como sospechas pisen
Tan quedo, dos cuadras antes
Miré y vi ¡caso terrible!
En el cristal de un espejo
Que el Conde las rosas mide
De Casandra con los labios.
Con esto, y sin alma, fuíme
Donde lloré mi desdicha
Y la de los dos; que viven,
Ausente el Duque, tan ciegos,
Que parece que compiten
En el amor y el desprecio,
Y gustan que se publique
El mayor atrevimiento
Que pasara entre gentiles,
Ó entre los desnudos cafres
Que lobos marinos visten.
Parecióme que el espejo

(1) ¡Ay de entrambos! (A.)
(2)

CASANDRA.
Conde, tú serás mi muerte.
FEDERICO.
Y aunque muerto, estoy tal,
Que me alegro, con perderte,
Que sea el alma inmortal,
Por no dexar de quererte.

Laus Deo et M. V.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA.

(Autógrafo. Los versos están casi enteramente borrados.)

Que los abrazos repite,
Por no ver tan gran fealdad
Obscureció los alindes;
Pero, más curioso amor,
La infame empresa prosigue,
Donde no ha quedado agravio
De que no me certifique.
El Duque dicen que viene
Victorioso, y que le ciñen
Sacros laureles la frente (1)
Por las hazañas felices
Con que del Pastor de Roma
Los enemigos reprime.
Dime: ¿qué tengo de hacer
En tanto mal? Que me afligen
Sospechas de mayor daño,
Si es verdad que me dijiste
Tantos amores con alma;
Aunque soy tan infelice,
Que parecerás al Conde
En engañarme ó en irte.

MARQUÉS.

Aurora, la muerte sola
Es sin remedio invencible,
Y aun á muchos hace el tiempo
En el túmulo fenices (2);
Porque dicen que no mueren
Los que por su fama viven.
Dile que te case al Duque;
Que como el sí me confirmes,
Con irnos los dos á Mantua,
No hayas miedo que peligres.
Que si se arroja en el mar,
Con el dolor insufrible
De los hijos que le quitan
Los cazadores, el tigre (3),
Cuando no puede alcanzarlos,
¿Qué hará el ferrarés Aquiles
Por el honor y la fama?
¿Cómo quieres que se limpie
Tan fea mancha sin sangre,
Para que jamás se olvide,
Si no es que primero el cielo
Sus libertades castigue,
Y por gigantes de infamia
Con vivos rayos fulmine?
Este consejo te doy.

AURORA.

Y de tu mano le admite
Mi turbado pensamiento.

MARQUÉS.

Será de la nueva Circe
El espejo de Medusa,
El cristal en que la visten.

Salen Federico y Batín.

FEDERICO.

¿Que no ha querido esperar
Que salgan á recibirle?

BATÍN.

Apenas el Duque vió (1)
Los deseados confines,
Cuando, dejando la gente
Y aun sin querer que te avisen,
Tomó caballos, y parte;
Tan mal el amor resiste
Y los deseos de verte,
Que, aunque es justo que le obligue
La Duquesa, no hay amor
Á quien el tuyo no prive.
Eres el sol de sus ojos,
Y cuatro meses de eclipse
Le han tenido sin paciencia.
Tú, Conde, el triunfo apercibe
Para cuando todos vengan;
Que las escuadras que rige
Han de entrar con mil trofeos
Llenos de dorados timbres.

FEDERICO.

Aurora, ¿siempre á mis ojos
Con el Marqués?

AURORA.

¡Qué donaire!

FEDERICO.

¿Con ese tibio desaire
Respondes á mis enojos?

AURORA.

Pues ¿qué maravilla ha sido
El darte el Marqués cuidado?
Parece que has despertado
De cuatro meses dormido.

MARQUÉS.

Yo, señor Conde, no sé
Ni he sabido que sentís
Lo que agora me decís;
Que á Aurora he servido en fe
De no haber competidor,
Y más si como vos fuera,
Á quien humilde rindiera
Cuanto no fuera mi amor.
Bien sabéis que nunca os vi
Servirla; mas siendo gusto
Vuestro que la deje, es justo;
Que mucho mejor que en mí
Se emplea en vos su valor.

Vase.

---

(1)
Victorioso y invencible
Que del Romano Pastor
Los enemigos reprime.

(2)
Es sin remedio, y dicen
Que es la fama que.....
Permite (?) que resuciten
Las vidas de los que mueren
En el túmulo fenices.
Dice que..... (A.)

(3)
Cuando los hijos le quitan
Al tigre los cazadores. (A.)

(1) Apenas de Mantua vió (tachado en el autógrafo).

AURORA.

¿Qué es esto que has intentado?
Ó ¿qué frenesí te ha dado
Sin pensamiento de amor?
¿Cuántas veces al Marqués
Hablando conmigo viste,
Desde que diste en ser triste
Y mucho tiempo después?
Y aun no volviste á mirarme,
Cuanto más á divertirme.
¿Agora celoso y firme
Cuando pretendo casarme?
Conde, ya estás entendido.
Déjame casar, y advierte
Que antes me daré la muerte
Que ayudar lo que has fingido.
Vuélvete, Conde, á estar triste,
Vuelve á tu suspensa calma;
Que tengo muy en el alma
Los desprecios que me hiciste.
Ya no me acuerdo de ti.
¡Invenciones! Dios te guarde (1).
¡Por tu vida, que es muy tarde
Para valerte de mí!

Vase.

BATÍN.

¿Qué has hecho?

FEDERICO.

¡No sé, por Dios!

BATÍN.

Al emperador Tiberio
Pareces, si no hay misterio
En dividir á los dos.
Hizo matar su mujer,
Y habiéndose ejecutado,
Mandó, á la mesa sentado,
Llamarla para comer.
Y Mesala fué un romano
Que se le olvidó su nombre.

FEDERICO.

Yo me olvido de ser hombre.

BATÍN.

Ó eres como aquel villano
Que dijo á su labradora,
Después que de estar casados
Eran dos años pasados:
«Ojinegra es la señora.»

FEDERICO.

¡Ay, Batín, que estoy turbado,
Y olvidado desatino!

BATÍN.

Eres como el vizcaíno
Que dejó el macho enfrenado,
Y viendo que no comía,
Regalándole las clines (2),
Un Galeno de rocines
Trujo á ver lo que tenía;
El cual, viéndole con freno,
Fuera al vizcaíno echó;
Quitóle, y cuando volvió,
De todo el pesebre lleno,
Apenas un grano había (1),
Porque con gentil despacho,
Después de la paja, el macho
Hasta el pesebre comía.
«Albéitar, juras á Dios,
Dijo, es mejor que dotora,
Y yo y macho desda agora (2)
Queremos curar con vos.»
¿Qué freno es este que tienes
Que no te deja comer,
Si médico puedo ser?
¿Qué aguardas? ¿Qué te detienes?

FEDERICO.

¡Ay, Batín, no sé de mí!

BATÍN.

Pues estése la cebada
Queda, y no me digas nada.

Salen Casandra y Lucrecia.

CASANDRA.

¿Ya viene?

LUCRECIA.

Señora, sí.

CASANDRA.

¿Tan brevemente?

LUCRECIA.

Por verte,
Toda la gente dejó.

CASANDRA.

No lo creas; pero yo
Más quisiera ver mi muerte.

Hablan bajo los dos, apartándose los criados.

En fin, señor Conde, ¿viene
El Duque, mi señor?

FEDERICO.

Ya
Dicen que muy cerca está;
Bien muestra el amor que os tiene.

CASANDRA.

Muriendo estoy de pesar
De que ya no podré verte
Como solía.

FEDERICO.

¿Qué muerte
Pudo mi amor esperar
Como su cierta venida?

---

(1) Dios me guarde. (En el autógrafo, y también en la *Parte* 21.)
(2) Así en el autógrafo. En los impresos, *crines*.

(1) Apenas no había un grano. (A.)
(2)
No había un grano,
Dixo al albéitar,
. . . . . y macho desde agora. (A.)

CASANDRA.
Yo pierdo, Conde, el sentido.
FEDERICO.
Yo no, porque le he perdido.
CASANDRA.
Sin alma estoy.
FEDERICO.
Yo sin vida.
CASANDRA.
¿Qué habemos de hacer?
FEDERICO.
Morir.
CASANDRA.
¿No hay otro remedio?
FEDERICO.
No;
Porque perdiéndote yo (1),
¿Para qué quiero vivir?
CASANDRA.
¿Por eso me has de perder?
FEDERICO.
Quiero fingir desde agora
Que sirvo y que quiero á Aurora,
Y aun pedirla por mujer
Al Duque, para desvelos
Dél y de palacio, en quien
Yo sé que no se habla bien.
CASANDRA.
¡Agravios! ¿No bastan celos?
¡Casarte! ¿Estás, Conde, en ti?
FEDERICO.
El peligro de los dos
Me obliga.
CASANDRA.
¿Qué? ¡Vive Dios,
Que si te burlas de mí,
Después que has sido ocasión
Desta desdicha, que á voces
Diga (¡oh, qué mal me conoces!)
Tu maldad y mi traición!
FEDERICO.
Señora.....
CASANDRA.
No hay que tratar.
FEDERICO.
Que te oirán.
CASANDRA.
Que no me impidas.
Quíteme el Duque mil vidas;
Pero no te has de casar.

Salen Floro, Febo, Ricardo, Albano, Lucindo y el Duque detrás, galán, de soldado.

RICARDO.
Ya estaban disponiendo recibirte.
DUQUE.
Mejor sabe mi amor adelantarse.
CASANDRA.
¿Es posible, señor, que persuadirte
Pudiste á tal agravio?
FEDERICO.
Y de agraviarse
Quejosa mi señora la Duquesa,
Parece que mi amor puede culparse.
DUQUE.
Hijo, el paterno amor, que nunca cesa
De amar su propia sangre y semejanza,
Para venir facilitó la empresa;
Que ni cansancio ni trabajo alcanza
Á quien de ver á sus queridas prendas (1)
Mal hiciera en sufrir larga esperanza.
Y tú, señora, así es razón que entiendas
El mismo amor, y en igualarte al Conde
Por encarecimiento, no te ofendas.
CASANDRA.
Tu sangre y su virtud, señor, responde
Que merece el favor: yo le agradezco,
Pues tu valor al suyo corresponde.
DUQUE.
Bien sé que á entrambos ese amor merezco
Y que estoy de los dos tan obligado,
Cuanto mostrar en la ocasión me ofrezco.
Que Federico gobernó mi estado
En mi ausencia, he sabido, tan discreto,
Que vasallo ninguno se ha quejado.
En medio de las armas, os prometo
Que imaginaba yo con la prudencia
Que se mostraba senador perfeto (2).
¡Gracias á Dios, que con infame ausencia
Los enemigos del Pastor romano
Respetan en mi espada su presencia!
Ceñido de laurel besé su mano,
Después que me miró Roma triunfante,
Como si fuera el español Trajano.
Y así, pienso trocar de aquí adelante
La inquietud en virtud, porque mi nombre,
Como le aplaude aquí, después le cante;
Que cuando llega á tal estado un hombre,
No es bien que ya que de valor mejora,
El vicio más que la virtud le nombre.
RICARDO.
Aquí vienen, señor, Carlos y Aurora.

Salen el Marqués y Aurora.

AURORA.
Tan bien venido Vuestra Alteza sea,
Como le está esperando quien le adora.
MARQUÉS.
Dad las manos á Carlos, que desea
Que conozcáis su amor.
DUQUE.
Paguen los brazos
Deudas del alma á quien tan bien se emplea.
Aunque siente el amor los largos plazos,
Todo lo goza el venturoso día
Que llega á merecer tan dulces lazos.

(1) En perdiéndote yo. (A.)

(1) Quien viene á ver á sus queridas prendas. (*Parte* 21.)
(2) Príncipe perfeto. (A.)

Con esto, amadas prendas, yo querría
Descansar del camino, y porque es tarde,
Después celebraréis tanta alegría.

CONDE.

Un siglo el cielo, gran señor, te guarde.

Todos se van con el Duque, y quedan Batín y Ricardo.

BATÍN.

¡Ricardo amigo!

RICARDO.

¡Batín!

BATÍN.

¿Cómo fué por esas guerras?

RICARDO.

Como quiso la justicia,
Siendo el cielo su defensa.
Llana queda Lombardía,
Y los enemigos quedan
Puestos en fuga afrentosa,
Porque el león de la Iglesia
Pudo con sólo un bramido
Dar con sus armas en tierra.
El Duque ha ganado un nombre
Que por toda Italia suena;
Que si mil mató Saúl,
Cantan por él las doncellas
Que David mató cien mil;
Con que ha sido tal la enmienda,
Que traemos otro Duque.
Ya no hay damas, ya no hay cenas,
Ya no hay broqueles ni espadas,
Ya solamente se acuerda
De Casandra, ni hay amor
Más que el Conde y la Duquesa.
El Duque es un santo ya.

BATÍN.

¿Qué me dices? ¿Qué me cuentas?

RICARDO.

Que, como otros con las dichas
Dan en vicios y en soberbias,
Y á todos tienen en poco
(Tan inmortales se sueñan),
El Duque se ha vuelto humilde,
Y parece que desprecia
Los laureles de su triunfo;
Que el aire de las banderas
No le ha dado vanagloria.

BATÍN.

¡Plegue al cielo que no sea,
Después de estas humildades,
Como aquel hombre de Atenas,
Que pidió á Venus le hiciese
Mujer, con ruegos y ofrendas (1),
Una gata dominica (2),
Quiero decir, blanca y negral
Estando en su estrado un día,
Con moño y naguas de tela,
Vió pasar un animal

(1) Mujer, con sacrificio y ofrendas. (A.)
(2) Una gata romanesca. (A.)

De aquestos, como poetas,
Que andan royendo papeles;
Y dando un salto ligera
De la tarima al ratón,
Mostró que en naturaleza
La que es gata, será gata,
La que es perra, será perra,
In saecula saeculorum.

RICARDO.

No hayas miedo tú que vuelva
El Duque á sus mocedades;
Y más si á los hijos llega,
Que con las manillas blandas
Las barbas más graves peinan
De los más fieros leones.

BATÍN.

Yo me holgaré de que sea
Verdad.

RICARDO.

Pues, Batín, adiós.

BATÍN.

¿Dónde vas?

RICARDO.

Fabia me espera.

Vase.

Sale el Duque, con algunos memoriales.

DUQUE.

¿Está algún criado aquí?

BATÍN.

Aquí tiene Vuestra Alteza
El más humilde.

DUQUE.

¡Batín!

BATÍN.

Dios te guarde. Bueno llegas.
Dame la mano.

DUQUE.

¿Qué hacías?

BATÍN.

Estaba escuchando nuevas
De tu valor á Ricardo,
Que es tan gran cronista dellas (1):
Héctor de Italia te hacía.

DUQUE.

¿Cómo ha pasado en mi ausencia
El gobierno con el Conde?

BATÍN.

Cierto, señor, que pudiera
Decir que igualó en la paz
Tus hazañas en la guerra.

DUQUE.

¿Llevóse bien con Casandra?

BATÍN.

No se ha visto, que yo sepa,
Tan pacífica madrastra
Con su alnado; es muy discreta
Y muy virtuosa y santa.

(1) Que es gran coronista dellas. (A. y *Parte* 21.)

DUQUE.

No hay cosa que le agradezca
Como estar bien con el Conde;
Que como el Conde es la prenda
Que más quiero y más estimo,
Y conocí su tristeza
Cuando á la guerra partí,
Notablemente me alegra
Que Casandra se portase
Con él con tanta prudencia,
Y estén en paz y amistad,
Que es la cosa que desea
Mi alma con más afecto
De cuantas pedir pudiera
Al cielo; y así, en mi casa
Hoy dos victorias se cuentan:
La que de la guerra traigo
Y la de Casandra bella,
Conquistando á Federico.
Yo pienso de hoy más quererla
Sola en el mundo, obligado
Desta discreta fineza,
Y cansado juntamente
De mis mocedades necias.

BATÍN.

Milagro ha sido del Papa
Llevar, señor, á la guerra
Al duque Luis de Ferrara,
Y que un ermitaño vuelva.
¡Por Dios, que puedes fundar
Otra Camándula! (1).

DUQUE.

Sepan
Mis vasallos que otro soy.

BATÍN.

Mas, dígame Vuestra Alteza,
¿Cómo descansó tan poco?

DUQUE.

Porque al subir la escalera
De palacio, algunos hombres
Que aguardaban mi presencia,
Me dieron estos papeles;
Y temiendo que son quejas,
Quise descansar en verlos,
Y no descansar con ellas.
Vete y déjame aquí solo;
Que deben los que gobiernan
Esta atención á su oficio.

BATÍN.

El cielo, que remunera
El cuidado de quien mira
El bien público (2), prevenga
Laureles á tus victorias,
Siglos á tu fama eterna.

Vase.

DUQUE.

Éste dice: (Lee.) «Señor, yo soy Estacio,
Que estoy en los jardines de palacio,
Y enseñando á plantar yerbas y flores
Planté seis hijos: á los dos mayores
Suplico que les deis.....»—Basta, ya entiendo.
Con más cuidado ya premiar pretendo.
(Lee.) «Lucinda dice que quedó vïuda
Del capitán Arnaldo.....»—También pide.
(Lee.) «Albano, que ha seis años que reside.....»
Éste pide también. (Lee.) «Julio Camilo,
Preso porque sacó.....»—Del mismo estilo.
(Lee.) «Paula de San Germán, doncella honra-
Pues si es honrada, no le falta nada, [da.....»
Si no quiere que yo la dé marido.
Éste viene cerrado, y mal vestido,
Un hombre me lo dió, todo turbado,
Que quise detenerle con cuidado.
(Lee.) «Señor, mirad por vuestra casa atento;
Que el Conde y la Duquesa en vuestra ausen-
No me ha sido traidor el pensamiento. [cia.....»
Habrán regido mal; tendré paciencia.—
«Ofenden con infame atrevimiento
Vuestra cama y honor.»—¡Qué resistencia
Harán á tal desdicha mis enojos!—
«Si sois discreto, os lo dirán los ojos.»
¿Qué es esto que estoy mirando?
Letras, ¿decís esto ó no?
¿Sabéis que soy padre yo
De quien me estáis informando
Que el honor me está quitando?
Mentís; que no puede ser.
Casandra ¡me ha de ofender!
¿No veis que es mi hijo el Conde?
Pero ya el papel responde
Que es hombre y ella mujer.
¡Oh fieras letras villanas!
Pero diréisme que sepa
Que no hay maldad que no quepa
En las flaquezas humanas.
De las iras soberanas
Debe de ser permisión.
Esta fué la maldición
Que á David le echó Natán:
La misma pena me dan,
Y es Federico Absalón.
Pero mayor viene á ser,
Cielo, si así me castigas;
Que aquéllas eran amigas,
Y Casandra es mi mujer.
El vicioso proceder
De las mocedades mías
Trujo el castigo y los días
De mi tormento, aunque fué
Sin gozar á Betsabé (1)
Ni quitar la vida á Urías.
¡Oh traidor hijo! ¿Si ha sido
Verdad? Porque yo no creo
Que emprenda caso tan feo
Hombre de otro hombre nacido.
Pero si me has ofendido,

(1) Camálduh. (A.) y parece que está mejor.
(2) Quien al bien público mira. (A.)

(1) Bersabé. (A.)

¡Oh si el cielo me otorgara
Que después que te matara
De nuevo á hacerte volviera,
Pues tantas muertes te diera,
Cuantas veces te engendrara! (1).
¡Qué deslealtad! ¡Qué violencia!
¡Oh, ausencia, y qué bien se dijo
Que aun un padre de su hijo
No tiene segura ausencia!
¿Cómo sabré, con prudencia,
Verdad que no me disfame
Con los testigos que llame?
Ni así la podré saber,
Porque ¿quién ha de querer
Decir verdad tan infame?
Mas ¿de qué sirve informarme?
Pues esto no se dijera
De un hijo, cuando no fuera
Verdad que pudo infamarme.
Castigarle no es vengarme,
Ni se venga el que castiga,
Ni esto á información me obliga;
Que mal que el honor estraga,
No es menester que se haga,
Porque basta que se diga.

Sale Federico.

FEDERICO.
Sabiendo que no descansas,
Vengo á verte.

DUQUE.
Dios te guarde.

FEDERICO.
Y á pedirte una merced.

DUQUE.
Antes que la pidas, sabe
Que mi amor te la concede.

FEDERICO.
Señor, cuando me mandaste
Que con Aurora, mi prima,
Por tu gusto me casase,
Lo fuera notable mío;
Pero fueron más notables
Los celos de Carlos, y ellos
Entonces causa bastante
Para no darte obediencia.
Mas después que te ausentaste,
Supe que mi grande amor
Hizo que ilusiones tales
Me trujesen divertido.
En efecto, hicimos paces,
Y le prometí, señor,
En satisfacción, casarme,
Como me dieses licencia,
Luego que el bastón dejases.
Ésta te pido y suplico.

DUQUE.
No pudieras, Conde, darme
Mayor gusto. Vete agora,
Porque trate con tu madre,
Pues es justo darle cuenta;
Que no es razón que te cases
Sin que lo sepa y le pidas
Licencia como á tu padre.

FEDERICO.
No siendo su sangre yo (1),
¿Para qué quiere dar parte
Vuestra Alteza á mi señora?

DUQUE.
¿Qué importa no ser tu sangre (2)
Siendo tu madre Casandra?

FEDERICO.
Mi madre Laurencia yace
Muchos años ha difunta.

DUQUE.
¿Sientes que madre la llame?
Pues dícenme que en mi ausencia,
De que tengo gusto grande,
Estuvistes muy conformes.

FEDERICO.
Eso, señor, Dios lo sabe;
Que prometo á Vuestra Alteza
(Aunque no acierto en quejarme,
Pues la adora, y es razón)
Que aunque es para todos ángel,
Que no lo ha sido conmigo.

DUQUE.
Pésame de que me engañen;
Que me dicen que no hay cosa
Que más Casandra regale.

FEDERICO.
Á veces me favorece,
Y á veces quiere mostrarme
Que no es posible ser hijos
Los que otras mujeres paren.

DUQUE.
Dices bien, y yo lo creo;
Y ella pudiera obligarme
Más que en quererme en quererte,
Pues con estas amistades
Aseguraba la paz.
Vete con Dios.

FEDERICO.
Él te guarde.

Vase.

DUQUE.
No sé cómo he podido
Mirar, Conde traidor, tu infame cara.
¡Qué libre! ¡Qué fingido

(1) En el borrador está casi ilegible este pasaje:

Q . . . . aunque cosa rara
Que después que te matara
En tu (?) valor pud . . . . a
Engendrarte
Para volver á matarte
Cuantas veces te engendrara.

(1) No siendo su sangre Aurora. (A.)
(2) Su sangre. (A.)

Con la invención de Aurora se repara,
Para que yo no entienda
Que puede ser posible que me ofenda!
Lo que más me asegura
Es ver con el cuidado y diligencia
Que á Casandra murmura
Que le ha tratado mal en esta ausencia;
Que piensan los delitos
Que callan cuando están hablando á gritos.
De que la llama madre
Se corre, y dice bien, pues es su amiga
La mujer de su padre,
Y no es justo que ya madre se diga.
Pero yo, ¿cómo creo
Con tal facilidad caso tan feo?
¿No puede un enemigo
Del Conde haber tan gran traición forjado,
Porque con su castigo,
Sabiendo mi valor, quede vengado?
Ya de haberlo creído,
Si no estoy castigado, estoy corrido.

Salen Casandra y Aurora.

AURORA.
De vos espero, señora,
Mi vida en esta ocasión.
CASANDRA.
Ha sido digna lección
De tu entendimiento, Aurora.
AURORA.
Aquí está el Duque.
CASANDRA.
Señor,
¡Tanto desvelo!
DUQUE.
Á mi estado
Debo, por lo que he faltado,
Estos indicios de amor;
Si bien del Conde y de vos
Ha sido tan bien regido,
Como muestra, agradecido
Este papel, de los dos.
Todos alaban aquí
Lo que los dos merecéis.
CASANDRA.
Al Conde, señor, debéis
Ese cuidado, no á mí;
Que sin lisonja os prometo
Que tiene heroico valor,
En toda acción superior,
Gallardo como discreto;
Un retrato vuestro ha sido.
DUQUE
Ya sé que me ha retratado
Tan igual en todo estado,
Que por mí le habéis tenido;
De que os prometo, señora,
Debida satisfacción.
CASANDRA.
Una nueva petición
Os traigo, señor, de Aurora:
Carlos la pide, ella quiere,
Y yo os lo suplico.
DUQUE.
Creo
Que le ha ganado el deseo
Quien en todo le prefiere.
El Conde se va de aquí,
Y me la ha pedido agora.
CASANDRA.
¡El Conde ha pedido á Aurora!
DUQUE.
Sí, Casandra.
CASANDRA.
¡El Conde!
DUQUE.
Sí.
CASANDRA.
Sólo de vos lo creyera.
DUQUE.
Y así, se la pienso dar.
Mañana se han de casar.
CASANDRA.
Será como Aurora quiera.
AURORA.
Perdóneme Vuestra Alteza;
Que el Conde no será mío.
DUQUE.
¿Qué espero? Mas ¿qué porfío?
Pues, Aurora, en gentileza,
Entendimiento y valor,
¿No vence al Marqués?
AURORA.
No sé.
Cuando quise y le rogué,
El me despreció, señor,
Y agora que él quiere, es justo
Que yo le desprecie á él.
DUQUE.
Hazlo por mí, no por él.
AURORA.
El casarse ha de ser gusto;
Yo no le tengo del Conde.
DUQUE.
¡Extraña resolución!
CASANDRA.
Aurora tiene razón,
Aunque atrevida responde.
DUQUE.
No tiene, y ha de casarse
Aunque le pese.
CASANDRA.
Señor,
No uséis del poder; que amor
Es gusto y no ha de forzarse.
¡Ay de mí, que se ha cansado (Aparte.)
El traidor Conde de mí!

Vanse Aurora y el Duque.

Sale Federico.

FEDERICO.

¿No estaba mi padre aquí?

CASANDRA.

¿Con qué infame desenfado,
Traidor Federico, vienes,
Habiendo pedido á Aurora
Al Duque?

FEDERICO.

Paso, señora;
Mira el peligro que tienes.

CASANDRA.

¿Qué peligro, cuando estoy,
Villano, fuera de mí?

FEDERICO.

Pues ¿tú das voces ansí?

Sale el Duque, acechando.

DUQUE.

Buscando testigos voy.
Desde aquí quiero escuchar;
Que aunque mal tengo de oir,
Lo que no puedo sufrir
Es lo que vengo á buscar.

FEDERICO.

Oye, señora, y repara
En tu grandeza siquiera.

CASANDRA.

¿Cuál hombre en el mundo hubiera
Que cobarde me dejara (1),
Después de haber obligado
Con tantas ansias de amor
Á su gusto mi valor?

FEDERICO.

Señora, aun no estoy casado.
Asegurar pretendí
Al Duque, y asegurar
Nuestra vida, que durar
No puede, Casandra, ansí;
Que no es el Duque algún hombre
De tan baja condición,
Que á sus ojos, ni es razón,
Se infame su ilustre nombre.
Basta el tiempo que tan ciegos
El amor nos ha tenido.

CASANDRA.

¡Oh, cobarde, mal nacido!
Las lágrimas y los ruegos
Hasta hacernos volver locas,
Robando las honras nuestras
(Que de las traiciones vuestras,
Cuerdas se libraron pocas),
¡Agora son cobardías!
Pues, perro, ¿sin alma estoy?

DUQUE.

Si aguardo, de mármol soy. (Aparte.)
¿Qué esperáis, desdichas mías?
Sin tormento han confesado.....
Pero sin tormento no,
Que claro está que soy yo
Á quien el tormento han dado.
No es menester más testigo;
Confesaron de una vez.
Prevenid, pues sois jüez,
Honra, sentencia y castigo.
Pero de tal suerte sea,
Que no se infame mi nombre;
Que en público siempre á un hombre
Queda alguna cosa fea.
Y no es bien que hombre nacido
Sepa que yo estoy sin honra,
Siendo enterrar la deshonra
Como no haberla tenido;
Que aunque parece defensa
De la honra el desagravio,
No deja de ser agravio
Cuando se sabe la ofensa.

Vase.

CASANDRA.

¡Ay, desdichadas mujeres!
¡Ay, hombres falsos sin fe!

FEDERICO.

Digo, señora, que haré
Todo lo que tú quisieres,
Y esta palabra te doy.

CASANDRA.

¿Será verdad?

FEDERICO.

Infalible.

CASANDRA.

Pues no haya amor imposible.
Tuya he sido y tuya soy;
No ha de faltar invención
Para vernos cada día.

CONDE.

Pues vete, señora mía;
Y pues tienes discreción,
Finge gusto, pues es justo,
Con el Duque.

CASANDRA.

Así lo haré
Sin tu ofensa; que yo sé
Que el que es fingido no es gusto.

Vanse.

Salen Aurora y Batín.

BATÍN.

Yo he sabido, hermosa Aurora,
Que ha de ser, ó ya lo es,
Tu dueño el señor Marqués,
Y que á Mantua vas, señora (1);
Y así, vengo á suplicar
Que allá me lleves (2).

---

(1)
..... hombre en el mundo
Que tan mal pago me diera
. . . . casar
Después de haber obligado. (A.)

(1) Y que á Mantua os vais, señora. (A.)
(2) Llevéis. (A.)

AURORA.

Batín,
Mucho me admiro. ¿Á qué fin
Al Conde quieres dejar?

BATÍN.

Servir mucho y medrar poco
Es un linaje de ágravio
Que al más cuerdo, que al más sabio,
Ó le mata ó vuelve loco.
Hoy te doy, mañana no,
Quizá te daré después.....
Yo no sé *quizá* quién es,
Mas sé que nunca *quizó*.
Fuera desto, está endiablado
El Conde. No sé qué tiene:
Ya triste, ya alegre viene,
Ya cuerdo, ya destemplado.
La Duquesa, pues, también
Insufrible y desigual;
Pues donde va á todos mal,
¿Quieres que me vaya bien?
El Duque, santo fingido,
Consigo á solas hablando,
Como hombre que anda buscando
Algo que se le ha perdido.
Toda la casa lo está;
Contigo á Mantua me voy.

AURORA.

Si yo tan dichosa soy
Que el Duque á Carlos me da,
Yo te llevaré conmigo.

BATÍN.

Beso mil veces tus pies,
Y voy á hablar al Marqués.

Vase.

Sale el Duque.

DUQUE.

¡Ay, honor, fiero enemigo! (Aparte.)
¿Quién fué el primero que dió
Tu ley al mundo, y que fuese
Mujer quien en sí tuviese
Tu valor, y el hombre no?
Pues sin culpa el más honrado
Te puede perder, honor,
Bárbaro legislador
Fué tu inventor, no letrado.
Mas dejarla entre nosotros
Muestra que fuiste ofendido,
Pues esta invención ha sido
Para que lo fuesen otros.
Aurora.....

AURORA.

Señor.....

DUQUE.

Ya creo
Que con el Marqués te casa
La Duquesa, y yo á su ruego;
Que más quiero contentarla
Que dar este gusto al Conde.

AURORA.

Eternamente obligada
Quedo á servirte.

DUQUE.

Bien puedes
Decir á Carlos que á Mantua
Escriba al Duque, su tío.

AURORA.

Voy donde el Marqués aguarda
Tan dichosa nueva.

Vase.

DUQUE.

Cielos,
Hoy se ha de ver en mi casa
No más que vuestro castigo;
Alzad la divina vara.
No es venganza de mi agravio;
Que ya no quiero tomarla
En vuestra ofensa, y de un hijo,
Ya fuera bárbara hazaña.
Este ha de ser un castigo
Vuestro no más, porque valga
Para que perdone el cielo
El rigor por la templanza.
Seré padre, y no marido,
Dando la justicia santa
Á un pecado sin vergüenza
Un *castigo sin venganza* (1).
Esto disponen las leyes
Del honor, y que no haya
Publicidad en mi afrenta,
Con que se doble mi infamia (2).
Quien en público castiga,
Dos veces su honor infama,
Pues después que le ha perdido,
Por el mundo le dilata.
La infame Casandra dejo
De pies y manos atada,
Con un tafetán cubierta,
Y por no escuchar sus ansias,
Con una liga en la boca;
Porque al decirle la causa,
Para cuanto quise hacer
Me dió lugar, desmayada.
Esto aun pudiera, ofendida,
Sufrir la piedad humana;
Pero dar la muerte á un hijo,
¿Qué corazón no desmaya?
Sólo de pensarlo ¡ay triste!
Tiembla el cuerpo, expira el alma,

---

(1)
Sólo ha de ser un castigo
Sin venganza, y sin que haya
Publicidad en mi afrenta,
Que se doble (?) la infamia
Quien en público castiga. (A.)

(2) Aquí siguen en el manuscrito dos versos enteramente ilegibles.

Lloran los ojos, la sangre
Muere en las venas helada,
El pecho se desalienta,
El entendimiento falta,
La memoria está corrida,
Y la voluntad turbada.
Como arroyo que detiene
El hielo de noche larga,
Del corazón á la boca
Prende el dolor las palabras.
¿Qué quieres, amor? ¿No ves
Que Dios á los hijos manda
Honrar los padres, y el Conde
Su mandamiento quebranta?
Déjame, amor, que castigue
Á quien las leyes sagradas
Contra su padre desprecia,
Pues tengo por cosa clara
Que si hoy me quita la honra,
La vida podrá mañana.
Cincuenta mató Artajerjes
Con menos causa, y la espada
De Darío, Torcuato y Bruto,
Ejecutó sin venganza
Las leyes de la justicia.
Perdona, amor; no deshagas
El derecho del castigo,
Cuando el honor, en la sala
De la razón presidiendo,
Quiere sentenciar la causa.
El fiscal Verdad le ha puesto
La acusación, y está clara
La culpa; que ojos y oídos
Juraron en la probanza.
Amor y sangre, abogados,
Le defienden; mas no basta;
Que la infamia y la vergüenza
Son de la parte contraria.
La ley de Dios, cuando menos,
Es quien la culpa relata,
Su conciencia quien la escribe,
Pues ¿para qué me acobardas? (1).
Él viene. ¡Ay, cielos, favor!

Sale Federico.

FEDERICO.

Basta que en palacio anda
Pública fama, señor,
Que con el marqués Gonzaga
Casas á Aurora, y que luego
Se parte con ella á Mantua.
¿Mándasme que yo lo crea?

DUQUE.

Conde, ni sé lo que tratan,
Ni he dado al Marqués licencia;
Que traigo en cosas más altas
Puesta la imaginación.

(1) *Acobarda. (Parte 21.)*

FEDERICO.

Quien gobierna, mal descansa.
¿Qué es lo que te da cuidado?

DUQUE.

Hijo, un noble de Ferrara (1)
Se conjura contra mí
Con otros que le acompañan.
Fióse de una mujer,
Que el secreto me declara;
¡Necio quien de ellas se fía,
Discreto quien las alaba!
Llamé al traidor, finalmente,
Que un negocio de importancia
Dije que con él tenía;
Y cerrado en esta cuadra,
Le dije el caso, y apenas
Le oyó, cuando se desmaya;
Con que pude fácilmente
En la silla donde estaba
Atarle, y cubrir el cuerpo,
Porque no viese la cara
Quien á matarle viniese,
Por no alborotar á Italia.
Tú has venido, y es más justo
Hacer de ti confianza,
Para que nadie lo sepa (2).
Saca animoso la espada,
Conde, y la vida le quita;
Que á la puerta de la cuadra
Quiero mirar el valor
Con que á mi enemigo matas.

FEDERICO.

¿Pruébasme acaso, ó es cierto
Que conspirar intentaban
Contra ti los dos que dices?

DUQUE.

Cuando un padre á un hijo manda
Una cosa, injusta ó justa,
¿Con él se pone á palabras?
Vete, cobarde, que yo.....

FEDERICO.

Ten la espada, y aquí aguarda;
Que no es temor, pues que dices
Que es una persona atada.
Pero no sé qué me ha dado,
Que me está temblando el alma.

(1) La primitiva versión de este pasaje está tachada en el original, y sólo se alcanza á leer lo siguiente:

. . . . Ferrara
Se conjuran contra mí
Dos personas que se. . . . .
Obligaciones. . . . .
. . . . arrogancia
. . . . que estaba
. . . . imaginar
. . . . dixo la fama.

(2) Versos tachados en el borrador:

. . . . atarle
Cubrí el cuerpo que no quise
. . . .
. . . .
Que tú has venido, y es más justo
Hacer de ti confianza
Para que nadie lo sepa.....

DUQUE.

¡Quédate, infame!

FEDERICO.

Ya voy,
Que pues tú lo mandas, basta.
Pero ¡vive Dios.....

DUQUE.

¡Oh perro!

FEDERICO.

Ya voy..... Detente..... Y si hallara
Al mismo César, le diera
Por ti ¡ay Dios! mil estocadas.

DUQUE.

Aquí lo veré.

Éntrase Federico.

Ya llega.....
Ya el Conde empuña la espada..... (1).
Ejecutó mi justicia (2)
Quien ejecutó mi infamia.
¡Capitanes! ¡Hola, gente!
¡Venid los que estáis de guarda!
¡Ah, caballeros, criados!
Presto.

Salen el Marqués, Aurora, Batín, Ricardo y todos los demás que se han introducido.

MARQUÉS.

¿Para qué nos llamas,
Señor, con tan altas voces?

DUQUE.

¿Hay tal maldad? Á Casandra
Ha muerto el Conde, no más
De porque fué su madrastra,
Y le dijo que tenía
Mejor hijo en sus entrañas
Para heredarme. ¡Matadle (3),
Matadle; el Duque lo manda!

MARQUÉS.

¡Á Casandra!

DUQUE.

Sí, Marqués.

MARQUÉS.

Pues no volveré yo á Mantua
Sin que la vida le quite.

DUQUE.

Ya con la sangrienta espada
Sale el traidor.

Sale Federico con la espada desnuda (4).

FEDERICO.

¿Qué es aquesto?
Voy á descubrir la cara
Del traidor que me decías,
Y hallo.....

(1) Ya con la punta la passa. (A.) Con la punta de la espada. (*Parte* 21.)
(2) Execute. (A. y *Parte* 21.)
(3) Matalde. (A. y *Parte* 21.)
(4) Salga el Conde. (A.)

DUQUE.

No prosigas, calla.
¡Matadle, matadle!

MARQUÉS.

¡Muera!

FEDERICO.

¡Oh padre! ¿Por qué me matan?

DUQUE.

En el tribunal de Dios,
Traidor, te dirán la causa.

Éntranse todos riñendo con Federico.

Tú, Aurora, con este ejemplo
Parte con Carlos á Mantua;
Que él te merece, y yo gusto.

AURORA.

Estoy, señor, tan turbada,
Que no sé lo que responda.

BATÍN.

Di que sí; que no es sin causa (Ap. á ella.)
Todo lo que ves, Aurora.

AURORA.

Señor, desde aquí á mañana
Te daré respuesta.

Sale el Marqués.

MARQUÉS.

Ya
Queda muerto el Conde.

DUQUE.

En tanta
Desdicha, aun quieren los ojos
Verle muerto con Casandra (1).

MARQUÉS.

Vuelve á mirar un castigo
Sin venganza.

Descúbrelos.

DUQUE.

No es tomarla
El castigar la justicia.
Valor sobra y llanto falta.
Pagó la maldad que hizo
Por heredarme.

BATÍN.

Aquí acaba,
Senado, aquella tragedia
Del castigo sin venganza,
Que, siendo en Italia asombro,
Hoy es ejemplo en España (2).

(1) Descúbrales (acotación del autógrafo).
(2) Todo el final es diverso en el autógrafo:

En el tribunal de Dios,
Traidor, te dieran (*sic*) la causa:
Aurora, ¿cuál quieres más,
Ser Duque de Ferrara,
Ó ir á Mantua con Carlos?

AURORA.

Estoy, señor, tan turbada,
Que no sé lo que responda.

BATIN.

Di que sí, que no es sin causa

Todo lo que ves, Aurora.

AURORA.

Señor, desde aquí á mañana
Te daré respuesta.

Salga el Marqués.

MARQUÉS.

Queda muerto el Conde.

DUQUE.

Basta.
Pagó la maldad que hizo
Por heredarme.

BATÍN.

Aquí acaba,
Senado, aquella tragedia
Del *Castigo sin venganza*,
Que siendo en Italia asombro,
Hoy es ejemplo en España.

Laus Deo et M. V.

En Madrid, 1.° de Agosto de 1631.

EL VILLANO EN SU RINCÓN

EL VILLANO EN SU RINCÓN

PERSONAS

Lisarda, *labradora.*
Belisa.
Costanza.
Otón, *caballero.*
Finardo.
Marín, *lacayo.*
El Rey de Francia.
La Infanta, *su hermana.*
El Almirante.
Juan, Feliciano, Fileto, Bruno, Salvano, *Labradores.*
Tirso, *labrador.*
Un Alcaide.
Acompañamiento.
Villanos.
Músicos.
Criados.
Enmascarados.

ACTO PRIMERO.

Lisarda y Belisa, en hábito de damas; detrás Otón, Finardo y Marín.

BELISA.

Á Lisarda.

¿Desto gustas?

LISARDA.

Desto gusto.

BELISA.

¡Qué notable inclinación!

OTÓN.

Á Finardo.

Casadas pienso que son.

FINARDO.

No te resulte disgusto;
Que en el hábito parecen
Gente noble y principal.

OTÓN.

Talle y habla es celestial:
Juntas matan y enloquecen.
Mas si el ánimo faltara,
¿Qué ocasión no se perdiera?

LISARDA.

Á Belisa.

Si bien no me pareciera,
Ninguna joya tomara;
Que lo mayor para mí
Es el buen talle del hombre.

BELISA.

Por mi fe que es gentilhombre.

FINARDO.

Á Otón.

¿Volverás á hablarla?

OTÓN.

Sí.

LISARDA.

¡Con qué estilo tan galán
Tantas joyas me compró!

BELISA.

Á Lisarda.

Habla bajo, porque yo
Pienso, Lisarda, que van
Siguiendo nuestras pisadas.

LISARDA.
Eso me ha dado temor.
BELISA.
Vuelve muy aprisa amor
Por las prendas empeñadas.
LISARDA.
Todo lo que éste me ha dado,
De opinión ha de perder
Si agora viene á saber
La calidad de mi estado;
Mas podrélo remediar
Con darle una prenda yo
Que valga más.
BELISA.
Eso no.
OTÓN.
Quiero, Finardo, llegar.

Á Lisarda.

Á mucha descortesía,
Hermosa dama, tendréis,
Y apostaré que estaréis
Descontenta de la mía,
Porque sirviendo no os vengo,
Y que una vez vuelvo á hablaros.
LISARDA.
Yo me holgara de obligaros,
Por el peligro que tengo,
Señor, á que me dejéis,
Cierto de que en el lugar
Donde hoy me vistes llegar,
Muchas veces me veréis;
Y para satisfacción
De que no os digo mentira
(Porque no sabe quien mira
Las más veces la intención),
Esta sortija tomad.
OTÓN.
Por prenda vuestra la aceto,
Y no seguiros prometo,
Si no es con la voluntad.
No os espante el ver que siga,
Pues el alma me lleváis,
Ni el ver, pues ya me dejáis,
Que esto tan aprisa os diga;
Que sabe el cielo que es fuerza,
Y que no he podido más.
LISARDA.
El noble que ama, jamás
Hizo á lo que quiso fuerza.
Esto espero yo de vos,
Pues vuestra nobleza es llana;
Que aquí me veréis mañana.
Y quedaos con Dios.
OTÓN.
Adiós.
LISARDA.
Yo os juro que, si os agrado,
Que de vos lo voy también,
Y que procediendo bien,
Os doy amor por cuidado.
OTÓN.
Yo no pasaré de aquí,
Satisfecho que os veré.
LISARDA.
Pues yo de aquí pasaré
Si vos me obligáis ansí.
OTÓN.
Digo que vais en buen hora.
LISARDA,
Satisfecha voy de vos.
OTÓN.
Id con Dios.
LISARDA.
Quedad con Dios.

Vanse ellas.

FINARDO.
¿Qué tenemos?
OTÓN.
Que es señora
De gran calidad, sin duda.
FINARDO.
Lindamente os ha engañado.
OTÓN.
Yo me doy por bien pagado
Aunque eternamente acuda
Donde dice que vendrá.
FINARDO.
¿Qué te parece, Marín,
Deste tu señor?
MARÍN.
Que en fin
Tras sus antojos se va.
¿Qué bestia le hubiera dado
Tantas joyas á mujer
Sin coche, silla, ó traer (1)
Sólo un escudero al lado? (2).
OTÓN.
No la pensaba seguir.....
La palabra me tomó.....
Pero perdonad, que yo
Os tengo de ver mentir,
Y me habéis de confesar
Que soy más cuerdo, aunque poco.
Parte, por gusto de un loco,
Marín, hasta verla entrar
En la casa donde vive.
¿Qué miras? Véla siguiendo.
MARÍN.
Voy tras ella, porque entiendo
Que ya, Finardo, apercibe
La vaya que te ha de dar.
OTÓN.
No hará, por vida de Otón;
Que yo sé que es ocasión
Para podella envidiar (3).

Vase Marín.

(1) *Ó tañer*, en la edición de Barcelona, 1617.
(2) *Sólo un escudero ha hallado* (Id.).
(3) *Enviar* (Id.).

FINARDO.
Fingís estar engañado,
Porque no os tenga por necio.
OTÓN.
Para mí no tiene precio,
Finardo, un término honrado.
FINARDO.
¡Término honrado es tomar
Más de trecientos escudos
De joyas de oro!
OTÓN.
Á los mudos
Haréis porfiando hablar.
No os lo pensaba decir.
¿Conocéis piedras?
FINARDO.
Muy bien.
OTÓN.
¿Puede ser que á un hombre den
La que puede competir
Con una estrella del cielo,
Mujeres (1) de poco honor?
FINARDO.
Ésta tiene gran valor.
OTÓN.
Que son señoras recelo.
FINARDO.
Piedra es ésta que me admira.
OTÓN.
Es un gentil dïamante.
FINARDO.
Pero la luz no os espante,
Porque mil veces se mira
Tan bien labrado un cristal,
Que aun engaña á quien lo entiende.
OTÓN.
Ya vuestro temor me ofende.
Todo lo juzgáis á mal.
FINARDO.
Hay seis ó siete maneras
De mujeres pescadoras,
Que andan, Otón, á estas horas
Por estas verdes riberas.
Una sale con rigor
Que no se ha de destapar,
Porque en viéndola, no hay dar
Una blanca de valor.
Ésta, fiada en el pico,
Dos melindres y un enfado,
Y algo de un ojo rasgado
Que encubre nariz y hocico,
Pesca de solo su anzuelo
Camarones, pececillos,
Guantes, tocas y abanillos
Del boquirrubio mozuelo.
Otra sale con su manto
Como barba hasta la cinta;
Que, por lo casto, se pinta
De lo que aborrece tanto:

(1) *Mujer es*, en la edición de Barcelona, 1617.

Pesca un barbo boquiabierto,
Destos que andan á casarse,
Que piensan que han de toparse
Con un tesoro encubierto:
Lleva arracadas y cruces.
Otra sale á lo bizarro,
Tercia el manto con desgarro,
Y anda el rostro entre dos luces.
Ésta viene más fiada
En la cara bien compuesta,
Descubierta á la respuesta,
Y cuando pide tapada.
Pesca un delfín á caballo,
Que se apea á no lo ser,
Cuerdo digo al mercader,
Que sabe bien castigallo,
Y quédalo por la pena.
Otra veréis, cuyo fin
Es dar un nuevo chapín,
Que aquella mañana estrena.
Acuden á la virilla
De plata resplandeciente
Mil peces (1) de toda gente;
Y ella salta, danza y brilla:
Pesca medias y otras cosas;
Dice que vive, á diez hombres,
En calles de treinta nombres.
Otras hay más cautelosas,
Destas de coche prestado:
Pescan un señor seguro,
Llevan diamante, oro puro,
Que se cobra ejecutado.
Halla á la noche bujías,
Pastilla, esclavilla y salva,
Y vase á acostar al alba,
Después de seis gracias frías
Y un poquito de almohada.
Otras hay que andan al vuelo:
No ponen cebo al anzuelo,
Ni van reparando en nada,
Porque son red barredera
De los altos y los bajos.
Éstas pescan renacuajos,
Mariscando (2) la ribera,
Porque llevan avellanas,
Duraznos, melocotones,
Huevos, sardinas, melones,
Besugos, peras, manzanas
Y zarandajas ansí.
Destas ya habréis escogido
Lo que vuestra dama ha sido,
Que yo lo sé para mí.
OTÓN.
Paréceme discreción
De apretante cortesano.
¡Qué enfadoso estáis!
FINARDO.
Es llano,

(1) *Mil pues*, en la edición de Barcelona, 1617.
(2) *Mariscos toda ribera* (id.).

Diciéndoos verdad, Otón.

Marín.

MARÍN.
¡Ea, albricias!
OTÓN.
¿Cómo ansí?
MARÍN.
¡Linda cosa!
OTÓN.
¿De qué modo?
MARÍN.
¡Oh, bien empleado todo
Cuanto se lleva de aquí!
OTÓN.
¿Es acaso gran señora?
MARÍN.
No, pero muy gran bellaca,
Pues con invenciones saca,
Y se va riyendo agora.
FINARDO.
Riyéndose va un arroyo,
Sus guijas parecen dientes.
OTÓN.
¿Hacéis burla?
FINARDO.
No le cuentes
Si era fregona de apoyo,
Ó damisela de aquellas
De guadamecí en invierno,
Sino ríñele lo tierno
Con que se muere por ellas,
Y el crédito que les da
Á sus vidrios engastados.
MARIN.
Pienso dejaros helados
Si os lo cuento.
OTÓN.
Acaba ya.
MARÍN.
Seguí este diablo ó mujer
Casi hasta el fin de París;
Que pensé que á San Dionís
Iba por dicha á comer.
Llegó la tal á un mesón,
Entró en él, y á un aposento
Se fué derecha al momento.....
Forjo una linda invención,
Y entro al descuido á saber
De cierto español correo.
Miro al aposento, y veo
Desnudarse la mujer,
Y vestirse poco á poco
De labradora, y después
Salir con ella otros tres.
FINARDO.
¡Para engañar á otro loco!
MARÍN.
No, ¡por Dios! Mas un villano
Un carro sacó al instante,
Y ella, poniendo delante
Del rostro con blanca mano
Un velo sutil, subió,
Y en una alfombra sentada,
La primavera esmaltada
Por Abril me pareció.
Bien puede ser que si vieras
En el traje la mujer,
Que tuvieras más que hacer,
Porque hasta el lugar te fueras.
Iba un villanillo á pie,
Y preguntéle quién era,
Y dijo desta manera:
«¿Qué lo pregunta? Él ¿no ve
Que es hija de mi señor,
Juan Labrador? «Es gallarda,»
Dije. ¿Dónde vive? Aguarda.»
Y respondióme: «En Belflor,
Ese lugar del camino
Del bosque en que caza el Rey.»
FINARDO.
Villana es á toda ley,
Que en traje de dama vino
Á burlar en la ciudad
Un moscatel como vos.
OTÓN.
¡Juan Labrador!
MARÍN.
Sí, ¡por Dios!
OTÓN.
¡Qué extraña temeridad!
Pues ¿cómo una labradora
Este diamante me dió?
FINARDO.
Porque, si es vidrio, os burló.
OTÓN.
Eso sabremos agora.
Camina á la platería.
MARÍN.
Sea dama ó labradora,
No es tan hermosa la aurora
Cuando abre la puerta al día.
FINARDO.
Qué, ¿es tan hermosa, Marín?
MARÍN.
No hay cosa que más lo sea.
Haz cuenta que en una aldea
Se ha humanado un serafín.

Vanse.

Juan, labrador; Fileto, Bruno y Salvano.

JUAN.
Creo que os he de reñir.
¡Con las hoces en las manos!
Salid acá, cortesanos.
FILETO.
¿Ya escopienzas á gruñir?
Pero donaire has tenido,
Pues cortesanos mos llamas,

Pensando que nos infamas
Con ese honrado apellido.

JUAN.

Fileto, el nombre *villano*,
Del que en la *villa* vivía
Se dijo, cual se diría
De la *corte* el *cortesano*.
El cortesano recibe
Por afrenta aqueste nombre,
Siendo villano aquel hombre
Bueno, que en la villa vive.
Yo, pues nos llama *villanos*
El cortesano á nosotros,
También os llamo á vosotros
Por afrenta *cortesanos*.

FILETO.

Señor, ha dicho muy bien.

JUAN.

Ea, pues, alto: al trabajo,
Y pues yo mi cuello abajo,
Bájenle todos también.
¿Cuántos salieron á arar?

SALVANO.

Veinte mozos, diez con bueyes,
Y diez con mulas.

JUAN.

¿Qué reyes
No me pueden envidiar?
Vé tú, Salvano, á la viña
De la ermita con tu carro.

SALVANO.

Como ha llovido, y es barro
Lo más de aquella campiña,
Otra mula llevaré.

JUAN.

Lleva cuatro: Dios loado,
Que tantos pares me ha dado,
Pues aun contarlos no sé.

Vase Salvano.

Ea, tú, Bruno, á la cuesta
Donde vendimia Costanza.

BRUNO.

Yo voy.

Vase.

JUAN.

Tú, Fileto, alcanza
La más blanca y limpia cesta,
Y de unas uvas doradas
Que se vengan á los ojos,
Y estén sus racimos rojos,
Por las mañanas heladas,
Descubriendo con el sol
El puro color del oro,
La llena, y lleva á Peloro,
Nuestro vecino y doctor.

FILETO.

Manda á Gila que me dé
Un paño de manos bueno,
Labrado ó de randas lleno,
Y en somo le posaré.

JUAN.

¿No eres más necio? ¿No sabes
Que á peligro el paño está
De que se te quede allá?

FILETO.

Entre personas muy graves,
Platos y paños se vuelven.

JUAN.

. . . . (1).
Los pámpanos, de manera
Unos en otros asidos,
Con clavellinas tejidos,
Que vayan cayendo afuera;
Que juntas hojas y flores
Parece, si están lozanos,
Sus hojas paños de manos,
Y los claveles labores.

FILETO.

Voy, y la pondré de suerte,
Que al Rey se pueda llevar.

JUAN.

Aquí te quiero aguardar.

FILETO.

Al momento vuelvo á verte.

Vase.

JUAN.

¡Gracias, inmenso cielo,
Á tu bondad divina!
No tanto por los bienes que me has dado,
Pues todo aqueste suelo
Y esta sierra vecina
Cubren mis trigos, viñas y ganado,
Ni por haber colmado
De casi blanco aceite
Destas olivas bajas,
Á treinta y más tinajas,
Donde nadan los quesos por deleite,
Sin otras de henchir faltas (2)
De olivas más ancianas y más altas;
No porque mis colmenas,
De nidos pequeñuelos
De tantas avecillas adornadas,
De blanca miel rellenas,
Que al reirse los cielos
Convierten destas flores matizadas;
Ni porque estén cargadas
De montes de oro en trigo
Las eras que á las trojes
Sin tempestad recoges,
De quien tú que lo das eres testigo,
Y yo tu mayordomo,
Que mientras más adquiero, menos como;
No porque los lagares

(1) Verso suelto; faltan, lo menos, tres.
(2) *Sin las que de hinchir faltas*, en la edición de Barcelona, 1617.

Con las azules uvas
Rebosen por los bordes á la tierra,
Ni porque tantos pares
De bien labradas cubas
Puedan bastar á lo que Otubre encierra;
No porque aquella sierra
Cubra el ganado mío,
Que allá parecen peñas,
Ni porque con mis señas,
Bebiendo de manera agota el río,
Que en el tiempo que bebe,
Á pie enjuto el pastor pasar se atreve;
Las gracias más colmadas
Te doy porque me has dado
Contento en el estado que me has puesto.
Parezco un hombre opuesto
Al cortesano triste
Por honras y ambiciones,
Que de tantas pasiones
El corazón y el pensamiento viste;
Porque yo sin cuidado,
De honor, con mis iguales vivo honrado.
Nací en aquesta aldea,
Dos leguas de la corte,
Y no he visto la corte en sesenta años,
Ni plega á Dios la vea,
Aunque el vivir me importe
Por casos de fortuna tan extraños.
Estos mismos castaños,
Que nacieron conmigo,
No he pasado en mi vida;
Porque si la comida
Y la casa, del hombre dulce abrigo,
Adonde nace tiene,
¿Qué busca? ¿Adónde va ni adónde viene?
Ríome del soldado,
Que como si tuviese
Mil piernas y mil brazos, va á perdellos;
Y el otro desdichado,
Que como si no hubiese
Bastante tierra, asiendo los cabellos
A la fortuna, y dellos
Colgado el pensamiento,
Las libres mares ara,
Y aun en el mar no para;
Que presume también beber el viento.
¡Ay, Dios! ¡Qué gran locura,
Buscar el hombre incierta sepultura!

Feliciano.

FELICIANO.
Ansí Dios te dé placer,
Padre mío y mi señor,
Que me hagas un favor.
JUAN.
Muchos te quisiera hacer.
FELICIANO.
Pues ¡ven por tu vida! á ver
Al Rey, que muy cerca pasa
Del umbral de nuestra casa;
Que va á cazar á su monte.
Tu capa y sombrero ponte,
Que el sol en vendimia abrasa.
Ven á ver las damas bellas
Que acompañan á su hermana,
Que sale como Diana
Entre planetas y estrellas.
Con ella compiten ellas,
Y ella con el sol divino.
Ven, porque todo el camino
Se cubre de más señores
Que tienen los campos flores,
Y fruta aquel verde pino.
Ven á ver cuán envidioso
Está el sol de los caballos,
Porque quisiera roballos
Para su carro famoso.
Verás tanto paje hermoso,
Que el pecho tierno atraviesa
Con banda blanca francesa,
Opuesta al rojo español,
Ir como rayos del sol
Por esa arboleda espesa.
Ea, padre, que esta vez
No has de ser tan aldeano.
Da ¡por tu vida! de mano
A tanta selvatiquez.
Alegra ya tu vejez,
Hinca la rodilla en tierra
Al Rey, que con tanta guerra
Te mantiene en paz.
JUAN.
No más;
Que pesadumbre me das.
La boca, inorante, cierra.
¿Qué es ver al Rey? ¿Estás loco?
¿De qué le importa al villano
Ver al señor soberano,
Que todo lo tiene en poco?
Los últimos pasos toco
De mi vida, y no le vi
Desde el día en que nací,
Pues ¿tengo de verle ya,
Cuando acabándose está?
Mas quiero morirme ansí.
Yo he sido rey, Feliciano,
En mi pequeño rincón;
Reyes los que viven son
Del trabajo de su mano;
Rey es quien con pecho sano
Descansa sin ver al Rey,
Obedeciendo su ley
Como al que es Dios en la tierra,
Pues que del poder que encierra
Sé que es su mismo virrey.
Yo adoro al Rey; mas si yo
Nací en un monte, ¿á qué efecto
Veré al Rey, hombre perfecto,
Que Dios singular crió?
El cura nos predicó
Que dos ángeles tenía

Que le guardan noche y día,
Y que esta fué su opinión,
Sin la mucha guarnición
De su armada infantería.
Yo propuse, Feliciano,
De no ver al Rey jamás,
Pues de la tierra en que estás
Yo tengo el cetro en la mano.
Si el Rey, al pobre villano
Que ves, prestados pidiese
Cien mil escudos, y hubiese
Grande que así los prestase
(¿Qué es prestase? presentase),
Que en un cordel me pusiese.
Daré al Rey toda mi hacienda,
Hasta la oveja y el buey;
Mas yo no he de ver al Rey
Mientras desto no se ofenda.
¿Hame de dar encomienda
Ni plaza de consejero?
Servirle y no verle quiero,
Porque al sol no le miramos,
Y con él nos alumbramos;
Pues tal el Rey considero.
No se deja el sol mirar,
Que es su rostro un fuego eterno;
Rey del campo que gobierno
Me soléis todos llamar;
El ave que hago matar,
Sábele allá de otro modo,
Ni el vino oloroso es todo,
Porque le falta haber sido
Él mismo quien le ha cogido,
Para que le sepa más;
Que en las viñas donde estás,
Lo que he sembrado he bebido.
Los coches pienso que son
Éstos que vienen sonando.
Ya me escondo, imaginando
Su trápala y confusión.
¡Ay, mi divino rincón,
Donde soy rey de mis pajas!
¡Dura ambición! ¿Qué trabajas
Haciendo al aire edificios,
Pues los más altos oficios
No llevan más de mortajas?

Vase.

FELICIANO.

¿Qué bárbaro produjeron
Las montañas del Caucaso?
¿Qué Abarino, qué Circaso
Sus ocultos montes vieron?
¿A qué león leche dieron
Las albanesas leonas,
Ni en todas las cinco zonas
Vió el sol, por fuegos ó hielos,
Corriendo sus paralelos,
Sus círculos y coronas,
Con semejante rigor?
¿Hay tan grande villanía?
¡De ver al Rey se desvía,
Y al que es supremo señor!

Lisarda y Belisa, en hábito de labradoras.

LISARDA.

Aparte con Belisa.

¡De qué famosa labor
Iba bordada la saya!

BELISA.

No presumo yo que haya
En el Sur perlas más bellas.

LISARDA.

Allá envían á cogellas
A la más remota playa.

BELISA.

Hermosa la Infanta iba.

LISARDA.

Cuando no fuera quien es,
Su hermosura era interés
Que en más alto reino estriba.

BELISA.

Pensé que era, así yo viva,
Uno de aquellos señores,
El que allá te dijo amores
Cuando fuiste disfrazada.

LISARDA.

Pues no estuviste engañada;
Yo lo estuve en sus favores.

BELISA.

Mira que está aquí tu hermano.

LISARDA.

Feliciano.....

FELICIANO.

Mi Lisarda.....

LISARDA.

¿Viste la Corte gallarda?

FELICIANO.

Vi nuestro Rey soberano.

LISARDA.

¿Y no viste, Feliciano,
Tantas damas, tal belleza?

FELICIANO.

Admírame su grandeza
De suerte, que á toda furia
Vine á llamar quien injuria
La misma naturaleza.
Rogué á mi padre que fuese
A ver al Rey.

LISARDA.

Necedad.
¿Tan extraña novedad
Querías que por ti hiciese?
Antes que Juan se moviese
De su umbral á ver al Rey,
Rompería el aire un buey,
Porque desde que nació,
El no ver al Rey juró,
Después de guardar su ley.

FELICIANO.

¿Es posible que nacimos
Deste monstruo?

LISARDA.

No lo sé.

FELICIANO.

Si es nuestro padre, ¿por qué
Tan diferentes salimos?
Yo muero por ver la corte
Y andar en honrado traje;
Cánsame este villanaje,
Aunque á darle gusto importe.
Cuando me puedo escapar,
Voy á París con vestido
Tan cortesano y pulido,
Que el Rey me puede mirar.
Escucho sus caballeros,
Su grandeza me alborota;
Al juego de la pelota
Voy á apostar mis dineros,
Ya que no puedo jugar
(A lo menos no me atrevo),
Porque sé bien que si pruebo,
Conmigo se ha de enojar.
Si en las justas y torneos
Puedo disfrazado entrar,
Allá procuro llegar,
Y si no, con los deseos.
No sé cómo me engendró.

LISARDA.

Pues ¿qué te diré de mí?
Jamás á la corte fuí,
Que allá pareciese yo.
Mi ropa, basquiña y manto,
Guante y dorado chapín,
Puede mirallo el Delfín.

FELICIANO.

De su rudeza me espanto.
Yo voy á la iglesia, hermana,
Porque oí decir que oiría
Misa el Rey en ella.

LISARDA.

Haría
Nuestra aldea cortesana.
Y aun allí podría ser
Que nuestro padre le viese,
Aunque verle no quisiese,
Pues nunca le quiere ver.

FELICIANO.

No hayas miedo, porque está,
Desde que al Rey ha sentido,
Ó encerrado ó escondido.

LISARDA.

Pues ¿á misa no saldrá?

FELICIANO.

Perderála por no ver
La Corte, el Rey ni las damas.

LISARDA.

Y ¿bárbaro no le llamas?

FELICIANO.

Ni aun hombre mereció ser.
Voyme, porque para mí
Nunca amanece tal día.

Vase.

LISARDA.

¿Qué dirás, Belisa mía,
De lo que ha pasado aquí?

BELISA.

Digo que como la gente
Del lugar toda entrará
A ver el Rey, si allá está,
Puedes muy honestamente
Verle, y ver si está con él
El que las joyas te dió.

LISARDA.

Digo que le he visto yo,
Belisa, y muy cerca dél.

BELISA.

¡Cosa que fuese señor
De importancia!

LISARDA.

No quisiera
Que tan grande señor fuera
Como imposible mi amor.
Pero vamos á saber
Lo que hizo la fortuna;
Que quien nació sin ninguna,
¿De qué la puede temer?
Mas tenga este desengaño
Mi padre Juan Labrador;
Que no lo ha de ser mi amor,
Sin hacer á mi honor daño.
Yo no nací, mi Belisa,
Para labrador por dueño:
Para mí su estilo es sueño,
Y su condición es risa.
Yo me tengo de casar
Por mi gusto y por mi mano
Con un hombre cortesano,
Y no en mi propio lugar.

BELISA.

¿No me llevarás contigo?

LISARDA.

Conmigo te llevaré.
Para corte me crié;
Su estilo y leyes bendigo.

BELISA.

Vamos, y deja el aldea.

LISARDA.

¡Ay, si hablase aquel señor!

BELISA.

No es imposible tu amor,
Como título no sea.

LISARDA.

Puédele mi padre dar
De dote cien mil ducados.

BELISA.

Ducados hacen ducados;
Con duque te has de casar.

Vanse.

El Rey de Francia, la Infanta, Finardo, Otón, Marín y acompañamiento.

REY.
¿Habéislo preguntado?

OTÓN.
Ya se viste;
Que no fué poca dicha, porque es tarde.

INFANTA.
La iglesia me contenta, aunque es antigua,
Y los altares tienen, para aldea,
Mejores ornamentos que la corte.

OTÓN.
Pienso que en ella vive un hombre rico,
Que debe de tener este cuidado.

REY.
¿Qué piedra es ésta escrita, que sostiene
Este pilar?

INFANTA.
Será alguna memoria.
¿Eso á leer se pone Vuestra Alteza?

Fileto, Bruno y Salvano.

FILETO.
Pisa quedito, Bruno, no te sientan.

BRUNO.
Pues ¿fuera yo más quedo sobre huevos?

SALVANO.
¿Éste es el Rey?

FILETO.
Aquel mancebo rojo.

SALVANO.
¡Válgame Dios! Los reyes, ¿tienen barbas?

FILETO.
Pues ¿cómo piensas tú que son los reyes?

SALVANO.
Yo he visto en un jardín pintado al César,
Á Tito, á Vespasiano y á Trajano;
Pero estaban rapados como frailes.

BRUNO.
Ésos eran coléricos, que apenas
Sufrían sus bigotes, y de enfado
Se dejaban rapar barba y cabeza.

INFANTA.
¿De qué se está riyendo Vuestra Alteza?

REY.
¿No quieres que me ría, si he leído
La cosa más notable en esta piedra,
Que está en el mundo escrita, ni se ha oído?

INFANTA.
Pues no se espante deso Vuestra Alteza;
Que en los sepulcros hay notables cosas.

OTÓN.
Estando yo en España y en Italia,
He visto algunos de memoria dignos.

REY.
Plutarco hace mención, y por testigo
Pone á Herodoto, del sepulcro insigne
Que en la puerta mayor de Babilonia
Hizo la gran Semíramis de Nino,
Convidando á tomar de sus dineros
Al rey que dellos fuese codicioso.
Abrióle Dario, Rey de Persia, y dentro
Halló sola una piedra que decía:
«Si no fueras avaro y ambicioso,
No vieras las cenizas de los muertos.»

OTÓN.
De Herodes cuenta la codicia misma
Josefo, historiador de tanto crédito:
Abrió, pensando hallar ricos tesoros,
Del gran David y Salomón las urnas.

INFANTA.
Notables fueron en antiguos tiempos,
De la bárbara Egipto las pirámides.

OTÓN.
En Lusitania, en una piedra había
Escritas estas letras: «Gundisalvo
Yace debajo aquesta losa fría;
Boca abajo mandó que le enterrasen,
Porque da tan apriesa vuelta el mundo,
Que quedará muy presto boca arriba,
Y así quiso excusarse del trabajo.»

REY.
¡Notable!

INFANTA.
No se ha visto semejante.

REY.
Éste merece letras en diamante.

INFANTA.
¿Cómo dicen, señor?

REY.
De aquesta suerte.....
Aunque le falta el año de la muerte:
«Yace aquí Juan Labrador,
Que nunca sirvió á señor,
Ni vió la corte ni al Rey,
Ni temió ni dió temor;
Ni tuvo necesidad,
Ni estuvo herido ni preso,
Ni en muchos años de edad
Vió en su casa mal suceso,
Envidia ni enfermedad.»

INFANTA.
¿No dice cuándo murió?

REY.
No escribe el año ni el mes.

INFANTA.
Por ventura es vivo.

REY.
Yo
Diera un notable interés
Porque viviera.

INFANTA.
Yo no.

REY.
Yo sí, para conocer
Un hombre tan peregrino.

OTÓN.
Presto lo podrás saber.

Lisarda y Belisa.

LISARDA.
A misa dicen que vino.

BELISA.
Mas ¿si acertases á ver
Aquel tu desasosiego?

LISARDA.
No dudes de que aquí está.

BELISA.
Si lo está, verásle luego.

LISARDA.
No lo dudo, porque habrá
La luz de su mismo fuego.

OTÓN.
Aquí hay muchos labradores
De los que vienen á verte;
Si es tu gusto, no lo ignores.

REY.
De lo que le tengo advierte
A alguno de los mejores.

OTÓN.
Hola, amigos, el Rey hablaros quiere.
¿Cuál es de todos de mejor jüicio?

BRUNO.
Yo ha poco que era el más discreto; agora,
No sé en lo que ha topado, no soy tanto.

FILETO.
Aquí Salvano sabe más que Bruno,
Y yo suelo saber más que Salvano,
Porque sé de las misas lo que es *quiries*,
Y canto por la noche el *Tanto negro;*
Pero pienso, señor, que me turbase.....

OTÓN.
¿Cómo turbar? ¿No veis cuán apacible,
Cuán humano es el Rey? Que los leones
Son graves con los graves animales,
Y humildes con los tiernos corderillos;
No temáis porque el Rey hablaros quiere.

FILETO.
Yo voy en su grandeza confiado.

OTÓN.
Aquí viene, señor, el más discreto
De aquestos labradores y villanos.

FILETO.
Hablando con perdón, yo soy discreto.

REY.
¿Sois muy discreto vos?

FILETO.
Notablemente:
He jugado á la chuca y á los bolos;
Yo pinto con almagre ricos mayos
La noche de San Juan y de San Pedro,
Y pongo *Juana*, *Antona y Menga*, *vítor*.

REY.
¿Quién es Juan Labrador aquí?

FILETO.
Es mi amo;
Que por darme á comer ansí le llamo.

REY.
¿Que vive?

FILETO.
Sí, señor.

REY.
Pues ¿cómo tiene
Puesta su piedra aquí de sepultura?

FILETO.
Porque dice que es loco el que edifica
Casa para la vida de cien años,
Aunque muy pocos pasan de sesenta,
Y no lo hace para tantos cuantos
Ha de estar en la casa de la muerte.

REY.
¿Es muy sabio?

FILETO.
Después de mí, no hay hombre
Que sepa tanto en toda aquesta aldea.

REY.
Ansí falta en las letras mes y año.

FILETO.
Pondránsele en muriendo.

REY.
¿Tiene hijos?

FILETO.
Dos tiene agora, un macho y una macha,
Más bella que una rosa alejandrina
Cuando rompe el botón, y por su extremo
Despliega algunas hojas y otras coge.

REY.
¿Es rico?

FILETO.
Es espantosa su riqueza.
Tiene de su labor más de cien hombres,
Ochenta bueyes y cincuenta mulas.

REY.
¿Qué viste?

FILETO.
Paños toscos.

REY.
¿En qué come?

FILETO.
En barro muy grosero.

REY.
¿Por qué causa?

FILETO.
Porque es el más humilde de los hombres.

REY.
¿Tiene mucho dinero?

FILETO.
Como paja.

REY.
¿Cómo trae sus hijos?

FILETO.
En su traje,
A honor y devoción de su linaje.

REY.
¿Es avariento?

FILETO.
No, porque á los pobres
Reparte la más parte de su hacienda.

REY.
¿Por qué dice que al Rey jamás ha visto?

FILETO.

Porque él dice, y lo creo, que es honrado,
Que es rey en su rincón, y que sus padres
No le vieron tampoco, y le sirvieron,
Amaron, respetaron y temieron,
Y que él le teme y ama y le respeta,
Y no le quiere ver, sino serville,
Amalle, obedecelle y respetalle,
Y á su tiempo dineros emprestalle.

REY.

Si le envío á llamar, ¿no querrá verme?

FILETO.

Está escondido agora; que las veces
Que pasas á cazar por esta aldea,
Se esconde que no hay hombre que le vea.

REY.

¡Que viva un hombre aquí tan poderoso!
¡Dichoso el que da leyes á su casa,
Y en sus umbrales tan contento pasa!

FILETO.

Si quieres ver, señor, una serrana
Hermosa como el sol, que es hija suya,
Haz que se acerque la de la patena,
Que se precia de ser muy cortesana.

REY.

Llámala, Otón.

OTÓN.

Á Lisarda.

Aquí os llegad, señora.

LISARDA.

¿Qué manda su Reverencia?

MARÍN.

Aparte á su amo.

Señor, ¿no es ésta la dama
De París?

OTÓN.

El Rey la llama.
Ten silencio.

MARÍN.

Y tú paciencia.

REY.

¿Sois hija deste buen viejo
Que llaman Juan Labrador?

LISARDA.

Yo soy su hija, señor,
Y aunque tosca, fuí su espejo.

REY.

Hermana, por vida mía,
Que en la moza reparéis.

INFANTA.

Muy buena traza tenéis.

LISARDA.

Donde está tu infantería,
¿Qué traza puedo tener?

INFANTA.

¡Infantería! ¡Oh, qué gracia!

LISARDA.

¿Cuál fuera mayor desgracia
Si igualdad pudiera haber,
Decir vos que yo tenía
Traza sin ser edificio,
Ó yo, pues es vuestro oficio,
Llamaros infantería?
El llamar á un rey *alteza*,
Que lo llaman á una torre,
Aunque es lenguaje que corre,
No es propiedad ni pureza.
Si á señor es *señoría*,
Y al excelente le dan
Excelencia, bien dirán
A una infanta *infantería*.

REY.

No me parece muy lerda,
Y el talle es todo donaire.

LISARDA.

Como nos da tanto el aire,
No es mucho que el don se pierda.

REY.

Y ¿cómo os llamáis?

LISARDA.

Lisarda,
Con perdón de sus mercedes.

FINARDO.

Aparte á Otón.

Bien desengañarte puedes;
Que la otra era gallarda,
Y ésta es tosca por extremo.

OTÓN.

Pienso que finge, Finardo.

REY.

El talle es ¡por Dios! gallardo.

INFANTA.

Que os lleva los ojos temo.
Vamos, hermano, de aquí.

REY.

Vamos, que Juan Labrador
Ha de servir á señor
Y ver rey y todo en mí.

Vanse los dos y el acompañamiento.

OTÓN.

Á Lisarda.

¿Queréis oir dos palabras?

LISARDA.

Como no pasen de dos,
Y otras dos daré en respuesta.

OTÓN.

¡Extremada condición!
Pues sea: *sabéis* la una,
Será la otra *¿quién soy?*

LISARDA.

Escuchadme las dos mías,

Hidalgo, que os guarde Dios:
La una es la reverencia,
Y la otra será, *no.*

OTÓN.

Replico que habéis mentido.

LISARDA.

Replico que mentís vos.

OTÓN.

Que en París os vi, respondo,
Y que esa mano me dió
Este diamante.

LISARDA.

Aparte á él.

Es verdad;
Pero no será razón
Que os hable entre tanta gente,
Porque son de la labor
De la hacienda de mi padre,
Y perderé mi opinión.
Fuera deso, yo soy hija,
Ya lo veis, de un labrador,
Y vos seréis duque ó conde.

OTÓN.

Soy mariscal, soy Otón,
De la cámara del Rey;
Pero nos iguala amor.

LISARDA.

Un olmo tiene esta aldea,
Adonde de noche, al son
De tamboril y guitarras,
Las mozas de Miraflor
Bailan por aquestos días:
Allí hablaremos los dos,
Como vengáis disfrazado.

OTÓN.

Haréisme un grande favor.

BELISA.

Mira que te están mirando.

LISARDA.

¡Ay, Belisa, que ya voy!

OTÓN.

El corazón me lleváis.

LISARDA.

Y aquí os dejo el corazón.

BRUNO.

Luego aquí estos palaciegos
Habran las mozas de amor.

FILETO.

Son diablos; con sus razones
Derribarán á Sansón.
Señora, vamos de aquí,
Porque tenemos temor;
Que si viene Feliciano,
Puede ser que haya cuestión.

LISARDA.

Id delante, que ya vamos.

Vanse Lisarda, Belisa, Fileto, Bruno y Salvano.

MARÍN.

Un guante caer se dejó.

FINARDO.

¡Qué discreta!

MARÍN.

¡Qué bellaca!

FINARDO.

No en balde el Rey la miró:
Es mozo, y ella gallarda.
No es de escardillo ni hoz
El guante desta doncella.

OTÓN.

No es sino caja en que amor
Guarda las flechas que tira.

MARÍN.

¡Qué mala comparación!
Porque habiendo de ser nieve
Los dedos que aquí guardó,
Las flechas de amor son fuego,
Y vienen á ser carbón.

OTÓN.

Por lo que abrasan, me agradan.....
Pero el Rey no me agradó,
Que no sé qué le decía.

FINARDO.

Yo le entendí.

OTÓN.

Pues yo no.

FINARDO.

Dijo que había de hacer
Que aqueste Juan Labrador
Viese Rey, señor sirviese.

OTÓN.

Vamos, porque pienso yo
Que ha de ser dificultoso.

FINARDO.

¡Á un Rey de tanto valor,
Que tiemblan sus flores de oro,
El scita, el turco feroz!

OTÓN.

¡Qué mal, Finardo, conoces,
Si nunca te sucedió,
Llegar de noche mojado,
Ó á la siesta con el sol,
Ó perdido por un monte,
Si de lejos te llamó
El fuego de los pastores
Ó de los perros el son,
Después que de voces ronco
Te dieron alguna voz,
Y entraste en pobre cabaña
Que tiene por guardasol
Robles bañados en humo,
Que pasa el viento veloz,
Y haber de sacar las migas
Y el cándido naterón,
Y sin manteles en mesa,
Cuchillo ni pan de flor,
Sino sentado en el suelo
Sobre algún pardo vellón,
Rodeado de mastines

Que están mirando al pastor,
Lo que se estima y se ensancha
El Villano en su rincón.

ACTO SEGUNDO.

El Rey de Francia y Finardo.

REY.

Desasosiego me cuesta.

FINARDO.

Para desasosegarte,
¿Puede en el mundo ser parte
Cosa á tu grandeza opuesta?

REY.

Este villano lo ha sido.

FINARDO.

¿El villano ó la villana?

REY.

Un ángel en forma humana,
Finardo, me ha parecido.
Pero no creas que fuera
Quien me desasosegara,
Cuando el cielo la pintara
Con el pincel que pudiera;
Que en negocio que el honor
Pasa de las justas leyes,
Aun nos valemos los reyes
De nuestro proprio valor.
Su padre me dió cuidado;
Que en verle vivir ansí,
Tan olvidado de mí,
Confieso que me ha picado.
¡Que con tal descanso viva
En su rincón un villano,
Que á su señor soberano
Ver para siempre se priva!
¡Que trate con tal desprecio
La majestad sola una,
Sin correrse la fortuna
De que la desprecie un necio!
¡Que tanto descanso tenga
Un hombre particular,
Que pase por su lugar,
Y que á mirarme no venga!
¡Que le haya dado la suerte
Un rincón tan venturoso,
Y que esté en él poderoso,
Desde la vida á la muerte!
¡Que le sirvan sus criados,
Y que obedezcan su ley,
Y que él se imagine rey
Sin ver los reyes sagrados!
¡Que la púrpura Real
No cause veneración
Á un villano en su rincón
Que viste pardo sayal!
¡Que tenga el alma segura,
Y el cuerpo en tanto descanso!
Pero ¿para qué me canso?
Digo que es envidia pura,
Y que le tengo de ver.

FINARDO.

Así cuentan el suceso
De Solón y del rey Creso.

REY.

Muy diferente ha de ser;
Que el filósofo juzgó
De otra suerte al Rey de Lidia,
Y yo tengo á un hombre envidia,
Por ver que me despreció.

FINARDO.

Tres calidades de bienes
Aristóteles escribe
Que tiene el hombre que vive,
Y todas, señor, las tienes.
De fortuna la primera,
En que lo menos se funda;
Del cuerpo fué la segunda;
Del ánimo la tercera.
Bienes de fortuna son
De riquezas multitud;
Del cuerpo son la salud
Y la buena complexión.
Los del ánimo, la ciencia
Y la virtud; éstos fueron
Á quien todos siempre dieron
Divina correspondencia.
Y si hay en la tierra alguna,
Por felicidad la entienden;
Que estos bienes no dependen
Del tiempo ni la fortuna.
Estando todos en ti,
¿Cómo envidias á un villano,
Tú con el cetro en la mano,
Y él con el arado allí?

REY.

Dame pena el verle opuesto
A mi propia majestad,
Viendo la felicidad
En que su dicha le ha puesto.
Deseaba vez alguna
Augusto de Scipïón
La fuerza, el ser de Catón
Y de César la fortuna,
Y era un grande emperador.
Y en un villano, ¡aun no veo
Que tenga un justo deseo
De ver al Rey su señor!
Mil el mundo peregrinan
Por ver alguna ciudad
Que tenga en sí majestad;
Mares y montes caminan.
Y éste se esconde en su casa
Cuando paso por su puerta.....
Pues ¡vive el cielo! que, abierta,
Ha de saber que el Rey pasa.

FINARDO.
¿Eso te da pesadumbre?
¡Un villano en su rincón!
REY.
¿Y no se espanta un león
De un gallo y de cualquier lumbre?
El animoso caballo,
Del floro, un ave tan vil,
¿No se espanta?
FINARDO.
Que el gentil
León se espanta del gallo?
REY.
Y de un carro; tanto siente
De las ruedas el rumor;
Y así, yo de un labrador,
Que es un carro finalmente.
FINARDO.
¿Qué tienes imaginado
Para que el hombre te vea?
REY.
Porque ver no me desea,
Me ha de ver, mal de su grado.
Pongan en que al monte salga,
Que yo buscaré invención
Para que su condición
Contra reyes no le valga.
FINARDO.
Pues ¿tú quieres ir allá?
Venga acá Juan Labrador
Á ver al Rey su señor,
Que él es bien que venga acá.
REY.
Déjale con su opinión;
Que si al Rey con su poder
No quiere ver, yo iré á ver
Al villano en su rincón.

Vanse.

Belisa, Costanza y Lisarda.

COSTANZA.
Solo está el olmo, á la fe.
BELISA.
La palmatoria ganamos.
LISARDA.
Á muy buen tiempo llegamos.
COSTANZA.
¿Quieres tú que solo esté?
LISARDA.
Sí, porque hablemos un rato.
COSTANZA.
Mas qué, ¿son cosas de amor?
Que te he visto en el humor
Que te ofende algún ingrato.
LISARDA.
Por vida tuya, Costanza,
Pues eres tan entendida
(Mira que juro tu vida),
¿Tuvieras tú confianza
En palabras de algún hombre,
Destos hidalgos de allá?
COSTANZA.
¿De la corte?
LISARDA.
Sí; que ya
Tengo en el alma ese nombre.
COSTANZA.
La que pudiera tener
De amigo reconciliado,
De jüez apasionado,
Y de firma de mujer;
La que tuviera, sembrando,
De un campo estéril y enjuto,
Ó del imposible fruto
Del olmo que estás mirando;
La que tuviera de un loco
Ó de un celoso traidor;
La que de un hombre hablador,
Que siempre son para poco;
La que de un hombre ignorante
Que presume de saber;
La que de Abril sin llover,
La que del mar inconstante;
La que tuviera en la torre
Que se funda sobre arena,
Y en quien no siente la ajena,
Y de su falta se corre;
La de amigo en alto estado,
Si fuimos pobres los dos,
Esa me diera ¡por Dios!
Cortesano enamorado.
LISARDA.
¿Qué es, Costanza, cosicosa
Que llaman en corte enima,
Un alto que un bajo estima
Sin fuerza más poderosa,
Y un bajo que al alto aspira?
COSTANZA.
Una música formada
De dos voces.
LISARDA.
Bien me agrada.
COSTANZA.
Aunque alto y bajo estén, mira
Que aunque son tan desiguales
Como la noche y el día,
Aquella unión y armonía
Los hace en su acento iguales;
Que el alto en un punto suena
Con el bajo siempre igual,
Porque si sonaran mal,
Causaran notable pena.
LISARDA.
Música me persüades
Que el amor debe de ser.
COSTANZA.
El amor tiene poder
De concertar voluntades.
LISARDA.
No hay músico ni maestro
Como amor de altos y bajos;

Pero canta contrabajos,
En que siempre está más diestro.

BELISA.

Al olmo vienen zagales:
No habléis cosa de sospecha.

LISARDA.

Cerrarte, amor, ¿qué aprovecha? (Aparte.)
Por cualquier dedo te sales.

Fileto y Feliciano.

FELICIANO.

Costanza está aquí, Fileto.

FILETO.

Ella me dijo que había
De venir al baile.

FELICIANO.

Cría
Humor gracioso y discreto.

FILETO.

Pienso que la quieres bien
Y que no te mira mal;
Pero es pobre, y desigual
De tus méritos también.

FELICIANO.

Mal dices; que la virtud
Es de más valor que el oro.

FILETO.

Cual le guardan el decoro
Tenga el mundo la salud.

FELICIANO.

Mi padre no tiene igual
En riquezas, porque ha sido
Un hombre á quien ha subido
La fortuna á gran caudal.
¿No has visto un enamorado,
Que comienza á enriquecer
Alguna pobre mujer
Que estaba en humilde estádo,
Que dando en hacer por ella,
Tanto se viene á empeñar, (1)
Que en no teniendo qué dar,
Se viene á casar con ella?
Pues de esa manera fué
Con mi padre la fortuna,
Pues no sé yo cosa alguna
Que no le haya dado y dé.
Pienso que por levantalle
Se ha empobrecido por él,
Y ha de casarse con él,
Porque no tiene qué dalle.

FILETO.

En el olmo se han sentado;
La noche es un poco obscura,
Porque no está muy segura
La luna de algún nublado.
Llega, hablarás á Costanza
Antes que venga la gente,
Y algún villano se siente
Donde el mismo sol no alcanza.

FELICIANO.

Á Costanza.

¿Habrá un poco de lugar
Para quien todo le diera
En el alma á quien quisiera
Esta posesión tomar?

COSTANZA.

Á Lisarda.

¿No respondes á tu hermano?

LISARDA.

¿Para qué, si habla contigo?

COSTANZA.

Pues yo, que se siente digo.

FELICIANO.

¿Hacia qué mano?

COSTANZA.

Á esta mano;
Que dicen que el corazón
Más á esta parte se inclina.

FELICIANO.

Aquí, Costanza, adivina
Tú propia mi pretensión.
Haz el corazón acá;
Que tengo el mío perdido
Porque se hablen al oído
Y no lo entiendan allá.

COSTANZA.

Y será bien menester;
Que viene gran gente al olmo.

Bruno, Salvano, Tirso, villanos y músicos.

BRUNO.

Habrá zagales en colmo.

SALVANO.

Pues habrá en colmo el placer.
¿Traes tu vihuela ahí?

TIRSO.

Aquí traigo mi vihuela.

BRUNO.

Suena un poco, así te duela
Menos el amor que á mí.

TIRSO.

¿Hay para todos asiento?

BELISA.

Antes estaréis mejor
En pie, por hacer favor
Á los pies y al instrumento.

BRUNO.

Salga Lisarda á bailar.

LISARDA.

¿Sola? No tenéis razón.

BRUNO.

Yo bailaré una canción,
Con que la quiero sacar.

(1) *Empreñar* dice disparatadamente la edición de Barcelona.

Otón y Marín.

OTÓN.

¿Éste no es el olmo? (Aparte á su criado.)

MARÍN.

El mismo.

OTÓN.

Pues ¿cómo hablarla podré?

MARÍN.

Si no se aparta, no sé.

OTÓN.

¿Pudo haber confuso abismo
Ni laberinto de amor
Como entre dos desiguales?

BRUNO.

Á Lisarda.

Danzaré, pues que no sales.
Vaya de gala y de flor.

Tocan y cantan los músicos, y baila solo Bruno.

MÚSICOS.

Cantan.

Á caza va el caballero
Por los montes de París,
La rienda en la mano izquierda,
Y en la derecha el neblí.
Pensando va en su señora,
Que no la ha visto al partir,
Porque como era casada
Estaba su esposo allí.
Como va pensando en ella,
Olvidado se ha de sí:
Los perros siguen las sendas
Entre hayas y peñas mil.
El caballo va á su gusto,
Que no le quiere regir.
Cuando vuelve el caballero,
Hallóse de un monte al fin;
Volvió la cabeza al valle,
Y vió una dama venir,
En el vestido serrana,
Y en el rostro serafín.

Sale Lisarda á bailar.

MÚSICOS.

—Por el montecico sola,
¿Cómo iré?
¡Ay Dios, si me perderé!
¿Cómo iré, triste, cuitada,
De aquel ingrato dejada?
Sola, triste, enamorada,
¿Dónde iré?
¡Ay Dios, si me perderé!
—¿Dónde vais, serrana bella,
Por este verde pinar?
Si soy hombre y voy perdido,
Mayor peligro lleváis.
—Aquí cerca, caballero,
Me ha dejado mi galán,
Por ir á matar un oso
Que ese valle abajo está.
—¡Oh, mal haya el caballero
En el monte Allubricán,
Que á solas deja su dama
Por matar un animal!
Si os place, señora mía,
Volved conmigo al lugar,
Y porque llueve, podréis
Cubriros con mi gabán.—
Perdido se han en el monte
Con la mucha obscuridad;
Al pie de una parda peña
El alba aguardando están;
La ocasión y la ventura
Siempre quieren soledad.

SALVANO.

Siéntense, que han danzado lindamente.

LISARDA.

Bruno, entretén un poco esos zagales;
Que llego á refrescarme aquella fuente.

Llégase á Otón.

¿Sois vos mi cortesano?

OTÓN.

Labradora
Del alma, el mismo, y digo bien el mismo,
Pues en la corte tu belleza adora.
¿Qué haré por ti, donde conozcas cuánto
Te estima el alma que en tus ojos vive?

LISARDA.

¡Ay, por su vida! ¿Que me quiere tanto?

OTÓN.

Ni la gracia del Rey, ni cuanto puede
Dar el imperio sumo de la tierra
Á la imaginación, que á todo excede,
Estimo como el pie con que floreces
Estos dichosos campos, nueva Flora,
Que con pisallos, de oro los guarneces.

LISARDA.

Si tiene ya el amor determinado
Que me burléis, ilustre caballero,
¿Qué puedo hacer? Siniestro fué mi hado;
Mas ya que pude merecer quereros
Tan sin razón, no dejaré de amaros;
Pero ¿cómo podré corresponderos?
Yo no puedo serviros sin casarme;
Y si vos no queréis casar conmigo,
¿Á qué puedo, señor, aventurarme?
Mi padre es labrador, pero es honrado;
No hay señor en París de tanta hacienda;
De mi dote es mi honor calificado.
Yo no soy en lenguaje labradora,
Que finjo cuando quiero lo que hablo,
Y me declaro como veis ahora.

Sé escribir, sé danzar, sé cuantas cosas
Una noble mujer en corte aprende,
Y tengo estas entrañas amorosas.....
Pero quedaos con Dios, que es gran locura
Persuadir imposibles á los hombres.

OTÓN.

¿Cuándo tuvo imposibles la hermosura?
Teneos, no os vais, que por el alto cielo
Que habéis de ser mujer.....

LISARDA.

Señor, dejadme.

OTÓN.

Del mariscal Otón, y cumpliréIo.

LISARDA.

Y ¿qué seguro deso podéis darme?

OTÓN.

Un papel de mi mano.

LISARDA.

Y ¿por papeles
Queréis que yo me atreva á aventurarme?

OTÓN.

Pues ¿no tienen valor?

LISARDA.

El que se mira
En las veletas que los aires mudan.
No hay verdad en amor, todo es mentira.

OTÓN.

¿Y si vos la notáis con penas tales,
Que me condene el cielo á pena eterna?

LISARDA.

¡Oh, amor, gran juntador de desiguales!
Pero porque esta gente no presuma
(Que, en fin, como villana es maliciosa)
De nuestro amor la referida suma,
Tomad aquesta llave, y en la huerta
De mi casa hallaréis, por las espaldas,
Entre cuatro cipreses una puerta;
Entrad con ella, y aguardadme un poco,
De unos mirtos cubierto con lo espeso.

OTÓN.

Sospecho que queréis volverme loco.

LISARDA.

Yo bajaré después (1) á media noche,
Y hablaremos los dos secretamente.
¿Con quién y en qué vinisteis?

OTÓN.

En un coche;
Pero dejéle lejos desta aldea.

LISARDA.

Id donde digo; que nos van sintiendo.

Apártase Lisarda.

OTÓN.

Allá os espero. ¿Quién habrá que crea,
Marín, mi dicha?

MARÍN.

¿Es buen suceso todo?

OTÓN.

Notable.

MARÍN.

Di.

OTÓN.

Pasó de aqueste modo.

Vanse Otón y Marín.

FELICIANO.

Dice Salvano bueno, que casemos
Las mozas del lugar con los mancebos.

BRUNO.

Dice muy bien, que tiempo habrá de baile.

FELICIANO.

Mi padre y el Alcalde al olmo vienen.

COSTANZA.

No es poca novedad.

FELICIANO.

Antes es mucha.

Juan Labrador y el Alcalde (1).

ALCALDE.

¡Bendígaos Dios, y qué os juntáis de mozos!

JUAN.

¿Habrá lugar también para los viejos?

COSTANZA.

El què le tiene en tantas voluntades,
Bien se podrá sentar donde quisiere.

JUAN.

Á fe, Costanza, que no pierdas nada
En tenérmela á mí.

COSTANZA.

Saben los cielos
Que quiero más tu vida que la mía.

LISARDA.

Aparte á él.

Este me huele á suegro, Feliciano.

FELICIANO.

¡Pluguiera á Dios que pasará el verano!

LISARDA.

Para todo hay sazón.

FELICIANO.

Por mejor tengo
Á boca del invierno el casamiento.

BRUNO.

Comienza, pues, á casar
Las mozas y los mancebos.

FILETO.

Á Costanza y Feliciano
Pongo en el lugar primero.

SALVANO.

No lo oiga el viejo y se enoje.

FILETO.

¿Fáltale más que dinero

(1) *Y abajaré después*, en la edición de Barcelona, 1617.

(1) *Alcaide*, en la edición de Barcelona, 1617. La errata se repite tres veces.

Á Costanza? Pues ¿qué importa,
Si sobra tanto á su suegro?

BRUNO.

Á Lisarda, ¿qué marido
Osarás darle, Fileto?

FILETO.

¡Pardiez, que en todo el lugar
No le topo casamiento!
Si ello se diera por gracias,
Todos sabéis las que tengo
En tirar, saltar, correr,
Y en danzas, bailes y juegos;
Y cierto que, bien mirado,
Aunque su padre es mi dueño,
Que no se perdiera nada
En darla á un hombre discreto.

BRUNO.

Siempre te oigo decir
Que eres discreto.

FILETO.

Profeso
En aquesta necedad
La necedad deste tiempo.
No hay hombre ignorante, Bruno,
Que se confiese por necio.
Verás competir los buhos
Con los alcones ligeros,
Las monas con las personas,
Con las águilas los cuervos,
Y unos pobres sacristanes
Con los músicos maestros.
Mas dejando disparates,
De que el mundo está tan lleno,
¿Á quién damos á Lisarda?

BRUNO.

Dásela á algún palaciego.

FILETO.

¡Malos años! Si mi amo
Oyera que tratáis deso,
Nadie quedara en su casa.

BRUNO.

Pues dásela á un monasterio,
Y casemos á Belisa.

SALVANO.

Ésa, ya veis que la quiero.

BRUNO.

¿Cómo *quiero*, siendo yo
Quien tantos favores tengo?

SALVANO.

Pues cuéntense los favores,
Y pierda el que tiene menos.

FILETO.

Yo quiero ser el jüez.

SALVANO.

Vaya.

BRUNO.

Comienzo el primero.
Á mí me dió por Diciembre,
Estando al sol en el cerro,
Seis bellotas de su mano,
Y me dijo: «Toma, puerco.»

FILETO.

Terrible es este favor.

SALVANO.

A mí, una noche al humero,
Porque abrí mucho la boca,
. . . . (1)
Me dió en aquestas costillas
Cuatro palos con un bieldo.

FILETO.

¡Ese sí que fué favor,
Que le sintieron los huesos!

SALVANO.

Mejor lo diré yo agora.
Toda una noche de Enero
Estuve al hielo á su puerta,
Y al amanecer, abriendo
La ventana, me echó encima,
Viéndome con tanto hielo,
Una artesa de lejía.

FILETO.

¿Muy caliente?

SALVANO.

Estaba ardiendo.

BRUNO.

Todo es risa ese favor.
Yendo al soto por Febrero
Belisa con su borrica,
Parió del pueblo tan lejos,
Que topándome allí junto,
Me mandó alegre que luego
Tomase el pollino en brazos
Y se lo llevase al pueblo.
Dos leguas y más le truje,
Diciéndole mil requiebros,
Como si hablara con ella,
Y aun él me dió algunos besos.

FILETO.

Ea, que ninguno gana:
A los dos os doy por buenos.
Caso á Amarilis con Lauso,
Que ella es coja, y él es tuerto,
Y se irá lo uno por lo otro;
Caso á Tirsa con Laurencio,
Porque ella es loca, y él vano.

BRUNO.

Dios les dé paz.

FILETO.

Duda tengo.
Caso á Dorena y á Antón.

BRUNO.

Es vieja.

FILETO.

Es rica, y con eso
Pasará Antón mocedades.

BRUNO.

Ni oirla ni verla puedo.
Han inventado los diablos
Acá en Francia un uso nuevo,
De andar la mujer sin toca.....

(1) Falta un verso.

FILETO.

No debe de haber espejos.
Las niñas pasen, son niñas;
Pero unos sátiros viejos
Que descubren más orejas
Caídas que burro enfermo;
Y otras que van por las calles
Mostrando tanto pescuezo,
Y las cuerdas cuando hablan
Parecen fuelles de herrero;
Y otras con mil costurones
De solimán mal cubierto;
Y otras que el pescuezo muestran
Como cortezas de queso,
¿Por qué han de dejar las tocas?

BRUNO.

Por parecer niñas.

FILETO.

¡Bueno!
Como se cuentan los años
Por el discurso del tiempo,
Ya se han de contar en Francia
Por arrugas de pescuezos.
La honestidad de la dama
Está en las tocas y velos:
Allí sí que juega el aire
Bullicioso y lisonjero.
Yo sé que han dicho en París
Que al Parlamento han propuesto
Contra pescuezos de viejas
Mil querellas los cabellos.
Ya no hay cabello con toca.

BRUNO.

No te pudras, majadero.

FILETO.

Sí quiero, que no soy bestia,
Supuesto que lo parezco.

JUAN.

Por cierto, mi Costanza, que quisiera,
Mirando tu humildad y tu hermosura,
Que este muchacho el rey del mundo fuera.
Yo admiro tu belleza y tu cordura.
Ya sabes que el dinero no me altera,
No gracias al trabajo y la ventura,
Sino al cielo no más, que con su mano
Colma tanto el rincón deste villano.
Pláceme de tratar el casamiento
Y de dotarte en treinta mil ducados.

COSTANZA.

Tierra soy de tus pies.

JUAN.

Vuelve á tu asiento,
Si no es que del asiento estáis cansados.

LISARDA.

Ya es hora de cenar, y este contento
Será bien que resulte en los criados.

JUAN.

Vamos agora á casa.

ALCALDE.

Feliciano,
Besa á señor por tal merced la mano.

FELICIANO.

No sé, señor, con qué palabras diga
Tu gran valor y entendimiento raros,

JUAN.

El de Costanza y tu humildad me obliga.
Mi voluntad en público declaro.

BRUNO.

¿El casamiento?

FILETO.

Sí.

SALVANO.

Todo se diga.
¡Cómo! Esto, ¿fué verdad?

JUAN.

Nunca reparo
En pocas cosas; digo que se haga
Fiesta que á todo el pueblo satisfaga.
Dos toros quiero que corráis mañana.
¡Hola, Bruno!

BRUNO.

Señor.....

JUAN.

Busca dos toros
Fieros como leones.

FILETO.

Fiesta es llana.

BRUNO.

Yo los traeré que despedacen moros.

SALVANO.

¡Pardiez, que ha de salir mi partesana,
Y que no ha de quedar sangre en sus poros!

ALCALDE.

Haga mañana fiestas nuestra aldea.

BELISA.

Que sea para bien.

TODOS.

Para bien sea.

Vanse.

El Rey.

REY.

No pienso que he negociado
Poco en el dejar la gente
Cenando al son de la fuente
Que cerca divide el prado.
¡Que me haya puesto en cuidado
Un grosero labrador!
Pero no se sigue error
De ejecutar este gusto,
Para que vea que es justo
Ver rey y servir señor.
Hubiera pocas historias
Si pensamientos no hubiera,
Con que la fama tuviera
En su tiempo estas memorias.
No todas añaden glorias
A un príncipe; que hay algunas
Que, porque son importunas
Al gusto del poderoso,

No quiere estar envidioso
De las ajenas fortunas.
Yo veré, Juan Labrador,
Despacio tu pensamiento;
Que de tus venturas siento
Desprecios de mi valor.

Finardo.

FINARDO.
¿Adónde mandas, señor,
Tenga el caballo mañana?
REY.
Cuando de oro, azul y grana
Se vista el cielo, Finardo,
En este bosque te aguardo.
Y esto dirás á mi hermana.
FINARDO.
Diré que en el monte quedas
Por matar un jabalí.
REY.
Que tengo el puesto la di,
Y tomadas las veredas:
Y advierte bien que no excedas
Átomo de lo tratado.
FINARDO.
Todo lo llevo en cuidado.

Vase.

REY.
Y yo le tengo de ver
Si tiene mayor poder
Que la corona el arado (1),
Con diferente vestido
De mi profesión Real,
Vengo á ver este sayal,
De la majestad olvido.

Vase.

Fileto y Juan Labrador.

REY.

Dentro.

¡Ah de casa!
FILETO.
¿Quién vocea?

REY.

Dentro.

¿Vive aquí Juan Labrador?
FILETO.
Por ti preguntan, señor.
JUAN.
¿Quién quieres que ahora sea?

(1) *Heredado*, en la edición de Barcelona, 1617.

FILETO.
Quien es, ya está en el portal.
JUAN.
No se lleve alguna cosa;
Que anda mucha gente ociosa
Y que vive de hacer mal.

Sale el Rey.

REY.
No soy de los que decís,
Aunque os parezca extranjero,
Porque soy un caballero
De los nobles de París.
Perdíme en esta montaña;
Sé que sois rico y sois noble;
Até mi caballo á un roble,
Por la obscuridad extraña,
Y al aldea vengo á pie,
Donde el cura me ha informado.....
JUAN.
El cura no os ha engañado.
Cena y posada os daré,
No como allá en vuestra casa
Con platos y vanidad,
Mas con mucha voluntad,
Al modo que acá se pasa.
¿Qué nombre tenéis?
REY.
Dionís.
JUAN.
¿Qué oficio ó qué dignidad?
REY.
Alcaide de la ciudad.
Y los muros de París.
JUAN.
Nunca tal oficio oí.
REY.
Es merced que el Rey me ha hecho,
Por heridas que en el pecho,
Sirviéndole, recebí.
JUAN.
Habéis hecho cosa dina
De un hidalgo como vos.
Sentaos, mientras que á los dos
Nos dan de cenar. Camina,
Fileto; á mis hijos llama.

Vase Fileto.

Tomad esa silla, os ruego.
REY.
Sentaos vos, que tiempo hay luego.
JUAN.
¡Qué cortesano de fama!
Sentaos, que en mi casa estoy,
Y no me habéis de mandar;
Yo sí que os mando sentar,
Que en ella esta silla os doy.
Y advertid que habéis de hacer,
Mientras en mi casa estáis,

Lo que os mandare.

REY.

Mostráis
Un hidalgo proceder.

JUAN.

Hidalgo no, que me precio
De villano en mi rincón;
Pero en él será razón
Que no me tengáis por necio.

REY.

Si á París vais algún día,
Buen amigo, os doy palabra
Que el alma y la puerta os abra
En amor y hacienda mía,
Por veros tan liberal.

JUAN.

¡Á París!

REY.

Pues ¿qué decís?
¿No iréis tal vez á París
Á ver la Casa Real?
Mal mi gusto persuadís.

JUAN.

¡Yo á París!

REY.

¿No puede ser?

JUAN.

De ningún modo, ¡por Dios!
Si allá os he de ver á vos,
En mi vida os pienso ver.

REY.

Pues ¿qué os enfada de allá?

JUAN.

No haber salido de aquí
Desde el día en que nací,
Y que aquí mi hacienda está.
Dos camas tengo, una en casa,
Y otra en la iglesia: éstas son
En vida y muerte el rincón
Donde una y otra se pasa.

REY.

Según eso, en vuestra vida
Debéis de haber visto al Rey.

JUAN.

Nadie ha guardado su ley,
Ni es de alguno obedecida
Como del que estáis mirando;
Pero en mi vida le vi.

REY.

Pues yo sé que por aquí
Pasa mil veces cazando.

JUAN.

Todas esas me he escondido,
Por no ver el más honrado
De los hombres en cuidado,
Que nunca le cubre olvido.
Yo tengo en este rincón
No sé qué de rey también;
Más duermo y como más bien.

REY.

Pienso que tenéis razón.

JUAN.

Soy más rico, lo primero
Porque de tiempo lo soy;
Que solo, si quiero, estoy,
Y acompañado, si quiero.
Soy rey de mi voluntad,
No me la ocupan negocios,
Y ser muy rico de ocios
Es suma felicidad.

REY.

¡Oh filósofo villano! (Aparte.)
Mucho más te envidio agora.

JUAN.

Yo me levanto á la aurora,
Si me da gusto, en verano,
Y á misa á la iglesia voy,
Donde me la dice el cura;
Y aunque no me la procura,
Cierta limosna le doy,
Con que comen aquel día
Los pobres deste lugar.
Vuélvome luego á almorzar

REY.

¿Qué almorzáis?

JUAN.

Es niñería.
Dos torreznillos asados,
Y aun en medio algún pichón,
Y tal vez viene un capón.
Si hay hijos ya levantados,
Trato de mi granjería
Hasta las once; después
Comemos juntos los tres.

REY.

Conozco la envidia mía.

JUAN.

Aquí sale algún pavillo
Que se crió de migajas
De la mesa, entre las pajas
De ese corral como un grillo.

REY.

Á la fortuna los pone
Quien de esa manera vive.

JUAN.

Tras aquesto se apercibe
(El Rey, señor, me perdone)
Una olla, que no puede
Comella con más sazón;
Que en esto nuestro rincón
Á su gran palacio excede.

REY.

¿Qué tiene?

JUAN.

Vaca y carnero
Y una gallina.

REY.

Y ¿no más?

JUAN.

De un pernil (porque jamás
Dejan de sacar primero
Esto), verdura y chorizo,

Lo sazonado os alabo.
En fin, de comer acabo
De alguna caja que hizo
Mi hija, y conforme al tiempo,
Fruta, buen queso y olivas.
No hay ceremonias altivas,
Truhanes ni pasatiempo,
Sino algún niño que alegra
Con sus gracias naturales;
Que las que hay en hombres tales
Son como gracias de suegra.
Este escojo en el lugar,
Y cuando grande, le doy,
Conforme informado estoy,
Para que vaya á estudiar,
Ó siga su inclinación
De oficial ó cortesano.

REY.

No he visto mejor villano (Aparte.)
Para estarse en su rincón.

JUAN.

Después que cae la siesta,
Tomo una yegua, que al viento
Vencerá por su elemento,
Dos perros y una ballesta;
Y dando vuelta á mis viñas,
Trigos, huertas y heredades
(Porque éstas son mis ciudades),
Corro y mato en sus campiñas
Un par de liebres, y á veces
De perdices: otras voy
Á un río en que diestro estoy,
Y traigo famosos peces.
Como poco, y ansí á vos
Poco os daré de cenar,
Con que me voy á acostar
Dando mil gracias á Dios.

REY.

Envidia os puedo tener
Con una vida tan alta;
Mas sólo os hallo una falta
En el sentido del ver.
Los ojos, ¿no han de mirar?
¿No se hicieron para eso?

JUAN.

Que no les niego, os confieso,
Cosa que les pueda dar.

REY.

¿Qué importa? ¿Cuál hermosura
Puede á una corte igualarse?
¿En qué mapa puede hallarse
Más variedad de pintura?
Rey tienen los animales,
Y obedecen al león;
Las aves, porque es razón,
Á las águilas caudales.
Las abejas tienen rey,
Y el cordero sus vasallos,
Los niños rey de los gallos;
Que no tener rey ni ley
Es de alarbes inhumanos.

JUAN.

Nadie como yo le adora,
Ni desde su casa ahora
Besa sus pies y sus manos
Con mayor veneración.

REY.

Sin verle, no puede ser
Que se pueda echar de ver.

JUAN.

Yo soy rey de mi rincón;
Pero si el Rey me pidiera
Estos hijos y esta casa,
Haced cuenta que se pasa
Adonde el Rey estuviera.
Pruebe el Rey mi voluntad,
Y verá qué tiene en mí;
Que bien sé yo que nací
Para servirle.

REY.

En verdad.
Si necesidad tuviese,
¿Prestaréisle algún dinero?

JUAN.

Cuanto tengo, aunque primero
Tres mil afrentas me hiciese;
Que del señor soberano
Es todo lo que tenemos,
Porque á nuestro Rey debemos
La defensa de su mano.
Él nos guarda y tiene en paz.

REY.

Pues ¿por qué dais en no ver
A quien noble os puede hacer?

JUAN.

No soy de su bien capaz,
Ni pienso yo que en mi vida
Puede haber felicidad
Como es esta soledad.

Fileto.

FILETO.

La cena está apercebida.

JUAN.

Metan la mesa, y dirás
A Lisarda y á Belisa
Que echen sábanas aprisa
Donde sabéis, y no más;

Vase Fileto.

Que, por la bondad de Dios,
Habrá bien donde durmáis.

REY.

En alto descanso estáis.

JUAN.

Tal le pedid para vos.

Sacan una mesa baja, con pan, salero, cuchillo, y vayan entrando villanos con platos cubiertos.

FILETO.

La mesa tienes aquí.

JUAN.
A ella os podéis llegar.
REY.
Aquí me quiero asentar.
JUAN.
No estáis bien, hidalgo, ahí;
Poneos á la cabecera.
REY.
Eso no.
JUAN.
En mi casa estoy;
Obedecedme, que soy
El dueño.
REY.
Más justo fuera
Que yo estuviera á los pies.
JUAN.
Haced lo que os he mandado;
Que del dueño que es honrado,
Siempre el que es huésped lo es;
Y por ruin que el huésped sea,
Siempre el dueño le ha de dar
Por honra el mejor lugar.
REY.
¿Habrá quien aquesto crea? (Aparte.)
JUAN.
Mientras comemos, podréis
Cantarle alguna canción.
REY.
¡Buen villano y buen rincón! (Aparte.)
¿Música también tenéis?
JUAN.
Es rústica. Comenzad.

Lisarda, Costanza, Belisa y Feliciano.

REY.
¿Quién son aquestas señoras?
JUAN.
No señoras, labradoras
Desta aldea las llamad.
Ésta es mi hija, y aquélla
Mi sobrina, y ha de ser
De ese mochacho mujer.
REY.
Cualquiera en extremo es bella.
JUAN.
Cenad, que no es cortesía
Ni el alabar ni el mirar
Lo que el dueño no ha de dar.
REY.
Por servirlas lo decía.
JUAN.
Servid vuestra boca agora
De lo que á la mesa está;
Que en vuestra casa no habrá,
Por dicha, mejor señora.
LISARDA.
Notablemente parece, (Ap. á Feliciano.)
Feliciano, este mancebo
Al Rey.
FELICIANO.
Un milagro nuevo
De naturaleza ofrece.
Pero engáñase la vista
Mirando con religión
Al Rey.
COSTANZA.
Y tiene razón;
Que ¿hay luz que al mirar resista
En la presencia de un rey?
REY.
Beber, buen huésped, quisiera.
JUAN.
Pedidlo, que yo bebiera
Si sed tuviera.
LISARDA.
Y es ley
Que á huésped tan principal
Le lleve de beber yo.
BRUNO.
¿Cantaremos?
REY.
¿Por qué no?
Que éste es convite Real.
MÚSICOS.
¡Cuán bienaventurado
Aquel puede llamarse justamente,
Que sin tener cuidado
De la malicia y lengua de la gente,
A la virtud contraria,
La suya pasa en vida solitaria!
Caliéntase el Enero
Alrededor de sus hijuelos todos,
A un roble ardiendo entero,
Y allí contando de diversos modos
De la extranjera guerra,
Duerme seguro y goza de su tierra.
JUAN
Alzad la mesa, que es tarde,
Y querrá el huésped dormir.
Pero dejadme decir,
Aunque un momento se aguarde,
Mi oración.
REY.
¡Qué labrador! (Aparte.)
JUAN.
Gracias os quiero ofrecer,
Pues que me dais de comer
Sin merecerlo, Señor.
REY.
¡Breve oración!
JUAN.
Comprehende
Más de lo que vos pensáis.
Bien es que á acostaros vais,
Que es tarde y el sueño ofende.
Quedad con Dios, que al aurora
Yo mismo os despertaré.

Vanse todos, menos el Rey, Lisarda y Belisa.

REY.
Ya el filósofo se fué. (Aparte.)

Á Lisarda.

Un poco aguardad, señora.
LISARDA.
Belisa os descalzará.
No me tengáis, por mi vida.
REY.
¿No es cortesía que pida
Que me descalcéis?
LISARDA.
Será.
BELISA.
Yo, señor, me quedaré
Á descalzaros aquí.
REY.
Antes si os vais, para mí
Será más merced.
BELISA.
Sí haré.

Vase.

REY.
Oid.
LISARDA.
¿Qué?
REY.
La mano os pido.
LISARDA.
¿La mano?
REY.
La mano quiero.
LISARDA.
Á fe que sois, caballero,
Para huésped, atrevido.
Pero debéis de saber
De aquesto de adevinar.
REY.
Pues eso quiero mirar.
LISARDA.
Pues eso no habéis de ver.
REY.
¿Y si me caso con vos?
LISARDA.
¡Qué presto los cortesanos
Se casan y piden manos!
Facilitos son, ¡por Dios!
Y es que deben de pensar,
Como acá somos villanas,
Que nos han de dejar llanas
Con sólo nombrar casar.
Acuéstese su merced;
Santígüese muy atento
Contra cualquier pensamiento.
REY.
Oid, esperad, tened.
LISARDA.
Suelte; que el diablo me lleve
Si no le dé un mojicón.
¿Á villana en su rincón
Desa manera se atreve?
¡Arre allá con treinta erres!
REY.
No hay quien sin rincón esté.
Oye, escucha. (Vase Lisarda.) Ya se fué.
Pues si te vas, no me cierres.

Cierra Lisarda la puerta por dentro.

Aquésta, ¿es casa encantada?
¿Qué es esto, Dios? ¿Dónde estamos?
¿Qué filosofía es esa?
¿En qué laberinto he dado?
¿Cómo me he metido aquí?
¡Hola, gente! ¿Con quién hablo?
Que es ésta la cama pienso.

Costanza.

COSTANZA.
¿Qué dais voces? ¿Mandáis algo?
REY.
¿Es ésta mi cama?
COSTANZA.
Sí,
Muy bien; podéis acostaros.
REY.
Pues entretenedme un poco;
Que soy hombre de regalo.
COSTANZA.
Entreténgale una fiera
De las que andan por el campo.
REY.
Escucha.
COSTANZA.
¿Qué he de escuchar?
¡Valga el diablo el cortesano!

Vase.

REY.
¡Bueno me ponen, por Dios!
Extrañas burlas me paso.
Quiero acostarme, que temo
Que entren también los villanos.
Mas ¿si me acuesto y es ésta
De alguno que está en el campo,
Y viene á acostarse á escuras?

Belisa.

BELISA.
¿Qué manda, señor hidalgo,
Que da voces á tal hora?
REY.
Hállome aquí tan extraño,
Que no sé adónde me acueste.
BELISA.
Pues ¿qué os falta?
REY.
Algún criado.

BELISA.
Debéis de ser melindroso:
¿Por ventura tenéis asco?
Pues allá no habrá colchones
Ni tan limpios ni tan blancos.
Échese su porquería.
¡Valga el diablo el cortesano!

REY.
Descalzadme vos.

BELISA.
¡Qué lindo!
Duerma una noche calzado.

REY.
Tomar quiero su consejo.
Paréceme, y no me engaño,
Que detrás destas cortinas
Tose un hombre. Pues ¿qué aguardo?
Sacaré la espada.

Otón, saliendo de la alcoba.

OTÓN.
Tente,
Tente.

REY.
¡Otón! ¡Extraño caso!
¡Otón detrás de la cama!

OTÓN.
Oye la causa.

REY.
¿Qué tardo
En darte la muerte?

OTÓN.
Escucha,
Señor; que no estoy culpado.

REY.
Pues ¿cómo has venido aquí?

OTÓN.
¿Quién hubiera imaginado
¡Oh famoso Ludovico,
Rey de los lirios dorados!
Que aquí esta noche durmieras?

REY.
Aqueste villano sabio
Me ha traído á conocerle
En hábito disfrazado.
Ser cazador he fingido,
Desta manera pensando
Oir de su misma boca
Tan notables desengaños.

OTÓN.
Pues á mí me trujo amor.

REY.
¿Aquí estás enamorado?

OTÓN.
Sí; señor.

REY.
¿Es de Lisarda?

OTÓN.
Por su hermosura me abraso.
Habléla junto á aquel olmo
Aquesta noche bailando;
Dióme una llave y entré,
Para hablar despacio entrambos,
En la huerta de su casa.
Pero como tú has llegado
Y anda todo de revuelta,
Fué esconderme necesario,
Y yo me he metido aquí
Por no hallar otro sagrado.

REY.
¿Que á Lisarda quieres bien?

OTÓN.
¿Parécete gran milagro,
Siéndolo su ingenio y rostro?

REY.
Entra; hablaremos despacio
Sobre tu intención en esto,
Y tú sabrás qué milagro
Me trujo adonde he venido
Á ver, siendo Rey tan alto,
El villano en su rincón,
Pues no ve al Rey el villano.

ACTO TERCERO.

Fileto, Bruno y Salvano con unas varas.

FILETO.
Hogaño hay linda bellota.

BRUNO.
Lindos puercos ha de haber.

SALVANO.
La que ya pensáis comer
Parece que os alborota.

FILETO.
Á lo menos la aceituna
Que habemos de varear
No deja que desear.

BRUNO.
No he visto mejor ninguna.

SALVANO.
Comenzad á sacudir;
Que á fe que tenéis que hacer.

FILETO.
Llegue quien ha de coger.

BRUNO.
Mucho tardan en venir.

FILETO.
Por el repecho del prado
Nuesama y sus primas vienen.

BRUNO.
¡Verá el reliente que tienen!

FILETO.
¿Cantan?

SALVANO.
Sí.

BRUNO.
¡Lindo cuidado!

Lisarda, Costanza y Belisa con varas; villanos y músicos.

MÚSICOS.

Cantan.

¡Ay fortuna,
Cógeme esta aceituna!
Aceituna lisonjera,
Verde y tierna por defuera,
Y por de dentro madera,
Fruta dura é importuna.
¡Ay fortuna,
Cógeme esta aceituna!
Fruta en madurar tan larga,
Que sin aderezo amarga,
Y aunque se coja una carga,
Se ha de comer sola una.
¡Ay fortuna,
Cógeme esta aceituna!

FILETO.

¿Es para hoy el venir?

SALVANO.

¡Qué bien se hará el varear
Con cantar y con bailar!

LISARDA.

Comencemos á reñir,
¡Por vida de los lechones!

SALVANO.

Más nos valiera callar.

BRUNO.

Hoy es día de cantar,
Y no de malas razones.
Mi instrumento traigo aquí,
Y á todas ayudaré.

LISARDA.

También yo de burla hablé.

COSTANZA.

Todos lo entienden ansí.
Esténse las aceitunas
Por un rato entre sus hojas,
Y templemos las congojas
De algún disgusto importunas,
Ansí Dios os dé placer.

BELISA.

Bien dice, pues nadie aguarda.

COSTANZA.

¿De qué estás triste, Lisarda?

LISARDA.

No veo, y quisiera ver.

COSTANZA.

Ya te entiendo; pero advierte
Que el bien que no ha de venir
Es discreción divertir.

LISARDA.

Antes el mal se divierte.
Vaya, Tirso, una canción,
Y bailaremos las tres.

BRUNO.

Vaya, pues habrá después
Para la vara ocasión.

MÚSICOS.

Deja las avellanicas, moro,
Que yo me las vareаré.
Tres y cuatro en un pimpollo,
Que yo me las vareаré.
Al agua de Dinadámar,
Que yo me las vareаré.
Allí estaba una cristiana;
Que yo me las vareаré.
Cogiendo estaba avellanas;
Que yo me las vareаré.
El moro llegó á ayudarla,
Que yo me las vareаré.
Y respondióle enojada:
Que yo.....
Deja las avellanicas, moro,
Que yo.....
Tres y cuatro en un pimpollo,
Que yo.....
Era el árbol tan famoso,
Que yo.....
Que las ramas eran de oro;
Que yo.....
De plata tenía el tronco;
Que yo.....
Hojas, que le cubren todo,
Que yo.....
Eran de rubíes rojos;
Que yo.....
Puso el moro en él los ojos;
Que yo.....
Quisiera gozarle solo;
Que yo.....
Mas díjole con enojo:
Que yo.....
Deja las avellanicas, moro,
Que yo.....
Tres y cuatro en un pimpollo,
Que yo.....

SALVANO.

Quedo, que he visto venir
Por en somo de la cuesta
Gente, á lo de corte apuesta.

FILETO.

Bien os podéis encubrir;
Que á la fe que es gente honrada.

LISARDA.

Ponte, Costanza, el rebozo;
Que yo me muero de gozo,
Y tengo el alma turbada. (Aparte á ella.)

Pónense los rebozos las tres.

BRUNO.

Haya un poquito de grita.

SALVANO.

Vaya en la corte se llama.

Otón y Marín.

MARÍN.

Aquí hay villanas de fama.

OTÓN.

Alguna, Marín, me quita
El alma y la libertad.

BRUNO.

¿Adónde van los jodíos?

MARÍN.

Á buscaros, deudos míos,
Para haceros amistad.

FILETO.

Por dondequiera que fueres,
Te alcance la maldición
De Gorrón y Sobirón
Con agujas y alfileres.
Dente de palos á ti,
Y otros tantos á tu mozo.

OTÓN.

A Lisarda.

¡Ah, reina, la del rebozo!

LISARDA.

¡Oh, qué lindo! ¡Reina á mí!

BRUNO.

Mala Pascua te dé Dios,
Y luego tan mal San Juan,
Que te falte vino y pan,
Y tengas catarro y tos.
Dolor de muelas te dé,
Que no te deje dormir.

OTÓN.

A Lisarda.

¿Cómo queréis encubrir
Sol que por cristal se ve?

LISARDA.

Id, señor, vuestro camino,
Y dejadnos varear.

OTÓN.

Pues ¿yo no os sabré ayudar?

LISARDA.

¿Ayudar? ¡Qué desatino!
Tenéis muy blandas las manos.

OTÓN.

¿Habéislas tocado vos?

SALVANO.

Que vos venga, plegue á Dios,
Muermo, adivas y tolanos.
Mala pedrada vos den;
Echenos sendas ayudas,
Y vais á cenar con Judas,
Por *saeculorum amen.*

MARÍN

A Belisa.

¿Quiere una palabra oir?

BELISA.

Pues ¡él á mí, majadero!

MARÍN.

¿No soy yo de carne y cuero?

BELISA.

De cuero puede decir.

COSTANZA.

¡Ay, Lisarda! Feliciano. (Ap. á su prima.)

LISARDA.

Mi padre viene con él.

COSTANZA.

Yo me voy.

LISARDA.

¿Qué temes dél?

COSTANZA.

Es muy celoso tu hermano.

Vase.

Juan Labrador y Feliciano.

FELICIANO.

Un hombre está con nuestra gente.

JUAN.

Y hombre
De no poco valor en la presencia.

LISARDA.

Á su padre.

Por ti pregunta aqueste gentilhombre.

JUAN.

Á Otón.

¿Mandáis alguna cosa en que os sirvamos?

OTÓN.

Señor Juan Labrador, vos sois persona
Que merecéis del Rey aquesta carta,
Y que os la traiga el Mariscal de Francia.

JUAN.

¡El Rey á mí! Los pies, señor, le beso,
Y á vos las manos, y ¡ojalá las mías
Siquiera fueran dignas de tocalla!
Á presumir mis padres que algún día
Á su hijo su Rey le escribiría,
Para tomarla en estas rudas manos
Me enseñaran á guantes cortesanos.
Póngola en mi cabeza. Tú que tienes
Mejor vista, la lee, Feliciano.

FELICIANO.

La carta dice así:

BELISA.

¿Qué será aquesto?

FILETO.

¿Si quiere algún lechón?

SALVANO.

¿No eres más cesto?

FELICIANO.

Lee.

«El Alcaide de París me ha dicho que cenando con vos una noche le dijistes que me prestaríades, si tuviese necesidad, cien mil es-

cudos; yo la tengo, pariente: hacedme servicio que el Mariscal los traiga. Dios os guarde.»

JUAN.

¿Pariente dice el Rey?

FELICIANO.

¿De qué te espantas?
Quien pide, siempre engaña con lisonjas.

JUAN.

Lo que dije esa noche, que la hacienda
Le daría y los hijos, cumpliréla.
Venid por el dinero.

OTÓN.

Estad seguro
Que no lo perderéis.

JUAN.

Yo no procuro
Mayor satisfacción que su servicio,
Porque el suyo es mandar, servir mi oficio.

Vanse Juan y Otón.

FILETO.

Con ellos voy.

LISARDA.

Y yo también, Belisa.

BELISA.

El ánimo del viejo me ha espantado.

SALVANO.

¿Qué os parece de aquesto que ha pasado?

FILETO.

Que el villano que se hace caballero,
Merece que le quiten su dinero.

Vanse.

El Rey y Finardo.

REY.

Yo quise ser el tercero
De los amores de Otón;
Que tierno en esta ocasión,
Finardo, le considero.
Mas te juro que en mi vida
Pensé turbarme, de ver
Cosa que pudiese ser
De improviso sucedida,
Como al tiempo que salió
De las cortinas, y dijo:
«Detente», Otón.

FINARDO.

El prolijo
Discurso á mí me contó,
Con que vino á merecer
La discreta labradora,
Que quiere engañar agora
Á título de mujer.

REY.

No hará; que es el Mariscal
Hombre bien intencionado,
Y el labrador tan honrado,
Que en nada le es desigual.

FINARDO.

Mucho, señor, he sabido
De las costumbres de Otón;
Pero amando, no hay razón.

REY.

Daréme por ofendido
De lo que á Juan Labrador
Se le siguiere de agravio.
Mas yo sé que Otón es sabio,
Y mirará por su honor.

FINARDO.

No hay cosa más inconstante
Que el hombre.

REY.

Dices verdad,
Porque en esa variedad
Á ninguno es semejante.
Admiraba á Filemón,
Filósofo de gran nombre,
Ver tan diferente al hombre,
Y era con mucha razón.
Decía que en su fiereza
Los animales vivían,
Pero que sólo tenían
Una igual naturaleza.
Todos los leones son
Fuertes, y todas medrosas
Las liebres, y las raposas
De una astuta condición;
Todas las águilas tienen
Una magnanimidad,
Todos los perros lealtad,
Siempre con su dueño vienen.
Todas las palomas son
Mansas, los lobos voraces;
Pero en los hombres, capaces
De la divina razón,
Verás variedad de suerte,
Que uno es cobarde, otro fiero,
Uno limpio, otro grosero,
Uno falso y otro fuerte,
Uno activo, otro sujeto,
Uno presto y otro tardo,
Uno humilde, otro gallardo,
Uno necio, otro discreto,
Uno en extremo leal,
Y otro en extremo traidor,
Uno compuesto y señor,
Y otro libre y desigual.
Otón mire bien por sí,
Cumpliendo su obligación;
Que me quejaré de Otón.

FINARDO.

De otra manera te oí
Aborrecer al villano
Y hablar de su pertinacia:
¿Por dónde vino á tu gracia?

REY.

Porque toqué con la mano
El oro de su valor,

Cuando en su rincón le vi;
Que ya por él y por mí
Pudiera decir mejor
Lo que de Alejandro Griego
Y Dïógenes, el día
Que le vió, cuando tenía
Casa estrecha, sol por fuego.
Dijo que holgara de ser
Dïógenes, si no fuera
Alejandro; y yo pudiera
Esto mismo responder,
Y con ocasión mayor,
Porque, á no ser Rey de Francia,
Tuviera por más ganancia
Que fuera Juan Labrador.

Otón.

OTÓN.

Ya, gran señor, en Miraflor he dado
La carta al labrador.

REY.

¿Qué ha respondido?

OTÓN.

Que te dijo verdad aquel alcaide
De París (yo no sé qué alcaide sea),
Y que allí queda á tu servicio todo,
Hasta sus mismos hijos.

REY.

¿Dió el dinero?

OTÓN.

En famosas coronas de oro puro;
Y, sin este dinero, te presenta
Doce acémilas tales, que te juro
Que dan admiración á quien las mira.
Dióme aparte un cordero que te diese,
Vivo y con un cuchillo á la garganta,
Y trújele, señor, por darle gusto.

REY.

¡Cordero vivo con cuchillo atado!

OTÓN.

Desta manera el corderillo viene.

REY.

Pues no es sin causa, algún sentido tiene.
Mas mira, Otón, que quiero que al instante
Le lleves esta carta al mismo.

OTÓN.

¿Agora?

REY.

Agora, pues.

OTÓN.

¿Escrita la tenías?

REY.

Pues te la doy, bien ves que escrita estaba.

OTÓN.

¿Importa diligencia?

REY.

Importa mucho,
Y yo sé, Otón, que con tu gusto vuelves.

OTÓN.

Yo confieso, señor, que voy con gusto,
Porque tenerle de servirte gusto.

REY.

Camina, y mira cómo vas y vienes;
Que aunque llevas placer, peligro tienes.

OTÓN.

¡Peligro yo, señor!

REY.

Búrlome agora.

OTÓN.

Celos son de mi hermosa labradora. (Aparte.)

Vanse Otón y Finardo.

REY.

La vida humana, Sócrates decía,
Cuando estaba en negocios ocupada,
Que era un arroyo en tempestad airada,
Que turbio y momentáneo discurría.
Y que la vida del que en paz vivía
Era como una fuente sosegada,
Que sonora, apacible y adornada
De varias flores, sin cesar corría.
¡Oh vida de los hombres diferente,
Cuya felicidad estima el bueno,
Cuando la libertad del alma siente!
Negocios á la vista son veneno:
¡Dichoso aquel que vive como fuente,
Manso, tranquilo, y de turbarse ajeno!

Vase.

Juan Labrador y Feliciano.

JUAN.

Hijo, en haberte casado
Con mi Costanza, aunque hermosa,
Más por ser tan virtüosa,
Borré del alma un cuidado.
Las fiestas hice á tus bodas,
Que algún príncipe envidió,
Porque para serlo yo
Me sobran las cosas todas,
Si me falta la nobleza (1);
Que ésta, ansí tenga salud,
Que la he puesto en la virtud
Harto más que en la riqueza.
¡Gracias al cielo por todo!
Yo quisiera descansar,
Si verdad te digo, y dar
Á mis cuidados un modo;
De los cuales la mitad
Es ver sin dueño á tu hermana,
Y pasando la mañana
De su más florida edad.
Así, piensa (y Dios te guarde) (2)
Un marido, si tú quieres:
Mira que ya las mujeres
No quieren casarse tarde.

---

(1) *Y me falta la nobleza.*
(2) *Y piensa, así Dios te guarde.*

Antiguamente, me acuerdo,
Cuando mi abuelo vivía,
Que el tiempo que allí corría
Era más prudente y cuerdo.
Casábase en nuestra aldea
Un hombre de treinta y siete
Años, edad que promete
Que sabio y prudente sea;
La mujer no sin tener
Treinta bien hechos; mas ya,
De veinte el hombre lo está,
Y de doce la mujer.
Y está muy en la razón;
Que nuestra naturaleza
Ha venido á tal flaqueza.

FELICIANO.

Cansados los viejos son. (Aparte.)
Luego nos dan con su edad.
Cuanto ha pasado es mejor.

JUAN.

Elige algún labrador
Á quien tengas voluntad,
Y casemos á Lisarda;
Que siempre mal ha sufrido
De sus padres el olvido
Mujer hermosa y gallarda.

FELICIANO.

Yo, señor, tan altos veo
Sus pensamientos y galas,
Que no me atrevo á las alas
De su atrevido deseo.
No hallo en esta comarca
Digno labrador de ser
Marido desta mujer,
Ni en cuanto (1) la sierra abarca.
Uno está haciendo carbón,
Otro guarda su ganado,
Otro con el corvo arado
Rompe al barbecho el terrón.
Aquél es rudo y grosero,
El otro rústico y vil.
Para moza tan gentil
Mejor fuera un caballero.
Hacienda tienes, repara
En que Lisarda.....

JUAN.

Detente;
Si no quieres que me cuente
Por muerto, la lengua para.
¡Yo señor! ¡Yo caballero!
¿Yo ilustre yerno?

FELICIANO.

Pues ¿no?
¿Para qué el cielo te dió
Tal cantidad de dinero?
Carece de entendimiento
(Perdóname, padre, ahora)
Quien en algo no mejora
Su primero nacimiento.

(1) *Ni aun cuanto.*

Mas vesla, señor, ahí;
Ella te dirá su gusto.

JUAN.

Mejor dirás mi disgusto,
Si tiene el que miro en ti.

Lisarda, Bruno y Fileto.

LISARDA.

Digo que le pediré
Que os honre en esto á los dos.

BRUNO.

Pidiéndolo tú, ¡por Dios
Que no lo niegue!

LISARDA.

No sé.

JUAN.

Lisarda.....

LISARDA.

Padre y señor,
Basta, que aquestos pastores
Quieren las fiestas mayores
Cuanto es la ocasión mayor.

JUAN.

¿Cómo ansí?

LISARDA.

Porque han sabido
Que tienes un nieto ya.

JUAN.

¿Búrlaste?

LISARDA.

Cierto será,
Si Costanza no ha mentido.

JUAN.

¿Qué es lo que dice Costanza?

LISARDA.

Que está preñada á la fe.

JUAN.

Si fuere cierto, daré
Albricias á la esperanza;
Mas para fiestas, bien pueden
Hacerlas al pensamiento
Que me da tu casamiento,
Si los tuyos me conceden
Que pueda yo disponer
De tu esquiva condición.

Marín.

MARÍN.

De parte del Rey, Otón
Te vuelve otra vez á ver.

JUAN.

¡Otón otra vez!

FELICIANO.

¿Qué quiere
Otra vez el Rey de ti?

LISARDA.

Confusa estoy.

JUAN.

Yo sin mí;
Mas venga lo que viniere.

Sale Otón.

OTÓN.
¿Quién duda que os espante mi venida
Y otra carta del Rey?

JUAN.
Tantos favores
No me pueden dejar de dar espanto.
Léela, Feliciano, por tu vida.

OTÓN.
Seáis, Lisarda, bien hallada.

LISARDA.
El cielo
Traiga con bien á Vuestra Señoría.

BRUNO.
¡Hola, Fileto! El Rey se ha regostado
Á los escudos de nuestro amo.

FILETO.
Pienso
Que quiere empobrecerle de malicia.

FELICIANO.
La carta dice ansí:

BRUNO.
Y eso ¿es justicia?

FELICIANO.

Lee.

«Hoy me he acordado que el Alcaide de París me dijo que, si fuese necesario, me serviríades con vuestros hijos; ahora son á mi servicio y gusto: ansí, os mando que luego al punto me los enviéis con Otón. Dios os guarde, pariente.—*Yo el Rey.*»

JUAN.
¡Mis hijos pide!

OTÓN.
Vuestros hijos pide.

JUAN.
¿Para la corte?

OTÓN.
Sí, para la corte.

JUAN.
¿Quién es aqueste alcaide que á mi casa
Vino por mi desdicha aquella noche,
Que de mí tantas cosas le ha contado?

FELICIANO.
Padre, no os aflijáis.

JUAN.
Lo que es dinero
No pudiera afligirme; mas ¡los hijos!

LISARDA.
El Rey tiene este gusto; el valor tuyo
No es bien que pierda aquí de lo que vale.

JUAN.
¡Eso sí! Yo aseguro que vosotros
No tengáis tal placer ni mejor día.
Cumplido se han aquí vuestros deseos.
Sólo un rey me pudiera mandar esto,
Y sola mi desdicha darle causa.
Ya declina conmigo la fortuna,
Porque ninguno puede ser llamado,
Hasta que muere, bienaventurado.
Al Rey obedezcamos, que por dicha
Ésta mi condición me pone miedo,
Pues no puedo esperar de tan gran Príncipe
Menos que su Real nombre promete.

OTÓN.
Estad seguro, Juan, que por bien suyo,
Y en agradecimiento del dinero,
Los envía á llamar.

JUAN.
Pensarlo quiero.
Partid, señor, con ellos en buen hora;
Que á la iglesia me voy.

Vase.

OTÓN.
¡Qué sentimiento!

FELICIANO.
No os admiréis, que es padre.

LISARDA.
Más le tiene
Por vernos en la corte, que por miedo.

OTÓN.
No nos vamos sin verle.

FELICIANO.
Por la iglesia,
Si os parece, pasemos.

LISARDA.
Y es muy justo;
Que viéndonos tendrá menos disgusto.

FILETO.
Vámonos luego; que también yo quiero
Ir á ser cortesano con Lisarda.

BRUNO.
Yo pienso acompañarte.

FILETO.
Por lo menos
No estaremos á ver al viejo padre
Llorando la desdicha que imagina.

BRUNO.
Mas dime: ¿sabrás tú ser cortesano?

FILETO.
Pues ¿hay cosa más fácil?

BRUNO.
¿De qué suerte?

FILETO.
No sé si acierto; lo que pienso advierte:
Cumplimientos extraños, ceremonias,
Reverencias, los cuerpos espetados,
Mucha parola, mormurar, donaires,
Risa falsa, no hacer por nadie nada,
Notable prometer, verdad ninguna,
Negar la edad y el beneficio hecho,
Deber..... y otras cosas más sutiles
Que te diré después por el camino.

BRUNO.
Notable cortesano te imagino.

Vanse.

El Rey y el Almirante.

REY.
Desta manera, sospecho
Que irá mi hermana mejor.
ALMIRANTE.
Beso tus manos, señor,
Por la merced que me has hecho.
REY.
Ya que me determiné
Á casarla, no podía
Darla mejor compañía.
ALMIRANTE.
Yo, señor, la llevaré
Con mis parientes y amigos,
Y con todo mi cuidado.
REY.
No quise que mi cuñado,
Con guerras, con enemigos,
De su tierra se alejase.
ALMIRANTE.
Ha sido justo decreto
De un Príncipe tan perfeto.
REY.
Por esto, y por que excusase (1)
Un gasto tan excesivo.
ALMIRANTE.
Por mil razones es bien.
REY.
Que llegue hasta el mar también
Gente de su guarda escribo,
Porque más seguros vais.
ALMIRANTE.
Ya la Infanta, mi señora,
Viene á verte.
REY.
Y viene ahora
Á saber que la lleváis.

La Infanta.

INFANTA.
¿En qué entiende Vuestra Alteza?
REY.
Hermana, en vuestra jornada.
INFANTA.
¿Acércase?
REY.
Ya es llegada;
Pero no tengáis tristeza,
Pues va mi primo con vos;
Y yo, cuando pueda, iré.
INFANTA.
¿No queréis que triste esté?
REY.
Imagino que los dos
Nos veremos muchas veces.
INFANTA.
Luego que salga de aquí
Os olvidaréis de mí.
REY.
Hago á los cielos jüeces,
Y al amor que me debéis,
Que no es posible, señora,
Que faltéis del alma un hora
Donde tal lugar tenéis.
Mirad que aunque soy hermano,
Soy vuestro galán también.
INFANTA.
No puedo responder bien,
Sino es besándoos la mano.

Finardo, y luego Otón, Lisarda, Feliciano, Belisa, Bruno y Fileto.

FINARDO.
Otón, señor, ha llegado.
REY.
Venga norabuena Otón.

Va Finardo á avisar, y salen Feliciano, Lisarda y sus criados.

OTÓN.
Éstos los dos hijos son
De aquel labrador honrado.
REY.
Ellos sean bien venidos.
FILETO.
Los pies, señor, te besamos,
Y á tu grandeza llegamos
Humildemente atrevidos.
LISARDA.
Déme Vuestra Alteza á mí,
Puesto que indigna, los pies.
INFANTA.
Dios os guarde. Hermosa es.
Ya me acuerdo que la vi
Una mañana en su aldea.
REY.
Hermana, hacedme placer
De honrarla.
INFANTA.
¿Qué puedo hacer
Que vuestro servicio sea?
REY.
Dalde muy cerca de vos
El lugar que vos queráis,
Segura que le empleáis
En buena sangre, ¡por Dios!
OTÓN.
No en balde el Rey ha trazado (Aparte.)
Que venga Lisarda aquí.
Siempre sus celos temí,
Mis favores le han picado.
¡Ah, cielo, cuán mejor fuera
Que en el camino á su hermano
Me declarara, y la mano
De ser su esposo le diera!
Pero también era error

(1) *Por excusar*, en la edición original.

Sin la licencia del Rey.
Mas ¿cuándo amor tuvo ley?
Porque con ley no es amor.

REY.

Hago alcaide de París
Á Feliciano.

FELICIANO.

No sé
Cómo, señor, llegaré
Adonde vos me subís;
Que las plumas de mis alas
No me levantan del suelo.

REY.

Con la humildad de tu celo
Al mayor mérito igualas.

OTÓN.

¡Cómo se le echa de ver (Aparte.)
Al Rey el fin de su intento!
Claro está su pensamiento,
El mismo le da á entender
Por la lengua y por los ojos.

REY.

Finardo.....

FINARDO.

Señor.....

REY.

Advierte.

OTÓN.

El traerla fué mi muerte. (Aparte.)
Yo merezco (1) mis enojos.

REY.

Vé, Finardo, á Miraflor, (Ap. á Finardo.)
Y con toda diligencia
Haz que venga á mi presencia
Su padre, Juan Labrador;
Y no te vengas sin él,
Aunque le fuerces.

FINARDO.

Yo voy.

REY.

Mira que aguardando estoy,
Porque he de tratar con él
Ciertas cosas de importancia.

Vase Finardo.

OTÓN.

El Rey ha hablado en secreto (Aparte.)
Con Finardo; no es efeto
De los gobiernos de Francia.
El es ido y con gran prisa.
¿Quién duda que á prevenir
Mi desdicha, que á salir
Con tanta fuerza me avisa?

REY.

Vamos, hermana, y haremos
Que muden traje los dos.

Vanse el Rey, la Infanta y el Almirante, Lisarda, Feliciano y Belisa.

(1) *Ya merezco.*

OTÓN.

Un ciego verá, ¡por Dios! (Aparte.)
Del Rey los locos extremos.
¡Oh traidor, oh falso amigo!
¡Oh Finardo, que me vendes,
Pues cuando mi mal entiendes,
Eres fingido conmigo!
Buenos hombres, ¿sois los dos
Criados de Feliciano?

BRUNO.

Háblale tú, cortesano.

FILETO.

¿Diréle merced ó vos?

BRUNO.

Señoría, mentecato.

FILETO.

Señor, de la aldea venimos,
Donde á su padre servimos,
Ya en su casa, ya en el hato.
Bruno se llama este mozo,
Y yo Fileto me llamo.

OTÓN.

Mucho por el dueño os amo,
Mucho de veros me gozo.
Pienso que podréis hablar
Con libertad á Lisarda;
Que ni criado ni guarda
Os ha de impedir entrar.
Hacedme, amigos, placer
De decirle cómo á Otón
Le mata la sinrazón
Que el Rey le pretende hacer;
Y decilde que le pido
Mire que es injusta ley
Por dudoso galán Rey,
Dejar seguro marido.

Vase.

BRUNO.

¿Qué te parece?

FILETO.

¡Mal año
Para quien quedase acá!

BRUNO.

¡Pardiez, que Lisarda está
Metida en famoso engaño!

FILETO.

Luego que vine á este mundo
De la corte, eché de ver,
Bruno, que había de ser
Alcahuete ó vagamundo.
¿Has vido lo que este necio
Manda decir á Lisarda?

Feliciano, muy galán.

FILETO.

No medra quien se acobarda,
Ni tiene el ánimo precio.
¡Dichoso el que alcanza á ver
Del sol del Rey sólo un rayo!

BRUNO.
Cata á muesamo hecho un mayo.
FILETO.
Luego ¿es él?
BRUNO.
¿Quién puede ser?
FILETO.
¡Esto tan presto se medra!
Á fe que estás gentilhombre.
FELICIANO.
Como sin el sol el hombre
No es hombre, es estatua, es piedra,
Así aquel que nunca vió
La cara al Rey. Tomad esto,

Dales dinero.

Y los dos os vestid presto
Ansí á la traza que yo,
Aunque no tan ricamente,
Para que aquí me sirváis;
Porque en aqueste que andáis
No es hábito conveniente.
BRUNO.
Pues ¿de qué te serviremos?
FELICIANO.
De lacayos; que tenéis
Buenos cuerpos, y otros seis
Para pajes buscaremos;
Que pajes he de tener
Para Alcaide de París.
Ea, ¿cómo no partís?
FILETO.
Con temor de no saber
Si sabremos el oficio.
FELICIANO.
Pues ¿tiene dificultad
Ir delante, en la ciudad,
Del caballo?
BRUNO.
¡Hermoso vicio!
FELICIANO.
Pasad delante de mí.
FILETO.
¿Los dos? Pues ponte detrás.
FELICIANO.
Id caminando.
BRUNO.
¿No es más?
FELICIANO.
No es más.
BRUNO.
Pues ya lo aprendí.
FILETO.
Agora acabo de ver
Que hay acá más de un oficio
Que es vicioso su ejercicio,
Y viste y come á placer.
Si no hobieran los señores,
Los clérigos y soldados,
Menester tantos criados,
Hubiera más labradores.
Vase un cochero sentado,
Que todo lo goza y ve.
¡Mal año, si fuere á pie
Con la reja de un arado!

Lisarda, muy gallarda.

LISARDA.
Á tomar tu parecer
Del nuevo traje he venido.
FELICIANO.
Nunca mejor le has tenido,
Porque tienes nuevo ser.
Dame esos brazos, Lisarda,
Porque has doblado mi amor
Con verte en el justo honor
De tu condición gallarda.
LISARDA.
Mas ¿si mi padre me viera?
FELICIANO.
Pienso que perdiera el seso.
FILETO.
Parabién del buen suceso,
Ama y señora, te diera,
Á saber la cortesía
Con que te habemos de hablar.
LISARDA.
Estos ¿han de ir al lugar?
FELICIANO.
No tan presto, hermana mía,
Porque en mi servicio quedan.
Y quédate adiós, que voy
Á vestirlos, porque hoy
Por París honrarme puedan.

Vase.

LISARDA.
Dios te guarde.
BRUNO.
¡Oficio honrado,
Pardiez, hemos de tener!
FILETO.
Que ya no queremos ver
El azadón ni el arado.

Vanse los dos criados.

LISARDA.
De grado en grado amor me va subiendo,
Que también el amor tiene su escala,
Donde ya mi bajeza á Otón iguala,
Cuya grandeza conquistar pretendo.
Fortuna, á tus piedades me encomiendo;
Ya llevo en la derecha mano el ala
Con que he llegado á ver del sol la sala,
Por la región del aire discurriendo.
No me permitas humillar al suelo;
Si á tu cielo tu mano me llevare,
Hazme cristal de sol, no débil hielo.

Agora es bien que tu piedad me ampare;
Que no es dicha volar hasta tu cielo,
Sin clavo firme que tu rueda pare.

El Rey.

REY.
Hermosa, Lisarda, estás
Con ese nuevo vestido.
LISARDA.
Señor, como nube he sido
Donde con tus rayos das;
Que como el sol las colora,
Cuando alguna se avecina,
Ansí con tu luz divina
Mi nube se doma y dora.
REY.
Todos me debéis amor
Desde una noche que os vi.
LISARDA.
Aunque en disfraz, conocí
Vuestro supremo valor.
REY.
Quiero á vuestro padre mucho.

Otón, sin ser visto.

OTÓN.
Ya, ¿qué me queda por ver?
REY.
Y á vos os pienso querer.
OTÓN.
¡Con qué sufrimiento escucho! (Aparte.)
Pero la desigualdad
No me promete más furia,
Y sólo Lisarda injuria
La fe de mi voluntad;
Que el Rey, ¿por qué obligación
No ha de procurar su gusto?
REY.
De hacerte mercedes gusto,
Ansí por la discreción
Como por el valor grande
Que en tu pecho he conocido.
LISARDA.
Pues sus hijos le ha ofrecido,
¿Qué puede haber que le mande
Vuestra Alteza, que no haga?
OTÓN.
¿Qué invención podré fingir (Aparte.)
Con que les pueda impedir,
Y que al Rey le satisfaga?
Señor, mire Vuestra Alteza
Que es hora ya de comer.
REY.
Sí, Otón, sí debe de ser;
Pero juega de otra pieza,
Que con ésa perderás.
OTÓN.
¿No es ya que comas razón?
REY.
Estáte quedito, Otón:
Ten paciencia y ganarás.
OTÓN.
¿De qué la debo tener?
¿No te sirvo en lo que puedo?
REY.
Nunca al poder tengas miedo
Cuando es discreto el poder.
OTÓN.
Come, señor, por tu vida.
REY.
Aguardo un huésped, Otón.
OTÓN.
¿Tú huésped?
REY.
Y de un rincón;
Que éste nunca se me olvida.
OTÓN.
Parece que ya de mí
No fías lo que solías.
REY.
Menos tú de mí confías,
Pues que te guardas ansí.
OTÓN.
Señor, no entiendo el estilo
Con que hoy me tratas.
REY.
No importa:
Mucho amor con celos, corta;
Embótale un poco el filo.

Vase Lisarda.

Finardo, y luego Juan Labrador.

FINARDO.
Ya está Juan Labrador en tu palacio.

Sale Juan Labrador.

REY.
Sea Juan Labrador muy bien venido.
JUAN.
Para servirte aun me parece espacio,
Invicto Rey, la prisa que he traído.

Vase Otón.

REY.
Mucho de tus intentos me desgracio,
Aunque estoy á tu estilo agradecido.
¿Por qué no quieres verme? ¿Soy yo fiera?
JUAN.
Porque morir en mi rincón quisiera.
REY.
Tú no sabes lo que es antipatía,
¿Por qué secreta estrella me aborreces?
JUAN.
¡Aborrecerte yo! ¿Cómo podría,
Que ser amado, príncipe, mereces?
Colmando el cielo en la aldehuela mía
De sus bienes mi casa tantas veces,

Me pareció que solamente el verte
Pudiera ser la causa de mi muerte.
No me engañé, pues en tu rostro veo
Que eres tú aquél que ya cenó conmigo,
Y desde entonces tanto mal poseo,
Que parece del cielo este castigo.
Por sólo verte (lo que apenas creo),
Dejando mi rincón, tus salas sigo,
Llenas de tus pinturas y brocados
Y de la multitud de tus criados.
Acá tengo mis hijos, que lo siento
Tanto como el hallarme yo en persona
En medio de tan áspero tormento;
Y si te enojo, gran señor, perdona.

REY.

¡Hola! Dad á mi huésped un asiento;
Que haber nacido rústico le abona.
Juan, asentaos.

JUAN.

Señor, ¿que yo me asiente?

REY.

Sentaos, pues quiero yo; sentaos, pariente.

JUAN.

Siéntese Vuestra Alteza.

REY.

Sois un necio;
¿No veis que me mandáis vos en mi casa?

JUAN.

Si en la mía yo os hice ese desprecio,
No os conocí.

FINARDO.

¿Qué es esto que aquí pasa? (Ap.)

REY.

Mucho de que á mi lado estéis me precio.

JUAN.

Á mí, señor, con su calor me abrasa
El rostro la vergüenza.

REY.

Mucho os quiero;
De hoy más habéis de ser mi compañero.

JUAN.

Señor, si allá os hubiera conocido,
Cenárades mejor.

REY.

Yo me fuí á veros,
Pues nunca á verme vos habéis venido.

JUAN.

Fuí villano en rincón, no en ofenderos.

REY.

Del empréstito estoy agradecido.

JUAN.

Señor, yo no he emprestado esos dineros,
Lo que era vuestro dije que os volvía,
Porque de vos prestado lo tenía,
Y ansí réditos fueron el presente.

REY.

¿Qué cordero fué aquél y qué cuchillo?

JUAN.

Deciros que á su rey está obediente
De aquella suerte el labrador sencillo;
Cortar podéis cuando queráis.

REY.

Pariente,
Muy filósofo sois.

JUAN.

No sé decillo,
Pero sentirlo sé.

REY.

Vos me pintastes
De lo que sois señor, y me admirastes:
Oid lo que soy yo. Yo soy agora,
Desde Arlés á Calés, señor de Francia,
Y desde la Rochela hasta la Tona;
La Bretaña, Gascuña y Normandía,
Lenguadoc, la Provenza, el Delfinado,
Hasta que toca en la Saboya el Ródano,
Está debajo de mi justo imperio;
Entre la Sena y Marne la Borgoña,
Y á la parte de Flandes, Picardía,
Tengo muy ricos príncipes vasallos,
Y tengo un grueso ejército, y mi renta
Pasa de vuestra hacienda muchas veces.
Tengo castillos, naves, oro, plata,
Diamantes, perlas, recreaciones, cazas,
Jardines y otras cosas que se extienden
Al mar Occidental, desde Germanìa.
Y siendo ansí, que solos mis consejos
Tienen más gente que tenéis pastores,
Y más vasallos en el burgo sólo
Que vos tenéis cabezas de ganados,
No tuve condición esquiva en veros,
Y á visitaros fuí y á conoceros.

JUAN.

Señor, mi error (1) conozco, digno he sido
De la muerte; quitad á aquel cordero
El cuchillo del cuello; al mío os pido
Que trasladéis el merecido acero.

REY.

No soy Diomedes; yo nunca convido
Para matar; que regalaros quiero.
¡Hola! Venga la mesa.

Vase Finardo.

JUAN.

El fin sospecho (Aparte.)
Que ha de venir á ser pasarme el pecho.

Criados sacan la mesa con todo recado.

REY.

Á mi hermana llamad; música venga;
Que bien puede tenella mientras come
Un rey en su rincón. El huésped tenga
Este lugar, la cabecera tome.

JUAN.

No es justo que ese puesto me convenga;
Que no habrá sol que mi ignorancia dome.

---

(1) *Mi yerro.*

REY.

La cabecera es justo que posea,
Juan Labrador, por ruin que el huésped sea.

Feliciano, Lisarda; Fileto y Bruno, de lacayos graciosos: después la Infanta y el Almirante.

FELICIANO.

¡Mi padre con el Rey está comiendo!

BRUNO.

Así lo dicen.

FILETO.

¿No le ves sentado?

FELICIANO.

Lisarda, ¿qué es aquesto?

LISARDA.

Estoy temiendo
Que el fin de nuestras vidas sea llegado.

Sale la Infanta, el Almirante y músicos.

INFANTA.

Si tal huésped estáis favoreciendo,
¿Por qué primero no me habéis llamado?

REY.

Vednos, Ana, comer, por vida mía.

JUAN.

Beber, señor, si vos mandáis, querría.

REY.

Bebed si tenéis gana, cual dijistes.
Cantad.

JUAN.

Honra notable me hacéis siempre.

MÚSICOS.

Cantan.

Cuán bienaventurado
Un hombre puede ser entre la gente,
No puede ser contado
Hasta que tenga fin gloriosamente;
Que hasta la noche obscura
Es día, y vida hasta la muerte dura.

Tres enmascarados con sayos, trayendo en platos, que ponen sobre la mesa, el uno un cetro, el otro una espada y el último un espejo.

JUAN.

¿Qué es esto, invicto señor?

REY.

Son tres platos que me han puesto,
De que tú podrás comer.

JUAN.

Antes ya comer no puedo.

REY.

No temas, Juan Labrador;
Que nunca temen los buenos.

Vanse los tres enmascarados.

Este primero que ves,
Tiene el cetro de mi reino;
Esta es la insignia que dan
Al Rey, para que á su imperio
Esté sujeto el vasallo.

JUAN.

Siempre yo estuve sujeto.

REY.

Este espejo es el segundo,
Porque es el Rey el espejo
En que el reino se compone
Para salir bien compuesto.
Vasallo que no se mira
En el Rey, esté muy cierto
Que sin concierto ha vivido,
Y que vive descompuesto.
Mira al Rey, Juan Labrador;
Que no hay rincón tan pequeño
Adonde no alcance el sol.
Rey es el sol.

JUAN.

Al sol tiemblo.

REY.

No temas; que á este convite
No he de colgar del cabello,
Como el tirano en Sicilia,
El riguroso instrumento;
Que esta espada viene aquí
Por la justicia que puedo
Ejecutar en los malos,
Pero no para tu cuello.

MÚSICOS.

Cantan.

Como se alegra el suelo
Cuando sale de rayos matizado
El sol en rojo velo,
Así, viendo á su Rey, está obligado
El vasallo obediente,
Adorando los rayos de su frente.

FILETO.

Tamañito, Bruno, estoy. (Aparte á él.)

BRUNO.

Yo pienso que ya no tengo
Tripas, que se me han bajado
Hasta las plantas, Fileto.

FILETO.

El diablo nos trujo acá.
Las máscaras vuelven.

Vuelven los tres enmascarados con otros tres platos.

BRUNO.

Creo
Que nos han de abrir á azotes.

FILETO.

Más temo, Bruno, el pescuezo.

REY.

Mira esos platos que traen.

JUAN.

Á descubrir no me atrevo

Mi muerte.

REY.

Pues oye, Juan:
Este papel del primero
Es un título que doy,
Con cuanta grandeza puedo,
De caballero á tu hijo;
Goce deste privilegio.
El segundo es para el dote
De tu hija, en que te vuelvo
Sobre los cien mil ducados,
En diéz villas otros ciento.
Y porque ver no has querido
En sesenta años de tiempo
Á tu Rey, para ti trae
Una cédula el tercero
De mayordomo del Rey;
Que me has de ver, por lo menos,
Lo que tuvieres de vida.

JUAN.

Los pies y manos te beso.

REY.

Quitad la mesa, y mi hermana
Diga á cuál vasallo nuestro
Le quiere dar á Lisarda.

INFANTA.

Eso, señor, digan ellos,
Pues el dote y la hermosura
Y tu gracia es tanto premio.

Sale Otón.

OTÓN.

Antes que ninguno hable,
Á ser su esposo me ofrezco.

REY.

Otón, juráralo yo
Desde los pasados celos.
Ana, primero que os vais,
Deste alegre casamiento
Seremos los dos padrinos.

INFANTA.

Lo que á mí me toca aceto;
Daos las manos.

REY.

Feliciano,
¿No está casado?

INFANTA.

Yo quiero
Honrar mucho á su mujer.

REY.

Aquí, senado discreto,
El Villano en su rincón
Acaba por gusto vuestro,
Besándoos los pies Belardo,
Por la merced del silencio.

CASTELVINES Y MONTESES

TRAGICOMEDIA

CASTELVINES Y MONTESES

TRAGICOMEDIA

PERSONAS

ROSELO.	EL SEÑOR DE VERONA.	RUTILIO.
OTAVIO.	MARÍN.	BELARDO.
ANSELMO.	CELIA.	LORETO.
JULIA.	TAMAR.	UN CAPITÁN.
DOROTEA.	CELIO.	DAMAS.
SILVIA.	FABIO.	CABALLEROS.
ANTONIO.	FESENIO.	SOLDADOS.
TEOBALDO.	LIDIO.	MÚSICOS.
ARNALDO.	LUCIO.	CRIADOS.
EL CONDE PARIS.	FERNANDO.	GENTE.

ACTO PRIMERO.

Anselmo, Roselo y Marín.

ANSELMO.

Árdese la casa toda
De fiesta y de regocijo.

ROSELO.

¿Casa alguna hija ó hijo?

ANSELMO.

Ó es el concierto ó la boda.

ROSELO.

Vé, ¡por tu vida! Marín,
Y entra al descuido.

MARÍN.

¡Harto bien!
¿Porque en colación me den
Las exequias de mi fin?
¿En cas de tus enemigos
Me mandas entrar á ver?

ROSELO.

Pues ¿quién te ha de conocer?

MARÍN.

Para mal siempre hay testigos.
Son gente cruel y fiera
Los del bando Castelvín.

ROSELO.

Tú lindo gallina, en fin.

MARÍN.

¡Pluguiera á Dios que estuviera
Junto el bando de esa gente
Y en aquesta calle armada,
Y yo, con capa y espada,
Contra todos solamente!
Que tú vieras si de alguna
Hubiera hazañas tan ciertas;
Pero coger entre puertas.....
Eso es desgracia perruna.

ANSELMO.

Á Roselo.

Si tienes tanto deseo
De ver aqueste festín,
Donde el bando Castelvín

Junto y con cuidado veo,
Ponte una máscara y entra:
Pensarán que eres pariente.

ROSELO.

Y ¿podré seguramente?.....

ANSELMO.

Podrás, si nadie te encuentra
Que quiera saber quién eres.

ROSELO.

Entremos, Anselmo, allá.

ANSELMO.

Hecho un paraíso está
De hermosísimas mujeres;
Pero el peligro es notable,
Porque del bando Montés
Tu padre cabeza es,
Y aun no sufre que se hable
Desta gente en su presencia,
Cuanto más verla en su casa;
Que luego en furor se abrasa
Sin modestia y sin paciencia.
Pues Antonio, donde agora
Se celebra este festín,
Es cabeza Castelvín,
Que en estos bandos adora
Y aborrece vuestras vidas.

ROSELO.

Basta, que el cielo reparte
En la una y en la otra parte
Dos cosas bien conocidas:
Á nuestro bando Montés
Ha dado valientes hombres,
De tan excelentes nombres
Como en las historias ves;
Y en el de los Castelvines
Mujeres de tal belleza,
Que hurtó la naturaleza
La estampa á los serafines.
Pienso que si se juntaran
Los bandos por casamientos,
Y los extremos violentos (1)
De su venganza dejaran,
Tuviera la Italia envidia
De los hombres de Verona.

MARIN.

No sólo en cualquier persona
Me cansa, enoja y fastidia
Ver el odio que en vosotros
Es causa de tantos yerros,
Pero el ver que hasta los perros
Se muerdan unos con otros.
¿Qué es ver salir de las puertas
Monteses y Castelvines (2)
Bravos gozques y mastines,
Las bocas de furia abiertas,
Que si los dientes sutiles
Espadas pudieran ser,
Bastaban á enriquecer
Por horas los alguaciles?
No hay hombre que sin carlanca
Traiga su alano valiente,
Que parece lindamente
Sobre la piel negra ó blanca.
Pues ¿los gatos?..... tan airados
Andan en sus bandos juntos,
Que hacen campaña por puntos
Las cocinas y tejados.
Si maúllan, es por fin
De declarar su interés,
Porque unos dicen *Montés*,
Y otros dicen *Castelvín*.
Hasta en los gallos se ve
De aquestos bandos la furia,
Porque tienen por injuria
Que alguno cantando esté;
Y con tantos intereses,
Que si un Castelvín primero
Comienza en su gallinero,
Responden treinta Monteses.

ROSELO.

Tus discursos son muy propios
De tu ingenio y condición.

MARÍN.

Los tuyos pienso que son
Harto más locos é impropios,
Pues en casa vas á entrar
Donde están mil enemigos,
Que de pasados castigos
En ti se pueden vengar;
Que si estos discursos hago
Es por sólo entretenerte.

ROSELO.

Pues yo, Marín, de otra suerte
Mi condición satisfago.
Desprecio lo que es posible,
Lo difícil apetezco.....
Anselmo, si algo merezco,
Con tu prudencia invencible,
Pierde esta vez de tu humor
Y acompaña el loco mío,
Porque la sangre y el brío
Son temerario furor.
Dos ropas nos vestiremos
Con dos rostros de Ferrara,
Y en la parte menos clara
De la sala nos pondremos.
Ven, que en tanta confusión
No seremos conocidos.

ANSELMO.

Los rostros y los vestidos
Nuestro pasaporte son.
Vamos; que á ti la hermosura
De las damas te ha incitado.

ROSELO.

Y la privación me ha dado
Animo á tanta locura.

---

(1) Verso suplido.
(2) *Puertas, Monteses y Castelvines.*
Estas voces últimas están usadas aquí como de una sola terminación. En el acto segundo, no obstante, se lee *señoras Montesas*.

ANSELMO.
De tu condición lo creo.
MARÍN.
¿Mas que vuelves con disgusto?
ROSELO.
Los peligros en el gusto
Despiertan siempre el deseo.

Vanse.

Antonio, Teobaldo, Julia, Dorotea, Celia, Otavio, otros caballeros, damas y músicos.

ANTONIO.
Aquí estaremos mejor,
Por el calor de allá dentro.

OTAVIO.

Á Julia.

Yo, prima, ni salgo ni entro;
Todo es un mismo calor.
JULIA.
Á falta de algún galán,
Favor me queréis hacer.
OTAVIO.
Favores he menester.
JULIA.
Y estas damas, ¿no os los dan?
OTAVIO.
¿Cómo, si no se los pido?
JULIA.
Pues pedídselos.
OTAVIO.
No quiero,
Por querer donde no espero
Ser para siempre admitido.
TEOBALDO.
Tomad asientos aquí.
ANTONIO.
¡Cuáles están nuestros hijos!
TEOBALDO.
No fueran los regocijos
Menos buenos para mí
Si pudieran ser casados.
ANTONIO.
Primos son, bien pueden ser;
Y bien lo pueden hacer
Hermanos tan concertados.

Celio y Fabio, de máscara.

CELIO.
¿Hay licencia de danzar?
ANTONIO.
¿Por qué no, si vos queréis?
CELIO.
Dancemos.
FABIO.
¿Qué danzaréis?
CELIO.
Con los ojos un mirar
Una mudanza que veo,
Que en el alma el son me toca;
Unas quejas con la boca,
Y un favor con el deseo.

Anselmo, Roselo y Marín, de máscara.

ANSELMO.

Á Roselo y Marín.

Máscaras hay por acá.
MARÍN.
Siempre *por acá* es lenguaje
De danza.
ROSELO.
La voz se baje.
ANSELMO.
Pienso que danzaron ya,
Y se han salido al jardín
Sólo á hablar.
ROSELO.
¡Brava hermosura!
Así Dios me dé ventura,
Que sois cielo Castelvín:
Perdone todo el rigor
Que con la leche me han dado
Los padres que me han criado.
ANSELMO.
¿Quién te parece mejor?
ROSELO.
La que habla aquel dichoso
Que mereció tal lugar.
ANSELMO.
Tú puedes también hablar.
ROSELO.
¡Qué rostro tan enfadoso!
ANSELMO.
¿La máscara te has quitado?
ROSELO.
No reparé en lo que hacía.
ANSELMO.
Póntela presto.
ROSELO.
Sería
Dar á esta gente cuidado,
Que imaginasen traición;
Mejor es estarme ansí.
ANSELMO.
Ya te han visto.
ROSELO.
Necio fuí.
ANSELMO.
¡Qué notable confusión!
ANTONIO.
¿Hay mayor atrevimiento?
¡Roselo en mi casa!

TEOBALDO.

A Antonio.

Oid.

ANTONIO.
¿Qué he de oir?
TEOBALDO.
Sólo advertid
Lo que deste mozo siento:
Que es una noble llaneza,
Y que con su poca edad
No siente la enemistad
Que es en él naturaleza;
Y es señal que no ha tenido
Odio jamás á esta casa,
Pues sabiendo lo que pasa,
Adonde veis ha venido.
ANTONIO.
¿No puede venir armado
É intentar una traición?
TEOBALDO.
Eso es hablar con pasión.
De noble el mancebo ha entrado
Sin reparar si era error
Estando junto un linaje.
ANTONIO.
Y ¿no es de mi casa ultraje?
TEOBALDO.
Antes me parece honor.
ANTONIO.
Yo lo juzgo de otra suerte,
Y le quisiera matar.
TEOBALDO.
Pues yo no os pienso ayudar
Á hacer tan cobarde muerte.
Éste, como simple azor,
Se ha entrado en el palomar
Á ver si puede cazar
Algunas aves de amor.
No alborotéis á Verona,
Ni el bando resucitéis.
ANTONIO.
Mucha prudencia tenéis.
TEOBALDO.
La edad, Antonio, me abona;
Y si tenéis hija aquí,
Yo también.
ANTONIO.
Por vos le dejo.
TEOBALDO.
Lo que importa os aconsejo.

ANSELMO.

Á Roselo.

¿Qué miras?
ROSELO.
Mi muerte vi.
ANSELMO.
No dices mal, pues mirando
Con tanta contemplación,
Has dado justa ocasión
Á los del contrario bando
Para que te den la muerte.
ROSELO.
Con mucho sosiego están.
ANSELMO.
Por ventura juzgarán
Tu necedad de otra suerte.
ROSELO.
Déjame, Anselmo, que vea
Aquel ángel celestial,
Y sucédame tan mal
Como esta gente desea;
Que si es fuerza que la vida,
Para llegar hasta el cielo
Se ha de perder en el suelo,
La muerte es justo que pida.
Si matan los Castelvines
Con basiliscos mirando,
¡Oh, quién fuera de su bando!
ANSELMO.
No me espanto que te inclines
Á tan debida hermosura.
ROSELO.
¿No es bella?

DOROTEA.

Á Julia.

¡Qué hermoso talle
De mancebo!
ROSELO.
Cuando calle
Mi temor, mi amor procura,
Anselmo, hablando por mí,
Dar á entender mi pasión.
¡Que éstos mis contrarios son!
ANSELMO.
Bien haces; piénsalo ansí.
JULIA.
Si el Amor se disfrazara
Para dar envidia á Febo,
Pienso que deste mancebo
El talle y rostro buscara;
Y yo pienso que Amor es,
Que, para quitar la paz,
Viene con este disfraz.
ROSELO.
¡Ay, cielos, que fuí Montés! (Aparte.)
¡No fuera yo Castelvín!
¿Tanto le costaba al cielo?
JULIA.
Entre las flores del suelo (Aparte.)
De aqueste verde jardín,
El Abril debe de haber
Resucitado á Narciso.
ROSELO.
Si aqueste es el paraíso, (Aparte.)
Mi bando, ¿qué viene á ser?
Claro está, pues es contrario,
Que es el infierno, por fuerza.
Amor, mi temor esfuerza.
Loco soy, soy temerario.....

Creo que me he de atrever.

JULIA.

¡Oh, si se llegase á mí, (Aparte.)
Que de cuantas hay aquí,
Más lo pienso agradecer!

DOROTEA.

Mi hermano con Julia está: (Aparte.)
Sin duda, que á mí se llega
La máscara.

ROSELO.

Amor me ciega, (Aparte.)
Y él mismo me alumbra ya.

JULIA.

¡Ay, mancebo, si yo fuese (Aparte.)
Tan dichosa!

DOROTEA.

¡Ay, si tomase (Aparte.)
Mi lado!

JULIA,

¡Ay, Dios, si llegase! (Aparte.)

DOROTEA.

¡Ay, Dios, si amor me tuviese! (Aparte.)

Siéntase al lado de Julia Roselo, y Anselmo al de Dorotea.

OTAVIO.

Á Julia.

Habrá parecido á Amor,
Para enseñarme á querer,
Que había yo menester
Tan cerca el competidor;
Mas en vano gasta el fuego,
Porque está fresco el jardín;
Perdóneselo, que en fin
Todos me dicen que es ciego.

ROSELO.

Aunque atrevimiento ha sido,
Señora, el haber tomado
El lugar de vuestro lado,
De mí tan mal merecido,
Bien me podéis perdonar,
Pues que vos tenéis la culpa;
Y para vuestra disculpa,
Ya no me podéis culpar.
De vuestra rara hermosura
Mi atrevimiento nació:
Ella misma me llamó
Con su luz divina y pura.
Como mariposa anduve
Alrededor de la llama;
Que para morir con fama,
Cobarde al principio estuve.
Dí tornos al rayo hermoso,
Hasta que vine á tener
Atrevimiento de ser
Faetón en morir dichoso.
Abrásame vuestro cielo;
Que más estimo á este lado
Morir, señora, abrasado,
Que vivir conmigo en hielo.
Y no os parezca, mi bien,
Atrevimiento y locura;
Que si es rayo la hermosura,
Su efecto es rayo también.
Presto digo lo que os quiero,
Presto me siento mortal:
No es mal si no mata el mal;
Bien puedo hablar, pues hoy muero.

JULIA.

Tierna la máscara viene.
Razones fingidas son.

OTAVIO.

No habla como es razón,
Pues ya quitada la tiene.

ROSELO.

Como máscara he tenido,
Otavio, este atrevimiento;
Que sólo el calor que siento
Me pudo hacer atrevido:
Si os canso, levantaréme.

OTAVIO.

Bien podéis, si gusto os da.

JULIA.

¿Para qué? Bien estará
Junto á vos, si el calor teme;
Que de lo que á mí me heláis,
Le podré helar de tal modo,
Que le vuelva en hielo todo.

OTAVIO.

Prima, mirad cómo habláis.

JULIA.

Favorezco á un hombre extraño,
Porque á vos no es menester.

OTAVIO.

Sí; mas no me habéis de hacer,
Por tan vuestro, tanto daño;
Que si pierdo el bien, creed
Que no lo quiero sin vos;
Y haréme extraño ¡por Dios!
Para que me hagáis merced.

ROSELO.

Señora, si yo he tenido
La culpa, iréme de aquí.

JULIA.

¿Dónde?

ROSELO.

Á entretenerme allí.

JULIA.

¿Estáis mal entretenido?

ROSELO.

No lo puedo estar mejor;
Pero si soy descortés.....

JULIA.

Nunca es descortés el que es
Digno de hacerle favor.
Estaos quedo, y ¡ojalá (Aparte á Roselo.)
Que este necio se enojase
De suerte, que nos dejase!
Otavio, llégate acá.

OTAVIO.
¿Qué me tengo de llegar,
Si al otro lado te vuelves?
JULIA.
Presto á enojos te resuelves;
Mas quiero contigo hablar.
OTAVIO.
¡Agora sí que me pagas!
El enojo que tenía,
Te perdono.

Habla Julia con Otavio, y da la mano á Roselo.

ROSELO.
¡Oh, mano mía! (Aparte.)
JULIA.
Quiero que te satisfagas

Hablando con Otavio, pero entendiéndose con Roselo.

De que, pues mi atrevimiento
Llega á no mirar mi honor,
No puedo hacerte favor
De más encarecimiento.
ROSELO.
No ha menester quien le brinde (Aparte.)
El que á beber se resuelve.
JULIA.
El que las espaldas vuelve,
Á su enemigo se rinde.
OTAVIO.
Cuando tú me las volvías,
Y á mi enemigo la cara,
No era mucho que pensara,
Julia, que me aborrecías.
JULIA.
Aborrézcote de modo,
Que todo por ti lo dejo.
OTAVIO.
Señora, ya no me quejo.
ROSELO.
¡Bien! Por mí lo dice todo. (Aparte.)
JULIA.
Esto de no poder más,
Obliga á descortesías.
OTAVIO.
Ya entendí yo que lo hacías
Por el lugar en que estás.
JULIA.
Bien tienes que agradecerme,
Aunque te parezca poco.
OTAVIO.
Digo que me vuelvo loco.
ROSELO.
¡Notable favorecerme! (Aparte.)
JULIA.
Si aquí me dieran lugar,
Tú vieras mi atrevimiento.
OTAVIO.
¡Bien haya mi pensamiento!
ROSELO.
¿Hay tal manera de hablar? (Aparte.)
JULIA.
Grande es la fuerza de amor.
OTAVIO.
¡Tanto bien tras tal desprecio!
ROSELO.
Habla conmigo, y el necio (Aparte.)
Piensa que le da favor.
JULIA.
En mi vida, Otavio, vi
Cosa que más me agradase.
OTAVIO.
Mil veces amor me abrase.
ROSELO.
Todo lo dice por mí. (Aparte.)
JULIA.
No te parezca que ha sido
Libertad este favor.
OTAVIO.
No hay liviandad en amor.
ROSELO.
¿No soy yo tan atrevido? (Aparte á Julia.)
Que de la suerte que yo
Te quise cuando te vi,
Pudo sucederte así.
JULIA.
Mucho el verte me agradó;
Eres gallardo y galán.
OTAVIO.
Seré un ángel, si me quieres.
JULIA.
Espejo á lo menos eres,
Adonde sus rayos dan;
Que aunque dan agora en ti,
Porque del sol estoy lejos,
Salen de ti los reflejos
Y queda la luz en mí.
ROSELO.
Presumes que el sol me asombra (Aparte.)
Porque le tienes enfrente;
Pero como es transparente,
Ni tiene espaldas ni sombra.
JULIA.
¿Quién me quiere bien?

OTAVIO.

Bajo.

Yo.

ROSELO.

Bajo.

Yo.

JULIA.
¿De quién soy?
OTAVIO.
De mí.

ROSELO.

Bajo.

De mí.

JULIA.
¿Serás tú mío?

OTAVIO.
Sí.

ROSELO.
Bajo.
Sí.

JULIA.
Y ¿negarásla?

OTAVIO.
No.

ROSELO.
Bajo.
No.

JULIA.
¿Verásme?

OTAVIO.
Veré.

ROSELO.
Bajo.
Veré.

JULIA.
Tarde, ¿es bien?

OTAVIO.
Mejor.

ROSELO.
Bajo.
Mejor.

JULIA.
¿Quién te guía?

OTAVIO.
Amor.

ROSELO.
Bajo.
Amor.

JULIA.
Ven solo.

OTAVIO.
Sí haré.

ROSELO.
Bajo.
Sí haré.

JULIA.
¿Esperaré?

OTAVIO.
Espera.

ROSELO.
Bajo.
Espera.

JULIA.
¿Será cierto?

OTAVIO.
Cierto.

ROSELO.
Bajo.
Cierto.

JULIA.
¿Á qué parte?

OTAVIO.
Al huerto.

ROSELO.
Bajo.
Al huerto.

JULIA.
Calla.

OTAVIO.
Aunque muera.

ROSELO.
Bajo.
Aunque muera.

OTAVIO.
Paréceme que he sentido
El eco de mis razones.

JULIA.
Serán imaginaciones.

ROSELO.
Bajo.
Todo lo tengo entendido.

JULIA.
Á Otavio.
No me espantan tus recelos
Ni me agravia tu temor;
Que de las voces de amor
Siempre son ecos los celos.
Y aunque la voz se reparte

Por haber más gente aquí,
Como sale y topa en ti,
Resurte el eco á otra parte.

OTAVIO.

En fin, Julia, ¿que los celos
Son ecos de amor?

ANTONIO.

Ya es tarde.

JULIA.

Á Roselo.

Guarda aquéste.

Da un anillo á Roselo.

OTAVIO.

¿Que éste guarde?
¿Qué me das?

ROSELO.

¿Qué os debo, cielos? (Ap.)

JULIA.

Luego ¿no me has entendido?

OTAVIO.

No, Julia.

JULIA.

Puse la mano
En el corazón (que es llano
Que te le he dado y rendido),
Y por eso te decía:
«Guarda aquéste.»

OTAVIO.

Y dices bien;
Porque tus manos le den,
Y le guarde el alma mía.

ROSELO.

¡Qué divina discreción! (Aparte.)
De oirla me maravillo;
Dice que guarde el anillo,
Y él piensa que el corazón.
Matóme el entendimiento,
Si me rindió la hermosura.

ANTONIO.

Á Teobaldo.

Por ti he tenido cordura.

TEOBALDO.

Lo que te aconsejo siento:
Cese la fiesta, que es tarde.

ANTONIO.

¡Hachas! ¡Hola!

TEOBALDO.

Guárdeos Dios;
Mañana hablemos los dos.

DOROTEA.

Prima, adiós.

JULIA.

El cielo os guarde.

Vanse todos, menos Julia y Celia. Roselo y Julia se despiden con la mirada.

JULIA.

Espérate, Celia, aquí;
Que tengo un poco que hablarte.

CELIA.

Bien tengo yo qué contarte,
Y más si te importa á ti.

JULIA.

¿Has visto más gallardía
Que la de aquel gentilhombre
Que me habló?

CELIA.

¿Sabes su nombre?

JULIA.

No; mas saberle querría,
Porque en la vista primera
Hizo tal efecto en mí,
Que pienso que el galán fuí,
De atrevida y lisonjera.
Mas he oído que se ponen
Hechizos muchos mancebos,
Con que á pensamientos nuevos
Las más altivas disponen:
Y éste sin duda traía
Algo desto, porque ya
Sin su vista no podrá
Sosegar el alma mía.

CELIA.

¡Buen lance habemos echado!
Pero no juzgues á hechizo
Lo que este mancebo hizo,
Siendo en Verona estimado,
Por su talle y discreción,
De las más hermosas damas.
Pero haz cuenta, si le amas,
Que es tu misma perdición;
Porque este mozo es Roselo,
Hijo de Arnaldo, cabeza
De aquel bando.....

JULIA.

¡Qué tristeza!
No me digas más. ¡Ay, cielo!

CELIA.

Pues bien, ¿de qué es el pesar?
¿No fué mejor avisarte
Para que puedas guardarte,
Cuando te puedes guardar?

JULIA.

¡Cómo puedo, que le dí
Livianamente la mano!
Pero ¿cómo ese villano
Osó, Celia, entrar aquí?

CELIA.

Á fe que vi yo tratar
Á los viejos de matalle;
Y quiera Dios que á la calle
No le salgan á matar.

JULIA.

Escucha..... ¡Válgame Dios!
Asómate.....; mas no es nada.
Toda estoy alborotada.....

Y va solo.

CELIA.

Y otros dos.
Pero Teobaldo, tu tío,
Sé yo que le reportaba.

JULIA.

¿Para qué este mozo entraba
En casa? ¡Hay tal desvarío!
¡Hay tal locura! Y si entró,
Con máscara se estuviera;
Ni mi padre se ofendiera,
Ni me enamorara yo.

CELIA.

Calla, que es mayor locura
Decir que le quieres.

JULIA.

Quiero
Mi honor. ¡Ay, tirano fiero,
Visto por mi desventura!

CELIA.

Pues tú, ¿qué honor has perdido
Si aun la espalda le volvías
En el estrado, y tenías
Á Otavio favorecido?

JULIA.

Con Otavio hablaba..... ¡Ay cielo!

CELIA.

Pues ¿de qué triste te pones?

JULIA.

De que todas las razones
Las dije siempre á Roselo;
De suerte que hablaba á Otavio,
Y Roselo me entendía.

CELIA.

Todo el sarao lo sufría.
No hay en el honor agravio.

JULIA.

Díle un anillo.

CELIA.

Es favor
De fiestas.

JULIA.

Hice concierto
Que me viese en este huerto.

CELIA.

No verle.

JULIA.

Téngole amor.

CELIA.

Olvidalle, porque es hombre,
Que antes te darán á un moro
Tus padres.

JULIA.

¡Con qué decoro
Le hablara, á saber su nombre!
¡Ah, qué mal que me atreví!
No dudes, hechizos tiene.
Si él á verme otra vez viene,
No sé qué ha de ser de mí.
Mañana, Celia, mañana
Le busca, y di que he sabido
Quién es, y di que le pido,
Ya que he sido tan liviana,
Que no atraviese esta calle.

CELIA.

Yo lo haré, y cree que á mí
Me pesó cuando te vi
Con tanto despejo hablalle.

JULIA.

¡Ojalá me lo dijeras!

CELIA.

Cayóme, señora, al lado
Su criado.

JULIA.

¿Su criado?

CELIA.

Sí, por tu vida.

JULIA.

¿De veras?

CELIA.

Y te juro que si tiene
Talle y desenfado el dueño,
Que el del mozo no es pequeño.

JULIA.

Mucho saber me conviene
Del mozo, si quiere bien
Roselo en alguna parte.
Procura, Celia, informarte;
Que me va el honor también.

CELIA.

¿Para qué, si has de olvidalle?

JULIA.

¡Ah, sí, ya no me acordaba!
Dile que inocente estaba.....
Y que no pase esta calle.
Pero ¿qué puede dañar
Que sepa si quiere bien?

CELIA.

Eso es locura también.
Déjale, señora, amar
Adonde le diere gusto,
Pues para ti no ha de ser.

JULIA.

¡Oh, qué enfadosa mujer!
¡Siempre me ha de dar disgusto!
¿Qué se te da que yo quiera,
Que no quiera á nadie?

CELIA.

Es cosa
Justa.....

JULIA.

¿Otra vez? ¡Enfadosa!

CELIA.

Ven, que la cama te espera.

JULIA.

Ya no me quiero acostar.

CELIA.

Iré á llamar á Roselo,
Que te lo ruegue.

JULIA.

Consuelo
Me da el oirle nombrar.

Ponte mañana el vestido
Con que ayer vi á Dorotea.

CELIA.

¡Plega á los cielos que sea
Roselo.....

JULIA.

¿Qué?

CELIA.

Tu marido.

JULIA.

¿No ves que no puede ser?

CELIA.

Como eso puede el amor.

JULIA.

Agora hablaste mejor.
¡Oh, qué discreta mujer!
Y aprende deste disgusto
Que no hay remedio importante
Para templar un amante,
Como hablar bien de su gusto.

Vanse.

Arnaldo, de camino, y Lidio.

ARNALDO.

Quítame, Lidio, estas espuelas.

LIDIO.

¿Vienes
Cansado de la villa?

ARNALDO.

No me cansa
La soledad del campo, que á Verona
El cuidado me trae de mi casa;
Que á no ser por la hacienda y la familia,
Mejor estoy cazando en el aldea.
Toma aqueste arcabuz.

LIDIO.

Mucho me pesa.
Que vayas solo y vengas.

ARNALDO.

Mira, Lidio,
Dónde le pones bien.

LIDIO.

¿Viene cargado?

ARNALDO.

Si lo que trae en el cañón, tuviera
Antonio Castelvín dentro del pecho,
Gozara agora más descanso el mío.
¿Qué hay de mi hijo?

LIDIO.

Bueno está, á Dios gracias.

ARNALDO.

¿Estudia?

LIDIO.

Poco, pero no le faltan
Lecciones virtuosas.

ARNALDO.

¿Qué?

LIDIO.

La esgrima,
El caballo y un poco de pelota.

ARNALDO.

¿Virtud llamas al juego?

LIDIO.

Entre los nobles
Se tiene por virtud este ejercicio,
Como dados y naipes por mal vicio.

ARNALDO.

¿Sale de noche?

LIDIO.

Yo me acuesto luego.
Su privanza es Marín; ellos se entienden.

ARNALDO.

¡Gran persona! ¡Marín! Yo te aseguro
Que no le lleve á que sermones oiga.
¡Oh, qué de mujercillas que en mi ausencia
Habrán entrado en esta galería!

LIDIO.

Hasta que esté Marín en las galeras,
La galería pasará trabajo.

ARNALDO.

En faltando á una fuerza barbacana,
Entra quien quiere en ella fácilmente.
Mi hijo es mozo, y temo que estos bandos,
Que saben que es los ojos con que veo,
Me los eclipsen dándole la muerte;
Efecto fácil de la obscura noche,
Que cubre las traiciones fácilmente,
Y se deleita en agradar la envidia.

LIDIO.

Quitalle este Marín, que es el cabestro
Con que le llevan manso dondequiera.

ARNALDO.

Y ¿faltarále otro Marín tan malo?
En los criados hice una experiencia
Toda mi vida.....

LIDIO.

Y ¿es?

ARNALDO.

Si no me engaño,
Aquel es el peor que entonces sirve,
Y más si ha mucho tiempo que está en casa;
Que entonces el señor es su criado,
Y más si acaso sabe algún secreto,
Por no haber sido su señor discreto.

LIDIO.

Si el criado lo es y bien nacido,
Mientras más sirve, más leal parece.

ARNALDO.

Lidio, yo quiero cautivar mi hijo:
Con esto pienso que estaré seguro;
Que no hay prisión para los tiernos años
De más fuerza que un noble casamiento.
Una de sus virtudes, que son muchas,
Es dar seso á los mozos.

LIDIO.

Mientras tenga
Un socarrón como Marín al lado,
No haya miedo que baste el casamiento;
Antes será peor.

ARNALDO.

¿De qué manera?

LIDIO.
Porque cualquiera libertad que haga
Siendo mancebo, esa disculpa tiene;
Pero si este Marín, que le conduce
Á casa de mujeres sospechosas,
Casado le cautiva con alguna,
¿Cuál andará su honor y el de tu casa?
Luego tendrás pendencia con sus suegros,
Luego andarás pagando mil deudillas,
Para que no se sepan sus flaquezas;
Luego hallarás á su mujer llorando
De celos de la libre mujercilla.
Quitarále las joyas y vestidos,
No comerá en su casa muchas veces,
Y cuando coma será mal y tarde.
Vendrá á acostarse al alba, y la familia
Estará desvelada y afligida.
Todo será pendencias y deshonras;
Y más si pone alguna vez las manos
En su mujer celosa, que es muy cierto.
Pues tenlo tú que es un infierno en vida,
Galera donde vive el alma asida.
ARNALDO.
¿Tanto podrá Marín?
LIDIO.
Y ¡cómo tanto!
ARNALDO.
Algo te ha hecho á ti.
LIDIO.
Ya me espantaba
Que no juzgases mal de mis consejos.
Malicias nunca faltan á los viejos.
ARNALDO.
Yo, siempre que un criado se apasiona
En decir mal de otro, pienso y creo,
Ó que le quiere mal ó que le envidia.
LIDIO.
Eso será en las casas de los príncipes.
ARNALDO.
Dondequiera la envidia se entremete.
LIDIO.
¡Que tenga esta ventura un alcahuete!
Pero pienso que á mí me ha sucedido,
Diciéndote que sabe deste trato,
Lo que al jüez que el alcahuete azota,
Que desde que le azota le da fama.
Tú, como todavía te enamoras.....
Habráte parecido buen criado
Marín para tus gustos.
ARNALDO.
No respondo,
Porque cansado estoy de ti y del campo.
LIDIO.
Las verdades carecen de respuesta.
Confieso mi pasión; mas todavía
Me obliga la lealtad que te debía.
Vase Arnaldo.

Marín.

MARÍN.
Famoso Lidio, ¿qué hay desque ha venido
El gruñidor de casa y está en ella?
¿Qué dice de su hijo? ¿No pregunta,
Como suele, prolijas sutilezas?
LIDIO.
Pocas son á sus voces mil cabezas.
Aquí me estuvo agora examinando.
MARÍN.
¿Preguntóte de mí? Mas ¿quién lo duda?
LIDIO.
Hartas cosas me dijo, mas yo á todas
Le respondí que no tuviese pena;
Que mientras te tuviese por maestro,
Y trajese por ayo, bien podía
Dormir á sueño suelto, confiado
En tu virtud y buen entendimiento.
Díjele los consejos que le dabas,
Y cuántas ocasiones le quitabas.
MARÍN.
¡Bien haya el día que te dí la mano
De amigo, el vino que bebimos juntos,
Y las muchachas cuya limpia casa
Fué de aquella merienda campo ilustre!
Pues yo te juro, Lidio, que no pierdas
En las fianzas nada.
LIDIO.
Á mí me basta
Cumplir con lo que debo á bien nacido.
MARÍN.
Hoy por esta merced quiero llevarte
En casa de dos bellas forasteras,
Donde verás con una guitarrilla
Todo el donaire que despierta el gusto.
LIDIO.
Yo voy á ver agora si reposa
Nuestro cansado viejo; tú entretanto
Prevén la casa.
MARÍN.
Haré cuanto me mandes.
LIDIO.
De hoy más hemos de ser amigos grandes.

Vase.

MARÍN.
Éste es el mayor bellaco,
Envidioso y socarrón,
Que ha disfrazado traición
Con el rosario y el saco.
Pero quien quiere vivir
En paz en ajena casa,
Ha de sufrir lo que pasa,
Y ver y callar y oir.
Siempre ha de ser lisonjero,
Y hasta el mal agradecer;
Y para causar placer,
Hablador y chocarrero.
Poco obrar, y gran parola,
Para no caer en mengua;
Y cuando alargue la lengua,
No ha de picar con la cola.
Esto del servir entiendo;

Y que, en fuerza ó voluntad,
El que tratare verdad,
Medrará poco sirviendo.

Roselo y Anselmo.

RÓSELO.

¡Nunca mayor desventura
Ha sucedido por hombre!

ANSELMO.

Este es su linaje y nombre.

ROSELO.

¡Mal empleada hermosura!
¿Que de Antonio Castelvín
Este serafín nació?
Engañóme, pues me dió
Veneno en un serafín.

ANSELMO.

¿Para qué fuiste á su casa?

ROSELO.

Marín.....

MARÍN.

En la tuya está
Tu padre.

ROSELO.

Presto sabrá
Este furor que me abrasa.

MARÍN.

¡Lindo desatino!

ROSELO.

Estoy
Que pierdo el seso, Marín.

MARÍN.

¿Sabes ya que es Castelvín
Tu dama?

ROSELO.

Y que muerto soy.

MARÍN.

En los principios, no hay mal
Que el remedio dificulte.

ANSELMO.

Harto temo que resulte
Algún desatino igual;
Y si toma mi consejo,
Ha de hacer cuenta que entró,
Y que una pintura vió,
Ó que se vió en un espejo;
Que en quitándose de allí,
No se ve más la figura.

ROSELO.

No importa, si su hermosura
Truje retratada en mí.
Que fué Julia espejo digo;
Mas si la figura fuí
Que en sus ojos bellos vi,
Esa me traigo conmigo.

ANSELMO.

Pues, Roselo, no hay que hablar
De querer esta mujer;
Que es echaros á perder,
Y revolver el lugar.
Advierte que si algún día
Pasases una vez sola
Por su calle, una pistola
Castelvín te tiraría;
Que las piedras y la casa
Se moverán y caerán
Sobre ti.

ROSELO.

No harán.

ANSELMO.

Sí harán.

ROSELO.

¡Qué mal sabes lo que pasa!

ANSELMO.

Yo, ¿qué tengo que saber
Más de que eres su enemigo?

ROSELO.

¿Y lo que pasa conmigo
Y aquella hermosa mujer?

ANSELMO.

¿Qué te pudo á ti decir
La que en su vida te vió?

ROSELO.

¡Ay, que la mano me dió!

ANSELMO.

Como eso pudo fingir
Para que te den la muerte.

ROSELO.

Dióme este anillo también.

ANSELMO.

Los ojos más ciegos ven
Que te engañó desa suerte.

ROSELO.

Quiere que por el jardín
La vea.

ANSELMO.

¡Bien digo yo
Que para el jardín trazó,
Pobre Roselo, tu fin!

ROSELO.

Eres un necio, pues ella
No sabe con quién habló;
Sólo el amor la obligó,
Como á mí el verla tan bella.
Y porque no me canséis,
Sabed que me voy á armar;
Que esta noche la he de hablar,
Aunque más me lo estorbéis.
Anselmo, si eres mi amigo;
Marín, si eres mi criado,
En esta locura he dado,
Y esto he resuelto: conmigo
El que me quisiere bien.....
. . . . (1).

ANSELMO.

Seguiréte, aunque me pese,
Y aunque mil muertes me den.

MARÍN.

Sabes que soy temerario:
Á tu lado moriré.

(1) Falta el segundo verso de la redondilla.

ROSELO.

Quien con tanto amor se ve,
No tiene mayor contrario.
Poco hiciera yo en quererte,
Julia, á ser amiga mía.
¡Ojalá llegase el día
Que te obligase mi muerte!

Vanse.

Julia, Otavio y Celia.

OTAVIO.

No te entiendo.

JULIA.

Ni yo á ti.

OTAVIO.

Mira, prima, que he venido
Á lo que me has advertido.

JULIA.

¡Yo á ti!

OTAVIO.

Sí, Julia, tú á mí.
Y si es que no me aguardabas,
¿Qué hacías en el jardín?

JULIA.

Pienso que salí á este fin
De enojarme si llegabas.

OTAVIO.

En el festín me dijiste:
«Ven aquesta noche á verme.»

JULIA.

Primo, mi padre no duerme.....
—Yo lo dije, y bien hiciste.—
Sube á entretenerle un rato,
Haz que se acueste, y después
Verás, Otavio, si es
Contigo mi amor ingrato.

OTAVIO.

Cumpliráslo.

JULIA.

No hayas pena
Que niegue lo que prometo.

OTAVIO.

Voy á entretenerle, á efeto
De que, después de la cena,
No recoja, como suele,
La familia.

JULIA.

Aquí te espero.

OTAVIO.

Haz, sueño, que el más ligero
Ministro á esta casa vuele,
Y la cubra de tu olvido.

Vase.

JULIA.

Celia.....

CELIA.

Señora.....

JULIA.

¿Qué haré?

CELIA.

Que mientras tu padre esté
Con Otavio entretenido,
Desengañes á Roselo,
Si acaso viniere aquí.

JULIA.

¿Que le desengañe?

CELIA.

Sí.

JULIA.

¡Cruel sentencia! Á Amor apelo.

CELIA.

¡Cuánto sabe una mujer!
Del mismo competidor
Se vale, para el favor
Que á quien ama quiere hacer.
¡Á tu primo haces estar
Á tu padre entreteniendo!

JULIA.

Y entretengo á quien pretendo
Aborrecer y engañar:
Si Otavio hablar me quitaba
Mi Roselo, estése allá.

CELIA.

Rüido he sentido.

JULIA.

Y ya
El corazón me avisaba.

CELIA.

Con escala habrá subido.

JULIA.

Pues ¿dónde la pudo asir?
¡Oh! ¡Plegue á Dios que al subir
No caiga!

CELIA.

Si no ha caído.

JULIA.

Si escala la tapia iguala,
Alta ha sido.

Roselo

ROSELO.

Dentro.

Aquí esperad.

JULIA.

Si fuera mi voluntad,
No era menester escala.

Sale Roselo muy galán.

ROSELO.

¿Podré, querida señora,
Llegar á verte?

JULIA.

Bien puedes,
Con la modestia que es justa,
Más que á quien soy, á quien eres:
Y antes, Roselo, que digas

Palabras tiernas, que suelen
Engañar nuestros oídos
Lisonjera y fácilmente
(Que las mujeres, en fin,
Aunque discretas y fuertes,
Son mujeres, y si escuchan,
Responden como mujeres),
Quiero que sepas que sé
Quién eres, y que me duele
Tanto que quien eres seas,
Ó que yo lo que soy fuese,
Que estoy perdiendo el jüicio,
Y maldiciendo mi suerte,
Púes soy de los Castelvines,
Como tú de los Monteses.
Cuando en ti los ojos puse,
Siguióse amarte de verte,
Porque dicen en Verona
Las damas que lo mereces.
Entonces te dí licencia
Para hablarme y para verme,
En fe de hacerte mi dueño,
Si igual á mis prendas fueses;
Pero en sabiendo tu nombre,
Atrás el amor se vuelve,
Con el temor, que es razón,
De mi daño y de tu muerte.
Hazme un favor como noble;
No que el anillo que tienes
Me vuelvas; no que no digas
Que me arrojaba á quererte;
Sino sólo que no hables,
Y por las mismas paredes
Te bajes; que estoy temblando,
Y pues no pierdes, me dejes.

ROSELO.

Sabe el cielo que lo hiciera
Si pudiera obedecerte,
Querida enemiga mía,
Luz del alma que aborreces.
Mas ¿cómo será posible?
Pues será fácil volverte
El anillo y las palabras
Y el saltar estas paredes;
Pero no dejar de hablarte
Y decirte que no pienses
Que hay volver, sino al peligro,
Ni amor que sin él se esfuerce.
Advierte, pues, Julia mía,
Que también, de oirte y verte,
Te amé sin saber quién eras:
Tú sabes si lo mereces;
Y que, cuando supe el nombre,
Y vi el peligro presente
Amenazando mi cuello
Si este mi amor se supiese,
Procuré dejar de amarte;
Mas amor, que siempre ofrece
Industrias en imposibles
Y no hay mal que no remedie,
Me dijo que no dejase,
Julia mía, de quererte;
Pues, de secreto los dos,
Si el amor nos favorece,
Bien podremos, Julia mía,
Bien, Julia mía.....

JULIA.

Detente;
Detente, pues, y no digas
Julia mía tantas veces;
Que temo que harás en mí
Los efectos que quisieres;
Que el nombre en ajena boca
Alegra, enternece y mueve.
Mas di, ya que hablaste, ¿cómo
Podrás hablarme ni verme?
¿Qué intento llevas? ¿Qué fin?
¿Qué procuras? ¿Qué pretendes?

ROSELO.

Que nos casemos los dos,
Luz mía, secretamente
En vuestra parroquia un día;
Que, con quien hacerlo puede,
Yo tengo estrecha amistad;
Y si el peligro le ofende,
Bien podemos engañarle.

JULIA.

Tiemblo de oirte.

ROSELO.

¿Qué temes?

JULIA.

Mil desdichas.

ROSELO.

¡Ay, señora!
¿Qué desdicha te detiene,
Si puede ser que estos bandos
Con tu casamiento cesen?
Mira que por dicha el cielo
Nos provoca ocultamente
Á este amor honesto y santo,
Con que todos en paz queden.

JULIA.

¡Ay, sirena! Bien decía
Que no hablases..... Pero vete:
No venga acaso mi primo,
Que á tu enemigo entretiene.
No sé cómo me engendró
Para amarte.

ROSELO.

¿Qué resuelves?

JULIA.

Que iré á la iglesia que dices,
Si á quien nos case previenes;
Que pues yo quise escucharte,
Y no fuí discreta sierpe
En taparme los oídos,
Bien es que los ojos cierre.
Vete, pues, que siento pasos.

ROSELO.

Voyme; pero no te quedes,
Porque á tu primo no hables.

JULIA.
Mira que de mí te acuerdes.
ROSELO.
¿Eso dices? ¡Plega á Dios
Que nunca mis cosas lleve.....
JULIA.
No jures; que los que juran,
Mucho del crédito pierden.
ROSELO.
¿Qué diré?
JULIA.
Que me deseas.
CELIA.
Señora mía, que vienen.
JULIA.
¿Quieres el pie?
ROSELO.
Y aun la mano.
JULIA.
Los brazos también.

MARÍN.

Dentro.

Ven.
JULIA.
Vete.

ACTO SEGUNDO.

Teobaldo y Fesenio.

TEOBALDO.
Y ¿queda ya en la iglesia Dorotea?
FESENIO.
En ella está; mas triste y con cuidado;
Que dos Montesas, Dórina y Andrea,
De su lugar quitaron el estrado.
TEOBALDO.
¿Había un Castelvín allí?
FESENIO.
Aunque sea
De todo el bando el más determinado,
Solo no ha de atreverse; y fuera desto,
No ha de ser en la iglesia descompuesto.
Ya quisieron hablar; pero en un punto
Tantos Monteses juntos acudieron,
Que parece que estaba el bando junto,
Y así los Castelvines se rindieron.
TEOBALDO.
¿Cómo rendir?
FESENIO.
Callar.
TEOBALDO.
Eso pregunto.
Y aun en sólo callar cobardes fueron.
Y ¿dónde está mi hija Dorotea?
FESENIO.
Callando está, que tu quietud desea.
TEOBALDO.
En fin, ¿que las señoras Castelvines
Inferiores están á las Montesas?
FESENIO.
No es bien que de esa suerte lo imagines,
Si en peso de la paz tu quietud pesas.
TEOBALDO.
Apostaré que echaron los cojines
Dos leguas del estrado.
FESENIO.
Si profesas
El sosiego y la paz de tus parientes,
¿Por qué tu agravio en tanto extremo sientes?
¿Quieres dar ocasión á que por dicha
Tomen las armas y se pierdan todos,
Y se atribuya á ti tanta desdicha?
TEOBALDO.
Pues ¿sufriré tan descorteses modos?
FESENIO.
Y si no hay libertad hecha ni dicha.....
TEOBALDO.
¿No es libertad hacerse de los godos,
Y quitar un estrado de una dama
De nobles padres y de casta fama?

Otavio, acompañando á Julia; Celia, criados.

JULIA.
Y vuestra hermana, ¿ha venido?
OTAVIO.
Habrá un hora que salió.
JULIA.
¿Tanto madrugó?
OTAVIO.
Pensó
Que te hubieran advertido
De la fama deste padre
Que hoy predica, y que vinieras
Antes.
JULIA.
Si tú lo dijeras
Anoche, primo, á mi madre,
Ya estuviéramos acá;
Que es devota por extremo.
OTAVIO.
Que haya gente y damas temo.
Bien llena la iglesia está.

Éntranse Julia, Otavio, Celia y los criados.

TEOBALDO.
¿Es mi hijo aquél?
FESENIO.
Sospecho
Que la dama que acompaña,
Es su prima.
TEOBALDO.
¡Cosa extraña!.....

FESENIO.
Es ídolo de su pecho.
Ya se entran.

TEOBALDO.
Di que le llamo.

FESENIO.
Voy.

Vase.

TEOBALDO.
La deshonra me incita,
Me apremia y me solicita:
Tanto esta gente desamo.
Yo, que siempre á mis parientes
La paz les aconsejaba,
Porque entonces no pasaba
Por estos inconvenientes,
Agora á la guerra incite;
Que el juzgar cosas ajenas
Ó propias, malas ó buenas,
Mayor libertad permite.

Otavio y Fesenio.

OTAVIO.
¿Mi padre me llama?

FESENIO.
Aquí
Te espera.

OTAVIO.

Á su padre.

¿Qué es lo que mandas?

TEOBALDO.
¡Qué descuidado que andas
De lo que me importa á mí!
Para acompañar tu prima,
¡Gran punto y lisonja vana!
Pero no para tu hermana,
Que tu amor en tanto estima.
¡Oh! ¡Qué bien se echa de ver
En esto tu liviandad!
La honra y la autoridad
Dejas, Otavio, perder,
Por andar tras los antojos
De un imposible.

OTAVIO.
¿Á qué efeto
Me riñes?

TEOBALDO.
Yo te prometo
Que no me faltan enojos,
Otavio, por tu ocasión.
Si con tu hermana vinieras,
Y de que lo es tuya hicieras
Alguna demostración,
No me viera yo corrido,
Ni en el estado en que estoy.

OTAVIO.
¿Cómo corrido? Pues hoy,
¿Qué puede haber sucedido?

TEOBALDO.
Si yo tuviera tus años,
Si yo tus fuerzas tuviera,
Hoy, hijo, la patria viera
Sucesos varios y extraños:
Y pues el tenerte amor
No me puede reportar,
Ya debes de imaginar
Que me han tocado al honor.

OTAVIO.
¿Qué dices?

TEOBALDO.
No te alborotes
Hasta que me escuches bien.

OTAVIO.
¡Eso es bueno, y que también
De ser cobarde me notes!
¿Quién te ha ofendido? Habla presto.

TEOBALDO.
El estrado que á tu hermana
Pusieron esta mañana
Le han quitado y descompuesto.

OTAVIO.
¿Quién?

TEOBALDO.
Tú lo sabrás allá.

OTAVIO.
Aguárdame, padre, aquí.

TEOBALDO.
No te animaba yo á ti
Sólo por quedarme acá;
Á tu lado estaré bien.

OTAVIO.
No has de entrar.

TEOBALDO.
Tengo de entrar.

Éntranse Teobaldo y Otavio.

FESENIO.
¡Que le ha querido incitar,
Y le va á ayudar también!
¡Por Dios que es poca prudencia!

Roselo, y Anselmo.

ROSELO.
Aquí ha entrado, acompañada
De Otavio.

ANSELMO.
Por olvidada
La juzgaba en esta ausencia;
Que no me has escrito cosa
En que de Julia tratases.

ROSELO.
Porque no te alborotases,
Ó no te fuese enojosa;
Fuera de que tal secreto

No es para carta.

FESENIO.

Estos son (*Aparte.*)
Monteses: ¡triste ocasión,
Si el enojo llega á efeto!
Quiero entrar á ver qué intenta
Otavio.

Pasa á la iglesia.

ANSELMO.

¿Secretos tienes
En tu amor?

ROSELO.

Á tiempo vienes,
Que es forzoso el darte cuenta
Del estado de mi amor,
Porque hay una historia rara
Después que fuiste á Ferrara.

ANSELMO.

Ya te escucho con temor.

ROSELO.

La noche, Anselmo, que fuiste
Á acompañar mi contento,
Para que pudiese hablarla
Por las paredes del huerto,
Concertamos que algún día,
Que pudiese con secreto
Ir á la iglesia, tuviese,
Para hacer el casamiento,
Prevenido ó engañado
Al beneficiado Aurelio,
Porque quedasen allí
Nuestros desposorios hechos.
Yo puse tanto cuidado,
Que aunque él no pensaba hacerlo,
Se dispuso á hacer mi gusto,
Con lágrimas y con ruegos.
Vino Julia á una capilla
Sola con Celia, diciendo
Que quería confesarse.
Fuéronse los escuderos;
Entramos Aurelio y yo;
Y la voluntad sabiendo
De los dos, nos dió las manos.

ANSELMO.

¡Qué notable atrevimiento!

ROSELO.

¿Por qué, si vió que los dos
Habíamos presupuesto
La destrucción de Verona
Si se excusaba de hacerlo?
Porque si yo la robaba,
Era poner á sus deudos
Y los míos en peligro
De mil trágicos sucesos.
Finalmente, nos casó.

ANSELMO.

Mejor dijeras, Roselo:
«Finalmente, fué mi fin»;
Pues el mismo daño espero
Cuando se sepa el agravio.

ROSELO.

No será, queriendo el cielo.

ANSELMO.

¿Puede dejar de entenderse,
Roselo, tu pensamiento,
Ya paseando de día
Su calle, á su reja atento,
Ya, como agora, en la iglesia?

ROSELO.

En eso, Anselmo, procedo
Con la cordura que basta.

ANSELMO.

Pues ¿hay hombre, amando, cuerdo?

ROSELO.

No paseo yo su calle,
Y de milagro á este templo
Vengo á misa.

ANSELMO.

¿De qué suerte
Os veis?

ROSELO.

Sin peligro, Anselmo.

ANSELMO.

¿Cómo?

ROSELO.

Poniendo una escala
Las más noches, con silencio,
Á la pared del jardín
De los naranjos y cedros,
Bajo; y Celia, que me espera,
Me guía hasta su aposento,
Donde primero que el alba
Peine sus rubios cabellos,
Ya doy la vuelta á la escala,
Donde Marín llega presto.
Subo, y desciendo, y en casa
De día descanso y duermo.

ANSELMO.

Y eso, ¿no tiene peligro?

ROSELO.

No, Anselmo, que cuando llego
Todos duermen en Verona.

ANSELMO.

Y ¿no está Otavio despierto?

ROSELO.

Otavio la quiere bien;
Pero el peregrino ingenio
De Julia sabe engañarle.

ANSELMO.

¿Cómo?

ROSELO.

Por el mismo huerto,
Desde las diez á las doce,
Habla con él, y él con esto
Vase á acostar á su casa.

ANSELMO.

¡Ingenioso pensamiento!
Con eso andará seguro.
Pero tú, ¿no tienes celos
De que hable con tu esposa?

ROSELO.
No, porque los oigo y veo
Muchas veces escondido,
Y sé que es lenguaje honesto
El que pasa entre los dos.

ANSELMO.
¿Y el tuyo?

ROSELO.
Licencia tengo
De marido.

ANSELMO.
Luego ¿ya
En la posesión te ha puesto?

ROSELO.
Pues si ya estamos casados,
¿Quién nos obliga á respeto?

ANSELMO.
Tiemblo de lo que me dices.

ROSELO.
Yo, con el favor, no tiemblo.

ANSELMO.
¿No te da miedo la casa?

ROSELO.
Nada, Anselmo, me da miedo,
Porque amor y posesión
Son valientes en extremo.

ANSELMO.
Ya no sé qué aconsejarte.

ROSELO.
Mi bien no quiere consejo,
Porque es llover en la mar
Dar consejo á casos hechos.

ANSELMO.
Pues ¿qué habéis de hacer ansí?

ROSELO.
Aguardar, Anselmo, al tiempo,
Que levanta humildes valles
Y humilla montes soberbios.

Arnaldo, Antonio y Teobaldo, dentro.

ANTONIO.

Dentro.

¡Fuera, cobardes Monteses!

ARNALDO.

Dentro.

¡Fuera, infames Castelvines!

Ruido de espadas dentro.

ROSELO.
¿Qué es esto?

TEOBALDO.

Dentro.

No te imagines
Tan soberbio.

ANTONIO.

Dentro.

Aunque tuvieses
Sobre el cielo estos cojines,
De allí te los quitaría,
Y en el infierno pondría.

ARNALDO.

Dentro.

¡Calla, que mientes!

ANTONIO.
¡Afuera!

ROSELO.
Mi padre es aquél.

ANSELMO.
Espera.....

ROSELO.
¿Que espere?

Pasa á la iglesia.

ANSELMO.
¡Por vida mía!

Salen de la iglesia con las espadas desnudas, y pónense á una parte Antonio, Teobaldo, Otavio y Fesenio; á la otra Arnaldo, Lidio, Marín y Anselmo, y en medio, solo, Roselo.—Gente.

ROSELO.
Anselmo, á mi padre llega; (Ap. á Anselmo.)
Que Julia á poner me obliga
En medio, aunque me lo niega
La sangre.

ANSELMO.
No hay más que diga. (Aparte.)
¿Quién de amor tanto se ciega?

ROSELO.
¡Ah, caballeros, teneos;
Que aunque soy Montés y mozo,
No con tan malos deseos,
Que, en vuestro daño, me gozo
De vengativos trofeos!
¿Sobre qué fué la cuestión?
¡Bueno está! ¡Bueno está ya!
Valga esta vez la razón,
Pues que tan segura está
La nobleza y la opinión.
Todos sois tan bien nacidos
Como Verona lo sabe;
Todos fuertes y atrevidos.
¿Es el negocio muy grave?

OTAVIO.
Los nuestros los ofendidos.

ROSELO.
Cuéntalo, Otavio, ¡por Dios!

OTAVIO.

Á los suyos.

¡Mueran!

ROSELO.

Refiérelo, Otavio;
Que no es eso de hombre sabio.

OTAVIO.

Mejor fuera entre los dos
Averiguar este agravio,
Y que se fueran los viejos.

ROSELO.

Padre tengo aquí, y me holgara
Ya mejor para consejos;
Pero en que te amo repara,
Aunque de amarme estás lejos.

OTAVIO.

Que no quiero yo tu amor.

ROSELO.

Yo sí el tuyo.

OTAVIO.

Eres cobarde.

ROSELO.

Calla, Otavio, que es rigor
Que me obligue á que te guarde
Respeto tu mismo honor.

OTAVIO.

¿Es bien que ponga su estrado
De mi hermana su criado,
Y que el tuyo se le quite?

ROSELO.

Si satisfacción permite,
No quedarás mal vengado.

ARNALDO.

No era ese criado mío.

TEOBALDO.

Pues ¿de quién era?

ARNALDO.

De Andrea.

ROSELO.

Si con la paz os porfío,
Es porque aquí no se vea
Un notable desvarío.
Entrad y pondré el estrado
Yo mismo en mejor lugar.

OTAVIO.

Eso estará remediado;
Pero el descompuesto hablar,
Hoy ha de ser castigado.

ROSELO.

Si eso es agravio, eso sea
Causa de paz.

TEOBALDO.

¡Bien lo anima!

ROSELO.

Cásate tú con Andrea,
Y yo con Julia, tu prima.

OTAVIO.

¡Primero mi muerte vea!
¿Con Julia tú?

ROSELO.

Desta suerte
Se excusará alguna muerte.

OTAVIO.

Cobarde, deja de hablar;
Que te tengo de matar
Como á mujer.

ROSELO.

Oye, advierte.....

OTAVIO.

No hay que advertir; llega ya.

ROSELO.

Señores, séanme testigos
Que provocándome está,
Y que os quise hacer amigos,
Y que él ocasión me da.

OTAVIO.

¡Llega, infame!

ROSELO.

Julia mía, (Aparte.)
Perdona. ¡Fuera, villano;
Que esto no fué cobardía,
Sino tenerme la mano
Quien solamente podía!

Riñen; cae Otavio.

OTAVIO.

¡Muerto soy!

TEOBALDO.

¿Matóle?

ANTONIO.

Sí.

ROSELO.

Huye, padre, por aquí.

Vanse Roselo, Arnaldo, Anselmo, Lidio y Marín.

ANTONIO.

¡Aquí, Castelvines!

TEOBALDO.

¡Hijo!

OTAVIO.

¡Confesión!

ANTONIO.

¡Confesión dijo!

TEOBALDO.

Expira. ¡Triste de mí!

ANTONIO.

Entralde en la iglesia presto;
Remedie siquiera el alma.

TEOBALDO.

¡Que yo soy la causa desto!

Vanse los Monteses, llevándose á Otavio á la iglesia.
La gente se dispersa.

FESENIO.

Teobaldo estaba en la calma,
Y en la tormenta se ha puesto.
Ello ha sido grande error;

Pero pues tuvo la culpa,
Pida disculpa á su honor,
Pues á Roselo disculpa
Su defensa y su valor.

El señor de Verona, un Capitán, soldados y gente.

VERONA.

No ha de quedar un hombre solamente
De los culpados, vivo.

CAPITÁN.

Del suceso,
Teobaldo Castelvín tuvo la culpa.

VERONA.

¿Quién hay heridos?

CAPITÁN.

Muchos de ambas partes.

VERONA.

¿Quién muerto?

CAPITÁN.

Otavio, de Teobaldo hijo.

VERONA.

¿Dónde está el cuerpo?

CAPITÁN.

Aquí, en la misma iglesia,
Donde se ha confesado y le han absuelto,
En brazos de su padre y sus hermanas.

VERONA.

¿Quién le mató?

CAPITÁN.

Roselo Montés, hijo
De Fabricio Montés; mas todos dicen
Que fué de Otavio el mozo provocado
Una y mil veces, tanto, que esta ofensa
Más que delito fué propia defensa.

VERONA.

Vos, ¿tenéis algo de Montés?

CAPITÁN.

No tengo
De Castelvín ni de Montés un átomo,
Ni soy parcial de alguno de los bandos.

FESENIO.

Yo soy criado de Teobaldo, y quiero
Á Otavio como á hermano, que en su casa
Me dieron este ser hasta ser hombre;
Pero no dejaré, por mi conciencia,
De confesar que Otavio fué culpado,
Provocando á Roselo con palabras
Infames; de manera que Roselo
Á todos dijo que testigos fuesen,
Que sólo su persona defendía,
Y la paz de Verona pretendía.

CAPITÁN.

Señor excelentísimo, no creo
Que hallarás otra cosa.

FESENIO.

Excelso príncipe,
Infórmate de todos los presentes.

VERONA.

¿Adónde está Roselo?

CAPITÁN.

En esa torre,
Donde con un lacayo se ha subido,
Que con piedras su dueño ha defendido.

VERONA.

¡Hola, Roselo! Escucha.

Roselo y Marín, en una ventana de una torre; Marin con piedras.

ROSELO.

¿Quién me llama?

CAPITÁN.

¿Ya no conoces al señor que tienes?

ROSELO.

¿Qué me manda, señor, Vuesa Excelencia?

VERONA.

Que bajes de la torre, que, debajo
De mi palabra, bien seguro puedes.

ROSELO.

Si me la das, señor, de defenderme
De tantos enemigos que me cercan,
Yo bajaré, y á tus Reales plantas
Las armas rendiré; de otra manera,
Aquí pienso morir con hambre ó fuego,
Mas no en poder de fieros Castelvines.

VERONA.

Baja seguro; que la doy al cielo
De defenderte contra todo el mundo.

ROSELO.

Yo bajo en tu palabra confiado.

MARÍN.

Mira primero cómo bajas.

ROSELO.

Calla;
Que á nadie teme quien está inocente.

Entrase.

MARÍN.

Yo sé que tierra en medio es linda cosa,
Y no que andemos llenos de papeles
Con el procurador y el escribano,
Sonando los dineros y los grillos,
Á que jure un bellaco que lo ha visto
Y estaba cuatro leguas de la calle,
Y aquel otro disponga el juramento
Como se le pusiere en el capricho,
Con mil veces el dicho y sobredicho.

Éntrase.

Julia y Celia.

JULIA.

Ya no tengo que temer
Vanos respetos de honor,
Ni me queda qué perder.

CELIA.

Tente, que está aquí el señor.

JULIA.

Mas qué, ¿le viene á prender?

CAPITÁN.
¿Quién va?
JULIA.
Julia Castelvín.
CAPITÁN.
Su hija de Antonio es.
JULIA.
Soy quien desea su fin. (Aparte.)

Roselo y Marín, entre soldados.

UN SOLDADO.
Éste es Roselo Montés.
ROSELO.
Aquí está Julia, Marín. (Aparte á él.)
MARÍN.
Vendrá á jurar contra ti.
VERONA.
Roselo, ¿mataste á Otavio?
ROSELO.
Si es muerto, digo que sí,
Provocado y con agravio,
Y defendiéndome á mí.
VERONA.
Mira que está aquí presente
Una prima del difunto,
Que le amaba tiernamente.
ROSELO.
Y yo á la misma pregunto
Si le maté justamente.
JULIA.
Aunque en Otavio perdí,
Gran señor, primo y marido,
Digo mil veces que sí,
Porque obligada he nacido
Á esta verdad contra mí.
VERONA.
¿Vístelo?
JULIA.
Desde la puerta
De la iglesia; y en aquesto
Toda Verona concierta,
Que ese hombre estaba dispuesto
Á la paz segura y cierta,
Cuando Otavio le importuna
Á que se maten los dos,
Soberbio desde la cuna.
¡Ay, Celia, mal me haga Dios (Ap. á Celia.)
Si he visto cosa ninguna!
VERONA.
Y ¿qué dice esa mujer
Que viene con Julia?
CELIA.
Digo
Que le buscó desde ayer,
Porque tras ser su enemigo,
Celos debieron de ser.
Para esto Otavio junta
Sus deudos, con quien agora
Á Roselo al pecho apunta.
¡Mal me haga Dios, señora, (Ap. á Julia.)
Si sé lo que me pregunta!
CAPITÁN.
Esto mismo te dirán
Cuantos parientes están
En esa iglesia con él.
JULIA.
No hay testigo contra él.
VERONA.
Pues ¿qué he de hacer, Capitán?
CAPITÁN.
Destiérrale de Verona,
Porque será revolver
La ciudad si se apasiona,
Y es en peligro poner
Tu autoridad y persona.
Julia es su prima y confirma
Su inocencia, y su criada,
Como lo has visto, lo afirma.
VERONA.
Ese concepto me agrada.
CAPITÁN.
Dame un bando con tu firma
Con que el vulgo se sosiegue,
Pena de muerte.
VERONA.
Sí haré.
CAPITÁN.
Y antes que el bando se llegue,
Guarda á Roselo se dé,
Que libre en Roma le entregue,
En Venecia ó en Milán.
ROSELO.
No es menester, Capitán;
Yo me sabré defender.
VERONA.
Con todo, es bien menester
Mientras airados están.
Id vos, señora, en buen hora;
Que yo llevaré á Roselo
Á mi palacio.
JULIA.
¡Oh, si agora (Aparte.)
Me sacara el alma el cielo
De la prisión en que mora!

VERONA.

Á Roselo.

En mi palacio os tendré
Mientras os vais
ROSELO.
Haz tu gusto.
JULIA.
Ven, Celia, porque no dé (Aparte.)
Ocasión con mi disgusto
Á más mal del que se ve.
CELIA.
Si aquí paran los enojos
De la furia deste día,
No son muchos los despojos.

ROSELO.

¡Ay Julia del alma mía! (Aparte.)

JULIA.

¡Ay Roselo de mis ojos! (Aparte.)

Vanse.

Teobaldo y Dorotea.

TEOBALDO.

Pues yo tuve la culpa, de ninguno
Debo quejarme en desventura tanta.

DOROTEA.

Por venganza á los cielos importuno.

TEOBALDO.

Que viva yo con tal dolor, me espanta.
¿Escribióse jamás de padre alguno,
Aunque al amor la honra se adelanta,
Que provocase un hijo hasta la muerte?
¡Oh furor de venganza, pasión fuerte!

DOROTEA.

Todos culpan á Otavio, y esto siento,
En incitar á su enemigo manso,
Que intentaba la paz, con pensamiento
De dar á nuestra patria algún descanso.
Vuélvese el irritado sufrimiento
Furor mil veces..... Pero ¿qué me canso
En lo que ya ningún remedio tiene?

TEOBALDO.

Que se pierda la patria me conviene.
Con el mismo vestido, espada y capa,
En la bóveda lóbrega y obscura
De sus mayores, una losa tapa
Su verde edad, su joven hermosura.
Hija, si no es que aquel traidor se escapa
En las alas del viento, y su ventura
Le lleva sin peligro á extraña tierra,
Ya he dado en esto la señal de guerra.
Enterralle vestido significa
Que sus deudos se obligan á vengalle;
Ya por todos mis deudos se publica.

Fesenio.

FESENIO.

Ya se cansan tus deudos en buscalle;
Á Roma dicen que la posta pica,
Y que ha mandado el Duque acompañalle
Alguna armada gente hasta Ferrara,
Con que la furia de las armas para.
Dicen que ha sido acuerdo conveniente
Para templar los Castelvines fieros,
Y porque dice el vulgo que inocente
Estaba el agresor para ofenderos.
Todos culpan á Otavio de insolente,
Y algunos envainaron los aceros
En sabiendo.....

TEOBALDO.

No pases adelante;
Que no soy piedra yo ni amor diamante;
Bástame mi desdicha, sin que agora
Me den la culpa, pues la pena tengo.
¡Oh canalla cobarde, vil, traidora!
Pues muera yo si mi dolor no vengo.
¡Qué bien consuelan al que un hijo llora!
Pero ¿cómo en vengarle me detengo?
Quejarme quiero al Duque deste agravio:
No viva yo, pues he perdido á Otavio.

Vase.

DOROTEA.

¡Qué bárbaro anduviste!

FESENIO.

No he perdido
Con la lisonja del servir, señora,
La verdad del honor con que he nacido;
Que todos culpan á tu hermano agora.

DOROTEA.

Aunque á Otavio perdí, perdón le pido
Á la sangre de hermano que le llora,
Para alegrarme de que guarde el cielo
Los tiernos años del Montés Roselo.

FESENIO.

Pues ¿cómo dices eso?

DOROTEA.

Era estimado
Roselo de las damas de Verona,
Y de las Castelvines celebrado
Por su brío, su ingenio y su persona;
Yo sé que fué de Julia codiciado.

FESENIO.

Las cajas oigo; el bando se pregona.

DOROTEA.

Parte á saber lo que es; que no querría
Perder tras tanto mal la patria mía.

Vanse.

Roselo y Marín, de camino, éste á lo gracioso.

ROSELO.

¿Recogistes las escalas?

MARÍN.

Ya, señor, las recogí.

ROSELO.

En fin, ¡has entrado aquí!

MARÍN.

Tu amor me ha dado las alas;
Que te quiero defender
Si algún peligro se ofrece;
Que quien la vida aborrece,
Ya no tiene qué temer.

ROSELO.

Al amor que á Celia tienes,
Y no al mío, lo atribuyo.

MARÍN.

Al tuyo, señor, y al suyo.

ROSELO.

¿Della á despedirte vienes,
Como de mi Julia yo?

MARÍN.

Celia sola no pudiera
Traerme desta manera;
Todo, señor, se juntó.
Pero viéndome en el puerto,
Tu amor me tiene admirado;
Que no sé cómo has entrado
Y no has sido descubierto.
¡Tan temprano por aquí
Entrarse sin ser sentido!.....

ROSELO.

Mi dicha, Marín, ha sido;
Mas ya todo el bien perdí.

MARÍN.

Rüido siento.

ROSELO.

Prevén
Las armas.

MARÍN.

De aquestas fuentes
Pienso que son las corrientes.

ROSELO.

Mi Julia viene también.

Julia y Celia.

JULIA.

¿Eres tú, mi esposo amado?

ROSELO.

¡Ay cielos, dadme paciencia;
Que no me basta la vida
Para perder la luz della!
Julia, yo soy, yo, tu esposo
En bien, en mal, gloria y pena,
Y como en presencia he sido,
El mismo seré en ausencia.
Pienso que tendrás llorada
Nuestra desdicha: no seas
Mi muerte llorando aquí,
Ni des causa á que te sientan;
Aunque si quieres que á entrambos
Una misma espada sea
Fin de desventuras tantas,
Aquí estoy; las vidas mueran;
Que no apartarán las almas
Los que mi muerte desean,
Porque los cuerpos dividan,
Que no hay en las almas fuerza.
Esto no fué culpa mía:
Si de mi espada te quejas,
Vas contra toda opinión,
Pues mil infamias y afrentas,
Por no perderte, sufrí
Á su temeraria lengua.
Mas si estimas á tu primo
Más que á tu esposo, no tengas
Suspensos nuestros dos bandos;
Toma esta daga, y con ella
Pasa este pecho, y su furia,
Si está en mi muerte, sosiega.
¿No respondes?

MARÍN.

Si por dicha
Estás enojada, Celia,
De que he sido tan gallina,
Que apenas vi la pendencia,
Cuando me subí á la torre,
Y en los chapiteles della
Dije que era de corona
Para provocar la iglesia,
Vesme aquí: con esta daga
Tu mismo pecho atraviesa,
Porque si me das á mí,
No des lugar que te prendan.
¿No respondes?

JULIA.

Quien, esposo,
Por ti tantas cosas deja,
¿En qué ha de estimar un primo,
Ni cuando su padre fuera?
Si de todo mi linaje
Quieres que la sangre vierta,
La destas venas, mi bien,
Te ofreceré después della.
Yo no tengo ya otro padre,
Ni otro remedio me queda;
En ti consiste mi amparo;
Basta que tú me defiendas.
Tú eres el bando que sigo,
No el que mis padres profesan:
Castelvín soy en el cuerpo,
Y en el alma soy Montesa.

CELIA.

Quien por ti, Marín querido,
De su casa no se acuerda,
Ni estima su ropa blanca,
Ni sus vidrios de conservas,
¿Por qué ha de querer, me di,
Que bravo y valiente seas?
Que á serlo, pudiera ser
Matarte en esta pendencia,
Y no te gozara yo,
Que me diera mayor pena.
Créeme que los galanes
Han de ser de esa manera:
Gallinas para durar,
Y darlas para comerlas.
Los cobardes son secretos,
Los bravos, con sus bravezas
Desvelan á la justicia,
Y la vecindad despiertan.
Más te quiero yo gallina
Que si Rodamonte fueras.
Las gallinas, Marín, ponen
Vestidos, joyas, cadenas;
Los gallos quitan y riñen,
Celan, sacuden y mesan.
Matarte yo no es posible
De la suerte que me enseñas.
Aquí tengo á tu servicio
Las llaves de la bodega:

Saca de lo tinto sangre;
Que yo no tengo otra prenda
Que me ampare: tú eres bando
Que sigo, para que creas
Que soy Marina en el alma,
Aunque en el cuerpo soy Celia.

ROSELO.

¿Qué quieres, mi bien, que haga
En tal desdicha?

JULIA.

Que vengas
Con gran secreto á Verona
Todas las noches que puedas
(Hasta que llegue ocasión
Que nos vamos á Venecia),
Dando á estas paredes paso
Los de la escala de cuerdas;
Que hasta que viva contigo,
¿Cómo puedo estar contenta?
¿Cumplirásme esta palabra?

ROSELO.

¡Ay mi bien! Mucho me pesa
Que pongas duda en mi amor.
¡Plega á Dios que nunca vea
En paz mi padre y sus deudos
Destas vengativas guerras;
Que llegue muerto á Ferrara,
Ó en el camino me prendan
Celadas de Castelvines;
Que para venganza fiera
Me coman el corazón,
Y mi propia sangre beban,
Si te faltare en alguna
De todas nuestras promesas!

CELIA.

Y él, ¿no ha de venir por mí?

MARÍN.

¡Plega al cielo que no vea
Cosa que me dé disgusto,
Ni en el camino, en las ventas
Falten perdices que coma,
Y vino blanco que beba,
Si hiciere cosa por ti
De que algún daño me venga.
Pero tú, ¿tendráste firme?

CELIA.

No lo está tanto una rueda,
Una nube, un viento, un dado,
Como yo mientras tú quieras.

Antonio, dentro.

ANTONIO.

Dentro.

Muestra, Lucio, esa alabarda;
Que sospecho que nos cercan
La casa.

JULIA.

Mi padre es éste.

ROSELO.

Á Marín.

Pon la escala.

MARÍN.

Salta.

CELIA.

Espera.

MARÍN.

Que no hay, Celia, que esperar.

JULIA.

¿Tienes fuera guarda?

ROSELO.

Y buena.

JULIA.

¿Quién?

ROSELO.

Anselmo y seis amigos.

JULIA.

Adiós.

ROSELO.

Á Marín.

¡Lindo miedo llevas!

Vanse los dos.

CELIA.

¿Qué has de decir á tu padre?

Antonio y Lucio.

LUCIO.

Gente está junto á las hiedras.

ANTONIO.

Dispara.

JULIA.

Tente, señor.

ANTONIO.

¿Es Julia?

JULIA.

Yo soy.

ANTONIO.

No temas.
Y ¿quién más está contigo?

JULIA.

Celia.

ANTONIO.

Pues ¿desta manera
Estás en tiempo como éste?

JULIA.

Y en éste ¿quieres que duerma?

ANTONIO.

¿Qué hacías?

JULIA.

Llorar mi primo
Adonde nadie me oyera.

ANTONIO.

¿Resucitará por eso?

JULIA.

No, señor; pero ¿qué piedra
Estará sin sentimiento
En fortuna tan adversa?
Yo perdí marido en él.

ANTONIO.

¡Marido!

JULIA.

Pues ¿no lo fuera?
Y si á un marido he perdido,
No te espantes que lo sienta.
Yo por mi marido lloro:
Soy mujer, y no es flaqueza,
Sino razón y justicia;
Tú, con tus venganzas fieras,
No sientes más que un diamante.
¡Plega á Dios que tantas guerras
No paren en daño tuyo!

Vase, y Celia con ella.

LUCIO.

Fuése llorando.

ANTONIO.

Oye, espera.

LUCIO.

¿De qué te espantas, pues te dice claro
Que por vuestras venganzas ha perdido
Marido de su sangre?

ANTONIO.

Ya reparo,
Teobaldo, en lo que dice de marido;
Mas pues yo quedo, no le falta amparo.
Su padre soy, en fin; y á haber sabido
Que amor tenía á mi sobrino Otavio,
No hubiera sucedido tanto agravio
Hartas veces mi hermano me rogaba
Que por mujer á Otavio se la diera;
Yo, que della jamás lo presumiera,
El efeto á sus ruegos dilataba,
Lo que, á saber su voluntad, no hiciera.
. . . . (1)
Ya es muerto Otavio; y más me pesa agora,
Que por marido, como veis, le llora.
Mas yo soy padre, y padre que la quiero
Con más extremo del que fuera justo.
Casarla quiero, y darla presto espero
Marido noble, rico y de su gusto.
El conde Paris me pidió, primero
Que fuese á acompañar al duque Augusto,
Mi hija por mujer; y ya ha venido.
¿Paréceos que mejora de marido?

LUCIO.

Y ¡cómo si mejora! que es el Conde
Gallardo caballero. Dile luego,
Para ver si á su gusto corresponde,
El rico esposo que la das, te ruego.

ANTONIO.

Es en toda mujer sol que se esconde
El muerto esposo: todo queda ciego;
Mas si otro sale en el siguiente día,
Luego se olvida el que llorar solía.

Vanse.

El conde Paris, Roselo, Marín y criados.

CONDE.

Pesado estás en pesarte
De haber topado conmigo;
Que yo no soy tu enemigo,
Ni de la contraria parte.
¿Cuándo tú decir oiste
Que el Conde Paris trató
De ser Castelvín?

ROSELO.

Si yo,
Tan desesperado y triste,
Discursos pudiera hacer,
De tu valor y mi pecho
Bien pasara satisfecho;
Pero es forzoso el temer
Á un dudoso corazón,
Á un pensamiento afligido:
Intercadencias han sido
Del alma y de la razón.
Voy, señor Conde, de suerte,
Que todo cuanto hay aquí
Pienso que es muerte, y en mí
Todo es desear la muerte.
No sé en qué estado me veo,
Entre morir y vivir,
Pues vengo yo mismo á huir
De lo mismo que deseo.
Crea Vuestra Señoría
Que con desear mi fin,
Soy más cierto Castelvín
Que el mismo que me seguía.

CONDE.

Roselo, haberte amparado
En causa tan peligrosa,
Ha sido muy justa cosa,
Y de que estoy muy pagado.
Estimo que en el camino
Llegase á tal ocasión,
Que librase de traición
Un hombre tan peregrino,
Y aunque he sabido después
Que has muerto un amigo mío,
Sabiendo su desvarío,
Perdí mi propio interés.
Verdad es que pretendí
Casarme con Julia yo:
De Castelvín me quedó,
Que algún tiempo la serví.
Mas viendo la dilación
Que en dármela el padre tuvo,
Corrida algún tiempo estuvo
Con mi valor mi afición.
Yo no soy ya Castelvín,
Pues á Julia no me dieron;

(1) Falta un verso en esta octava.

Montés soy, pues me pusieron
Entre enemigos, en fin.
Si quieres que hasta Ferrara
Acompañe tu persona,
Dejaré de ir á Verona.

ROSELO.
Bien tu valor me declara,
Conde Paris, que naciste
De la sangre más real
Que tuvo Italia, pues tal
Para mis desdichas fuiste.
Por esclavo tuyo quedo,
Pues desta fiera celada
Me sacó vivo tu espada,
Que es lo más que decir puedo.
De aquí á Ferrara no hay ya
Cosa que pueda temer,
Y bien te puedes volver,
Que pienso que cerca está;
Que no es razón que Verona,
Alterada la ciudad,
En tanta necesidad
Carezca de tu persona.
Oí decir que trataste
Casar con una señora,
Castelvín; pero ya agora
Que mi pecho aseguraste,
Más te tendré por Montés,
Y escribiré desde aquí
Esto que has hecho por mí.

Fesenio.

CONDE.
¿Es gente?

ROSELO.
¿Quién va?

FESENIO.
¿Quién es?

CONDE.
El Conde Paris.

FESENIO.
Á ti
Traigo esta carta, señor.

CONDE.
Roselo, no hayas temor,
Yo estoy á tu lado aquí.
¿De quién es aquesta carta?

FESENIO.
Es de Antonio Castelvín.

MARÍN.
¿Mataréle? (Aparte á su amo.)

ROSELO.
No, Marín; (Aparte á él.)
Déjale que en paz se parta.

MARÍN.
¿Si en aquesta carta escribe (Ap. á Roselo.)
Que en el camino te mate?

ROSELO.
¡Ojalá de hacerlo trate!
Bien muere quien triste vive.

MARÍN.
Notables admiraciones
Hace leyendo.

ROSELO.
Sin duda
Quiere que á matarme acuda.

MARÍN.
Á gran peligro te pones
Si no le das de estocadas.

ROSELO.
Y ¿podré matarle yo,
Si aquí la vida me dió?

MARÍN.
Cortesías excusadas.
Por la vida no hay traición;
Y el que en esto fué cortés,
Tras quedar muerto después,
Deja en duda su opinión.

CONDE.

Á Roselo.

Yo he leído, y porque veas
Lo que esta carta contiene,
Y á lo que el criado viene,
Quiero que también la leas.
Toma, Roselo; que es justo
Tengas parte de mi bien
Y me des el parabién
De cosa de tanto gusto;
Que no por ser yerno aquí
De aquel tan grande enemigo,
Dejaré de ser tu amigo.

ROSELO.
¡Cómo!

CONDE.
Lee.

ROSELO.
Dice ansí:

Lee.

«Si alguna cosa pudiera
Consolarme en tal dolor,
Será que vengas, señor,
Donde esta casa te espera.
Hónrala con tu persona,
Porque á defender te inclines,
No sólo á los Castelvines,
Pero á tu patria, Verona.
Ya sabrás cómo Roselo
Mató á mi sobrino Otavio,
Cuya sangre y nuestro agravio
Dan juntos voces al cielo.
Todos te quieren aquí
Por amparo y protector,
Y yo por yerno y señor:
Julia te espera.»—¡Ay de mí! (Aparte.)
¡Julia te espera! ¿Qué es esto?

CONDE.
¿De qué te turbas?

ROSELO.

De ver
Que si es Julia tu mujer,
En gran peligro estoy puesto.
Toma, que no hay que pasar
Adelante; pues, en fin,
Siendo, Conde, Castelvín,
Me has de procurar matar.

CONDE.

No te receles, detente;
Que aunque esta carta ha llegado
Á tiempo que te habrá dado
Sospechas forzosamente,
No soy yo sangre tan ruin,
Que por lo que hacen conmigo,
Dejase de ser tu amigo,
Aunque es Julia Castelvín.
Yo te hallé desamparado
Antes que esta carta viese:
Que así te favoreciese
Es porque estaba obligado
Por ley de ser caballero;
Desfavorecerte agora,
Porque esta hermosa señora
Por mujer estimo y quiero,
Desdice mucho á quien soy.
Vete; que pues desterrado
Vas de donde estoy casado,
Libre de ofenderte estoy.
Fesenio hará como hidalgo
(Pues éste es gran testimonio)
En que á su señor Antonio,
Si para servirle valgo,
No diga que te amparé
Ni que dejé de matarte.

FESENIO.

Fuera, señor, de agradarte,
Por mi voluntad lo haré;
Que aunque sirvo á Castelvín,
Quiero en extremo á Roselo.

CONDE.

Roselo, guárdete el cielo.
Queda adiós.

FESENIO.

Adiós, Marín.

CONDE.

El miedo le tiene tal, (Ap. á Fesenio.)
Que aun no responde.

FESENIO.

No importa.

CONDE.

Mucho el ver la muerte corta
Al hombre más principal.

Vanse el Conde, sus criados y Fesenio.

MARÍN.

¿Echas acaso de ver
El peligro en que te hallas?
¿Sabes que nos pueden dar
Mil muertes de aquí á Ferrara?
Deja el éxtasis de amor,
Deja suspensiones vanas;
Cásese Julia en buen hora,
Pues para su mal se casa.

ROSELO.

¡Que se case!

MARÍN.

¡Santo Dios!
¡Qué voces das!

ROSELO.

¿Quién pensara
Que en aquel ángel, Marín,
Hubiera tantas mudanzas?
Los cielos dicen que mueve
Con velocidad tan rara
Un ángel, que en solo un día
De un polo al otro los pasa:
Ó lo imitas, ó lo eres,
Pues, en tan breve distancia,
Las esferas del alma
Desde los cielos al infierno pasas.
¡Triste de mí, que creyendo
Tus ojos, que siempre engañan
(Que también por hermosura
Son cielos que nunca paran),
Dejé llevar mis deseos
De aquella dulce esperanza
Que halló su centro en tus ojos!
Niñas y ojos todo es agua.
¡Agua, mis ojos, agua!
Que se abrasa la casa y dentro el alma.
No fué locura quererte,
Porque ninguno te amara
Sino es el que agora estimas,
Sin estarlo por tu causa (1).
De tu parte hubo hermosura,
De la mía lo que basta
Para igualarte, no siendo
En lo que al cielo te igualas.
¿Quieres ver en quién has puesto
Los deseos, Julia ingrata?
Mira que no te conoce,
Pues yo sé que no te ama.
Mientras tu padre, ambicioso
Del honor que no le falta,
Te hace su mujer por miedo
Á un hombre que á Otavio mata;
Que si Paris parte á verte
Alegre al ver que le llaman,
Es porque le despreciaron;
Que basta para venganza.
No como tú, que por ser,
Aunque es muy noble tu casa,
Más señora que naciste,
Te casas..... ¿Diréle?

MARÍN.

Calla.

---

(1) *Sin estar* loco *por tu causa*. *Estarlo* se refiere á *locura*, género de elipsis no raro en nuestros escritores del siglo XVII.

ROSELO.
¡Que calle! Pues ¿tú no ves
Que en la creciente y mudanza
De la luna hablan los locos?
MARÍN.
Pues si lo confiesas, habla.
ROSELO.
Señora fueras conmigo
Y no menos estimada,
Que títulos son mercedes,
Y la sangre antiguas armas;
Que si no pongo en las mías
Coroneles de oro y plata,
Yo sé que traigo principio
De las coronas de Italia.
Espero que te arrepientas,
No lo tengas á arrogancia;
Que no está el gusto en las honras,
Sino en que le tenga el alma.
¿Qué importa el dosel de día,
Cuyo cielo es sombra vana,
Si lo parece de noche
Quien lo ha de ser de tu cama?
¡Fuego, cielos! ¡Quemalda!
Que hoy aborrece á quien ayer amaba.
Mas ¿para qué me enternezco
Habiéndome dado causa
Para maldecir tus bodas
Ver mi esperanza burlada?
Pero no permita el cielo
Que puedan tanto mis ansias,
Que pierda aquella modestia
Con que tus cosas trataba.
Si porque maté á tu primo
Tomas aquesta venganza,
¿Cómo no mataste, Julia?.....
¿Qué vengarás con tu infamia?
MARÍN.
Calla, que no es de discretos
Vengarse con las palabras.
ROSELO.
¿Podré vengarme con obras?
MARÍN.
Pues ¿no? En llegando á Ferrara.
ROSELO.
¿Cómo?
MARÍN.
Casándote en ella.
ROSELO.
¡Bien dices!
MARÍN.
Camina.
ROSELO.
Aguarda.
Aguarda, Julia ingrata:
Ley es de amor que agravie á quien me [agravia.

ACTO TERCERO.

Antonio y Julia.

ANTONIO.
Quitaréte yo la vida.
JULIA.
¡Ojalá que la quitases!
ANTONIO.
Es mi gusto que te cases.
JULIA.
Estoy del Conde ofendida
(Que si no, me estaba bien),
Pues no dió muerte á Roselo,
Pudiendo.
ANTONIO.
No quiere el cielo,
Hija, que muerte le den;
De todo peligro escapa.
JULIA.
No se escapara aquel día
Del Conde, pues no tenía
Más que su espada y su capa.
ANTONIO.
¿Tanto á tu primo querías,
Que porque no le mató
No te casas con él?
JULIA.
Yo
Disimulé muchos días
Por mi propia honestidad,
Mas no me siento tan fuerte
Que pueda sufrir su muerte,
Ni es ahora liviandad.
ANTONIO.
Bien estoy con tu venganza;
Pero puédesla tener,
Siendo del Conde mujer,
Con más segura esperanza,
Que él ha de ser nuestro amparo;
Y en sabiendo que deseas
Que le dé muerte, no creas
Que halle en el mundo reparo.
Él te matará á Roselo:
Cásate con él, y advierte
Que le he llamado, y que es fuerte
La palabra.
JULIA.
¡Ay, santo cielo!
ANTONIO.
Si tu voluntad supiera,
Jamás al Conde llamara,
Ni en casamiento le hablara,
Ni como á yerno escribiera.

Ya es hecho, ya lo escribí,
Ya lo dije. ¿Qué he de hacer?
Tú eres del Conde mujer.
¿Qué respondes?

JULIA.

¡Ay de mí!

ANTONIO.

Hija, no estés de esa suerte
Ni seas cruel conmigo;
Que no soy yo tu enemigo
Ni el que á Otavio he dado muerte.
Mira que salir no puedo
De mi promesa, y que soy
Hombre principal.

JULIA.

¿Que estoy (Aparte.)
¡Cielos! temblando de miedo?
La muerte ¿no sabré darme?
Pues ¿qué temo?

ANTONIO.

No responde. (Aparte.)
¿Qué le he de decir al Conde?

JULIA.

Señor, ya quiero casarme.
Vengan esta tarde aquí;
Que yo le daré la mano.

ANTONIO.

¿Será cierto?

JULIA.

Fuera en vano,
Señor, resistirme á ti,
Y más tocando á tu honor,
Porque yo debo perder
Mi gusto; ya soy mujer
Del Conde.

ANTONIO.

Julia, mi amor
Has de manera aumentado,
Si es que se puede aumentar,
Que sin lo que te he de dar,
Y tu madre te ha dejado,
Seis mil ducados te doy
En dos joyas de diamantes,
Y á tu esposo para guantes
Otros seis mil.

JULIA.

¡Muerta soy! (Aparte.)

ANTONIO.

Voy á concertar que sea
Esta noche, por lo menos,
El concierto.

JULIA.

¿Qué venenos (Aparte.)
Mi pensamiento desea
Más que mi propio dolor?

ANTONIO.

Fesenio, Fesenio, aprisa,
Los Castelvines avisa;
Vengan á cobrar su honor.

Vase.

JULIA.

Porcia puede buscar ardiente fuego,
Hierro Lucrecia; Dido, espada en mano,
Reliquias dulces del traidor Troyano,
Que al mar de Italia dió su llanto y ruego;
Ifis cordel, por Anaxarte ciego,
Y por las amenazas del romano,
Veneno Sofonisba; aguarde en vano
Ero en la torre, hasta arrojarse luego;
La punta al pecho y el aliento en calma,
Tisbe en la sangre mísera resbale
Del que muriendo fué de amantes palma,
Que á mí ni fuego ni cordel me vale,
Pues un acto de amor degüella el alma,
Y no hay cuchillo que al dolor se iguale.

Celia.

CELIA.

Á Aurelio, señora, hablé,
Y tu billete le dí.

JULIA.

¿Leyóle?

CELIA.

Sí.

JULIA.

¿Todo?

CELIA.

Sí;
Y de verle me espanté
Llorar con notable afeto,
Dando más suspiros juntos
Que tiene letras y puntos.
Fuése á su estudio en efeto,
Y al cabo de más de una hora,
Este pomillo me dió,
Para que le bebas.

JULIA.

¿Yo?

CELIA.

Tú, dijo.

JULIA.

¿Yo?

CELIA.

Sí, señora.

JULIA.

Pues escríbole que estoy
Determinada á matarme
Antes, Celia, que casarme;
Y asegúrole que voy
Derecha á un hierro ó cordel;
Conoce mi amor, y sabe
Que antes que el papel acabe,
Mi vida acaba con él;
Y ¡envíame confecciones!

CELIA.

Ya sabes que es el más sabio,
Sin hacer, señora, agravio
Á los antiguos varones
Que ha celebrado la fama

De cuantos su templo tiene.
. . . . (1)

JULIA.
Bien sé, Celia, que nos llama
Hijos á mí y á Roselo (2).
. . . .
. . . .
. . . .
Y él solo este caso nuestro
Desde su principio sabe.
Sé que es filósofo grave
Y en aguas y yerbas diestro;
Pero temo que no sea
Alguna cosa tan fuerte,
Que amor del Conde despierte,
Por el bien que me desea,
Y de Roselo me olvide.

CELIA.
Eso es desatino grave.
Vuestro casamiento sabe,
Y antes, el segundo impide.
Él sabe que estás casada
Y que no puedes casarte;
Y pues, para remediarte,
Esta confección le agrada,
Cierra los ojos y mira
En el peligro que estás.

JULIA.
Bien dices: ni ha de ser más
El mal cuando el cuerpo expira.
Y pues no puede crecer,
Tomo el agua. Celia, adiós.

CELIA.
¡Adiós! Luego ¿ya las dos
No nos habemos de ver?
Calla, que es para esforzarte
En tantas melancolías.

JULIA.
¡Ay! De las entrañas mías,
Celia, el alma se me parte.
¡Jesús! ¿Qué es lo que me has dado?

CELIA.
Señora, lo que me dió
Aurelio.

JULIA.
Pues pienso yo
Que habrá las aguas errado,
Y que ésta debió de ser
De algún vaso de veneno.

CELIA.
Y ¿bebiste?.....

JULIA.
El pomo lleno.
¡Triste! ¿Qué tengo de hacer?

CELIA.
¿Qué sientes?

JULIA.
Que me han rompido
Del cuerpo todas las venas,
Y que tengo aliento apenas,
Acabado y oprimido.
Siento sobre el corazón
¡Ay Jesús! un grave peso.
¡Celia!.....

CELIA.
Señora.....

JULIA.
¡Qué exceso
De rabia!

CELIA.
¡Extraña traición!
¡Nunca hubiera yo nacido
Para ser la mensajera
De tu muerte!

JULIA.
¡Á Dios pluguiera
Que antes le hubieras traído!
Yo muero..... Dile á Roselo,
Si le vieres.....

CELIA.
¡Ay de mí!

JULIA.
Dile que su esposa fuí;
Dile que le guarde el cielo;
Dile que muero por él,
Y por no ser de otro....., y di
Que no se olvide de mí.

CELIA.
¡Qué congoja tan cruel!
¡Qué color y qué sudor!

JULIA.
No puedo tenerme en pie.

CELIA.
¿Quiéreste acostar?

JULIA.
No sé.
¡Qué triste fin de mi amor!
Pero ya voy consolada
Con que mi Roselo vive.
Celia, mi muerte le escribe.

CELIA.
¿Qué dices?

JULIA.
No digo nada.
¡Ay, ay, ay de mí, que muero!

CELIA.
Ven á tu cama.

JULIA.
Ya voy.
¡Padre, de Roselo soy!

CELIA.
Calla.

JULIA.
Ni puedo, ni quiero.

Vanse.

(1) Falta un verso para la redondilla que acaba con el siguiente.
(2) Primer verso de una redondilla, de la cual no queda más.

Fernando, Rutilio y músicos.

FERNANDO.
Aquí podréis cantar.
RUTILIO.
Y vive enfrente
El mismo sol, que si saliera agora,
Fueran sus rejas las del mismo Oriente.
UN MÚSICO.
Un forastero en ellas enamora,
Y aun á fe que le miran tiernamente,
Y él dice en sus papeles que la adora.
FERNANDO.
¿Es de Verona?
MÚSICO.
Sí.
FERNANDO.
¿Quién es?
RUTILIO.
Roselo.
FERNANDO.
¿De tantas gracias le ha dotado el cielo?
RUTILIO.
Sí; pero es vida que ningún discreto
Fundara en ella.....
FERNANDO.
Basta, ya lo entiendo.
RUTILIO.
Yo sé que le persiguen de secreto
Los Castelvines.
FERNANDO.
Vana empresa emprendo.
RUTILIO.
Dió muerte á Otavio; vive tan sujeto,
Que de que compitáis con él me ofendo.
FERNANDO.
Canten algo los músicos.
RUTILIO.
Detente;
Que pasa gente.
FERNANDO.
Y forastera gente.

Roselo y Marín, sin ver á Fernando, Rutilio y los músicos.

MARÍN.
¿Cómo te va de amor?
ROSELO.
Soy principiante,
Y entra con sangre la primera letra:
Fuera de que no soy tan de diamante,
Que aquel agravio el alma me penetra.
MARÍN.
¡Que se casase Julia!
ROSELO.
No te espante;
Mas si del cielo un justo amor impetra,
Marín, venganza, yo la pido al cielo.
MARÍN.
Los cielos te la den.
RUTILIO.

Aparte á Fernando.

Éste es Roselo.
FERNANDO.
Si fuera Castelvín, no me parece
Que era mala ocasión.
RUTILIO.
Llega, Fernando,
Y sepamos qué busca.

MARÍN.

Aparte á su amo.

Aquí se ofrece
Gente, Roselo, que te está mirando.
ROSELO.
Caballeros, si puede y si merece
Pedir un forastero caminando
Que le digáis la plaza, eso pregunto.

MARÍN.

Aparte á su amo.

Bien has hecho, que viene el mundo junto.
FERNANDO.
La plaza, hidalgo forastero, queda
En el fin de esa calle que pasastes.
ROSELO.
Dadme licencia que buscarla pueda.
FERNANDO.
En buena hora: volved por donde entrastes.

Vanse Roselo y Marín.

RUTILIO.
Si éste es Roselo, del valor que hereda
Á su linaje, mal os informastes.
FERNANDO.
Como le siguen tantos, aunque es hombre,
No os espantéis que de morir se asombre.
MÚSICO.
¿Cantaremos?
RUTILIO.
No, Silvio, que allí suenan,
Ó me engaño, gentiles cuchilladas.
FERNANDO.
Las piedras rompen y la calle atruenan.
RUTILIO.
Vamos allá sacando las espadas.
MÚSICO.
Para estas ocasiones se condenan,
Rutilio, las guitarras más templadas.
RUTILIO.
Y es mal broquel, Mauricio, un instrumento.
MÚSICO.
Yo tengo por mejor un aposento.
Vanse.

Roselo y Marín, con las espadas desnudas; después, Silvia.

ROSELO.
Bien se fingió la cuestión.
MARÍN.
Y allá van á ver lo que es.

Asómase á un balcón Silvia.

SILVIA.
¡Ah, caballero!
ROSELO.
Después
Te diré, Marín, quién son.
SILVIA.
¡Ah, gentilhombre!
MARÍN.
Á ti
De aquel balcón te han llamado;
Que sólo el hombre he tomado,
Desde que gentil nací.
ROSELO.
¿Qué manda vuesa merced?
SILVIA.
¿Quién son los de la cuestión?
ROSELO.
Si calláis, diré quién son.
SILVIA.
Sí haré, si me hacéis merced.
ROSELO.
Sabed que somos los dos,
Y éstos los mismos aceros
Para que seis majaderos
Dejasen de hablar con vos.
Ellos van á ver lo que es,
Y nosotros nos volvimos
Donde hablaros merecimos.
SILVIA.
¿Quién es?
ROSELO.
Roselo Montés.
SILVIA.
Vos seáis muy bien venido;
Mas mirad que os atrevéis
Á mucho.
ROSELO.
Vos me debéis,
Señora, el ser atrevido.
SILVIA.
¿Qué hay de cosas en Ferrara?
ROSELO.
¡Ay! Que Julia se casó.
SILVIA.
¿Con suspiro?
ROSELO.
Nunca yo
Tuve en Julia fe tan rara.
Díjelo así por memoria
De mis enemigos fieros.
SILVIA.
Aquí me pesa de veros.
ROSELO.
No hay pena con tanta gloria.

Anselmo, retirado.

ANSELMO.
Aquí dicen que he de hallar (Para sí.)
Á Roselo en su posada.
MARÍN.
La gente, desengañada,
Vuelve á su puesto á cantar.
Retírate.
ROSELO.
Silvia bella,
Gente vuelve; no es razón
Que los habléis.
SILVIA.
El balcón
Cierro.

Quítase y cierra.

MARÍN.
¿Qué hablaste con ella?
ROSELO.
¡Qué sé yo! que estoy de suerte,
Que no doy paso, Marín,
Sin ser de mi vida fin
Y principio de mi muerte.
MARÍN.
Vámonos, si estás sin gusto.
ROSELO.
Así entretengo mi mal;
Pero como estoy mortal,
Todo me causa disgusto.
¡Ay, Julia! Amor me combate,
Aunque el agravio me ciegue.
MARÍN.
Un hombre se llega.
ROSELO.
Llegue,
Y ¡plegue á Dios que me mate!
MARÍN.
¿Quién va?
ANSELMO.
¿Quién lo pregunta?
MARÍN.
Si no tiene
Que hacer en esta calle, tome margen.
ANSELMO.
Seguros pueden en cualquiera parte
Hablar vuesas mercedes; que he llegado
De fuera en este punto y busco un hombre.
ROSELO.
Aquella voz parece que conozco.
¿De dónde sois, señor?
ANSELMO.
Soy de Verona,
Y aquí en Ferrara busco cierto hidalgo.
ROSELO.
Él es, no hay que dudar. ¡Anselmo mío!

ANSELMO.
¿Es Roselo?
ROSELO.
Yo soy.
ANSELMO.
Á buena suerte
Tengo el haberte hallado.
ROSELO.
¿Qué hay de nuevo?
ANSELMO.
Las cosas más extrañas y exquisitas
Que han sucedido eternamente.
ROSELO.
¡Cómo!
¿Casóse Julia ya?
ANSELMO.
No.
ROSELO.
Pues ¿qué cosas
Extrañas pueden ser, si no se casa?
ANSELMO.
Diré hasta el fin sin que te cause pena,
Y sabrás á qué vengo y lo que pasa.
ROSELO.
Comienza, Anselmo, y vamos poco á poco
Á la posada.
ANSELMO.
Escucha.
ROSELO.
¡Estoy muriendo!
Todo el sentido de tu voz suspendo.
ANSELMO.
Propuso á Julia, su hija,
El tratado casamiento
Antonio de Castelvín;
Pero ni el paterno imperio,
Ni los ruegos de su tío
Y regalos de sus deudos
Fueron parte á dar el sí.
Mas como el padre, soberbio,
Le hiciese fuerza y quedase
Hecho, Roselo, el concierto
Para la siguiente noche;
Cuando estaban previniendo
Libreas, vestidos, hachas,
Y la nobleza y el pueblo
Aguardando á ver al Paris,
Robador de tus deseos,
Julia, con mortales ansias,
Cayó difunta en el suelo.
ROSELO.
¿Qué dices?
ANSELMO.
Ya te previne
Que me aguardaras primero.
ROSELO.
¡Qué te tengo de aguardar
Si mi Julia es muerta, Anselmo!
ANSELMO.
Aguarda, que Julia vive.
ROSELO.
Si vive, vivo y espero.
ANSELMO.
Toda la noche lloraron
Con notable sentimiento
Padres, deudos y ciudad.
ROSELO.
Anselmo, amanece presto;
Que se me acaba la vida.
ANSELMO.
Amaneció; pero viendo
Que no hablaba ni tenía
Calor.....
ROSELO.
Anselmo, ¿qué es esto?
Para anochecer cansado,
Amaneciste muy necio.
Si aun no vive, no es de día.
ANSELMO.
El día pasó, y creyendo
Su muerte.....
ROSELO.
Si pasa el día,
Mira, Anselmo, que soy muerto.
ANSELMO.
Á las cinco de la tarde
Se previno el triste entierro.
ROSELO.
Si entierras, Anselmo, á Julia,
¿Qué aguardo, Anselmo, y espero?
ANSELMO.
No se ha visto en la ciudad
Tan notable enterramiento.
ROSELO.
¡Mas que nunca para verle
Ojos le dieran los cielos!
ANSELMO.
Iban llorando detrás
Niños, mancebos y viejos.
ROSELO.
¿Qué aguardo, que no me doy
La muerte, que ya deseo?
ANSELMO.
Espera.
ROSELO.
¿Qué he de esperar?
Ó estás loco, ó no te entiendo.
Después de enterrada Julia,
¿Dices que espere?
ANSELMO.
No pienso
Que tal historia se ha visto.
ROSELO.
Ni en mí mayor sufrimiento.
¿Pensarás tú que de oir
Que no se case me alegro,
Por ser muerte de ángel?
ANSELMO.
Oye.
ROSELO.
¿Qué hay más que oir?

ANSELMO.
Mucho.
ROSELO.
Temo
Que como sangría, á pausas,
Por mensajero discreto,
Me das, Anselmo, el dolor,
Para que no pierda el seso.
ANSELMO.
Yo, que estaba en mi posada.....
ROSELO.
¿Aún queda más?
ANSELMO.
¡Esto es bueno!
Lo que queda es lo que importa.
ROSELO.
Si queda, estaréme quedo.
ANSELMO.
Escucha, pues.
ROSELO.
Ya te escucho.
ANSELMO.
Envióme á llamar Aurelio,
Y díjome de esta suerte:
«Todo su triste suceso,
Anselmo, me escribió Julia,
Y al fin me dijo: «Yo entiendo
Que, cuando el papel acabes,
Acabaré, porque tengo
Hierro y cordel en las manos.»
Yo, viendo tan grave yerro,
Dí á Celia un pomo de agua,
Que es un notable veneno
Que dos días naturales
Infunde un helado sueño.
Llevóle, y tomóle Julia,
Pensando morir más presto.
Parte volando á Ferrara,
Y dile, Anselmo, á Roselo
Que queda Julia en su iglesia,
En la bóveda que han hecho
Sus pasados, en que está
De Otavio, su primo, el cuerpo.
Que venga y de allí la saque,
Donde con mucho secreto
Viva en Francia ó en España.»
ROSELO.
¡Anselmo, de oirlo tiemblo!
Si despertase entretanto,
Como es fuerza, pues sospecho
Que no podremos llegar,
Aun por los aires, á tiempo,
Y se hallase á obscuras Julia
Entre tantos cuerpos muertos,
¿No se morirá de espanto?
ANSELMO.
No hay que temer; caminemos;
Que Aurelio tendrá cuidado.
ROSELO.
Marín, ¿qué dices?
MARÍN.
Que el miedo
No me deja respirar.
ROSELO.
Si he nacido para ejemplo
De amadores desdichados,
¡Cielos! ¿en qué me detengo?
Julia, aguarda.
MARÍN.
Anselmo, espera.
ANSELMO.
¿Qué quieres?
MARÍN.
¿Hay muchos muertos
En esa bóveda?
ANSELMO.
Muchos.
MARÍN.
Pues á la puerta me quedo.

Vanse.

El conde Paris, con luto; el señor de Verona.

CONDE.
Por imposible tengo que en mi vida
Pueda alegrarme.
VERONA.
Conde, el que es discreto
Sabe que la fortuna está subida
Sobre un globo que baña el mar inquieto.
Con esto, de las ondas impelida,
Ya con alegre, ya con triste afeto,
Conduce nuestras vidas á la muerte,
Los males junta y los contentos vierte.
CONDE.
Crea Vuesa Excelencia que si fuera
Dueño de mil tesoros y del mundo,
Y por sus inconstancias lo perdiera,
Fuera en reir Demócrito segundo.
Mas para ver que un ángel, que me hiciera
Dichoso Paris, con dolor profundo
De toda esta ciudad, difunto quede,
Falta el valor, porque el dolor excede.
Y si fuera después de la alegría
Que da la boda á los recién casados,
Un año, un mes, una semana, un día,
Templara este consuelo mis cuidados.
Pero que al dar el sí, la mano fría,
Responda que la fuerza de sus hados
La lleva á los umbrales de la muerte,
¿Qué bronce habrá para sufrirlo fuerte?
VERONA.
Antes fué más ventura que de un año,
De un mes, de una semana ni de un día,
Porque el amor creciera y fuera el daño
Mayor.
CONDE.
Ya fuera tal la dicha mía.
No puede hacer á mi dolor engaño
Consuelo alguno, aunque el valor porfía.

Un criado.

CRIADO.

Antonio Castelvín á hablaros viene.

VERONA.

Tomad ejemplo del valor que tiene.

Sale Antonio.

ANTONIO.

No vengo á lamentarme de mi suerte,
Ni á enterneceros con mi justo llanto,
Ni á deciros el yerro de la muerte
En perdonar quien ha vivido tanto.
Dicen que amor y muerte, en tiempo fuerte
De invierno, caminaban: no me espanto
Que caminase amor con quien podía
Templar su ardor, que es en extremo fría.
Dicen que en una venta que pararon
Durmieron juntos, y que al despedirse,
Los arcos y las flechas se trocaron;
Que la luz comenzaba á descubrirse.
Con esto amor y muerte dispararon:
Los mozos comenzaron á morirse,
Y los viejos después á enamorarse,
Porque nunca pudieron destrocarse.
Esto se ve en mi casa, pues es muerta
Julia, mi hija, cuando á Otavio amaba;
Y yo, porque mi casa está desierta
De quien sus mayorazgos heredaba,
Ó porque así mi hermano lo concierta,
Pues en los dos la sucesión se acaba,
Con su hija y mi sobrina me es forzoso
Casarme en esta edad.

CONDE.

¡Cuento donoso! (Aparte.)

ANTONIO.

Yo, que pensaba descansar contento,
Casada Julia ¡ay, cielos! con el Conde,
Con Dorotea trato casamiento,
Y á Julia, como veis, la tierra esconde.
Este es el mundo; sabe Dios que siento
El ver que Dorotea corresponde
Al gusto de su padre, que ya toma
Cuidado de ir por la dispensa á Roma.

VERONA.

Si no hay otro remedio conveniente
Para las dos haciendas, será justo
Que os caséis, pues no halláis otro pariente
Que venga, como vos, Antonio, al justo.
Vuestra sobrina en vos tendrá presente
Á su padre, y hará también su gusto;
Pues muerto Otavio y Julia, á vuestra hacienda
No se le podrá dar tan igual prenda.

CONDE.

Lo mismo digo yo que Vuecelencia,
Y que os gocéis, Antonio, muchos años.
En vos está mejor que en mí la herencia.

ANTONIO.

No está; pero reparo ansí mis daños.
Vine á pediros á los dos licencia,
Y á daros de sucesos tan extraños
La cuenta que es razón.

VERONA.

Sois, en efeto,
Hombre de edad, de canas y respeto.....
Mal dije hombre de edad, respeto y canas;
Mas no está aquí vuestra querida esposa;
Que todo ha de encubrirse.....

ANTONIO.

Á las livianas,
Que no á quien es doncella virtuosa.

CONDE.

Á todas es razón.

VERONA.

Primas hermanas
Son la edad y la injuria.

CONDE.

Es cierta cosa.

ANTONIO.

Venid los dos á ver á Dorotea.

CONDE.

Con todo mi pesar, para bien sea.

Vanse.

Julia.

JULIA.

¿Adónde me ha traído
Mi desventura? ¿Cómo, si soy muerta,
Hablo y tengo sentido?
¿Adónde estoy, que sin ventana ó puerta,
En tinieblas obscuras,
Me niega el cielo ver sus lumbres puras?
Que soy muerta es sin duda.
Mas ¡ay de mí! ¿Cómo no estoy agora
De carne y voz desnuda?
¿Qué casa es ésta, y quién en ella mora?
Mas, tan obscura y fuerte,
Sin duda que es la estancia de la muerte.
Paréceme que toco
Cuerpos aquí y allí. ¡Cielos! ¿Qué es esto?
Vuestra piedad invoco.
Si acaso no soy muerta, ¿quién me ha puesto
Donde los muertos viven,
Y en sus heladas cuevas me reciben?
Y si, como me acuerdo,
Aurelio me mató con aquel pomo,
¿Cómo ¡cielos! no pierdo
Este cuerpo mortal que tengo? Y ¿cómo
Hablo y siento y me asombro
Todas las veces que la muerte nombro?
Allí una lumbre veo;
Miraré ya si en el infierno vivo,
Si he pasado el Leteo,
Y aquí la pena de mi amor recibo.
La luz se va acercando.
Si no soy muerta, moriré temblando.

Roselo, con una linterna; Marín; Julia, retirada de ellos.

MARÍN.

¿No me dejaras á mí,

Y fuera mayor cordura,
Á que la puerta guardara?

ROSELO.

Anselmo basta, que acuda
Á cualquier caso, Marín.
Entra, pues. ¿De qué te turbas?

MARÍN.

¿No fuera mejor, señor,
Que entrara acá dentro el cura
Con el hisopo y el agua?

ROSELO.

Sube esta grada.

MARÍN.

¿Que suba?

ROSELO.

Pues bien, ¿quién te ha de comer?

MARÍN.

¡Santo Dios! ¿Quién me rempuja?

Asustado Marín, se coge á su amo; caen los dos, y matan la luz.

ROSELO.

¡Maldito seas, amén,
Que habemos quedado á obscuras!

JULIA.

¡Virgen santa, socorredme! (Aparte.)
Que donde estoy es sin duda
Túmulo de mis mayores.

ROSELO.

¡Hablan!

MARÍN.

¿Oyes voz alguna?

JULIA.

Sin duda el pomo de Aurelio (Aparte.)
Era confección infusa
En algún sueño, y mi padre
¡Me ha enterrado en esta tumba!

ROSELO.

¡Otra vez vuelven á hablar!

MARÍN.

¡San Pablo! *Et ne nos inducas.....*

ROSELO.

Toma, Marín, esta vela,
Y en la capilla segunda
De la iglesia enciende presto.

MARÍN.

¿Qué dices?

ROSELO.

Esto que escuchas.

MARÍN.

¿Cómo he de poder ir solo?
¿No adviertes que me despulsa
El miedo?

ROSELO.

Acaba, cobarde.

MARÍN.

¡Otra vez! ¿Quién me rempuja?

ROSELO.

Quédate aquí, que yo iré.

MARÍN.

¿Aquí solo?

ROSELO.

¡Qué locura!
. . . . (1).

MARÍN.

Pues ¿qué purga de ruibarbo
Fuera más corriente purga?

JULIA.

Adonde la luz estaba (Aparte.)
Oigo una voz que murmura.....
Y aun parecen dos personas.
¿Si hablan después de difuntas?

ROSELO.

¿No sientes la voz agora?

MARÍN.

La sangre dicen que busca
El corazón; mas la mía
Ya pasa de la cintura.

ROSELO.

Paréceme que allí hablan.

MARÍN.

¿Piensas tú que no se juntan
Cuatro muertos habladores,
Que no hay diablo que los sufra?

ROSELO.

¿Cómo haremos?

MARÍN.

Yo ¿qué sé?

ROSELO.

¿Tientas pared?

MARÍN.

En la nuca
He topado cierto muerto.....
¡San Antón, San Blas, San Lucas!

ROSELO.

¿Qué hay?

MARÍN.

Topé con la barriga.
¡Gordo estaba! ¡Brava enjundia!
Aquí está una calavera.....
Pero parece de mula.
¡Jesús, Jesús! ¡Que me muerden!

ROSELO.

¿Qué es eso?

MARÍN.

Todo me ofusca.
El dedo metí, señor.....

ROSELO.

¿Cómo?

MARÍN.

Entre dos tablas juntas,
Y pensé que me mordían.

ROSELO.

¿Qué atientas?

MARÍN.

¿Quién me rempuja?

ROSELO.

¿Dónde pusieron á Otavio?

(1) Parece que faltan versos aquí.

MARÍN.
¿Eso me acuerdas? ¡Ayuda!
ROSELO.
¿Qué quieres?
MARÍN.
¡Misericordia,
Que no he tomado la bula!
Perdóname.
ROSELO.
¿Yo? ¿De qué?
MARÍN.
De que me comí las truchas
Que faltaron la otra tarde,
Y las peras en azúcar.
ROSELO.
Acaba, necio.
JULIA.
¡Ay de mí! (Aparte.)
Ya no hay adonde me encubra.
Ya se acercan, ya no hay
Más lugar adonde huya.
Hombres, ¿sois vivos ó muertos?

Caen juntos.

MARÍN.
¡Muerto soy!
ROSELO.
Mi muerte anuncian.
¿Diéronte con algo?
MARÍN.
Sí.
Si desta me escapo, nunca
Á bóvedas ni bobadas.
ROSELO.
¡Oh amor, con tu luz me alumbra! (Aparte.)
MARÍN.
Sin duda que aqueste muerto,
Como el abejón, se burla,
Que llama con la derecha
Y sacude con la zurda.
ROSELO.
Quiero animarme á llamar.
¡Ah, Julia! ¡Ah, mi bien! ¡Julia!
MARÍN.
¿Cosa que despierte Otavio
Con treinta muertos de runfla?
ROSELO.
¡Julia mía!
JULIA.
Aquella voz (Aparte.)
Parece que me asegura.
Pero ¿si es la voz de Otavio?
Mas quiero llamarle en duda.
¡Otavio!
MARÍN.
¿Á Otavio llamaron?
Agora nos descoyuntan.
ROSELO.
No soy Otavio.
JULIA.
Pues ¿quién?
ROSELO.
Roselo.
JULIA.
¡Roselo!
ROSELO.
¿Dudas?
JULIA.
Dame unas señas.
ROSELO.
Anselmo
Me dijo que la profunda
Ciencia de Aurelio hizo el agua
Que fingió la muerte tuya,
Y él mismo á llamar me envía,
Porque mientras se deslumbran
Con este engaño, te saque
De aquesta bóveda obscura.
JULIA.
¿Qué te dí yo aquella noche,
Para nuestra desventura
La primera?
ROSELO.
Unas reliquias.
JULIA.
¿Y tú á mí?
ROSELO.
Dos piedras juntas
En un maridaje de oro.
JULIA.
¿Y á la mañana?
ROSELO.
Una pluma
Que llevaba de diamantes.
JULIA.
Las señas son muy seguras.
Pero en el primer papel,
¿Qué te escribí?
MARÍN.
¿Más preguntas?
ROSELO.
«Al esposo de mi alma.»
MARÍN.
¡Oh, qué linda doña Nuña!
Diga si es viva ó si es muerta;
Que hay entre los muertos nutrias,
Que no son carne ni huesos.
ROSELO.
Déjame.
MARÍN.
¿Qué te apresuras?
JULIA.
Llega, esposo de mi alma.
ROSELO.
Tu voz en mi pecho infunda
La que me falta.
MARÍN.
Acabóse.
Aquí el dolor se resuma.
Pero mirad que parece
Muy tarde.

ROSELO.
Fuera locura
Decirte que tengo seso.
MARÍN.
Salid, porque no os descubra
La luz del alba al salir.
ROSELO.
¿Dónde iremos?
JULIA.
Si procuras
Que estemos más encubiertos,
Hasta que la suerte cumpla
Sus términos en nosotros,
Si aquellas venganzas duran,
En la hacienda de mi padre
Nos librarán de su injuria
Dos hábitos de villanos.
ROSELO.
¡Ay! Temo que tu hermosura
Descubra nuestro concierto.
JULIA.
¿Cómo, si muerta me juzgan?
ROSELO.
Bien dices: sal por aquí.
MARÍN.
Aguardad.
ROSELO.
¿Qué quieres?
MARÍN.
Nunca
Soy amigo de ir detrás.
ROSELO.
Ayúdenos la fortuna.

Vanse.

Belardo y Loreto.

LORETO.
Digo que vienen acá,
Y que ya partir los vi.
BELARDO.
¡Tantos señores aquí!
El cortijo es corte ya.
LORETO.
Vos, con vuestra siega y poda,
Y libros de cultivar,
No habéis querido escuchar,
Belardo, la nueva boda.
BELARDO.
Hijo, ya no es para mí
Otro cuidado ni fiesta.
Pero di: ¿qué boda es ésta,
Si antiyer entierros vi?
LORETO.
De esos entierros nació,
Á la fe, padre, esta boda.
BELARDO.
¿Cómo, si la ciudad toda
Esta desgracia lloró?
LORETO.
Antonio, mueso señor,
Quedó sin Julia.
BELARDO.
Es verdad.
LORETO.
Su hermano, con cantidad
De hacienda, y de igual valor.....
BELARDO.
También.
LORETO.
Tiene á Dorotea;
Y á ésta quiere hacer mujer
De su tío, para hacer
Que uno el mayorazgo sea,
Y de su casa no salga;
Y á aquesto vienen acá.
BELARDO.
La razón entiendo ya,
Y es buena, así Dios me valga,
Como Julia no apetezca
Después algún mozo rubio,
Y se lleve algún diluvio
La hacienda, y todo perezca.
LORETO.
¡Pardiez, padre, mejor fuera
Que con ella me casara!
BELARDO.
¿Tú?
LORETO.
Pues ¿quién?
BELARDO.
¡Bien la empleara!
LORETO.
Y ¿es mejor que á un hombre quiera
Que tiene dos treinta y nueves,
Sin poderse descartar?
BELARDO.
Llama á Tamar.
LORETO.
¡Ah, Tamar!

Tamar.

TAMAR.
Que soy sorda pensar debes.
LORETO.
Señor me mandó llamarte.
TAMAR.
No te mandó darme voces.
LORETO.
Por no verte tirar coces,
Muero, Tamar, por casarte.
TAMAR.
¿Tú me has de casar á mí?
LORETO.
Yo te tengo por mujer,
Que no me habrás menester.
TAMAR.
¿Llamábasme, padre?
BELARDO.
Sí.
Límpiese toda esa casa;

Que viene el mundo á la huerta.

TAMAR.

¿Quién, padre, si es Julia muerta?

BELARDO.

Tamar, su padre se casa
Con la hija de su hermano.

TAMAR.

Pues ¿á qué vienen acá?

BELARDO.

Mientras á pedir se va
Al Pontífice romano
Licencia y dispensación,
Querrán que no esté en Verona.

TAMAR.

Todo la sangre lo abona;
No ha sido mala invención.
Mas yo sola no podré
Acudir á tantas cosas.

BELARDO.

Dos mozas, las más curiosas
Destas haciendas, traeré,
Que te ayuden.

TAMAR.

Eso sí.

BELARDO.

Vamos, Loreto, á buscallas.
Á aquesto bien vas, y callas.

LORETO.

Tierno soy; de vos nací.

BELARDO.

¿Fuí yo muy tierno?

LORETO.

En verdad
Que corazón tan movido
No se ha visto ni se ha oído.

BELARDO.

Viví conforme á mi edad.

Vanse Belardo y Loreto.

TAMAR.

Todo el mundo se casa, y todo el mundo
Anda al revés: los mozos á la tierra,
Y los viejos al tálamo. No envidio
La boda de la hermosa Dorotea;
Que más tengo en tener buena esperanza,
Que quien ruin posesión tiene y alcanza.

Anselmo, Roselo, Julia y Marín, de villanos, con sombreros y hoces de segadores.

ANSELMO.

Paz sea en esta casa.

ROSELO.

Dios la guarde
Á la señora della.

MARÍN.

Dios prospere
El pan y el vino, amén.

JULIA.

Dios la dé un novio,
Señora, si está en cierne de casada,
Que se le envidien las que ya lo fueren,
Y las que no, de pura rabia lloren.

TAMAR.

El cielo, buena gente, los bendiga.
¿Son desta tierra?

ROSELO.

Somos de Ferrara.

TAMAR.

Quitaos, por vida mía, labradora,
El velo del rebozo y del sombrero.

JULIA.

No puedo agora; que la noche toda
He caminado, y vengo descompuesta:
En tocándome, estoy para serviros.

TAMAR.

Y ¿de cuál de los tres es la señora?

MARÍN.

Mía.

TAMAR.

¡Pardiez, que vos podéis ser bella,
Pero que ya tenéis bellaco gusto!
¿Esto escogistes, donde están dos mozos
Cual los que veis?

JULIA.

Y vos, ¿cuál escogiérades?

TAMAR.

Al mayor, por el talle y por el brío.

ROSELO.

¿Á mí? ¿No era mejor mi compañero?

JULIA.

Aunque esto burla es, de celos muero. (Aparte.)

TAMAR.

Perdone Dios á Julia, mi señora,
Que tanto cuanto semejáis su cara.
Mas ¿qué es lo que buscáis?

ANSELMO.

Labor buscamos.

TAMAR.

Mi padre no está aquí; que él y mi hermano
Van á buscar dos mozas que me ayuden;
Que vienen á esta hacienda sus señores.

JULIA.

¿Sus señores acá?

TAMAR.

Como se ha muerto
Julia, la hija de mi amo, quiere
Su hermano que se case con su hija;
Y en tanto que les da licencia el Papa,
No quiere el viejo que en Verona viva,
Porque no se le antoje algún mancebo.

ROSELO.

¿Oyes aquesto? (Aparte á Julia.)

JULIA.

¡Ay triste! (Aparte.)

ANSELMO.

Si se casa (Ap. á Julia.)
Tu padre, vuestra hacienda se destruye;
Y yo quedo también sin Dorotea,
Que desde el día del sarao la sirvo.

JULIA.

Mejor lo haga el cielo. (Ap. á Anselmo.) Pues, [hermosa,
Ya que habemos venido á tan buen tiempo,
Yo la quiero ayudar, y estos zagales
La mano probarán por esas mieses.

TAMAR.

Pues alto: vos subid á este aposento,
Y ellos prueben la mano.

JULIA.

Adiós, señores

ROSELO.

A Julia.

Adiós, Marcela.

ANSELMO.

Adiós.

MARÍN.

¡Extraño cuento! (Ap.)
¿Qué fin han de tener vuestros amores?

Vanse Julia, Roselo, Anselmo y Marín.

Antonio y Lucio.

ANTONIO.

Que lleguen tarde á nuestra hacienda siento.

LUCIO.

Y ¿no es mejor, si están los labradores
Descuidados, señor, de tu venida?

ANTONIO.

¡Tamar!

TAMAR

¡Señor Antonio de mi vida!

ANTONIO.

¿Sabe tu padre que á esta casa vengo?

TAMAR.

Sabe tu casamiento y lo desea;
Sólo tiene el cuidado que yo tengo,
De que tan presto como dicen sea.

ANTONIO.

Lo que me puede suceder prevengo.
Soy viejo, y es muchacha Dorotea;
Que si un año las bodas dilatara,
Nuestra esperanza y sucesión burlara.
Bien quisiera avisaros; no he podido,
Que luego al punto me mandó mi hermano
Sacar á Dorotea.

TAMAR.

Justo ha sido;
Que no es lícito el trato cortesano
Á quien ha de esperar viejo marido;
Que al bozo rubio siempre envidia el cano.

ANTONIO.

¿Soy muy viejo, Tamar?

TAMAR.

No eres muy viejo.
¿Nunca tus canas te mostró tu espejo?

ANTONIO.

Vete á hacer tus haciendas.

TAMAR.

En tratando (Ap.)
De los años á un viejo, pierde el seso.

Vase.

ANTONIO.

Vé, Lucio, á ver si vienen.

LUCIO.

Voy volando.

Vase.

ANTONIO.

Bien sé que en esta edad ha sido exceso;
Pero voy el remedio procurando
De nuestra sucesión, y no es suceso
En el mundo tan nuevo; que esta culpa
En mil ejemplos hallará disculpa.
Bajando va la fría obscura noche
Por las gradas de sierras enlutadas
En su medroso coche; y nuestro coche
No llega á estas paredes enramadas.
Pues no es razón que Dorotea trasnoche.
Estas palabras son enamoradas.
No hay cana edad que tanto enmudezca (1).
. . . .

Ruido en alto.

¡Válgame el cielo! ¿Qué rüido es éste?
Pues no son truenos del airado cielo.
Parece que la máquina celeste,
Rota de sus dos quicios, viene al suelo.
Valor mi sangre en tanta edad me preste.
¡Qué triste voy! Todo me eriza el pelo.

Julia, arriba, dentro de la casa.

JULIA.

¡Padre!

ANTONIO.

La voz conozco. ¡Muerto quedo!

JULIA.

¡Padre!

ANTONIO.

Esta es Julia, ó me la forma el miedo.

JULIA.

Oye, ingrato padre mío,
Si acaso sentido tienes,
Estas últimas palabras,
Aunque después de mi muerte.

ANTONIO.

¡Hija! ¿Eres tú?

---

(1) Verso nada fluido, después del cual falta uno que consuene con él: quizá contenga algún yerro de copia.

JULIA.

¿No conoces
Mi voz? Pero bien parece
Que hasta mi voz olvidaste.

ANTONIO.

Hija, ¿adónde estás? ¿Qué quieres?

JULIA.

Padre, pues del otro mundo
Vengo á hablarte, escucha, atiende.

ANTONIO.

Hija, aunque tu voz conozco,
El no verte me entristece.

JULIA.

¿Quieres que salga, en la forma
Que estoy, y á ti me presente?

ANTONIO.

No, hija; que no me siento
Con fuerzas. Háblame y vete.

JULIA.

Yo me maté por tu causa.

ANTONIO.

¿Por mi causa?

JULIA.

Claramente.
Tú me casabas por fuerza.

ANTONIO.

Mi intento fué bueno.

JULIA.

Advierte
Que el Conde me merecía;
Mas no quiso amor que fuese
Mi esposo, porque ya estaba
Casada.

ANTONIO.

Culparte debes
Á ti misma en no decirme
Lo que tan tarde me ofreces.
Dijérasme: «Padre mío,
Yo soy mujer flaca y débil;
Caséme contra tu gusto;
Yerros de amor oro tienen.»
Perdonárate yo entonces;
Que no es posible eligieses
Hombre tan vil, siendo cuerda,
Y en virtud é ingenio un fénix.

JULIA.

Cualquier hombre te dijera,
Por vil y bajo que fuese,
Y no pude el que me dió
Para marido mi suerte.
Casóme Aurelio con él;
Que hasta tanto que tuviese
La bendición de la Iglesia
No fué posible moverme.
Dos meses fué mi marido.

ANTONIO.

¿Que no se supo en dos meses?

JULIA.

No, padre, porque el peligro.....
No hay cosa que más enfrene.
Pues como me vi casada,
Y que casarme pretendes,
Dime la muerte, y estoy
Adonde imaginar puedes.
Pues te casas, padre mío,
Yo te doy mil parabienes;
Que no es mi intención agora
Que tu casamiento dejes;
Sólo te pido que me honres,
Y que en paz y amistad quedes
Con el que fué mi marido,
Y que su muerte no intentes;
Que si lo haces, te juro
Que los días que vivieres,
Con el fuego que me abrasa
Cada noche te atormente.

ANTONIO.

Pues dime, ¿quién es el hombre?

JULIA.

El que á Otavio dió la muerte;
El hijo del que sustenta
Tus enemigos Monteses:
Roselo, padre, se llama.

ANTONIO.

Oye, hija, escucha..... ¡Fuése!
¡Roselo! ¿Quién tal pensara?
El nombre solo me ofende.
Mas yo te doy la palabra
De respetarle y tenerle
(Por haber sido tu esposo)
Por hijo mientras viviere.

Teobaldo, Dorotea, el conde Paris, Belardo; soldados, con alabardas; Anselmo, Roselo y Marín, atados.

TEOBALDO.

Pasad adelante, infames.

ANTONIO.

¿Qué es esto?

TEOBALDO.

Tu buena suerte.
Alégrate, que ya el cielo
En tu favor amanece.

ANTONIO.

¿Qué gente es aquésta, hermano?

CONDE.

¿No conoces esta gente?
Roselo es éste.

ANTONIO.

¿Roselo?

TEOBALDO.

Roselo Montés es éste,
Que, en el hábito que miras,
El cielo quiso que fuese
De mi gente conocido.
No le he muerto por hacerte
Deste y de sus dos amigos,
Como á yerno, igual presente.
Belardo, que viene aquí,
Con sólo no conocerle,
De tenerle se disculpa
En tu hacienda.

BELARDO.
Bien entiendes
Que si yo le conociera,
Te excusara de ponerte
En ocasión de matarle.
TEOBALDO.
Si ofender al cielo temes,
Mira, hermano, de qué modo
Pretendes que le atormenten.
¿Quieres que á un árbol le liguen?
¿Quieres que todos le flechen?
¿Quieres que le tiren balas?
Habla, pues. ¿Qué te suspendes?
ANTONIO.
Paris, Teobaldo, y vosotros,
Todos los que estáis presentes,
Oid.
TEOBALDO.
¿Qué muerte?.....
ANTONIO.
Ninguna;
Que Roselo vivir tiene.
Mi hija, amigos, mi hija,
Adonde estáis me aparece,
Y me dice que Roselo
Era su esposo.
TEOBALDO.
Detente.
ANTONIO.
No hay que detener, Teobaldo.
Por no sufrir que la fuerce
Al casamiento del Conde,
Con ponzoña se dió muerte.
Dice que ha de atormentarme,
Si más su enemigo fuere,
Con el fuego que la quema.
TEOBALDO.
Sospecho que te arrepientes,
Y que esas quimeras finges.
ANTONIO.
Hermano, si no lo crees,
Esta noche, y aun agora,
Podrá ser que venga á verte.
TEOBALDO.
No, no, Antonio; estése allá;
Yo lo creo.
ANTONIO.
Pues advierte
Que Roselo fué mi hijo,
Y que serlo tuyo tiene.
Hoy le has de dar á tu hija.
Yo no la quiero, ni verme
En más desdichas.
TEOBALDO.
¡Mi hija!
ANTONIO.
Tu hija, para que quede
Hoy nuestra paz confirmada.
CONDE.
Cuando los cielos conceden
Que las paces destos bandos
Desta suerte se comiencen,
No hay que replicar, Teobaldo.
Á Roselo le promete
Tu hija.
TEOBALDO.
Si nuestras paces
Así el çielo ordena y quiere,
Yo se la doy.

Julia.

JULÍA.
Eso no.
¡Oh, traidor! ¿Con dos mujeres?
DOROTEA.
¿Es ésta Julia?
TEOBALDO.
Ella es.
JULIA.
Nadie huya.
CONDE.
Julia, tente.
JULIA.
Padre, mira que estoy viva.
Vuelve, tío; padre, vuelve.
TEOBALDO.
¿Qué nos quieres, Julia? Di.
CONDE.
Dime, esposa, ¿qué nos quieres?
JULIA.
No soy tuya, conde Paris;
De Roselo soy.
CONDE.
No pienses
Que quiero ni verte yo.
JULIA.
Viva estoy.
ANTONIO.
Si viva eres
En sola el alma, ¿qué intentas?
¿Quieres que otra vez te entierren?
JULIA.
Viva estoy; que aquel morirme
Fué por un veneno fuerte.....
Roselo me trujo aquí.
Habla, esposo, que ya puedes.
ROSELO.
Yo la saqué del sepulcro,
Y así es mi mujer dos veces.
CONDE.
Y yo digo que otras tantas
De derecho se le debe.
ANTONIO.
Dale la mano, y á mí
Los brazos.
JULIA.
Padre, detente,
Porque primero á mi prima
Cases con quien la merece.
TEOBALDO.
¿Quién es?

JULIA.

Anselmo.

ANSELMO.

Yo soy.
Mis partes sabréis en breve.

ANTONIO.

No es tiempo: dale las manos.

MARÍN.

Y á mí, ¿no hay quien me consuele?
¿No hay quien me pague el sacar
Esta muerta?

JULIA.

Razón tiene.
Celia es suya y mil ducados.

ROSELO.

Senado, pues ya se entiende
Lo demás, aquí dan fin
Castelvines y Monteses.



LA QUINTA DE FLORENCIA

COMEDIA FAMOSA

DE

LA QUINTA DE FLORENCIA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

ALEJANDRO, *Duque de Florencia.*
CARLOS. } *Caballeros.*
OTAVIO. }
CÉSAR, *secretario.*
CELIO, *caballero.*
UNA MUJER.
HORACIO.
CURCIO.
LUCINDO, *molinero viejo.*
LAURA, *su hija.*
BELARDO. } *Molineros.*
ROSELO. }
DORISTO, *molinero.*
TEODORO, *casero de la Quinta.*
DANTEA, *labradora.*
ANTONIA, *dama.*
UN PAJE.

JORNADA PRIMERA.

Salen el Duque de Florencia, Alejandro; Carlos, caballero; Otavio, caballero y César, secretario, de noche.

ALEJANDRO.
¡Hermosa ciudad Florencia!
CARLOS.
Después que eres su señor,
Tiene Florencia valor,
Y hace á Roma competencia.
ALEJANDRO.
Como de día no puedo
Velar por mi autoridad,
Ó porque á la gravedad
De mis cosas tengo miedo,
De noche, con mejor modo,
Veo cosas que ha de ver
Un príncipe que ha de ser
Un Argos, que vele en todo;
Que éstas, por ser tan pequeñas,
No llegan á mis oídos.
OTAVIO.
Con hechos esclarecidos,
Al común gobierno enseñas:
República venturosa
La que tal entendimiento
Ha puesto en orden.
ALEJANDRO.
Mi intento
No aspira á historia famosa,
Sino sólo á engrandecer
La patria.
CARLOS.
Gente atraviesa
Á alguna amorosa empresa;
Un hombre y una mujer.

Entra Celio y una mujer con manto.

CELIO.
No está lejos mi posada,
Y con buena colación,
Con un corte de jubón
Volveréis menos airada:
Echad por aquesta esquina.

MUJER.
Tengo una madre tan vieja,
Que me riñe y aconseja
Bien diferente dotrina;
Pero ¿qué se puede hacer?
Ya, señor, topé con vos.
OTAVIO.
Celio es el hombre, ¡por Dios!
ALEJANDRO.
¿No conocéis la mujer?
OTAVIO.
Veamos por su arrogancia
En qué princesa tropieza;
Basta saber la flaqueza,
No sepáis la circunstancia.
CELIO.
No querría que saliese
El Duque: echad por aquí.
MUJER.
Pues ¿sale de noche?
CELIO.
Sí.
Pesaríame que os viese.

Vanse los dos.

OTAVIO.
Ya lleva Celio esta noche
Con quien podella pasar.
CARLOS.
Mañana me ha de contar
Que es dama de estrado y coche.
¿Cuántas hay que las encuentran
En medio de aquesa calle,
Y que, con bueno ó mal talle,
Á tiento en sus manos entran?
Y dejándole la cama
Como hospital, tales son,
Que luego, en conversación,
Dicen: «¡Ah, qué buena dama
Aquesta noche gocé!
¡Qué manos, qué olor, qué pechos!»,
Dejándonos satisfechos
De que Elena ó Porcia fué.
Y todo el día se están
Rascando, y lo he visto yo,
Las reliquias que dejó
En la camisa al galán (1).
ALEJANDRO.
Según eso, á la mañana
Querrá Celio razonar.
CARLOS.
Dos hombres veo pasar
Mirando aquella ventana.

Salen Horacio y Curcio, vestidos de noche.

HORACIO.
Si no os importa, señor,
Mucho estar en este puesto,

(1) *Al galán* (Parte 2.ª, edición de Madrid, 1610).

Dejadle os ruego, y sea presto;
Que es interés de mi honor.
CURCIO.
Lo mismo quise ¡por Dios!
Pediros.
HORACIO.
Pues fuí primero,
Haced luego, caballero,
Lo que yo hiciera por vos,
Ó habráse de remitir
Á las armas.
CURCIO.
No es posible;
Yo estoy bien.
HORACIO.
Pues ni imposible
Será dejar de reñir.

Meten mano.

ALEJANDRO.
Allí riñen; mete paz.
OTAVIO.
¡Paso, ténganse!
HORACIO.
Si acaso
No llegaran.....
CURCIO.
¡Paso, paso;
Que estáis ya muy pertinaz!
ALEJANDRO.
Si aquesto el Duque supiera,
Bien sabéis que se enojara.
HORACIO.
Pues si el Duque nos mirara,
¿Cuál hombre un hora viviera?
ALEJANDRO.
Pues haced cuenta que os mira,
Y andad con Dios.
HORACIO.
¡Qué prudencia!
CURCIO.
¿Si es el Duque?
HORACIO.
En la presencia
Le parece.
CURCIO.
Al mundo admira.

Vanse Horacio y Curcio.

CARLOS.
Música viene, señor:
La música es don del cielo,
De los trabajos consuelo,
Y estafeta del honor (1)
Es para el entendimiento
Aire regalado y manso,
Es de las penas descanso,

(1) Parece que ha de ser *del amor*.

Y de la tristeza aumento.
  La misma gloria en que está,
El mismo gusto que encierra,
No tiene cosa en la tierra
Que más parezca de allá.

Salen dos músicos cantando.

MÚSICOS.

  El valeroso Alejandro
De Médicis, que al de Grecia
Quitó la gloria en la paz
Y la ventura en la guerra,
Con el estandarte santo
Del que la nave gobierna,
Del gran Vicario de Cristo,
Y las armas de la Iglesia,
Fué en Florencia el primer Duque,
Y á no ser sola Florencia
Mayor conquista en el mundo,
Segundo Alejandro fuera;
Que la espada y la ciencia
Le dió Apolo en la paz,
Marte en la guerra.

ALEJANDRO.

  ¡Notablemente han cantado!
La letra me ha satisfecho;
No porque nunca en mi pecho
Lisonjas hayan entrado,
  Mas porque está bien escrita.

CARLOS.

No ha pintado mal tu historia
El poeta.

ALEJANDRO.

Con mayor gloria
Su voz me anima é incita.

OTAVIO.

  Lo mismo Alejandro hacía,
Que en cualquier combate fiero,
Ó leía un rato á Homero,
Ó alguna música oía.

ALEJANDRO.

  Dadles esos cien escudos
En esa bolsa.

OTAVIO.

¿Qué digo,
Señores?

MÚSICO 1.°

¿Quién es?

OTAVIO.

Amigo,
Como á las veces los mudos
  Alcanzan de los señores
Más que los que voces dan,
En este bolsico van
Cien escudos.

MÚSICO 2.°

Que tú ignores
  Que somos hombres, me espanto,
Que tenemos de creer
Que eso pueda merecer
La humildad de nuestro canto.

OTAVIO.

  Aquéstos el Duque os da.

MÚSICO 1.°

¿El Duque?

OTAVIO.

Sí.

MÚSICO 1.°

Dios le guarde.

OTAVIO.

Acudid allá á la tarde.

MÚSICO 1.°

¡Qué Alejandro!

MÚSICO 2.°

Así lo es ya.

Vanse los músicos.

ALEJANDRO.

  ¿Sabéis en qué he reparado? (1)
En que aquesto ha sucedido,
Y habemos visto y oído,
César palabra no ha hablado.
  Ni se rió viendo al loco
De Celio con la mujer,
Ni al reñir quiso poner
Mano á la espada tampoco.
  Y agora que oyó cantar,
No alzó la vista ofendida:
César, habla, ¡por tu vida!
César, no dejes de hablar.
  ¿Qué tienes, César amigo?
¿Hay, por ventura, quien tenga
Tus partes, y agora venga
Á privar tanto conmigo?
  ¿De qué nace la tristeza?
Tu amigo soy.

CÉSAR.

Gran señor,
Yo pienso que este rigor
Es propia naturaleza.
  Tres suertes hay deste mal:
Ocio, tristeza y la mía,
Que es una melancolía
Y una enfermedad mortal.
  Es el ocio suspensión
En que está el mismo sentido,
Sin moverse detenido,
Ni tener humana acción.
  Es la tristeza tener
Por qué estar triste, que un hombre
Sabe de su mal el nombre,
Y viénese á entristecer.
  La fiera melancolía
Es estar triste sin causa;
Digo, sin la que se causa
De sangre, como la mía.
  Doy palabra á Vuestra Alteza,
Que no sé más ocasión.

ALEJANDRO.

Causa tus estudios son,

(1) *En qué he parado.*

César, de tu gran tristeza;
No escribas más: dale á Atilio
Mis papeles, tu virtud
Estima, y á tu salud
Quiero que se ponga auxilio.
Yo pensé que te alegrara
La casa que fabricaste
Junto á Florencia.

CÉSAR.

Y pensaste
Bien. ¡Oh, nunca la labrara!

ALEJANDRO.

¿Qué dices?

CÉSAR.

Que si no fuera
Por ella, me hubiera muerto;
Tanto me alegra el desierto,
Tanto la corte me altera.

ALEJANDRO.

Pues si estás mejor allá,
Vete por algunos días.

CÉSAR.

No pensé que me darías
Licencia.

ALEJANDRO.

Ésa tienes ya.

CÉSAR.

Beso los pies á tu Alteza.

OTAVIO.

¿Si está enamorado?

CARLOS.

No,
Pues que licencia pidió
Para aumentar su tristeza.

ALEJANDRO.

¿Qué tratáis?

CARLOS.

Pensaba Otavio
Que César amor tenía,
Porque no hay melancolía
De más rigor que su agravio.

ALEJANDRO.

No, porque si lo estuviera,
No gustara de salir
De Florencia, ni vivir
Donde á su dama no viera.
Quédate, Otavio, con él,
Yo fingiré que me voy,
Y sabe lo que es.

OTAVIO.

Yo soy
Su amigo, y el más fïel,
Y pienso que me dirá
La ocasión, si alguna tiene.

ALEJANDRO.

Carlos.....

CARLOS.

Señor.....

ALEJANDRO.

No conviene
Que nos detengamos ya;
Que aguardará quien sabéis.

CARLOS.

Vamos, señor.

CÉSAR.

Y nosotros,
¿No iremos?

ALEJANDRO.

Quedaos vosotros,
Ó entreteneros podéis;
Que este negocio es secreto.

Vanse Alejandro y Carlos.

OTAVIO.

¿Por qué piensas que se ha ido
El Duque?

CÉSAR.

Está desabrido
Conmigo.

OTAVIO.

No, que es discreto.

CÉSAR.

Pues ¿por qué?

OTAVIO.

Porque supiese
Por qué causa triste estás.

CÉSAR.

¡No me faltaba á mí más
De que el Duque lo entendiese!

OTAVIO.

Luego ¿no sabré lo que es?

CÉSAR.

Debajo de juramento
De callar mi pensamiento,
Ó que palabra me des
De caballero y amigo.

OTAVIO.

Yo la doy, y cuanto puedo
Juro; habla, pierde el miedo
Y declárate conmigo.

CÉSAR.

Otavio, yo estoy enfermo.

OTAVIO.

¿De qué mal?

CÉSAR.

No sé qué mal;
Basta saber que él es tal,
Que ya no como ni duermo.

OTAVIO.

¿Es accidente ó dolor?

CÉSAR.

Todo lo debe de ser.

OTAVIO.

Mal dormir, y peor comer,
Suele proceder de amor;
Estarás enamorado,
Que esto nace de su impulso.
. . . . (1)

CÉSAR.

Al corazón me has tocado.

(1) Falta un verso.

OTAVIO.
Pues ¿de quién, cómo, ó adónde,
Que de Florencia te vas?
¿Trátante mal?
CÉSAR.
Tú sabrás,
Que un gran mal mi bien esconde.
OTAVIO.
¡Válgame Dios, que me has hecho
Pensar cosas que me ofenden!
CÉSAR.
No creas tú que se entienden
Los secretos de mi pecho.
OTAVIO.
Duda pongo en tu lealtad:
Algo quieres imposible.
CÉSAR.
Antes en ser tan posible
Está la dificultad.
OTAVIO.
¡Volverme has loco!
CÉSAR.
No quiero
Sino que sepas mi daño.
OTAVIO.
Habla.
CÉSAR.
Oye el desengaño.
OTAVIO.
Escucho.
CÉSAR.
Espera.
OTAVIO.
Ya espero.
CÉSAR.
Labré una hermosa quinta
Una legua de Florencia,
Otavio, á orilla de un río
Que sus campos hermosea.
Puse en ella dos jardines
Que á Babilonia pudieran
Dar envidia en artificio,
Árboles y flores bellas.
Puse cuatro hermosas fuentes
Con mil copas de Amaltea,
De pórfido y de alabastro,
Y de varios jaspes hechas,
Por cuyos dorados caños
Vertía un arca secreta
Mil pedazos de cristal
Y muchas perlas deshechas.
Puse famosas pinturas
De aquel artífice en ellas,
Que en el pincel y en el nombre
Es un ángel en la tierra.
Allí mil ninfas desnudas
Daban, con sus carnes bellas,
Imaginaciones locas
Entre soledades necias.
Miraba á Venus y Adonis
Una tarde en una siesta,
Él con un bozo dorado,
Y ella con doradas trenzas.
Allí en el suelo el venablo,
Con las borlas de oro y seda,
Y los perros, de calor,
Sacando al aire las lenguas.
Cupidillo, que jugaba
Con un carcaje de flechas
(Yo pienso que, aunque pintado,
Es discreción que se tema),
Dióme deseo de amar
Una mujer como aquélla
Si la hallase hoy en el mundo,
Quiero decir, en Florencia.
Vine á la ciudad, Otavio,
Miré en calles y en iglesias
Algunas castas matronas,
Algunas nobles doncellas,
Mas ninguna parecía
Que era semejante á aquélla.
¿Quién vió un hombre enamorado
De imaginación tan necia?
Viendo, pues, que no podía
Hablarla ni estar sin ella,
Volvíme triste á mi quinta
Á contemplar su belleza.
Mil veces con celos quise,
Aunque el lienzo se perdiera,
Cortar el Adonis todo:
¡Mirad si amor tiene fuerza!
Otras veces, en su rostro
Retratar el mío quisiera,
Porque, pintura á pintura,
Gozara lo que pudiera.
Al fin, más triste que nunca,
Me salí al campo una siesta,
Por la margen de un arroyo
Y el toldo de una alameda.
Los ánades que en él vía,
Iba apartando con piedras;
Que enamorado del aire,
El aire me daba ofensa.
Llegué á una fuente nativa
Que entre dos pintadas peñas
Formaba aquel manso arroyo,
Bullendo el agua en la arena,
Y vi..... ¿Reiráste si digo
Lo que vi?
OTAVIO.
Como no sea
Que te hayas enamorado
De algún ave, ó si no bestia,
Di, César, lo que quisieres;
Que allá de Xerxes se cuenta
Que se enamoró de un árbol.
CÉSAR.
Árbol fué, mas en dureza.
Estaba una labradora
De rodillas en la tierra,
Dando con un paño golpes
En una nevada piedra.

Los blancos brazos desnudos,
Porque una camisa nueva,
Con unos puños labrados
De hilo de oro y seda negra,
De los hombros le pendía,
Donde llegaban las hebras
Del cabello, que cubría
La frente rizada y crespa.

OTAVIO.

Acaba ya de decir,
César, sin tantas quimeras,
Que era una fregona pobre
Ó una humilde lavandera;
Que más quisiera mil veces
Que dijeras que una cierva,
Un galápago, una araña
Te enamoró con sus piernas,
Que no una mujer tan vil.

CÉSAR.

¡Oh, cuánto los hombres yerran!
¡Qué cosas maravillosas
Á los ignorantes cuentan!
¿No pudo hacer Dios, Otavio,
En una mujer como ésta
Un milagro de hermosura?

OTAVIO.

No digo yo que no pueda,
Pero vense pocas veces
La hermosura y la bajeza.

CÉSAR.

Esas son constelaciones
É influjos de las estrellas.
Ésta tuvo en su favor
Los benévolos planetas:
Nació hermosa y es hermosa,
Ya cuantos nacieron sepan.

OTAVIO.

Di adelante.

CÉSAR.

Al fin alzó
Los ojos, á ver quién era
La que en el agua hacía sombra.
Vi el rostro.

OTAVIO.

Sin duda es bella,
Pues tú la encareces tanto.

CÉSAR.

Para que no la encarezca,
Quiero llevarte á mi quinta
Y que tú mismo la veas.

OTAVIO.

Pues ¿está en ella?

CÉSAR.

No, Otavio;
Pero está de allí muy cerca,
Que es hija de un molinero.

OTAVIO.

¿Que lava y es molinera?

CÉSAR.

Vino este día á lavar,
Ó á matar, mejor dijera.
Habléla, y á su hermosura
Parecieron sus respuestas.
Al fin, es bello retrato
De aquella Venus.

OTAVIO.

No creas
Que es pequeña admiración
Pensar en lo que me cuentas,
Que una labradora pobre
Parece á Venus.

CÉSAR.

Ó es ella
La que allí fué retratada,
Otavio, ó yo no soy César.
En fin, desde aquel arroyo,
Desde aquella fuente fresca,
Desde aquella siesta.....

OTAVIO.

¿Es tuya?
¿Y la gozas?

CÉSAR.

Yo te diera
La quinta (la quinta es poco);
Diérate ¡por Dios! mi renta,
Diérate mi vida misma.....

OTAVIO.

¿Quién hay que impedirlo pueda?
¿No es labradora? ¿No es pobre?
¿No es mujer?

CÉSAR.

No.

OTAVIO.

Pues ¿quién?

CÉSAR.

Princesa (1).
Que es, cuanto á ser labradora,
Ángel; cuanto á pobre, reina.

OTAVIO.

¿Y qué es cuanto á ser mujer?

CÉSAR.

Cuanto á ser mujer, Lucrecia.

OTAVIO.

¿Lucrecia?

CÉSAR.

¡Por Dios, Otavio,
Que no han bastado con ella
Servicios, regalos, obras,
Penas, palabras, promesas!
Porque con ser labradora,
Desprecia el oro y la tela;
Y con ser casta en el alma,
Lascivos gustos desprecia.
Yo la he servido á su modo:
Ya con grana de Valencia,
Ya con sartas de corales,
Ya con doradas patenas.
Pero ni con cosas propias
De su nativa aspereza,
Ni por los vanos tocados

(1) Este verso es largo.

De Génova y de Venecia,
Es posible que se ablande
Ni á mis lágrimas se mueva;
Que algunas llorar me ha visto
Sin recato y con vergüenza.
¿Qué haré, que muero de amor
Por la más hermosa y fiera
Que para castigo de almas
Ha dado el cielo á la tierra?
¿Oyes, Otavio?

OTAVIO.

No te aflijas (1);
Pero pues tienes licencia
Del Duque, vamos el día
Que tú quisieres á verla.

CÉSAR.

Luego, Otavio; Otavio mío,
Vamos luego.

OTAVIO.

Pues espera;
Aquí al Duque mi señor
Sólo le daré respuesta.

CÉSAR.

Mira que ha de ser fingida.

OTAVIO.

Será como tú deseas.

CÉSAR.

¡Ah, Laura, cómo tu nombre
Confirma con tu dureza!

Vanse.

Salen Laura, labradora; Belardo, Roselo y Doristo, enharinado.

LAURA.

¿Qué locura os ha tomado?

BELARDO.

Primero fué mi afición.

ROSELO.

Primero fué mi cuidado.

DORISTO.

Primero fué mi intención
De estar con Laura casado.

LAURA.

Si por entretenimiento
Vuestro loco pensamiento
No hubiera tomado, hiciera
Un castigo que excediera
Tan notable atrevimiento.
Desviad, no me enojéis.

BELARDO.

¡Pardiez, Laura, buen aliño
Con ese desdén tenéis!

LAURA.

No son rasgadme el corpiño.

BELARDO.

No son el alma rasguéis.

LAURA.

¿Conmigo, rústico vil,
Tú por tú?

ROSELO.

No te me enojes,
Laura gallarda y gentil,
Ni el día de Dios despojes
Que le dió tu luz sutil.
Todos te amamos; ninguno
Quiere que su amor ignores,
Ni ser al tuyo importuno;
Todos somos tus Jacobes,
Tú Raquel de sólo uno.
Siete años y más tenemos
De servicios que á tu padre
Por tu ocasión hecho habemos;
Mira si es razón que cuadre
Servir tú destos extremos.
Otros siete serviría,
Y aun otros mil, Laura mía,
Como á tu gusto agradase,
Si fuese tal, que igualase
La paga con la porfía.

BELARDO.

¿Tú eres para más que yo?
¿Tú más que yo amar pudieras?

ROSELO.

¿Que no te excediera?

BELARDO.

No.

DORISTO.

Cuando á Belardo excedieras,
Que tanto amó y esperó,
No llegaras á mi fe,
Porque, como el firmamento,
Quiere amor que firme esté;
Y así es bien que á mi tormento
Sólo este premio se dé.
Y no compitas conmigo,
Pues el derecho que sigo
Se funda en tanta justicia,
Que verá amor que es malicia,
Y es dar á todos castigo.
Y sobre ello he de poner
La vida.

ROSELO.

Pues en la mía
Poco tengo que perder,
Que es de Laura desde el día
Que la merecí querer.

BELARDO.

Si nos hemos de matar,
Agora es tiempo que entienda
Laura mi amor.

LAURA.

¡Qué pesar
Con razón vengo á tomar
De vuestra inútil contienda!
Si dais en esa locura,
Haré á mi padre que os eche
De casa.

DORISTO.

Si eres tan dura,

(1) No consta el verso.

Que no hay cosa que aproveche
Para volverte á blandura,
¿Qué remedio ha de tener
Nuestro amoroso cuidado?

LAURA.

Que me pueda merecer
Quien tuviere más honrado
Y más firme proceder.

BELARDO.

¿En qué se verá?

LAURA.

En servirme.

ROSELO.

Di tú en qué.

LAURA.

De buena gana.

BELARDO.

No puedes, Laura, pedirme
Cosa tan incierta y vana,
Que no me parezca firme.

LAURA.

Quien destos papeles tres
Lo que dicen me trajere,
Ése gozará después
Lo que de Laura quisiere;
Ése, en fin, es el que quiero.

DORISTO.

Repártelos sin agravio.

LAURA.

Toma, Belardo, el primero.

BELARDO.

¿Quién te los dió?

LAURA.

Cierto sabio
Que anda en aquel monte fiero.

BELARDO.

¿Para qué son?

LAURA.

Para hacer
Más hermosa una mujer.

BELARDO.

Y esto, ¿dónde se ha de hallar?

LAURA.

En el saberlo buscar
Darás tu amor á entender.
Toma tú aquéste, Doristo,
Y tú el tercero, Roselo.

BELARDO.

Si por el bien que conquisto,
Papel, lo que no es el cielo
Fuese en vuestras letras visto,
No dudes de que no hay China
Tan remota á do no fuese,
Ni roca tan diamantina
Que mejor no la moliese
Que si fuese Proserpina.
Voy á ver lo que decís.

Vase.

DORISTO.

Papel, sentid si sentís;
Que aunque pidáis á mi amor
El imposible mayor,
Cosas fáciles pedís.
Iré donde al indio adusto
Abrase el sol, sin disgusto,
Ó á la Libia rigurosa,
Porque no hay dificultosa
Al que sirve por su gusto.

Vase.

ROSELO.

Papel, si más imposibles
Tuviérades que tenéis
Letras, todos tan terribles
Cuanto imaginar podéis,
Fuerais á mi amor posibles.
Trayré seda, ámbar, algalia;
Todo el tesoro de Italia,
Con ser quien soy, no me entibia;
Iré al Cáucaso, á la Libia,
Trayré yerbas de Tesalia.

Vase.

LAURA.

¡Gracias al inmenso cielo
Que os apartó de mis ojos,
Porque, con bueno ó mal celo,
Dame vuestro amor enojos,
Y es vuestro fuego mi hielo!
Nunca amé, nunca rendí
Lo que Dios libre crió;
Estoy en mí, vivo en mí;
Tan presto se forma un no,
Como las letras de un sí.
Líbreme Dios de tu fuego,
Rapacillo, niño ciego,
Dios injusto, rey sin ley,
Pues apenas eres rey,
Cuando eres esclavo luego.
Claras y hermosas corrientes
Destas cristalinas fuentes,
Que del monte despeñadas
Mostráis las horas pasadas
Y no pasáis las presentes:
Á vuestro ejemplo, no gasto
En vanidades los días,
Antes las fuerzas contrasto
De algunas vanas porfías
De amor, con mi pecho casto.
No trocaré, verdes plantas,
Donde Dafne se entretiene,
Vuestras esmeraldas tantas,
Por cuantas Méjico tiene,
Si el César me diese tantas.
Ni se canse en pretender,
Ni con sus regalos quiera
Mi dureza enternecer;
Que soy en el alma fiera,
Si en la vista soy mujer.

Salen Teodoro, casero de la quinta, y Dantea, labradora.

TEODORO.
Ruégaselo tú, Dantea.
DANTEA.
Está resuelta de modo,
Que creo que inútil sea
Si le diese el mundo todo.
TEODORO.
No dudes que lo desea;
Mas quizá lo hará por ti.
DANTEA.
¿Qué haces tan sola aquí,
Honra de aquesta ribera?
LAURA.
Mejor por ti lo dijera
Haciendo espejo de mí.
¿Quién viene contigo?
DANTEA.
Viene
El casero de la quinta
De César.
LAURA.
¡Buen talle tiene!
Huye dél, que en una cinta
Amor se enlaza y detiene.
Es como el viento el amor,
Que cualquier hoja menea;
Resístesele el honor,
Pero derriba y afea
Donde está seco el humor.
No andes allá, por tu vida.
DANTEA.
Escucha, si eres servida,
Que es muy diferente el fin,
Sino es que estás divertida (1).
LAURA.
¿Cómo?
DANTEA.
Quiere que por mí
Recibas cierto presente
De César.
LAURA.
¿Estás en ti?
DANTEA.
Allí te aguarda, en la fuente;
Pues no te vayas así.
Llega, Teodoro.
TEODORO.
Señora,
Por Dios, que os duela un mancebo
Tan noble, pues os adora.
LAURA.
Teodoro, yo, ¿qué le debo,
Que deba pagarlo agora?
TEODORO.
Debéisle un ansia de amor
Con que la vida consume.
LAURA.
Que no la tenga es mejor,
Pues ya conoce y presume
La fuerza de mi rigor.
TEODORO.
¿Hase de morir así?
LAURA.
¿Dile la ocasión?
TEODORO.
Pues ¿quién?
LAURA.
Si es noble, y pobre nací,
¿Para qué me quiere bien?
¿Qué es lo que pretende en mí?
TEODORO.
Más que decís entendéis;
Mas suplícoos que toméis
Esto que os ofrece agora,
Que es propio de labradora,
Porque no lo despreciéis.
Hay unas granas reales,
Á quien haré mil agravios,
En esas rosas iguales,
Y una sarta de corales
Que afrentáis con vuestros labios.
Hay unos hilos de perlas,
Á quien ya la envidia toca,
Si al cuello queréis ponerlas,
De que tengáis en la boca
Con qué poder deshacerlas.
Hay un *agnus* luminado
Del pincel de un gran pintor,
Un rosario, aunque engarzado,
Con oro de más valor,
Por ser de ágatas labrado.
Hay argentados botines,
Medias de Nápoles ricas,
Porque á su color te inclines.
LAURA.
¡Qué honestos medios aplicas
Para deshonestos fines!
Di á César, pues suyas son,
Que es vana su pretensión;
Y queda con Dios, Teodoro.
TEODORO.
Oye.
LAURA.
Voyme.
TEODORO.
Entiende.
LAURA.
Ignoro.

Vase Laura.

DANTEA.
¡Fuése!
TEODORO.
¡Extraña condición!
DANTEA.
Desdichado César fué,
Que aquesta piedra quisiese.

(1) Debe faltar un verso que termine en *in*.

TEODORO.
No dudes, morir se ve.
DANTEA.
¡Que aun esto no recibiese,
Ni buena respuesta dé!
¡Ojalá, Teodoro, fuera
Yo la que César quisiera!
TEODORO.
El amor no es elección.
Síguela en esta ocasión,
Aunque es seguir á una fiera.
DANTEA.
Tras ella voy.

Vase Dantea.

TEODORO.
Algún día
Amor ha de castigar,
Loca, tu ingrata porfía.

Salen Roselo y Doristo, con los papeles.

ROSELO.
Aquí suele el dueño estar
Desta quinta ó casería,
Y como de corte son,
Sus criados leer sabrán.
DORISTO.
Belardo, en esta ocasión,
Como ha sido sacristán,
Nos diera mejor razón.
¡No me hubieran enseñado
Á leer! ¡Qué pena tomo!
ROSELO.
Éste es aquel hombre honrado
Que es de César mayordomo.
DORISTO.
Á buen tiempo hemos llegado.
Éste, Teodoro se llama;
Mucho su señor le ama,
Fíale hacienda y dineros.
TEODORO.
Éstos son dos molineros
Del padre de aquella dama.
DORISTO.
¡Oh, señor vecino!
TEODORO.
¡Oh, amigos!
¿Cómo va?
DORISTO.
Gracias á Dios,
Muy bien; buenos van los trigos.
TEODORO.
¿Qué buscan acá los dos?
DORISTO.
Habrad con los enemigos.
ROSELO.
¿Sabe su merced leer?
TEODORO.
¡Pues no!
ROSELO.
Lea, por su vida,
Estas cédulas.
TEODORO.
A ver.
ROSELO.
Diga.
TEODORO.
«Receta escogida,
Con que puede una mujer
Pararse en extremo hermosa.»
ROSELO.
Eso no manda buscar.
Diga.
TEODORO.
La primera cosa
Que dice, es la flor de azar
De los dados.
ROSELO.
¡Qué famosa!
¡Linda flor de azar de dados!
TEODORO.
Item más: de un ángel plumas.
Los cuentos son extremados.
ROSELO.
Desas habrá como espumas,
Que hay mil ángeles pintados.
TEODORO.
De la luna el arrebol,
Del gigante Fierabrás
El palo del guardasol,
Y cuatro coces no más
De los caballos del sol.
Una cáscara del huevo
Del cisne que á Leda amó,
Y de la oliva un renuevo
Que la paloma sacó
Del diluvio al mundo nuevo.
La barba de una cometa,
De un mosquito los riñones,
Y las imaginaciones
Del más celoso poeta.
DORISTO.
¡Pluguiera á Dios que así fuera
La mía!
TEODORO.
¿Andáis á buscar
Esto?
DORISTO.
Sí.
TEODORO.
¡Linda quimera!
DORISTO.
Lea, que aun hay más que andar,
Sin ésta, que fué primera.
TEODORO.
«Récipe para hacer
Que se muera una mujer
Por un hombre.»
DORISTO.
¡Ésta sí es buena!

TEODORO.
Primeramente se ordena
Que interés no deba haber (1).

DORISTO.
Tanto que mejor, ¡por Dios!

TEODORO.
Item: dos onzas de tos
De Lucrecia resfriada,
Cuando, por fuerza gozada,
Salió en camisa á las dos;
Más una libra de viento
De la nave en que robó
Paris á Elena.

DORISTO.
Eso siento.
¿Podréla hallar?

TEODORO.
¿Por qué no?

DORISTO.
¿Una libra?

TEODORO.
Sí; y aun ciento.
Más siete libras del hilo
Del ovillo de Teseo,
De la airada Parca el hilo,
El sueño del dios Morfeo
Y el llanto del cocodrilo.
Cuatro arrobas del sonido
De la campana mayor
Que se haya visto ni oído,
Y un pañal del niño Amor,
Lavado en agua de olvido.

DORISTO.
¿Cuatro arrobas?

TEODORO.
Esto aplica.

DORISTO.
Y esto, ¿dónde se ha de hallar?

TEODORO.
En Florencia, en la botica.

DORISTO.
Vámoslo luego á buscar.

ROSELO.
¿Llevaremos mi borrica?

DORISTO.
Pues ¿en qué se ha de traer?

TEODORO.
¿Quién os lo ha pedido?

DORISTO.
Laura.

Vanse los dos.

TEODORO.
¿Quién, sino ella, pudo ser?
Ved con qué burlas restaura
El cansancio del querer.
Á César escribir quiero
Cómo este bronce, este acero,
No se ha podido ablandar.
Malas nuevas le he de dar;
Tales albricias espero.

Vase.

Salen el duque Alejandro y Otavio.

OTAVIO.
Hablé á César.

ALEJANDRO.
¿Qué dice?

OTAVIO.
Varias cosas,
Que muestran ruin suceso.

ALEJANDRO.
No tendría
Gusto en mi vida si perdiese á César.
Quiérole bien, que nos criamos juntos,
Y en paz y en guerra le he tenido al lado,
Fiándole las cosas de mi honra.

OTAVIO.
Con gran razón le estimas.

ALEJANDRO.
Finalmente,
Otavio, tiene estrella, tiene imperio
César sobre mi gusto; y el mandarte
Que supieses tan apretadamente (1)
La causa deste mal que le atormenta,
No solamente deste amor nacía;
Que aun hay otro mayor.

OTAVIO.
Así los cielos
Aumenten, gran señor, corona y gloria
De la casa de Médicis, tu Estado,
Que me digas á mí lo que sospechas
Del mal de César.

ALEJANDRO.
Yo te tengo, Otavio,
En mucho, por dos cosas: la primera,
Porque conozco tu nobleza y sangre
Y las partes notables de tu ingenio;
Y la segunda, porque no es posible
Que un hombre á quien estima y quiere César,
Entre otros muchos, por mayor amigo,
Deje de ser de semejantes méritos.

OTAVIO.
Si me abona el querer tú á César tanto
Y el quererme á mí César, está cierto
Que lo que tú me quieres él me quiere,
No porque con tu amor se iguale alguno,
Que adora César en tus pensamientos,
Tus imaginaciones reverencia,
Y no tiene otro bien, después del cielo;
Mas pues, en fin, con igualdad me trata,
Que el amor en iguales es más llano,
Y sólo aqueste amor falta á los príncipes.

ALEJANDRO.
Hablas muy bien, Otavio. Mas volviendo

(1) *Ley* en la edición de 1610.

(1) No consta el verso.

Á lo que, como digo, he sospechado,
Confiando en ti, como confío (1),
Por alma de hombre que yo estimo tanto,
Sabrás que aunque negocios tan difíciles
De familia, República y de súbditos
Á un hombre como yo le ocupan tanto,
Por un resquicio della ó por lo estrecho
De una nema sutil, que cierra un pliego,
Se entró en mi alma una mujer tan bella,
Que bastara decir que entró en mi alma.
Amor es como el sol, que si se aparta
De las entrañas de la tierra, un vidrio..... (2)
Dejando, pues, disculpas, sólo César
Sabe este amor, y siempre que á su casa
La voy á visitar, César conmigo
Hace el mismo viaje.

OTAVIO.

Justamente
Te fías de su espada y su secreto.

ALEJANDRO.

Él iba alegre los primeros días,
Y en medio deste gusto le ha caído
Dentro del alma tan mortal tristeza,
Que cuando va conmigo no me habla,
Y si ve la mujer, baja los ojos,
Y ni conmigo ni con ella trata
Muchas cosas, Otavio, que solía.

OTAVIO.

¿Y qué presumes desto?

ALEJANDRO.

Yo presumo
Que, pues Dios te dotó de tal ingenio,
Ya debes de saber lo que presumo.

OTAVIO.

Dirás que adora aquesa dama.

ALEJANDRO.

Digo,
Que de verla y tratarla cada día
Tan domésticamente, como es hombre,
No se pudo excusar de no querella.

OTAVIO.

Gran camino se ofrece de engañalle
Para que encubra sus amores César,
Porque el Duque no sepa que tal hombre
Puso los ojos en tal vil sujeto.
Al fin, ¿eso sospechas?

ALEJANDRO.

No he culpado
Á César yo de aquese pensamiento,
Porque si la verdad y hermosura
Es amable por sí y es tan señora,
Cargado de negocios me ha rendido,
Ocioso, libre y sin ningún cuidado.
Si César la servía de secreto,
Si César intentara ofensa mía,
Enojárame yo, Otavio, con César;
Pero si veo yo que es tan honrado,
Tan noble y tan leal, que por no vella
Me ha pedido licencia de ausentarse
Por un mes de mi casa y de mi corte,
Y allá se quiere estar en sus jardines,
Mucha razón será que yo agradezca
Á César este término tan noble.
Di la verdad: ¿es esto lo que sabes
Del camino de César?

OTAVIO.

Señor ínclito,
Aunque con grandes juramentos vengo
Obligado á callar, ningunos tienen
Fuerza con el señor, igual de entrambas,
Debajo de que á César no le digas
Cosa ninguna de las que te digo.
Sabe que César por tu dama muere,
Y que se ausenta por no darte enojos
Siquiera con el mismo pensamiento.
¡Oh, qué bien que le engaño y aseguro!

ALEJANDRO.

Huélgome de saber lo que quería.
¿Es ido César?

OTAVIO.

No; pero ya tiene
Las botas puestas y el caballo á punto.

ALEJANDRO.

¡Hola!

Sale un paje.

PAJE.

Señor.....

ALEJANDRO.

Llámame luego á César.

OTAVIO.

Yo iré, si mandas.

Vase el paje.

ALEJANDRO.

Ese paje basta;
Quédate tú.

OTAVIO.

Sospecho que fué yerro
Decirle al Duque, sin hablar á César,
Lo que agora podrá, pues no lo sabe,
Hacerme mentiroso con el Duque
Y desleal con César, quien no piensa
En los negocios graves, y los mira
Tarde, y, pasada la ocasión, suspira.

ALEJANDRO.

Un término leal, un noble trato
Y un casto pecho, y un dolor profundo,
Una paciencia, en quien las glorias fundo,
Una templanza, un singular recato,
Hoy me ha de hacer magnífico retrato
Del Alejandro de quien soy segundo,
Pues más sus cosas que á ganar el mundo,
Pueden hacer un príncipe beato.
Si á Apeles Alejandro dió su amiga,
No hizo mucho, pues la había gozado;
Yo doy mujer que á mi respeto obliga,

(1) Le falta una sílaba.
(2) Faltan versos, pues queda pendiente el sentido.

Por mostrar con mi pecho más honrado
Que basta que padezca y no lo diga,
Para que de los dos quede premiado.

Sale César con botas de camino y espuelas y, el paje que le fué á llamar.

CÉSAR.
Será aumentar mi tristeza
Si me detiene.
ALEJANDRO.
Recibo
Gusto en ver tu gentileza.
CÉSAR.
Poniendo el pie en el estribo,
Me dicen que Vuestra Alteza,
Señor, á llamarme envía.
ALEJANDRO.
Salte allá fuera, Florelo;
No entre aquí nadie.
OTAVIO.
Recelo
Que ha sido ignorancia mía.
ALEJANDRO.
César, si estás satisfecho
De tu privanza y mi amor,
Yo de tu nobleza y pecho,
Tu lealtad y mi favor
Harán un muy notable hecho:
Tú has callado y padecido,
Yo he sentido y he callado
Por no te hablar; he entendido
Que tú estás enamorado,
Y lo que pasa he sabido.
Que quieres á Antonia entiendo,
Á quien quiero, como sabes;
Mas no por eso me ofendo;
Que con tus tristezas graves
Todas sospechas defiendo.
Pues que tu melancolía
De amarla yo procedía,
Y te quieres esconder,
Porque no quieres poner
Los ojos en cosa mía?
Y pues con tanta lealtad
Has sufrido tanto amor,
Mirando la autoridad
De tu Príncipe y señor,
Y las leyes de amistad,
Lo que mereces me toca,
Y de manera me obliga
Ver que enmudezca tu boca,
Cuando el alma te persiga
Con una pasión tan loca.
Á mi Antonia darte quiero,
Y á fe de noble cristiano,
Médicis y caballero,
Que no he tocado su mano,
Aunque por sus ojos muero.
Casarte con ella puedes
Seguro desta verdad;
Que á los dos haré mercedes,
Para que mi voluntad,
Con ser su marido heredes.
Ella es tal, que ha resistido
Todo cuanto pretendí
Sin título de marido;
Que en esto pienso de ti
Tu igual merece haber sido.
Esta liberalidad
Es muy digna de mi fama,
Mi nombre y mi autoridad,
Y esta bellísima dama
Digna de tu voluntad.
Con esto, lo que yo soy
Á mi amor se paga hoy (1).
CÉSAR.
Señor, el cielo es testigo
Que si tu imaginación
Algún lisonjero amigo
Te ha dicho en esta ocasión
Que tus pensamientos sigo,
Y que mi melancolía
De amar á Antonia procede,
Que ha sido injusta osadía;
Que ninguno saber puede
Lo que de mí no se fía.
¿Yo á Antonia? ¿Yo atrevimiento
De poner el pensamiento
Donde tú los ojos pones?
ALEJANDRO.
Ya todas esas razones
Son, César, sin fundamento.
Yo sé que, por no ofenderme,
Á tu soledad te vas;
No quieras, César, hacerme
Que te diga en esto más,
Ni tú menos entenderme.
Déjame, César, primero
Cumplir con mi obligación.
Tu respuesta vitupero,
Pues me quitas la ocasión
De mostrar lo que te quiero.
Si Alejandro soy en dar,
Como tú en amar Leandro,
No me quieras estorbar
Que las galas de Alejandro
Pueda, César, heredar.
CÉSAR.
Señor, que te han engañado.
ALEJANDRO.
Tú me engañas y me enojas.
Ven, para hablarla á mi lado,
Que de valor me despojas,
De mi virtud conquistado.
Pues á ti del más leal
Quieres que el mundo te nombre
César, con fama inmortal,
No me quites á mí el nombre
Del señor más liberal.

(1) Faltan los tres últimos versos de esta quintilla.

CÉSAR.
¿Qué es esto, Otavio?
OTAVIO.
No sé;
Esto el Duque imaginó,
Y yo se lo confirmé,
Mas por no decirle yo
Que amabas á Laura, fué;
Mi intención era ocasión
De darle satisfacción.
CÉSAR.
Tú me has muerto, Otavio, digo,
Porque un ignorante amigo
Mata con buena intención.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Antonia, dama, y César.

ANTONIA.
César, ¿cómo ó cuándo ha sido
La desdicha en que me veo?
¿Cuándo tuviste deseo,
César, de ser mi marido?
Dime, ¿cómo estás tan triste?
Si pediste y alcanzaste,
¿Qué es lo que alcanzado hallaste,
Que tan presto enmudeciste?
¿Cómo así has enmudecido,
Que palabra no has hablado?
César, aun no estás casado,
¿De qué estás arrepentido?
CÉSAR.
Antonia, si verdad fuera
Que yo te tuviera amor,
Digo amor, en el rigor
Que á este punto me trujera,
No estuviera enmudecido,
Ni, como me ves, helado,
Ni primero que casado
Estuviera arrepentido.
Entré en tu casa á servir
Al Duque, y saliendo un día,
Me dió una melancolía,
Que me ha llegado á morir.
Yo mismo, Antonia, no sé
La causa desta pasión,
Pienso que del corazón
Alguna enfermedad fué.
Miró en esto el Duque un día,
Parecióle que te amaba,
Viendo que no me alegraba
Como otras veces solía.
Dió en pensar que tanto mal
Procedía de tu amor,
Y que callaba el dolor,
De noble, honrado y leal.
Como es Príncipe piadoso,
Tan grande, tan claro y justo,
Quiso más perder el gusto
Que dejarme á mí quejoso.
Hablóme, y le respondí
Desvaneciendo su intento;
Pensó que era cumplimiento,
Y trújome, Antonia, aquí,
Donde te pide y convida
Que me admitas por tu dueño,
Cosa, Antonia, que por sueño
No me ha pasado en mi vida.
De manera, que si ha sido
Desdicha tuya el perder
La gloria del pretender
Tan excelente marido,
No estima menos la mía,
Pues fué causa mi disgusto
De que perdiese su gusto
El Duque por cortesía,
Que me obligase á mí,
No habiéndome dado nada,
Pues no siendo de mí amada,
No me ha dado nada en ti.
ANTONIA.
¿Cuándo me amaste, ó tuviste
Imaginación de ser
Marido de una mujer
Á quien jamás pretendiste?
¡Qué gran consuelo tuviera
Como fuera de ti amada,
Y que el verme desechada
De alguna ocasión naciera!
Pero que pierda el señor,
Y que no gane el criado,
No sé yo quién ha llegado
Á desventura mayor.
Pues que no se halla medio
Para mi mal y su olvido,
Mira, César, que te pido
Que procures mi remedio.
CÉSAR.
Yo, Antonia, ya tengo el mío,
Que es irme á mi casería,
Donde esta melancolía
Pase riberas del río.
Y si el Duque preguntare
Por mí, puedes responder
Que tengo mucho que hacer
En que mi mal se repare,
Y que después trataré
De cosas que importa al gusto.
ANTONIA.
De su enojo y mi disgusto
Yo sé quién la causa fué.
CÉSAR.
¿Quién? ¡por tu vida! ¿Fué Otavio?
ANTONIA.
No, sino mi resistencia;
Perdió el Duque la paciencia,

Y túvola por agravio.

CÉSAR.

No creas que deso nace,
Sino de haber entendido
Que te adoro y que tú has sido
La que tanto mal me hace.
No deshagas esta hazaña
De su libre calidad,
Tan digna de eternidad
En Francia, Italia y España.
// Que Alejandro no te diera,
Si menos gloria alcanzara,
Porque tu gusto le amara
Y tu honor le resistiera.//

ANTONIA.

Yo, pienso, César, llorar
Muy de veras este engaño.

CÉSAR.

Yo, lo que resta del año
En mi soledad pasar.
Mira, señora, qué quieres;
Que estoy ya muy de partida.

ANTONIA.

Que de mi honor y mi vida
Piensa que el estrago eres,
Y que á la gracia me vuelvas
Del Duque.

CÉSAR.

Yo lo haré,
Y hasta entonces, ¡por mi fe!
Que al hablar no te resuelvas.

ANTONIA.

Perderás esos enojos
Y yo perderé mis celos.

CÉSAR.

¡Ay, villana de los cielos,
Cuándo te verán mis ojos!

Vanse.

Sale Laura con un cantarillo, y Belardo con el papel.

BELARDO.

¿Esto había de pedir,
Laura, á un hombre como yo?

LAURA.

Luego ¿esto era mucho?

BELARDO.

No:
No me pudiera impedir,
Cuando ello posible fuera,
Que en tanta razón lo fundo,
Si en los límites del mundo
Se hallara ó nacido hubiera.

LAURA.

Pues ¿qué tiene ese papel
Que no esté puesto en razón?

BELARDO.

Para burlas, pues lo son,
No pocas ha puesto en él.
¡Por Dios, Laura, que ese humor
Más es de una gran señora
Que de humilde labradora!

LAURA.

Dicen que quien tiene amor
Todo lo halla posible;
Ofensa á tu amor hiciera
Si lo posible pidiera,
Y pídote lo imposible.

BELARDO.

Mira lo que dice aquí:
Si á ti te parece poco,
Porque no me vuelvas loco
Oye y no me culpes.

LAURA.

Di.

BELARDO.

«Tomarás cuatro estornudos
Del dios Baco en escabeche,
De las Cabrillas la leche,
Y la habla de seis mudos.
Y luego seis libras toma
De asaduras de aradores,
Y en quejas de ruiseñores
Los echa en una redoma.
Toma cuatro lunas viejas
De donde estén desechadas,
Y después de hechas tajadas
Las cuece en miel de lentejas.
Toma de influjos de estrellas
Seis celemines no más,
Y esto todo colarás,
Después de majado en pellas,
Por un paño de anascote
Del manto de la gran noche,
Y con la lanza de un coche,
Traído como almodrote.
Ponlo en viéndola dormir,
Que ella dirá si te ofende;
Pero todo esto se entiende
Si ella lo quiere decir.»

LAURA.

¿Y eso es muy dificultoso
De buscar, Belardo amigo?

BELARDO.

De que te burlas conmigo,
Laura, yo no estoy quejoso,
Pero de que hagas favores
Á Doristo y á Roselo,
Pues á mí, con justo celo,
Debes hacerlos mayores.
Aunque rústico, he leído,
Y aunque pastor, he estudiado;
Sé de labranza y ganado,
Sé de amor y sé de olvido.
Aunque he sido labrador,
No siempre he sido grosero.

LAURA.

Belardo, yo no te quiero
Confesar que tengo amor,
Pero si en las veras toco,
Está seguro también

Que eres en el mundo quien
No puedo ni tengo en poco.
En caso que el padre mío
Quiera casarme algún día,
Nadie como tú sería
Más dueño de mi albedrío.

BELARDO.

¿Á todos preferirás?
¡Que á tan altas glorias vengo!
¿Quieres el alma que tengo?
Mira que no tengo más.
¿Quieres que me vuelva loco?
Porque con un cuerdo puede,
Bien que á tanto bien excede,
Estimar menos que poco.
¿Tal bien merecí de ti?

LAURA.

Tampoco, Belardo, quiero
Que te desvanezcas.

BELARDO.

Muero
En pensar que vivo en ti.

LAURA.

Cerca estamos de la fuente.
Vete, no venga Dantea
Ú otro alguno que me vea
Estar contigo.

BELARDO.

Detente.

LAURA.

¿Qué quieres?

BELARDO.

Mándame en tanto
Algo en que te sirva.

LAURA.

Vete,
Y hazme un bello ramillete.

BELARDO.

Robaré á la tierra el manto,
Quitaré las varias flores
De que se muestra compuesto,
Mayormente las que han puesto
Transformaciones de amores,
Ó las que mi amor imiten;
Aunque si pisas después,
Tú las darás con los pies
Mas que mis manos les quiten.

Vase.

LAURA.

Ni sé de amor, ni tengo pensamiento
Que se incline á pensar en sus memorias,
Que sus desdichas, como son notorias,
De lejos amenazan escarmiento
Sus imaginaciones doy al viento,
Sirviéndome de espejos mil historias,
Y así, de la esperanza de sus glorias
Aun no tengo primero movimiento.
Amor, amor, no puedes alabarte
De que rindió tu fuego mi albedrío
Ni que en el campo voy de tu estandarte.
Las flechas gastas en un bronce frío;
No te canses, amor, tira á otra parte,
Que es fuego tu rigor, y nieve el mío.

Vase.

Salen César y Teodoro.

CÉSAR.

Vuélvete acá, Teodoro,
Que aquí la quiero buscar.

TEODORO.

¿Qué es lo que quieres cenar?

CÉSAR.

Esto que suspiro y lloro.

TEODORO.

Anda, que vives cansado,
Y eso será desatino.

CÉSAR.

No me ha cansado el camino,
Hame cansado el cuidado.

TEODORO.

Perdices hay extremadas
Que hoy me trajo un cazador.

CÉSAR.

¿Son de lazo?

TEODORO.

No, señor;
Que antes vienen azoradas,
Que están de linda sazón.

CÉSAR.

Todos cazan lo que emprenden,
Sólo á mí se me defienden
Su dureza y condición.
En fin, ¿no quiso la grana?

TEODORO.

Cosa ninguna tomó;
Hasta en no tomar mostró
Que es su condición villana.
Conoce á lo que se obliga
Quien toma.

CÉSAR.

Dices verdad.
Vete.

TEODORO.

Adiós.

Vase Teodoro.

CÉSAR.

¡Oh soledad,
De mis desdichas amiga!
Descanso en ti solamente,
Porque en contemplar me agradas
De una fiera las pisadas,
Que trae veneno á esta fuente.
¡Ay de mí, que aquélla es,
Que á la boca, para henchilla,
Pone allí una cantarilla,
Y sobre el mármol los pies!

¡Oh efeto de mi pasión,
Ansias débiles y tiernas,
Temblando me están las piernas
Del peso del corazón!
Corazón de fuego y hielo,
No peséis mientras pensáis;
Que si tanto me pesáis,
Daréis conmigo en el suelo.
¿De qué furioso león,
De qué tigre estáis temblando?
¿Qué toro me está mirando,
Que así tembláis, corazón?
¿Así tiembla un caballero?
No es animal, que es mujer;
Pero ¿dónde puede haber
Algún animal tan fiero?
Y dado que mujer sea,
¿De qué amazona tembláis?
¿Qué Lucrecia conquistáis?
¿Qué reina miráis, qué dea?
¿No es ésta una labradora
Con un cántaro de barro,
Y no el venablo bizarro
De la bella cazadora?
Pues ¿cómo agora teméis
Á hacer las historias nuevas,
Que aquel Príncipe de Tebas.
Ó que desnuda la veis?
¡Que no sólo esté vestida,
Sino de rigor armada!

Ha de haber en el tablado una fuente, donde ha de haber estado todo este tiempo Laura, junto á ella, hinchendo el cantarillo.

LAURA.

¡Cielos! Toda estoy turbada,
De ver este hombre ofendida;
Yo pensé que no volviera
De la corte al monte más.

CÉSAR.

Detente: ¿dónde te vas?
Espera, Dafne ligera.
¡Plegue á Dios que en el laurel
Donde ella se transformó,
Te vuelvas, para que yo
Ciña mi firmeza dél!
Supe que tomar no quieres
Mi presente, para ser
Diferente, aunque mujer,
De las más de las mujeres.
Hasme enojado, pues veo,
Aunque esto siempre lo vi,
Que no me estimas á mí,
Pues no estimas mi deseo.
Que yo te enfade, no es mucho,
Pues que no me tienes fe.

LAURA.

De mí me espanto, á la he,
César, de ver que os escucho.
Sepamos qué obligación
De no tomar me cabría,
Lo que vuestro amor me envía,
Adonde falta razón.
Si hubiera correspondencia
De mí á vos, y despreciara
Vuestros dones, yo pensara
Que eran efetos de ausencia;
Pero si no puedo yo
Igualaros, ni quereros,
¿De qué podéis ofenderos?

CÉSAR.

Igualarme, ¿cómo no?
Que no me meto en quererme,
Pues imposible ha de ser
Despertar una mujer
Que á tan fieros golpes duerme.
¿Qué te falta, ó qué no sobra
En tu valor para mí?

LAURA.

¿No me entendéis?

CÉSAR.

Laura, sí.

LAURA.

César, quien obliga, cobra;
No os canséis en obligarme,
Yo tengo resolución;
Que mil libras de pasión
No dan de gusto un adarme.
Basta que nuestros criados
Á vos se vuelven corridos
De verse tan resistidos
De mis intentos honrados.
No permitáis vos también
Venir aquí, donde os venza,
Para volver con vergüenza
De mi forzoso desdén,
Pues os basta estar corrido
De ver que un liviano amor
Querrá derribar mi honor,
Tantos años defendido.
No suelen los caballeros
Venir por aquí á estas horas,
Á burlar las labradoras
Con regalos lisonjeros.
Esas vanas falsedades,
Llenas de palabras feas,
No son para las aldeas,
Gastaldas en las ciudades.
Que os juro que no podréis
Vencerme, aunque más finjáis,
Si en esta fuente os tornáis
Con lágrimas que lloréis.
Y esto no es desprecio, no;
Que fuera descortesía,
Mas sola estimación mía
Y honor que profeso yo.
Tengo un padre viejo, y tal,
Que, puesto que es molinero,
Como al Duque le venero,
Vuestro señor natural.
Y cuando no le tuviera,

Por mí sólo no bastara
El Rey que me conquistara,
Para que á Dios ofendiera.
Ya no hay remedio que os cuadre:
Pues son contrarios de vos (1)
Mi padre, después de Dios;
Y yo, después de mi padre.

CÉSAR.

No te preguntaba yo
Toda aquesta historia junta.

LAURA.

Por no escuchar la pregunta,
La respuesta se alargó.

CÉSAR.

Mil veces estoy pensando
Que te falta entendimiento.

LAURA.

Que te sobra atrevimiento
Siempre estoy considerando.

CÉSAR.

¿No conoces que merezco
Una mujer, sea quien fuere?

LAURA.

La que queráis, si no os quiere,
Como necia la aborrezco.

CÉSAR.

Luego ¿aborréceste á ti?

LAURA.

No, que vos no me queréis,
Porque sólo pretendéis
César, burlaros de mí.
Quien quiere, quiere el honor
Y el bien de aquello que quiere;
Quien quiere el gusto, prefiere
Al santo honor el amor.
César, mi honor defiendo.

CÉSAR.

No le puedes tú perder,
Pues siendo humilde mujer,
Enriquecerte pretendo.
No te faltará marido;
Y que mi mujer te hiciera
No dudes, si no tuviera
Al Médicis ofendido.
Yo lo sé, porque lo temo,
Puesto que tu amor me anima,
Que, aunque en extremo me estima,
Me aborrecerá en extremo.
Amóme por mi virtud;
Si en mí conoce esta falta
Una persona tan alta
Y de tanta rectitud,
No me ha de ver más la cara.
Vuelve tú por mi opinión;
Que no es bien que tu afición
Me venga á costar tan cara.
No fundes en interés
Del honor lo que es mejor,
Fúndate en amor, que amor
Se paga en lo mismo que es.
Laura mía, Laura bella,
Más bella y más dura que el
Alma de piedra en laurel
Que al mismo sol atropella:
Que eres laurel bien se entiende
De ese tu intento y valor,
Pues el rayo de mi amor
No te toca ni te enciende.
Si no fuera voluntad
Tan del alma aquesta mía,
Muchas mujeres había
Hermosas en la ciudad.
No soy yo tan desechado,
No tan viejo, ni tan feo,
Que no fuera mi deseo
De alguna dellas amado.
Si tienes entendimiento,
Conoce aquesta verdad,
Y verás que su beldad
No es honesto pensamiento.
Mi llanto, pena y tristeza
Te muevan del César hora;
Que, en fin, cuando un hombre llora,
Grande amor ó gran flaqueza.

LAURA.

Ya conozco el falso estilo;
Por la fecha sé la mano;
No conmigo, cortesano,
Lágrimas de cocodrilo.

CÉSAR.

Mira que te mataré.

LAURA.

Mejor es que no matarme.
Quiero el oído taparme.

CÉSAR.

¿Eres piedra?

LAURA.

No lo sé;
Pero mejor es quitar
La ocasión.

CÉSAR.

¡Ah, Laura bella!
¿Qué desesperada estrella
Un bronce me obliga á amar?

LAURA.

Déjame.

CÉSAR.

Dame á beber
Con aquesa cantarilla,
Yo volveré luego á henchilla,
Hazme, Laura, este placer.
Dame ese agua.

LAURA.

¿Agua pedís?

CÉSAR.

Sí, para templar la boca.

LAURA.

Es toda esta agua muy poca
Para el fuego que decís.

(1) Enmienda conjetural. La primera edición dice: ¿Para qué son tres contrarios?

Tomad, bebed.

CÉSAR.

Muestra.

LAURA.

¡Cielo,
Poned alas en mis pies;
Que está loco, y si lo es
Corre peligro mi celo!
Por estas ramas me voy.

En tanto que está bebiendo César, se va Laura.

CÉSAR.

¡Laura, Laura, Laura mía!
Seguirte, Laura, podría
Y dejar de ser quien soy.
Pero si Apolo corrió
Tras de otro duro laurel,
Tras quien es lo mismo que él,
¿Qué mucho que corra yo?
Pero no, que si la sigo,
Cuando la venga á alcanzar,
Ó la tengo de forzar,
Ó la he de llevar conmigo.
¿Qué dije? ¡Válgame Dios!
¡Detente, amor, que eres loco!
¡Honor, detenelde un poco,
Pues que sois tan cuerdo vos!
¡Detened este caballo
Tan fuerte, que me despeña!
¡Mirad que es fuego y soy leña,
Que es rey y que soy vasallo!
Ya habla el honor; pues hable
No de Laura, laurel, roble;
Como es villana y soy noble,
Hay diferencia notable.
Si fuera un tosco villano,
No se ofendiera de mí;
Mas no voy bien por aquí,
Pues el argumento es llano.
Si noble la quiero bien,
Siendo villana tan llana,
Bien puede, siendo villana,
Querer á un noble también.
¡Terrible fué mi desdicha!
No puede llegar á más.
¿De cuál amante jamás
Ha sido escrita mi dicha?
¡Que una labradora humilde
Me quite el Duque mi dueño,
La corte, el sustento, el sueño!
¡Cielos, que muero decilde!
Volved por mí, que estoy loco,
No de amor, de lo que pierdo;
Que cualquiera que ama es cuerdo
Mientras que le cuesta poco.
Mal me defendéis, honor;
Volvedme á reprehender;
Yo César, ¿qué puedo hacer
Donde tanto puede honor?
Laura es hermosa, es cruel,
Quiere á un laurel, que es lo propio;
Bien dice, no es medio impropio.
Alto: buscaré un laurel.
Vele aquí; mas son antojos.
Haréle ¡por Dios! pedazos:
Tiene ramas, no son brazos;
Tiene hojas, no son ojos.
¡Qué triste imaginacion,
Pues que consolarme quiero
Perdiendo lo verdadero
Con los retratos que son!
Árbol para triunfos ciertos,
Como fueras para mí,
Coronárame de ti
Si fueras árbol de muertos.
Si en las victorias has sido
Premio del que puede más,
¿Cómo para mi serás,
Que soy de Laura vencido?
Dicen que no crece amor
Donde no hay correspondencia,
Y que con la resistencia
Ha venido á ser mayor.
Yo amo y no soy amado;
Paga mi amor con olvido;
¿Cómo he de ser escogido,
Pues apenas soy llamado?
¡Qué me abraso, qué me muero!
¡Piedad de mis dulces ojos!
¿Tantos villanos enojos
Á un alma de un caballero?
Desnudaréme; haré cosas
Que muevan á compasión.

Sale Belardo.

BELARDO.

Estos los mármoles son
De aquellas fuentes hermosas
Donde á mi Laura dejé.
¡Laura mía! Mas ¡ay triste!

CÉSAR.

¿Volviste, Laura? ¿Volviste?

BELARDO.

Sin duda Laura se fué.

CÉSAR.

¿Quién eres, que á mi dolor
Estás presente?

BELARDO.

¡Ay de mí!
César ¿no es aquéste? Sí,
Y desta quinta el señor.
Algún mal grave le ha dado.
¿Qué tenéis? ¿Qué habéis habido?

CÉSAR.

Desdichas, amigo, han sido
De un mal nacido cuidado.

BELARDO.

¿Estáis acaso en desgracia
Del Duque? Habráos descompuesto
Envidia, que suele presto

Trocar en odio la gracia.
¡Ah! Palacio, mal seguro;
Ved lo que puede el mandar;
Que es la envidia en el bajar
Lo que la yedra en el muro.
Señor, haced buena cara
Á la fortuna, aunque fiera,
Porque ninguno subiera
Si no es que alguno bajara.
Quiero avisar en la quinta
Antes que se pase el día;
Pienso que en la fantasía
Algunas quimeras pinta.
Lo que acude de tropel
Á un cortesano perdido,
Memorias de lo que ha sido
Cuando ya no rezan dél.
Quiero avisar á Teodoro
Y á los que con él están,
Adónde hallarle podrán.

Vase.

CÉSAR.

Al fin, Laura, yo te adoro.
Estaba en mi fantasía
Consultando la razón,
Por ver si era obligación
Quererte bien, Laura mía.
Sentóse el entendimiento
En su silla á presidir,
Dió la memoria en venir
Con el uno y otro cuento.
Alegó de tu hermosura
La vista méritos tales,
Que más fueron celestiales
Que no de mortal criatura.
Replicó el honor que fuiste
Villana y mi desigual,
Que era contra ti fiscal,
Y supo cómo naciste.
Amor, tu procurador,
Dió una petición por ti,
Pidió término, y en ti
Fué buen término el rigor.
Sacó un desprecio el proceso
De tus desdenes tan malo,
Que apenas hubo un regalo
Testigo en todo el suceso.
Y estando toda la sala
En aquesta confusión,
Dijeron á la razón
Más de alguna razón mala.
Echando al entendimiento
Con una extraña crueldad,
Dieron á la voluntad
La presidencia y asiento.
Y ella, como juega ciega,
Aunque jamás te ofendí,
Me manda entregar á ti;
Ved á qué fuego me entrega.
Tú, sin guardar el decoro
De reina, tan mal me tratas,
Que te adoro, y tú me matas,
Y, en fin, Laura, yo te adoro.

Salen Otavio, Carlos y Teodoro.

OTAVIO.

No hubiera yo venido ni dejara
Que él viniera, Teodoro, si supiera
Que su mal se aumentara desta suerte.

CARLOS.

Á lástima notable me ha movido.

OTAVIO.

Podrá mover, señores, á las piedras.

CARLOS.

¿Es aquél que allí está medio desnudo?

TEODORO.

Él es, sin duda.

OTAVIO.

¡Ah, César! ¿Qué es aquesto?
Los caballeros nobles, los que aspiran
Á gobiernos, á fama, á pretensiones
Dignas de la nobleza de su sangre,
Los que son el espejo de la Corte,
En quien también sus ojos pone el Príncipe,
Tomando los demás virtuoso ejemplo,
¿Se dejan olvidar desta manera
Del ser, gobierno, mando, obligaciones,
Espejo, ejemplo y lo demás que debe
Un hombre á ser quien es?

CARLOS.

Muy mal parece,
Señor César, que un hombre de las partes
Que Dios ha puesto en vos, las aventure
Desta manera por tan vil sujeto;
Esto no es cosa que ella lo agradece.
Si fuera una señora, que entendiera
Esos efetos de un amor tan loco,
Y dándoles lugar en la memoria,
Los pagara después con muchas lágrimas,
No fuera mucho hacer esas locuras;
Pero una villaneja que no sabe
Más de llevar el agua á su molino
É ir al monte, á la corte y á la aldea
Con la carga del pan y de la leña,
Y por ventura sufre los requiebros
De algún villano con mejores ojos,
Es lástima que os quite la memoria
De quien sois, tan á costa de la vida,
Y no menos del alma y de la honra.

CÉSAR.

Corrido estoy que así me hayáis hallado
Y de que Carlos como estoy me vea;
Que, en fin, Otavio, de mi mal testigo,
No importa que lo fuera en mis flaquezas.
Carlos, mancebo sois, hombre de ingenio,
¿Quién duda que sabréis por experiencia
Ó por lo que en los libros habréis visto,
La gran fuerza de amor?

CARLOS.

¿Queréis agora

Darnos disculpa?

CÉSAR.

¿No es razón?

CARLOS.

No, César,
Sino entrar en su casa libremente,
Quitársela á su padre aquesta noche,
Y en gozándola, darla algún dinero;
Que lo tendrán los dos á gran ventura.

OTAVIO.

Carlos dice muy bien, que entre villanos,
La fuerza solamente es de provecho.
¡Mucho entiende de efetos amorosos
Una hija ¡por Dios! de un molinero!
Estas quejas son buenas para Orlando,
Desvanecido por la bella Angélica,
Empero para vos, de ningún modo.
Aquí tenéis amigos tan del alma,
Que por vos perderán hacienda y vida,
Criados en la quinta y buenas armas;
Vamos luego, que el manto de la noche
Encubre el sol, y sin gastar palabras,
Lágrimas, quejas, voces y suspiros,
La gozaréis á todo vuestro gusto.

CÉSAR.

Amigos, ya parece que serena
Su cara el cielo, que se quita el aire,
Que ha parecido el sol, la luz hermosa,
Que se tranquila el mar, que llego al puerto:
Dadme aquesta mujer de cualquier modo.

OTAVIO.

¡Qué grave Elena que robar intentas!
Perdiérase Florencia como Troya.
Vamos de aquí.

CÉSAR.

Bien dices, que el más pobre
Es quien menos amigos tiene, y goza,
Y aquel que tiene más, ése es más rico.
Vosotros sois, amigos, mi riqueza;
Por vosotros saldré desta locura;
Que amor gozado, puesto que estoy loco,
Bien sé que para en arrepentimiento.
Vamos; y tú, Teodoro, prevén armas.

OTAVIO.

Armas y gente, la que basta y sobra.

TEODORO.

Bastan media docena de arcabuces
Para cuarenta mundos de villanos.

CÉSAR.

Y más si se fabrican de mi fuego.

CARLOS.

Presto verás tu gusto.

CÉSAR.

¡Ah, Laura ingrata,
Así se ha de tratar á quien maltrata!

Vase.

Salen Roselo con una alforja, Doristo con una cesta tapada, y Laura.

LAURA.

¿Que de Florencia venís?
¿Que habéis en Florencia estado?

ROSELO.

Y aun hubiéramos llegado
Á Nápoles y á París.
No hemos dejado botica
Donde no hayamos mostrado
Las cédulas.

LAURA.

Qué, ¿os han dado
Lo que pedí?

DORISTO.

¡Cosa rica!

LAURA.

Pues ¿de adónde lo traéis?

DORISTO.

En Florencia, un estudiante
(Pienso que era nigromante),
Por cinco reales ó seis
Nos dió bastante recado.

LAURA.

¿Traéislo?

ROSELO.

Yo traigo el mío
En esta alforja; (¡qué frío
Que viene!) muy bien guardado.

LAURA.

Muestra á ver.

ROSELO.

Este papel
Es la flor de azar de dados,
Que son dos ases pintados
Á manera de clavel.
Ésta es del ángel la pluma,
Que de un retablo quitó,
Que allí de bulto halló,
Que no en el cielo presuma.
Éste es papel de arrebol
De cierta luna menguante,
Y este leño, del gigante
El palo del guardasol.
Las coces de los caballos
Del sol traigo en este lomo
(Sol se llama un mayordomo,
Y fuí á su casa á esperallos).
Ésta es cáscara del huevo
Del cisne, y ésta la oliva
De la paloma.

LAURA.

¡Así viva,
Que eres gallardo mancebo!

ROSELO.

El humo de la escopeta
Traigo en esta caja.

LAURA.

Á ver.

ROSELO.

Saldráse, no es menester
Vello; lo que es del poeta
Varias imaginaciones,
Traigo en aqueste librito,
Y dentro de este vasito,

Del mosquito los riñones.

LAURA.

¡Bravamente lo han cumplido!
Alguno los ha engañado.
Muestra tú.

DORISTO.

También he hallado
Todo lo que me has pedido.

Tose Doristo.

La tos de Lucrecia es ésta.

LAURA.

Tente; bueno está.

DORISTO.

El viento
De la nave cogí á tiento,
Y traigo en aquesta cesta.

LAURA.

Muestra.

DORISTO.

No tiene color,
Ni cuerpo para tocar,
Pero tan cierto es estar,
Como que yo os tengo amor.
Éste es hilo de Teseo.

LAURA.

¿Tan gordo?

DORISTO.

Hilólo su abuela,
Que era ya muy vieja, en vela.
No tiene sueño Morfeo;
Pero venid á mi cama
Desde las once á las seis,
Adonde hallarle podréis.

Sale Lucindo, padre de Laura.

LUCINDO.

Siempre al lado de su dama,
Siempre acá en conversación.
Váyanse al monte en mal hora.
Y ¡qué ufana la señora
Está oyendo su razón!

LAURA.

¿Yo, señor?

LUCINDO.

Yo, señor, pues.
Váyanse luego.

ROSELO.

Sí harán.

LUCINDO.

Pues ¿qué aguardan?

ROSELO.

Ya se irán;
Que no se han de ir en sus pies.

Vanse los dos.

LUCINDO.

¿Para qué, Laura, entretienes
Estos necios?

LAURA.

Preguntaba
Lo que en Florencia pasaba,
Como cuando de allá vienes.

LUCINDO.

Hija, una honrada mujer
No tiene que preguntar;
Del preguntar y el hablar
Nace luego el responder;
Del responder la amistad,
De la amistad el desprecio,
Y más, amistad de un necio,
Que es peste la necedad.

LAURA.

Ya tienes satisfacción
De que, aunque vivo sin madre,
Sé que te tengo por padre
Y que sé tu condición.
Si la honra se perdiese,
En tu pecho se hallaría.

LUCINDO.

Lo que la bajeza mía
Á lo menos permitiese.
Pero en ser de labrador,
Que en esto es común la ley,
Que entre el labrador y el Rey
Hago espejo del honor.
El cortesano se nombra
Con diferente grandeza,
Mas no hay pelo en la cabeza
Que no piense que hace sombra.
Haz ¡por tu vida! que allá
No traten ellos de ti,
Porque tu remedio en mí
No duerme, despierto está.
Este Belardo es buen mozo
Y ha que sirve muchos años.

LAURA.

¿Finges aquestos engaños
Por verme el alma en el gozo?

LUCINDO.

No, sino porque es mi gusto.

LAURA.

Y el tuyo mi voluntad.

LUCINDO.

Ruido siento; y en verdad
Que á estas horas me disgusto.

Salen César, Otavio, Carlos, Teodoro, y gente con escopetas.

CÉSAR.

Entrad con libertad.

OTAVIO.

¡Mirad qué alcázar,
Sino un molino pobre!

LUCINDO.

¿Qué es aquesto?
¡Oh, vecinos! ¡Oh, César!

CÉSAR.

¡Oh, Lucindo!

LUCINDO.
¿Háseos perdido acaso alguna caza?
CÉSAR.
La caza que buscamos es aquésta.
Asid á Laura.
LUCINDO.
¡Ay, desdichado!
¡Ay, mísero de mí! César, ¿qué haces?
CÉSAR.
Andad, buen viejo, que ésta es honra vuestra:
Yo daré buen marido á vuestra hija,
Y á vos muy buena renta, de manera
Que dejéis esa vida trabajosa.
LUCINDO.
No soy traidor, aunque villano pobre,
Tan vil que venda yo mi propia sangre,
Ni padre tan avaro, que mi hija
Te dé por la codicia de tu hacienda;
Que en aqueste molino derribado
Soy más bueno que tú cuarenta veces
En tu quinta pintada y llena de armas;
Que esta harina que cubren estas puertas
Es más limpia que el oro de las tuyas.
CÉSAR.
Buen viejo, si queréis guardar la vida,
No habléis en ofensa de mi gusto.
LUCINDO.
¿Sabéis que hay Dios?
CÉSAR.
¡Pues no!
LUCINDO.
¿Sabéis que hay Duque?
CÉSAR.
Y le sirvo en su casa.
LUCINDO.
Pues avísote.
LAURA.
¡Ah, padre! ¡Ah, padre mío! ¿Así me dejas
En poder destos fieros?
LUCINDO.
Hija mía,
Si te comprara con piadosas lágrimas,
Si con la sangre de mis secas venas,
No dudes que la diera por tu honra.
CÉSAR.
Tirad con ella.
LAURA.
¡Ah, padre!

Llévanla, y queda solo Lucindo.

LUCINDO.
¡Ah, fiero bárbaro!
Águila, que me llevas mi paloma;
Valiente, que á un pobre molinero.....
¡Ah, gente! ¡Amigos, hola!

Salen Belardo, Roselo y Doristo, molineros.

BELARDO.
¿Qué es esto? ¿Qué dais voces?
ROSELO.
¿No os vais agora bueno? (1)
LUCINDO.
¡Á mi Laura querida lleva César!
BELARDO.
¿César el dueño desta casería?
LUCINDO.
César es dueño desta infame hazaña.
BELARDO.
¡Vamos allá; rompámosle las puertas!
LUCINDO.
¿Con cuáles armas?
BELARDO.
Piedras son bastantes.
LUCINDO.
Venid conmigo.
DORISTO.
¡Oh, perro!
ROSELO.
¡Laura mía!
LUCINDO.
¡Justicia, Duque de Florencia!
ROSELO.
¡Ah, cielos!
LUCINDO.
¡Justicia, noble Médicis!
DORISTO.
Da voces.
BELARDO.
No temas, pues á todos nos conoces.

JORNADA TERCERA.

Salen Lucindo, Belardo y Roselo.

BELARDO.
Parece que á entrar no aciertas.
¿Qué tienes ya que temer,
Honra, fama y vida muertas?
LUCINDO.
Apenas oso poner
Los ojos en estas puertas.
ROSELO.
¿Qué mal te puede venir,
Pues que vienes á pedir
Tu justicia?
LUCINDO.
Temo entrar.
ROSELO.
Prevén un honesto hablar,
Y está seguro al salir.
LUCINDO.
Ofendo al mayor señor
Del mundo en este temor;

(1) Verso incompleto y sin sentido.

Que dudar de su justicia,
Es ofender con malicia
La fama de su valor.
Es el Médicis famoso,
Tan justo con el que es rico,
Con el pobre tan piadoso,
Tan igual al grande y chico,
Tan freno del poderoso,
Que le agravio en no atreverme.
¿Qué hará agora?

ROSELO.

Acaso duerme;
Que estos señores muy tarde
Sé levantan.

LUCINDO.

Dios le guarde:
Aquí puedo entretenerme.
¡Qué bellísima portada!
¡Válame Dios, qué de pechos
Tienen por aquí la entrada:
Unos á lisonjas hechos,
Y otros con filos de espada!
¡Qué de quejosos también,
Ó porque favor les den,
Ó porque les pagan mal!
En fin, este es un caudal
De un gran linaje de bien.
Representa á Dios un hombre
Que está puesto en este estado.

BELARDO.

Calla, padre, y no te asombre
Haber en su casa entrado
Sin traje, vestido y nombre,
Pues, como dices, conoces
Su valor.

LUCINDO.

Á su valor
Dará mi justicia voces;
Que atrás deja en el temor
Las hojas de honor feroces.
Estas doradas molduras,
Estas puertas levantadas
Con ricas arquitecturas,
Sin ser de justicia honradas,
Fueran humildes y obscuras.
No las columnas en torno,
No los jaspes con adorno,
La justicia los realce,
Que no quiere que se ensalce
La lisonja y el soborno.
Estas armas bien ganadas,
No por estar bien grabadas
Esas grandezas merecen;
Por justicia resplandecen
En las tarjetas doradas.

BELARDO.

¡Qué de historias hay aquí!
Todas son claras hazañas
De los Médicis.

LUCINDO.

Yo fuí
Testigo en tierras extrañas,
Y en las propias muchas vi.
No siempre fuí labrador,
Algún tiempo fuí soldado.

ROSELO.

¡Oh, cómo muestra valor
En aquel caballo armado!

LUCINDO.

No fué el de Marte mejor.
Esta gran casa fundó
Cosme de Médicis.

BELARDO.

¡Qué hombre!
¡El mundo dél se admiró!

ROSELO.

¡No se olvidará su nombre!

LUCINDO.

¡Qué bien le conocí yo!

ROSELO.

¿Para qué se labra aquí
Esta insigne fortaleza?

LUCINDO.

Alejandro quiere así
Asegurar su cabeza.

ROSELO.

Pues ¿tiene enemigos?

LUCINDO.

Sí;
Que la virtud soberana
Nunca deja de seguilla
La envidia fiera inhumana.

BELARDO.

¿Esta casa es maravilla?
Deleite es Villacayana.

LUCINDO.

Ésa labróla Laurencio
De Médicis.

ROSELO.

Dad silencio,
Que sale el Gran Duque á misa.

LUCINDO.

Poco en la Real divisa
Del griego se diferencia.

Sale el duque Alejandro, con guardas, y Celio.

ROSELO.

Agora puedes llegar;
Atraviésate á sus pies
Y no le dejes pasar.

LUCINDO.

¡Señor! ¡Ah, señor!

ALEJANDRO.

¿Quién es?

LUCINDO.

Yo soy, que te quiero hablar.
Si jamás, señor, tuviste
Lástima á algún hombre triste,
Huérfano y desconsolado,
Tenla de mí, que he llegado
Á un mal que jamás oiste.

La pobreza deste viejo,
La desventura y lealtad
En tanta edad, sin consejo,
No apartes tu autoridad
De que les sirva de espejo.
Mírame, y verás en mí
Un agravio que me han hecho,
Y también es contra ti,
Que llamado de tu pecho,
Osé llegar hasta aquí.
Tu justicia acostumbrada,
Y tu virtud, no es posible
Que no levante la espada,
Con que maldad tan terrible
Pueda quedar castigada.
Que si se disimulase,
Y sin castigo quedase,
No hay duda de que otra gente
Se atreviese hasta tu frente,
Y della el laurel quitase.

ALEJANDRO.

Buen viejo, apártate aquí,
Donde los que me acompañan
No te oigan.

LUCINDO.

Harélo así.

ALEJANDRO.

¿En qué lágrimas se bañan
Tus barbas?

LUCINDO.

¡Triste de mí!

ALEJANDRO.

Amigo, aunque las culpas y delitos
Graves y de importancia, es justa cosa
Castigallos en público, mil veces
De la improvisa furia pesa al príncipe,
Porque el pecado es natural al hombre,
Y si tomarse dél enmienda puede
Sin la severidad del grave escándalo,
Y no excediendo de las leyes lícitas,
Parece que el jüez le da más crédito.
Esto te he dicho, porque en tus palabras
Me ha dado á sospechar que te ha ofendido
Alguno de mi casa, y no querría
Afrentarlos en público, pudiendo
Castigar en secreto su delito.
Dios puso por pastores á los príncipes
Para que guarden, velen y reparen
La más ínfima plebe, no sufriendo
Que el poderoso y rico los agravie.
Dime aquí, sin que nadie nos entienda,
De qué te quejas, y la causa.

LUCINDO.

Escucha,
Sabrás lo que es, y que la causa es mucha:
Sobre las aguas del río
Que por la ribera corre
Desta famosa ciudad,
Tu patria y de tus mayores,
Famoso duque Alejandro
De Médicis, cuyo nombre
Vive, á pesar de la envidia
De lenguas, en mil naciones,
Tengo un molino, en que vivo,
Con ovejas, dos pastores,
Hacienda de mis abuelos,
¡Qué mayorazgo tan pobre!
Seguí mozuelo las armas,
Los romanos atambores,
Antes que pasase á Francia
Carlos á los españoles.
Guiábame la virtud,
Y el natural retiróme,
Adonde colgué la espada,
Y troqué el laurel en roble.
Caséme, y tuve una hija;
Murió su madre, y quedóme
Por gobierno y compañía,
Aunque con años catorce.
Fué creciendo en la virtud
Y en los años, cuyos loores
No te digo por ser padre;
Que dirás que son conformes.
Ya que estaba en buena edad
Para casarla, se opone
Mi desdicha á su virtud.....

Llora.

ALEJANDRO.

Prosigue, amigo, no llores.

LUCINDO.

Cerca de aqueste molino
Labró un caballero noble
Una casa de placer,
Casi á la mitad del bosque.
Apenas oso decirte
El nombre, porque es el hombre
Que más quieres en tu casa
Y más estima tu corte.
Pero, pues es tan forzoso,
Si las señas no conoces,
César se llama, en quien cesa
De los Césares el nombre.
Salió á la caza, señor,
Este César por los montes,
Ya con los ligeros perros,
Ya con los pardos halcones;
Y alguna vez que por dicha
Topó con Laura en las flores
De un prado, que de unas peñas
Las vertientes aguas coge,
Se enamoró de tal suerte,
Que procuró desde entonces
Vencerla con sus regalos,
Moverla con sus razones.
Mas viendo que era imposible,
Y que el oro y seda en cofres
Era contrastar con vidros
De su honestidad las torres,
Con sus criados y amigos
Vino á mi casa una noche,
Con más armas y arcabuces

Que si los quitara á Londres;
Y de mis brazos, que ya
Sus secos nervios encogen
La fría sangre en las venas,
Aunque corazón me sobre,
Me robó mi amada hija
Con tan infames razones,
Que á mí me daba dinero,
Y á Laura marido y dote.
Asíase la cuitada
Á mis brazos, dando voces,
Para que fuesen mis canas
Sagrado de sus traiciones.
Pero cual suele el villano
Que con la segur de un golpe
Derriba el olmo y la yedra,
Así nos aparta y rompe.
Llevómela de mis brazos,
Gran Alejandro, y llevóme
El alma y el honor mío,
Y á su castillo se acoge.
Mira tú si has visto padre
Con más tristes ocasiones
De dolor y desventura
En tan notable desorden.
Junté mi pobre familia
Con armas y petos dobles,
Mohosas lanzas y espadas,
Que el largo tiempo corrompe;
Y en allegando á sus puertas,
Á las ventanas se ponen,
Y quizá por espantarnos
Ponen al hombro las voces
Y tiran tres arcabuces,
Á quien el eco responde,
Cuyo plomo, si le había,
No quiere Dios que nos tope.
Yo, viéndome sin remedio,
Dejo el robo y los traidores,
Y echándome en aquel suelo,
Pienso abrir su centro á voces.
Pasé dos días así,
Y el ver que hay Dios levantóme
Una noche al cabo dellos,
Y cerco la casa y monte,
Donde á mis tristes suspiros,
Acaso, no sé por dónde,
Laura dijo: «Padre mío,
Ya que este villano torpe
Satisfizo sus deseos
Atada y muerta, no enojes
Al cielo. Pues en la tierra
Hay príncipes y señores,
Vete á los pies del Gran Duque;
Y porque el caso disforme
No pienses que es por mi culpa,
Esos cabellos recoge.»
Arrojóme los cabellos,
Que con sus manos feroces
Se arrancó Laura llorando,
Y díjeles mil amores;
Besélos, y en mi arrugado
Pecho los puse, y sirvióme
De pítima su sustento,
Que me faltaba tres noches.
Vine desde allí á tus pies
Para que venganza tome,
Y para aqueste castigo
De laurel tu frente adorne.

ALEJANDRO.

Buen viejo, no te aflijas, que contigo
Tengo el crédito justo, que este agravio
Tendrá presto el castigo que merece.
Mas guárdate, no sea que levantes
Á César este grave testimonio,
Y me obligues á cosas que te cueste
Quitarte la cabeza de los hombros,
Porque César es hombre bien nacido,
Bienquisto de mi casa y de mi corte,
Y con fama de casto y venturoso;
Pero siendo verdad, no pongas duda;
Que no te quejarás de que Alejandro
No te hizo justicia.

LUCINDO.

Señor mío,
El caso es cierto, y para prueba basta
Que tenga allá mi hija; Vuestra Alteza
Puede enviar jüez, siendo servido,
Y verá que es verdad.

ALEJANDRO.

Pues vete luego
Á tu casa, donde hoy seré tu huésped,
Y allí, sin falta, comeré contigo,
Y guárdate, no digas esto á nadie.

LUCINDO.

Guárdete el cielo. Vamos, hijos míos.

BELARDO.

¿Qué has negociado?

LUCINDO.

Oiréislo en el camino.

Vanse Lucindo, Roselo y Belardo.

CELIO.

¿Qué te quieren, señor, estos villanos?

ALEJANDRO.

Hame dicho aquel viejo que en su tierra
Anda un gran jabalí que le destruye
Su hacienda, y con mil lágrimas me pide
Que solamente..... Haz, Celio, por tu vida,
Que mientras oigo misa ensillen.

CELIO.

Creo
Que le dieras albricias al villano.

ALEJANDRO.

¡Así, César traidor! Agora entiendo
La causa deste mal, y lo que había
Para dejar de hacer el casamiento
Que os estaba tan bien; pues estad cierto
Que no venza mi amor vuestra malicia,
Ni en los Médicis falte la justicia.

Vanse.

Salen Dantea y Doristo.

DANTEA.
¿Por dónde la has hablado?
DORISTO.
Por detrás de su jardín,
Entre unas matas echado,
Porque allí fuera mi fin
Si fuera de alguno hallado.
DANTEA.
¿Qué tal está?
DORISTO.
Sin sentido;
No la hubiera conocido
Por la cara tan feroz
Que allí tiene, si la voz
No me tocara al oído.
DANTEA.
¿Qué te dijo?
DORISTO.
Mil tristezas,
De mil lágrimas bañadas,
Á quien hasta las durezas
Destas montañas peladas
Ablandaran sus ternezas.
Contóme cómo la había
Aquel tirano forzado,
Y cómo se defendía.
Yo, enamorado turbado,
Más lloraba que entendía.
Dijo que estaba encerrada
En un aposento.
DANTEA.
Acaso
Estará dél olvidada,
Porque es el segundo paso
De toda mujer gozada.
En la iglesia dijo el cura,
Doristo, que, cuando Amón
Gozó, con fuerza perjura,
De su hermana y de Absalón,
Que fué Tamar (1) la hermosura,
De suerte la aborreció,
Que ella mucho más sintió
Que la echase aborrecida,
Que la honestidad perdida,
Aunque al alma le llegó.
Y así pienso que estará
Laura aborrecida ya
Dese Florentín Tarquino.
DORISTO.
¿Quién viene por el camino?
DANTEA.
No llames, que cerca está.
DORISTO.
Si no me engaña, Dantea,
Esa rama de taray.....
DANTEA.
No es señor; para bien sea.

(1) *Tomar*, por errata, en la primera edición.

Salen Lucindo, Roselo y Belardo.

LUCINDO.
¡Dantea!
DANTEA.
Muesamo, ¿qué hay?
LUCINDO.
Lo que es bien que el mundo crea
De tal Príncipe y señor,
De un Médicis, en efeto,
Donde es tan propio el valor.
BELARDO.
¡Qué Príncipe tan discreto!
ROSELO.
¡Qué santo legislador!
LUCINDO.
Ya viene á comer aquí.
ROSELO.
Sólo diz que quiere entrar.
LUCINDO.
Aunque labrador nací,
De comer le quiero dar.
DANTEA.
¿Decíslo de veras?
LUCINDO.
Sí.
Vé, por tu vida, Dantea,
Y adereza algo que coma,
Como con presteza sea.
DANTEA.
Muestra aquesas llaves.
LUCINDO.
Toma,
Y coma al uso de aldea.

Vase Dantea.

BELARDO.
Su nobleza, padre, es tal,
Que se hallará entre el sayal
Y comerá á nuestra mesa.
LUCINDO.
De que no tengo me pesa
Hoy de Alejandro el caudal.
Sacad una mesa aquí,
Con los manteles mejores.

Va Doristo por la mesa.

¿No canta Tirrena?
ROSELO.
Sí.
LUCINDO.
¿Y Lauso?
ROSELO.
También.
¡Que ignores.....
BELARDO.
Deso me espanto.
LUCINDO.
¡Ay de mí,

Estoy sin entendimientol

BELARDO.

Lucindo, mostrad contento,
Y verá el Duque mejor
Que tenéis honra y valor,
Y que hacéis su mandamiento.

LUCINDO.

Bien decís, porque ninguno
De los que vienen con él
Sabe mi mal importuno;
Está la venganza dél
En que no lo sepa alguno.

Saca Doristo una mesa muy pobre.

ROSELO.

Aquí ya la mesa está.

LUCINDO.

¡Qué pobreza!

DORISTO.

¿No está limpia?
¿Qué pena, Lucindo, os da?

ROSELO.

Por aquel pie se columpia.

LUCINDO.

Ponle un canto.

ROSELO.

¡Bien está!

LUCINDO.

¿Toallas?

Ponen unos manteles y servilletas toscas.

BELARDO.

No son sencillas;
Pero son de Laura y tuyas.

LUCINDO.

¿Hay silla?

Saca una silla de costillas, mala.

DORISTO.

La de costillas.

ROSELO.

Tendrá en el aire las suyas,
Si acá no hay bordadas sillas.

LUCINDO.

¿Habrá principio?

DORISTO.

No sé;
Legumbre es nuestro principio.

ROSELO.

En tus alientos se ve.

BELARDO.

Comerá Doristo un ripio,
Como entre alcorzas esté.

DORISTO.

Vos, en adobo, un jumento.

LUCINDO.

Eso sí; mostrad contento.

BELARDO.

¿Qué mayor se ve, ni alcanza,
Que el día de la venganza?

LUCINDO.

El cielo sabe el que siento.

DORISTO.

Rüido de gente suena,
Que del molino el rüido
Encubre.

LUCINDO.

¡Sea enhorabuena!

ROSELO.

¡Señor, el Duque ha venido!
Tu venganza el cielo ordena.

BELARDO.

Él entra.

Salen Alejandro, Duque, y gente de guarda, y Celio, de caza.

LUCINDO.

¡Oh, heroico señor!
¡Qué inmortal ha de vivir
Mi casa con tu valor,
Que veo de grandeza hinchir
Con las obras de tu honor!
El río corre más fuerte;
Sospecho que viene á verte,
Y como en las ruedas toca,
Á música les provoca
Por donde sus aguas vierte.
Todas estas alamedas
Parece que están cantando,
Á imitación de las ruedas,
Porque dice el viento blando
Que no están las hojas quedas.
Por este monte vecino
Resuena el monte un divino
Acento á las aves junto,
Llevándolas contrapunto
La citera del molino.
Trigo vierten los graneros
Ya sobre las tolvas blancas:
Todos estos molineros
Se han puesto vestidos blancos (1)
Por venir de fiesta á veros.
Mirad bien cómo pasáis,
Que os tiñiréis con la harina;
Pero no, que ya lo estáis
De la grandeza divina,
Que hoy á los Médicis dais.
Si queréis de nuestro oficio
Parte, altísimo señor,
Tomad aqueste ejercicio,
Porque tenga más valor
Lo que sabéis que codicio.
Que este río hacerme obligo
De cristal sus arboledas,
De esmeraldas, como digo,
Y moleré en estas ruedas
Aljófar en vez de trigo.

(1) Falta la rima.

ALEJANDRO.
Buen huésped, yo estoy contento
De tan buen acogimiento;
Que estas humildes cabañas,
En tus sinceras entrañas
Hacen un rico aposento.
Ya que en tu molino ves
Mi persona, es bien que al doble
Te estimes.

LUCINDO.
Beso tus pies.

ALEJANDRO.
Para que en noble á algún hombre
Puedas igualar después,
¿Cuándo iremos á buscar
Aquel fiero jabalí?

LUCINDO.
Aun no acabas de llegar;
Descansa, señor, aquí,
Pues te deja descansar;
Que no se nos puede ir.

ALEJANDRO.
¿Eso habemos de temer?

LUCINDO.
Ha hecho para dormir
Cama de yerba y placer.

ALEJANDRO.
Pues yo le sabré seguir,
En caso que se levante.

LUCINDO.
Metió una cierva, señor,
En su casa el arrogante,
Y con extraño furor
La deshizo en un instante.

ALEJANDRO.
Pues si él tiene qué comer,
No saldrá de su acogida.

LUCINDO.
Allí le puedes coger.

ALEJANDRO.
Costarle tiene la vida,
Ó yo no tendré poder.

LUCINDO.
Justo parece, en verdad;
Que nos come nuestra hacienda.

ALEJANDRO.
¡Que este villano me entienda
Y hable con tal propiedad!
¡Oh fuerza del santo honor!

LUCINDO.
Pienso que os diera dolor
La ciervecita que mata.

ALEJANDRO.
¡Qué bien de su historia trata!

LUCINDO.
Del bosque fué la mejor:
Blanda, tierna, humilde y mansa.

ALEJANDRO.
Coma agora, que no importa,
Mientras mi fuerza descansa.

LUCINDO.
Si este cuello el Duque corta,
Grandes tiranos amansa.
Sentaos, señor, á comer
En aquesta pobre mesa.

ALEJANDRO.
Yo lo he mandado traer;
Mas de mandarlo me pesa,
Pudiéndolo vos tener;
Que fué poner en un hombre
Tan honrado mal conceto.

LUCINDO.
La bajeza de mi nombre
Os hizo á vos tan discreto.

ALEJANDRO.
¿Á quién hay que éste no asombre?
No entre, Celio, la comida;
Vuélvase á la gente allá.

CELIO.
Estaba ya apercibida.

ALEJANDRO.
Del huésped la mesa está
Antes desto proveída.

CELIO.
¿Meterán un par de platos?

ALEJANDRO.
Tampoco aquí he de comer;
Que tener aquesos tratos
Con quien esto sabe hacer,
Es de huéspedes ingratos.
Sentaos, buen viejo.

LUCINDO.
Señor,
Yo he de servir de rodillas.

ALEJANDRO.
Yo os quiero hacer este honor;
Tengamos iguales sillas,
Que habéis menester valor.

LUCINDO.
Gran señor.....

ALEJANDRO.
No repliquéis,
¡Así la presa gocéis
De aquel jabalí arrogante!

LUCINDO.
Llevando esa luz delante,
Vencido me le daréis.

ALEJANDRO.
Sentaos.

Siéntase en un banquillo.

LUCINDO.
Ya, señor, me asiento,
Mas no con atrevimiento,
Ni el alma arrogancias fragua,
Que era de un molino de agua
Hacer molino de viento.

ALEJANDRO.
¡Qué entendido labrador! (Aparte.)

LUCINDO.

Comed de aquesta pobreza
Ya que gustáis, gran señor,
De cifrar vuestra grandeza
Con hecho de tanto amor.

ALEJANDRO.

¿Qué hay debajo de este plato?
¿Es papel?

LUCINDO.

Gran señor, sí.

ALEJANDRO.

¡Buen principio!

LUCINDO.

Aunque no trato
Desto, por principio os dí
Desta virtud un retrato.

Abre Alejandro el papel y léele.

ALEJANDRO.

«El principio de la comida del buen Príncipe, es la consideración de que quien eligió de sus súbditos, esté á semejantes horas con hambre de justicia.»

¡Buen principio! Yo le tomo
Por tal, y este día le quiero
Si así mis descuidos domo.
Pensé que era molinero,
Con un filósofo como.
Alejandro vino á ver
Á Diógenes un día,
Y hoy lo mismo vino á ser,
Y desta filosofía
Tengo mucho que aprender.
¿Qué gente es ésta?

ROSELO.

Han venido
Á dar placer á Su Alteza.

ALEJANDRO.

¿Cantan?

ROSELO.

Lo que han aprendido
Deste bosque en la aspereza.

ALEJANDRO.

En todo discreto ha sido.
Tengo notable afición
Á la música.

ROSELO.

Tirrena,
Cantad alguna canción
Mientras comen norabuena
Júpiter y Filemón.

Cantan los músicos, que han de haber salido cuando se asienta á comer el Duque.

MÚSICOS.

El blanco pecho desnudo,
Entre las pequeñas sierras
Que del medio levantadas
Forman una blanca senda,
Con una sangrienta daga
Que la esmalta y atraviesa
De rubíes y crueldad,
Está la casta Lucrecia.
Mirándola estaba Roma,
Levantada su cabeza,
De sus siete montes altos
Coronada su soberbia.
El Tibre, padre de Remo,
Llorando lágrimas tiernas
Quiere anegar la ciudad
Por satisfacer su afrenta.
¡Oh, Lucrecia desdichada,
Que si en el tiempo nacieras
Deste famoso Alejandro,
Gran Médicis de Florencia,
No te mataras así,
Pues era cosa muy cierta
Que él vengara tus agravios,
Y tú con honra vivieras!

ALEJANDRO.

¿También por acá se sabe
Esta historia?

LUCINDO.

Sí, señor.

ALEJANDRO.

Tras un principio suave,
Filósofo labrador,
Tomo un ejemplo tan grave.
¡Por mi fe, que la comida
Me ha de entrar en buen provecho!

BELARDO.

Trae postre.

LUCINDO.

Que os pida,
Ya de mi honor satisfecho,
Sea de vos bien recebida,
Desatino me parece,
Siendo vos, señor, aquel
Que esta humildad engrandece.

DORISTO.

Aquí hay postre.

ALEJANDRO.

Y un papel
Por postre también se ofrece.

Toma el papel Alejandro y léele.

«El postre de la comida del buen Príncipe, es que á tales horas todos sus súbditos estén satisfechos de sus agravios.»

No comeré yo jamás
Que desto haya algún quejoso.

Sale Dantea.

DANTEA.

Dos ciervas, si no son más,
Por este bosque frondoso

Van dejando el aire atrás.
Por la ventana las vi
Que cae al río, señor.

ALEJANDRO.

Pues alto; vamos de aquí;
Que á vueltas deste rumor
Se cazará el jabalí.
¿Quién es esta labradora?

LUCINDO.

Mi sobrina, á tu servicio,
Que ha hecho por Laura agora
De cocinera el oficio.

DANTEA.

Eso, Lucindo, os desdora;
Mas ya que el señor lo sabe,
Le suplico me perdone
Las faltas.

ALEJANDRO.

¡Buen rostro!

CELIO.

Grave.

ALEJANDRO.

Yo, porque presto se abone
Cuanto en esta casa cabe,
Tomad vos esta cadena
Para que cuando volvamos
Tengáis guisada la cena.

DANTEA.

No para que te sirvamos,
Para atarnos será buena.

ALEJANDRO.

Todos saben responder.
Tomá esta sortija vos
Por la canción.

MÚSICO.

Al volver
Oiréis, gran Príncipe, dos
Que os darán mucho placer:
Una de vuestros pasados
Cuando vinieron de Grecia,
Y otra de sus esforzados
Hechos, que hoy la fama precia,
De su valor aumentados.

ALEJANDRO.

¿Adónde está por aquí
La casa de César?

BELARDO.

Cerca.

ALEJANDRO.

Pues pasemos por allí.

ROSELO.

Detrás está esta barraca (1).

ALEJANDRO.

¡Que yo en mi vida la vi!

LUCINDO.

De camino la veréis,
Gran Duque, que no es muy tarde.

ALEJANDRO.

Guiadnos vos, pues sabéis.
Huésped, nada os acobarde,
Que hoy al jabalí tendréis.

LUCINDO.

Vuestros perros harán presa.

ALEJANDRO.

Bien les valdrá la carlanca.

LUCINDO.

Por la corcilla me pesa,
Que era como nieve blanca,
Y de manchalla no cesa.

Vanse todos, y salen César y Laura.

CESAR.

Alza los ojos, no hagas
Fáciles los imposibles,
Mira que su luz estragas
Ya con tres cosas terribles;
Mal mi amor, Laura, me pagas.
Habrá estrellas en el suelo
Si dél no quitas los ojos;
Rompe de la noche el velo
Destas lágrimas y enojos;
Serene el arco su cielo
Y pase tu tempestad,
Y toda mujer se esfuerza
De hacer la necesidad
Virtud, porque tras la fuerza
Se rinde la voluntad.
Yo te obligué con la mía,
Con regalos, con promesas;
Tú siempre rebelde y fría
A un hombre que otras empresas
Altas en los pies tenía.
Pues viendo yo que por ti
No servía al Duque un hora,
Ni estaba en Corte ni en mí,
Y que una noble señora
Con un grado te perdí,
Y que vine á quedar loco
De tu desdén, hice acuerdo
Con quien tú estimas en poco,
Y con su consejo cuerdo
Á esta fuerza me provoco.
Con lo cual tomó venganza
De tu aspereza mi amor:
Esfuerza tu confianza;
Que te pagaré mejor
Que tú tienes la esperanza.
Este Teodoro es un hombre
De virtuoso renombre,
Muy de bien, muy bien nacido;
Éste será tu marido,
Porque mi bondad te asombre.
Daréte dos mil ducados,
Viviréis en esta casa
De mi hacienda regalados,
Donde él mejor que un rey pasa
Los veranos abrasados.
Tendréis doscientos y más
De salario aquí los dos;

(1) Falta la rima.

Si tú sospechosa estás,
No me olvidaré ¡por Dios!
De tu remedio jamás.
Y aquí podré yo gozarte
Sin que falte al Duque, un día
Que venga á holgarme y hablarte.
¿No es verdad, Laura?

LAURA.

Desvía.

CÉSAR.

Mi vida, quiero abrazarte.

LAURA.

¡Suéltame, infame, grosero;
Que si hasta aquí procediste
Como vil tirano fiero,
En lo que agora dijiste,
Como falso caballero!
¿Parécete ¡por tu vida!
Que una fuerza resistida
Con tan heroico valor
Se verá á dueño menor
Eternamente rendida?
Conténtate de haber sido
Quien con violencia tan loca
Venció mi honor resistido;
No me deshonre tu boca
Con darme ese vil marido;
Que yo, puesto que no quieres,
Te tendré en ese lugar;
Tú solo, César, lo eres,
Pues me pueden consolar
Otras burladas mujeres.
Y no te doy este nombre
Porque te haya amor cobrado;
Que antes, para que te asombre
El rigor que has aumentado,
Aborrezco hasta tu nombre.
Y si, por necesidad,
Por algún resquicio había
Entrado en mi voluntad
Amor, ya salió este día
Con mayor velocidad.
¿Yo marido? ¿Yo en tu casa?
¿Yo en tu casa? ¿Yo tu amiga?

CÉSAR.

Eso de límite pasa
Y razón.

LAURA.

¿Quieres que diga
Que quien me goza me casa?

CÉSAR.

¿Y es malo?

LAURA.

Sí, que no veo
Disculpa en eso, ¡traidor!,
Sino cansarse el deseo,
Trocarse el odio en amor,
Lo que ya del tuyo creo.
¿Qué más aborrecimiento
Que casarme? Mas tenéis
Todos ese bien violento,
Porque luego aborrecéis
Tras el primero contento.

CÉSAR.

¿Yo aborrecerte, mi vida?
¡Ea, Laura; ea, mi bien!

LAURA.

¡Suéltame, infame, homicida
De mi honor!

CÉSAR.

¿Tanto desdén?
Habla bien, si eres servida,
Que me gastas la paciencia.

LAURA.

¿Respuesta esperas honrada?

CÉSAR.

Sí, que hay mucha diferencia,
Porque una mujer gozada
No tiene tanta licencia.

LAURA.

Antes sí, porque el agravio
Hace al más honesto labio
Que se descomponga y mueva,
No á quien con gusto le lleva.

Entra Otavio.

OTAVIO.

¡Caso extraño!

CÉSAR.

¿Qué hay, Otavio?

OTAVIO.

Viniendo el Duque á cazar,
Á vuestra quinta ha llegado.

CÉSAR.

¿Quiere adelante pasar?

OTAVIO.

No, porque si ya no ha entrado,
Debe de querer entrar.

CÉSAR.

¿Qué haré?

OTAVIO.

¿De qué os turbáis?

CÉSAR.

¿Esconderé á Laura?

OTAVIO.

Sí.

Entra Carlos.

CARLOS.

¡Qué descuidados estáis!

CÉSAR.

¿Cómo?

CARLOS.

Alejandro está aquí.
Señora, ¿cómo no os vais?

LAURA.

¿Qué me vaya? Que me place.

CÉSAR.

Detente, que bueno fuera
Que la viera el Duque; y hace

Extremos que la entendiera.

CARLOS.

Todo es honra.

OTAVIO.

Deso nace.
Escondedla.

CÉSAR.

Este aposento
Es para ello acomodado.
Entra presto.

LAURA.

¡Ah cielo, atento
Á mi mal! ¿Si habrá llegado
Ya tu castigo violento?

CÉSAR.

Entra, y apenas respires
Aunque arder el mundo mires.

OTAVIO.

Laura, ni tosas ni hables.

CÉSAR.

¿Qué sucesos hay?

OTAVIO.

Notables.

CARLOS.

No te aflijas.

OTAVIO.

No suspires.

Vase Laura.

Salen Alejandro, Celio, Lucindo, Roselo, Belardo, Doristo, Dantea, Teodoro y gente de guarda.

ALEJANDRO.

¿Y está César aquí?

TEODORO.

Sí, señor mío.

ALEJANDRO.

¿Y ha mucho?

TEODORO.

Habrá seis días.

OTAVIO.

Llega, César.

CÉSAR.

Señor, ¿vuestra grandeza honra esta casa?

ALEJANDRO.

¡Oh César! Yo os prometo que ella puede
Honrar á cualquier príncipe que ponga
Los pies en ella.

CÉSAR.

Por merced tan grande,
Señor, me dé los suyos Vuestra Alteza.

ALEJANDRO.

Heme holgado de ver tantas pinturas,
Tan ricas salas, tan bien hechas cuadras,
Tan bien acomodados los retretes;
Tiene gentil portal, y esas ventanas
Prometen un bellísimo horizonte
Á los ojos que miran los jardines.

CÉSAR.

La pintura, señor, es extremada;
La casa pobre, aunque en alegre sitio;
De Michael Ángel son aquellos cuadros,
Y del Tiziano aquella Filomena,
Que, forzada, se queja de Tereo.

ALEJANDRO.

Ésa miré con atención un rato.
¡Qué fiero está Tereo, y qué quejosa
La bella Filomena!

LUCINDO.

Allá, en lo lejos,
Se queja bien á Pandïón, su padre.

ALEJANDRO.

¿También sabéis de historias vos, buen viejo?

LUCINDO.

Como soy padre, aficionéme luego
Á la persona de aquel Rey quejoso,
Viendo cómo ha sentido el ver su hija
En poder de un tirano.

CÉSAR.

Razón tuvo,
Que era Rey en efecto.

LUCINDO.

Aunque Rey fuera
Entonces, como yo tosco villano,
Sintiera con igual dolor su afrenta.

ALEJANDRO.

Tiene razón, porque la honra, César,
Es de tal condición, que hasta las fieras,
Hasta los más salvajes animales,
La estiman y agradecen á los cielos.
El blanco cisne el adulterio venga,
Y el león de Albania le castiga, y mata
Á la leona si su afrenta huele;
Y por eso se lavan las leonas
Cuando han cometido aquel delito (1).
¿No tienes vidros en aquesta casa?

CÉSAR.

Perdióseme la llave de un retrete
Donde pudiera acaso Vuestra Alteza
Hallar algunos que le dieran gusto.
¿Dónde has comido?

ALEJANDRO.

Aquí comí, en el campo.
Abran ese retrete, ¡por tu vida!

CÉSAR.

Yo me holgara, señor, que hubiera llave.
¿Cuándo se irá á Florencia Vuestra Alteza?

ALEJANDRO.

Hoy me pienso partir; mas mira, César,
Que quiero ver aquestos vidros tuyos.

CÉSAR.

¡Hola! ¿Tienes la llave?

TEODORO.

Hase perdido.

CÉSAR.

Otro día, señor, que á honrarme vengas,
Los sacarán á aquesta sala todos.
¿Quieres ver los jardines?

ALEJANDRO.

¡Abran, César,

(1) No consta el verso.

Este retrete!

OTAVIO.

Aquesto va de veras.

ALEJANDRO.

¡Ábranle, por mi vida, y no me enojes!

CÉSAR.

Sin llave, ¿cómo?

ALEJANDRO.

Con romper la puerta.

CÉSAR.

Quebraránse, señor, algunos vidrios.

ALEJANDRO.

No importa, que ya alguno está quebrado.

OTAVIO.

César, callar y oir es lo que importa.
¿No ves que viene aquí de Laura el padre?

CÉSAR.

Señor, ¿quiéresme oir?

ALEJANDRO.

Di lo que quieres.

CÉSAR.

Cuando viniste estaba entretenido
Aquí con una dama de Florencia;
Por tu repeto la escondí; no gustes
Que aquí la vea toda aquesta gente.

ALEJANDRO.

César, hombre soy yo, y todos son hombres;
Abre, que no se espanta deso nadie.

CÉSAR.

Tú gustas, quiero abrir: vergüenza tengo.

CARLOS.

Hoy temo al Duque.

OTAVIO.

Y yo le temo, Carlos;
Que en el rostro le he visto nuestra pena.

CARLOS.

Pienso que el cielo esta venganza ordena.

Sale Laura muy triste.

LAURA.

Invictísimo Alejandro,
Segundo del nombre en Grecia,
Donde tus Médicis nobles
Traen su ilustre descendencia;
El primero en el valor
Que de tal abuela hereda,
Y de tan famosos padres,
Que dieron gloria á Florencia:
Ved con piedad, que es tan propia
De vuestras entrañas mesmas,
La mujer más desdichada
Y con mayor inocencia.
Laura soy, invicto Duque,
Y éste que á vos me presenta,
Es mi viejo honrado padre,
Noble, aunque de humildes prendas.
Él con lágrimas amargas
Que sus blancas canas riegan;
Yo con las que veis de sangre
De mi honor y mi vergüenza.
Duélaos su cara afligida,
Y mi edad, señor, os duela,
Porque entre vuestras hazañas
La presente resplandezca.
No pido ya á un padre pobre
Que me vengue desta afrenta
Contra un hombre poderoso
Y en una campaña yerma,
Sino al Príncipe, y á vos,
Que nos ampara y gobierna,
Que vos sois padre y señor,
Os toca vengar mi afrenta.
Paréceme, excelso Duque,
Que ni más notables muestras,
Ni lágrimas más amargas,
Ni más lastimosas quejas,
Os pueden dar mi dolor;
Mirad bien en mí y en ellas
Una música acordada
De dos voces y mil penas.
Mirad al alto Señor
Puesto en la mayor bajeza,
Y el contrabajo contento
Que en cualquier punto disuena.
Pobre soy, mas soy honrada;
Laura humilde, pero honesta;
Justicia, Alejandro noble,
Aunque injusticia parezca.
Amáis á César, y es justo;
Pero si os ofende César,
No consintáis, gran señor,
Que quien os ama os ofenda.

ALEJANDRO.

César, ¿qué disculpa das
De esta maldad, desta ofensa?
Mas ¿cómo has de dar disculpa
Que no es posible tenerla?
Antes que digas palabra
Sé la historia, y porque entiendas,
Carlos y Otavio, que vengo
Á esto sólo de Florencia,
Llamadme de aquesas guardas
Quien más ancha espada tenga;
Que á los tres en esta sala
Haré cortar las cabezas.

CARLOS.

Señor, ¿cuando César dijo.....

ALEJANDRO.

No hay aquí César; ya cesa
Su amor con este delito;
Éste es fin de esta tragedia;
Los tres habéis de morir.

CÉSAR.

Pues, señor.....

ALEJANDRO.

¡Brava insolencia!
¿Tú hablas? ¡Venga un verdugo!

CÉSAR.

¿Sin oir? ¡Crueldad es ésta!

ALEJANDRO.

Pues ¿qué más tengo de oir?

Oigo tanto, que quisiera
Ser sordo, por no escuchar,
Traidor, infamias como ésta.
¿Merecíate mi amor,
Y aquella hazaña, en que llega
Á vencerse de sí misma
De mi valor la excelencia;
Aquel darte á quien tú sabes,
Que al fin con sospecha queda
De mi amor y voluntad,
Esta vil correspondencia?
¿Así á las hijas de pobres,
Que, porque no tienen fuerza,
Las ampara mi persona,
Las han de afrentar las vuestras?
¡Ah mis vasallos, traidor!

LUCINDO.

Señor, si ella se contenta
De que sea su marido,
¿Permitiréis que lo sea?

ALEJANDRO.

No sé yo si ella querrá;
Pero como ella consienta,
Daréle á mi César vida
Para que servirla pueda.

LAURA.

Señor, por no ver morir
Á un hombre con tanta afrenta,
Satisfaciendo la mía,
Le perdonaré la deuda.

CARLOS.

César, responde que sí.

OTAVIO.

Respóndela que sí, César;
Que el Duque no hablara así
Si no es que así lo sintiera.

CÉSAR.

Señor, ¿no basta dotarla?

ALEJANDRO.

Eso has de hacer, y con ella
Te has de casar.

CÉSAR.

Pues ¿dotarla
Y casarme?

ALEJANDRO.

¡Bien te quejas!
Dotarla, por si murieres
Sin heredero, en treinta
Ó cuarenta mil ducados.

CÉSAR.

¡Qué rigurosa sentencia!
¿Á una mujer que no es noble?

ALEJANDRO.

¿Cómo no? Llana es la prueba,
¡Vive el cielo! que su padre
Come conmigo á mi mesa.
Pues, según esto, si tú,
César, me sirves en ella,
Y él en ella está sentado,
Él te hace diferencia.

CÉSAR.

¿Á tu mesa?

ALEJANDRO.

Hoy en su casa.
No repliques.

CÉSAR.

Laura bella,
Dadme esa mano; y á vos
Os pido, padre, las vuestras.

ALEJANDRO.

También has de dar al viejo,
Porque descanse en su tierra,
César, quinientos ducados
De lo mejor de tu renta.

CÉSAR.

Digo, señor, que lo haré.

ALEJANDRO.

Y guárdate de que sepa,
César, que la tratas mal;
Que la cabeza te queda.

CÉSAR.

Yo la serviré, señor.

ALEJANDRO.

Vosotros, aunque pudiera
Castigaros, sólo quiero
Que no estéis más en Florencia.

CARLOS.

Guárdete el cielo, gran Duque.

OTAVIO.

Larga vida te conceda.

BELARDO.

Perdí mi cierta esperanza,
Mas no importa que se pierda.
Parabién te damos todos.

ROSELO.

Tu gusto á Roselo alegra.

DORISTO.

Parabién te da Doristo.

DANTEA.

Y mil abrazos Dantea.

LUCINDO.

¡Viva el gran duque Alejandro!
Con que da fin la comedia
Del gran Médicis famoso,
Primero Duque en Florencia.

Vanse todos por su orden, con que se da fin á la comedia.

FIN

EL DESDÉN VENGADO

EL DESDÉN VENGADO

(INÉDITA)

ACTO PRIMERO

PERSONAS

EL CONDE LUCINDO. . .	*Fadrique.*	RUGERO, *Rey de Nápoles*	*Juan Bautista.*
TOMÍN, *su criado.* . . .	*Coronel.*	LISENA, *dama.*	*Sra. María.*
FENISO, *caballero.* . . .	*Juan Jerónimo.*	CELIA, *dama.*	*Manuela.*
ROBERTO, *caballero.* . .	*Juan de Bargas.*	EVANDRO, *su padre.*	
LEONARDO, *amigo del Conde.*	*Cosme.*	INARDA, *criada.*	*Vicenta.*

El conde Lucindo; Tomin, criado.

TOMÍN.

Las tres han dado.

CONDE.

¿No ves
Que el Carro nos ha engañado?

TOMÍN.

No ha engañado, pues ha dado
El señor reloj las tres.

CONDE.

¿Señor le llamas?

TOMÍN.

¿Serán
Culpas?

CONDE.

Sí, culparte quiero;
Que da el reloj, majadero,
Y los señores no dan.

TOMÍN.

Bien dices; pero hay también
Señores que saben dar.

CONDE.

No se les puede negar:
Mas dan sin saber á quien.

TOMÍN.

Yo te sirvo, y tus costumbres
Alabo de ti obligado.

CONDE.

¿De qué?

TOMÍN.

De lo que me has dado.

CONDE.

¿Qué te he dado?

TOMÍN.

Pesadumbres.

CONDE.

Cuando te quejes de mí,
Que un pobre título soy,
Tomín, disculpado estoy
Y estará la culpa en ti.
Pero yo, que sirvo á un Rey
De Nápoles, á un señor
Tan grande.....

TOMÍN.

Tanto valor
Corre por la misma ley.
Lo que tú eres para mí
En tus desdichas contemplo,
Mas levantando el ejemplo.

CONDE.

Algo alguna vez te dí;
Pero á mí nunca me ha dado
Sólo un pliego de papel

El Rey.

TOMÍN.

Bien pudiera en él
Cifrar su firma un Estado.
No te lamentes, pues ves
Tantos hombres ingeniosos,
Valientes ó virtuosos,
Con tanta piedra á los pies:
Ello es desdicha con quien
Nace cada cual.

CONDE.

Aquí
Á muchos indignos vi,
Á quien sin causa hacen bien.
Pero cese el murmurar;
Que aun para poder quejarse
Quien sirve, no ha de tomarse
Licencia.

TOMÍN.

Pues ¿qué?

CONDE.

Callar.

TOMÍN.

Al enfermo no le han dado
Licencia para sus quejas;
Pues perdonen las orejas
Y escuchen al desgraciado.
Mas tú no debes de estar
Enamorado en rigor,
Pues solamente de Amor
Quien ama se ha de quejar.

CONDE.

¿No de otra cosa?

TOMÍN.

No, Conde,
En tanto que ama.

CONDE.

Yo adoro
Esta mujer, que el tesoro
De su hermosura me esconde.
¡Ingrata correspondencia,
Injusto premio de amor!

TOMÍN.

En no igualar tu valor
Estará la diferencia.
Toda mujer con su igual
Siempre se ajusta mejor.

CONDE.

Á Celia sobra valor.

TOMÍN.

Celia es mujer principal,
Pero no tan bien nacida
Como tú.

CONDE.

¡Qué necio estás!
Si en eso me vence más.

TOMÍN.

De quién eres se te olvida.

CONDE.

Los ángeles, ignorante,
Tienen principio en el cielo:
Si yo le tengo en el suelo,
No le seré semejante.

TOMÍN.

¿Quién es ángel?

CONDE.

Celia.

TOMÍN.

Ansí;
No había caído en ello.

CONDE.

Ángel, por lo hermoso y bello.

TOMÍN.

Amor es disculpa en ti;
Pero esa comparación
No parece de discreto;
Que Celia es carne, en efeto,
Y ellos espíritus son.
Quien dice carne, no dice
Limpieza; espíritu sí.

CONDE.

Ya viene Leonardo aquí.

TOMÍN.

Y quien tu amor contradice.

Leonardo, con espada y broquel.

LEONARDO.

Si como espada y broquel,
Conde, parece que abona
La defensa en mi persona,
Que ni está en ella ni en él,
Trujera una culebrina
Ó algún cañón de batir,
No pudiera resistir.

CONDE.

Que estoy sin seso imagina;
No me digas desengaños.

LEONARDO.

Necio es, Lucindo, el Amor,
Que con pequeño favor
Sustenta grandes engaños.

TOMÍN.

¡Dímelo, Leonardo, á mí!

LEONARDO.

Digo, que tanto embozado
Á ver esta dama ha entrado,
Que el campo dejé y me fuí.

CONDE.

Como con mala intención
Miras á Celia, las sombras
Hombres embozados nombras.

LEONARDO.

Cuerpos, señor Conde, son;
Que yo no he mirado mal
Á Celia, pero también
Miro más bien á tu bien.

TOMÍN.

¿Hase visto engaño igual?
¿Cómo no ver el engaño?
¡Qué bien dijo el que os llamó
Machos de noria!

CONDE.

Si yo
No doy alma al desengaño,
Es porque estoy en estado
Que apruebo lo que es peor;
Porque temo que mi amor
Se aumente desengañado.
Ahora bien, yo quiero ver
Esos hombres.

LEONARDO.

Ponte aquí.

CONDE.

¿Abrióse la puerta?

LEONARDO.

Sí,
Porque quiere amanecer,
Y abre la del cielo el alba
Con sus manos de marfil.

TOMÍN.

No eres poeta gentil:
El viejo estilo te salva.

LEONARDO.

Pues ¿cómo?

TOMÍN.

Á candor errante
Fulgor hurta si vincula
Día, calza luz, y emula
Horror que afecta brillante.

LEONARDO.

¿Qué dices?

TOMÍN.

Que lo demás
Es mecánica poesía.

LEONARDO.

Yo entendí que hablar sabía.

TOMÍN.

Pues otra lengua sabrás.

LEONARDO.

Señales son del Júicio.
Torre Babilonia es.

CONDE.

Un hombre sale.

LEONARDO.

No des
De tu poco seso indicio.

Feniso, de noche.

FENISO.

Armas de amor, señora, son tus ojos,
Y siendo el resistillas imposible,
En fuego tan hermoso y apacible
Aumente el alma luz, y arda en despojos.
Tu valor, ofendido en mis antojos,
Basta lo que se venga inaccesible;
Que no ser á mis méritos posible,
Seca esperanzas y produce enojos.
Dasme lugar que nunca me le deja
Para llegar al fin, que no se alcanza
Por más que al tiempo la razón se queja.
Y así no espera mi dolor mudanza,
Pues tanto más la profesión se aleja
Cuanto más se me acerca la esperanza.

Váyase.

CONDE.

Fuése.

TOMÍN.

Sin duda venía
Á decir este soneto.

CONDE.

Temió el día.

LEONARDO.

El que es discreto,
Ni aun de la noche se fía.

CONDE.

¿Qué salió de allá?

LEONARDO.

¡Que estés
Tan bárbaro!

CONDE.

Ya no vale
Razón.

TOMÍN.

Quedo, que otro sale.

LEONARDO.

Ya verás que entraron tres.

Roberto entre.

ROBERTO.

Dulce cosa es amor mientras promete;
Fiera cosa es amor si desengaña;
Celos son una cifra en lengua extraña
Que no hay luz de razón que la interprete.
Amor no hay esperanza que no acete;
Con cualquiera favor al alma engaña:
Celos, sombra de amor que le acompaña,
Traidor que por la espalda le acomete.
El alma para amor se satisface
De que con la esperanza se entretiene,
Y mientras llega el bien, quimeras hace.
Mas con los celos pierde la que tiene,
Porque el fuego de amor del cielo nace,
Y el de los celos, del infierno viene.

CONDE.

Éste no salió de allá.

LEONARDO.

Pues ¿de dónde?

CONDE.

¿Qué se yo?

LEONARDO.

Puerta que á tantos se abrió,
Para ti cerrada está;
Llega, aunque le des enojos,
Y dése á todo lugar.

TOMÍN.

Tira una piedra.

CONDE.

Es tirar
Al sol que duerme en sus ojos.

LEONARDO.
Engáñaste si imaginas
Que duerme.
CONDE.
Amanecerá
Si llamó el alba, y será
Sumiller de sus cortinas.
TOMÍN.
Añade al uso de agora:
Turba volátil arpada,
Conceptuosa, si alada,
Voz administra canora.
CONDE.
Ya he tirado y ya salió
TOMÍN.
Si ella contigo se tira,
Perderás.
CONDE.
Si hay gente mira.
TOMÍN.
No hay un hombre.

Celia en alto.

CELIA.
¿Quién es?
CONDE.
Yo.
CELIA.
¿Á estas horas?
CONDE.
No es muy tarde,
Pues que vestida tú estás.
CELIA.
¡Bien de esperarte me das
El premio, así Dios me guarde!
CONDE.
Mándame abrir, pues me esperas;
Que tengo mucho que hablarte.
CELIA.
Si puede amor disculparte,
Quiero yo que mi honor quieras;
Que parecerá muy mal
Abrirte agora la puerta.
CONDE.
Si ha estado hasta agora abierta,
No soy yo tan desigual
Á los que salen de aquí.
CELIA.
¿Qué dices?
CONDE.
¿De qué te admiras?
CELIA.
De que tú digas mentiras.
CONDE.
¿Mentiras? ¡Si yo los vi!
CELIA.
Los hombres de tu valor
No han de mentir, que es defeto
De gente vil: ¡mal conceto
Tienes de mi noble honor!
Ni quiero que se desmande
Tu locura á darme enojos,
Porque celos son antojos
Que hacen la letra más grande.
¿Puerta abierta? ¿Gente aquí?
¿Aquí gente y puerta abierta?
¡Tú lo dices; estoy muerta!
¿Tú lo has visto?
CONDE.
Yo lo vi.
CELIA.
De la vecindad sería,
Que están muy juntas las casas.
Vete á la tuya, que pasas
La ley de la cortesía,
Y tienes poca razón;
Que un amante no ha de ser
Tan fácil, Conde, en creer
Su propia imaginación;
Que bien saben los discretos
Que las imaginaciones,
En amorosas pasiones
Producen tales efetos,
Porque son tan penetrantes,
Y más si celos las nombras,
Que harán cuerpos á las sombras
Y á los enanos gigantes.
Vete á restaurar el sueño,
Que como dormido estás.
CONDE.
¡Basta! No me digas más;
Sea de mi engaño el dueño:
Yo debo de estar dormido.
CELIA.
Para mi honesto recato
Era muy propio ese trato;
Y licencia, Conde, os pido
Para dejar la ventana
Hasta que volváis en vos.
CONDE.
Conozco mi error, ¡por Dios!
¡Celia! ¡Ah, Celia soberana!
¡Celia divina! ¡Ah, mi bien!
LEONARDO.
Deja la soberanía,
Que es necedad y porfía.
TOMÍN.
Y desatino también.
¿Dónde está tu entendimiento,
Que no ve suceguedad?
CONDE.
No quiso mi voluntad
Que viese mi perdimiento.
LEONARDO.
Esta mujer quiere bien
En otra parte.
CONDE.
Eso creo,
Pues que premia mi deseo
Con tan soberbio desdén.
Pero ya que fué mi estrella,

Leonardo, quererla ansí,
Yo quiero morir aquí,
Que vivo en morir por ella.

LEONARDO.

Eso es matarnos á todos:
Deja un amor tan cruel,
Pues hay para salir dél
Tantos remedios y modos.
Lisena, Conde, te adora
Y es tu igual; paga su amor,
Pídela al Rey.

CONDE.

Es error
Tratar de casarme agora,
Antes de hacerme merced
Y metido en este engaño.

LEONARDO.

No es engaño el desengaño.

CONDE.

Que estoy sin el alma creed.

TOMÍN.

Por lo menos, si no es parte
Tanto desdén á olvidar,
¿Cómo me podrás negar
Que no puedes acostarte?
Vamos á dormir un poco.

CONDE.

¿Dormir con celos?

LEONARDO.

El día
Te reprehende.

CONDE.

Porfía
Mi amor á volverme loco.
Adiós, reja en que salía
Mi sol á abrasarme.

LEONARDO.

Vamos;
Que en el hábito que estamos
No es bien que nos halle el día,
Y será á todos notorio
Tu amor.

CONDE.

Venme á desnudar.

TOMÍN.

¡Por Dios, que me pienso entrar
En el primer refetorio!

Lisena, dama, entre.

LISENA.

Mal agradecido amor,
Pues nunca un favor alcanza,
¿Adónde sin esperanza
Os lleva tan necio error?
Volved atrás, que es mejor,
Pues estáis desengañado,
Presumir de ser honrado,
Porque no es tanto desprecio,
Amor, llegar á ser necio
Como dar en porfiado.
Si Lucindo os aborrece,
La misma causa os anima,
Que el pecho que no os estima
Es señal que no os merece;
Lo que imposible parece,
Templanza os puede poner;
Comenzad á disponer
El alma para olvidar;
Que no hay mejor comenzar
Como el querer no querer.
En amorosas pasiones,
Adonde hay tan pocas dichas,
Es justo sufrir desdichas,
Mas no sufrir sinrazones;
No conformarse aficiones
Puede ser por resistencia
De celestial influencia;
Pero el no sufrir desprecios,
Porque paciencia de necios,
Es infamia y no paciencia.
Mas ¿cómo consejos doy
Á mi amor tan locamente,
Si está el corazón ausente
Y yo sin ojos estoy?
De un engaño en otro voy
Al desengaño postrero;
Pero ¿qué remedio espero
Donde la muerte lo ha sido,
Pues á quien me quiere olvido,
Y á quien me aborrece quiero?

El Rey de Nápoles.

REY.

No en balde, hermosa Lisena,
Este jardín aspiraba
Tan nuevo olor de sus flores
Al favor de tus estampas.
No en balde sus claras fuentes,
Á los impulsos del agua,
Eran á los fines perlas,
Como á los principios plata.
No en balde las aves libres
Con dulces ecos trinaban
Versos de amor no entendidos,
Aunque es en versos gran falta.
No en balde visten colores
Aquestos cuadros tan varias,
Que las prendieras por hurto
Si pudieras envidiallas.
No en balde todo se alegra,
Aguas, aves, cuadros, plantas,
Pues otra vez, Primavera,
Las enriqueces y esmaltas.
Mas ¿cómo efecto que sienten
Plantas, cuadros, aves y aguas,
Mis esperanzas le ignoran?
Pero no tengo esperanzas.
Notable rey es Amor,
Pues tiene cetro que abarca
No sólo polos del mundo,

Libia ardiente, Scitia helada,
Sino aquellos donde el cielo
Su eterna máquina carga;
Que no admitiendo impresiones
Peregrinas de su patria,
Parece que están sus flechas
En sus láminas doradas
Como planetas mayores
Y como estrellas más altas.
¡Triste estás! ¿Qué te divierte?
¿Qué imaginas que te falta?
Aquí está un Rey á tu imperio
Si en ambiciones reparas;
Si es en materias humildes
Los diamantes, oro y plata
Haré yo servir de arena,
Señora, al mar de tus gracias.
¿Qué tristeza es ésta?

LISENA.

El cielo,
Rugero invicto, te haga,
Como de Nápoles rey,
Único señor de Italia.
Tus mercedes me enriquecen,
Tus favores me levantan,
Tus humildades me obligan
Y tus grandezas me ensalzan.
Mis sentidos te bendicen,
Mis pensamientos te alaban,
Mis ojos te reverencian,
Solas mis desdichas callan.
Pésame que el amor tuyo
Emplee tan mal sus ansias,
Ocupe tan mal su gusto,
Rinda tan mal sus hazañas.
No debo de ser mujer,
Sino alguna piedra helada,
Y, aun piedra no, que al acero,
Fuego de las piedras salta.
Algunos montes de nieve
Deben de ceñirse al alma;
Parto de algún monte he sido,
Ó de algún monstruo de Arabia,
Pues que tu amor no me obliga,
Tu paciencia no me espanta,
Tu persuasión no me mueve
Y tu valor no me agrada.
Hablo así para que sepas
Que, cuando le desengaña
Una mujer inferior
Á un hombre, hay notable causa.
Mucho he dicho; no pensé
Que mi vergüenza bastara
Á contrastar mi temor.

REY.

Lisena, no temas; habla.
¿Qué mayor bien, qué más premio
Se puede dar á quien ama,
Que un desengaño al principio?
¿Ni qué más crueldad ni infamia
Que entretener sin amar,
Pues con aquella esperanza
Se dobla amor, que después
Tan mal se templa ó se acaba?
Mucho dices que me has dicho:
Si he de entender lo que basta,
Entiendo que quieres bien,
Sino es que adelante pasas.
Digo adelante, á pensar
Que mi amor tu honor agravia
Si no piensa en casamiento
Por la desigual distancia.
Y si es esto, es humildad
Que pudieras excusarla,
Porque amor, luego que vence,
Todo lo que vence iguala.
Y tú, como no sirvieras
En mi palacio á mi hermana,
Pudiera yo por mujer
Ir á buscarte á tu casa.

LISENA.

Beso los pies de Tu Alteza,
Y por mercedes tan altas
Pido la mano siquiera.

REY.

Alza, Lisena; levanta;
Que estas manos ya las tienes
Para tu hermosura atadas,
Para tu gusto sujetas
Y para tus bienes francas.
Si no es ésta la ocasión,
Y satisfecha te hallas,
Habrá por fuerza de ser
Que la libertad te falta.
¿Estás sin ella?

LISENA.

Señor.....

REY.

No digas más, que más habla
Quien se turba; porque hay cosas
Donde habla más quien más calla.
En fin, tú quieres.....

LISENA.

Si entiendes
De que calle lo que pasa
Dentro de mí, ¿qué preguntas?
Quiero bien, y no me pagan;
Tales son nuestros jüicios,
Tales las cosas humanas,
Tales son las privaciones.
Mas te he dicho que pensaba;
Pero aqueste atrevimiento
Nació de darte venganza
Porque la tomes de mí,
Viendo que tan mal me tratan.
Pues cuando no fueras Rey,
No sólo á quien quiero igualas,
Pero le vences en todo;
Porque entiendan los que aman
Que los amores descienden
De aquellas primeras causas
Que, cuando nacemos, guían

La libertad de las almas.
No oigo que el albedrío
Fuerzan, pues ninguna basta,
Sino que inclinan el gusto
Y las voluntades llaman.
Perdóneme Vuestra Alteza,
Que, atrevida y desdichada,
Voy donde paguen mis ojos
Tan desiguales palabras.

Váyase.

REY.

¿Á cuál hombre del mundo sucediera
Lo que pasa por mí, que no olvidara,
Ni quien tan loco y porfiado fuera,
Que en tales desengaños no se helara?
Correspondencia en la celeste esfera,
Porque jamás su movimiento para,
Conserva aquella máquina tan bella,
Que no tuviera duración sin ella.
Pues ¿cómo yo conservo contra el fuero
Común de amor, tan mal correspondido,
El pensamiento con que vivo y muero,
Pues amo injustamente aborrecido?
No me querer á quien adoro y quiero,
Con esperanza de vencer su olvido,
No era milagro, amor; pero es locura
Amar quien ama y otro amor procura.
Consolaréme en verte aborrecida
De ese que dices que tan mal te trata,
Dueño cruel de mi enojosa vida,
Ingrato á ti, que eres conmigo ingrata.
Sí haré; y á quien ha sido tu homicida,
Pues, en efecto, mi veneno mata,
Conoceré, por dicha, agradecido
De que tu amor castigue con olvido.

El Conde y Tomín.

TOMÍN.

Aquí está el Rey.

CONDE.

Pues detente.

REY.

Éste es Lucindo, y me ha dado
En el presente cuidado
Un receloso accidente.
No me atrevo á llamar celos
Los que me da su presencia;
Pero déme amor licencia
Para llamarlos recelos.
¿Si es éste á quien quiere bien
Lisena? ¡Extraña pasión!
¡Que de mi imaginación,
Amor, te sirvas también!
El primer hombre que veo
Se me antoja que es querido
De quien paga con olvido
La fuerza de mi deseo.
Pero no me ha de quedar
Hombre en palacio, hasta ver
Quién merece no querer
Á quien me puede matar.
Yo comienzo por el Conde.
Lucindo.....

CONDE.

Señor.....

REY.

No sé
Si acierto; pero veré
Lo que á mis celos responde.
¿De dónde vienes?

CONDE.

Venía
De escribir ciertos papeles.

REY.

De amor serán, como sueles;
Y bien se ve en tu alegría
Cuán favorecido estás.

CONDE.

Yo, señor, ni tengo amor
Ni solicito favor,
Fuera del que tú me das.

REY.

¿Es vicio amor, por ventura,
Que se ha de negar?

CONDE.

No creo
Que es vicio, pues el deseo
Es hijo de la hermosura;
Pero no es justo mentir,
Y más hablando contigo.

REY.

Por señor y por amigo
Me lo pudieras decir;
Y advierte que es deslealtad
Negar la verdad al Rey,
Porque es la primera ley
Del servir, tratar verdad.

CONDE.

Si importara á Vuestra Alteza,
Mi deslealtad fuera clara.

REY.

¿Qué hiciera, si me importara,
Tu obligación y nobleza?
Siempre se ha de responder
La verdad al señor.

CONDE.

Mira
Que es vergüenza y no es mentira.

REY.

Pues ¿qué delito es querer?

CONDE.

Señor, siendo tú servido
De saber mi pensamiento,
Yo quiero, y no fué mi intento
Negarte el haber querido,
Sino natural respeto.

REY.

¿En palacio?

CONDE.

No, señor,

Que he puesto mi necio amor
En más humilde sujeto.

REY.

¿Fuera de palacio quieres?

CONDE.

Sí, señor.

REY.

¿Págante bien?

CONDE.

No, sino con tal desdén,
Que me matan.

REY.

Necio eres.

CONDE.

Es de calidad mi amor,
Que, mientras peor me tratan,
Más quiero; y, cuando me matan,
Digo que me hacen favor,
Porque tiene mi porfía
Las penas ya por tan buenas,
Que no tengo tantas penas
Como padecer querría.

REY.

¿Tan bella es esa mujer?

CONDE.

Que no es belleza recelo,
Sino influencia del cielo,
Yo amar y ella aborrecer.

REY.

Suele el cielo castigar
Á quien paga con olvido,
Lucindo, donde es querido.

CONDE.

Bien me pudiera culpar
De cruel alguna necia;
Mas ya ese amor se acabó,
Porque solamente yo
Adoro á quien me desprecia.

REY.

Y ¿quién es esa mujer
Que te quiere, ó te ha querido?

CONDE.

Quien tanta dicha ha tenido
Como yo tengo en querer.

REY.

¿Quién? ¡por mi vida!

CONDE.

Señor,
No conoce Vuestra Alteza
Quién es; pero su belleza
Le prometo que es mayor.

REY.

Pues ¿por qué no quieres bien
Á quien te quiere, y estimas
Quien te olvida?

CONDE.

Son enimas
De amor; yo adoro el desdén,
Éste me pica y me abrasa.

REY.

Parte, y búscame á Leonardo.

CONDE.

¿Dónde estarás?

REY.

Aquí aguardo.

CONDE.

Voy.

REY.

Hoy sabré lo que pasa.

Al irse el Conde, llame el Rey á Tomín.

REY.

¡Hola, escudero! Escuchad.

TOMÍN.

¿Si dice á mí?

REY.

Sí, volved.

TOMÍN.

¿Qué manda vuesamerced,
Digo, Vuestra Majestad?

REY.

¿De qué os turbáis?

TOMÍN.

La presencia
De un rey es cosa sagrada,
Y con religión mirada,
Causa temor y advertencia.

REY.

¿Sois vos del Conde escudero?

TOMÍN.

En su casa me he criado;
De una dueña fuí engendrado
Y de un cansado portero;
Sangre, finalmente, encierro
De porteridueño hidalgo,
Que soy, como perrigalgo,
Compuesto de galgo y perro:
Desto nace mi lealtad.

REY.

¿Cómo os entrasteis aquí?

TOMÍN.

He sido cochero.

REY.

¿Ansí?

TOMÍN.

Pues ¿hay mayor libertad?
Ya tratan los más ancianos
Que haya, por sus libres fueros,
República de cocheros
Como la hay de venecianos;
Y, considerado en parte,
Cierto que es justa razón
Que los que tan libres son
Tengan república aparte.

REY.

Algo os han hecho.

TOMÍN.

En su mano
Está, señor, el gobierno
De todo el lodo en invierno,
De todo el polvo en verano.

REY.
Huélgome de conoceros;
Basta que tenéis humor.

TOMÍN.
Y menos fuera mejor;
Yo vi mis pies más ligeros.

REY.
Mucho os debe de querer
El Conde.

TOMÍN.
Notablemente.

REY.
¿Merecéislo por valiente,
Ó porque le hacéis placer?

TOMÍN.
¿Qué es placer?

REY.
Bufonizar.

TOMÍN.
Eso no está prohibido;
Que placer había entendido
Lo que es alcahuetizar.
Verdad es que se derivan
De una fuente, y con razón,
Porque alcahuete y bufón
Lindamente se adjetivan.

REY.
¿Por qué tanto le aborrece
Aquesta mujer que adora?
¿No la sirve el Conde agora,
No la obliga y enriquece?

TOMÍN.
El Conde es pobre, en efeto;
Título en Italia, hace
Lo que puede.

REY.
¿De qué nace?

TOMÍN.
De su endiablado sujeto.
Hay mujer que mientras más
La regalan, quiere menos.

REY.
Pues trueque el Conde los frenos.

TOMÍN.
No la obligará jamás,
Porque toca en liviandad
Por influencia del cielo,
Y trae el amor al vuelo
Y con poca honestidad.
Era, para rey, notable.

REY.
¿Cómo?

TOMÍN.
Oye á todos.

REY.
Bien dicho.

TOMÍN.
Que fuera del sobredicho,
Hay cierta sombra palpable.

REY.
Á la cuenta, ¿quiere bien
Á otro?

TOMÍN.
Y aun á otros dos.

REY.
¡Desdicha grande, por Dios!

TOMÍN.
Y causa de su desdén;
Que mujer que á muchos quiere,
Á nadie puede querer.

REY.
¿Quién es esotra mujer
Que por Lucindo se muere,
Á quien él desprecia tanto?

TOMÍN.
No sé que nadie le quiera.

REY.
Di la verdad.

TOMÍN.
Yo quisiera
Saberlo; y mucho me espanto
Que el Conde me encubra á mí
Un átomo de su intento,
Porque soy su pensamiento.

REY.
Pues él me lo ha dicho aquí.

TOMÍN.
De corrido lo diría,
Para que sepas, señor,
Que de quien le tiene amor
Libremente se desvía,
Ya que adora esta mujer
Que le aborrece.

REY.
Si el dar,
Voluntad suele engendrar,
Mejor es dar que querer.

TOMÍN.
¿Qué le ha de dar?

REY.
Oro y plata.

TOMÍN.
Dáselo tú; que yo haré
Que cuanto le des la dé,
Y deje de ser ingrata.

REY.
Pues ¿yo tengo de pagar
Lo que el Conde ha de comer?

TOMÍN.
¿No dices tú que el querer,
Señor, consiste en el dar?
Pues da al Conde, y tu favor
Te hará amado y respetado;
Que ser del criado amado
Es gran dicha del señor.
Si nunca al Conde le das,
¿Qué amor te puede tener?
Pues dices que esta mujer
Le querrá dándole más.
Y sacaráse de aquí,
Dando tú, que esta mujer
Al Conde vendrá á querer,

Y el Conde te querrá á ti.
Dale, así te guarde Dios;
Que á mí también del llevar,
Algo se me ha de pegar,
Y os querré bien á los dos:
Á ti porque al Conde diste,
Y á él porque á Celia dió,
Pues en llevárselo yo,
Darme barato consiste.

REY.

¡Demonio debes de ser!
Este diamante.....

TOMÍN.

¡Bien sale!

REY.

Cuatro mil escudos vale.

TOMÍN.

¿Diamante para mujer
Tan dura?

REY.

Pues ¿no es mejor,
Si uno con otro se labra?

TOMÍN.

Doyte, señor, la palabra,
Que es mudable su valor.
Si le compra un caballero
De un platero por tres mil,
Mañana no vale mil
Volviendo al mismo platero.
Oro seco es linda cosa,
Que hoy, mañana y siempre es uno.

REY.

Vente conmigo: ¿si alguno,
Amor, con pasión celosa
Hizo desatinos tales
Como los que pienso hacer?
Quiero en su frente poner
Estas insignias reales,
Surta ó no dichoso efeto.

TOMÍN.

¡Qué bien le encajé la saya!
Esto es servir. ¡Oh, bien haya
Todo bellaco discreto!

Feniso y Celia.

FENISO.

Eso no es amor.

CELIA.

¿De suerte
Que hay otro?

FENISO.

Pues ¿no lo ves?

CELIA.

¡Por tu vida, que me des
Un arancel de quererte!

FENISO.

·Ah, Celia! Que si el amor
No da la ley, la doctrina,
La luz, en vano imagina
Hallarla el arte, al favor.
Si amaras, tú conocieras
En ti misma esta verdad,
Que una cosa es amistad
Y otra amor y amar de veras.

CELIA.

Pues ¿qué quisieras de mí?
¿Que no comiera, durmiera,
Ni aun hablara, que no fuera,
Feniso, pensando en ti?
¿Quisieras que cada día
Te escribiera seis papeles,
Conquistando tus crueles
Desdenes con mi porfía?
¿Quisieras que te pidiera
Celos de que hablaste ó viste,
Y á tu son, alegre ó triste,
Mudanzas el gusto hiciera?
¿Quisieras que mis criadas,
Con cuidado diligente,
En tu ropa solamente
Estuvieran ocupadas?
¿Quisieras que cuando oyera
Que contabas que otra dama
Te quiso mucho, y que es fama
Que hoy te ruega y que hoy te espera,
Me desmayara, y fingiendo
Muchos melindres cansados,
Te rogaran tus criados
Fueras á verme muriendo?
¿Quisieras que á tus amigos
Entretuviera y hablara,
Que de tuya me preciara
Con tus mismos enemigos?
¿Es esto arancel de amar
Á los hombres las mujeres?
Porque si estas leyes quieres,
Ya no se deben de usar.
En el libro de Amadís,
Á la señora Orïana,
Con el faldellín de grana
Y los guantes de ámbar gris,
Le puedes notificar
Ese modo de querer;
Que por acá no hay mujer
Que sepa más que no amar.

FENISO.

Celia, de tu condición
Tengo bastante experiencia:
Háblame con más paciencia
Si puede tu presunción;
Que no soy hombre que quiero
Ser tan dueño y tan cansado;
Hablo de amor concertado
Entre dos almas primero.
Mas como no cabe en ti
Ni sabes qué es voluntad,
Parécete libertad
Lo que es humildad en mí.
Por lo menos este día
Derribaste mi esperanza;
Que en tanta desconfianza

Se desmayó mi porfía.
  Fama tienes de mujer
Que huelgas de ser querida,
Pero que en toda tu vida
Supiste á nadie querer.
  Yo reportaré mi amor
Para no causarte enojos,
No les quitando á mis ojos
De tu hermosura el favor,
  Porque dejarte de ver
Parece cosa imposible.

CELIA.

¡Qué presto queréis posible
Los hombres cualquier mujer!
  ¡Qué presto la sujeción
Y el reinar por tiranía!
Mas oye, ¡por vida mía!
Si te basta el corazón
  Á sufrir este arancel
Del amor que agora usamos,
Para que veáis que estamos
Muy de vuestra parte en él.
  Lo primero y principal
Es con humildad servir,
No preguntar, ni inquirir
Qué hay de don tal ni don cual;
  Pasar con esto la calle
Una vez en la semana,
No mirar á la ventana
Ni hacer presunción del talle.
  No ir á la iglesia jamás
Adonde se oyere misa,
Y si alguna vez, de prisa,
Y esto para entrar no más.
  Celos no se han de pedir
Aunque la causa se vea,
Ni preguntar quién pasea
Ni suele entrar ni salir.
  No examinar las criadas:
Si escribió, si habló, si vió,
Ni dónde ó cómo salió;
Si vuelve á las nueve dadas.
  No ir en casa de la amiga,
Ni darle nada á entender;
Dar mucho, porque á querer
Fuerza, incita y siempre obliga.
  No salir la seda nueva
Cuando ya se lleve á casa,
Y no decir lo que pasa
Al amigo á quien más deba.
  De corrillos de mozuelos
Huir como de escorpiones,
Y pagar veinte doblones
Cada vez que pida celos.
  Que traslades, finalmente,
Tu casa á la de tu dama,
Es lo que importa á su fama:
Lo demás, impertinente.

FENISO.

  ¡Valiente resolución!
Y ¿quién fué el autor?

CELIA.

Yo he sido.

FENISO.

Una licencia te pido.

CELIA.

Si es irte, es mucha razón.

FENISO.

  Notifícale á Calixto
En Celestina esa ley.

CELIA.

Pues ¿dígole yo, mi rey,
Que me quiera?

FENISO.

Aquí desisto
  De todas mis pretensiones.

Inarda, criada.

INARDA.

Aquí te busca Roberto.

FENISO.

Juego de esgrima.

CELIA.

¡Y qué cierto!

FENISO.

¿Tales montantes me pones?
  En fin, asiento la espada
Y entra Roberto.

CELIA.

Así es.

FENISO.

¿Volveré á verte después?

CELIA.

No.

FENISO.

¿Por qué?

CELIA.

Estoy enojada.

Roberto entre.

ROBERTO.

  Sospecho que eres medrosa.

CELIA.

¿Cómo?

ROBERTO.

Porque no te veo
Sola jamás.

CELIA.

No te espantes,
Que soy terrero de necios.

ROBERTO.

Más me valiera callar.

CELIA.

No venir, fuera lo cierto.
¡Bien haya Persia!

ROBERTO.

¿Qué dices?

CELIA.

Que en Persia, amigo Roberto,
Ninguno visita á otro

Sin que le envíe primero
Algún presente.

ROBERTO.

Mi alma,
Celia hermosa, te presento.

CELIA.

No he visto jamás las almas.
¿Son de tela ó terciopelo?
¿Son de oro? ¿Son de diamantes?

ROBERTO.

Son lo más que ha dado el cielo
De precio y valor al hombre.

CELIA.

¿Y esto me das?

ROBERTO.

¿Qué más puedo?

CELIA.

Luego si en necesidad
Me viese de algún dinero,
¿Podía empeñar un alma?

ROBERTO.

Del alma consiste el precio
En que va la voluntad
Sirviéndole de instrumento;
La voluntad da la hacienda;
Luego el alma es el primero
Movimiento para el dar.

CELIA.

¡Qué famoso movimiento!

ROBERTO.

Notables son tus amores.

CELIA.

Yo, Roberto, no pretendo
Que vista de mis colores
Sus pajes un caballero.
No que sustente por mí
Justas, galanes torneos,
Que dé lanzadas á toros
Ni se llame Beltenebros.
No que se acuchille el tal;
Más pacífico le quiero,
Dadivoso, manso, humilde
Y aun gallina, porque pienso
Que regalan más las damas
Y que las deshonran menos.
Un valiente, ¿de qué sirve?
¿Un torneador, un soberbio,
Un discreto? Pues no hay cosa
Discreta como el dinero.
Callar y obrar son las partes
De un hombre cuerdo y discreto;
El dinero calla y obra;
Luego es discreto el dinero.

ROBERTO.

Yo pienso que como tienes
Tan diferente sujeto
De todo lo que es amor
Y justo agradecimiento,
Porque los que te sirvieren
Se enfaden, Celia, más presto,
Les das luego con el dar.

CELIA.

Pues engáñaste, Roberto;
Que no es sino que he pensado
Que no hay amor verdadero
Fuera del dar, porque en dar
Se conoce el más perfeto.
Y si no, levanta un poco
La prima del instrumento,
Y verás si amor es dar
En el mismo autor del cielo.
Dador de la vida es Dios;
Siempre está dando y haciendo
Bien á los hombres que ama;
Da el verano, da el invierno,
Da las flores, da los frutos,
Da las aguas, da los tiempos.
Pues baja á un rey, y verás
Que da á tantos caballeros
Rentas, estados, oficios,
Cruces, títulos, gobiernos.
Pues mira.....

ROBERTO.

No digas más,
Que es la verdad te confieso;
Y pues el dar es la cosa
Que más obliga queriendo,
Quiero darte gusto en irme,
Que es lo más que darte puedo;
Pues bien sabes que es el gusto
De más valor que el dinero.

Váyase, y entre Evandro, su padre.

EVANDRO.

Para decirte verdad
Como padre y como viejo,
Visitas no son las trazas
Que adquieren los casamientos.
Con esto pierdes honor
Y á mí me tienes suspenso,
Celia, porque aun no me olvido
Del tiempo que fuí mancebo.
¿Qué quieren éstos aquí?

CELIA.

Padre y señor, un platero,
Un mercader, nunca tiene
La seda en el aposento,
Ni el aparador cerrado.

EVANDRO.

Hija, es al revés el celo
De los hombres; que el honor
Le vende el recogimiento:
Excusa destas visitas.

Entra Tomín.

TOMÍN.

Aquí está el Conde mi dueño.

EVANDRO.

¿Otra visita?

CELIA.

Señor,

Sacar de pila tenemos
Un hijo de cierta amiga.

EVANDRO.

Sacar hijos, yo lo creo,
Que así los sacan las aves;
Tú tienes entendimiento;
Dame descanso, ansí vivas.

Entre el Conde.

CONDE.

¿Puedo entrar?

TOMÍN.

Ya se fué el viejo.

CONDE.

¡Celia mía!

CELIA.

¡Mi señor!

TOMÍN.

¡Señora Inés!

INÉS.

¡Escudero
Del conde Partinuplés!

CONDE.

Agora vivo, que os veo.
¿Cómo estáis?

CELIA.

Como con vos.

CONDE.

¡Bien hayan mis pensamientos!

CELIA.

Pues ¿esto me agradecéis?

CONDE.

Y de suerte lo agradezco,
Que os lo quiero pagar.

CELIA.

¿Cómo? (1).

CONDE.

Con un regalo.

CELIA.

No tengo
Necesidad de regalo,
Conde mío, cuando os veo.

TOMÍN.

Inés, cuando alguna dama
Dice mío, mal agüero.

INÉS.

Pues ¿qué arguyes de que diga
Mío al Conde, si es su dueño?

TOMÍN.

¿Mío no dicen los gatos?
Pues créeme que reniego
De mujer que dice mío,
Porque es estilo gatesco;
¡Mas que ha de haber rapandoria!

INÉS.

Siendo tan pobre, no pienso
Que lo dirá sin amor.

TOMÍN.

No es tan pobre.

INÉS.

¿Cómo es eso?

TOMÍN.

El Rey, de ayuda de costa,
Le ha dado en puro dinero
Cuatro mil escudos.

INÉS.

¡Bravo!
Voy, que me llaman adentro.

Váyase Inés.

CONDE.

Si pudiese un grande amor
Hacer, Celia, un grande efecto,
Tú serías más servida,
Yo estaría más contento.
Pero no querrá mi dicha
Que des premio á mis deseos,
Porque nunca las verdades
En amor tuvieron premio.

CELIA.

¿En qué Vuestra Señoría
Se ofende de mis recelos?
¿Soy alguna mujer libre?
¿No respondo en lo que puedo
Conforme á mi estado?

CONDE.

Amor
No mira humanos respetos;
Si me le tuvieras, Celia,
Yo creo.....

CELIA.

Dejemos esto,
Que en vuseñoría falta,
Pues el amor verdadero
Quiere el bien de lo que ama.
Mi bien es mi honor; si pierdo
Mi honor por su amor, más es
Que amor, aborrecimiento.

Entre Inés.

INÉS.

Una palabra me escucha

CELIA.

¿Qué quieres?

INÉS.

Que sepas quiero
Que tiene el conde Lucindo
Cuatro mil escudos.

CELIA.

Bueno.
¿Quién te lo ha dicho?

INÉS.

Tomín;
Y por decírtelo luego,
Fingí que adentro me iba.

(1) Sin duda Lope se olvidó de tachar esta réplica de Celia, que sobra para el verso. Queda bien leyendo

Que os lo quiero pagar
Con un regalo.

CELIA.

¡Qué discretamente has hecho!

INÉS.

Haz como que me respondes.

CELIA.

Di á mi padre que voy luego.
Señor Conde de mis ojos,
Á querelle me resuelvo.
Crea que todo el desdén
Que algunas veces le muestro,
Es celos de cierta dama;
Asegúreme estos celos,
Y daréle dos mil vidas.

CONDE.

Celia, si no la aborrezco,
Quíteme el cielo la mía.

CELIA.

¿En qué veré yo que puedo
Asegurarme, mis ojos,
Que me queréis como os quiero?

CONDE.

Las obras, ¿no son amores?

CELIA.

Así lo dice el proverbio.

CONDE.

Hoy tendréis en vuestra casa
Silla, carroza, cochero,
Colgaduras, joyas, plata.....

CELIA.

Quedo, mi luz; mi bien, quedo,
Que sólo os quiero yo á vos;
Y adiós, que á la tarde espero
Hablaros con más lugar.

INÉS.

Y él, ¿qué me da?

TOMÍN.

Mil deseos
De tener mucho que dar.

INÉS.

Guárdelos para el infierno.

Váyanse.

CONDE.

¿Ves cómo me adora?

TOMÍN.

¡Y cómo!
Milagros son del dinero;
Que no hay favor en el mundo
Que no se alcance con ellos.

FIN DEL ACTO PRIMERO

EL DESDÉN VENGADO

ACTO SEGUNDO

PERSONAS

El Rey.
Leonardo.
Feniso.
Roberto.
El conde Lucindo.
Tomín.
Celia.
Lisena.
Inés.
Estacio.
Evandro.

El Rey y Leonardo.

REY.

Yo sé que el Conde es tu amigo.

LEONARDO.

Á Vuestra Alteza confieso
Que amistad con él profeso,
Y que él la misma conmigo,
Pero que no sé que quiera
Más que á Celia; una mujer
Que á nadie supo querer,
Y que en su amor persevera;
Que picado del desdén
Está de suerte abrasado,
Que cuanto tiene ha gastado
Sin que una mano le den.

REY.

Luego no debe de ser
Lisena la que le quiere.

LEONARDO.

Yo no sé de qué se infiere
Que ella le pueda querer.
Lisena es bien entendida,
Y querida, querrá bien.

REY.

Si adora al Conde, un desdén
Podrá amar aborrecida;
Que como él á Celia adora
Picado de su desprecio,
Por el mismo estilo necio
Le querrá Lisena agora.
Y es este ejemplo tan cierto,
Leonardo, que por desdenes
De Lisena, á verme vienes
En el mismo desconcierto,
De suerte que, por desprecios,
En lugar de aborrecer,
Podemos los tres querer
Y ser todos tres muy necios:
El Conde á Celia, Lisena
Al Conde, á Lisena yo.

LEONARDO.

¿Cuándo ó cómo imaginó
Vuestra Alteza en esta pena?

REY.

Porque ella me ha dicho á mí
Que quiere á quien la aborrece,
Por querer quien no merece
Su amor, pues le trata ansí.

LEONARDO.

¿Qué has de sacar de entender
Que es el Conde?

REY.

¿Agora sabes
Que celos bajos ó graves
Todos mueren por saber?
Saber el dueño querría
Que aquesta dicha merece.

LEONARDO.

Mayor pena me parece

REY.

Si da la filosofía,

Á quien es justo que crea,
Por principio universal,
Que saber todo animal
Naturalmente desea,
Para morir de desvelos
Desta ciencia ó deste error,
¿Qué deseo como amor,
Qué animal como los celos?

LEONARDO.

Quiero dar á Vuestra Alteza
Un arbitrio que he pensado,
Con que sepa si es amado.

REY.

¿Consolarás mi tristeza?

LEONARDO.

Retírese, que ella viene.

REY.

Desta antepuerta me cubro.

Retírese el Rey.

LEONARDO.

Si este secreto descubro,
Pues el Conde á Celia tiene
Tanto amor, y no á Lisena;
No se ofende la amistad,
Antes fuera deslealtad,
Viendo al Rey con tanta pena.
Que yo no le digo al Rey
Lo que sé, pues bien sé agora
Que Lisena al Conde adora;
Mas por no ofender la ley
De la amistad, he buscado
Medio, que el ingenio halló,
Con que, sin decirlo yo,
Quede el Rey desengañado.

Lisena entre.

LISENA.

Luego que vi que Su Alteza
Se quitó de aquí, salí
Á hablarte.

LEONARDO.

Hallarás en mí
La misma mortal tristeza.
¡Perdiendo el jüicio estoy!

LISENA.

¿Qué dices?

LEONARDO.

Paciencia ten,
Pues hoy el Conde, de quien
Eres alma y cuerpo hoy,
Corriendo ¡ay! dura inclemencia,
Un alazán español,
Que á los caballos del sol
Pudiera hacer competencia,
Ha dado tan gran caída,
Que está expirando.

LISENA.

¡Ay de mí,
Que yo soy la que caí
Y la que perdí la vida!
¡Ay, Conde! Mis esperanzas,
Que algunas tuve en mi amor,
Para vencer tu rigor
En tantas desconfianzas,
Hoy cayeron desde el viento
Al mar de mi eterno llanto;
Que el aborrecerme tanto,
No templa mi sentimiento.
¡Tú, sola vida por quien
Pude vivir, hoy serás
Mi muerte!

LEONARDO.

Mira que das
Causa, si llorar te ven,
Para que entiendan, Lisena,
Que adoras al Conde.

LISENA.

Hoy quiero,
Si muere el Conde y yo muero,
Que sepan todos mi pena.
¡Ay, Leonardo, que el valor
Que puede guardar el seso
Después de un triste suceso,
No puede llamarse amor!
Voy donde llorando intente,
Leonardo, dar á entender
Que supe, aunque soy mujer,
Querer al Conde.

Sálgale al paso el Rey.

REY.

Detente.

LISENA.

¡Aquí estaba Vuestra Alteza!

REY.

Sí, Lisena, y afligido,
No de ver que hayas querido
Al Conde con tal firmeza,
Sino de que, siendo muerto,
Prometas tenerla igual.

LISENA.

Será, señor, inmortal;
Y desta verdad te advierto.
Pésame que hayas oído
Mi sentimiento, mas creo
Que te dirá tu deseo
La disculpa que he tenido.
No tuve el bien que perdí,
Mas tuve por bien el mal.

REY.

Lisena, firmeza igual
Pudiera vivir en ti
Si el Conde correspondiera
Á tu amor; mas siendo ingrato,
Mucho ofende tu recato,
Que tu honor decir quisiera.
Vuelve en ti, que no es razón
Que quieras á quien quería

Una mujer que tenía
Tan desigüal condición.
Ya es muerto, y no le has debido
Amor, no hay que te desvele,
Si dar esta deuda suele,
Memorias del bien perdido.
Y pues no le esperas ver,
Que son dos fuertes razones,
Mal harás si no dispones
Tu corazón á querer.
Quiere, Lisena, á quien sabes
Que te quiere.

LISENA.

Gran señor,
Cuando está fresco el dolor,
Son los consuelos más graves.
Licencia quiero pedirte
Para dar al corazón
Algún lugar.

REY.

Y es razón;
No quiero el llanto impedirte.
Vete, y acuérdate en él
De dos muertos, pues lo estoy
En tu gusto, aunque no soy
Tan bárbaro ni cruel;
Que yo espero que algún día
Conocerás la razón.

Váyase Lisena.

LEONARDO.

Ya de tu imaginación
Te sacó la industria mía.

REY.

Ya, Leonardo, sé que adora
Lisena al Conde: ¿qué haré?

LEONARDO.

Decir que muerto se esté
El conde Lucindo agora.

REY.

¡Cómo!

LEONARDO.

Por cinco ó seis días,
Que aunque de firme blasona,
En no viendo su persona,
Verás las cenizas frías.
No hay mujer que con ausencia
Un mes cabal tenga fuerte,
Y ¿quieres tú que en la muerte
Tenga esperanza y paciencia?
Toma mi consejo, y mira
Que es mujer.

REY.

Dices verdad;
Aunque tal vez su lealtad
La muerte y el tiempo admira.

LEONARDO.

Es risa, y ejemplos son:
Lo general es olvido;
Por eso todo marido
Se tenga firme al arzón.
El pleito de los casados
Es sobre cuál envïuda,
Porque tienen por sin duda
Ser para siempre olvidados.

REY.

Búscame al Conde.

LEONARDO.

Yo voy.

Váyase.

REY.

Dice Leonardo verdad;
Que no hay en muerte lealtad,
Si á ejemplos crédito doy.
Quiero tener esperanza
Que ha de poder mi porfía
Vencer su desdén, por mía,
Y porque todo lo alcanza:
No es Troya aquesta mujer,
Y Troya al fin se rindió.

El Conde y Tomín.

CONDE.

Está muy cierto que yo
La tengo de aborrecer.

TOMÍN.

Tú á Celia cuando yo á ti.

CONDE.

¿Qué he de hacer?

TOMÍN.

Quererla bien.

CONDE.

Pues, Tomín, ¿con tal desdén?

TOMÍN.

Mira que está el Rey aquí.

REY.

Conde, ¿díjote Leonardo
Que te llamaba?

CONDE.

¿En qué puedo
Servirte?

REY.

¿Qué tengo miedo,
Qué dudo, qué me acobardo?
Conde, á mí me va el honor
Que te encierres por seis días
En tu casa.

CONDE.

No podías
Mandarme, invicto señor,
Que de ti me desterrase,
Con más templanza: yo iré,
Y en ella me esconderé
Hasta que ese tiempo pase.

REY.

No es destierro ni disgusto;
La causa sabrás después.

CONDE.

Beso mil veces tus pies.

REY.
Impórtame cierto gusto
Fingir que eres muerto, Conde.
CONDE.
Como en tu favor no sea,
Más que por verdad se crea.
REY.
Por ese tiempo te esconde,
Y fía el premio de mí.
CONDE.
Yo voy sólo á obedecerte.

Váyase el Conde.

TOMÍN.
Y yo, ¿qué soy de esta muerte?
REY.
Quien la llore.
TOMÍN.
Harélo ansí.
REY.
Ven acá, Tomín: ¿por qué
No me ves?
TOMÍN.
Señor, no tengo
Dicha.
REY.
Dicha no te falta.
TOMÍN.
Pues fáltame atrevimiento.
REY.
¿Qué nuevas hay por el mundo?
TOMÍN.
Después que mi amo es muerto
Porque tú se lo has mandado,
Éstas oigo y éstas veo:
Las nuevas del mundo son
Que no hay ninguno contento,
Los que tienen más, por más;
Los más, porque tienen menos.
Los años andan cansados,
Viejo por extremo el tiempo,
Y que la mayor señal
Es que no quiere creerlo.
Parece representante,
Muda barbas y cabellos;
Que hoy es mozo en esta farsa
El que en la de ayer fué viejo.
Cuanto se mira es engaño,
Pues si hablasen aposentos
Y aun coches.....
REY.
¿Qué dices?
TOMÍN.
Digo,
Señor, que ayer me dijeron
Que, lleno de miel y plumas,
Por Nápoles, si fué cierto,
Sacó un coche la justicia
Con verdugo y pregoneros.
REY.
¡Notable humor es el tuyo!
¿Y no hay más nuevas?
TOMÍN.
Si desto
Te espantas, no diré más.
REY.
Prosigue, yo estoy atento.
TOMÍN.
En los patios de palacio
Se junta un cierto consejo
De holgazanes é ignorantes,
Donde no queda gobierno,
Honra, casa, ciencia, guerra,
Que no traigan por el suelo.
REY.
Pues ¿por qué no los castigan?
TOMÍN.
Porque los llaman á éstos
Las escobas del lugar,
Que barre el diablo con ellos
Y los deja desgastados
Por no ensuciarse los dedos.
Las mujeres son mujeres,
Mas nunca tanto lo fueron,
Porque ya han llegado á ser
Como médicos.
REY.
No entiendo.
TOMÍN.
Que como no los castigan
Las muertes de mil enfermos,
Á las mujeres tampoco
Por tantos robos que han hecho.
Ahorcan muchos ladrones
Porque roban el dinero
Á quien lo tiene sobrado,
Que es delito, más no exceso;
Pero á ninguna mujer
Por tantos salteamientos,
Hurtos y robos de casas,
Que en las vidas no me meto.
Hay grande juego en el mundo;
Pero lo que tiene bueno
Es que paga puntualmente,
Que, en fin, es honrado el juego.
Pero este mismo que paga,
Traerá un sastre, un zapatero,
Llorando diez y séis años
Por las hechuras.
REY.
Mal hecho.
TOMÍN.
Al dar ha muerto el no dar,
Y el guardar fué su heredero,
De suerte que aun las mujeres
Se valen de mil enredos.
Hay notable valentía,
Mas ya se ha dado en lo cierto,
Que una píldora de plomo
Purga de cualquiera miedo.
Úsanse ricos vestidos,
Y quien no puede traerlos,

Por donde puede los busca.

REY.

¡Grande mal!

TOMÍN.

Esto es lo menos.
Mas ¿no sabe Vuestra Alteza
Cómo la muerte se ha hecho
Poeta?

REY.

La muerte, ¿cómo?

TOMÍN.

Y no de pensados versos;
Que hace coplas de repente.

REY.

Serán el sujeto excesos.
¿Qué hay de Celia?

TOMÍN.

Que la dimos
En joyas, coches y cuentos
El dinero que nos diste,
Y que en faltando dinero
Nos ha dejado á la luna.
Y así, mi amo ha resuelto
De volverse á una mujer
Que le tiene amor perfecto,
Y dejarse de seguir.

REY.

Detente.

TOMÍN.

Ya me detengo.

REY.

Esa mujer es Lisena,
Por quien se ha de fingir muerto,
Y no ha de verla ó servirla
Eternamente.

TOMÍN.

Concedo;
Pero danos cualquier cosa
Que á Celia del diablo demos.
Que como el señor molino
No muele sin agua ó viento,
Arde sin cera el pabilo,
Viene sin materia el fuego,
Anda una rueda sin eje,
Un fraile sin compañero,
Un cojo sin sus muletas,
Y un pobre amante sin celos,
Así no puede el amor
Si no le mueve el dinero,
Porque es amar y no dar
Comer en casa de deudos.

REY.

Luego ¿quieres que á mi cuenta
Se ponga siempre el deseo
Del Conde?

TOMÍN.

Yo no lo digo
Por él, más es tu remedio,
Porque en teniendo qué dar,
Le tendrás atado y preso
En la cadena de Celia.

REY.

Por ti sólo darle quiero
Otros cuatro mil ducados.

TOMÍN.

Este pobre caballero
Es, en fin, Conde en Italia,
Donde si hay cien herederos,
Todos son el conde Juan,
Conde Antonio, conde Pedro,
Conde qué sé yo: permite
Darle un título de aquellos
Que no son condes de anillo.

REY.

Como él se finja bien muerto,
Yo le daré con qué coma.

TOMÍN.

Que tiene con qué sospecho.
El que coma es la sustancia.

REY.

Y el que también.

TOMÍN.

Guarde el cielo
Más que un rollo de lugar
Tu vida, y de ti mi cuello.

Váyase, y entren Evandro, viejo, y Celia.

EVANDRO.

¿Aun no quieres dejar estas visitas?
¡Bien solicitarás tu casamiento!

CELIA.

Y ¿cómo le hallaré si hablar me quitas?

EVANDRO.

Yo estoy destos mancebos descontento.

CELIA.

Pues dime tú por dónde solicitas
Mi remedio mejor; que yo no siento
Que se codicie lo que no se mira.

EVANDRO.

Todo cuanto te dicen es mentira.
Feniso ¿á qué entra aquí?

CELIA.

Querrá casarse.

EVANDRO.

¿Cuándo?

CELIA.

Cuando del dote se asegure.

EVANDRO.

Pues qué ¿tarda tu hacienda en declararse,
Ó gustas que Roberto te murmure?

CELIA.

Roberto también quiere aventurarse.

EVANDRO.

Pues no le quites tú que se aventure,
Mas si lo estorba el Conde.....

CELIA.

Y hay malicias.

EVANDRO.

No puedo imaginar lo que codicias.

CELIA.

Yo te doy la palabra que ninguno

Entre por estas puertas.

EVANDRO.

Yo te creo;
Que no te quiero ser más importuno.

Váyase Evandro.

CELIA.

Sólo servirte, mi señor deseo.
Inés.....

INÉS.

Señora.....

CELIA.

Si viniere alguno,
Di que me estoy tocando mientras veo
Un papel que me enfada, en prosa vana,
Mas que al que pierde gracias del que gana.

Lea.

«Ésta, si bien de un ave mal cantora,
Pluma teñida en el licor suave,
Con que te pinta el alma su deseo.....»
No paso deste verso por agora.

INÉS.

Feniso llega aquí; ¿qué haré, señora?

CELIA.

Despedir á Feniso.

INÉS.

¿Y si le veo
Al tal Feniso una cadena hermosa?

CELIA.

Tocar el oro en mí por rigurosa.

Feniso entre.

FENISO.

¡Tan gallarda, Celia bella!

CELIA.

¡Oh Feniso, tan galán!
Cadenita, bien dirán
Que sois esclavo por ella.

FENISO.

Sí, pero no que me huyo,
Pues mi esclavitud alabo.

CELIA.

La cadena os hace esclavo.

FENISO.

Esclavo soy, pero ¿cúyo?

CELIA.

¿Cómo lo puedo saber,
Si el decirlo á vos os toca?
Porque del alma á la boca
Hay mucho que conocer.

FENISO.

¿No sabéis el dueño?

CELIA.

No.

FENISO.

Pues harto claro os le muestro
Como digáis que soy vuestro.

CELIA.

Eso no lo diré yo.
Á ver: ¿es fina? Que aquí
Dicen que ya es falso todo.

FENISO.

No en mí, porque de otro modo
Hay oro y amor en mí.

CELIA.

Mirad que os lo mando yo.

FENISO.

Al oro debo el mandarme,
Pues por él puedo alabarme,
Que cuyo soy me mandó.

CELIA.

Agradezco, como es justo,
Tanta liberalidad;
Ya no quiero libertad;
Vuestra soy; de serlo gusto.

INÉS.

Bien está en el cuello tuyo.

FENISO.

Inés, el oro le dí
Porque no haya cosa en mí
Que no diga que soy suyo.

CELIA.

Aunque tan favorecida
De vos, quiero que sepáis
Lo que á mi padre cansáis,
Y yo, en nò estar recogida.
Dice que son libertad
Visitas sin causa justa;
En efecto, se disgusta;
Y porque es su voluntad
La forma de mi obediencia,
Quiéroos, Feniso, avisar
Que aquí no podéis entrar
No siendo con su licencia.

FENISO.

Conozco la voluntad
Que ese pensamiento ordena,
Pues me quitáis la cadena
Para darme libertad;
Y aunque por ejemplos debe
Antes quien sabe sabello,
Yo la cuelgo en vuestro cuello
Como en columna de nieve
Del templo del desengaño,
Porque cosa injusta fuera
Que con cadena anduviera
Quien deja tan ciego engaño.
Doy palabra de no os ver.

CELIA.

Eso no, que yo no digo
Que se ha de entender conmigo.

FENISO.

Pues ¿con quién se ha de entender?

CELIA.

Con mi padre; y siendo ansí,
Que os vais para no tornar,
La prenda habéis de llevar.

FENISO.
Nunca tomo lo que dí.
CELIA.
Sí tomaréis; deteneos.

Roberto entre.

ROBERTO.
¿Sobre qué es esta cuestión?
CELIA.
No son pendencias, que son
Cortesías: mis deseos,
Feniso, son de estimaros;
Aquí sólo entran maridos.
FENISO.
¿Cuántos?
CELIA.
Uno.
FENISO.
Divertidos,
Señora Celia, en amaros,
No han reparado en saber
Que casamiento tratáis;
Mas, donde tantos llamáis,
Hallaréis en qué escoger.

Vase.

ROBERTO.
¿No sabré yo la pendencia
Que con Feniso tenéis?
CELIA.
En necios nunca ocupéis,
Roberto, vuestra prudencia.
Este es un hombre cansado,
Muy presumido de sí.
ROBERTO.
Lo mismo dirá de mí.
CELIA.
Habla despacio y confiado,
Y entiende que enseña á quien
Le escucha, todas las ciencias.
Hace ciertas diligencias
Para casarse también;
Y aunque no me estaba mal,
Le dejé por cierta cosa.
ROBERTO.
Si es falta en sangre, es odiosa,
Aunque es fuerza natural.
CELIA.
¡No, por Dios!
ROBERTO.
En su persona
Debe de ser.
CELIA.
No, tampoco.
ROBERTO.
¿Es cobarde? ¿Es pobre? ¿Es loco?
CELIA.
Si fué melindre, perdona:
Contáronme que compró
Tres espejos en un día.
ROBERTO.
¿Y eso es falta?
CELIA.
No podía
Serlo mayor.
ROBERTO.
¿Cómo no?
CELIA.
Hombre que se ha de mirar
En tres espejos, ¿no quieres
Que le aborrezca?
ROBERTO.
Tú eres
En tus cosas singular.
¿Qué importa que un hombre sea
Aseado?
CELIA.
No ha de ser
Ningún hombre tan mujer,
Que en tres espejos se vea.
Y quien tanto se ama á sí,
Que en tres espejos se ve,
¿Qué amor me tendrá, qué fe,
Ó qué estimará de mí?
Galán el hombre se nombre
Que hombre quiere parecer,
Porque en traje de mujer
No ha de enamorar el hombre.
ROBERTO.
Ándate por el lugar
Á decir esas lecciones;
Verás en lo que te pones.
CELIA.
Yo no me quiero casar.
ROBERTO.
¿Por qué?
CELIA.
Porque no hallo un hombre.
ROBERTO.
¡Anda allá, que estás cansada!
CELIA.
Sí; mas no dirás casada,
Aunque lo parezca el nombre.
ROBERTO.
Lo cierto debe de ser,
Que tan discretas mujeres
Nunca se casan.
CELIA.
No quieres
Entender por no querer.
Yo te confieso que tengo
Pensamientos desiguales;
Que con pensar que son tales,
Esta esperanza entretengo.
Yo me casaré tan bien,
Que muchas me han de envidiar.
ROBERTO.
El Conde te ha de engañar.
CELIA.
El Conde me quiere bien;

Pero ayúdame á salir
Con mi intento.

ROBERTO.

No quisiera
Quererte.

CELIA.

Desa manera
No es amar, sino fingir.

ROBERTO.

¿Qué haré por ti?

CELIA.

Sólo hacer
Que te casas.

INÉS.

Pues advierte
Que viene el Conde.

ROBERTO.

¡Qué fuerte
Desengaño!

CELIA.

Esto es querer.

El Conde y Tomín.

CONDE.

No le he de dar un real
De los cuatro mil ducados.

TOMÍN.

Dos mil traigo aquí contados
En doblones.

CONDE.

¡Pesia tal!
No hay amor como el del oro.
No verá Celia un escudo.

TOMÍN.

Yo lo oigo.

CELIA.

¿Por qué estás mudo?

ROBERTO.

Porque te guardo el decoro.

CELIA.

Hable quien es mi marido
Con libertad en su casa.

TOMÍN.

¿Escuchas esto que pasa?

CONDE.

No doy crédito al oído.

ROBERTO.

En fin, voy por el notario
Para hacer las escrituras.

Váyase.

CONDE.

¿Qué es esto que hacer procuras?

CELIA.

Conde, lo que es necesario
Para celebrar mis bodas.

CONDE.

¿Qué bodas?

CELIA.

Estoy casada.

CONDE.

¿Casada?

CELIA.

No, concertada,
Porque ya mis cosas todas
Las saben en la ciudad
Y pierdo mucho por ti.

CONDE.

¿Mi amor te ha ofendido?

CELIA.

Sí;
Que la mayor calidad
No da en esta parte honor.

CONDE.

No me hubieras advertido.....

CELIA.

Pues ¿fueras tú mi marido?

CONDE.

No sé lo que hiciera amor.

CELIA.

Á tiempo estamos.

CONDE.

No puedo
Tan presto determinarme;
Que hay Rey que puede obligarme
Á justo respeto y miedo.

CELIA.

Pídele licencia á él;
Tan buena soy como.....

CONDE.

Basta;
Así como noble y casta
No fueras dura y cruel.

CELIA.

Cásate, Conde, conmigo,
Y verás si blanda soy.

CONDE.

Por el Rey dudoso estoy.

CELIA.

Yo, Conde, mi estrella sigo.
Quiérote bien; pero quiero
Mucho más mi noble honor.

CONDE.

Algo has de hacer por mi amor.

CELIA.

¿Qué mandas?

CONDE.

Espera.

CELIA.

Espero.

CONDE.

A mí me manda esconder
El Rey seis días; aquí
Quiero esconderme.

CELIA.

¿Y ansí
Vendré yo á ser tu mujer?

CONDE.

Pasados estos seis días
Iré á Palacio, y haré
Que el Rey licencia me dé,

Pues en casarte porfías.

CELIA.

¿Y si te ven en mi casa?

CONDE.

No verán.

CELIA.

No podrá ser.

CONDE.

Esta merced me has de hacer
Mientras esta furia pasa.
Da, Tomín, dos mil ducados
Á Celia.

TOMÍN.

¿Cómo, señor?

CONDE.

Que le des luego, hablador,
Los dos mil que traes contados.

TOMÍN.

Pues ¿es ese el juramento?

CONDE.

No repliques.

TOMÍN.

Aquí van.

INÉS.

Señora, ¿adónde estarán?

CELIA.

Por agora en mi aposento.
Pero Vuestra Señoría,
Porque disgustos ataje,
Me ha de hacer pleito homenaje
Que de noche ni de día,
Aunque le sobre ocasión,
No se ha de descomponer;
Que esto es ser huésped y hacer
Un noble su obligación.

CONDE.

Pon las manos.

Ponga Celia las manos.

CELIA.

Jure aquí
Metiendo dentro las suyas.

Meta las suyas el Conde.

CONDE.

Bien saben, Celia, las tuyas
Que la libertad les dí.

CELIA.

¿Hácesme pleito homenaje,
Pena de infame, grosero,
Vil, bajo y ruin caballero,
De no hacer jamás ultraje
En esta casa á mi honor,
Ni, hasta que casada sea,
Permitir que cosa fea
Intente, Conde, tu amor?

CONDE.

Por la prisión de marfil
Que al alma tus manos dan,
Donde diez guardas están,
Todas de cristal sutil;
Por este cerco de plata,
Por estas diez flechas juntas,
Que en diez nácares las puntas
Con tanta gracia remata;
Por estas dos medias lunas
Que aquí la han formado entera,
Y por esta blanca esfera
De estrellas de mis fortunas;
Por esta eclíptica bella,
Adonde es el sol tus ojos,
De no intentar tus enojos.

CELIA.

Ese juramento sella
Con este abrazo.

CONDE.

No sé
Qué más espere quien ama.

CELIA.

Serás amador de fama,
Y yo tu esclava seré.

Váyanse

INÉS.

Y él ¿ha de quedarse aquí?

TOMÍN.

Pues adónde, ¿en el zaguán?

INÉS.

Jure también.

TOMÍN.

Jurarán.

INÉS.

Meta las manos ansí.
¿Háceme pleito homenaje,
Tomín, como su señor,
Que no hará ultraje á mi honor?

TOMÍN.

¿Ultra..... qué?

INÉS.

¿No entiende? Ultraje.

TOMÍN.

Por estos dos estropajos,
Por aquestas dos escobas,
Testigos de lo que robas,
Brújula de tus zancajos;
Por estas dos manecillas
De ternera y sus cuajares,
Y por estas dos cuchares
Con que haces albondiguillas;
Por estas diez zanahorias
Y manos de tal primor,
Que con ellas hace amor,
Por San Lucas, pepitorias;
Por estas diez longanizas
Con que jabonas y lavas,
Por estas chuecas y tabas
Con que tal vez picarizas,
De no facer tuerto alguno
Á la tu doncellería,

Magüer que esté todo el día
De la tu merced ayuno

INÉS.

Dame un abrazo.

TOMÍN.

¡Ay, Inés!

INÉS.

¿Qué hay?

TOMÍN.

¿No lo significo?
Bostezo como un borrico;
Yo te lo diré después.

Entre Lisena.

LISENA.

¿De qué se puede alabar
Quien guarda á los vivos fe?
Pues donde el premio se ve,
Bien puede el alma esperar.
Penélope puede estar
Menos gloriosa de ser
Ausente y casta mujer;
Pero la que un muerto adora,
Bien puede, por vencedora,
Verde laurel merecer.
Pondrásme por objeción,
Amor, que el dolor es nuevo;
Tienes razón, no me atrevo
Á contrastar tu razón.
Mas buenos ejemplos son
Julia, Artemisa y Elisa.
Dirás que el tiempo me avisa,
Que su olvido puede tanto,
Y que á la espalda del llanto
Viene por sombra la risa.
Yo te lo confieso, amor,
Pero al estado presente,
¿Qué fuerza quieres que intente
Sobrepujar mi dolor?
Dirás que es grande el valor
De un Rey con tanta porfía;
Conozco que ser podría,
Mas hasta agora no puedo
Perder á mi pena el miedo,
Que es por el Conde y es mía.
¡Ay, Lucindo! ¿Qué sintiera
Si fuera de ti querida,
Pues que siendo aborrecida
Te quiero desta manera?
¡Cuán justa venganza fuera
Querer al Rey! Mas no espero
Podrá amor tan verdadero,
Que como quererte ¡ay triste!
No fué porque me quisiste,
Porque te quise te quiero.

Entre Estacio, criado del Rey.

ESTACIO.

Esta joya te envía en esta salva
Su Alteza.

LISENA.

¡Joya á mí! Pues ¿á qué efeto?

ESTACIO.

La caja lo dirá, pues alma tiene.

LISENA.

¿Alma tiene la caja? Mira, Estacio,
Que son estratagemas de Palacio.

ESTACIO.

Abre, que el alma no es de cosa viva;
También las cosas muertas tienen alma.

LISENA.

Aquéste es un papel.

ESTACIO.

Léele y dame
Albricias.

LISENA.

Aquí encima dice el título:
«Título del Principado de Bisiñano, para la señora Lisena Aurelia.»
¿Princesa yo?

ESTACIO.

¿Merezco las albricias?
Bien me las puede dar Vuestra Excelencia.

LISENA.

Anda, que todo es esto impertinencia.
Dile á Su Alteza que la boca pongo
Mil veces en sus pies, pero que espero
Ponerme presto un hábito, y que entonces
No pasan del umbral los Principados,
Que son Estados porque son prestados.

Váyase Lisena.

ESTACIO.

Yo le diré, señora, lo que dices,
Admirado de ver tu sentimiento.

Entren el Rey y Leonardo.

REY.

¿Qué tenemos, Estacio?

ESTACIO.

Mal suceso.
Abrió la caja y dijo que besaba
Tus pies por la merced, mas que tenía
Propósito de un hábito y que entonces
Se quedaban los títulos del mundo
Al umbral de la puerta.

REY.

¡Amor profundo!
Pues ¿qué haré yo, Leonardo? ¿De qué Scitia
Salió esta nieve? ¿En qué desierta Arabia
Nació esta fiera?

LEONARDO.

¡Extraño pensamiento!
Si ha visto al Conde.....

REY.

Tengo por sin duda
Que el Conde no ha vivido recogido.

LEONARDO.
Mas no es posible, no; la causa ha sido
El grande amor, porque es cosa infalible
Que el Conde no la quiere, y no es posible
Que por lo que no quiere te ofendiera.

REY.
Pues ¿qué podré yo hacer contra esta fiera?

LEONARDO.
Olvidarla con otra que responda
Blanda á tu amor, pues que se cura todo
Con su contrario.

REY.
¡Ay, cielos! ¿De qué modo?

LEONARDO.
Haz elección de algún sujeto digno
De tu labor.

REY.
Bien dices: ya le tengo.

LEONARDO.
¿Tan presto?

REY.
Sí.

LEONARDO.
¿Quién es?

REY.
Lisena misma,
Porque si tengo de querer á otra
Y comenzar por fuerza, haré yo cuenta
Que comienzo á quererla y conquistarla,
Y olvidaré á Lisena con Lisena,
Y sin mudar amor mudaré pena.

LEONARDO.
En mi vida, señor, aunque he leído
Varias historias, libros y papeles,
Y peregrinas cosas escuchado,
Oí tan exquisito pensamiento.

REY.
Si ya me agrada, como ves, Lisena,
Haz cuenta que comienzo sus amores
Y que voy pretendiendo sus favores.

LEONARDO.
No quiero replicar á tu concepto,
Aunque es identidad lo que propones,
Sofístico remedio de tu pena;
Porque por más esquiva que Lisena
Quiera mostrarse en adorar un muerto,
El tiempo te dirá cómo se olvida.

REY.
Al tiempo corre mi esperanza asida
Como á sagrado de desprecios tales,
Que es el último fin de nuestros males.

Salgan el Conde y Tomín.

CONDE.
¡Notable aborrecimiento!

TOMÍN.
Si hiciste pleito homenaje,
¿Cómo quieres tú que baje,
Ni subir á su aposento?

CONDE.
Todo el dinero le he dado
Y está más dura y cruel.

TOMÍN.
Igual te fuera con él
Haber tus deudas pagado.

CONDE.
¿Ésta búrlase de mí?

TOMÍN.
Todos me dicen, señor,
Que en su vida tuvo amor.

CONDE.
¡Bien medraremos ansí!

TOMÍN.
Que no la mueva el dinero,
Cosa notable.

CONDE.
Exquisita.

TOMÍN.
Lindamente te le quita.

CONDE.
Pues ¿qué he de hacer, majadero?

TOMÍN.
Un filósofo decía
Que un hombre cuerdo ha de amar
Como quien ha de olvidar,
Si no tan presto, algún día.

CONDE.
Poner límite al amor
No es de sabios.

TOMÍN.
Al dar sí.

CONDE.
Si el alma, Tomín, le dí,
¿Es el dinero mejor?

TOMÍN.
Ocho mil nos ha pescado.
¡Gran necedad, vive Dios!
Y ¿casaránse los dos?

CONDE.
Eso tienen concertadado,
Mas yo lo remediaré.
¡Que se haya encerrado ansí!

TOMÍN.
Acechemos por aquí.

CONDE.
¿Ves algo?

TOMÍN.
Poco se ve.

CONDE.
Yo estoy de suerte, que creo
Que hay en mí más mal que amor.

TOMÍN.
¿Qué más hechizos, señor,
Que el deleite y el deseo?

CONDE.
Yo he de perder el jüicio.

TOMÍN.
Llama, que es gran sinrazón
Enloquecer de afición
Y no dar de amor indicio.

CONDE.

¡Abre, Celia celestial!
Abre á este segundo Orfeo,
Que ha hecho el alma Euridice
Para tu amoroso infierno.
Á tus puertas de diamante,
Haciendo lira mi pecho,
Cuerdas mis cinco sentidos,
Canto enamorados versos.
Si aquél pudo enternecer
Ánimos, Celia, tan fieros,
¿Cómo no muevo á piedad
Tu pecho amoroso y tierno?
Tu huésped soy, no traidor
Como Eneas, que no vengo
Huyendo á Italia de Troya;
Antes en Troya me quemo.
Ni soy Paris, el que hizo
Tal burla al marido griego;
Ni tengo en la mar navíos,
Ni en tierra soldados tengo.
¡Abre, divina hermosura!
No para hacerme tu dueño,
Sino para darme el alma,
La sombra soy de tu cuerpo.
¡Abre, mi bien, á un muerto
Henchido de amor, loco de celos!

TOMÍN.

¡Abre, Inés! ¡Abre á Tomín!
¡Abre, así tengas abiertos
Los cascos de una pedrada,
Y de un asador el pecho!
Yo no soy Paris ni nones,
Ni de Troya vengo huyendo;
Criado soy de mi amo,
Supuesto que soy más cuerdo.
No sé de historias de Troya,
Sus memorias aborrezco;
Que hombres de grandes memorias
Son faltos de entendimiento.
En mi vida saber quise
Si tuvo Roldán biznietos,
Choznos Alejandro Magno,
Y Adán, mi señor, abuelos.
No te pido el alma, Inés;
La bolsa sí, y el dinero;
Pero no habrá redención
Si eres de bolsas infierno.
¡Abre, Inés, que me duermo,
Como he cenado y no he tenido celos!

Celia en manto bizarro, medio destocada, é Inés á su modo.

CELIA.

¿Qué es esto? ¿Tienes jüicio?
¿Sabes que hay un padre viejo
Tan honrado como tú,
Lucindo, en este aposento?
¿No hiciste pleito homenaje,
Como honrado caballero,
De no me dar pesadumbre?
¿Así quiebras el concierto?
¿Así rompes la palabra
Y ofendes el juramento
De la prisión de marfil,
Manos y cristales tiernos?
¿Son éstas las humildades?

CONDE.

¿Sabes tú qué son deseos?
¿Sabes tú las diferencias
Del bien que está cerca ó lejos?
Si á Tántalo los poetas
Pintaron el agua al pecho
Y á la boca las manzanas,
Pintáronle en el infierno;
Pero yo que estoy, señora,
Á la puerta de tu cielo,
En querer oirte hablar,
¿Qué honor, qué respeto ofendo?
¿Pido yo cosas indignas?

CELIA.

Conde, de día, el honesto
Hablar en una visita
No pierde honor ni respeto,
Pero solos y de noche,
Con mucho amor y sin miedo,
De mí misma no me fío.

CONDE.

Si ser tu esposo prometo,
¿Por qué de mí te recatas?

CELIA.

Que son palabras al viento.
¿Cuál es la loca mujer
Que viendo á un hombre el deseo
Da crédito á sus palabras?
Pues sois los hombres en esto
Como quien va por el mar,
Que en la tormenta temiendo
Perder la vida, promete
Votos, hábitos, dineros:
Sosiégase el fiero mar,
Llega con bonanza al puerto
Y no se le acuerda nada.

CONDE.

Ya te digo que no quiero,
Celia, forzar tu desdén,
Mas con debido respeto
De tu honor, bien puedo entrar
Á sólo ver tu aposento:
Ya soy tu huésped, ya estoy
En tu casa.

CELIA.

No me temo
De tu deslealtad, Lucindo,
Si tuvieses otro intento,
Porque ni yo soy Lucrecia,
Ni tú Tarquino el Soberbio,
Ni hay esclavos, ni hay maridos,
Ni testimonios, ni enredos.
Temo que en Palacio digas
Mañana con poco seso

Que en mi aposento estuviste,
Y por ventura, añadiendo
Más favores que verdades.

CONDE.

¿Yo hablar? Pues ¿yo soy de aquellos
Que cercenan la moneda
De las honras sin provecho?
¿Yo, Celia? Pues ¿hasme visto
En corrillos de mancebos,
Ni jugando con las honras
Á la pelota de viento,
Que uno saca y otro vuelve,
Y andan las faltas al juego,
Porque todo el juego es faltas,
Sobrando tantas en ellos?
¡Vive Dios, que me he corrido!
¡Ábranme la puerta luego,
No he de estar aquí esta noche!

CELIA.

Sosiégate.

CONDE.

¿Cómo puedo?

CELIA.

¿En que veré yo que sabes
Callar?

CONDE.

En que será cierto
Que si me mandas callar
Pondré perpetuo silencio
Á mis labios hasta cuando
Me mandes hablar.

CELIA.

Pues quiero
Probar tu fidelidad.
Veamos si en este tiempo
Hay hombre que sepa amar
Y obedecer á su dueño.

CONDE.

Pues ¿qué me mandas?

CELIA.

Que calles,
Haciéndome juramento
Que hasta que yo te lo mande
No hablarás.

CONDE.

Pues yo prometo
Al cielo, á sus luces claras
Y á las de tus ojos bellos,
De no hablar otra palabra
Sin tu mandamiento expreso.

CELIA.

¿Que no hablarás?

INÉS.

No responde.

CELIA.

Pues si yo te pruebo en esto,
No dudes que seré tuya
Y que tú serás mi dueño.
¿Prométeslo ansí?

INÉS.

Bajó
La cabeza.

Váyanse los dos.

TOMÍN.

¿Hay embeleco?
¿Hay diablura semejante?

INÉS.

¿Serán encarecimientos?

TOMÍN.

¡Vive Dios, que está tan loco,
Que no ha de hablar!

INÉS.

No lo creo.

TOMÍN.

Si fuera mujer, bien dices,
Quebrara mil juramentos;
Que no hay carreta de bueyes,
Golondrina ni vencejo,
Ni citola de molino,
Soldado, indiano ó barbero,
Que así ofenda los oídos.

INÉS.

Y vosotros, ¿calláis? ¡Fuego!

TOMÍN.

Por lo menos, dos mil hombres
No hablan tanto en seis inviernos,
Aunque sepan en romance
Las historias de los griegos,
Como en un hora vosotras.

INÉS.

¿Vosotras? ¡Alguna, necio!
Pero tú, ¿qué harás por mí?

TOMÍN.

Hablar en prosa y en verso
Desde que el hacha brillante
Calce coturnos de fuego
En aurorizantes nichos,
Si reiterados, no tersos.

INÉS.

Luego ¿no querrás callar?

TOMÍN.

Ese fuera buen consejo
Para ti.

INÉS.

Pues acabóse.

TOMÍN.

¿Y si callar te prometo?

INÉS.

Permitiré que merezcas
Una silla en mi aposento.

TOMÍN.

Yo callaré; mas después
No ha de haber pintor más diestro
En dibujar notomías
De tu carne y de tus huesos.
No ha de quedar redomilla,
Unto, muda, aceite, sebo,
Que no lo canten mañana
Niños, fregonas y ciegos.

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

EL DESDÉN VENGADO

ACTO TERCERO

PERSONAS

LISENA.
CELIA.
INÉS.
EL REY.
EL CONDE.
TOMÍN.
FENISO.
ROBERTO.
LEONARDO.
EVANDRO.

Leonardo y Lisena.

LISENA.

Pues esto no contradice
Á la lealtad ni á la ley,
Leonardo, que debo al Rey.

LEONARDO.

Lee el papel.

LISENA.

Ansí dice:

Lea.

«Rugero, Rey de Nápoles, digo: Que por esta cédula, firmada de mi nombre, doy la palabra y me obligo de casarme con Lisena, Princesa de Bisiñano.»

No me mandes, ni es razón,
Leonardo, pasar de aquí.

LEONARDO.

¿Confiesas que es amor?

LISENA.

Sí.

LEONARDO.

¿Conoces la obligación?

LISENA.

Conozco.

LEONARDO.

Pues quiere bien
Á un Rey, ya como á tu esposo,
Que ya es caso riguroso
Perseverar tu desdén;
Y es gran crueldad decir no
Á un vivo, y Rey, que te adora,
Por un muerto, y tal, señora,
Que siempre te aborreció;
Ó hacer que creamos quieres
Con este injusto rigor,
Que no es amor el amor,
Sino tema en las mujeres.

LISENA.

Leonardo, aunque los terceros
Suelen, cansando, vencer
La más rebelde mujer
Y de más fuertes aceros,
Tú me hielas de manera
Que, á tener inclinación,
Me mudaras de opinión,
Y aun de amor si le tuviera.
Amé al Conde, hago jüez
Al cielo hacerle inmortal;
Que una mujer principal
Ha de amar sólo una vez.
Al Rey mi señor, y es justo,
Agradezco lo que ha hecho,
Muestra de su heroico pecho,
Siempre magno y siempre augusto.
No soy para su mujer:
Conozco mi indignidad
Y estimo su honestidad,
Que es mucho en tanto poder.

Doyle palabra de estar
Lo que tuviere de vida,
Rendida y agradecida;
Pero yo voy á rogar
Por él, por mí y por el Conde,
Á Dios en un monasterio;
Que este es el cetro é imperio
Que más á mi amor responde.
Mañana saldré de aquí;
Esto á Su Alteza dirás,
Y no más, porque lo más
Queda para siempre en mí.

Váyase.

El Rey entra por otra parte.

REY.
¿Hay semejante rigor?
LEONARDO.
¿Halo oído Vuestra Alteza?
REY.
No pienso que á tal firmeza
Puede haber llegado amor.
¿En qué historia se ha leído
Que, en competencia de un rey,
Tenga con un muerto ley
La mujer que no lo ha sido?
Mil veces quise salir,
Ya enojado y ya templado;
Que, puesto que me ha enojado,
Me ha podido persuadir.
Esto tengo de quien soy,
Que es el dejarme vencer
De la razón, que al poder
Nunca esta parte le doy.
Ahora bien, pues no es posible
Vencer una voluntad,
Convierta amor en piedad
Aquella fuerza imposible.
Yo he de ser parte, Leonardo,
Para que aquesta mujer
Llegue como á merecer
El bien de que honrarla aguardo.
Dos cosas en esto haré:
Cumplir con quien soy, la una;
La otra, pues mi fortuna
De amor tan contraria fué,
Mostrar el que le he tenido
Ayudando á su lealtad;
Que, amor trocado en piedad,
Por dicha hallará su olvido.
Voy á escribir un papel
Al Conde, y voy de manera,
Que darle mi amor quisiera
Porque la amara con él;
Que mujer tan firme, es justo
Que le goce, aunque después
Me mate.
LEONARDO.
Dame esos pies
Mil veces, Príncipe augusto,
Por tan digno pensamiento
De tu grandeza.
REY.
No fuera
Quien soy, si lugar no diera
Á este heroico vencimiento:
Esto al valor corresponde;
Pero de manera estoy,
Que trocara el ser quien soy
Por la ventura del Conde.

Váyanse, y entre el Conde.

CONDE.
Huyendo la crueldad de Celia ingrata
Á tanto amor y fe como me debe,
Vencer mi agravio un imposible trata,
Y un Etna con un átomo de nieve.
Su casa dejo, viendo que me mata
Su falsa honestidad, aunque no apruebe
El rendimiento amor, pues algún día
Venció sin esperanza la porfía.
Aquí pienso tratarme de tal suerte,
Por vengarme en mí mismo de mi engaño,
Que solicite causas á mi muerte,
Siendo de mí, como enemigo, extraño.
Que no hable me manda. ¡Caso fuerte!
¡Notable premio, al fin, de tanto daño!
Probar quiere mi fe con el silencio:
Ya de ser piedra, ¿en qué me diferencio?
Mudo me manda Celia estar, y he dado
En castigar mi lengua en su obediencia,
Por ver si obligo un corazón airado,
No haciendo á sus crueldades resistencia.
Pasos, hacienda y años he gastado,
Sin tener del principio diferencia
Ni penetrar su obscuro pensamiento;
Mas presumo que aspira á casamiento.
Abrasado mi amor en sus desprecios,
Por sendas tan difíciles camina,
Que ha llegado al infierno de los necios,
Estado que ni crece ni declina.
No pudiera sufrir golpes tan recios
La más robusta y arrugada encina;
Y yo, como si el alma fuera palma,
Quiero que á su desdén resista el alma.

Tomín entre.

TOMÍN.
Una grande novedad
Bien merece tus oídos,
En tanto amor divertidos,
Que se ha vuelto necedad.
Leonardo ha llegado aquí
Con un papel de Su Alteza,
Que es novedad y extrañeza.
¿Entiendes esto: no ó sí?

Váyale haciendo señas.

¿Sí dices? Pues ¿qué he de hacer?
¿Tomarle? ¡Notable cosa,
Y de manera enfadosa,
Que estoy muerto desde ayer!
Habla, señor, ¡pesia tal!
Mira que te vuelves loco:
Solos estamos: ¿tan poco
Fías de un hombre leal
Que en tu casa se ha criado?
¿Téngole yo de decir
Que hablaste á Celia? ¡Es morir,
Él está determinado!

Señale que no.

¡Ah, señor! ¿Entrará aquí
Leonardo? ¿Que no, no sea?
Pues ¿qué le diré que crea
Y que te disculpe á ti?

Señale la cabeza.

¿Que estás malo? ¿Que te duele
La cabeza? Pues yo voy.
Tan loco estás, que ya estoy
Como quien servirlos suele;
Pues, como en aquesto des,
Dos desventuras me entablas:
Sufrirte mientras no hablas,
Y lo que has de hablar después;
Que quien agora profesa
Tal silencio y gravedad,
Ha de ser temeridad
Cuando muela de represa.

Váyase.

CONDE.

Pues en esta ocasión de tanta pena
No hablé, no respondí, yo estoy perdido.
¿Papel el Rey á mí? Mi muerte ordena,
Y que sea verdad lo que es fingido;
Sin duda que á la muerte me condena.
¡Celos crueles de Lisena han sido!
¡Él se ha determinado! Hoy muero. ¡Ah, cielos,
Mal aconsejan al amor los celos!
En fin, si de Lisena fué venganza,
Hizo como mujer; pero Rugero
No hace como Rey, porque no alcanza
Á la inocencia el poderoso acero.
Cuando esperaba en mi dolor mudanza,
En el rigor de dos desdenes muero:
Celia me mata con callar; Lisena,
Con mandarme matar. ¡Qué injusta pena!
Que me mate de amor quien me aborrece,
Culpa fué mía; pero no que agora
Mande matarme á un Rey que la obedece.
¿Quién mis desprecios pertinaz adora?
¿Qué haré, si este papel mi sangre ofrece
Al cocodrilo que me mata y llora?
Huirme será bien, pero no es justo;
Dicha es morir, quien vive con disgusto.

Tomín entre.

TOMÍN.

Paréceme, ó me engañé,
Que estabas, señor, hablando.
Sí hablas, que estás matando
Á quien te sirve; ¿y por qué?
Habla delante de mí,
Que no lo diré, ¡por Dios!
Habla, y hablemos los dos,
Mira que te importa á ti.
Una vez un hablador
Destos que la corte cría,
Enfadado de que un día
Topó con otro mayor,
Dió en callar, y fué de suerte,
Que de callar enfermó,
Aunque por callar no entró
Jamás en nadie la muerte.
«Hablad, marido», llorando
Le decía su mujer;
Y él daba en no responder,
Sino en morirse callando.
Llamaron al confesor,
Y allí, que era fuerza hablar,
Como comenzó á gustar
De aquel sabroso licor,
Dijo tan grandes pecados
Por hablar, que el padre cura
Conoció que era locura,
Porque eran desatinados.
Dijo que brujo había sido,
Y en contar cómo se untó,
Más de hora y media gastó,
Hasta que el cura, perdido,
Le dijo: «Pues yo también
He sido brujo, y mentís
En todo cuanto decís,
Y llamen quien sepa bien
De brujos, que es fuerte caso.»
Levantóse el hablador,
Y dijo al cura: «Señor,
Oiga mis pecados paso.»
«Hablad, dijo, quince días,
El cura, y después vendré,
Que de represa no sé;
Que os oigan las piedras frías.»
Tal pienso yo que contigo,
Señor, me ha de suceder.
¿Qué pides? ¿Quieres leer
El papel? Lo mismo digo.

Déle el papel.

Hele aquí. ¿Cómo, señor,
Que me vaya? Voyme. ¿Hay cosa
Más fiera y más rigurosa?
¡Éstas son leyes de amor!
¡Esto puede una mujer!
Lo que ellas jamás han hecho,
Mandan á un hombre; sospecho

Que como el cura he de ser.
Pero di, pues desatinas,
Que has sido brujo, elefante,
Canoro, nicho y brillante,
Y otras frases vizcaínas;
Que toda cosa imperfeta
Sufriré, viéndote triste,
Como no digas que fuiste
Sólo un instante poeta.

Váyase.

CONDE.

Papel, temblando os abro, aunque mi pecho
Tan lejos de rendirse á cobardía;
Mas por ver reducir á tal estrecho
En esta parte la inocencia mía.
Traéis mi muerte, la verdad sospecho,
Que amor siempre fué rey con tiranía;
Pero, en efecto, lo que fuera sea;
Aunque no os obedezca, es bien que os lea.

Lea.

«Conde: Cuantas diligencias he hecho para apartaros de Palacio, hasta fingir que sois muerto, se han dirigido á conquistar la voluntad de Lisena, y con haber tratado de casarme con ella, os quiere más á vos muerto que á mí vivo. Yo estoy determinado de estimar esta lealtad aborrecido; razón será que vos la agradezcáis amado.

»Venid luego públicamente á verme, que tengo que hablaros de mi servicio y gusto.—*El Rey.*»

¿Hay cosa más notable? ¿Por qué cuentan
Valor de Evadnes, Porcia y Artemisa,
Ni dar los siglos vanamente intentan
Célebre fama á la viudez de Elisa?
Aquí sus glorias y laurel afrentan,
Y una dama de Nápoles los pisa
Con tanta fe, que ser su reina deja;
Vence el amor, y el interés se queja.
Mas todo acusa más mi ingrato pecho,
Rebelde á tanto amor por una ingrata,
Á quien mi ciega voluntad ha hecho,
Por ídolo gentil, templo de plata.
Mas toda la que he dado sin provecho,
Más mi esperanza en su desdén dilata.
¿Qué haré, confuso, en tales accidentes?
Tiempo es, amor, que tu remedio intentes.

Entre Tomín.

TOMÍN.

Leonardo, señor, se fué,
Viendo que verte no dejas.
¿Qué tienes? ¿De qué te quejas?
¿Callas? ¿Qué mandas? ¿Qué haré?
¿Qué dice el Rey? ¿Qué señalas?

Hágale señas que ponga el coche.

¿Jugar á los trucos? ¿No?
Qué, ¿te admiras? ¡Qué sé yo!
¿Que te saque algunas galas?
¿No? ¿Tampoco? Pues ¿qué debo,
Que tanto enojo me enseñas?
Qué, ¿no estás bien en las señas?
¡Como eres mudo tan nuevo!.....
¿Qué quieres? ¿Ir á nadar?
No te enojes. ¿Qué caballo?
No te espantes, que no hallo
Qué quieres significar.
¿No es más barato decir:
Esto quiero y esto pido?
Nunca á mudos he servido;
Yo no te acierto á servir,
Ó busca señas mejores;
Que, como soy desdichado,
Toda mi vida he topado
Temerarios habladores.
Así, ruedas; coche; sí,
Ya entiendo; que ponga el coche,
Que has de ir á ver esta noche
Al Rey. Bien; ya lo entendí.

Éntrese el Conde.

Gracias á cuantos amantes
Se han entendido por señas;
Gracias á damas y á dueñas,
Que hablan cifras semejantes;
Gracias á los que en el juego
Por señas se han entendido,
Y gracias á algún marido
Que entiende á su mujer luego.
Pero estas gracias no doy
Á la poca dicha mía,
Pues he de andar todo el día
Como quien juega al rentoy.

Éntrese.

Salgan el Rey y Lisena.

REY.

Digo que está vivo el Conde.

LISENA.

¡El cielo tu vida aumente,
Por las nuevas que me has dado
Y por el valor que tienes!

REY.

Está, Lisena, segura
De que Rugero no intente
Cosa menos que en tu gusto
Y de tu honor, si se ofrece.
Yo he mudado parecer
No dejando de quererte,
Porque viendo tu lealtad,
Conozco lo que mereces;
Cesó mi loco deseo,
Y ya el alma sólo siente
Los que de tu bien me quedan.

LISENA.

¡Qué bien confirmas quién eres!

REY.

Yo hice esconder al Conde,
Lisena, y fingí su muerte,
Porque muerta la esperanza,
El amor dicen que muere;
Pero en ti no ha sido así,
Pues tanto más vive y crece,
Que despreciaste mi reino,
Siendo ejemplo de mujeres.
Mas ya el Conde vendrá aquí,
Y yo haré cuanto pudiere
Para que te estime y quiera,
Sabiendo lo que te debe;
Que no es hombre, sino piedra,
Quien tanto amor no agradece,
Y en tiempo que las verdades
Tan poca ventura tienen.

Entre Leonardo.

LEONARDO.

Aquí ha llegado, gran señor, el Conde.

REY.

Bien me pudieras dar, Lisena, albricias.

LISENA.

Qué, ¿el Conde es vivo en fin?

REY.

Vuelve los ojos.

El Conde, y llegue á los pies del Rey.

Alza, Conde, del suelo, y á mis brazos
Paga lo que les debes con los tuyos.
¿Vienes bueno? ¿Qué dices? ¿No respondes?
Habla á Lisena, yo te doy licencia.
¿De qué se encoge? ¿Señas? ¿Qué es aquesto?

LISENA.

La gloria de mirar resucitado
El bien que tuve ya por muerto, ha sido
Tan breve, que aun apenas la he sentido.
¿Qué accidente es aquéste?

REY.

¡Caso extraño!

LEONARDO.

Papel y pluma pide.

REY.

Venga luego.
¡Notable novedad no hablar el Conde!
La boca ha señalado y no responde.

LEONARDO.

Aquí está ya papel, toma y escribe.

REY.

Lisena, no presumas que yo he sido
Causa deste accidente no pensado;
Que al Conde solamente le he mandado
Que estuviese escondido.
Si él ha dado ocasión á tanto daño,
No ha sido por mi engaño.
De que, á fe de quien soy, que te asegure.....

LISENA.

No es menester que Vuestra Alteza jure
Presto sobre la causa, pues, en suma,
Lengua de los ausentes es la pluma,
Y quien no puede hablar es como ausente.

REY.

Pésame de tu pena.

LEONARDO.

El Conde ha escrito.

REY.

Muestra. Oye, Lisena.

Lea.

«Habiéndome mandado Vuestra Alteza que me fingiese muerto, y que para este efecto me escondiese por no ser visto de nadie, me encerré en una cueva de mi casa, donde, por la frialdad inmensa, ó por otra secreta causa, perdí la habla.»

REY.

¡Por el cielo divino, que me pesa!
Pero no puede ser que este accidente
Carezca de remedio en medicina,
Pues bien se echa de ver que no es encanto
Y que ha podido ser naturalmente.

LEONARDO.

Yo vi, de removerse de un navío
El agua rebasada por el fondo,
Perder la vista cuatro marineros,
Que después con el tiempo la cobraron.

REY.

Parte, Leonardo, y echa un bando luego,
Que á quien hiciere hablar al Conde, digo,
La voz restituyere articulada,
Diez mil ducados le daré.

LEONARDO.

Yo parto;
Pero advierte, señor, que han de matalle
Haciendo con remedios exquisitos
Mil tormentos en él.

REY.

Pues de esta suerte
Mi voluntad por Nápoles advierte;
Que quien curar al Conde propusiere,
Otros diez mil ducados deposite,
Y si no le curare, que los pierda;
Que desta suerte nadie habrá tan loco,
Que sin tener la ciencia necesaria
Y el dinero ó el crédito, se atreva.

LEONARDO.

Es justo acuerdo, porque la codicia
Mil empíricos médicos trujera
Con que en vez de curalle le matara.

Váyase Leonardo.

REY.

Lisena, ése es el Conde; yo no puedo
Dártele de otra suerte; está segura

De que procuraré su bien y el tuyo,
Y de que voy con pena tan notable,
Que no tendré contento hasta que hable.

LISENA.

El Conde viene á matarme,
Porque como me aborrece,
Es sin duda que enmudece
Por excusarse de hablarme.
¿Á qué más puede llegar
Un extraño aborrecer,
Que á dar á un Rey á entender
Que un hombre no puede hablar?
¿Qué he de hacer sino imitalle,
Y que á callar me resuelva,
Ó rogalle que se vuelva?

Tomín entra.

TOMÍN.

Mandóme el Conde que calle,
Aunque por señas, la causa
Por qué se ha fingido mudo,
Y que pueda estarlo dudo,
Viendo los daños que causa.
Pero lo que quiere hacer,
Por fuerza habré de sufrir,
Porque lo más del servir
Consiste en obedecer.
Lisena está aquí. Señora.....

LISENA.

Seas, Tomín, bien venido.
¿Qué es esto que tiene el Conde?

TOMÍN.

No lo ha dicho.

LISENA.

Ya lo ha dicho.

TOMÍN.

¿Cómo?

LISENA.

Al Rey en un papel.
Y que de haberse escondido
En una cueva está así;
Tanto obedecerle quiso
En fingir que estaba muerto.

TOMÍN.

¿No le has hablado?

LISENA.

He querido
Y no me atrevo.

TOMÍN.

¿Por qué?
Llega, que no es basilisco.

LISENA.

Para mí sí, pues la lengua
En el silencio ha escondido
Por matarme con los ojos.

TOMÍN.

Háblale, que yo te digo
Que no está lejos tu bien.

LISENA.

¡Ah, señor Conde, en qué sino
Tan triste nació mi amor,
Que no ha sido agradecido!
Si yo fuera encantador,
Como vos sois áspid libio,
Viniera bien que á mi encanto
Tapáredes los oídos.
¡Ay, qué de cosas por vos,
Sin lágrimas y suspiros,
Que éstas no quiero estimarlas,
He padecido y sufrido!
Pues si yo os hiciese cargo
De que pierdo por serviros
El ser de Nápoles reina,
¿Qué diréis del amor mío?
Permitid, mi señor, veros,
Ya que no dejáis oiros;
Que Rugero es rey y está
De mis lealtades vencido.
Más es hacer olvidar
Quien ama con desatino,
Que hacer amar quien olvida
Cuando es injusto el olvido.
¿Qué decís en esas señas?

TOMÍN.

Yo, que el Marsilio Ficino
Soy deste Platón, señora,
Así le comento y digo:
En el extender la mano
Dice que ha de ir peregrino
Por voto á Jerusalén,
Porque Dios le dé jüicio.
En el revolverla ansí,
Dice, ó soy mal adivino,
Que se ha de volver por Francia,
Que algún mal tiene escondido,
Pues señala la garganta,
Que aquellos reyes invictos
Curan por gracia de Dios.

LISENA.

Diciendo vas desatinos.
Conde, mucho me debéis.

TOMÍN.

Dice que agora han traído
Cuatro caballos de España,
Dos blancos y dos morcillos.

LISENA.

Conoceréis algún día
Mi amor, querido Lucindo.

TOMÍN.

Responde que aqueste año
Ha de ser falto de trigo,
Mas que habrá muchos garbanzos.

LISENA.

Deja, Tomín, desvaríos.
Tengo esperanza en amor,
Que ha de poder persuadiros
Que estiméis tanta lealtad.

TOMÍN.

Dice que habemos venido
Por la falta del dinero
Mal dado y bien recibido,

Á tanta necesidad,
Que dos pajes se han comido
De hambre las cuatro orejas
De dos jacas, que el domingo
Mandó cortar á un albéitar.

LISENA.

El señalar los oídos
Es decir que no oye bien.

Váyase el Conde.

¡Ya se va! ¡Cielos divinos,
Tened lástima de mí!

Váyase Lisena.

TOMÍN.

¡Viven los cielos que envidio,
Á los mozos de los ciegos
Después que á este mudo sirvo,
Porque no ven lo mal hecho
Y escuchan bien lo bien dicho!
Á un mudo que es natural,
Discúlpale haberlo sido;
Mas no hablar por no querer,
Es temerario delito.
¡Plega á Dios que cuando hables
Halles la lengua en estilo
Que no aciertes, de infamada,
Con vocablos inaudidos,
Ó que tantos habladores
Te los hayan consumido,
Que llames al pan tinaja,
Y costal de cuero al vino!

Celia y Evandro.

EVANDRO.

Esto dice aquel bando, y está cierta
Que ha de mover á pocos el dinero
De la suerte que el premio se concierta.
Depositar les manda el rey Rugero
Otros diez mil ducados, justamente,
Porque es el vulgo en intereses fiero.
Y no es razón que su codicia intente
Curar al Conde á costa de su vida,
Y haránlo muchos temerariamente.

CELIA.

Padre, aquesta ventura prevenida
Estaba á vuestra sangre, de la estrella
Con que para ser rica fuí nacida.
Su habla tiene el Conde, y no usar della
Es porque mi desdén se lo ha mandado,
Que no de enfermedad pudo perdella;
Si yo le mando hablar, como ha callado
Por mi gusto hasta aquí, tened por cierto
Que vuelva á hablar.

EVANDRO.

De oirte estoy turbado.
¿Por ti ha callado el Conde?

CELIA.

Fué concierto
Para probar su amor.

EVANDRO.

¡Extraño caso!
Pues dicen que era de fingirse muerto.

CELIA.

Yo os digo la verdad.

EVANDRO.

Hablemos paso.

CELIA.

Estos diez mil ducados gozar quiero,
Porque después con veinte mil me caso.

EVANDRO.

Sí, pero ¿dónde tienes el dinero
Para depositar? Porque prestalle
No querrá nadie, ni sin él, Rugero.

CELIA.

Téngole yo; no es menester buscalle.

EVANDRO.

¿Diez mil ducados tú?

CELIA.

Los ocho pudo
Al mismo Conde mi desdén quitalle.

EVANDRO.

¿Tras ocho mil ducados está mudo?
Milagro entre hombres.

CELIA.

No le dí una mano.

EVANDRO.

Perdona, Celia; lo que dices dudo.

CELIA.

Bien sabe Inés que lo que digo es llano.

EVANDRO.

Hasta agora le tuve por discreto.

CELIA.

¿No sabes que es amor dulce tirano?

EVANDRO.

Que me ha admirado el Conde te prometo.
¿Y los otros dos mil?

CELIA.

Son joyas mías:
Cadenas y sortijas.

EVANDRO.

¿Á qué efeto
Pudiste entretenerle tantos días?

CELIA.

Pensándome casar.

EVANDRO.

En fin, ¿qué intentas?

CELIA.

Que hables al Rey.

EVANDRO.

¡Extrañas fantasías!

CELIA.

Y dile que á la prueba te presentas,
Llevándole en metal todo amarillo
Estos diez mil.

EVANDRO.

Ya veinte mil los cuentas.

CELIA.

El oro tiene, padre, un cofrecillo;
En dándole, dirás que una hija tienes,

Que con seguridad podrás decillo,
Por quien al Conde remediar previenes,
Más sabia que Galeno y Avicena,
Que luego sabrá el Conde á lo que vienes.

EVANDRO.

Hija, los viejos, no te dé esto pena,
Somos, con la experiencia, temerosos:
Mira que el pescador que el cebo ordena,
No les pone á los peces bulliciosos
Otros peces tan grandes en su anzuelo,
Sino los gusanillos codiciosos.
Para pescar tu codicioso celo
Diez mil ducados, otros diez les pones;
No sé si aciertas.

CELIA.

Yo confío en el cielo,
Que en oyendo Lucindo dos razones
Que aparte le diré, tendré el dinero.

EVANDRO.

Yo voy á proponer lo que dispones;
Mas venga el cofre; que he de dar primero
Los diez mil, como sabes.

CELIA.

Inés, parte,
Dale al señor el cofre.

EVANDRO.

En Dios espero
Que con el Conde tengo de casarte.

Váyase Evandro.

CELIA.

No es la primera vez que amor, valiente,
Las mercedes levanta á señorías;
No es la primera vez que las porfías
Conquistan el lugar más eminente.
No es la primera vez que un accidente
Ha dado coronadas monarquías,
Porque el cielo y el curso de los días
Truecan todas las cosas fácilmente.
Á títulos de honor, á magistrados,
Levanta amor humildes, que no cesa
De fabricar milagros no pensados.
¿Qué mucho que yo llegue á ser condesa?
Pues que me ha dado veinte mil ducados,
¿No me rendir á su amorosa empresa?

Roberto y Feniso.

FENISO.

Dejara de buena gana,
Si estáis en mejor lugar,
Mi pretensión, por dejar
También mi esperanza vana.

ROBERTO.

Si la pudiera tener
En tan mudable sujeto,
Prometiérame, os prometo,
Que me mostraba querer;
Pero tanta variedad
De inconstancia y condición
Dan al alma confusión,
Y engaño á la voluntad.

FENISO.

Aquí está Celia.

ROBERTO.

Este día
Quedamos desengañados.

CELIA.

¡Oh, señores, bien llegados
Para tanta dicha mía!

ROBERTO.

¡Dicha vuestra! ¿De qué modo?
¿Hay nuevo engaño que hacer?

FENISO.

En mi vida vi mujer
Que así lo parezca en todo.

CELIA.

¿No habéis el bando escuchado,
En que promete Rugero,
Á quien haga hablar al Conde,
Que está de silencio enfermo,
Diez mil ducados? Pues yo
Á curalle me prefiero.
Ya está mi padre en Palacio,
Y otros diez mil lleva dentro
De un cofre para cumplir
Con las leyes del concierto.
Acompañadme los dos,
Veréis la ciencia que tengo,
Pues hablar los mudos hago;
Pero ¿qué mucho, si puedo
Hacer mudos los que hablan?

FENISO.

Luego ¿tú de los sucesos
Del Conde fuiste la causa?

CELIA.

Aspirando á casamiento,
Le traté con tal desdén,
Que por mi gusto, os prometo,
Le hice callar, y agora
Quiero que rompa el silencio,
Y con los diez mil ducados
Y los otros diez que tengo,
Casarme con igual mío,
Porque lo demás es viento.
No quiero desvanecerme
En señorías; que llevo
Mal tan largas dilaciones,
Fundadas en fingimientos.
Temo al Rey; yo le hablaré;
Sin gusto del Rey no puedo;
Es fuerza para casarme
Dar cuenta á todos mis deudos,
Pues ¡por Dios! que aunque él me quiera,
No pienso perder el tiempo,
Pues con veinte mil ducados,
Todo noble caballero
Querrá una mujer hidalga.

FENISO.

Yo desde aquí los aceto.

ROBERTO.

Eso no, porque soy yo
El que mejor los merezco.

FENISO.

Hablad bien.

CELIA.

Paso, Feniso,
Que no os agravia Roberto.

FENISO.

Mía habéis de ser.

ROBERTO.

Yo sé
Que de mis merecimientos
Ninguno.....

CELIA.

Roberto, paso;
Tratad de méritos menos,
Que no os agravia Feniso.

ROBERTO.

Yo digo que os obedezco.

CELIA.

Venid conmigo los dos,
Tomaré el dinero, y luego
Os diré cuál ha de ser.

FENISO.

Yo he de ser.

ROBERTO.

Hablemos quedo.

Entren el Conde y Tomín.

TOMÍN.

Pues que no quieres hablar
Ni en que te importa advertir,
Por lo menos, Conde, oir
No lo puedes excusar.
Oye, pues, y nunca hables;
Que, pues callar es la cosa
Más santa y dificultosa,
Tus virtudes son notables.
Propio estás para servir,
Bien supieras agradar;
Que dicen que no ha de hablar,
Sino solamente oir.
Vano fué mi sentimiento
Si puedo hablar por los dos;
Que por la gracia de Dios
Hay muchos que hablan por ciento;
¡Oh si una escuela pusiera
De callar tu lengua honrada!
Pero no ganaras nada,
Pues nadie á la escuela fuera.
Pero sabrás, finalmente,
Que Celia aqueste dinero
Que promete el rey Rugero,
Quiere pescar lindamente.
Agora depositó
Su padre diez mil ducados
Que tu necedad, mal dados,
Que no tu afición, le dió.
El Rey la queda aguardando,
Y quiere mandarte hablar
Como te mandó callar.
Yo me estoy desesperando
De ver que tras el dinero
Que te pescó sin razón,
Se lleve tanto doblón
Porque hable un majadero;
No digo tú, sino aquellos
Que hablan y dicen mal.

CONDE.

¡Vive Dios!

TOMÍN.

¡Ah, pesia tal!
Esto es coger los cabellos
Á la ocasión; ten la espada,
Que quise bufonizar
Para darte la de hablar.
¿No ves que tienen ganada
Ejecutoria los bu.....
(Ya entiendes) por los estrados
Para ser desvergozados?

CONDE.

Y por eso lo eres tú.

TOMÍN.

¡Gracias al cielo, que ya
Te restituyó tu lengua!
Callar conmigo era mengua.

CONDE.

¿De suerte, Tomín, que está
Celia en Palacio?

TOMÍN.

Ya mueres
Por verla.

CONDE.

¿Qué haré, si adoro
Su desdén?

TOMÍN.

Echarla á un toro,
Pues hay cuatro mil mujeres:
Blancas, azules, morenas,
Coloradas, nacaradas,
Viudas, doncellas, casadas,
Solteras, malas y buenas.
Amor no es más de costumbre,
Acostumbrarse á otra cosa.

CONDE.

¡Ay, que es Celia muy hermosa!
¡Ay, que es de mis ojos lumbre!

TOMÍN.

¡Oh! Nunca hablaras, pues dudo
De tu remedio.

CONDE.

¡Ay de mí!

TOMÍN.

Si habías de hablar ansí
Mejor estuvieras mudo.

CONDE.

Déjala, Tomín, llevar
Á este ángel estos diez mil.

TOMÍN.

¿Ésta es ángel?

CONDE.
De marfil
Y de cogollos de azahar.

TOMÍN.
Mal azar de jugadores
Venga en todos sus sucesos,
Hagan dados de sus huesos,
Y de su cuero atambores:
Eso habías de decir.

CONDE.
El amor no tiene ley.

TOMÍN.
Calla.

CONDE.
¿Cómo?

TOMÍN.
Viene el Rey.

CONDE.
Lo mudo quiero fingir.

El Rey, Evandro y Leonardo.

LEONARDO.
Aquí está el Conde.

EVANDRO.
Y aquí
Verá, señor, Vuestra Alteza
El milagro de un ingenio,
Honra de Italia y de Grecia.

REY.
El valor de las mujeres
En las armas y en las letras,
¿Á qué nación no es notorio,
Desde donde el sol se peina
Hasta que, de andar cansado,
Baña en el mar la cabeza?

LEONARDO.
De las letras son testigos
Manto, Eritrea y Targelia,
Y de las valientes armas,
Semíramis, Juana y Serbia.

EVANDRO.
Es mi hija, aunque lo diga
Como padre, sabia y bella;
Que la ciencia y la hermosura
Hacen allí competencia.
No supo en la medicina
Hipócrates, Avicena,
Galeno ni Metrodoro,
Lo que mi querida Celia.

REY.
Bien se ve la confianza,
Evandro, que tenéis della,
Pues habéis depositado
Los diez mil en oro y prendas.
¿Es ésta?

EVANDRO.
Sí, gran señor.

LEONARDO.
Con ella viene Lisena.

REY.
Desea al Conde salud,
Y al Conde también desea.

Lisena, Celia, Inés, criados; Roberto y Feniso que acompañen.

LISENA.
Mucho me huelgo de veros;
Que envidio vuestra belleza
Por la fama que tenéis.

CELIA.
Soy muy servidora vuestra.

ROBERTO.
Señora, el Rey está aquí
Con tu padre.

CELIA.
Vuestra Alteza
Me dé sus pies.

REY.
Levantaos.

TOMÍN.
Ya viene Celia á la prueba.

CELIA.
Más ánimo de serviros,
Puesto que ambición parezca,
Me trae en esta ocasión.

REY.
Así es justo que lo crea.

CELIA.
Verá Vuestra Alteza aquí
Á lo que esta ciencia llega,
Que dividen en mil partes
Los doctos que la profesan.
No soy empírica yo,
Que curo por experiencia,
Ni clínica con venenos.

REY.
Con medicinas y yerbas
Es la parte principal.

CELIA.
Ésa llaman Farmacéutica.

TOMÍN.
¿Hay mayor bellaquería?
¡Que Celia estas cosas sepa!
Deben de ser bernardinas,
Pues ella toda su ciencia
Fué *rapantis mentecatis*,
Ley dar, párrafo moneda.

REY.
Ahora bien, aquí está el Conde.
Llegad á verle.

CELIA.
Su Alteza
Y los demás se desvíen.

REY.
Aquí me aparto.

CELIA.
Aquí llega,
Lucindo del alma mía,
Una humilde esclava vuestra,

Á quien vos decís que amáis,
Y que, de vos satisfecha,
Se ha puesto en esta ocasión.
Yo os mandé callar en prueba
De lo que pensé fiaros,
Y agora quiero que entienda
Todo el mundo que soy yo
Quien os hace hablar, pues ésta
Es menor prueba de amor.
Hablad, mi bien.

TOMÍN.

No despliega
Los labios.

CELIA.

Hablad, mis ojos.
Que habléis, mi Lucindo, os ruega
La que callar os mandó;
Si es venganza, no es nobleza.
¡Ah, mi señor!

TOMÍN.

¡Vive Dios,
Que calla! Si aquí se venga
El Conde, yo le confirmo
Por cuerdo y hombre de veras.

CELIA.

¡Ah, mi vida! Pues ¿queréis
Que yo caiga en esta afrenta
Y pierda diez mil ducados?

TOMÍN.

No hay que tratar, él se cierra.
¡Hi de puta, socarrón!
¡Cómo me engañó! ¡Quién viera
Los extremos que fingía!
Bien dicen que es cosa incierta
El pensamiento del hombre.
Quien se le vió decir: «Deja,
Deja, Tomín, que se lleve
Estos diez mil Celia bella.»
Aquel ángel de marfil,
Ya de piedra berroqueña,
Ya no es cogollo de azahar,
Y si de azahar fué manteca,
Debióse de derretir.

CELIA.

Esta crueldad, ¿quién la hiciera?
¡Mirad que pierdo, mis ojos,
Diez mil ducados!

TOMÍN.

Creyera,
Si denantes no me hablara,
Que estaba el Conde sin lengua;
Mas pues me habló, lengua tiene.
El se venga. ¡Linda treta!

CELIA.

¿Es eso de caballeros,
Conde, que una mujer pierda
Diez mil ducados por vos?

TOMÍN.

Echó la tranca; él se cierra
De no hablar. ¡Vive Dios,
Que á no estar aquí Su Alteza,
Que había de haber.....

CELIA.

En fin,
Paso por vos esta afrenta
Y pierdo, por confianza,
De un golpe toda mi hacienda.

REY.

¿Cómo no habla Lucindo?

EVANDRO.

¿Hija, qué es esto?

CELIA.

Bajezas
De los hombres.

EVANDRO.

Pues ¿no habla?

CELIA.

Padre, no hay orden que quiera.

EVANDRO.

¡Ah, señor Conde, no habláis!

LISENA.

Pienso, señor, que no aciertan
Éstos con la medicina.

TOMÍN.

No veis que era Farmacéutica.

REY.

Corridos están los dos.
¿Sabéis otra diligencia?

CELIA.

Una palabra no más.

TOMÍN.

Quedo, que las fiestas echa.

CELIA.

Conde, escuchad: yo os prometo,
Si habláis, que esta noche sea
Vuestra á todo vuestro gusto.

EVANDRO.

¿No aprovecha?

CELIA.

No aprovecha.

TOMÍN.

«No soy empírica yo,
Que curo por experiencia,
Ni clínica con venenos.»
¡Por Dios, que ha salido huera
Á Celia la medicina!

LISENA.

Señor, ¿quiere Vuestra Alteza
Que cure yo al Conde?

REY.

Pienso
Que tú lo intentes, Lisena;
Que por ti yo deposito
Diez mil escudos.

LISENA.

¡Ah reina,
Ríndese vuesa merced?

CELIA.

Y no con poca vergüenza
De ver tan cruel venganza.

TOMÍN.

Habla tú, señora bella;

Que Celia allá nos tenía
Estos diez mil, que hoy nos deja
Famosamente cobrados.

FENISO.

Roberto, pues Celia queda
Como veis, desde aquí digo
Que es vuestra.

ROBERTO.

No, sino vuestra.

FENISO.

¿Mía y Celia, y pobre y bodas?

ROBERTO.

Bodas, pobre y vuestra, y Celia.

FENISO.

A un turco, que yo me voy.

ROBERTO.

No vuelvo acaso con ella.

CELIA.

Vámonos, padre, de aquí.

EVANDRO.

¡Maldiga el cielo tu ciencia!

LISENA.

Ea, Conde, yo os mando hablar.

CONDE.

Por vos hablaré, Lisena,
Y que soy vuestro marido
La primer palabra sea.

REY.

Yo lo confirmo; yo os doy,
Con la señora Princesa
De Bisiñano, el estado.

TOMÍN.

¿Y á Tomín, no hay una aldea?

REY.

Los diez mil que Celia trajo.

CONDE.

Aquí acaba la comedia
Llamada *El desdén vengado*,
Que así un desprecio se venga.

Loado sea el Sanctissimo Sacramento y la pura y limpia Concepcion dela V. M. N. S. C. S. p. O. En Madrid a 4 de Agosto de 1617.=*Lope de Vega Carpio.*=Veala el secretario Thomas Gracian Dantisco, en Madrid a 31 de Agosto de 1617 a.=Hay una rúbrica.=

Esta comedia, intitulada *El desdèn vengado*, se podrá representar (reseruando ala vista lo q fuera de la lectura se offreciere) y lo mismo en los cantares y entremes, en Madrid a 5 de Setiembre de 1617.=*Thomas Gracian Dantisco.*=

Dase licencia para representar esta comedia en Madrid a 9 Setiembre de 1617 a.=Hay una rúbrica.=

Podesse representar esta comedia intitulada *El desdèn vengado*, con bailes, entremeses honestos A 21 de Marzo de 622.=*Paulcfu* (?) =


EL PERSEGUIDO

COMEDIA

DE

EL PERSEGUIDO (1)

LOS QUE HABLAN EN ELLA (2) SON:

ARNALDO, *Duque de Borgoña.*
CASANDRA, *Duquesa* (3).
CAMILA, *dama.*
LEONORA (4), *hermana del Duque.*
FELICIANO (5).
DOS ALABARDEROS.
DOS PAJES.
DOS SOLDADOS (6).
LUDOVICO, *Conde.*
UN LOCO (7).
CARLOS, *camarero* (8).
PRUDENCIO, *secretario.*
ERACLIO Y LUCINO, *embajadores* (9).
GRIMALDICO, *niño* (10).

JORNADA PRIMERA.

Salen la Duquesa y Camila, y dice (1).

CASANDRA.

Amor ciego, amor desnudo,
Niño, Dios y trasgo fuerte (2),
Con lengua para la muerte
Y para la vida mudo.
¿Qué sirve tanto callar,
Pues al bien de mi remedio
No hay mayor peligro en medio
Que es la vergüenza de hablar?
Decís (1) que no sois, amor,
El que me impide mi bien,
Mientras de por medio estén
El duque Arnaldo y mi honor.
Y que no sirven enredos
Para ganaros la palma;
Que entre la lengua y el alma
Hay puestos montes de miedos (2).
Pero, en fin (3), de cualquier modo,
Os daré la culpa á vos,
Que tenéis poder de Dios,

(1) *Sale la Duquesa, Casandra, y Camila, su dama, y dice:*
(2) *Niño fuerte.*

(1) *Diréis.*
(2) *Ponen un monte.*
(3) *Al fin.*

(1) En el rarísimo tomo de Lisboa, 1603, *Seis comedias de Lope de Vega.....*, dice *persiguido* en vez de *perseguido*, tanto en el título como en las cabezas de las páginas.
(2) *Figuras della*, en la misma edición.
(3) *Su mujer.*
(4) *Viuda.*
(5) FELICIANO, *caballero principal.*
(6) NIZARO, *soldado.* THELEMACO, *soldado.*
(7) CANINO, *loco.*
(8) *Camarero del Duque.*
(9) LUCINO, *embajador francés.* ERACLIO, *embajador francés.*
(10) *Hijo de* CARLOS *y de* LEONORA.

Y no me vencéis del todo.
Dadme, amor, de vuestra fuerza
Tanta, que en esta ocasión
Conozca mi corazón
Que vuestro brazo le esfuerza.
Digo (1) yo mi daño fiero
Y quién (2) causa mi disgusto,
Y muera al fin con el gusto
De decir por lo que muero.
Si me acobardo, ayudadme;
Si miro mi honor, perdedme;
Si me muero, socorredme,
Y si me hielo, abrasadme.
Ahora bien, por esta vez,
Perdone el Duque y mi honor;
Que he de esperar sin temor
La sentencia del jüez.
Llámale, Camila, aquí.

CAMILA.

¿Á quién tengo de llamar?

CASANDRA.

¡Qué libre comienzo á hablar!
Defiéndame Dios de mí.
¿Adónde el Duque quedó?

CAMILA.

Con otros grandes señores
Y los dos Embajadores
De Francia, á consejo entró.

CASANDRA.

Mira si está por ahí
Su camarero.

CAMILA.

¿Cuál dellos?
Ya llevas de los cabellos,
Amor, el honor tras ti.

CASANDRA.

Llama á Carlos; di que tengo
De escribir, muy de importancia,
Una letra para Francia.

CAMILA.

Ya voy.

CASANDRA.

Ven presto.

CAMILA.

Ya vengo.

Vase.

CASANDRA.

¡Que quepa en una mujer
De un Duque un mal pensamiento,
Y que tenga atrevimiento
De querer dallo á entender!
¡Que llegue á poner los ojos
Desvelados, con cuidado
En un criado, criado
Para mis penas y enojos!
¡Y que hablándole con ellos

(1) *Diga.*
(2) *Á quien.*

No venga á saber de coro
La pasión con que le adoro,
Escrita en las niñas dellos.
¡Que ha seis meses que le miro
Á este enemigo cruel,
Y que, transformada en él,
Una y mil veces suspiro!
¡Y que no quiera entenderme!
Sin duda debe de ser
Que no se quiere atrever
Para que llegue á atreverme.
Y no me espanto, que, en fin,
Aunque hablando le provoco (1),
Ya fuera tenerme en poco,
Presumir que soy tan ruin.
Que es tal la desigualdad
A que el amor me igualó,
Que aun diciéndoselo yo,
Pondrá en duda la verdad.

Entran Camila y Carlos.

CAMILA.

Quedaos, mientras voy á ver
Lo que la Duquesa os quiere.
Carlos viene.

CASANDRA.

Di que espere.
Ya comienzo á enmudecer.

CAMILA.

Espera, Carlos.

CARLOS.

Ya espero.

CASANDRA.

¿Tal es posible que soy (2),
La misma que á decir voy
Que á un hombre desigual (3) quiero?
No es posible, ni imagino
Sino que dentro del pecho
Algún espíritu (4) ha hecho
Tan extraño desatino.
Ahora bien, Carlos se vuelva,
Y este veneno y pasión
Que me abrasa el corazón (5),
En mí propia (6) se resuelva.
Camila.....

CAMILA.

Señora.....

CASANDRA.

Dile
Que se vuelva.

CAMILA.

Voy.

CASANDRA.

Espera,

(1) *Aunque á hablarle le provoco.*
(2) *¿Tal es posible? Yo soy.....*
(3) *Á un hombre, que á un hombre quiero.*
(4) *Espirito.*
(5) *Aunque estrague el corazón.*
(6) *En mí misma.*

Pues de amor la espada fiera (1)
Temo que el corte se afile (2).
¡Ah! Carlos, ¿qué hechizo es éste
Que me has dado?

CARLOS.

¿He de volverme?

CAMILA.

Espera.

CASANDRA.

Que he de atreverme
Aunque la vida me cueste.
Dile que se llegue aquí,
Que ya estoy determinada;
Pero no le digas nada.
Mas ¿he de morirme así?
Dile que la vuelta dé.

CAMILA.

¿Cuándo?

CASANDRA.

Pero tente, amiga (3).

CAMILA.

Pues ¿qué quieres que le diga? (4).

CASANDRA.

Que se vaya y que se esté.

CAMILA.

Por cierto, ¡donosa cosa!
¿Llamaréle?

CASANDRA.

Sí.

CAMILA.

Ya voy.

CASANDRA.

Basta, que á la lumbre doy
Más vueltas que mariposa.
Todo es andar y volar
Con una y otra cautela;
Al fin llegaré á la vela (5)
Adonde me he de quemar.

CAMILA.

Llega, Carlos, que te llama
La Duquesa mi señora.
Ya viene.

CASANDRA.

Ya puedo agora
Echar ceniza en su llama (6).
Ya se me queman las alas,
Naciendo en mi pensamiento

CARLOS.

Hincase de rodillas.

¿Qué manda Vuestra Excelencia?

(1) *Veo de amor.....*
(2) *Y temo que el corte afile.*
(3) *Pero estése ansi.*
(4) *¿Qué dices, que aguarde allí?*
(5) *Y al fin volar á la vela.*
(6)

Ya quedo agora
Hecha ceniza en su llama.

Las del nuevo atrevimiento (1),
Ligeras en cosas (2) malas.

CAMILA.

¡Tan cerca de su presencia!
Fuego he sido y viento soy.

CASANDRA.

Álzate, Carlos.

CARLOS.

Señora,
Yo estoy bien.

CASANDRA.

Álzate, digo,
Que tengo de hablar (3) contigo.
Camila, vete.

CAMILA.

En buen hora.

Vase.

CASANDRA.

Aguarda en el corredor.
Cúbrete, Carlos.

CARLOS.

No mandes
Que de mercedes tan grandes
Me ensoberbezca el favor.

CASANDRA.

Cúbrete.

CARLOS.

Beso tus pies;
Pero al fin, señora, advierte,
Que estoy mejor desta suerte.

CASANDRA.

Éste es mi gusto, ¡ea, pues!

CARLOS.

Ya, señora, estoy cubierto;
Pero si alguno me viese,
¿Quién duda que presumiese
Mi locura y desconcierto?
Porque nadie ha de creer
Que tú lo puedes mandar;
Que tal modo de privar (4),
Con nadie se puede hacer.

CASANDRA.

Muy maravillada estoy,
Carlos, de tus cosas.

CARLOS.

¿Cómo?

CASANDRA.

Después, Carlos, que las tomo
Por propias.

CARLOS.

Tu esclavo soy.

CASANDRA.

Álzate.

CARLOS.

Con grandes veras

(1) *Las del mucho atrevimiento.*
(2) *Obras.*
(3) *Que hablar.*
(4) *Pues tal modo.*

Me engrandeces y levantas.

CASANDRA.

Cúbrete.

CARLOS.

¿Qué serán tantas
Invenciones y quimeras? (1).

CASANDRA.

¿Cómo es posible que estés
En lo mejor de tu edad,
Y que á toda esta ciudad
Alegre esperanza des,
Y que siendo agora en ella
El más galán cortesano,
De ti mismo seas tirano,
Y de tu alma noble y bella (2),
Pues á ninguna la das,
De cuantas damas hermosas,
De merecerte envidiosas,
Te miran por donde vas?
Tú puedes ver si en la corte
Hay agora caballero,
Natural ó extranjero,
Que como tú se reporte.
Todos sirven, todos quieren;
Inventan galas, paseos,
Justas, sortijas, torneos,
Empresas del mal que mueren.
Tú solo, en tu soledad
Entre todos escondido,
Siendo el mejor, ¿no has nacido
Para amores y amistad,
Que aun un amigo no tengas (3)
Para que en su compañía
Puedas pasear un día,
Y de noche te entretengas?
¿De dónde nace que seas
Tan escaso, qué es aquesto?

CARLOS.

¡En qué confusión me has puesto!

CASANDRA.

¿Cómo en ninguna te empleas?

CARLOS.

Señora, si yo creyese
Ser digno de alguna dama,
No digo de mucha fama,
Mas por humilde que fuese,
Su pensamiento humillase
Á ponerlo en mí, yo creo
Que entonces mi buen deseo
Á su servicio inclinase.
Mas dudando, como es justo,
Ser de alguna despreciado,
Vivo tan desconfiado,
Que no procuro mi gusto;
Que, de otra suerte, no hay duda
Que me fuera fácil cosa
Cualquiera empresa amorosa.

CASANDRA.

¡Ay, amor, dame tu ayuda!
Yo te aseguro que estás
Muy engañado; no creas (1)
Que así despreciado seas,
Que, humilde, mereces más.
Y yo sé que no hay alguna (2)
En todas aquestas damas,
Que si tal la quieres y amas
No bendiga su fortuna.
Mucho mereces y vales;
Pretende, Carlos, y advierte
Que has de dar en lo más fuerte
Del cielo de donde sales;
Que como rayo has de ser (3).

CARLOS.

¿Cómo puede mi humildad (4)
Contra la misma verdad
Sufrir?..... Posible es vencer.

CASANDRA.

Esto te digo, y adiós,
Que eres discreto.

Vase.

CARLOS.

Es violento
Pensar que en un pensamiento (5)
Hemos de acabar los dos.
¡Ay, triste! ¿Qué es esto, cielos?
¿Esto es posible? No soy
Tan venturoso, ni estoy (6)
Para engañar mis recelos.
Éste es ya parto forzoso
De mirarme la Duquesa,
Que nació de aquesta empresa (7)
Su pensamiento amoroso.
Tanto mirarme esto fué,
Esto fué, ¡triste de mí!
¡Ah, falsa Casandra! ¿Así
Se quiebra al Duque la fe?
¡Oh, buen señor! ¿Es posible
Que yo fuese el instrumento
De tu deshonra y tormento,
Tan extraño é insufrible?
¿Para aquesto, satisfecho,
Á tu privanza me alzaste?
¡Gentil víbora criaste
Para emponzoñar tu pecho! (8).

---

(1)

Y para mercedes tantas
Me parecen á mí quimeras.....

(2) *Y desa alma noble y bella.*
(3) *Y que una amiga no tengas.*

(1) *Bien engañado.*
(2) *Y créeme que no hay alguna.*
(3) *Que como Rey has de ser.*
(4) *Maldad*, en la *Parte* 1.ª Aquí, por excepción, el texto de Lisboa es más correcto.
(5) *Pensar que en mi pensamiento.*
(6)

No soy tan necio, ni soy
Tan venturoso, ni estoy.....

(7) *Y que nació desta empresa.*
(8) *Para emponzoñarte el pecho.*

Pero esto no es en mi mano,
Que en mí no cabe tu ofensa;
Pero si ofende mi ofensa (1),
Será mi defensa en vano.
¿Qué tengo de hacer ahora
Si ésta diese en perseguirme
Y hasta el alma descubrirme,
Adonde tengo á Leonora?
¿Quién duda que se acabase
Mi pensamiento y mi vida?
Mas no es posible que impida
Que al cabo adelante pase.
Que el alma no ha de morir,
Y en ella, siendo inmortal,
Mi pensamiento leal,
Aunque muera, ha de vivir.

Sale Leonora á la ventana, con hábito de viuda (2).

LEONORA.

Largo y perezoso día,
¿Por qué te llaman ligero,
Si ha un año que ver espero
Tu luz para ver la mía? (3).
Alarguen el corto paso
Esos tus cabellos de oro,
Bordando de su tesoro
Las nubes del negro ocaso.
Báñense presto en la mar
Tu frente y cabellos rojos,
Ó formaránla mis ojos
Donde se puede anegar.
Y tú, noche, donde sólo
Gozo de mi bien, descubre
Tus negras alas, y encubre
La rubia cara de Apolo.
Salgan esas luces bellas,
Ó no salgan, pues mejor
Cubre sus gustos amor
La noche que duermen ellas.
¡Ay de mí, qué divertida
Me tuvo mi mal cruel,
Sin ver mis ojos aquel
Que es el dueño de mi vida!
¡Ay, Carlos, y quién pudiera
Desde aquesta reja hablarte,
Sin que de una y otra parte
Tantos peligros temiera! (4).
¡Oh, quién se pudiera entrar
Con el pensamiento suyo,
Á ver (5), Carlos, si en el tuyo
Tiene mi alma lugar!
Mas sí debe de tener,
Que me debe ya seis años
De amor.

CARLOS.

¡Oh, imposibles daños!
¿Queréisme desvanecer?
¿Qué me estáis atormentando
La triste imaginación?

LEONORA.

Llena estoy de confusión
De verle á solas hablando.
¿Si hay alguna novedad
De nuestro amor y secreto?

CARLOS.

No piense llegar á efeto
Su amorosa voluntad
Ni hacer al Duque esta afrenta;
Que primero habrá en el suelo
Sol y estrellas, y en el cielo
Árboles, que tal consienta.
Y cuando mujer no fuera
Del Duque, á quien sirvo agora,
No es posible que á Leonora
Semejante agravio hiciera;
Que ha seis años que casado
Estoy con ella en secreto,
Y á la fe de aqueste efeto
Por mi palabra obligado;
Sino que el ser desigual
De quien soy, por ser hermana
Del Duque, aunque amor lo allana,
Requiere marido (1) igual;
Y así, no quiero ni puedo
Pedilla por mi mujer.

LEONORA.

Quiero hablalle y es querer
Cubrille el alma de miedo;
Ahora, bien, por gloria breve
No se aventure mi pecho.

Sale el conde Ludovico.

LUDOVICO.

Haráse el torneo á despecho
De quien al Conde se atreve;
Si él no quiere entrar en él,
No le apadrine, ni salga;
Que yo aseguro que valga
Doblado precio sin él.
Soy el conde Ludovico,
Y él es un hombre que ayer.....

CARLOS.

¡Oh, Conde! ¿Soy menester?

LUDOVICO.

Sí, que un torneo publico,
Á pesar de Feliciano

(1) *Pero si ofende quien piensa.*
(2) *Asómase Leonora á la ventana, vestida de viuda, y dice:*
(3)

Si ha un año que verte espero
Sin luz, para ver la mía?

(4) *Tantos testigos hubiera.*
(5) Aquí hemos preferido el texto de la edición de Lisboa al de la *Parte* 1.ª, que dice:

Viera, Carlos, si en el tuyo.

(1) También aquí es mejor el texto de Lisboa. La *Parte* 1.ª dice disparatadamente:

Requiérese mando igual.

Y de otros necios, y quiero
Que salgas de aventurero
Y me des palabra y mano.

CARLOS.

Sosiégate.

LUDOVICO.

Ya lo estoy.

CARLOS.

¿Cuándo se ha tratado?

LUDOVICO.

Agora (1).

CARLOS.

¿Y por quién?

LUDOVICO.

Por mi Leonora,
Que su pretendiente soy,
¿Qué sirve, sino hablar claro?
Y la festejo y merezco.

LEONORA.

¿Qué importa? Yo te aborrezco
Y haré que te cueste caro.

CARLOS.

¡Ay de mí!

LUDOVICO.

La gran ventura
De aquesta mi pretensión,
Ha dado nueva ocasión
Á su envidiosa (2) locura.
Que saben que si la pido
Al Duque, me la ha de dar,
Que puedo en todo igualar
Á su primero marido;
Y aun no es soberbia decir
Que en hacienda le aventaje,
Y bien puedo en el linaje
Con el Duque competir.

CARLOS.

Ahora digo que ha llegado
La envidia (3) á su punto.

LUDOVICO.

Es cosa
De reir; será mi esposa
Ó me ha de costar mi Estado.

LEONORA.

¡Ah, señor Conde!

LUDOVICO.

¿Quién es?

LEONORA.

Yo soy.

LUDOVICO.

¡Oh, señora mía!

LEONORA.

Aquí espero todo el día.

LUDOVICO.

¡Gran favor! Bésoos los pies.
¡Ah, Carlos! Ponte detrás.

(1) En las ediciones de la *Parte* 1.ª, *ahora*.
(2) *Invidiosa*, en la edición de Lisboa.
(3) *Invidia*.

CARLOS.

Sí haré, pero ya me ha visto (1).

LUDOVICO.

Basta, que al sol me resisto:
¿Cuál águila hiciera más?

LEONORA.

No importa, que pasar puede
Mi fuego más adelante.

LUDOVICO.

Haré mi pecho diamante
Para que dentro se quede.

LEONORA.

No hayáis miedo que podáis
Detener su curso.

LUDOVICO.

Creo
Que agradecéis mi deseo (2),
Pues tanto favor me dais.

LEONORA.

¿De qué es la melancolía (3)
Y estar á solas hablando,
Que yo os he estado escuchando
Desde aquestas celosías?
¿Hay alguna novedad?
Decidme cómo ó de quién.

LUDOVICO.

Envidiosos (4) de mi bien
Ofenden mi voluntad.

LEONORA.

Sí, pero tristeza tanta,
¿No tiene más ocasión?

LUDOVICO.

Es niño mi corazón;
Cualquiera cosa le espanta.

Hace Leonora como que se le cae algo de la mano.

Transformóle amor en sí.

LEONORA.

Es un rapaz. ¡Ay!

LUDOVICO.

¿Qué ha sido?

LEONORA.

No es nada.

LUDOVICO.

¿Qué se ha caído?

LEONORA.

No importa; quédese ahí.

LUDOVICO.

¿Cómo que se quede? ¡Bueno!
Decidlo, que he de buscallo
Y en este pecho guardallo.

CARLOS.

¡Ah, Dios, si fuera veneno!

LEONORA.

Mirad que es un alfiler.

(1) Seguimos el texto de Lisboa. El de la *Parte* 1.ª, *hanme visto*.
(2) *Que engrandecéis*.
(3) *Dexad esa melancolia*.
(4) *Invidiosos*.

LUDOVICO.
Sea, que basta ser vuestro.
LEONORA.
Cortesano sois.
LUDOVICO.
Y diestro
En materia de querer.
LEONORA.
Por cierto, si vos le halláis,
Muy buenos ojos tenéis.
LUDOVICO.
Por los vuestros lo diréis
Y por la luz que me dais,
Con la cual, del sol pudiera
Hallar un átomo solo,
Como espejo en quien Apolo
Con viva luz reverbera.
Dan vuestros ojos aquí (1),
De cuyo sol los reflejos
Alcanzan á ver más lejos
Que esté (2) vuestro amor de mí.
LEONORA.
Ahora bien, buscadle. ¡Hola,
Carlos! Toma aqueste guante.
CARLOS.
¿Hay industria semejante?
Mas no ha sido esta vez sola (3);
Que tiene ingenio divino.
LEONORA.
¿No le hallas?
CARLOS.
¡Por Dios, que no!
Ó vuestro sol me faltó,
Ó soy de su luz indino.
Diera un tesoro por él.
LEONORA.
Debe de estar en la calle
Quien supo mejor alzalle (4)
Gozando lo que hay en él.
LUDOVICO.
Carlos, ¿tomástele?
CARLOS.
¿Yo?
Si tal alfiler tomé,
Nunca su mano me dé
La que su guante me dió.
LUDOVICO.
¿De suerte, Leonora hermosa,
Que flecha de amor hacéis
El alfiler que perdéis?
LEONORA.
¡Ay, mi bien dulce!
CARLOS.
¡Ay, mi esposa!
LEONORA.
¿Cómo así?

(1) *En mi.*
(2) *Que está.*
(3) *Mas no ha sido aquesta sola.*
(4) *Algún que podrá tomalle.*

LUDOVICO.
Que me ha picado,
Y no quiere parecer,
Que al justo suelen hacer
Las flechas de amor vendado (1).
LEONORA.
¿Es Carlo el que está con vos?
LUDOVICO.
El mismo.
LEONORA.
Mal lo habéis hecho
En decirle (2) vuestro pecho.
LUDOVICO.
Somos un alma los dos.
CARLOS.
Eso no, que si eso fuera,
Supieras que te engañaba,
Si en el alma que allá (3) estaba,
También la tuya estuviera.
LEONORA.
Carlos, ¿qué fué la tristeza
Del Conde?
CARLOS.
Aquella persona
Que vos sabéis, le apasiona,
Que ya á declararse empieza.
LEONORA.
¡Ay de mí, que á tanto llega
Su libertad!
CARLOS.
Llega á extremo,
Que alguna desgracia temo.
LEONORA.
¿Cómo así? ¿Tanto se ciega?
CARLOS.
Pues que ya se declaró,
Mira qué no intentará;
Pero firme el Conde está,
Y también lo estaré yo.
LUDOVICO.
¡Oh, qué bien que se lo dices!
Dile más.
LEONORA.
¿Qué hemos de hacer?
CARLOS.
Cortar el tronco hasta ver
Por el suelo las raíces;
Que quien el principio (4) ataja,
Mucho disminuye el mal,
Que, fuera de ser leal,

(1) Preferimos el texto de la edición de Lisboa. En la *Parte* 1.ª esta redondilla es ininteligible:

—¿Cómo así?— Que me ha prendado
Y no quiero parecer (sic),
Que aquesto suelen hacer
Las flechas de Amor vendado.

(2) *En dezille.*
(3) Aquí también es mejor el texto de Lisboa. La *Parte* 1.ª, *ella*, en vez de *allá*.
(4) *Al principio.*

Le hacéis notoria ventaja (1).

LEONORA.

¿Cuándo ha sido?

LUDOVICO.

Agora, agora
Que concertaba un torneo.

LEONORA.

Adiós.

LUDOVICO.

¿Cómo?

LEONORA.

Gente veo.

LUDOVICO.

Id con Dios.

CARLOS.

Adiós, señora (2).

LUDOVICO.

Carlo, obligado te quedo.
¿Qué te daré, Carlo, en pago?

CARLOS.

Por mí propio en esto hago,
Conde amigo, lo que puedo.
No tenéis qué agradecer.

LUDOVICO.

Bien dices que fué por ti,
Pues haciendo esto por mí,
Mucho bien te espero hacer.

CARLOS.

Adiós, Conde, que me voy (3);
Ved si otra cosa mandáis,
Y mirá que me tengáis
Por vuestro.

LUDOVICO.

Tu amigo soy.

Vase Carlos.

En alto lugar me pone
Este fuego que me abrasa,
Si no tiene mano escasa
Cuando al fin me galardone.
¡Oh hermosas tocas! ¡Oh luto,
De mi contento librea!
¿Cuándo será que yo vea
Desta mi esperanza el fruto?
¿Y cuándo será también
Que os quitéis los paños tristes?
Para mi bien los pusistes (4),
Quitaldos para mi bien.
Celebrad bodas postreras;
Seis años fuistes cruel,
Que cubre la tierra aquel
Con quien fueron las primeras.
Mirad que un Conde os aguarda
Y un alma en amor deshecha,
Que tiene en cárcel estrecha
El temor que le acobarda.
Que si merezco esa mano,
Que si esa mano merezco,
El alma misma os ofrezco
Como al cielo soberano.

Entran el duque Arnaldo, y Lucino y Eraclio, embajadores de Francia.

ARNALDO.

En esto al fin, señores, me resuelvo;
Esto diréis á vuestro Rey que tenga
Por última respuesta de sus cartas (1).

LUCINO.

Vuestra Excelencia muestra, como Príncipe,
El gran valor de su persona y pecho (2).

ARNALDO.

Es mi hermana legítima Leonora (3),
Cual yo lo soy del muerto Otón, mi padre,
César del gran Imperio y Rey de Roma.
Yo la casé con el famoso Duque
De Cleves, mi pariente; y si vïuda
Quedó, sin hijos, no es razón por eso
Que, sucediendo el Rey en el condado (4),
Aquello que le daban se le quite,
Pues es para el sustento de su casa
Y para honrar del muerto las cenizas.

ERACLIO.

Fúndase el Rey de Francia, señor nuestro,
En que esas veinte mil doblas que tiene (5),
No son por testamento del marido,
Y que todo le viene de derecho
Por ser el heredero de su Estado,
Y que con tal pensión le fuera inútil.

ARNALDO.

Al Rey le basta de su reino antiguo (6)
Las rentas y socorros (7) de que goza;
Que basta que de Cleves tenga el título.
Si no quiere esto, intente guerra, salga,
Salga, como otras veces, con su ejército
Contra la antigua Casa de Borgoña;
Que bien resistiremos su arrogancia.

LUCINO.

Con eso, excelso Duque, nos partamos;
Danos tus pies.

ARNALDO.

El cielo os acompañe.

LUDOVICO.

¡Con qué rigor el Francés

---

(1) Así el texto de Lisboa. La *Parte* 1.ª dice desatinadamente.

Le hacen tus pies ventaja.

(2) Hay esta acotación en el impreso de Lisboa:

Vase Leonora, y dice Ludovico.

(3) *Á ver al Duque me voy.*
(4) *Los vestistes.*

(1) *Por última respuesta de su caso.*
(2) Así el texto de Lisboa, que en esta ocasión preferimos. El de la *Parte* 2.ª, *precio.*
(3) *Mi hermana es Leonora, y tan legítima*
(4) *En el ducado.*
(5) *En que esos quinientos mil dobles que tiene....*
(6) *Antigo.*
(7) *Tesoros.*

Á desafiarte envía!

ARNALDO.

Es gran cosa el interés;
Pero volverá algún día
Con las manos en los pies.

LUDOVICO.

Él por lo menos, señor,
Conociendo su rigor,
Con su ejército vendrá
Sobre Cleves, y pondrá
En todas gentes (1) temor.
Y si acaso se apodera
Del Estado, y en él pone
Las lises de su bandera,
Yo te digo que pregone
Que no te pague (2) ó que muera.
Cuanto más, que puesta gente
Ó presidio suficiente,
Todas las rentas y pechos
Cobrará como derechos
Ó justa ó injustamente.

ARNALDO.

Para aquesto (3), Conde, habrá
Algún conveniente medio
Que su intento impedirá.

LUDOVICO.

Poner la defensa en medio,
Adonde el peligro está.
Envía algún caballero
Sabio en paz y en guerra fiero,
Con ejército formado,
Que la entrada del Estado
Defienda al Francés guerrero.
Que si aquéste se adelanta,
Y que ponga le defiende
En el Estado la planta,
Verás cómo no le ofende (4),
Y que su cerco levanta.

ARNALDO.

Eso es verdad, Ludovico;
Mas no me siento tan rico,
Que si durase la guerra
Puedo defender la tierra
Con las guerras (5) que publico;
Que ya sabes que quedé
De la pasada muy pobre.

LUDOVICO.

¿Eso te aflige?

ARNALDO.

Pues ¿qué,
Si cuando el dinero sobre,
Me falta un hombre de fe?

LUDOVICO.

Pues espera; haz una cosa:
Sea Leonora mi esposa,

(1) *Á todo Geldres temor.*
(2) *Que nadie pague.*
(3) *Para eso.*
(4) *Verás que no le pretende.*
(5) *Con las veras.*

Y dame por dote á Cleves;
Que yo haré con pasos breves
Al Francés guerra furiosa.
Y es justo que me la des,
Aun cuando te la pidiera,
Sin ofrecerte interés.

ARNALDO.

Pues sin él tan justo era (1),
Con el medio más lo es.
Desde aquí te la prometo,
Y por cuñado te aceto,
Para que con mayor gloria,
Cuando vengas (2) con vitoria,
Tengan tus bodas efeto.
Pero advierte que ha de ser
Del concierto condición
Que nadie lo ha de saber
Hasta el punto y ocasión
Que te la dé por mujer.

LUDOVICO.

Digo que contento estoy,
Y que con esto me voy
Á elegir diez capitanes,
Los más fuertes y galanes.

ARNALDO.

De ti satisfecho estoy;
Elígelos y trabaja.
Que á publicar este intento
Salgan un pífano y caja.

LUDOVICO.

¿Cómo uno? Salgan ciento,
Y dobla el sueldo y ventaja.

ARNALDO.

Haz banderas, y por ellas
Pon mis armas, y con ellas
Las tuyas, que de ello gusto.

LUDOVICO.

Beso tus pies.

ARNALDO.

Esto es justo.

LUDOVICO.

Y ¿pondré mi empresa en ellas?

ARNALDO.

Y ¿cuál es?

LUDOVICO.

Un niño Amor
Que un león tiene á sus pies.

ARNALDO.

Mas ponte tú vencedor,
Y entre los pies un francés,
Que será empresa mejor.

LUDOVICO.

Los pies beso á Tu Excelencia.

Vase.

ARNALDO.

Adiós. ¡Notable violencia

(1) *Pues sin él tan presto fuera.*
(2) *Cuando vuelvas.*

Es la que el Rey intentó!
Pero ya el cielo me dió
A su furor resistencia.
Dicen algunos que amor
No es de provecho en la tierra,
Sino de pena y dolor;
Y no hiciera yo esta guerra
Sin darme amor su favor;
Pues el Conde, enamorado
De mi hermana, aquí me ha dado
Gente y capitán famoso,
Y para ella un esposo
Rico, noble y titulado.

Entra la Duquesa.

CASANDRA.
Eso le quiero decir,
Si por mí lo quiere hacer.
ARNALDO.
La Duquesa, mi mujer,
Piensa que quiero partir,
Pues que me ha salido á ver.
¿Dónde bueno, mi señora?
CASANDRA.
Sólo á pediros agora
Que en el presente torneo
Cumpláis un presto deseo (1)
De vuestra hermana Leonora.
ARNALDO.
Pensé que acaso la guerra
Que para Cleves publico,
Se sabía por la tierra.
CASANDRA.
Esto es lo que os suplico,
Que del alma me destierra.
Ya dejo la niñería
Del torneo que pedía (2).
¿Vais á la guerra, señor?
ARNALDO.
No, amores, que vuestro amor
Ausencia no sufriría (3).
CASANDRA.
No me engañéis.
ARNALDO.
No os engaño.
CASANDRA.
¿No vais, á fe?
ARNALDO.
¿Cómo puedo?
CASANDRA.
¿Qué teméis?
ARNALDO.
Mi propio daño,
Fuera de que tengo miedo
De morir en reino extraño.
Que si esos vuestros despojos
Faltasen á aquestos ojos (1),
Muriera de soledad.
CASANDRA.
Duque, decid la verdad,
Y no tengamos enojos;
Que si os vais y me engañáis,
Con mis propias manos quiero
Matarme cuando os partáis.
ARNALDO.
Yo muera, mi bien, primero
Que tal ocasión tengáis (2).
CASANDRA.
Toda me habéis alterado;
Grande enojo me habéis dado,
Y á fe que á los ojos salga.
ARNALDO.
Mejor su cielo me valga,
Que su sol sale (3) eclipsado.
¿No me parto, y vos lloráis?
CASANDRA.
Porque verdad me digáis;
Que si yo viera partiros,
De lágrimas y suspiros
Ninguna pena tengáis,
Que la tendréis (4) de mi muerte.
ARNALDO.
Pues sabed que Ludovico,
Mis amores, os convierte (5)
El torneo alegre y rico,
En lanzas de guerra fuerte.
Las burlas ha vuelto en veras,
Y dando al aire banderas
Y á la fama su opinión,
Lleva en un largo escuadrón (6)
Del gran reino las hileras.
CASANDRA.
Vuelto me habéis el sentido;
Dadme esos brazos, mi bien.
ARNALDO.
Quien tiene el suyo perdido,
Mal sufrirá que le den
Tormento, ausencia y olvido.
Quedaos adiós, mi regalo;
Que el general que señalo
Me habrá menester agora.
CASANDRA.
Id con Dios.
ARNALDO.
Adiós, señora.

---

(1) *Un justo deseo.*
(2)
Ya dejó la niñería
Que del torneo pedía.....

(3) *No sufre ausencia de un día.*

(1) *Faltasen de vuestros ojos.*
(2) *Que tal ocasión veáis.*
(3) *Quede.*
(4) Así en la edición de Lisboa. En la *Parte* 1.ª,

Que la tenéis de mi muerte.....

(5) *Los amores hoy convierte.*
(6)
Que va con largo escuadrón.....
Del gran reino las riberas.

CASANDRA.

¡Oh mal, que á mi bien igualo!

Vase el Duque.

No fueras tú la partida
Que la vida me quitara,
Mas quien me diera otra vida.
¡Ay! ¡Si este abrazo bastara
Para eterna despedida!
¡Oh! ¡Si á la guerra se fuera,
Y nunca de allá volviera,
Tan aborrecida cosa,
Porque mi guerra amorosa
Fuera paz y gloria fuera!
¡Y si á Carlos me dejara (1)
De suerte que á mi contento
De su hermosura gozara,
Que es bien de mi pensamiento
Y del alma prenda cara!
Pero de cualquiera suerte
Quiere amor que se concierte
La salud de aquesta herida,
En que aventure la vida,
Y en que no tema á la muerte.

Entra Carlos.

CARLOS.

Camila me ha dado aviso
Que gusta Vuestra Excelencia
De que venga á su presencia.

CASANDRA.

¡Ay, infierno! ¡Ay, paraíso!
¡Ay, fuego! ¡Ay, hielo! ¡Ay, desdén!
¡Ay, igualdad desigual!
¡Ay, bien de todo mi mal!
¡Ay, mal de todo mi bien!
Carlos.....

CARLOS.

Señora.....

CASANDRA.

Qué, ¿estás
Todavía en opinión
De no dar tu corazón
A alguna dama jamás? (2).
¿Que ni elección ni accidente
Te ha obligado á amar? (3). No es
De humano pecho que estés
Como piedra, que no siente.
Muestra que al amor conoces,
Ama, adora una mujer;
Que te prometo de hacer
Que la poseas y goces.

CARLOS.

Ya, señora, dicho os tengo
Que por temor que me ha dado
De no verme (4) despreciado,
Me retiro y me detengo;
Porque tengo condición (1),
Y sé que si alguna amase,
Y acaso me despreciase
Con altivo corazón (2),
Que perdiese de pesar
El jüicio y aun la vida (3).

CASANDRA.

¡Que tengo la lengua asida
Cuando es el tiempo de hablar!
Carlos, tú me engañas (4), cierto;
Que si quieres ser leal,
Cierta dama principal
Su pecho me ha descubierto.
Disponte á amarla, que creo
Que por bienaventurada
Se tendrá si fuera amada
De ti con igual deseo,
Y sé que te quiere hacer
Dueño absoluto de sí.

CARLOS.

¿Es posible que hay aquí
Tan desdichada mujer?
¿Posible es que está tan ciega?

CASANDRA.

Éste de mí se defiende,
Y con su humildad, no entiende
Que la Duquesa le ruega.
Ahora bien, quitarme quiero
La máscara de la cara.

CARLOS.

Si ésta agora se declara,
Yo llego al punto postrero.

CASANDRA.

Carlos, si tu buena suerte
Y el propicio y alto cielo
Quisieran alzarte á vuelo
Y sobre el cielo ponerte,
Tanto que la que te ama
Fuese yo misma, ¿qué harías?

CARLOS.

¿Qué hielo en las venas mías (5)
Se extiende, esparce y derrama?
Señora, si me hubiese el alto cielo
Formado tal con su divina diestra,
Que al favor se juntase, amparo y celo
Del Duque mi señor, la gracia vuestra,
Sería el hombre más feliz del suelo (6).
Y éste es el premio y la amorosa muestra
Que de mi lealtad he procurado,
Como el que está á los dos más obligado;
Que es tanto, que pondré mi sangre y vida
Por su servicio, con intento claro,
Que al Duque le guardéis la fe debida,
Con tanta castidad y amor tan raro,

(1) *¡Oh, si Carlos me quedara.....*
(2) *Á alguna dama ya más.....*
(3) *Te obliguen á amar.*
(4) *De no me ver.*

(1) *Conozco mi condición.*
(2) *Con soberbio corazón.*
(3) *Mi buen juicio, y aun la vida.*
(4) *Carlos, tú te engañas.....*
(5) *Venas frías.*
(6) *Sería el más felice hombre del suelo.*

Que el príncipe mayor que Creso y Mida,
Y que Alejandro Magno más preclaro (1),
Y más que Adonis bello y Marte diestro,
No manchara su honor y el pecho vuestro:
Cuanto más un gusano, un pequeñuelo
Cual ya me veis, á quien el Duque ha dado
El ser que tiene desde bien mozuelo (2),
Cual yedra entre sus brazos levantado.
Con otros ojos, pensamiento, ó celo,
Que de bueno, leal y fiel criado
Jamás vicié sus cosas (3); y con esto
Ved qué mandáis, que yo me voy.

CASANDRA.

¿Qué es esto?
Espera.

CARLOS.

¿Para qué?

CASANDRA.

¡Oh, infame loco,
De que te has persuadido que te amo,
Así te atreves á tenerme en poco!
¿Que para aqueso piensas que te llamo?
¡Á qué rabia tan fiera me provoco
Después que te aborrezco y te desamo!
¡Basta que el necio se pensó que estaba
Enamorada dél y que le amaba!
¡Basta que piensa que es tan bello y lindo,
Que las aves que vuelan por el aire
Dél se enamoran, y que yo me rindo
Á su talle gentil, gracia y donaire!
Desde agora le advierto y le deslindo
Que hablé con él de burlas y al desgaire,
Y que amo al Duque, sin que eternamente
Otra persona viva amar intente.
Todo ha sido burlando y por probarte,
Que el Duque, mi marido, es el que tiene
Dentro de mi alma la debida parte,
Y por derecho justo le conviene.

CARLOS.

Así lo creo yo, y que fué burlarte;
Y ¡por mi vida! que es burla solene;
Que los hombres á veces más perfetos
Están á vuestras burlas más sujetos.

CASANDRA.

Quédate, mal nacido, y para ésta.....

Vase.

CARLOS.

No más, que el tiempo te dirá tu daño.
¡No puede haber desdicha como aquésta!
¡Ah, cielo, que me tratas como á extraño!
¡Oh cuánto en una hembra deshonesta
Puede un desdén y un claro desengaño!
Perdido soy, que todas, de ligero,
En odio truecan el amor primero.

(1) Aquí es preferible el texto lisbonense. El de la *Parte* 1.ª dice:

Más que Alejandro, que el primero aviso.....

(2) *Y desde vil mozuelo.*
(3) *Jamás miré sus cosas.*

¿Qué puedo hacer, si es fuerza que tan fuerte
Como un laurel á su furor resista? (1).
Pues ¿qué diré si su ponzoña vierte
Y acaso con el Duque me enemista?
¿Qué haré si me procura dar la muerte,
Ó me destierra, ó priva de la vista
De aquella que seis años he querido?
¡Oh ciega confusión de mi sentido!

Entra Prudencio.

PRUDENCIO.

Carlos, en la sala adonde
Está la tudesca guarda,
Te aguarda tu amigo el Conde

CARLOS.

¿Quién, Ludovico me aguarda?
Pues que ya voy le responde.

PRUDENCIO.

Vé luego, que es de importancia;
Que están con la misma instancia
Todos los más capitanes
Y los soldados galanes
Para la guerra de Francia.

CARLOS.

Qué, ¿ya tratan la jornada?

PRUDENCIO.

Está toda la ciudad
Destas cosas alterada (2);
Tanto, que el de más edad
Se vuelve á ceñir espada.
Ya se cubren esas salas
De plumas, armas y galas,
Limpian lanzas y saetas,
Mazas, picas, escopetas,
Y compran pólvora y balas.
¿No lo escuchas desde aquí?

CARLOS.

¿Y qué me dirá mi esposa?

PRUDENCIO.

¿Qué dices, estás en ti?

CARLOS.

Perdona, que en cierta cosa
Que pienso me divertí.
Queda á Dios.

PRUDENCIO.

Vete en buen hora.

CARLOS.

¡Ay, desdichada Leonora,
Ya vuestro bien (3) se acabó!
¡Ay!

PRUDENCIO.

¿Qué dices?

CARLOS.

Que murió
El descanso nuestro agora.

Vase.

(1) *Como una palma á su rigor resista.*
(2) *De las cajas alterada.*
(3) *Ya nuestro bien.*

PRUDENCIO.

¡Extraña imaginación!
¡Válame Dios, si le envía
El Duque á aquesta ocasión!
Porque tal melancolía
Extremos de ausencia son.
Pero no, que no se sabe,
Por más que su talle alabe,
Que con damas se entretenga,
Ni tiene amigo que tenga
De su secreto la llave.

Entran el Duque y Camila (1).

ARNALDO.

Pero ¿qué es esto, voces la Duquesa?
Cerrada en su aposento y tantas voces,
¿Qué puede ser locura como ésa?

CAMILA.

Si el humor melancólico conoces
Que el pecho le atormenta, ¿qué te admira?

ARNALDO.

Abre la puerta ó quebraréla á coces.
¿No veis vosotros que ese que suspira
Es mi aliento vital, y lo que llora
Mi propia sangre?

Entra la Duquesa.

CASANDRA.

Duque, ¿tanta ira?

ARNALDO.

Ea, que no tenéis razón, señora:
Alteráis el palacio á puros gritos,
¿Y me venís con esa flema agora?

CASANDRA.

Mayores disparates hay escritos
De antojos de mujer.

ARNALDO.

Si son antojos,
Pedillos más extraños y exquisitos (2).

CASANDRA.

No son antojos, Duque de mis ojos (3).

ARNALDO.

Salíos todos allá; sin duda es esto
Haberos dado, vida mía, enojos;
Alzad aquese bello hermoso gesto
Cubierto de mil perlas, y si acaso
Yo os enojo, tomad venganza presto.

Échase en los brazos del Duque.

Vanse los dos.

CASANDRA.

No son cosas ligeras y de paso
Las que me causan el dolor que tengo.

ARNALDO.

Ni yo seré de su remedio escaso.
Mirad que casi á enloquecerme vengo.
¿Queréis que con vos llore?

CASANDRA.

No os pese
De ver que tanto tiempo me detengo,
Ó lo queráis saber; ya que eso fuese
Harto mejor (1).

ARNALDO.

Pues ¿cómo, vida mía?
¿Y vos permitiréis que yo muriese?
¿No participo yo del alegría
Que vos tenéis? Pues goce de la pena,
Y entre años de placer un mismo día.
¿Secreto á mí, señora?

CASANDRA.

Estoy tan llena
De pena (2) y de vergüenza.....

ARNALDO.

Pues conmigo,
Si pena os doy, tendréla yo por buena.
Ea, Casandra mía.....

CASANDRA.

¿Qué castigo
Quien á tu honor se atreve mereciera?

ARNALDO.

El que se suele dar á un falso amigo.

CASANDRA.

¿Y si éste, por ventura, un hombre fuera
Criado desde niño á tu regalo,
Tanto, que envidia á todo el mundo diera?

ARNALDO.

Ése, pena mayor, como más malo.
Mas dime, ¿de qué suerte me ha ofendido
Un hombre que en amor conmigo igualo? (3).
¿Por ventura matarme ha pretendido
Carlos, aquel criado á quien he dado (4)
El ser que tiene?

CASANDRA.

Más delito ha sido,
Porque, de tu mujer enamorado,
De amores la requiebra claramente.

ARNALDO.

¿Carlillos?

CASANDRA.

Ese mismo.

ARNALDO.

¡Ah, cielo airado!
Entraos adentro.

CASANDRA.

Ved si justamente

---

(1) En la edición de Lisboa hay esta acotación:

Sale el Duque y vase Prudencio.

(2) En el texto de Lisboa esta acotación:

Echa la Duquesa los brazos al Duque.

(3) *No sé qué tengo, Duque de mis ojos.*

(1)

No lo queráis saber, y á fe que fuese
Harto mejor.....

(2) *De enojo.*
(3) *Á un hijo igualo.*
(4) *Carlos, este rapaz, á quien yo he dado.....*

Daros aqueste enojo rehusaba.

ARNALDO.

Déjame hacer.

CASANDRA.

Vos sois sabio y prudente.

ARNALDO.

¿Que es posible que aquél os requebraba?

CASANDRA.

Y que bien le quisiese me decía
Y con ardientes lágrimas rogaba;
Pero atajóle (1) la respuesta mía,
Que fué cual era justo, y así os ruego
Venguéis mi honor, culpando su osadía.
Y por si acaso, pertinaz y ciego,
Por ver ya descubierto aqueste engaño,
Quiere agraviarme y disculparse luego,
No le creáis, que intenta vuestro daño,
Y le ha de procurar si vivo queda.

ARNALDO.

Bastante es vuestro honrado desengaño.
Idos con Dios.

CASANDRA.

Adiós.

Vase.

ARNALDO.

¡Que tal se pueda
Imaginar del más leal servicio
Que la fortuna puso en alta rueda!
¿Haga en esto la cólera su oficio,
Ó la razón aguardará la prueba
Si no es aqueste poderoso indicio?
¿Puede ser que yo crea que se atreva,
Un mozo tan honrado y virtuoso,
Á hacer contra mi honor cosa tan nueva?
¿Es posible que un mozo generoso,
Que es todo mi regalo y mi privanza,
Cuerdo, asentado, humilde y vergonzoso (2),
Haga de su costumbre tal mudanza?
No puede ser; pero saber espero,
Que á lo difícil una industria alcanza.
Secretarios.....

Sale Prudencio.

PRUDENCIO.

Señor.....

ARNALDO.

Al camarero,
Á Carlos, le digáis que en el momento,
Significándole mi enojo fiero (3),
Diréis que se retire en su aposento,
Que de hoy más ni me sirva, ni me vea (4),
Hasta que sepa mi segundo intento (5).

PRUDENCIO.

Voy.

ARNALDO.

Yo haré que aquesta industria sea
La que me diga la verdad del todo,
¡Ah de mi guarda! y lo que importa crea.

Salen dos alabarderos.

ALABARDERO 1.º

¿Qué me mandas, señor?

ARNALDO.

De ningún modo,
Poniéndoos á las puertas de Palacio,
Salga Carlos por ellas.

ALABARDERO 2.º

Ya acomodo
Aquesta pica al pecho.

ARNALDO.

Escucha, Oracio,
Que me importa el secreto.

ALABARDERO 1.º

Ya lo entiendo.

Vanse los alabarderos.

ARNALDO.

Disimulad y no llevéis espacio.
Con esta industria conocer pretendo
Si esto es verdad, ó la Duquesa miente,
Que la lealtad del corazón ofendo (1).
Porque si Carlos este enojo siente,
Y sabe que yo sé la maldad suya,
Y está culpado en ella claramente,
¿Quién duda, pues le aviso, que no huya,
Y aqueste indicio sea aviso claro
De donde su maldad patente arguya?
Y si él está inocente, ¿qué reparo
Ha menester de culpa que no tiene,
Siendo como su padre yo y su amparo?
¿Quién duda que se venga á mí y condene
Al que tal testimonio le levanta (2),
Y que me diga..... Mas Prudencio viene.
¡Oh, si saliese ya de pena tanta!

Entra Prudencio.

PRUDENCIO.

Como mandaste, al camarero dije
Que en su aposento retraído quede
En tanto que le mandas otra cosa;
Y apenas lo escuchó, cuando, riéndose,
Me dijo: «Qué, ¿es posible, secretario,
Que el Duque mi señor me manda esto?
¡Qué vanas esperanzas de la Corte!
¡Mirad en lo que para la privanza!
Pero, amigo Prudencio, si por dicha
Sabes la causa de mi mal, te ruego,

(1) *Pero cególe.*
(2) *Cuerdo, humilde, asentado, ingenioso.*
(3) *Significando bien mi enojo fiero.*
(4) *Y que más no me sirva ni me vea.*
(5) *Hasta ver mi segundo mandamiento.*

(1) *Que á la lealtad el corazón ofendo.*
(2) Así el texto de Lisboa. En la *Parte* 1.ª está estragado este pasaje en los siguientes términos:

¿Quién duda que me vengue á mí contento
Del que tal testimonio le levanta.....

Por el amor que á la amistad se debe,
Y lo demás de la crianza (1) nuestra,
Que yo no sé si en obra ni en palabra
Habré ofendido á mi señor el Duque.»
Y entonces, con el rostro más severo,
Le dije: «Carlos, mira por tu vida;
Que estos negocios son de la Duquesa.»
Él se volvió á reir, y dijo entonces:
«Pues si se junta el cielo con la tierra,
Al Duque mi señor veré (2) la cara.»
Y cuando ya pensé que huyendo fuera,
Tras mí se vino, y queda en la antecámara;
Que para verte aguarda tu licencia.

ARNALDO.

Dile que entre.

PRUDENCIO.

Ya viene.

ARNALDO.

¡Ah, cielo santo!
¿Es posible, si aquéste me ofendiera,
Pudiéndose librar quisiera verme?

Entra Carlos é híncase de rodillas.

¡Ocasión bien extraña!

CARLOS.

Aquí me tienes,
Excelente señor; si te he ofendido,
Manda cortarme la cabeza luego,
Deshaciendo la hechura de tus manos,
Pues es casi lo mismo que mandarme
Que no te vea, aunque por breve término.

ARNALDO.

¡Carlos, Carlos! ¿Aquesto ha merecido
Haberte yo criado desde niño,
Y el mucho bien que sabes que te he hecho,
Para que ingratamente pretendieses,
Burlando mi mujer (3), hacerme infame,
Y á todo mi linaje juntamente?
Si yo te hubiera castigado al peso
De tanta culpa, no estuvieras vivo,
Pero tuvieras de maldad tan grande
La pena igual, si á tanta culpa iguala.
Bien es, Carlos, verdad que estoy dudoso
Si esto es así como me lo han contado.

CARLOS.

Yo, mi señor, humilde te agradezco
La merced que me has hecho en no dejarte
Llevar del apetito de la cólera
Sin que primero la verdad se sepa;
Y de mi parte, desde aquí me ofrezco
De sustentar en estacada al falso
Que te ha dicho de mí tal testimonio,
Que miente, con las armas en las manos.

ARNALDO.

El que te ha acusado, Carlos, no las tiene;
Sola su honestidad, patente y clara,

---

(1) *De la privanza nuestra.*
(2) *Vuelva la cara*, en la *Parte* 1.ª
(3) *Violando á mi mujer.*

Son ahora las armas que te ofenden;
Mi mujer, cuando menos, es, que pide
Venganza de tu loco atrevimiento,
Pues has osado requebrarla, y esto
Lo confirman muy bien sus tiernas lágrimas.

CARLOS.

Señor excelentísimo, bien puede
Decirlo la Duquesa mi señora,
Y desto mi inocencia me asegura,
Que pueda condenarme otra persona (1)
Que en secreto me viese hablar con ella,
Ni frecuentar su cámara ó criadas.
Y si tan grande fuego me encendía,
Dello fuera testigo mi locura;
Porque jamás amor duró encubierto,
Ni hay discreción ni miedo que le venza.
Solas dos cosas, gran señor, te pido
Que creas desta humilde hechura tuya:
La primera, que soy á tu grandeza
Desde pequeño (2) tan leal y esclavo,
Y que te sirvo tan sinceramente,
Que cuando la Duquesa mi señora
Fuese la más hermosa hembra del mundo,
Jamás su ciego amor me vencería,
Negando lo que debo á vuestro pecho.
Y la segunda, que cuando ella fuese
Otra mujer, y no como la tuya,
Tan honesta, severa y virtuosa
Á mis ojos, parece que en mi vida
Para amarla tuviera pensamiento,
Pudiendo amar á muchas que tuvieran
Mayor felicidad para conmigo.
Y, en fin.....

ARNALDO.

No digas más, basta; yo creo
Cuanto me dices, y eso al fin confirmo
Con lo que tu virtud me prometía.
Vete, Carlos, y sírveme cual sueles,
Sin faltar á mi mesa y á mi cámara,
Y procura que aquesto (3) verdad sea;
Porque si se te prueba lo contrario,
Ya sabes que tu vida está en mis manos.

CARLOS.

Yo las beso, señor, por bien tan grande,
Y digo que me ofrezco humildemente
Á que cuando otra cosa se probare,
Me quites la cabeza de los hombros.

ARNALDO.

Prudencio.....

PRUDENCIO.

¿Qué me mandas?

ARNALDO.

El secreto.

PRUDENCIO.

De guardarle en el alma te prometo.

---

(1)

Considera, señor, si has visto indicio
Que pueda condenarme, ó si hay persona.....

(2) *Primero*, en ia *Parte* 1.ª
(3) *Aquello*, en la *Parte* 1.ª

JORNADA SEGUNDA.

Salen Prudencio y Feliciano.

FELICIANO.
Tomé, Prudencio, ocasión
De la ausencia que destierra
Á Ludovico á la guerra,
Porque desta pretensión
Era el mejor de la tierra,
Y al fin le he dicho á Leonora
Cómo mi alma le adora.
PRUDENCIO.
Á mucho te has atrevido;
Que aun hoy al muerto marido
Dicen las damas que llora.
FELICIANO.
Esas son cosas de risa;
Yo te digo que no sea
Su castidad la de Elisa;
Que no se imagina fea,
Y se va la edad aprisa.
PRUDENCIO.
Ni un Virgilio faltará
Que la disfame.
FELICIANO.
Será
Dando ocasión á la fama.
PRUDENCIO.
¿Dióla Dido?
FELICIANO.
Fué esa dama
Del tiempo que pasó ya;
Ya pasó el siglo dorado,
Cuando daban las encinas
Miel, y esmeraldas el prado,
El rocío perlas finas,
Hilos de plata el ganado.
Agora es muy diferente,
Ya no se paga la gente
Sino de gusto y provecho:
Leonora es moza, y sospecho
Que uno llora y otro siente.
PRUDENCIO.
¿Que aquel luto negro pierde
Sus pensamientos honestos?
FELICIANO.
Mira, y desto se te acuerde (1),
Que no hay monjil negro déstos
Que no esté de dentro verde.
PRUDENCIO.
Casi á reir me provocas;
Yo te digo que las tocas,
Miradas en el espejo,

(1) Así en la edición de Lisboa. La *Parte* 1.ª: *deso se te acuerde.*

Le han dado algún mal consejo,
Y que ese mal logran pocas (1).
¿Tú, en fin, lo quieres saber?
FELICIANO.
De Ludovico en ausencia
La comienzo á pretender.
PRUDENCIO.
Y ¿quién te ha dado licencia?
FELICIANO.
Ser hombre y ella mujer.
PRUDENCIO.
Pues siendo del Duque hermana,
Y siendo cosa tan llana
Que fué Duquesa de Cleves,
¿Á su grandeza te atreves?
FELICIANO.
Mucho más el tiempo allana.
Pobre caballero soy,
Pero si en la Corte estoy
En tan buen predicamento,
Grandes esperanzas siento (2).
PRUDENCIO.
¿Hasle (3) hablado?
FELICIANO.
Sí.
PRUDENCIO.
¿Cuándo?
FELICIANO.
Hoy.
PRUDENCIO.
Y ¿respondió desdeñosa?
FELICIANO.
Nunca en el árbol se vió (4)
Más colorada la rosa,
Que su rostro se mostró
De aquella vergüenza hermosa.
Entre las tocas serenas,
De graves respetos llenas,
Un clavel me pareció,
Que, cortado, se cayó
Entre blancas azucenas (5).
Al fin, con tal confianza
La sirvo, que el negro luto
Es color de mi esperanza.
PRUDENCIO.
Esperas un triste fruto (6);
Llámale muerte ó mudanza.
Pero di, ¿tan adelante
Estaba el Conde, su amante,
Que te recelabas dél?
FELICIANO.
Temí que fuese, por él,
Para mis quejas diamante;
Que, como sabes, es rico,
Y queriendo Ludovico,

(1) *Y que se me acogen pocas.* (En el texto de Lisboa.)
(2) *No es disigual casamiento.*
(3) *Hasla.*
(4) *Nunca el alba se abrió.*
(5) *Sobre muchas azucenas.*
(6) *Si esperas tan triste el fruto.*

Le está bien el casamiento.

PRUDENCIO.

Y ¿él quiere?

FELICIANO.

Por este intento.
La muerte me significo.

Salen el Duque y la Duquesa.

ARNALDO.

En todo estáis engañada,
Y claramente se ve
Que fué burla.

CASANDRA.

¡Y qué pesada!
Creed que esa buena fe
Os ha de ser mal pagada.

ARNALDO.

Feliciano, ¿es ya partido
El Conde?

FELICIANO.

Ahora partió,
De la esperanza vestido
Que á esta empresa le llevó (1),
Tan gallardo y atrevido.
Vestido en húngaro traje,
Con un vistoso (2) plumaje,
Partió bizarro y galán
En un caballo alazán,
Mucho caballero y paje (3).
De la color que desea
Llevaba toda la guarda,
Que es una verde librea;
Mucha pica y alabarda
Le acompaña y le rodea.
Todos de velle se admiran
Y por su vuelta suspiran,
Y damas de buenos talles,
Por ventanas y por calles
Le bendicen y le miran.
Y á toda la Corte pesa
Que no le fueses á ver,
Favoreciendo su empresa.

ARNALDO.

Fué causa de no lo hacer
Estar mala la Princesa.
Aguardadme un poco fuera;
Que tengo que hablaros (4).

FELICIANO.

Sabes
Que te sirvo.

Vanse.

CASANDRA.

¿Quién creyera (5)
Que á cosas que son tan graves
Tan fácil crédito diera?
Duque, ¿es posible que pueda
Tanto Carlos, y que queda (1)
Su mentira por verdad,
Y que de tanta maldad
El perdón se le conceda?
Ó yo miento, ó vos queréis
Más á Carlos que la honra.

ARNALDO.

Ni vos mentís, ni podéis,
Ni á mí Carlos me deshonra;
Y mucho agravio me hacéis,
Que, según él me ha contado,
Vos os habéis engañado,
Pues de alguna niñería
Presumistes que estaría
Perdido de enamorado (2).

CASANDRA.

¡Oh, qué justa cosa fuera
Que este traidor que adoráis,
Veneno cubierto (3) os diera,
Porque mejor le creáis (4)
Su lengua de sierpe fiera!
¿Es posible?.....

ARNALDO.

No toméis
Enojo, y de mí podéis
Creer que, si el caso pruebo,
Que yo haga lo que debo
Y que vengada quedéis.
El muestra estar inocente
Con una y otra razón,
Y no hay indicio evidente;
Que os podéis con la pasión
Engañar ligeramente,
Y con vuestra honestidad,
Interpretando al revés
Su inocencia y su humildad;
Y no se irá por los pies,
Cuando eso fuese verdad;
Que ya tienen guardas ciertas
En todo el lugar las puertas,
Con aviso (5) expresamente.

CASANDRA.

¡Jesús, estará inocente!
Esténse, señor, abiertas.
Á la fe, vuestra bondad,
Si se mira y considera,
Hace mayor su maldad.

ARNALDO.

Cuando tal cosa creyera,
De mi venganza fiad.

CASANDRA.

Pues decidme: ¿en qué consiste

(1) *Que desta empresa llevó.*
(2) *Con tan vistoso.*
(3) *Con mucho lacayo y paje.*
(4) *Para el negocio que sabes.*
(5) *¿Qué hombre hubiera.*

(1) *Que ya queda.*
(2) *Perdido y enamorado.*
(3) *Encubierto.*
(4) *Para que mejor creáis.*
(5) *Con mi aviso.*

Que un mozo que siempre asiste (1)
Entre damas y festeos,
No tenga tiernos deseos,
Sino humor enfermo y triste?
Un mozo que está en la flor
De su edad, ¿puede pasar
Sin tener á nadie amor?

ARNALDO.

¿Qué sabéis? Bien puede amar
Y con secreto favor.

CASANDRA.

No se ha visto indicio en él,
No hay hombre que sepa de él
Que mire y sirva á ninguna.

ARNALDO.

Ya sois, Duquesa, importuna,
Y para Carlos cruel.
Es verdad que no se sabe
Que ame Carlos, y es cierto
Que donde amor vive y cabe,
No puede su desconcierto
Estar cerrado con llave (2),
Y que hubiera muestras dado,
Si estuviera enamorado,
Como los hombres las dan,
Y más tan cuerdo galán,
Y de mi Corte privado (3).

CASANDRA.

Pues ¿qué indicio (4) habrá mejor
Para saber que me ama,
Que ver un mozo en su flor,
Sin que haya tenido dama
Ni se le conozca amor?
Á la fe, Duque, ocupado
En poner su pensamiento
En vuestra mujer, ha dado
En vivir alimentado
En su esperanza, de viento.
Que me ha pensado obligar,
No queriendo á nadie amar
Ni pidiendo más que á mí (5);
Que si esto no fuera así,
Amara en otro lugar.

ARNALDO.

Con tal fuerza de razones,
Duquesa, me persuadís,
Que en mil imaginaciones
Mi pensamiento afligís
Y mis buenas opiniones.
Parece verdad conforme (6),
Haciendo el delito enorme
No teniendo á nadie amor.

CASANDRA.

Eso me agrada, señor;
Vuestra Excelencia se informe.
Y pues de esa buena fama (1)
Tan buen crédito tenéis,
Preguntadle que á quién ama;
Que si ama, vos lo sabréis
Quién es y cómo la dama.
Y si él la tuviere, digo
Que á pedir perdón me obligo
Del enojo que le he dado.

ARNALDO.

Cosa habéis imaginado
Que puede mucho conmigo;
Que un mozo es cosa forzosa
Que en mi Corte ha de tener
Dama á quien servir, hermosa (2),
Si conquistar mi mujer
No fué su empresa amorosa.
¡Ay, honra (3), y en cuánto aprieto
Pones un hombre discreto!

CASANDRA.

Con esto saber espero
Á quién ama aqueste fiero,
Para vengarme en efeto;
Que sin duda quiere bien,
Pues con desprecio me trata.

ARNALDO.

Digo que sabré también
La que de amores le mata,
Ó de celos, ó desdén.
Id en buen hora, y decí
Que venga Carlos aquí,
Que ahí entiendo que está;
Prudencio os le llamará
Ó algún paje.

CASANDRA.

Harélo así.
Pagarás, Carlos traidor,
Con quitarte de los ojos
Ésa á quien tienes amor.

Vase.

ARNALDO.

¡Qué peligrosos enojos
Son los que causa el honor!
¿En qué parte de la tierra
Distinta ó inhabitable (4)
La fe del hombre se encierra?
Pues ya el mundo miserable,
Todo es traición, todo es guerra.
¿Adónde está la verdad,
La lealtad, el amistad?
Pero subiéronse al cielo,
Que las echaron del suelo
La mentira y falsedad (5).

---

(1) *Que un hombre que siempre asiste.*
(2) *Cerrado y con llave.*
(3) *Y de mi corte y privado.*
(4) *Indicio*, en la edición lisbonense. *Juicio*, en la *Parte* 1.ª
(5) *No pudiendo á más que á mí.* (Edición de Lisboa.)
(6) *Parece á verdad conforme.*

(1) *Y pues de esa buena fama.*
(2) *Dama á quien sirve, y hermosa.*
(3) *¡Ay, honor!*
(4) *Ó disierto inhabitable.*
(5) *La mentira y la maldad.*

Ya no hay criado leal;
Ya el amigo es enemigo;
Tirano el más natural,
Porque da el mayor amigo
Por mucho bien mucho mal.
Mas ¿por qué puedo creer
Que pretende á mi mujer
Un hombre que yo he criado
Y el ser que tiene le he dado,
Si no es que ha perdido el ser?
Pero él viene.

Entra Carlos.

CARLOS.

¿Sirvo en algo
Á Tu Excelencia?

ARNALDO.

¿Qué monstruo,
Si no es que de seso salgo,
Podrá poner culpa en rostro (1)
Con tantas muestras de hidalgo?
¡Cuánto enojo he recibido
De haber su culpa creído!
En verle se me ha quitado,
Y antes de haberle escuchado,
Á compasión me ha movido.
Ó es hechizo su presencia,
Ó yo no carezco dél (2);
Ó es de Joseph su prudencia (3),
Ó tiene sangre de Abel,
Que vuelve por su inocencia.
Cierto estoy y satisfecho,
Mas conviene que de hecho
Con mi cólera le espante (4).
Levante, señor, levante,
Esto es todo á mi despecho.

CARLOS.

Yo estoy bien.

ARNALDO.

Levanta, digo.

CARLOS.

Pues ¿cómo de esa manera
Me tratas?

ARNALDO.

Carlos amigo,
Mi mujer aun persevera
En que me eres enemigo.
Ella me ha dicho razones
Tan bastantes y aparentes
De tus malas intenciones,
Que de creerte que mientes
En contingencia me pones.
Por tanto, te mando y digo,
Advierto, escúchame bien,
So pena de mi castigo,
Y como amigo también
Te ruego, Carlos amigo (1),
Me digas si amor te abrasa,
Y en qué parte, cómo y quién,
Y si es de fuera ó de casa,
Y por extenso también
Lo que con ella te pasa;
Que sabiendo yo que quieres (2),
Cesarán los pareceres
Que dan á mi honra voces:
Hazlo, Carlos, pues conoces
Lo que pueden las mujeres;
Que, si amas, yo estoy cierto
Que la Duquesa se engaña.

CARLOS.

¡Pobre Carlos! Yo soy muerto
Si el Duque se desengaña
Deste mi amor encubierto;
Pues sin esto, también muero
Si tiene por verdadero
El Duque lo que sospecha.
Cruel, ¿estás satisfecha?

ARNALDO.

¿No me respondes?

CARLOS.

¿Qué espero?
Señor, cosa te diré
Que será la muerte mía:
Amo (3) al fin y siempre amé,
Que hasta mi postrero día
Es sin duda que amaré
Mientras mis miembros rigiere
Este espíritu, y le diere
Vital aliento y calor,
Y aun pienso tener amor
Mucho después que muriere.
Yo te juro por tu vida,
Siempre de mí deseada,
Que jamás el tiempo impida,
Y por la cruz desta espada,
Por esas manos ceñida,
Que amo una hermosa dama,
Gallarda y de buena fama,
Y corto en loarla quedo;
Mas perdona, que no puedo
Decirte cómo se llama;
Y que en gracia y hermosura
No se le puede igualar
Ninguna mortal criatura,

(1) *Podrá poner culpa un rostro.*
(2) *Y me enternece con él.*
(3) *Presencia*, en la *Parte* 1.ª La edición de Lisboa está bien.
(4) *En cuanto dice esto, está Carlos de rodillas.* (Acotación del texto lisbonense.)

(1) Toda esta quintilla es diversa en la edición de Lisboa:

Por eso, como criado
Que me está tan obligado
Te mando (escúchame bien),
Y como amigo también,
Te suplico, Carlo amado.....

(2) *Á quién quieres.*
(3) Así en la edición de Lisboa. Disparatadamente en la *Parte* 1.ª: *Como.*

Tanto, que puede envidiar
El cielo su hermosura (1).
Ésta sola me enamora,
Ésta mi alma desea,
Ésta en mis entrañas mora,
Porque al lado désta es fea
La Duquesa, mi señora.
Suplícote humildemente
No me fuerces á que diga
Su nombre tan claramente,
Pues esto á creer obliga
Que estoy de culpa inocente;
Porque los dos hemos hecho
Voto y juramento estrecho,
Sobre el ara de un altar,
De á nadie manifestar
El amor de nuestro pecho.

ARNALDO.

Para mí, Carlos, estoy
Satisfecho; no lo digas (2),
Que á todo crédito doy.

CARLOS.

De suerte, señor, me obligas,
Que más que tu hijo soy.
Ponme un hierro en esta cara,
Y con tus letras declara
Al mundo mi esclavitud.

ARNALDO.

Más merece tu virtud;
Sirve, que el Duque te ampara.
Ven á la mesa cual sueles,
Y aquesta cadena toma
Con que tu pena consueles.

Vase.

CARLOS.

Tu grandeza es tal, que doma
Á mis desdichas crueles.
Venturoso una y mil veces
Quien te sirve, que, al fin, medra;
Todo este bien que le ofreces,
Pues siendo yo inútil yedra,
Con tus ramas me engrandeces (3).
¡Cuánto vale un buen señor,
Un señor cuerdo y discreto!
Otro fuera, que al rigor
Ya hubiera puesto, en efeto,
Á la venganza el furor (4).
Sírvante todos mil años,
Y así propios como extraños;
Que con tanta discreción
Has vuelto mi corazón (5)
Y defendido mis daños.

Entra Feliciano.

FELICIANO.

Carlos, mientras has estado
Con el Duque hablando aquí,
Sobre un balcón he pensado
Comunicar sólo á ti
Mi nueva pena y cuidado.
Yo creo que habrás sabido
Cómo Ludovico ha sido (1),
El servidor de Leonora.

CARLOS.

Pues bien, ¿qué hay de nuevo ahora?

FELICIANO.

Estoy por ella perdido.

CARLOS.

¿Díceslo de veras?

FELICIANO.

¡Bueno!
Ha más de diez noches ya
Que ando por ella al sereno.

CARLOS.

Muy obligada estará.

FELICIANO.

Y yo, de esperanza lleno.
Hela escrito este papel,
Y antes de hablarla por él,
Quiero lo veas y enmiendes,
Aunque de amor te defiendes
Y triunfas del tiempo y dél;
Que, en efecto, eres discreto
Y le sabrás entender.

CARLOS.

¡Esto faltaba! en efeto.
¿Son versos?

FELICIANO.

Sí.

CARLOS.

Muestra á ver.
¿Octavas?

FELICIANO.

No.

CARLOS.

¿Qué?

FELICIANO.

Soneto.

CARLOS.

«Ora seas leona, mi Leonora (2),
Sierpe de Libia llena de ira y saña,
Ora seas cruel toro de España,
Que bebe el Tajo y sus riberas mora;
Ora del sol la Circe encantadora (3),
Y el cocodrilo que llorando engaña,
Más flaca y débil que la tierna caña;
Ora sirena, que cantando llora.
Que león, sierpe, circe, toro, fiera,
Cocodrilo cruel, caña, sirena,

---

(1) *El cielo su misma hechura.* (Edición de Lisboa.)
(2) *Más no digas.*
(3) *Cresco en las ramas que creces.*
(4) *La venganza y el furor.*
(5) *Has vuelto por mi razón.*

(1) Así en la edición de Lisboa. *Es ido*, en la *Parte* 1.ª
(2) *Ora seas León, ora Leonora.*
(3) *Ora del sol la hija encantadora.*

En pena, en vida, en muerte, en gloria, quiero
Darte mi alma de cualquier manera;
Que más vale por ti tormento y pena,
Que de otra mano el bien del mal que muero.»

FELICIANO.
¿Qué dices? ¿Hay que enmendar?

CARLOS.
Antes hay que agradecer;
Así el soneto ha de ser,
Y comenzar y acabar.
Que guarda bien el decoro
Lo que en sus discursos trata,
Que abre con llave de plata,
Y cierra con llave de oro.
El epílogo me agrada,
Que es un retórico modo,
Galán por extremo modo.

FELICIANO.
¿Y aquella cifra?

CARLOS.
Extremada.

FELICIANO.
¿Que nada le falta?

CARLOS.
No.

FELICIANO.
Sí falta.

CARLOS.
Pues no se calle;
Que aun hay tiempo de enmendalle.

FELICIANO.
Que has de dalle.

CARLOS.
¿Quién?

FELICIANO.
Tú.

CARLOS.
¿Yo?

FELICIANO.
¿Tú no lo harías por mí?
Si yo fuera su privado,
Á Leonora hubiera hablado,
Hiciéralo yo por ti.
Muestra el papel.

CARLOS.
No te enojes.

FELICIANO.
¿No me tengo de enojar?

CARLOS.
Ea, vuélmelo á dar.

FELICIANO.
Toma.

CARLOS.
¡Á qué tiempo me coges!
¡Ah, cielos! ¡Ah, suerte mía!
¿Qué persecución es ésta?

FELICIANO.
Di que te dé la respuesta
Hoy, Carlos, en todo el día,
Porque si la noche llega
Sin este supremo bien,
Yo soy muerto.

CARLOS.
Yo también.
¿Y si acaso me la niega?

FELICIANO.
No lo creas, que me tiene
Un poco de voluntad.

CARLOS.
Él miente.

FELICIANO.
Dices verdad.
Que viene.

CARLOS.
¿Quién?

FELICIANO.
Ella viene.

CARLOS.
Pues retírate, que quiero
Gozar la buena ocasión.

FELICIANO.
¿Qué le dirás?

CARLOS.
Tu pasión.

FELICIANO.
Amigo, al fin, verdadero.

Entra Leonora.

LEONORA.
Pues ya mi lengua no puede
Por tanto secreto hablar,
Puedan mis ojos mirar,
Y el alma contenta quede.
Es tal la fuerza y decoro
Deste secreto que anda,
Que hablar con todos me manda,
Y callar con quien adoro.
¡Brava cosa, que he de ver
Á Carlo, y no le he de hablar,
Siendo tan nuevo el callar
En secreto de mujer!
Pero, al fin, de aquesta suerte,
Seis años he conservado,
Carlos, el dichoso estado
De quererme y de quererte.
Dúrame (1) de aqueste modo,
Que si alguno hablar me viera
Contigo, ó tu amor supiera,
Ya fuera acabado todo.
Que, como es bueno el efeto
Cuando la causa es mejor,
En la fuerza del secreto,
Ansí se conserva amor.

CARLOS.
Guárdame la puerta bien
Mientras que la llego á hablar,
Y si alguien vieres entrar,
Hazme una seña también.
Pero si nos viese alguno,
Sería por nuestro daño.

(1) *Dura amor.*

FELICIANO.

Haced, cielo, que en un año
No entre ni llegue alguno.
Vé, Carlos, á hablar con ella,
Hágate el cielo dichoso;
Que aquí te aguardo envidioso
De que estés tan cerca della.

CARLOS.

Beso, señora, tus pies.

LEONORA.

Carlos, ¿qué es esto? ¿Tan ciego
Llegas á hablarme?

CARLOS.

No llego
Sin causa.

LEONORA.

Dímela, pues.

CARLOS.

Hame dado Feliciano
Aqueste papel que os dé,
Que os quiere bien.

LEONORA.

Ya lo sé.
Álzate.

CARLOS.

Dame la mano,
Como que quieres alzarme.

LEONORA.

Álzate.

FELICIANO.

Bien lo recibe.

CARLOS.

¡Oh, mano hermosa, en quien vive
La vida que ha de matarme!
¡Quién la pudiera besar!

FELICIANO.

Sin duda me tiene amor.

LEONORA.

¡Ay, Carlos, tengo temor!

CARLOS.

Segura puedes hablar (1);
Que este necio, por los dos
Está guardando la puerta.

LEONORA.

¡Qué industria!

CARLOS.

Amor lo concierta.
Retiraos un poco vos;
Que os quiero dar un papel.

LEONORA.

No, no; no lo he de tomar.

CARLOS.

¡Que un hombre queréis matar
De desdeñosa y cruel!
Tomalde, por Dios, señora.

FELICIANO.

Amor, ¡qué bravo desdén!

CARLOS.

Vos lo habéis hecho muy bien.

(1) *Sigura puedes estar.*

Alzalde, y tomalde agora,
Y tornaréisme á tomar
La mano.

LEONORA.

Ahora bien, por ti
Le tomo; no estés así.

CARLOS.

La mano os quiero besar.

FELICIANO.

¡Amor, victoria, que ya
Puedes levantar bandera!
Ya toma (1) el papel la fiera,
Y humana á mi ruego está.
¡Ah, Carlos, cuánto te debo!

CARLOS.

¿Cuándo nos podremos ver?

LEONORA.

Como que quiero leer,
Porque hablando no me atrevo,
Te diré lo que he trazado.

CARLOS.

Pues abre, y leyendo dí
Lo que he de hacer.

FELICIANO.

Ya subí
De amor el supremo estado (2):
Ya lee el papel, en fin.

LEONORA.

«Esta noche me has de ver,
Y esto á las dos ha de ser.
Por las yedras del jardín,
Saltarás por donde sueles,
Y ponte detrás de un árbol,
Ó entre las fuentes de mármol,
Debajo de los laureles.
Que su sombra te hará espalda,
Y entonces podrás llegar,
Cuando sintieres ladrar
Una perrica de falda (3).
Y entra en mi aposento luego,
Que mis dueñas dormirán.»
¡Á fe que es papel galán!

CARLOS.

Haz por él lo que te ruego.

FELICIANO.

Ya le acabó de leer.

CARLOS.

¡Oh! Es poeta extremado,
Y, sin haber estudiado,
Presume de bachiller.

LEONORA.

¿Ya lo entiendes?

CARLOS.

Ya lo sé.

LEONORA.

Pues yo me voy.

(1) *Ya tomó.*
(2) *De amor al supremo grado.*
(3) *La mi perrilla de falda.*

CARLOS.
Vé en buena hora:
Haz que tropiezas, señora,
Porque la mano te dé.

Tropieza, y dale la mano.

LEONORA.
¡Ay!

CARLOS.
Ten, señora.

LEONORA.
Caí,
Que el chapín se me torció.

FELICIANO.
¡Ah, Carlos, si fuera yo!
¡Qué envidia tengo de ti!

LEONORA.
Cumple con aquese necio.

CARLOS.
¿Diré que responderás?

LEONORA.
Lo que quisieres dirás.

Vase Leonora.

FELICIANO.
No tiene tu lengua precio:
Dame esa mano dichosa,
Que encierra todo mi bien (1).

CARLOS.
Hácelo bien, y tan bien,
Que es incomparable cosa (2).

FELICIANO.
¿Responderá?

CARLOS.
Es cosa cierta.

FELICIANO.
Pero no prosigas, cesa.

CARLOS.
¿Cómo?

FELICIANO.
El Duque y la Duquesa
Vienen.

CARLOS.
Alza el antepuerta.

Vanse los dos.

Entran el Duque y la Duquesa.

ARNALDO.
Si cosa no ha de haber que os satisfaga (3),

(1) *Que tocó la de mi bien.*
(2) Parece que está mejor en el texto de Lisboa:

CARLOS.
¿Hícelo bien?
FELICIANO.
Y tan bien,
Que es incomparable cosa.

(3) *Si acaso no ha de haber quien os satisfaga.*

Decid que dé la muerte al inocente,
Que con la vida vuestro enojo paga.

CASANDRA.
¡Que un hombre tan discreto y tan prudente
Se deje así engañar de un rapacillo
Que en todo cuanto dice burla y miente!

ARNALDO.
De veros pertinaz me maravillo.
¿No os he dicho que quiere á cierta dama?

CASANDRA.
Éste será de vuestro honor cuchillo (1).
¿No veis que en no decir cómo se llama
(Sabed que finge amor por cumplimiento (2),
Encareciendo su hermosura y fama),
Hace os confiese el falso pensamiento (3)
Que conmigo ha tenido en deshonraros,
Que aun no dirá mi nombre en el tormento? (4).
Todos éstos, ¿no son indicios claros?
¿Por qué no dice de la dama el nombre,
Si el mío no temiese declararos?

ARNALDO.
¿Á quién habrá que tal rigor no asombre?
Aquesto no es verdad, ó la Duquesa (5)
Aborrece la vida de aqueste hombre (6).
Hoy Carlos me dirá con voz expresa
El nombre de la dama, ó será cierto
Que me deshonra en su atrevida empresa (7).
¿Por qué me ha de tener tan encubierto
De una mujer el nombre, si no es mía? (8).
Mas ya le llevo entre los ojos muerto.
No sin razón Casandra me porfía,
Ni éste sin causa encubre de su dama
El nombre amado que decir temía.
Quedaos aquí, que si él acaso os ama
Y no me dice en paz todo su pecho,
Yo libraré mi honor y vuestra fama.

Vase el Duque.

CASANDRA.
Sin duda que á matalle va de hecho (9),
Ó cuando menos daño le suceda,
Que ser de aquesta cólera deshecho.
Grande contento (10) con saber me queda
El nombre de la dama á quien adora,
Cierta ocasión (11) en que vengarme pueda.
Sin duda que le dice el nombre agora
Por no morir, y que podré vengarme,

(1) *Ésa será de vuestra honra cuchillo.*
(2) *Se ve que finge amar por cumplimiento.*
(3) *Ó que confiese el falso pensamiento.*
(4) *Que aun no dirá verdad en el tormento.*
(5) *Ó esto es verdad pura, ó la Duquesa.....*
(6) *Aborrece la vida deste hombre.*
(7) *Que es mi deshonra su atrevida empresa.*
(8) Aquí preferimos el texto de la edición de Lisboa. La *Parte* 1.ª dice:

El nombre de una mujer, si es la mía.....

(9) *Sin duda que á matalle va derecho.*
(10) *Grande consuelo.*
(11) *Alta ocasión.*

Ó sea vil (1) ó principal señora.
¿Así que vos supistes despreciarme?
Pues no penséis que ha de parar en esto,
Yo haré que el mundo contra vos se arme.
Mal conocéis un corazón dispuesto
De una mujer celosa y enojada,
Á quien vos despreciáis de puro honesto.
Renegad de mujer desatinada,
Que menos que en beber de su enemigo
La misma sangre, no queda vengada.
Yo quiero hacer que el Duque, tan su amigo,
Le quite de las manos la privanza,
Que no me faltará falso testigo.
¿En quién haré de aquesto confianza?
Mas ¿quién mejor que Feliciano puede
Igualar al efecto la esperanza?
Yo haré que con el Duque tan mal quede,
Que como amarle supo le aborrezca,
Y más que, tras amor, el odio excede.
¡Qué buen agüero es que se me ofrezca
Feliciano al encuentro! ¡Ah, Feliciano!

Entra Feliciano.

FELICIANO.
¿Hay cosa en que servirte yo merezca?

CASANDRA.
Vienes á tiempo, que estará en tu mano
Hacerme un bien, y te daré que goces
Lo que sin este medio fuera en vano.

FELICIANO.
Ya, señora Casandra, me conoces;
Ya sabes que obligarte es mi deseo,
Por el amor que en mi alma reconoces.

CASANDRA.
La voluntad que en tus entrañas veo
Confirmaré con obras y con darte
Favor para que goces de tu empleo.
Que nadie con el Duque será parte
Para casarte con su hermana hermosa
Sino yo (2).

FELICIANO.
Los pies quiero besarte.
Mándame hacer la más difícil cosa
Que pueda imaginarse, aunque me mandes
Pasar la Libia estéril y arenosa.

CASANDRA.
No te quiero pedir cosas tan grandes,
Ni que á las puertas del infierno bajes,
Y de su guarda la dureza ablandes;
Ni que visites las remotas playas
Del indio mar, á efecto que su oro
Arrastren guarniciones de mis sayas,
Sino que en el lugar de su tesoro
Me ayudes á vencer un enemigo,
Guardando en esto al Duque su decoro.

FELICIANO.
Á cuanto quieras desde aquí me obligo.

(1) *Ó sea humilde.*
(2) *Mejor que yo.*

CASANDRA.
Antes el bien del Duque se granjea
En quitalle delante un mal amigo (1).

FELICIANO.
Oye. Temiendo estoy que Carlos sea.

CASANDRA.
¿Qué dices?

FELICIANO.
Que si es Carlos.

CASANDRA.
Á ese mismo;
Que ese traidor mi destrucción desea.
Mira, tú has de decir que ayer le hallaste
En un corro de mozos extranjeros,
Y de lejos la plática escuchaste,
Y que decía con extremos fieros:
«Antes de mucho, el Duque de Borgoña
Verá de aquesta espada los aceros.
Si el hijo al padre mata con bocado,
Y entre éstas y otras cosas, sin que pueda
Conocer lo que Carlos ha pensado,
Y hacer que su Princesa le suceda.»
Que si hoy esto haces, quedarás casado
Indubitablemente con Leonora.

FELICIANO.
Pues voy á ver si el Duque está ocupado,
Y déjame hacer.

CASANDRA.
Vete en buen hora.

Vase Feliciano.

Hoy perderás la paciencia (2)
Y la vida, mal nacido,
En pago de haber perdido
El valor de mi presencia (3).
Yo sé que el Duque ha de dar
Crédito á aqueste hombre,
Que es de buen crédito y nombre (4)
Y de opinión singular.

Entra un loco del Duque y unos pajes picándole (5).

LOCO.
¡Ay! ¡Ay!

CASANDRA.
¿Qué es aquesto, pajes?

PAJE.
¿Hante muerto?

CASANDRA.
Ea, no más.

(1) *En quitalle del alma un falso amigo.*
(2) *Hoy perderás la privanza.*
(3) *El fruto de mi esperanza.*
(4)
Crédito á aquéste, que es hombre
De honra, crédito y nombre,
Y de opinión singular.

(5) *Sale Canino, loco, y unos pajes haciéndole mal y picándole.*

PAJE.
Calla; mira donde estás.
CASANDRA.
Estaos queditos, salvajes.
LOCO.
Perseguidos os veáis.
CASANDRA.
Desviaos allá vosotros.
PAJE.
No le tocamos nosotros.
LOCO.
Es porque ahora no osáis.
CASANDRA.
¿Qué te han hecho?
LOCO.
Hanme metido
Cuando menos, por el anca,
Tres alfileres de á blanca.
CASANDRA.
¿Tres?
LOCO.
Estoy muy mal herido (1).
No sé si es sangre, ó estoy
Con el miedo resfriado;
Pero siéntome mojado.
PAJE.
Á ver.
LOCO.
¿Haste de ir hoy? (2).
PAJE.
Desvíate allá, grosero.
LOCO.
¡Ay, que me ha vuelto á picar!
CASANDRA.
¡Necios! ¿Queréislo dejar?
LOCO.
Dejaránme hecho un cuero.
CASANDRA.
Salíos todos allá,
Dejad á Cariño aquí.
PAJE 1.°
¡Oh, qué alfiler le metí!
PAJE 2.°
¡Calla; desangrado está!

Vanse los pajes.

CASANDRA.
Valerme de aquéste quiero
Para hacer, sin que lo sienta,
Á este Carlos una afrenta;
Que es muy grave y caballero.
Ven acá.
LOCO.
¿Qué me queréis?

(1) Así en la edición de Lisboa. En la *Parte* 1.ª:

Esto y más he merecido.

(2) Así en el texto de Lisboa. En la *Parte* 1.ª:

Hazte de oir hoy.

CASANDRA.
Á Carlos bien le conoces.
LOCO.
Ayer me dió cuatro coces,
Y quiero que me venguéis.
CASANDRA.
¿Coces te dió?
LOCO.
Y aun tan recio,
Que en las tripas por gran rato
Tuve metido un zapato.
CASANDRA.
Carlos.....
LOCO.
¡Oh, puto!
CASANDRA.
Es un necio.
LOCO.
Para mí tengo que el Duque
Os done el cuerno con él.
CASANDRA.
¿Quieres tú vengarte dél?
LOCO.
¡Juro á san (1), que le machuque!
CASANDRA.
Pues mira, toma este escudo,
Y cuando entre caballeros,
Ó sean propios ó extranjeros,
Esté más grave y seguro,
Entra en la conversación,
Pues que todos te desean,
Y cuando todos te vean
Dale un grande bofetón.
LOCO.
Si haré, ¡par Dios! Mas si luego
Desenvaina y me sacude
Algo que después lo sude.....
CASANDRA.
Vente á mí corriendo luego.
LOCO.
¡Á ella me había de venir! (2).
CASANDRA.
Pues yo te defenderé.
Çorre, que á fe que te dé
Cuanto me quieras pedir.
LOCO.
¿Daráme pan?
CASANDRA.
¡Pues no!
LOCO.
¿Y queso?
CASANDRA.
También.
LOCO.
¿Y carne?
CASANDRA.
También.

(1) *¡Juro á Dios.....*
(2) *¿Á ella me he de venir?*

LOCO.
¿Y de merendar?
CASANDRA.
Muy bien.
LOCO.
Pues dame ahora.....
CASANDRA.
¿Qué?
LOCO.
Un beso.
CASANDRA.
Desvíate, necio.
LOCO.
¡Ea,
No seas bellaca!
CASANDRA.
Aparta.
LOCO.
Bien parece que estás harta
De andar en la chimenea.
CASANDRA.
¿Sabrás hacer lo que digo?
LOCO.
Sí.
CASANDRA.
¿Cómo harás?
LOCO.
Deste modo.

Vale á dar un bofetón.

CASANDRA.
Pues ¿á mí?
LOCO.
Y á vos y todo (1).
CASANDRA.
Vete, pues.
LOCO.
¿Soy vuestro amigo?
CASANDRA.
¡Pues no!
LOCO.
Pues ¡sus! Ya me voy,
Y vos veréis lo que pasa.

Vase.

CASANDRA.
Con cuanta gente hay en casa
Intento su muerte hoy,
No piense aqueste villano
Salirse de mi desprecio,
Que llevará tarde el precio (2)
De haberlo sido temprano.
No ha de haber persecución
Ni manera de tormento,
Que en llegando al pensamiento
No ponga en ejecución.

(1) *Y al Duque y todo.*
(2) *Que llorará tarde el necio.*

Dice de adentro Prudencio, y sale:

PRUDENCIO.
Desvíate allá, ó daréte
Con la daga por la cara.
LOCO.
La Duquesa te matara,
¡Bellaco, puto, alcahuete! (1).
PRUDENCIO.
¿Hase visto cosa igual?
CASANDRA.
¿Qué es esto?
PRUDENCIO.
Este loco es,
Que ha dado en un interés.....
CASANDRA.
¿Para qué le heciste mal?
PRUDENCIO.
Pues ¿quisieras que dejara
Que me diera un bofetón?
Que me puso el bellacón
Casi la mano en la cara.
CASANDRA.
¿De qué suerte?
PRUDENCIO.
Porque anda
Dando á todos de mil modos,
Y dice: «Estaos quedos todos,
Que la Duquesa lo manda.»
CASANDRA.
Loco al fin, y tú más loco.
PRUDENCIO.
Yo, ¿por qué?
CASANDRA.
Porque ya das
En honrar y estimar más
Aquel que te estima en poco.
PRUDENCIO.
¿Díceslo por Carlos?
CASANDRA.
Sí.
PRUDENCIO.
Pues ¿qué ha hecho?
CASANDRA.
Hate vendido
Con el Duque.
PRUDENCIO.
¿Cómo ha sido?
CASANDRA.
Hale dicho mal de ti.
PRUDENCIO.
¿Mal de mí al Duque?
CASANDRA.
Y muy mal.
PRUDENCIO.
¿Carlos?
CASANDRA.
Carlos.

(1) *¡Bellaco, gran alcahuete!*

PRUDENCIO.
¿De qué modo?
CASANDRA.
Quiere privárselo todo,
Y ser á Luzbel igual;
Digo igual, porque ya quiere
Mandar más que su señor.
PRUDENCIO.
¡Carlos me ha sido traidor!
¿Quién habrá que en hombre espere?
Pues no han sido malas obras
Las que á venderme le incitan.
CASANDRA.
Como eso envidias quitan
Del buen crédito que cobras;
Y más, que un primo que ayer
Vino á la Corte, tan ruin
Como él, y hombre bajo al fin,
Quiere en tu lugar poner.
PRUDENCIO.
¿Que de aquese pie cojea?
CASANDRA.
Sin falta. Quédate á Dios.
PRUDENCIO.
¡Ya, Carlos, sois falso vos!
No hay fe que segura sea.
CASANDRA.
Yo voy hablar los demás
Y revolverle con ellos (1);
Que al fin, perseguido dellos,
Ó te irás ó morirás.

Vase.

PRUDENCIO.
¡Que á un mozo tal he hallado (2)
En bajeza como ésta,
Y á quien todos hacen fiesta
Y perpetuamente honrado! (3).
¡El que por todos hablaba
Y las disculpas decía
Cuando Palacio se ardía
Porque el Duque se enojaba;
El que siempre para todos
Procuraba su favor,
Ese es falso, ése es traidor,
Y por tan diversos modos!
¡Y conmigo, por poner
Á su primo en mi lugar!
Ahora bien, quiero callar,
Que tiempo vendrá de hacer.

Entran el Duque y Carlos.

ARNALDO.
Yo digo, Carlos, la verdad en esto:
Ó tú te determinas, ó es sin duda
Que la verdad me ha dicho la Duquesa.
CARLOS.
Paso, señor, que está Prudencio oyéndonos;
Ó nos bajemos al jardín, ó váyase.
ARNALDO.
Prudencio.....
PRUDENCIO.
¡Oh gran señor!
ARNALDO.
En mi antecámara (1)
Hallarás unas cartas de la corte
Del Rey de España; vé, y responde á ellas,
Cumpliendo con Henrico su almirante,
Lo que se debe á tan ilustre Príncipe.
PRUDENCIO.
Yo voy.
ARNALDO.
Pues vuelve luego á que las firme.
Volviendo, pues, ¡oh! Carlos, al propósito,
Digo que la Duquesa me molesta
De suerte, que me afrenta con palabras
Y á ti te culpa con infames obras.
Díceme que me engañas, pues no quieres
Decirme el nombre de tu amiga ó dama;
Si quieres que yo salga desta duda (2),
Conviene que me digas á quién amas,
Ó que confieses tu delito ó culpa.
CARLOS.
Si acaso nos halláramos en parte (3)
Que no nos viera nadie, yo me echara
Mil veces á tus pies con tiernas lágrimas,
Y humilde te pidiera que no fueras
Servido de forzarme á descubrirte
El nombre de la dama á quien adoro,
Y á quien llorando el corazón lo hago.
No quieras, pues, señor, que tanto agravio,
Contra la fe jurada al alto cielo,
Cometa en descubrille; que antes quiero
Morir mil veces, porque bien conozco
Que el bien que he conquistado en tantos años,
Lo pierdo con decir el nombre suyo.
ARNALDO.
¡Ah, villano, traidor de baja casta! (4).
No es posible que fué Carlos Baldeo
Tu honrado padre, sino algún genízaro (5)
Nacido en esas ásperas montañas.
¡Vive el cielo, que creo á la Duquesa,
Y que dice verdad (6) en cuanto dice!
Di, ¿qué lloras, traidor? Vuelve acá el rostro (7),
Quítate, infame, el lienzo de los ojos,
Y escoge una de dos: ó dime luego
El nombre de la dama que te pido,

(1) *Y á revolveros con ellos.*
(2) *¡Que un mozo tan noble ha dado.....*
(3) *Por únicamente honrado.*

(1) *En mi recâmara.*
(2) La edición de Lisboa añade este verso:

Si quieres que mi ánimo sosiegue.

(3) *Señor, si acaso en parte nos halláramos.*
(4) *Villano eres tú, de baja casta.*
(5) *Esguizaro.*
(6) *Y que ha dicho.*
(7) *¿De qué lloras, cobarde? Vuelve el rostro.*

Ó dentro de tres días, desterrado
Para siempre, con pena de la vida,
Por todo (1) mi Ducado de Borgoña.
¿Qué dices, Carlos? Dime: si no amas
Á mi mujer, ¿no fuera cosa fácil,
Siendo quien soy, decirme tu secreto?

CARLOS.

Señor, la grande obligación que os tengo,
Por las grandes mercedes recibidas,
Y el amor que sabéis, más que mil muertes
Me obligan á deciros mi secreto,
Porque os veo tocado de la yerba
Del fiero mal que llama el mundo celos;
Y creed que mil suertes de tormentos
No fueran parte más de lo que digo,
Y así os pido, señor, que, como Príncipe
Y como al fin cristiano, de guardarle
Me deis palabra y homenaje.

ARNALDO.

¡Ah, Carlos!
¡Hazme este bien, que por la fe que tengo
Y la que debo al muerto padre mío,
De no decillo á viva criatura!
¡Y así, sobre la cruz de aquesta espada
Te hago juramento y homenaje
De que ni por palabra, ni por escrito,
Ni por señas, de mí jamás se entienda!

CARLOS.

Pues falta más, que me has de dar palabra
De perdonarme lo que hubiere hecho (2).

ARNALDO.

¡Carlos, como mi mujer no sea, dila,
Aunque mi hermana sea! (3).

CARLOS.

Pues, seguro
De tu valor, sabrás.....

ARNALDO.

¡Carlos, acaba!

CARLOS.

Que es la propia.

ARNALDO.

¿Qué dices?

CARLOS.

Que es tu hermana.

ARNALDO.

¿Mi hermana?

CARLOS.

Sí, señor.

ARNALDO.

Pues dime, ¿tienes
Algún favor, ó sabe que la sirves?

CARLOS.

Mas antes hoy se cumplen siete años
Que estoy con ella desposado.

ARNALDO.

¿Cómo?

CARLOS.

Desposado con ella.

ARNALDO.

¡Santo cielo!

CARLOS.

Y aun tengo un hijo casi de seis años,
Y otro pequeño que le cría un ama.

ARNALDO.

¿Adónde?

CARLOS.

En un lugar.

ARNALDO.

¿Y el otro?

CARLOS.

¿El grande? (1).

ARNALDO.

El grande.

CARLOS.

Aquí le ves mil veces.

ARNALDO.

Bueno:
¿Es aquel niño que trujiste huérfano,
Y me encargaste que por él mirase?

CARLOS.

Aquéste es tu sobrino.

ARNALDO.

Mejor eras,
Carlos, para ser Duque de Borgoña,
Que yo, pues en diez años no he tenido
Hijo ni hija.

CARLOS.

Pues aquesto dice,
No está enojado.

ARNALDO.

Carlos, no me pesa
Que estés casado con mi hermana, á efeto
De que es costumbre en esta nuestra tierra
Que una mujer, aunque haya sido reina,
Pueda casarse de segundas bodas
Con cualquiera persona que ella quiera,
Por humilde que fuese, ó su criado;
Pésame que la tengo prometida
Á Ludovico, si esta guerra vence,
Y no sé cómo cumpla la palabra:
Mas para todo buscaré remedio;
Que quien te tiene tanto amor, desea
Ponerte, Carlos, en lugar tan alto,
Que des á todo el mundo justa envidia.
Pero volviendo al caso, ¿de qué suerte
Habéis podido con tan gran secreto
Vivir siete años?

CARLOS.

Yo te diré cómo:
No teniendo yo amigo, ni ella amiga,
No hablándonos los dos jamás en público,
No osándonos mirar el uno al otro.

(1) *De todo.*
(2) La edición de Lisboa añade este verso:

Sin recibir por ello algún enojo.

(3)

Como de mi mujer no sea, doyla,
Aunque mi hermana fuese.

(1) *Es Grimaldico.*

ARNALDO.
¿De qué suerte os gozáis, si está mi hermana
Tan recogida y entre tantas guardas?
CARLOS.
Por el jardín entrando muchas veces,
Y allí, sentado al pie de aquellas fuentes,
Aguardando la voz y dulce seña
De una perrilla que ladrando sale
Á ser testigo de secretos míos (1);
Y en viéndola ladrar, entro á la cuadra
De mi señora.
ARNALDO.
¿Cuándo irás?
CARLOS.
Hoy tengo
Concertado de hablarla.
ARNALDO.
Pues advierte
Que he de ir contigo y verlo por mis ojos.
CARLOS.
De buena gana, como sea de modo
Que no te vea.
ARNALDO.
¿Cómo entre mil árboles?
CARLOS.
Pues yo te llevaré.
ARNALDO.
Basta. Ya eres
Mi sucesor y mi cuñado. Toma
Este diamante, y guárdalo por prenda
De aquesta fe, que vale diez mil doblas (2).
CARLOS.
Beso tus pies.

Entra Prudencio.

PRUDENCIO.
Entra, señor, que ya las cartas
Quedan escritas.
ARNALDO.
Voyme y firmarélas.
Carlos, éntrate luego, que te aguardo.

Vase.

CARLOS.
Yo iré, señor. ¡Ah, cielos, ahora digo
Que en perseguirme dais cual á enemigo!
PRUDENCIO.
Pues, Carlos, ¿cómo te va
Con el secretario nuevo?
¿Tan virtuoso mancebo
Vende á sus amigos ya?
CARLOS.
¿Qué dices? ¿De qué te alteras
Conmigo, Prudencio hermano?
PRUDENCIO.
¿Hermano? Ya son en vano

(1) *Sólo testigos de secretos nuestros.*
(2) *De esta fe, porque vale diez mil doblas.*

Tus embustes y quimeras.
No más que sois un traidor.
CARLOS.
¿Traidor? ¿En qué te ofendí?
PRUDENCIO.
¿Por qué dices mal de mí?
CARLOS.
¿Yo?
PRUDENCIO.
Sí, al Duque mi señor.
Pusieras en el estado
Á tu primo, si quisieras (1),
Y de mí no le dijeras
Tanto mal.
CARLOS.
Hante engañado.
Y mira si soy leal
Y si te he tenido amor,
Pues llamándome traidor,
Aun no te respondo mal.
Yo sé muy bien de la aljaba
Que ha salido aquesta flecha,
Y te parece derecha (2)
Y en otra parte se enclava.
La Duquesa te lo dijo:
¡Ah, Prudencio, no la creas;
Que estás, cuando el alma veas,
Dentro en mis entrañas fijo!
Por ponerte mal conmigo,
Aqueste daño me ha hecho (3);
Como sabe que en mi pecho
Eres el mayor amigo.
Que ni al Duque he dicho mal
De ti, de tu honor estima (4)
Si esto sólo te lastima (5).
PRUDENCIO.
¿Cierto?
CARLOS.
Cierto.
PRUDENCIO.
¿Hay cosa igual?
CARLOS.
Y porque mejor lo creas,
Para ti al Duque he pedido
Todo el ditado caído (6)
De aquellas cuarenta aldeas.
Y está ya mandada hacer
La cédula.
PRUDENCIO.
¡Oh, Carlos mío,
Perdona mi desvarío;
Que al fin me engañó mujer!
CARLOS.
Pretende mi destrucción (7).

(1) *Á quien quisieras.*
(2) *Que te parece deshecha.*
(3) *Este fingimiento ha hecho.*
(4) *De ti, ni tu honor y estima.*
(5) *Ni tengo primo ni prima.*
(6) *Todo el tributo caido.*
(7) *Destruición.*

PRUDENCIO.

Primero la suya veas
Si acaso vengar deseas
La rabia del corazón.
¡Que llamándote traidor
No me respondiste airado!

CARLOS.

Hice como amigo honrado
Resistiendo á tu furor
Y humillándome contigo.
Amigo no has de decir
Al que no sabe sufrir
Alguna falta á su amigo.

Entra Feliciano.

FELICIANO.

Á buena ocasión te he hallado (1);
Carlos, á hablarte he venido
Otra vez, y no he podido.

CARLOS.

Hiciste como avisado (2).
Mas qué, ¿la respuesta esperas?

FELICIANO.

Más que eso te importa á ti.
Oye, y retírate aquí.
Si no es por mí, muerto fueras.

CARLOS.

¿Yo?

FELICIANO.

Tú.

CARLOS.

¿Cómo? ¿De qué suerte?

FELICIANO.

¿Qué le has hecho á la Duquesa,
Que ha tomado por empresa
El procurarte (3) la muerte?

CARLOS.

¿Esto más?

FELICIANO.

Con gran secreto
Al Duque me mandó hablar,
Porque en mí debe de hallar
Para su maldad sujeto,
Y que le diga que quieres
Darle ponzoña.

CARLOS.

¿Yo?

FELICIANO.

Sí.
Y que me lo has dicho á mí.

CARLOS.

¡Oh, maldígaos Dios, mujeres!
¿Hay rigor, hay crueldad
Como ésta, señor y amigo?
Partiré de hoy más contigo
De mi alma la mitad.

(1) *Á buena ocasión le hallo.*
(2) *Pudieras con avisallo.*
(3) *De procurarte.*

FELICIANO.

Álzate, Carlos, del suelo
Que si á decillo no voy,
Yo hago como quien soy:
Lo demás se debe al cielo.
Que á otro puede caber (1)
El procurarte la muerte.

CARLOS.

Este bien, de cualquier suerte (2)
Te lo debo agradecer.
Hiciera una cosa rara
Si el cielo lo permitiera,
Que un bien que tengo te diera
Aunque el alma me costara.
Pero al fin estarás cierto
Que lo he de remunerar,
Y que no le he de olvidar
Vivo ni después de muerto.

Entra el loco.

LOCO.

¡Hola, Carlos!

CARLOS.

Oye un poco,
Y después largo hablaremos.
Pues, Cariño, ¿qué tenemos?

LOCO.

Gran mal hay.

CARLOS.

¿Qué quieres, loco? (3).

LOCO.

En la antecámara están
Mas de treinta caballeros;
Id allá, que quieren veros,
Que hay muchos (4) del capitán.

CARLOS.

No puedo en esta ocasión.

LOCO.

Pues yo no puedo dejaros.

CARLOS.

¿Cómo así?

LOCO.

Impórtame daros.....

CARLOS.

¿Qué has de dar?

LOCO.

Un bofetón
Cuando entre todos estéis,
Para deshonraros más.

CARLOS.

Mucho de lengua te vas.
Vete, necio.

(1) *Que á otro podrá caber.*
(2) *Es bien, de cualquiera suerte.*
(3) Prefiero el texto de la edición de Lisboa. En la *Parte* 1.ª:

—*Grande mal.*
—*¿Y qué es, loco?*

(4) *Que hay mucho.*

LOCO.

No me echéis.

FELICIANO.

Esperad, pues no carece
De misterio lo que os dice.

LOCO.

Pues denante no lo hice
Porque no hubo más de trece.

CARLOS.

Vén aquí. ¿Ves aquí un doble?
Dime quién te lo mandó

LOCO.

La Duquesa uno me dió
Que vale más que ese doble (1),
Porque os diese más.....

CARLOS.

Detente.
¿Qué os parece?

FELICIANO.

Extraña cosa.

CARLOS.

¡Oh, tigre hircana rabiosa,
Bañada en ponzoña ardiente!
¿En qué ha de parar aquesto?

Entra un paje.

PAJE.

Carlos, el Duque te aguarda.

PRUDENCIO.

Hermano, della te guarda,
Que en gran peligro estás puesto (2).

CARLOS.

El cielo tiene este cargo,
Que es muy noche.

FELICIANO.

¿No podremos
Verte después?

CARLOS.

Hablaremos
Los dos mañana muy largo (3).

Vanse Carlos y el paje.

PRUDENCIO.

Ven acá, loco. ¿Es posible
Que la Duquesa ha mandado
Que le des á un hombre honrado
Un bofetón?

LOCO.

Y terrible.

FELICIANO.

¿Y diérasselo?

LOCO.

¡Pues no!
Pues dadme vos otro escudo
Y veréis si darle dudo
Otro á ella misma.

(1) *Que vale más que éste al doble.*
(2) *Que á gran peligro estás puesto.*
(3) *Mañana los tres muy largo.*

PRUDENCIO.

¿Quién?

LOCO.

Yo.

FELICIANO.

Estoy por dárselo.

PRUDENCIO.

Y fuera
Bien hecho; ¿mas tú no ves
Que se lo dirá después?

LOCO.

¡Oh, qué chascás que le diera! (1).

FELICIANO.

Pues digámosle bien della
Por si acaso se lo dice;
Quiero ver si se desdice.

PRUDENCIO.

¿Qué dices, bellaco, della?

LOCO.

El diablo (2).

PRUDENCIO.

¿No ves, ladrón,
Que es tu señora?

LOCO.

¡Gran mengua!

PRUDENCIO.

Rebánale aquella lengua.

LOCO.

¿Rebanar? ¿Soy yo melón?

FELICIANO.

¿Á una dama tan hermosa,
Y sobre tan linda cara.....

LOCO.

Antes mejor le asentara
Un clavel en cada rosa.
¡Dadla al diablo, que se afeita!

PRUDENCIO.

¡Calla!

LOCO.

Así suele pegarse,
Y como por sustentarse,
Y de dormir se deleita.
Y aun duerme con un reclamo
Que yo sé.

PRUDENCIO.

¿Quién?

LOCO.

Con un hombre.

FELICIANO.

¿Sabes quién?

LOCO.

Pues sé su nombre.

FELICIANO.

¿Quién es?

LOCO.

El Duque, mi amo.

PRUDENCIO.

¡Donoso ha estado!

(1) *¡Oh, qué coces que le diera!*
(2) *Á el diablo.*

FELICIANO.

Dejalde.

PRUDENCIO.

Vamos, pues.

LOCO.

Yo le sacudo;
Por eso dadme el escudo;
Ó daréselo de balde.

FELICIANO.

Ya le digo que es tirón.

LOCO.

Bellacos, ¿aqueso pasa?
No ha de quedar hombre en casa
Que no lleve bofetón.

Vanse.

Entran Carlos y el Duque, de noche, como que han saltado de algún muro, y sale el Duque cojeando (1).

CARLOS.

¿Haste hecho mal?

ARNALDO.

Ninguno.

CARLOS.

Parecióme
Que no saltaste por el mismo puesto.

ARNALDO.

Fuí á saltar, y el ferreruelo asióseme (2)
Á aquel laurel; mas desasíme presto.

CARLOS.

Vuestra Excelencia aqueste lugar tome;
Que acudirá, si no me engaño, presto,
Que ya he sentido luz en la ventana.

ARNALDO.

El galán acompaño de mi hermana.

CARLOS.

Ahora quedará desengañado
De los celos que tiene injustamente
Que mi señora la Duquesa ha dado,
Aunque de amor el blanco diferente.
En lo que toca al cielo, estoy casado,
Y en la culpa que dices, inocente;
Que en sólo no casarme con tu gusto
Pueden culparme; en lo demás soy justo.
Mas vuelve la cabeza, mira abierta
La puerta que á esta cuadra sale.

ARNALDO.

Basta;
Por mis ojos he visto abrir la puerta;
En balde la Duquesa el tiempo gasta.

CARLOS.

Si acaso por mi mal anda encubierta
Alguna envidia que á mi bien contrasta,
Y con ella me trata desta suerte,
Sin deshonrarme puede darme muerte.

(1) *Vanse todos y sale el Duque y Carlos en hábito de noche, como cuando saltaba Carlos en el jardín.*

(2) *Fué que al saltar, el ferreguelo (sic) asióme*
Aquel laurel.

ARNALDO.

Entra, cuñado, ¡Pesia tal! No temas
Á todo el mundo para hacerte daño;
Yo cortaré las lenguas que blasfemas
Procuran tu deshonra con engaño.
Los aires han de herir torres supremas;
Pero si soy el Duque y te acompaño (1)
Para que goces á mi hermana propia,
Caerán del cielo en abundante copia.
Vete, y mira que eres tan dichoso (2)
Cuanto más te juzgabas desdichado;
Vete á sus brazos, como al fin su esposo,
Que no te busca el Duque descuidado;
No estoy para matarte receloso,
Sino con esta espada y á ese lado;
Vete en buen hora, y goza tu ventura,
Que el Duque las espaldas te asegura.

CARLOS.

Señor, tú eres mi padre verdadero,
Y de tus manos soy hechura indina;
Callando te respondo.

ARNALDO.

Entra, que quiero
Sentarme en esta fuente cristalina.

CARLOS.

Yo voy.

ARNALDO.

Pues vete, que á la sombra espero
Deste laurel.

CARLOS.

¡Oh, perfección divina,
Que ya sin sobresalto te contemplo!

ARNALDO.

¡Éste es del mundo peregrino ejemplo!

JORNADA TERCERA.

Entran el Duque y la Duquesa.

ARNALDO.

¡Que todavía estáis fuerte!
¡Extraña, señora, estáis!

CASANDRA.

Pues yo os juro que veáis
Por vuestros ojos mi muerte.
¿Vos secreto para mí?

ARNALDO.

No es lo que decís, ¡por Dios!
Por encubríroslo á vos;
Mas helo jurado así.

CASANDRA.

¿Jurado?

ARNALDO.

Jurado, pues,

(1) *Por eso soy el Duque y te acompaño.*
(2) *Vete y mira que fuiste más dichoso.*

Y aun hecho pleito homenaje.

CASANDRA.

¿Que á aquesto os obliga un paje
Y un hombre que no lo es?
¡Oh Duque! No me digáis
Que ama (1) aqueste rapacillo,
Sino que vos de encubrillo
Injustamente gustáis.
Y por no le castigar
Os tragáis vuestra deshonra,
Pues ofendiendo mi honra
Le dais vida á mi pesar.
¿Qué es esto? ¿Por dicha habéis
Vuestro jüicio perdido?
¿Sois el Duqne mi marido,
Ó quien mi honra ofendéis? (2).
¿Queréisme por dicha dar
Con estos flojos aceros,
Para que pueda ofenderos
De aquí adelante lugar?
¿Queréis que tome ocasión
Para quitaros la honra,
De ver que en vuestra deshonra
Tenéis tanta remisión?
¿Cuál hombre, por vil que fuera,
Cuanto y más el de valor,
Cuando sólo de su honor
Una sospecha tuviera,
No pusiera incendio y fuego,
No sólo á un villano paje,
Pero aun á todo un linaje,
De venganza justa ciego?
¿Es mucho mejor que viva
Para que alcahuete os sea,
Y que si reinos desea,
Sus amigos aperciba?
Sé que cada día os trae
Mil mujeres que gocéis;
Ninguno tan fiel tenéis,
Nadie en vuestro gusto cae.
Viva Carlos; sea así,
Que él agora priva más,
Dejando aquellos atrás
Que me sirven siempre á mí.
Después que habéis entendido
Que me quiere hacer su dama,
Á mi mesa y á mi cama
Le habéis del brazo traído.
Una cadena le disteis,
Y un anillo que valía
Dos mil doblas, y ese día
Con él al campo salisteis.
¡Nuevo modo de privanza!
Con eso á tu honor se atreve (3).

ARNALDO.

La mano ¡por Dios! me mueve
Con otra justa venganza (4);
Que Carlos no me ha ofendido,
Y esta atrevida mujer
Con causa debe de haber
Á Carlos aborrecido.
¡Que tal aborrecimiento
Tan injustamente venga!
No es posible que no tenga
Un monstruo por fundamento.
Ahora bien, sea cualquiera,
Que el tiempo me lo dirá,
Si en la locura que da
Como ahora persevera.....
¡Qué mala imaginación!
¡Defiéndame della el cielo!
Mas ¡ay! tanto mal recelo,
Más me dice el corazón.
Conviene que se lo diga (1),
(Aunque quiebre el juramento,
Porque á su mal pensamiento,
Como es justo, contradiga),
De Carlos todo el suceso,
Bien que me ofende el ultraje
Que se debe al homenaje,
En que mi infamia confieso (2).
Pero si ésta ha de creer (3)
Que de ruin sufro mi afrenta,
Y tengo un paje en más cuenta
Que el honor de mi mujer,
No es razón, Carlos, tampoco
Que por guardarte secreto,
Sea para ti discreto
Y para mi honra loco.
Perdona, que es imposible
No lo decir, porque creo
Que es loco cualquier deseo,
Y el de mujer insufrible.
Mas yo lo diré de suerte
Que, si quiere descubrillo,
Al pecho tenga el cuchillo
Que le amenace de muerte.
Duquesa, resuelto estoy
Que sepáis este secreto,
Mas por el cielo os prometo,
Y por la fe de quien soy,
Que si á alguna criatura (4)
Á decillo os atrevéis,
Que en ninguna parte estéis
De mi venganza segura.

CASANDRA.

Pues ¿qué me habéis de hacer,
Quitarme acaso la vida?

ARNALDO.

Que estáis, Duquesa, advertida.
Oid: ¿queréislo saber?

---

(1) *Quien ama.*
(2) *Ó quien mi amor defendéis.*
(3) *Á quien al honor se atreve.*
(4) *Con esa justa venganza.*

(1) *Conviéneme que le diga.*
(2) *Y que mi infamia confieso.*
(3) Así en la edición de Lisboa. En la *Parte* 1.ª falta la rima:

Pero si ésta ha de creer.....

(4) *Que si á viva criatura.*

CASANDRA.
Bien se me puede fiar.
ARNALDO.
Pues alto: sabed, señora,
Que vuestro Carlos adora
En peregrino lugar.
CASANDRA.
¿Cómo así?
ARNALDO.
Sirve á mi hermana.
CASANDRA.
¿Á vuestra hermana? ¿Es posible?
ARNALDO.
No tiene amor imposible,
La mayor firmeza (1) allana.
¿Qué os admira?
CASANDRA.
¡Ay de mí!
Y ella ¿sábelo?
ARNALDO.
Ha seis años
Que con enredos extraños
Se gozan.
CASANDRA.
¿Se gozan?
ARNALDO.
Sí.
CASANDRA.
¿Carlos y Leonora?
ARNALDO.
Carlos
Y Leonora.
CASANDRA.
¡Extraño cuento!
ARNALDO.
Y más, que de aqueste intento
La muerte podrá quitarlos.
CASANDRA.
Qué ¿están casados?
ARNALDO.
Casados,
Y por lo menos con hijos.
CASANDRA.
¿Cómo no hacéis regocijos
Por todos nuestros Estados;
Que ya tenéis herederos?
ARNALDO.
Reíos de buena gana;
Que son hijos de mi hermana,
Y sobrinos verdaderos.
CASANDRA.
¿Qué edad tienen?
ARNALDO.
Grimaldico,
Ese niño que anda aquí,
Es el uno.
CASANDRA.
¿Aquése?
ARNALDO.
Sí.
CASANDRA.
¡Oh, qué tesoro tan rico! (1).
Brava industria fué guardalle
Entre nosotros.
ARNALDO.
Extraña.
CASANDRA.
¿Y el otro?
ARNALDO.
Está á la montaña,
Donde acaben de crialle (2).
CASANDRA.
¿Por dónde con tal secreto
Sus deseos tienen fin?
ARNALDO.
Por las yedras del jardín
Tuvieron dichoso efeto,
Siendo la seña el ladrar
De una perrilla, testigo
De los amores que digo,
Para que pudiese entrar.
Porque en durmiendo la gente,
Abre el balcón de la cuadra,
Y luego la perra ladra,
Y Carlos la seña siente.
CASANDRA.
¿Y esto es cierto?
ARNALDO.
Yo lo he visto
Por mis ojos.
CASANDRA.
¿Cuándo?
ARNALDO.
Ayer.
Ved por qué causa ha de ser
Carlos conmigo mal quisto;
Que al fin ya somos cuñados.
CASANDRA.
Luego ¿aqueso no es traición?
ARNALDO.
¿Ahora sabéis que son
Los yerros de amor dorados?
CASANDRA.
Pues ¿qué grande de Borgoña
Se hallara en este suceso,
Que él ya no estuviera preso,
Y ella muerta con ponzoña?
Debéis de disimular
Para darle un gran castigo.
ARNALDO.
Pienso que burláis conmigo:
¿Mi cuñado he de matar?
CASANDRA.
¿Vuestro cuñado?
ARNALDO.
Pues, ¿quién?

(1) *La mayor grandeza.*

(1) *¡Oh, qué huérfano tan rico!*
(2) *Hasta acabar de crialle.*

CASANDRA.
No, sino quien os abrasa
Vuestro honor y vuestra casa.

ARNALDO.
Tratad mi cuñado bien.

Entra Prudencio.

PRUDENCIO.
Á la puerta Real de tu palacio,
Rodeado del pueblo, que le sigue,
Ahora llega el capitán Trebacio.
Á Tu Excelencia, gran señor, obligue
El victorioso Conde, que se acerca,
Mientras su campo vencedor prosigue.
Ponte, si quieres, sobre el alta cerca
Á verle entrar con su gallarda gente,
Que ha vencido, y que ya se allega cerca.
Ludovico venció al francés valiente,
Y viene publicando la victoria,
Que haciendo salva su valor se siente.

CASANDRA.
¡Oh nueva para mí de nueva gloria!
Duque, ¿de qué os ponéis triste y suspenso?
¿Revolvéis la palabra en la memoria?

ARNALDO.
Que se la dí, señora, miro y pienso,
Y que cumplilla no podré.

CASANDRA.
Bien puedes
Matando á Carlos.

ARNALDO.
¡Oh rigor inmenso!

CASANDRA.
Pues dime de qué suerte libre quedes
De la palabra que le diste al Conde,
Si no es que de razón tan justa excedes.

ARNALDO.
¡Que te enfades de un hombre venturoso!
Vamos, Prudencio, y guía tú por dónde.

PRUDENCIO.
Al puente de San Ángelo famoso.

ARNALDO.
¿Que quiere entrar por esa puerta?
Vamos.

PRUDENCIO.
¡Ah de la guarda!

CASANDRA.
¡Cielo poderoso! (1).

Vanse el Duque y Prudencio.

CASANDRA.
¡Ahora sí, deseos, que llegamos
Al prometido puerto, en tantos días
Que al proceloso mar importunamos!
Cumplidas son las esperanzas mías:
Así que, por amar vuestra Leonora,
¿Jamás os ablandaron mis porfías?
Pues lloraréis vuestro desdén agora;
Que en crueldades venceré á Medea,
Y aun al tirano que Sicilia llora.
¿Era yo al lado de Leonora fea,
Cuya hermosura en vos no halló reparo? (1).
¿No hay otra dama que más linda sea?
No importa, no, cruel Narciso, avaro
De la hermosura que te ha dado el cielo,
Tan duro y frío (2) como el mármol paro;
Que hoy bañaré de sangre tuya el suelo,
Y al Duque infame, que tus hijos ama,
Y tiene de heredarte (3) injusto celo,
Salpicaré la colcha de la cama,
Y dormirá con ella, sin que entienda
El brazo vengador que la derrama.
Mas ¡ay! á mi ventura igual ninguna:
Del malogrado amor vine rendida
Al altar de mi furia, por ofrenda
Entre sus aras á dejar la vida.

Entra Grimaldico, hijo de Carlos.

GRIMALDICO.
Diréló yo á mi señora
Que no me lo quieren dar,
Ó volveréme á quejar
Á la duquesa (4) Leonora.

CASANDRA.
¿Qué es aquesto, Grimaldico?
¿Por la merienda das voces?

GRIMALDICO.
No, señora, así te goces.

CASANDRA.
¡Qué graciosa cara y pico!

GRIMALDICO.
Ya he merendado conserva
Y azúcar blanco y rosado.

CASANDRA.
Muy mejor fuera mezclado
De alguna ponzoña y yerba.
Pues ¿qué es lo que le pedías?

GRIMALDICO.
Dame la mano primero,
Y besaréla.

CASANDRA.
No quiero
Que me hagáis hechicerías.

GRIMALDICO.
Pues á fe, que si la tomo,
Que se la muerda.

CASANDRA.
¿No más?

GRIMALDICO.
Creo que enojada estás.

---

(1) Así en la edición de Lisboa. Faltan las palabras de Casandra en la *Parte* 1.ª

(1) *¿Era yo necia con su ingenio raro?*
(2) *Tan duro y firme.*
(3) *Y tiene de heredarte (¡injusto cielo!).*
(4) *Á la Condesa.*

CASANDRA.

¿Qué os falta?

GRIMALDICO.

Un coche de plomo.

CASANDRA.

¿Quién te lo ha tomado?

GRIMALDICO.

Un paje.

CASANDRA.

¿Éste me ha de suceder?
Nunca tal; no lo ha de ver
Su vil infame linaje.
Ahora bien, aquéste muera;
Luego el otro que se cría,
Que no siendo sangre mía,
No ha de quedar heredera,
Llevarle quiero al jardín,
Y entre las yerbas metido
Tenerle he un rato escondido
Mientras intento su fin.
Mas ¿de quién me he de fiar
Para que el cuerpo sepulte,
Porque más se dificulte
El poder venirlo á hallar?
Grimaldico.

GRIMALDICO.

Mi señora.....

CASANDRA.

Idos al jardín, amores,
Y coged (1) algunas flores.

GRIMALDICO.

¿Luego?

CASANDRA.

Luego.

GRIMALDICO.

¿Ahora?

CASANDRA.

Ahora.
Y mirad que me aguardéis;
Que tengo yo de ir allá.

GRIMALDICO.

Pues diga qué me dará.

CASANDRA.

Confites que merendéis.

GRIMALDICO.

Pues mire que vaya luego,
Y que lleve los confites.

CASANDRA.

Presto haré que á un santo (2) imites
Y aplaques con sangre el fuego.

GRIMALDICO.

Á fe, que no coma dellos
Aquel bellaco de Carlos,
Aunque viniese á engatarlos.

Vase.

(1) *Y cogedme.*
(2) Así en la edición de Lisboa. La *Parte* 1.ª dice desatinadamente:

Presto haré que al huerto imites.

CASANDRA.

Yo le mataré con ellos;
Que en ellos yo le daré
Ponzoña, que el pecho tuyo
Comunique luego al suyo,
Y en uno á dos mataré.
Que si en el pecho te tiene,
Irá de la misma suerte
Á toparse con la muerte (1),
Por donde la tuya viene.
No han de igualar Scila y Fabia (2),
Otras sangrientas victorias,
Con las más de sus memorias,
A lo menos de su rabia.
¡Cielo, á mi intento responde,
Pues ya he dado la sentencia!

Entra Leonora.

LEONORA.

¿Gustará Vuestra Excelencia,
Que vamos á ver al Conde?
Porque el Duque mi señor,
Con un paje se lo ruega.

CASANDRA.

¡Ah, cielo, á qué tiempo llega
La causa de mi furor!
¡Oh Leonora! ¿Estás contenta
Desta victoria?

LEONORA.

Sí estoy,
Que al fin se restaura hoy
Mi Estado perdido y renta.

CASANDRA.

Gracias al Conde, que ha sido
A quien sangre le ha costado.

LEONORA.

Mi hermano le está obligado.

CASANDRA.

Querrále hacer tu marido.
Anda, vé, si te da gusto;
Que entra bizarro y galán (3).

LEONORA.

Ya sabes tú que me dan
Todas la fiestas disgusto.
Y por ti le fuera á ver,
Y por mandarlo mi hermano,
Porque es pensamiento vano
Pedirme para mujer;
Que el amor del Duque muerto (4)
Vive en mi alma de suerte,
Que del luto de su muerte
Me tiene el gusto cubierto.
No hay tratar de otro marido;

(1) *Con su muerte.*
(2) Así en la edición de Lisboa. En la *Parte* 1.ª es ininteligible este verso:

Y no ha de igualar, si es sabia.....

(3) *Verle entrar fuerte y galán.*
(4) *Que el alma del Duque muerto.*

Que el primero que faltó,
Tan en el alma quedó
Como si hubiera vivido.
Entre el bizarro soldado,
Que sus plumas y sus galas
Podrán servirle de alas
Para más alto cuidado;
Que para mí todo es luto,
Dolor y desconfianza.

CASANDRA.

Anda ya, que tu esperanza,
Ya tiene doblado fruto.
¡Así lo tuviera yo,
Para que el Duque heredara!

LEONORA.

¿Cómo, señora? ¡Repara
En lo que dices!

CASANDRA.

Pues ¿no?
Calla, que todo se sabe.

LEONORA.

¿Cómo piensas que he sabido
Que el Duque me da marido?
Antes (1) mi vida se acabe;
Que yo no sé qué es amor,
Ni jamás tendrá poder
Que otro amor pueda vencer
De mi vergüenza el honor.

CASANDRA.

¡Ay, Leonora, por tu vida,
Que amor es ladrón de casa;
Por torres y guardas pasa,
Y es del honor homicida!
Enseña á entrar en jardín
Por las yedras y laureles,
Cuando desdichas crueles
Piden amoroso el fin.
Enseña á los animales,
Que hasta una perra pequeña,
Ladrando sirva de seña,
Y aun testigo (2) de sus males.
Pues á un pequeño animal (3)
Enseña á ser alcahuete,
Que en abriéndose el retrete
Da voces en el umbral,
Sabrá hacer que tú te ablandes
Y á su llaneza te rindas,
Porque siempre en las más lindas
Hace milagros más grandes.
Que yo sé una melindrosa
Que ya dos veces parió,
Y es porque no imaginó
Que el tiempo no encubre cosa.
Ahora bien, quédate á Dios,
Que tengo un poco que hacer.

Vase Casandra.

LEONORA.

¡Desventurada mujer!
¿Qué es esto, Carlos, sois vos?.....
Sí, sin duda él es. ¡Ay, hombre!
Que ser hombre te bastaba (1),
Que menos mal se esperaba
De tus obras y tu nombre.
Solo sabes mi secreto,
Solo tú el que lo has contado;
Tras tantos años guardado,
Por ti se sabe, en efeto.
¡Ah, traidor! Al fin, al fin
Te viniste á declarar;
Mas ¿qué se puede esperar
De hombre mal nacido y ruin?
¡Muerta soy, todo se sabe!
Todo lo ha dicho el traidor
Que era del secreto amor
El arca y la fuerte llave.
Y como el amor faltó,
Ya el segundo está sujeto (2);
Dejóse abierto el secreto,
Al fin el arca rompió.
¡Ah, Carlos desatinado!
¿Qué es esto? ¿Por qué me has muerto?

Entra Carlos.

CARLOS.

Con nuevo y galán concierto
El Conde bizarro ha entrado.
¡Cuántas galas soldadescas,
Y al aire plumas tendidas!
¡Cuántas banderas vencidas,
Esguizaras y tudescas!
¡Cuánto soldado francés
Atadas atrás las manos,
Cuyos pensamientos vanos
Vienen mirando á sus pies!
¡Cuántas lises de oro llenas,
En sangre humana teñidas (3),
Arrastradas y rompidas
Vienen por ajenas manos!
Aunque es éste mi enemigo,
Tengo tal inclinación,
Que sus victorias me son
Como venturas de amigo.
Jamás envidia me pudo
Vencer esta buena fe;
Mas ¡ay de mí! ¿cómo hablé
Delante de quien soy mudo?
Leonora es ésta á mi ver (4),
Y ¡quién se atreviera á hablarte!
Pero es en pública parte,
Y mala ocasión también.
Irme quiero, no me vean.

(1) Está bien en la edición de Lisboa. En la *Parte* 1.ª, *haré*.
(2) *Y es testigo.*
(3) *Pues quien tan chico animal.*

(1) *Que aqueste ser te bastaba.*
(2) *Ya á segundo.*
(3) *De polvo y sangre teñidas.*
(4) *Leonora es ésta. ¡Oh, mi bien!*

LEONORA.
¡Vuelve, traidor, vuelve acá!
CARLOS.
¡Jesús, llamado me ha!
Mis sentidos no lo crean.
¿Iréme?
LEONORA.
¡Vuelve, traidor!
CARLOS.
¿Traidor me llamas, señora?
LEONORA.
Sí; llega, llégate agora;
Que ya no hay miedo ni honor (1).
Óigame ya todo el suelo,
Que á grandes voces lo digo (2);
Más, pues pido tu castigo,
Mejor es que me oiga el cielo.
CARLOS.
Señora, ¿qué es esto? Espera,
No des voces.
LEONORA.
¿Cómo puedo? (3).
Ya no tengo honor ni miedo:
¡Traidor, quien me ha muerto, muera!
CARLOS.
¿Estás loca?
LEONORA.
¡Estoy perdida!
¿Piensas, traidor, que me pesa
Que quieras á la Duquesa,
Adúltera y homicida?
No me pesa deso, no;
Mas pésame que le has dado
De mi secreto guardado
Lo que mi alma te dió.
CARLOS.
¿Yo le he dicho á la Duquesa
Cosa ninguna jamás?
Fuera de tu seso estás.
LEONORA.
De haberlo estado me pesa.
¡Todo se sabe, villano! (4).
CARLOS.
¡Jesús, señora! ¿Qué dices?
LEONORA.
Ya tus doradas (5) matices
Yerros encubren en vano (6).
¡Ah, ingrato, que bien podías
Amarla si te rogaba,
Y mirar á quien te amaba
Y la traición que le hacías!
Mas descubrir el secreto
Sólo reservado á Dios,
Que ha vivido entre los dos
Por tantos años sujeto,
¿Qué monstruo, qué piedra, qué hombre,
Qué más que todo lo hiciera?
CARLOS.
No afrentes desa manera
Mi lealtad, nobleza y nombre.
Vuelve en ti, señora mía,
Y dime el suceso todo (1).
LEONORA.
No esperes de ningún modo
Que he de ser la que solía.
¡Tú me has muerto, yo soy muerta;
Otra soy, que á vivir vuelvo!
CARLOS.
¿Qué es esto?
LEONORA.
Que me resuelvo
Á dar voces descubierta.
¡Yo te amé, Carlos villano,
Yo te amé; ya te aborrezco!
CARLOS.
Pues ¿cómo que no merezco
Que te detenga mi mano?
Está queda.
LEONORA.
No me toques.
CARLOS.
Detente.
LEONORA.
Vete de aquí.
CARLOS.
Mira que.....
LEONORA.
¡Que infame así.....
CARLOS.
¡Ah, necia!
LEONORA.
No me provoques.
CARLOS.
¡Vive Dios, que has de escucharme,
Ó que tengo, si procedes.....
LEONORA.
Qué ¿infame? ¿No basta quedes
Contento con deshonrarme?
Suéltame, que daré voces.
CARLOS.
Pues darélas yo también,
Porque nos oigan más bien.
LEONORA.
¡Oh, qué bien!
CARLOS.
¿No me conoces?
LEONORA.
Mira, yo bien te matara,
Ó buscara quien lo hiciera,
Si tu vil muerte creyera
Que á mi venganza bastara;
Pero déjolo de hacer
Porque sé que será poca.

(1) *Ninguno*, en la *Parte* 1.ª El texto de Lisboa está bien.
(2) *Lo que á grandes voces digo.*
(3) *Ya no puedo.*
(4) *¡Todo lo supe, villano!*
(5) *Ya tus fingidos.*
(6) *Tu yerro encubren en vano.*

(1) *Y dímelo luego todo.*

CARLOS.

¡Ah, mi bien!

LEONORA.

No abras la boca.

CARLOS.

Pues mátame.

LEONORA.

Podrá ser.
Aunque para darte enojos
Más fuertes de otra manera,
Haré que en el alma muera
Tu esperanza y tus despojos (1).

CARLOS.

Quítame la luz hermosa
De tus ojos un momento,
Ó con tu fuego violento
Abrasa el alma dichosa.
Despedaza el corazón
Donde has estado seis años.

LEONORA.

Deja hechizos, deja engaños;
Todos inútiles son.
¡Yo te mataré á tu hijo!

CARLOS.

¡Ah, mi bien, mi alma, amores!

LEONORA.

Y ante tus ojos traidores.....

CARLOS.

Escucha, ¿quién te lo dijo?

LEONORA.

¡Yo atravesaré un puñal (2)
Por medio del cuerpo (3) infame,
Porque tu sangre derrame,
Y quede el cuerpo leal!
¡Su sangre me ha de teñir
El vientre donde le tuve,
Y el alma que al cielo sube,
Á Dios venganza pedir! (4).

Vase Leonora.

CARLOS.

Mi señora y mi bien, ¿qué es esto? Espera,
Espera, vida mía, escucha, aguarda:
Tan sorda vive como el áspid fiera
Que á la voz del conjuro se acobarda.
La Duquesa en mi daño persevera.
¡Ah, falso Duque! ¿Así la fe se guarda?
Sin duda que le ha dicho mi secreto;
Que no hay con su mujer hombre discreto.
Leonora piensa que amo á la Duquesa
Y que toda la historia le he contado,
Y que dejo su amor por esta empresa,
De sus lascivos ojos engañado.
Y primero los ejes en quien pesa
La máquina del círculo estrellado
Dejarán su continuo movimiento,
Que halle entrada en mi alma y pensamiento (1).
Con todo eso, en tanto que Leonora
Se desengaña, es bien que yo le quite
De los ojos el niño en quien adora,
No sea cual la fiera reina Irrite (2);
Que es hembra, quiere bien, de celos llora,
Y cuando su venganza solicite,
Ni al hijo mirará, padre ni hermano,
Sino teñir en sangre espada y mano.
Esconderé, cual digo, á Grimaldico
Mientras de tanto mal la desengaño,
Y haré que no le den el otro chico,
Y que le nieguen con algún engaño.
La caja suena ya de Ludovico:
¡También tú vienes á hacerme daño!
Quiero esperalle, y luego mis enojos
Temple mi hijo. ¡Ay, hijo de mis ojos!

Entran el Duque, el conde Ludovico y algunos soldados.

LUDOVICO.

Huyeron, en efecto, los franceses,
Quedando por nosotros la victoria.

ARNALDO.

Bastaba, Conde, que á la empresa fueses,
Para volver con este triunfo y gloria.

LUDOVICO.

Así pienso llamarla si me dieses,
Y tienes tu palabra en la memoria,
Aquella prenda por quien hoy ha sido
Tu nombre invicto y el Francés vencido.

ARNALDO.

Carlos, salte allá fuera, y los soldados
Se pueden ir á sus alojamientos;
Que esta noche han de ser mis convidados
Capitanes, alférez y sargentos.

Vanse Carlos y los soldados.

Al fin quedaron ya domesticados
Los que con arrogantes pensamientos
Sus rentas le quitaban á Leonora.

LUDOVICO.

Dármela en premio sólo resta ahora.

ARNALDO.

Conde, mientras os fuisteis á la guerra,
Á Leonora le dije vuestro intento,
Con el valor que vuestro pecho encierra,
Sangre, virtud, nobleza, entendimiento.
Mas por todo el tesoro de la tierra
Dice que no ha de hacer el casamiento,

---

(1)

Aunque para darte enojos
Bien sé yo que he de quitarte
De tu alma la mayor parte
Ni lo que adoran tus ojos.

(2) *Yo le meteré un puñal.*
(3) *Por medio del pecho.*
(4) En la *Parte* 1.ª, *subir.*

(1)

Dejarán de ser las diez esferas
Que rompen mis entrañas verdaderas.

(2) *No sea aquella fiera Prognimite.*

No porque no lo tengas merecido,
Mas por la fe de su primer marido.
La cual dice que piensa hasta la muerte
Guardalla inviolable, y que otra mano
No ha de tocalle de ninguna suerte
La que le cupo al duque Nepoliano (1).
Con este intento ha estado firme y fuerte
De tal manera, que á su mismo hermano
Ha perdido mil veces el respeto:
Así os lo digo porque sois discreto.
Yo, viendo mi palabra y fe obligada,
Y que vencer su pecho no podía,
Y que con la mujer lengua y espada
Se juzgan á vileza y cobardía (2),
Pensé dejar mi cólera vengada,
Aunque es, como sabéis, hermana mía,
En daros el Estado conquistado,
Ya que con ella no quedáis casado.

LUDOVICO.

¿Esto, señor, guardado me tenías
Para despojo desta gran victoria,
El gran recibimiento y alegría
Debido, como dices, á mi gloria?
¡Ah, cielo, cómo son victorias mías,
Que en lo mejor de mi dichosa historia
Un capítulo trágico y sangriento
Me quita el gusto con mortal tormento!
No me puedo quejar que no has cumplido
La prometida fe; de mí me quejo,
Que tú aun has hecho lo que habrás podido (3),
Mas yo he tenido en esto mal consejo.
Las vanas esperanzas que he creído,
Sin otras cosas que en silencio dejo,
Me quitarán la vida, y aun es poco.

ARNALDO.

Conde, ¿tanta flaqueza?

LUDOVICO.

Conde loco (4).
¿Piensas que no conozco que el Estado
De Cleves y de Geldres, donde vengo,
Que con mano tan pródiga me has dado,
Siendo lo que es en menosprecio tengo?
No es esto, no; pero el mortal cuidado
Que en el alma ha seis años que entretengo,
Era para mi alma la riqueza
Que yo esperaba, y lo demás, pobreza.
Vete, señor, por Dios, y dila y ruega,
Siquiera por la gente que lo sabe,
Que salga á sólo verme.

ARNALDO.

Está tan ciega,
Que aun temo que con ella no lo acabe;
Pero yo voy á ver si me lo niega,
Y aguarda aquí.

Vase el Duque.

LUDOVICO.

¿Qué combatida nave
Llegó al amado puerto do flotando,
Allí le está la muerte amenazando?
¡Tras tantas esperanzas, tanta pena!
¡Tras tal seguridad, tanta mudanza!
¡Ah, palabras escritas en arena,
Rompida fe, traidora confianza!
Una es el alma, y otro es lo que suena;
Ya cubre al mal la misma confianza
Que suele al bien, porque los mismos hombres
Todo lo llaman con iguales nombres.

Entran Prudencio, Feliciano, Ricardo y Telémaco (1).

PRUDENCIO.

Ya podemos entrar; entremos todos.

FELICIANO.

¡Ah, valeroso conde Ludovico,
Danos á tus amigos esos brazos,
Y seas por mil años victorioso
Y otros tantos que seas bien venido!

LUDOVICO.

¡Oh amigo Feliciano! ¡Oh mi Prudencio!
¡Ah, caballeros, seáis muy bien llegados!
Yo vengo con salud para serviros,
Y no con poca gloria, pues os veo.
Tomad vos, Feliciano, esta cadena,
Y vos, Prudencio amigo, aqueste anillo,
Y vosotros partid ese dinero.

FELICIANO.

¡Viva el Conde mil años! ¡Viva el Conde!
¿Cómo te ha ido?

LUDOVICO.

Bien, pues que con pérdida
De cien hombres no más (2), hoy he dejado
Cubierto el reino de franceses muertos,
Y los demás con vergonzosa vida (3).

Entra Carlos.

CARLOS.

¿Hay desdicha tan grande? ¡Ay, cielo santo!
¿Adónde está mi hijo?

LUDOVICO.

¡Carlos!

CARLOS.

¡Conde!

LUDOVICO.

¡Dame esos brazos!

CARLOS.

¡Seas bien venido!

LUDOVICO.

¿Qué tienes, que el color se te ha mudado?
¿Adónde ibas?

CARLOS.

Tengo cierto enojo

---

(1) *Lepociano.*
(2) *Se juzgara á locura y cobardia.*
(3) *Que tú habrás hecho lo que habias podido.*
(4) *¡Oh, Duque loco!*

(1) *Sale Prudencio, Feliciano, Nizardo y Thelamaco soldados, y dice Prudencio:*
(2) *De menos de cien hombres, he dejado.*
(3) *En vergonzosa huida.*

Que después lo sabrás. Dime, Prudencio (1),
¿Has visto á Grimaldico?

PRUDENCIO.

Pues qué, ¿falta?

CARLOS.

Falta de casa; y puede haber un hora.
Yo le he buscado con algún cuidado,
Hasta el mismo aposento de las damas,
Y no parece.

PRUDENCIO.

¿Y al jardín bajaste?

CARLOS.

Eso falta no más.

PRUDENCIO.

Pues corre luego,
Pues yo le vi en denante, negociado (2),
Pedir al jardinero que le abriese.

CARLOS.

Pues yo voy á buscarle, que me importa;
Discúlpame, Prudencio, con el Conde.

PRUDENCIO.

Yo le diré que el Duque te ha llamado.

CARLOS.

¡Ay, hijo de mis ojos, que ya temo
Á la crueldad de vuestra fiera madre (3)
Vengue sus celos en la sangre vuestra;
Que como son más duros que diamantes,
Ha pretendido, por mancharme el alma,
Con sangre de cordero enternecellos:
¡Si vos sois muerto, moriré, no hay duda!

Vase Carlos.

LUDOVICO.

¿Fuése Carlos?

PRUDENCIO.

Ya dijo que volvía,
Que le ha llamado el Duque.

LUDOVICO.

Di, Prudencio,
¿Tan mal ha tomado Leonora mi venida,
Que hoy se ha puesto monjil de paño basto,
Y más groseras que solía las tocas?

PRUDENCIO.

La Duquesa te viene á ver; suspende
Por ahora la plática, y aguárdame;
Que en el balcón te contaré milagros.

Vase Prudencio y entra la Duquesa.

CASANDRA.

Sea el Conde bien venido.

LUDOVICO.

¿Qué más bien, pues que merezco (4)
Ser de todos recibido?
Cosa que más me engrandezco (5)

(1) *Hola, Prudencio.*
(2) *Que yo le vi denantes, negociado.*
(3) *Que la crueza de vuestra fiera madre.*
(4) *¿Qué más bien, pues que merece.....*
(5) *Cosa que más me engrandece.*

Que haber al Francés vencido.

CASANDRA.

¿Bueno vienes de salud?

LUDOVICO.

Tuvo mi alma quietud;
Mas ya por un disfavor,
Como á un árbol sin humor,
Me faltará la virtud.

CASANDRA.

¿Disfavor ahora?

LUDOVICO.

Y grande.

CASANDRA.

¿Cómo así?

LUDOVICO.

Que no hay razón
Que á mi Leonora le ablande
El rebelde corazón,
Aunque el Duque se lo mande.
Y jura que el muerto esposo
En su alma le es forzoso
Guardar la primera fe:
Mirad vos si quedaré
Mal pagado y bien quejoso.

CASANDRA.

Retirémonos aquí,
No nos escuche Prudencio.

LUDOVICO.

Feliciano queda allí.

CASANDRA.

Di, ¿prométesme silencio?

LUDOVICO.

Mil veces digo que sí.
¿Qué es, señora, lo que quieres?

CASANDRA.

Darte esperanza que esperes,
Y que tu remedio nombres;
Que luego todos los hombres
Dan la culpa á las mujeres (1).
No la tiene, no, Leonora,
Conde, desta ingratitud.

LUDOVICO.

Pues ¿quién?

CASANDRA.

El Duque, que adora
De un villano la virtud,
Toda su privanza ahora;
Que porque le solicita,
Con alma y lengua maldita,
Mil mujeres que gozar,
Con él la quiere casar,
Y á tu valor se la quita,
Á ti (2) que el perdido Estado,
Aventurando tu vida,
Has comprado y libertado,
Demás de que á la partida
Quedó á dártela obligado.
No te digo este concierto

(1) *Echáis culpa á las mujeres.*
(2) En la edición de Lisboa, *á ti*. En la *Parte* 1.ª, *así*.

Porque al Duque á campo abierto
Le digas tu parecer,
Mas porque tendrás mujer
Si Carlos quedase muerto;
Que es un rapaz hechicero
Y le trae tan sin jüicio,
Pues siendo su camarero,
Fuera de tan claro indicio,
Le quiere hacer su heredero.
Mira si me va interés
Que el casamiento que ves
Venga á salirles en vano (1).

LUDOVICO.

Antes que le dé su mano
Yo le cortaré los pies.
¡Ah, villano mal nacido!
¿Ése había de casar
Con mujer que he pretendido,
Y ella su sangre infamar
Con un villano marido?
Cuéntale muerto, en efeto.

CASANDRA.

Esto requiere secreto.
¿De qué manera será?

LUDOVICO.

Esta noche morirá;
Su cabeza te prometo.
Yo haré que dos soldados
De aquellos que yo me fío (2),
Entren esta noche armados,
Que con valor y con brío (3)
Á él se lleguen rebozados.
Daránle alguna ocasión
Que les diga una razón,
Y que sea mucha ó poca,
Le quebrarán por la boca
Las alas del corazón.

CASANDRA.

Pues vamos, y en el silencio
Pon, como cuerdo, la mano.

LUDOVICO.

De un mármol no diferencio.

CASANDRA.

Ven conmigo, Feliciano,
Y avisa al Duque, Prudencio (4).

Vanse.

Sale Carlos.

CARLOS.

¡Hijo de mi alma y vida,
Pues en el jardín no estáis (5),
Bien claro indicio me dais
Que es vuestra madre homicida!
¡Oh caso terrible y fuerte!
La misma que vida os dió
Después que Dios os crió,
Ella os ha dado la muerte.
¡Hijo, que no parecéis
En todo este verde suelo!
Pero, si estáis en el cielo,
¿Qué mejor pareceréis?
¡Vida mía, vuestra madre
Os ha muerto sin razón,
Por matar el corazón
Deste su enemigo padre! (1).
Mas, pues yo instrumento fuí
De que la muerte se os dé (2),
Yo he de decir que os maté,
Yo mismo la muerte os dí.
¡Inocente de mis ojos,
Que ya el alma, enternecida,
Con lágrimas os convida;
Regalo de mis enojos!
Pedidle (3) justicia á Dios,
Pues cara á cara lo ves,
De la Duquesa, y después
La pediréis de los dos.
¡Ella ha dado la ocasión (4)
De que tu sangre se vierta!
¡Oh, troncos de aquesta huerta,
Quién imitara á Absalón!
Y colgado desta suerte
Para mayor crueldad,
Fuera Casandra Joab,
Que muerto me diera muerte.
Mas ¿qué es esto? ¡Yo no puedo
Matarme, y es lo mejor!
No tiene fuerza el dolor
Para vencerme este miedo.
¡Salid vos, robusta espada (5),
Y pasadme aqueste pecho,
Pues ya de lo que no he hecho (6)
Tengo el alma traspasada!
¡Muera el cuerpo, muera yo,
Acabe el dolor más presto!

Habla el niño de adentro.

GRIMALDICO.

¡Padre, padre!

CARLOS.

¿Qué es aquesto?

GRIMALDICO.

¡Padre á mí!

CARLOS.

¿Quién me llamó?

GRIMALDICO.

¡Ah, señor padre!

CARLOS.

¡Ah, mi bien!

---

(1) *Le venga á salir en vano.*
(2) *De aquellos en quien me fio.*
(3) *Y al fiero enemigo mio.*
(4) Este verso falta en la *Parte* 1.ª, pero está en la de Lisboa.
(5) *Pues en la huerta no estáis.*

(1) *De vuestro enemigo padre.*
(2) *De que ella muerte os dé.*
(3) *Pidele.*
(4) *Ha sido.*
(5) *Salid vos, cobarde espada.*
(6) *Pues ya de lo que otro ha hecho.*

Ya tu voz he conocido.
¿Dónde estás que me has oído
Y me has llamado también?
Sin duda estás en el cielo,
Pues que padre me dijiste,
Porque nunca lo supiste
Cuando estabas en el suelo (1).
Espera, que presto voy.

Entra el niño, atadas las manos.

GRIMALDICO.
¡Ah, padre, venme á ayudar,
Que me han querido matar!

CARLOS.
Sombra, ¿quién eres?

GRIMALDICO.
Yo soy.

CARLOS.
Pequeña sombra de aquel
Que fuiste engendrado y hecho
En las entrañas del pecho
Que te dió muerte cruel,
No suspendas sin razón,
Tanto el miedo me acobarda,
De la muerte que me aguarda
La forzosa ejecución.

GRIMALDICO.
Padre, ¿queréisme matar (2)
Con esa espada también?

CARLOS.
¿Qué es esto? ¿Eres tú, mi bien?

GRIMALDICO.
Yo soy; venme á desatar.

CARLOS.
Sin duda que él está vivo.
Hijo, ¿estás vivo?

GRIMALDICO.
Pues ¡no!
¿Qué más preguntara yo?

CARLOS.
Ya mis brazos te apercibo.
¡Él es, sin duda, mis ojos!
¿Qué, en efecto no te han muerto?
¡Vivo estás, sin duda es cierto!
¡Vivid, cobardes despojos! (3).
¡Que pensamientos tiranos
De aquel lobo carnicero,
Para matar un cordero
Ataron sus tiernas manos!
¿Adónde queda tu madre?

GRIMALDICO.
¿Qué madre?

CARLOS.
La que te ató.

GRIMALDICO.
No conozco madre yo.

(1) *Mientras viviste en el suelo.*
(2) *Padre, ¿quiéreme matar.....*
(3) *¡Subid, cobardes enojos!*

CARLOS.
Pues ¿cómo me llamas padre?

GRIMALDICO.
La Duquesa vino allí
Y me trajo por engaño (1).

CARLOS.
Ésa es la aurora del daño.
¿Qué es esto, cielo? ¡Ay de mí!

GRIMALDICO.
Después de haberme engañado
Y á aqueste huerto traído,
En esta zarza escondido
Me ha tenido un rato atado (2).
Y diciéndome mil veces
«¡Hijo de Carlos traidor,
Da fuerzas á mi furor
Lo que á tu padre pareces!»
Dábame de bofetones,
Y un cuchillo que traía,
Á los pechos me ponía.

CARLOS.
En ése el alma me pones (3).
Pues ¿cómo no te mató?

GRIMALDICO.
Porque vino el jardinero
Para dalle al repostero
Ciertas flores que pidió.
Y porque al fin se tardaba (4),
Porque eran para la mesa,
Dejóme aquí la Duquesa
Y fué á ver lo que buscaba (5);
Pero no ha vuelto á bajar.

CARLOS.
Pues tú, ¿por qué no te fuiste
Á los hombres, y dijiste
Que te quería matar?

GRIMALDICO.
Díjome que era un juego,
Y que luego volvería
Y otra vez me lo diría.

CARLOS.
No era juego, sino fuego.
¡Ay, falsa! ¡Maldita seas,
Que en un ángel te vengabas
Con hambre y manos tan bravas!
¿Beber mi sangre deseas?
Pues porque más le acomodes,
No has de ser, aunque lo intentes,
Hiriendo á los inocentes,
Nuevo verdugo de Herodes.
Ya se acabó mi paciencia;
Que la más firme en la vida,
Tantas veces ofendida,
Se vuelve en furia y violencia.
¡Morirás, Casandra infame!

(1) *Que me trujo por engaño.*
(2) *Me ha tenido un hora atado.*
(3) *Ése en el alma me pones.*
(4) *Y como al fin se tardaban.*
(5) *Y fué á ver lo que buscaban.*

Hoy sabrá el Duque de hecho
Las maldades de tu pecho
Porque tu sangre derrame.
Ya anochece, y es la hora
Que el Duque está recogido;
La nobleza que he tenido
Ha de ser ponzoña ahora.
Todo lo pienso decir,
Ya no conviene callar
La que me quiso matar,
Y, si puedo, ha de morir.
Hijo, venid, porque quiero
Que veais á vuestra madre.

GRIMALDICO.

Pues, dígame, ¿es él mi padre?

CARLOS.

Sí, hijo, y el verdadero (1).

GRIMALDICO.

No me lleve á la Duquesa,
Que es ya lobo para mí (2).

CARLOS.

Á quien yo te llevo á ti,
La tierra que pisas besa.

Vanse.

Entran el Duque y Leonora, su hermana.

ARNALDO.

Piensa el remedio, porque el Duque os ama (3),
Y en todo caso mi palabra obliga.

LEONORA.

En vos, señor, está mi honra y fama (4).
¿Qué remedio queréis que piense ó diga?
Vos me decís que un hombre vil me llama
Por vos mujer y por su honor amiga,
Y que sabéis que dél dos hijos tengo
Y que por el jardín á hablarle vengo;
Por otra parte me decís que el Conde
Me pide por mujer.

ARNALDO.

Leonora hermana,
Nobleza Carlos y virtud esconde
En la corteza rústica y villana:
Carlos Baldeo fué su padre, y donde
Hubo este mozo, fué la más lozana
Dama que tuvo Italia, y él mi tío
Se quedó en este estado al padre mío (5).
No tienes que negar, pues soy contento
De que con él te cases y rehuyas
Del conde Ludovico el casamiento.

LEONORA.

Beso las excelentes manos tuyas.
Digo, señor, que todo lo consiento,
Aunque por esto mi bajeza arguyas,
Y de rodillas te suplico y pido
Me perdones el yerro cometido.
Carlos es mi marido, y dél confieso
Que tengo los dos hijos que negaba.

ARNALDO.

Digo que es para mí mejor suceso
Que de mi poca dicha imaginaba.
Levántate, Leonora.

LEONORA.

Tus pies beso.
Ya tu hermana no soy, sino una esclava (1).

ARNALDO.

Su mujer has de ser si á todo el suelo
Pesare, pues lo quiere el alto cielo (2).
Retírate, Leonora, á tu aposento (3);
Que al Conde yo le haré que calle. ¡Pajes,
Hachas! ¿Oís?

LEONORA.

Prospere en grande aumento
Tu vida el cielo.

Entran Carlos y el niño.

CARLOS.

Escucha antes que bajes,
Señor: á tu grandeza me presento,
Ó para que mi vida presto atajes,
Ó para que me des remedio.

ARNALDO.

Espera,
Carlos: ¿suélesme hablar desa manera?

CARLOS.

Jamás te hablé, señor, de aquesta suerte,
Porque jamás pensé ver lo que veo:
Casandra, tu mujer, desea mi muerte
Porque no le cumplí su mal deseo.
Callé siempre por miedo de ofenderte,
Que sabes bien cuánto en tu honor me empleo (4),
Mas ya la fuerza y la razón no puede
Hacer que tal secreto oculto quede (5).
De mis males y agravios inducido,
Agora vengo á hablarte claramente,
Descubriendo el intento que ha tenido:
Leonora es mi mujer, que está presente.
Aquesto ya lo sabes, porque ha sido
Á tu sosiego y honra conveniente,
Sé yo que se lo has dicho, aunque Leonora
Mi fe y sus celos engañada llora.
Ella, pues, como ha visto que la adoro,
Y que este tierno niño es hijo nuestro,
Sus tiernas manos, que en decillo lloro,
Ató con el cordel que aquí te muestro,
Y al tiempo cuando al inocente coro

(1) *Si, hijo: soy el verdadero.*
(2) *Que es ya coco para mí.*
(3) *Pensad remedio, porque el Conde os ama.*
(4) *En vos está, señor, mi vida y fama.*
(5)
. . . . Y él murió,
Y hele quedado en lugar de padre yo.

(1) *Y ya no soy tu hermana, sino esclava.*
(2) *Le pesa dello, pues lo quiso el cielo.*
(3) *Recógete, Leonora, en tu aposento.*
(4) *Que sabes bien lo que á tu honor deseo.*
(5)
Y agora vengo á hablar como hombre loco
Que su buen pensamiento estima en poco.

Levantando el cuchillo y brazo diestro
Contra un ángel que en tu casa se cría,
Para verter la tuya y sangre mía (1),
Entró.....

ARNALDO.

No digas más.

CARLOS.

Un jardinero,
Que á su malvado intento estorbo puso.

LEONORA.

¡Ay, ángel de mis ojos, daros quiero
Brazos de madre que esta vez no excuso! (2).
¿Que en esto habéis andado, mi cordero?

ARNALDO.

¿Que á tal crueldad la fiera se dispuso?
¡Que esto consienta el cielo, y que esto quiera
Teniendo rayos en su quinta esfera!
Hoy morirá la adúltera Duquesa,
Hoy morirá.

LEONORA.

Yo soy tu madre, hijo.

GRIMALDICO.

Pues ¿cómo, si es mi madre, no me besa?

CARLOS.

¡Cómo sin seso estoy de regocijo!
Grimaldico.....

GRIMALDICO.

Señor.....

CARLOS.

¡Cuánto me pesa
De verte sin venganza!

ARNALDO.

¿Qué te dijo
La cruel Duquesa al tiempo de matarte?

GRIMALDICO.

Que no creyese Carlos heredarte.

ARNALDO.

Pues sí me heredará, por más que intente:
Dame tu ferreruelo y tu sombrero,
Y entraos adentro, porque siento gente,
Que con tus ropas engañarla quiero:
Arrebozado iré secretamente
Por entre los balcones del terrero,
Donde la cogeré de tal manera,
Que confiese el delito y luego muera.

CARLOS.

Tú eres de nosotros dueño y padre,
Haz de nosotros lo que más quisieres.

LEONORA.

Venid, hijo querido.

GRIMALDICO.

Vamos, madre;
Que ya te voy creyendo que lo eres.

Vanse, y queda el Duque solo.

ARNALDO.

Pensando estoy remedio que me cuadre,
Y entre mil diferentes pareceres,
El que me agrada más quiere que muera
La que mi honra deshace y vitupera.
¡Ah, Casandra lasciva, cruel Casandra,
Digna siempre de arder en mayor fuego
Que se suele quemar la salamandra,
Que entre sus llamas vive con sosiego!
Fabia, Scila, Tarpeya y Alejandra,
Ni la que transformó su gente (1) al griego,
No igualan tus maldades ni tus obras,
Que ya pierden su nombre, y tú le cobras.
¡Morirás á mis manos, ¡vive el cielo!
Mas quiérome embozar, que viene gente;
Cuadrilla me parece de soldados
Que viene acompañando acaso el Conde.

Entran Telémaco y Ricardo, soldados.

TELÉMACO.

Por las señas que el Conde nos ha dado,
Él es en el sombrero y ferreruelo (2).

RICARDO.

Carlos es éste, ¿qué dudais? Ya es tiempo
De poderle matar sin que nos sienta.

TELÉMACO.

¿Estás cierto, Ricardo, que éste es Carlos?
Míralo bien.

RICARDO.

Su mismo talle es éste;
Desta misma manera anda y pasea;
Éste es el ferreruelo y el sombrero.

TELÉMACO.

Pues alto: no perdamos los cabellos (3),
Que la ocasión nos pone (4) en las manos.
Desnuda aquesa espada.

RICARDO.

¡Muera!

TELÉMACO.

¡Muera!

ARNALDO.

¡Ah, traidores! ¿Qué es esto? ¡Á vuestro Duque?
¿Al Duque y á su casa? ¡Ah, gente, gente,
Á socorrer al Duque, que le matan!

---

(1) Estos versos están todavía peor en la edición de Lisboa:

Y al tiempo cuando al inocente coro
Levantó el cuchillo, y brazo diestro,
Con un Ángel que al momento crecía
Para beber la sangre tuya y mía.

(2) Aquí es preferible el texto de Lisboa. En la *Parte* 1.ª:

Brazos de madre que otra vez rehuso.

(1) *La sangre*, en la *Parte* 1.ª

(2) *Aquel es el sombrero y herregüelo.* (Edición de Lisboa.)

(3) Así en la edición de Lisboa. En la *Parte* 1.ª:

No le pierdan dos cabellos.

(4) *Que la ocasión tenemos.* (*Parte* 1.ª)

Entran Prudencio y Feliciano.

PRUDENCIO.
¿Al Duque mi señor? ¡Afuera, perros!
FELICIANO.
¡Mueran, mueran!
PRUDENCIO.
Ya huyen los cobardes.
TELÉMACO.
¡Herido soy, señores; yo soy muerto!
¡Misericordia!
ARNALDO.
¡Paso: no le mates!
PRUDENCIO.
¡Que el otro se nos fuese de las manos!
FELICIANO.
Confiese luego cómo ó por qué causa
Daba la muerte al Duque (1).
TELÉMACO.
Si me otorgan
La vida que me queda.....
FELICIANO.
Duque excelso,
¿Qué dices?
ARNALDO.
Que la doy: di presto el caso,
Que ya sospecho lo que ser podría.
¡Gracias al cielo, que ha salido en vano!
TELÉMACO.
El Conde, gran señor, nos ha mandado
Que diésemos á Carlos esta noche
Entre los dos, y con traición, la muerte;
Tuvímoste por él, y con engaño
Á Tu Excelencia acometimos.
ARNALDO.
¡Cómo!
¿El Conde y en mi casa? ¡Extraño caso!
¡Llámenle luego al punto!
PRUDENCIO.
El Conde viene.

Entra el Conde.

LUDOVICO.
¿Qué ha sido aquesto? ¡Afuera! ¿Qué es aquesto?
¿Al Duque mi señor la muerte daban?
¿Adónde están los enemigos? ¡Mueran!
ARNALDO.
Paso: no más; guardad la espada, Conde;
Y si buscáis los enemigos míos,
Volvedla, ingrato Conde, á vuestro pecho.
¡Soldados enviáis que en mi palacio
Maten á Carlos alevosamente,
Mi camarero, un hombre que he criado,
En lugar de mi hijo, desde niño!
¿Qué es esto, Conde?
LUDOVICO.
Digo que merezco
La muerte justamente; pero advierte
Que la Duquesa me mandó matalle,
Temiendo que le hicieses heredero
Y con Leonora agora le casases.
Yo, ciego del amor que la he tenido,
Puse en ejecución el mandamiento,
No creyendo que tanto le estimabas.
ARNALDO.
¿También es la Duquesa autora desto?
¿La Duquesa también os lo ha mandado?
¡Basta! ¡Ya es tiempo que conozca el mundo
Que á la humildad ensalza siempre el cielo
Y á la soberbia pone entre sus plantas!
Llámenme luego á Carlos y á Leonora;
Y tú, Prudencio, á la Duquesa llama.
LUDOVICO.
Á ella, señor, conviene que castigues;
Que yo sé que trataba de matarte
Si hallara lealtad en este pecho (1).
FELICIANO.
Como eso es lo que sospechan della.
ARNALDO.
¿Qué se dice en Palacio?
FELICIANO.
Que miraba
Á Carlos con lascivos ojos.
ARNALDO.
¡Calla,
No pases adelante, ni otro alguno
A decirme otro tal della se atreva;
Que, en fin, es mi mujer, digo, lo ha sido;
Que ya ni soy, ni quiero, su marido! (2).

Entran Carlos, Leonora y la Duquesa.

CASANDRA.
¿Qué manda Vuestra Excelencia,
Que con tal priesa me llama?
ARNALDO.
Duquesa, prestad paciencia,
Que conviene á vuestra fama
Que hagáis de Borgoña ausencia.
Mañana, al amanecer,
Saldréis, que no lo ha de ver
La Corte.
CASANDRA.
Pues ¿á qué efeto
Me enviáis con tal secreto?
¿No soy yo vuestra mujer?
ARNALDO.
No, que no lo sois; y sobra
De decir públicamente
Que, si el pensamiento es obra,
Vuestra muerte solamente
El honor que pierdo cobra.
Yo estoy muy bien informado
De lo que habéis intentado

(1)
Confiésanos luego por qué causa
Tal maldad intentabas contra el Duque.

(1) *Si hubiera hallado en mi lealtad socorro.*
(2) *Que ya ni soy ni quiero ser marido.*

Con vuestro mal pensamiento,
Que ha vuelto aborrecimiento
La fe de mi amor pasado.
Y agradeced que no soy
Verdugo de vuestro cuello,
Como vos quisisteis hoy
Serlo de aquel ángel bello,
A quien mi Estado le doy.
Carlos es su padre, y quiero
Que quede por heredero,
Y sepa todo mi Estado
Que, con Leonora casado,
Es mi hijo verdadero.
Y repudio á la Duquesa,
Y del marital consorcio (1)
Es mi voluntad expresa
Hacer con ella divorcio,
Y yo sé que no le pesa.
Y Prudencio y Feliciano,
A casa del duque Albano,
Su padre, la lleven luego
Con su dote y con un pliego
Que le escribo de mi mano (2).
Yo probaré mi intención
Si pleito ponerme intenta;
Mas yo sé que es ocasión
La que me ofende y afrenta
Para callar con razón.
Y al Conde, por este yerro,
De mi Corte le destierro
Y de mi Estado también.
¡Nadie diga mal ni bien;
Rey soy, y en esto me encierro!

CASANDRA.

Bien sé que es orden del cielo
Aquesta deshonra mía,
Y á tu gran valor y celo
Le agradezco aqueste día
Que quede viva en el suelo.
Y así, por la gran piedad
Que tu generosidad
Hace en dejarme con vida,
Me obliga que al cielo pida
La tuya por larga edad.
Iré á mi padre, y prometo
Que, en llegando á su presencia,
Me encierre con tal secreto,
Que lágrimas y tu ausencia
Causen mi muerte, en efeto.
Y de rodillas agora,
Al buen Carlos y Leonora
Pido perdón, perdón pido;
Que su bondad me ha vencido,
Virtud que á Dios enamora.
Mucho es lo que le has dado,
Pero mucho más merece.

CARLOS.

Señora, siempre me ha honrado;
Esto al Duque le parece,
Que no porque esté enojado;
Pero mi esposa y yo iremos
Y por ti le rogaremos.

CASANDRA.

¡Ay, Carlos, que soy perdida!

CARLOS.

Ven, Leonora, ¡por tu vida!
Y á mi señor hablaremos (1).

LEONORA.

Señor mío, á la Duquesa,
De haberte ofendido tanto,
Con mil lágrimas le pesa.

ARNALDO.

¡Leonora, de ti me espanto!
Carlos, ¿qué vergüenza es ésa?
¡Quitadla luego de ahí,
No esté delante de mí,
Que la haré.....

FELICIANO.

Vamos, señora;
Esto quiere el Duque ahora;
Pues lo quiere, hacedlo así.

CASANDRA.

Adiós, Duque mi señor,
A quien tan mal he ofendido
Sin respetar á tu honor (2).
¡Qué bien dicen que perdido,
Se conoce el bien mejor!

Vanse Feliciano, Prudencio y la Duquesa.

CARLOS.

Ya, señor, que has desterrado
A Casandra de tu Estado
Y no podemos vencerte,
Por quien me daba la muerte
Quiero rogarte humillado.
¡No has de desterrar al Conde!

ARNALDO.

¡Aun eso, por ti lo haré!

CARLOS.

Llega, Conde, y corresponde.

LUDOVICO.

Tus pies, señor, besaré,
Ó, al menos, la tierra adonde.....

ARNALDO.

¡No, no; teneos!

LUDOVICO.

Pues dame,
Carlos, los tuyos.

CARLOS.

Que os ame
Y que os muestre aqueste amor,
Me podéis pedir mejor.

---

(1)

Yo repudio la Duquesa
Ya del marital consorcio.

(2) *Que escribiré de mi mano.*

(1) *Carlos y Leonora se ponen de rodillas.* (Acotación de la edición lisbonense.)

(2)

A quien tan mal he servido
Debiéndole mucho amor.

LEONORA.
Y yo que señor te llame.

LUDOVICO.
Contento estoy del castigo,
Aunque casi no lo es.

ARNALDO.
Venid conmigo los tres,
Que habéis de cenar conmigo;
Y mientras que mi aposento
Con gran fiesta se aperciba,
Para darme más contento,
Digan todos: ¡Carlos viva!
Que me darán gran contento.

CARLOS.
Dame, que quiero besarlos,
Aquesos pies, y adorarlos.

ARNALDO.
¡Carlos, mucho te he querido!
Aquí acaba *El Perseguido;*
Digan todos: ¡Viva Carlos!

FIN.

LA VIUDA VALENCIANA

LA VIUDA VALENCIANA

COMEDIA DE LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA Á LA SEÑORA MARCIA LEONARDA

Después que supe que vuesa merced había enviudado en tan pocos años, que aunque las partes y gracias de su marido la obligaran á sentimiento, la poca edad la excusara, pues es aforismo en los discretos mirar por lo que falta, y no por lo que dejan, *me determiné á dirigirle esta comedia, cuyo título es* La Viuda valenciana: *no maliciosamente; que fuera grave culpa dar á vuesa merced tan indignos ejemplos. Discreta fué Leonarda (así lo es vuesa merced y así se llama) en hallar remedio para su soledad, sin empeñar su honor; que como la gala del nadar es saber guardar la ropa, así también lo parece acudir á la voluntad sin faltar á la opinión. Lo más seguro es no rendirla; pero si pocos años, mucha hermosura, bizarro brío y ejercitado entendimiento, dieren tal vez oído á la lisonja de algún ocioso, no le estará mal al peligro haber leído esta fábula; que esgrimiendo no se llama herida la que recibe otra, ni el músico merece este nombre si arrastrando los dedos por las cuerdas no tañe limpio. Muchos se han de oponer á tan linda cátedra: perdonen los críticos esta voz* linda; *que Fernando de Herrera, honor de la lengua castellana y su Colón primero, no la despreció jamás ni dejó de alabarla, como se ve en sus* Comentos; *pero pues á vuesa merced no se le ha de dar nada dél, ni de sus prólogos, ni de mí, ni de esta comedia, volvamos al consejo; que de los maduros le han de tomar los agraces, ó no llegarán jamás á darle á otros. Opuestos, pues, los altos para secretos gustos, los iguales para bendiciones públicas, será fuerza que vuesa merced confusa consulte sus íntimas privanzas, si no lo fueren más sus privaciones. Aquí es donde entra* La Viuda valenciana, *espejo en que vuesa merced se tocará mejor que en los cristales de Venecia, y se acordará de mí, que se la dedico. No fué todo mentira; que si no pasó á la letra, á lo más sustancial no hice más de darle lo verisímil, á imitación de las mujeres que se afeitan. Estoy escribiendo á vuesa merced y pensando en lo que piensa de sí con ojos verdes, cejas y pestañas negras, y en cantidad cabellos rizos y copiosos, boca que pone en cuidado los que la miran cuando se ríe, manos blancas, gentileza de cuerpo y libertad de conciencia en materia de sujeción, pues la señora muerte, en figura de redentor de la Merced, la sacó de Constantinopla y de los baños de un hombre que comenzaba á barbar por los ojos y acababa en los dedos de los pies. Oí decir que su madre del tal difunto era de Osuna, ó que al hacerse preñada pensó en un cofre: la imaginación hace caso; no nos metamos con los filósofos, que creen más á las acciones del espíritu que á la naturaleza de la común herencia; él tenía estas gracias, y por añadidura el más grosero entendimiento que ha tenido celoso después que se usa estorbar mucho y regalar poco. Suelen decir por encarecimiento de desdicha-*

dos: «Fulano tiene mala sombra.» No la tuvo mujer tan mala desde que hay sol; y siéndolo vuesa merced de hermosura, se espantaban muchos de verla con tan mala sombra. ¡Bien haya la muerte! No sé quién está mal con ella, pues lo que no pudiera remediar física humana, acabó ella en cinco días con una purga sin tiempo, dos sangrías anticipadas y tener el médico más afición á su libertad de vuesa merced que á la vida de su marido. Puedo asegurarle que se vengó de todos con sola la duda en que nos tenía si se había de morir ó quedarse: tanto era el deseo de que se fuese; no porque él faltase, pues siempre faltó, sino porque habiendo imaginado que nos dejaba, fuera desesperación el volver á verle. Bien creerá vuesa merced cuán lejos estaré yo de su oposición; y así, debe creerme el deseo de su bien, libre de interés humano; porque, ¿quién no admira tantas gracias, tanta hermosura y celestial ingenio? Si vuesa merced hace versos, se rinden Laura, terracina; Ana Bins, alemana; Safo, griega; Valeria, latina, y Argentaria, española; si toma en las manos un instrumento, á su divina voz é incomparable destreza, el padre desta música, Vicente Espinel, se suspendiera atónito; si escribe un papel, la lengua castellana compite con la mejor, la pureza del hablar cortesano cobra arrogancia, el donaire iguala á la gravedad, y lo grave á la dulzura; si danza, parece que con el aire se lleva tras sí los ojos, con la disposición las almas, y que con los chapines pisa los deseos. Mas ¿cómo soy yo tan atrevido, que donde todo es milagro ponga lunares con mi rudeza, y, como mal pintor, desacredite el original con la imperfección de mi retrato? Vuesa merced repare en mis deseos, de quien sacará mejor lo que no acierto á decir, que lo puede preguntar al espejo: perdonará á mi pluma, y en el del alma retratará más vivo su entendimiento.—Dios guarde á vuesa merced.

Su capellán y aficionado servidor,

LOPE DE VEGA CARPIO.

LA VIUDA VALENCIANA

PERSONAS

LUCENCIO, *viejo*.
LEONARDA, *viuda moza*.
URBÁN, *escudero suyo, mozo*.
JULIA, *criada*.
CAMILO, *galán*.
FLORO, *criado suyo*.
CELIA, *dama*.
OTÓN, *galán*.
VALERIO, *galán*.
LISANDRO, *galán*.
ROSANO, *cortesano*.
UN ESCRIBANO.
CRIADOS.
ALGUACILES.

ACTO PRIMERO.

Leonarda, con un libro.

LEONARDA.
¡Celia! ¡Julia! ¿No me oís?

JULIA.

Saliendo.

Señora.....

LEONARDA.
Loca, ¿en qué andas?

JULIA.
Ya vengo á ver lo que mandas.

LEONARDA.
Guárdame ese *Fray Lüis*.

JULIA.
Viéndote en esos traspasos,
No será mucha lisonja
Apostar que de ser monja
No has estado dos mil pasos;
Aunque, como me nombrabas
Á fray Luis cuando salí,
En verdad que colegí
Que todo un fraile me dabas.

LEONARDA.
No son para tu rudeza,
Necia, razones tan altas.

JULIA.
¡Qué mal encubrí las faltas
Que me dió naturaleza!
Que al no tener hermosura
No añado la discreción.

LEONARDA.
Basta una buena razón
Y una honrada compostura,
Julia, en cualquiera mujer;
Que si de aguda se precia,
Está muy cerca de necia
Y aun de venirse á perder.
Yo, después que me faltó
Mi Camilo, que Dios tiene,
Que á hacer el oficio viene
Del alma que me llevó,
Como he dado en no casarme,
Leo por entretenerme,
No por bachillera hacerme
Y de aguda graduarme;
Que á quien su buena opinión
Encierra en silencio tal,
No halla en los libros mal
Gustosa conversación.
Es cualquier libro discreto
(Que si cansa, de hablar deja),
Es amigo que aconseja
Y reprehende en secreto.
Al fin, después que los leo
Y trato de devoción,
De alguna imaginación
Voy castigando el deseo.

JULIA.

Y ¿en qué materia leías?

LEONARDA.

De oración.

JULIA.

¿Quién no se goza
De ver que, tan bella moza,
Tan santas costumbres crías?
¿Ver hablar en la ciudad
De tu mucho encerramiento,
Cordura y entendimiento,
Fama, honor y honestidad?
Dicen que el siglo dorado
Nuevo estado ahora toma;
Que has hecho á Valencia Roma,
Y présente lo pasado;
Que en ti se encierra y anida
Todo el bien que tiene el suelo,
Y que eres ángel del cielo
En hermosura y en vida.
Los mozos están de forma,
Que nadie á verte se atreve,
Porque no hay quien no se eleve
Si de tu vida se informa.

LEONARDA.

De todo, Julia querida,
Se sirva Dios; que esa fama
Es de estopa fácil llama,
Antes muerta que encendida.
No procuro ser nombrada,
Ni comer, como Artemisa,
Las cenizas que ya pisa
La muerte con planta helada;
Ni ser la que el nombre toma
De que de antojo murió,
Porque á ver no se asomó
El monstruo que entró por Roma;
Ni la que con el carbón
Pintó la sombra al marido,
Que tuvo, siendo partido,
En igual veneración.
Quiero ser una mujer,
Que como es razón acuda
Al título de vïuda,
Pues á nadie he menester.

JULIA.

Que en fin ¿no te casarás?

LEONARDA.

¡Jesús! Julia, no lo nombres.
Asco me ponen los hombres;
No me los nombres jamás.
Tráeme la imagen acá
Que compré de aquel pintor.

JULIA.

¿Pedirle quieres favor?
Tentaciones te dan ya.

LEONARDA.

Calla, necia; que la quiero
Solamente para vella.

JULIA.

Y ¿cómo diste por ella
Tanta suma de dinero?

LEONARDA.

Por el pincel que le dan;
Que el dueño me satisfizo
Que allá en la corte la hizo
Un famoso catalán.

JULIA.

Voy.

Vase.

LEONARDA.

No hay ya de qué tratar
Que servir á Dios no sea:
Bien así la vida emplea
Quien ve lo que ha de durar.
Terror es que perseguida
En esta edad guarde á un muerto
Fe tan cierta, amor tan cierto,
Verdad viva y casta vida.
Pero en la dificultad
Escriben que está la gloria,
Y eso se llama victoria,
Resistir la voluntad.
Dejadme aquí, pensamientos;
No hay más, no me he de casar.

Julia, con un cuadro.

JULIA.

Aun no le acertaba á hallar.

LEONARDA.

Resistid, castos intentos. (Aparte.)

JULIA.

Vesle aquí.

Dale el cuadro, que es un espejo.

LEONARDA.

Cure mi olvido (Aparte.)
Las vanidades que dejo.—
¿Qué es esto, necia? ¡El espejo
Por la imagen me has traído!
Toma.

JULIA.

Acábate de ver:
Verás lo que has de llorar,
No lo pudiendo cobrar,
Si aquí lo dejas perder.

LEONARDA.

Toma allá.

Lucencio.

LUCENCIO.

No se le des,
Pues quiso Dios que viniese
Á tiempo que verte viese,
Tú, que á ti ni á nadie ves.
¿Qué milagro, di, sobrina,
Es éste de hallarte así?

LEONARDA.

A Julia.

Si hoy no me vengo de ti.....

JULIA.

Pues ¿vile yo entrar?

LEONARDA.

Camina.

LUCENCIO.

Bien tendrán canas de un viejo
Con tu edad autoridad.

LEONARDA.

Juzgarás á liviandad
Hallarme con el espejo;
Que suele ser conocida
La mucha de una mujer
En irse y venirse á ver,
Después de una vez vestida.
Y yo, conforme á mi estado,
Hago en eso más delito.

LUCENCIO.

Á enojo siempre me incito
Con tu melindre extremado.
¿Es mucho que una mujer
Que ha de estar un día compuesta,
Vaya á ver si está bien puesta
La toca ó el alfiler?
¿Quién se lo dirá mejor,
Si está bien ó si está mal,
Que ese palmo de cristal?

LEONARDA

¡Cómo disculpas mi error!

LUCENCIO.

Eso fuera, á ser de aquellas
Que junto á las celosías
Hacen colgar muchos días
Su espejo, ó en medio dellas,
Y así como están hablando
Por defuera á su galán,
El habla y meneos van
En el espejo mirando;
Y el necio á quien satisface,
Por sí lo entiende y se admira;
Y es el espejo á quien mira,
Á quien la fiesta se hace.
No eres tú la que le lleva
Á la iglesia y al sermón,
Y fingiendo devoción,
Se mira cuando se eleva.
Ni al beber haces agravio,
Con pico de aguamanil,
Porque la color sutil
No se despegue del labio.
No te quiero decir cosas,
Que á un viejo parecen mal,
Desta regla universal
De feas y melindrosas.
Mírate, y guárdete Dios;
Y pues que he venido á verte
Cuando tú te has visto, advierte.....
Y estemos solos los dos.

LEONARDA.

Tío, si es de casamiento,
Ni se miente ni se hable.

LUCENCIO.

¡Que has de ser tan intratable,
Con tan buen entendimiento!
¿Escucharme no merezco?
¿Dónde un viejo honrado hablara,
Que, siéndolo, no escuchara
Cualquier hombre?

LEONARDA.

Hoy me enflaquezco. (Ap.)
Si yo sé lo que me quieres,
¿Por qué he de dejar cansarte?

LUCENCIO.

¿Que has de ser en esta parte
Igual á tantas mujeres?
¿Qué pertinacia es la tuya?
¿Piensas que estas cosas son
Para tu buena opinión?
Son para que se destruya.
¿Cómo piensas conservarte,
Ya que tan resuelta vienes,
En el estado que tienes,
Tantos años sin casarte?
Es verdad que te han quedado
Tres mil ducados de renta;
Pero yo no pongo en cuenta
Lo que es vivir descansado
(Que si esto te faltara,
Gracias á Dios que me sobra),
Sino el verte empezar obra,
De acabarse bien tan cara.
¿A dónde te esconderás
De la envidia y vulgo vil,
Aunque en un año y en mil
No salgas de donde estás?
Que con sol abras tu puerta,
Y cierres á la oración;
Que los que más linces son,
No vean ventana abierta;
Que un átomo, que el sol mismo
No entre en casa tan rara,
Por sí obscura, y por ti clara,
Cielo en parte, en parte abismo;
Que tengas dragones y argos
Más que vellocino y fruta,
¿Qué importa? La envidia astuta
Tiene lengua y ojos largos.
Dirán que con el esclavo
Que dentro de casa tienes,
Á ser Angélica vienes,
Soberbia é infame al cabo;
Y ofendido tu decoro,
Mil que seguido te han,
Á Júpiter cisne harán,
Ó por dicha lluvia de oro.
¿Cuánto es mejor que te cases,
Y estas malicias excuses?

LEONARDA.

Ya no habrá de qué me acuses,

Si no es que adelante pases.
No dirás que no te oí.
Dime, Lucencio, ¿es mejor
Á peligro de un error
Poner mi vida por ti?
¿Á este daño me acomodas
Si todos los que han escrito
Han reprendido infinito
Siempre las segundas bodas?
La viudez casta y segura,
¿No es de todos alabada?
Si es de la envidia infamada,
Este engaño poco dura;
Que al fin vence la verdad
Y vuela la buena fama,
Que es fénix que de su llama
Nace para nueva edad.
¡No, sino venga un mancebo
Déstos de ahora, de alcorza,
Con el sombrerito á orza,
Pluma corta, cordón nuevo,
Cuello abierto muy parejo,
Puños á lo veneciano,
Lo de fuera limpio y sano,
Lo de dentro sucio y viejo;
Botas justas, sin podellas
Descalzar en todo un mes,
Las calzas hasta los pies,
El bigote á las estrellas;
Jaboncillos y copete,
Cadena falsa que asombre,
Guantes de ámbar, y grande hombre
De un soneto y un billete;
Y con sus manos lavadas
Los tres mil de renta pesque,
Con que un poco se refresque
Entre sábanas delgadas;
Y pasados ocho días,
Se vaya á ver forasteras,
Ó en amistades primeras
Vuelva á deshacer las mías!
Vendrá tarde; yo estaré
Celosa; dará mi hacienda;
Comenzará la contienda
Desto de si fué ó no fué.
Yo esconderé y él dará;
Buscará deudas por mí;
Entrará justicia aquí,
Voces y aun coces habrá;
No habrá noche, no habrá día,
Que la casa no alborote.....
—Daca la carta de dote.
—Soltad la hacienda, que es mía.
—Entrad en esta escritura.
—No quiero.—¡Ah, sí! ¿No queréis?
Yo os haré, infame, que entréis,
Si el brío de ahora os dura.—
Y que mientras más me postro,
Me haga muy más apriesa
De dos títulos condesa,
Cocentaina y Puñoenrostro.
Yo he dicho.

LUCENCIO.

Acabado has
Como oración en latín.

LEONARDA.

Latín pudo ser el fin;
Mas romance lo demás.
Esto propuse aquel día,
Y á ser varonil mujer,
Brasas había de comer,
Y abrasar alma tan fría.

LUCENCIO.

Sobrina, aquí se acabó.
Desde aquí doy á los vientos
Todos cuantos casamientos
Me han hablado y busco yo:
Que tres á escoger traía,
Y ya sólo he de pedir
Que no demos qué decir
De tu edad ni de la mía.
Mira por ti, pues te quedas
En tan moza libertad;
Que es mucho que en tal edad
Tan segura vivir puedas.
Cuando mires al espejo
Tu hermosura y pocos años,
Tú verás cuántos engaños
Te dan los dos por consejo.
Y Dios te lleve adelante
Ese cilicio y ayuno.

LEONARDA.

¡Qué viejo tan importuno! (Aparte.)

LUCENCIO.

¡Qué mujer tan arrogante! (Aparte.)

Vanse.

Lisandro.

LISANDRO.

Rompe una peña el agua cuando estriba
Por largo curso en ella su corriente,
Y á la segur del labrador valiente
Se humilla el pino y la arrugada oliva.
De su fruto el caudal la palma altiva
Rinde, aunque tarde, á la africana gente;
Viene el novillo al yugo, y la serpiente
Á la voz del encanto se derriba.
Fabrica un escultor una figura
De un mármol duro, de una piedra helada,
Y viene á tener ser lo que no era;
Y por más que mi amor vencer procura
Una mujer hermosa y delicada,
Con ser mujer, está rebelde y fiera.

Valerio, sin ver á Lisandro.

VALERIO.

Baja del monte el agua despeñándose
Y va de piedra en piedra entremetiéndose;
Y con venir como el cristal riéndose,

Va por la tierra con el tiempo entrándose.
Mi mal, con beneficios aumentándose,
Hace que vaya el alma consumiéndose,
Y del bien la esperanza entreteniéndose,
Sin verle florecer está acabándose.
Amor me ve morir, y satisfácese
Donde con tiempo y obras desmerécese;
Que es ola que en la mar se rompe y hácese.
El bien y el mal para mi mal ofrécese;
Pero en un punto el bien muérese y nácese,
Y luego la esperanza desparécese.

Otón, sin ver á Valerio y Lisandro.

OTÓN.

Halla con lengua, lágrimas y ruego,
Entre bárbaros, paso el peregrino;
Guía por las montañas de Apenino,
Agua en la Libia, y en la Scitia fuego.
El abarimo, en sus crueldades ciego,
Por sus tierras le da franco camino,
Halla en Arabia pan, en Persia vino,
Y en los alarbes de África sosiego.
Corren el llanto y la alegría parejas,
Y el cautivo en el moro de Marruecos
Halla piedad entre cadena y rejas.
Y un áspid hecho de peñascos secos,
De mis cansadas lágrimas y quejas
Aun no se precia de escuchar los ecos.

VALERIO.

¡Lisandro!

LISANDRO.

¡Valerio!

VALERIO.

¡Otón!

OTÓN.

¡Oh hidalgos!

VALERIO.

Creo que junta
Amor la conversación.

LISANDRO.

Eso de amor se pregunta
Á los que amantes no son.
Ea, acabaos de cubrir;
Que bien se puede decir
Aquesto de amor, cubiertos;
Que no es Evangelio.

OTÓN.

Adviertos
Que así se había de oir;
Que son tales sus antojos,
Que había, cuando se empieza
Á tratar de sus enojos,
De estar libre la cabeza
Y descubiertos los ojos.
No porque á verdad aspira,
Que antes de ella se retira;
Mas porque son menester
Muchos ojos para ver
Tan agradable mentira.

LISANDRO.

Bien á Otón se le parece
Que por la hermosa viuda
Se deshace y desvanece.

OTÓN.

Y de vos, ¿pondremos duda
Que os abrasa y enflaquece?
¿Por qué rompéis á los cielos
Cuantas túnicas y velos
Los astrólogos les ponen,
Porque con ella os abonen?

VALERIO.

Declárense si son celos.
Entraré yo de por medio
Á quitar la pesadumbre,
Y dar algún corte y medio.

LISANDRO.

Mas á entraros por su lumbre
Por el último remedio,
Que dé la que vive aquí.
Mas ¡ay! que en Otón y en mí
Es el alma enamorada
De mariposa turbada,
Que habrá de morir allí.

VALERIO.

¿Yo por Leonarda?

LISANDRO.

Vos, pues.
¿Pensáis que está muy secreto
Lo que tan notorio es?

OTÓN.

Finalmente, ¿que á un sujeto
Queremos bien todos tres?

VALERIO.

Ahora bien, porque lo es tal,
Confesar no me está mal,
Y porque este casamiento
Me ha dado algún pensamiento.

LISANDRO.

¡Gran mujer!

OTÓN.

No tiene igual.

LISANDRO.

Lo que Valerio pretendo.

OTÓN.

Yo lo mismo solicito.

VALERIO.

Si emprendéis lo que yo emprendo,
¿No os ofendo si os lo quito,
Ó en quitármelo me ofendo?
¿Puédese esto componer?

LISANDRO.

Muy bien se puede hacer.
Ande el pleito y la amistad.

OTÓN.

Competencia y voluntad
No suelen juntas comer.
Pero habrá de ser así,
Que á todos está mejor;
Si no es que haya alguno aquí
Que tenga della favor.

VALERIO.

No diré yo que yo fuí,

Aunque el que he tenido puedo
Contar á los dos sin miedo,
Como palabra me deis
Que los vuestros contaréis.

LISANDRO.

Por mi parte lo concedo.

OTÓN.

Y yo por mi parte.

VALERIO.

Oid,
Y el galardón de mi amor
Deste favor presumid.

OTÓN.

Di, Valerio, tu favor.

VALERIO.

Ya comienzo.

LISANDRO.

Di.

VALERIO.

Advertid:
Á esta gallarda vïuda
Que tiene el alma de tigre,
En un coche vi una tarde
Como tres mil serafines.
Iba subiendo del sol,
Porque el sol iba á encubrirse,
Aunque la cortina á veces
Era á mis ojos eclipse.
Hícele una reverencia,
Y ella con algún melindre
Sacó del estribo afuera
Todos los pechos de un cisne.
Yo, creyendo que podía
En este favor asirme,
Con mi guitarra en su calle
Me tocó San Juan maitines.
Había hecho una glosa;
Por mi mal la glosa hice.
Empecé á cantar más tierno
Que un tiempo Píramo á Tisbe:
«Socorre con agua al fuego»,
Fué lo primero que dije,
Y lo postrero también;
Del socorro Dios os libre.
Si era agua limpia ó mezclada,
Dioscórides lo averigüe;
Basta que toda la noche
Gasté en limpiarme y reirme.

LISANDRO.

Va el mío; pero es mejor;
Que en efecto fué favor,
Y el de Valerio pesar.

OTÓN.

Empieza, pues, á contar.

LISANDRO.

Comienzo en nombre de amor:
Por esta dichosa calle,
Desdichada en tanto extremo,
Donde mil penantes viven,
Velando prendas de un muerto,
Llevaban unos ladrones,
Una noche obscura, huyendo
De la vecina justicia,
De vino un famoso cuero.
Al pasar los desdichados,
Las puertas de mármol vieron
Desta vïuda más dura,
Y pusiéronle en lo hueco.
Los alguaciles y mozos,
Embebecidos corriendo,
No vieron dónde quedaba
El arrimado mancebo;
Yo, que estaba en una esquina
Mirándolo desde lejos,
Apresuré luego el paso,
Llevándome el aire en peso.
Llegando á la amada puerta,
Vi un bulto á mis ojos negro,
Con su capa y con su espada,
Mirando y hablando adentro.
Lleguéme á él, y metíme
Hasta la barba el sombrero,
Y díjele: «¡Ah, gentilhombre!»,
Terciando el corto herreruelo.
Como no me respondía,
Saco la daga de presto,
Y por el pecho á mi gusto
Hasta la cruz se la meto.
Dióme la sangre en el mío,
Y vuelto á mi casa huyendo,
Miro á una luz la ropilla,
Y olía como un incienso.
Tomo una linterna y parto,
Y cuando á mirarle vuelvo,
Hallo derramado el vino,
Y el cuero midiendo el suelo.

OTÓN.

Si esos son vuestros favores,
Reniego de los amores.

VALERIO.

Diga Otón el suyo, á ver.

OTÓN.

¡Ah, Tulio! Aquí he menester
Tus retóricos colores.
Cantaban la vez primera
Con su voz ronca los gallos,
Respondiéndose muy lejos
Los del lugar y del campo,
Cuando de nuestra vïuda,
Como un reloj concertado,
La ventana con los ojos
Y la calle mido á pasos.
Estaba el cielo más negro
Que un portugués embozado,
Y á esta causa erré la reja,
Dos ventanas más abajo.
Vivía un buen zapatero
Donde yo con gran cuidado
Puse los ojos, por ver
La casa en que viven tantos;
Y vi en un balcón un bulto,
La mitad del cuerpo blanco;

Y creyendo ser la viuda,
Así la requiebro y hablo:
«Ángel, cuya alba es la toca
Y cuya estola el rosario,
Oid un secreto solo
Deste enamorado esclavo.»
No lo hube dicho, señores,
Cuando el zapatero honrado,
Que estaba en camisa al fresco,
Dijo, un ladrillo tomando:
«¡Á mi mujer requebritos!
¡Por estas barbas, bellaco,
Que yo os conozca de día!»
Y si al tirar no me bajo,
Con los polvos del ladrillo
Me deja allí rociados,
Como escudilla de arroz,
Los sesos entre los cascos.

VALERIO.

Los favores son iguales;
Mas al fin, tratando veras
Y dejando burlas tales,
¿No veis que estas tres quimeras
Han de engendrar cien mil males?

OTÓN.

Un consejo os quiero dar.

LISANDRO.

¿Cómo?

OTÓN.

Que el pleito tratemos
Dejándonos de tratar.

VALERIO.

¿Queréis que no nos hablemos?

OTÓN.

Yo á ninguno pienso hablar,
Encuéntrele adondequiera.

LISANDRO.

Yo me voy desa manera.

OTÓN.

¡Ay, Leonarda, hermosa y muda!

LISANDRO.

¡Ay, bellísima vïuda!

VALERIO.

¡Ay, hermosísima fiera!

Vanse.

Leonarda y Julia.

JULIA.

Castigado han tu locura
Los cielos.

LEONARDA.

Y de tal suerte,
Que no me han dado la muerte
Para mayor desventura.
Y pues que así me declaro,
Créeme que algún hechizo
Este viejo astuto hizo
Contra mi helado reparo;
Que llevarme aquesta tarde
Á buscar mi vituperio
No carece de misterio.

JULIA.

Dios de pensallo me guarde.
Tan ignorante está él
De lo que te ha sucedido,
Como ese mismo que ha sido
Basilisco tan cruel.
¡Malditos sus ojos sean,
Que á la primer vista pueden
Hacer que otros ciegos queden!

LEONARDA.

Déjalos, Julia, que vean;
Que es bien que tan buenos ojos
No pierdan porque me vieron.

JULIA.

¡Por mi abuela, que te dieron
Muy aprisa los antojos!
¡Rabia en él!

LEONARDA.

No digas eso.
Dios le guarde. ¿Qué te va?

JULIA.

¡Ay, señora! ¿Adónde está
Tu autoridad y tu seso?
¿Qué es de aquella gravedad
Con que hoy al turbado viejo
Subiste al cielo el espejo
De tu fama y castidad,
Y del melindre que hiciste
De verte en el de cristal?

LEONARDA.

No me predicas muy mal.

JULIA.

Calla ahora, no estés triste.
¿Ello ha de ser tempestad,
Ó cosa para de asiento?

LEONARDA.

Estoy sin entendimiento
Del mal de la voluntad.

JULIA.

Ahí falta una potencia;
Sangrarse della, y adiós.

LEONARDA.

¡Amor, esto podéis vos!

JULIA.

¿Qué hombre te agrada en Valencia?
Qué, ¿ya no eres tú la helada,
La santa, la recogida?

LEONARDA.

No me hables en tu vida,
Necia, no me digas nada;
Que todo será accesorio
Si me tengo de perder.

JULIA.

No sé qué tengo de hacer
De los libros y oratorio.
Pues ¿qué dirá fray Lüis?
¿Y aquellas cosas tan altas?

LEONARDA.

¡Oh mujeres, cuántas faltas

Hasta la prueba encubrís!
¡Quien vió mi celo y mi pecho
¡Oh mancebo! antes de verte.....!
Pero el rigor de la muerte
No es conmigo de provecho.
No me tengo de casar,
Si el mundo está de por medio.

JULIA.

Yo, señora, sé un remedio.

LEONARDA.

¿No te he mandado callar?
Si no te hubiera criado,
La cara te deshiciera.
¡Vesme ardiendo, y como fiera
Te burlas de mi cuidado!
Pues remedio he de tener
Sin perder mi punto y fama,
Y he de aplacar esta llama
Cruel.

JULIA.

Todo puede ser.

Urbán.

URBÁN.

¡Oh! ¡Gracias á Dios que os hallo!
¿Hasta cuándo era el rezar?
¿Queríadesos quedar
Hasta la misa del Gallo?
En días de jubileo
No te querría servir.

LEONARDA.

¿Tan presto nos hemos de ir
Una tarde que el sol veo?

URBÁN.

No sueles tú decir eso,
Que aun te ofende su arrebol.

LEONARDA.

Ya quiero sol.

URBÁN.

Anda al sol.

JULIA.

Déjala, que está sin seso. (Ap. á Urbán.)

URBÁN.

¿De qué? ¡Válame San Blas!

LEONARDA.

Mira si está el coche á punto.

URBÁN.

Ya, señora, lo pregunto.

LEONARDA.

Vuelve, necio. ¿Adónde vas?

URBÁN.

Por el coche del sol iba,
Para que al sol nos andemos.

Camilo y Floro.

CAMILO.

¡Gentil recado tenemos!
Dile tú que no me escriba.

FLORO.

No le rasgues, por el tiempo
Que la amaste.

CAMILO.

Ya está hecho.

FLORO.

¿Que aun eso no es de provecho?

CAMILO.

Es cosa de pasatiempo.

LEONARDA.

Urbán, ¿ves este mancebo?

URBÁN.

Muy bien.

LEONARDA.

Pues llega el oído.

Háblale aparte.

URBÁN.

¿Casa y nombre? Ya.

FLORO.

Á Camilo.

No ha sido
Ese tu desdén muy nuevo.
Siempre con esa mujer
Esta aspereza tuviste.

LEONARDA.

Vamos, Julia.

JULIA.

Ven.

LEONARDA.

¡Ay, triste! (Aparte.)
¿Si te he de volver á ver?

Vanse Leonarda y Julia.

URBÁN.

Retirado de Camilo y Floro.

¡Por mi fe, bueno he quedado (Aparte.)
Á saber su casa y nombre
Deste galán gentil hombre!

CAMILO.

No quiero amor ni cuidado.
Estése Celia en su casa,
Dé favor á quien quisiere,
Hable, si su gusto fuere,
Al que llega ó al que pasa;
Busque un nuevo moscatel
Á quien con celos engañe;
Que ya á mí no hay qué me dañe,
Sino es la lástima dél.

URBÁN.

Siempre fué bueno traer (Aparte.)
Tintero y escribanía.

Saca tintero y papel y se llega á Camilo.

¡Ah, caballero! Querría.....

CAMILO.

Hablad, ¿qué queréis?

URBÁN.

Saber
Si acaso os habéis escrito
En el santo jubileo
Por cofrade.

CAMILO.

Antes deseo
Serlo, buen hombre, infinito.
¿Qué se paga?

URBÁN.

Sólo un real.

CAMILO.

Veis aquí dos por los dos.
Tomad.

URBÁN.

Recíbalo Dios.
El nombre y casa nombrad.

CAMILO.

Camilo, y vivo á San Juan.

URBÁN.

¿Sois noble?

CAMILO.

Bastantemente.

URBÁN.

Dígolo porque se asiente
Su buena gracia, galán.

FLORO.

Yo Floro.

URBÁN.

Basta: yo vuelvo
Á la iglesia.

CAMILO.

Andad con Dios.
Cofrades somos los dos.

Vase Urbán.

FLORO.

¿Rezarás?

CAMILÓ.

Hoy me resuelvo.....
¡Vive Dios, que dí un doblón
Al hombre por dos reales!

FLORO.

¿Ahora con eso sales?
Ya no tiene redención.

CAMILO.

Entra, que aun habrá reparo.

FLORO.

Por eso te dijo allí
Que eres noble.

CAMILO.

¡Oh, pesia mí,
Que soy cofrade muy caro!

Vanse.

Leonarda, Julia y Urbán.

LEONARDA.

¡Gentil industria tuviste,
Urbán!

URBÁN.

Soy flor de los hombres.

LEONARDA.

¡Qué bien sus casas y nombres
En el papel escribiste!
¿Que al fin Camilo se llama?
¿Eso más tiene del muerto?

URBÁN.

Sin duda el ser noble es cierto,
Aunque ignoramos su fama.
¿Qué argumento como ver
Que en tan fácil ocasión,
Por un real me dió un doblón?

JULIA.

Liberal debe de ser.
Cierto que fué gran nobleza.

LEONARDA.

Di, Julia, ¿qué no tendrá
Á quien tales gracias da
La franca naturaleza?

URBÁN.

Eso de gracia, no vi
Jamás, por vida de Urbán,
Hombre más bello y galán
Desde el día en que nací.
¡Qué rostro, qué compostura!
¡Qué barba tan aseada!
¡Qué mano tan regalada!
Parecióme nieve pura.
¡Qué cuerpo, que pierna y pie!
¡Qué fabla, qué discreción!
¡Qué lindo dar de doblón!
Y ¡qué afición le cobré
Cuando le vi relucir!

LEONARDA.

Ahora bien, ya no es posible
Sufrir el fuego insufrible
De que me siento morir.
Amigos, grande flaqueza
Os parecerá la mía;
Pero mi pecho confía
De vuestro amor y nobleza.
Desde mis padres habéis
Servido siempre esta casa:
Yo sé al extremo que pasa
El amor que me tenéis.
Supuesto que no pretendo
Casarme ni sujetarme,
Hoy habéis de remediarme,
Hoy mi vida os encomiendo.
En vuestra lengua y secreto
Está mi opinión y fama.

URBÁN.

Ó tu temor nos disfama,
O es de tu amor este efeto.
¡Vive Dios, que si en un potro,
Ó con oro me engañasen,
Palabra no me sacasen
Por eso ni por esotro!
Fía de Julia y de mí,

Y di lo que hemos de hacer.

LEONARDA.

Tú mi remedio has de ser.
Escúchame atento.

URBÁN.

Di.

LEONARDA.

Ya ves cómo anda alterada
Con sus máscaras Valencia.

URBÁN.

Bien.

LEONARDA.

Pues con esta licencia,
Ponte una ropa extremada
Y una máscara, y camina
Á hablar aquese galán,
Y dile en disfraz, Urbán,
Que una dama se le inclina,
Y que la hable tiernamente,
Y que la podrá gozar
Como hoy te quiera esperar
Del Real dentro en la puente.
Y si te dice que sí,
Esta noche irás por él.

URBÁN.

Luego ¿bien ha de ver él
Adónde vives y á mí?

LEONARDA.

No, que con máscara irás,
Y para que nada note,
Le pondrás un capirote,
Con que á casa le traerás.
Entrará á obscuras, y cuando
Se haya de ir, vuelto á poner,
¿Á quién podrá conocer?

URBÁN.

¡Brava industria vas trazando!
¡Qué bueno vendrá el halcón!
Pero yo, ¿en qué me detengo?
Parto.

LEONARDA.

No tardes.

URBÁN.

Ya vengo.

Vase.

JULIA.

¿Quién te dijo esta invención?

LEONARDA.

Amor, que tiene á los pies
Á cuantos han estudiado.

JULIA.

Paréceme que han llamado.

LEONARDA.

Anda, vé, mira quién es.

Vase Julia.

LEONARDA.

Qué habrá que una mujer determinada
No intente por su gusto? ¿Qué tormento
La mudará del firme pensamiento,
Qué fuego, qué cordel, qué aguda espada?
¿Qué gigante con furia más airada
Intentará subir al firmamento,
Ó qué Alcides con más atrevimiento
Al centro bajará con alma osada?
Efectos son de un niño poderoso
Haber mi hielo con su amor vencido,
Y aquella fe de mi primero esposo.
Yo he sido como río detenido,
Que va, suelta la presa, más furioso;
Y es lo más cierto que mujer he sido.

Julia.

JULIA.

No sé qué gente está aquí,
Que libros y estampas vende.

LEONARDA.

Si es máscara, ¿qué pretende?

JULIA.

Yo sin máscara la vi.

LEONARDA.

Pues para que no parezca
Que mi devoción se muere,
Entre y veamos qué quiere,
Ó si hay qué comprar se ofrezca.

Va Julia á avisar y vuelve inmediatamente con Otón, que trae libros en una cesta.

OTÓN.

Dios guarde á vuesa merced
Y le dé un gentil marido.

LEONARDA.

En que no lo haya querido
Me ha hecho mucha merced.

OTÓN.

¿Por qué, teniendo ese talle?

LEONARDA.

Mostrad: ¿qué libros vendéis?

OTÓN.

Uno traigo, que podéis
Por poco precio compralle.
Mas es una historia mía,
Y sois vos muy recatada.

LEONARDA.

¡Qué cifra tan extremada!
Julia, ¿no te lo decía? (Aparte á ella.)
¿Quién es éste? (Á Otón.)

OTÓN.

Es *El pastor*
De Fílida.

LEONARDA.

Ya lo sé.

OTÓN.

Y Gálvez Montalvo fué,
Con grave ingenio, su autor.
Con hábito de San Juan
Murió en la mar, y yo muero

En mar más profundo y fiero.

LEONARDA.

¿Sois librero ó sois galán?

OTÓN.

No se lo sabré decir.
Aquéste es la *Galatea*,
Que si buen libro desea,
No tiene más que pedir.
Fué su autor Miguel Cervantes,
Que allá en la Naval perdió
Una mano, y pierdo yo.....

LEONARDA.

Calla, Julia, no te espantes. (Aparte á ella.)
¿Qué perdéis?

OTÓN.

El alma y vida,
Y por otra Galatea
Más cruel que fué Medea,
Y menos agradecida.

LEONARDA.

¿Quién es éste?

OTÓN.

Es *Espinel.*

LEONARDA.

¿Qué trata?

OTÓN.

Solas canciones;
Mas tiene lindas razones
Y hay graves versos en él.
Quiso bien hasta morir;
Mas no del mal que yo muero.

LEONARDA.

¿Sois galán ó sois librero?

OTÓN.

No se lo sabré decir.
El *Cancionero* está aquí;
Mas lleno de disparates.

LEONARDA.

De mal impreso no trates.

OTÓN.

Mejor impreso está en mí.....

LEONARDA.

¿El qué?

OTÓN.

Un eterno servir,
Un amar, un padecer.

LEONARDA.

¿Es requebrar ó vender?

OTÓN.

No se lo sabré decir.

JULIA.

El estampero se ha entrado.

Valerio en hábito de mercader, con estampas.

VALERIO.

¡Á la rica estampa fina!

LEONARDA.

Mal mi sospecha adivina, (Aparte.)
O este trato es concertado;
Que el uno y otro galán,
Que este engaño concertaron,
Las máscaras se quitaron
En allegando al zaguán.
Julia, ¿es esto conveniente
Á mi encerramiento?

JULIA.

Creo (Aparte á su ama.)
Que te engañan.

LEONARDA.

Bien lo veo. (Ap. á Julia.)
¡En mi casa tanta gente!

VALERIO.

¿Acá está primero Otón? (Aparte.)

OTÓN.

¿Que Valerio vino acá? (Aparte.)

LEONARDA.

¿Qué vendéis?

VALERIO.

Vos lo veis ya:
Vendo el mismo corazón.

LEONARDA.

Mostrá. ¿Qué es este papel?

VALERIO.

El Adonis del Tiziano,
Que tuvo divina mano
Y peregrino pincel.
¡Oh, quién éste hubiera sido
Cuando fué tan regalado!
Pues muero desesperado,
Y él murió favorecido.
Ésta, por vida de Aurelio,
Que es de las ricas y finas,
Que es de Rafael de Urbinas
Y cortada de Cornelio.
Ésta es de Martín de Vos,
Y aquésta de Federico.

LEONARDA.

Mal á estas cosas me aplico.
¿No traéis cosas de Dios?

VALERIO.

Sí traigo. Aquí hay una estampa
Del matrimonio escogida.

LEONARDA.

Ése no espero en mi vida.

VALERIO.

Mal su estampa se os estampa.
Pues no sé yo por qué sea;
Que hay mil que esperan un sí.....
Y por ventura está aquí
Un hidalgo que os desea.
Soy Valerio, aunque me veis
Que esta máscara he tomado.

OTÓN.

Pues ya va tan declarado,
Á Otón delante tenéis;
Soy rico y soy caballero,
Y pierdo el seso por vos.

LEONARDA.

¿No hay aquí quien á los dos
Les pague en mejor dinero?
¡Hola!

Dos criados.

CRIADO 1.°
Señora.....

LEONARDA.
Al librero
Y al que los papeles vende.....

OTÓN.
Pues, señora, ¿qué te ofende
Pedirte nuestro dinero?

LEONARDA.
Ea, ¿qué aguardáis, criados?

VALERIO.
Paso: no os alborotéis.

LEONARDA.
¿Libertades me vendéis?
¡Libros, por mi fe, extremados!
¡Hola, cargaldos de palos!

VALERIO.
No harán tal, que irnos sabremos.

OTÓN.
Ni esa afrenta sufriremos.

CRIADO 2.°
¡No están los gabachos malos!

CRIADO 1.°
Con pastillas y perfumes
Aguarda otro para entrar.

CRIADO 2.°
Ea, empiecen á bajar.

VALERIO.
¡Que en tal crueldad te resumes!

LEONARDA.
Cerrad la puerta, y quien llama
Traerá menos libertad.

VALERIO.
Julia, ¿no hay más amistad? (Aparte á ella.)

JULIA.
Calla, no lo oiga mi ama. (Ap. á Valerio.)

Vanse.

Camilo; Urbán vestido de máscara.

CAMILO.
Máscara, juro por Dios
Que grande empresa acometo,
Y sin saber quién sois vos.

URBÁN.
Camilo, aqueste secreto
Ha de ser entre los dos.

CAMILO.
Pues me da el alma esa dama,
¿No me fiara su fama?
¿No pudiera yo servilla,
Y hablalla, vella y oilla,
Y saber cómo se llama?

URBÁN.
No habemos de hablar en eso;
Que en queriendo saber algo,
Queda perdido el suceso.

CAMILO.
Juro por la fe de hidalgo
Que me hacéis perder el seso.
Si yo tuviera enemigos,
Los cielos me son testigos
Que era engaño claro y visto;
Mas no hay hombre tan bienquisto
Ni que tenga más amigos.
Fuera deso, estoy contento
Que digáis que hasta el retrete
Entre armado á mi contento,
Y que lleve un pistolete.

URBÁN.
Llevá uno, llevá ciento.
Si no os falta habilidad,
Valor, gusto y voluntad,
Que el interés lo atropella,
Gozáis la cara más bella
Que tiene aquesta ciudad.

CAMILO.
¿Qué importa que bella sea,
Si á obscuras he de gozalla?
Antes presumo que es fea.

URBÁN.
En hablalla y en tocalla
Habrá luz con que se vea.
Si os pesare y os cansare,
No volváis.

CAMILO.
No hay qué repare
Más que en el ir tan cubierto.

URBÁN.
Esa es la ley del concierto.
Mirad si hay más que os declare.

CAMILO.
¿Que cubierto tengo de ir?

URBÁN.
Y desa suerte, Camilo,
Habéis de entrar y salir.

CAMILO.
¡Brava industria, bravo estilo!

URBÁN.
Todo lo habéis de sufrir.

CAMILO.
Y ¿adónde os he de aguardar?

URBÁN.
Á las tres podéis estar
Del Real puesto en la puente;
Y guardaos de llevar gente,
Porque no os tengo de hablar.

CAMILO.
¿Por ver á Italia no pasa, (Aparte.)
Ó las naciones francesas,
Quien deja su patria y casa
Por las Indias portuguesas,
Y largos mares traspasa?
¿No deja el otro su tierra
Por ver la extranjera guerra?
Por una fiesta, ¿no hay mil
Que están entre gente vil,
Donde el calor los entierra?
¿No está alguno al sol y al hielo,
Esperando á ver salir

El tímido conejuelo,
Y el pescador por asir
El pez simple en el anzuelo?
  Pues yo, mozo y orgulloso,
¿Qué me excuso temeroso
De ver este encantamento?
Camina, que soy contento.

URBÁN.

Si vais, vos seréis dichoso.

CAMILO.

  Á la hora concertada
En la puente me hallaréis.

URBÁN.

¡Qué noche tan regalada
Con aquel ángel tendréis!

CAMILO.

Á lo menos encantada.

URBÁN.

  Ella estará prevenida.
Adiós.

CAMILO.

Ya vuestra partida
Aguardo.

URBÁN.

Será muy presto.

CAMILO.

Yo he de saber lo que es esto (Aparte)
Aunque me cueste la vida.

ACTO SEGUNDO.

Camilo.

CAMILO.

  ¡Buen ánimo, pensamiento
De temeridad vestido!
Al puesto habemos venido
Donde vuestro atrevimiento
Me lleva á vencer vencido.
  Entre el temor y el deseo,
Con quien batallo y peleo,
Tantas veces quedo y voy,
Que con estar donde estoy,
Otras tantas no lo creo.
  ¿Qué sé yo si algún contrario,
De envidia de verme noble,
Me forja este trato doble,
Donde sea necesario
El sufrir espada ó roble?
  ¡Bravamente el cuello humillo,
Como simple corderillo,
Que ser vendido no ve,
Que va él por su propio pie
Al carnicero cuchillo!
  Mas yo jamás he entendido
Que haya hecho á hombre ofensa.
Mal mi entendimiento piensa;
Que el que á ninguno ha ofendido,
Bien camina sin defensa.
  Y más, que aquel que me ha dado
Las nuevas deste cuidado,
Me ha dicho que armarme puedo;
Pero fué por darme miedo;
Que anda siempre el miedo armado.
  Pero aunque vaya cual voy,
¿De qué peligro me escapa,
Si al fin los ojos me tapa?
Que pues sin ojos estoy,
Bien puede echarme la capa.
  ¿Quién oyó jamás tal cosa,
Que una mujer tan hermosa,
Que tanto á un hombre desea,
No permita que la vea?
¡Qué fama tan vergonzosa!
  Y ¿qué sé yo si pensando
Que abrazo algún ángel bello,
Á un demonio enlazo el cuello,
Que á obscuras anda volando
Porque es indigno de vello?
  ¿Ó que fuese alguna vieja,
Ya sin pestaña ni ceja,
Con unos dientes postizos,
Que me hiciese con hechizos
Andar como simple oveja?
  ¿Ó fuese alguna cuitada
Herida de mal francés,
Que me hiciese andar después,
Por un hora de posada,
Muerto dos años ó tres?
  Mas gente viene á la puente.

Urbán, de máscara, y con un capirote de bayeta en la mano.

URBÁN.

Solo está un hombre. ¿Qué gente?

CAMILO.

¿Es acaso aquel amigo?

URBÁN.

Quien te sirve está contigo.

CAMILO.

¡Que esto un hombre cuerdo intente!

URBÁN.

  ¿Hay alguien que vernos pueda?

CAMILO.

Las estrellas y la luna.

URBÁN.

Mas que no vele ninguna.
¡Oh, cuál aquel ángel queda!
Dichosa fué tu fortuna.

CAMILO.

  No niego que es muy dichosa;
Mas sea fea ó hermosa,
Para aborrecer y amar,
Si á obscuras la he de gozar,
¿No es todo una misma cosa?

URBÁN.

  ¿Una misma? ¿De qué suerte?

Un cuerpo grueso y perfeto,
¿No hay más gusto que despierte,
Que tocar un esqueleto
Como pintan á la muerte?
Lo hermoso es como el olor,
Que aquel natural valor
Se conoce, mira y huele,
Por la suavidad que expele.

CAMILO.

¿Soy herbolario ó doctor?
¿Qué me importan á mí olores?
Los ojos hacen gozar;
Que aquel ver, causa el hallar
Suavidad en los amores,
Y el conocer y el tratar.
Que por lo contrario, el ciego,
Como yo á esa dama llego,
Es en el deleite igual
Á cualquier bruto animal.

URBÁN.

Ese argumento te niego;
Que ese en la imaginación
Fabrica un rostro no más;
Mas si tú despierto estás,
Mirando con atención,
Mucho del vivo verás.
Hay ojos que en tales puntos
Hacen fuego, y cuatro juntos,
¿Qué cielo y tierra no ven?

CAMILO.

Algunos habrá que estén
En ese tiempo difuntos.
Ella, ¿es moza?

URBÁN.

¿No has de vella?

CAMILO.

¿Casada, ó doncella en duda?
¿Es viuda? ¿Es tal, que se muda
En casada y en doncella,
Y otras veces en vïuda?

URBÁN.

Ni es vïuda, ni casada,
Ni doncella, ni violada
De alguno que la desdeña.

CAMILO.

Desa suerte, será dueña
Entre algodones guardada.
¡Válate Dios por señora,
Si te acabo de entender!
Engaño debe de haber. (Aparte.)
¿Cosa que fuese ésta ahora
Alguna hombruna mujer?
Pero ¿tan lindo era yo?.....
¡Oh, qué tentación me dió
De quitarle el rostro á éste,
Aunque la dama me cueste
Que tan poco me costó!
Mas gran deseo me inflama,
Y este brío que hay en mí.
Amigo, vamos de aquí
Á ver esa obscura dama
De aquellas que nunca vi.

URBÁN.

Poneos el capirote.

CAMILO.

¿Quién habrá que no me note
De loco?

URBÁN.

Jamás lo fuistes.

CAMILO.

¡Aun de bayeta lo hicistes!
¿No fuera de chamelote?

Pone Urbán el capirote á Camilo.

¿Hay mucho que andar?

URBÁN.

Gran rato.

CAMILO.

Ahora llevadme al río,
Y remojaréisme el brío.

URBÁN.

Todo es verdad cuanto os trato.
No os enojéis, señor mío.

Otón.

OTÓN.

Noche de estrellas vestida, (Para sí.)
Que mis pasos y mi vida
Guías á la sepultura,
Vuélvete negra y obscura
Porque algún favor te pida.
Porque aunque al campo he salido,
Donde debiera el sosiego
Templar este ardor tan ciego,
Algo más anda encendido
Con el desdén de mi fuego.

URBÁN.

Aparte á Camilo.

Un hombre hemos encontrado;
Asidme de la pretina.

OTÓN.

¡Hola! ¿Quién va? ¿Quién camina?

CAMILO.

Yo vengo muy bien armado, (Aparte.)
Sin ojos, como gallina.

OTÓN.

¿No respondéis?

CAMILO.

Yo voy bueno. (Aparte.)
¡Oh, si descargase el trueno!

URBÁN.

Máscara soy.

OTÓN.

¡Gentil loco!

URBÁN.

Habemos bebido un poco,
Y andámonos al sereno.

Á Camilo.

Echad, señor, por aquí.

CAMILO.
¡Oh San Blas, sed en mi ayuda!

Vanse Urbán y Camilo.

OTÓN.
¡Bravamente el vino muda!
Y amor es lo mismo en mí
Por esta ingrata vïuda.
¿Posible es que pueda aquésta
Ser tan casta y tan honesta,
Y tan Artemisa en fe,
Y que á tanto hidalgo dé
Un mismo *no* por respuesta?
No es posible: aquí hay maldad;
Yo sospecho que es fingida
La santidad de su vida;
Que suele la santidad
Ser flaca y descolorida.
Vïuda tan regalada
Y que come descansada
Tres ó cuatro mil de renta,
¡Tan moza vive contenta,
Á la media noche helada!
Que se encierre en lo postrero,
Que tenga buena opinión,
Ni que trate de oración,
¿Qué importa, si el despensero
Compra el pavo y el capón?
Ahora, yo no he de dormir
Cien noches, y he de acudir
Todas á su calle y puerta,
Y si alguno la despierta,
¡Vive Dios, que ha de morir!
Ya el sufrir la escarcha helada,
Aunque aquí poco se usa,
Ó el sueño, no se me excusa.
Piedra soy de su portada,
Como si fuera Medusa.

Vase.

Leonarda y Julia.

LEONARDA.
Las telas y terciopelos
No sé si están bien colgados.

JULIA.
Están, señora, extremados.
Vuelve, por tu vida, y vélos.

LEONARDA.
En esa sala ¿está bien
Aquesa tapicería?

JULIA.
Tenerla el virrey podría,
Y aun el mismo rey también.

LEONARDA.
¡Qué á propósito es la historia!
Que es de Jacob el amor.

JULIA.
Diversa dirás mejor
Del fin de tu presta gloria;
Que esperó catorce años
Lo que tú en un hora tienes.

LEONARDA.
¡Plega á Dios que tantos bienes
No paren en tantos daños!
Urbán tarda. ¿Qué haremos?

JULIA.
Un poco puedes jugar.

LEONARDA.
No le debió de agradar.
¡Ay, triste!

JULIA.
No hagas extremos;
Que no es eso de creer
De un mozo tan belicoso.

LEONARDA.
¡Ay, mira que en ser hermoso
Algo tendrá de mujer!
Cuanto más que ¿qué Roldán
Sufriera cubrirse así,
Y á obscuras venir aquí?
¡Un mozo hidalgo y galán,
Un mancebo varonil,
No como otros mujeriles,
Con quien fuera el mismo Aquiles
Ahora cobarde y vil!.....

JULIA.
Leandro, ¿no pasó el mar
Dos mil veces animoso?

LEONARDA.
¿No ves que eso es fabuloso.....
Y después de ver y hablar?
Y en la torre, contra el viento,
Luz le solían encender;
Y aquí no la ha de tener
Dentro del mismo aposento.
Si dijeras el romano
Que en un hueco se arrojó,
Ó el que el puente acometió,
Ó el que se quemó la mano,
Aun aquesto verdad fué.

JULIA.
Dame albricias.

LEONARDA.
No lo creo.

JULIA.
¡Ea!

LEONARDA.
Toma aquel manteo,
Julia, que ayer me quité.

JULIA.
¿Es aquel de oro y morado?

LEONARDA.
Dame la máscara presto,
Y toma la tuya.

Camilo, con el capirote puesto, y Urbán;
Leonarda y Julia con máscaras.

URBÁN.
Al puesto,

Camilo, habemos llegado.

CAMILO.

Pues escalera subí,
Ya estaré en el aposento.

LEONARDA.

Dalde una silla al momento.

URBÁN.

Asiéntate.

CAMILO.

¿Adónde?

URBÁN.

Aquí.

CAMILO.

¿Quién es aquella que habló?

URBÁN.

Mi señora.

LEONARDA.

Y vuestra esclava
Es la que de hablar acaba.

CAMILO.

¡Oh, pesia quien me parió!
El capirote me quito.

Quítasele.

¡Par Dios, á obscuras estoy!

LEONARDA.

Por eso licencia os doy,
Y se os perdona el delito.
Dadme silla junto á él.

CAMILO.

¿Hay más lindo encantamento?

LEONARDA.

¡Ay, señor, con vos me asiento!

CAMILO.

¡Por Dios, que es hecho cruel!
Ya me enciende el corazón
Amor sin luz, pues no veo;
Que ha tocado en el deseo
Como piedra el eslabón.
Como el hombre que está á obscuras,
Y, para encender luz, toca,
Fué en mi alma vuestra boca,
Que ha dado centellas puras.
Yesca ha sido el corazón,
Que era materia dispuesta,
Y el golpe fué la respuesta,
Y la lengua el eslabón.
Tengo una luz encendida
En el alma, que os ve y trata,
Si el aire no me la mata
De veros obscurecida.
No os vea yo como ciego
Dentro en la imaginación,
Porque parece invención
Haber tinieblas y fuego.
Si no es mi fianza buena,
No se comience la historia;
Y pues es limbo sin gloria,
No sea limbo con pena.
Sed vos, para que yo os vea,
Como pintor extremado,
Que aunque la noche ha pintado,
Deja luz con que se vea.
Yo soy un hidalgo noble,
Que si cara á cara os trato,
Fío de mi honrado trato
Que os parezca bien al doble.
Esto he de alcanzar de vos.
¡Ea, dadme aquesa mano!

LEONARDA.

¿Mi mano? Tomad.

CAMILO.

Ya es llano
Que lo concedéis, ¡por Dios!

JULIA.

Aparte á Urbán.

Á fe que no es necio el hombre.

URBÁN.

Bien habla.

JULIA.

Por lindo estilo.

LEONARDA.

Pues, por vida de Camilo.....

CAMILO.

Ese es, señora, mi nombre.

LEONARDA.

Que no pienso que he hecho poco
En daros luego mi mano.

CAMILO.

Digo que es bien soberano,
Digo que me vuelvo loco.

LEONARDA.

Decid, ¿y paréceos bien?
No me la apretéis. ¡Jesú!

CAMILO.

Esta mano es de Esaú,
Y la voz no sé de quién.

LEONARDA.

Traigan luz por eso solo.

Vase Julia.

URBÁN.

Ya se descubre el farol.

CAMILO.

Luz pido donde está el sol;
Pero está eclipsado Apolo.

Vuelve Julia con luz.

JULIA.

La hacha está aquí.

CAMILO.

¿Qué es esto?
¿Todos con máscara están?

LEONARDA.

Tened las manos, galán;
Que aquí no ha de haber más que esto.
En llegando á querer verme,

Os harán dos mil pedazos.

CAMILO.

En tal sagrado de brazos
No podrán acometerme.
No por su miedo, ¡por Dios!
(Que, pues vine, no le tuve),
Mano y deseos detuve,
Mas por mandármelo vos.
¡Qué bello cuerpo tenéis!
¡Qué traje y rico vestido!
Con razón no he merecido
Que en mi bajeza fiéis.
¡Bravas telas y brocados!
¡Bravos cuadros y pinturas!
Pero todo queda á obscuras
Con tales ojos cerrados.
¿Que no hay aquí quien me abone?
Quien me ama, ¿no me fía?

LEONARDA.

El alma se le confía:
Vuesa merced me perdone;
Que cuando de su lealtad
Más experiencia se tenga,
Haremos que á casa venga
Con más luz y claridad.
Siéntese, y no se alborote.

CAMILO.

Á Urbán.

Si la caza no he de ver,
Tornadme, amigo, á poner
Pihuelas y capirote.
Más valdrá, para estar quedo,
No tener ojos ni oídos,
Porque se van los sentidos
Tras aquello que ver puedo.
En descubriendo el halcón
Para que la caza vea,
Ya está cierta la pelea,
Y es suyo aquel corazón.
Pero aquí, después de vella
Con alguna claridad,
Le quitan la libertad
De poder volver tras ella.
Y aun hay otra condición
En esta casa encubierta,
Que va la perdiz cubierta
Y descubierto el halcón.
¡Aquí de Dios, mi señora!
¿Vos habéis de permitir
Que quien os merece oir
No os merezca ver ahora?

LEONARDA.

Ahora bien, tráiganle aquí
Un poco de colación
Con que amanse el corazón.

Vase Julia.

CAMILO.

¿Qué colación, pesia á mí?
¿Cómo tengo de comella,
Si eso mismo se me abrasa?
¡Ah! ¡Doyme á Dios con la casa!
¿Que aun no hay una cara en ella?
¿Qué fianzas me habéis dado
Para comer, satisfecho
Que no es veneno?

LEONARDA.

Este pecho
Que me habéis enamorado.

CAMILO.

Ligero argumento hacéis.
Id á una tienda embozada,
Y veréis si os fían nada
Por más que el pecho mostréis.
Yo soy aquí mercader,
Vos quien rebozada llega:
Luego bien la vida os niega
El que no os merece ver.

LEONARDA.

Camilo, no os aflijáis
De verme esconder así;
Que hay partes, señor, en mí
Que vos ahora ignoráis.
Yo os vi, y el alma os rendí
De suerte, en cierto lugar,
Que no me excusé de dar
Fin á mi cuidado así.
Este remedio busqué
Para que entréis donde estáis,
Y para que no digáis
Con quién ni en qué parte fué.
Si pensáis que aquesto ha sido
No tener crédito en vos,
Bien quedará entre los dos
Averiguado y reñido.
Joyas os daré en valor
De dos mil ducados.

CAMILO.

¿Buenas?

LEONARDA.

¡Hola! Dame esas cadenas
Y ese brinco, dios de amor.
Dame.....

CAMILO.

Paso: no pidáis
Eso, que me dais enojos.
Más quisiera vuestros ojos
Que cuantas joyas me dais.
Diéradesme esos zafiros,
Y los rubíes y perlas
Desa boca; que por verlas
Pudiera con más serviros.
También hay oro en mi casa;
Gracias á Dios, no soy pobre.

LEONARDA.

Deseo que más os sobre
Que de Oriente á España pasa.
Pero por señal de amor,
Esta sortija tomad,
Que en vos tendrá calidad.

CAMILO.

Y ésta en vos tendrá valor.
Servíos de que en mi nombre
La traiga esa blanca mano.

Julia, con la colación.

JULIA.

La colación viene.

CAMILO.

En vano
Viene: á fe de gentilhombre,
Que no tengo de comer.

LEONARDA.

Á lo menos el probar
No lo podéis excusar;
Que soy honrada mujer.

CAMILO.

¿Es lo del veneno?

LEONARDA.

Sí.
¡Por mi vida, que probéis

CAMILO.

Si ese juramento hacéis,
Haya mil muertes aquí.
Quiero tomar el veneno
Que Alejandro del doctor;
Que donde la fe es mayor,
No le hace el daño ajeno.

URBÁN.

¡Oh, lo que sabe de historia!

JULIA.

En verdad que es muy leído.

URBÁN.

No lo toméis tan polido,
Que en verdad que es zanahoria.
Entro, y la bebida saco.

Vase.

CAMILO.

Donaire tiene, por cierto.
Pero hagamos un concierto.

LEONARDA.

Es discreto y es bellaco. (Aparte.)

CAMILO.

Si esto pasa entre los tres,
Que sois vos y estos criados,
Para hablar ó ser llamados
Sin nombres, trabajo es.
Quiéroosl os poner fingidos,
Que yo así me entenderé.

Vuelve Urbán con la bebida.

URBÁN.

Bebed.

CAMILO.

Luego beberé.

URBÁN.

Bebed.

JULIA.

Están divertidos.

URBÁN.

Estos mozos confitados, (Aparte.)
Todo almíbar y jalea,
Que no hay ninfa que tal sea,
De boca y dedos mirlados,
Me hacen perder el seso.—
Bebed.

CAMILO.

Mostrad; beberé.

URBÁN.

¡Qué poco y qué á tiento fué!
Diga, ¿y harále mal eso?

CAMILO.

Tras tanta plata, ¿qué espero? (Aparte.)
No me muestren más, señora.

URBÁN.

Haga melindres ahora, (Aparte á Julia.)
Haráse después un cuero.

Bebe.

Pues ésta va por mi ama,
Y ésta, Camilo, por vos;
Ésta, Julia, por los dos;
Que bien bebe quien bien ama.

JULIA.

Escucha, ó vete de ahí;
Que nombres nos quiere dar
Para podernos llamar.

URBÁN.

Escucho. Ésta va por mí.

LEONARDA.

¿Cómo me pensáis llamar?

CAMILO.

Á vos os llamo Diana,
Y está la razón muy llana.

LEONARDA.

Esa podéis declarar.

CAMILO.

¿No es luna y alumbra?

LEONARDA.

Sí.

CAMILO.

¿No se obscurece y desdora?

URBÁN.

¡Oh, qué bien!

JULIA.

Escucha ahora.

URBÁN.

Escucho. Ésta va por mí.

CAMILO.

Á Julia.

Vos tendréis Iris por nombre,
Que es de Diana mensajera,
Y vos Mercurio.

LEONARDA.

¿Pudiera

Darse á todos mejor nombre?

URBÁN.

En fin, ¿que Mercurio á mí?
¿Baco no fuera mejor?

JULIA.

Escucha un poco, hablador.

URBÁN.

Escucho. Ésta va por mí.

LEONARDA.

Ya es tarde, y es bien que os vais;
Que hablando no se ha sentido
Tiempo y noche que han corrido.

CAMILO.

Qué, ¿al fin cubierta os quedáis?

LEONARDA.

Noches quedan, mi Camilo;
Esto por ahora baste.

Á Urbán.

Llévale donde le hallaste,
¡Hola! por el mismo estilo.

URBÁN.

Encajaos el capirote.

CAMILO.

¿No os he de abrazar primero?

LEONARDA.

Sí por cierto.

CAMILO.

¡Ah, bien ligero!
Paso.

Urbán le pone el capirote.

URBÁN.

Alto sois de cogote.

LEONARDA.

Pues, necio, ¡así le lastimas!

URBÁN.

Nunca vos haréis buen son.
¡Bendiga Dios el bordón,
Que dura por treinta primas!
Asid la pretina bien.

CAMILO.

Adiós, señora Diana.

LEONARDA.

¡Ay! ¡Cuánto tarda mañana!
Descúbrome.

JULIA.

Yo también.
Entra á recogerte luego.

Vanse.

CAMILO.

¡Bueno voy! ¡Ah, ciego amor!

URBÁN.

¿Y voy, acaso, mejor?
¿Quién manda rezar al ciego?

Vanse.

Valerio, embozado.

VALERIO.

Sospechas, que al más cuerdo enloquecistes,
Y en el más escogido entendimiento
Representastes más quimeras varias
Que la imaginación profunda suele
Del pintor que diseña alguna máquina,
Ó el poeta que traza algún discurso,
¿Dónde lleváis mi loca fantasía
Á desvelarse cuando todos duermen?
Ya el estrellado carro con su guía
Parece que se humilla á su descanso,
Y declinando van las seis hermanas,
Con la que entre ellas vergonzosa vive;
Y yo, solicitado de vosotras,
No como estrella estoy en luz ardiendo,
Mas como fuego del eterno abismo,
Por donde dicen que encendido sale,
Cuyas bocas jamás de darle cesan.
Háseme puesto, y no será por dicha,
En la imaginación que esta Leonarda,
Entre aquellas imágenes y libros,
Alguna tiene aparte á quien adora.
Noche, si está allá dentro algún dichoso,
Hazle salir, con dar lugar al alba.
Mas ¿cómo podré yo saberlo solo,
Siendo esta casa como un tiempo Tebas,
Que se ilustraba de cien puertas grandes?
Gente viene: tomemos esta esquina
De la portada, á ver dónde camina.

Retírase.

Otón, embozado; Valerio á un lado de la portada de la casa de Leonarda.

OTÓN.

Cierta cuestión de amigos y parientes
Me ha detenido; perdonadme, calle,
Y vos también, ventana venturosa,
Si he tardado en venir á saludaros.
¡Ah, mi ventana! ¡Quién de vos supiera
Si ha salido por vos algún suspiro!
Que entrado, yo aseguro que son tantos,
Que no son más de Abril las varias flores,
Ni las perlas que el alba entonces vierte.
¡Cuántos Ifis colgados de esas rejas,
Que no merecen, de un cabello solo,
Piden al cielo que convierta en mármol
Aquella que de mármol tiene el pecho!
También vos, puerta..... Mas ¿qué es esto? ¡Ay, [triste!
¿Qué sombra es ésta ó qué nueva columna?
No en balde el corazón me lo decía,
Y esta noche el venir solicitaba.
¿Será por dicha aquéste el venturoso
Que de la viuda posesión merece?
¿Qué le diré? ¿Qué haré? ¡Viven los cielos,
Que se ha de conformar la arquitectura
Y que han de estar los mármoles iguales!

Colócase al otro lado de la puerta.

Lisandro, embozado; Valerio y Otón, cada uno á un lado de la puerta.

LISANDRO.

Viuda, así os guarde Dios,
Que puesto á aquesa ventana,
Lo que hay de aquí á la mañana
Quisiera pasar con vos.
El *sí* que á todos negáis,
Decidme, ¿en qué *no* consiste?
Santa y moza, alegre y triste,
Zagala, no me agradáis
Este ser vos tan discreta
Hace á mil necios pensar
Que os debe de regalar
Alguna prenda secreta.
Para que esto no se vea,
¿Qué importa que os encerréis,
Si las veces que queréis
Vais y venís á la aldea?
Este campo y soledad,
Estas huertas y jardines,
Sin abrir á los maitines,
Abren franca libertad.
Viuda, ya no hay quien crea
Que estáis sin dueño secreto
Del alma, porque en efeto
Andáis triste y no sois fea.
Mujer bella, rica y moza
(Que basta libre y mujer),
Yo no tengo de creer
Que no se regala y goza;
Porque aunque más me digáis
Huyendo segunda boda,
Que sois angélica toda,
Doyme á Dios, si vos no amáis.

Ve á los dos.

¡Que tan desvanecido hablase al aire,
Que apenas reparase en que podía
Ser escuchado destas vivas sombras!
En fin, pared, no escapas sin oídos.
¡Oh casa del mayor peso del mundo!
Ya os arriman gigantes á la puerta,
Ya están vuestras columnas revestidas.
¡De noche guardas á las puertas! ¡Bueno!
Á fe que adonde tantas guardas ponen,
Que hay escondido algún tesoro rico.
Si asisten al sustento de la casa,
Sirvamos todos de estantales juntos.
Y pues el irme es caso sin remedio,
Hagan lugar; que yo me pongo en medio.

Pónese entre Valerio y Otón.

Alguaciles, un escribano.

ALGUACIL.

¡Lindo salto se hizo en los del juego!

ESCRIBANO.

¡Y qué hermoso dinero se paraban!

ALGUACIL.

Aun esta casa tiene más secretos;
Que se da de comer y entran mujeres.
Yo les haré una información que salten.
Gente hay en esta puerta. ¿Quién va? ¡Ténganse
Al Rey!

OTÓN.

Tenidos somos; no nos meta
La lanterna en los ojos.

ALGUACIL.

He de verlos
Y desarrebozarlos treinta veces.

VALERIO.

Mire que somos caballeros.

ALGUACIL.

Créolo;
Mas yo he de verlos por mis propios ojos;
Que suelen engañarnos por momentos;
¡Ea! que es ya.....

LISANDRO.

Suplícoos que sea aparte.

ALGUACIL.

No ha de ser sino aquí: por ¡Dios, descúbranse!

Desembózanse los tres.

¡Señor Otón, Lisandro, y vos, Valerio!
¿Los nombres no pudiérades decirme?

OTÓN.

Convínome callarme.

LISANDRO.

Y á mí, y todo.
Mas yo me huelgo deste desengaño.

VALERIO.

Y yo he tenido por dichosa suerte
Saber así lo que saber temía.

ALGUACIL.

Desa manera, ¿puedo estar seguro
Que no he dado disgusto?

LISANDRO.

Antes quedamos
En mucha obligación.

ALGUACIL.

Yo soy quien debo.
Vuesas mercedes, ¿quieren compañía?

OTÓN.

Quedar nos cumple aquí.

ALGUACIL.

Pues adiós. Vamos.

LISANDRO.

¡Que siempre en todo juntos nos hallamos!

Vanse los alguaciles y el escribano.

VALERIO.

Otón es bravo arquitecto.

OTÓN.

Y á Valerio, ¿qué le falta?

LISANDRO.

Para portada tan alta
Los tres hicimos efecto.

Pero túveos mil ventajas.

VALERIO.

Estar en medio son mil.

OTÓN.

Si no viene el alguacil,
Todos nos hacemos rajas.

LISANDRO.

Consuélome, que los tres
Fuimos necios por extremo.

OTÓN.

Dar aquese nombre temo
Á lo que locura es.
Pero cuando aqueso fuera,
El más necio fuisteis vos,
Que os metisteis entre dos.

LISANDRO.

Y entre ciento me metiera,
Aunque fueran Rodamontes.

OTÓN.

¡Ea, león!

VALERIO.

No es burlando;
Que puede, como otro Orlando,
Romper árboles y montes.

LISANDRO.

La necedad en su punto
Fué aquello del estampero,
Cuando Otón, hecho librero,
Entró con Valerio junto.

OTÓN.

Con máscaras, ¿no llegamos
Hasta la puerta?

VALERIO.

Esperad;
Que de aquella necedad
Iguales partes llevamos;
Que él vino de bohonero
Con mil rosarios allí,
Y no le abrieron.

OTÓN.

¡Ah! ¿Sí?
Pues darle el parabién quiero.

LISANDRO.

Pues si todo se ha sabido,
Por necios todos quedemos,
Y el propósito mudemos
En quien la ocasión ha sido;
Que habrá bien qué murmurar.

VALERIO.

Si va de murmuración,
Yo diré á qué vino Otón
Esta noche á este lugar.
Fué á saber si aquesta puerta
Á algún dichoso se abría.

OTÓN.

Á eso ¡por Dios! venía.

LISANDRO.

Téngolo por cosa cierta,
Porque yo vine á lo mismo.

VALERIO.

Y á mí, ¿qué pudo traerme
Sino el ver lo mismo, y verme
En este celoso abismo?

OTÓN.

Ya que nos hemos hablado,
Confórmese la amistad
Contra la fiera crueldad
Deste ingrato pecho helado.
De su deshonor tratemos
Y que pierda la opinión.

LISANDRO.

¡Oh, qué bien ha dicho Otón!
¿Qué venganza tomaremos?
Pero ¿sabéis qué he pensado,
Y nunca lo dije en duda?

VALERIO.

¿Qué?

LISANDRO.

Que tiene esta vïuda
Galán en casa encerrado.
Que este no acudir á ver
Ninguna cosa de fuera,
Si en casa no le tuviera,
¿Cómo se pudiera hacer?
Mujer sola, libre y rica
Y que á tantos se ha negado,
A fe que hay algún criado
Que al lado de noche aplica.
Y entre los que tiene, Urbán,
Que es bellacón y discreto,
Tengo sospecha en efeto
Que hace oficio de galán;
Porque no se aparta della,
Y anda bien puesto y vestido,
Siempre se burla atrevido,
Y habla en secreto con ella.

OTÓN.

¡Vive Dios, que ahora he caído
En una maldad tan clara!
Yo le cortaré la cara,
Ó no seré bien nacido.
¿Quién duda que esto es así?

VALERIO.

Yo soy de ese parecer;
Que cosas le he visto hacer
De que sospechoso fuí.
Y desde aquí le prometo
Una grande cuchillada.

LISANDRO.

Dejad algo, si os agrada,
Para el dueño del secreto;
Que también le he yo de dar
Una en medio desas dos.

OTÓN.

Amanecido ha, ¡por Dios!
¡Qué dulce es el murmurar!
Vamos, y hablémonos hoy.

VALERIO.

En matarle me reporto.

LISANDRO.

¡Qué narices que le corto!

OTÓN.
¡Qué cuchillada le doy!

Vanse.

Lucencio y Rosano.

LUCENCIO.
Hela leído y entendido todo,
Y contiene que Ercino me da un yerno
Para Leonarda, encareciendo el modo
De su nobleza, término y gobierno.
ROSANO.
No le aventajan en la sangre el godo
Ni en gentileza de mancebo tierno
El mismo Adonis, Píramo y Narciso,
Ni el más discreto en discreción y aviso.
Como el Gallego escribe, tañe y danza
Como otro Julio, y porque más le alabe,
De retratar como Guzmán alcanza
Aquella parte que á milagro sabe;
Esgrime como el célebre Carranza,
Su oficio es secretario del más grave
Príncipe de la corte, donde vive
Con gallarda opinión.
LUCENCIO.
Así lo escribe.
¿Cuándo salistes de Madrid?
ROSANO.
Sospecho
Que habrá tardado solos cuatro días.
LUCENCIO.
¿Hay nuevas?
ROSANO.
No sé cosa de provecho.
Pero mucho del caso te desvías;
Muéstrame en él más descubierto el pecho,
Si acaso de mi crédito le fías;
Y muéstrame esta viuda, porque el vella
Me importa para darles nuevas della.
Encargáronme mucho que la viese.
Que allá tiene gran fama de hermosura.
LUCENCIO.
Eso podría ser si ella quisiese;
Mas es más que su fama su clausura.
Y aunque de oirlo por ahora os pese,
Sabed que es la mujer más bronca y dura
Que ha criado la sierra más fragosa,
Supuesto que es discreta y que es hermosa.
Ha un mes y más que ya no la visito,
Sobre esto de tratarle casamientos;
Que de mi enojo y suyo en esto quito
Malas palabras y desabrimientos;
Y si el de aquese hidalgo solicito,
Serán, sospecho, vanos pensamientos;
Porque quien no se casa aquí en Valencia,
Menos hará para Madrid ausencia.
Con todo eso, diligencia haremos.
ROSANO.
Mucho me habéis, señor, desconsolado;
Pero será razón que lo intentemos,
Porque diga, aunque mal, que he negociado.
LUCENCIO.
Digo que ordenaré de que hoy la hablemos;
Que siempre á Ercino estuve yo obligado.

Camilo y Floro.

FLORO.

Á Camilo.

Prosigue, por tu vida, tan buen cuento.
LUCENCIO.
Gente es ésta: no entienda nuestro intento.

Vanse Lucencio y Rosano.

CAMILO.
Después de la primer noche,
Como te he contado, Floro,
En que, como halcón y ciego,
Ciego fuí siguiendo á otro,
Otras seis ó siete fuí
Por el mismo estilo y modo,
Hasta que al fin la gocé,
Sin más luz que de los ojos.
No había pájaro destos
Que de noche vuelan solos,
Cuyos ojos no envidiase,
Por ver lo que á tiento adoro.
Hela cobrado afición,
Sin ver más que lo que toco
De tacto, como los ciegos,
Que es peregrino negocio.
He hecho cosas por verla
(Que no pienses que soy corto),
Que hubieran enternecido
Un indio, un bárbaro, un monstruo,
Ya fingiéndome morir
Con suspiros y sollozos,
Ya jurando de no vella
Con juramentos y votos.
Pero ni por mis ternezas,
Ni por mis rabias ni enojos,
Se ha dejado ver; y así,
Estoy encantado y loco.
FLORO.
¿Cómo no? ¡Gracioso cuento!
Lleva tú luz encendida.
CAMILO.
Podráme costar la vida,
Floro, aqueste atrevimiento;
Que si Psiquis vió al amor,
A quien á obscuras gozaba,
Perdió la gloria en que estaba,
Y negoció su dolor.
FLORO.
Pues ¿qué has de hacer encantado,
Enamorado sin ver?
CAMILO.
Imitar á amor, y ser

Sin ojos enamorado.

FLORO.

¿No puedes llevar un yeso
Con que la puerta señales?

CAMILO.

Tiene el hombre industrias tales,
Que me hace perder el seso.
Fuera de la puerta estoy,
Y dice que estoy en casa.

FLORO.

Un coche de damas pasa.

CAMILO.

Y baja, á fe de quien soy,
Dél una hermosa vïuda.

FLORO.

Y no es mala la criada.

Leonarda y Julia, con mantos.

LEONARDA.

Esta huerta es extremada.

JULIA.

En ningún tiempo se muda.

LEONARDA.

Julia, Camilo es aquél. (Aparte á ella.)

JULIA.

¡Ay, señora, ya le vi!

CAMILO.

¿Hay algo en que os sirva aquí?

LEONARDA.

¿Hablaréle? (Aparte á Julia)

JULIA.

Habla con él;
Que todo el campo está solo.

LEONARDA.

Yo os agradezco el favor.

CAMILO.

Débese á vuestro valor,
Como aquesta luz á Apolo;
Y á ella misma os comparo,
Porque es lo que más deseo
De cuanto veo, aunque veo
Pocas veces, mi bien, claro;
Pero en fin, la luz es cosa
De tanta estima, que al suelo
No la ha dado igual el cielo,
Después de haceros hermosa.

LEONARDA.

Mucho la luz estimáis
Para no ser ciego.

CAMILO.

Nace
De una falta que me hace,
Que no es bien que la sepáis.

LEONARDA.

Ello se entiende: ¿es de amor?

CAMILO.

Pues más os espantaréis
Si de mi dama sabéis
El divino resplandor.

LEONARDA.

¿Es por encarecimiento?

CAMILO.

No, sino porque es Diana
Tan divina y soberana,
Que no la veo y la siento.

LEONARDA.

¿Cómo, Diana? ¿La luna?

CAMILO.

La propia.

LEONARDA.

Pues no andáis bien,
Que esa mil vistas la ven;
Mas no la toca ninguna.

CAMILO.

Pues yo la toco sin vella.

LEONARDA.

Sin duda, os tengo por loco.

CAMILO.

Sí, pues á obscuras la toco,
Y me he enamorado della.

LEONARDA.

Y esa luna, ¿veos á vos?

CAMILO.

Ella lo afirma, y es fe
Que cada día me ve;
Mas yo no la veo, ¡por Dios!

LEONARDA.

Pues os ve, no lo dudéis,
Sino que está enamorada.

CAMILO.

Pienso que de mí se agrada.

LEONARDA.

Y en los efectos lo veis.
¿Hay mujer por quien ahora
La dejásedes?

CAMILO.

Me agravio
De que ponga vuestro labio
Tal duda en mi fe, señora.
Si un ángel de hermosa fuese,
Y una romana en valor,
No es posible que el amor
Á mi imposible perdiese.

LEONARDA.

Si la viésedes, yo os juro
Que os trocase el desengaño.

CAMILO.

Bien puedo estar dese daño
Por muchas causas seguro;
Que con las manos la tiento,
Y la frente es extremada,
La nariz perfeccionada,
Que es de un rostro el fundamento.
Los ojos son relevados,
Que es señal que buenos son;
Todo esotro es perfección;
Cuello y pechos extremados.
Entendimiento y donaire,
Es locura hablar en ello;
Que no falta más de vello

Para dar el seso al aire.
Pues ¡una Iris que tiene,
Y un Mercurio embajador!
No tiene el mundo valor
Cuando de su cielo viene.

LEONARDA.

Vos sois extraño galán;
Nunca tal oí decir.

CAMILO.

Ni á nadie he visto sufrir
La obscuridad que me dan;
Y aunque en parte mi alegría
Con este rigor se aniebla,
Más quiero yo mi tiniebla
Que alguno estima su día.

LEONARDA.

Y ¿cómo os llaman?

CAMILO.

Camilo.

LEONARDA.

Es justo saber el nombre
De un más que Amadís, de un hombre
Que ama por tal estilo;
Ahora bien, por muchos años
Vuestra Diana gocéis.

CAMILO.

Si vivo, no lo dudéis,
Á pesar de sus engaños.

LEONARDA.

Adiós, obscuro galán.

CAMILO.

Él un rico esposo os dé.

FLORO.

Diga: ¿hablarla no podré (Aparte á Julia.)
Esta noche en el zaguán?

JULIA.

Vivo junto á la Zaidía;
No quiera dama tan lejos.

Vanse Leonarda y Julia.

FLORO.

Hablado habéis como viejos.
¡Qué ocasión ésta, qué día!
¿Por qué no la requebrabas?
Que es una vïuda bella,
Que andan mil muertos por ella.

CAMILO.

¡En mi pensamiento estabas!
Por ella ni otras más bellas,
Respeto de mi sujeto,
No se me da, te prometo,
Lo que por mí, Floro, á ellas;
Ésta no vale dos clavos,
Ni cuantas puedes nombrar,
Porque es querer comparar
Los reyes con los esclavos;
Yo te digo que la mía
Es algún ángel sin duda.

FLORO.

¿Tan mala era la vïuda?

CAMILO.

Así, así; pasar podía.

FLORO.

Á mí bien me pareció.

CAMILO.

¡Ah, Floro, si aquésta vieras,
Qué bien que la encarecieras!

FLORO.

La viuda tomara yo.

Urbán, con la espada desnuda, retirándose de Otón, Lisandro y Valerio.

URBÁN.

¡Tres hombres á uno solo!

OTÓN.

¡Muera el perro!

URBÁN.

¿No me diréis qué ofensa os hice?

VALERIO.

¡Muera!

CAMILO.

¡Paso, señores, ténganse: ya basta!
Si estar yo de por medio, en cortesía
De caballero recibirse suele,
Camilo soy, y amigo soy de todos.

FLORO.

A Urbán.

Ponte detrás.

URBÁN.

Vinieran uno á uno.....

OTÓN.

Él tuvo en vos, Camilo, buen padrino;
Que es un lacayo vil, desvergonzado.

CAMILO.

No haya más ¡por mi vida! que, por dicha,
No os habrá conocido.

VALERIO.

Basta y sobra
Quererlo vos.

LISANDRO.

¿Mandáis en qué os sirvamos?

CAMILO.

Quedo en obligación notable.

OTÓN.

Vamos.

Vanse Otón, Lisandro y Valerio.

CAMILO.

Decid, hombre del diablo, ¿qué habéis hecho
Á aquestos caballeros?

URBÁN.

Buen Camilo,
Después de echarme á vuestros pies, os juro
Que ni en obra, palabra ó pensamiento
Les ofendí jamás.

CAMILO.

Pues sin ofensa,

¡Caballeros mataban en cuadrilla
Un hombre solo! No es posible.

URBÁN.

Es cierto,
Y puede ser que se hayan engañado
Y tenídome á mí por otro.

CAMILO.

Créolo.

FLORO.

En gentil escampado os la juraban.

CAMILO.

Vamos con él hasta su casa, Floro.

URBÁN.

Hasta la puerta de la ciudad basta.

FLORO.

Á mi señor estáis bien obligado.

URBÁN.

Si se lo debo, bien se lo he pagado. (Aparte.)

ACTO TERCERO.

Camilo; Celia, con manto.

CAMILO.

Calla y déjame.

CELIA.

¿Que calle?

CAMILO.

Después iré.

CELIA.

No hay después.

CAMILO.

¿Tan loca estás, que no ves,
Celia, que estás en la calle?

CELIA.

En la calle y dondequiera
Tengo por cuerda razón
Que se entienda tu traición.

CAMILO.

Templa el enojo y espera;
Hablemos de suerte aquí,
Que quien pasa no lo entienda,
Y suéltame ya.

CELIA.

¿Qué prenda
Me tienes dada de ti?
Malas noches, malos días,
Palabras, celos y rabias,
Y aun de que ya no me agravias
Nacen estas ansias mías,
Que, tan malo, te quisiera:
¡Mira cuál estoy, traidor!

CAMILO.

Ir allá será mejor;
Vé, Celia, á casa y espera;
Que hay mucho que averiguar,
Y en la calle no estás bien;
Fuera de que á mí me ven,
Y tengo que negociar.

CELIA.

¡Tú á mi casa! Pues no has ido
En dos meses, y ¿tan loca
Me ves, que crea tal boca
A corazón tan fingido?
No, amigo, que si se escapa,
Será andarme tras el viento.

CAMILO.

Tenme, por tu fe, con tiento;
Que me has rasgado la capa.

CELIA.

Ese corazón quisiera,
Donde tal dureza cabe.

CAMILO.

Ya fué para ti süave,
Y á tu voluntad, de cera;
Pero hay hombres que desean
No tener común el bien;
Pero advierte que nos ven.

CELIA.

Mucho teme que le vean.
Calle, no se le dé nada,
Y amartelaráse ahora,
Si no lo está, la señora
Que nuevamente le agrada;
Y cuando riñan un poco
Por celillos, bien sabrá
Dar satisfacciones ya.

CAMILO.

Tú quieres volverme loco.

CELIA.

¿Quién duda que le diría:
«Persígueme esa mujer,
Pero no la puedo ver,
Por tu vida y por la mía;
Y no hay de qué recelarte,
Que haré que delante esté
Viendo que te beso el pie.»

CAMILO.

¿Quieres dejarme y cansarte?
Esto, ¿no era ya acabado?

Leonarda y Julia, con mantos.

JULIA.

Muy tarde y sola has salido.

LEONARDA.

Por tarde que es, no ha venido
Urbán.

JULIA.

Mucho se ha tardado.
Pero ¿por qué no quisiste
El escudero de Clara?

LEONARDA.

Por no velle aquella cara
Tan melancólica y triste.
¡Ay, Julia, más lo es mi suerte!

JULIA.

¡Jesús, señora! ¿Qué has?

LEONARDA.
¡Ay, Julia!

JULIA.
¡Qué muerta estás!

LEONARDA.
Y ¿es mucho viendo mi muerte?

JULIA.
Mira que no es tan de noche;
Calla ó cúbrete la cara.
Todo aquesto se excusara
Si hubieras venido en coche.
¡Ay, amarga, que ya veo
De adónde el aire te vino!

LEONARDA.
Galardón es éste dino
De mi loco y mal deseo.
¡Oh, quién no te conociera,
Como tú á mí, pues así,
Como no me ves á mí,
Te gozara y no te viera!
¡Fiad de los juramentos,
De las palabras y votos!
Pero son papeles rotos
Que se entregan á los vientos.
¡Quien le oyó que no quería
Otra en el mundo!

JULIA.
Y bien jura,
Que dice de noche obscura,
Y ésta querrála de día.
Mira, señora, no creas
Que sin dejarte mirar
Has de poder conservar
Un hora el bien que deseas.
Por la vista entra el amor;
Que por las manos no puede.

LEONARDA.
¿Y el oir?

JULIA.
Eso se quede
Para un amante hablador.
Sigue un hombre, oyendo hablar,
Un rebozo, aunque no vea,
Y en viendo que es mujer fea,
Al diablo la quiere dar.

CAMILO.

A Celia.

Di, veamos, ¿qué te debo?
Que yo te satisfaré.

CELIA.
Lo primero una gran fe,
Que es en nosotros muy nuevo;
Luego con mucha lealtad
No conocer otro gusto,
Y en la mía muy al justo
Vestirme tu voluntad;
Pasar mil noches al hielo,
Esperándote á una reja,
Sufrir voces de una vieja,
Y aun ¡ay! del brazo y del pelo,
No te haber jamás faltado
En cosa que hayas querido.

CAMILO.
Todo eso te he servido
Con haberte regalado;
Algún dinero me cuestas,
Y galas..... las que tú sabes.

CELIA.
¡Palabras, por cierto, graves,
Y en tu hidalga boca honestas!
El cofre abriré; no quiero
Cosa tuya. Venga Floro,
Llévelo, y aun darte en oro
Eso que me has dado espero.
¡Hermosas galas, en fin!
Una triste basquiñuela,
Con dos fajuelas de tela,
Un amargo faldellín.....
¡Qué sartas de perlas grandes!
¡Qué cadenas me ponías!
¡Qué ricas tapicerías
De las mejores de Flandes!
¡Qué casa que me has labrado,
Con jardín, reja y balcón!
Y tiénenlas mil, que son
Esterillas de mi estrado.
¿Con quién, ya que se me aleja,
Aqueste tiempo empleara,
Que á lo menos no quedara,
Ya que sin paga, sin queja?
Hallaríasme muy rota,
Muy pobre, muy despreciada,
Cuando te dí en casa entrada.

LEONARDA.
¿No ves cómo se alborota? (Aparte á Julia.)
¡Oh, quién lo que hablan oyera!

JULIA.
¿No era mejor irte á casa,
Que no esperar de quien pasa
Que alguno te conociera?
Fuera desto, ya anochece.

LEONARDA.
Eso y el estar tapada
Hace que no importe nada.

JULIA.
Mas son celos, me parece.
En mi vida lo pensara,
Que por tales aventuras
Dama que se goza á obscuras,
Fuera con celos tan clara.

CELIA.
¿Hombre yo?

CAMILO.
Sí, Celia, tú;
Y pues que me he declarado,
Déjame.

CELIA.
Ya estás dejado.
¡Jesú, qué maldad! ¡Jesú!

CAMILO.
Santíguate con cien manos.

CELIA.
¿Con testimonios me dejas?
Quédate á Dios; no más quejas.
CAMILO.
Testimonios son bien llanos.

Vase Celia.

CAMILO.
¿Es posible que se ha ido? (Aparte.)
LEONARDA.
¡Ce! le digo.
CAMILO.
¿Á mí embozadas?
LEONARDA.
No somos tan declaradas
Como esa necia lo ha sido.
¿Es acaso la Diana
Que dijistes en la huerta?
CAMILO.
Esta viudilla anda muerta (Aparte.)
Por ser conmigo liviana.—
Suplícoos que os destapéis,
Porque no lo parezcáis.
LEONARDA.
Huélgome que lo que amáis
Tan presto lo aborrecéis.
CAMILO.
Son esas divinidades
Acá ciertas fantasías,
Son unas noches sin días,
Y unas mentiras verdades.
Son unos gustos inciertos
Y un buen manjar sin sazón,
Una fiesta en confusión
Y unos sueños que son ciertos.
Es andar de noche en huertas,
Es lo no visto fingir,
Y es contar y recibir
Dineros á luces muertas.
Si vos me queréis á mí,
Dormirá un poco Diana;
Porque es noche sin mañana,
Y se quiere mucho á sí.
Quiere que la amen por fe,
Cual si cielo hubiera sido,
Y es, en efecto, sonido
Que se oye y no se ve.
LEONARDA.
Sin duda que la habéis visto,
Y os habéis desengañado.
CAMILO.
Antes por no haber mirado,
Á mi obligación resisto.
Si la viera como á vos,
Y bella como vos fuera,
No dudo que la quisiera.
LEONARDA.
¿Y de verás?
CAMILO.
Sí, ¡por Dios!
Porque sois vos una perla;
Y me he de cansar al cabo
De ser de una dama esclavo
Que no me consiente el verla.
¿Por qué yo mi mocedad
He de pasar, por su gusto,
Con este censo y disgusto
Guardando su honestidad?
Si teme ser descubierta
Como otras que el vulgo infama,
Ó estima tanto su fama,
Ponga un gigante á la puerta.
LEONARDA.
Vos lo habéis dicho muy bien;
Pero porque gente viene,
Que os vais, señor, me conviene.
CAMILO.
Pues ¿tan presto tal desdén?
Por tenerme por mudable,
Sin duda, me despedís.
LEONARDA.
Que os vais digo: ¿no me oís?
CAMILO.
Voyme, viudilla intratable.

Vase.

LEONARDA.
¡Oh traidor! ¿Que no bastaba
La ofensa que aquí me hacía,
Que requebrarme quería?
JULIA.
De desengañarte acaba.
No ha sido malo el sermón,
Si le sabes entender.
LEONARDA.
Mejor me le supo hacer
Que si viera la ocasión.
Muda quedo. ¡Que no supe
Hablar!
JULIA.
Fué sermón muy alto.
LEONARDA.
Un súbito sobresalto
No hay sentido que no ocupe.
Aquesta noche y no más.
Aunque por lo comedido,
Verás cómo le despido.
JULIA.
Y desto, ¿qué le dirás?
LEONARDA.
¿Yo le había de hablar desto?
¡Qué donosa necedad!

Urbán.

URBÁN.
No ha quedado en la ciudad
Otra calle ni otro puesto.
Dos veces á casa he ido,
Por si allá hubieras llegado.

LEONARDA.
Harto bien te has disculpado
Un día que á pie he salido,
Esta noche llamarás
Aquel galán de la puente.

URBÁN.
Harélo liberalmente.

LEONARDA.
Tú, Julia, cuenta tendrás
De la puertecilla falsa.

URBÁN.
Tu tío en casa te espera.

LEONARDA.
¡Bien! Porque pena tan fiera
No la comamos sin salsa.

URBÁN.
Con él está un forastero
De Madrid.

LEONARDA.
¿Á qué ha venido?

URBÁN.
No sé.

LEONARDA.
¡Cielos, dadme olvido
Si aquesta noche no muero!

Vanse.

Lisandro y Otón, en traje de noche.

LISANDRO.
Ya que la noche nos da
Lugar á nuestra porfía,
¿Cómo, Otón, de pena os va?

OTÓN.
¿No basta ser pena mía?
Con eso entendido está.
¿Qué dolor al mío se iguala,
Pues á la cosa más mala
Me ha traído mi furor?

LISANDRO.
¿Cómo?

OTÓN.
A mi competidor
Hace favor y regala.

LISANDRO.
Cansada está la paciencia
De sufrir celos y agravios
Cuando es paz la competencia;
Mas sabed que es de hombres sabios
Esa cuerda diligencia.

OTÓN.
No estoy deso arrepentido,
Pero muy necio y corrido
De que quite aqueste Urbán
A tanto mozo galán
Galardón tan merecido.
Yo soy un hombre arriscado;
Y aunque hubiera cien Camilos
Para su defensa y lado,
Una vez fuera los filos,
Él volviera colorado.
Este Camilo, ¿quién es,
Que así trata del arnés?
Bueno es tener respeto
A un hombre; mas yo os prometo
Que me arrepentí después.

LISANDRO.
No os pese, que aquesta puerta
No pienso que verse espere,
Noche obscura ó clara, abierta;
Que el que por ella saliere
No vuelva la cara abierta.
Éste es Valerio, en el talle.

OTÓN.
Y fuera bueno dejalle
A que en un punto se armara.

Valerio.

VALERIO.
Mas que el enemigo entrara
Por la boca de la calle.

OTÓN.
A propósito responde.
No me digas de Gradaso
Ni del Orlandino conde,
Que guardaran este paso
Como los dos.

LISANDRO.
Sentaos.

OTÓN.
¿Dónde?

LISANDRO.
En aqueste puro suelo,
Cada cual en su herreruelo,
Y á su lado la rodela.

VALERIO.
Esta noche poco vela
La blanca luna en el cielo.

OTÓN.
Andará como la viuda,
Con los cercos de humedad.
Es para llover sin duda.

LISANDRO.
¡No hubiera en esta ciudad
Una hechicera barbuda!

VALERIO.
¿Para qué?

LISANDRO.
Para que hiciera
Que por treinta se muriera.

OTÓN.
Mejor para que olvidara
Un traidor, á cuya cara
Hoy un beneficio espera.

VALERIO.
Una sátira le hagamos.

OTÓN.
¡Vive Dios, que es gran bajeza!
Sin duda la deshonramos.

LISANDRO.

Teniendo tanta nobleza,
Más corridos nos quedamos.

OTÓN.

Las sátiras inventivas
Que dan en las llagas vivas
Son para la gente baja.
¡Qué bien aquesto me encaja:
«Nunca digas mal ni escribas!»

VALERIO.

Aquel decir mal, hermano,
No guarda ningún gobierno,
Porque dicen, y es muy llano,
Que es chimenea en invierno
Y sala baja en verano.
Mejor será que cantemos,
Ó que de repente echemos
En loor de los amantes.

LISANDRO.

¿Prestaréisme consonantes?

OTÓN.

Mejor será que glosemos.

VALERIO.

¡Oh! Vos sois un cancionero.

LISANDRO.

Venga el verso.

OTÓN.

Diga así:
«La vïuda y su escudero.»

VALERIO.

¡Oh, qué tal es, pesia á mí!

LISANDRO.

Pues yo comienzo el primero:
Mirando nuestros amores
Y su grave competencia,
He presumido, señores,
Que Angélica está en Valencia
Con todos sus pretensores.
Vos sois Orlando el guerrero,
Y vos Sacripante fiero,
Yo Ferragud, bravo moro;
Pero Angélica y Medoro
«La vïuda y su escudero.»

VALERIO.

Escudero el más honrado
Que salir de España pudo,
Que á tener has acertado
El más reluciente escudo
De tus armas adornado;
Una medalla hacer quiero,
Aunque pobre caballero,
De plata y de mil tesoros,
Do estén como el cinco de oros
«La vïuda y su escudero.»

OTÓN.

En las celestes alturas,
Siendo Géminis su nombre,
Hay un signo en dos figuras,
Una mujer, otra hombre,
Pegados en carnes puras.
Yo no soy buen estrellero;
Pero, ¡por Dios verdadero!
Que cada noche imagino
Que están como aqueste sino
«La vïuda y su escudero.»

VALERIO.

¡Hola! La puerta han abierto,
Y Urbán embozado sale.

OTÓN.

¿Quién?

VALERIO.

Urbán.

OTÓN.

¿Es cierto?

VALERIO.

Cierto.

LISANDRO.

¡Oh pesia tal!

Rosano, que sale embozado de casa de Leonarda.

VALERIO.

Aparte á Lisandro.

Llega y dale.

LISANDRO.

Basta aquésta.

Da una cuchillada á Rosano.

ROSANO.

¡Ay, que me han muerto!

OTÓN.

Echad por esa esquina.

LISANDRO.

Bien se ha hecho.

Vanse los tres.

ROSANO.

Abranme aquesa puerta. ¡Ay de mí, triste!
La casa es grande, y llamo sin provecho.
¿Aquí, viejo fingido, me trujiste?
Pretendientes lo han hecho. Hacer buen pecho,
Que á una traición ningún valor resiste.
¡Qué gentil cuchillada que me han dado!
¡Oh! ¡Cómo á Madrid voy bien despachado!

Vase.

Leonarda; Lucencio y Julia.

LEONARDA.

Vaya una hacha con mi tío.

JULIA.

Ya Rodulfo está con ella.

LUCENCIO.

¿Qué necesidad hay della?

LEONARDA.

¿Cómo que no, señor mío?
Y otro criado también

Con espada os acompañe.

LUCENCIO.

¿Quién ha de haber que me dañe?

LEONARDA.

Ya yo sé que os quieren bien.

LUCENCIO.

Del hombre estoy muy contento,
Que parte bien despachado.

LEONARDA.

Digo, tío, que me agrado
De hacer este casamiento;
Que habiendo á mil propios sido
Áspera, disculpa espero
En querer á un forastero.

LUCENCIO.

Ventura el hombre ha tenido.
Ricas albricias le esperan
En allegando á Madrid.

LEONARDA.

Á Julia.

Que se aperciban decid.

JULIA.

Ya esperan y desesperan.

LUCENCIO.

Adiós.

LEONARDA.

Él vaya contigo.

Vase Lucencio.

JULIA.

Desesperándome estaba;
Que en la puerta falsa andaba
No sé quién.

Urbán.

LEONARDA.

Urbán amigo,
¿Cómo solo desa suerte
Con la máscara en la mano?

URBÁN.

Hay mucho mal.

LEONARDA.

¿Cómo, hermano?
De lo que pasó me advierte.

URBÁN.

A la puente del Real
Llegué á las diez, donde atento
Ya me esperaba Camilo,
El curso del agua huyendo.
Llegué á hablarle, y él alzó
De la baranda los pechos,
Y cubriéndole los ojos,
Yo fuí el mozo y él el ciego.
Entramos por la ciudad,
Hablando y encareciendo
Yo tu hermosura y tu fama,
Y él su amor y sus deseos.
Preguntábale si había
En Valencia algún sujeto
Que le agradase de día
Mas que tu obscuro aposento;
Y él me contaba una historia
De una mujer que de celos
Le seguía y perseguía
En calles, plazas y templos;
Cuando un alguacil llegó,
Y al querer reconocernos,
La venda del dios de amor
Camilo se quita presto.
Llegó, y quién era le dijo,
Dejándole satisfecho;
Pero no quiso rogalle
Que me dejase cubierto.
La máscara me quitaron;
Camilo y todos me vieron;
Bien que me dejaron libre,
Que mejor dijera preso.
Camilo, en viéndome el rostro,
Me dijo: «Amigo (riendo),
Dejemos estas quimeras,
Y vámonos descubiertos.»
Yo entonces, como en los montes
Acosado corre el ciervo,
Á Camilo dejo atrás,
Y voy igualando al viento;
Y por calles desusadas,
De aqueste triste suceso,
Conocido y afrentado,
Á darte las nuevas vengo.

LEONARDA.

¡Pobre de mí! ¡Tras un mal
Otro mayor! ¿Qué he de hacer?

JULIA.

¿Tu valor puede perder
Su condición natural?
Ahora el esfuerzo importa.

LEONARDA.

No le hay en tal desconsuelo;
Que cuando castiga el cielo,
Acero y diamantes corta.
Ahora bien, cualquier flaqueza
Es notable en quien yo soy;
Pero fabricando estoy
Una aguda sutileza.
Urbán, por algunos días
Á mi prima servirás,
Y por Valencia andarás
Muy lejos de cosas mías.
Así que cuando te siga
Este hombre, entenderá
Que por ella viene y va.

JULIA.

Á mucho el honor te obliga.

URBÁN.

Pues di: ¿quieres deshonrar
Tu prima? ¿No es desvarío?

LEONARDA.

Urbán, por este honor mío,

Todo se ha de perdonar.
Caiga esa mancha en mi prima,
Y líbrese mi opinión.

URBÁN.

¿Tú no ves que es sinrazón?

LEONARDA.

Así la fama se estima.
Si cuando te acuchillaban
Delante al otro ponías,
De quien favor recibías,
Y los otros en él daban;
Y si defender la mano
Al rostro es tan natural,
Por parte más principal,
No es pensamiento inhumano.
Recogeos, y mañana
Á misa con ella irás
Al Milagro.

URBÁN.

Tú le harás
Con esta industria greciana.
Pero di, ¿quién ha de ir
Mañana por tu galán?

LEONARDA.

Julia, disfrazada, Urbán,
Que de hombre se ha de vestir.

JULIA.

¿Y si algún hombre me topa?

LEONARDA.

Defendérate tu ciego.

JULIA.

Dél me temo.

LEONARDA.

¿Cómo?

JULIA.

Es fuego,
Y conocerá la estopa.

Vanse.

Otón y Valerio.

VALERIO.

Dicen que ya se levanta.

OTÓN.

Es un lirón en dormir.
Lo que se tarda en vestir,
Valerio, es cosa que encanta.

VALERIO.

Acostóse, pues, temprano;
Que anoche poco rondó.

Sale Lisandro.

LISANDRO.

Ésa, á fe, me desveló,
Escudero y cirujano.

OTÓN.

¿Aun os ponéis los botones?

VALERIO.

¿El cirujano os desvela?
¡Buena burla! Mas creeréla.

OTÓN.

Dejémonos de razones.
¿Hubo quien nos conociese?

LISANDRO.

Era un desierto la calle.

VALERIO.

¡Qué bien que se puso al dalle!

OTÓN.

Mas ¡que tan bien sucediese!
¿Fué en la cabeza ó la cara?

LISANDRO.

En todo pienso que hirió,
Porque revés que doy yo,
Hasta el pescuezo no para.

OTÓN.

¡Válame San Jorge!

VALERIO.

Amén.

OTÓN.

Esto cuentan de Roldán.
¡Hola! ¡Hacia acá viene Urbán!

VALERIO.

¿Quién?

OTÓN.

Urbán.

LISANDRO.

¿Quién dices? ¿Quién?

OTÓN.

¡Hola! Urbán es, y muy sano.

VALERIO.

Míralo bien.

OTÓN.

¿Qué hay que ver?
Tú debías de tener
Anoche blanda la mano.

VALERIO.

Cuando yo doy un revés,
Hasta el pescuezo no para.

OTÓN.

Cogiendo cabeza y cara,
Queda abierto hasta los pies.

LISANDRO.

Estoy por dársele ahora.

OTÓN.

Deteneos.

Urbán.

VALERIO.

Urbán, ¿dó bueno?

URBÁN.

De priesa y cuidado lleno;
Que va á misa mi señora.

OTÓN.

¿Quién? ¿Leonarda?

URBÁN.

Ha ya mil días
Que en cas de su prima estoy,
Y con ella vengo y voy.

VALERIO.

¡Muy bien así le darías! (Ap. á Lisandro.)

LISANDRO.

Sin duda, pues, que hay herido
Ó forastero ó criado.

OTÓN.

Tenga, pues se ha disculpado,
Perdón.

LISANDRO.

Más yo se le pido.

URBÁN.

¿Mandáis más? que voy de prisa.

OTÓN.

Dinos algo de tu ama.

URBÁN.

Que es una Porcia en la fama.

LISANDRO.

Ven acá.

URBÁN.

Tocan á misa.

Vase.

VALERIO.

Fuése, que es gran bellacón.

OTÓN.

Sin duda, su prima está
Sola, si éste no está allá.

LISANDRO.

¡Oh, vana murmuración!
Si aquéste su galán fuera,
Sin él ni un hora pasara.

VALERIO.

Amando, es cosa muy clara.

LISANDRO.

Pues ¿no sabremos quién era
El que llevó el beneficio
Anoche? Y no por el boto,
Sino por el filo.

VALERIO.

Has roto
Más que un romano Fabricio;
Ya no preguntes quién sea,
Que ya no debe de ser.

LISANDRO.

Pues téngolo de saber.

Desnuda la espada.

OTÓN.

Basta que el filo se vea.

LISANDRO.

Sangre tiene, ¿qué dudamos?

VALERIO.

Por mí, Lisandro, lo creo.

OTÓN.

¿Dónde iremos?

VALERIO.

Á la Seo.

LISANDRO.

Mejor es que á San Juan vamos.

Vanse.

Camilo y Floro.

FLORO.

¿Tantas cruces te haces?

CAMILO.

Pues ¿qué quieres,
Viendo tan espantoso desengaño
Deste mi encantamento y aventura?

FLORO.

¿Viste anoche muy bien el hombre?

CAMILO.

Vilo
Como te veo, Floro amigo, ahora;
Y vile con tal fuerza de deseos
De conocerle bien, que desvelado
Toda la noche estuve, con su imágen
En la memoria como piedra impresa,
Hasta que me dormí cansado al alba.
Puedo en la mesa retratarle al vivo,
Como se cuenta del famoso Apeles.

FLORO.

¿Y que hoy le has visto acompañar su ama?

CAMILO.

Pues ese es, Floro, el desengaño mío;
Que como anoche conocí su cara,
Y hoy le vi con aquesta buena dueña,
Estoy desesperado.

FLORO.

Dime el cuento
De suerte que lo entienda.

CAMILO.

Estáme atento.
Yo salía del Milagro,
Discursos varios haciendo
Sobre el suceso de anoche,
Que fué notable suceso.
Iba bajando las gradas,
Cuando el escudero veo
Con sereno y corto paso,
Rostro humilde, airoso cuerpo.
De la su mano traía
(Que así lo dicen los viejos)
Una niña, que ganaba
Con cuatro quinces el juego.
No me dé mejores cartas
En su vida el compañero,
Que los puntos desta diosa,
Diosa en años, diablo en gesto,
El cual era de un color
Tan pálido y macilento,
Que el bronce no le igualaba,
Aunque de bronce era hecho.
La frente vellosa y chica,
Blancos y pocos cabellos,
Cejas tiznadas de hollín,
Por la falta de los pelos,
Ojos á obscuras süaves,
Porque eran de rocín muerto,
Nariz de jabón de sastre,
Y barbuda por lo menos;
La cabeza tuerta un poco,

Los hombros, Floro, sin cuello,
El andar como de un ganso,
Muy á espacio y patiabierto.
Quisiera empujarla entonces
Y dar con ella en el suelo;
Pero al fin, desengañado,
Vuelvo corrido en extremo.

FLORO.

¿Estos, señor, han sido tus peligros?
¿Esto ponerte á una perpetua infamia?
¡Así tomaras luego mi consejo,
Y rompieras un poco el capirote,
Ó fuerza hicieras con la espada en mano!
Que no habían de matarte ni ofenderte.
Todo fué muy galán aficionarte
De una camilla de damasco y tela,
Y de unos terciopelos y brocados.
Mas ¿qué piensas hacer?

CAMILO.

La primer casa
Me ha de dar pluma y tinta, y con la cólera
Le he de escribir quién es, y su mal término,
Y quedará de lengua castigada;
Que gran castigo suele ser la lengua,
Y más cuando se vea conocida,
Y que pierde el mocito que engañaba.

FLORO.

¿No me contabas tú que la tocaste,
Y que era moza muy briosa y cuerda,
Que hablaba con extremo y respondía?

CAMILO.

Sin ojos, no me culpes ni me corras.
Urbán queda con ella ahora en misa;
Darásle este papel que he de escribille,
Para que se le lleve como digo.

FLORO.

¡Linda dama has gozado!

CAMILO.

¿Burlas, Floro?

FLORO.

¡Oh, qué niña tan linda!

CAMILO.

Como un oro.

Vanse.

Leonarda y Julia.

JULIA.

Qué, ¿al fin te has determinado
Á querer un forastero?

LEONARDA.

Celos, Julia, me han forzado
Deste traidor por quien muero,
Y este mi honor estimado.

JULIA.

Y qué, ¿saldrás de Valencia?

LEONARDA.

Antes que con cierta ciencia
Sepan mi secreto estilo,
Es bien dejar á Camilo,
Y halo de hacer el ausencia;
Porque, según está impreso
En el alma que le dí,
Julia amiga, te confieso
Que verle y no hablarle aquí
Sería perder el seso.

JULIA.

Por extraño modo has hecho
Tu gusto, sin que tu honor
Quede manchado ó deshecho.

LEONARDA.

Una mujer con amor
Deshará todo el derecho.

JULIA.

Cierto; que si las señales
Del secretario son tales
Como escriben, aunque en breve,
Que nada á Camilo debe.

LEONARDA.

Mucho son en todo iguales;
Pero lo visto era bueno.

JULIA.

¡Oh, cómo el verte casar
En reino extraño y ajeno,
Por la ciudad ha de dar
Un bravo estampido y trueno!

LEONARDA.

No importa, pues della salgo.

Urbán.

URBÁN.

Para tus industrias valgo
Un mundo.

LEONARDA.

Urbán, ¿con tal prisa?

URBÁN.

Ya me vió llevar á misa
Á tu prima aquel hidalgo.

LEONARDA.

¿Y qué? ¿Puso buen semblante?

URBÁN.

Con un rostro entre dos luces
Se puso á vernos delante,
Haciéndose cien mil cruces,
Que es satisfacción bastante.
Y al salir me dió el criado
Aqueste papel cerrado
Para que á tu prima diese,
Como si culpa tuviese.

LEONARDA.

Bien le habemos engañado.
Muestra, á ver lo que le escribe.

URBÁN.

¿Quién duda que le dirá
Que de su gusto se prive?

LEONARDA.

Dirá que corrido está,
Y cuán engañado vive.
(Lee.) «Vieja de Satanás, que á siete dieces
Te enamoras, y gozas con hechizos

De mozos, por su mal, antojadizos,
Con quien te haces niña y enterneces;
»Hoy vi tu antigua cara con dobleces,
Tiznadas cejas y canudos rizos,
Con la tuerta nariz, dientes postizos,
Y las hermosas manos de almireces.
»Desengañéme, y dije muy corrido:
Adiós, señora Circe; á Lanzarote
Sirva de quintañona, y será moza.
»Busque otro necio, como yo lo he sido,
Á quien ponga de noche el capirote,
Que presto la pondrán una coroza.»

URBÁN.

¡Bravo fuego viene echando!
Mas no hay que espantarse dél.

LEONARDA.

Y yo me estoy lastimando;
Que no hay cosa en el papel
Que no me deje abrasando,
Porque hago dello honor.

URBÁN.

Eres mujer, y en rigor
No pueden sufrir ser feas.
¿Corrido te has?

LEONARDA.

No lo creas.

JULIA.

Pues ¿hay afrenta mayor?

URBÁN.

¿Cómo afrenta? Si ése piensa
Que es esa vieja tu prima
De quien recibió la ofensa.

LEONARDA.

Por ventura amor me anima
Á que me ponga en defensa.
Y necio Camilo anda,
Pues hoy confiesa tan dura
La que ayer sintió tan blanda.

URBÁN.

Lo que es mal, presto asegura,
Y así en hablar se desmanda.
¿Qué has de hacer?

LEONARDA.

Á su posada
Vé esta noche; que me agrada
Con otro mayor engaño
Dalle un cierto desengaño.

URBÁN.

Tú quedarás engañada.

Vanse.

Camilo y Floro.

CAMILO.

¿Eso me dices, Floro?

FLORO.

Bien sabía
Que había, señor mío, de ofenderte;
Y sabe Dios lo que á mi alma cuesta
Dar licencia á mi lengua y á mi boca,
Para palabras de vergüenza poca.
Desde aquesta mañana, que me diste
Aquel papel que al escudero diese,
Anduve comenzando mil razones,
Y nunca pude pronunciar ninguna.
Bien sé, señor, que hacello fué mal término;
Mas quien es tan discreto, y ha leído
Tantas historias, verá bien por ellas
Que amor tiene disculpa en sus efectos
Con sólo ser amor.

CAMILO.

Ya lo sé, Floro,
Y no es esa la culpa que en ti hallo.

FLORO.

Como yo vi que despreciaste á Celia,
Y ella, señor, se vió desamparada,
Por su consuelo entraba á visitarla;
Y visitóme amor de suerte el pecho,
Que le dije mi intento, y dí palabra
De casarme con ella, como fuese,
Señor, tu gusto, y con licencia tuya.
Ella, desesperada que en su vida
La volvieras á ver, y porque todas
Oyen muy bien aquesto de casarse,
También me dió palabra y juramento.
Ve si gustas de hacerme un bien tan grande,
En consideración de mis servicios,
Pues sabes que mis padres te criaron,
Y que he sido tu esclavo desde entonces.

CAMILO.

Floro, no pienses tú que á mí me pesa
Que te cases con Celia, y porque tengo,
Habiendo sido Celia cosa mía,
Celos ahora, juzgo que es mal término;
Sino porque el amor que te he tenido,
Pensaba hacer de ti mejor empleo.
Ello es tu gusto: no te contradigo.
Si está de Dios, el hombre no lo estorbe.
Vé por Celia á su casa, y hablaréla.

FLORO.

Más cerca está, señor.

CAMILO.

¿Cómo?

FLORO.

Está en casa;
Que hoy vino á mi aposento.

CAMILO.

Vé por ella.

Vase Floro.

¡Extrañas cosas hace este amor ciego!
Á mí por una vieja me trae loco,
Y aqueste Floro casa con mi amiga.
Pero esto estáme bien, pues me asegura
De que no me persiga.

Floro y Celia.

FLORO.

Aquí está Celia

Y aqueste esclavo tuyo.

CELIA.

El cielo sabe,
Señor, si vengo á hablarte con vergüenza;
Pero para una cosa que es tan justa
Espero tu favor.

CAMILO.

Celia, yo pienso
Que el cielo te ha mirado pïadoso,
Pues á tu vida ha dado tal remedio.
Como es Floro mi amigo, y no criado,
Padre tendréis en mí y amparo todos;
Y el día que os caséis te daré, Celia,
Sin vestidos ni alhajas, mil ducados.
Vuélvela ahora, Floro, á tu aposento.

CELIA.

El cielo aumente esos gallardos años.

FLORO.

Dame, señor, aquesos pies.

CAMILO.

Levántate.

CELIA.

No hay príncipe como él.

FLORO.

Nadie le iguala.

Vanse Floro y Celia.

CAMILO.

Contento parte Floro, que es amante,
Que su gusto escogió con muchos ojos.
¡Ay de aquel necio que le tuvo á obscuras!

Vuelve Floro.

FLORO.

Con no haberse cerrado bien la noche,
Aquel tu enmascarado está á la puerta.
Fulgencio me lo dijo, y que éste leas.

CAMILO.

¿Que no quieren dejarme aquestas máscaras?
¿Todavía esta vieja me persigue?

FLORO.

Lee; veamos qué es lo que te escribe.

CAMILO.

Lee.

«Creerse de ligero no es cordura,
Que suele resultar en propio daño;
Y no tengáis temor de que es engaño,
Que al fin el que es más fuerte poco dura.
»Venid, Camilo, á ver mi fe tan pura,
Que esta noche os darán el desengaño,
Ó á lo menos la muestra dese paño,
Que por su afrenta defenderse jura.
»No soy quien vos pensáis; y así, deseo,
Aunque cual siempre guardaré mi fama,
Desengañaros, como ya comienzo.
»No penséis que habéis hecho mal empleo,
Ni á Circe presumáis tener por dama,
Que en todo os soy igual, y en algo os venzo.»
¿Hay cosa igual? Aquésta es hechicera,
Ó yo he perdido, Floro, mi jüicio.
¿Con esto sale ahora nuevamente?
¿Quiere enredarme con encantos nuevos?
Mas donde fué lo más, lo menos vaya.
Dame un jaco de presto.

FLORO.

Voy.

CAMILO.

Apriesa.
¿Guardar quiere su fama? Aquesta noche
Luz tengo de llevar, si allá me matan.
Ponme en una lanterna una bujía.

FLORO.

¿Muerta?

CAMILO.

Encendida, necio, mas cerrada
De suerte, que llevarla no se vea.
¡Que aun quiere hacerse hermosa aquesta fea!

Vanse.

Leonarda, Lucencio y Julia.

LUCENCIO.

Hasta hoy no había sabido,
Sobrina, aqueste suceso,
De que estoy que pierdo el seso.

LEONARDA.

Y ¡qué! ¿Tan mal le han herido?

LUCENCIO.

¿Cómo herido? Si no fuera
En Valencia, no escapara,
Que es la cirugía muy rara;
Y así, su salud se espera.
La noche que de aquí fué
Con las cartas que escribimos,
Esas albricias le dimos.

LEONARDA.

Sin duda que hizo por qué.

LUCENCIO.

Él jura que á nadie habló,
Ni sabe por qué le dieron.

LEONARDA.

Y ¿no se sabe quién fueron?

LUCENCIO.

Diera por saberlo yo
La mitad de mi hacienda.

LEONARDA.

Y ¿no le hacéis regalar?

LUCENCIO.

Á casa le he de llevar,
Y hacer que nadie lo entienda;
Que es conveniente á tu honor.
¿Hay recado de escribir?
Porque es razón advertir
Á ese hidalgo y su señor.

LEONARDA.

¡Hola! Poned unas velas

Allá en mi cuadra.

LUCENCIO.

Yo voy.

Vanse Julia y Lucencio.

LEONARDA.

¡Que no me aprovechan hoy
Con este viejo cautelas!
Cuando á Camilo he de ver,
¡Tengo aquesta sombra en casa!
Pero bien lejos dél pasa,
Y yo le sabré esconder.

Julia.

JULIA.

Ya el viejo queda escribiendo.

LEONARDA.

Urbán sin duda es venido.

Sale Urbán, guiando á Camilo, que trae el capirote puesto.

URBÁN.

No dirás que no he traído
Tu ciego.

LEONARDA.

En verle me ofendo.

CAMILO.

¿Podréme ya descubrir?

LEONARDA.

Lleva esas luces.

CAMILO.

Qué ¿aun dura
Eso de ser dama obscura?
Ya no se puede sufrir.
Heme aquí que me descubro.
¿Qué importa, si ciego estoy
Para el desengaño de hoy?

LEONARDA.

Por quien soy, de vos me encubro.
Pero no saldréis de aquí
Sin que vais desengañado,
Y habéisme mucho agraviado
Con pensar eso de mí.
Y fué sin duda locura
No reparar en que ha sido
La dama que habéis tenido
Menos espantosa y dura.
Que no es un hombre tan ciego,
Que así sus manos le engañen,
Para que le desengañen
Vanos pensamientos luego.
Pero sois mozo, en efeto,
Y no poco confiado;
Y ansí, en lo escrito y hablado
No habéis andado discreto.
Mas quiérooslo perdonar
No más de por lo que os quiero.

CAMILO.

Disculpa daros espero,
Si es que me pude engañar;
Pero si luz no ha de haber,
No procuréis desengaño;
Que quien hizo aquel engaño,
Otros muchos sabrá hacer.

LEONARDA.

Pues luz no la imaginéis.

CAMILO.

¿Eso es ya resolución?

LEONARDA.

Aunque os pierda, está en razón
Que con luz no me gocéis.

CAMILO.

Pues burlar á un caballero
Tampoco, señora, es justo.
Daros quiero un gran disgusto.
Luz traigo, y veros espero.

Descubre la luz.

¡Jesús! ¿No sois la vïuda
Que yo tantas veces vi?

LEONARDA.

Cubriéndose el rostro con las manos

¡Ay, desdichada de mí!

CAMILO.

Ya mi mal en bien se muda.

LEONARDA.

Ese ¿es término de hidalgo?

CAMILO.

Del rostro la mano alzad.

LEONARDA.

¿Hay tal fuerza? ¿Hay tal maldad?

Lucencio.

LUCENCIO.

Leonarda, á tus voces salgo.

Camilo saca la espada.

¿Cómo es aquesto? ¡Hombre aquí,
Y hombre con desnuda espada!

CAMILO.

Estuvo siempre envainada,
Y desnudóse por ti.

LUCENCIO.

Saca una luz, llama gente.

Va Julia y saca un hacha.

LEONARDA.

Señor, esto es hecho ya:
Poner silencio será
Remedio más conveniente.
Aqueste hidalgo es Camilo,
Á quien tú conoces bien;
Quiéreme bien, y también
Yo á él por el mismo estilo.

Si fuere voluntad tuya,
Yo quiero ser su mujer.

LUCENCIO.

Como estéis de un parecer,
Yo gusto que se concluya.
Más blando, señor armado,
Que os conocí muy pequeño.

CAMILO.

Vos sois mi padre y mi dueño.
Haced lo que os han rogado.

LUCENCIO.

Vé, Urbán, y llama testigos.

URBÁN.

Yo voy volando.

Vase.

LUCENCIO.

¡Esto pasa!
¿Cuando estoy, sobrina, en casa,
Tienes en casa enemigos?
¿Para qué escribir me hacías,
Si en este negocio andabas?

Urbán, con Valerio, Lisandro, Otón y Floro.

LEONARDA.

¿Por qué un pueblo no llamabas,
Ó media ciudad traías?

URBÁN.

Estaban casi á la puerta.

LUCENCIO.

Ellos están bien llamados;
Caballeros son honrados.
Oigan cómo se concierta
Que Camilo con Leonarda
Se ha de casar, y lo juran.

VALERIO.

Justamente lo procuran,
Él noble, y ella gallarda.
Hoy de mil tesoros llenos
Os haga el cielo á los dos,
Y gocéisos, ruego á Dios,
Por muchos años y buenos.

FLORO.

En un día mi señor
Y yo nos hemos casado.

LISANDRO.

Casamiento tan honrado
Vuelve en olvido mi amor.
Mejor que en reinos ajenos
Y con el bien que tenéis,
Estaréis donde os gocéis
Por muchos años y buenos.

URBÁN.

¿No me dan á Julia á mí?

LEONARDA.

De hoy más será tu mujer.

OTÓN.

El testigo vengo á ser,
Aunque pretendiente fuí.
Mas confieso que soy menos;
Y así, tan bien escogéis,
Que es bien que este bien gocéis
Por muchos años y buenos.

LISANDRO.

¿Será la boda?

LUCENCIO.

Mañana.

VALERIO.

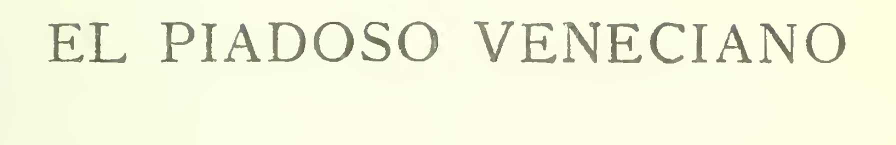
¿Tan presto?

LUCENCIO.

Conviene así.

CAMILO.

Pues bien es que acabe aquí
La Viuda valenciana.



EL PIADOSO VENECIANO

EL PIADOSO VENECIANO

PERSONAS

FULGENCIO.
OTAVIO, *hijo de Fulgencio.*
LEONCIO.
PERSIO.
TADEO.
LUCINDA.
SIDONIO.
GERARDO.
JULIA.
ELISA.
SILVIA.
URBINO.
FILENO, *villano.*
MARCELO.
UN CAPITÁN.
UN SECRETARIO.
UN TAMBOR.
UN ALGUACIL.
EVANDRO, *viejo.*
BELARDO, *villano viejo.*
SABINO.
FINEO.
EL DUQUE DE VENECIA.
SENADORES.
MÚSICOS.
ALABARDEROS.
ALGUACILES.

ACTO PRIMERO.

Fulgencio, Leoncio; Persio y Tadeo, en hábito de turcos.

FULGENCIO.
¿Estás bien en lo que digo?

LEONCIO.
Ya sé que he de dar lugar
Á que pueda preguntar
Que por qué vienen conmigo.

FULGENCIO.
Y vosotros, ¿entendéis
Por qué causa habéis tomado
El hábito disfrazado
Con que turcos parecéis?

PERSIO.
Bastantemente se entiende
Que es este disfraz, señor,
Sólo para dar temor
Á una mujer que te ofende.
Y cuando fuera verdad
El dar muerte á su marido,
Fuera el hábito fingido,
Y cierta nuestra lealtad.

TADEO.
No tienes en tus criados,
Para toda ejecución,
De quién hacer elección,
Como de los dos llamados.
Ya sé que se ha de fingir
Querer un hombre matar;
Que hay desto al ejecutar,
Lo que de hacer á decir.

PERSIO.
Cuando te importara, y fuera,
No digo este ciudadano,
Sino el Duque veneciano,
Ánimo en los dos hubiera.
Vete, y déjanos fingir
Lo que, cuando verdad sea,
Conocerás quién desea,
Fulgencio, hacer ó decir.

FULGENCIO.
Satisfecho, Persio, estoy;
Estaldo entrambos de mí,
Si sabéis que soy quien fuí
Y que haré como quien soy.
Vi por mi mal esta fiera
Con este noble casada,
Tan casta y tan recatada,
Que hacerme Tarquino espera.

No hay hiedra en muro, no hay lazos
De parra que al olmo enreda,
Que igualar con ella pueda,
De su marido en los brazos.
No sé dónde se ha forjado
Aqueste casado amor;
Que amor, puesto que es furor,
Corre en casados templado.

LEONCIO.

Ordinaria suele ser
En ellos esa templanza,
Como se ve en tu esperanza
Y el dueño desa mujer;
Que más esperando quieres
Que él su cierta posesión;
Mas la buena es excepción
De las comunes mujeres.
Y cuando, en fin, la que es tal
Da en querer á su marido,
Ni hay tiempo, muerte ni olvido,
Porque es amor inmortal.
Tras ésto, ha de merecer
El hombre por sí este amor,
Porque si tiene valor,
Tendrá famosa mujer.

FULGENCIO.

¡Cuántos, Leoncio, preciados
De lindos, ricos y bellos,
No han tenido sus cabellos
Seguros désos cuidados!
¡Cuántos, con alto valor,
Han visto desigualdades,
Por serlo las voluntades,
En las prendas de su amor!
¡Cuántos, que no merecieron
Ser de la gente notados,
Han sido más desdichados
Que otros que la causa dieron!

LEONCIO.

Es de parte del sujeto
De su injusta compañía
Tal vez tal la alevosía,
Que pierde al cielo el respeto.
. . . . (1)
Y estando á todo ignorante
No es bofetón, pero es guante,
Que le tira por mentís.
Bien queda el hombre obligado
Á poner bien su opinión;
Pero, en fin, no es bofetón
Que con la mano se ha dado.
Sidonio tiene valor,
Buen talle y entendimiento;
No es mucho que este contento
Engendre en Lucinda amor.
Júntase la honra luego
Del matrimonio, que es cosa
Dulce, sagrada y honrosa,
Contra tu amor loco y ciego.

(1) Falta un verso, lo menos.

No te quiero aconsejar;
Que ya sé que es sin remedio,
Porque estás de amor en medio,
Que es como tormenta en mar.
Vete, y pongámosle miedo
Á esta mujer de valor,
Pues que no basta el amor.

FULGENCIO.

Mal podré lo que no puedo.
Mi pretensión ayudad,
Y del consejo estad ciertos
Que es como hablar con los muertos
Ó enseñar la necedad.
Soy ciego de nacimiento;
Nunca vi, ni aun lo pensé;
Pues mirad lo que seré
Ciego del entendimiento.
Pues si los ojos lo son
Del alma, que ha de guiar,
¿Qué razón me ha de enseñar
La color de la razón?
Voyme, y en Rialto espero
Que respuesta me traigáis.

Vase.

LEONCIO.

Bien advertidos estáis.

PERSIO.

Eso hicimos lo primero.

TADEO.

Quedo, que Lucinda sale.

Lucinda.

PERSIO.

Sola viene.

LUCINDA.

Al salir.

Vuelvo luego.

LEONCIO.

Aparte á sus compañeros.

Advertid que á hablarla llego.

TADEO.

No hay sol que su rostro iguale. (Aparte.)

LEONCIO.

Á Lucinda.

Dios te guarde.

LUCINDA.

¿Qué me quieres,
Correo de aquel tirano,
Solicitador villano,
Que por mi deshonra mueres?
Sombra que de ver me asombro,
Viento lleno de furor,

Que el manto del santo honor
Me quieres quitar del hombro;
Lisonjero de palacio,
Que, por lo que él interesa,
Quiere que dé tan apriesa
Lo que gané tan despacio;
Espía contra mi honor,
Que mis defensas impides,
Por derribar con ardides
El fuerte de mi valor;
Mina que vas procurando
Derribar el fundamento
De mi casto entendimiento,
Cuando más le estoy velando:
¿No sabes que sólo el verte
Tanta tristeza me causa?

LEONCIO.

Si otras veces fuí la causa
De enojarte y de ofenderte,
Ésta por lo menos soy
De tu vida y tu remedio,
Y aquella virtud que en medio
De sus extremos estoy.
Ya no hago por Fulgencio;
Ya contra Fulgencio hago,
Que me ha dado justo pago.....
La causa quede en silencio;
Que algún día la sabrás.
Basta que él hoy me ha contado
Que vive determinado.....
Apártate un poco más.

LUCINDA.

¿Qué es la determinación?

LEONCIO.

Las piedras suelen oir.

LUCINDA.

Bien me lo puedes decir;
Que las que ves, sordas son.

LEONCIO.

Fulgencio, viendo que ha sido
De tu marido el amor
La causa de tu rigor,
Matar quiere á tu marido.

LUCINDA.

¡Válgame el cielo!

LEONCIO.

Esto pasa.
Piensa que le soy fïel;
Pero, por vengarme dél,
Vine corriendo á tu casa.
Págame este honrado aviso,
No en dinero (que no quiero,
Pues no merezco dinero
Si por mi agravio te aviso),
Pero en moneda que poca
Suele correr en mujer,
Que es el callar y poner
Justo silencio á tu boca.
Hoy, por cosa bien ligera,
Me puso el fiero villano
Dos ó tres veces la mano.....
Referírtelo me altera.
Basta; no te digo más.
Acaba con esta bestia,
Porque no te dé molestia,
Por el peligro en que estás.
Hazle gusto, que es un hombre
Poderoso y atrevido;
Que ni tú ni tu marido
Perdéis vuestro honrado nombre;
Que yo, porque no me dé
Otra vez esta ocasión,
Le dejaré, y con razón
Hoy á Ferrara me iré.
¿No ves dos turcos allí,
De dos alfanjes armados?
Pues éstos vienen pagados
Para darle muerte aquí;
Gente que con una nave
De granas se ha de partir
Mañana antes de salir
El sol, si hay viento suave;
Y que en corso no podrás
Despachar destas riberas
De Venecia las galeras,
Ni hallar justicia jamás.

LUCINDA.

Qué, ¿estos turcos ha enviado
Sólo á matar á Sidonio?

LEONCIO.

Inducido del demonio
Y de celos incitado,
Que es infierno de por sí;
Porque amor vive en los cielos,
Y en el infierno los celos.

LUCINDA.

¿Qué he de hacer? ¡Triste de mí!

LEONCIO.

Hoy le puedes ocupar
En alguna cosa en casa,
Sin que entienda lo que pasa.

LUCINDA.

La justicia quiero hablar.

LEONCIO.

Pues ¿cómo serás creída?
Y habiéndose paces hecho
Con el Turco, es sin provecho,
Y es deshonra conocida;
Que no ha de dar el Senado
Tormento á turcos aquí
Porque digas que te dí
Aviso tan mal pagado.
Pero escucha: yo diré
Á los turcos que he traído,
Que está fuera tu marido,
Que ayer á Florencia fué;
Y con esto volverán
Á su nave y á su tierra,
Sin hacerte agravio. Y cierra
Tu boca.

LUCINDA.

¿Que al fin se irán?

LEONCIO.
En el punto que lo entiendan.
LUCINDA.
Pues vé, y hazme este placer,
Que á fe de noble mujer.....
LEONCIO.
Basta; haré que no lo emprendan.
LUCINDA.
Tú verás el galardón.
LEONCIO.
¡Ah, Lucinda! Que no sabes
Que tiene ese hombre las llaves
De toda tu perdición.
Líbrate dél; dale gusto;
Que no has de perder honor
En satisfacer su amor
De un tirano tan injusto.
Gozarás de tu marido
En paz, porque de otra suerte
Ha de intentar darle muerte.
LUCINDA.
¡Qué desdichada he nacido!
Vé, Leoncio, y de aquí lleva
Estos bárbaros crueles.
LEONCIO.
No le trates como sueles;
Prueba á hablarle, á verle prueba;
Que tratado, perderás,
Lucinda, el seso por él;
Que el serte en esto cruel
Es amor, no puede más.
No es su condición tan dura
Como tú juzgas, contigo;
No es Fulgencio tu enemigo,
Sino tu misma hermosura.
Tu amor le ha quitado el seso.
LUCINDA.
Lleva estos hombres de aquí.
LEONCIO.

Á Persio y Tadeo.

Amigos, á saber fuí
Del dueño de aquel suceso,
Y hoy se ha partido á Florencia.
TADEO.
¿Que no está aquí?
LEONCIO.
Ya se fué.
TADEO.
¿Cuándo volverá?
LEONCIO.
No sé.
PERSIO.
Pues revoque la sentencia;
Que nos habemos de ir
Mañana al amanecer.
LEONCIO.
¿Que no os podéis detener?
PERSIO.
Esto le puedes decir.
TADEO.
Nosotros hemos perdido
Bellos quinientos ducados.

Vanse Persio y Tadeo.

LEONCIO.
Ya se van, desesperados
De no hallar á tu marido.
En obligación me estás.
Voy tras ellos, hasta ver
Si se embarcan. ¿Has de hacer
Su gusto?
LUCINDA.
Vé donde vas.
LEONCIO.
Deseo tu bien.
LUCINDA.
No puedo
Hablarte, con el disgusto.
LEONCIO.
Con sólo cumplir su gusto,
Truecas en provecho el miedo.

Vase.

LUCINDA.
Dudoso estado á lamentar me obliga
La mísera fortuna en que me veo:
Veo el peligro, y puesto que le creo,
No sé si dél me guarde ó si le siga.
¿Será mejor rendirme á la enemiga
Fuerza, y guardar la vida que deseo,
Ó que muera la gloria que poseo
Donde la fama mis hazañas diga?
¿Rendiré de mi amor la fortaleza
Á un hombre que dos vidas pone en calma?
Mas ¿cómo ofenderé tanta nobleza?
Morir quiero y ganar eterna palma;
Que no hay mayor desdicha ni bajeza
Que dar el cuerpo, no queriendo el alma.

Sidonio.

SIDONIO.
¿Duran en ti todavía
Las tristezas con que matas
Entre esas manos ingratas,
Lucinda, la vida mía?
¿No cesas de dar suspiros
Entre una y otra razón,
Haciendo mi corazón
Negro blanco de sus tiros?
¿No cesan tus ojos bellos
De ser fuentes, que á parar
Vienen de mi pecho al mar,
Anegando el alma en ellos?
Y á lo menos, si no dejas
Suspiros, tristeza y llanto,
¿Por qué, amor, me niegas tanto
La causa por que te quejas?

¿Por qué, si dices que soy,
Lucinda, tu propia vida,
Quieres verla consumida
En la confusión que estoy?
¡Ay! Si yo tu vida fuera,
¡Cuánto mejor me trataras,
Pues por vivir tú, buscaras
La paz en que yo viviera!
Tu muerte debo de ser;
Mas ¡ay Dios! si fuera cierto
Ser yo, Lucinda, tu muerto,
Por vengarte y no te ver!
Si son tristezas, mi vida,
Nacidas de aborrecerme,
Con no verte y con no verme
Haré que la causa impida.
Yo me apartaré de ti,
Hoy me saldré de Venecia;
Que mi amor tu vida precia,
Puesto que me mate á mí;
Porque va tan adelante
Tu fiera melancolía,
Que no hay resistencia mía
Á tu dolor semejante.
Quédate, mi bien, con Dios,
Mira mis hijos, y advierte.....

LUCINDA.

¿Estás loco?

SIDONIO.

Estoy, de verte,
Loco, ó lo estamos los dos.
¿Por qué me tienes ansí?
Ó ¿es que mi muerte deseas?

LUCINDA.

Pues porque triste me veas,
¿Eso has de pensar de mí?

SIDONIO.

Lucinda, cuando el señor
Á quien sirve noche y día
Le mira sin alegría,
Es señal de poco amor.
Cuando el amigo fïel
Al amigo muestra enfado,
Es señal que está cansado
Y quiere apartarse dél.
Cuando el jüez mira al reo
Con tristes ojos y cara,
Es señal que le declara
De la sentencia el deseo.
Cuando aquel á quien se debe,
Al deudor deja de hablar,
Es que ya quiere cobrar
Y que viene el plazo en breve.
Y así, cuando la mujer
No muestra gusto al marido,
O ya le tiene perdido,
O ya le quiere perder.

LUCINDA.

En todo estás engañado,
Única esperanza mía,
Porque la melancolía
No es efecto del cuidado;
Que yo no tengo tristeza,
Sino aquesta enfermedad;
Que en mi amor y voluntad
Es inmortal la firmeza.
Yo procuraré alegrarme
Por no te dar pena á ti,
Pues ausentarte de mí
Bien sabe Dios que es matarme.
Y no agravies de tal suerte
El alma, con que te adoro;
Que ofendiendo tu decoro
Das ocasión á mi muerte.

SIDONIO.

¿Que te alegrarás?

LUCINDA.

Sí haré.
Tú, mi vida, lo verás.

SIDONIO.

Pues ¿cómo te alegrarás,
Porque todo á punto esté?
¿Quieres ver las islas bellas
Llenas de templos famosos,
Que con brazos amorosos
Sirve el mar de muro en ellas?
¿Quieres ver el Bucentoro
De que el Senado se precia?
¿Quieres ver hoy de Venecia
El celebrado tesoro?
¿Quieres ver esos jardines
Pensiles del mismo mar,
Que á sus aguas suelen dar
Sombra con verdes jazmines?
¿Quieres ir hoy á Rialto
Y comprar joyas ó sedas?
¿Qué pedirás que no puedas?
¿En qué á tu servicio falto?
¿Tengo yo vida sin ti?
¿Hame visto nadie hablar
Con quien te pueda enojar?
¿Estás celosa de mí?
Habla, mis ojos, mi bien;
No me dés tantos enojos.....
Mas pido que hablen los ojos,
Y ¡hanme de hablar con desdén!
¡Plega á Dios que si en mi vida
Te ofendió mi pensamiento,
Porque en el consentimiento
Es satisfacción perdida,
Que la pierda luego aquí;
Porque por no darte enojos,
En los pies traigo los ojos,
Y el alma, Lucinda, en ti!
Y mira que no hay marido
Tan galán de su mujer,
Que quiera satisfacer
Tanto, cuando no ha ofendido.

LUCINDA.

Mi vida, yo estoy segura
De tu amor, y el buen deseo
De tu pensamiento creo:

Así Dios te dé ventura.
¡Aun con personas extrañas
Cumplimientos son prolijos,
Y por vida de tus hijos,
Que conozco tus entrañas!
Mas, pues alegrarme quieres,
Desde hoy la merced recibo;
Mas mira que te apercibo
Que has de hacer como quien eres
En cumplir lo prometido.

SIDONIO.

No habrá cosa, prenda mía,
Si te ha de dar alegría,
Imposible á tu marido.

LUCINDA.

Pues con esa confianza,
Lo primero que has de hacer
Para que pueda tener
De mi salud esperanza,
Es no salir en dos días
De casa de ningún modo,
Mientras que fuera acomodo
Ciertas sospechuelas mías.

SIDONIO.

¿Cómo? ¿Tú quieres salir
Y yo en casa he de quedar?

LUCINDA.

Quiérome yo asegurar,
Y tú no lo has de impedir.

SIDONIO.

¿Quién te ha dicho que en Venecia
Yo hablo mujer ninguna?

LUCINDA.

Á mí me lo ha dicho alguna
Que mi vida y salud precia.

SIDONIO.

¡Vive Dios, que te ha engañado!
Traigan la góndola luego.

LUCINDA.

Esto, mi señor, te ruego.

SIDONIO.

Basta; ya estoy obligado.
Digo que estaré dos días,
Y dos años que tú quieras.
Averigua tus quimeras,
Pregunta por cosas mías;
Que yo sé que no hallarás
Cosa en que haya puesto el pie,
Digo, en que mujer esté,
De quien sospechosa estás.
¿Quién irá contigo?

LUCINDA.

Irán
Julia y Gerardo.

SIDONIO.

En buen hora.
¿Vas contenta?

LUCINDA.

Voy agora
Donde mis sospechas van;
Voy donde mi daño impida
Y conozca tu lealtad.
Aunque, si digo verdad, (Aparte.)
Voy á procurar tu vida.

SIDONIO.

Incrédulo es amor, y amor es cosa
Que cuanto dicen cree. Pues ¿qué es esto,
Si cree siempre amor, y amor me ha puesto
La confianza en opinión dudosa?
Si yo me quedo, ¿adónde va mi esposa?
Y estando triste, ¡se alegró tan presto!
Mas ¿cómo dudo yo de un pecho honesto,
Pues engañada puede estar celosa?
Seguirla fuera justo; mas ¿qué piensa
Mi loco amor, cuando sospecha arguya
De lo que estar desengañado puedo?
Que si ella tiene celos sin mi ofensa,
Bien puedo yo tenerlos sin la suya;
Que celos no es el daño, sino el miedo.

Vase.

Fulgencio y Leoncio.

FULGENCIO.

¿Que lo creyó?

LEONCIO.

De tal suerte,
Que entiendo que hará tu gusto;
Que le dió notable susto
De su marido la muerte.
Estaban Persio y Tadeo
Famosamente vestidos,
Que me engañaban fingidos,
Y que fuesen turcos creo.
Fingí que, de ti enojado,
Iba á darle aquel aviso,
Donde vieras de improviso
Su hermoso color turbado;
Que apenas oyó que el fin
Tu amor de su esposo ordena,
Cuando el campo de azucena
Se le volvió de carmín.
Pero negocióse bien;
Que creo que este temor
Ha de hacer más que tu amor
Para vencer su desdén.
Yo la vi determinada,
No porque ya lo decía;
Pero, pues no respondía,
Como otras veces, airada,
Principios hay, pues estuvo
Muda; que quien siempre habló,
Cuando calla, es que mudó
El pensamiento que tuvo.

FULGENCIO.

Leoncio, si desta ingrata
Alcanzo lo que deseo,
Sea Tarquino, sea Tereo,
Aunque mate á quien me mata,
De mi hacienda serás dueño.
Mi hijo Otavio no quiero
Que me herede; que primero

Esta palabra te empeño.
Á fe de noble y patricio,
Mi hacienda te he de entregar.

LEONCIO.

Ese amor te obliga á hablar,
Y á mí el tuyo á tu servicio.
Consigue lo que pretendes,
Y déjame á mí servir;
Que en prometer y fingir
Son los amadores duendes;
Que apenas lo alcanzarás,
Cuando te dé un resfriado,
Que no te muevas del lado
Donde enamorado estás.
Á tu hijo guarde Dios,
Tú le goces y él te herede,
Que por ley y razón puede.

FULGENCIO.

Si uno tengo, tendré dos.
Mi hijo te quiero hacer,
Mi amor te engendra: bien puede;
Todo al amor se concede.

LEONCIO.

Grande amor debe de ser.

FULGENCIO.

El amor siempre lo es.

LEONCIO.

El mayor se mira en ti,
Pues que me ha engendrado á mí
Tan grande como me ves.

FULGENCIO.

¡Ay, Lucinda, no quisiera
Vencerte con amenazas!
Pero si ardides y trazas
Son honra en la guerra fiera,
Honra será de mi amor
Vencerte con este enredo,
Pues amor te ha puesto miedo
Para minarte el honor.

Persio.

PERSIO.

Todo te sucede bien.

FULGENCIO.

¿De qué suerte, Persio mío?

PERSIO.

Vencerás el desafío
Deste famoso desdén,
Ó no sé de astrología
Del cielo desta mujer.

FULGENCIO.

¡Ay, Persio! ¿Qué puede haber
Que resulte en gloria mía?

PERSIO.

En una góndola rica
Con una alfombra turquesca,
Que de crea blanca y fresca
Un toldo por cielo aplica,
Con una sola criada
Y el arráez que los remos
Mueve, dando á sus extremos
Plata en espuma nevada,
Viene la hermosa Lucinda,
Tan señora de la mar,
Que la ha jurado abrasar
Cuando no se humille y rinda.
Amor ya le rinde el arco,
Venus todo su elemento,
Y en sus cabellos el viento
Quiere hacer velas al barco.
La calle de agua en que viene
Se estrecha para tocarla,
Y el agua quiere anegarla,
De envidia y celos que tiene.
Tanto, en fin, el mar la precia,
Que pienso que la barquilla
Carga en los hombros la quilla
De las ninfas de Venecia.
Toma una góndola luego,
Entra, señor, en el mar;
Que bien podrás conquistar
En tanta agua tanto fuego.

FULGENCIO.

¿Llega cerca?

PERSIO.

Cerca llega.
Si su fuego has de seguir,
Navega, y podrás decir
Que por fuego se navega.

FULGENCIO.

Dices bien: voy á saber
El efecto de aquel miedo
Que le ha puesto nuestro enredo.

PERSIO.

Ya no tienes qué temer;
Que todo está de tu parte.

FULGENCIO.

Amor, si este bien que adoro
Me das, un alma de oro
Tengo de sacrificarte.

LEONCIO.

Ésa al interés la ofrece.
Sin oro al amor le pidas,
Que los tesoros de Midas,
Si es verdadero, aborrece.
Una góndola hay allí,
En ella puedes entrar.

FULGENCIO.

Á seguir voy por la mar
El fuego que llevo en mí.

Vanse.

Sidonio y Gerardo.

SIDONIO.

¿Que sólo á Julia llevó?

GERARDO.

No quiso que la sirviese.

SIDONIO.

¿Cómo? ¡Que sola se fuese!

GERARDO.
Luego que en la barca entró,
Me dijo que me volviese.

SIDONIO.
Pues ¿no fué nuestro concierto
Que fueses tú por su guarda?

GERARDO.
¿Qué recelo te acobarda?

SIDONIO.
Amor vive en un concierto,
Y es consonancia gallarda
Mientras celos y desvelos
Con quimeras no han turbado
Aquel orden de los cielos;
Porque el amor con los celos
Es reloj desconcertado.
Adonde ha de dar la una
De una fe con galardón,
Dan las dos, que son traición
Y agravio, con que importuna
La quietud de la razón.
Si se suelta con sospechas,
Y el desengaño no viene
Á dejarlas satisfechas,
Nunca para hasta que tiene
Nuestras cabezas deshechas.
Luego en las letras se ve
Que el relojero se fué,
Y que anda el reloj liviano,
Porque señala la mano
Que hay desconcierto en la fe.

GERARDO.
Donde el desengaño justo
De un amor tan verdadero
Es, Sidonio, el relojero,
Presto el volante del gusto
Vuelve al concierto primero.
Aquí no hay pensar engaño,
Porque es tan cierta la fe,
Que ella misma es desengaño.
Antes sospecho que fué
Recelosa de su daño;
Que la tristeza que tiene,
Celos entiendo que son.

SIDONIO.
Con siniestra información
Alguno á engañarla viene,
Sin duda, de mi afición.
Y extraños efectos hace;
Que de haberla dado celos
Nacen también mis desvelos.

GERARDO.
El fuego, del fuego nace,
Como del aire los hielos.
Y pues á reloj comparas
Los celos, en desconcierto,
Que señalan tiempo incierto,
Y celoso te declaras
Donde con celos has muerto,
También diré yo que amor
Es como reloj de arena,
Que una vez al amador
Corre toda junta y llena
La medida del favor;
Mas otra vez la fortuna
Vuelve el reloj á la dama,
Que toda la arena llama,
Sin que al hombre deje alguna
De gusto, hacienda ni fama.
Así que, quien ha de amar,
Reloj de arena ha de ser,
Que una vez la ha de tener;
Mas otra vez la ha de dar,
Si se ha de corresponder.

SIDONIO.
Pedirme, Gerardo, á mí
Que no saliese de casa,
De más que sospechas pasa.

GERARDO.
Si estar celosa de ti
Sus pensamientos abrasa,
No querrá que salgas della
Porque no avises adonde
Quiere averiguallos ella.

SIDONIO.
Eso el honor lo responde,
Que sólo vuelve por ella;
Pero de cualquiera suerte,
No es posible al sufrimiento
Tener quedo el pensamiento,
Por mucho que le divierte
Lo que de sus prendas siento.
Palabra le dí, esto pasa,
De que no saldré de aquí;
Pero ¿cuál razón compasa
Que cuando salgo de mí
No pueda salir de casa?
Gerardo, aunque pude hacer
Pleito homenaje, el poder
Me absuelve de todo ultraje,
Porque no hay pleito homenaje
Entre marido y mujer.
Á buscarla voy.

GERARDO.
Si quieres
Iré contigo.

SIDONIO.
Aunque amigos,
Aquí es mejor que me esperes;
Que no han de ser con testigos
Celos de propias mujeres.

Vanse.

Fulgencio, Lucinda y Julia.

LUCINDA.
¡Mal término!

FULGENCIO.
Amor me esfuerza.

LUCINDA.
Amor no es vil.

FULGENCIO.
Es tirano.
LUCINDA.
¡Mano á mí!
FULGENCIO.
No es en mi mano.
LUCINDA.
¡Fuerza á mí!
FULGENCIO.
Tu desdén fuerza.
LUCINDA.
Dejadme volver.
FULGENCIO.
No puedo.
LUCINDA.
¿Sabéis quién soy?
FULGENCIO.
Cielo mío.
LUCINDA.
Y ¿al cielo asís?
FULGENCIO.
Desvarío.
LUCINDA.
Estaos quedo.
FULGENCIO.
Muerto quedo.
LUCINDA.
¿Vos sois caballero?
FULGENCIO.
Sí.
LUCINDA.
No lo mostráis.
FULGENCIO.
Estoy loco.
LUCINDA.
Y aun necio.
FULGENCIO.
No lo fuí poco.
LUCINDA.
¿En qué?
FULGENCIO.
En quereros así.
LUCINDA.
No me queráis.
FULGENCIO.
Bien quisiera.
LUCINDA.
Pues quered.
FULGENCIO.
¿Cómo podré?
LUCINDA.
Queriendo.
FULGENCIO.
Querer no sé.
LUCINDA.
Sabed.
FULGENCIO.
¡Ojalá supiera!
LUCINDA.
Yo no os quiero.
FULGENCIO.
Yo os adoro.
LUCINDA.
Necedad.
FULGENCIO.
¿Quién ama cuerdo?
LUCINDA.
Quien sabe.
FULGENCIO.
Ya no me acuerdo.
LUCINDA.
¡Qué perdición!
FULGENCIO.
¡Qué tesoro!
LUCINDA.
Mi infierno sois.
FULGENCIO.
Vos mi cielo.
LUCINDA.
No se juntarán los dos.
FULGENCIO.
Por eso vivo yo en vos,
Por tener cielo en el suelo;
Y mal, Lucinda, pagáis
Este verdadero amor.
LUCINDA.
Amo á mi esposo.
FULGENCIO.
En rigor,
Lo que es justo amar amáis;
Pero ya que os quiero así,
Y que ésta mi estrella fué,
¿Por qué no pagáis mi fe?
LUCINDA.
Porque otra fe vive en mí;
Nací para quien fué mío;
Mientras vive, no he de ser
De ningún hombre mujer,
Que es infamia y desvarío.
FULGENCIO.
Luego ¿no era mucho error
El que yo en matarle hacía,
Si él muerto, Lucinda mía,
Es justo el tenerme amor?
LUCINDA.
Por eso vengo á buscaros,
Y adviértoos.....
FULGENCIO.
No hay qué advertir;
No hay de matarme á morir
Más distancia que enojaros.
Cien mil ducados de trato
Pisan soberbios el mar,
Y otros tantos puedo dar
Libres á algún pecho ingrato.
Vos tenéis hija pequeña,
Yo tengo un hijo pequeño
Para legítimo dueño
De cuanto el mar os enseña.
Casémoslos y serán
Los más ricos de Venecia.

LUCINDA.
El bien nadie le desprecia.
Cásense, que bien podrán;
Corto dote le daré;
No son veinte mil ducados.

FULGENCIO.
Sí, mas nosotros casados,
Porque todo junto esté.

LUCINDA.
¡Casados, siendo casada!

FULGENCIO.
Quitar el inconveniente,
Matando á vuestro.....

LUCINDA.
Detente,
Furia en mi mal conjurada;
Que tu hacienda, cuando fuera
Cuanto encierra esta ciudad,
Ni toda su cantidad,
Si el mundo se considera,
Pueden igualar la vida
De mi esposo.

FULGENCIO.
Sin tu gusto
Le mataré.

LUCINDA.
Fiero, injusto,
Bárbaro, aleve, homicida,
Yo me quejaré al Senado,
Yo diré tu pretensión.
Justo es el Duque, y lo son
Todos los que tiene al lado;
Yo haré que te den la muerte.

JULIA.
¡Ay, señora, tu marido!

LUCINDA.
¡Huye!

FULGENCIO.
Desdichado he sido.

Vase.

JULIA.
Que viene turbado advierte.

Sidonio.

SIDONIO.
¿Es ésta la confianza
Que tuve siempre de ti?
¡Cuán vanamente creí
Que eras mujer sin mudanza!
¿Es esto el fingir los celos
Que averiguar pretendías,
Las tristezas que tenías
Y el suspirar á los cielos?
¿Es esto, infame, el pedirme
Que en mi casa me estuviese
Dos días, porque no viese
La paga de amor tan firme?
¿Es ésta la obligación,
Cuando mi esposa no fueras,
Que debías á quien eras
Y á padres que tales son?
¿Es esto lo que me debes
De amor, pues mi libertad
No mueve la voluntad
Á lo que la tuya mueves?
Con ser hombre, no he mirado
Mujer desde que te vi;
Y tú, mujer, ¡hoy aquí
Á un hombre ocasión has dado!
¿Qué haré? ¿Pondré, por ventura,
En público en ti la mano?
¿Verá un noble ciudadano
Venecia en tanta locura?
¿Lavaré mi honor manchado
En la sangre dese pecho?

LUCINDA.
¡Ten la daga!

SIDONIO.
¡Á qué despecho,
Lucinda, me has provocado!

LUCINDA.
¿En esto me estimas?

SIDONIO.
Di,
¿Mereces tú que te estime?

LUCINDA.
Si soy la que es justo, dime,
¿Por qué me tratas ansí?
Y pues no puede ser menos
De que sepas la verdad
(Que la ofensa en la lealtad
Obliga á mucho á los buenos),
Sabe, Sidonio querido,
Luz de los ojos también,
Por esa quietud, su bien,
Y que otro bien no han tenido,
Que ha gran tiempo que este loco
Me sirve desengañado,
Lo que siempre te he callado
Y siempre he tenido en poco.
Mi tristeza procedía
De tu honor, aunque seguro,
Y la quietud, que procuro
Como propia salud mía.
Hoy de una nave sacó
Dos turcos para matarte;
Súpelo, y quise guardarte
Para remediallo yo.
Pedíte que no salieses
De casa por los dos días
Que este peligro tenías,
Y sin saberlo vinieses.
Aquí le estaba diciendo
Que iba á quejarme al Senado.

SIDONIO.
Aguarda.

LUCINDA.
¡Ay, Dios! ¿Qué has pensado?
Que tu vida estoy temiendo.

SIDONIO.
Hablar á un amigo suyo,
Que le aparte deste intento.
LUCINDA.
¡Plega á Dios!
SIDONIO.
Mi pensamiento
Es sólo el sosiego tuyo.
LUCINDA.
Mira dos hijos que tienes.
SIDONIO.
Mis hijos, Lucinda, son.

Vase.

LUCINDA.
Voces me da el corazón
Que hoy pierdo todos mis bienes.
JULIA.
Perdido va de color;
Algún mal suceso emprende.
LUCINDA.
Mucho á un hombre noble ofende
Que le ofendan el honor.
¡Ángeles de mis entrañas,
Por vuestro padre rogad!
JULIA.
Con justísima piedad
El rostro en lágrimas bañas;
Pero mi señor es cuerdo:
Él sabrá lo que ha de hacer.
LUCINDA.
No me queda qué perder,
Mi bien, si tus ojos pierdo,
Que aunque dos niñas tan bellas
Me quedan de tus despojos,
¿Qué valen niñas sin ojos,
Pues tú eres los ojos dellas?

Vanse.

Sidonio y Fulgencio.

SIDONIO.
Inquietar á la mujer
De un noble, tan atrevido,
Y siendo yo su marido,
¿Puede ningún hombre hacer?
¡Solicitalla y traella
Con tanto desasosiego!
FULGENCIO.
Sidonio, aunque estaba ciego,
Os vi cuando hablé con ella.
Pésame de que hayáis sido
El sujeto deste agravio;
Y que caiga en hombre sabio,
Á buena dicha he tenido.
Vos lo sois, y de mi error
Conoceréis la disculpa,
En que ya el mundo no culpa
Yerros que nacen de amor.
Yo pondré enmienda en mis pasos.
SIDONIO.
¿Por qué me intentas matar?
FULGENCIO.
Fué invención para obligar
Sus pensamientos escasos;
Que eran dos criados míos,
Que vestí de aquella suerte,
No para daros la muerte,
Para templar sus desvíos;
Que os adora de manera,
Que pensé que esta amenaza
Era la más cierta traza
Con que vencerla pudiera.
Vos tenéis una mujer,
De Italia segundo honor.
SIDONIO.
Tarquino era emperador
Y vos sois un mercader;
Que me espanto ¡por Dios vivo!
Que os haya la hacienda dado
Soberbia que haya llegado
Á sol más que el sol altivo.
Que cuando de una criada
De Lucinda lo supiera,
Para casaros no fuera
Vuestra intención estimada,
Porque sois, si rico, loco,
Y si patricio, arrogante.
FULGENCIO.
Si fué mi humildad bastante,
Lo dice el tenerme en poco;
Que si no os hubiera dado
Tan baja satisfacción,
No fuera en esta ocasión
De vos en poco estimado.
Y para que verdad sea
Que soy arrogante y loco,
Y que os tuve y tengo en poco,
Toda Venecia lo crea,
Serviré vuestra mujer
Públicamente.
SIDONIO.
¡Villano!
Con la lengua de la mano
Sólo podré responder.
FULGENCIO.
Yo castigaré tu boca.
SIDONIO.
Y yo tu arrogante pecho.

Empuñan y riñen (1).

FULGENCIO.
¡Muerto soy!

Vase herido.

SIDONIO.
Bien está hecho,

(1) La acotación del original dice á la letra: *Metan mano, aunque allí no hay espadas; porque no han de andar sin ella en la comedia.*

Cuando la razón provoca.
  Cayéndose va, ¡por Dios!
Herido de muerte va;
La plaza alterada está.
Esto podéis, honra, vos.
  Quiero por este canal
En esta góndola entrarme.
Gran gente viene á buscarme;
La herida ha sido mortal.
  Iréme ahora á Fusina,
Y á Rovigo desde allí;
Que es Ferrara para mí
Ara sagrada y divina.
  ¿Quién sufriera igual deshonra?
¡Ay, Lucinda! ¡Ay, hijos míos!
Que os dejan mis desvaríos
Sin padre, pero con honra.

ACTO SEGUNDO.

Lucinda, Julia; Gerardo, de camino.

LUCINDA.
  Quiero volver á abrazarte.
¿Adónde queda mi bien?
GERARDO.
Asegurado tan bien,
Que no será el mundo parte
Para que enojo le den.
  Desde Rovigo á Ferrara
Partió con grande secreto,
Y en ella el Duque le ampara.
LUCINDA.
¿Que ya es soldado en efeto?
¡Ay, Julia! ¡Quién tal pensara!
JULIA.
  Señora, libre su vida,
Y por cualquier medio, sea.
LUCINDA.
Sola su vida desea
El alma, á la suya asida.
JULIA.
Bien en la guerra se emplea,
  Que es ejercicio de reyes.
GERARDO.
No ha sido el guardarse en vano;
Que aquel antiguo romano
No iguala en guardar sus leyes
Al Senado veneciano.
  Y como sabe el rigor,
Sabe también que la guerra
Le defenderá mejor.
LUCINDA.
No digo, amigos, que yerra;
Su falta siente mi honor;
  Y cuando no me importara
Que su presencia me honrara,
Mi amor por sí no sufriera
Que mi Sidonio viviera
Donde yo no le gozara.
  Sus hijos lloran; yo siento
Juntos su dolor y el mío,
Y cuanto en mi sentimiento
Lloro, á Sidonio lo envío,
Como á mi propio elemento.
  Lloran hasta las paredes
En su ausencia.
JULIA.
Creerlo puedes,
Porque las han desnudado.
GERARDO.
¡Buena la casa ha quedado!
JULIA.
¡Oh rigor, que al daño excedes!
GERARDO.
  ¿Nada, señora, te deja
El Senado, con que vivas,
Mientras Sidonio se aleja?
LUCINDA.
De sus manos vengativas
Sólo me queda esa queja.
  Toda mi hacienda ha tomado;
Que aun apenas me ha dejado
Con qué me vaya á Ferrara.
GERARDO.
No importa; el Duque le ampara.
Muestre su enojo el Senado;
  Que para salir de aquí
No te ha de faltar dinero.
La carta lo dice ansí.
LUCINDA.
Otra vez leerla quiero.
GERARDO.
Yo escucharla.
LUCINDA.
Advierte.
GERARDO.
Di.
LUCINDA.

Lee.

«Gerardo te dirá dónde quedo, dulce esposa de mi alma, con el cual podrás venir con tus hijos á consolar la mayor tristeza y soledad que ha tenido corazón humano. Pienso que Aurelio será amigo en la adversa fortuna, como lo fué en la próspera; pídele de mi parte lo necesario para tu camino, y ven donde te aguardan mis ojos, y á mis queridos hijos mis abrazos.—*Tu marido.*»

  Aquí pondré yo la boca,
Y el alma poner quisiera.
JULIA.
Á partir luego provoca.

LUCINDA.
Quiero hablar á Aurelio.

Tocan dentro un tambor.

GERARDO.
Espera.
Ésta, ¿no es caja?

LUCINDA.
¿A qué toca?

JULIA.
Á Leoncio he visto allí,
Criado de aquel cruel,
Y un secretario con él.

LUCINDA.
Mal será, mal para mí;
Que bien no lo espero dél.

Leoncio, Persio, Tadeo, un Secretario y un Tambor.

LEONCIO.
¡Con qué alboroto y dolor
Memorias de mi señor
Me traen á ver su casa! (1).

PERSIO.

Bajo á Leoncio.

Ella por su puerta pasa.

SECRETARIO.
Pues echa el bando, tambor.

TAMBOR.

Pregonando.

«El serenísimo Duque de Venecia ofrece dos mil ducados á cualquiera que le trujere preso á Julio Sidonio, reo de la muerte de Fulgencio Justiniano, ó mil si le trujera la cabeza; y en caso que tenga un grave delito, se le perdona. Mándase pregonar para que venga á noticia de todos.»

LEONCIO.
Pasa adelante, que allí
Vive también un pariente,
Y quiero vengarme ansí.

Vanse Leoncio, Persio, el Secretario y el Tambor.

LUCINDA.
Aun no está seguro ausente.
¿Qué es esto, triste de mí?

GERARDO.
Gran mal es éste, ¡por Dios!
Y gran rigor del Senado.

LUCINDA.
Fuerte remedio ha buscado
Para matar á los dos.

JULIA.
¿Adónde hallará sagrado?

GERARDO.
Ya no le habrá para él;
Que la codicia cruel
Abrió camino en el mar;
Otro mundo supo hallar,
Porque estaba el oro en él.
La codicia hizo tiranos,
Mató padres, mató hermanos,
Y propios hijos mató.

LUCINDA.
¿Que esto el Senado mandó?
¡Ah, senadores villanos!
¿Vosotros sois los patricios
Por únicos celebrados,
Como pájaros fenicios?
¡Oh indignos de ser llamados
Para tan altos oficios!
¿Dos mil ducados ofreces
Por una inocente vida,
Senado, infame mil veces?

GERARDO.
Templa la lengua atrevida,
Con que el dolor encareces;
Que el Senado es bueno y justo,
Y el delito en una plaza
Pública es grave é injusto.

LUCINDA.
¡Que hallase ahora esta traza
Para aumentar mi disgusto!
¿Adónde estará seguro
Mi bien? ¿Qué amparo, qué muro
Le librará de un traidor,
De otras muertes agresor,
Y de nacimiento obscuro?
Cuando codicia no sea
Quien le prenda ó quien le mate,
Todo homicida que vea
En Sidonio su rescate,
Hará una hazaña tan fea.

JULIA.
Señora, el haberle muerto
Á Fulgencio en lo seguro
De la ciudad, fué el concierto
Del decreto fiero y duro,
Que muestra el peligro cierto.
El Senado está enojado;
Ejecuta la partida,
Y buscad los dos sagrado.

LUCINDA.
Iré á defender mi vida,
Aunque le pese al Senado.

GERARDO.
¡Qué presto la lengua mueve
El que es culpado, y se atreve
Á poner lengua y malicia
En el que hace justicia
Por cumplir con lo que debe!
Id á hablar á Aurelio, y luego
Parte á Ferrara, señora.

(1) *Su casa*, ó la casa, *de Sidonio*, quiere decir Leoncio.

El Secretario y un Alguacil.

SECRETARIO.
Á muy buena ocasión llego, (Aparte.)
Si se ausentaban agora.
LUCINDA.
Otra vez tocan á fuego. (Aparte.)
¿Qué quieren éstos aquí?
ALGUACIL.
¿Vive aquí Lucinda?
LUCINDA.
Sí.
SECRETARIO.
¿Sois vos?
LUCINDA.
Yo soy.
SECRETARIO.
Escuchad.
El Senado, esta ciudad
Os da por cárcel.
LUCINDA.
¡Á mí!
SECRETARIO.
Á vos.
LUCINDA.
¿En qué soy culpada?
SECRETARIO.
Allá lo podréis saber.
Sólo estaréis avisada
Del daño que os puede hacer
Su justa furia indignada;
Porque es pena de la vida,
Y á vuestros hijos también.
LUCINDA.
¿Fuí yo acaso el homicida,
Para que cárcel me den?
ALGUACIL.
No respondáis atrevida,
Sino con mucho respeto.
JULIA.
¿No sabes la libertad
Desta gente?
LUCINDA.
Yo os prometo
De estar en esta ciudad,
Que es mi cárcel en efeto;
Mas mis hijos ¿no podrán
Ir con su padre?
ALGUACIL.
También
Presos, como vos, están.
LUCINDA.
Dice el Senado muy bien,
Justa sentencia les dan.
Mi alma, mis hijos son;
Preso el cuerpo, estélo el alma.
ALGUACIL.
No es muy estrecha prisión
Venecia.
LUCINDA.
¿Qué firme palma
Resiste á tanta pasión?
SECRETARIO.

Aparte al Alguacil.

Vamos, que esto queda bien.
ALGUACIL.
Avisad esto en los barcos.
SECRETARIO.
Yo haré que un pregón les den,
Y en la plaza de San Marcos
Lo haré pregonar también.

Vanse el Secretario y el Alguacil.

LUCINDA.
¿Qué te parece, Gerardo?
Ya es imposible partirme.
¿Qué sufrimiento habrá firme
Donde es el valor bastardo?
Un hombre era menester,
Porque valor de mujer,
¿Cómo podrá resistir?
GERARDO.
Ni hallo qué te decir,
Ni te acierto á responder;
Pero sé que me conviene
Partir volando á Ferrara,
Por el peligro que tiene
Sidonio.
LUCINDA.
Parte, y repara
Que tras ti su muerte viene.
Avísale que ha mandado
Este dinero el Senado,
Y perdonar cualquier reo.
GERARDO.
Ser un Mercurio deseo,
De pies y manos alado.
¿Podrásle escribir?
LUCINDA.
No sé;
Pero dirásle en Ferrara
Que con fe rara quedé
En Venecia, y fe tan rara,
Que no tiene igual mi fe.
Di que llorando escribí,
Lágrimas por tinta; di
Que lloré sangre por él,
Que fué mi rostro el papel,
Y que tú las viste allí;
Que todas las letras fueron
Amor, lealtad, soledad,
Desdicha, ausencia, verdad;
Y di que las imprimieron
El alma y la voluntad,
Que de amor imprenta son,
Donde en letras de Ferrara
Las imprime mi pasión,
Desde el papel de la cara
Al papel del corazón.

GERARDO.
Pon las lágrimas en calma;
Y á Dios, que te dé la palma
Desa paciencia.

LUCINDA.
Á mi bien
Con bien te lleve, y también
Lleve este cuerpo á su alma.

Vanse.

Sidonio, Marcelo y Urbino.

MARCELO.
Fuera de lo que es valor,
Poco parecéis soldado.

SIDONIO.
¿En qué á este nombre he faltado?

URBINO.
En que no tenéis amor.
La gala en la soldadesca,
Hasta llegar la ocasión,
Amores, Sidonio, son,
No sólo el dado y la gresca.
¿No veis la conformidad
Que tienen Venus y Marte?

MARCELO.
Sabed que todo es un arte,
La guerra y la voluntad.

SIDONIO.
Luego ¿por eso decía
Ovidio que militaba
Cualquier persona que amaba?

URBINO.
El arte igualar quería;
Porque en el amor hay velas,
Hay sospechas, hay espías,
Y en noches de invierno frías
Cuidadosas centinelas;
Hay ardides, hay recelos,
Hay minas, hay contracifras,
Hay mensajeros, hay cifras,
Hay competencias y hay celos,
Y finalmente, hay gozar
Del triunfo de una victoria,
En que consiste la gloria
De amar y de pelear.

SIDONIO.
Por esa misma razón
Los pleitos guerra serían.

MARCELO.
Los mismos cuidados crían,
Todos asechanzas son,
Y aun sospecho para mí
Que un pretendiente es soldado.

SIDONIO.
Y no poco desvelado.

URBINO.
Ya lo sé; que ya lo fuí.

SIDONIO.
Marcelo, la mayor guerra
Es servir: quien servir quiere,
Sea el dueño el que se fuere,
Fuertes desvelos encierra.
Allí sí que hay competencias,
Trazas, sospechas, temores,
Estratagemas, traidores,
Envidias, celos y ausencias.
Verás la desconfianza
Del favor que le fastidia
Poner escalas de envidia
Al muro de la privanza.
Verás un siempre temer,
Un eterno idolatrar,
Un diestro lisonjear
Y un incierto pretender.
Verás un notorio engaño,
Unas armas de mentira,
Con su disfraz á la ira,
Y siempre de fiesta al daño.
La fuerza que se pretende
Es el favor del señor,
Por cuyo incierto favor
El más amigo le vende.
No quiero guerra fingida,
Ya que mi desdicha fiera
Me trujo á la verdadera
En lo mejor de mi vida.
De Venecia sois los dos,
Por desdicha estáis aquí;
Sirvamos al Duque así
Mientras nos remedia Dios;
Que os juro que ni servir
Ni amar puedo, aunque quisiese

URBINO.
Que de tu daño nos pese
No hay, Sidonio, qué decir
Que encarecimiento sea.
Somos de una patria, y nobles,
Donde hicieron tratos dobles
Que así la ajena nos vea.
Á nosotros nos obliga
Nuestro padre desterrado
De aquesta ausencia al cuidado,
De tanta pena fatiga;
Á ti el volver por tu honor,
Y la muerte de Fulgencio.

SIDONIO.
Poco, amigos, diferencio
El vuestro de mi dolor.
Sólo os podréis consolar,
Que aquí vuestro padre amado
Tenéis, aunque desterrado
De aquel famoso lugar.
Pero yo, que estoy ausente
De mis hijos y mujer,
¿Qué gusto puedo tener,
Por más que tenerle intente?
Dejé el alma en tres pedazos,
Lucinda, Félix y Elisa;
Trocóse en llanto la risa
De aquellos tiernos abrazos.
Sentábame yo á comer,

Libre de ajenos cuidados,
Con mis hijos regalados
Y mi querida mujer.
Siéntome agora á sentir
Que estoy sin ellos comiendo
Lágrimas, que van diciendo
Lo que no os puedo decir.
Aquellas razones tiernas
Que de sus bocas oía,
Retrato de la armonía
De las esferas eternas,
No las escucho, ¡ay de mí!
Y así tan sin gusto vivo
Como en el hierro el cautivo,
Pues más libertad perdí.

MARCELO.

Porque á tal dolor nos mueves,
Te queremos divertir,
No con amar, con fingir,
Por lo que á Lucinda debes.
Vamos de noche á gozar
La libertad de soldados,
No por balcones honrados,
Donde el sol no puede entrar,
Mas por las libres ventanas,
Viendo, con pagar el porte,
Estas enfermas de corte
Que se llaman cortesanas.
Ó vamos, si aun esto solo
No te atreves á fingir,
Á ese campo á ver salir
La blanca hermana de Apolo;
Y gozando el fresco viento,
Al son de un arroyo manso
Daremos algún descanso
Á nuestro común tormento.

SIDONIO.

Al campo iré con buen gusto,
Porque, en fin, su soledad
Me mueve á mayor piedad
Deste mi destierro injusto,
Y por ver si en el camino
Veo, por dicha, á Gerardo,
Que ha desde ayer que le aguardo,
Y algo temo, pues no vino.
Y si os digo la verdad,
Que á tales amigos debo
(Pues en decírosla pruebo
La fuerza de la amistad),
Sabed que aguardo con él
Á mis hijos y á mi esposa.

URBINO.

Fué la más discreta cosa,
Siendo Gerardo fïel,
Que pudiste imaginar
Para dar fin á tu pena;
Porque hace patria la ajena
Si el bien se puede gozar.
Esta puerta al campo sale.

MARCELO.

Aquel prado y bosque ameno
Está de mil sombras lleno.

URBINO.

No hay frescura que le iguale.

MARCELO.

Hacen las flores y plantas
Un laberinto aquel suelo.

URBINO.

Y los pájaros un cielo
Con diversidades tantas.

SIDONIO.

¡Qué bella está la arboleda,
Bañándose en los cristales
Destas fuentes desiguales!

MARCELO.

¡Qué bien la hiedra se enreda
Por estos olmos sombríos!

URBINO.

¡Qué bien desas blancas sierras
Á fertilizar las tierras
Bajan fuentes y hacen ríos!

SIDONIO.

No son los campos hibleos
Más floridos y olorosos.

MARCELO.

Tus pesares cuidadosos,
Tus abrasados deseos
Sosiega, Sidonio, un poco.
Descansa en aquesta yerba,
Cama que el cielo reserva
Á quien de amor está loco;
Y yo aquí me quiero echar.

SIDONIO.

Desceñiréme la espada.

URBINO.

Flores te hacen almohada;
Bien te puedes reclinar.

SIDONIO.

Aquí me tiendo sobre ellas,
Como en alfombra preciosa
De la primavera hermosa,
Á lamentar mis querellas,
Cual suele tal vez en ramo
El ruiseñor que perdió
Los hijos, pues pierdo yo
El nido que adoro y amo.

Ase Urbino á Sidonio.

MARCELO.

Tenle fuerte, que ya tengo
La espada.

SIDONIO.

¡Oh, fieros traidores!

URBINO.

Átale bien.

SIDONIO.

¡Que á mayores
Desdichas y penas vengo!

URBINO.

Átale muy bien las manos.

SIDONIO.
¡Oh, perros! ¿Por qué razón?
MARCELO.
Luego sabrás la ocasión.
SIDONIO.
¿Vosotros sois venecianos?
¿Sois parientes de Fulgencio?
URBINO.
No.
SIDONIO.
Pues ¿qué causa os obliga
Á que esta maldad se diga
De vosotros?
MARCELO.
Con silencio
Camine á esa casería,
Donde nuestra gente está.
SIDONIO.
Si habéis de matarme allá,
Hacedme una cortesía:
Que no digáis á mi esposa
Que soy muerto.
URBINO.
No queremos
Matarte, que pretendemos
Otra hazaña más piadosa.
El Senado ha pregonado
Que al que te llevare preso,
Si está por cualquier suceso
Fugitivo ó desterrado,
Le dará luego perdón.....
Digo, preso ó muerto sea;
Que solamente desea
Que entiendan su indignación.
Hermanos somos los dos;
La traición que hemos fingido
No es traición, piedad ha sido,
Que la traición sabe Dios.
Nuestro padre desterrado
Queremos los dos librar,
Porque más puede obligar
Que un amigo, un padre honrado.
Parte á llamarle, Marcelo,
Que en la casería está,
Por si quiere que entre allá
(Que de algunos me recelo)
Ó camine desde aquí.
MARCELO.
Yo voy.

Vase.

Sidonio, atado.

SIDONIO.
¿Que dar libertad
Á tu padre por piedad
Tu traición disculpa en mí?
¡Ah, Urbino! ¡Qué mal intento
Habéis tenido los dos!
Para el mundo y para Dios
Fué injusto ese pensamiento;
Que aunque para el padre sea,
No ha de ser el bien con daño
De quien matáis con engaño
De hazaña tan baja y fea.
Mas, pues siendo caballeros,
Habéis hecho esta traición,
Y á mi limpio corazón
Os queréis mostrar tan fieros,
No nace sólo de vos;
Que á veces, cuando castiga,
En la mano más amiga
Pone la justicia Dios.
¡Ay, hijos del alma mía!
¡Ay, mi Elisa! ¡Ay, Félix mío!
Las lágrimas que os envío,
Hijo, os muevan algún día
Para que venguéis á un padre
Que hoy han vendido entre dos,
Pues os quitan padre á vos,
Y remedio á vuestra madre.

Marcelo y Evandro.

EVANDRO.
Y ¿adónde le tenéis preso?
MARCELO.
Aquí le habemos atado.
URBINO.
Ven, señor, regocijado
Deste dichoso suceso;
Que volverás á tu casa
Con tus hijos y mujer.
SIDONIO.
En fin, ¿me vienes á ver?
En fin, ¿sabes lo que pasa?
EVANDRO.
Véngote, Sidonio, á ver,
Por ver con mis propios ojos
Si eran ciertos los enojos
Que de verte he de tener;
Porque, supuesto que oía
Á Marcelo tu prisión,
No creía la traición,
Aunque la prisión creía;
Y pésame de tal suerte
De verte atado y vendido,
Que en haber hasta hoy vivido
Me quejo ya de la muerte.
¡Pluguiera al cielo que ayer
La flaca estambre cortara,
Antes que hoy á ver llegara
Lo que nunca pensé ver!
Y si no fuera piedad
Que con su padre han usado,
Sidonio, el haberte atado,
Aunque piadosa maldad,
Con la que traigo ceñida
Las dos vidas les quitara,
Porque sólo les ampara
Ver que intentaron mi vida.

Estoy loco de disgusto
De que esto hiciesen contigo;
Que con daño del amigo
No hay provecho que sea justo.
Cuando por ti me vendieran,
Diera su error por más noble,
Y no fuera el trato doble
Cuando esa amistad te hicieran.
Más piedad quiero que arguya,
Como al amigo le cuadre,
Dar por él al mismo padre,
Que, en fin, es hacienda suya.
Dar por el padre al amigo,
Como él no lo dé por bueno,
Es dar lo ajeno, y lo ajeno
No es piedad, sino castigo.
El que les doy es su afrenta,
Que es el castigo mayor.

URBINO.

Por el padre no es traidor
Quien dar vida al padre intenta.

EVANDRO.

Calla, infame, no prosigas;
Desataré yo las manos
Que dos amigos tiranos
Ataron en paz y amigas.
Quitaos delante de mí.

MARCELO.

¿Esto merece el querer
Darte vida?

EVANDRO.

Eso ha de ser,
Hijos, como yo os la dí,
Que es con la mucha nobleza
Que heredé de mis mayores;
Pero no siendo traidores,
Porque, aunque es por mí, es bajeza.
¡Pluguiera, Sidonio, á Dios
Que hubiera por mí el Senado
Lo que por ti pregonado!
Vengáraste de los dos;
Que con el mismo cordel
Me llevaras á Venecia,
Porque vieras lo que precia
El que es noble al que es fiel.

SIDONIO.

Estoy de tu honrado pecho,
Evandro, tan admirado,
Que apenas respuesta he dado
A la merced que me has hecho.
Sólo te quiero advertir
Que si con aquel engaño
Me ataron, y con mi daño
Quieren el tuyo impedir,
Agora libre me iré
Contigo, á que me presentes
Donde tu descanso intentes.

EVANDRO.

Necedad piadosa fué,
Sidonio, la destos locos.
Perdona sus culpas graves,
Pues tienes hijos, y sabes
Que amando son cuerdos pocos.
Y vente á cenar conmigo
A la heredad en que estoy;
Que mi palabra te doy
De serte más noble amigo
Que la sangre que desprecia
La que tengo desde hoy;
Pues aunque su padre soy,
Ha sido hazaña muy necia.

SIDONIO.

Yo me fiara de ti,
Evandro, si me buscara
Roma, Venecia, Ferrara
Y el campo que tiene en sí;
Mas voy á buscar un hombre
Que mi esposa ha de traer.
Sólo te juro tener
De hoy más de tu amigo el nombre,
Y si Dios me da remedio,
Conocer la obligación.

EVANDRO.

Detenerte no es razón,
De tanto peligro en medio.
Vete con Dios.

SIDONIO.

Él te guarde,
Evandro, y dé libertad.

Vase.

EVANDRO.

¿Qué os parece esta maldad?
¿Qué estás mirando, cobarde?
¡Vive Dios, si no mirara.....

MARCELO.

Darte vida con su muerte,
¿Fué traición?

EVANDRO.

Marcelo, advierte,
Atiende, aprende, repara
Que la vida propia es cosa
De más estima, y no es justo
Hacer por ella lo injusto.

URBINO.

Nuestra crueldad fué piadosa.
Perdona, padre querido,
Que ninguno fué traidor
Amando, porque el amor
Lo tiene así recibido.
Leyes son de su derecho;
Quererte nos obligó.

EVANDRO.

No os culpo el amarme yo;
Repruebo lo que es mal hecho.
Vamos, y sabed los dos
Que á la ley de la amistad
Habéis de guardar lealtad,
Después de la ley de Dios.

Vanse.

Belardo.

BELARDO.

Echa por esa parte
Las cabras, Silvia, entre esos dos arroyos,
Cuyo cristal reparte
Líquida nieve á los profundos hoyos
Que forman los estíos;
Que á no ser ya lagunas, fueran ríos.
¡Verá dónde las guía!
Chasquea, Silvia, el cáñamo en la seda.

SILVIA.

Dentro.

Si el manso se desvía,
¿Adónde quieres que seguirle pueda?

BELARDO.

Desvía de los trigos,
Que es hacienda de ausentes y de amigos.
Echalas á lo bajo.

SILVIA.

Dentro.

¡Malas adelfas venenosas pazcan!

BELARDO.

¿No hay por aquese atajo.....

SILVIA.

Dentro.

Nunca otras crías de sus vientres nazcan.

BELARDO.

Tomillos y cogollos
De renuevos de encinas y rebollos?

Sale Silvia.

SILVIA.

¡Qué extraño os habéis hecho
Después que estáis tan viejo! Hablad más paso.
Ya van por el repecho,
Escombrando la yerba de lo raso;
Que ni han olido el trigo,
Ni de miedo de vos vienen conmigo.
¡Voto al sol, que no habían
De pasar los zagales de treinta años!
Luego que canas crían,
Son de tratar y de sufrir extraños.
¡Lindo humor se os ha hecho
Después que tenéis barbas en el pecho!
Si vos, porque tuvistis
Servir un mayoral por gran trabajo,
De Florencia os venistis,
¿Por qué no sufriréis y hablaréis bajo
A quien os sirve agora?
Mas ¿qué noche está bien con el aurora?

BELARDO.

¿Noche soy, en efeto?

SILVIA.

Si no sois noche, declináis de tarde.

BELARDO.

¡Ah, Silvia, cuán discreto
Es el tiempo veloz, aunque cobarde!
Vivir el mozo quiere,
Mas no ser viejo, aunque por serlo muere.
Déjente á ti que vayas
Hacia donde repasta el otro loco,
Y que entre aquellas hayas
Hable en perdido, y del ganado poco,
Y todos serán cuerdos.

SILVIA.

¡Viejos, sueltos de lengua, de pies lerdos!

BELARDO

¡Verá por dónde corre!
Huyendo alguna fiera van las cabras.
Pues nadie las socorre,
Allá voy yo.

Vase.

SILVIA.

¡Qué rústicas palabras!
¡Qué condición tan fiera!
Antes de un monte, que su hija, fuera.
Márgenes de este río,
Ceñidas de violetas y azucenas;
Verde bosque sombrío,
Amoroso testigo de mis penas;
Prado fresco y ameno,
¿Qué tanto habrá que vistis á Fileno?
Hermosas arboledas,
Gloria del natural, del arte espanto;
Fuentes puras y ledas,
Que debéis las crecientes á mi llanto;
Monte, de fieras lleno,
¿Qué tanto habrá que vistis á Fileno?
Á eterno llanto y pena,
Si están mis ojos de Fileno ausentes,
El cielo me condena;
Decidme, río, bosque, prado y fuentes,
Pues veis que lloro y peno,
¿Qué tanto habrá que vistis á Fileno?

Fileno, sin ver á Silvia.

FILENO.

En tanto que voy siguiendo
Mi segura libertad,
Paced, ovejuelas, libres
La yerba que el prado os da.
No os detengáis en ninguna,
Y pareceréisme más;
Que adonde siento más gusto,
Muestro menos voluntad.
Fuentes claras que á los ríos
Tributo en plata pagáis,
Si nuestros pechos tuvieran
Esa hermosa claridad,
Yo amara el más blanco y bello,

Que estas sierras viendo están
Con envidia de su nieve
Y de su dureza igual.
Llámanme sus bellos ojos;
Pero en cogiéndome allá,
Tratáranme como dueñas.....
En fin, tratáranme mal.
Serán como los señores
Cuando quieren procurar
Un criado de su gusto,
Que prometen más que dan;
Porque en sabiendo que es suyo,
Es condición natural
Tratalle con tal desprecio,
Que se aborrece ó se va.
Díceme que me desea;
Pero ¿quién creyese tal?
Aunque bien puedo creer
Que me desea engañar.
Yo la vi llorar un día,
Sentada en este arrayán;
Mas vi que era cocodrilo,
Que llora para matar.
Luego, pasando este arroyo,
Hizo parar su cristal
Con descubrir más que el pie,
Para obligarme á mirar.
Pero si estrellas no juntan
Las voluntades jamás,
Poco la hermosura puede,
Las gracias corridas van.
¡Ay de mí! Silvia me escucha. (Aparte.)
Mal hablé, quiero callar;
Que si por hablar castigan,
Por aborrecer, ¿qué harán?

SILVIA.

No te encubras: ya te he visto,
Fileno, diciendo mal
De la fe con que te adoro.

FILENO.

Engañada, Silvia, estás.
Ya estimo tus pensamientos;
Temo solamente entrar
En esta mar, cuyas olas
Anegan la libertad.
Silvia, no es defecto tuyo
No amarte.

SILVIA.

Pues ¿qué será?

FILENO.

Miedo de perderme amando
En aqueste mar de amar.

SILVIA.

¿Que en efecto estás resuelto
Á no quererme?

FILENO.

Podrás
Contar los granos primero
De aquel menudo arenal;
Las hojas de aquestos olmos,
Y del manto celestial
Las blancas argenterías
Con que guarnecido está.
Los átomos que se miran
En el sol podrás contar;
Las sospechas de un celoso
Que pasa de justa edad;
Las envidias del poeta
De los que supieron más,
Y las malicias de un necio
Cuando dos hablando están.
Silvia, yo quiero ser mío.

SILVIA.

Pues si yo te amare más,
Nunca yo tenga contento,
Nunca me falte pesar,
Nunca goce sin disgusto
La Pascua de Navidad,
Ni amanezca sin pendencia
La mañana de San Juan.
Un necio me quiera bien
(Bien sé que tú no serás),
Que presuma de discreto
Y se precie de galán.
Á mis blancas ovejuelas
Nieguen, Fileno, de hoy más
Estas dehesas su yerba,
Estas fuentes su cristal.
Piedra sepulte mis viñas,
Langostas coman mi pan,
Talen mi fruta estudiantes
Cuando empiece á madurar;
Finalmente, antes que á ti
Mis padres me quieran dar,
Para enterrarme en la iglesia,
Me entreguen al sacristán.

FILENO.

¿Díceslo de veras?

SILVIA.

Digo
Que me atreveré á jurar
Que no te he visto en mi vida.

FILENO.

¿Tan presto amáis y olvidáis?

SILVIA.

Amor sin correspondencia
No ha de crecer ni medrar.
Si olvidas daránte olvido,
Y amor si sabes amar.

Gerardo y Sidonio, sin ver á Silvia y Fileno.

SIDONIO.

Desvíate, Gerardo, del camino,
Ya que de hallarte tuve tal ventura.

GERARDO.

Destos pastores las cabañas rústicas
Te podrán defender, si disfrazado
Te atreves á vivir, Sidonio, en ellas;
Y te prometo que es remedio solo
Á tropel tan extraño de fortunas;
Que si los hombres de una se lamentan,

Tú puedes de las muchas que te siguen.

FILENO.

Adiós, Silvia, que voy tras el ganado,
Que he de llevar aquesta noche al monte.

SILVIA.

Vete, y plega á los cielos soberanos
Que antes que el alba los corone de oro,
Lobos te lleven tu querido manso.

FILENO.

Como amor no me lleve los sentidos,
No hay maldición que tema.

SILVIA.

Amando mueras.

FILENO.

Aun ésa, Silvia, es maldición de veras.

Vase Fileno; Silvia se retira, quedándose en el fondo.

SIDONIO.

¡Ay, Gerardo! ¿Qué dices?

GERARDO.

Lo que escuchas.
Al tiempo cuando tu querida esposa
La partida amorosa prevenía,
Y ya como Latona caminaba,
En una mano el bello sol de Félix,
Y la luna de Elisa en la otra mano,
El agua de tu vista deseada
Enturbió la crueldad y el pregón triste
Del Senado: incitando á los villanos,
Promete al que llevare tu cabeza
Mil escudos, Sidonio, y dos mil viva,
Fuera de perdonar cualquier delito.
Mas esto ya no fuera de importancia,
Pues pudieras librarte y esconderte;
Pero prender á tu Lucinda hermosa
Y á tus queridos hijos (que en efeto
No los dejan salir, y más agora
Que han puesto guardas y avisado barcos,
Con pena de la vida al que los pase),
Es llorosa tragedia de la vida.

SIDONIO.

¡Ay, Gerardo! Bien sé que la justicia
Del severo Senado hará muy presto
Venganza en mi cabeza de su injuria;
Que, como tiene allá mi dulce nido,
Con los hijos querrá coger al padre.
Vuelve, y dile á mi esposa dónde quedo;
Que aunque sea guardando en estos montes
Ganado pobre, guardaré mi vida
En tanto que otra cosa ordena el cielo.
Aquí podrá escribirme.

GERARDO.

Yo te ofrezco
Jamás desampararla.

SIDONIO.

Así lo creo
De tu valor.

GERARDO.

Mas di, señor, ¿qué orden
Podrá tener para vivir Lucinda,
Habiéndole el Senado riguroso
Quitado cuanta hacienda le dejaste?

SIDONIO.

Gerardo, aquellos ángeles, que viven
De mi culpa inocentes, cada día
Pedirán con chillidos lastimosos
Sustento desde el nido, como pájaros,
Al cielo, que sustenta cuanto cría.
Algunas joyas tiene, venda algunas,
Y acuda á los amigos en faltando;
Que por eso se llaman los amigos
Segundos padres.

GERARDO.

¡Plega á Dios lo sean!
Que está ya la amistad tan diferente
De lo que en otros tiempos se estimaba,
Que llamaba un discreto á los amigos
Segundos enemigos; que este nombre
Tienen los que no hacen bien, pudiendo.

SIDONIO.

Parte, Gerardo, y cuando puedas, vuelve
Á darme aviso de mis hijos caros
Y mi amada mujer.

GERARDO.

Guárdete el cielo.

SIDONIO.

Y déme en tanto mal algún consuelo.

Vase Gerardo.

SILVIA.

Gran tiempo han estado hablando (Ap.)
Dos hombres, y el uno es ido.
¿Si es que el camino han perdido,
Y acaso le van buscando?
¡Ah, hidalgo! ¿Buscáis la senda
De aqueste monte á Ferrara?

SIDONIO.

Con el sol de vuestra cara,
No es mucho que hallarla entienda.
Amaneció, ya veré
El camino que perdí;
Mas, pues vuestros ojos vi,
Diré que errando acerté.

SILVIA.

La noche se va acercando;
Que si sol os parecía,
Ya que yo me recogía,
Iban sus sombras bajando.
No habiendo de ir á Ferrara,
No sé dónde podáis ir
Hasta que vuelva á salir
Del sol la diadema clara;
Que supuesto que hay aldeas,
Lejos deste monte están.

SIDONIO.

Ya esta noche me darán
Cama estos juncos y neas;
Que llevo cierto recelo,
Y me está bien esconderme.

SILVIA.

Obligáisme á enternecerme

Con la gracia que os dió el cielo.
¿Qué os ha sucedido allá?
Fiaros podéis de mí,
Que, aunque mujer, no nací
Con lengua.

SIDONIO.

Ferrara está
Llena, cual veis, de soldados.
Uno dellos, fanfarrón,
Me hizo una sinrazón.....

SILVIA.

Son en la ciudad cansados.
Dondequiera ha de haber guerra,
Que los soldados estén.

SIDONIO.

Decís, señora, muy bien;
Mucho destruyen la tierra.
Con uno saqué la espada.

SILVIA.

¿Matástesle?

SIDONIO.

En eso queda,
Si no es que Dios le conceda
Remedio.

SILVIA.

No se os dé nada.

SIDONIO.

¿Cómo no, si está mi vida
En el peligro que veis?

SILVIA.

Porque vos vida tenéis
Que puede ser socorrida.
Quitaos aquese vestido
Y quedaos en la montaña.

SIDONIO.

¿Quién vive en vuestra cabaña?
¿Es padre acaso, ó marido?

SILVIA.

Un padre que no le da
Á quien ya le merecía.

SIDONIO.

Muy justa melancolía.

SILVIA.

De notable humor está.
Pero no tengáis recelo
De que mal le parezcáis;
Que como hablarle sepáis,
Os servirá por el suelo.
Es tentado de leer,
Y aunque es hombre labrador,
Se desvanece á dotor
Y precia de bachiller.
Hablalde en tiempos pasados
Del Duque, que tiene Dios,
Y seréislo luego vos
De su casilla y ganados.
No tengáis pena, mostrad
Valor en el tiempo adverso.

SIDONIO.

¡Qué hablar tan noble y diverso (Aparte.)
De tanta rusticidad!
Del cielo es este consuelo;
Gracias mis males le den;
Que no fuera tanto bien
Menos que del mismo cielo.
Dime tu nombre.

SILVIA.

Mi nombre
Es Silvia.

SIDONIO.

Pues, Silvia bella,
Guía con tu hermosa estrella
Al puerto que busca un hombre;
Que la tabla de la mar
En que paso esta tormenta,
Y ésta en que el milagro asienta
Mi vida, pondré en tu altar.
Hablaré á tu padre, y quiero
Servirle y ser tu Jacob,
Con más paciencia que Job,
Al Julio, al nevado Enero.
Y si, en pago de los daños
Que causa un amor cruel,
Quisieres ser mi Raquel,
Serviré los mismos años;
Que con el bien que me ofreces
Está el alma tan rendida,
Que será corta la vida
Para lo que tú mereces.

SILVIA.

Pues sígueme y di tu nombre.

SIDONIO.

Lucindo.

SILVIA.

¡Gallardo talle! (Aparte.)
No he visto en todo este valle
Tan linda presencia de hombre.

SIDONIO.

Aparte.

Lucinda, aquí me quedo, pues no hay verte.

SILVIA.

Amor, á mí me pierdo si le miro. (Aparte.)

SIDONIO.

En estas soledades me retiro. (Aparte.)

SILVIA.

En tal desigualdad no hay pecho fuerte. (Ap.)

SIDONIO.

Por ser tu vida excusaré mi muerte. (Aparte.)

SILVIA.

¡Á qué notable pensamiento aspiro! (Aparte.)

SIDONIO.

Por ti como la tórtola suspiro. (Aparte.)

SILVIA.

Aparte.

¡Ay, Dios, si en este encuentro está mi suerte!

SIDONIO.

Dame nuevas de ti, prenda querida. (Aparte.)

SILVIA.

¡Qué gloria tiene en verle mi sentido. (Aparte.)

SIDONIO.

Engaño temo de lealtad fingida. (Aparte.)

SILVIA.

Aparte.

Amor ó cielos, dadme el bien que os pido.....

SIDONIO Y SILVIA.

Ambos aparte.

Ya que me tienen entre muerte y vida.....

SILVIA.

Temor..... (Aparte.)

SIDONIO.

Amor..... (Aparte.)

SILVIA.

Engaño..... (Aparte.)

SIDONIO.

Ausencia. (Ap.)

SILVIA.

Aparte.

Olvido.

ACTO TERCERO.

Otavio, Leoncio, Persio y Tadeo.

LEONCIO.

Ya que te has ceñido espada,
Ya eres hombre noble, Otavio;
Advierte que está obligada
Á satisfacer su agravio
En virtud y ley de honrada.
Ya que te ha dado la edad
Discurso, fuerzas y brío,
Advierte con qué crueldad
Á tu padre y señor mío
Dió muerte una libertad.
Moverte á lástima puedes
De aquella sangre, aunque fría,
Si no es que como ella quedes,
Pues que la ves cada día
Hecha jaspe en las paredes.
Sé como el hijo que tanto
Quiso ofrecer sangre y llanto
Al túmulo generoso,
Siendo un hecho tan honroso
De Italia y del mundo espanto.

OTAVIO.

Leoncio, si al padre mío
Debo obligación y amor,
Ya se lo pago en dolor,
Y con esta edad y brío
En su venganza mejor.
Con su misma sangre escribo
Su agravio, y el vengativo
Corazón, viéndola, salta,
Que el blanco mármol esmalta
De la casa donde vivo.
Tanto vengarle deseo,
Que durmiendo, muchas veces
Sueño que doy muerte al reo.

LEONCIO.

Licencia dan los jüeces;
En lo que es justo te empleo.
No hay peligro y hay razón,
Esto decreta el Senado;
Busca tú la ejecución.

OTAVIO.

Su ausencia ha sido el sagrado
De su vida y su traición.
¿Dónde buscarle podré?
¿Qué camino seguiré?
¿Por dónde quieres que vaya?
¿Á qué ciudad, á qué playa
Donde se sepa que esté?
Iré entre el indio y escita
Y á la tierra más remota
Que el blanco tártaro habita,
Donde apenas llegó flota,
Ni se vió su arena escrita.
Peregrino como el griego,
Penélope haré mi honor
Hasta que le ponga fuego.

LEONCIO.

¡Oh Telémaco en valor,
Que al sol no quedaste ciego!
Mis brazos te quiero dar.
Mas mira ¡cuán cerca tienes
De quien te puedes vengar,
Pues hoy á tenerle vienes
Dentro del mismo lugar!
Desde un monte de Ferrara,
Donde me han dicho que vive,
Y de sus peñas le ampara,
Disfrazado le recibe
Su casa y su prenda cara,
Que es aquella mujer bella,
Tan bella, querido Otavio,
Que le mataron por ella.
Mira si hoy puedes tu agravio
Vengar en sus brazos della.

OTAVIO.

¿Á su casa viene el fiero?

LEONCIO.

Tantos años han pasado,
Que con hábito grosero
Viene, á pesar del Senado,
Adonde fué caballero.

OTAVIO.

No digas tal. ¿Que aquí vive?

LEONCIO.

No vive; mas viene á ver
Sus hijos.

OTAVIO.

Y ¿le recibe
Esa atrevida mujer?

LEONCIO.

Ninguna ley lo prohibe.

OTAVIO.

Pues ¿esto sufre el Senado?

LEONCIO.

El Senado ya ha mandado
Que le maten ó le prendan.

OTAVIO.

¡Que estos traidores me ofendan
De nuevo, haciendo sagrado
El lugar de su delito,
Sin ver que tiene el agravio
Su dueño en mármol escrito!
Vamos. ¡Por vida de Otavio,
Que hoy la vida á entrambos quito!
Guía, Persio.

PERSIO.

No estás lejos.
La casa es ésta que ves;
Que en estos corrales viejos,
Por cuyo techo á sus pies
Hace el sol tantos espejos,
Viven después que el Senado
Su hacienda les ha quitado.

OTAVIO.

Llama, rompe aquella puerta.

TADEO.

Con una coz está abierta.

PERSIO.

El mancebo es hombre honrado,
Y dicen que no ha sufrido
El verse desnudo y roto;
Y en fin á la guerra es ido.

Lucinda.

LUCINDA.

¡En casa tanto alboroto!

LEONCIO.

Ésta de tu Troya ha sido,
Otavio, el incendio y fuego.

LUCINDA.

¿Qué es esto? ¿Cómo tan ciego
Llegáis á una casa honrada?

OTAVIO.

Cava, para España espada;
Elena, afrenta del griego;
Circe de mi padre amado,
Que en ceniza le conviertes,
¿No basta que hayas causado
Su muerte? ¿Cómo á otras muertes
De nuevo ocasión has dado?
¿Aquí escondes tu marido?

LUCINDA.

Por tus palabras, mancebo,
Tu persona he conocido.
Yo no te agravio de nuevo,
Ni entonces culpa he tenido;
Porque ni á mi esposo hablé
En locuras de tu padre,
Ni á su muerte le incité.

OTAVIO.

Fiera, de víboras madre,
Causa y culpa tuya fué:
Causa la de tu hermosura,
Y culpa la de tu lengua.
Yo te mataré.

LEONCIO.

Procura
Tu venganza sin tu mengua.

PERSIO.

Tente, señor, que es locura.

LUCINDA.

¡Ay, que me matan! ¡Vecinos!
¡Justicia!

Éntrase.

TADEO.

Tente, señor.

OTAVIO.

Á mayores desatinos,
Tadeo, me incita amor.

TADEO.

Son de tu nobleza indinos.

OTAVIO.

Paréceme que miraba
En sus ojos mi sangriento
Padre, que hablándome estaba.

Elisa.

ELISA.

Dentro.

¡Que tuvo ese atrevimiento!
Tal flecha de tal aljaba.

Sale.

¿Qué es esto, mozo atrevido?
¡Para una mujer la espada,
Y que nunca te ha ofendido!
Que antes tú á la desdichada
Quitaste hacienda y marido.
Tú, por quien vive en pobreza
Quien tuvo tanta riqueza;
Tú, por quien perdió su esposo,
El más gallardo y hermoso
Que formó naturaleza;
Tú, por quien su hijo es ido
Por toda Italia perdido,
Por no se ver en su tierra
Pobre, buscando la guerra,
Y huyendo la del sentido;
Tú, por quien yo, que nací
Noble, y rica me crié,
Si no muero, vivo ansí,

¡Pones en la puerta el pie,
Adonde no hay manos! Di.
Si su dueño aquí viviera,
Justa tu cólera fuera;
Pero, mancebo, ¿qué quieres
Á dos tan pobres mujeres?

OTAVIO.

No te vayas; vuelve, espera.

ELISA.

Tú ¿qué me puedes querer?

OTAVIO.

¿Que eres hija desta fiera?

ELISA.

Desta piadosa mujer
Soy hija.

OTAVIO.

Escúchame, espera.

ELISA.

Tengo allá dentro qué hacer.

OTAVIO.

¿Que eres hija de Sidonio?

ELISA.

Hija de Sidonio he sido.
¿No es mi rostro el testimonio?

OTAVIO.

¿Es posible que ha nacido
Tal ángel de tal demonio?

ELISA.

Demonio ó ángel, yo soy
Hija suya y de Lucinda.
¿Quieres más? porque me voy.

Apártase.

OTAVIO.

¿Habrá fiera que no rinda (Aparte.)
La hermosura? Loco estoy.

LEONCIO.

Entra, señor, á buscar
Á Sidonio.

OTAVIO.

Leoncio, tente.
Ya es sagrado este lugar
Con tal imagen presente.
No me mande nadie entrar.

LEONCIO.

¡Agora sales con eso,
Muerto un padre por el suyo
Con tan sangriento suceso!

OTAVIO.

¿Era aqueste padre tuyo?
¿Qué te va, Leoncio, en eso?

LEONCIO.

Quien su sangre te confía,
¡De gentil valor se ampara!

OTAVIO.

¿Qué haré de su sangre fría,
Si después que vi su cara
Me abrasa toda la mía?

LEONCIO.

Por una mujer presente
¿Haces hazaña tan vil?

OTAVIO.

David era más valiente,
Y en mirando á Abigail,
Templó la furia á su gente.
Si por sólo una pintura
Libró una ciudad el griego,
De un hombre en efecto hechura,
¿Qué haré, si á este lienzo llego,
Y pintó Dios su hermosura?

ELISA.

¡Qué buen talle de mancebo! (Aparte.)
Á no ser competidor,
Pensara que el loco amor
En este dorado cebo
Quería coger mi honor.
Si ya fué su padre así,
Gran valor tuvo mi madre.

OTAVIO.

Vamos, Leoncio, de aquí:
Ya que me han muerto á mi padre,
No quieran matarme á mí.

LEONCIO.

Á fe que lo has heredado.

OTAVIO.

Leoncio, si me engendró
Cuando estaba enamorado,
Su imaginación formó:
Amor soy imaginado.
¡Vive Dios, de no ofender
En mi vida esta mujer!
Muy bien muerto está mi padre,
Porque si fué tal la madre,
Debiólo de merecer.

Acercándose á Elisa.

Gozad, hermosa señora,
Esos años con quien pueda
Mereceros; que á mí agora
Sólo la envidia me queda
En el alma, que os adora.
Á vuestro padre buscaba:
Bien se ve claro que erré,
Pues donde él su muerte hallaba,
Señora, no imaginé
Que también mi muerte estaba.
Pero mi plática ataje
Ese sol que así me abrasa.
A decir voy en mi ultraje
Que se guarden desta casa,
Que es peste de mi linaje.

Vanse Otavio, Leoncio, Persio y Tadeo.

ELISA.

¿Adónde huyes, si á vengarte vienes,
Alma de aquel amor jamás vencido?
Ó ¿por qué me castigas, si no he sido
De quien la queja de tu agravio tienes?
Pague Lucinda sola sus desdenes,

Roba sus bienes, busca su marido;
Que si los bienes saca el ofendido,
¿Por qué sacas las almas y los bienes?
¡Oh fénix del amor del padre tuyo,
Que en sus cenizas renaciste luego,
Para que pague por mi madre el suyo!
Si para su venganza vuelas ciego,
Que ha de ser nuestro amor eterno arguyo;
Que si eres fénix tú, yo soy tu fuego.

Vase.

Silvia y Fileno.

FILENO.
¡Tanto desdén, Silvia mía!

SILVIA.
¿Qué quieres? Trocóse amor,
Todas las cosas se mudan,
Varias las edades son.
Si vimos en el verano
Herir con tal fuerza el sol,
Luego en el invierno vemos
Templado su resplandor.
Tú me abrasabas, Fileno,
Y entonces te helaba yo;
Ya me hielas y te abraso,
Mudónos el tiempo el son.
No dances en mi mudanza,
Ni saltes en mi rigor;
Que tarde vuelve á cogerla
Quien desprecia la ocasión.

FILENO.
No sé, Silvia, cómo diga
La causa de que nació
Este amor que agora tengo,
Si son los celos amor.
Gran tiempo he vivido libre,
Nunca el tuyo me obligó,
Tus regalos me cansaban,
Matábame tu favor.
Tu sombra me daba pena,
Espantábame tu voz,
Tomaba, de verte, agüero.....

SILVIA.
Soy mujer, y era razón.

FILENO.
Y desde que el otro día
El disfrazado pastor,
El extranjero Lucindo,
El que de Ferrara huyó,
Junto á un arroyo sentado
Un hora te requebró
Mientras que estabas lavando,
Sin recato de tu honor,
Tus cofias y sus camisas,
Tendido el cabello al sol,
Y los brazos, que afrentaban
Las espumas del jabón,
Desnudos hasta los hombros,
No sé si en los suyos vió
Mayor peso el moro Atlante
Que tuve de celos yo.
Ya sé, Silvia, que le quieres,
Ya sé que os casáis los dos.
Mal me haga Dios, si me basta
Paciencia ni discreción.
No lo he de ver con mis ojos.
Yo me iré; que así Damón
Olvidó á la bella Antandra:
Ausencia es muerte de amor.

SILVIA.
Tarde me amenazas. Vete;
Porque, ansí me guarde Dios
Y me logre con Lucindo,
Que no te llore.

FILENO.
¿No?

SILVIA.
No.

FILENO.
Pues, fiera, si te casares,
Déle Dios tal condición,
Que antes de un mes te arrepientas,
Y mueras antes de dos.
Jamás se vean con trigo
Ni tus eras ni tu troj,
Ni tus lagares con uvas,
Ni tus frutas con sazón.
Bastardos te traiga á casa,
Por falta de bendición,
Y tenga aquellas dos gracias,
Mujeriego y jugador.
Venga á casa cuando pierda
De suerte, que de una coz
Te arroje detrás de un arca
Sin pan, que con ello no.
Aborrézcate en extremo,
Y tras este desamor,
Esté de ti muy celoso,
Que es la mayor maldición.

Vase.

SILVIA.
Vete seguro que te rasgue el sayo,
Fileno, por asirte y detenerte;
Que ya ni me desmayo para verte,
Ni menos de no verte me desmayo.
Pasó tu verde primavera en Mayo,
Y vino el sol que pudo deshacerte;
Cuando es cometa amor no es amor fuerte,
Que amor, para ser fuerte, ha de ser rayo.
Rayo es agora el que me abrasa y arde,
Ni merece el favor quien no le siente:
Perdiste la ocasión, llórasla tarde;
Que el bien que la mujer rinde presente,
No se ha de dilatar, porque es cobarde,
Y de cuanto promete se arrepiente.

Sidonio, de villano, y Gerardo, sin ver á Silvia.

GERARDO.
Lee la carta, y verás

Si te engaño en lo que digo.

SIDONIO.

Nunca yo, Gerardo amigo,
Dudé los daños jamás.

SILVIA.

¿Qué quiere este veneciano (Aparte.)
Con tantas cartas aquí?

SIDONIO.

Escucha la carta.

GERARDO.

Di.

SILVIA.

Temo, y no he temido en vano. (Aparte.)
Quiero escuchar escondida,
Aunque por mi daño sea,
Porque quien ama, desea
Saber su muerte ó su vida.

SIDONIO.

Lee:

«No puede ya mi necesidad sufrir los años de tu ausencia, y aunque ésta se remedia con mi trabajo, dámele muy grande el guardar tu hija, hermosa y pobre, dos cosas ocasionadas á cualquier deshonra. Da algún remedio; que la persiguen muchos; que si tú puedes guardar tu cabeza, es porque la tienes; que yo no puedo guardar su honra, porque no la tengo.»

¡Válgame Dios! No creyera,
Gerardo, que aqueste mal
Me faltaba.

GERARDO.

En daño igual,
Lo que has de hacer considera.

SIDONIO.

Vente, Gerardo, conmigo.

GERARDO.

¿Dónde?

SIDONIO.

Á Venecia.

SILVIA.

Detente;
Que no te vas solamente,
Pues que me llevas contigo.

SIDONIO.

¡Silvia!

SILVIA.

No hay Silvia, traidor.

SIDONIO.

¿Cómo?

SILVIA.

La carta he escuchado.

SIDONIO.

¿Pues.....

SILVIA.

Ya sé que eres casado.

SIDONIO.

¿Qué te debo?

SILVIA.

Sólo amor.

SIDONIO.

Pues no te quejes de mí
Si es que sólo amor te debo;
Que á despreciar no me atrevo
Mis hijos y honor por ti.
Silvia, yo soy veneciano,
Casado en Venecia estoy;
Que por una muerte voy
Huyendo el rigor tirano.
Los años que estuve aquí
Sincero amor te traté,
Porque agradecí tu fe
Y tu pena agradecí.
Forzosa me es el ausencia,
No puedo más.

SILVIA.

Soy mujer.....

SIDONIO.

No llores.

SILVIA.

Siento perder
Tu honrado trato y presencia.
Detente aquí sólo un día.

SIDONIO.

Ni un punto puedo, ¡por Dios!
Que hoy hemos de ver los dos
El mar de la patria mía.
No me detengas; recelo
Mi muerte. Voyme.

SILVIA.

¡Ay de mí!
¿Nunca vendrás por aquí?

SIDONIO.

Sí vendré.

SILVIA.

Guárdete el cielo.
Abrázame.

SIDONIO.

Que me place.

Vanse Sidonio y Gerardo.

Fileno.

FILENO.

¡Ah, traidora! Bien te veo.

SILVIA.

¿Qué quieres? Sólo deseo
Ver si tu amor de amor nace;
Pero si nace de celos,
¿Por qué tengo yo de amarte?

FILENO.

Si mis celos fueron parte,
Silvia, de encender mis hielos,
¿Por qué los desprecias tanto,
Ni por ellos á mi amor?
¿Qué tiene aqueste pastor?
Yo, ¿no taño, bailo y canto?
Yo, ¿no puedo competir
Con él en talle y persona?

SILVIA.

Fileno, si amor te abona,

No tienes más que decir;
Y si tenérmele fuera
Verdad, sin duda olvidara
Á Lucindo, y te adorara,
Y por marido quisiera.
Mas como sé tu desdén
No he de quererte jamás.

FILENO.

Luego ¿yo te agrado más?

SILVIA.

Siempre me pareces bien.

FILENO.

Pues, Silvia del alma mía,
Olvida aquel extranjero,
Que por mi esposa te quiero.

SILVIA.

¿Cierto?

FILENO.

No es tan claro el día.

SILVIA.

Dame la mano.

FILENO.

Ésta es
La mano y el alma.

SILVIA.

Muestra,
Pues hoy es una la nuestra.

FILENO.

Habla á Belardo.

SILVIA.

Después.

FILENO.

Silvia, ¿que ya no le quieres?

SILVIA.

Yo le echaré deste valle
Donde en mi vida le halle.

FILENO.

¡Gran bien!

SILVIA.

Aprended, mujeres, (Aparte.)
Cuando al honor os conviene,
Á reparar lo perdido;
No lloréis por el que es ido,
Sino engañad al que viene.

Vanse.

Sabino y Fineo, con espadas y rodelas, en hábito de noche; músicos.

SABINO.

¿Que aquí vive?

FINEO.

Esta es la casa.

SABINO.

¿Que es tan bella?

FINEO.

Es como un oro.

SABINO.

Si es oro, con tal tesoro,
¿Tan grande pobreza pasa?

FINEO.

Es oro de un avariento
Que no se aprovecha dél.

SABINO.

Acometelde con él.

FINEO.

Pídeme.....

SABINO.

¿Qué?

FINEO.

Casamiento.

SABINO.

Guarda la gamba.

FINEO.

Si fuera
Menos pobre, bien me estaba.

SABINO.

¿Hay honra?

FINEO.

El mundo la alaba.

SABINO.

Es riqueza verdadera.

FINEO.

No quiere mi padre.

SABINO.

¿No?

FINEO.

Dice que el suyo está ausente
Porque á cierto su pariente
Con poca razón mató.

SABINO.

¡Por Dios, que es ésa la hija
De Sidonio!

FINEO.

Así es verdad.

SABINO.

¡Bueno, vive Dios! Templad.

UN MÚSICO.

Si quiere aquesta clavija.

SABINO.

Pues échome en este suelo
En tanto, por no lo oir.

FINEO.

Yo os pienso en todo seguir
Para ver mejor su cielo.

Otavio, Leoncio y Persio, con armas y hábito de noche.

OTAVIO.

Puertas de mi dulce amiga,
Hija de aquel mi enemigo,
Que, para mayor castigo,
Quiere el cielo que os persiga.
Aquí le vine á buscar,
Y aquí también me perdí,
Porque su hermosura vi
Donde le pensaba hallar.
Ya que es remedio imposible
Darme á mi padre, que es muerto,
Dad á mi esperanza puerto;
Que yo vivo, y es posible.

Troquemos, hermosa madre
De mi Elisa clara y bella,
Pues casándome con ella
Me la darás por mi padre.
Perdóname, padre mío:
Tú me enseñaste que amase
Lo que en esta casa hallase,
Y es menor mi desvarío;
Que tú buscabas lo ajeno
Y yo lo que puede ser
Mío, siendo mi mujer.

LEONCIO.

Que aun eso digas condeno;
Y habla bajo, que hay aquí
Gente por el suelo echada.

OTAVIO.

Ni dellos se me da nada,
Ni, si me estorbas, de ti.

PERSIO.

Una ventana han abierto.

OTAVIO.

Mi sol á su oriente sale.

PERSIO.

Poco mi defensa vale. (Aparte.)

OTAVIO.

Vengo á buscar quien me ha muerto.

Elisa, á una ventana.

ELISA.

Gente por la calle pasa.

OTAVIO.

Y tan sin alma por vos,
Que sabe, señora, Dios
Que la tuve en vuestra casa.

ELISA.

¿Quién es?

OTAVIO.

Un hombre que ayer
Era tan vuestro enemigo,
Cuanto ya es hoy vuestro amigo.

ELISA.

¿Puedo yo el nombre saber?

OTAVIO.

Otavio Justinïano
Es mi nombre.

FINEO.

Á los músicos.

No cantéis,
Si no es que música déis,
Al estilo cortesano,
Á la dama y al galán.

SABINO.

¡Qué bueno es esto, por Dios!
La esquina le guardan dos.

FINEO.

Y los dos hablando están.

SABINO.

Prevén la espada, Fineo.

OTAVIO.

¿Que tan venturoso he sido? (Ap. á Elisa.)

ELISA.

Muy bien me habéis parecido;
Veros despacio deseo.

OTAVIO.

¿Dónde iréis mañana á misa?

ELISA.

Vamos al amanecer.....

Sidonio, con capa, sombrero y espada; Gerardo.

SIDONIO.

Á Gerardo.

Por ella debe de ser.

GERARDO.

Toda esta gente hace Elisa.

SIDONIO.

¡Triste de mí! ¡Que mi casa
Vive en tanto deshonor!

GERARDO.

No tienen culpa, señor,
Que toda es gente que pasa.
Y, en fin, cada cual procura
Lo que es bueno para sí,
Como saben que hay aquí
Pobreza con hermosura.

FINEO.

¡Muera el infame que á esta puerta llega!

Acometen, espada en mano, á Otavio.

OTAVIO.

¡Aquí, criados!

SIDONIO.

¿Esta infamia veo?
¡Pendencias por mi hija!

GERARDO.

No te acerques;
Que vendrá la justicia por ventura.

Huyen Leoncio y Persio.

OTAVIO.

¡Ah, traidores, que al fin me habéis dejado
Solo! ¡Mal haya quien de tales fía!

Fineo y Sabino retiran á cuchilladas á Otavio.

SIDONIO.

Matando están á un pobre caballero;
Á socorrerle voy; aquí me aguarda.

GERARDO.

¿Cómo que aguarde? Yo también te sigo.

Éntranse Sidonio y Gerardo.

Elisa, en la ventana.

ELISA.

¡Ay, triste! Ya, sin duda, Otavio es muerto.

No tengo que dudar, ya es muerto Otavio;
Que basta ser mi mal para ser cierto:
Pues aquí del honor faltó el agravio,
Venecia culpará mi desconcierto;
Y si el Senado es justo como sabio,
No hay duda que me mande dar la muerte.
Otavio vuelve aquí. ¡Qué dulce suerte!

Quítase de la ventana.

Sidonio, Otavio y Gerardo.

SIDONIO.
No volverán, que van muy bien heridos;
Envainad vuestra espada.
OTAVIO.
El cielo os guarde
Y os pague la merced que me habéis hecho;
Y estad cierto que, en tanto que yo viva,
Me mostraré, cual debo, agradecido.
SIDONIO.
Yo soy, como lo veis, un extranjero
Que en este punto llego de Cremona.
¿Por qué ocasión ha sido esta pendencia?
OTAVIO.
Celos pienso que son.
SIDONIO.
¿Oyes, Gerardo? (Ap. á él.)
¡Ah, Lucinda cruel! ¡Ah, infame Elisa! (Aparte.)
Sin duda que vos érades querido
De alguna dama.
OTAVIO.
Pues os debo tanto
(Que, en efecto, señor, la vida os debo),
Sabed que yo soy hijo de Fulgencio,
Un noble que mató (como es muy público)
Sidonio, caballero veneciano.
Ayer ceñí la espada que hoy desnudo,
Y un Leoncio traidor, que hoy me ha dejado,
Me aconsejó que, pues edad tenía,
Vengase el muerto padre. Los mancebos
Somos, para tomar consejos, fáciles.
Dijéronme que, á veces, disfrazado
Sidonio entraba á visitar sus hijos;
Fuíle á buscar, hallé su mujer sola;
Quise darle la muerte, y se la diera
Si no saliera entonces una hija
Más hermosa que el sol cuando amanece,
Que me tuvo la espada y aun el alma.
Y mirad si es verdad que me la tiene,
Pues la vine á buscar aquesta noche.
SIDONIO.
Luego ¿esta Elisa no es mujer de amores?
OTAVIO.
¿Cómo de amores? Es la honra misma,
Es un ángel del cielo; y no es milagro
Que sea honrada, porque tiene ejemplo
En la matrona casta de su madre;
Que, por serlo, mataron á mi padre.
SIDONIO.
Idos, hidalgo, en buen hora,
Y vaya aqueste criado
Con vos.
OTAVIO.
Estoy obligado,
Y es merced que estimo agora,
Porque sabiendo mi casa,
Mañana della os sirváis.
SIDONIO.
Cuando lo que soy sepáis,
Sabréis todo lo que pasa,
Y no me hablaréis con gusto.
OTAVIO.
¡Vive Dios, que cuando fuera
Sidonio, que no me diera
Sobresalto ni disgusto!
Que si mi padre mató,
Fué por su honor, y si aquí
Me ha dado la vida á mí,
En mí le resucitó.
SIDONIO.
Id con Dios; que yo no soy
Más de lo que agora veis.
OTAVIO.
¿El nombre no me diréis?
SIDONIO.
Félix.
OTAVIO.
Con eso me voy;
Que ya se declara el día.
Conmigo habéis de comer.
SIDONIO.
Iré á serviros y á ver
El fin desa cortesía.

Vanse Otavio y Gerardo.

Honra tengo, aunque pensaba,
Cielos, que no la tenía;
Que más que la vida mía
Perder mi honor estimaba.
Y estimo la que le dí
Á este mozo; que obligar
Al enemigo es hallar
La puerta al bien que perdí.
No porque puede ser parte
Para el perdón del Senado;
Pero al suyo está obligado
Por lo que obligado parte.
No se iguala bien alguno
Al de procurar amigos;
Que, en fin, de dos enemigos
Es bueno ganar el uno.
Llamar quiero antes que el día
Llame á despertar la gente.
¡Ah de casa!
LUCINDA.
Dentro.
¡Ay, dulce ausente!
¿Si es su voz?
SIDONIO.
¡Ah, esposa mía!

Sale Lucinda.

LUCINDA.
¿Eres tú, señor?
SIDONIO.
Yo soy.
Pues ¿cómo vestida estás?
LUCINDA.
Abrázame, y lo sabrás.
SIDONIO.
¿Y Elisa?

Sale Elisa.

ELISA.
Padre, aquí estoy.
SIDONIO.
Pues ¡también vestida Elisa!
LUCINDA.
Para no dejarnos ver,
Cuando quiere amanecer,
Sidonio, vamos á misa.
SIDONIO.
¿Cómo estás?
LUCINDA.
Ya ¿no lo ves?
Pobre y sin ti.
SIDONIO.
¿Dónde está
Mi hijo?
LUCINDA.
Á la guerra va.
Es hombre, soldado es.
SIDONIO.
¿No te ha escrito?
LUCINDA.
No sé dél
Desde que de aquí salió.
SIDONIO.
Mi Elisa, hoy he visto yo
Que sois honrada y fïel;
Pero, aunque fïel y honrada,
No sé si vuestra belleza
De tan estrecha pobreza
Está bien aconsejada.
Yo vengo á daros remedio,
De vuestra madre avisado.
Sois tesoro mal guardado,
De mil ladrones en medio.
Sabed que vengo á traeros
Dos mil ducados.
LUCINDA.
Señor,
¿Qué persona de valor
Tanta merced quiso haceros?
¡Dos mil ducados!
SIDONIO.
Sí, amiga.
Éstos vale mi prisión,
Y quiero en esta ocasión
Que toda Venecia diga
Que por piedad que he tenido
De vuestra necesidad,
Con tal liberalidad
Mi cabeza os he ofrecido.
Venid, Lucinda, al Senado:
Decid que vos me traéis,
Porque el dinero ganéis
Que tantos han procurado.
Llevadme, esposa querida;
Seré yo por vuestra mano
El piadoso veneciano,
Que dió por su honor la vida.
LUCINDA.
Si prometéis y lloráis,
No dais lo que prometéis;
Que mal liberal hacéis,
Pues que sentís lo que dais.
Quien da no lo ha de sentir;
Y pues vos lo sentís tanto,
No deis, porque darme el llanto
Es condenarme á morir.
Y espántame que digáis
Que yo venda vuestra vida,
Cuando Lucinda querida
Con lágrimas me llamáis.
Si puede servir la mía
Para remediar la vuestra,
El alma leal os muestra
Que es la misma que solía.
SIDONIO.
Lucinda, no hay que tratar:
Yo vengo determinado
Que has de llevarme al Senado.
LUCINDA.
Mi bien, ¿quiéresme matar?
¿Para qué dices locuras?
Si me pruebas, no es razón
Probarme con tu prisión
Después de mis desventuras.
Pruébame en darte la vida,
Di al Senado que la quiera,
Déme la muerte más fiera
Que ha sido vista ni oída.
Mas no me pruebes ansí;
Que aunque te burles conmigo,
Es darme un grande castigo
De ofensas que no hay en mí.
SIDONIO.
Lucinda, esposa, señora,
Elisa está aquí culpada,
No porque no ha sido honrada,
Mas porque es amada agora.
No quiera Dios que la venza
Necesidad; que en mujer,
Escalas suele poner
Al honor y á la vergüenza.
Muera yo.
ELISA.
Pues, padre mío,
¿Qué es lo que yo puedo hacer
Que os pueda á vos ofender?
¿Con qué gusto, con qué brío?

Yo pienso que son las galas
Que están en liviano pecho,
Alas de infamia, que han hecho
Á muchas mujeres malas;
Pero si yo no las tengo
Desde que vos me faltáis,
Y pobre y rota me halláis,
¿En qué á daros celos vengo?

SIDONIO.

Hija, galas en mujer,
Mayormente en las doncellas,
No consiste en el tenellas,
Sino en querellas tener.
Yo sé que me importa así:
Vendedme, y comprad honor;
Que muerto estaré mejor
Que vivo sin honra aquí.
Esta es ya resolución:
Dos mil ducados que valgo
Os quiero dar, con que salgo
De mi justa obligación.
¡Gracias á Dios, que mi vida
Puso en tan subido precio,
Por ser Fulgencio tan necio,
Y Lucinda tan querida!
Llevadme luego las dos,
Porque el dinero empleéis
En honra, aunque la tenéis.

LUCINDA.

Nunca lo permita Dios.
No me hagas dar mil voces.

SIDONIO.

¿Voces das?

LUCINDA.

Sí, loca estoy.

ELISA.

¡Padre, padre!

SIDONIO.

Padre soy;
No sé si tú lo conoces.
¡Ay, hija! Que es el honor,
Cuando le guarda doncella,
Arena en mano, que della
Se sale, si aprieta amor.
Llevadme, digo.

LUCINDA.

Detente,
Que vienes loco.

SIDONIO.

Mi bien,
Haz que la muerte me den.

ELISA.

Padre, matadme.

LUCINDA.

Aquí hay gente.

El Capitán de la guarda y cuatro alabarderos.

CAPITÁN.

¿Quién da voces aquí?

SIDONIO.

Ya no hay remedio.
El Capitán es éste de la guarda.

LUCINDA.

Tú has tenido la culpa.

UN ALABARDERO.

En esta casa
Vive Lucinda, esposa de Sidonio.

CAPITÁN.

¿Qué gente?

SIDONIO.

Un hombre.

CAPITÁN.

¿Qué hombre?

SIDONIO.

Forastero,
Que trujo cartas de Ferrara.

CAPITÁN.

¡Oh cielos!
¿No eres Sidonio tú?

SIDONIO.

Ya mi desdicha
Quiere que acabe vida tan cansada.
Sidonio soy.

CAPITÁN.

Date á prisión, ó mátenle.

SIDONIO.

Doyme á prisión, que menos valgo muerto.

CAPITÁN.

Tirad con él.

LUCINDA.

Tus voces culpa han sido.
Ven, Elisa, conmigo.

SIDONIO.

Ya mi suerte
No quiere que dilate más mi muerte.

ALABARDERO.

Dos mil ducados la prisión te vale.

CAPITÁN.

Cien escudos os mando, si bien sale.

Vanse.

El Duque y senadores.

DUQUE.

Esta carta que veis, Selín envía.

SENADOR 1.°

La liga ya trazada se efectúe
Con el Emperador, Florencia y Roma.

SENADOR 2.°

Y está puesto en razón que la palabra
Prometida se cumpla.

SENADOR 3.°

Es más conforme
Á nuestra religión.

SENADOR 4.°

¿Qué gente es ésta?

Un Secretario y Otavio.

SECRETARIO.

Este mancebo está preso

Porque hoy con un pistolete
Le hallaron.

DUQUE.

No nos promete
Su edad y rostro más seso.
¿Por qué un arma prohibida
Te has atrevido á traer?

OTAVIO.

Señor, para defender
De un enemigo la vida.

DUQUE.

¿Quién eres?

OTAVIO.

El hijo fuí
De Fulgencio, el que mató
Sidonio.

DUQUE.

Pues ¿quién trató
De querer matarte á ti?

OTAVIO.

Anoche me acuchillaron
Porque una calle pasé,
Y como quién es no sé,
Con estas armas me hallaron.

Alguaciles, que traen preso á Evandro.

SENADOR 1.°

¿Qué gente es ésa?

SECRETARIO.

En su casa
Al viejo Evandro han hallado,
De Venecia desterrado.

DUQUE.

¡La desvergüenza que pasa!
¿Cómo te has venido aquí?

EVANDRO.

Por ver mis hijos, señor.

SECRETARIO.

Aquí traen al traidor
De Sidonio.

SENADOR 2.°

¿Cómo ansí?

SECRETARIO.

En su casa le prendió
El Capitán de la guarda.

SENADOR 3.°

Metelde.

SECRETARIO.

Su premio aguarda.

SENADOR 4.°

Justamente le ganó.

Alabarderos, que conducen preso á Sidonio, Lucinda y Elisa.

DUQUE.

¿Á qué más puede llegar,
Sidonio, tu desvergüenza?
¿Qué humildad habrá que venza
Tu culpa?

SENADOR 2.°

No hay que culpar
Á Sidonio, que no ha sido
El que ha venido á Venecia.
Dios, que su justicia precia,
Al castigo le ha traído.
Llevalde á la plaza luego,
Y paguen al Capitán.

SENADOR 3.°

Muy justo premio le dan.

LUCINDA.

Señores, oidme os ruego.

DUQUE.

¿Quién eres?

LUCINDA.

La mujer soy
De Sidonio.

SENADOR 2.°

Habla si quieres.

DUQUE.

Siempre lloráis las mujeres.

LUCINDA.

Señor.....

DUQUE.

Habla, oyendo estoy.

LUCINDA.

Senado discreto y justo,
Duque ilustre veneciano,
Ínclito honor y defensa
Del gran león de San Marcos:
En defensa de su honor,
Cerca de vuestro palacio,
Mató Sidonio, mi esposo,
Á Fulgencio Justiniano.
Seis años ha que en un monte
Ha vivido desterrado.
Como tomasteis mi hacienda,
Y él me ha faltado seis años,
Vine á notable pobreza,
Y mi desventura á tanto,
Que mi hijo me dejó
Y se fué á Roma soldado.
Esta hija que aquí veis,
Que para moveros traigo,
Quedóme, pobre y hermosa,
Sujeta á cualquier engaño.
Viendo que se me atrevían
Mancebos desenfrenados,
Escribí á Sidonio, ausente,
El peligro de su daño.
Él, como padre piadoso,
Y que su honor tiene en tanto,
Á Venecia y á mi casa
Vino anoche disfrazado.
Halló que Otavio y Fineo
(Ya sabéis quién es Otavio)
Se mataban por mi Elisa.
Púsose de Otavio al lado.....
Él diga si le libró,
Pues entre tantos contrarios
Salvó su vida, que vuelve,
De la de su padre en pago.
Hablóme, y díjome ansí:

«Llévame, esposa, al Senado,
Porque llevándome preso,
Te den los dos mil ducados.
Con éstos libra tu hija,
Y no permitas que al cabo
De mis peregrinaciones
Pierda el honor que le guardo.»
Á las voces que yo daba
Por no hacer tan atroz caso,
Y al llanto desta doncella,
Que era entonces justo el llanto,
El Capitán de la guarda
Entró, como veis, armado,
Y prendió quien ya venía
Á la muerte paso á paso.
Gran Duque, Senado ilustre,
Haced un hecho cristiano,
Digno de la gran Venecia
Y desos pechos hidalgos.
Cuente España, Francia cuente
Que el gran león de San Marcos
Sabe perdonar corderos
Y castigar lobos bravos.

DUQUE.

¿Qué os parece? De mi voto,
Como no replique Otavio,
Yo perdonara á Sidonio.
Tú, ¿qué respondes?

OTAVIO.

Que alabo,
Señores, vuestra piedad;
Mas si queréis perdonarlo,
Ha de ser con un concierto.

DUQUE.

¿Qué concierto?

OTAVIO.

Justo y santo.
Que me dé á su hija Elisa
Por mujer.

DUQUE.

Mancebo honrado,
Por la palabra que has dicho,
Digna del mismo Alejandro,
Quiero que te dé por dote
Su misma hacienda el Senado.

SIDONIO.

Hijo, padre te quité
Bueno, patricio é hidalgo;
Mas con lágrimas te vuelvo
Otro que no valga tanto.

OTAVIO.

Yo sé que en vos le mejoro.

LUCINDA.

Elisa, dale la mano.

OTAVIO.

Su esposo soy.

ELISA.

Yo su esposa.

SIDONIO.

Gran Duque, perdona á Evandro,
Que habiéndome, por su vida,
Sus hijos preso y atado,
Me dió libertad, y es justo
Que seáis con todos franco.
Venecianos somos todos;
Vos, justísimo Senado,
Quien ha de premiar los buenos
Y dar castigo á los malos.

DUQUE.

Libren á Evandro también.

EVANDRO.

Viváis, señores, mil años.

SIDONIO.

Aquí acaba la comedia
Del *Piadoso veneciano.*

SERVIR Á SEÑOR DISCRETO

SERVIR Á SEÑOR DISCRETO

PERSONAS

Don Pedro.
Doña Leonor.
El Conde de Palma.
Don Fernando.
Don Silvestre.
Don Diego de la Cerda.
Girón.
Elvira.
Felipa.
Severo.
Ludovico.
Liciso.
Liranzo.
Rosales.
Finardo.
Celio.
Gerardo.
Liseno.
Otavio.
Fabio.
Arnaldo.
Inés.
Rosardo.
Estevan.
Un Notario.
Criados.
Músicos.—Bailarines.

ACTO PRIMERO.

Don Pedro y Girón.

DON PEDRO.

Para alabar á Sevilla,
Deja su Contratación
Y cuanto encierra, Girón,
De Guadalquivir la orilla.
Deja la Torre del Oro,
Y aquellos barcos de plata
En que el indio mar desata
Su más precioso tesoro.
Deja la hermosa Aduana
Y la puente que en su orilla,
Para alcanzar á Sevilla,
Sirve de brazo á Triana.
Deja sus puertas y hermosos
Edificios, y sus muros
Altos, del tiempo seguros,
Y del agua temerosos.
Deja su famosa iglesia
Y templo tan soberano,
Que se le rinde el de Jano
Y la maravilla Efesia.
Deja sus plazas, teatros
De grandeza y de sustento,
Su Cabildo y Regimiento,
Jurados y Veinticuatros.
Deja su insigne alameda,
Su diversidad de calles,
Sus hermosuras, sus talles,
Donde con envidia queda
Toda Europa; y sólo alaba,
Girón, á doña Leonor,
Á quien ha dado el amor
Su fuego, flechas y aljaba;
Porque con esto dirás
Lo que hay en Sevilla sólo,
Que es reina de polo á polo
Con esta prenda no más.

GIRÓN.

Mas para vituperalla,
Si algún mal gusto quisiera,
Sólo nombralla me altera,
Porque tiemblo de nombralla.
De todo el mundo, señor,
Es Sevilla reina bella,
Como no estuviera en ella,
Tan bella, doña Leonor.
Yo confieso su hermosura,
Mas confieso nuestro daño,

Y que te lleva un engaño
Á perdición y locura.
¡Nunca vinieras acá!

DON PEDRO.

¡Maldiga Dios tu mal gusto!

GIRÓN.

Gusto, señor, que es injusto,
Malo por fuerza será.
No te obligan las verdades;
De desengaños te admiras;
Que á lisonjas y mentiras
Más presto te persüades.
Estamos gastando aquí
Lo que tú no has trabajado,
Y ¡quieres ser alabado
De que te pierdes ansí!

DON PEDRO.

Ahora, ven acá, Girón;
Pues que vienes tan preciado
De consejero en mi estado,
Pongamos esto en razón.

GIRÓN.

Pongamos enhorabuena.

DON PEDRO.

Yo nací en Madrid.....

GIRÓN.

Verdad.

DON PEDRO.

De mediana calidad.

GIRÓN.

Sangre tiene cualquier vena,
Y todas son coloradas.

DON PEDRO.

Hidalgo soy, que no quiero
Decir que soy caballero.

GIRÓN.

Con esa humildad me agradas:
Y sabe que la nobleza
Está en la limpia hidalguía;
Que lo que es caballería,
Más consiste en la riqueza.
Caballero se deriva
De caballo, que este nombre
Le ha dado el caballo al hombre:
¡Mira en qué principio estriba!

DON PEDRO.

Murieron mis padres.

GIRÓN.

Ya
Tus padres murieron.

DON PEDRO.

Yo
Heredé su hacienda.

GIRÓN.

No
Para consumirla acá.

DON PEDRO.

Salir quise á ver el mundo,
Que no era doncella.

GIRÓN.

Bien.

DON PEDRO.

Y tú dijiste también
Que en justa razón me fundo.

GIRÓN.

Confieso.

DON PEDRO.

Vine á Sevilla.

GIRÓN.

Viniste.

DON PEDRO.

¿Fueron á honrados
Pensamientos los ducados
Que traje de mi haciendilla?

GIRÓN.

Fueron.

DON PEDRO.

Y el haber dejado
El hábito estudiantesco
Por éste, galán y fresco,
¿Fué acertado?

GIRÓN.

Fué acertado.

DON PEDRO.

Vi un día á doña Leonor.

GIRÓN.

Vístela.

DON PEDRO.

Quísela bien.....

GIRÓN.

Quisístela.

DON PEDRO.

Que también
Es afecto propio amor.

GIRÓN.

Concedo, pues no volvemos
Á las pasadas sotanas.

DON PEDRO.

No son esperanzas vanas
Que el casamiento intentemos
De una mujer principal
Y tan rica.

GIRÓN.

Bueno fuera,
Si cosa posible fuera,
Y que no te estaba mal.

DON PEDRO.

Si me hubiera enamorado
De una ramera cruel,
Déstas de plata y dosel,
Cama dorada y estrado,
Que me fuera consumiendo
El dinero y la salud,
Malo; pero ¿no es virtud
Amar, Girón, si pretendo
Casarme?

GIRÓN.

Tan declarado
Nunca yo te pensé ver.
Ella es gallarda mujer,
Su padre un indiano honrado;
Pero solo y extranjero,

¿Cómo piensas negociar?

DON PEDRO.

Por papel y por mirar,
Por hablar y por dinero.
El hombre que viene aquí,
Este pleito solicita.

GIRÓN.

Amor los pleitos imita.

DON PEDRO.

Aquéste aboga por mí.

GIRÓN.

Y por ti podrá bogar
Si le conocen la flor.

Ludovico.

DON PEDRO.

¿Qué hay, Ludovico?

LUDOVICO.

Señor,
Albricias me puedes dar.

DON PEDRO.

¿Respondió?

LUDOVICO.

Pues ¿no lo ves?

DON PEDRO.

Cincuenta escudos te doy
En esta bolsa.

LUDOVICO.

Ya estoy,
Por tal merced, á tus pies.
Bien se conoce quién eres
En tu generosidad.

DON PEDRO.

La mayor dificultad
De conquistar las mujeres
Está en el atrevimiento.
Leo el papel.

GIRÓN.

Ya le aguardo.

DON PEDRO.

Escribíle, á lo gallardo,
Muy cortés mi pensamiento.
Paréceme que tenemos
Mujer que llevar allá.

Ábrele.

GIRÓN.

El papel nos lo dirá.

DON PEDRO.

¿Qué camino llevaremos?

Lee.

«Ó no supisteis mi calidad, como extranjero, ó debéis de ser loco; si entendiera que la sabíades, os hiciera matar; y porque os tengo por lo que os digo, os respondo ansí, con avisaros de que lo haré si proseguís.»

GIRÓN.

¿Qué te parece?

DON PEDRO.

No eres
Mujer en esta crueldad.

GIRÓN.

La mayor dificultad
De conquistar las mujeres
Está en el atrevimiento.

DON PEDRO.

¿Qué quieres? La muerte aguardo.

GIRÓN.

Escribíle, á lo gallardo,
Muy cortés mi pensamiento.

DON PEDRO.

¡Linda respuesta me da!
Tiempo en Sevilla perdemos.

GIRÓN.

Paréceme que tenemos
Mujer que llevar allá.
¿No le podremos quitar
Los escudos al señor?

DON PEDRO.

Templado se me ha el amor.

GIRÓN.

Debes de querer cantar.

DON PEDRO.

¿Qué he de hacer?

GIRÓN.

No hacer extremos.

DON PEDRO.

Hoy dejamos á Sevilla
Y partimos á Castilla.

GIRÓN.

¿Qué camino llevaremos?

DON PEDRO.

No te burles, ¡pesia tal!
Que estoy perdiendo el jüicio.

LUDOVICO.

Yo estoy sin él.

DON PEDRO.

Vuestro oficio
No fué por hacerme mal;
Las mismas gracias os doy.
Si viéredes algún día
La cruel señora mía,
Decilde cuán suyo soy;
Y que soy un caballero,
Deudo (mire si se engaña)
De cuanto hay bueno en España:
Pacheco, Puerto Carrero,
Guzmán, Toledo y Mendoza;
Que tengo ocho mil ducados
De renta, calificados
Mejor que los que ella goza
Sobre tablas de navíos
De su indiano mercader;
Que tal fué su proceder
En aquestos desvaríos;
Que si ella mi casa viera
En Madrid, y aun mis vasallos,

Criados, coches, caballos,
Sospecho que enmudeciera.....
Y que hoy me voy á Castilla.

LUDOVICO.

Así todo lo diré;
Que le ha de pesar, á fe,
Si os ve salir de Sevilla.

Vase.

GIRÓN.

¿Estás loco?

DON PEDRO.

¿Es porque digo
Que soy esto que no soy?
Pues ¿qué importa, si me voy?
¿Llévola á Madrid conmigo?
¿Ha de saber más de mí,
Ni que soy un gentilhombre
Que allá apenas tengo nombre?

GIRÓN.

Bien has hecho, y quede así.

DON PEDRO.

Demás que los casamientos
Las más veces van fundados
En ir todos engañados
En cuentos y en fingimientos.
Verás un dote famoso
Que como sal se deshace
Si el casamiento se hace;
Verás un marido honroso,
Y después sin calidad;
Porque no hay mercaduría
Donde se engaña y se fía,
En que haya más falsedad.

GIRÓN.

Ahora bien, hasta aquí he sido,
Don Pedro, de parecer
Que te debieras volver;
Ya lo contrario te pido,
Y déjame á mí tentar
Este vado, si es tu gusto.

DON PEDRO.

Todo el pasado disgusto
Me obligas á perdonar.
¡Ay, Girón! No la riqueza
De doña Leonor me obliga.
¿Quieres que verdad te diga?
Oblígame su belleza.
Muerto habías de llevarme
Por esa Sierra Morena.

GIRÓN.

Pues quedo, y no te dé pena;
Que yo quiero aventurarme.
Has de saber que esta dama
Tiene una cierta esclavilla
Mulata, y no de Sevilla,
Porque ser indiana es fama.
Con ésta sus cosas trata,
Y ésta la puerta ha de ser
Para entrar á esta mujer.

DON PEDRO.

¿Mulata, Girón?

GIRÓN.

Mulata,
De quien estoy informado
Que corta en el aire un pelo,
Y que del libro del duelo
Tiene ya su borla y grado.

DON PEDRO.

Y ¿ésa podrás conquistar?

GIRÓN.

Más fácil, porque es discreta.

DON PEDRO.

Pues ¿cómo?

GIRÓN.

Como prometa.....
Mas no te quiero contar
El modo que he de tener.
Ven conmigo, y verás presto
De lo que sirve haber puesto
La mira en esta mujer.

DON PEDRO.

Pues como amor me despache
Por esa mulata, á ejemplo
De otros, colgaré en su templo
Una imagen de azabache.

Vanse.

Doña Leonor; Elvira, con delantal blanco, y sus llaves al lado.

ELVIRA.

De mal gusto me pareces.

DOÑA LEONOR.

Digo que confieso el talle;
Mas que no quiero acetalle
Por lo que tú le encareces.

ELVIRA.

En tu vida pienso yo
Que te casarás.

DOÑA LEONOR.

¿Qué quieres?
Soy cual las demás mujeres;
Pero en el casarme, no.

ELVIRA.

¿Qué tiene aqueste don Pedro,
Que le respondiste así?

DOÑA LEONOR.

El no me agradar á mí.

ELVIRA.

Pues ¿hay en limón ó en cedro
Algún pimpollo de flores
De abierto y blanco azahar
Á que se pueda igualar?

DOÑA LEONOR.

Elvira, no me enamores
Con gracias imaginadas,
La lengua haciendo pincel.

ELVIRA.

Pensarás que tengo dél

Ricas albricias ganadas:
Pues en verdad que me obligan
Deseos de tu remedio.

DOÑA LEONOR.

Cuando fuera el mejor medio
Que estos amores me digan
Para venirme á casar,
¿Es bueno que un caballero,
En Sevilla forastero,
Me venga, hermana, á engañar?

ELVIRA.

Cuando eso llegase á efeto,
¿Tan á obscuras ha de ser?
Información ha de haber.

DOÑA LEONOR.

Que me cansas te prometo.
Vete á jabonar, mulata.

ELVIRA.

¡No sabes lo que es amor
Tú!

DOÑA LEONOR.

Por vida de Leonor,
Que te han dado alguna plata.
¿Qué te han comprado, Elvirilla,
En Cal de Francos?

ELVIRA.

¿Á mí?
Un mes ha que no salí,
Sino es á misa, en Sevilla.
Por ahí veo pasar
Ese mozo.....; pisa bien.....
Soy yo tentada también
Desto de brío y pisar.
Vile una daguita al lado,
Buen cuerpo, sombrero á orza,
El cuello como una alcorza,
El bigote cultivado.....
Aunque le comienza á hilar,
Que habrá poco que salió.
Los ojos arriba alzó,
El talle á medio parar.....
Yo estaba en la celosía;
Cuadróme, y dije entre mí:
«Entraréis, si habláis ansí,
Por esa puerta algún día.»

DOÑA LEONOR.

Fué profecía muy vana.

ELVIRA.

¡Ea, leona de parto!
Pues maje Elvirilla esparto
Á la puerta de Triana,
Si enfada á vuesa merced
Que su mulata le diga
Desto de amor.

DOÑA LEONOR.

¡Que prosiga
Esta necia!

ELVIRA.

Por merced,
Que se humane tantitito,
Y muéstreme el corazón.

Don Fernando y Ludovico.

DON FERNANDO.

Su remedio, que es razón,
Ludovico, solicito.

DOÑA LEONOR.

Mi padre.

DON FERNANDO.

Leonor.....

DOÑA LEONOR.

Señor.....

ELVIRA.

Yo voy á mi jabonado.

Vase.

DON FERNANDO.

Yo trato de darte estado,
Porque ya es tiempo, Leonor.

DOÑA LEONOR.

Aquí, Señor, me tienes, como hechura
Desas manos, que beso dos mil veces.

DON FERNANDO.

Leonor, tú tienes gracia y hermosura;
Hacienda tengo yo: muéstrate al cielo
Por tanto beneficio agradecida.

DOÑA LEONOR.

Tú sabes mi humildad, como él mi celo.

DON FERNANDO.

Hoy vendrá á verte don Silvestre, un hombre
Señor de tres navíos: no le alabo,
Pues le has de ver, de mozo y gentilhombre.
Es á mi gusto: pienso que esto basta,
Porque sé que también lo será tuyo.

DOÑA LEONOR.

¿Qué libertad á la razón contrasta?

DON FERNANDO.

Ponte gallarda; que si le hallo agora
En Gradas, como suelo, vendrá á verte,
Ó iremos á buscarle adonde mora.

DOÑA LEONOR.

Bien estoy desta suerte.

DON FERNANDO.

Yo confío
Que harás mi gusto, pues le tengo desto.

DOÑA LEONOR.

Ya te he dicho, señor, que el tuyo es mío.

DON FERNANDO.

Diez mil ducados á tu dote añado
Por sola esta palabra. Vamos luego.

LUDOVICO.

El parabién te doy.

DOÑA LEONOR.

Si dél me agrado.

LUDOVICO.

Sí harás, que el casamiento siempre es ciego.

Vanse D. Fernando y Ludovico.

DOÑA LEONOR.

Camina por el mar sin senda alguna

El navegante; y siendo campo incierto,
Viene la nave como flecha al puerto,
Si no es que la contrasta la fortuna.
La sierra más helada é importuna,
Que no deja en la nieve paso abierto,
La tabla del más áspero desierto,
No niega el pueblo en ocasión ninguna.
Entre en el mar el que á surcarle viene,
Y tenga por la tierra atrevimiento
El que su hacienda en tierra ó mar previene;
Pero como este mar del casamiento
La muerte sola por posada tiene,
Es mucha discreción entrar con tiento.

Elvira.

ELVIRA.
¿Qué es esto que, así de paso,
Ludovico me contó?
DOÑA LEONOR.
¡Ay, Elvira! ¿Qué sé yo?
ELVIRA.
¿Qué tenemos?
DOÑA LEONOR.
Que me caso.
ELVIRA.
¿Ya te casas?
DOÑA LEONOR.
Y que viene
Á vistas el novio á casa.
ELVIRA.
¿Quién te casa?
DOÑA LEONOR.
Quien me casa,
Libertad y poder tiene.
Mi padre me ha dicho aquí
Que á decir sí me prevenga;
Y basta que él gusto tenga,
Para que le dé por mí.
ELVIRA.
¿Si es el mismo caballero.....
DOÑA LEONOR.
No, que aquéste es capitán
De tres naves.
ELVIRA.
Y ¿es galán?
DOÑA LEONOR.
No le he visto; verle espero.
Voy, Elvira, á consultar
Sólo un instante el espejo;
Que he menester su consejo
Para acertarme á casar.
ELVIRA.
Ponte un poco de salud;
Aunque la vergüenza hará
Su oficio; que luego está
En el rostro su inquietud.
Da otra capa de jazmín
Á la de aquesta mañana,
Porque asiente bien la grana
Del granadino carmín.
Ensaya en él qué manera
De rostro te estará bien,
Y sea conforme á quien
Verte y cautivarte espera.
Si te agradare risueño,
Mira afable, y si te enfada,
Triste; que si no te agrada,
Despídase de tu dueño.
Si fuere muy desigual,
Abre los ojos así,
Para que conozca en ti
Que te ha parecido mal.
Y si fuere pica seca,
Déstos de gala en pelota,
Pon un rostro de chacota,
Que es risa falsa con mueca.
DOÑA LEONOR.
Y ¿eso tengo de ensayar
En el espejo?
ELVIRA.
Pues ¡no!
Señor una vez contó
Que antes que saliese á hablar
En público un orador
De Grecia, enfrente colgaba
Un espejo, en que miraba
Qué efecto sería mejor.
GIRÓN.

Dentro.

¿Quién compra la obra nueva
Recién impresa y famosa,
Della verso y della prosa?
¿Quién la compra, quién la lleva?
DOÑA LEONOR.
¡Obra nueva! ¿Qué es aquello?
ELVIRA.
¡Ay, señora! ¿Entrará acá?
DOÑA LEONOR.
Entre, á ver lo que será,
Que poco se pierde en ello,
ELVIRA.
¡Hola, mozo!
GIRÓN.

Dentro.

¿Quién me llama?
ELVIRA.
Entrad.

Sale Girón.

DOÑA LEONOR.
¿Qué es lo que vendéis?
GIRÓN.
Estas coplas, ¿no las veis?
Y de un poeta de fama.
DOÑA LEONOR.
¿Coplas? Pensé que traía

Puntas de Flandes y holandas.

GIRÓN.

Ni sé de puntas ni bandas,
Porque yo trato en poesía.

DOÑA LEONOR.

¿Véndese ya?

GIRÓN.

Por nosotros.

DOÑA LEONOR.

¿Los versos?

GIRÓN.

Si satisfacen.

DOÑA LEONOR.

¿Cierto?

GIRÓN.

Y aun los que los hacen
Se venden unos á otros.

DOÑA LEONOR.

¿De qué trata ese papel?

GIRÓN.

Cinco elogios milagrosos
De capitanes famosos
Vienen escritos en él.
Es el primero el origen
De los antiguos Bazanes,
Que se llamaron Bastanes.

DOÑA LEONOR.

El mar justamente rigen.

GIRÓN.

El segundo, cómo fué
La ocasión de aquella tabla
De ajedrez, donde se entabla
Este blasón, y por qué
El rey Abarca le dió,
Y en contradictorio juicio,
Para mayor beneficio,
El nuestro le confirmó;
Que á su Rey dió libertad
Aquel Bastán de quien vienen,
Y por él las armas tienen,
Que es notable autoridad.
El tercero es la victoria
De mar, y el francés estrago
Que hizo el día de Santiago
Don Alvaro, cuya gloria
No la callará la fama.

DOÑA LEONOR.

Y don Alvaro, ¿quién es?

GIRÓN.

Padre del primer Marqués
De Santa Cruz.

DOÑA LEONOR.

Esa rama,
De tal tronco justamente
A honrar á España salió.

GIRÓN.

Déles el cuarto á quien yo,
Si entendiera de la fuente
Desto que llaman Pegaso,
Mis alabanzas hiciera.
Trata lo de la tercera,
Digno sujeto de un Tasso;
Que España es falta de plumas,
Aunque no de presunciones.
Por quinto destos varones,
Aunque primero en las sumas
De tan ilustres victorias,
Está el Marqués que ahora vive,
A quien España apercibe
Laureles, palmas y glorias.

ELVIRA.

Señora, si es un mancebo
Que vimos en Portugal,
Es un águila real
Que mira el rostro de Febo.
Di, por tu vida, que diga
Los versos que escriben dél.

DOÑA LEONOR.

Leed, amigo, el papel.

GIRÓN.

Oid.

DOÑA LEONOR.

Su valor obliga.

GIRÓN.

Lee.

«Cante mi lira tu gloria,
Gran Marqués de Santa Cruz,
Pues de la fama eres luz,
Y de los tiempos historia.
En ti vive la memoria
De tu padre soberano;
Que entre la suya y tu mano
Tal diferencia lo es,
Que á él le tembló el francés,
Y á ti el bárbaro africano.»

DOÑA LEONOR.

¡Buena para ser de ciego!

GIRÓN.

Escuchad, por vida mía,
Veréis ¡qué linda poesía
Para ser de un hombre lego!

Lee.

«Como Felipe tercero
Tu gran valor conoció,
Al Africa desterró
De España al morisco fiero.
Con los que tuvo primero,
Rendida á tus plantas viene;
Y ansí, ocuparla conviene
Con los que se van de aquí;
Que son pocos para ti
Todos los moros que tiene.»

DOÑA LEONOR.

¡Bien pensado!

ELVIRA.

Yo te juro

Que es notable aqueste ciego.

Ludovico.

LUDOVICO.
Señor te manda que luego
Entres á verle.

DOÑA LEONOR.
Procuro
Obedecer á señor,
A costa de mi vergüenza.

LUDOVICO.

Á Elvira.

¿Es esto bodas?

ELVIRA.
Comienza
La fama por el rumor.

Vanse D.ª Leonor y Ludovico.

ELVIRA.
Prosiga, por vida mía,
Aunque mi ama se vaya,
Porque gastaré la saya
Por lo que llaman poesía.
Remátome en viendo versos.

GIRÓN.
Arguye gran discreción,
Cuando los versos no son
De los que llaman perversos.

ELVIRA.
¿Es él el componedor?

GIRÓN.
Estoy por decir que sí.

ELVIRA.
¿Quiere componerme á mí
Algunas cosas de amor?

GIRÓN.
¡Buena ocasión se me ofrece! (Aparte.)
No sé por dónde me atreva.

ELVIRA.
Tendrálo por cosa nueva;
Dirá que se desvanece
A versos de una mulata.
Pues yo tengo por muy bueno
Mi color, porque el moreno
Dicen que á los hombres mata.

GIRÓN.
Tú me has muerto de manera,
Morena de aquestos ojos,
Que á remediar mis enojos,
Inmortal tu fama hiciera.
Por loarte consultara
Á las musas de Etïopia,
Porque fuera cosa impropia
Que las de España invocara.
No soy el hombre que ves;
Que como me ves aquí,
Sólo viniera por ti,
Que eres de mis versos pies.

ELVIRA.
Oigo decir que á poetas
Suele venirles furor,
Y más en cosas de amor,
Por ciertas causas secretas.

GIRÓN.
Dicen los libros verdad.

ELVIRA.
Y aun un médico decía
Que era esta negra poesía
Especie de enfermedad.
Sarna, dijo, á lo divino,
Que de uno en otro se pega,
Porque se rasca y se estrega,
Y es todo un puro venino.
Dígame, señor poeta,
¿Por mí ha hecho esta invención?

GIRÓN.
Y por más alta ocasión,
Que tiene un alma sujeta.
Yo soy, morena, criado
De don Pedro, aquel galán
Á quien los desdenes dan
De doña Leonor cuidado;
Y tú me le das á mí:
De suerte que por los dos
Vengo, como sabe Dios,
Con tanta vergüenza aquí.
Esto ha sido la poesía.
Tú eres, morena, discreta.....
Detente. ¿Qué te inquïeta?
Hazla suya y serás mía.
Dale, Elvira, este papel
Y este collar de diamantes,
Á su pecho semejantes,
Como en la firmeza á él.
Es don Pedro un caballero
De lo mejor de Madrid;
Su sangre viene del Cid,
De sus armas su dinero;
Que sus padres conquistaron
Vasallos que se le dan,
Que en esa montaña están,
Donde sus lanzas llegaron.
Él vino á ver á Sevilla
Por gusto; mas quiso amor
Que viese á doña Leonor,
Para volver á Castilla
Casado, si tú quisieres,
Y yo contigo; que allá
Nos casaremos, si ya
Como te quiero me quieres.
Dueños seremos los dos
De su hacienda.

ELVIRA.
Tente, espera;
Que he sido buena tercera
Para don Pedro, ¡por Dios!
Sino que aquesta mi ama
Tiene propio proceder

De mujer que ha de querer,
Porque al principio desama.
La respuesta fué rigor;
Mas si don Pedro es discreto,
Verá que el primer efeto
De un desdén es mucho amor.
Hay mujeres como potros,
Que rehusan la carrera;
Pero en entrando.....

GIRÓN.

Eso fuera
Á ser tan propios nosotros,
Que esperáramos aquí
Con nuestra comodidad.

ELVIRA.

¿Tan corta es esta ciudad?

GIRÓN.

Grande me parece á mí;
Pero hacemos falta allá.

ELVIRA.

Ella sale y mucha gente.
¿Adónde vives, pariente?

GIRÓN.

Morena, en tus ojos ya.

ELVIRA.

Dejemos el regodeo;
Que tiempo habrá, si se cuaja.

GIRÓN.

Por toda esta calle baja,
Si te llevare el deseo;
Y á la vuelta, en un balcón
Que tiene una celosía.....

ELVIRA.

Vete.

GIRÓN.

Pues, morena mía,
¿Cómo llevo el corazón?

ELVIRA.

Como me ha dejado el mío.

GIRÓN.

Y ¿cómo queda?

ELVIRA.

Abrasado.

GIRÓN.

Tu pimienta me ha quemado.

ELVIRA.

Pues, mis ojos, bebe frío.

Vase Girón.

D. Fernando; D. Silvestre, con plumas en el sombrero y con cadena de oro; Liranzo y Rosales.

DON FERNANDO.

¿Cómo os ha parecido?

DON SILVESTRE.

Como suele
Un almendro florido por Enero,
Que se ha librado que sus flores hiele
El soplo abrasador del cierzo fiero,
Ó como cuando á un verde sauce impele
El céfiro por Mayo lisonjero;
Que aquella suavidad y melodía
Hallé en esta señora esposa mía.
Pero templóse todo mi contento
Con ver que no me hablase.

DON FERNANDO.

La vergüenza
De hablarla, como veis, de casamiento,
No es mucho, don Silvestre, que la venza.

DON SILVESTRE.

Aun no me diera un sí.

DON FERNANDO.

Del pensamiento
Viene el temor, y del temor comienza
Á enmudecer la lengua.

DON SILVESTRE.

Fuera justo
Saber su gusto.

DON FERNANDO.

Ya sabéis mi gusto:
Tratad del dote.

DON SILVESTRE.

Hacéisme agravio; quiero
Dotarla yo.

DON FERNANDO.

Cincuenta mil ducados
Os quiero dar.

DON SILVESTRE.

Cincuenta mil espero
Que ha de tener doña Leonor doblados.

DON FERNANDO.

Vamos á Gradas.

ELVIRA.

¡Pobre caballero! (Aparte.)

DON FERNANDO.

Los casamientos quedan concertados.

Vanse D. Fernando y D. Silvestre.

LIRANZO.

No es mala la mulata.

ROSALES.

¡Ah, tizne mía!
Si soy de casa, ¿harásme cortesía?

ELVIRA.

Señor pan y catorce, allá en su nave
Le diga esos requiebros á un piloto.

LIRANZO.

Diz que tienen el cuero muy suave.

ELVIRA.

Pues ¡tócame el pajazo calcirroto!
Pues, por vida de Elvira, que le clave
Un cuchillo de estuche.

LIRANZO.

Urraca en soto,
¿Sabe que hay bofetadas?

ELVIRA.

Señor paja,
¿Sabe que hay cuchilladas de ventaja?

ROSALES.

¡Por vida de la galga de su abuela!

LIRANZO.

Aforro de ti misma, ¿qué te entonas?

ELVIRA.

¿Téngome de quitar una chinela?
Váyanse á requebrar á sus fregonas.

ROSALES.

Vuestro amo llama.

LIRANZO.

Vamos.

Vansen los dos.

ELVIRA.

Á cautela,
Para aqueste linaje de personas,
Traigo siempre el estuche.

Doña Leonor.

DOÑA LEONOR.

Elvira, Elvira.....

ELVIRA.

Sola, señora, estoy: escucha, mira.

DOÑA LEONOR.

¡Mísera yo!

ELVIRA.

¿Qué quieres?

DOÑA LEONOR.

Que ha llegado
De mis días el último.

ELVIRA.

Sospecho
Que nace ese dolor del desposado.

DOÑA LEONOR.

Primero salga el alma de mi pecho.
¿Qué capitán es éste, qué soldado,
De la guerra del tiempo más deshecho
Que de la de la mar? Mi padre es loco,
Su hacienda, sangre y honra tiene en poco.
Á un tirano me entrega.

ELVIRA.

Estoy turbada.
¿Quién diera (que á pensarlo aun no me atrevo)
Tal marido á mujer rica y honrada,
Y pasado por agua como huevo?
¡Nunca me quieres dar crédito en nada!
¿Era mejor aquel galán mancebo
Que aquesta senectud?

DOÑA LEONOR.

¿Si se habrá ido?

ELVIRA.

¿Eso dices?

DOÑA LEONOR.

No sé, pierdo el sentido.

ELVIRA.

Agora de otra suerte respondieras.

DOÑA LEONOR.

Pienso que á mi afición le provocará,
Por no me ver entre las manos fieras
De aquel soldado.

ELVIRA.

Tente, escucha, para.
Aquel hombre y sus versos son quimeras
De ese don Pedro. Aquí su amor declara.
Las coplas del Marqués y sus victorias
Eran disfraz por conquistar tus glorias.
Es don Pedro en Madrid un caballero
De las casas más nobles. No te espantes:
No son fábulas, no, de forastero.
Dígalo aquesta joya, estos diamantes.

DOÑA LEONOR.

¡Ay, Elvira! ¡Ay, amiga! Ya le quiero
Si me perdona los desdenes de antes.
Leamos el papel. Estoy turbada.
Léele tú. Ya estoy enamorada.

ELVIRA.

Lee.

«Creciendo tu desdén, el amor crece,
Efectos del amor que es verdadero.
Dices que harás matarme, y él te ofrece
La vida, ya no vida, pues ya muero.
Más mata á quien amó quien aborrece
Con no le amar, que con el duro acero.
Si supieras quién soy, no me perdieras;
Que como yo te quiero me quisieras.
¡Cuán presto quedarás arrepentida!
Y más cuando te conste de qué suerte
Me doy la muerte.»

DOÑA LEONOR.

Guarde Dios su vida.
No tratemos, Elvira, de su muerte.
Yo estoy con una cosa aborrecida,
Y tal, que el mismo viento me divierte.
¡Que es caballero ese hombre!

ELVIRA.

¡Oh, qué lindico!
Y ¡con vasallos!

DOÑA LEONOR.

¡Noble, hermoso y rico!.....
¿Qué aguardas, desdichado pensamiento?
Ven, que quiero escribirle que me vea.

ELVIRA.

Besar quiero tus pies.

DOÑA LEONOR.

¿Date contento?

ELVIRA.

¿No lo ha de ser que tu remedio sea?
Mira el collar.

DOÑA LEONOR.

Que me le nombres siento.
Para los casamientos, nadie crea
Que hay diamante mejor que el buen marido,
Porque no es rico el que es aborrecido.

Vanse.

Don Pedro, en jubón y con capa de barrio; Girón.

DON PEDRO.

Todo me sacas de mí

Con referirme el suceso,
Porque escucharle con seso
Aun era agraviarte á ti.

GIRÓN.

Habla bajo, que lo oirá
La huéspeda.

DON PEDRO.

¿Cómo puedo
Hablar bajo? Tengo miedo
Que el amor se enojará;
Que las venturas de amor,
Si no se dicen á voces
(¡Oh, qué mal á amor conoces!),
Suelen trocarse en rigor.

GIRÓN.

Aun agora no sé más
De que el papel y la joya
Tomó.

DON PEDRO.

En tomarle se apoya
Lo que muy presto verás;
Que si el pasado rigor
Del suyo no fuera traza
Para ver si á su amenaza
No estaba firme mi amor,
No tomara el que le diste
Esa mulata del cielo.

GIRÓN.

¡Del cielo! ¿Estás loco?

DON PEDRO.

Es velo
Del sol.

GIRÓN.

Harto bien dijiste.

DON PEDRO.

Si á su divino arrebol
Del sol, hay nubes á ratos,
¿Qué piensas que son mulatos
Sino nublados del sol?
Luego tiénelos el cielo.

GIRÓN.

¡Qué gracioso silogismo!

DON PEDRO.

Y yo lo soy de mí mismo,
Que al alma sirvo de velo.
Es la sombra en la pintura
La cosa más esencial;
Lo negro es clara señal
De honestidad y cordura.
Es la sombra en el verano
Más estimada que el sol;
Y como al oro en crisol,
Girón, purifica el grano
De solimán, dese modo
La noche á la luz del día,
En cuya sombra, aunque fría,
Se olvida y descansa todo.

GIRÓN.

Allá en Plutarco he leído
Que aunque de suyo el amor
Es en extremo hablador,
Nunca con tanto lo ha sido
Como queriendo alabar
Lo que ama: así, tú no sólo
Alabas de polo á polo
Tu dama, y de mar á mar,
Mas la esclava de tu dama
Y aquella parda color.

DON PEDRO.

Plauto disculpa mejor
La lisonja de quien ama;
Que dice que hasta los perros
De sus damas lisonjean.
Pues como los perros sean
La disculpa de sus yerros,
Mira tú si alabo bien
La mulata.

GIRÓN.

Harto bien amas,
Pues que ya perra la llamas.

DON PEDRO.

Perra, y aun perla también.

Inés.

INÉS.

¿Qué hace tu amo?

GIRÓN.

Está
De barrio como le ves.
Pero ¿qué quieres, Inés?

INÉS.

¿Amoritos tiene ya?

GIRÓN.

¿Cómo?

INÉS.

Cierta mulatilla
Le busca con un recado.

GIRÓN.

Alto: el amor se ha embarcado
Desde Guinea á Sevilla.

A D. Pedro.

La mulata está á la puerta.

DON PEDRO.

¿Elvira?

GIRÓN.

La misma.

DON PEDRO.

¡Ay, Dios!

GIRÓN.

Vete, Inés.

INÉS.

¿Para los dos
El picarazo concierta?

GIRÓN.

¿Zelaverunt? ¿Qué doncella
Se encontrará como tú?

Vase Inés.

Elvira, con manto y un sombrerillo de los de Sevilla.

DON PEDRO.

¡Jesú, mi Elvira, Jesú!
Nube de mi blanca estrella,
Sombra del sol que me abrasa,
Morena, boca de perlas,
Ríete y déjame verlas.
¡Tú, mis ojos! ¿Tú en mi casa?
¡Válate Dios y qué hermosa!
¿Has visto, Girón, mujer
De más lindo parecer?
¡Qué aseada! ¡Qué briosa!
¡Qué limpia! Bien haya, amén,
El caballero que amó
Tu madre, pues engastó
Ébano en marfil tan bien.
Es, Girón, muy bien nacida
La señora Elvira.

ELVIRA.

Quedo,
Quedo; que sufrir no puedo
Esas burlas, por mi vida.
Esto poco de bayeta
Cortó de mi madre un sastre,
Allá por cierto desastre
Que á los hombres inquïeta.
Yo soy (dejémoslo estar),
Don Pedro, tan servidora
Suya, que esto traigo agora.

DON PEDRO.

Déjame, mi bien, besar
Esa mano.

ELVIRA.

¡Ay! ¿No imagina
Que se tiznará la boca
Si en estos carbones toca?

DON PEDRO.

¡Que es de mi Leonor divina
Este papel! Y yo ¡tengo
Seso! Bien dicen que el bien
Es como el mal; que también
Con el bien á helarme vengo.
Quito el sombrero al papel.
Tómale, Girón, allá;
Que cubierto, no será
Justo abrirle ó leer en él.
Papel mío, perdonad
Que os pronuncie con mis labios.
Hablad vos, y estos agravios,
Mientras leyere, callad.

Lee.

«Ha llegado la fuerza de mi padre á casarme contra mi gusto; y sabiendo quién sois (que cuando os traté con rigor no sabía), pongo los ojos en vos, señor mío, para que me libréis de sus manos; que yo me pongo en las vuestras.»

GIRÓN.

Poco y bueno.

DON PEDRO.

Y ¡que tal sea
La vida que he de vivir!

ELVIRA.

¿Qué le tengo de decir?

DON PEDRO.

Dile, mi Elvira, que crea
Que perderé treinta vidas,
Mil honras, cuatro mil almas,
Si no la sacare en palmas,
Y un millón, éstas perdidas.

ELVIRA.

Esta noche, me mandó
Aparte que te dijese,
Que la veas.

DON PEDRO.

Aunque fuese
Un nuevo Leandro yo.

ELVIRA.

No hay mar, sino cierta reja
Á las espaldas de casa,
Por donde, si nadie pasa
Y el amor se lo aconseja,
Quizá te abrirá la puerta,
Y hablaréis en mi aposento.

DON PEDRO.

Si amor nuestro pensamiento,
Elvira hermosa, concierta,
Ella será mujer mía.
Toma esta cadena, amores;
Que iré á gozar los favores
Que por tu boca me envía.
Mas, esta bolsa también,
En que hay doscientos doblones.

ELVIRA.

Aunque mil hierros me pones,
Que de oro mejor se ven,
No me los mandes tomar,
Que me reñirá mi ama.

DON PEDRO.

Diré yo que me desama.
Si riñe.

ELVIRA.

No hay que tratar.

DON PEDRO.

¡Ea, mis ojos!

ELVIRA.

No haré,
Por el siglo del hidalgo
Que me engendró.

GIRÓN.

Y si era galgo,
No poco entonces lo fué.

DON PEDRO.

Toma, que estoy enojado.

ELVIRA.

¡Ay! No te enojes, señor,
Aunque me mate Leonor
Después, porque lo he tomado.

GIRÓN.
Achaques quieren las cosas.
ELVIRA.
Queda adiós.
DON PEDRO.
Adiós, morena,
Noche más clara y serena
Que con estrellas hermosas.
GIRÓN.
Adiós, señora pastilla.
ELVIRA.
Adiós, mi señor cerote.

Vase.

DON PEDRO.
¡Que esto pasa y no alborote
Hoy como loco á Sevilla!
GIRÓN.
¡Muy buen recado tenemos!
¡Doscientos doblones das
Y una cadena!
DON PEDRO.
¿No es más
Darme este papel?
GIRÓN.
¡Qué extremos!
Pues ¿en qué piensas parar,
Si se te acaba el dinero?
DON PEDRO.
Vender mi hacendilla quiero;
Toda la pienso gastar
Conquistando esta mujer.
GIRÓN.
Á este paso, no lo dudo.
¡Tal cadena y tanto escudo!.....
¡Ah! ¡Cómo se echa de ver
Que tú no los has ganado!
DON PEDRO.
Si mi padre los ganó,
No trabajé menos yo.
GIRÓN.
¿En qué?
DON PEDRO.
En haberle esperado.
GIRÓN.
¡Esperado!.....
DON PEDRO.
Á que muriese.
GIRÓN.
Y eso, ¿es trabajo?
DON PEDRO.
¿Es muy poco?
GIRÓN.
¡Ya estás loco!
DON PEDRO.
Ya estoy loco.
GIRÓN.
Ya me pesa.....
DON PEDRO.
No te pese.

GIRÓN.
De haber llevado el papel.
DON PEDRO.
Espada y broquel me da.
GIRÓN.
La espada tuya será,
Y mi paciencia el broquel.

Vanse.

Doña Leonor y Elvira.

DOÑA LEONOR.
Tú seas muy bien venida,
Y el ser tan presto me espanta.
ELVIRA.
Es al cabo de la calle
Deste don Pedro la casa.
Vengo loca de haber visto
Un ángel en forma humana;
Porque en un traje le hallé
Para cautivar mil almas.
Un rico jubón de tela
Sobre una camisa blanca,
Que al descuido descubrió
Por los botones las randas;
Capa de barrio con oro,
Y con tal aire la capa,
Que la proporción del cuerpo
Más que encubría mostraba:
Esta cadena en el cuello.
DOÑA LEONOR.
Pues ¿diótela?
ELVIRA.
Aquesto es nada.
Mira esta bolsa.
DOÑA LEONOR.
¿Qué tiene?
ELVIRA.
Doscientos doblones.
DOÑA LEONOR.
Para.
¡Doscientos doblones!
ELVIRA.
Sí;
Que como si fueran blancas,
Me los dió con mil perdones.
DOÑA LEONOR.
Perdones son, pues son gracias.
Sin duda es gran caballero.
ELVIRA.
¿No lo dice aquella cara?
Y estas manos, ¿no lo dicen?
Porque en las manos estampa
El cielo de letra suya
La nobleza de las almas.
El dar es ejecutoria
Más que de letras doradas.
Quien tiene y no da, ¿que tiene?
Nada, pues que no da nada.

DOÑA LEONOR.
Yo me determino, Elvira.
¿Llaman?
ELVIRA.
Sí.
DOÑA LEONOR.
Pues ve si llaman,
Y quita la aldaba.
ELVIRA.
Voy.....
DOÑA LEONOR.
¿Adónde?
ELVIRA.
Á quitar la aldaba

Vase.

DOÑA LEONOR.
Estoy loca. ¡Ah, padre mío!
Mucho yerra en apretalla
Quien sabe que la mujer
En la resistencia es palma.
Temblando estoy.

Elvira.

ELVIRA.
Ya está dentro.

Salen D. Pedro y Girón, con broqueles y espadas. Don Pedro y D.ª Leonor se miran, sin acertar á hablarse.

GIRÓN.
Los dos se miran y callan.
ELVIRA.
¿Hay tan extraño silencio?
GIRÓN.
Hablemos, pues que no hablan.
ELVIRA.
¿Cómo está vuestra merced?
GIRÓN.
Estos días no me agrada
Cosa sin vos.
ELVIRA.
¿Por mi vida?
GIRÓN.
Díganlo suspiros y ansias,
Que no son malos testigos.
Y vos, ¿cómo estáis?
ELVIRA.
Tan mala,
Que no duermo al levantarme,
Ni como después de harta.
GIRÓN.
¡Brava cosa!
ELVIRA.
Estoy perdida.
DON PEDRO.
¿Queréis dar licencia á un alma
Para que os hable?
GIRÓN.
Ya hablaron.
ELVIRA.
¿Que ya cobraron el habla?
GIRÓN.
¿No lo ves?
DOÑA LEONOR.
No sé qué os diga;
Que estoy confusa y turbada.
El lugar es peligroso,
La casa tiene más guardas
Que escriben de los jardines
De las manzanas doradas.
ELVIRA.
Creo que los dos estáis
Con sisión de la cuartana.
Espere, señor don Pedro:
Entraré por una caja
De azahar, y sendos tragos
De Alanís ó de Cazalla.
GIRÓN.
Mejor es que en tu aposento
Vamos á buscar el alba,
Y hablarán por dicha allí,
Pues es jaula de picaza.
ELVIRA.
¿Paréceos bien?
DON PEDRO.
Á mí, Elvira,
Cualquiera lugar me agrada,
Como en esta casa sea.
DOÑA LEONOR.
Enseña, Elvira, la casa.
Mucho, señor, me debéis.
DON PEDRO.
Yo os lo pago con el alma.
GIRÓN.
¿Y ella á mí?
ELVIRA.
Después diré
Lo que me debe.
GIRÓN.
¿Á qué aguardas?
ELVIRA.
Aguardo á que este carbón
Le ponga en toda la cara.....
GIRÓN.
Prosigue.
ELVIRA.
Elvira me fecit.
Porque ninguna bellaca
Ose hablar en su persona
En conociendo la marca.

ACTO SEGUNDO.

Don Silvestre y D. Fernando.

DON SILVESTRE.
Dióme palabra al fin deste vïaje
Tomar resolución en estas bodas,
Y parece que me ha desconocido.
DON FERNANDO.
No os puedo exagerar lo que he sentido.
Si va á decir verdad, habéis tardado.
DON SILVESTRE.
Los vïajes del mar son diferentes
De los que un hombre por la tierra intenta.
Si queréis de Sevilla ir á la corte,
Ya sabéis que ocho días son bastantes;
Que habéis de entrar en Peñaflor y en Lora,
Atravesar á Córdoba la llana,
La fértil sierra y áspera montaña,
Y por Ciudad Real hasta Toledo.
Mas por el mar no toparéis ciudades
Ni sierras verdes, sino montes de agua,
Que irán á dar con vos donde ellas quieran.
DON FERNANDO.
Ya con Leonor os tengo disculpado;
Mas dice que seis meses han pasado,
Y en éstos ha mudado pensamiento.
DON SILVESTRE.
¡Maldigo amor, la nave, el mar y el viento!
DON FERNANDO.
Todo cuanto me dice son quimeras
Y respuestas equívocas; no hay cosa
De que pueda tomarse fundamento.
¡Oh, cuán bien os quejáis del mar y el viento!
Del mar, porque alargó vuestro vïaje;
Del viento, porque ha dado en la veleta;
Que en las mudanzas no hay mujer discreta.
DON SILVESTRE.
Volvamos, si queréis, á persuadilla.
DON FERNANDO.
Tan presto no es razón; yo os doy licencia
Que podáis cada día visitalla,
Y si os diere contento, regalalla.
DON SILVESTRE.
Bésoos las manos; que á mi esposa traigo
Mil cosas de la China, que á venderse
Llegan á Lima, como son damascos
Y rasos de matices diferentes,
Con mil varias figuras, colchas llenas
De animales extraños, flores, pájaros,
Y en barniz de azarcón doradas jícaras
Y algunas porcelanas, de quien tiene
La plata envidia, si por plato viene.
DON FERNANDO.
Vamos á negociar, que hablar me importa
Aquel amigo indiano de la Habana;
Que después volveremos, porque creo
Que trazaba Leonor una visita.
DON SILVESTRE.
En todo he de seguiros como es justo.
DON FERNANDO.
Yo intento su remedio y vuestro gusto.

Vanse.

Don Pedro y Girón.

GIRÓN.
En parte, por mi venganza,
Me huelgo de tu pesar.
DON PEDRO.
¿Cómo te puedes holgar,
Si tanta parte te alcanza?
GIRÓN.
¿Es posible que has querido,
Tan loco y desatinado,
Tu dinero ver gastado?
DON PEDRO.
Excusarme no he podido.
Fingirme gran caballero,
Que bien era menester
Para conquistar mujer
Toda arrogancia y dinero,
Y no con poca hermosura
Ni mediana discreción:
Cosas que dan ocasión
Á vanidad y locura.
No pude volver atrás
Del intento que tomé.....
Necedad entonces fué.
GIRÓN.
Después lo fué mucho más.
¿Cuánto tu hacienda valdría?
DON PEDRO.
Valdría seis mil ducados;
Hay aquí cien mil sobrados:
Ventura fuera la mía
Si con seis pescara ciento.
GIRÓN.
Bien pudieras reportarte,
Y guardar dinero aparte.
DON PEDRO.
No tienes entendimiento.
Estoyte diciendo aquí
Que me fingí caballero
(Que aun fingido, no hay dinero
Para arrojar por ahí),
Y ¡quieres que lo guardase!
Eso hace la vil gente;
Que un señor ha de ser puente
Por donde el dinero pase.
GIRÓN.
Pienso que te has de quedar
Con pensar que eres señor.
DON PEDRO.
Más daño me hace el amor
Que el no tener qué gastar.
GIRÓN.
En Claudïano leí

Una cosa semejante,
Allá cuando era estudiante,
Y viénete bien á ti.
La necesidad, decía
Que se puede tolerar,
Y no el amor.

DON PEDRO.

Ni pasar
De aquí la desdicha mía.
El dinero se acabó;
Hasta las casas vendí
Adonde en Madrid nací.
Ya mi tutor me dejó;
Ya, como ves, no me escribe;
Ya no puedo pretender.

GIRÓN.

Digamos á esta mujer
Que tan engañada vive
(Pues estando enamorada
No te ha de olvidar por pobre,
Y que te falte ó te sobre,
No puede importalle nada)
La pura y cierta verdad
De todo lo que ha pasado,
Y que por ella has llegado
Á tanta necesidad.
¿Ha de ser esta mujer
Como las viles mujeres,
Que cuando por sus placeres
Viene un hombre á empobrecer,
No le prestarán dos reales
Para una soga?

DON PEDRO.

¡Que sea
Tan vil tu pecho, tan fea
Tu alma! ¿Con eso sales?
Yo que, fanfarrón gallardo,
He hecho tan del señor;
Yo que me muero de amor,
Y que consumirme aguardo,
¿Había de hacer bajeza
De que ella pueda pensar
Que la he querido engañar
Por conquistar su riqueza?
Vete, Girón, noramala.

GIRÓN.

Pues bien: ¿qué piensas hacer?

DON PEDRO.

Hoy quiero á Madrid volver.

GIRÓN.

¿Qué loco á tu furia iguala?

DON PEDRO.

Hoy, con alguna invención,
Le contaré mi partida;
Y pues he sido en la vida
Del viento camaleón,
Cisne en la muerte seré;
Porque perderla es mejor
Que no que mi mucho amor
Piense que fingido fué.
Acaba de conocerme:
Pobre soy; pero tan noble,
Que no habrá mal que me doble
Si al último vengo á verme.

GIRÓN.

Como pretendiente has sido
Cual en la corte acontece,
Que en pretender desvanece
El dinero y el sentido;
Y consumidos los dos,
Se vuelve á su tierra en cueros.

DON PEDRO.

Yo he gastado mis dineros
En alta empresa, ¡por Dios!

GIRÓN.

¡Lindo consuelo! Ahora bien,
Déjame tú hacer á mí;
Que sin ofenderte á ti
Sabré negociar también;
Que Elvirilla la gobierna,
No menos enamorada.

DON PEDRO.

Sacaré ¡por Dios! la espada,
Y cortaréte una pierna.
Majadero porfiado,
No hables más: eso cesó.
Yo estoy contento.

GIRÓN.

Yo no.

DON PEDRO.

Necio, mi hacienda he gastado.

GIRÓN.

Yo mi servicio, discreto.

DON PEDRO.

Aquí un coche se ha parado:
Si es el que está concertado,
¡Qué lagrimas me prometo!

GIRÓN.

Ellas son, que ya se apean,
Y un paje á la puerta va.

DON PEDRO.

¡Qué hermosa, Girón, está!

GIRÓN.

No hay, señor, cuando lo sean,
Como es en una partida
Y en una Semana Santa.

DON PEDRO.

Á abrazarme se adelanta.

Doña Leonor y Elvira, con mantos.

DOÑA LEONOR.

¡Esposo mío!

DON PEDBO.

¡Mi vida!

DOÑA LEONOR.

Un papel tuyo he tenido,
Que aquí te viniese á hablar;
Que hasta la noche aguardar
No puedes.

DON PEDRO.

Verdad ha sido;

Porque es forzoso partirme
Hoy á Madrid.

DOÑA LEONOR.
¡Cielo santo!

GIRÓN.
Desmayóse.

DON PEDRO.
Aparta el manto.

GIRÓN.
Tenla en esos brazos firme.

ELVIRA.
En verdad, señor don Pedro,
Que fué poca discreción.

GIRÓN.
Bascas tiene..... Un mojicón
De aqueste desmayo medro.

ELVIRA.
¿Eso podía decir
Hombre que tuviera seso?

DON PEDRO.
No le tuve; que por eso
Me fué forzoso partir.
¡Ay, Elvira! ¿Qué haré yo?
Que se me muere mi bien.

GIRÓN.
Morirnos todos también.

ELVIRA.
¡Tú, mármol, tú!

GIRÓN.
¿Por qué no?

ELVIRA.
Apriétale bien el dedo
Del corazón.

DON PEDRO.
Salga el mío,
Vuelto por los ojos río.

ELVIRA.
Y tú, ¿no lloras?

GIRÓN.
No puedo.
Mas luego de la botica
Pienso un aceite traer,
De lágrimas de mujer,
Que si á los ojos se aplica,
Lloraré por cualquier cosa
Sin que el corazón lo sepa.

ELVIRA.
Tú llorarás como cepa.

GIRÓN.
Y tú, morena graciosa,
Como redoma de tinta.

DON PEDRO.
¡Oh perlas, que vais á dar
De otras perlas á la mar!

GIRÓN.
¡Qué lindamente que pinta
Las lágrimas y los dientes!

DOÑA LEONOR.
¡Ay, Dios!

DON PEDRO.
¿Habló?

GIRÓN.
Con la boca.

DON PEDRO.
Enjuga con esa toca,
Elvira, esas claras fuentes,
Y, pues son perlas, cogerlas
En este lienzo podrás.

GIRÓN.
Y á fe que importara más
Vender un lienzo de perlas;
Que estás por extremo pobre.
Pero perlas de mujer,
¿Qué precio pueden tener?

DON PEDRO.
Mundos de oro.

GIRÓN.
Ni aun de cobre.

DON PEDRO.
Hablad, mi bien, dadme vida;
Que si os tardáis, ya cesaba
La que ese aliento me daba,
Y está de la vuestra asida.
Mirad que aquesta jornada
Es sólo por vuestro bien.

DOÑA LEONOR.
No hay consuelo que me den;
Que todos importan nada
Si os he de perder de vista.

DON PEDRO.
Don Silvestre, ¿no volvió
De las Indias? Mejor yo
De Madrid.

DOÑA LEONOR.
¡No hay quien resista,
Pedro, vuestras sinrazones!
¿Esa fiera me nombráis
Por consuelo, cuando os vais?

GIRÓN.
Pídele algunos doblones. (Ap. á su amo.)

DON PEDRO.
Demonio, déjame aquí.

DOÑA LEONOR.
Si don Silvestre volvió,
Nace de quererle yo
Tan mal, como vos á mí.
Lo que se aborrece, aguarde
Presto que el dejarlo quiere;
Y si quiere bien, espere
Que no vuelva, ó vuelva tarde.
Todos los aborrecidos
Son muy prestos en volver;
Mas no lo aciertan á ser
Cuando se van, los queridos.
¿Á qué vais, esposo, agora
Á la corte?

DON PEDRO.
He procurado
Un hábito, con cuidado
De honraros, dulce señora;
Y tengo ya la merced,
Y á las pruebas quiero hallarme.

DOÑA LEONOR.
¡Justa causa de dejarme!
DON PEDRO.
Consuelo, mi bien, tened.
DOÑA LEONOR.
Ya vuestro amor me da luz
Con tan cierto testimonio.
Creo nuestro matrimonio,
Pues ya he sentido la cruz;
Que aunque honrosa en vuestro pecho,
Tal sentimiento me da,
Que de ver que os vais allá,
Me tiene el hombro deshecho.
GIRÓN.
¡Linda ocasión de pedir (Ap. á su amo.)
Algo para la jornada!
DON PEDRO.
¡Oh, qué gentil cuchillada!
ELVIRA.

Á Girón.

Y él, diga, ¿se ha de partir?
GIRÓN.
No, que yo me quedo acá.
ELVIRA.
Luego ¿vase?
GIRÓN.
¿No lo ve?
Y aun pienso que he de ir á pie,
Según el negocio está.
¡Ah, Elvira, cuántas veces
Temí lo que agora veo!
ELVIRA.
¿Lloras, ó sudas?
GIRÓN.
Deseo
Que entiendas lo que mereces.
ELVIRA.
Merezco que por mí llores,
Aunque negra, pues te vas.
«Toma lágrimas» dirás;
Ya no dirás: «Toma flores.»
No hay cosa que más deslustre
Á un hombre.....
GIRÓN.
No eres discreta.
ELVIRA.
Prestárate mi bayeta
Para que dieras un lustre
Á la cara de zapato
Que Nuestro Señor te dió;
Mas soy muy honesta yo,
Y desdice á mi recato
Tal indecencia, Girón.
GIRÓN.
¿Tienes algo que me dar,
Para que pueda llevar
Alguna consolación?
ELVIRA.
Cajas de conservas ricas,
Y una bota de azahar.
GIRÓN.
Á don Pedro puedes dar
Eso que á Girón aplicas;
Que yo otra cosa entendí.
ELVIRA.
¿Prenda ó favor, mi Girón?
¡Jesús! Daréle un cordón
Que de cabellos tejí.
GIRÓN.
¿Cordón, y de tus cabellos?
Cilicio le llama, Elvira.
Que voy en *puribus*, mira,
Y que sólo fueron bellos
Los cabellos de Absalón,
Que en gran precio se vendían.
Los tuyos pienso que crían,
Y, como jurisdicción,
Les pones horca y cuchillo.
ELVIRA.
¿Dinero dices?
GIRÓN.
Dinero.
ELVIRA.
Pues, con tan gran caballero,
¿Te ha faltado el dinerillo?
GIRÓN.
Á él no; mas á mí sí.
ELVIRA.
Con él, ¿qué puede faltarte?
Bien puedes tú regalarte
Con mi memoria.
GIRÓN.
Es ansí.
ELVIRA.
Que lleves mi alma quiero.
GIRÓN.
Mejor tu cuerpo quisiera;
Que, en efecto, le vendiera,
Y me valiera dinero.
Hate dado mi señor
Cerca de dos mil ducados,
Por cierto, ¡bien empleados
En tu cuidado y amor!
ELVIRA.
Mas ¿qué, matarme imagina?
Que ese ceño es testimonio.
GIRÓN.
No soy, Elvira, Sempronio.
ELVIRA.
Ni yo, Girón, Celestina.
GIRÓN.
¡Maldito sea el que fía
Su amor de baja mujer!
ELVIRA.
¡Estafita! ¡Oh, qué placer!
¿Soy yo maca, vida mía?
GIRÓN.
Maca y macarela, y crea.....
ELVIRA.
¿Ha de haber cosa de escachas?

Pues sepa que de esas tachas
Sabe el cura de mi aldea.

GIRÓN.

Qué, ¿tiene su gazmio ella?

ELVIRA.

Pues ¿qué se pensaba él?

GIRÓN.

Ella es ella.

ELVIRA.

Y él es él.

GIRÓN.

Quedito, galgui-doncella.

ELVIRA.

Gentilhombre alacayado,
¿Con la morena se toma?
¿No ve que no lleva á Roma
Uñarada ni bocado?
En Biafara nació
Mi madre, y mi padre en Lima.

GIRÓN.

¿Dígole yo nada, prima?

ELVIRA.

Pues esto le digo yo.

GIRÓN.

¿Hame visto estornudar,
Ni hacer cosa que no deba?

ELVIRA.

Todos somos hijos de Eva;
Los ríos salen del mar.

GIRÓN.

Sólo probarte quería
Que no quiero, Elvira, nada.

ELVIRA.

Sepa que estoy enojada.

GIRÓN.

Descoge, por vida mía,
De los ojos el gabán
(Que en corte llaman capote)
De ese rizo ó chamelote
En que tus cejas están;
Que aquí y en Sierra Morena,
Que por ti pienso pasar,
Con gusto te he de llevar
Por mi cantora sirena.
No quiero nada de ti
Más que esos ojos morenos.

ELVIRA.

De luto de ausencia llenos,
Que dan mi vida por ti.
Y toma aquesta bolsilla,
En que cien escudos van;
Que éstos, cuando quieren, dan
Las morenas de Sevilla;
Mas no por vía de estafa.

GIRÓN.

¡Oh mi Elvira! ¿Adónde hay
Más blanco y terso cambray,
Más bruñida sinabafa?
Ponme esos cinco palillos
De hacer randas y nogal,
Sobre esta boca.

ELVIRA.

En señal
De amor quisiera imprimillos.

DOÑA LEONOR.

Pedro, mi gente viene, y me parece
Que á caballo mi padre con el novio.
Que te vayas, mis ojos, será fuerza:
¿Escribirásme luego?

DON PEDRO.

¿Eso me dices?
No habré llegado, dulce vida mía,
Cuando por sólo hablar contigo el rato
Que durare escribirte, tanto escriba,
Que te canses leyendo mis locuras;
Que á las cartas llamó por este efeto,
Conversación de ausentes un discreto.

DOÑA LEONOR.

En poniéndote el hábito, te aguardo.

DON PEDRO.

Con él vendré á pedirte; que tu padre
Tendrá entonces por bien que yo te pida.

DOÑA LEONOR.

Adiós, esposo mío.

DON PEDRO.

Adiós, mi vida.

ELVIRA.

Adiós, Girón del ánima.

GIRÓN.

¡Qué fieros
Tragos de amor!

ELVIRA.

¡Qué boca y qué pucheros!

Vanse las dos.

DON PEDRO.

Los ojos se me van tras aquel ángel.

GIRÓN.

Y á mí tras el hollín de aquella perra.....
Perla, quise decir.

DON PEDRO.

¡Qué entendimiento!
¿Posible es que me voy?

GIRÓN.

¡Qué picardía!
¿Posible es que la sufro?

DON PEDRO.

¿Qué vestido
Habemos de vender para partirnos?

GIRÓN.

El de rizo ha quedado solamente.

DON PEDRO.

Pues véndele, Girón.

GIRÓN.

Mejor se ha hecho.
La mulata me ha dado cien escudos:
Mira si el ama.....

DON PEDRO.

Quedo; no me nombres
Cosa que contradiga á mi nobleza.

GIRÓN.
¿Qué es aquello del hábito?
DON PEDRO.
Locuras.
No la tengo de ver, y quise honrarme
De la mejor disculpa que pudiera.
Vé por mulas.
GIRÓN.
¡Qué lástima te tengo!
DON PEDRO.
Dios sabe cómo voy.
GIRÓN.
Amor es loco.
DON PEDRO.
Por la honra, la vida tengo en poco.

Vanse.

El Conde de Palma, D. Diego de la Cerda y criados.

CONDE.
He de estar en la corte pocos días,
Aunque he traído parte de mi casa.
DON DIEGO.
Servíos, por mi vida, de las mías.
CONDE.
Ya en otras la recámara se pasa.
¡Qué bueno está Madrid!
DON DIEGO.
Con alegrías
Y luminarias, como veis, se abrasa.
¿Saldréis en estas fiestas?
CONDE.
Salga el gozo;
Que yo vengo á la corte de rebozo.
DON DIEGO.
Bien os halláis en vuestra Andalucía.
CONDE.
Es paraíso de la tierra y Palma
Un jardín junto al Betis, que podía
Llevarla á cuanto el sol mira en su calma.
¿Hay caballos acá?
DON DIEGO.
Como solía.
CONDE.
¿Qué hay de damas? ¿Tenéis qué os llegue al alma?
DON DIEGO.
¿No dicen que se usa?
CONDE.
¡Bien pensado!
DON DIEGO.
Amar de mezcla es ya razón de estado.
CONDE.
Yo vi aqueste lugar bien diferente,
Muchas joyas, esgrima y regocijos.
DON DIEGO.
Agora está mejor, y el bien presente,
Y de famosos padres tales hijos.
CONDE.
La novedad es fuerza que contente.
Los años por allá son más prolijos;
Pero mejor se goza de la vida,
Sin que el cuidado del vivir la impida.
Son acá menester extrañas cosas.
DON DIEGO.
¿Qué hubo de las fiestas concertadas?
CONDE.
Que fueron para allá maravillosas:
Caballos y libreas extremadas.
DON DIEGO.
Vuestra cuadrilla.....
CONDE.
Fué de las famosas.
DON DIEGO.
¿Qué colores? ¿Al vuelo, ó dadas?
CONDE.
Dadas,
Y no de mala mano.....
DON DIEGO.
Así lo creo.
CONDE.
Aunque ninguna fué de mi deseo.
La mía fué de naranjado y plata.
DON DIEGO.
¿Hubo palmas, coronas y memorias?
CONDE.
Es empresa muy vieja y muy ingrata
La palma, si no mienten las historias.
Era un cordón que unos laureles ata,
Premio á las armas de pasadas glorias.
Entré en el jazminillo Valenzuela.
DON DIEGO.
Ése no corre.....
CONDE.
Bien decís, que vuela.
El de Córdoba entró como pudiera
Cuando prendió lòs Reyes de Granada,
Por quien de tanta arábiga bandera
Está su digna empresa coronada.
Era el color azul, y de una esfera
Bordado el capellar y la encarnada
Marlota, en cuyo círculo se vía
El sol, que por sus líneas discurría.
DON DIEGO.
Por cierto que los Córdobas han sido
Y son agora gloria y honra á España.
CONDE.
Grandes señores tiene este apellido
En el Consejo y la marcial campaña,
Y el que os digo es en todo tan lucido,
Que como en plaza la delgada caña,
Juega en el campo el riguroso acero.
DON DIEGO.
Nunca la envidia vió Puerto Carrero.
CONDE.
Desta manera los demás, gallardos
Entraron, ya en melados, ya en morcillos,
Ya de colores, nácares ó pardos,
Blancos, leonados, verdes y amarillos.
Entraron, ya conoces los bastardos,
Tan sembrados de esposas y de grillos,

Que la cárcel de amor ennoblecieron,
Porque de oro en morado los hicieron.

DON DIEGO.

¿Por qué no dices apellidos tantos?

CONDE.

La fama se los diga, pues los sabe;
Que hay muchos por allá que, sin ser santos,
No quieren que ninguno los alabe.

DON DIEGO.

¿Qué damas hubo?

CONDE.

Lo mejor con mantos,
Para que el sol hiriese más süave;
Que cuando el resplandor por nubes pasa,
Si no calienta más, menos abrasa.
Yo vi en Sevilla una mujer, don Diego,
Hija de un mercader, pienso que indiano,
Que era rayo de amor, que es poco fuego,
Con los ojos de un rostro soberano;
Y amor por ella fué dos veces ciego,
Aunque la nieve de su blanca mano
Templaba aquel incendio con que ardía
El alma que á mirarla se atrevía.
No os digo yo que vengo enamorado,
Que ya no trato de rendir tan presto
Lo que merece ser tan estimado,
Y porque ya profeso andar compuesto;
Pero si hubiera de tener cuidado,
Sólo en doña Leonor le hubiera puesto:
Este es su nombre, y sólo el sol divino
De andar por las estrellas deste sino.

DON DIEGO.

Quiero creeros; que Menandro en breve
Dijo que quien á amar mujer alguna
Aguarda á la vejez, y á que la nieve
Se le muestre en las sienes importuna,
Paga á la juventud lo que le debe.
Vos sois mancebo y de mejor fortuna:
Pues agora no amáis, después tampoco.

CONDE.

Al cuerdo sabe amor volver más loco.

DON DIEGO.

Esta noche podréis salir al Prado.

CONDE.

Y ¿qué hay en él más nuevo que sus fuentes,
Y los olmos que ya en gastar han dado
La esperanza, en la corte pretendientes?

DON DIEGO.

No faltan coches donde echar el dado,
Y suceder las suertes diferentes.
Músicos hay; no faltan, por lo menos,
Aires, del fresco de las fuentes llenos.

CONDE.

Estoy mal con las fuentes en la corte;
Que lo que oyen, me han dicho que murmuran.

DON DIEGO.

No pueden murmurar cosa que importe.
Los tiempos con su dicha lo aseguran.
Yo os tengo de enseñar un cierto norte,
Aunque en su mar peligros se aventuran,
Por donde hallaréis puerto á vuestro gusto.

CONDE.

Donde vos le tenéis, no será justo.

DON DIEGO.

No será desa suerte.

CONDE.

Yo querría
Tener en paz aqueste tiempo.

DON DIEGO.

Haremos
De suerte que sigáis la infantería,
Y los caballos, pues gustáis, dejemos.

CONDE.

Yo vi dichosa aquí la suerte mía.

DON DIEGO.

Del aurora á la noche son extremos.

CONDE.

El medio busco yo.

DON DIEGO.

Virtud es ésa.

CONDE.

Éste quiero en la corte por empresa.

Vanse.

Don Pedro, de camino, y Girón.

DON PEDRO.

Pregunta, Girón, qué habrá
En Córdoba de comer.

GIRÓN.

Perdigones ha de haber,
Pues cerca la Sierra está.

DON PEDRO.

Por comer pregunto yo,
Y no he de comer bocado.

GIRÓN.

Pues ¿no estás ya consolado?

DON PEDRO.

¿Consolado?

GIRÓN.

Luego ¿no?

DON PEDRO.

¡Pesia tal! Vengo muriendo.
No doy paso en que no sienta
Su ausencia más.

GIRÓN.

Pues intenta
Algún remedio.

DON PEDRO.

¿Viviendo?

GIRÓN.

Pues ya muerto, ¿para qué?

DON PEDRO.

¿Qué hará agora el ángel mío?

GIRÓN.

Iráse á holgar hacia el río,
Para que más fresca esté.

DON PEDRO.

No lo digas, mas llorando,
Si darme consuelo quieres.

GIRÓN.
¡Bonitas son las mujeres
En no viendo y en no dando!
DON PEDRO.
¿Son muy falsas?
GIRÓN.
¿Hay amigo
Que envidie la habilidad
De otro, con más falsedad?
DON PEDRO.
Á probar, Girón, me obligo,
Que no hay regla general
Que no padezca excepción.
GIRÓN.
Muchas hay que firmes son.
DON PEDRO.
Pon ésta, que es principal.
Pero ¿qué hará tu mulata?
GIRÓN.
No habrá fingido desmayo.
El cuello de algún lacayo
Habrá puesto como plata.
DON PEDRO.
¡Maldito seas, ingrato
Á cien escudos!
GIRÓN.
Bien dices.

Rosardo.

ROSARDO.

Dentro.

Asen esas dos perdices.
Tú, Leonelo, pide un plato,
Y saca esa fruta luego.

Sale Rosardo, de camino.

Seáis, señor, bien hallado.
DON PEDRO.
Y vos, señor, bien llegado.
ROSARDO.
¡Gran calor!
DON PEDRO.
¡Inmenso fuego!
¿De dónde venís?
ROSARDO.
De ver
Cierto hermano que en Granada
Tengo.
DON PEDRO.
¡Ciudad extremada,
Y que puede merecer
La corona de su flor!
Echaréis menos la nieve.
ROSARDO.
Fuego ¡vive Dios! se bebe.
DON PEDRO.
Es temerario rigor.

ROSARDO.
Por el pozo pregunté.
DON PEDRO.
¿Hay frasco?
ROSARDO.
No me faltara;
Éste es mi repuesto.

Una voz dentro:

Para.
ROSARDO.
Después á hablaros vendré.

Vase.

Estevan.

ESTEVAN.

Dentro.

Mariquita me llaman
Los arrïeros;
Mariquita me llaman,
Voyme con ellos.

Sale Estevan.

DON PEDRO.
¿Con quién viene, gentilhombre?
ESTEVAN.
¡Pardiez, señor, no lo sé!
Una mula le alquilé,
Ni sé si es diablo ó si es hombre.
DON PEDRO.
¿Cómo?
ESTEVAN.
Por todo el camino
Viene en círculos hablando,
Y cielo y tierra enfadando.
Que es escolar imagino.
DON PEDRO.
¿Astrólogo?
ESTEVAN.
¡Sí, por Dios!
Astroso es harto y podrido.
Tal camino no he tenido.
DON PEDRO.
Diversos seréis los dos.
ESTEVAN.
Temblando vengo, y pensando
Cuándo el diablo le llevaba
Por esos aires; ya estaba
Mi pobre mula llorando.
Si llegamos á un lugar,
Quiere que sea á tal hora;
Si salimos á la aurora,
Luego se quiere parar,
Porque reina no sé quién.....
Aunque San Turno le llama;

Que santo y con mala fama,
No sé si lo piensa bien.
Yo no entiendo ni recelo
Lo que este secreto encierra:
Yo camino por la tierra,
Y él camina por el cielo.

DON PEDRO.

¿Es éste?

ESTEVAN.

El mismo.

Vase.

Severo.

DON PEDRO.

Seáis
Muchas veces bien llegado.

SEVERO.

Vos las mismas bien hallado;
Pienso que á la corte vais.

DON PEDRO.

Sí, señor.

SEVERO.

Juntos iremos.

DON PEDRO.

Será para mí merced,
Y de comer me la haced
Conmigo.

SEVERO.

Los dos podremos
Comer juntos; que he traído
De esas ventas dos conejos.

DON PEDRO.

Son tan buenos los consejos,
Que desde agora os le pido.
Yo, caballero, soy hombre
Noble, de mediano estado;
Estoy de vos informado,
Sé vuestras letras y nombre,
Y así he tenido á ventura
Que caminemos los dos;
Porque hemos de hablar ¡por Dios!
De mi vida y mi locura.

SEVERO.

Amor, que el italïano
Llama de sangre, es estrella;
Que buscar amor sin ella
Es dar el alma á un tirano.
Yo os amé luego que os vi,
Y por la fisonomía
He visto bien que algún día
Os acordaréis de mí,
Porque habéis de ser dichoso.

DON PEDRO.

¿Dichoso yo?

SEVERO.

Dad la mano
Á un hombre, nuevo Cardano,
Que fué en esto milagroso.

DON PEDRO.

En Juan Tisnerio he leído
Lo que de aquesto escribió,
Para que sepáis que yo
También estudiante he sido;
Mas no he tenido por cierta
Ninguna adivinación.

SEVERO.

Eso, con la religión
Y con la verdad concierta.

DON PEDRO.

Lo que es Lecanomancía,
Que se hace en agua, y adonde
El espíritu responde,
Topéla en el Plinio un día,
Y aun pienso que en Tomás Moro
Sobre el Menipo Luciano;
Pero esto y el rostro y mano
Lo impide la fe que adoro.
Yo dejo cierta mujer
En Sevilla, porque estoy
Pobre, y á la corte voy
Á servir, no á pretender,
Porque he gastado mi hacienda.

SEVERO.

¿Los modos de adivinar
Habéis leído?

DON PEDRO.

Eso es dar
Á los pensamientos rienda.

SEVERO.

Yo sólo os sabré decir,
Y esto teneldo por cierto,
Que de solamente un puerto
El bien os ha de venir.

DON PEDRO.

¡De un puerto! ¿De qué manera?
¿Tengo de arrendarlos yo,
Ó pasar los mares?

SEVERO.

No.
Vamos á comer.

GIRÓN.

Espera;
Espera ¡por Dios! te ruego.
Mira esta mano, señor.

SEVERO.

Tú sirves con grande amor,
Puesto que te enojas luego;
Sólo te digo, está atento,
Que harás tu sangre ajedrez.

GIRÓN.

¿Ajedrez?

SEVERO.

Hablé una vez,
Y ya muchas me arrepiento.

GIRÓN.

¡Yo ajedrez mi sangre!

SEVERO.

Sí.

DON PEDRO.

¡Yo hallar en puerto mi bien!

SEVERO.

Tu bien en puerto también,
Y tú verás que es ansí.

GIRÓN.

Yo imagino dos mil modos,
Y en este ajedrez no acierto.

DON PEDRO.

Yo sí, porque sé que el puerto
Es la muerte para todos.

Vanse.

Don Fernando, D.ª Leonor, D. Silvestre y Elvira.

DON FERNANDO.

¡Quitaréle la vida!

DOÑA LEONOR.

¡Ay, padre mío!

DON SILVESTRE.

¿Estáis sin seso?

DON FERNANDO.

¡Ni aun tenerle quiero!
¡De esa suerte respondes á tu padre!

DOÑA LEONOR.

Pues ¿cómo quieres, padre, que responda?

DON FERNANDO.

Casarte tienes con quien es mi gusto.

DOÑA LEONOR.

¡Daga sacas, señor!

ELVIRA.

¡Huye, señora!

Vase D.ª Leonor.

DON SILVESTRE.

No se puede sufrir vuestra locura.

DON FERNANDO.

Yo soy cuerdo en mi casa, don Silvestre.
Idos con Dios.

DON SILVESTRE.

Que os reportéis os ruego.

DON FERNANDO.

Pues bien; ¿y si no quiero reportarme?

DON SILVESTRE.

Dejaros, y no veros en mi vida.

DON FERNANDO.

Haréisme gran merced, porque en su casa
El loco sabe más que el que es más cuerdo.

DON SILVESTRE.

Yo sé que andáis errado, y así os dejo.

DON FERNANDO.

Ni yo os pido remedio ni consejo.

Vase D. Silvestre.

¡Ven acá, perra, tú!

ELVIRA.

¿Yo, señor mío?
¿Qué culpa tengo yo de que no sea
Á tu gusto obediente?

DON FERNANDO.

Yo te fío
Que presto la verdad de todo vea.
Ludovico.....

Ludovico.

LUDOVICO.

Señor.....

DON FERNANDO.

¿Qué desvarío
Es éste de Leonor? ¿Habrá quien crea
Que no se case con quien yo le pido?
Mi gusto, ¿no le basta por marido?

LUDOVICO.

Yo he visto hablar esta mulata un hombre,
Criado de un gallardo forastero.

DON FERNANDO.

Pues ella me dirá partes y nombre.
Un hacha, presto.

LUDOVICO.

Voy.

DON FERNANDO.

Aquí te espero.

Vase Ludovico.

DON FERNANDO.

¿Quién es, mulata, aqueste gentilhombre?
No te me turbes, que pringarte quiero.

ELVIRA.

De celos dice aquesto: los celosos
Siempre fueron traidores y envidiosos.

DON FERNANDO.

Como se mira pámpano, pasado
Por varias partes de las hojas rotas,
Con blancas balas de granizo helado,
Han de quedar tus carnes de las gotas.
Pergamino no habrá tan arrugado
Al fuego, si las calles alborotas
Con gritos, oraciones y plegarias;
Hoy ha de ser tu cuerpo luminarias.

ELVIRA.

¡Señor, señor, escucha!

DON FERNANDO.

Dilo presto,
Ó corre á los membrillos la cortina.

ELVIRA.

Señor, yo soy mujer, y sirvo; que esto
Ya sabes tú que, si no obliga, inclina.
El amor de tu hija ha sido honesto;
Por lo que ajena vista determina,
Ella quiere del alma á un caballero.....

DON FERNANDO.

¡Ah, cielos!

ELVIRA.

De Sevilla forastero.

DON FERNANDO.

¿De dónde?

ELVIRA.

De Madrid.

DON FERNANDO.

¿Calidad?

ELVIRA.

Mucha.

DON FERNANDO.
Y ¿cuánto ha que se quieren?
ELVIRA.
Ha seis meses.
DON FERNANDO.
¿Hanse hablado?
ELVIRA.
Señor....., no sin escucha.
Sus palabras oí, todas corteses.....
DON FERNANDO.
Si tu temor con la vergüenza lucha,
No hay para qué; que si verdad dijeses,
Casarlos era todo.
ELVIRA.
Yo no creo
Que aun tenga ofensa tuya su deseo.
Era una dama el hombre.
DON FERNANDO.
¿Es gentilhombre?
ELVIRA.
Es un ángel, señor.
DON FERNANDO.
Y ¿qué criado
Es éste con quien hablas?
ELVIRA.
Es un hombre
Casi de mi color, y bien hablado.
DON FERNANDO.
Dime del caballero el nombre.
ELVIRA.
El nombre
Es don Pedro de Ibar.
DON FERNANDO.
¿Y su privado?
ELVIRA.
Girón, señor, y el hombre más gracioso
Que has visto.
DON FERNANDO.
Calla.
ELVIRA.
Es mozo virtüoso.
DON FERNANDO.
¿Cómo se fué?
ELVIRA.
Porque merced le ha hecho
Su Majestad de un hábito.
DON FERNANDO.
¿Es posible?
ELVIRA.
Es un príncipe el mozo.
DON FERNANDO.
Ya sospecho
Que buscarle es remedio convenible;
Un hombre con un hábito en el pecho
Honrará mi linaje.
ELVIRA.
Es imposible
Que deje de volver presto á Sevilla.
DON FERNANDO.
Primero nos veremos en Castilla.
Dile á Leonor que puesta de camino
Baje al zaguán.
ELVIRA.
¿Y yo, señor?
DON FERNANDO.
Quisiera
No darte aquese gusto....., é imagino
Que has de ser menester.
ELVIRA.
Yo parto.
DON FERNANDO.
Espera.
No digas á Leonor mi desatino.
ELVIRA.
Yo callaré como si bronce fuera.
DON FERNANDO.
¡Qué poco hay que fiar de gente moza!
ELVIRA.
El camino en el alma me retoza. (Aparte.)

Vanse.

Don Pedro y Girón.

GIRÓN.
Ya que estamos en Madrid,
Patria común, propia tierra,
¿Qué es lo que piensas hacer?
DON PEDRO.
Ni tengo casa ni hacienda,
Girón: por todo el camino
La imaginación dió vueltas
Á cuantos remedios hay.
GIRÓN.
Toda es trazas la pobreza.
DON PEDRO.
Es trazas, Girón, y es-traza,
Que se pasa con cualquiera
Tinta que la suerte escribe,
Porque no tiene defensa.
GIRÓN.
¡No guardaras en Sevilla
Dos mil ducados siquiera!
DON PEDRO.
Aunque los tuviera agora,
O mi amor ó mi nobleza
De joyas los enviaría.
GIRÓN.
Mil cosas tienes de bestia;
No digas tal necedad.
DON PEDRO.
¡Que un hombre de bien no tenga
Cama siquiera en su patria,
Que tanto extranjero alberga!
GIRÓN.
Eso es cosa muy común:
La patria al propio es ajena
Y al ajeno propia.
DON PEDRO.
Es cosa
Que me mata y desespera.

GIRÓN.

Cuando veo un extranjero,
Que habla, manda y pasea,
Admitido y estimado
Con ninguna ó pocas prendas,
Y un propio, que tiene algunas,
Desechado, no hay paciencia
Para no llamar la patria
Madrastra, y no madre.

DON PEDRO.

Cerca
He sentido gente.

GIRÓN.

Es prado,
Y hace la noche serena.

DON PEDRO.

Música viene también.
¡Qué poco, Girón, alegra
Á un hombre que no ha cenado!

GIRÓN.

Ni tiene cama en que duerma.

Liciso, Finardo y Celio, músicos.

MÚSICOS.

Cantando.

Cuando ríen las fuentes
Desta alameda,
Va llorando la niña
Celos y ausencia.

El Conde, de noche, y Felipa.

CONDE.

Por veros sólo me atrevo.

FELIPA.

No es la cortesía nueva
En hombres de vuestro talle.

DON PEDRO.

¡Bien cantan!

GIRÓN.

La copla empiezan.

MÚSICOS.

Cuando al cielo tiran
Menudas perlas
Cupidos del agua
Que tiran flechas,
Y sobre las tazas
Caen risueñas,
Va llorando la niña
Celos y ausencia.

LICISO.

Oid el otro bergante,
¡Cuál va con doña Jimena!

CELIO.

¡Qué solos van los cuitados!

FINARDO.

¡Ah, fulana de estameña!

FELIPA.

Él debe de ser lacayo.

CELIO.

Y ella buscona de aquellas
Que andan al vuelo de noche,
Murciélagos de moneda.

FINARDO.

Deja la dama, pantuflo.

LICISO.

Suelta el lacayo, chinela.

CONDE.

Suplico á vuesas mercedes
Anden más cuerdos de lengua;
Que esta señora es honrada
Y es mujer, y voy con ella.

CELIO.

Bachiller es el señor.

FINARDO.

En efecto, ¿no la deja?

CONDE.

Si la dejo y otra saco,
Que estimo y traigo más cerca,
Pasará á vuesas mercedes.

LICISO.

¡Comedida desvergüenza!

CONDE.

¡Mienten los seis treinta veces!

CELIO.

¡Matémosle!

LICISO.

¡Muera!

FINARDO.

¡Muera!

DON PEDRO.

Eso no, que estoy yo aquí.

GIRÓN.

Y yo, ¿soy barro?

Riñen.

FELIPA.

¡Voy muerta!

Vase.

CELIO.

Demonios son; no son hombres.

DON PEDRO.

Huyendo van.

Sigue D. Pedro á los caballeros y músicos, que huyen, y éntrase tras ellos.

CONDE.

Tente, espera.
Espera, hidalgo; no sigas
Gente tan vil.

UNO.

Dentro.

¡La cabeza
Le abrió de una cuchillada!

GIRÓN.

Que la parta le aconseja,
Que entre seis les cabrá á poco.

CONDE.
¿Quién sois?
DON PEDRO.
Un hombre que llega
Á estas horas de camino.
CONDE.
Grande obligación me queda
De serviros. ¿Vuestro nombre?
DON PEDRO.
Don Pedro de Ibar.
CONDE.
Quisiera
Hablaros con mucho espacio
Y conocer vuestras prendas;
Pero vase la mujer,
É impórtame el ir tras ella.
Mas para que esta merced
No quede sin recompensa,
Yo soy el Conde de Palma,
Y vivo á la Magdalena.
Buscadme esta misma noche.
DON PEDRO.
Mi dicha es bien manifiesta,
Pues que llegué en ocasión
Que este servicio os hiciera.
Deme Vuestra Señoría
Los pies.
CONDE.
Si alguna cadena
Me quisiérades poner,
Señor don Pedro, os los diera.
Abrazadme, y adiós.
DON PEDRO.
Quiero
Acompañaros.
CONDE.
Si fuera
Posible, me holgara mucho.

Vase.

GIRÓN.
Ya tienes cama en que duermas.
DON PEDRO.
Luego ¿pedírsela tengo?
GIRÓN.
Espero de su grandeza
Que no te deje salir.
DON PEDRO.
¿Sabes qué pienso?
GIRÓN.
¿Qué piensas?
DON PEDRO.
Que fuera bueno servirle;
Que en toda España se suena
Que en el ingenio y las armas
Se puede igualar con César.
GIRÓN.
Servir á señor discreto
Es gran bien; que aunque no pueda
Pagar bien, es imposible
Que no conozca la deuda.

DON PEDRO.
¿Querrá servirse de mí?
GIRÓN.
De que lo digas me pesa.
Puede fiarte Alejandro
Su honra, su vida y hacienda,
Y á mí mejor que á sí mismo
Las llaves de una despensa.
DON PEDRO.
¿No sabes qué he imaginado,
De superstición afuera
(Que yo no creo adivinos
De los que Roma destierra
Y genetlïacos llaman)?
GIRÓN.
¿Qué has pensado?
DON PEDRO.
Una quimera.
Es la casa de los Palmas
Puerto Carreros. Si llega
Mi nave á Puerto Carrero,
¿No podría ser que sea
Éste el puerto, como dijo,
Que la ampare y favorezca,
Para que libre y segura
Escape de la tormenta?
GIRÓN.
¡Admirable pensamiento!.....
Y que con él se concierta
Servir á señor discreto.
Mas tú, que entiendes problemas,
¿Qué será aquel mi ajedrez?
DON PEDRO.
Que si por dicha le juegas,
De allí te vendrá algún bien.
GIRÓN.
Erraste; no me contenta.
¡Yo ajedrez! ¡Estudiar yo!
¡Si algunas pintas dijeras!
DON PEDRO.
Vamos á buscar al Conde;
Que esta Palma ya me enseña
El fruto de su servicio,
Y el Puerto Carrero, puerta
Por donde entre á mi descanso,
Y salga de tantas penas.

ACTO TERCERO.

Doña Leonor y Elvira.

DOÑA LEONOR.
Grandeza tiene Madrid.
ELVIRA.
Es de los grandes lugares
Del mundo.
DOÑA LEONOR.
¡Oh sacros altares

De mi remedio! Decid:
¿Adónde hallaré mi bien?

ELVIRA.

Cantemos, pues que se esconde
Don Pedro, *¡Ay! ¿Adónde, adónde?*

DOÑA LEONOR.

Culpa al deseo también;
Que en Babilonia tan grande
No es mucho no hallar un hombre
Con no más señas que el nombre.

ELVIRA.

¡Que con sus criados ande
Tu padre, y no dé con él!

DOÑA LEONOR.

Agradézcote, Leonor,
El ser á mi grande amor
Poco en Sevilla fïel;
Pues por haber descubierto
Mi secreto, hemos venido
Donde será mi marido,
Conforme á nuestro concierto.

ELVIRA.

¡Ay, señora! Aquella noche,
Si mis carnes desdichadas
Quedaran más enceradas
Que unas cortinas de un coche,
¿Qué dijeras tú de mí?

DOÑA LEONOR.

Ya te lo agradezco, Elvira.
Lo que he de parecer, mira,
Casada con hombre aquí,
Que le cruce todo el pecho
Un hábito de Santiago.

ELVIRA.

Dame solamente en pago
Un jirón de tu provecho.

DOÑA LEONOR.

¿Querrá casarse Girón
Contigo?

ELVIRA.

Polvillos tengo.
De allá prevenida vengo.

Don Fernando.

DON FERNANDO.

¡Oh bárbara confusión!
Bien dijo el otro en sus versos,
Que en ellos mismos me fundo:
«¡Oh Babilonia del mundo,
De lenguajes tan diversos!»

DOÑA LEONOR.

¿No parece, mi señor?

DON FERNANDO.

Ni en las calles ni en Palacio,
Buscándole tan despacio
Cuanto me pide mi honor.
Hija, ¿qué embeleco es éste?
¿Qué don Pedro Ibar? ¿Qué cruz?

DOÑA LEONOR.

Traemos tan poca luz,
Que no es mucho que nos cueste
Trabajo hallarle.

DON FERNANDO.

Es verdad;
Mas que lo fuese querría.

Ludovico.

LUDOVICO.

Bien, señor, te lo decía
Al salir de la ciudad.

DON FERNANDO.

¡Cómo! ¿Hay nuevas desdichas?

LUDOVICO.

Yo he topado con Girón.

DON FERNANDO.

¿Qué Girón?

LUDOVICO.

El bellacón
Correo destas jornadas;
El que nos vino á vender
Coplas y alcahueterías.
Díjele que tú venías
Para saber y entender
Este negro casamiento
(Negro sea el inventor);
Y, demudado el color,
Mostró un triste sentimiento.
Roguéle que me llevase
Adonde don Pedro estaba;
Y el bellaco, que buscaba
Cómo mejor me dejase,
Entró en cas de un caballero,
Y á la puerta me dejó,
Porque «Luego salgo yo»,
Me dijo; y yo á él: «Ya espero.»
Pero ¡así pudiera estar
Días y noches allí!
Pregunté por él, y fuí
Mayor necio en preguntar,
Porque la casa tenía
Dos puertas, y se salió
Por la que quiso, y que yo,
Nuevo en Madrid, no sabía.

DON FERNANDO.

¿Qué dirás desto?

DOÑA LEONOR.

No sé.

ELVIRA.

Señor, con tu discreción,
¿No echas de ver que Girón
De puro miedo se fué?

DON FERNANDO.

¿Cómo miedo?

ELVIRA.

Imaginando
Que á don Pedro harás prender.

DON FERNANDO.

Tienes razón....., puede ser.

LUDOVICO.

Que mi señor don Fernando

Venía, dije á Girón;
Pero no dije enojado.

DOÑA LEONOR.

Temor, señor, lo ha causado
De quistión ó de prisión.
Suplícote desengañes
Á don Pedro.

DON FERNANDO.

Yo diré
Á lo que vengo.

ELVIRA.

Y yo sé
Que en decirlo no te engañes,
Porque es un gran caballero,
De lo mejor de la corte
Pariente.

DON FERNANDO.

Haré cuanto importe
Á tu descanso.

DOÑA LEONOR.

Yo espero
Que en don Pedro le tendrás.

ELVIRA.

Señor, en fin, de vasallos,
Con carrozas y caballos
Y trescientas cosas más.

Vanse.

Gerardo y Liseno.

GERARDO.

Recibióle, Liseno, en su servicio
El Conde mi señor.

LISENO.

Él lo merece.

GERARDO.

Como amigo le trata.

LISENO.

Y ¿en qué oficio?

GERARDO.

De secretario, á quien jamás se ofrece
Cosa que importe, que otro voto siga.

LISENO.

Envidia de su bien te desvanece.

GERARDO.

Sea envidia ó razón, á mí me obliga
La ingratitud del Conde en no estimarme,
Y que á un extraño sus secretos diga.

LISENO.

Yo, Gerardo, procuro conformarme
Con el gusto del dueño, que es el mío.
Amo á quien ama, y le convido á amarme;
Y en el que sirve tengo á desvarío
Que le quite al señor su propio gusto,
Si Dios aun no le quita su albedrío.

GERARDO.

Recibo de don Pedro tal disgusto,
Que no le puedo ver ni acierto á hablalle.

LISENO.

Á mí no me parece que eso es justo,
Y soy aficionado á su buen talle,
Entendimiento y condición.

GERARDO.

No hallo
Cosa por qué debamos estimalle.

LISENO.

Ayer le vi salir en un caballo,
Y me llevó los ojos.

GERARDO.

Sois un loco.

LISENO.

En viendo la razón, me humillo y callo.

GERARDO.

El Conde es éste.

LISENO.

Si tuviere en poco
Quien lo merece, el cielo me castigue.

GERARDO.

Resistido, á más furia me provoco.

El Conde.

CONDE.

¿Está aquí el secretario?

GERARDO.

¿No te sigue
El secretario siempre?

CONDE.

No le veo
Aquestos días, aunque más le obligue.

GERARDO.

A tu engañado amor culpa, que creo
Que le ves por momentos.

CONDE.

¿Engañado?
¿No merece don Pedro mi deseo?

GERARDO.

No por cierto, señor.

CONDE.

¿Qué le ha faltado?

GERARDO.

Las partes á servirte convenientes.

CONDE.

Los méritos le han hecho desdichado.
Luego ¿soy ignorante?

GERARDO.

No lo sientes
Como lo digo yo, que amor te engaña;
Que se gobierna amor por accidentes.

CONDE.

No pienso yo que hay hombre en toda España,
Ni en los que á ella de otras partes vienen,
Que tenga tantas.

GERARDO.

¡Afición extraña!
Pues yo pienso, señor, que no convienen
Sus partes á un perfecto secretario.

CONDE.

Don Pedro tiene las que todos tienen.
Y ¿qué es á un secretario necesario?

GERARDO.
Saber cinco ó seis lenguas.
CONDE.
Él las sabe.
GERARDO.
¿Tiene estilo elegante?
CONDE.
Culto y vario.
GERARDO.
La frase, ¿es fácil?
CONDE.
Y el hablar es grave.
GERARDO.
Luego ¿imita al señor?
CONDE.
Divinamente
El hablar y escribir.
GERARDO.
Esa es la llave.
CONDE.
Nació en la corte, cosa conveniente
Para la inteligencia de sus cosas.
GERARDO.
¿Tiene ejercicio?
CONDE.
Y ciencia suficiente.
GERARDO.
Y ¿no ha de ser leal?
CONDE.
Partes forzosas
Son el secreto y la lealtad.
GERARDO.
Felipa
Dijera sus lealtades amorosas.
CONDE.
Pues ¿conoce á Felipa?
GERARDO.
Participa
De tus cosas don Pedro por amigo,
Y aun pienso que en gozarlas se anticipa.
CONDE.
¿Visítala?
GERARDO.
Mil veces.
CONDE.
Yo te digo
Que no me guarda en eso buen secreto.
Vete con Dios.
GERARDO.
Á que lo veas me obligo.
¿Qué te parece? (Aparte á Liseno.)
LISENO.
Que es el propio efeto
De la envidia, Gerardo, la mentira,
Y que es el Conde el hombre más discreto,
Pues sufre y calla y sus efectos mira.

Vanse Gerardo y Liseno.

CONDE.
Llamó Plinio, menor al envidioso,
Y mayor, con razón, al envidiado;
Que nunca del humilde y bajo estado
Envidia tuvo el mundo codicioso.
Camina por el sol el virtuoso,
Y es fuerza que de sombra acompañado:
Quien nunca fué envidiado es desdichado,
Y á quien muchos envidian es dichoso.
Es opinión que de soberbia nace
La envidia: si tal madre la produce,
La sangre en los efectos satisface.
Inquiere, insiste, impide, infama, induce,
Y pésale de aquello que Dios hace,
Sin ver que á su alabanza se reduce.

Don Pedro.

DON PEDRO.
¡Solo, señor, está Vueseñoría!
Mas es propio de un grande entendimiento.
CONDE.
Alabas tu tristeza con la mía.
Á Felipa me importa (porque siento
Tu condición leal) un papel lleves,
Pues que tienes allá conocimiento.
DON PEDRO.
¿Conocimiento yo? Con pasos breves,
De Gerardo y Otavio importunado,
Pasé su calle, si culparme debes;
Y los dos que la sirva me han rogado,
Porque solicitarla prometían.
CONDE.
¿Cierto?
DON PEDRO.
Y lo probaré con ésta al lado.
CONDE.
Nadie me ha dicho nada.
DON PEDRO.
Ni podían.
CONDE.
Si un señor se sirviese de dos hombres,
Destos inquietos que las cortes crían,
¿Qué debe hacer?
DON PEDRO.
Para que igual te nombres
Al padre de Alejandro, el que tenía
Tal fama en Grecia, escucha y no te asombres.
Juzgó la causa el gran Filipo un día
De dos mozos viciosos, porque fuese
La pena igual, con esta gallardía.
Al uno dijo que de Grecia huyese.
CONDE.
¿Y al otro?
DON PEDRO.
Que detrás fuese corriendo.
CONDE.
Y yo lo mismo haría si pudiese.
DON PEDRO.
Mal te informaron ésos, conociendo
Que era tu gusto; pues que yo ignorante
Te pudiera ofender, no lo sabiendo.
Agradezco á un disgusto, que es bastante

Á traerme cual ves, el no servilla;
Que á veces una pena es importante.

CONDE.

¿Son cuidados acaso de Sevilla?

DON PEDRO.

Allá tuvo principio mi cuidado;
Mas no le templa el hielo de Castilla.

CONDE.

Ausencia de algún bien lo habrá causado.

DON PEDRO.

No puedo responder; Vueseñoría
Me perdone, por triste y desdichado.

CONDE.

Eso no pienso hacer; por vida mía,
Que me digáis, don Pedro, vuestra pena.

DON PEDRO.

Esa vida, señor, sola podía,
Porque es con ella la que tengo ajena,
Mandarme declarar mi sentimiento.

CONDE.

Dél tengo el alma á vuestras quejas llena.

DON PEDRO.

Oidme y perdonad.

CONDE.

Ya estoy atento.

DON PEDRO.

Heroico Puerto Carrero,
Puerto y carrera divina,
Por donde el cielo á mis males
Único remedio aplica;
Palma famosa, que cubres
Con virtudes peregrinas,
Hojas de tu tronco fértil,
Mi desamparada vida;
Ni es mucho si á tus mayores
Tantas coronas cubrían,
Que excedieron en sus frentes
Las palmas de Palestina:
Yo, recién muertos mis padres,
Fuí, Conde ilustre, á Sevilla,
La mejor ciudad que el sol
Cubre de España á la China.
Llevé mis bienes en oro,
Llevé la pobre haciendilla
Que mis padres me dejaron,
Bien ganada y mal perdida.
Andaba entre las grandezas
De su octava maravilla,
Dando deleite á los ojos,
Que á veces su muerte miran,
Un Dios de amor, una dama
Hermosa, gallarda, rica,
Y tan rara, que ella sola
Puede igualarse á sí misma.
Vila, quísela, adoréla,
Solicitéla, escribíla;
Despreciéme, porque el padre
Cifró en su hacienda las Indias.
Trataba entonces casarla;
Vino el desposado á vistas,
Capitán gallardo y viejo,
Si hay con canas gallardía.
Hallóse tan atajada,
Que estorbando mi partida,
Abrió puerta á mis deseos
Con amorosas caricias.
Concertamos nuestras bodas,
Si la ocasión ofrecía
Lugar en que ejecutallas;
Mas nunca vuelve, perdida.
Yo, Alejandro de mi hacienda,
Y sabiendo que conquista
El oro más en un hora
Que en mil años la codicia,
Finjo que soy de alta sangre;
Finjo que deudo tenía
Con los mejores de España,
Y que en Madrid me servían
Mil vasallos y criados,
Coches, caballos, vajillas,
Para que su mucha hacienda
Á mi vanidad se rinda.
Conquístole al fin el alma;
Y como fué mi porfía
Darle presentes y joyas,
Dió fin el oro y la dicha;
Porque la dicha y el oro
Siempre mueren en un día.
Vime sin remedio, y vi
Que en descubrirme perdía
Aquel crédito de honrado
Que tanto quien ama estima;
Y con saber que si entonces
Mi pobreza descubría,
Mi dama la remediara,
Rica, obligada y rendida,
Doy en perderla y volverme:
¡Tanto en el alma sentía
Que entendiese que no era
El que le dije, en Castilla!
Despídome, y para dar
Disculpa de mi partida,
Digo que el Rey, que Dios guarde,
Por cosas de la milicia,
Con un hábito me honraba,
Y que á mi honor convenía
Ir á las pruebas: creyóme.
Parto á Madrid, ¡qué desdicha!
En el camino hallo un hombre
Que por la fisionomía
Del rostro, y viendo en mis manos
Ciertas señales ó líneas,
Me dijo, señor, que estaba
El remedio de mi vida
En un puerto. Llego en fin
Á ver mis casas vendidas;
Sálgome al campo de pena,
Y á sus fuentes dando envidia,
Hallé tu Palma en el Prado
Que solos álamos cría,
Y en ocasión, que tú sabes
Que á tenerme amor te obliga.

Y aunque no era menester,
Quise servirte, en que estriba,
Por ser tú Puerto Carrero,
Lo que mi pecho imagina;
Y para que fueses puerto,
Até mi pobre barquilla
Al gran tronco de tu Palma,
Para que segura viva.
Ya estaba yo consolado
(¡Mira mis fortunas, mira
Si estoy triste con razón!),
Cuando viene de Sevilla
Su viejo padre, engañado
De lágrimas y mentiras,
Á buscar el caballero
Que dió palabra á su hija.
Yo, porque hallándome pobre
Y mentiroso, no diga
Afrentas á un ángel, y ella
Llore las bajezas mías,
Huyo de ver lo que adoro:
Cosa que en amor admira,
Pues por ver su amada prenda,
Ó por cosa en que la sirva,
Suele el menos noble amante
Ir á la abrasada Libia,
Á la más desierta Arabia,
Ó á la más helada Scitia.
Yo sólo, invicto señor,
Huyo de mi propia vida,
Y estoy pidiendo á la muerte
Que ponga fin á mis días.

CONDE.

Con lástima notable te he escuchado,
Don Pedro amigo; pero estoy contento
De ser el puerto yo donde has llegado,
Y ¡permitiese Dios que á salvamento!
Oye, don Pedro, pues, lo que he pensado:
Yo no sé si es valor ó entendimiento;
Mas sea lo que fuere, si tú puedes,
Haré que honrado y con tu prenda quedes.
Doy, pues, principio á tu remedio (advierte)
Con que tu dama traigas á mi casa,
Y le digas que es tuya; y desta suerte
Creerá que todo puntualmente pasa:
Y si el padre con eso se divierte,
Y una por una te desposa y casa,
Siendo tan rico, y tú tan hombre honrado,
Quedará satisfecho y engañado.
Yo te dejo mi casa; que don Diego
La suya me dará por estos días.
Vé por tu dama en mi carroza luego,
Y sepa que es verdad cuanto decías.
Tú, con semblante grave y con sosiego,
Imitador de las acciones mías,
Á su padre aposenta; que avisados
Dejaré que te sirvan mis criados.
Quisiera que la plata y colgaduras
Fueran de un rey.

DON PEDRO.

Cuando la tierra bese,
¡Oh puerto celestial de mis venturas!
Y que tu esclavo.....

CONDE.

Tente.

DON PEDRO.

Ser profese,
No puedo.....

CONDE.

Bien está. Lo que procuras,
Conquista, Pedro, aunque á la envidia pese.

DON PEDRO.

¿Y si me descubriesen los criados?

CONDE.

Yo sé que callarán amenazados.

DON PEDRO.

¿Si preguntan del hábito?

CONDE.

Bien puedes
Decir que un freile es ido á hacer las pruebas.
Haz sacar la carroza.

DON PEDRO.

Hoy, Conde, excedes
Tu misma Palma, y el laurel te llevas
De discreto señor. ¡Tales mercedes.....

CONDE.

No quiero más de que este amor me debas.
No pierdas tiempo, parte: y con secreto.

DON PEDRO.

¡Dichoso quien sirvió señor discreto!

Vase.

CONDE.

Con natural piedad me he condolido
Deste pobre mancebo, y desta gente
Que á buscarle cien leguas ha venido:
Justo será que su remedio intente.
Solamente reparo en que he podido
Darle casa, que á todos aposente;
Y el hábito, imposible me parece,
Aunque por sangre y partes lo merece;
Porque á Su Majestad pedirle agora,
Supuesto que le haga deudo mío,
No sé cómo ha de ser; y esta señora
En hábito fundó su desvarío.
La vanidad por la riqueza adora.....
Mas ¿no me dijo en Córdoba mi tío
Que al de Priego dos hábitos ha dado
Su Majestad? Pues ¿qué me da cuidado?
¡Hola!

Gerardo y Liseno.

GERARDO.

Señor.....

CONDE.

Yo sé que si le pido (Aparte.)
El uno dellos, le dará sin duda.
¡Oh Gerardo! ¿Tú eres?

GERARDO.

Siempre he sido

Quien te sirve.

CONDE.

Vestido al punto muda.
Tú al maestro de postas sin rüido
Harás, Liseno, que el veedor acuda
Mientras escribo, y el partir concierta;
Has de tener las postas á la puerta.

GERARDO.

¿Adónde he de correr?

CONDE.

Hasta Montilla
Con esta carta; que el Marqués de Priego,
Años ha que reside en esa villa.

GERARDO.

Voy á mudarme.

CONDE.

Imita al aire, al fuego.
Mas no venga esta dama de Sevilla, (Aparte.)
Y me halle aquí: busquemos á don Diego,
Que allá despacharé. ¡Qué bien castigo
La envidia de Gerardo, su enemigo!

Vanse.

Don Pedro y Girón.

DON PEDRO.

Todo lo que digo pasa.

GIRÓN.

Es en fin Puerto Carrero.

DON PEDRO.

¡Qué discreto caballero!

GIRÓN.

¡Con qué artificio te casa!

DON PEDRO.

¿Hay hombre como el de Palma?

GIRÓN.

El nombre iguala al valor;
Pero dijeran mejor
Trocando la Palma en Alma.
Quien las almas señorea,
Dellas se ha de intitular.

DON PEDRO.

¿Hay tal gracia en el hablar?

GIRÓN.

Pues ¿hay cosa que no sea
Gracia en el Conde?

DON PEDRO.

La espada
Es única.

GIRÓN.

¿Y el salir
Á una plaza?

DON PEDRO.

No hay decir
En sus alabanzas nada;
Que lo que él tiene por menos,
Que es hacer versos, pudiera
Dar fama á Ovidio.

GIRÓN.

Aquí espera.

DON PEDRO.

¡Bien haya quien sirve á buenos!

GIRÓN.

Á discretos di también;
Que hay buenos sin esta parte.
¿Llamo?

DON PEDRO.

¿Quieres que me aparte?

GIRÓN.

Como te estuviere á bien.
¡Ah de casa! ¿Vive aquí
Un caballero de Lima?

Elvira; D. Pedro, retirado.

ELVIRA.

¿Quién le busca?

GIRÓN.

Yo soy, prima.

ELVIRA.

¿Es Girón?

GIRÓN.

Mi cuza, sí.

ELVIRA.

Hágase allá; no me abrace.

GIRÓN.

¡Ay, qué crueldad! ¡Á Girón!

ELVIRA.

Estoy muy.....

GIRÓN.

Muy es razón
De buey que con celos pace.

ELVIRA.

Muy enojadilla estoy.

GIRÓN.

La corte se te ha pegado.

ELVIRA.

Hablarle quiero de un lado;
La cara al sesgo le doy.

GIRÓN.

Es propio del terciopelo.

ELVIRA.

¿Por qué huyó?

GIRÓN.

Porque creí
Que á prendernos vino aquí
El alcaide de aquel cielo.
Vuelva la cara, mi hongo,
Á don Pedro, mi señor.

DON PEDRO.

¿Así se olvida el amor?
¡En buenos pechos le pongo!

ELVIRA.

Él es sin duda. ¡Señora!
¡Señora!

Doña Leonor.

DOÑA LEONOR.

¡Qué voces das!

ELVIRA.
De que no las diese más,
Me disculparás agora.
DOÑA LEONOR.
¿Es mi don Pedro?
DON PEDRO.
Yo soy.
DOÑA LEONOR.
¡Esposo del alma mía!
¿Que llegó tan dulce día?
ELVIRA.
Agora, Girón, te doy
Mis brazos.
GIRÓN.
Délos á un sastre.
ELVIRA.
¡Ea, mi turco!
GIRÓN.
¿Qué manda?
ELVIRA.
¿Andamo disimulanda?
GIRÓN.
¡Negrita!
ELVIRA.
Por mi desastre,
Deja esas necias porfías.
Cuélgame al cuello, y ¡por Dios,
Que parezcamos los dos
Tintero y escribanías!
GIRÓN.
¡Lindo azabache me cuelgo!
ELVIRA.
¿Tan blanco es vuesa merced?
DOÑA LEONOR.
Mi padre satisfaced;
Que de ese temor me huelgo,
Porque con la dilación
Recibió mi bien aumento.
DON PEDRO.
Temí que su pensamiento
Era ponerme en prisión.
DOÑA LEONOR.

Llamando.

Ludovico.....

Ludovico.

LUDOVICO.
Mi señora.....
DOÑA LEONOR.
¿Mi padre.....
LUDOVICO.
En palacio está.
DON PEDRO.
Aquí Girón quedará,
Para que le espere agora;
Y vos y Elvira entraréis
En la carroza que aguarda.
DOÑA LEONOR.
Ya la vi pasar gallarda.
¡Linda carroza tenéis!
Mas no sé si será justo
Ir sin su licencia allá.
DON PEDRO.
Yo pienso que se holgará
De lo que fuere mi gusto.
Entrad, que en viniendo él,
Le llevarán á mi casa.
DOÑA LEONOR.
Vamos, Elvira.
ELVIRA.
Hoy te casa
Con mucho gusto con él.
Mas no te olvides de mí,
Que tengo este socarrón
En medio del corazón.
DOÑA LEONOR.
Verás lo que haré por ti.

Vanse D. Pedro, D.ª Leonor y Elvira.

LUDOVICO.
Contigo estoy, Girón, muy enojado.
GIRÓN.
¿Es por el trascantón, hermano? Tuve
Miedo á tu dueño; que si aquí pidiera
El negro escalamiento de su casa,
Cortaran á mi amo la cabeza,
Ó le echaran á Orán con treinta lanzas,
Y á mí me dieran de color librea,
Porque pasé caballos á Guinea.
LUDOVICO.
No viene mi señor á haceros daño;
Que sólo viene á remediar su honra.
GIRÓN.
Ésa, bien sabe Dios que no le debe
Don Pedro, si palabras no la quitan
Entre dos que casarse solicitan.

Don Fernando.

DON FERNANDO.
¿Adónde está mi hija, Ludovico?
LUDOVICO.
Con su marido es ida en su carroza.
DON FERNANDO.
¿Qué dices?
LUDOVICO.
Lo que oyes; que en sabiendo
Que venías de paz, se ha descubierto,
Y te ruega que poses en su casa;
Y aun es razón, que aquésta es indecente.
GIRÓN.
Yo quedo aquí, señor, para llevarte.
DON FERNANDO.
¿Quién es este mancebo?
GIRÓN.
No le informes;
Que yo se lo diré por el camino.
DON FERNANDO.
¿Es Girón, por ventura?
GIRÓN.
Procuremos

Alcanzar la carroza, por tu vida;
Que por ver el lugar, irá despacio.

DON FERNANDO.

Quiero abrazarte.

GIRÓN.

Y yo, señor, quererte.

DON FERNANDO.

En casando á Leonor, venga la muerte.

Liseno, Otavio, Fabio, Arnaldo y otros criados.

LISENO.

Todos estad advertidos
Para en viniendo esta dama
Que habéis de tener por ama.

OTAVIO.

Bastantemente instruídos
El Conde nos ha dejado,
Y encomendado el secreto.

FABIO.

¡Por qué estilo tan discreto
Quiere hacer bien á un criado!

ARNALDO.

Algunos duda tendrán
De que esto suceda así.

FABIO.

Paso, que vienen aquí.

LISENO.

Risa y envidia me dan.

Don Pedro, D.ª Leonor y Elvira.

DOÑA LEONOR.

¡Qué lindas colgaduras!

ELVIRA.

Como el dueño.

LISARDO.

Dénos vuesa merced los pies á todos.

DOÑA LEONOR.

¿Quién son estos hidalgos?

DON PEDRO.

Mis criados.

DOÑA LEONOR.

Por cierto que os servís de honrada gente.

DON PEDRO.

Téngolos todos en lugar de hermanos.

DOÑA LEONOR.

¡Qué ricas galas!

DON PEDRO.

Donde está la vuestra,
Ninguna cosa es rica, mi señora.
Yo no soy más de un pobre caballero.

OTAVIO.

¡Bien finge gravedad el escudero! (Aparte.)

Don Fernando, Girón y Ludovico.

DON FERNANDO.

¿Es éste?

GIRÓN.

El que la tiene de la mano.

DON FERNANDO.

Dadme esos brazos y licencia, hijo,
Para llamaros este nombre.

DON PEDRO.

Luego
Que don Fernando mi señor se sirva
De que la tenga de llamarle padre.

DON FERNANDO.

Alégrome de ver vuestra persona,
Y disculpo el amor y los amores
De mi hija; por cierto que hago mucho
En detener las lágrimas, que salen
Impelidas del gusto de teneros
Por hijo, y otra vez quiero abrazaros.

DON PEDRO.

Y yo las manos, mi señor, besaros.

DON FERNANDO.

Hijo, ya no quisiera hallaros rico;
Pobre os quisiera ya con ese talle.
Cien mil ducados os daré de dote,
Con buena ejecutoria de hijodalgo;
Que no por mal nacido fuí dichoso.
Mi vida es corta; gozaréis, sospecho,
Otros cien mil después; sólo os suplico
Os desposéis con brevedad.

DON PEDRO.

Yo aguardo
Sólo al Conde de Palma, que es mi deudo.
Con su licencia, y siéndome padrino,
Haremos en llegando nuestras bodas.

DON FERNANDO.

Y ¿cuándo ha de venir?

DON PEDRO.

Hoy le aguardaba.

DON FERNANDO.

Del hábito, ¿qué hay?

DON PEDRO.

No sé qué diga.
Á las pruebas es ido un caballero.

DON FERNANDO.

Y ¿cuándo volverá?

DON PEDRO.

Presto le espero.
Entraos á descansar, por vida mía,
Y á ver mi casa. Mi Leonor, decilde
Á mi señor que es aposento humilde.

DOÑA LEONOR.

Dejad de encarecer nuestra alegría.
Vamos, señor.

DON FERNANDO.

¡Qué dicha!

DOÑA LEONOR.

Tuya y mía.

DON PEDRO.

¡Hola, criados, id delante!

DON FERNANDO.

El cielo
Me dió este bien por último consuelo.

Vanse todos, menos D. Pedro y su criado.

DON PEDRO.

¿Qué te parece?

GIRÓN.
Que estoy
Por tanta seguridad,
Que pienso que esto es verdad.

DON PEDRO.
Y yo sé apenas quién soy.
¡Qué desatinados van
Con la grandeza prestada!

GIRÓN.
Que ya no te importa nada.
¿De verte honrado y galán?
Don Fernando está sin seso.
Lo mismo te ha de querer
Cuando se venga á entender.

DON PEDRO.
¿Qué fin tendrá mi suceso?

Liseno.

LISENO.
Embozado, con don Diego
Viene el Conde mi señor.

DON PEDRO.
No pudo á tiempo mejor.
Di, Liseno, que entre luego.

Va Liseno á avisar, y salen el Conde y D. Diego, con capas de color y sombreros de plumas.

CONDE.
¡Don Pedro!

DON PEDRO.
¡Señor!

CONDE.
¿Están
Tus huéspedes alojados?

DON PEDRO.
Y tan contentos y honrados,
Que al cielo mil gracias dan.
Díjeles que te esperaba
Para concluir la boda;
Que eras mi deudo, y que toda
De tu venida colgaba,
Y que hoy había de ser,
Y tú mi huésped aquí;
Que quise trazarlo ansí,
Para que puedas tener
Mayor ocasión de honrarme,
Y estarte en tu misma casa.

CONDE.
¿Qué os parece lo que pasa?

DON DIEGO.
Que no acabo de admirarme;
Y me parece mejor
Que digan que habéis llegado.

CONDE.
Vaya á decirlo un criado.

GIRÓN.
Yo voy corriendo, señor.

Vase.

CONDE.
Entre sus dichos famosos,
Dïógenes, gran varón,
Dijo que amor con razón
Era ocupación de ociosos.
Mirad si se prueba aquí.

DON DIEGO.
Mal puede el que es ocupado
Tener en amor cuidado,
Ó se ha de olvidar de sí.

Don Fernando, D.ª Leonor y Girón.

DON FERNANDO.
Seáis, señor, bien venido
Á esta casa de mi yerno,
Ya vuestra, pues que la honráis
Como dueño y como deudo.
Á doña Leonor, mi hija,
Dad las manos.

CONDE.
Antes quiero,
Como á mi prima, abrazarla.

DOÑA LEONOR.
Las manos, señor, os beso.

CONDE.
¡Don Diego! (Aparte á él.)

DON DIEGO.
¿Qué hay?

CONDE.
¡Por Dios,
Que su mujer de don Pedro
Es la que os dije.....

DON DIEGO.
¡Oh, qué gracia!

CONDE.
Y que la quiero en extremo.
Pensé en volviendo á Sevilla
Servilla; mas ya no puedo.

DON DIEGO.
Colores os han salido.

CONDE.
Que me ha pesado os confieso.

DON FERNANDO.
Cuando mi yerno, señor,
Fuera un hombre que sirviendo
En vuestra casa estuviera,
Y no tan gran caballero,
Le estoy tan aficionado,
Que el ser quien es es lo menos.
Yo tengo para los dos.

CONDE.
Gracias, don Fernando, al cielo.
¿Cuándo se hará el desposorio?

DON FERNANDO.
Pues habéis venido, luego.

CONDE.
Id á sacar la licencia.

DON FERNANDO.
Quiero haceros aposentos
Primero que intente nada.

Hija, entrad, y aderecemos
Un cuarto en que el Conde viva.....

CONDE.

¡Esto es bueno! (Aparte.)

DON FERNANDO.

Porque quiero
Que á tan buen huésped, en casa
De nuestro yerno le honremos.

DOÑA LEONOR.

Vamos, señor, que es muy justo.

GIRÓN.

¡Con qué linda flema el viejo (Ap. á su amo.)
Da al Conde su misma casa!

DON PEDRO.

Calla, bestia, ten secreto.

Vanse D. Fernando y D.ª Leonor.

CONDE.

Don Pedro, tú te has casado
Tan bien, que envidioso quedo.
Si yo volviera á Sevilla,
Fuera esta dama sujeto
De mis ojos, porque allá
Lo fué de mi pensamiento.
Vila en el Remedio un día.....

DON PEDRO.

Pues, señor, aun hay remedio;
No estoy casado, señor,
Y de rodillas os ruego
Que por mí no dejéis cosa
Que sea del gusto vuestro.
Yo me iré á Flandes ó Italia;
Yo diré que un hombre he muerto
Esta misma noche.

CONDE.

Paso:
Con menos furia, don Pedro,
Que ganarme en cortesía
Suelo sentir en extremo.
Yo sólo pensé servirla;
De pensarlo me arrepiento.
Muchos años la gocéis,
Y para que tenga premio
Ese amor, sabed que ya
Tendréis el hábito cierto;
Que por la posta á Montilla
Gerardo, al Marqués de Priego,
Es ido con cartas mías;
Porque el Rey merced le ha hecho
De dos hábitos, que pueda
Dar á cualquier caballero,
Pariente ó criado suyo,
O de alguno de sus deudos;
Yo le pido para vos.

DON PEDRO.

Las estampas, señor, beso
Adonde imprimís los pies.

CONDE.

Pues creed que será cierto;
Que Córdobas y Aguileras
Son Alejandros.

DON PEDRO.

No puedo
Responderos de turbado.

CONDE.

Vamos á saber, don Diego,
Dónde me han aposentado.

DON PEDRO.

En el alma y en el pecho;
Aunque Palma como vos,
Toca con la frente al cielo.

GIRÓN.

¿Qué te parece?

DON PEDRO.

¡Bien haya
Quien sirve á señor discreto!

Vanse.

Don Silvestre y Rosales.

DON SILVESTRE.

Tomé ocasión de pretender, Rosales,
Y por doña Leonor vengo á la corte.

ROSALES.

De disculpa justísima te vales.

DON SILVESTRE.

No hay prudencia ni edad que amor reporte.
¡Que don Fernando por enredos tales
Busque á don Pedro, aunque al honor le importe!

ROSALES.

Pienso que por venir le han engañado;
Tú solo en este engaño estás culpado.

DON SILVESTRE.

No puedo más, que mis engaños veo,
Y para resistillos no soy parte.

Ludovico.

ROSALES.

¿Es éste Ludovico, ó mi deseo?

DON SILVESTRE.

¡Ludovico!

LUDOVICO.

¡Señor!.....

DON SILVESTRE.

Quiero abrazarte.

LUDOVICO.

¿Don Silvestre en la corte? No lo creo.
El viento que en la mar suele llevarte
Por la canal furiosa de Bahama,
¡Á Madrid te ha traído!

DON SILVESTRE.

Amor le llama.

LUDOVICO.

¿Pretendes en las Indias?

DON SILVESTRE.

Ludovico,
Pretendo aquella ingrata.

LUDOVICO.

Pues ya es tarde;

Y que no la pretendas te suplico;
Que ya tiene marido que la guarde,
Caballero galán, bienquisto, rico,
Que hoy ha hecho en su casa un grande alarde
De toda su riqueza.

DON SILVESTRE.

¿Qué me dices?

LUDOVICO.

Que sus bodas, que es justo, solemnices.
Visítalos, que quedan concertados
Por escrituras, hechas en presencia
Del gran Conde de Palma y sus criados,
Que hoy ha venido de una larga ausencia.

DON SILVESTRE.

¡Qué buen consuelo hallé de mis cuidados!
No me da el cielo á mí tanta paciencia.
Doña Leonor es mi mujer, y tengo
Firma ó palabra, y á casarme vengo.
Pondréle impedimento, y si me fuere
Necesario salir en desafío,
Haré á don Pedro y á quien darle quiere
Lo que merezco yo, y ha de ser mío,
Que juntos se desdigan.

LUDOVICO.

No prefiere
Don Fernando, que fuera desvarío,
De don Pedro el valor al que tú tienes;
Sólo la edad, en que engañado vienes.

DON SILVESTRE.

Que no se cuenta edad en los soldados.
Nieve es ésta, que haciendo centinela
Me cayó en Flandes.

LUDOVICO.

¿Hombres hay nevados?

ROSALES.

Engéndranlos sus padres cuando hiela.

DON SILVESTRE.

Yo traigo mis papeles y recados.
Que tengo de impedirles me consuela;
Y no la ha de gozar, pues no la gozo.
Cincuenta mil ducados me hacen mozo.

Vanse.

El Conde, D. Fernando, D. Pedro, D.ª Leonor, Elvira, Girón y criados.

CONDE.

Bien queda ansí concertado.

DON FERNANDO.

Y más siendo vos testigo.

CONDE.

Soy llano y soy abonado,
Aunque soy deudo y amigo.

DON PEDRO.

Yo soy, señor, tu criado.

CONDE.

Mundos quisiera tener
Que dar á doña Leonor.

DOÑA LEONOR.

Del que hay os quisiera hacer
Príncipe, rey y señor.

ELVIRA.

¡Que bien lo merece ser
Tan galán Puerto Carrero!

DON PEDRO.

Y de mis desdichas hoy
Puerto, en que salvarme espero.
Cumpliendo en tu puerto voy
Lo que me dijo Severo.

ELVIRA.

Á Girón.

Y tú y yo, ¿no concertamos
Hacer nuestras escrituras?

GIRÓN.

¿Qué quieres tú que escribamos
Cuando, como ves, á obscuras
Y en tinieblas nos casamos?
Un Miércoles de Ceniza
Se me figura tu boda,
Pues de negro se entapiza.

ELVIRA.

Y yo, ¿cómo quedo toda?

GIRÓN.

¿Todavía te autoriza
Esto de ser hija de algo?

ELVIRA.

Pues ¿quién hay hijo de nada?

GIRÓN.

Mejor es algo que galgo;
Pero cuéntate casada,
Ya que de galgo me valgo.
¿Qué hemos de hacer?

ELVIRA.

Yo sé hacer
Rica conserva y jalea,
Con que darte de comer.

GIRÓN.

Di, Elvira, también grajea.
Paciencia habré menester.
Pero conservas sutiles
Téngolo por cosas viles.

ELVIRA.

No eres señor; si lo fueras.....

GIRÓN.

¡Oh, si chorizos hicieras,
Salchichones y perniles!

CONDE.

Poco nos regocijamos.

DON PEDRO.

Para boda es gran tristeza.

CONDE.

Fiesta y música traigamos.

DON FERNANDO.

No está lejos una pieza
Que suele hacerla á sus amos;
Que si vos se lo mandáis,
Un lindo baile veréis
Con que buen rato tengáis.

CONDE.

Á Elvira.

¿Sois vos?

DON FERNANDO.

Mal la conocéis.

ELVIRA.

Basta que vos lo queráis;
Pero advierte que es guineo,
Injerto en indio, que allá
Todas estas mezclas veo.
Pero ¿quién me ayudará?

La *Violilla* (1), músicos y bailarines.

UN MÚSICO.

Yo, que ayudaros deseo.

Cantan y danzan.

¿Taquitán mitanacuní,
Español, de aquí para allí,
De aquí para allí?

—

Soy nuevo y soy chapetón.

—

Pencacuní:
No tengáis deso vergüenza,
Que india nací.

—

Al amor pintan desnudo.

—

Miraldo en mí.

—

En España no hay amor.

—

Créolo ansí.

—

Allá reina el interés.

—

Y amor aquí.
¿Taquitán mitanacuní,
Español, de aquí para allí,
De aquí para allí?

—

En las Indias nace el oro.

—

Chichicorí.

—

No le buscan ni le estiman.

—

España sí.

—

Los bienes del alma adoran.
Veisme aquí.
Amor con amor se paga.

—

Nunca le vi.

—

Español, si no lo crees,
Míralo en mí.
¿Taquitán mitanacuní,
Español, de aquí para allí,
De aquí para allí?

Don Silvestre y un Notario.

DON SILVESTRE.

Haced, señor, vuestro oficio.

NOTARIO.

Presto lo dirá el efeto.....

Al Conde.

Dándome Vueseñoría
Licencia, digo.....

CONDE.

¿Qué es esto?

NOTARIO.

Que en esta boda se pone.....

DON FERNANDO.

¿Qué se pone?

NOTARIO.

Impedimento
Por el capitán.....

DON FERNANDO.

Oid.

NOTARIO.

Don Silvestre.

CONDE.

¿Quién?

DON SILVESTRE.

Yo vengo
Á impedir que no se case
Con doña Leonor don Pedro,
Por palabra que me ha dado.

DOÑA LEONOR.

Eso no, palabra niego;
Que si mi padre la dió,
No pudo obligarme, siendo
Mi voluntad la que obliga.
Y que no la tuve es cierto,
Pues sufrí muchas afrentas;
Y, finalmente, siguiendo
Mi esposo vengo á Madrid.

CONDE.

¿Sabéis que deste concierto
He sido parte y testigo?

DON SILVESTRE.

Á Vueseñoría ruego
Que me escuche y me perdone,
Si esto fuere atrevimiento.
Don Fernando está engañado,
Pues piensa que tiene yerno
Rico y dueño desta casa,
Siendo vos, señor, su dueño.
Ni hay hábito ni hay merced,
No habiendo servicios hechos;
Que os sirve de secretario
Dice á voces todo el pueblo:
Siendo ansí, ¿cómo es razón.....

CONDE.

No prosigáis.

---

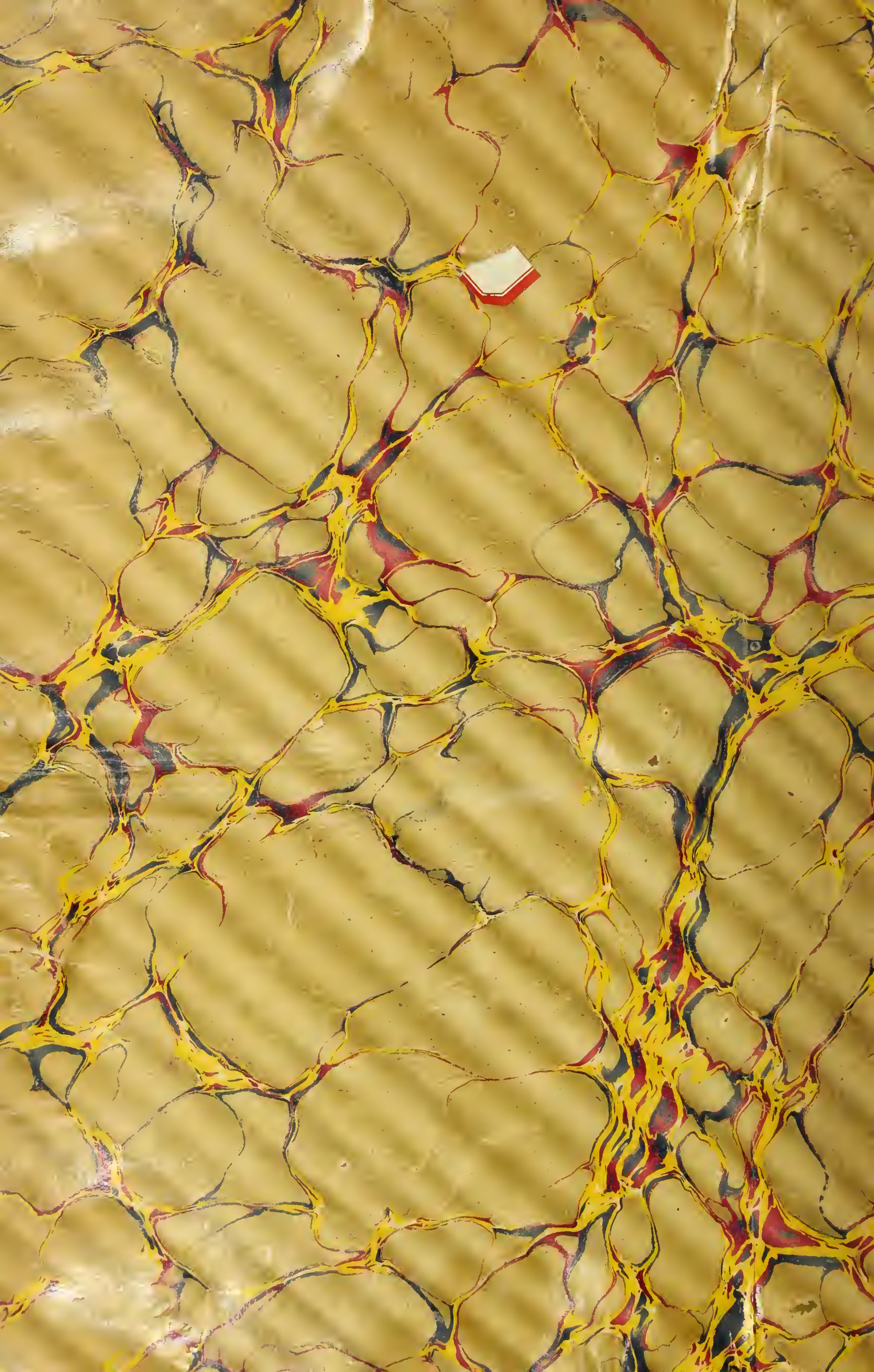
(1) Esta *Violilla* debe de ser la criada, la *moza* que suele hacer fiesta y música á sus amos.

DON SILVESTRE.
Yo obedezco.
CONDE.
Don Pedro es mi secretario,
Y si no es mejor, tan bueno
Como yo. Lo que miráis
En todos los aposentos,
Desde el zaguán al jardín,
Con cuantos caballos tengo,
Plata, camas, colgaduras,
Le doy. Si el hábito es cierto,
Aquesta carta lo diga,
En que hoy el Marqués de Priego,
De dos hábitos que tiene,
Envía el uno á don Pedro:
De Santiago, como el mío,
Le ha de tener en el pecho.
Vos, don Fernando, tenéis
Un yerno muy caballero;
Vos, doña Leonor, marido
Galán, gallardo y mancebo,
Hombre que merece estar,
Por sólo su entendimiento,
En servicio del Rey mismo;
Y tan cortés, que pudiendo
Hacer ofensa á su honor,
Si se puede hacer á un suegro,
Nunca á Leonor dijo amores
Que no fuesen muy honestos.
Él gastó seis mil escudos
De su patrimonio, y creo
Que sesenta mil gastara
Con tan limpio y casto celo.
Por no ofendella, se vino
Pobre, de Sevilla huyendo.
¿No es heroica esta virtud?
¿No merece justo premio?
¿No tiene cien mil ducados
Don Fernando, y aun doscientos?
Pues ¿cuál es mejor, un hombre
Con un hábito en los pechos,
Entendido y gentilhombre,
Ó un piloto rico y viejo?
DON SILVESTRE.
Tráteme Vueseñoría
Como sabe que merezco;
Que soy capitán del Rey.
CONDE.
Pues pretenda en el Consejo
Y verá que yo le ayudo,
Pero ¡damas! ¿á qué efeto?
DON SILVESTRE.
Déme esa palabra.
CONDE.
Haré,
Por la fe de caballero,
Lo que digo.
DON SILVESTRE.
Pues, señor,
La dama á don Pedro dejo;
Que bien veo que es razón.
Pretender quiero un gobierno.
CONDE.
Pues yo haré cuanto pudiere
Con mis amigos y deudos.
ELVIRA.
Si está todo esto acabado,
Y eres, gran Puerto Carrero,
El presidente de amor,
Y de Marte amor te has vuelto,
Oye.....
DON FERNANDO.
Más justa razón
Es que me escuches primero.
CONDE.
¿Qué queréis?
DON FERNANDO.
Digo, señor,
Que agora quiero á mi yerno
Mucho más que le quería;
Que rico fuera soberbio,
Y pobre ha de ser humilde,
Que es lo más que yo deseo
Para mí y para Leonor.
CONDE.
Habláis muy prudente y cuerdo.
¿Qué es lo que quieres, Elvira?
ELVIRA.
Tengo vergüenza.
CONDE.
Sospecho
Que no lo dirá la cara.
ELVIRA.
Á Girón.....
CONDE.
Prosigue.
ELVIRA.
Quiero
Para en matrimonio.
CONDE.
Á Girón.
Y tú,
¿Qué respondes?
GIRÓN.
Que me entrego
Á un mar de tinta en sus brazos.
CONDE.
Daos las manos.
GIRÓN.
Esto es hecho.
El astrólogo me dijo
Verdad pura; que si tengo
Hijos, ajedrez serán,
Pues serán blancos y negros.
DON PEDRO.
Esta comedia, senado,
Hecha por daros contento,
Se llama.....
ELVIRA.
Yo lo diré:
Servir á señor discreto.

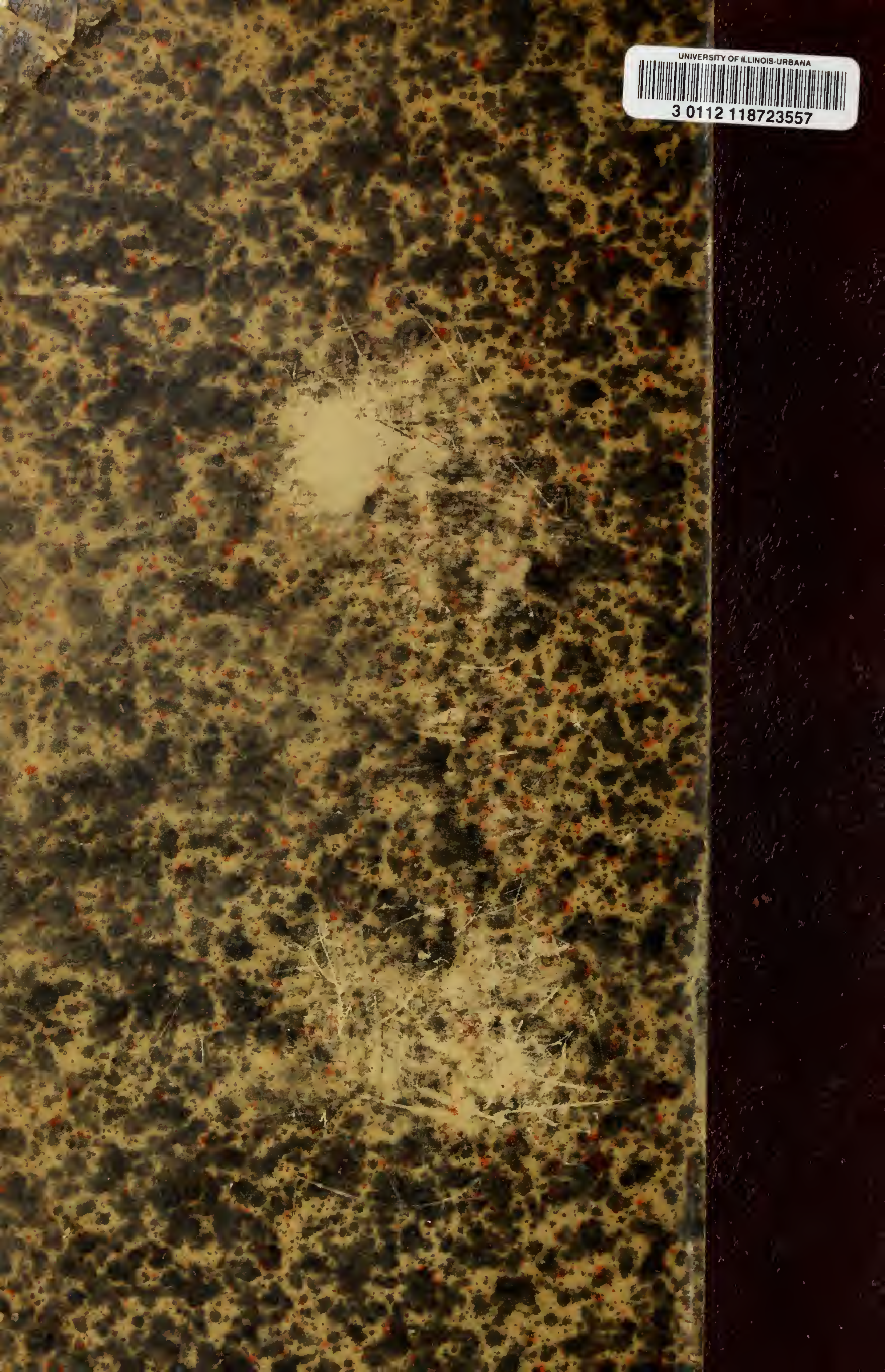
ÍNDICE

DE LAS

COMEDIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO




E. STECHERT
& Co.
NEW YORK


UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 118723557